

Jul - Sep
1951

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

2

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSU
SOCIEDAD INVENTA - LITOGRAFIA

King

10.98 \$ 1.20

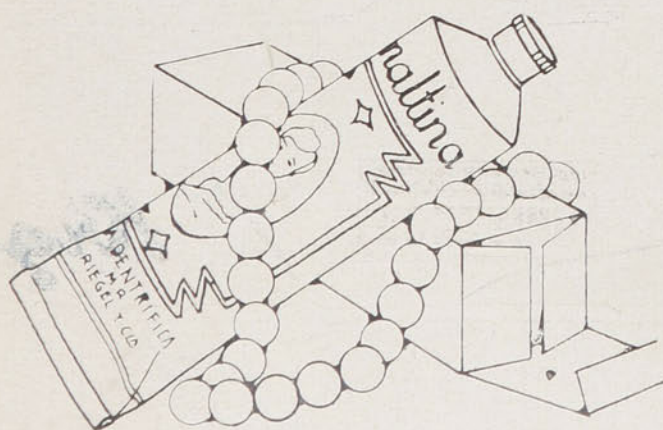
M. R.

El cigarrillo coquetón
y sugeridor no será
un peligro para su
dentadura si la cuida
con



PASTA ESMALTINA

Es el dentífrico que limpia sin
rayar el esmalte. Evita la ca-
ries, mantiene la boca limpia y
perfumada y hace de los dien-
tes perlas. Es el dentífrico que
usted adoptará para siempre.





PARA TODOS

M.R.

REVISTA QUINCENAL
AÑO IV NUM. 98

Santiago de Chile, 7 de julio de 1931.
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Tomando el té con Rosita Renard y su marido Otto Stern

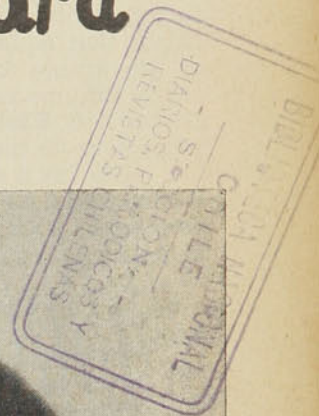
La tarde en que me presentaron a ella, estaba yo en uno de los grandes conciertos sinfónicos de Carvajal. Tocaba Rosita y el público llenaba totalmente la sala. Terminada la primera parte, Rosita saludó dos o tres veces con sus profundos saludos, encantadores saludos de corte, que constituyen también en ella un arte.

Fuimos al foyer de bastidores. Músicos y amigos, lo llenaban por completo. Nos introducimos a una pequeña salita donde estaba Carvajal con dos o tres personas. Rosita llegó. Saludó a todos con gentileza; estrechó las manos de Carvajal y de mi amiga, su alumna, mientras dirigiéndose a mí, me decía mil cosas amables con su cortesía infinita como su sencillez.

El físico de Rosita me recuerda el de Gabriela Mistral. Viste con elegancia discreta, sin la más leve presunción. Su tez muy limpia, no ofrece señales de afeites ni de polvos. Sus cabellos negros, que gustaban mucho a los ciudadanos de norteamérica, se peinan hacia atrás sin más cosmético que el agua. Tiene la tez ligeramente pecosa, lo que acusa su ascendencia extranjera, catalana. Los padres de Rosita eran catalanes. Se ríe con optimismo, con una risa fresca, comprensiva, idílica. Hablamos, y queda concertado que tomenos té juntas en su casa, para una fecha próxima.

Vive Rosita en una casa de departamento en la calle Catedral. Nos abre la puerta una señora pequeña, sonriente y silenciosa: es una tía de Rosita. Mi introductora, sintiéndose de la casa, me lleva a un hall donde nos sentamos a esperar a Rosita que en la salita contigua toma lección a una alumna. Beethoven desgrana sus tumultuosas armonías. La joven alumna lucha con ellas, como un barquichuelo con la tempestad. Es algo doloroso.

Termina la clase y aparecen Rosita y la estudiante. Esta



Rosita Renard

última es una chica muy joven pero de estatura colosal. Rosita, aunque demasiado pequeña, la mira hacia arriba. Se despiden la alumna, y Rosita nos hace los honores, con todo el entusiasmo, un si no es virginal, que ella posee. Ha vivido envuelta en ritmos y armonías desde su nacimiento, y unos y otros la han aislado del mundo. Me hace el efecto que hubiera llegado a la madurez sin abolladuras, conservando un corazón inocente y romántico, libre de toda descomposición, sumergido como ha estado siempre en el alcohol de la música.

—¿Y qué voy a decir yo, Dios mío?— dice riéndose cuando me ve sentada junto a ella.

—Lo que usted quiera. Yo no le voy a preguntar nada, expresamente al menos. Conversaremos un rato solamente.

Como no puede alejarse del piano, nos ha introducido en el estudio, pequeña habitación que llena totalmente el piano de cola sobre el que se amontonan los libros en fabulosa cantidad. Con aquel enorme peso sobre su negro lomo, el piano se me antoja un animal sufriente, soportando apenas una carga inhumana y cruel. Tantos son los libros que abruma el piano de Rosita que pienso con nostalgia en una sociedad protectora de pianos.

—Me voy a mudar de casa—dice Rosita—aquí nos cocinan. Hasta junio no tuvimos calefacción. Nos moríamos de frío, pero, ¿qué importa eso? No era llegada la época de encender la caldera. Pero en cuanto vino junio, nos asfixian.

—.....

—Me quedo en Chile un año más. La duración de mi contrato.

—Después me voy. Es necesario volverme a marchar.

—¿No se aclimata aquí?

—Me gusta mucho Chile. No en balde es mi tierra. A más, aquí tenemos los pianistas un público atento, interesado, comprensivo. La vida es sencilla. Nos la ganamos aquí, aún fácilmente. En cambio allá. ¡Oh!...

—¿Entonces, Rosita?...

—Pero es que también yo quiero oír tocar. Aquí toco yo, pero no escucho nada. Cuando me acuerdo que en Nueva York están ahora éste y aquél, y van a estar allá el próximo invierno dando conciertos aquél y éste, me dan ganas de tener alas, para poder volar.

—¿Cuánto tiempo ha vivido en Nueva York?



—Ocho años felices. Allí me casé.

—¿Con un americano?

—No, con un vienés. Nos conocimos en Alemania. Pero voy a presentárselo a usted. Solamente que habla apenas el español aquí lo tiene: ¡Chacho! Ven para presentarte. Mi marido... La señora...

El marido de Rosita, hombre joven, rubio, muy simpático, se sienta junto a ella. Nos interrumpe el fotógrafo, que retrata a Rosita, sola primero, después con su marido. Otto Stern, es un hombre de negocios, pero también y sobre todo, un crítico agudísimo, tan músico como su propia mujer. Rosita se ha casado hace tres años, y viven en plena luna de miel. Habla muy poco español, pero Rosita nos advierte riendo, que no le digamos que es buen mozo, porque lo va a comprender en seguida. “Como que yo se lo digo todos los días”, agrega.

Mi amiga, brillante alumna de Rosita, me cuenta detalles de su niñez:

—Tocaba desde siempre. Su mamá era muy música e inculcó a sus hijas el amor al piano.

—¿Tiene, usted una hermana, Rosita?

—Sí, pianista como yo. Vive en Estados Unidos.

—¿Y su madre, Rosita?

—Mi madre murió.

Momentos después, Rosita se para como sobresaltada.

—Permítanme. Voy a prepararles el té. No tengo criada, ¿saben?

Me acostumbré a prescindir de ellas en Estados Unidos. Cuando llegué aquí, contraté una, pero luego me sentí extraña, con una desconocida en la casa y la despedí.

—¿Guisa usted?

—¡No! No sé, ni tengo tiempo. Me mandan la comida de un bar o restaurant que hay en Bandera. ¡Comida deliciosa! Guiso una vienesa. Mi marido dice que en Viena hay dos cosas insuperables: la comida y las mujeres. Por lo que toca a la comida, puedo garantizar que no hay mejor en el mundo. Me temo que en lo que atañe a las mujeres, Chacho también tenga razón. Quiere decir que no lo llevaré allí nunca. Tendrá que ir solo. Pero no. No irá solo tampoco.

Rosita sale. Quedamos con el señor Stern. La conversación acerca de Viena continúa.

—¿Cómo conoció usted a Rosita, le pregunto.

(Continúa en la pág. 27)



Filosofía Pintoresca:

EL MATRIMONIO

El diccionario de Larousse, define así el matrimonio: Es un juego muy antiguo, anterior al de los naipes y del cual se derivó este último. Por lo general se juega entre dos. Esta definición es imprecisa. Aunque no se sabe la fecha exacta, en que los naipes fueron introducidos, en los salones. Por muy antigua que ella sea, es de asombrarse, que haya sido escogida como punto de partida, para fijar la antigüedad del matrimonio. Hasta ahora ningún escritor latino, había hecho alusión a los naipes. El matrimonio era conocido por los griegos y se encuentran huellas de este juego, en la civilización egipcia. Se asegura que fueron los chinos, quienes lo inventaron. ¡Son capaces!

No es muy difícil equivocarse, sobre el sentido de la palabra “juego”. Hay juegos inofensivos y peligrosos. El matrimonio pertenece a la segunda categoría. Según el compañero, puede resultar muy agradable o convertirse en un verdadero suplicio.

Se cita con frecuencia, como un ejemplo de odiosa ferocidad, “los matrimonios republicanos” de Nantes. Tanto los aristócratas como los sospechosos, eran condenados a morir en parejas. Se ataban juntos, a un hombre y a una mujer y luego se les arrojaba al Loira. Aquí, las víctimas por lo menos, hallaban rápido descanso para sus sufrimientos.

Qué decir del tormento imaginado, en las naciones que se hacen llamar civilizadas; donde el Legislador también une a los hombres y a las mujeres y los condena, no a morir, pero se sufre un estremecimiento al decir estas palabras: a vivir juntos.

No vean aquí una intención de exhortar en contra de esta honorable institución. Al contrario. Es el deseo de demostrar como el matrimonio, excelente en sí, puede resultar perjudicial, por la forma tan poco razonable que de él se ha hecho.

El matrimonio bien comprendido, debería ser como esas medicinas que

curan el envenenamiento, cuya dosis, está de acuerdo con la complexión del enfermo.

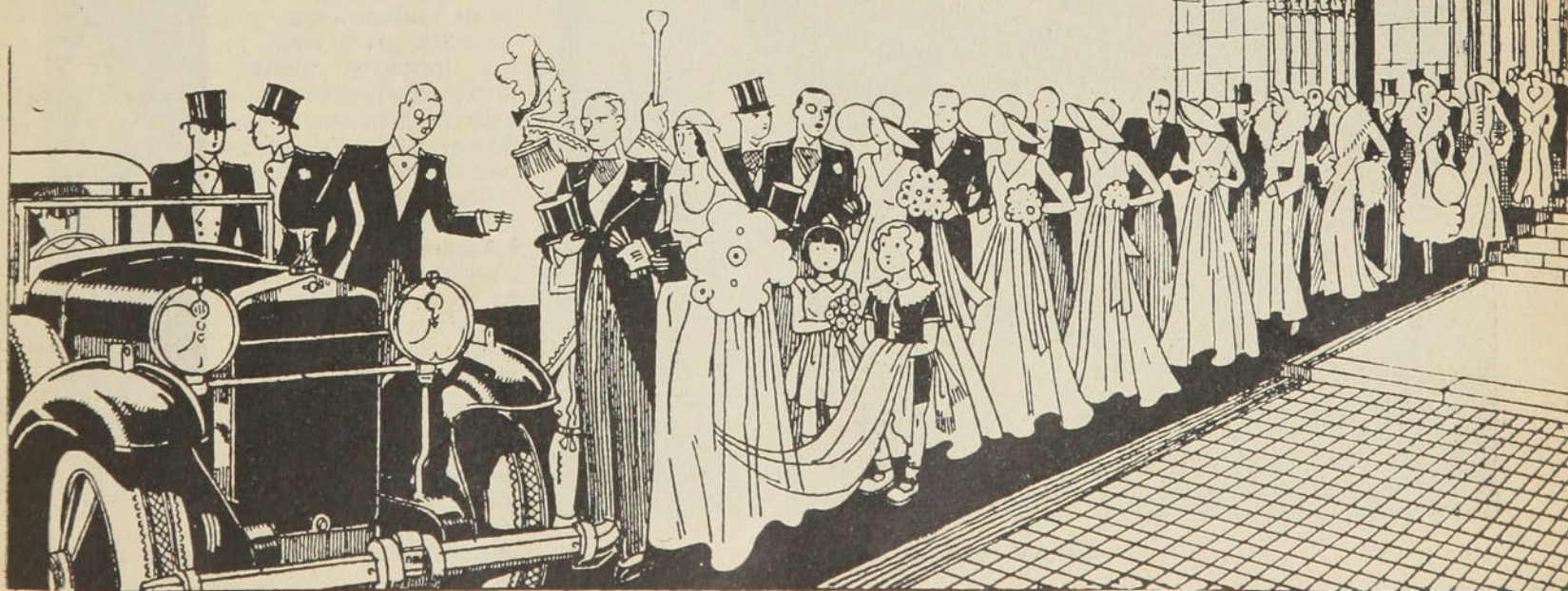
El pintor Chernarvard, decía:

Las mujeres deben casarse, los hombres, no.

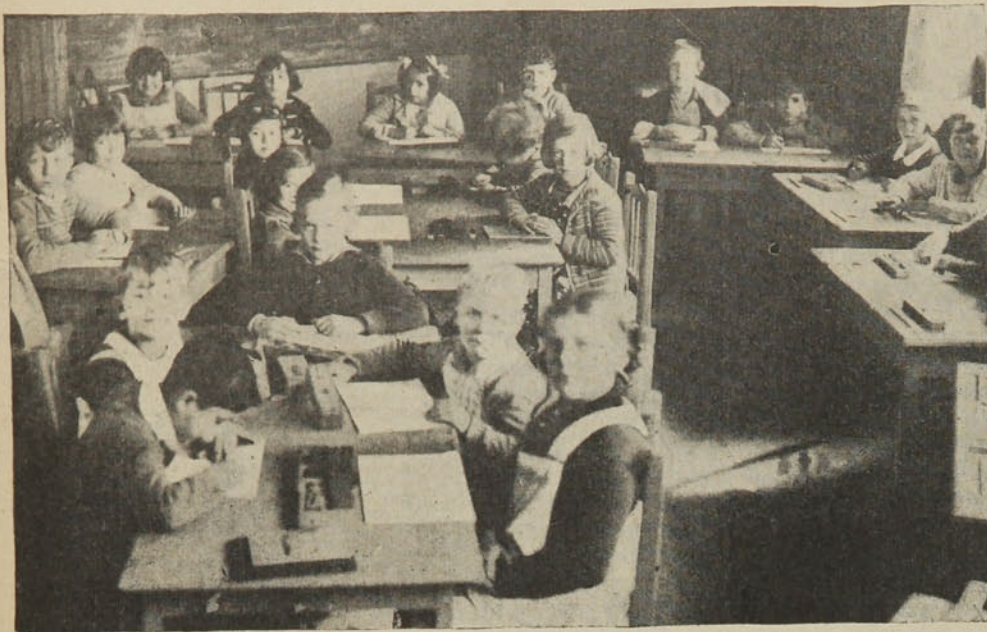
La frase resultaba muy graciosa, pero no es exacta. También los hombres deben casarse y el matrimonio es excelente para ellos, pero a condición de que sea renovado con frecuencia. Las mujeres son mejores que los hombres, más indulgentes, menos egoístas, soportan mejor lo que se llama matrimonio “massif”. Quiere decir administrado de un solo golpe para toda la vida. Por esta razón la mujer está hecha para casarse una vez, los hombres todas las semanas. El temperamento masculino, se acomodaría mejor a un régimen progresivo. Varios matrimonios de corta duración.

Es de creer que los hombres sólo piensan en el placer. No es eso. Esta reforma del juego al matrimonio, es de mucho interés también para las mujeres. El beneficio es equitativo. Sería la única forma de volver interesante este juego, para que las mujeres no se vean tentadas de buscar un tercer compañero.

Las reglas actuales no permiten al hombre, aprender a jugar correctamente su rol de esposo. Esto lo lleva indiscutiblemente al fracaso. He aquí, la única solución, para este conflicto de interés mundial: “La creación de Escuelas Superiores para la Enseñanza del Matrimonio” Todos los hombres, después de hacer su servicio militar, estarían obligados a hacer siete años de residencia en estas escuelas. La enseñanza consistiría, en cambiar de esposa, primero cada ocho días, después, cada mes, después solamente cada trimestre y así sucesivamente se iría suavizando, arrebatando, rompiendo todos los ejercicios del corazón. El éxito sería completo y obtendríamos los más excelentes maridos.



Una escuela ideal: La Deutsche



La segunda preparatoria... interrumpida en su labor.

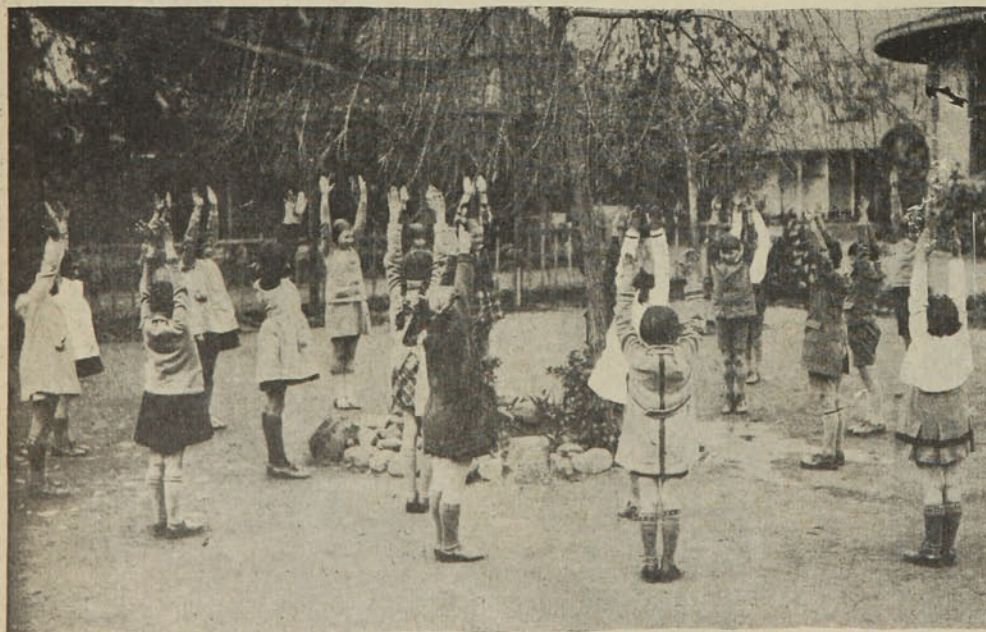
Toda la colonia alemana la conoce. Los alemanes son sobrados nacionalistas para mandar a sus niños a otra parte, aunque la Deutsche Vorschule, no fuera como lo es en realidad, el mejor colegio para niños pequeños que hay en la capital.

Yo no soy alemana y me alegro de que así sea, ya que soy chilena, pero menos nacionalista que los individuos de la raza germánica, no he tenido inconveniente en mandar a mis hijos al colegio alemán, porque sencillamente, como he dicho más arriba, me parece mejor que los cursos primarios de nuestros colegios, que, desde luego tienen un inconveniente muy grave: la cantidad enorme de niños que hay en cada curso, para ser atendidos por un solo maestro.

La cuarta primaria del Liceo N.º 1 de Niñas, por ejemplo, tiene sesenta alumnas, y la cuarta primaria del colegio alemán de los Leones, veinte. Lógicamente, cada alumno es más conocido por su profesor, quien puede poner una especial



La primera preparatoria en clase.



Gimnasia bajo los árboles.

atención en todos y en cada uno de ellos.

El colegio de los Leones, es mixto. Jamás ha habido dificultad alguna con este ensayo de coeducación. Bien es verdad que los niños son pequeños, trece años lo más. El único inconveniente que podría surgir, es la reyerta entre chicos y chicas en los recreos, en las cuales reyertas, como es lógico, las chicas llevarían la peor parte, pero ello se subsana haciendo que niñas y niños jueguen separados.

El colegio, como lo comprueban los gráficos adjuntos, es de una simpatía idílica. Los niños entran a clase a las ocho, y los fríos del invierno, no hacen sino embellecer más sus caras sonrosadas, casi todas, espléndidos modelos para afiches de salud. Tienen dos horas de clases consecutivas. Durante estas dos horas, se toman a veces dos o tres temas diferentes, pero a continuación uno de otro, o sea sin salir de clase para cambiar de maestra. En nuestros colegios, por lo general, la maestra o el maestro pierden la amistad del día en sacar a re-

creo cada tres cuartos de hora a la larga fila de alumnos, que, en formarse para salir, y en formarse nuevamente para entrar a clase, consumen los diez minutos reglamentarios de recreo.

Con tal sistema, los chiquillos ni juegan ni estudian: el tiempo no les alcanza ni para una ni para otra cosa. En cambio en la escuela alemana, los niños tienen una clase de dos horas consecutivas, y se toman en seguida un recreo de tres cuartos de hora, recreo que emplean en tomar su merienda matinal que llevan en tarritos espe-



La directora, señora Huber.

Vorschule de Los Leones

ciales colgados al cuello, lo que les da un lindo aire de borreguitos con cencerro. El recreo lo emplean además en jugar con la mayor libertad. Los niños en la escuela alemana no ven obstaculizada su independencia por ninguna causa banal. El padre o la madre pueden entrar cuando quieren al patio y al huertecito del colegio. No hay porteros ni reglamentos carcelarios. Las clases se efectúan con las puertas abiertas de par en par, y en los días buenos a pleno aire, bajo el emparrado del último patio. Allí, en aquella rústica extensión, tienen también los chicos, cada cual, un par de metros cuadrados que constituyen su parcela. Pican la tierra y la siembran. Da gusto verles por la mañana junto al profesor que les ayuda en mangas de camisa, correr de un lado a otro muy afañosos en busca de agua para regar su predio.

Es curioso constatar que los alemanes, pueblo el más rigidamente disciplinado de la tierra, eduque a los niños con tan amplio sentimiento de la libertad individual. Cuando he llegado temprano en



Ronda en el huerto.

menester solicitar permiso alguno: salen, sencillamente.

¿Verdad que a primera vista parece que un régimen tal podría dar lugar a terribles desórdenes y a la consiguiente falta de aprovechamiento en las lecciones?

Pues no hay tal: no se contempla el caso de que un niño salga de clase sin necesidad, y no se contempla ese caso, porque en el colegio alemán no hay niños flojos. No hay niño que tenga malas notas en su curso. Y no puede haberlos, porque el profesor está vigilando constantemente, y si observa que el niño va atrasado en su clase, lo comunica a sus padres, quienes, de acuerdo con el director, bajan de curso al retrasado, donde no se desmoralice con notas malas o lecciones deficientemente aprendidas.

Como alemán que es, el colegio da una importancia enorme a la gimnasia y a la música. Los niños tienen exquisitas clases de canto: la profesora toca una pequeña flauta. Ellos escuchan la nota y

(Continúa en la pág. 58)



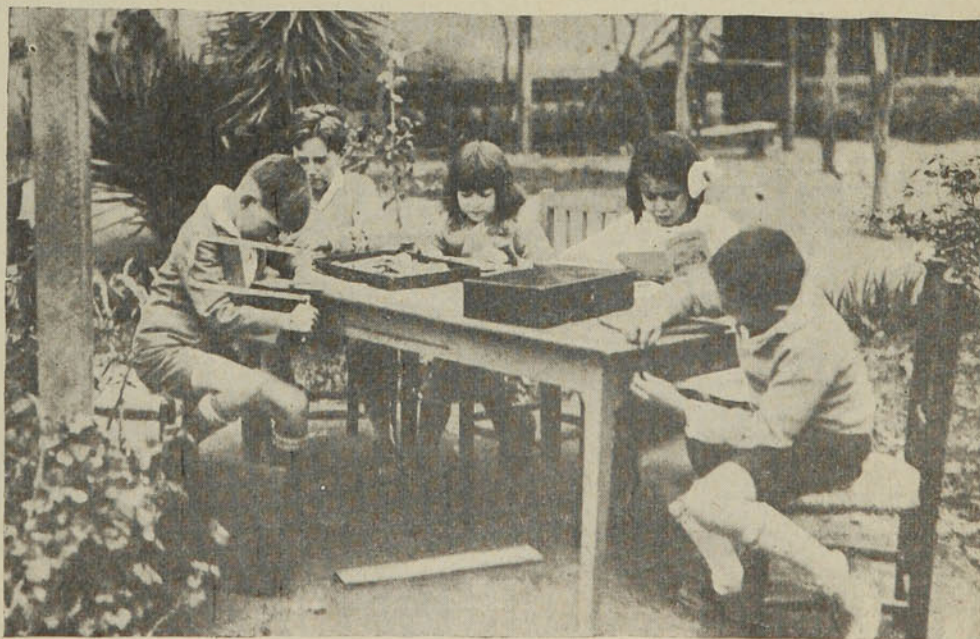
Al campo, de excursión.



El director, señor Huber.

busca de mis hijos, he podido observar escenas curiosas: nenitas muy lindas, lavándose la cara con barro, como quien la lava con jabón y enjuagarse en seguida con agua limpia; otras y otros, metidos de cabeza en las tinajas o jugando descalzos en el primer patio. Cada cual se mueve en la escuela con la misma libertad que lo hace el niño mimado en su casa.

Si un niño vive cerca y olvida un lápiz o un cuaderno, recibe un suave reproche del maestro, pero va tranquilamente a buscar el libro olvidado a la casa. Cuando niños o niñas necesitan salir de clase para alguna infantil diligencia, no les es



Carpinteros pequeños.

LA SEÑORA

—¿Qué hay de nuevo?

—El señor ha hecho la misma pregunta que dirige cada noche al entrar.

La señora comienza entonces el relato de los menudos incidentes del día. Pero una larga experiencia la ha dotado de una adivinación que los psicólogos más sutiles envidiarían. Nada más que con la entonación con que han sido pronunciadas estas tres palabras, ella sabe si la Bolsa ha estado bien, y si el desayuno de negocios ha resultado indigesto.

Es un barómetro exclusivo para ella sola, pero que no la en-

gaña jamás. Según el humor que él proclama, discierne en el acto, si hay que emplear maneras infantiles o un tono serio; si debe hablar de los chismes escuchados en el «five o'clock», referirse a la salud de los niños, o declarar la cuenta de su costurera.

El barómetro hoy día marca sol. Así, la señora deja caer palabras negligentes:

—¿Berta obtuvo permiso para conducir?

—¿Y con qué objeto? ¿No tiene acaso chauffeur?

Con volubilidad la señora comienza a exponer sus ideas al respecto. Cada día es más ridículo para una mujer no saber conducir un automóvil, y la que no lo aprende, acaba por fin por hacerse notar. ¡No! No. No se trata precisamente de convertirse en una deportista: con los coches actuales, hasta un niño puede manejar un volante. Un chauffeur cuesta los ojos de la cara, y un marido tiene otras cosas que hacer que no son dedicarse todo el día a llevar a su mujer de un lado a otro. Es preciso vivir con su tiempo: la mujer

debe ayudar al hombre y suplirle si es necesario. Nada como el automóvil para enseñar a las gentes a sentirse dueño de sí mismo; nada como él, para enseñar el sentido de la responsa-

bilidad. ¿El endemoniado movimiento de París? Con el tránsito en un solo sentido y los parques de estacionamiento, se circula mejor cada día. ¿El peligro? Las mujeres conducen mejor que los hom-

bres: la prueba es que, según las estadísticas, ellas tienen una parte mínima en los accidentes.

—Quizás — insinúa el señor — es porque hay muchos más hombres que mujeres conduciendo...

Naturalmente la señora desdena responder a una broma de ese género. Prefiere invocar el supremo argumento:

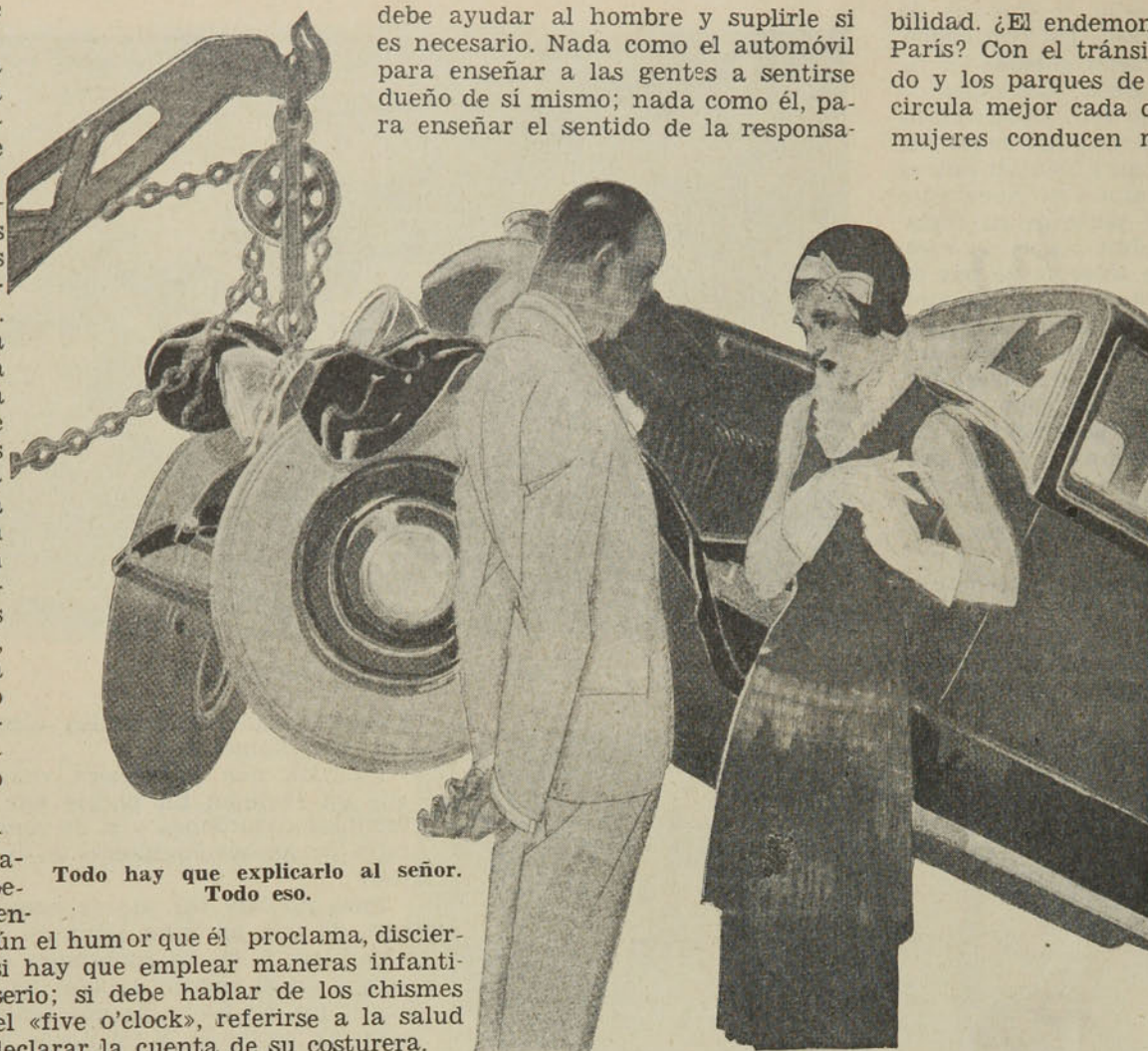
—Además, nuestros medios no me permiten arruinarme en metros y autobuses. No hablo de los taxis. No los tomo jamás: ayer no más uno de ellos me costó treinta francos. Ya he hecho mis cálculos: si compro un cinco ca-

ballos o aún un seis, lo menos que economizo al mes, son trescientos francos. ¿Te ríes? ¡Perfectamente! ¡Diez francos por día! Y aun me quedo corta.

Cuando la criada viene a anunciar que "la señora está servida", el señor no había dicho que no. Entonces, al pasar al comedor, confiesa la señora mimosamente.

—Ya tengo cita para pasado mañana con el profesor de Berta...

Algunos días más tarde, el mi-



"Mañana tentaremos el kilómetro lanzado en Montbery".

CONDUCE...



“Los otros candidatos no eran, ciertamente tan distinguidos...”

núsculo carnet de la señora, se enriquecía con estas impresiones:

“El profesor de Berta es decididamente un muchacho muy bien. Lo primero que os enseña, es a deteneros, lo que produce gran sensación de confianza en sí misma. Además, siempre está en su sitio y nunca os habla sino es de coches. Nada de semejanza con el engominado gigolo que da lecciones a la baronesa: a toda costa la quería llevar al dancing, y ella tuvo que hacer los mayores esfuerzos para desasirse de él.”

“Los progresos continuaban. La caja de velocidades es la única que continúa dando gemidos horribles. Lo que hay es que ha sido maltratada por los aprendices anteriores. Que bueno sería que se pusiera a disposición de los alumnos, coches nuevos... Ejecuté mi marcha atrás que tanto temía con maestría. Mucho mejor que Berta, según me aseguró el profesor que reconoce en mi dotes particulares. Es tan amable, que no he podido menos de darle una discreta gratificación.”

“He aquí una cosa curiosa. Las aceras están siempre demasiado lejos, cuando se trata uno de colocar junto a ellas, y demasiado cerca, cuando debe efectuarse allí una maniobra. Yo creo que un poco de práctica arreglará todo eso”. “Se es injusto con los tranvías.

Al menos, ellos tienen rieles que os indican con franqueza el sitio por donde han de pasar. No son como los taxis que se os vienen encima por todas partes, sin preveniros de ningún modo. Y toda esa gente que se entretiene en pasaros, so pretexto que nadie debe ir tan ligero como ellos, y después se detienen de repente, sin sacar el brazo tan largo como todo el mundo sabe que hay que hacerlo. La policía debería hacer observar rigurosamente el código de la calle. No comprendo, por ejemplo, cómo dejan pasear impunemente a todos esos ciclistas. ¿No tienen otra cosa que hacer aparte de hacer inaccesible la calzada? Son como los peatones que se obstinan en atravesar en cualquier parte. Si se les sacara cada vez una buena multa, se acostumbrarían a no incomodar por gusto y a echarse en las ruedas de los coches”.

“He hecho una solicitud para obtener el permiso de conducir. La escuela se encarga, felizmente, de todos los trámites, pero qué de papeles, de certificados, de fotografías. También se me ha exigido mi partida de bautismo. A mí me da lo mismo, pero me imagino lo fastidiada que ha de estar la baronesa con esta medida, ella que cuenta a todo el mundo que sólo tiene veintinueve años”.

“En fin, ya está. La cosa pasó en el Trocadero, y felizmente todo fué muy bien. Era yo la única mujer, lo que siempre intimida un poco. Los otros candidatos, entre los cuales me veía forzosamente mezclada, no eran muy distin-

(Continúa en la pág. 27)



Piensa que es el hombre quien debe cambiar los neumáticos.

¿En qué piensa el Emperador?

Este es un relato de un joven escritor ruso, Iván Lukash, que asistió apenas adolescente, a las primeras escenas de la revolución. La figura de su abuela que "no comprendía" y la evocación del pasado, agregan una melancólica gracia.

"Del barrio de Saint Petersburgo, logré llegar al Palacio de la Tauride. Al otro lado del Neva, ardía un cuartel de policía. Silenciosa antorcha en la noche. Más atrás quedaba el cielo desierto de Saint Petersburgo. Yo caminaba con el corazón oprimido.

En el Palacio de Justicia, el resplandor del incendio se reflejaba en los charcos, los que tomaban un color púrpura. Las llamas crepitaban en las ventanas medio ojivales, moviéndose perezosamente. Los soldados, en multitud, las contemplaban, mudos. Por donde se mirara no se veía más que soldados, con sus largos capotes de la guardia. Todos estaban con la cabeza descubierta, como en oración. Sobre sus rostros de pómulos salientes y de cabellos cortados, las luces del incendio jugaban diabólicamente. Me refugié en el guardarojo del Palacio de la Tauride, sentado sobre un soporte de madera dividido en cajoncitos, donde los M. M. diputados de la Duma del Imperio, guardaban sus chanclos. Los bordes de las capas, colgaban, me aburrían el rostro, me hacían cosquillas en la nariz y me rozaban las piernas. Un ruido enervante de voces como truenos, llenaba las galerías, los sables golpeaban sobre el parquet. Nubes de humo, de tabaco, flotaban en el aire. La atmósfera estaba saturada de aliento humano, que se mezclaba con el olor acre de la tela mojada de los capotes militares. En el patio, bajo la balaustrada, la muchedumbre se agita. Brilla un ángulo cortado, derecho de un auto blindado y semejante a una máquina que hubieran puesto para fundir la nieve, humea la cocina del regimiento.



Montado en un escuálido caballo, un soldado de caballería, desparrama, no se sabe por qué, hojas de papel blanco, en la niebla...

Desde esa noche, que pasé sentado sobre los chanclos, un miedo agonizante ha cerrado para siempre mi corazón. La revolución me ha aterrado y me ha dado náuseas...

Yo hacía entonces mi primer curso en la Universidad y los botones de cuero, de mi dolmán de estudiante, brillaban como pequeños cristales dorados.

Mi única preocupación era mi abuela. Y era esta la causa de que me hubiera introducido en el Palacio de la Tauride. Se corría la noticia de un próximo ataque, cerca de la Duma del Imperio y se afirmaba que ya estaban colocados los cañones y entre ellos grandes cañones. De un solo disparo, todo el barrio de Wiborg, volaría por los aires. El Hospicio de ancianas, donde mi abuela vivía, quedaba cerca del palacio. ¡Y no tenía más que a ella en Saint Petersburgo.

Yo era un muchacho alto y mi abuela tan pequeñita, que apenas me llegaba a la cintura. Tenía el cabello blanco y suave, como los copos de nieve. También su cofia era blanca. Vestía el traje gris del Hospicio y además, una pelerina y botas de fieltro. Era una viejecita menuda y ligera, con una nariz encorvada, manos pe-

queñas, y su carita delgada, estaba cubierta por una red confusa de líneas y arrugas.

Cuando venía a visitarla, y esto era una sola vez al mes, en día domingo, me hablaba en francés. Yo comprendía poco y creo que ella me escuchaba poco también. Me hablaba siempre sobre mi dolmán de estudiante.

—Que extraño uniforme llevan ahora. ¿De qué regimiento es el tuyo?

Y cada vez debía repetirla, que yo no estaba en ningún regimiento y que era simplemente un estudiante. Recogía entonces su naricita en un mohín de desprecio. En resumen, ella me consideraba un poco "parvenu". Mi madre había hecho un mal matrimonio. Se había casado con un pobre grabador. Un matrimonio de amor, naturalmente.

—Tú madre era una buena muchacha. Me decía algunas veces. Pero, cómo decirte esto... un poco emancipada...

Me agradaban las historias de mi abuela, sobre los piqueniques de Ekaterinhoff y las revistas militares de mayo, cuando las filas imponentes de las guardias de caballería y



coraceros avanzaban en un torbellino de polvo, como relucientes estatuas.

Mi abuela tenía palabras anticuadas exquisitas: hablaba de mitones, de crinolinas y de cherreras de encajes.

Por ella supe, que en otro tiempo, en Saint Petersburgo, cuando no existían tranvías, viajaban en "coucous", largos vehículos sin techo y que en la desem-



(Continúa en la pág. 58)

La caridad de los pobres

EL HOGAR PARA MUJERES DEL EJERCITO DE SALVACION

Este título no es un contrasentido. Los pobres han dado más que los ricos, siempre. Y si no, ahí está la pobre viuda del Evangelio.

Los ricos, desde luego, no tienen nunca conciencia de la pobreza. Es natural: la ignoran. No la han probado en su carne. Para ellos, la caridad no va más lejos de la cuota periódica a las colectas periódicas también, y la limosna distraída a la mano incolora y sucia que suele salirles al paso por las calles. Pero hay en el mundo gente — pocos, por desdicha —, que tienen el fanatismo de la caridad. Y decimos así paganamente, porque, en verdad, no se nos alcanza que se dé a los otros, no sólo la mitad de la túnica, sino la túnica entera, y con ella la inteligencia y el corazón en pedazos...

Vamos a hablar en seguida del ejemplo típico de caridad que queremos dar a conocer en esta ocasión, de esta caridad patológica, pudiéramos decir, que esconde a veces la ciudad en un repliegue perdido de sus callejas, no de sus calles; de esta caridad que brota como un hongo extraño en el jardín de los suplicios del egoísmo ciudadano, caridad que vive y se mantiene como una zarzamora irreducible, a pesar de las pisadas de los viandantes y de la sequedad angustiosa del terreno.

Se trata del Ejército de Salvación, poderosa sociedad particular de beneficencia inglesa, inmenso foco que entibia los miembros ateridos de los pobres en las villas de Londres y de Nueva York, y del que aquí sólo alcanzamos a recibir un resplandor miserable.

Hice conocimiento con el Hogar de Mujeres del Ejército de Salvación en Chile, hace unos tres años: volviendo del teatro, una noche, encontramos a las puertas de un hospital una vieja aterida. La rechazaban de los hospitales porque no era enferma, y no era cosa de buscarle asilo en los hospicios a tan altas horas de la noche. Había oído hablar del Ejército de Salvación, y pensé que aquel era el único sitio donde, probablemente, recibirían a la mendiga.

En una obscu-

Para Todos—2



ra callejuela, hallamos después de mucho buscar, el Hogar de Mujeres del Ejército de Salvación, esas buenas gentes a quienes llama el pueblo “canutos” y cuyas mujeres van por las calles vestidas con un traje un poco militar de

color azul marino, y llevan sobre la cabeza un infantil sombrero con lazos negros.

Llamamos. Nos abrió una mujer sonriente y recibió a nuestra anciana, como una ama de casa cortés recibe una visita de importancia.

Cuando fui por mí protegida tres días después para colocarla en el Asilo de Ancianos donde había encontrado sitio para ella tras enormes esfuerzos, la encontré en cama tomando una taza de cocoa que le preparara por sus propias manos la bondadosa evangelista.

No he olvidado la presteza con que ayudan al miserable esas gentes más pobres que Job, y, para que el público las conozca fui a tomarles una información gráfica y escrita. La capitana contesta a mis preguntas:

—¿Cuántos pobres tiene usted ahora asilados?

—Catorce niños y cinco personas mayores.

—¿Le pagan algo?

—Una de las mujeres, cien pesos al mes. Las otras no pueden pagar. De los catorce niños, sólo hay dos que pagan, doce pesos cincuenta cada uno. Los otros doce no tienen padre, o les han abandonado, o son muy pobres y no pueden hacer nada por ellos.

—¿Tiene usted alguna ayuda fiscal?

—Ninguna. Pero si permiso para pedir en las casas dos veces por año. Además sostenemos una revista que se vende a veinte centavos ejemplar. Las gentes de buen corazón no dan a veces por ellas hasta un peso.

—¿Tienen alguna criada?

—No. Nosotras lo hacemos todo.

—¿Y cuántas son ustedes?

—Dos.

—¿Y entre dos solamente cuidan ustedes de catorce niños, de cuatro mujeres e incluso guisan y lavan?

—Lo hacemos todo. Las asiladas nos ayudan un poco.

—Ustedes por cierto trabajan por amor a Dios y por amor al prójimo, pero reciben ustedes algún pequeño sueldo.

—¡O h, no! Tengo una casita en Quilpué. Su arriendo me da para mis vestidos que son es-



(Continúa en la pág. 59)

Bernardita, la muchacha que vió a

Regresa del campo al pueblo esta mocita. ¿Quién será la primera persona a quien vea? ¿Cuáles serán las primeras palabras que pronuncie? El mundo que va a surgir está ya en el ambiente; todo está a las puertas de lo invisible y todo está invisible todavía. Hace falta, para principiar, que unas palabras sean pronunciadas; hace falta que esta mocita se ponga en comunicación con alguien. Sus ojos son serenos y bellos; el continente todo de su persona es reposado, tranquilo. Diríase que no le ha sucedido, ahora, hace un instante, nada. Y, sin embargo, uno de los acontecimientos más grandes que puedan producirse en el planeta se ha producido ante los ojos, tan serenos, de esta muchacha. Viendo su retrato, ahora, a distancia de tantos años, cuando las pasiones se han serenado, nos parece que contemplamos una moza de pueblo español, una catalana, con su faz llenita, o una gallega, con ojos dulces y de mirar suave. La tarde avanza; la niña sigue en su camino hacia el poblado; dentro de un momento, esto que le ha ocurrido a la moza habrá de saberse. Se irá llenando todo el pueblo del extraordinario suceso; se comentará en todas las tertulias; del pueblo la noticia pasará a la región entera; de la región, a la nación toda; de la nación, al mundo ancho. Pero estos minutos de ahora, en que todo eso está en potencia; en que en el cerebro de esta muchacha está ya formada la idea de lo que va a ocurrir; estos minutos de silencio, de soledad, de ansiedad, son únicos y no se volverán a dar. Y la muchacha entra en el pueblo; su casa es pobre, casa de labradores modestos. El pueblo todo es casi misero; se levanta en la arruga de las montañas; un riachuelo espumoso baja de los altos riscos hasta remansarse en el valle. Cuando la muchachita ha dicho que había visto a la Virgen, la persona a quien se lo ha dicho, la primera de todas, se ha quedado un poco perpleja; no sabía lo que decir. Los labriegos son muy cautos; ya lo sabéis; cautos en Francia, en la Argentina, o en España. No ha dicho nada este labrador; tal vez ha tenido el gesto que tienen todos; se ha rascado la cabeza, en tanto que miraba con desconfianza a la moza. Pero la moza no ha mostrado ni inquietud, ni obstinación en que se la creyera, ni zozobra por lo que pudiera ocurrir. Al día siguiente, la aparición milagrosa se ha renovado y la muchachita ha contado también lo que le ha sucedido. Y ya esta insistencia comienza a interesar a las gentes del pueblo. La aparición se repite más veces; la Virgen encarga a la mocita que lleve un mensaje a los eclesiásticos y a las gentes todas. Comienza ya en el pue-

blo, con las repetidas apariciones de la Virgen, a removerse la masa popular. Ya hay partidarios de la moza y adversarios. Ya se enciende la pasión. Todos sabéis que en los pueblos, en todos los pueblos, existe un núcleo de hombres que dicen que no creen en nada; son los representantes del espíritu crítico y

darios del milagro; ya se supondrá lo que pasa en las casas a la hora de comer, singularmente, que es cuando ocurren en las familias todos los escándalos. En tanto los maridos intentan protestar contra el milagro, las mujeres dan voces y hacen callar con sus gritos a los incrédulos. Y toda esta trapatiesta, que se ha promovido ya en el pueblo, va desbordando a la comarca. Lleva camino el suceso de extenderse por la nación y de dividir en dos bandos a los nacionales. Mientras que esto ocurre, ¿qué hace el cura del pueblo? La autoridad eclesiástica, que es en definitiva la que ha de decidir, ¿qué actitud ha adoptado?

El párroco del pueblo es hombre prudente; observa los hechos; sigue atento el desenvolverse de los sucesos; pero la más elemental discreción le veda entrar en liza. El pleito es difícil; si la Iglesia se lanzara resuelta e indeliberadamente a intervenir en estos asuntos, al principio, cuando no se ha visto todavía lo que tienen de verdaderos o falsos; si la Iglesia obrara con irreflexión, se exponería continuamente a los más terribles fracasos. La verdad en estos asuntos delicados de la mística, de los milagros, suele estar mezclada con el error; la Iglesia ha de proceder con cautela suma, con tacto, con delicadeza. Y todo esto supone tiempo y madurez. Las apariciones de la Virgen a la mocita se han repetido; hasta dieciocho apariciones se han efectuado. La niña no ha perdido su bella serenidad; los padres de la moza no han salido de su tren de vida modesto y tranquilo. Se desliza todo como si no pasara nada. La agitación, el estruendo, las pasiones, han hecho su camino; se discute ya con calor, con ardimiento, en toda la nación. El prefecto, primero, y luego el ministro del interior, han debido intervenir en el ruidoso asunto. La mocita ha sido traída y llevada; la han interrogado los jueces y las autoridades de todos rangos y de todas clases. Otra que ella se hubiera turbado, amilanado; su serenidad hubiera desaparecido. En la vorágine de las pasiones ardientes de que ella, tan mo-

desta, es centro, la mocita no ha perdido su admirable sosiego; dice lo que ha visto, cuando se lo preguntan; relata sencillamente el milagro y añade, que no sabe más. Ni sintomas de enfermedad nerviosa, ni desequilibrio, ni ambición por nada. Sencillez y humildad. Mientras el mundo discute y las pasiones están desatadas, ella, la labradora, hace su vida de todos los días, de todos los años. Ni la intimidan los altos dignatarios que la interrogan y la amenazan y la conminan, ni muestra deseos de ser otra cosa de lo que es.



revolucionario; entienden el espíritu revolucionario de un modo infantil y pintoresco. Son, en suma, gente sencilla y simpática. Dicen ellos, es verdad, que no creen en nada; pero, en el fondo, creen en todo. Y ese núcleo de espíritus críticos, que se reúne en una trasbotica o en un casino, que en España se suele llamar Casino Primitivo, para diferenciarlo de otros casinos nuevos y posteriores; este núcleo de hombres escépticos ha comenzado ya a sonreír de las apariciones. Y como las mujeres de estos hombres son, naturalmente, parti-

la Virgen en Lourdes

Por
A Z O R I N



A Roma, naturalmente, ha llegado el rumor formidable de la lucha entablada; ya es tiempo de que Roma se pronuncie en uno u otro sentido. Roma, al igual que el párroco del pueblo, ve con secreta simpatía el desarrollo de los sucesos; pero Roma ha de ser prudente. Cuando ya ha recogido todos los datos necesarios; cuando se ha abierto una minuciosa información, con todas las garantías de veracidad, entonces es cuando el Pontífice romano dice las palabras que ha de decir. Y son palabras de afirmación, de confirmación de los hechos; no se puede dudar de las apariciones; la mocita inocente, sencilla, ha dicho la verdad; lo que a ella le aconteciera, no es más que el trasunto de lo que la Virgen quiere que se haga. En el pueblo, va la fisonomía de las cosas ha cambiado; el sitio en que la Virgen apareciera, es ya otra cosa. Rápidamente, todo ha sido transformado. Las muchedumbres acuden ansiosas a estos parajes de milagro. Se cuentan curaciones extraordinarias. Se ha levantado una iglesia magnífica. Ha surgido una organización perfecta para atender a los peregrinos; el verdadero milagro es este continuo afluir de gentes a la gruta en donde apareció la Virgen, de todas las partes de Europa, de todos los lugares del planeta. En un librito que se acaba de publicar, con el título de “Lourdes”, hemos ido siguiendo el desenvolvimiento de la grande y re-

ligiosa empresa a lo largo de los años. El autor del libro es Gaetan Bernoville, y pocas obras hemos leído—lo decimos con toda sinceridad—tan emocionantes como ésta. Todo vibra, palpita con arte delicado y fino en estas páginas. Muchos libros se han escrito acerca de Lourdes; pero ninguno tan intenso y artístico como éste. Páginas como aquellas en que se describe la gran procesión en el crepúsculo, o las horas de los pobres enfermos en la noche interminable, son páginas que llegan hasta el fondo del

alma. Lourdes es un motivo hondo de meditación; inspiran respeto, veneración; todos aquellos lugares en que se concentra la fe. ¡La fe! Lo más alto, lo más sagrado, lo más fino, lo más selecto de que puede disponer un ser humano. Tener fe es poseer una fuerza enorme, colosal, tener fe es poseer una fuente inagotable de consuelos. Nos descubrimos con la más profunda admiración ante una viejecita que va casi arrastrando a una capilla de la catedral, a que viene desde hace muchos años, desde su juventud, y viene porque ante de esta Virgen, ante este Cristo, ella encuentra, en sus dolores, en su soledad, una confortación espiritual que no tiene con sus tesoros, con su poder, ningún príncipe o archimillonario del planeta. Lourdes no es el sitio a donde se va a ver un milagro, o a ser curado milagrosamente; el milagro, en Lourdes, es lo secundario, lo subalterno. Lo esencial, en Lourdes, es el miento de la fe; esta clarificación venturosa del espíritu, que se opera en estos lugares; este repasar de la conciencia, y de sentir que, en tal ambiente de espiritualidad, nuestro espíritu adquiere una tonalidad, una tensión, una vibración de vida que antes no tenía. En este librito precioso—que dicho sea de paso, lleva todas las licencias necesarias de las autoridades eclesiásticas—, en este precioso librito se pone de manifiesto este aspecto esencial de Lourdes. “Hay
(Continúa en la pág. 28)



El Imperio de la Selva



Mis hombres habían tenido que abandonar la caza; sus pies desnudos no podían soportar el contacto del suelo que el sol del mediodía había elevado a una temperatura de un mundo en formación. Seguíamos, en piragua, un tranquilo riachuelo de unos cincuenta metros de ancho que desciende del Fouta y se arroja al mar, mucho más lejos, por un estuario de 20 kilómetros.

Contemplaba las riberas discretas bajo su velo de verdura, no con el deseo de matar, sino para satisfacer una curiosidad siempre despierta. Violentamente quedé atónito. A un gesto mío, los bogadores se detuvieron y frenaron, dulcemente, con sus palas de madera. Ni un ruido. La piragua continuaba deslizándose lentamente. Más lentamente aún, a un tiro de piedra, una enorme serpiente pitón descendía hacia el agua, y hundiendo la cabeza se sumergía con tal dulzor que pareció un fluido mezclándose a otro.

Cuando todo su cuerpo hubo desaparecido, reapareció la cabeza y la serpiente comenzó a nadar, persiguiendo un bulto que sólo Dios sabía lo que era. Tranquilamente iba bajo nuestras miradas fascinadas. Jamás una cabeza plateada y brillante se había balanceado con tal majestad, con tal fiera altiva, paralela al nivel del agua.

Iba así, sin precipitación, como si no existiéramos, cuando de repente, todo el cuerpo escondido saltó fuera del agua, se enrolló, se desenrolló. Violencia indecible. Uno de los negros murmuró: "¡Bambo! ¡el caimán!" No se equivocaba. Un hocico dentado, negro y estriado de amarillo, rompía por instantes la superficie, daba un golpe rudo y desaparecía.

La monstruosa cabeza se ocultaba por instantes, temerosa siempre por sus ojos claros que sobresalen del cráneo.

El juego del reptil que consiste en enrollarse sobre su presa, resultaba imposible. Por lo demás habría sido sumamente peligroso acercar su cabeza a los sesenta y cuatro dientes que se abren y se cierran en el agua con la misma facilidad que a pleno aire. La gran pitón se asustó. Capaz sobre tierra de ahogar a un buey, se dió cuenta de su falsa posición y comenzó a golpear el agua con sus anillos y su cola que retiraba tan pronto como lanzaba. Ya parecía como un resorte, ya como un arco gigantesco. Los rudos golpes no se apreciaban tan bien como las maniobras y los desalientos. Y el agua, rabiosamente sacudida en todos sentidos, humedecía los árboles inclinados.

Este combate había llegado a ser para mí el centro del universo. Menos sensible, mi boy, me tendió el fusil. Cuando la cabeza del cocodrilo apareció en el aire, disparé al sentenciado. Todo desapareció. El agua removida un instante quedó en calma. Supongo que la gran serpiente, aterrada por el incidente inesperado, buscó la orilla y fué a la segunda noche el botín de las hormigas cadáveres. Había tenido en un momento, en esta atmósfera sofocante, la revelación de lo que fué la vida formidable de las primeras edades de la tierra.

* * *

Otros animales que yo no había visto esperaban el resul-

tado de la lucha: monos rojos que se instalaban ya en lo más alto de las palmeras para pasar allí el crepúsculo y la noche. Así, son los primeros de la selva en ver levantarse la luna. Están perdidos al enfrentarse con la pitón en su recolección de frutos de palma o con el caimán cuando van a beber en la ribera. Deseaban, por tanto, la muerte de los dos adversarios. Desaparecidos los combatientes los monos volvieron a sus menesteres familiares: a la faz del cielo se espulgaban a conciencia.

La palabra: “trabajo” no existe en su lengua. Los monos no consentirían en trabajar un sólo día sino por Rama, portador del poder divino. Sin embargo, sin estos despilfarradores de frutos, jamás los granos demasiado pesados para el viento se habrían dispersado por los espacios vacíos antes de la aparición del hombre.

Como los monos, también el león y la pantera son útiles. ¿Qué habría sido en efecto de las nacientes selvas si las tribus de antílopes no hubieran sido controladas por las bestias feroces?

La pantera negra formaba parte de esta policía. Era el agente secreto para las selvas de Birmania. Cuando se mezcla a las panteras de fondo amarillo. éstas no la toman por una negra. No es sino una coqueta que juega con los tonos. Terriblemente distinguida, desprecia los colores violentos, de tonalidades muy acentuadas. Preciosa y amanerada, esta hija de la noche, es a la vez tímida y feroz como un asesino lugareño. Se sigue difícilmente el trazo que deja al tocar el suelo.

No ruge, no ladra, como algunos creen. Su grito es pérdida de aliento, vapor de rabia sorda. Jamás está satisfecha. Todo en ella es rabia, inquietud, desencanto. Aun cuando

duerme, su sangre vela. No sueña con carnes opulentas sino con sangre y cerebros esparcidos.

* * *

También la pantera toma sus precauciones. Se guardará bien de cometer errores, por ejemplo, de saltar sobre un gayal. Este no es sino un buey de cuernos pequeñísimos: signo de libertad. Es un montañés que ama el agua clara y los espacios. No es él quien se revuelca en el fango como el búfalo de Tonkin y las Indias, ni en la paja de los establos como nuestro sufrido buey doméstico. Su cruz está modelada como una colina.

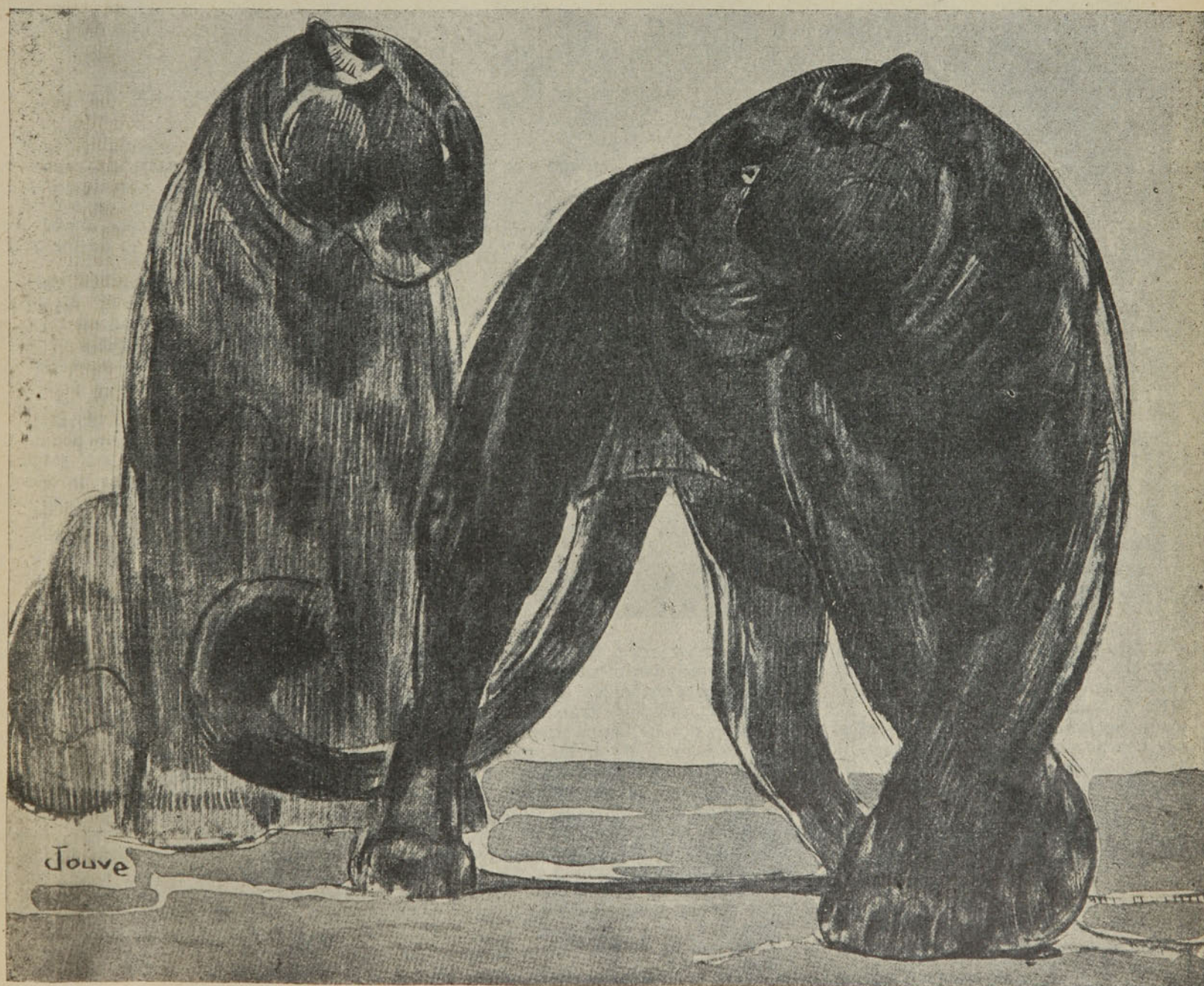
En las pendientes guía con júbilo la manada de hembras; le gusta dominar los valles transparentes.

Sucedió un día que un hombre logró captarse la confianza de un gayal con un puñado de sal. ¡Qué bajezas no cometería un comedor de hierba por sal! Pero el asunto no encontró eco, el gayal domesticado no tuvo imitadores. La raza siguió, libre testificadora de la conquista del hombre sobre el buey: la más útil conquista sino la más noble.

* * *

La más noble conquista del hombre es, sin duda, el elefante. Es el verdadero rey de los animales. Rey por la pujanza, la bondad magnánima, la cólera, la inteligencia, el desdén de las manifestaciones mezquinas. Empleado por los antiguos como máquina de guerra fué siempre el hospedaje de los príncipes y el auxiliar de los grandes capitanes. De entonces ha conservado el amor por los trajes dorados y las telas brillantes. Se le creería destinado desde siempre a las

(Continúa en la pág. 28)



Mi método de Cultura Física

Por

JOAN CRAWFORD



Cada hora que pasa una actriz de cine ante la cámara, requiere días enteros de preparación.

Es imposible esconder cosa alguna a los penetrantes ojos de esas cámaras, que descubren y hacen destacarse hasta la línea más insignificante del rostro. Necesita uno estar en tan buenas condiciones físicas como sea posible, antes de atreverse a encararse con la lente fotográfica.

Cuando estamos filmando una película, queda un poco tiempo y energía para otra cosa que trabajar y dormir. Es el tiempo entre una y otra cinta, las semanas de preparación, lo que tiene ca-

pital importancia en la vida del artista.

Es, verdaderamente, como si viviéramos dos existencias diferentes: la una cuando estamos trabajando, la otra cuando nos hallamos preparándonos para nuestro trabajo. Mi opinión es que cada una de nosotras debe elegir y sujetarse a su propio método. Lo que es bueno para mí, puede no serlo para otros. Después de cinco años de trabajar en el cinema, he descubierto un sistema de educación física que me da excelentes resultados. Me siento bien: animosa, llena de energía... y esto es la mejor prueba de una salud perfecta.

Douglas y yo nos sujetamos rigurosa-

mente a nuestros sistemas de educación física, sin que esto quiera decir, por supuesto, que seamos modelos de virtud. De vez en cuando nos damos nuestras escapadas, lo mismo que todo el mundo.

Al principiar el día, bebo dos vasos de agua caliente. Es una costumbre que adquirí en mis tiempos de colegiala, y he llegado a considerarla tan natural e indispensable como lavarme los dientes. Después se siguen quince minutos de gimnasia; algunas veces empleamos ese cuarto de hora en saltar la cuerda, para variar un poco.

Mi desayuno consiste en medio vaso del jugo de alguna fruta o "sauerkraut", que por cierto me deleite; café con leche, pero sin azúcar, y, a veces, un pedazo de pan tostado.

Durante los meses de verano, y parte del invierno acostumbro

tomar un baño de sol diariamente. Hemos hecho arreglar una especie de tienda con este objeto en el patio de nuestra casa, y allí me instalo todas las mañanas de diez a doce, con excepción de los domingos, en que Douglas y yo pasamos el día entero en la playa.

Mi almuerzo es siempre muy ligero, consistiendo, por lo general, en una ensalada de frutas u hortalizas, y café.

Cualquiera que sea la ensalada que tome, va siempre aderezada a la francesa, nunca con mayonesa o cualquiera de esas salsas de crema batida.

Después del almuerzo viene la lección

La Hermosa Leonila

POR MARIA ENRIQUETA

Don Pedro Vidal, el jefe de Luis, era un hombre adusto, más que viejo, envejecido, pero elegante aún, alto, por extremo reservado y casi misterioso.

Hacia tres años que Luis, muy joven e ingenuo, pero infatigable, honrado y de una competencia extraordinaria para los negocios mercantiles, trabajaba como ayudante del cajero en la librería que había hecho rico a don Pedro Vidal, y pocas veces veía que éste se presentase en el almacén para echar una ojeada a los negocios.

Más bien era el cajero o Luis quienes, al llegar ciertas fechas del mes, iban en busca de don Pedro a su propia casa, en una calle apartada y rica, donde pasaban algunas horas con él para ponerle al tanto de los asuntos y solicitar su firma. La falta de asistencia de don Pedro a la librería, hacía que los empleados no se ocupasen para nada en hablar de su jefe y comentarlo. Se sabía que éste era casado, que su hijo único había muerto y que su mujer vivía en otra parte, quizás por no poder entenderse con aquel hombre adusto que hablaba tan poco. Pero he ahí que un día, sin saberse siquiera por dónde había podido llegar, una noticia repercutió en el almacén: don Pedro, reconciliado con su esposa, acababa de traer a ésta a su lado.

—Veremos si eso le endulza el carácter—dijo el cajero—, porque en verdad, cada vez es más brusco e insoportable, a tal grado, que hago ya planes para separarme de la casa.

—Pues lo probable es que acontezca lo contrario—replicó uno de los dependientes—. Puede suceder que los disgustos domésticos se renueven, y entonces pagaremos todos las muchas que debemos...

Algunas opiniones más se aventuraron en la librería contra el señor Vidal. Unicamente Luis, aplicado a su trabajo, guardó una actitud reservada y se abstuvo de mezclar sus comentarios a los de los otros compañeros, muy picados por la vena de la crítica.

Llegado el día en que Luis debía presentarse en la casa de su jefe, éste le dijo:

—Sé que en la librería se ha comentado mi vida íntima; pero sé también que algunos han guardado silencio... Tendré presentes los nombres de éstos.

Y en seguida, sin más palabra sobre aquello, tomó los papeles para la firma, y entró de lleno en los asuntos.

Una vez expresadas sus disposiciones, don Pedro se puso en pie, y dando a Luis una palmada en el hombro, le dijo, tueteándole llanamente:

—Eres un buen muchacho que, aunque tímido y un poco ingenuo a veces, trabajas a mi gusto. Parece que no me fijo en las cosas, pero de todo me hago cargo. Prepárate, porque el día mejor, te nombro mi cajero, y si tu fealtad y competencia continúan como hasta aquí, te haré mi socio...

—¡Señor! —repuso Luis, admirado—. Sólo cumplo con mi deber... Quedo profundamente agradecido.

En la librería no volvió a comentarse el jefe, y las cosas siguieron como antes.

Cierto día en que Luis iba a la casa del señor Vidal, citado por éste para una hora fija, al cruzar por la esquina de una calle, se dió de manos a boca con la más linda mujer que pueda imaginarse. Iba ésta de prisa, ocupada en abrocharse un guante y sin parar mientes en los viandantes que encontraba a su paso. Un velillo de punto color de violeta le esfumaba un



tanto el rostro, dándole un aspecto de flor envuelta en gasa. Sus mejillas ligeramente sonrosadas y sus ojos negros y lánguidos, le prestaban un encanto delicioso.

Luis, sin quererlo, pues iba ocupado en recordar y estudiar los asuntos que debía tratar con don Pedro, se detuvo para ver a tan hermosa mujer. Era su porte distinguido y rico su atavío, por más que los colores del sombrero y del traje fuesen oscuros y demasiado serios.

Un gran señorío envolvía por entero a tan linda persona.

Luis suspendió su marcha y quedó en pie siguiendo con la vista los pasos de la hermosa mujer, que iba ligera, sin fijarse en los que cruzaban a su lado.

De pronto, la dama se detuvo, y después de observar el rótulo de una tienda de telas, echó una ojeada a la vitrina y entró en el almacén.

Luis, sin darse cuenta de lo que hacía, quedó en la esquina esperando que saliese de nuevo la hermosa desconocida; pero volviendo repentinamente a las cosas del mundo y a los deberes, vió en el reloj que apenas le quedaba el tiempo preciso para asistir con oportunidad a la cita de don Pedro; dirigió, pues, una mirada triste hacia aquella puerta de almacén que parecía haberse tragado una dulce y naciente esperanza, dió vuelta a la esquina y marchó de prisa rumbo hacia la casa de su jefe.

Por esa vez la entrevista con don Pedro Vidal pareció a Luis interminable. Los asuntos se complicaban, las disposiciones del jefe eran innumerables, los papeles que había que firmar hacían montaña. En medio de las explicaciones, el rostro de la desconocida iluminaba de tiempo tiempo el recuerdo de Luis, como razadas de sol en un cielo nebuloso.

Al fin, don Pedro se levantó, los papeles pasaron a la cartera, y Luis se vió completamente libre.

Una vez en la calle, el ayudante del cajero miró hacia todos lados con la esperanza loca de hallar por alguna parte a la hermosa desconocida. Pero de ella no se descubría ni el menor rastro. Fué después hacia el almacén donde había estado, pero tampoco quedaban allí señas de ella.

Inútil es decir que durante ese día y los subsecuentes, el recuerdo de aquella mujer que ni siquiera se había fijado en Luis, fué para éste una verdadera obsesión. ¿Dónde vivía? ¿Qué podía ser? ¿Adónde ir a buscarla? Preguntas eran éstas que se hacía de continuo, sin poder aplicarles repuestas prácticas.

No quedaba sino esperar que la casualidad volviese a ponerle delante a la desconocida. Pero el tiempo corría, y la hermosa mujer no se presentaba. Luis comenzó a sentir que una sombra de tristeza bajaba a su corazón. El, tan devoto del trabajo y tan activo, se encontraba a veces con la pluma en el aire y la mirada perdida en el vacío. Era preciso curarse ya de aquella idea tenaz que, en vez de apaciguarlo ante la imposibilidad de algo práctico, parecía crecer y tomar el carácter de un capricho.

Había ya pasado un mes de su encuentro con aquella mujer, y Luis continuaba como antes, entregado a la misma idea fija y atento a una nueva aparición de la desconocida. Listo estaba, dispuesto a abandonarlo todo por seguirla hasta donde viviese, en el momento que la encontrara, así tuviera no una, sino

diez citas con don Pedro o con quien fuese.

En esta disposición de ánimo, al cruzar un día la gran plaza del Hospicio, cuando más ensimismado iba en la idea que le asediaba, oyó de pronto a su espalda el rodar de un carruaje, y como se detuviera para no ser atropellado, pudo ver, mientras una intensa emoción le bañaba el alma, que la persona única que ocupaba el coche, era la bella desconocida que le había robado la paz del espíritu.

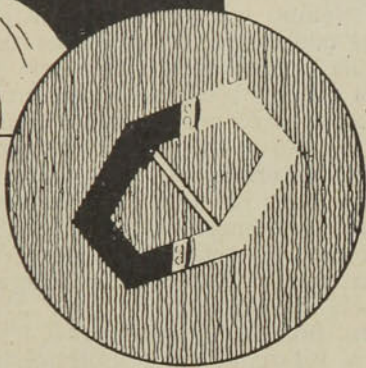
Todos los planes que tenía levantados para el caso de un encuentro con ella, vinieron al suelo, porque, ciertamente, era imposible que se echase a correr como un loco detrás de aquel carruaje. Quedó, pues, en su sitio, y nuevamente vió con ojos

(Continúa en la pág. 60)

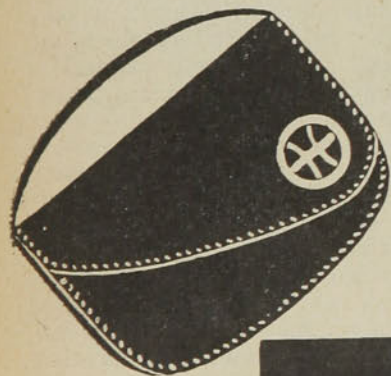
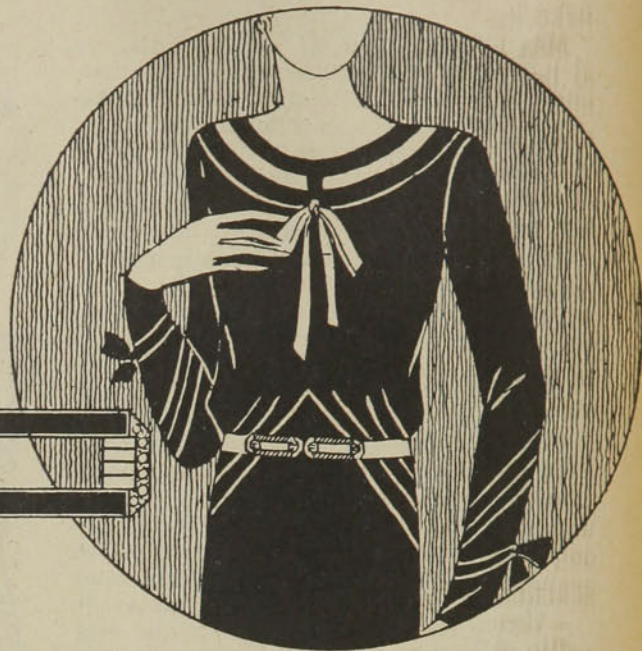
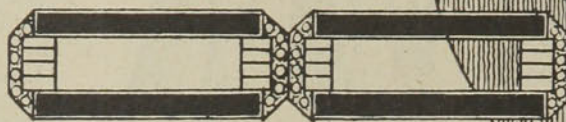
“PARA TODOS”
JOYAS Y FANTASIAS



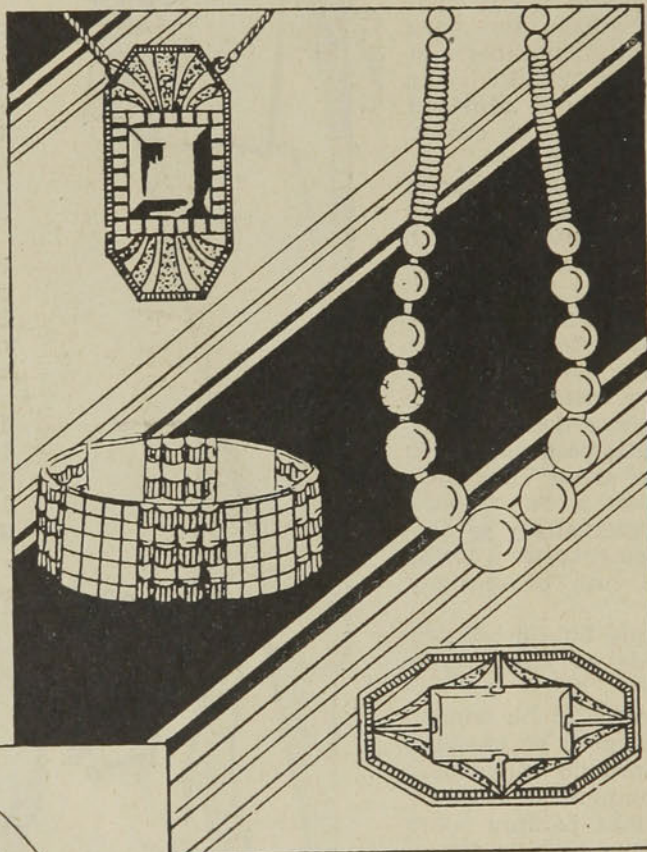
Para mantener el drapeado de un sombrero, hebilla de estilo muy moderno en onix y cristal, con ligera incrustación de strass.



Nuestros cinturones se cierran por medio de largas y estrechas hebillas, de una composición muy elegante. La que aquí presentamos es de onix, strass y cristal.



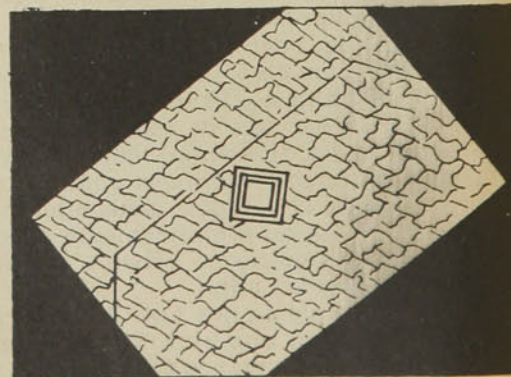
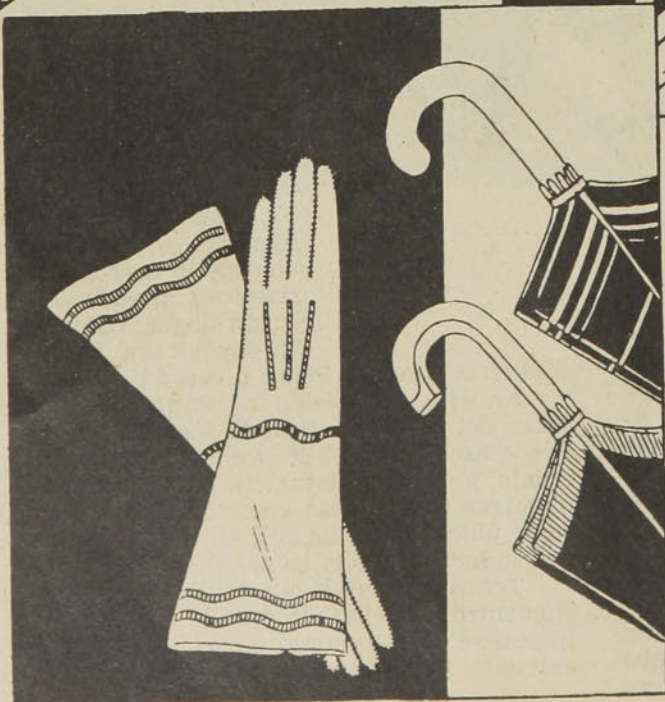
Cartera para tarde en gamuza negra. Costuras aparentes. Monograma en metal pulido.



Las joyas modernas dan brillo a las materias finas más variadas. Aquí indicamos un pendentif en piedras de colores y strass. Un brazalete en placas de metal y piedras de colores diversamente tallados. Un collar formado por redondeles de metal y bolas de coralina, y un prendedor hecho con una gran piedra de color, encuadrada en un ligero arabesco de strass.

Para las carteras elegantes, un cierre compuesto de piedras de colores, pone una nota brillante e imprevista.

Para la ciudad debemos llevar guantes sobrios, pero delicados. Paraguas sencillos, con puño curvo de cristal.



El París Frívolo y Galante de PAUL POIRET

Por Ventura García Calderón

Ese "segundo oficio" que el maestro Ronsy les aconsejaba adoptar a sus colegas jóvenes de París, es ya cosa corriente y moliente en la Francia nueva, como parecen atestiguarlo algunos casos de última hornada. El reciente laureado del premio "Gouncourt", que fué cauchero en Malasia, vive hoy comerciando en Túnez y ni por asomo se le ocurrió abandonar su casita blanca o su "bungalow" para venir a estrechar la mano de los académicos; los más celebrados libros de fin de año, están firmados por un costurero y una cómica.

La actriz es Simone, que comenzó por tomar lecciones de psicología experimental cuando las muchachas al uso sólo seguían cursos de tennis y de "flirt" en los arrabales; después de lo cual se casó con el árbitro de las elegancias, Le Bargy; ingresó al teatro como quien comete la peor travesura para interpretar ahí, frenética y deslumbradoramente, los dramas de Bernstein y, en fin, acaba de hacer su estreno literario con una novela, "El desorden", a la edad en que se suelen solicitar los votos de la Academia Francesa.

Al más extraño caso, al de nuestro magnífico e inesperado colega Paul Poiret, quiero consagrar esta crónica ditirámica. Su libro "Vistiendo la época", es uno de los mayores éxitos literarios del momento y merece por entero los favores del público. Poiret ha sido tantas cosas que perderíamos la cuenta si quisiéramos seguir a través de sus transformaciones y sus disfraces a este Frégoli de la costura parisiense. Durante veinte años fué en París el parangón de la extravagancia. Su insolencia su barba roja, su boato, su serrallo de maniqués, sus fiestas de maharajá y de nuevo rico enfurecían a sus congéneres, pero divertían a esta ciudad que ha sentido siempre una flaqueza inconfesada por los hombres excéntricos cuando notan ánimo caliente. Y nada es vulgar, nada es mediocre en la asunción de este hostera moderno y pelijorro, que del almacén de tejidos de su padre y señor, vino a dar en lo que se llama "una personalidad muy parisiense".

El ha ensanchado y dignificado la reyecía del costurero. El costurero fué hasta ayer, un cómico genial que dominaba a las mujeres con un hipnotismo parecido al de Rasputín. Una hermana de mi madre, que residió en París treinta años me ha referido, por ejemplo, la entrada de Worth a sus salones, cuando le anunciaban la visita de una parroquiana sensacional. Era, con música de murmullos, una escena de ópera. Vestido de príncipe Hamlet, ladeado el gorro de felpa sobre la frente cavirosa, llegaba aquel tenor, trayendo en la diestra una especie de batuta o de varita mágica. Una pausa de asombro, un remolino de reverencias cortesanas, revelaban la presencia del maestro. Entonces, muy vagarosamente, el hombre a quien tuteaban las reinas y la princesa Sarah Bernhardt, ponía los ojos fatigados en un traje de este mundo, designado con su batuta mágica el pliegue casi genial, el primor olvidado, la curva de nube o de ola que era preciso recordar en la tela. Después de lo cual, imperturbable, lánguido y lento como Lohengrin, desaparecía entre bastidores de rasos, persiguiendo la ruta arcana del cisne...

Aún más subida y gloriosa idea de su misión apostólica, tuvo el costurero Poiret, desde sus comienzos. No le bastaba con ser rey de la moda. "The king of fashion", como lo llamaban en Nueva York, para darle en la yema del gusto. Según él, el costurero debía presidir su época, abarcar los siglos, sumando las personalidades diferentes de Petronio, Mecenas, Luis XIV y Des Esseintes, es decir, árbitro de elegancias, protector de pintores, empresario de magnificencias y promotor de nuevos enlaces de armonías. Colores, perfumes

y músicas ensamblados hasta el confin de su "delicuescencia", como ese personaje del "A rebours" de Huysman que inventó el decadentismo, por el año 1884.

Perfectamente injusto sería querer buscarle punta a nuestra sonrisa. Admiramos de veras al mozo triunfante que comenzó en la tienda paternal, apellidada proféticamente

La Esperanza; lo admiramos, porque no se pareció jamás a aquellos nuevos ricos que, como el infortunado Chauchard, propietario del almacén del Louvre, merecieron las rechiflas de París, durante un cuarto de siglo. Poiret era un artista. Era un pintor y un colorista como su maestro Worth, que se inspiraba en cuadros de Nattier, para vestir a sus parroquianos, (sin dejar de ser por eso un buen capitán de industria), un francés desprovisto de "media de lana", y, para definirlo de una vez, un tahur de los mil demonios, que apuntaba cada día su fama y su fortuna a la ruleta de Dios. Todo lo cual cuajó en París prodigiosamente. La celebridad le llegó cuando tenía ya, como lo observa Poiret en su libro, "todos los defectos que me han servido en la existencia, los mismos que me han servido más que mis cualidades".

Instalado por su cuenta y riesgo, comienza a dar pábulo a su más secreta afición, la de asombrar. Tal vez comparata aquel "aristocrático placer de disgustar" que observó Baudelaire en las almas selectas. Era todavía la época del corté. "Yo le di guerra", dice él. También había suprimido las enaguas desde 1903, y anunció la aparición de las melenas. Las mujeres se vestían de gris, de negro, de pálidos tonos; él trajo en la mano el prisma solar, o la paleta de los venecianos que ostenta rojos, verdes, azul intenso, "bleu-de-roy". "Yo les devolví la salud a los matices extenuados"—dice Poiret—. ¿No eran acaso sus más íntimos amigos las "fieras" pictóricas de la época? Descubre y apoya a Iribe, a Vlaminck, a Danoy de Segonzac. Funda una escuela decorativa, bautizada Martine, como su primogénita y crea perfumes que designa colectivamente con el nombre de otra chiquilla suya:

Denise. Pero han de ser los que él inventa y patrocina telas y perfumes insólitos. En compañía del gran pintor Dufy, funda una fábrica de tejidos cuyos diseños se inspiran en los lienzos sagrados y profanos de Botticelli. Ni ha de recrear el olfato de sus contemporáneos con la consabida flor de Cór-



LE SANCY

COLONIAS

DESTILADAS

SOBRE FLORES DE FRANCIA

\$ 2.—, 5.—, 6.—, 8.—

cega o de Niza. De las hojas del geranio y de las plantas balsámicas de la landa provenzal, ha de extraer el valiente innovador esencias desconocidas, que llevan, por supuesto, el nombre de moniaco de los Borgias.

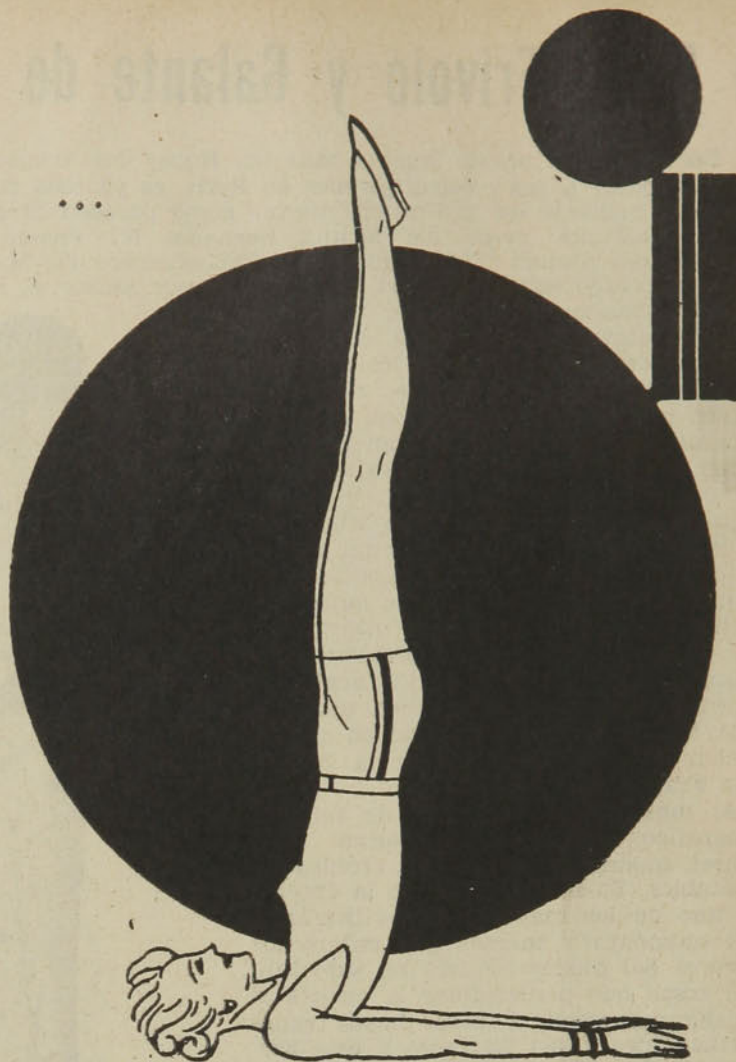
Ha llegado ya al auge paroxista de su gloria mundana. En su carruaje tirado por cuatro mulas, acude la gran Réjane a suplicarle que le confeccione el manto destinado "a impresionar y electrizar a todo el público en "Zazá". Poiret pone en su obra "toda la tristeza de un epílogo romántico, toda la amargura del cuarto acto". Son palabras suyas. Esa exquisita y loca Margot que dió tanta guerra al puritano Londres por sus excentricidades de gran dama, le invita a sus salones y el viaje del costurero parlamento, porque el proteccionismo inglés no puede tolerar que la esposa del primer ministro Asquith rinda ese público homenaje a un comerciante de Francia, Moscú, San Petersburgo, Budapest, a donde viaja con su séquito de maniqués incendiarias, las capitales de Europa y América pierden la cabeza por el gran hombre, como él mismo lo refiere con su sencillez, pero su preferido papel es el de Luis XIV. Ni Boni de Castellane ni la princesa Murat saben dar fiestas tan rumbosas y así se lo han confesado alguna vez.

En su palacio, en sus jardines, el costurero botarate y magnánimo realiza entonces la Mil y segunda noche. Disfrazado de príncipe de Encantamiento. Poiret está a la vera de su alberca y su Generalife, con un látigo de puño de marfil, que le servirá para perseguir a la favorita, encerrada en una inmensa jaula de marfil, entre damas de honor, azafatas, acuarios, chorros de agua, cantores persas y árboles cuajados de frutas de luz. Cuando los trescientos convidados a la espléndida fiesta se hallan en fin reunidos en el parque, el príncipe abre la jaula de la favorita y la persigue, en tanto que las orquestas disimuladas en la verdura desbordan su catarata de músicas. Cien garrafas de larguísimo cuello encierran para los peregrinos sedientos, todos los licores del universo. Las bailarinas luminosas, giran como falenas o se apagan como luciérnagas, y bajo los chorros de fuegos de bengala, se escapa a los altos árboles rojos, sobre la arena verde, la alharcaca de monos y papagayos... Cien mil francos de anteguerra, medio millón de ahora, ha costado la fiesta.

El costurero magnifico no se olvida de indicarnos el precio de sus despilfarros, pero nunca nos molesta su jactancia. ¡Cómo no había de emborracharse con el licor de su dedo! Este hombre proteico, si a más fuertes cabezas embriagó el éxito! Paris elogiaba el boato y celebraba la extravagancia por secreta afición de raza burguesa a los hijos pródigos. Entonces, el costurero intentó fundar una revista llamada "El Príncipe", seudónimo suyo probablemente, una revista que tendría cuatro redactores únicos, a saber: Anatole France, encargado de los deportes; Tristán Bernard, de la gastronomía; Laurent Tailhade, de las bellas artes y Sacha Guitry, de la política.

¿Os choca el extremo cariz de su insolencia? A mí, no. A mí me place por entero, porque en el fondo, muy adentro, diviso a un "titi" de Paris, a un chiquillo afortunado y generoso que se burla de su prosperidad, de nuestro esnobismo y de nuestra tontería. El sabe perfectamente que la moda es una "provocación al buen sentido", un prurito de contradicción muy femenino. ¿No llevan las mujeres, como él lo apunta sonriendo, sombreros de felpa en verano y de paja en invierno? ¿No usaron acaso "paniers", guardainfantes en la época de las estrechas sillas de mano y crinolinas para viajar en las incómodas diligencias? El "king of fashion" comprendió cabalmente a su época. Asombrar, cortar la cola a su perro, fué su hazaña de cada día. Una vez expulsaba de sus salones a la baronesa de Rotschild, y otra vez replicaba a una gran dama: "No quiero vestir en mi casa a las mujeres gordas".

Fracasó la fantasmagoría del príncipe costurero, le birlaron sus empresas algunos judíos ladinos y vive pintando cuadros o rememorando esplendores idos, en las cercanías de París. Su libro, divertidísimo, deja probado, que Poiret nos hace falta. Los costureros famosos de hoy no han logrado pintar sino su insolencia, y si fabrican perfumes o collares, parecen imitadores de tercer orden. En la comedia de París, nos hace falta el pródigo declarado, el animador rumboso, el costurero genial que fustigue odaliscas y scherazadas en el curso de sus Mil y tercera noches.



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

TABLETAS PARA ADELGAZAR

"KISSINGA"

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante. Estas tabletas no contienen sustancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las PILDORAS LAXANTES "KISSINGA" que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Cassingengen Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio.

Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Cassingengen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

UTILES
• PARA
OFICINAS

AHUMADA 32

UNIVERSO
SOCIIDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

POR AMOR A LAS CEREZAS

Yo, declaró el abogado Bersal, sentándose en un sillón de paja, en la terraza donde algunos de sus amigos tomaban el té, yo, estuve apunto una vez de perderme por mi excesivo amor por las cerezas.

Se escucharon algunas risas y voces que decían:

—Cuente usted, cuente...

—Sí, si os entretiene... consintió el abogado, encendiendo con lentitud un imponente cigarro.

Ese año, habiendo dado victoriosamente mi bachillerato. Acababa de llegar a casa de mi tía Rosa, la hermana de mi madre, que me había recogido huérfano y pequeño, y me hacía hacer mis estudios en París, en el único liceo que había juzgado digno de instruir a su amado sobrino. Porque, viuda sin hijos, esta excelente criatura, había puesto sobre mí, toda la ternura inempleada de su afectuoso corazón.

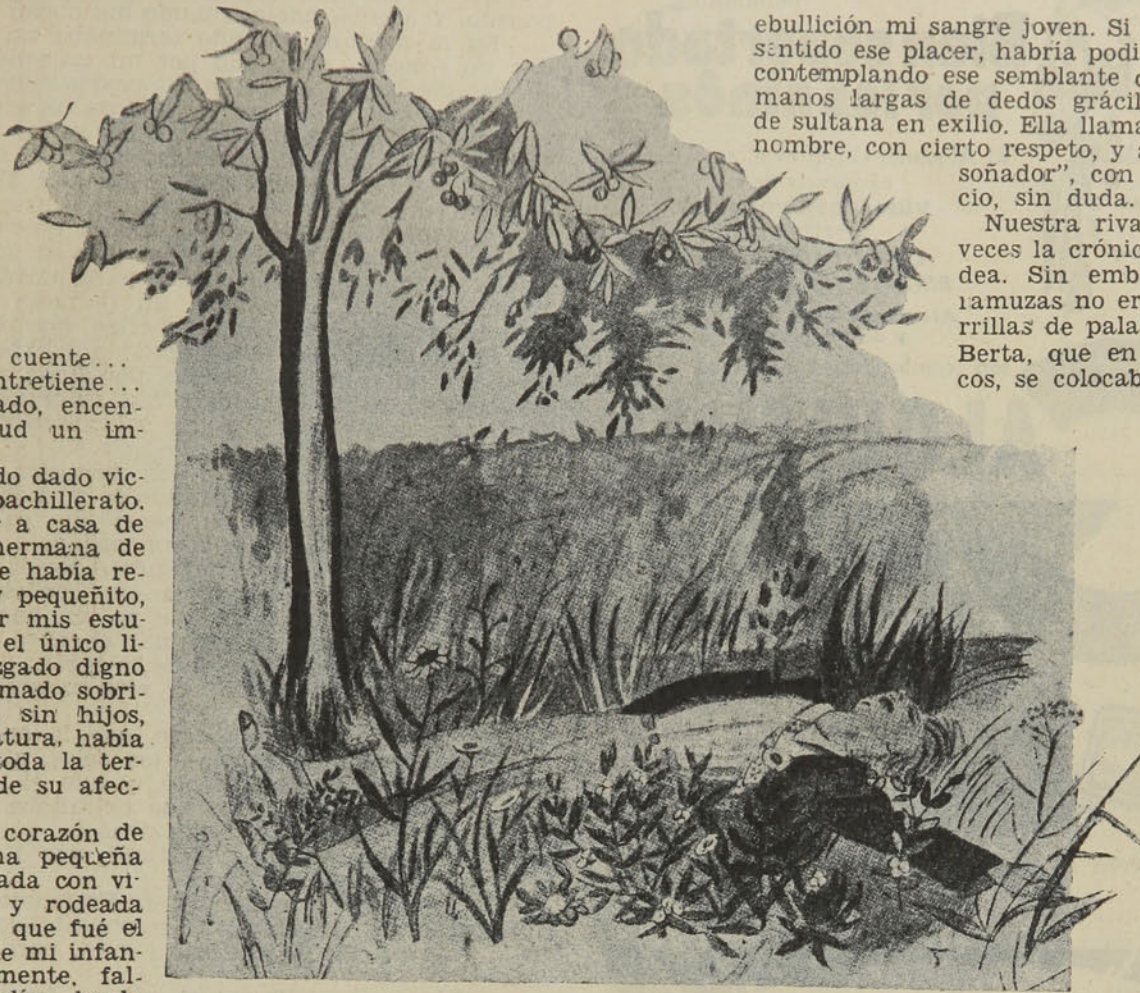
Habitaba en el corazón de la Normandía, una pequeña casa sólida, adornada con viñas entrelazadas y rodeada de un gran jardín que fué el paraíso terrestre de mi infancia. ¡Desgraciadamente, faltaba en aquel jardín, donde tantas cosas deliciosas había, lo más esencial; un cerezo!

Pero el señor Victorin, nuestro vecino, poseía muchísimos, y yo no tenía entonces muy precisa, la noción de los bienes de otro. ¡Quiero decir esto, que yo no soportaba en manera alguna, el privarme de las cerezas, mi delicia, mi pasión! Por desgracia, el padre Victorin, campesino seco y nudoso como una encina, con cara de rompe nueces y cuyo cráneo se adornaba siempre con un gorro de algodón rayado, — el señor Victorin, no se llevaba nada bien con mi tía. Así, más por odio que por avaricia, expiaba celosamente mis excursiones en sus dominios. Muchas veces, cuando era pequeño, me había cogido jubilosamente por el cuello de la chaqueta, y me había conducido donde mi tía, para hacerle todo un discurso, acerca de mi de-



cesidad de comer otras, muchas otras! Y pensando que era de noche, que nadie me vería, franqué la muralla de un sólo brinco, inconscientemente...

Muy ocupado estaba regalándome, cuando un ruido de voces llegó hasta



ebullición mi sangre joven. Si ella me hubiera consentido ese placer, habría podido permanecer horas contemplando ese semblante de bronce claro, esas manos largas de dedos gráciles con aires lejanos de sultana en exilio. Ella llamaba a Jacques por su nombre, con cierto respeto, y a mí me llamaba “el soñador”, con un poco de desprecio, sin duda.

Nuestra rivalidad solía ocupar a veces la crónica indigente de la aldea. Sin embargo, nuestras escaramuzas no eran todavía sino guerrillas de palabra, gracias a María Berta, que en los momentos críticos, se colocaba delante de mí para defenderme, lo que me humillaba bastante, por lo demás.

La noche de mi llegada, mientras mi tía subía a recogerse a su habitación, yo fui a pasear mis sueños y mis esperanzas al silencioso jardín, que la caída de la noche envolvía de una melancolía muy propia para seducirme.

Naturalmente, el momento llegó en que me encontré delante de mis cerezos. Las ramas de uno de ellos, bajaban por el muro de nues-

tra casa. Maquinalmente, extendí una mano y cogí algunas frutas. Reflejos de una vieja costumbre. ¡Qué hacer con esas frutas que tenía yo entre los dedos, repletas de una azúcar agridulce, cuyo solo pensamiento me hacía agua la boca? ¡Comerlas! Fué lo que yo hice. Pero entonces se apoderó de mí, como una irresistible locura, la imperiosa necesidad de comer otras, muchas otras! Y pensando que era de noche, que nadie me vería, franqué la muralla de un sólo brinco, inconscientemente...

Muy preocupado estaba regalándome, cuando un ruido de voces llegó hasta mí. Di un paso hasta la muralla, pero advertí, muy próximas dos sombras gesticulantes. Me eché atrás y me oculté detrás de un grosellero. Sin embargo, las sombras se habían aproximado, y reconocí a Francisco, el nieto del padre Victorin, y a Jacques Moreau. Se peleaban. De repente, Jacques levantó el puño; vinieron a las manos, después Jacques cayó y no volvió a moverse...

—Levántate,— dijo Francisco.— Moreau no se movió, no respondió. Entonces Francisco le sacudió lentamente, después le soltó con espanto, hasta que poseído de pánico, se lanzó hacia la casa de su abuelo gritando:

pravación y trazarle un cuadro bastante exagerado de lo que ella debía pagar.

Mi tía me aconsejaba, me morigeraba y todo volvía a la calma habitual hasta que yo reincidía o mejor dicho, hasta que era de nuevo sorprendido. Sin embargo, a medida que crecía, el respeto de las leyes crecía también en mí, y llegué a corregirme de esta mala costumbre de robar cerezas, pero no logré curarme de mi pasión por ellas.

Cuando bajé del tren, me había cruzado en el camino con el señor Victorin. Orgulloso del diploma flamante que llenaba mi bolsillo que confería, me parecía a mí, a mi persona, toda la dignidad de un hombre y de hombre de ciencias, tocaba respectivamente en las narices del viejo, mientras éste me dirigía desviadas miradas de antipatía.

Por la noche, al servirnos la cena, la vieja Melania nos llevó, llena de rencor, la noticia, que Victorin decía de mí en el pueblo: “¡No es más que un ladrónzuelo que se ha nutrido con mis cerezas!”

Y oí esto distraído, muy ocupado en pensar en María Berta a quien iba a volver a ver! ¡La amaba y la esperaba con todo el juvenil ardor de mis dieciséis años! Sin embargo, ella me desdenaba a mí, tímido e ingenuo enamorado, para preferir a Jacques Moreau, el hijo de un propietario del país, muchacho de mi edad, pero de humor batallador, y del cual se temían los puños, ya sólidos.

Hija de un comerciante de Caen. María Berta venía cada un año, con sus padres a pasar el verano, en una linda villa situada en lo alto de la colina, en los bajos de la cual se encontraba la casa de mi tía. Y sus grandes ojos de oro, ya melancólicos, ya rientes, ponían en

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo



Bien soportado por los niños

El Alquitran Guyot es el específico por excelencia de las vías respiratorias

**CONSTIPADOS .. TOS
BRONQUITIS .. CATARROS**

Afecciones de la garganta y de los pulmones,

son combatidos con éxito por el

ALQUITRAN GUYOT



Esija el verdadero ALQUITRAN GUYOT y para evitar todo error, verifique bien la etiqueta: la del legítimo Alquitran Guyot lleva el nombre Guyot impreso en gruesos caracteres y su firma en tres colores, violeta, verde y rojo dispuestos oblicuamente, y la dirección, Maison FRÈRE, 19, rue Jacob, París.

Base: Alquitrán de Noruega y Bicarbonato de Sodio.



MENTHOLATUM

¡Aislado!

Esos fuertes estornudos y terrible catarro lo aislarán por completo, pues todo el mundo teme el contagio y huirá de su presencia.

Evite esta penosa situación aplicándose Mentholum en las fosas nasales, el pecho y las sienes. Es remedio seguro y eficaz para catarros e irritaciones de las vías respiratorias. Rechace las imitaciones.

A Base de: Mentol, Alcanfor, Eucaliptus, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba.—M. R.

—¡El doctor! ¡El doctor!

Temblando de emoción, con frío sudor en la frente, volví a saltar el muro, y corrí a encerrarme en mi cuarto. Como mi ventana daba al lado opuesto de donde estaban los cerezos, yo no pude ver ni saber nada más de lo que había pasado. Y el alba nacía, cuando me dormí al fin...

En la mañana, cuando terminaba mi toilette, un señor que no conocía, precedido por mi tía enloquecida y seguido de dos gendarme, entró en mi cuarto con paso decidido. Sin saber por qué, sentí las piernas de algodón.

Muy temprano, me explicó ese señor con aire de inquisidor y cuyo sobretodo tenía la rigidez de las leyes, muy temprano, se había descubierto a Jacques Moreau, sin conocimiento, junto al cerezo. En el transcurso de una lucha, él había caído sobre una filuda piedra que le había abierto el cráneo... a menos que hubiese sido su adversario, quién se hubiera armado de esta piedra para herirle. Junto a la muralla, se había encontrado un pañuelo con mis iniciales, del lado en que agonizaba el herido, que iba a morir, pereció sin haber podido ser interrogado, sin haber podido nombrar a su asesino, a quien la suerte, por dicha, se había encargado de señalar con toda claridad. Y el señor hizo notar que yo no tenía aire sorprendido, y que mi rostro revelaba que había pasado mala noche.

En fin, a despecho de mis protestas, se me condujo, a pesar de los gritos desesperados de mi pobre tía, que repetía, corriendo alrededor de mí, como una gallina que bate las alas en torno a su polluelo amenazado:

—¡Pero defiéndete! ¡Defiéndete mejor, desgraciado niño! ¿Defenderme? Para eso tenía que confesar que era un ladrón de cerezas, confesar que yo, un bachiller, un hombre, había escalado como un chiquillo el muro del padre Victorin, mi enemigo de siempre, y darle la razón: "¡No es más que un ladrón de cerezas!". Confesar esta mezquidad, ¡nunca! ¡Todo menos eso!

No ignoraba, sin embargo, que la opinión pública atribuía mi pretendido gesto a los celos, que esa opinión me condenaría irremediabilmente, y que el tribunal haría lo propio, dándose la prueba que extrañaba el pañuelo acusador. Lejos de abogar por mí, pensaba que la daltzura de mi carácter haría exclamar: "¡Mirad, que terribles son las cóleras de los tranquilos!".

En cuanto a la confesión de Francisco, no había que esperarla, porque el terror a las responsabilidades, le había puesto lo suficientemente cobarde y ruin, para abandonar a Jacques.

Sufrió sin desfallecer, el primer interrogatorio, contentándose con repetir que no podía explicar lo inexplicable, que no comprendía! Pero el procurador, tenía aire de comprender muy bien las cosas, y todos como él.

Me veía perdido, por mi sola voluntad de callar, pero prefería la cárcel a la vergüenza, de confesar un delito que me ponía al nivel de un granuja cualquiera. Y me mantuve firme, a pesar de las lágrimas y las quejas de mi tía, que me partían el corazón. Me parecía que me volvía loco y, cosa extraña, mudo, porque, en el terror de traicionarme, no osaba pronunciar una palabra, y este miedo, me ocasionaba una especie de parálisis nerviosa de la lengua, que me impedía articular palabra.

Este martirio duró veinticuatro horas, al cabo de las cuales el procurador vino a declararme, su rictus irónico cambiado en paternal sonrisa, que yo había escapado milagrosamente a una catástrofe.

Jacques Moreau, salvado por dicha, había hablado. Acababa de contar que su amigo Francisco y él, se metían a veces a escondidas a la cueva del padre Victorin, para beber el aguardiente de manzanas. Aquella noche sin duda, habían bebido demasiado, y se habían querrellado por un motivo del cual no se acordaba, si es que el motivo había existido. Como se pelearan, él había caído, y su cabeza había chocado contra una cosa que él había sentido que se le hundía en el cráneo...

Era preciso admitir, que mi pañuelo había sido llevado hasta allí por el viento, lo que permitió al señor procurador, hacer a sus subordinados, un pequeño curso, sobre el peligro de confiarse imprudentemente de las pruebas materiales mismas.

Para festejar el feliz término de esta dramática aventura y hacerme olvidar mis emociones, mi tía creyó que no podía hacer cosa mejor que comprar un cerezo.

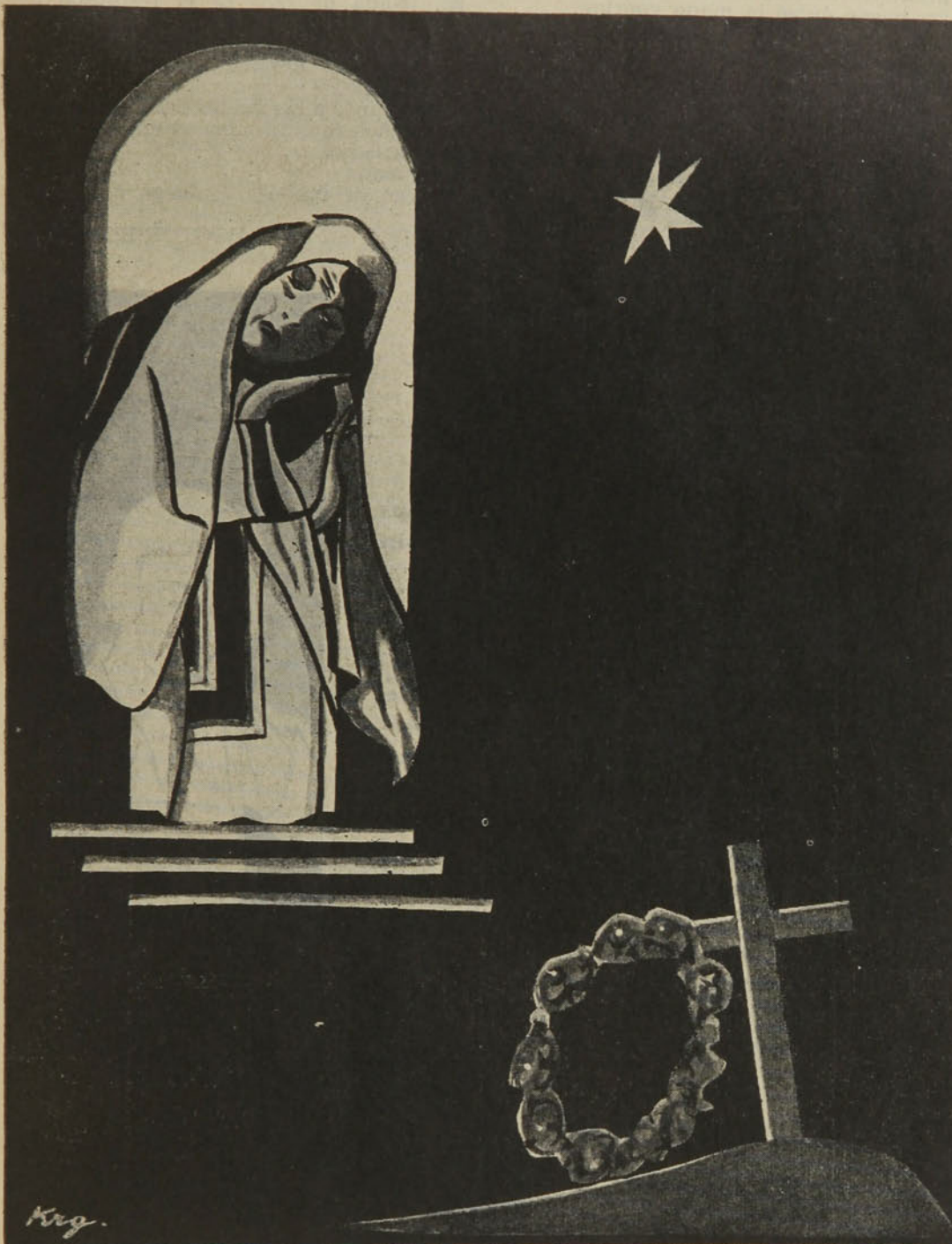
—Comprendes, — me dijo, — que ya has pasado la edad de las puerilidades, y por esa parte, estoy tranquila. Espero que no comerás demasiado cerezas, ahora que ya eres un hombre, y que sabrás resistir a la tentación.

LOS MEJORES SISTEMAS DE IMPRESION TIENE INSTALADO PARA SATISFACER A SUS CLIENTES

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Letania



azucenas olorosas...
Sólo la fuerza no muere.
¡Miserere!

El león poderoso afilando está sus
[garras,
sin pensar que a las hormigas se las
[comen las cigarras
y luego son las cigarras carne para las
[hormigas...
¡No abomines ni bendigas
porque todo es un momento!
¡Memento!

Recuerda que el tiempo corre y hacia
[ti no ha de volver.
Eres tú el que ha de tornar, hecho flor
[a una mujer,
hecho agua clara a una fuente y hecho
[rocío a una rosa...
Filtración maravillosa
de la impureza que muere...
¡Miserere!

Recuerda que por el bíblico Génesis
[de los hermanos,
el vientre que te ha parido será un ni-
[do de gusanos.
Hombres, gusanos y piedras, son Fuer-
[za y Evolución...
¡Eterna renovación
de lo que vive un momento!...
¡Memento!

Y es en vano que queramos romper
[estas ligaduras
con el frágil estilete de nuestras po-
bres locuras...
El todo preside al Todo, y somos noso-
sotros nada.
¡La vida nace ligada
con la muerte que nos hiere!
¡Miserere!

Deja que llegue hasta mí, pensador y
[pensativo,
el placer de este dolor en el que murien-
[do vivo...
Deja que llegue a nosotros el morir que
[es el nacer...
Quiero sufrir el placer
de gozar el sufrimiento.
¡Memento!

Porque es locura querer acabar este
[tormento,
que en la eterna letanía de lo que na-
[ce y se muere,
dice la muerte: ¡Memento!
y la vida: ¡Miserere!

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

Se ha de ver tu calavera, al final de
[este camino,
en las manos afiladas de un trapense o
[agustino...
Y donde hoy entran las locas alondras
[del pensamiento,
por la fuerza del destino,
ha de entrar mañana el viento...
¡Memento!

Vamos tras de las mujeres, como si
[fueran eternas,
con la salvaje lujuria del hombre de
[las cavernas...
¡Y se pudren las mujeres como se se-
[can las rosas!...
¡Se mueren todas las cosas!

y hasta la tierra se muere!...
¡Miserere!
El labriego de los siglos, en la tierra
[removida,
va enterrando la materia para darle
[nueva vida,
y el que estaba ayer arriba, viene a es-
[tar luego debajo.
Es eterno este trabajo
y no tiene acabamiento.
¡Memento!

Van los eternos destinos de este mo-
[do encadenados,
impasibles al desfile de los hombres
[acabados...
Y florecen en los viejos pudrideros de
[las fosas

MEDICINA Y BELLEZA

HOROSCOPO ENDOCRINO

Se hace, no en las líneas de la mano, pero sí, en la mano entera. Vosotros no ignoráis la importancia de las glándulas endocrinas en los fenómenos de la vida; existe pues vivo interés en fijar el estado endocrino de un sujeto en vista de la terapéutica.

El doctor Levy, en un artículo de la Clínica, ha estudiado, el año pasado, las diferentes manos capaces de interesar al endocrinólogo. (Yo no quisiera hacerlos conocer los resultados de este estudio). Vosotros os podéis entretener buscando en qué rama endocrina se os puede clasificar.

Habría cuatro grandes tipos de manos: la primera es la mano invernal, llamada así, porque realiza el tipo de la mano fría. Mano cianótica, (azulosa, mala circulación), linfática. Los clientes de los sañaones entran en esta clase. A menudo es una mano húmeda. Se le ha comparado a una mano que ha estado mucho tiempo en el agua y que después ha sido mal secada. Esta mano corresponde a la insuficiencia tiroidea y crárica.

La mano estival, es, por el contrario, cálida, sea ella húmeda o seca. Acusa casi siempre una exageración de la secreción tiroidea.

La tercera mano es hipofisiaria. La hipófisis es una glándula situada en el cerebro, y su insuficiencia, se traduce por los siguientes signos: flexibilidad de

los dedos, facilidad para torcerse en las muñecas. Si esta insuficiencia se exagera, puede darse la mano enorme.

Esta hipertrofia de la mano, se encuentra en ciertas mujeres en la época de un embarazo.

En fin, la insuficiencia suprarrenal, nos da el cuarto tipo: pigmentada, seca, con la piel gruesa.

Pero hay más: los endocrinólogos dicen, que la mano de la cocinera puede convertirse en la mano de la patrona con el tratamiento tiroideo.

Quizás tienen la idea de que la forma

de una mano es la marca de una noble familia o el resultado de una buena raza. ¡Nada de eso! Es el resultado del hipertiroidismo. La mano angelical, las manos que muestran en los cuadros las vírgenes del Renacimiento, son manos linfáticas.

En cuanto a las manos del asesino, muy conocidas, revelan simplemente el hipopituitarismo.

Es todo.

Juego de manos... ¡Juego de sabios!

DOCTOR BOVARY

PARA LAS MADRES

Un viejo marinero compró un lorito en el Paraguay, cuyo plumaje verde y amarillo era un primor. Quería regalarlo a María, la hija de su patrón, y por eso, durante la travesía se ocupó en enseñarle a decir:

—¡Qué linda es María! ¡Viva María! ¡María, dale la pata al lorito! Etc.

Pero ocurrió que el marinero fué acometido por una tos violenta, y a causa de ella se le eximió de todo trabajo en el buque.

Aprovechó entonces esos momentos de ocio para hacer repetir al loro las frases que quería supiera bien.

Cuando el viejo marinero ofreció el presente a la niña, el loro se puso a gritar con gran alegría de los padres y de la pequeña:

¡Qué linda es María! ¡Viva María! ¡María, dale la pata al lorito!

En cuanto hubo ofrecido estas palabras púsose, con gran entusiasmo, a imitar la tos y los escupitajos del marinero, haciéndolo tan ruidosamente, que desconcertó a la familia.

El pobre marinero no sabía dónde esconder su vergüenza, y pidió llevarse el loro, prometiendo traer otro mejor educado.

La madre de María declaró que le parecía muy bien, pues le repugnaba tener en su casa un ave tan estúpida.

Intervino el padre de la niña para decir:

—Por estúpido que sea este loro, nos da una lección, y ello basta para que lo conservemos. Nos enseña que no debemos imitar sino lo bueno que encontremos en otros y no lo malo o reprensible.

Y agradeciendo el obsequio a su viejo marinero, le dió una gratificación generosa para borrar toda mala impresión.

Fríe sin humo y sin olor

Aquí está el modo fácil de preparar sus frituras más deliciosamente sin humo y sin olor.

Vierta un poco de Aceite Argo (de venta en las bodegas) en la sartén y caliéntese al punto de freír. Ponga entonces el alimento en la sartén. El Aceite Argo lo envolverá rápidamente, recogiendo todos sus jugos a la vez de preservar y mejorar el sabor natural del alimento.

Una vez preparada la comida cuele el Aceite Argo que haya quedado en la sartén y guárdelo. Puede usarlo una y otra vez, pues el Aceite Argo no retiene ningún olor ni sabor. ¡Ensáyelo!

Solicite un ejemplar de nuestro famoso libro de cocina que contiene numerosas recetas deliciosas. Es gratis. Llene y envíe el cupón.

Aceite Vegetal
ARGO

WESSEL, DUVAL & CO., Agentes.

Casilla 86-D, Santiago.

Envíenme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre

Calle

Ciudad 314 A

La cocina practica



Guisos de la estación

ALMUERZO

Ajiaco

1 1/2 kilogramo de carne asada.
1 1/2 kilogramo de papas chicas.
Aji y pimienta
Color y sal.

Se asa un pedazo de carne y se corta en tiritas largas. En una cacerola se frien dos cucharadas de color, una cabeza de cebolla cortada muy menudita, con sal y aji.

Se cuecen aparte doce papas chicas y se agregan a la cebolla. En seguida se le agrega el agua necesaria. (hirviendo)

Se frien unos pedazos de pan y se ponen en la sopera. Al tiempo de servirlo, se le agrega la carne asada.

Arvejas con tocino

1 kilogramo de arvejas.
50 gramos de tocino de pecho.
3 cucharadas de mantequilla.
Sal y pimienta.

Se elegirán arvejas tiernas. Se ponen a cocer en agua hirviendo con sal. Una vez cocidas, se les quitará toda el agua.

Se freirá en mantequilla un poco de tocino del pecho cortado en tiritas. Cuando principia a dorar, se le ponen las arvejas. Otro poquito de mantequilla, sal y pimienta. Se dejan un ratito y se sirven.

Cebollas rellenas.

6 cebollas.
3 higados de ave.
115 gramos de mantequilla.
1 cucharada de harina. Sal, pimienta y verdura.

Las cebollas se pelan y se ponen en agua fría por una hora. Con una cuchara chica se le saca el corazón. Se hace un relleno con una cucharada de mantequilla, harina, sal, pimienta, verduras, cebolla picada finita y los higados de ave. Se rellenan las cebollas y se envuelven en un papel enmantequillado. Se le colocan en una fuente con un poco de agua al fondo y se ponen al horno media hora. Al servirlos, se les pone encima mantequilla derretida.

Tortilla de huevo al natural.

5 huevos.
2 cucharadas de leche.
1 1/2 cucharada de mantequilla.
1 1/2 cucharada de azúcar flor.

Se baten los huevos, se les añade el azúcar, una pizca de sal y la leche.

Se derrite la mantequilla en una sartén y se deja caer el batido. Se revuelve con un tenedor hasta que principie a espesar. Se dobla de un lado a otro y se deja un momento. Se espolvorea con azúcar y se sirve caliente.

COMIDA

Sopa de lechuga.

Lechuga, pan y mantequilla.

El pan se corta en pedacitos y se frie en mantequilla, lo mismo se hace con la lechuga, se corta fina y se frie.

Se coloca toda en la sopera y se le vacía un buen caldo hirviendo.

Pejerreyes rellenos.

6 pejerreyes.
3 anchoas.
2 cucharadas de pan rallado.
Sal y pimienta.
3 cucharadas de mantequilla.

Los pejerreyes se abren y se lavan. Se les saca el espinazo. Las anchoas se extienden y se parten a lo largo. Se unta un molde con mantequilla. Se espolvorea pan rallado. Allí se colocan los pejerreyes y se llenan con tiritas de anchoas y pepinos, un poco de pan rallado y un poquito de mantequilla. En seguida se cierra y se tapa con pan rallado y un poquito de mantequilla. Se pone al horno poco antes de servirlos.

Gallina con espárragos.

1 1/2 gallina.
1 atado de espárragos.
3 papas.
Perejil, orégano, sal y pimienta.

La media gallina se pone a cocer en un poco de agua hirviendo. Cuando se haya espumado se le agrega media cebolla, en rebanadas, la parte tierna de los espárragos (verdes), orégano, perejil, sal y pimienta. Tápese muy bien la olla y déjese hervir tres horas a fuego lento.

Compotas de castañas.

1 kilogramo de castañas.
1 1/2 kilogramo de azúcar.
1 1/2 copita de Rhum.
1 1/2 litro de leche.
2 cucharaditas de harina de maiz.
2 huevos.

Se le quita la primera cáscara a las castañas y se ponen un ratito al horno para quitarles la segunda. En seguida se ponen a cocer en agua con un poco de azúcar y vainilla. Una vez cocidas se pasan a una almibar de punto, la que se dejará hervir a fuego lento para que se pasen las castañas de almibar. Al sacarlas se les agregará media copita de Rhum y se sirven con crema.

Ninguna
receta
es
buena
si
los
condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los
**ALMACENES
ECONOMICOS**

Hay uno cerca de su casa.





El color natural en armonía con el tipo de todas—labios de una belleza arrebatadora... ¡todo con la simple ayuda de Tangee, el lápiz mágico! ¡Es maravilloso ver como este lápiz cambia de color al aplicarse... Armoniza con el color natural de sus facciones ya fuere rubia, morena o pelirroja!

Al contrario de otros lápices comunes, Tangee no deja capas ni manchas de grasa. Y en vez de reseca los labios, como otras preparaciones, los suaviza y los protege. Además, *dura todo el día*.

El mismo resultado maravilloso se obtiene con el *Colorete Compacto y Crema Colorete*. Los *Polvos Tangee*, suaves y adhesivos, vienen en matices que armonizan con el tono natural del cutis.



The George W. Luft Company,
Dept. C. L. 2.

417 Fifth Ave.,
E. U. A.

Por 20 c. oro americano enviamos una caja conteniendo los seis productos principales.

Nombre

Dirección

Ciudad País

Representantes para Chile:

KLEIN Y CIA. LTDA.
Huérfanos esq. Bandera y Ahumada
SANTIAGO Casilla 1762

De Sociedad

Los perfumes, aún los más varoniles deben ser usados con mucha discreción. Nada hay, tan impropio, como un joven dejando a su paso, un perfume violento. Si un joven no puede prescindir de ellos, es mejor que use Colonia, Portugal... en fin, perfumes ligeros.

Hay un trabajo muy ingrato, pero que no se puede evitar, y es, el sonarse. Para ello no se deben usar ni pañuelos muy grandes, ni pañuelos afeminados por sus bordados y diminutas proporciones. Al sonarse, debemos hacerlo con moderación, sin ruido estrepitoso y evitando las respiraciones fuertes, estornudos violentos y toses extrañas. Los estornudos deben evitarse con el pañuelo, para evitar así, que resulten molestadas las personas que tengamos a nuestra vera.

El fumar.— La costumbre de fumar, que hoy han adquirido las mujeres, extendida en muchos países, ha alterado completamente la etiqueta en cuanto a este orden. Hoy, en ciertos ambientes no sólo el hombre no pide permiso para fumar, sino que ofrece a las damas que están con él, que lo acompañen, que fumen también...

De todos modos, dejando aparte las extravagancias de un modernismo exagerado, todo hombre que se precie de tener educación, cuando se encuentre en casa de otros, esperará que le den permiso para fumar y nunca se adelantará a pedirlo.

El tabaco tiene muchos inconvenientes; pues bien, hay que poner cuidado en evitarlos en lo posible.

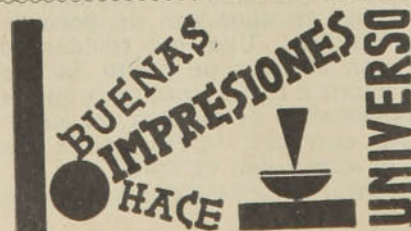
El color que da a los dientes y el olor que da a la boca, deben ser contrarrestados por el fumador, mediante lavados bucales frecuentes.

Como una de las primeras obligaciones del hombre, es conservar y cuidar de su salud deben de dejar de fumar, todos aquellos, a quienes les es altamente perjudicial. Aquél que viendo que el fumar lo perjudica, fuma, nunca podrá ser considerado como un perfecto caballero.

El lenguaje.— No es necesario que siempre hablemos como en una asamblea de Academias. La afectación y la pedantería, nunca son la verdadera elegancia. Pero es necesario hablar correctamente no sólo bajo el punto de vista gramatical sino bajo el punto de vista del buen gusto. Lo primero a exigir a un hombre elegante, es que se exprese con claridad y precisión, sin exigir al auditorio a hacer un esfuerzo para adivinar lo que quiere decir. Es frecuente hablar, mediante frases sin terminar, con auxilio de gestos más o menos gráficos, y con nombres de significación indefinida, como:

¿Sabes? He visto aquél, que me ha hablado de aquello, ¿entiendes? Esta pereza expresiva, es muy incorrecto. Más incorrecta es aún la costumbre introducida por muchos jóvenes, llamados elegantes, de usar palabras muy gráficas, propias de gente de baja condición, palabras que muchas veces, incluso dentro del hogar, tienen cabida y son usadas por las mismas muchachas, que las aprenden de sus hermanos, palabras viles, por su sonido y por su procedencia y significado.

BRUMMEL



EL ALIMENTO MAL DIGERIDO ESPARCE LOS VENENOS POR EL ORGANISMO

TANLAC evita este estado



Todos los médicos más eminentes están de acuerdo en que el mal estado del intestino produce la acumulación de venenos perjudiciales para la salud. Penetran en la sangre y en esta forma afectan todo el organismo. Con el objeto de conservar sano el aparato digestivo tome Ud. TANLAC. La mejor demostración de que produce los efectos favorables que se le atribuyen es que se han vendido más de cincuenta y cinco millones de frascos.

TANLAC corrige la indigestión, quita el sarro de la lengua, hace desaparecer el mal aliento, las jaquecas, las náuseas y los gases en el estómago. Con frecuencia bastan unas cuantas dosis para restablecer el funcionamiento normal del intestino y para limpiar todo el organismo. Entonces recobrará usted el buen apetito, se sentirá usted mejor y más fuerte y recobrará su energía y ambiciones.

Si no se siente usted bien ahora, compre un frasco de TANLAC en la botica más cercana. Los resultados serán una sorpresa agradable para usted.

A base de: Extractos fluidos de quina, geniana, cáscara sagrada, berberis, pereira brava, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua M. R.

RENOVACION DE CONTRATO

Por **HENRI DUVERNOIS**

Cuando Monsieur Fornageot se vió obligado a jubilarse, conoció por vez primera la ociosidad y el tormento. Hasta entonces, con sus bien cortadas patillas y la forma dignísima con que solía llevar en alto la cabeza; ataviado con su impecable chaqué, y de noche su elegante frac y corbata blanca, tenía todo el aspecto de un abogado pudiente. De repente comenzó a lucir como el primer camarero de un restaurant fuera de su ambiente, quien, sin conseguirlo, no cesa de buscar trabajo. Ya Madame Fornageot no le repasaba la ropa, lo servía de mala gana y lo saturaba de agua pura y de recriminaciones. No cesaba de reprocharlo por no haber avanzado más en su carrera y, llevando sus reproches de lo figurado a lo literal, lo empujaba bruscamente cuando en un tumulto se encontraba detrás de él.

—Abrete paso a codazos — solía decirle. — No seas tan torpe.

—Amelia — gruñía el desventurado, un poco timorato. — No puedo andar más de prisa. ¿No ves que hay otro delante de mí?

A lo cual ella replicaba con tono agrio:

—Siempre hay alguien delante de ti.

Por eso no es difícil de comprender la indignación de aquella artera y rancia esposa cuando una mañana, a las siete en punto, un primo de su marido nombrado Graviche, se presentó en la casa y con descaro inaudito se convidó a comer. Hacía veinticinco años que no lo veían. De joven, gordo y jocundo, Graviche, aprovechando su figura, hiciérase cantante de cabaret. Una noche lo habían visto, de casualidad, en una parte bulliciosa de la ciudad. Cantaba una canción popular: “Cuando pasan las muchachas les arrojo una mirada picaresca”. Luego, guiñaba un ojo con malicia y — ¡qué vergüenza! — ejecutaba unos cuantos pasos de danza excéntricos. Monsieur y Madame Fornageot sintieron como si alguien les propinase un cachete.

—¡Vaya una familia! — suspiró Amelia, y León, espantado, convino con ella:

—Tienes razón.

Talmente parecía como si el primo dirigiera sus muecas hacia ellos, exagerando sus pasitos de danza porque estaban allí; y hasta hizo cuanto pudo por conseguir a fuerza de señas que, junto con el resto del auditorio, coreasen sus canciones. Y ahora, allí estaba, reaparecido de repente, un Graviche de cincuenta y cinco años. Más gordo que nunca, floreciente de salud, apretando bajo un brazo un pastel de pollo y una botella de vino debajo del otro.

—¡Hola! ¿Qué les parece mi aparición? ¿No se acuerdan de mí? Tío Cipriano me dió su dirección.

—¿De modo que has hecho las pases con tío Cipriano?

—No del todo. Entre él y yo toda intimidad ha terminado.

Luego Madame Fornageot observó que si el flus verdoso del intruso indicaba una indiferencia de lo más humillante hacia el buen gusto, en cambio le cruzaba el vientre potentísimo, una costosa cadena de oro y en su gordo meñique brillaba un solitario de diamante.

—¿Cantas todavía aquello de la mirada picaresca? — le preguntó.

Graviche rió ásperamente:

—Hombre, no; ahora hago que los demás canten para mí.

A continuación pasó a explicarles que cuando era artista solía tomar nota de todo cuanto hacían los empresarios para explotarlo, con ánimo de volver más tarde aquellos métodos en su ventaja. Por eso, después de cuidadosa, paciente

economía, había comprado un establecimiento, “El Grillo”, pero no pudo hacerlo funcionar como era debido. Luego lo bautizó con otro nombre, “La Hora Feliz”, se dedicó a administrarlo en persona y en la actualidad le dejaba sus treinta mil francos largos al año, sin la menor dificultad.

—Lo importante es no ser demasiado serio. ¿No les parece, mis queridos? Papá y mamá me echaron al mundo con un gaznate seco, pero nunca bebo sólo por beber. Ciertamente siempre tengo sed y gasto bastante en vinos de los mejores. Pero eso me importa poco; no tengo ni mujer ni hijos. Ustedes dos son mis únicos herederos, y si estiro la pata antes que ustedes, les dejaré lo bastante para que se acuerden de mí con agradecimiento... Cuidado con la botella esa, que contiene un líquido precioso...

Después de comer quiso llevarlos a la función de cabaret. Dejaron la calle siniestra y pasaron al través de unas oscuras puertas rojas que conducían, cualquiera lo hubiera pensado, a la guillotina. Los parroquianos eran gente sórdida: hombres sin cuello, mujeres sin sombrero. El primo Graviche los sentó en un palco grillé donde los acogió una lluvia de insultos de la gente del bronce.

—Se quieren divertir un poquito — apresuró a explicar Graviche. — Pero no suelen muchas veces tirarle nada a los otros parroquianos, y además, yo no los conozco a todos; y, le gritó a un mozalbete enteco que en voz bastante alta menoscababa los encantos de Amelia.



—Oye, cachorro indecente, cierra la trompeta o bajo y te la hago cerrar.

Durante el intermedio condujo a León al interior.

—En primer lugar voy a enseñarte el gran camerino de los actores, al que también llamamos “el baño de diez centavos”.

En aquel salón unas mujeres a medio vestir jugaban a la baraja, en tanto aguardaban su turno.

—Son mis bailarinas inglesas: Rossi, Carmen, Jewel y Trixie. No se molesten, chiquillas; uno de mis parientes.

Fornageot se inclinó reverente. Le presentaron a M. Ernst, el payaso; a Mademoiselle Laura Fonestier, la imitadora; a Chung Li, el juglar chino; a la familia Kreitzer, cuadros vivos importados de Austria, y a Mademoiselle Chinette, la contorsionista.

—Soy un verdadero bajá turco — murmuró Graviche al oído de su primo, que parecía escandalizado y al mismo tiempo curioso y cuyo rostro se había iluminado, cosa nada familiar en él. — Cambio el menú cada ocho días... Cuando descubrí a una mujercita que me agrada, en lugar de dejarla ir cuando termina su contrato se lo renuevo por otra semana. Es el regalito que le hago. Bien puede decirse que es la esposa del dueño durante dos semanas. Eso sí, nunca por más tiempo. Mi público necesita variación y yo también. Al cabo de una quincena soy inexorable; lágrimas, súplicas, nada me hace efecto. Además, todo el mundo lo sabe. A cada cambio de menú, el público pregunta: “¿Quién será la dichosa esta semana?”

—¡Graviche! — exclamó Fornageot en tono de reproche.

—Supongo que todavía seas hombre, ¿no es así?

Cuando volvieron al palco, encontraron a Amelia un poco impaciente, un poco ansiosa. Arrojó a su marido una mirada inquisidora para descubrir el efecto que le había producido la visita al reino de la perdición. Pero León se mantenía inexcusable.

—Jamás había estado entre bastidores, — observó como quien no quiere la cosa. — Todo está muy bien dispuesto, muy conveniente. Las chicas estaban jugando a la baraja.

En lo adelante, todos los domingos, el primo, orgulloso de haber vuelto a encontrar a su familia, llegaba a casa de ésta con buenas vituallas y excelentes bebidas. Después de comer iban a ver el nuevo programa en “La Hora Feliz”. Aquella distracción semanal y gratuita llegó a ser en ellos un hábito. Comenzaron a interesarse en las entradas de taquilla; y Madame Fornageot llegó a aconsejar que se insertase en el programa alguna que otra canción sentimental. Al público le agradó.

para que arrojara a cualquiera de los espectadores que se pudiese un poco pesado.

No tardaron mucho en ganar fama de administradores que no toleraban muchas libertades. Las patillas de León tenían tanta magestad que donde quiera que se presentaba congelaba de miedo a la más excéntrica contorsionista. Bien pronto, tímido y febril como un escolar y rodeado como lo estaba por todas aquellas mujeres, comenzó a tornarse lánguido, cabizbajo. Habría querido aprovecharse de sus oportunidades como lo hiciera su llorado primo Graviche y divertirse como él.

De cuando en vez escogía una sultana de entre las más juveniles de la **troupe**; luego la esperaba a la sombra de un pasadizo y la abrazaba... desmayadamente. La cosa no pasaba de ahí. No se le olvidaban las palabras de su primo: “Siempre que descubro a una mujercita que me gusta, en vez de dejarla marchar al terminar su contrato, se lo renuevo por otra semana. Es el regalito que le hago”.

El único, en realidad, que hubiera podido permitirse, en vista de la estrecha vigilancia que ejercía su mujer sobre la caja. Pero Amelia le infundía temor, aunque parecía humanizarse de día en día. Hasta comenzó a enojarse un poco; aventuró una yemada de colorete y un día se presentó con el cabello coquetamente peinado. Sin embargo, Fornageot sentía verdaderos escalofríos al solo pensamiento de enfrentarse con ella. Ensayaba sus palabras repetidas veces:

—Mi vida, ¿no te parece bien pedirle a la italianita que se quede otra semana? Como habrás visto, ha hecho furor en el público...

Una noche, atraído por los encantos y la buena acogida de una rubia deliciosa, estaba a punto de decidirse. Encontró a Madame Fornageot frente a la caja registradora, con el meñique levantado mimosamente mientras disponía cuadraditos de azúcar en pequeños pilones.

—Qué bien te queda esa manteleta de encajes, mi vida. Te hace lucir tan joven... Ella lo interrumpió.

—Escucha, viejo. Y bajando los ojos, con voz entera y firme, le dijo: — Le he rogado al acróbata que se quede otra semana. Ha hecho furor en el público. Es un buen muchacho. Y además, aquí es costumbre, cuando la administración está satisfecha con uno de los artistas...

Un domingo, Graviche llegó más encendido que de costumbre, e inquieto. Llevaba una botella de champagne.

—No me siento muy bien — dijo. — Necesito algo que me reanime un poco. Voy a sentarme aquí mientras ustedes dos comen y me contentaré con un buen vaso de aguardiente y una corteza de pan mojada en él. Es maravilloso.

—Quizás sea mejor que... — insinuó Fornageot.

—Deja que tu primo haga lo que le guste.

—¡Ah! — insistió Graviche. — Lo que a mí me aqueja es que tengo demasiada salud; he sufrido unos cuantos vahidos y zumbidos en las orejas, pero con algo fuerte como esto me sentiré bien dentro de poco.

Asustados, sus huéspedes notaron en aquel momento que su cara tornábase de roja en purpúrea. De un golpe vació el vaso de aguardiente, mientras el matrimonio empezaba a tomar la sopa. Madame Fornageot miraba al primo con el rabillo del ojo. Graviche quiso asir algo con la mano derecha y volvió a cerrarla en el aire.

—¿Quieres alcanzar la botella?

Hizo un esfuerzo por responder, pero no pudo emitir más que un sonido inarticulado. Luego la púrpura de sus facciones trocóse en lividez y dejó caer la cabeza sobre el mantel.

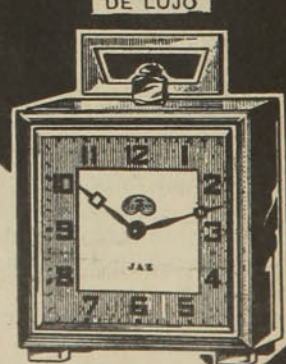
—¡Está borracho! — exclamó Madame Fornageot.

Estaba muerto.

Después de arreglar los tediosos trámites legales, la pareja supo que había heredado el cabaret de “La Hora Feliz”, más quince mil francos en efectivo. El cabaret no era vendible, pero administrado con cuidado, podía conseguirse que rindiera nueve mil francos al año. No titubearon un momento. Madame Fornageot ocupó su puesto frente a la caja registradora y Monsieur Fornageot dispuso a ayudarla en aquella inesperada aventura. Inmediatamente contrataron los servicios de un tipo gigantesco y rudo



JAZ

MODELOS CLÁSICOS
Niquelados - Esmaltados
Chromes

Desde \$ 25

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION

(Continuación de la página 1)

TOMANDO EL TE CON ROSITA RENARD Y SU MARIDO

—En una reunión musical, en Berlín, pero había mucha gente y pasé inadvertido para ella. Algún tiempo después, caminando un día por una calle, me detuve a escuchar un vals vienés, tocado con maestría insuperable. La evocación de mi patria, por medio del vals, y la maravillosa perfección de la ejecutante, me emocionaron de tal manera, que llamé a la puerta. Me abrió la hermana de Rosita a quien, como a la propia Rosita, conocía. Nos encontramos de nuevo, entonces para siempre.

Rosita entra en esos momentos. Escucha el final de la conversación y dice:

—¡Pero tuvimos que luchar!... Me marché a Estados Unidos urgida por un contrato. El Chacho quedó en Berlín. Quiso seguirme, pero se encontró con las dificultades que ponen los americanos a los extranjeros que quieren pisar su tierra. Además, mamá se oponía. Se oponían todos. Los hombres y las cosas, pero todo se venció al fin y logramos casarnos. Lo felices que somos, se ve a primera vista. Pero vamos a tomar el té.

Rosita nos lleva al pequeño comedor que ha sido coquetamente dispuesto por sus propias manos. Se sienta y empieza a servirnos el té. Nos ofrece dulces, frutas secas, queques, pan, pero dice:

—No sé ser buena dueña de casa. Es algo que no he podido aprender jamás, quizás porque mi marido me mimaba demasiado.

Stern protesta.

—No quiero mimarla mucho, dice, porque debo recordar que tenemos que vivir mucho en los Estados Unidos, y allí, la gente que no sabe valerse por sí misma, no puede vivir. Cuando estábamos en Nueva York, sólo nos veíamos por la noche. Yo trabajaba desde las siete de la mañana, hasta las once de la noche, todos los días.

Cuando Rosita quería ir a un concierto, conseguía que un amigo la acompañara. Yo no podía jamás darme ese placer. El domingo estaba en casa todo el día, pero entonces, tan cansado, que no tenía valor sino para estar tendido sobre el lecho. Una vida brutal, puedo asegurarle. Horrible.

—¡Y piensa usted marchar de nuevo a ese infierno!— le digo.— No, por Dios, preferible es que se vaya usted a Viena a pesar del peligro que ofrecen las vienesas.

Hablamos del amor. Rosita dice que no se había enamorado nunca hasta que conoció a su marido.

—Y como no me casé joven, resulta que conservé hasta una edad irregular el corazón inocente. El amor fué, pues, para mí, una tempestad.

Entonces hablamos de celos. Le pregunto si es celosa. Me dice que sí, pero luego me agrega: “No debería decirlo, pero si viera a mi marido seriamente enamorado de otra, lo dejaría libre. No tendría valor para verlo sufrir”.

La bondad de su corazón se evidencia en esa frase. Le preguntamos a Stern que haría él si viera enamorada a Rosita.

—Marcharme— dice.— Despedirme respetuosamente de ella y dejarla libre también.

Lo dice formalmente, pero a nosotras se nos ocurre que esa resignación y mansedumbre no es otra cosa sino la certeza del ciego amor de Rosita por él.

Ha terminado el té hace rato. Hemos fumado. Es tarde. Nos despedimos. Tengo la impresión de haber conocido dos seres encantadores, talentosos los dos, los dos buenos, y tan unidos, que realizan el mito de la pareja perfecta. Se los digo así. Rosita ríe, agradecida. Stern se pone grave:

—De mí, no diga nada. No soy nadie. No quiero ser nadie. Me llaman “el marido de Rosita Renard”, pronombre que me honra. Estoy contento con él.

Me besa la mano con galantería. Rosita, efusiva, me abraza. Salimos.

M.

(Continuación de la página 6)

LA SEÑORA CONDUCE...

guidos que digamos. ¿Es posible que toda esa gente tenga coche? En todo caso, debería hacerse series especiales para la gente de sociedad. El examinador, no pareció poner la más pequeña atención en mí: casi era humillante. Yo estaba sobre todo contenta de mi calma, de mi sangre fría. ¿Por qué me dijo entonces cuando me pasó mi papeleta?—¡No estaría mal si hubieráis estado menos nerviosa al cambiar de velocidad!”



El célebre
Doctor Doyen dice:
“Desde que existe la
Pangaduline, ni una
vez recurri al aceite
de hígado de bacalao,
bajo cualquier
forma que fuera”.

Las virtudes del aceite de hígado de bacalao... El sabor del vino de Oporto.

La Pangaduline es un extracto infinitamente más activo y digerible que el aceite de hígado de bacalao, que puede tomarse bajo la forma de un elixir delicioso a base de vino de Oporto o de un granulado que se ronza como un bombón. Es el remedio soberano contra:

La Anemia, los trastornos de crecimiento, el linfatismo, el raquitismo, la neurastenia, la tuberculosis, etc., etc... Pidan, a su farmacéutico la

Pangaduline

sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao.
A base de: Extracto de Hígado de Bacalao —
Glicerina — Jarabe de grosellas y vino
de Oporto.
M. R.

No se lo deje agravar!



Lo que ahora parece “un simple resfriado” puede ser un principio de influenza, o degenerar en pulmonía!

¡Atáquelo inmediatamente tomando

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto general y los demás síntomas iniciales del resfriado, sino que positivamente no lo deja agravar, porque descongestiona los centros afectados, impide el desarrollo de los gérmenes y favorece la eliminación de las toxinas.

**NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO
NI AFECTA LA CABEZA.**

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado.
¡Ensáyelo y verá!



MR

FENASPIRINA (M.R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzóico con para-acetofenetilina

Cuando compre RIMMEL tome cuidado que le den el LEGITIMO y que sobre la caja el nombre sea **RIMMEL'S**

Para la belleza de las pestañas, el RIMMEL legítimo es incomparable.

"Se me ha entregado ayer mi seis C.V. Es perfecto. Tiene un reloj, un indicador de kilómetros y varias cosas en una pizarrera, cuyo objeto todavía no conozco bien. Di además una pequeña vuelta y entré al garage sin ayuda de nadie. Hace un efecto curioso y raro el verse de pronto sola entre aquella cantidad de coches."

* * *

Después la señora ha circulado por París. Al principio, el señor le desaconsejaba ciertas vías por haber en ellas demasiado tránsito. También, ciertas maniobras un poco difíciles en suelos húmedos expuestos al patinaje. A pesar de eso, lo inevitable aconteció. Un día, un cortejo impresionante, se presentó a la puerta del garage. Lo que había sido la delantera, pendía trágicamente de aquellos terribles aparatos, que suspenden los coches en el aire. Radiadores y capot, se retorciaban en contorsiones inmóviles. Este espantoso conjunto, demostraba hasta la evidencia, que había habido un conflicto con un elemento extraño. Solamente la señora había resultado inmune.

Al principio, había ella perdido la cabeza, después, había afrontado al culpable, porque naturalmente, el culpable había sido el otro, que corría como un loco. Sin duda, él venía por la derecha, pero ¡caramba! hay también maneras de tomar la prioridad. La señora no había bocinado, pero ya se sabe que en París, es preciso no abusar de la bocina, por recomendación especial de la autoridad. Ella lo había embestido por un costado, medio a medio de la carrocería, pero en lugar de felicitarla por su conducta que quizás le había evitado la muerte, la había emprendido con ella a improperios por no decir, con groserías. La multitud siempre ávida de bajas emociones, la había rodeado. La señora había entendido que se tomaría nota del nombre de las víctimas. Había llegado un representante de la ley. Naturalmente que no cumplió con su deber, porque no la defendió en absoluto, y su actitud había sido de una escandalosa parcialidad.

Todas estas explicaciones, fué necesario darlas al señor, cuando, la confrontación fué inevitable. El señor no se enfadó, aunque a decir verdad, madame habría preferido verlo enfadado. No hizo otra cosa, sino es hacer toda suerte de consideraciones de una lógica desagradable, y por primera vez, la señora, advirtió que había hombres de una capacidad deductiva, que ella no creyó tener que aprobar totalmente. El señor pensó en sus propios principios, y en que aún después, tenía sobre la conciencia, muchos tapabarros abollados, y había hecho varias heridas en el amor propio de los radiadores, muy pulidos sin embargo...

Hoy día la señora ha olvidado, estos incidentes. El cochecito primero, cedió su lugar a otro mucho más importante. ¡Y qué agradables cambios experimenta ahora! Es verdad, las velocidades no existen para ella, y cesó para siempre que gasta unos cuantos más miserables litros de bencina, pela horrible impresión que se experimenta al querer ayudar al motor a su pesada tarea.

Desgránanse ahora para ella los kilómetros rápidamente en el cuadro que antes la señora no conociera bien. La señora interpreta ahora con una sola mirada, la ciencia segura de las múltiples y misteriosas indicaciones. Y cuando la vemos pasar, nos preguntamos: ¿qué es de admirar más; si la maravillosa potencia de la máquina que devora el espacio, o la pequeña mano enguantada que maneja a su antojo esta velocidad, para reducirla silenciosamente al paso de un niño pequeño?

(Continuación de la página 10)

BERNARDITA, LA MUCHACHA QUE VIO A LA VIRGEN EN LOURDES

allí también—escribe el autor—las almas que pasan, furtivas, solitarias, cargadas de penas, de remordimiento o de perplejidades, y que van a pedir a la Virgen que las consuele, que las tran-

quilice, que las ilumine y que les dé la inspiración necesaria para continuar su camino en la vida". ¡Cuántos dolores espirituales ocultos; cuántas tragedias íntimas, desgarradoras, hallan en Lourdes y en otros santuarios el lenitivo, el reparo, la confortación que el hombre más sabio y prudente no podría darles! ¡Cómo, al contacto espiritual con esta realidad de esperanza y de abnegación, se aúpan las almas a un nivel de serenidad que no tenían, en su angustia íntima, antes de venir a Lourdes! Y podréis, impugnadores de Lourdes, contradictores de este y otros sanatorios, podréis negar científicamente la realidad de lo que suponéis que es una ilusión; pero nunca, jamás, podréis negar la realidad de este milagro perpetuo de Lourdes; de esta confortación de las almas, que al venir aquí y reposar en estos parajes, se advierten transfiguradas. Y con que este santuario no fuera más que esto; con que su eficacia estuviera limitada a esta clarificación y depuración espiritual, bastaría para que tuviera el respeto profundo y la veneración de todo espíritu delicado y sensitivo.

Descubrámonos con reverencia ante las muchedumbres que, henchidas de fe, vienen a Lourdes y van a otros santuarios. ¡Con qué mirada de infinita esperanza, nos mira este pobre enfermo! ¡Con qué ojos, en que leemos una tragedia íntima y dolorosa, nos mira también esta pobre mujer que, desde el fondo de un país lejano y haciendo penosos sacrificios, llega transida, en busca de consuelo, hasta Lourdes! Acompañémosles en su peregrinación imaginativamente, y pensemos que estos dolores son los mismos que, acaso mañana, puedan dilacerarnos a nosotros.

(Continuación de la página 13)

EL IMPERIO DE LA SELVA

grandes y solemnes ceremonias, tal es su dignidad de pontífice.

Cuando una manada de elefantes se levanta, es como si toda la fuerza de la tierra remontara de las profundidades...

* * *

Si el león no es el rey incontestable del reino animal, no por eso es menos digno. La pantera y el tigre atacan de sorpresa; el león advierte. "En guardia", gruñe antes de rugir y combatir. Dicen que sus cachorros nacen con los ojos abiertos, sus grandes ojos de ámbar, igualmente dispuestos en la cara que los del hombre. Es esto lo que ha permitido a los escultores darle a veces figura humana.

El león, él también, es uno de los representantes de la época en que el hombre no era sino un intruso, un paria, un intriguante sin fuerza muscular que quería cambiar las costumbres negándose a caminar en cuatro patas. Grande es la autoridad del león sobre el valle y sobre la selva; pero cuando tiene sed se inclina ante la ribera. Allí conduce sus cachorros cuando comienzan a correr, a triturar las primeras carnes. Si aún maman, la madre leona los deja al abrigo, al pie de un árbol o en un espeso matorral.

Un día un cazador negro vino a ofrecerme un leoncito de tres semanas por una módica cantidad de dinero. Como yo le preguntara si lo había encontrado sólo:

—Eran dos...

—¿Por qué no trajiste el otro?

—Aprecio mi soplo de vida,—me dijo—. Yo sabía que a su vuelta, la leona, antes de perseguirme iría a esconder el otro pequeño... Y así me ha dado el tiempo de huir y venir aquí...

Toda la selva circunvecina, esa tarde, conoció la más espantosa cólera que puede imaginarse. Cólera cósmica, entreovertada de quejas, de caricias destinadas a confortar el leoncillo que quedaba y que nada comprendía de todo este trastorno del mundo causado por la mano del hombre.

ANDRE DEMAISON

Lecturas para niños



LAS HADAS

Era una vez una viuda que tenía dos hijas: la mayor se le parecía tanto en carácter y en figura, que viendo a la hija se veía a la madre. Una y otra eran tan desagradables y soberbias, que nadie podía sufrirlas. La hija más pequeña, fiel retrato de su padre en amabilidad y dulzu-

ra, era, en cambio, una linda joven que merecía el aprecio de todo el mundo. Como ordinariamente amamos aquello que se nos parece, la madre estaba loca de satisfacción con su hija mayor, y aborrecía al mismo tiempo con toda el alma a la más pequeña; la obligaba a comer en la cocina y a trabajar sin descanso.

Entre otras cosas, hacía que la pobre muchacha fuese todos los días por la mañana y por la tarde, cargada con un gran cántaro, a coger agua a un manantial que estaba a más de media legua del pueblo.

Un día en que la infeliz niña se hallaba, como de costumbre, en la

frente, se le acercó una pobre anciana, y le suplicó que le diese de beber.—¡Sí, señora; con mucho gusto!—respondió la hermosa niña. Y sumergiendo el cántaro en el agua más limpia del manantial, lo llenó y se lo presentó a la buena mujer, sin soltar el asa y sin dejar de sostenerlo con la otra mano para que bebiese con mayor comodidad. Así que hubo bebido, dijo la anciana:—Eres tan hermosa, tan buena y tan complaciente, que no puedo resistir al deseo de otorgarte una gracia. Esta gracia—añadió—consiste en que a cada palabra que desde ahora pronuncies, saldrá de tus labios una flor o una piedra preciosa. Aquella vieja era un hada que se había transformado para poner a prueba la amabilidad de la joven.

Cuando volvió a su casa le regañó su madre por haberse entretenido tanto en la fuente.—Dispénsame usted, madre, por haber tardado—contestó la hija—. Y al decir estas palabras salieron de su boca dos rosas, dos perlas y dos gruesos diamantes.—¿Qué es esto?—preguntó la madre asombrada—creo que te salen de la boca diamantes y perlas. ¿En qué consiste esto, hija mía? (Esta era la primera vez que la llamaba su hija). La pobre niña refirió entonces cuanto acababa de pasarle, y arrojó al hacerlo un verdadero torrente de piedras preciosas.

—Es preciso,—dijo la madre,—que envíe allá a mi hija. Mira, Antoñita, mira, lo que sale de la boca de tu hermana; ¿no estarías tú contenta con que te concedieran la misma gracia? Pues ve a la fuente, y cuando una anciana te pida de beber, dale agua y sé con ella amable y cariñosa.

—Será cosa de ver el que yo vaya a la fuente — respondió la vanidosa joven.

—Pues irás, porque yo te lo ordeno — repuso la madre, ¡y en seguida!

Antonia obedeció a disgusto y se dirigió a la fuente, no con el cántaro, sino con el más hermoso jarro de plata que halló a la mano.

Apenas llegó a la fuente vió salir del bosque a una señora, magníficamente vestida, que se le acercó y le pidió de beber: era el hada, que había tomado la forma y el traje de una princesa, para ver hasta dónde llegaba la grosería y el despego de la hermana mayor. Como la vez anterior, el hada pidió a la joven que le

LE CONVIENE

USAR LA AFAMADA

TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

M. R.

Cuando su cabello o bigote empiecen a encanecer. Es la única Tintura que en pocos minutos devolverá a su cabellera la seducción de la juventud; ya sea en negro, castaño oscuro, castaño o castaño claro.

Pídala en las buenas farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

permitiese beber un sorbo de agua. —¿Piensa usted que he venido aquí—respondió la adusta joven—para darla de beber? Sí, ¡para dar agua a la señora fué para lo que yo traje mi jarro de plata! Beba usted en las manos.—No pecas de amable—dijo con tranquilidad el hada. — Puesto que eres tan poco cariñosa, voy a castigarte: a cada palabra que en adelante pronuncies, te saldrá de la boca un sapo o una culebra.

Al volver a su casa, le preguntó su

madre:—¿Qué te ha sucedido, hija mía?—¡Nada, madre!—contestó ella con malos modos—. Y al mismo tiempo salieron de su boca una víbora y un sapo. — ¡Santo cielo! —gritó la madre:— ¿qué es lo que miro? ¡Tu hermana es quien tiene la culpa, y me las va a pagar!—y se fué hacia la pobre niña, hecha una furia. La desgraciada logró escaparse y se escondió en un vecino bosque. Encontró al hijo del rey que volvía de caza, y al contemplar tanta belleza se detuvo y le preguntó que hacía sola en aquella espesura, y por qué lloraba.—¡Ay señor; mi madre me ha arrojado de casa!—El hijo del rey, viendo salir de la boca de aquella niña, cinco o seis perlas y otros tantos diamantes, le suplicó que le explicase este misterio; entonces ella le refirió la aventura de la fuente.

Enamoróse el príncipe, consideró que semejante don valía más que lo que cualquiera otra pudiera traerle en dote, la llevó al palacio del rey su padre, y se casó con ella. En cuanto a la hermana, se hizo tan aborrecible, que su propia madre la echó de casa, y la infeliz, después de haber andado mucho tiempo sin encontrar un alma caritativa que la recogiese murió abandonada en un rincón de la selva.

El dinero y las piedras preciosas pueden mucho en el ánimo de los hombres; pueden aún más las palabras cuando son dulces y agradables. La virtud es difícil y costosa de practicar; pero no queda nunca sin premio.

PERRAULT.

Conserve su buen tipo y juventud.

De distinta manera a la mayoría de las sales laxantes, Kruschen no es simplemente un laxante—si es esto todo lo que Vd. necesita, cualquier clase de sales con cualquier etiqueta le servirán—, pero es eso todo?

Cuando Vd. toma las Sales Kruschen Vd. nota que no solamente estimulan los intestinos, hígado y riñones para que funcionen natural y perfectamente, sino que además suministran a cada órgano interno, glándulas, nervios y fibras del cuerpo, minerales rejuvenecedores y vitalizantes de la propia naturaleza.

Compre una botella de Sales Kruschen en la farmacia, tome media cucharadita de las de café en un vaso de agua caliente todas las mañanas antes del desayuno, deje los dulces y alimentos que engordan y haga algún ejercicio moderado con regularidad. En unos pocos días la indolencia se vuelve en actividad y la vida más alegre.

Una mujer de Virginia escribe: "Acabo de empezar la segunda botella de las Sales Kruschen (M.R.) y he estado adelgazando todo el tiempo. Vds. han descubierto el secreto para reducir peso."

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE, Laboratorio Londres, Valparaíso.

La esencia impalpable de la personalidad

La esencia de la personalidad es algo perfectamente misterioso, fuera de todo intento de análisis.

La personalidad es más importante que el talento artístico.

Tiene más importancia que las mismas dotes fotogénicas, o de reproducción fotográfica.

Tiene, también, más importancia que las dotes que constituyen una voz perfectamente microfónica.

La personalidad se expresa, tarde o temprano, en grandes letrados luminosos. La falta de personalidad acarrea como consecuencia el olvido del público.

La personalidad, según Richard Wallace, consiste en una especie de sutilísimo sentido de humorismo.

Wallace, quien a la sazón dirige la película THE RIGHT TO LOVE, en que actúa Ruth Chatterton, opina que el sentido humorístico es el elemento más importante para triunfar en la pantalla hablada.

Los actores que poseen un bien definido sentido humorístico no se toman demasiado en serio a sí mismo, ni se dejan guiar por súbitas inspiraciones geniales, de las que generalmente no suelen derivarse nada útil o artístico.

Miss Chatterton, de acuerdo con lo opinado por Miss Wallace, es un ejemplo perfecto de las posibilidades del humorismo. Aparte de su talento de actriz, miss Chatterton sabe siempre descubrir la arista humorística de la situación más negra y desesperada, y sabe perfectamente cómo reírse de sí misma y del mundo entero, cuando llega la ocasión.

Así, no es de extrañar que el nombre de Ruth Chatterton figure en primera línea. Y figurará aún por muchos años.

Reumatismo

El Reumatismo hace millones de víctimas. Es uno de los males más temibles. Empezando contracciones nerviosas de los músculos, dolores en la cintura, el mal empeora lentamente hasta dejarlo a usted imposibilitado para dedicarse a sus ocupaciones. Podrá ocurrir, en casos crónicos, que las impurezas de la sangre afecten el corazón.

El Reumatismo, con sus dolores, es causado, según la opinión de la mayoría de los médicos, por impurezas y toxinas peligrosas existentes en la sangre. Es misión de los riñones filtrar de la sangre estas impurezas causantes de dolores.

Cuando los riñones fallan en su tarea vital, las toxinas son llevadas por la sangre a todas partes del cuerpo, donde inician su acción nociva. De ahí proviene que sus nervios transmitan su mensaje de dolor al cerebro.

¿Por qué gastar dinero en pomadas y parches para aliviar un mal que tiene su origen en la sangre? ¿Por qué no sigue el ejemplo de millares de personas, aliviando sus dolores reumáticos mediante un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga?

Durante más de 40 años este medicamento ha sido probado y usado y constantemente recibimos cartas que atestiguan sus cualidades terapéuticas.

Tome estas píldoras con regularidad y ayude a sus riñones a funcionar normalmente. Una persona con riñones sanos no sufre los dolores causados por el exceso de ácido úrico en la sangre.



SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjese a E. C. DeWitt & Co. Ltd. (Depto. M.P.T.), Casilla No. 3312, Santiago de Chile.

FORMULA.

A base de Extracto Medicinal de Pichí, Buchú, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.

**PILDORAS
DE WITT**

PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

PARA LOS CHIQUITOS:

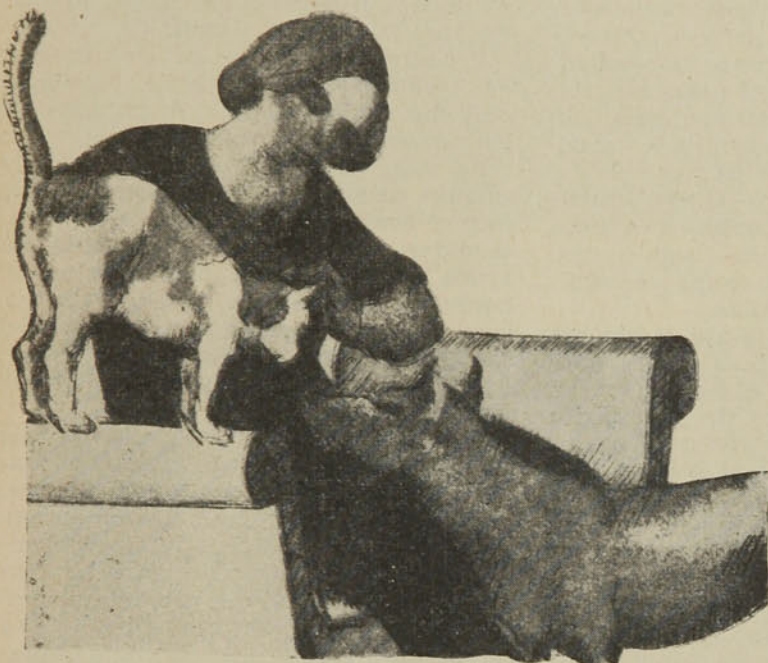
EL GATO

GOMINA

El perro Gurí vivía feliz en la casa de doña Simona.

El perro se portaba bien.

Cuidaba el gallinero más que el mismo gallo.



Como era goloso, pedía muchas golosinas.

Esto no le gustaba a doña Simona y lo corría con la escoba.

Entonces Gurí se hacía el rengo y chillaba.

Y doña Simona lo mimaba.

Un día le regalaron un gato a doña Simona.

Doña Simona lo puso en el sofá y le dió galletitas.

Gurí se puso celoso.

El gato, que era orgulloso, lo miró con desdén.

Y empezó a peinarse con la lengua.

Los pelos le quedaban pegados como con goma.

Gurí le tomó más rabia todavía.

Y se fué diciendo: «me la va a pagar ese gato Gomina».

El gato estaba cada vez más engomado. Se recortaba el bigote.

Usaba polainas blancas y guantes color patito.

Además, se burlaba de Gurí.

—Que no juegue conmigo—decía el perro, mirándolo de reojo.

Un día, Gurí estaba tomando el sol bajo la higuera.

Doña Simona estaba guisando.

El gato vino al corral.

Pisaba de un guijarro a otro para no mancharse las polainas.

Gurí lo miró como diciendo: «¿Qué vienes a hacer aquí?»

El gato le hizo una guiñada burlona. Gurí se le echó encima.

Al gato se le pararon los pelos, a pesar de la gomina.

Quiso disparar, pero los dientes de Gurí le alcanzaron la cola.

A los chillidos de Gomina acudió doña Simona.



Cuando la escoba caía en su lomo, el perro se decía:

«Me vengué, no me importa que me peguen».

De la Navegación

El mar ha cambiado mucho desde hace algunos siglos. Ha envejecido. Se ha vuelto juicioso. Ulises no lo reconocería, ni Simbad el Marino: Sus sirenas, han abandonado las rocas, para instalarse en los puertos, donde ellas todavía comercian con sus encantos, pero no se entregan ya a los placeres antropófagos. Han dejado ya de cultivar las voces, sus bellas voces, que ahora reemplazan con ventaja el fonógrafo y el piano mecánico. El Viejo Mar, se ha jubilado. El pabellón inglés, flota sobre Caribdos y Scilla, que se han convertido en inofensivos depósitos de carbón. Hay un hotel Carlton en todas las islas desiertas. Sólo los Lotófagos existen todavía, pero ya no proponen a los marinos esas interminables partidas de lotería, en que el viajero dejaba irremediablemente hasta la camisa. Han construido casinos, donde se juega juegos esencialmente terrenos, como el camino de fierro y los caballitos.

No ha sido sin trabajo que el hombre ha conseguido poner bozal a su antiguo enemigo. Contra él ha puesto en obra todos los recursos de su espíritu fértil en astucias, y la evolución de los navíos atestigua a la vez, el vigor y la tenacidad del genio marítimo.

Como lo revela una muy antigua canción popular, los navíos, en los primeros tiempos de la humanidad, tenían piernas, que se llamaban remos. Desde el barco de una pierna que es la piragua primitiva, hasta el trirreme de mil patas, las embarcaciones de la antigüedad ofrecen una semejanza maravillosa, con las diversas especies de insectos conocidos por los entomólogos. Bajo el período romano y en el curso de la edad media los navíos se acercan más y más al tipo crustáceo. Pero ya en algunos más nuevos, se revela la influencia del pato, y la imitación de la gente palmípeda se acentúa con los galeones y las carabelas, cuya proa se curva con majestad como el cuello de un cisne. En fin, con el vapor,

la estética del cetáceo triunfa en los navíos. Todo hace creer que la arquitectura marítima ha encontrado por fin su estilo y que ya no lo cambiará.

Es que en la hora actual, los barcos modernos con sus torres, sus cañones, sus plataformas porta aviones, sus antenas de T. S. F. y los transatlánticos con sus comedores suntuosos, sus salones de fumar, sus orquestas, sus cuevas gigantescas—barcos de no menos de treinta y seis mil toneladas—imponen profundo respeto al Océano, que no osa atacarlos y se mantienen a raya.

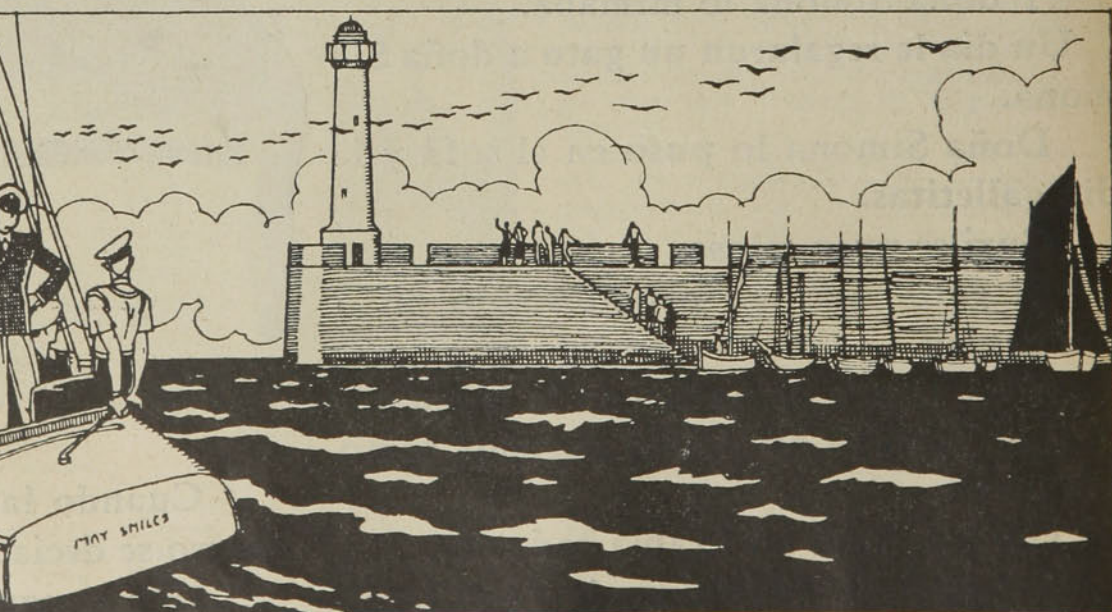
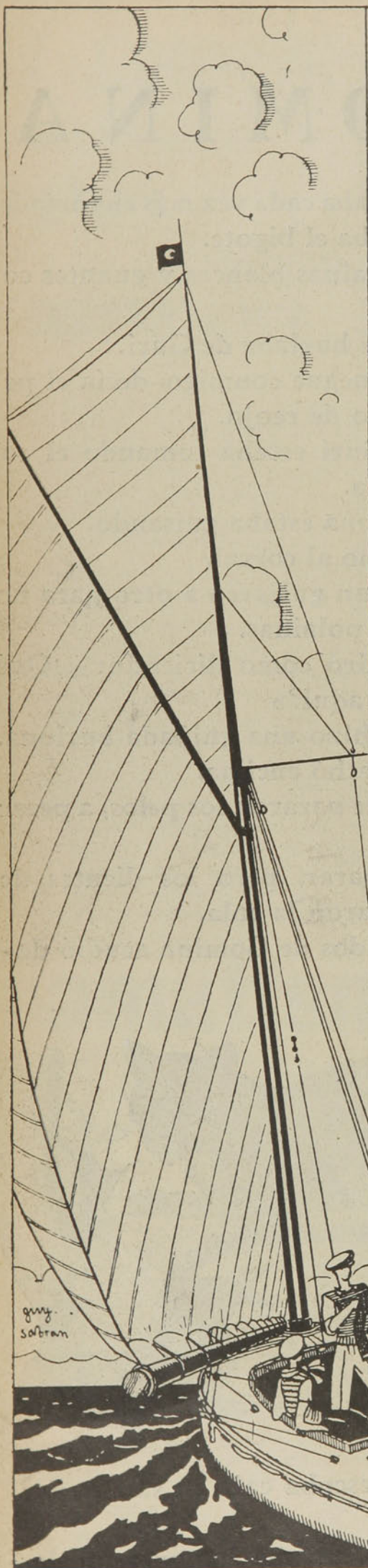
Por otra parte, el arte de la navegación ha hecho grandes progresos. Ya no se cree como antes, que basta, para ser un lobo de mar, con fumar en pipa.

No solamente los Yachtman, sino los simples pasajeros de los transatlánticos, poseen conocimientos náuticos muy extendidos: saben escrutar el horizonte con ayuda de los gemelos, distinguir un tiburón de una ballena, tomar el fresco, lanzar radios, calcular por la altura del sol, cuanto tiempo les queda por matar, hasta la hora de la comida, y admirar las estrellas.

No hay que admirarse, pues, de que los viajes por mar, hayan perdido la mayor parte de sus peligros. Antes, una travesía era una verdadera tragedia en cinco actos. Como podemos verlo en el cine, en ciertos films, donde se han esforzado en reconstituir los antiguos ritos de la navegación romántica, ésta comportaba regularmente: una tempestad, un motín, un abordaje, un naufragio con escenas de canibalismo, el robo y luego la reconciliación y el matrimonio del navegante con la navegante. Ninguno de esos pintorescos usos existe ya. Los viajes por mar se efectúan sin otras peripecias que ligeras náuseas y a veces algunos flirts ritmados por los tangos.

La navegación se ha convertido en una cosa que ya no puede ser más vulgar.

G. A. MASON



Cuatro alumnas de Jan Kawesky



Srta. YOLANDA RODRIGUEZ HERNANDEZ
(Foto Félix Fischer)



Srta. OLGA SAENZ
(Foto Félix Fischer)



Srta. MAGDA BRUNNER
(Foto Félix Fischer)



Srta. AMELIA ORREGO
(Foto Félix Fischer)

La danza, arte exquisito, de gracia y belleza rítmica, tiene en el profesor Kaweski a su viejo maestro, según lo explican los movimientos de estas deliciosas fotografías.

El Sonambulismo

Bajo el nombre de sonambulismo se designa a los movimientos automáticos que se producen durante el sueño. Existe el sonambulismo espontáneo y natural y el artificial o provocado. Depende el primero de causas internas, relacionadas con el organismo, en particular con el sistema nervioso. Responde el segundo a maniobras externas realizadas por otro sujeto para provocar el estado de sueño.

El sonambulismo es un estado particular psicofísico, donde queda abolida la conciencia y modificadas las funciones de relación.

El sonámbulo realiza a veces actos coordinados, que revisten apariencias de deliberados y voluntarios.

Sin embargo, la amnesia del despertar manifiesta bien claramente lo inconsciente de tales actos.

A veces adquieren caracteres particulares y extraños, que han motivado serias observaciones por parte de los sabios.

Un eminente médico del siglo pasado doctor Weinhalt, cita un número de casos interesantes y suministra una porción de noticias acerca del sonambulismo.

Describiendo el fenómeno dice que "el sonámbulo, cuando en lo demás goza de buena salud, en cierto momento cae en un sueño ordinario que no se puede distinguir del sueño natural. Después de un intervalo más o menos largo se levanta de su lecho y se pasea por el cuar-

to o por la casa y ejecuta proezas que jamás se le ocurriría intentar siquiera estando despierto".

En un caso, un mozo, jardinero, solía levantarse profundamente dormido, salir de la casa, trepar por las paredes y hasta encaramarse al techo de la casa. Todo esto lo hacía siempre sin lastimarse; hasta en una ocasión en que una mesa estaba por caerle encima pudo librarse del peligro con mucha destreza.

También cita un individuo que mostraba mucha habilidad en salvar los peligros cuando se hallaba atacado por el sonambulismo.

Algunas veces le sucedía quedar rendido por el sueño de día mientras trabajaba en su oficio, y se observaba que solía continuar su tarea con tanta seguridad como si estuviera despierto.

En algunas ocasiones le daba el acceso hallándose en viaje; pero continuaba su camino con la misma facilidad o aun más ligero que estando despierto.

Varias veces hizo la jornada de Naumburg a Weimar hallándose en este estado, y ni perdía el camino ni le sucedía ninguna desgracia.

En una ocasión le rindió el sueño en momentos que partía para el último de los mencionados pueblos, a caballo, pero asimismo realizó su viaje.

Tuvo que vadear un río, donde dejó que su caballo bebiera, y encogió las piernas para no mojarse.

Cruzó por varias calles, atravesó la plaza de la feria, que estaba llena de gente y de carros, y llegó sin novedad hasta la casa de un amigo donde al fin despertó.

Estas proezas y otras parecidas que parecían exigir el uso de la vida normal, las ejecutaba lo mismo en la obscuridad que de día; tenía los ojos bien cerrados y los demás sentidos también parecían estar dormidos.

Se refiere que no sentía cuando se le pellizcaba, se le pinchaba o se le golpeaba, y no oía ni aun cuando se disparó un tiro de pistola a su mismo lado.

Otro caso citado es el de un estudiante que durante una fuerte afección nerviosa padeció varios accesos de sonambulismo.

En estas ocasiones solía pasar de su dormitorio a los otros cuartos y encontrar los objetos que parecía buscar.

Una vez escogió una marcha de una ópera, colocó la música en el atril y tocó toda la pieza en el piano.

En otra ocasión tocó con toda precisión una de las sonatas de Bach, y lo que es más extraño, notó inmediatamente el cambio cuando uno de los presentes colocó la música al revés.

También escribió una carta a su hermano estando dominado por uno de los accesos. Entretanto no notó que se le había acabado la tinta de la pluma y siguió escribiendo con la pluma seca.

Un sacerdote francés tenía la costumbre de levantarse de noche en estado de sonambulismo, iba a su escritorio y tomaba pluma, tinta y papel, poniéndose a escribir sermones.

Hacía esta tarea con tanta prolijidad que después de escribir una página la revisaba y la corregía antes de seguir con otra.

En una ocasión mientras trabajaba así, el arzobispo de Bordeaux le colocó un cartón delante de la vista, de manera de impedir que viera el papel en que escribía, pero siguió escribiendo como si no le molestara absolutamente el cartón.

Cuando se retiró la hoja de papel en que escribía, cambiándola por otra, percibió inmediatamente la substitución.

ENCANTADORA
POR la PUREZA
y HERMOSURA
de su CUTIS!



BELLEZA que ni en sus más bellos sueños ha soñado usted conquistar la logrará si usted lo quiere. Una maravillosa substancia que quita de la cara todas las imperfecciones, sin fallar jamás, es la que a usted le permitirá ostentar ante el mundo una lozana y encantadora hermosura que habrá de seducir por su absoluta naturalidad. Esta substancia, probada y usada con éxito por millones de mujeres, es la famosa

Cera Mercolizada
La Única Verdadera
CREMA DE BELLEZA

EN CAJAS DE DOS TAMAÑOS: GRANDES Y MEDIANAS. EN TODAS LAS FARMACIAS.

No se necesita ser muy ducho en cuestiones de higiene, para comprender que en la construcción de nuestras viviendas, se ha atendido preferentemente a intereses muy ajenos a los de la salud de sus habitantes. A cada paso tropezamos con preocupaciones de orden económico, tan mezquinas como mal entendidas, pues sabido es que la salud de un pueblo es factor principalísimo en la prosperidad general del mismo.

Para determinar las condiciones que ha de reunir la vida bajo techado, echamos antes una rápida mirada a la vida al aire libre, que evidentemente es la normal, puesto que la naturaleza no habría previsto, los caserones-cuarteles de nuestras ciudades. En la vida a la intemperie, el hombre por instinto, busca los lugares soleados y protegidos contra los vientos del norte, es decir la orientación al sudoeste; respira constantemente un aire puro, que no perjudica a su organismo por muy frío que sea, y si se calienta lo hace por la radiación de una lumbre que le penetra de suave calor a cierta distancia sin caldear, ni enrarecer el aire que respira.

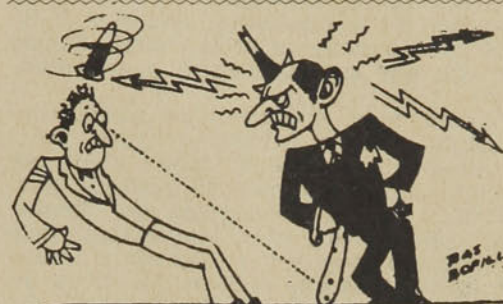
En estas condiciones de vida al aire libre, tanto en verano como en invierno, ya en las zonas tropicales como en los territorios árticos, es donde el ser humano puede llegar al máximo de su resistencia y bienestar, sin más protección contra el frío que la ropa, y algunos primitivos sombreros, para guarecerse del viento y de los rayos solares.

Si en el campo es posible dar una acertada orientación a las casas y construirlas en condiciones salubres, no puede hacerse lo mismo en las ciudades.

La casa destinada a poner al hombre a cubierto de las inclemencias de la in-

LA CASA DEL PORVENIR

temperie, debería tener los muros gruesos, generalmente no pasan de tener cincuenta centímetros de grueso si son de cemento o treinta y cinco los de ladrillo. Pocas veces se emplean las paredes dobles; es decir, una exterior de veinticinco centímetros de grueso y otra interior de once, dejando entre ambas una capa de aire de veinte centímetros, y revistiendo este espacio de ladrillos, para aumentar la potencia protectora. La pared por la parte interior, debe ser blanqueada en las viviendas rurales, obreras o cuarteles. No es contrario a la higiene el revestirlas con papel, siempre que éste se renueve después de haber estado en la habitación un tuberculoso o cualquier otro enfermo de dolencia contagiosa.



—Ayer me encontré con Peláez. Me llamó bandido, granuja y sinvergüenza.
—¿Y en qué se apoyaba para dirigirte esos insultos?
—En un garrote bastante grueso.

Pero la salubridad de una casa, depende principalmente de la distribución de aire y luz en sus divisiones. Cada edificio debe estar aislado del otro, a fin de permitir que la luz y el aire lo bañen por todas partes, debiendo fijar en principio un minimum de cuatro horas de sol en cada fachada. La orientación varía según la latitud del país. La más recomendable es este-oeste, en nuestro clima, pues esto permite la entrada de los rayos solares en los aposentos, y norte y sur en los países cálidos. Nos parece superfluo añadir que las habitaciones más soleadas, han de ser en las que más se viva.

En nuestras casas modernas, la ventilación es casi siempre deficiente, y en muchas de ellas casi nula, durante la mayoría de los meses del año. Verdad es que se abren los balcones, pero salvo en el verano, sólo contados minutos mientras que se limpia el polvo. Hagamos observar de paso, que mediante ese procedimiento, el polvo no sale nunca: el aire frío de la calle lo empuja hacia adentro al penetrar en el cuarto, y por razón de su peso, ocupa la parte baja de aquél. Es decir que los aposentos en que se vive, suelen estar mal ventilados, excepto aquellos en los que arde una chimenea, pues, el tiro de ésta, es un maravilloso medio de ventilación. Por desgracia las chimeneas, al menos en las que se enciende fuego, tienden a desaparecer.

LA

Siroline “Roche”

es el regenerador de los pulmones

cura radicalmente

Catarros

Resfriados

Bronquitis

Tos ferina

Asma

Tuberculosis.

Precave la



F. HOFFMANN - LA ROCHE & C^e PARIS. BÂLE

Fórmula: Thilocol-Codeína.

V A R I E T E

REFLEXIONES INOFENSIVAS

En cada generación existen unos cuantos espíritus que, irresistiblemente atraídos por el "puro saber", sienten la necesidad imperiosa (por otro nombre, vocación), y tienen, por lo tanto, la no menos imperativa obligación de consagrarse a estudiar, investigar, ahondar, sutilizar, conservar, en una palabra, el fuego sagrado de la sabiduría. Y así lo hacen, con Universidad o sin ella. Sócrates no se matriculó en Filosofía; ni Gautama Buda, en Ciencias Morales; ni Confucio, en Leyes; ni en Matemáticas superiores, Arquímedes. Y, sin embargo, ellos fueron los "sabios" de su tiempo. El puñado de sabios que a nuestro tiempo corresponde no ha menester para existir y superexistir la contemporánea universalización del estudio imposible. La palabra Universidad es absurda cuando de altas disciplinas mentales se trata. Lo excepcional no puede ser universal. La Sabiduría se edificó una Casa. (Así reza una humilde inscripción sobre la puerta de la Universidad de Madrid). ¡Muy bien! Pero pequeña y recóndita, para que en ella la adoren sus devotos. No está bien que en el templo de Minerva vocifere y se agite la multitud de los elegidos. Laboratorios en los cuales se intente resolver los problemas urgentes de la vida, hacen falta muchos. Cátedras, no tantas. ¿Matricularse en Filosofía? ¿Y por qué no coger el cielo con las manos? ¿Varón o hembra, "sobresaliente en Lógica", a los

diecisiete años? si ello fuera posible, ¡qué monstruosidad!

G. MARTINEZ SIERRA

*

ENSEÑAR

Así en teoría como en la práctica, todo género de facilidades para estudiar. Que sea posible para ellos la enseñanza gratuita y completa no sólo de instituto de segunda, sino profesional o de carrera. En una declaración ministerial ante las Cortes decía el presidente de un Gobierno francés: "Francia, legítimamente orgullosa de su prestigio intelectual, tiene el deber de preparar a sus selecciones, abriendo libremente las puertas de la enseñanza superior a todos los jóvenes que se muestren dignos de ella por su inteligencia y su voluntad"...

Ahora bien, teóricamente nadie contradice a estos principios; pero prácticamente se ha hecho hasta ahora en España muy poco, para su perfecta plasmación. Becas, matrículas de honor, etc. ¿Hay nada más lamentable, más vergonzoso, que ver a cientos, a miles de estudiantes que afeitan que viven de avos o de correvediles, de mozos de café o de practicantes de farmacia, para poder estudiar? Eso es tan honorífico para quien lo hace, es vergonzoso para quien lo consiente. Para el Estado en primer lugar, pues reservándose como se reserva el monopolio de la enseñanza

oficial, es responsable del uso que hace de tal monopolio. Si pone trabas en vez de prodigar la enseñanza, incurre en pecado social.

MAX.

*

COROS

En la organización de una coral el primer fenómeno que se produce es el de la estridencia. Son precisos muchos días de ensayo para hallar una fórmula de unidad. Para que las voces, fundidas, den la sensación de una voz sola. Si uno de los componentes de la coral quiere lucirse, todo el efecto se destruye. Así estos aplausos que se prodigan a un coro son unos aplausos para nadie, desligados de todas las vanidades humanas, que los individuos de la coral reciben impasibles, porque ninguno, individualmente, se cree el propietario.

Así con muchas piedras unidas se han levantado las catedrales. Los árboles no dejan ver el bosque, se ha dicho, y quizás fuera mejor decir: el bosque no deja ver los árboles, así como el coro no nos deja oír a los cantantes.

Los hombres pueden aprender de una coral muchas cosas que no tienen nada que ver con la música. Y la mejor lección de todas, que las glorias individuales, aun siendo legítimas, no son nada comparadas con las glorias colectivas.

FRANCISCO DE COSSIO.

Una madre moderna

no usa otro remedio que los comprimidos de

FENALGINA



El remedio soberano contra
DOLORES, RESFRIOS, GRIPPE, Etc.

De cómo el tiempo vale más que el oro,

Por ARNOLD BENNETT

“Sí, es uno de esos hombres que no saben cómo arreglárselas. Buena posición; renta fija, más que suficiente para atender lo mismo a las necesidades que a los lujos. Y, sin embargo, aunque no pueda decirse que es un pródigo, he ahí que siempre está en algún apuro. El caso es que el dinero no parece servirle de nada. Un piso precioso... pero medio vacío; realmente, como si hubiesen acabado de embargarle. El traje nuevo... pero el sombrero viejo. O una corbata flamante, y los pantalones con flecos. ¿Qué le invita a uno a comer? Ya se sabe: el vaso rajado, el cordero frío, y el café turco, y no hay que decir que desportillada la taza. Como es natural, el mismo interesado no entiende el por qué de todo ello; pero la explicación es muy sencilla; malgasta su dinero sin ton ni son. ¡Ojalá tuviese yo la mitad! Entonces, vería él...”

¿Quién de nosotros no ha criticado así, alguna vez, al prójimo, desde lo alto de nuestra infalibilidad?

Casi todos somos ministros de Hacienda: tal es la vanidad del momento. Los periódicos están llenos de artículos explicando la mejor manera de vivir con arreglo a tal o cual suma, y estos artículos suelen provocar una correspondencia cuya exaltación demuestra el interés que suscitan. Recientemente, uno de nuestros diarios ha sostenido una verdadera batalla sobre la cuestión de si una mujer podía vivir confortablemente en el campo por 85 libras al año. Por mi parte, he leído un ensayo sobre “Cómo vivir con ocho chelines a la semana”; pero jamás he visto ningún ensayo sobre “Cómo vivir con las veinticuatro horas del día”. Sí, se ha dicho que el tiempo es oro; pero la verdad es que el tal proverbio rebaja la cuestión: el tiempo es mucho más que oro. Si se tiene tiempo, siempre puede acabarse por obtener un poco de oro; o casi siempre, cuando menos. En cambio, aunque tuviera uno la fortuna de un empleado del guardarropa en el Carlton Hotel, no podría comprarse un minuto de los que, por ley natural, le corresponden.

Los filósofos han explicado el espacio, pero no han explicado el tiempo; que es, por así decirlo, la primera materia inexplicable; sin él, nada. El suministro del tiempo es, realmente, un milagro diario, algo verdaderamente asombroso, a poco que se lo examine. Nos despertamos por la mañana y, ¡oh, maravilla!, he aquí que nuestra bolsa se llena mágicamente con veinticuatro horas de la inmaterial urdimbre del universo de nuestra vida. ¡Es nuestra! ¡La más preciosa de nuestras posesiones! Un don

singularísimo, a nosotros concedido por modo tan singular como el don mismo.

Pues, observad que nadie puede arrebatárnoslo. Está a prueba de todo robo. Y nadie percibe ni más ni menos que los otros.

¡Hablemos luego de una democracia ideal! En el reino del tiempo, no hay aristocracia alguna del dinero, ni de la inteligencia. El genio no recibe en premio ni una hora de más al día. Como tampoco hay castigo alguno. Malgastad a vuestro antojo vuestro don, infinitamente precioso, que no por ello dejarán de abastecerlos ni cortarán el suministro de él. Ningún poder misterioso dirá: “Este hombre es un tonto, cuando no un pillo. No merece el tiempo; hay que privarle de este beneficio”. Es más seguro que el papel del Estado, y el pago de la renta no se encuentra afectado por los domingos. Por otra parte, tampoco podréis cobrar nada a cuenta del futuro. ¡Imposible entramparse! Lo único que podéis malgastar es el momento actual y fugaz. No se puede dilapidar el futuro; éste lo tenemos siempre reservado, y ahí está aguardándonos. Imposible dispendiar la hora próxima; así la tenemos a nuestra espera.

Dije que la cosa era realmente milagrosa, y ¡decidme si no lo es!

Tenemos que vivir con arreglo a esas veinticuatro horas del día. De ellas hemos de sacar nuestra salud, nuestros placeres, nuestro dinero, nuestra alegría, nuestra dignidad y la evolución de nuestra alma inmortal. Así, pues, su buen aprovechamiento, su empleo más eficaz es una cuestión de la mayor urgencia y de la más sensacional actualidad. Todo depende de ello. Nuestra felicidad—jese premio ilusorio que todos perseguimos, amigos míos!— depende de ello. Realmente, no deja de ser extraño que los periódicos, tan modernos y tan llenos de iniciativa, rebosen artículos sobre “Cómo vivir con arreglo a una renta dada de tiempo”, en vez de hacerlo sobre “Cómo vivir con arreglo a una renta pecuniaria dada”. El dinero, después de todo, es mucho más común que el tiempo. A poco que se reflexione en ello, se comprenderá que el dinero es la cosa más común de este mundo. Como que puede decirse que lo cubre con sus montones, poniendo obstáculos al tránsito.

Si uno no puede vivir ateniéndose a una renta fija de dinero, o bien gana uno un poco más, o bien lo roba, o inserta un anuncio en los periódicos. El hecho de no poder arreglárselas con mil libras al año no enturbia ni anula forzosamente la vida de uno; se hace un esfuerzo, se convierten, sacan las libras necesarias, si es preciso, de debajo de las piedras, y raro será que no se acabe equilibrando el presupuesto. En cambio, si no podemos arreglárnoslas de manera que la renta de veinticuatro horas diarias baste a cubrir exactamente todos nuestros gastos indispensables, la vida se convertirá en una confusión inextricable e indefinida. El abastecimiento de tiempo, aunque de una regularidad magnífica, se halla cruelmente limitado.

¿Cuál de nosotros vive con veinticuatro horas al día? Y cuando digo “vive”, no quiero decir “existe”, ni “se hace un lío”. ¿Cuál de nosotros se siente libre de ese sentimiento de malestar que nos produce la sensación de que los “grandes departamentos de venta” no se hallan administrados como es debido? ¿Cuál de nosotros está completamente seguro de que su terno flamante no se halla rematado por un sombrero mugriento, o de que el exceso de atención a

la batería de cocina no le ha hecho descuidar la buena calidad de los alimentos? ¿Cuál de nosotros no se dice a sí mismo, cuál no se ha estado diciendo toda su vida: “En cuanto tenga tiempo para ello me ocuparé de modificar esto y lo otro”?

Pero jamás tendremos más tiempo del que tenemos. Ya para eso tenemos, y siempre hemos tenido, todo el tiempo que hay. Y la comprensión de esta verdad tan profunda como desdeñada (y que, por otra parte, no he descubierto yo) es lo que me ha traído a este examen minucioso y positivo de la manera en que se emplea el día.

dormir como un tronco.



Es el voto que formulan noche a noche miles de seres desgraciados que el insomnio desvela.

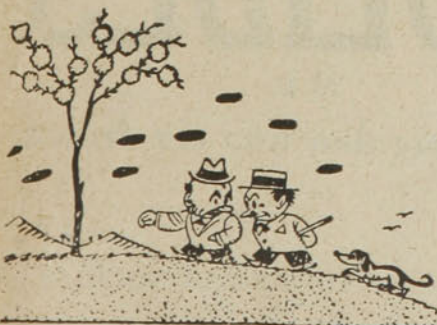
Nada deprime más la salud, en efecto, que la falta de sueño, cualquiera que sea la causa: preocupaciones, neurastenia, enfermedades, pesares, cansancio, trastornos nerviosos, etc.. No espere el último momento para poner fin a este martirio y tome desde esta noche la

PANVALERASE

Cápsulas o Solución a base de: Valeriana fresca, Brom. albumosa y Extr. completo cannabis Indica.

Que le procurará, sin ningún peligro, un sueño normal, apacible y reparador indispensable al bienestar de todo organismo humano.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIÈRE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas, 1352
SANTIAGO.



INVITADOS

—Creo que la dueña de la casa está la mar de preocupada, porque vamos a ser trece en la mesa.

—¿Es supersticiosa?

—No, pero nada más tiene doce cubiertos.

Contestando a una Carta

Hace pocos días que por correo recibí una misiva, fechada en un pueblo de Galicia, y firmada por una afligida madre de familia, la cual se lamenta de que teniendo cinco hijos todos al llegar a los veintidós años se habían casado, dejándola para formar nuevo hogar, llamándoles malos hijos por la acción que han cometido. Yo, sin querer aplaudir su comportamiento, me tomaré la libertad de referirle el contenido de un articulo que tiempo atrás leí en una revista americana, precisamente sobre lo que tanto le aflige a esa pobre madre de familia del pueblo gallego. Dice un articulista:

«De la misma manera que existen personas naturalmente egoístas, existen padres que sienten por sus hijos un amor que puede denominarse egoísta; sobre todo en las madres, que creen imprescindible necesidad encontrarse junto a sus hijos todo el día, teniendo la madre respecto de su hijo aquel instinto posesivo que la induce a creer y a obrar como si en realidad ese niño le perteneciera completa y absolutamente, sin tener en cuenta para nada sus propios deseos e inclinaciones.

Pero esto no constituye sino un malentendido, es cierto que bastante generalizado, y que debemos deplorar infinitamente, pues las madres dominadas por él son en realidad incapaces de asegurar la verdadera felicidad de sus hijos. A fuerza de querer organizarlo todo para ellos, es decir, en el fondo para ellas mismas, no hacen sino entorpecer y trabar su porvenir, dañan el vuelo de sus ideas y pensamientos, impidiendo a sus hijos vivir su propia vida. Es esta una disposición que muy a menudo se encuentra entre las más amantes madres, cuyo corazón y cuya alma están por completo embebidas del amor maternal, pero que no comprenden su verdadera esencia.

El amor materno debe ser por completo libre de todo egoísmo; no debe considerar sino el bienestar y la felicidad futura del hijo, y no ser como el amor conyugal que por más que se quiera, nunca puede verse libre de un sentimiento egoísta».

Señora madre de familia gallega, creo que en los precedentes renglones tendrá la contestación a su carta, llena de lamentaciones. Son muy razonables, pero lo apuntado por el articulista americano puede que le haga ver la realidad de las cosas.

No olvide que, si durante la infancia de sus hijos ha hecho sacrificios para darles instrucción, cultura, con lo cual ha gozado, también ahora, en su nuevo estado, aunque fuera de su hogar materno, debe de encontrar una satisfacción, ya que si ellos se sienten felices la verdadera madre debe compartir de ellos esta misma felicidad.

L. L. M.

Caso

Por

RUBÉN

DARIO

A un cruzado caballero, garrido y noble garzón, en el palenque guerrero le clavaron un acero tan cerca del corazón, que el físico al contemplarle, tras verle y examinarle, dijo: "Quedará sin vida si se pretende sacarle el venablo de la herida".

Por el dolor congojado, triste, débil, desangrado, después que tanto sufrió, con el acero clavado el caballero murió.

Pues el físico decía, que, en dicho caso, quien una herida tal tenía, con el venablo moría, sin el venablo también.

¿No comprendes, Asunción, la historia que te he contado, la del garrido garzón con el acero clavado muy cerca del corazón?

Pues el caso es verdadero: yo soy el herido, ingrata, y tu amor es el acero: ¡Si me lo quitas, me muero; si me los dejas, me matas!



Siga ese ejemplo!

Cada día use para su higiene íntima los insuperables comprimidos perfumados.

NÉOLIDES

M.R.

que dan una tez fresca.



EN VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

A base: Acido Ortobórico, dipersulfato de Potasio

Leo por \$ 1.40

"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

ANA y ENA

Por
ALFREDO TOBAR

En la ciudad. Extensa plaza a los pies de una iglesia que alza la amazacotada arquitectura de su torre única con ojo de ciclope — el reloj — sobre alta escalinata. En la plaza, macizos de césped y arbustos, que dejan entre sí anchos paseos asfaltados. En éstos, algunos bancos de madera con respaldo. Noche de invierno, con la fría claridad de las noches luneras de cielo sin nubes. La mole de la iglesia proyecta sobre la escalinata y parte de la desierta plaza amplia zona de sombra que va cambiando lentamente de posición. Es la hora de cerrar las puertas del templo y de librar de pediguños, nunca satisfechos, a las potencias celestiales. El sacristán abre el postigo de uno de los portales y empuja cortésmente a dos sombras enlutadas.

Sacristán. — Dispénsenme, señoras mías... ¡Lo siento..., créanme que lo siento! Pero es hora de cerrar la casa del Señor... ¡Bastante han rezado ustedes!... Ya les he visto en la capilla de la Purísima toda la tarde al aquél de la calefacción... ¡Aumenta mucho la devoción en invierno!... A sus años, y con tanto rezar, cuenten que han de ir al cielo vestidas y calzadas.

Una voz. — Usted dispense... ¡y que Dios le oiga!

La otra voz (con recitado cantarino). — “¡Oh, María, madre mía!
¡Oh, consuelo del mortal!
¡Amparadnos y guiadnos
a la patria celestial!”

Sacristán. — Las amparará y las guiará... Téngalo por seguro... y retírense... retírense a casita... que no está la noche para andar por la calle... ¡Hace un frío que pela!... ¡Buenas noches! (*Entrase en el templo. Las dos sombras permanecen indecisas ante el postigo, cerrado ya, mientras se oye el ruido que hace el sacristán, por dentro, con sus manojos de llaves y echar los cerrojos.*)

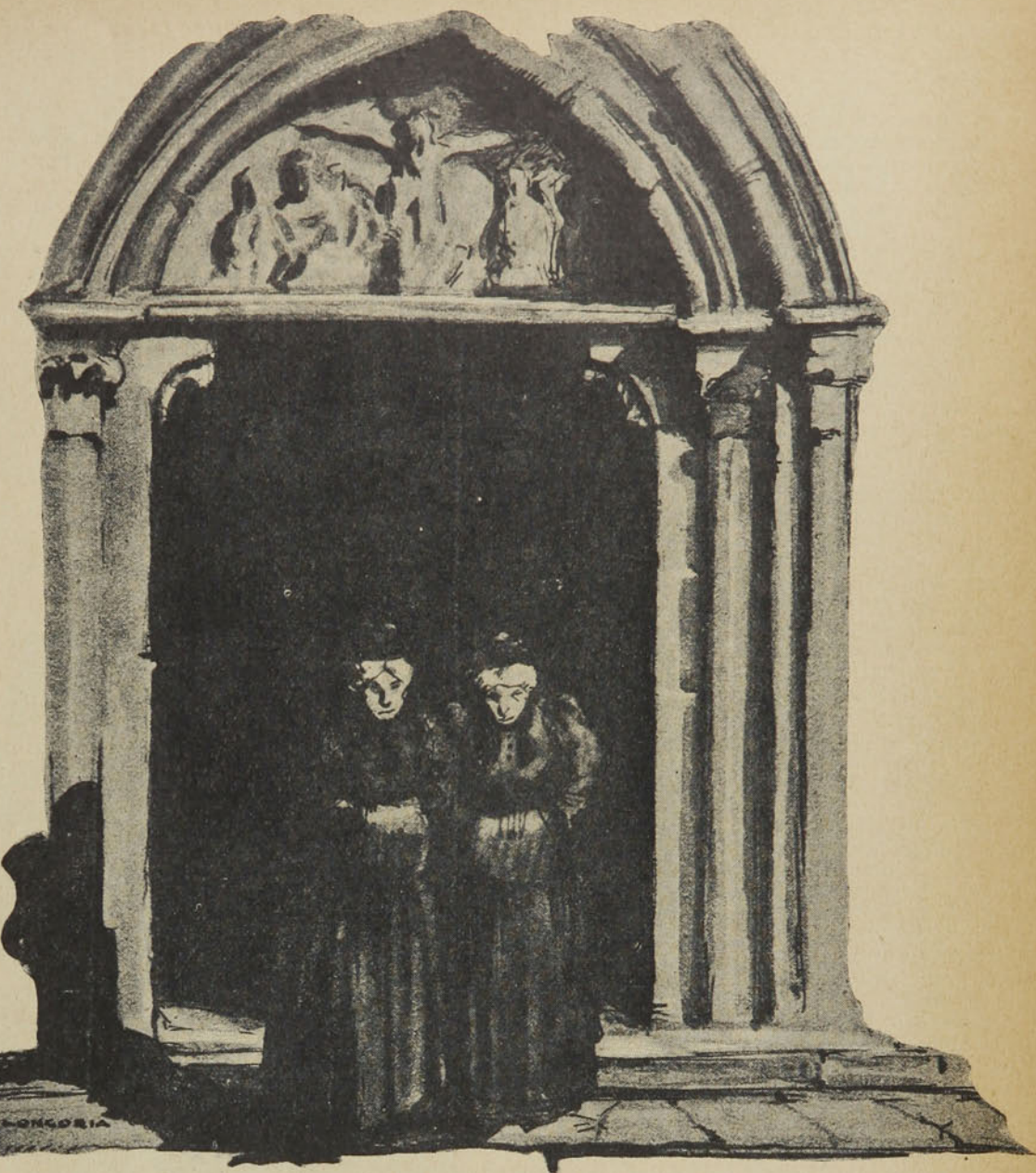
La otra voz. — ¡Qué bien estábamos en la capilla contemplando a la Inmaculada!

Una voz. — ¡Muy bien!... ¡Cerquita de ella!

La otra voz. — ¡Ahora... estoy cansada, Ena!

Ena. — Si quieres, Ana, nos sentaremos un ratito en esta escalera y así descansarás. (*Se sientan. En la sombra que proyecta el templo sobre la escalinata, las dos “señoras”, según las denominó el sacristán, no son más que dos “voces” tenues, apenas perceptibles, de una dulzura y un timbre extraños, que no son infantiles y sin embargo, recuerdan, por contraste, las voces de los niños en sus momentos de tranquila ternura.*)

Ana. — En cuanto me siento, vuelvo a estar muy bien.



Ena. — ¡Me alegro! Estándolo tú, lo estamos las dos, hermana.

Ana. — ¿Cuánto tiempo hacia que no me dejabas venir a la iglesia?

Ena. — ¡Años!

Ana. — ¡Con lo que a mí me gusta la iglesia!... ¿Por qué?

Ena. — Porque eres muy viejecita.

Ana. — También tú lo eres...

Ena. — Tú más... ¡Tienes ochenta y ocho años!

Ana. — ¿Y son muchos años?

Ena. — ¡Muchos!

Ana. — ¿Y tú?

Ena. — Yo, ochenta...

Ana. — ¡También son muchos!

Ena. — ¡También...; pero yo estoy más ágil que tú..., veo un poquito más... y me canso algo menos... Por eso, cuando yo tenía que salir, te dejaba en nuestra casita bien abrigada...

Ana. — Y muy aburrida...

Ena. — ¡No me digas!... Cuando daban las once bien sabías imaginarte desde la cama o desde tu butaca toda la misa de la iglesia de Santa Clara..., como si estuvieras viendo al señor cura...

Ana. — ¡Sí..., sí!... Y hoy, que no quería yo salir, ¿por qué me has traído y me has hecho andar..., andar hasta esta iglesia que yo no conocía: una iglesia nueva?

Ena. — No es nueva... Tiene mucho más años que tu y yo juntas... ¡Siglos! Es la del Sagrado Corazón... A ella veníamos ya cuando éramos niñas... ¿No te acuerdas?

Ana. — No puedo acordarme, porque me estás engañando todo el día, no sé con que objeto... Así que, dime: ¿por qué me has traído hoy a esta iglesia, después

de habérme tenido tanto tiempo encerrada en casa?

Ena. — Encerrada... no, ¡nunca!... Enferma en la cama o en una butaca... ¡Enferma de la cabeza!

Ana. — No me convences... ¿Y por qué me has hecho confesar y comulgar?

Ena. — Porque yo también he confesado y comulgado...

Ana. — Tú eres tú...; pero yo...

Ena. — Hoy es nuestro santo...

Ana. — ¿De las dos?

Ena. — De las dos...

Ana. — No te creo... Tú no eres santa...

Ena. — No...

Ana. — Ni yo tampoco...

Ena. — Tampoco...; pero tú has sido siempre muy religiosa...

Ana. — Y lo soy ahora...; no hago más que rezar...

Ena. — Como yo... Así estamos siempre tan contentas... hablando con Dios y con la Virgen...

Ana (con la tonada de una antigua canción escolar). —

“Las palomitas vuelan,
vuelan al palomar...
Las almas sin consuelo
vuelan hacia tu altar.”

(*Quedan en silencio.*)

Ena. — ¿Has descansado ya?

Ana. — Sí, Ena...

Ena. — Entonces, vámonos poquito a poco..., para que no te fatigues.

(*Se levanta Ena, ayuda a su hermana a levantarse, y las dos cogidas del brazo, bajan muy despacio la escalinata. Al salir de la sombra del templo, se ve que las dos “voces” encarnan en dos exiguas señoras enlutadas, tiesecillas, con movi-*

mientos y titubeos de muñecas mal articuladas. Si nos acercáramos a ellas, veríamos que llevan trajes negros de merino, que fueron de moda hace medio siglo; manteletas de cenefa de abalorios y pequeñas capotas con anchas bridas de cinta, cogidas en lazo bajo las barbillas. Del cuello les cuelgan manguitos de piel, donde abrigan sus manos, seguramente calzadas con mitones de lana. Los rostros de ambas, encuadrados por las capotas y las bridas de cinta, son fraternalmente parecidos: semejan de alabastro, a la luz de la luna. Si nos acercáramos más aún, advertiríamos que sus ojos sin brillo apenas se mueven dentro de sus órbitas, como si estuvieran cansados de ver y de mirar, sobre todo los de Ana. Avanzan a pasitos menudos... Y cuando, de trecho en trecho, fatigadas del esfuerzo realizado, se detienen, diríanse maniquíes de museo exhibiendo trajes de otros tiempos... Pero tienen una naturalidad y una distinción, que aleja de ellas toda idea de ridículo e inspiran respetuosa simpatía.)

Ana. — Ahora, que ya hemos descansado, iremos a nuestra casita... ¿Verdad, Ena?

Ena. — ¡Está muy lejos!... Tendríamos que sentarnos muchas veces para que pudiéramos llegar...

Ana. — ¡No tienes juicio por haberme traído tan lejos!... ¡Así estoy yo de cansada!... ¿Qué dirán de nosotras los que nos vean? Dos señoras solas... ¡y de noche!... Porque ahora debe ser de noche.

Ena. — Sí, hermanita... ¿No ves en el cielo la luna y las estrellas?

Ana. — Con los ojos abiertos, no; cerrados, sí las veo...

Ena. — Pues ciérralos y recreáte contemplándolas... No tengas miedo a tropezar... Yo te guío los pasos.

Ana (cantarina). —

"Estrellas que vuelan...
¡Almas a los cielos!
Estrellas que brillan...
¡Luces del empuje!"

(Las dos hermanas andan unos cuantos pasos a la ventura.)

Ana. — Otra vez me he cansado, Ena... ¡Qué fastidio!

Ena. — Por aquí cerca debe de haber bancos con respaldo y todo... ¡Un esfuerzo más hasta dar con uno!... ¡Estarás en él tan ricamente!

Ana. — ¿Y tú?

Ena. — Contigo: a tu lado.

Ana. — ¿No me dejarás sola?

Ena. — ¡Ni pensarlo!... ¡Nunca ya nos separaremos!

Ana. — ¡Qué gusto!

Ena. — Siempre hemos de estar la una al lado de la otra.

Ana. — ¿Siempre?... ¿Y cuando nos muramos?

Ena. — También... Nuestras almas volarán juntas... adonde Dios le plazca llevarlas.

Ana (cantando muy bajito). —

"Almas doloridas,
almas sin consuelo...
¡Trocadas estrellas,
volarán al cielo!"

(Siguen andando, cada vez con más lentitud, cada vez más cansadas... Por fin tropiezan con un banco.)

Ena. — ¿No te lo decía yo?... Aquí lo tienes... Te estaba esperando...

(Ena ayuda a su hermana a sentarse en el banco y luego se acomoda junto a ella. La noche sigue derramando sobre

Ana. — Asegurándolo tú... En cuanto descansen un poco más, quiero que me lleves a casa...

Ena (resignada). — Te llevaré donde tú quieras...

Ana. — No te enfades conmigo... Ya sabes que chocheo... No sé más que rezar y cantar los versos que aprendí de niña...

Ena. — Si no me enfado.

Ana. — ¿No?... Vamos a verlo. ¿Quieres contarme una historia?

Ena. — ¡Si vieras que no me acuerdo



las dos ancianas la fría claridad lunar en forma de diamantinas chispas de escarcha que van prendiendo en sus pequeñas capotas con anchas bridas y en sus manteletas con cenefa de abalorios.)

Ana. — ¡Ajaja!... ¡Muchas gracias, señor banco!... Tú que sabes todas las cosas que yo te pregunto, dime: ¿por qué se está mejor sentada que de pie?

Ena. — ¡Ay, Ana, no puedo decirte-lo!... Lo ignoro...

Ana. — El caso es que se está mejor...; pero mejor estaríamos en nuestra casita...

Ena. — Esta noche no puede ser...

Ana. — ¿Por qué?

Ena. — Porque nuestra casa... está muy lejos... Ya te lo he dicho... ¡Muy lejos!... ¡No llegaríamos nunca!

Ana. — Pues yo no quiero dormir más que en mi cama... ¡Siento una cosa por todo el cuerpo!... Debe ser frío... No sé dónde tengo los pies... ni si me los han quitado...

Ena. — No te preocupes... Los tienes donde siempre: en su sitio... debajo de la falda...

de ninguna que sea alegre..., como las que a ti te gustan!

Ana. — También me gustan las tristes... Tú sabes muchas... Anda, cuéntame una.

Ena. — Por darte gusto... Antes, saca una mano de tu manguito y deja que meta yo la mía en él y te coja con ella la tuya... ¡Ya está!... Ahora, mete tú la otra mano tuya en mi manguito y estrecha bien fuerte la mía... ¡Perfectamente!... Inclina un poco la cabeza para que te hable al oído... ¿Estás bien así?

Ana. — ¡Muy bien!... Tus manos calientan las mías..., y me reaniman...

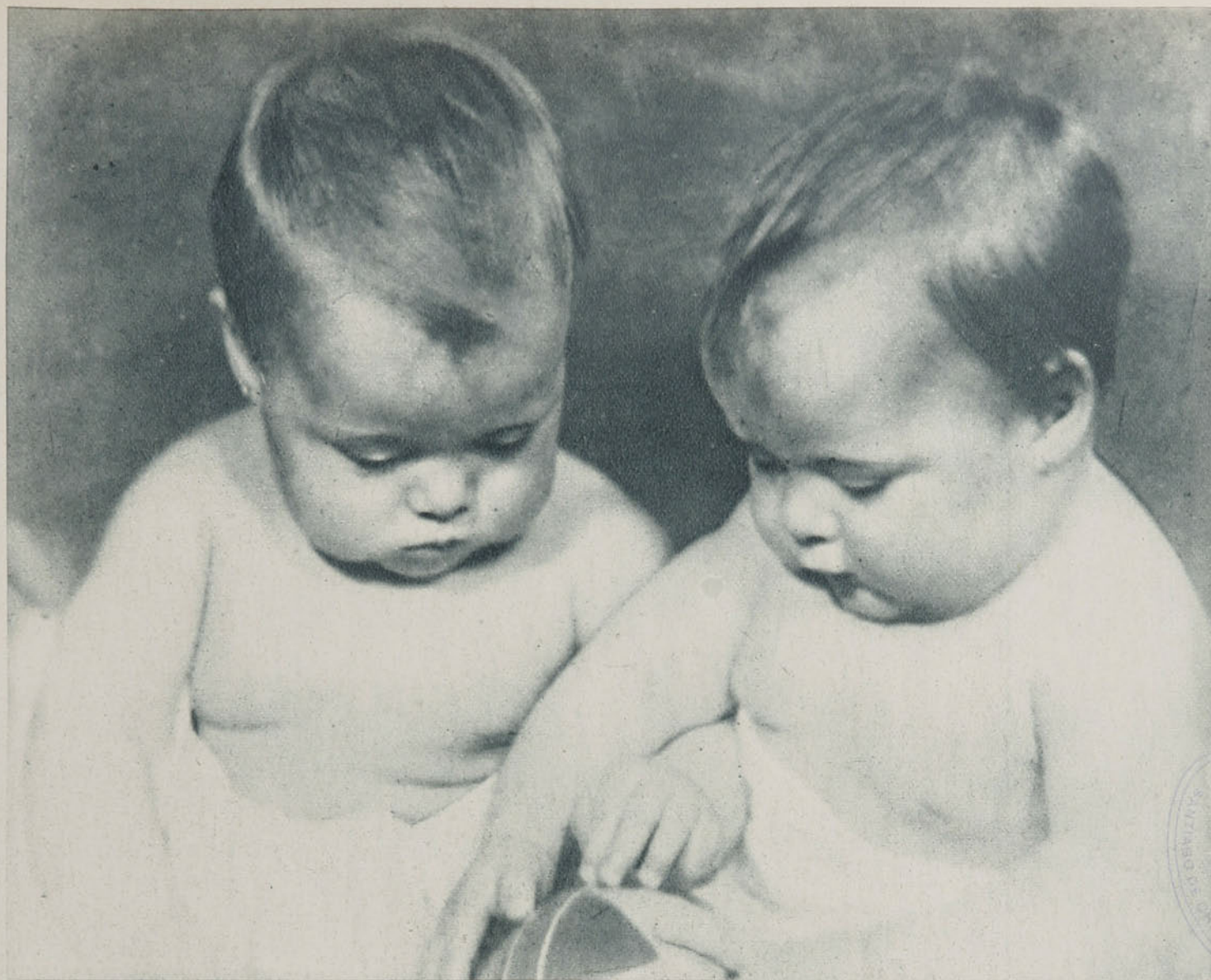
Ena. — Escucha, pues... (La voz de Ena es como el murmullo de una fuente cansada de fluir..., que por momentos va a derramar su última gota de agua.) Estas eran dos hermanas muy viejas, muy viejas...

Ana. — ¿Tanto como nosotras?

Ena. — Creo que sí... Pon como nosotras...

Ana. — ¿Cómo se llamaban?

(Continúa en la pág 49)



GEMELAS ABASCAL PAGE

Foto. HOCHHAUSLER



JENNY Y ELMO BIEREGEL BUZZONI

Foto. HOCHHAUSLER



SEÑORITA LUZ MACKENNA BASCUNAN

Estudio SYVAR



SEÑORITA LIA AGUERO

Estudio SYVAR



SEÑORITA ROSA VALDES WOOD

Estudio SYVAR



SEÑORITA LUCRECIA HUERTA

Estudio SYVAR



NINITA LOREN BREMNER

Foto. HOCHHAUSLER



NINITA ISABEL WACHOLZ

Foto. HOCHHAUSLER

FLORES DE PIEL

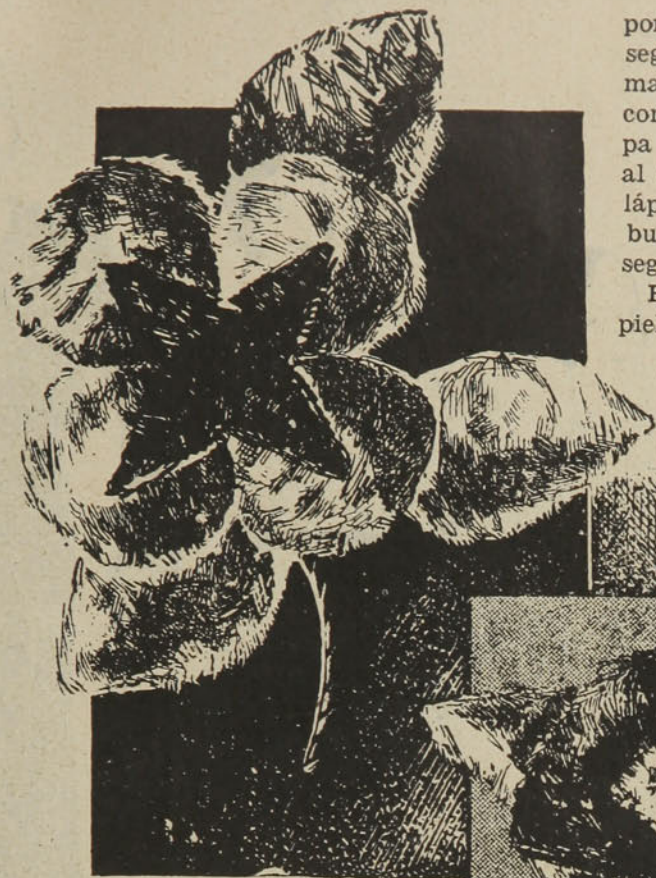


Fig. 5 y 6.—Flores en piel.

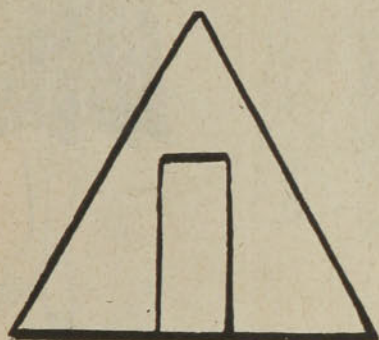


Fig. 12.—Hoja del ramo N.º 6, en tamaño natural.

Todos los materiales actualmente son utilizados en la fabricación de las flores modernas, con un arte inédito, independiente de la naturaleza.

Esta vez aprovechamos pedazos de piel para ejecutarlas.

La flor (fig. 5) muy sencilla, se com-

pone de 4 pétalos, cortados según el patrón dado en tamaño natural (fig. 8). Para cortar regularmente una napa de piel, se da vuelta ésta al revés y se dibuja con un lápiz o pedazo de tiza, el dibujo dado, que se recorta en seguida.

El pétalo es recortado en piel de conejo de pelo corto, blanco, gris o beige. Se pega o se cose la extremidad inferior de 4 pétalos sobre una pequeña redondela de tela firme;

Una vez terminada la flor es montada en un alambre doblado, por algunas puntadas firmes. Los dos extremos del alambre son enrollados en seguida, uno sobre otro, para formar un solo tallo.

Las hojas son recortadas en la misma piel que los pétalos, según el patrón dado en tamaño grande (fig. 10). Son igualmente montada en un alambre, sujetas por un punto de Boulogne, siguiendo el nervio (por el revés de la piel); la extremidad que sirve de tallo, es cubierta de papel plateado enrollado, o de una cinta de seda parecida al tono de la piel. Los tallos de las 3 hojas y el tallo de la flor, son unidos por un hilo grueso enrollado, y el tallo así formado es cubierto de una cinta de seda o papel plateado.

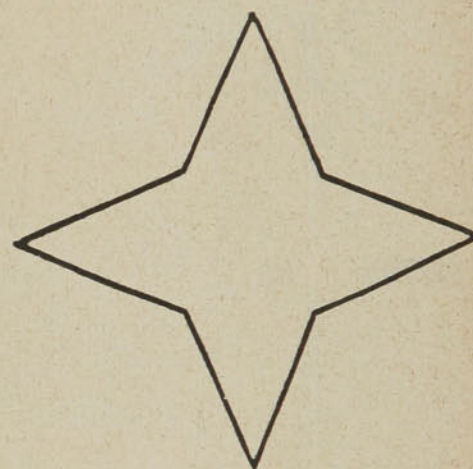
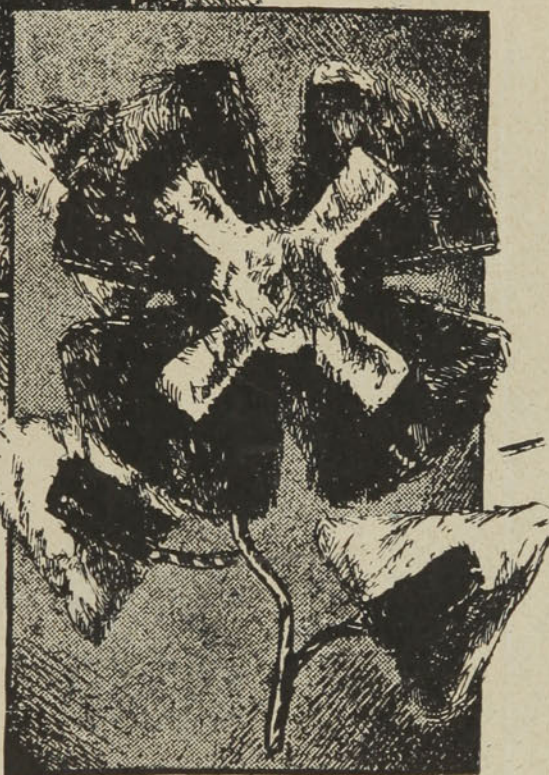


Fig. 7.—Redondela central de la flor N.º 5, en tamaño natural.



en seguida, en el medio de la flor redonda, formada por los 4 pétalos juntos, se fija por algunas puntadas en el centro, una pequeña redondela recortada, según el patrón en tamaño grande (fig. 7), en una piel de pelos cortos, en color oscuro: loutre, castor, poulain o peluche.

La flor (fig. 6), se ejecuta como la anterior. Los pétalos son cortados según el patrón en tamaño natural (fig. 9), en nutria o peluche negro. La redondela central en piel blanca, ya sea conejo o armiño, es cortada por el patrón (fig. 11). La hoja triangular, parecida a la redondela, es cortada por el patrón (fig. 12). En el centro, a partir de la base del triángulo, se añade un pequeño rectángulo, en tamaño natural (fig. 12), sujeto sobre la hoja por una puntada arriba y otra abajo.



Fig. 8.—Pétalo de la flor No 5, en tamaño natural.

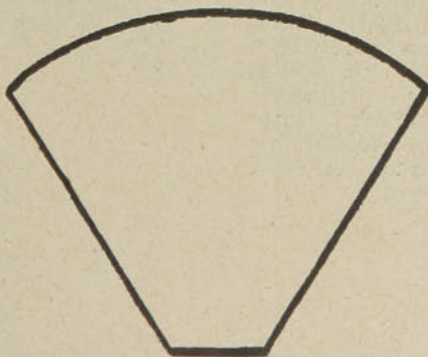


Fig. 9.—Pétalo de la flor N.º 6, en tamaño natural.



Fig. 10.—Hoja del ramo N.º 5, en tamaño natural.

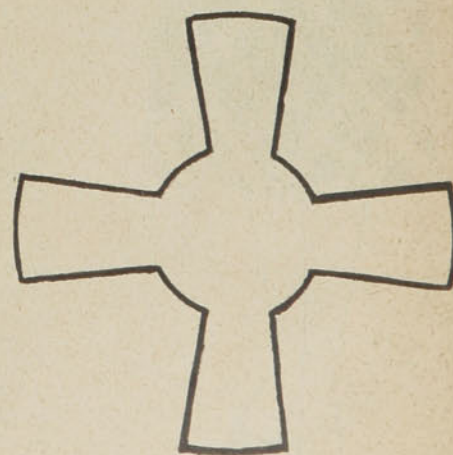
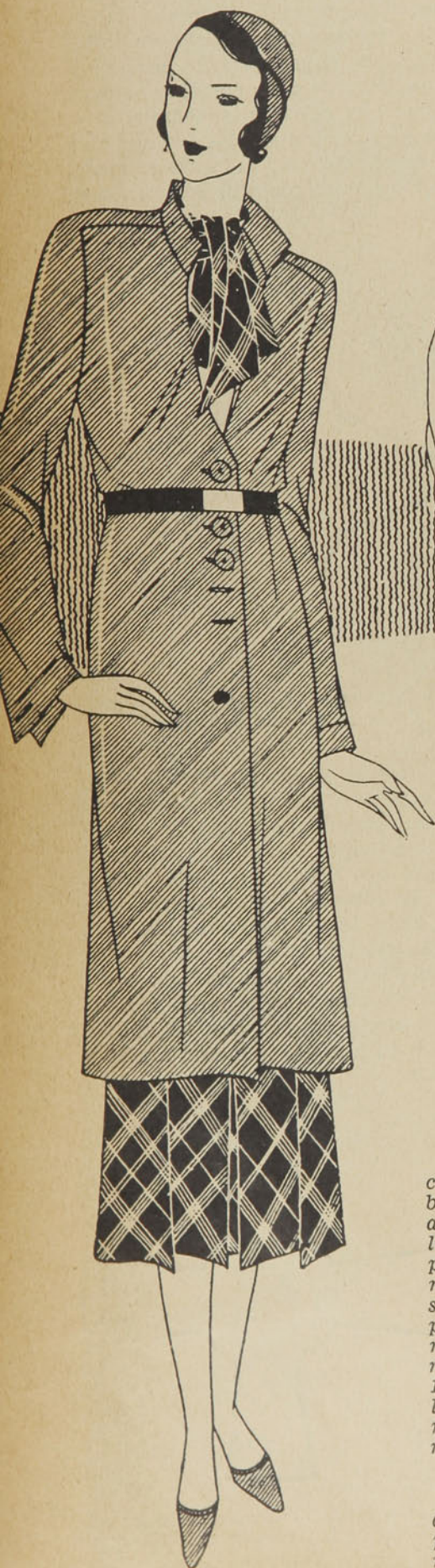


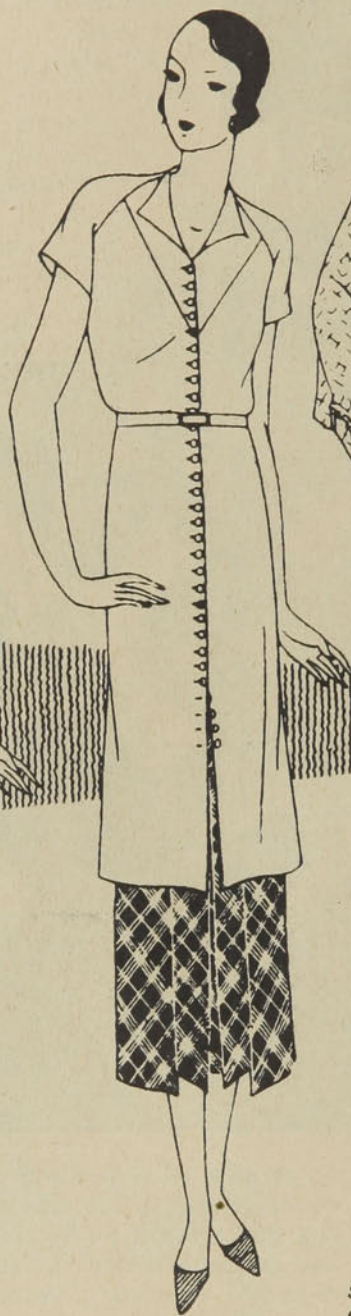
Fig. 11.—Redondela central de la flor N.º 2, en tamaño natural.

Un Abrigo y



Falda de lanilla escocesa marrón, roja y blanca, ensanchada adelante por pliegues lisos, cocidos en su parte superior. El camisero es de tela de seda blanca, cubierto por una chaleca sin mangas, de franela roja. Lanilla escocesa, 1 m. 75 en 1 m. 40. Tela de seda blanca, 2 m. en 0 m. 80; franela roja, 1 m. en 0 m. 80.

A la izquierda, un abrigo tres cuartos en paño beige claro, cerrado por una línea



Sobre la misma falda de lanilla, una larga túnica en raso marfil con mangas cortas raglan, recortada en punta dibujando un plastrón y abotonada con cristal en todo su delantero. Lleva estrecho cinturón con hebilla de cristal. Raso marfil, 2 m. en 1 m.

de botones y un cinturón de cuero. Puede acompañarse con una u otra de las cuatro toilettes que le siguen.



Dos piezas de jersey de fantasía azul, con recortes que dan un movimiento en forma a la falda. La chaqueta va cruzada con un cinturón de cuero azul y guarnecido de recortes respunteados. 3 m. 25 en 1 m. 40.



Traje de crepe marrón impreso rojo. La parte baja de las mangas y la corbata son de crepe rojo. 3 m. 25 en 1 m.



Cuatro Trajes



Traje de crepe rojo con impresiones azules, ensanchado con un volanete plisado incrustado en escalera. Un plisado bordea las mangas cortas. 4 m. 50 en 1 m.

Falda y blusa son, como el abrigo a la derecha, de crepe de lana marina. Los recortes de la falda, ensanchados por pliegues incrustados. La blusa cerrada con tres botones de nácar. Cuello con gran vuelta y puños de jalla blanca. 3 m. 25 en 1 m. 40.

Sobre la misma falda, larga túnica de crepe rojo, redonda abajo cerrada por cuatro botones y un cinturón de hebilla de carey.

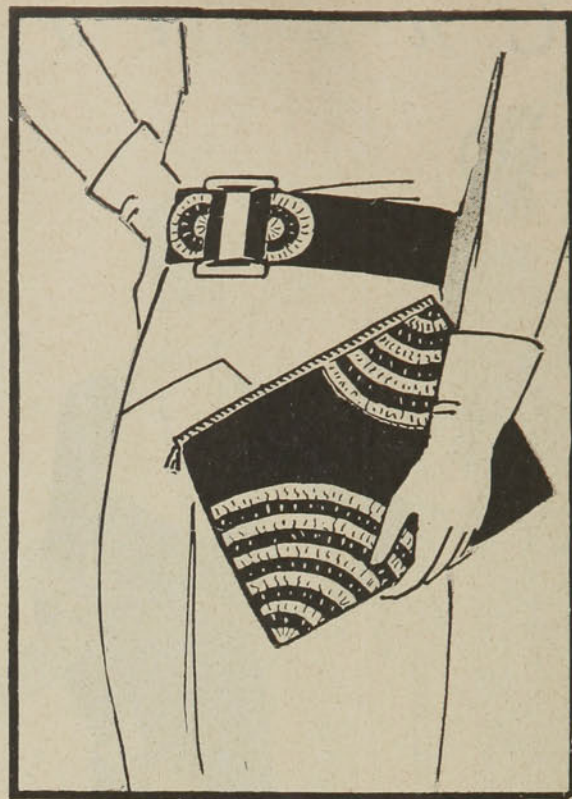
Con la falda de crepe de lana, una blusa de crepe blanca con cinturón de cuero azul, guarnecida con deshilados al cordoncillo. Cuello anudado. 2 m. en 1 m.

Con este último abrigo, podréis llevar sucesivamente los cuatro trajes precedentes. El abrigo es de crepe de lana marina con cinturón y hebilla de nácar. 2 m. 50 en 1 m. 40.





Aplica- ciones Hechas al Crochet



Aquí podemos observar estos encantadores adornos hechos a crochet, que además de ser fácil y económico, dará más caché a nuestros trajes.

En su confección entra cualquiera de estos materiales ya sea, lana, algodón o seda, y el crochet será adecuado al grueso de la hebra. Es preferible que ésta no sea muy gruesa; así la lana céfiro da hermosos resultados; se trabaja con un crochet de acero de dos milímetros o dos milímetros y medio de diámetro.

La aplicación se empieza así: tres mallas en el aire, seis puntos enteros en la primera malla. 2.a vuelta: se corta la hebra, para cambiar de color, en el caso contrario, hacer dos mallas en el aire. Se da vuelta el labor y se hace dos bridas sobre cada brida tomando el punto sobre la malla entera. Se sigue aumentando en cada vuelta, todas las veces no se hace en cada malla basta que el motivo quede bien liso.

La aplicación de este sombrerito, en paja fina o género, está hecho con pocas vueltas. El centro del motivo es amarillo, la segunda vuelta es roja, la tercera verde; un lacito verde del mismo tono rodea la copa. Observar la disposición



del adorno, el borde verde forma una línea sinuosa, llena de gracia.

Echarpe y cartera en género, adornado de motivos en camafeo. El motivo de la cartera es más grande que el de el echarpe. Este último está trabajado en forma, la parte que rodea el cuello es más estrecha que las extremidades. En negro y varios tonos grises hasta llegar al blanco, se obtendrá una ensemble elegante para luto.

Cinturón y cartera en género color mate, adornados con motivos a dos tonos opuestos, el uno claro, el otro obscuro, siempre en el color de la tela. La cartera lleva cierre relámpago y dos motivos recogidos en los lados contrarios. Los adornos del cinturón son chiquitos y la hebilla queda muy original. La explicación es la siguiente: las dos patitas adornadas de motivos, están replegadas sobre una especie de hebilla en madera, que se tiñe en el tono de la lana más clara. Las patas llevan por debajo broches de presión que sirven para cerrar el cinto. Estos accesorios dan forma elegante a esta ensemble.

LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE contra: Insomnio, Neurastenia, Neuralgias, Lasitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas, Trastornos de la edad crítica, Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadère, PARIS
RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalonilurea pura.

V A R I E D A D E S

Elijo a mis amigos, por el rostro: a mis simples camaradas, por su carácter y a mis enemigos por su inteligencia.

OSCAR WILDE

Remendaba con sigilo
sus calzones un mancebo;
yo que le acechaba, vilo;
le pregunté: “¿Qué hay de nuevo?”
y él respondió: “Sólo el hilo”.

CALDERON

El autor F. L. está empeñado en casar a su amigo el escritor Paco R. con una muchacha amiga suya (del autor) y defiende a la chica contra los defectos que le encuentra el presunto marido.

—Su madre— dice éste— es estúpida e inaguantable.
—¿Y eso qué importa? ¿Te vas tú a casar con la madre o con la hija?

—Bueno; pero es que la hija no es joven ni bonita.

—Mejor; así no hay peligro de que te engañe.

—Además, no tiene dinero.

—¿Y quién habla aquí de eso? Tú no quieres dinero; lo que quieres es una buena mujer.

—¡Pero si es jorobada!

—¡Hombre: algún defecto había de tener!

(Continuación de la página 40)

ANA Y ENA

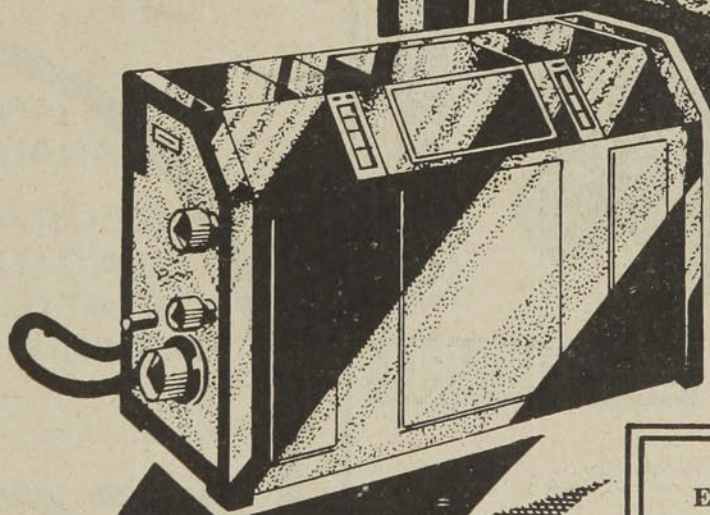
Ena. — Se me ha olvidado...
 Ana. — ¡Qué tonta!... Puede que una de ella se llamara Ena, como tú, y la otra, como yo, Ana.
 Ena. — Es posible... Habían sido jóvenes y bellas...
 Ana. — ¿Lo fuimos nosotras?
 Ena. — No me acuerdo ya... En tantos años, he perdido la memoria... Tampoco puedo decirte quiénes fueron sus padres... Sólo sé que eran bordadoras en blanco...
 Ana. — ¿No lo hemos sido nosotras?
 Ena. — ¡Y de las mejores!
 Ana. — ¿Por qué no bordamos ya?
 Ena. — Nuestros ojos se han apagado... Las dos hermanas...
 Ana. — Llámalas por sus nombres: Ana y Magdalena, para que yo pueda entenderte mejor...
 Ena. — Te complaceré... Ena y Ana, cuando eran jóvenes y bellas, tuvieron al mismo tiempo un novio cada una.
 Ana. — Paulino y Agustín... ¿No?
 Ena. — Quizá se llamaran así... ¡Dos muchachos guapos y honrados que las querían con toda su alma!
 Ana. — ¿Y Ana y Ena?
 Ena. — ¡Figúrate cómo los querían!... ¡Más que ellos a ellas!... ¡Mucho más!
 Ana. — ¿Se casaron?
 Ena. — No, Ana...
 Ana. — ¿Por qué?
 Ena. — Ellos tuvieron que marchar a la guerra...
 Ana. — ¿A qué guerra?
 Ena. — A una guerra... no sé cuál... muy lejos, al otro lado del mar... Y terminó la guerra... y ellos no volvieron... Y como las dos novias habían jurado esperarlos... ¡los esperaron muchos años!
 Ana. — ¿Qué te parece a ti: hicieron bien?
 Ena. — Lo que debían.
 Ana. — Yo hubiera hecho otro tanto...
 Ena. — Y yo lo mismo... Las dos hermanas siguieron, con sus dedos, doloridos por las picadas de las agujas, borda que te bordarás las blancas vestiduras de las novias que iban a casarse... Y cuando más pensaban en los dos que se fueron a la guerra... y no volvían, más primorosos eran sus bordados... aunque muchas de las flores que creaban sus agujas brotaban humedecidas por sus lágrimas...
 Ana. — Sigue... sigue... ¡Tu historia es muy bonita!... Se parece mucho a otra... que yo sabía... pero que ya no puedo recordar...
 Ena. — Con la destreza de sus manos y el cansancio de sus ojos, ganaban para vivir modestamente, como dos señoras que eran... y hasta hicieron algunos ahorrillos, esperando... ¡esperando siempre...!
 Ana. — ¡Y ellos sin venir! ¡Ingratos!... ¿Por qué?
 Ena. — Nunca lo supieron con certeza... Pasó la juventud de las dos bordadoras... Vinieron las canas... Tuvieron que dejar de bordar... ya no veían bien lo que bor-

daban... Apenas podían enhebrar sus agujas... Y las novias eran cada vez más exigentes... Y comenzaron a vivir de sus ahorros...
 Ana. — ¡Qué pena!... ¡Las pobres!
 Ena. — No tan pobres... Los dinerillos economizados les duraron años y años... gastaban muy poco... Apenas tenían necesidades...
 Ana. — Igual que nosotras... Un pedacito de pan y un sorbo de leche con mucha azúcar... ¿Verdad, Ena?
 Ena. — Si con eso tenían bastante... Si hubieran muerto como mueren otras... a los sesenta... a los setenta años... aun hubieran dejado algo para misas...
 Ana. — ¿Por ellas... ¡Egoístas!
 Ena. — No... Por las almas de los que no volvieron...
 Ana. — ¡Ya decía yo...!
 Ena. — Pero como les sostenía la es-

peranza de volver a verlos... vivieron muchos años más... Y un día se encontraron sin nada... ¡sin dinero!...
 Ana. — ¡Claro!... ¡Lo habían gastado!
 Ena. — ¡Sin amigos!... Todos se les habían muerto... ¡Sin conocidos!... ¡Eran las pobres tan chifladas y raras!... El casero era un buen hombre: les perdonó la renta de su pisito un mes... y otro... y otro... Por fin se cansó...
 Ana. — Estaba en su derecho...
 Ena. — Lo estaba... Ana y Ena no sabían pedir...
 Ana. — El pedir es cosa fea... Sólo a Dios se le puede pedir a gusto...
 Ena. — No sabían... Pusieron entonces sus vestidos de gala... Los que guardaban en un baúl, muy bien doblados, con saquitos de alcanfor, para cuando
 (Continúa en la página 52).

PHILIPS 2802

El Receptor universal
para ondas cortas y
largas de 10-2400 mts.



EUROPA
E. UNIDOS
CANADA
AUSTRALIA
AFRICA
JAPON
ETC. ETC.

El programa de todas las
estaciones del mundo es-
tán en su alcance.

La música de los grandes
maestros en el momento
mismo de su ejecución,
puede usted escucharla
cómodamente en su casa.



Solicite una demo-
stración y condiciones de pa-
go en todas las casas del
ramo.

DE TODO UN POCO

Se va multiplicando de tal modo el número de automóviles, que no está lejos el día en que haya más autos que peatones.

Pues va a ser un verdadero horror, porque hoy ya los autos forman una mayoría aplastante.

P. ALMENARES

La enseñanza es como el hierro: que mata en manos picaras o inhábiles y cura y da vida en las de la virtud y la ciencia.

ALAVARRIA

—¿Cómo vas de tu enfermedad?

—Lo mismo, sobre poco más o menos.

—¿Viste al doctor que te recomendé?

—Sí.

—¿Acertó lo que tenías?

—Casi, casi; llevaba diez duros en el bolsillo, y me cobró nueve por la consulta.

El cochero, porque apenas terminada una carrera, emprende otra.

DON MELQUIADES

—Hace unos días compré unas botas; pero ando tanto que ya están rotas... No tienen suelas ya ni tacones...

—Pues no sé cómo te las compones.

POLICRONIO

Los políticos, empeñados en decirnos que se deben al país; y nosotros, deseando perdonarles la deuda.

PATYNAZO

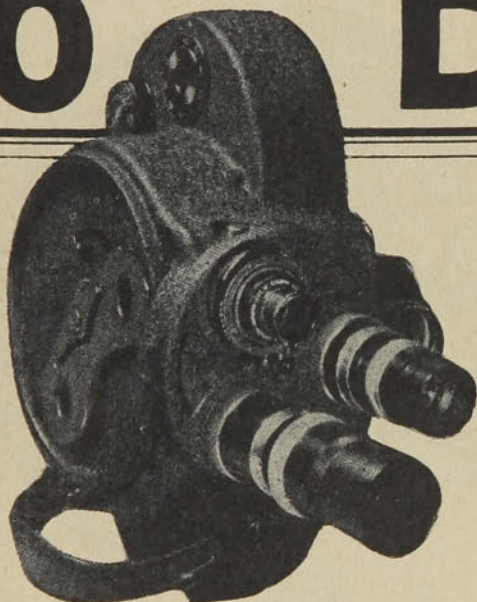
Dicen que Palas dormía en una selva, quitada la guarnecida celada de plumas y argentería; y Venus por bizarria se la puso: a quien severo dijo Amor: "Madre, no quiero esos laureles y palmas; con almas se matan almas, que no con armas de acero".

LOPE DE VEGA

Niños que se hallan dispuestos a llorar como a reír, sin saber lo que desean...
Los amantes son así.
Veletas que fácilmente con el viento más sutil se mueven a todas partes...
Las mujeres son así.
Melón que parece bueno, y malo suele salir, de nueve veces, las ocho...
El casamiento es así.
Aves que vienen de lejos cuando se acerca el abril y por octubre se escapan...
Los amigos son así.

P. DE JERICA

FILMO 70 D



7 VELOCIDADES

3 LENTES

BELL & HOWELL

La cámara cinematográfica para el aficionado más exigente está equipada con todos los adelantos de la técnica.

Si usted se interesa por una cámara para tomar películas angostas de 16 m/m, pídanos folletos descriptivos.

Casa Hans Frey

SECCION KINOS

SANTIAGO — VALPARAISO — ANTOFAGASTA — COPIAPO — TEMUCO — CONCEPCION — VALDIVIA — COQUIMBO.

CUPON

Nombre

Ciudad

Calle y N.º

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE

NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO

Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína

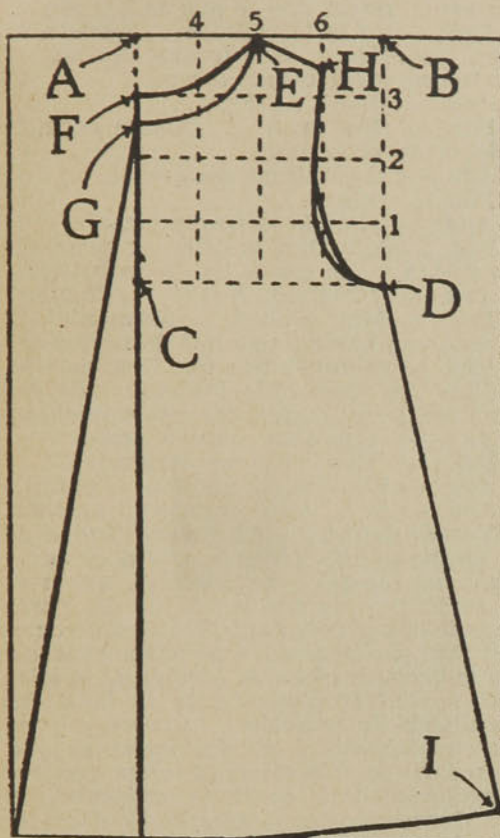


De venta
en todas las
Farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas



DELANTALITO PARA NIÑA



En todas las estaciones del año, el delantal es prenda de casa indispensable para las criaturas, ya sea para preservar un vestido nuevo, o para esconder las deficiencias de uno viejo. Estos delantalitos, aunque muy sencillos para que se puedan lavar y planchar con facilidad han de ser lo bastante graciosos para que favorezcan a sus menudos propietarios, y el modelito que acompaña a estas líneas, reúne ambas precisas condiciones.

Para cortar el patrón, se necesita una hoja de papel, cuya anchura coincida con la del pecho de la niña y que tenga el largo que se quiera dar a la prenda, midiendo desde los hombros.

En la parte superior del papel, a la izquierda y a distancia igual que la cuarta parte de la hoja, se señala la A, y en el lado derecho y a igual distancia del borde se indica la B. Debajo de la marca de la A, y a distancia igual que la tercera parte del largo del papel se traza la señal de la C, y a la derecha a la misma altura y debajo de la B encontramos la D. Pónganse en contacto estas cuatro letras por medio de líneas interrumpidas, y tendremos un cuadro, que a su vez se dividirá en cuadros, mediante las líneas 1, 2, y 3 horizontales y las 4, 5 y 6 verticales.

Al extremo de la línea 5, vemos la señal de la E. Indíquese la F, al extremo izquierdo de la línea 3 y medio cuadro más abajo se apunta la G. Medio cuadro más abajo del extremo superior de la línea 6 tropezamos con la señal de la H. Trácese la línea del cuello (espalda) con una línea curva de E a F y el del delantero con otra línea curva de E a G. La línea del hombro va del brazo, hasta la D, cuidando de que la línea del delantero sea un poco más profunda que la de la espalda.

A un centímetro de distancia del extremo inferior derecho, se marca la I, y la línea del costado se extiende desde D hasta I. La línea del centro de la espalda, va recta desde F hasta el borde del papel, y la del delantero desde el mismo sitio hasta tocar el ángulo inferior izquierdo.

Al cortar el género, no se olvide dejar la pestaña para las costuras.

Der-Ven



Todas las personas entendidas compran únicamente la media de seda DER-
VEN, que unen a la refinada elegancia
su duración y bajo precio.

Es bella, joven y buena

Creció en un hogar respetable, fundó otro igual y es la madre de dos hermosos niños. Siempre que éstos sufren la menor indigestión acude inmediatamente a lo que su madre le daba cuando ella era pequeña—



Leche de Magnesias de Phillips

Lo mejor que se conoce para neutralizar los ácidos eliminando así la verdadera causa del mal. Como laxante, su acción es suave y eficaz proporcionando evacuaciones normales sin producir irritaciones.



Si no es Phillips no es legítima. Cuidese de las imitaciones.

Leche de Magnesias — M. R. — A base de hidróxido de Magnesias.

Grat. 1

(Continuación de la página 49)

A N A Y E N A

ellos vinieran... Y se fueron las dos a la iglesia de su niñez... Pasaron en ella todo el día... Rezaron mucho... Recibieron el pan de los ángeles... Cuando cerraron el templo, tuvieron que marcharse... Por su gusto se hubieran quedado en él para siempre...

Ana. — ¡Ya lo creo!... En la casa del Señor hace un calorillo que conforta el alma y el cuerpo...

Ena. — Salieron de noche, a la ventura... sin más abrigo que el cielo estrellado y la luna clara..., que apenas si podían ver las infelices...

Ana. — Si hubieran cerrado los ojos como yo hago..., las hubieran visto con los ojos del alma...

Ena. — Y cansadas... de un cansancio infinito..., se sentaron en un banco..., como nosotras..., ¡a esperar!... ¡a esperar!

Ana. — ¿A los dos novios tan guapos y tan buenos que se fueron a la guerra?

Ena. — No, Ana: ellas estaban convencidas ya de que no volverían... A esperar... lo que quisiera depararles la voluntad de Dios... ¡El solo amparo que no podía faltar a las dos viejecillas de mi cuento!... Se durmieron una junto a otra... y despertaron...

Ana. — ¿En la gloria?

Ena. — Eso yo no puedo saberlo, Ana.

Ana (con su canturía casi imperceptible). — Yo sí lo sé: "¡Almas sin ventura!

¡Almas de los buenos! ¡Estrellas que vuelan, que vuelan al cielo!"

(Quedan en silencio las dos ancianas, que se aprietan cada vez más, como apoyándose la una en la otra.)

Ana. — ¿Ena por qué te callas?

Ena. — He concluido mi historia y tengo sueño, Ana...

Ana. — ¡Muy bonita tu historia!... Duérmete, pues; pero no me sueltes las manos... Si no, creeré que te has ido...

Ena. — No te las soltaré... Aprieta tú bien las mías... Nos iremos las dos... (Nuevo silencio más largo.)

Ana. — ¡Ena!... ¡Ena!...

Ena. — ¡Por favor..., déjame dormir! ¡Me rinde el sueño!

Ana. — ¡La última pregunta!

Ena. — Dila...

Ana. — ¿Dónde despertaremos?

Ena. — Sólo Dios lo sabe...; pero ten seguridad... de que él ha de decírnoslo...

Ana. — ¿Cuándo, Ena?... ¿Cuándo?

Ena. — Muy pronto..., hermanita...

Ana. — ¡Adiós, hasta que despertemos!

Ena. — ¡Adiós, hasta que Dios quiera!

(Las dos hermanas inclinan más sus cabezas para sostenerse mutuamente.)

Ana. — "Con Dios... me acuesto..."

Ena. — "Con Dios me levanto..."

Ana. — El... es... nuestro... padre...

Ena. — El... es... nuestro... amparo.

(Silencio definitivo. El ojo del ciclope de la iglesia arroja desde lo alto doce campanadas temblorosas, ateridas, que van a embotarse en los muros de las casas de la iglesia arroja desde lo alto doce camdel frío, que no pueden penetrar en ellas. En la desierta plaza, la sombra de la iglesia, con el movimiento de la luna, ha cambiado de posición... y poco a poco va envolviendo a las dos ancianas que duermen. La fría claridad lunar, con refinada lentitud, continúa enojando a las durmientes con millares de diamantes de escarcha. Mañana, cuando surja el nuevo día, y el sol, curioso, quiera contemplar a las dos viejecillas, las verá, con admiración, consteladas de chispas deslumbradoras, como los brillantes de la corona de las reinas.)

"En tanto sus almas, almas sin consuehabrán, como estrellas, ascendido al cielo".

ALFREDO TABAR

SECCION ESPECIAL PARA TRABAJOS URGENTES TIENE

UNIVERSO

EN AHUMADA 32

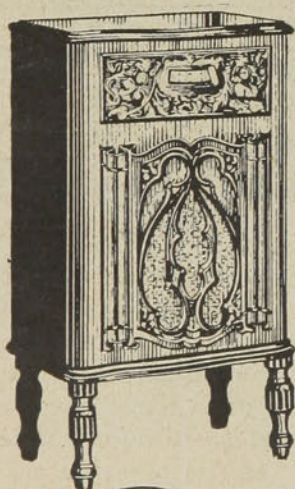
Algo Sensacional en Música y en Radio

LA NUEVA

Radio Electrola VICTOR MODELO RE-17

NUNCA
SE HABIA OFRECIDO

ALGO
IGUAL
SOLO
\$ 2,750.00



PRECIO
SENSACIONALMEN-

TE
BAJO
SOLO
\$ 2,750.00

UN INSTRUMENTO POPULAR DE ALTA CALIDAD MUSICAL

Una radio, de 4 circuitos y válvulas de rejilla blindada, de gran selectividad y sensibilidad, y una Electrola, que da nueva belleza a la música de discos.
ES EL INSTRUMENTO MODERNO PARA EL HOGAR MODERNO, A UN PRECIO COMO NUNCA SE HABIA OFRECIDO ANTES.

Pase a oírlo o pídanos una demostración sin compromiso.
TENGA PRESENTE: Una radio y electrola por sólo \$ 2,750.
OFRECEMOS MUY BUENAS CONDICIONES DE PAGO:

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

Santiago: Ahumada 200, esq. Agustinas.

VALPARAISO, Esmeralda 999. — Plaza Victoria 1648. — Blanco 637.

LA DIGESTION DESPUES DE LOS CUARENTA

En todas épocas y más después de los cuarenta, hay que preocuparse de la digestión de las sustancias ingeridas. Los primeros dolores estomacales que se observan periódicamente y a los que frecuentemente no se les da la importancia debida, son los síntomas que demuestran que ceso para siempre la digestión activa de la edad juvenil. Las molestias digestivas que se inician en el transcurso de los años tienen casi siempre su origen en la hiperclorhidria. Media cucharadita de las de café de Magnesias Bisuradas, en un poco de agua, después de las comidas, neutralizará la acidez excesiva. El estómago podrá terminar sus funciones digestivas de un modo natural y sin molestias de ninguna clase, ya que la Magnesias Bisurada (M. R.), combate rápidamente los ardores, pesadeces, eructaciones ácidas, hinchazones e indigestiones, sin que su empleo constituya un hábito en el organismo. Se vende en todas las Farmacias. Base: Magnesias y Bismuto.

LA NENA EN CASA



Sencillo delantal, formado por una blusa y un calzón, en cretona estampada por florcitas. Cuello y pechera en un solo tono.

Vestidito y calzón en color verde. Cuellito blanco, abotonado sobre un lado.

Simpático vestidito en linón, color rosa a lunares, escote cuadrado del mismo género y color, pero en un sólo tono. Calzón plegado.

Delantal en céfiro escoses, rosa y blanco. Un pliegue redondo lo alargan tanto adelante como atrás.

Práctico vestidito para la casa, en tela lavable, compuesto de un calzón y blusa. Adornos blancos.



NUESTROS

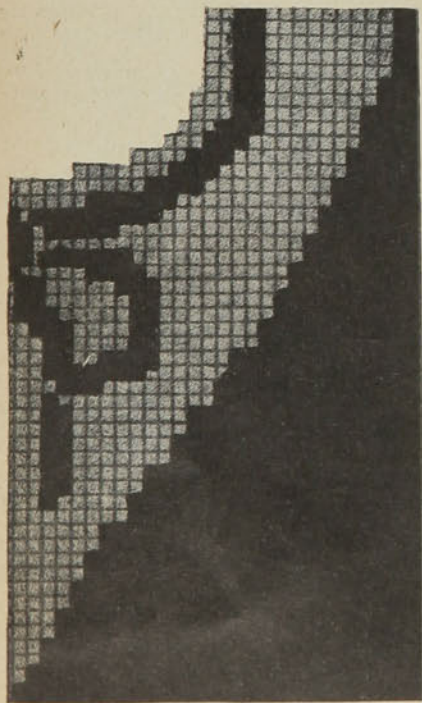
PULL-OVER CON CIERRE ECLAIR. — TRAJE PARA NIÑITA DE CUATRO AÑOS. — PULL-OVER DOS TONOS, CON CANESÚ EN ESCALERA.



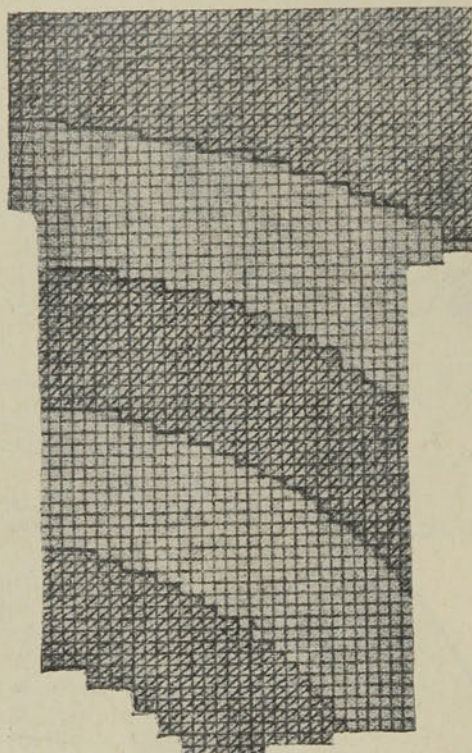
Pull-over con cierre éclair.—Este pull-over es ejecutado con lana nueva, muy espesa y muy torcida. Existe en una serie de colores chinoscos y lisos.

Base: amarillo oro. Bandas del canesú y cuello, blanco. La explicación dada para la talla 42. Cada talla mayor comporta una diferencia de seis mallas en la delantera y seis en el respaldo, o sea, en totalidad, doce mallas.

Ejecución.—Se comienza por abajo. Se montan 82 mallas y se tejen diez centímetros en punto de elástico fino, con agujas de metal. Tomar en seguida las de galalita, y continuar el trabajo enteramente en punto de jersey. Cuando ha-



55 corridas sobre el punto elástico, formaréis la bocamanga, disminuyendo tres mallas a la extremidad de la aguja por el lado de la bocamanga, y así durante dos corridas. Continuaréis en seguida el trabajo, todo recto. Cuando halláis obtenido cuarenta corridas a partir de las disminuciones, detendréis las mallas del hombro en tres veces. Las mallas del escote se detienen siguiendo el croquis cuadriculado, (cada cuadrado represen-

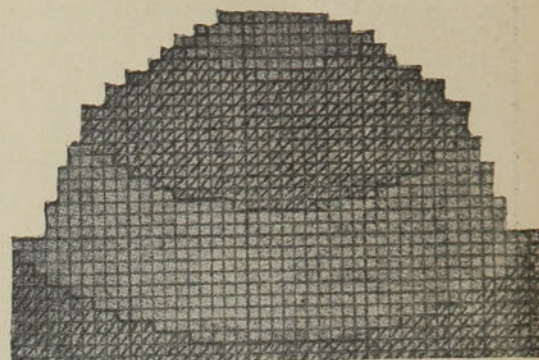


ta una malla). La segunda mitad delantera, se ejecuta de la misma manera, en sentido inverso.

Espalda.—Se trabaja como la delantera, suprimiendo la abertura para el cierre éclair. Para el resto, seguir el croquis cuadriculado.

Cuello.—Coger las mallas del escote de atrás y de adelante, y tejer durante cuatro corridas en punto elástico con las agujas de metal. Coger las de galalita y tejer en seguida, enteramente en punto de jersey, durante 15 corridas. Terminar el cuello con tres corridas en punto todo al derecho. El cuello se ejecuta en la lana blanca.

Mangas.— Se comienza por abajo. Montar 25 mallas en lana blanca, y tejer en punto de elástico fino, con las agujas de metal, durante 10 centímetros. Coger la lana amarilla y tejer enteramente en punto de jersey con las agujas de galalita, teniendo cuidado de aumentar regularmente una malla cada diez corridas, a cada extremidad de la aguja. Cuando la manga tenga 45 centímetros de largo, cerrar tres mallas a cada extremidad de la aguja, así durante dos corridas, después cerrar tres veces dos mallas, después trece veces una ma-



lla, y en seguida las mallas restantes.

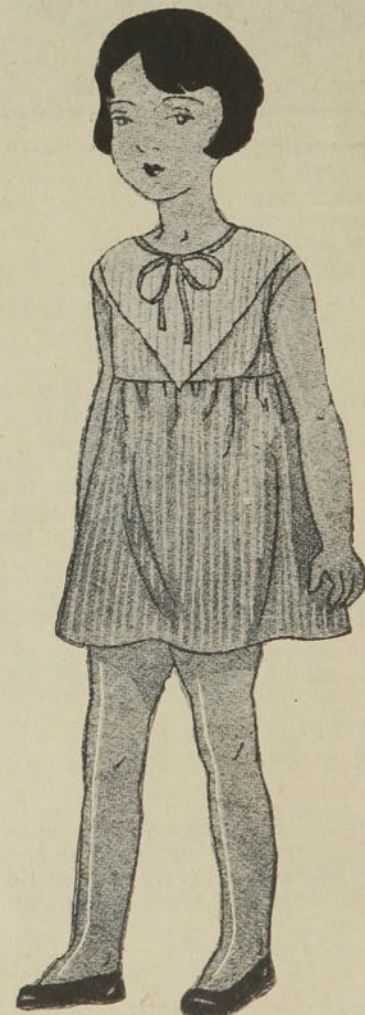
Para la continuidad del canesú sobre la manga, seguir el croquis cuadriculado, representando lo alto de la manga.

TRAJE DE NIÑITA DE CUATRO AÑOS

Este traje es bueno ejecutarlo en lana vaporosa. Se puede hacer en las siguientes combinaciones: Fondo rosa y canesú blanco. Fondo azul pastel y canesú rosa. Fondo amarillo y canesú blanco. Fondo verde agua y canesú blanco.

Materiales: 200 gramos de lana vaporosa azul pastel y 50 gramos de la misma lana, color rosa. Dos agujas de galalita de 3 mm. de diámetro.

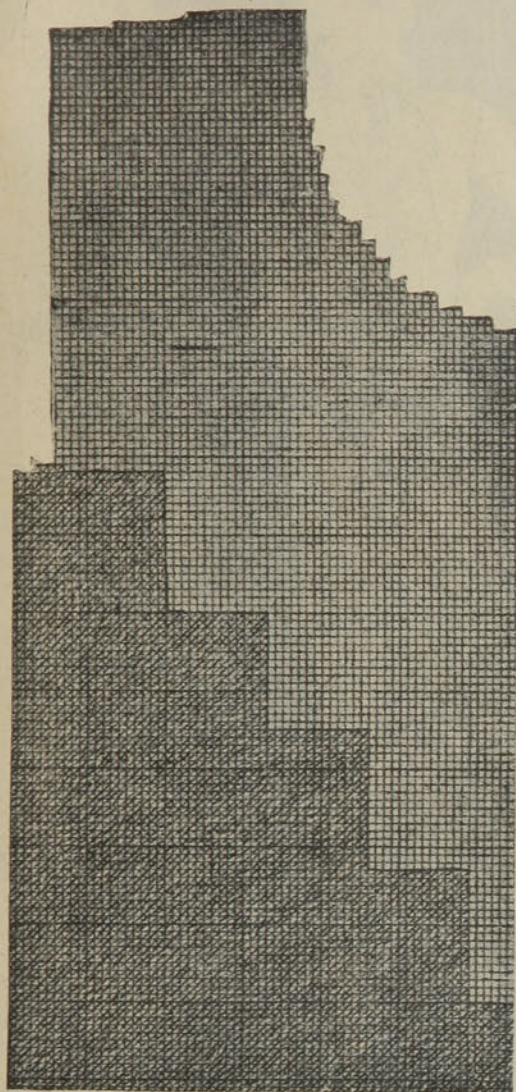
Ejecución del trabajo. Delantera: — Se comienza por abajo. Montar 40 centímetros de mallas, o sea 88 mallas. Tejer



durante 3 centímetros en punto todo al derecho, y en seguida continuar el trabajo enteramente en punto de jersey, sobre una altura de 30 centímetros, o sea sesenta y cinco mallas, y tejer las

lláis obtenido una altura de 50 corridas, formaréis la abertura delantera, para colocar el cierre éclair. Seguir escrupulosamente el croquis cuadriculado para hacer el canesú redondo. Cuando tengáis

TEJIDOS



da, se trabaja exactamente como la de adelante.

Cuando las faldas, delantera y trasera están terminadas, así como los canesús, colocarlos extendidos sobre un molotón, y aplastarlos regularmente con una plancha, no demasiado caliente, teniendo cuidado de interponer, entre la plancha y el tejido, una tela blanca, muy mojada. No deslizar la plancha, sino apoyarla regularmente sobre todas las partes del tejido. Coser la falda delantera y trasera, naturalmente por el revés del trabajo. Repasar igualmente las costuras abriéndolas. Este procedimiento es indispensable para obtener una obra perfecta. Coser igualmente la espalda, de la falda, con la delantera de la falda. Después el medio de la espalda, de la falda, con el medio de la espalda del canesú... Pasar sobre la parte falda, un hilo de fruncidos, partiendo del medio de la delantera, al medio de la espalda, así de cada lado, después mantener y agrupar regularmente los fruncidos, colocándolos de preferencia, bajo los brazos.

El medio de la espalda y el medio de la delantera, deben ser igualmente sostenidos.

PULL-OVER EN DOS TONOS, CON CANESÚ EN ESCALERA.

Este pull-over, se ejecuta en lana céfiro doble. La explicación se da para la talla 44.

Materiales: 200 gramos de lana céfiro azul turquesa y 100 gramos de la misma lana blanca. Dos agujas de galalita de 3 mm. 5 de diámetro.

Ejecución:—Delantera: Coger un hilo de lana blanca y un hilo de lana turquesa, para obtener una lana mezclada. Se comienza por abajo. Se montan 130 mallas y se teje durante 10 centímetros en punto de elástico fino, siempre con la lana mezclada. Cuando el trabajo tenga 10 centímetros sobre los elásticos, comenzar la parte del canesú, siguiendo el croquis cuadriculado. Cada cuadrado representa una malla. Seguir igualmente sobre el croquis cuadriculado para los



cambios de colores. La parte que forma canesú, es de azul turquesa liso.

Cuando halláis obtenido 80 corridas sobre los elásticos, comenzad las disminuciones de la bocamanga, cerrando cuatro mallas a cada extremidad de la aguja, así durante dos corridas.

Cuando la delantera está terminada, se ejecuta la espalda al igual, suprimiendo el escote.

Mangas.—Se comienza por abajo. Se montan 50 mallas y se tejen diez centímetros en punto de elástico fino. Se continúa el trabajo enteramente en punto de jersey, teniendo cuidado de aumentar regularmente una malla a cada extremidad de la aguja, cada seis corridas. Cuando la manga tenga 48 centímetros de largo, se cierran cuatro mallas a cada extremidad de la aguja, durante 20 corridas. Cerrar en seguida las mallas restantes.

Podemos trabajar este modelo en jade, con base mezclada, jade y blanco, amarillo y blanco, etc.

LISE M.

cuatro primeras corridas en punto, todo al derecho, con la lana amarillo oro. Continuar en seguida, teniendo cuidado de seguir el croquis cuadriculado, para los cambios de colores y las disminuciones del escote. Cada cuadrado representa una malla.

Se trabaja como la delantera, siguiendo sobre el croquis cuadriculado, el canesú de la espalda. La parte de la fal-

(Continuación de la página 14)

MI METODO DE CULTURA FISICA

de baile—excepto cuando estoy trabajando, por supuesto—. Esta lección me sirve, no solamente de ejercicio, sino también de práctica, de modo que siempre estoy preparada por si se requiere que dance en las películas. Recibo lecciones de canto tres veces por semana, y una lección de español y francés cada tres días.

En la comida puedo tomar cuando se me antoje, con excepción de pan, mantequilla, papas y postre. En realidad, el apetito por ciertos manjares es sólo cosa de costumbre. Después de unas semanas de sujetarse a este régimen, las comidas sin pan, postre o mantequilla, se antojan tan apetitosas y sabrosas como las demás. En cambio, tomo muchas frutas y hortalizas, tratando de obtener un menú equilibrado, de modo que en el curso de una semana he absorbido todos los elementos necesarios para la salud.

Las noches nos pertenecen a Douglas y a mí, y las dedicamos al teatro y a reuniones sociales, ya sea en nuestra casa, o en las de nuestros amigos. Esto es, por supuesto, cuando ninguno de los dos estamos filmando una película. En nuestros días de trabajo, nos metemos a la cama a las nueve y media o diez todas las noches... a menudo más temprano aún. Después de haber pasado un día en los escenarios sonoros, frente a las cámaras y los reflectores, nadie se siente con ganas de ir a pasear por la noche. ¡La mañana siguiente llega tan pronto, trayendo consigo esas cámaras que descubren la menor señal de fatiga en el rostro!

Los artistas de cine tenemos que conservarnos en buenas condiciones físicas; esta es una parte del oficio casi, casi, tan importante como la actuación. Con sólo reflexionar que en la pantalla aparecen las personas mucho más gruesas de lo que son en realidad, comprenderéis que una tiene que “conservar la línea”.

Otra cosa muy importante en el cine

es el cuidado del cutis. ¿Os habéis contemplado alguna vez en esos espejos de aumento en que cada línea de vuestro rostro se ve como una cordillera de montañas, y cada poro como un pequeño cráter? Bueno: pues este es el efecto del “close-up”; las manchas de la tez aparecen terriblemente agrandadas; ¡está prohibido tenerlas, sencillamente!

Diariamente me lavo la cara con agua caliente y un jabón de aceite, muy puro. Cuando mi rostro está seco, uso una “coldcream” de aceite vegetal, sin perfume. Esto mantiene los poros libres de toda ajena partícula. Sólo uso polvo para trabajar ante la cámara, porque ésta hace resaltar extraordinariamente el lustre natural del rostro. Pero cuando no estoy trabajando, no empleo otros cosméticos que pintura para los labios y para los ojos.

Cuando las mujeres se den cuenta de que el verdadero secreto de un cutis hermoso depende de la salud, y no de cremas y cosméticos, habrá más rostros jóvenes y frescos en el mundo.

Muchachas

I 9 3 I

Cuando yo era muchacha, no conocía nada de la elegancia. Tenía el sentido de una cierta simplicidad, que se acordaba mal con las costumbres de la época. Era, ciertamente, una precursora, porque adoraba las blusas de los marineros americanos de tela blanca, adornadas con cuellos azules, regatas y cordones. Pero el oficio de precursor, es uno de los más difíciles que existen. Poco cómodo para los adultos, es positivamente peligroso para los menores de veinte años, sobre todo en una época en que los menores de veinte años, no habían sido consagrados por el uso, la literatura y la gloria. Parece, perdón, parecía, que una blusa blanca, sobre una falda azul, era de esas tenidas que asustaban a los preten-



dientes y daban alas a los otros. Hacer huir a un pretendiente y envalentonar a un flirt, no es cosa nada recomendable.

Por lo tanto, esta tenida me convenía a maravilla. Una amiga de liceo, enviaba desde Nueva York las blusas que ella encontraba en casa de Woolworth, por diez centavos y yo no tenía sino preocuparme de una falda, la cual, en sarga azul marino, presentaba mil garantías de economía y de uso. ¡Linda costumbre! Nadie pretendía, que yo supiera, mi corazón ni mi mano. Yo no envalentonaba, ni rechazaba. Era yo. Cuando levantaba los brazos, mi blusa seguía el movimiento, de modo que ninguna arruga desarmonizaba la perfección de mi tenida. Jugaba al tennis sin peligro y mi gusto por la gimnasia, no me constreñía a tenidas especiales. Sobre todo, como me destinaba a la carrera de las letras, era preciso que me señalase, ya por un desdén hacia las costumbres habituales. Durante todo el tiempo en que fui marina, me condenaron, pero era feliz. Quisiera hoy día poder evocar ese tiempo. Pero el deber me llama. A causa de esta obligación, me es preciso comenzar por un paralelo entre las muchachas de ayer y las de hoy, mostrando que la coquetería va en progresión constante y que si el sport ha impuesto modelos bastante semejantes a los que había yo elegido, son modelos infinitamente más ricos, más estudiados. Los trajes sastres más sencillos, no son ciertamente los más fáciles de confeccionar. Los trajes camisas, los abrigos rectos, los ensembles dos piezas, exigen mucho cuidado en el corte y en la elección de materiales y colores.

¿Corte, materiales, colores? ¡Yo he conocido eso! ¿Mi blusa blanca, mi falda azul y todo aquello que implicaba ya melancolía y desprecio?

Pero para no continuar en el camino de las confidencias, mejor será que hojeemos este álbum, para muchachas que comporta tantas gracias y modelos.

Trajecito de tweed café y beige, trajecito sastre de jersey, vosotros abris el cortejo. Es preciso tener escaso pecho y caderas para llevarlos. Y vos, abrigo puerilmente adornado de pespuntos y anudado con una pequeña corbata, y vos, dos piezas, que hacéis pensar en un diablito arrancado a las sevicias de la espantosa señora Mac Miche y del horrible Old Nick. Reconozcamos, por otra parte, que el escocés es una tela encantadora para los trajes de jovencitas. Conserva, yo no sé por qué, un reflejo de alegría, gracia y aventura, alguna cosa de extraordinariamente fresco, que es quizás un reflejo de Carlos Eduardo, o un recuerdo de Mme. de Ségur.

Después de estas toilettes de ciudad y de sport, netas y severas, he aquí algunos modelos en que la picardía se alía a la femineidad de las líneas adolescentes. He aquí el traje de popelina azul marino, abotonado de alto abajo, con botones de nácar blanco, con cuello, corbata y puños de piqué blanco. El piqué es muy lindo, a condición de no ser una la

encargada de lavarlo y aplancharlo constantemente, porque entonces, una se sienta de no llevar semejante cuello en su vida, aunque no sea plisado. He aquí el traje en diagonal, rojo y blanco. ¿Diagonal? Me parece haber escrito esta palabra no hace mucho tiempo. He aquí el traje con floritas, respecto del cual me aguardaré bien de evocar el nombre de Boticelli y las ninfas de la primavera; he aquí el traje de crepe de china verde lavanda, con su chaleco y sus puños de crepe georgette de otro azul... He aquí...

Pero para qué describirlos todos y hablar del traje, cuando sería preciso hablar del cuerpo; cuando sería preciso evocar las líneas puras, por quienes los trajes son exaltados y que hacen toda la elegancia del más sencillo vestido. Pero no es costumbre hablar de los cuerpos de las muchachas, porque ello ofende dos modestias: la suya y la de su madre. Además sobrepasa los límites de una crónica y ya veo que se posa sobre mí, la mirada enfadada de Seraph. Se advertirá con qué discreción, he evitado hasta el último minuto el pronunciar su nombre. Querida Seraph, es tan delicado hablar de muchachas delante de ellas, desde que su joven familia se ha ido trozo a trozo hacia Hollywood y camina tras de los pasos de Marlene Dietrich y de Greta Garbo, sobre los caminos sembrados de oro del vampirismo y de la fatalidad.

COLINA.

P E Q U E Ñ E S

Las monarquías electivas están de moda.

Se eligen todos los años reinas de la belleza por docenas. Reinas mundiales, continentales, nacionales, provinciales y municipales. Hay reinas de los mercados, de la moda, de las playas, de la costura y de la mecanografía. El pasado verano se procedió por primera vez en

Alemania a la elección de una reina del veraneo.

Las principales playas y los más reputados balnearios, eligieron durante el verano, sus respectivas reinas locales y entre esta multitud de soberanas fué escogida, en Baden Baden, la reina de veraneo. La elección de esta nueva reina fué presenciada por un público numero-

so de súbditos veraneantes, entre el cual figuraba otro soberano de nuestro tiempo: Henry Ford, rey del automóvil.

El amor es un fuego devorador, cuya duración está en razón inversa de la rapidez con que arde; por eso se le compara con la encina, cuando es bueno, y con las llamas fugaces del sarmiento, cuando es falso y engañoso.



¡¡¡Dios mío: Qué molestia!!!
con ese hombre y su los constante y caraspera fastidiosa; antes de ir al teatro o cine, a molestar a sus vecinos, y estropearles el placer de la representación, debiera curarse y pronto, con el remedio que tiene a su alcance, es decir con

CRESIVAL

(M.R. -- Solución de sullocresolato de calcio al 3%)



*Con frecuencia
es Vd. impaciente
con sus niños*

Por los compromisos mundanos la queda poco tiempo libre para sus pequeños, y esto es mas sensible cuanto que, en esas pocas horas, no les puede Vd. atender como quisiera, a causa de su distracción o irritación nerviosa. Las Tabletas de ADALINA le ayudaran, pues calman y dan vigor a los nervios, proporcionando la energía necesaria para hacer frente alegremente a los deberes con la familia y la sociedad.

Tabletas de

Adalina

La cruz Bayer M.R. -- Adalina M.R. a base de Bromodietilacetilurea!

(Continuación de la página 8)

¿EN QUE PIENSA EL EMPERADOR?

bocadura del río, existía la pesquería, eran estas casitas construidas en el agua, en las cuales los pescadores preparaban ricas frituras y echaban los anzuelos para probar la buena suerte de los visitantes.

Con su letra infantil y temblorosa, ella misma, me escribía sobre una hoja de papel de carta, los versos de una antigua canción cingara, que la gitana Grounia, cantaba en los tiempos de antaño, en “Novaia Derevnia”.

Mi abuela llevaba siempre un medallón de plata, cubierto de brillantitos y sujeto por una delgada cadenita de oro. En el medallón aparecía, amarillento como el polvo del tabaco, el retrato del Emperador Alejandro II.

—Era un gran soldado, nuestro emperador, — decía mi abuela, — con una risita enternecida, amenazando con uno de sus dedos menudos, que sacaba del mitón.

Y me contaba los bailes de la corte. Las damas llevaban entonces “polizones” y se cubrían con gasas rosas, bordadas de lentejuelas. Se murmuraba en el palacio, que el emperador tenía un romance con cierta princesa...

Una vez, en un baile, el soberano ofreció el brazo a mi abuela y rozó con un beso su muñeca, no más arriba... El emperador Alejandro II. era un gentil hombre.

En el Carnaval de 1875, el emperador, se encontró con mi abuela, en la Millionnaia, delante de la ermita, donde se alinean los doce gigantes de granito. El emperador dijo, con una graciosa sonrisa:

—Buenos días, señora. No me olvido de que os debo un cotillón. Y ella le contestó, inclinándose profundamente, en un saludo de corte muy bajo y muy silencioso...

Pude al fin respirar y salir de debajo del guardarropa del Palacio de la Tauri-

de. El corredor del Hospicio de Ancianas, estaba sumido en una húmeda obscuridad. Las ancianas corrían de aquí para allá, sin ruido, como ratas asustadas. Encontré a mi abuela en su ventana. Estaba sentada sobre sus piernas como un niño, y con la cara pegada, al vidrio obscuro.

—Abuela, es preciso irnos a casa, no hay tranquilidad aquí. Me tendió su mano temblorosa y me dijo con emoción:

—Has venido, gracias... Parecen los soldados, los moujiks, los obreros. Gritan horriblemente. ¿A qué se parece esto?

—¡Vamos!, venga usted abuela, partamos—.

Dócilmente ella se cubrió con su pelegrina, y me obligó a llevarle, su saco de terciopelo gastado, bordado de lentejuelas. Mientras se ataba las cintas de seda de su cofia, me preguntó con un tono severo:

—¿Pero en qué piensa el emperador? Esto parece una rebelión. Yo pensé que más valía no contestarle.

El incendio del Palacio de Justicia se extinguía ya. Los muros desplomados, con sus ventanas medio ojivales, semejaban ruinas románticas. Los soldados permanecían aún silenciosos, la cabeza descubierta, las caras iluminadas por las llamas, sordos y mudos.

—¡Oh! Dios mío... el fuego los soldados... Es una revuelta, ¿dime?

—No es nada. Un incendio solamente. Vámonos abuela... apresurémonos.

Una semana más tarde, volvía a entrar en la calle turbulenta. Encontré a mi abuela de nuevo en la ventana, en la pose que tanto le agradaba. Por las calles, sobre el Nevsky, sobre los puentes, en las perspectivas, corrían hacia el Duma del Imperio, las olas negras de los manifestantes, las banderas rojas, las orquestas con su cobres. Por todas partes había cintas rojas.

Mi abuela me miró con los ojos llenos de lágrimas y oprimía su pañuelo mojado sobre su rostro.

—¿En qué, en qué piensa el emperador? La ciudad está revuelta, el pueblo invade las calles. Yo siempre le he di-

cho: si aún los emperadores se dejan arrastrar por las barbas, que bien puede resultar de esto, para Rusia? El emperador no debe parecerse a un moujik... ¿En qué piensa en fin, nuestro emperador barbudo?...

En una portería de la Millionnaia, el viejo maitre de hotel, Pierre Akimovitch, había recogido a mi abuela.

Comenzaba el comunismo y el hambre.

El maitre de hotel, también había sido pensionista del Hospicio y terminaba sus penosos días, con su hijito, como portero en la Millionnaia. Le dieron a mi abuela, un rincón en este subsuelo. ¡Ella no vivió mucho tiempo!

Luego. ¡Pobre de mí! Pierre Akimovitch, debió conducirla al cenenterio, de Smolenski, en un pequeño trineo de mano. El viejo maitre de hotel, se veía obligado a respirar a cada rato, estaba muy débil, minado por la tos y extenuado por los ahogos.

Yo sabía: mi abuela había comprado, desde largo tiempo, su lugar en el Campo Santo, — en el rincón donde están las tumbas antiguas, de columnas de granito, — revestida del espeso musgo del norte, las urnas deterioradas del tiempo de Catalina II y de Pablo I. con sus bajos relieves sobre las tumbas: genios alados, coronados de guirnaldas, llevando antorchas encendidas en sus manos.

Pierre Akimovitch, respirando con dificultad, conducía a mi abuela por la Millionnaia, delante de la ermita, donde se alineaban los doce genios de granito, que me recordaban tantas cosas. Quizá se sonrieron, ellos también en el Carnaval de 1875, cuando delante de sus gigantescas figuras, centelleantes de escarcha, mi abuela se inclinó muy bajo, en un saludo de corte, profundo y silencioso, ante el Emperador Alejandro II.

A través de la hendidura de la cobertera del ataúd, con sus manos menudas cruzadas sobre su pecho, ella miraba a Saint Petersburgo, también como bajo un sudario de nieve. En sus ojos cerrados y en el borde de su nariz puntiaguda, caían algunos copos de nieve, entrelazándose en un lento cotillón, — el último cotillón de mi abuela. — Sus finas cejas, todas llenas de escarcha, estaban levantadas muy alto, en un arco de interrogación azorado y parecía preguntar todavía:

—¿En qué, en qué piensa el emperador?

(Continuación de la página 4)

UNA ESCUELA IDEAL: LA DEUTSCHE VORSCHULE DE LOS LEONES

la escriben en su cuaderno. Deben encontrar melodías y escribirlas. Componen pequeños himnos por sí mismos, que cantan después. La historia natural se efectúa al aire libre. Los chicos van con su profesor al campo en busca de los bichos que deben estudiar. Las clases resultan, pues, deliciosas excursiones. Casi todas las mañanas encuentro a alguno de los maestros que a paso largo viene de su excursión, seguido de una parvada de niños. A veces se le ve llegar — los maestros son jóvenes — cargado con los abrigos de sus pequeños pupilos y cuando alguna niña se cansa, es frecuente que el maestro la lleve un rato en brazos para que se alivie. Estimulan la socia-

Una Tez Radiante

es el fruto del aseo interno. Una piel falta de atractivo resulta, con frecuencia, de la eliminación intestinal defectuosa... Las mujeres que saben lo que vale la hermosura, mantienen limpia su organismo con Laxol... Este eficaz laxante es purísimo aceite de ricino — recomendado por los médicos — pero sin olor ni sabor repugnantes. Es grato al paladar.

Lo venden las
mejores farmacias,

LAXOL

en la conocida
botella azul.

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Aceite de Ricino Purificado 88.96 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos

Sacarina 0.14 gramos
Total 90.00 gramos

bilidad, y cada chico tiene un correspondiente alemán que le envía desde el lejano país, fotos, cartas y sellos. Estimulan también la hombría en los muchachos: el profesor se hace desentendido si un chico le pega a otro de su edad o de su tamaño, pero reprende con severidad al que pega a uno menor o molesta a una niña.

Se me reprochará que no he dicho nada hasta ahora de la instrucción dentro del colegio. La instrucción es de primer orden y se ciñe a los programas fiscales del país, pero me he referido a ella sólo en último término, porque no está allí el gran mérito de la escuela alemana: está en la educación. Es uno de los pocos — no me atrevo a decir el único — colegio que educa a los niños.

No les enseñan sólo a leer y a escribir, sino a no mentir, lo que es más importante. No les enseñan sólo aritmética y gramática, sino a ser leales, valientes y fuertes, esto último, en el sentido de no anularse por cualquier cosa, enfermedad o inconveniente. Sé que Huber, el director, dice a los chicos:

—No hay por qué quedarse en casa por un resfriado. Lo mismo se quita allá que aquí: el niño no debe faltar al colegio sino cuando está seriamente enfermo.

No hay uniforme. ¿Cuál es el objeto del uniforme? El evitar la competencia en el traje que se establece entre los niños. Pues aquí no hay necesidad. El colegio está situado casi en el campo, pero aun los que vienen de lejos, asisten a las clases con delantal en su gran mayoría, o con los trajes modestos que usan en casa, ya que en la escuela van a dedicarse a trabajos de jardín o a excursionar o a jugar libremente. Ninguno mira el traje de los otros. Y cuando salen tan bizarramente vestidos con trajes de los más variados colores, con los más diferentes tocados o sin ellos: cintas, trenzas o melenitas crespas, forman tropel encantador, con sus caras blancas o morenas, limpias o pecosas, sin la rigidez niveladora del uniforme que hace que los niños de otros colegios, se asemejen a los soldados o a los presos.

He escrito mucho ya, pero sé que las madres, me habrán leído con interés. De todos modos, ya es hora de detenerme y me detengo suspirando...

La Deutsche Vorschule de Los Leones, es una escuela espléndida, pero es una escuela alemana. La dirigen el señor y la señora Huber, jóvenes y muy hábiles pedagogos alemanes, hijos del país que está a la cabeza de la pedagogía en el mundo.

He dicho que me he detenido suspirando, porque no tenemos así montada nuestra escuela chilena, nuestro colegio nacional. Si alguno de los ministros que reforman nuestra enseñanza fiscal periódicamente, quisiera descender a contemplar el régimen interno de esta modesta escuela de Los Leones, situada en la Avenida Lota, en las caballerizas que eran del espléndido Parque Lyon... quizás encontrarán más de una idea verdaderamente llana y feliz.

Porque es triste, bien triste para nuestro patriotismo, tener que elogiar algo que es muy bueno y en seguida tener que confesar que no tenemos nada semejante.

(Continuación de la página 9)

LA CARIDAD DE LOS POBRES

casos y que casi no me originan gastos. Lo que saco de mi casita lo invierto todo en mis asilados y lo propio hace mi compañera.

—¿Hace tiempo que pertenece usted al Ejército de Salvación?

—Diecinueve años. Ahora me trasladan tal vez a Bolivia. He recibido orden de movilizarme el lunes, pero aún no sé donde voy.

—¿Quién es su jefe?

—El Director General está en Londres, pero nuestro Jefe inmediato vive en la Avenida Portales, en el Asilo para Hombres, que, más rico que nosotras, tiene trescientos asilados.

—¿Pero cómo hacen ustedes caridad si no reciben ayuda de nadie y los medios propios son tan escasos?

—Tenemos una pequeña subvención de Londres que ahora, por efecto de la crisis mundial nos ha sido quitada. Damos todo lo que tenemos y además nuestro trabajo, durante el día y la noche, y aunque casi no tenemos nada, mire

(Continúa en la pág. 68)



Bon Ami— el maravilloso limpiador de espejos

USANDO Bon Ami, el limpiar espejos resulta un juego. No se necesita frotar—el Bon Ami absorbe la suciedad y las marcas de los dedos.

Resulta facilísimo conservar los espejos siempre brillantes con este sistema.

El Bon Ami no raya y no daña las manos. Adquiera una pastilla hoy mismo.

De venta por todas partes

Bon Ami

Limpia

Bañaderas . . . Azulejos
Ventanas . . . Espejos
Cobre . . . Bronce
Hojalata . . . Niquel
Aluminio
Las manos y Calzado blanco



(Continuación de la página 15)

LA HERMOSA LEONILA

desesperanzados cómo por segunda vez el destino le arrebató en sus alas de pájaro caprichoso a la única mujer a la cual se tendían espontáneamente sus brazos.

La desesperación de Luis no tuvo límites y su obsesión se triplicó. El rostro de aquella mujer se había hecho compañero inseparable de su recuerdo. Sólo vivía para ella; esa desconocida le llenaba por entero la existencia.

Todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre, lo empleaba en ir y venir por las calles con el único objeto de buscarla, de encontrarla, de acercarse a ella por algún medio. La dicha radicaba para Luis en aquella mujer. Sin ella, nada quería.

Pero los días volvieron a pasar, y el ayudante del cajero no se encontraba nuevamente con la aparición ambicionada.

Estando Luis una tarde en el despacho del señor Vidal, el criado de don Pedro, tras de anunciarse a la puerta con unos golpecillos, entró en el estudio llevando en la mano algo que parecía un gran cuadro envuelto.

—Lo envían de la tienda— explicó—. Parece que la señora Vidal lo ha comprado, porque aquí está su tarjeta con las señas.

Don Pedro extendió la mano y tomó aquella pequeñísima cartulina.

—Sí— dijo leyendo—, *Leonila R. de Vidal*. Es para ella. ¿No ha vuelto aún?

—No, señor.

—Entonces— añadió don Pedro— coloca el cuadro sobre el diván y pregunta si ya está pagado.

El criado salió y volvió en seguida, diciendo:

—Nada se debe. La señora de Vidal ha pagado hace un momento.

—Muy bien— replicó don Pedro.

Y el criado salió nuevamente.

Luis y su jefe continuaron tratando los asuntos, y poco después, cuando más engolfados estaban en ellos, la puerta se abrió violentamente y una elegante mujer, la misma que reinaba en el cerebro y en el alma de Luis, se presentó en el estudio.

La dama, al ver que don Pedro no estaba solo, hizo ademán de retroceder, pero el señor Vidal la detuvo, diciéndole:

—Entra Leonila; aquí está el cuadro que has comprado, y aprovecho la ocasión para presentarte a mi futuro cajero, el hombre más honrado y competente que conozco...

La dama, sonriendo, presentó su mano a Luis, mientras se inclinaba y repetía con un acento que apuñaleaba el corazón del joven:

—Leonila Ruiz de Vidal...

Algunas breves palabras se cruzaron, y la hermosa señora salió después, llevando consigo el cuadro.

Cuando Luis partió de la casa, dos frases tintineaban en su oído con claridad abrumadora: aquel “Leonila Ruiz de Vidal” que la dama había pronunciado con sencillez, sin sospechar que con esas palabras derribaba un altísimo castillo de ilusiones legítimas, y la frase de don Pedro al designar a Luis: mi futuro cajero, “el hombre más honrado que conozco”...

El futuro cajero se estremeció. Hasta este momento, él mismo, Luis, reconocía su honradez, capaz hasta entonces de todos los sacrificios; pero de allí en adelante, ¿sería merecedor de tal calificativo? El joven, llevándose la mano al corazón, planteó con valentía la única pregunta que era del caso: ¿estaba resuelto a renunciar? Porque, ciertamente, allí no había otra cosa que hacer fuera de eso.

Luis, angustiado, sorprendido, creyó ver por un momento que en vez de corazón, tenía un gusano viscoso, que parecía retorcerse con rebeldías... La impresión que tal descubrimiento le hizo, fué la misma que habría tenido si se hubiese visto de pronto a la orilla de un abismo, en un día de fuerte viento...

Y he allí cómo, de la vida apacible del hombre de honor pasó Luis en un momento preciso, a la existencia desesperante en que se entretejen las luchas y los éxitos con los desfallecimientos y las concesiones.

Todas estas batallas libradas en el espíritu del joven, pasaban inadvertidas para sus compañeros de trabajo. Luis no había abierto los labios para decir en el almacén de libros ni una palabra que se refiriese a la casa de don Pedro ni a la familia de éste. Ninguno de sus amigos sospechaba las luchas que le abrumaban. Luis tenía al menos el valor de callar y de sufrir a solas.

Y como el destino se complace en ser cruel e irónico, no se presentaba Luis en casa de don Pedro, sin encontrarse con la hermosa dama, ya en la escalera, ya en el corredor, ya en la calle, ya en el mismo estudio del señor Vidal, donde permanecía algunos momentos conversando con don Pedro y con Luis.

Este, sonrojado y tímido, procuraba hablar muy poco, temeroso de mostrar la gran impresión que la dama le causaba. Y ya lejos de ella se entregaba, sin quererlo, al encanto de su persona, al influjo de su sonrisa apacible y discreta, a la dulzura de sus ojos lánguidos y bellos.

No, aquella vida no era posible. Ciertamente que no pasaba por las mientes de Luis robar a la dama, cosa por otra parte nada factible, dadas las prendas morales de una señora tan virtuosa como linda; pero era preciso poner ya un coto a aquella pasión que, si seguía como iba, nadie podía prever en lo que pararía. Y sobre todo, no era leal engañar de ese modo al hombre generoso que, sin merecerlo Luis, le juzgaba tan honrado.

Era de todo punto preciso arrancarse del alma ese recuerdo, y, a ser posible, pensar en otra mujer. Sólo que para poder llevar a cabo tales planes, era necesario que Luis dejase de ver a la que tan inquieto le traía.

¿Cómo hacer para lograrlo?

El mozo, después de meditar y estudiar la cuestión, rogó al cajero que, en bien de los negocios, fuese él solamente quien entendiera con don Pedro en los días fijados para recoger la firma; pero el cajero protestó contra la idea.

—No puede ser— dijo a Luis—. Antes bien, he pensado ir ahora menos que antes, porque don Pedro se hace cada vez más agrio y adusto conmigo. De manera que usted será quien tenga que multiplicar las visitas a su casa.

Luis sintió que el mundo se le echaba encima.

Pero no hubo remedio. Efectivamente, las reyertas del cajero con el señor Vidal, se hacían cada vez más frecuentes, y mientras más se apartaba don Pedro del cajero, más parecía acercarse a Luis. Su trato para con él era ya por extremo amable; no cesaba de elogiar su competencia en los asuntos, y la honradez de su persona.

Luis se sentía en un potro de tormento. Engañar a aquel hombre que tenía completamente puesta en él su fe, era una villanía. No era posible seguir amando a aquella mujer, y no era posible tampoco verla sin amarla... ¿Qué hacer?

Acongojado en extremo, y con objeto de darse una pausa para resolver aquel problema, se fingió enfermo por algunos días.

Pero no hacía mucho tiempo que estaba encerrado en sus habitaciones, cuando oyó parar un carruaje a la puerta, y en seguida don Pedro se presentó en la casa.

—Vengo— le dijo— a tomar noticias de tu salud, y a ponerte en posesión de tu nuevo empleo. He reñido con el cajero y éste me ha escrito una carta renunciando a su puesto en el almacén. De manera que ocupas desde hoy su lugar, y ya te he prometido que andando el tiempo, te haré mi socio.

—Señor— dijo Luis, dejando escapar un acento de las dolorosas luchas interiores que lo postraban—. Créo que no lo merezco...

—Nadie mejor que tú— le dijo don Pedro Vidal con firme voz—. De tiempo atrás te estudio, y el empleo que ahora te doy de palabra, te lo tenía reservado en pensamiento. Repito lo de siempre: aunque parece que no me fijo en nada, lo observo todo. Te conozco mejor que tú mismo y respondo de ti: eres un hombre honrado.

—¡No señor!— repuso Luis, levantándose en un ímpetu imposible de contener—. Usted se engaña. Ciertamente que no soy capaz de cometer un crimen, pero me he atrevido a poner los ojos en una persona que...

—Sí, sí— dijo don Pedro, interrumpiendo—; ya lo sé; tu ingenuidad te ha vendido; tu misma honradez te ha delatado. Sé bien que has rehuído venir a mi casa. El cajero lo atribuyó a la acritud de mi carácter, pero yo adiviné a qué es mi nuera, la viuda de mi único hijo. Sospecho que ella te un leal marido. Por tanto, si lo deseas, si no te asusta casarte con una viuda, podrás pedirme la mano de Leonila..., que es mi nuera, la viuda de mi único hijo. Sospecho que ella te quiere también... Podrías venir a suplir el lugar de ese hijo amado que he perdido y que extraño tanto... ¡Si tú lo quieres!...

Carnet 197276, Correo, Valparaíso, desea amistad con señorita de 19 a 20 años, familia honorable, seria, educada, y de físico agradable. Ojalá sea oficinista del puerto.

Mi ideal es obrerito de la mina Potrerillos. Su apellido empieza por A. Es rubio, cabello ondulado, regular estatura. Me han dicho que su corazón está ocupado. Le ruego sacarme de esta duda, contestando a No te engañes, corazón. Una que te ama.

Para Alan, creo ser su ideal de mujer que usted busca. Tengo 21 años. Si se interesa, escriba a Alicia Bennoet. Correo, Recreo.

Gringuitas altas, desean correspondencia con jóvenes de 25 a 29, ojalá un metro 80 o poco menos. María e Inés Bernstein. Correo, Concepción.

Morena, 20 años, busca hombre educado, trabajador, sin vicios, para formar hogar. Yo, excelente dueña de casa. No tengo más fortuna que ofrecer que un corazón puro y sin mancha. Contestar por la revista o al Correo 2, Chillán, a Yira-Yira, Corazón puro.

A Marietta, reúno condiciones: seriedad, amante del hogar, trabajador, curso 4.º humanidades. Si desea más informes, dirijase a Pirotécnico, Casilla 689, Concepción.

No busco novia, sino mujer sentimental, atrayente, cariñosa. Yo, modestas condiciones, educado; joven, pero avejentado. R. M., Correo 3.

Señorita regular edad, familia honorable, seria, educada, buena situación, desea correspondencia con caballero 40 a 55 años, nobles sentimientos, sin vicios, fines serios. Judith Isamit, Correo, Curicó.

Ramón Reyes Correo, Temuco, 24 años, moreno, pelo ondulado, regular estatura, desea correspondencia con señorita de 16 a 20, no muy alta, esbelta, que posea nobles sentimientos y un corazón capaz de albergar un amor profundo y sincero y comprender las aspiraciones de un corazón amante.

Luisa Díaz y Enriqueta Vidal, Talcahuano. Somos dos muchachas inexpertas que deseamos amar por primera vez con toda la intensidad de nuestra alma. ¿Habrán entre los lectores de «Para Todos» quienes nos hagan felices? Contestar por separado.

Joven guardafaro, que sirve en Bafer, ansía mantener correspondencia con lectorcita de «Para Todos». J. W. L. Faro Bafer, Gobernación Marítima, Puerto Montt.

¡Aviadorcitos! ¿Habrán alguno entre ustedes que desee remontar el vuelo hacia la amistad sincera de una provincianita? Lo deseo alto, simpático, franco. Yo, regularcita, 18 años, hija de industrial extranjero. El que emprenda este raid, conteste a Adoradora del aire, Correo, Talca.

Mi ideal eterno eres tú, C. Navarro. Creo te encuentras actualmente en Valdivia. Si tu corazón está libre, contesta por la encuesta a Espumita de Jabón.

Deseo correspondencia con Ricardo R., de Puerto Montt. Contestar por la revista a Corazón de Cristal.

Chiquilla rubia, buena presencia, 18 primaveras, desea correspondencia con joven no mayor de 23, simpático, rubio o moreno. Al que conteste le daré mi dirección por esta revista y le prometo fidelidad. Myrna.

El ideal de una rubia, ojos verdes, 18 años, regular estatura, nobles sentimientos, dispuesta a amar y ser amada, sería tener correspondencia con teniente aviador de 24, muy sincero. Absoluta seriedad y reserva. Enviar foto, que se devolverá en caso de no llegar a un acuerdo. Olga Salinas E., Correo, El Monte.

Señorita 22 años, honorable, culta, simpática, seria, con dote, buena dueña de casa, desea correspondencia, fines matrimoniales, con joven de 25 a 38, profesional: doctor, arquitecto, ingeniero, etc., sincero, serio, afec-

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo. una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3518, Santiago.

tuoso. Enviar foto. Elena Azócar. Correo 3, Valparaíso.

Para Alan («Para Todos» 9 de junio). Pienso como usted en algo serio. Deseo ser la única dueña del corazón de un hombre de nobles aspiraciones, serio y cariñoso. Contestar a Correo Principal, Valparaíso. Ana M. Fernández.

A Marietta. Ex marino, joven aún, serio, educado, físico regular, buena situación, desea saber su dirección para escribirle. Contestar a Carnet 96558, San Antonio.

Cacho C., del B. Nacional. Si continuas mostrándome tanta indiferencia, mi corazón buscará consuelo en uno que está muy cerca de ti. Te ama, Cachirula.

Señorita simpática, rubia, pelo ondulado, regular estatura, buena figura, amante del deporte y de la naturaleza, desea correspondencia con joven alto, buena figura, simpático, descendiente de extranjeros, no mayor de 30. Dirigirse en castellano, alemán o inglés. Correo, Osorno. Lilian Delling.

Mujer de 30, cierta cultura, cierta inteligencia, físico no desagradable, excesivamente apasionada, excesivamente sensible y tal vez excesivamente buena, situación social bastante regular, bien reputada y que conoce a fondo la vida, quisiera encontrar hombre poco mayor que ella que responda a su tipo—que ha tratado de pintar lo mejor posible para evitar equívocos—, muy inteligente, bueno, agradable, capaz de interesarse no sólo por el físico de una mujer. Fin perseguido, un amor. O por lo menos una distracción, ya que tan pocas veces en la vida topamos con ese milagro de milagros. Marion Ruy Blas, Correo 5, Santiago.

Mi ideal es la señorita que vi en la oficina del molino F. T., en Perquenco. ¿Se fijó en el que fué de huaso a preguntar si compraban trigo?, y al saber que no, preguntó: ¿No hay esperanzas? Además, al salir, hizo sonar intencionalmente las espuelas. Su miradita y su dulce rostro me cautivaron al instante. Soy de un pueblito vecino. Si se fijó y no le parecí mal, ruego me conteste por la revista dando nombre y dirección a Rafael Brull.

Julia y Clara, 17 y 18 años, desean correspondencia con dos simpáticos estudiantes o navales, de 19 a 20

años. Foto. Tenemos poca libertad. Correo 10, Nuñoa.

Para Rebelde. Eres mi único ideal. Si quieres... Espiral. Correo 6.

Contestando a Mazarinol. Señorita culta, seria, simpática, familia honorable, desea correspondencia con usted. Pola Negri. Correo, San Felipe.

Busco una heredera rica, dueña de sus actos que, por cualquier motivo imperioso de su vida, desea casarse pronto con un apuesto joven profesional de 25 años. No importan defectos físicos. Si es bonita, mejor. Carnet 4689. Correo, Puerto Montt.

Tengo 23 años, busco compañero fiel y cariñoso, que tenga empleo o profesión, para formar hogar feliz. Por la revista, a M. G.

Desearía correspondencia con una simpática muchachita de 18 a 19 años, rubia o morena. Yo, moreno, 23 años, porte aceptable. Los datos de rigor vendrían después. Contestar a Correo 13, Guillermo Veseof.

Deseo saber las iniciales del joven del carnet 1506, de Talcahuano. Por la revista, a Gratos Recuerdos.

Contestación para Alan. Creo llegar a reunir las cualidades necesarias para ser su ideal. Escriba a B. M. G., General Cruz 679, Valparaíso.

Deseo saber de la encantadora nenita de ojos verdes, que estuvo interna en el Colegio de la Inmaculada. Se llama Hildita Aráñeda. ¿Recuerda al sobrino de su apoderado, el estudiante de Leyes? Sería el más feliz de los mortales si pudiera encontrarla y saber su dirección. J. Rioseco. Correo 3, Santiago.

Joven 21 años, desea amistad con señorita de Valparaíso, de 15 a 18 años, fines matrimoniales, que posea buenos sentimientos, sepa amar y sea buena dueña de casa. La que me acepte, conteste enviando foto, porque dentro de dos meses estaré en ésa.

Mi ideal es Ernesto Rojas, de Talagante. ¿Adivina quién soy? Flor Marchita. Correo, Puente Alto.

¿Encontraré entre los lectores de esta simpática revista, caballero hasta de 50 años, instruido, culto, honorable, libre de prejuicios, que sepa comprender y estimar a la mujer virtuosa y buena, capaz de hacer feliz al más exigente? Mi ideal sería encontrar agricultor del sur. Me encanta la tranquilidad del campo. Aunque no soy joven, mi pasado es irreproachable. Los que deseeis la paz del hogar, poseyendo una mujer hacendosa, de buen carácter y honrada. No por la revista, sino a la dirección que indico. Delfina Clara. Correo 3.

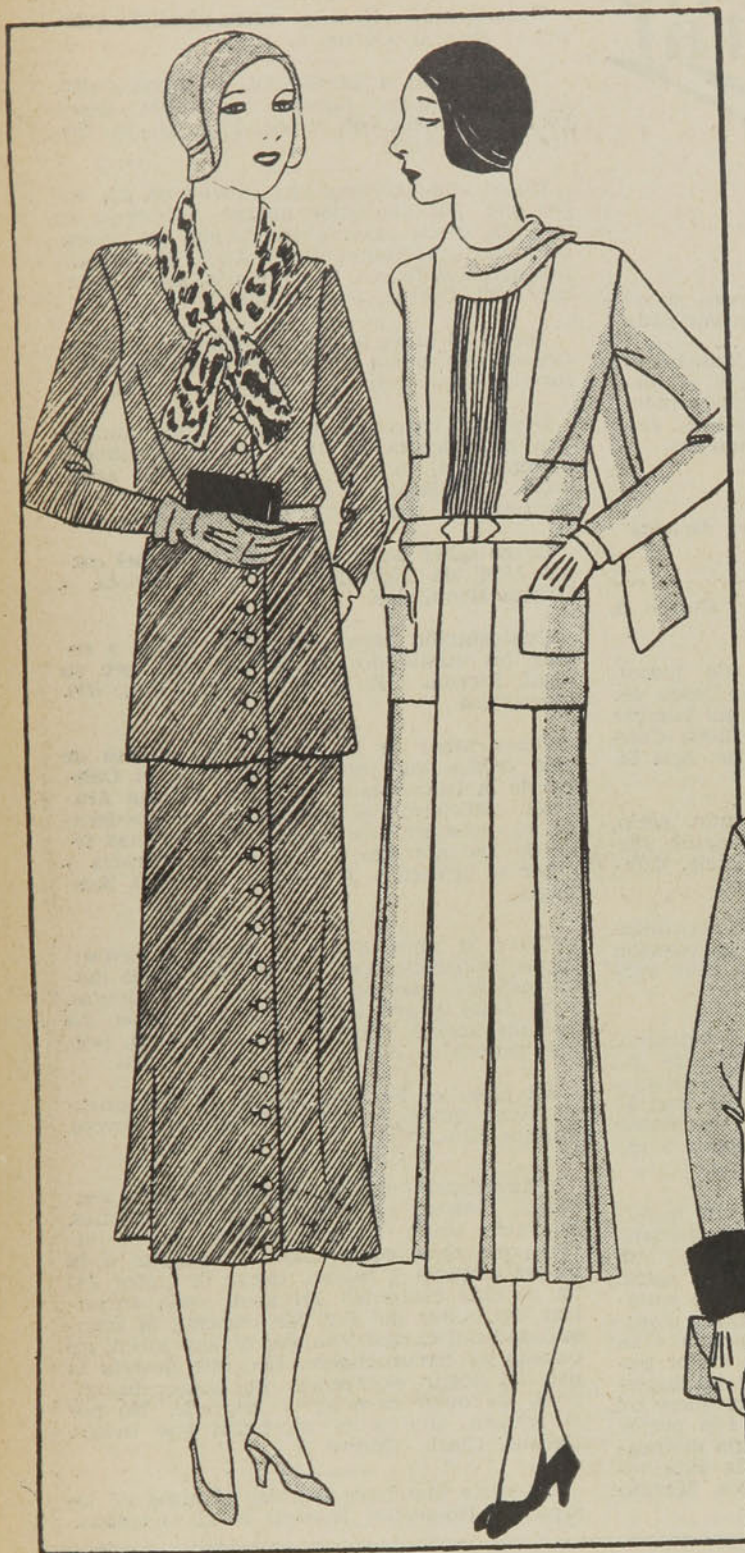
Un gesto mío hace temblar el alma de los espíritus timoratos. Inyecto fe al escepticismo.

Los más famosos químicos han atestiguado la sorprendente superioridad del científico CREMA-DEPILATORIO

LE SANCY

Exija el legítimo «LE SANCY» \$ 4.

EL TRAJE SASTRE



Dos piezas en lanilla diagonal marrón. La falda y la blusa están abotonadas a lo largo de la delantera con un hilera de botones. Una cintura de gamuza rodea el talle, y el escote se adorna con un cuello echarpe marrón y blanco. 3 m. 90 en 1 m. 40.

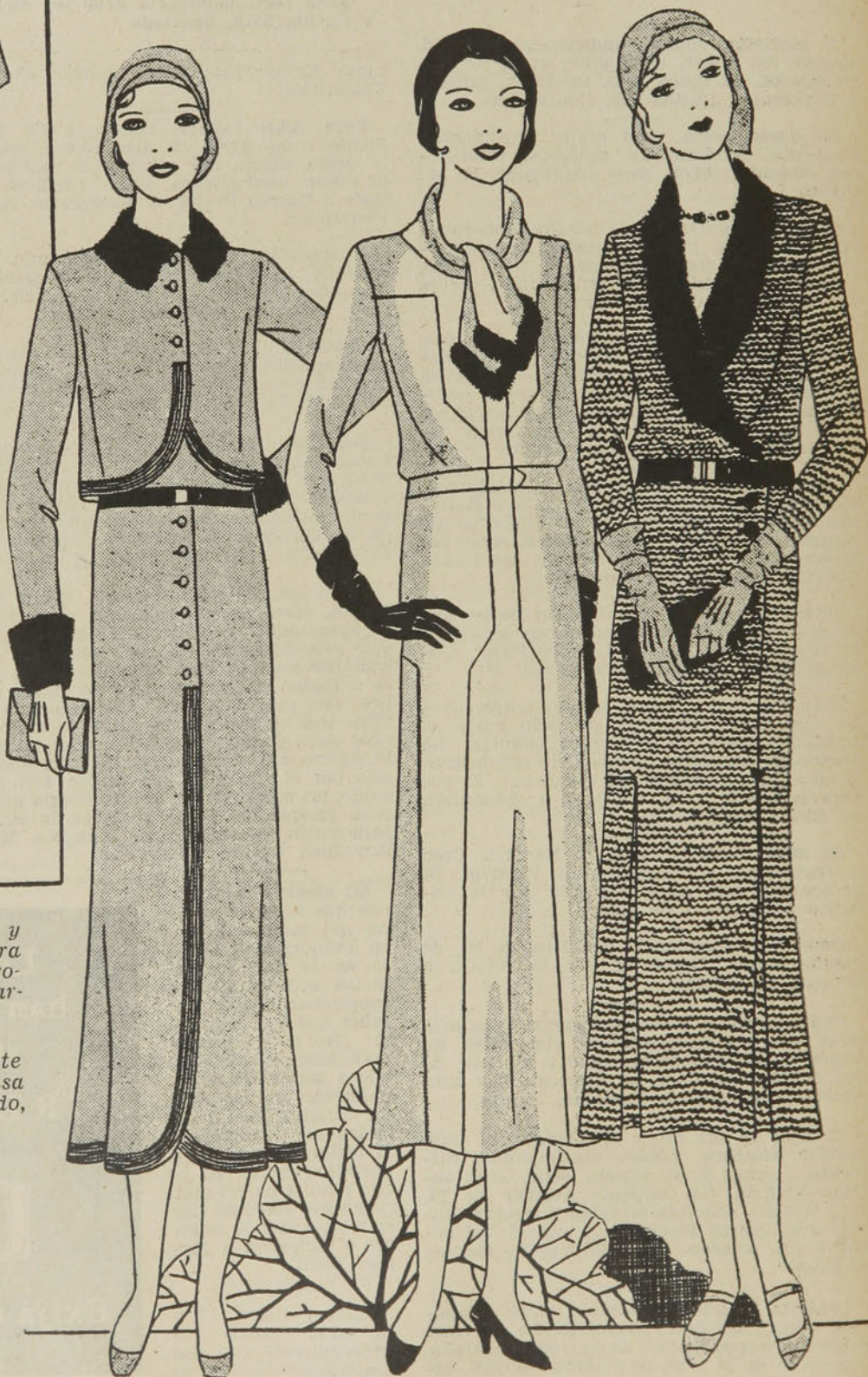
Traje en lanilla beige. La falda es casi enteramente trabajada con gruesos pliegues cruzados. La blusa está recortada sobre un plastrón finamente plisado, y se continúa en echarpe.



Traje drap delgado. La falda cruzada y el bolero van abotonados, y el borde guarnecido de muchas corridas de pespuntos. Un cinturón de cuero mantiene la falda en la cintura. El cuello y los adornos son de piel negra. 3 m. en 1 m. 40.

Traje de jersey gris rata con recortes. Panneaux en forma en la falda. Un cinturón de la misma tela pasa sobre los recortes en la cintura. Cuello y corbata en terciopelo del mismo tono bordado de piel negra. 3 m. en 1 m. 40.

Traje abrigo en lanilla de fantasía, negro y blanco. Muy cruzado, el traje se abotona al costado, bajo el cuello chal de piel negra. Un cinturón de cuero en el talle. La falda se ensancha abajo con pliegues cruzados. 3 m. en 1 m. 40.



mo. Busco el cerebro de una mujer. V. Dogne. Correo Central, Santiago.

Mi ideal es un joven del Banco Español de Talca, S. S. C. Conteste a Elba Guerrero. Correo 2, Santiago.

Dos jóvenes sureños, H. W., 21 años, V. W., 22 años, desean conocer señoritas de 18 a 20, que reúnan cualidades dignas de mujer. Que sepan corresponder con sinceridad. Correo, Lota.

Busco alma caritativa que llene el vacío de este pobre corazón. Tengo 31 años, y la deseo viuda o soltera, hasta 35. Con unas ansias locas de amar e independiente. Carnet 64959. Correo, Iquique.

Para Alan. ¿Puede darme su dirección? Creo que le conviene. Por la revista, a Rubí Sangre de Pichón.

Isidoro Vegazo, de la Escuela de Agricultura, ¿te agradó la novela de Hernández Catá? Escribeme, no seas malo, a mi nombre, a Correo, Constitución. Cansada de Santiago, me vine a mi fundito.

Tres amigos inseparables, nada feos, 16, 22, 23, desean correspondencia con provincianitas. Por separado, a Freore Edie, Billie, John.

Corazón sin Dueño, creo lleguemos a profundizar nuestros sentimientos si escribe a Carnet 26281, a Rancagua, Teniente C. No firme con pseudónimo.

Mi ideal es un profesional de El Tofo, alto, moreno. Tiene una mirada hipnotizadora y una cabeza que coincidirá pronto con su apellido. ¿Adivinas quién soy? Pobre Icaria.

¿No habrá entre los lectores un hombre generoso, desinteresado, leal, que me quiera por mí misma? Yo, morena, 25, simpática, alegre y cariñosa, excelente dueña de casa. Me comprometo a hacer feliz al hombre que me elija. Por la revista, a Yola Müller, Correo, Cauquenes.

Guillermo Hoffman, artillero del fuerte Valdivia de Valparaíso, que se fué enojado a Valdivia al terminar su servicio militar, acuérdesse de la chiquilla de la chanchería alemana. Marión.

Hay dos almas solitarias que desean encontrar albergue en dos almas solitarias que sepan comprenderlas. Exigimos caballerosidad y buenos sentimientos. Físico no importa. Nosotras, jóvenes, hacendosas, educadas, morenas. Rosa E. M., 28 años. Sarnina S. M., 22 años. Correo, Talca, por separado.

Lía, Odda y Ketty, desean correspondencia con tres simpáticos chicos, que no pasen de 20. Ojalá de Concepción. Por la revista.

Se necesita guardia mayor de 20 para que cuide señorita de 17. Correo Central. La Irresistible.

Ruego a la señorita A. Raha F., que dé una palabra de aliento a un pobre admirador. ¿Por qué tanta indiferencia conmigo, Aidita? ¿Por qué no contesta a mis cartas?—R. Barroso Cid. Concepción.

Joven 20 años, rubio, desea amistad con señorita honorable que domine la lengua francesa, para practicar ese idioma. H. V. P., Correo 4, Santiago.

Hermosa argentina, viuda de chileno, sin hijos, educada, 28 años, siente nostalgia por su país. Desea correspondencia sentimental con fines serios con mancebo gaucho no mayor de 35, buena posición, culto y buenmozo. Foto indispensable; de Mendoza o Buenos Aires. Correo 15, Santiago de Chile. Elena Ratti de Sánchez.

Carlitos Verdugo Verdugo, Chanco, hace tiempo te entregué mi co-

razón, pero tú, indiferente, me has sumergido en el profundo abismo de la desesperación. Compadécete, o serás el causante de mi muerte. Por la revista, a Mona Maris.

Arturo Zeguy. Cauquenes. ¿Por qué me tienes en tal abandono? ¿Acaso no conoces el tormento de no ser correspondida? Por la encuesta, a Greta Garbo.

Circunstancias especiales me hacen llevar una existencia triste y solitaria. Desearía encontrar amigo sincero, mayor de 25, serio, simpático, comprensivo, educado, muy culto y amante de la música. Yo, chica a la antigua, distinguida familia, simpática. Raquel Reyes, Correo 5.

Mi ideal sería un joven estudiante de 18 a 20 años. Yo, 17. Correo 10, Nuñoa. Clara Darriello.

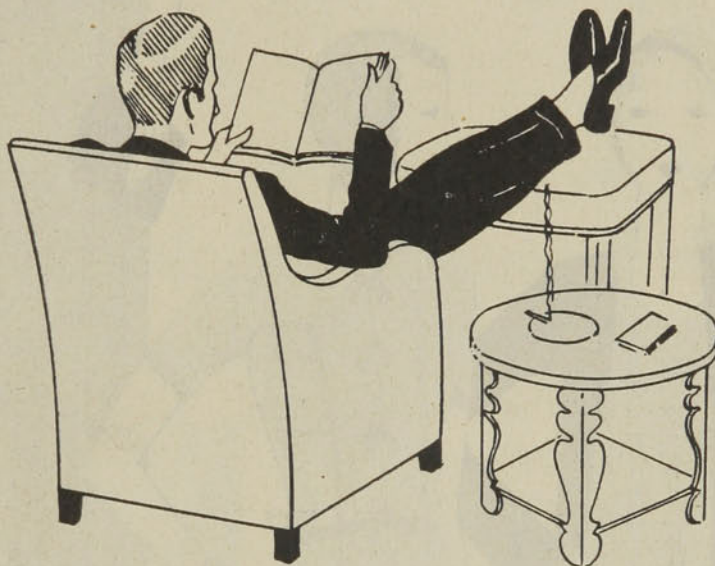
Cuatro chiquillas sureñas, profesionales, cultas, de corazón puro y libre, desean encontrar cuatro amigos, también cultos, profesionales, sinceros, para cambiar correspondencia e impresiones. Dos morenas, regular estatura, otra rubia y blanca. La cuarta, blanca, de cabellos negros. Si alguien se interesa, irán detalles por carta. Gabriela. Casilla 354. Correo, Puerto Montt.

Joven simpático, busca lectora capaz de curar las amarguras de su corazón que no ha conocido el amor. Gotiasan Tayquiti.

Carmen y Lucía F. Chillán. Nosotros también somos amiguitos, aunque no muy expertos en amor. Estamos dispuestos a aceptar sus amistades. Creemos poseer las cualidades deseadas por ustedes. Ernesto Vergara y Eduardo Fuenzalida. Casilla 2, Arica.

Deseo conocer señorita de 20 a 25 años, alta, morena, buen cuerpo, físico pasable. No-

Deléitese leyendo



COLECCION UNIVERSO

SUPER-EXTRAORDINARIO

«COLECCION UNIVERSO»

N.º 18

constituirá el mayor éxito editorial en Chile, pues en él se publica una obra netamente chilena, y de tema lleno de interés.

CROQUIS CHILENOS

comprende una serie de crónicas y relatos en que figuran los tipos característicos de nuestra raza, sus costumbres, sus habilidades...

NADIE DEBE DEJAR PASAR
ESTE NUMERO

ya que tan sólo vale

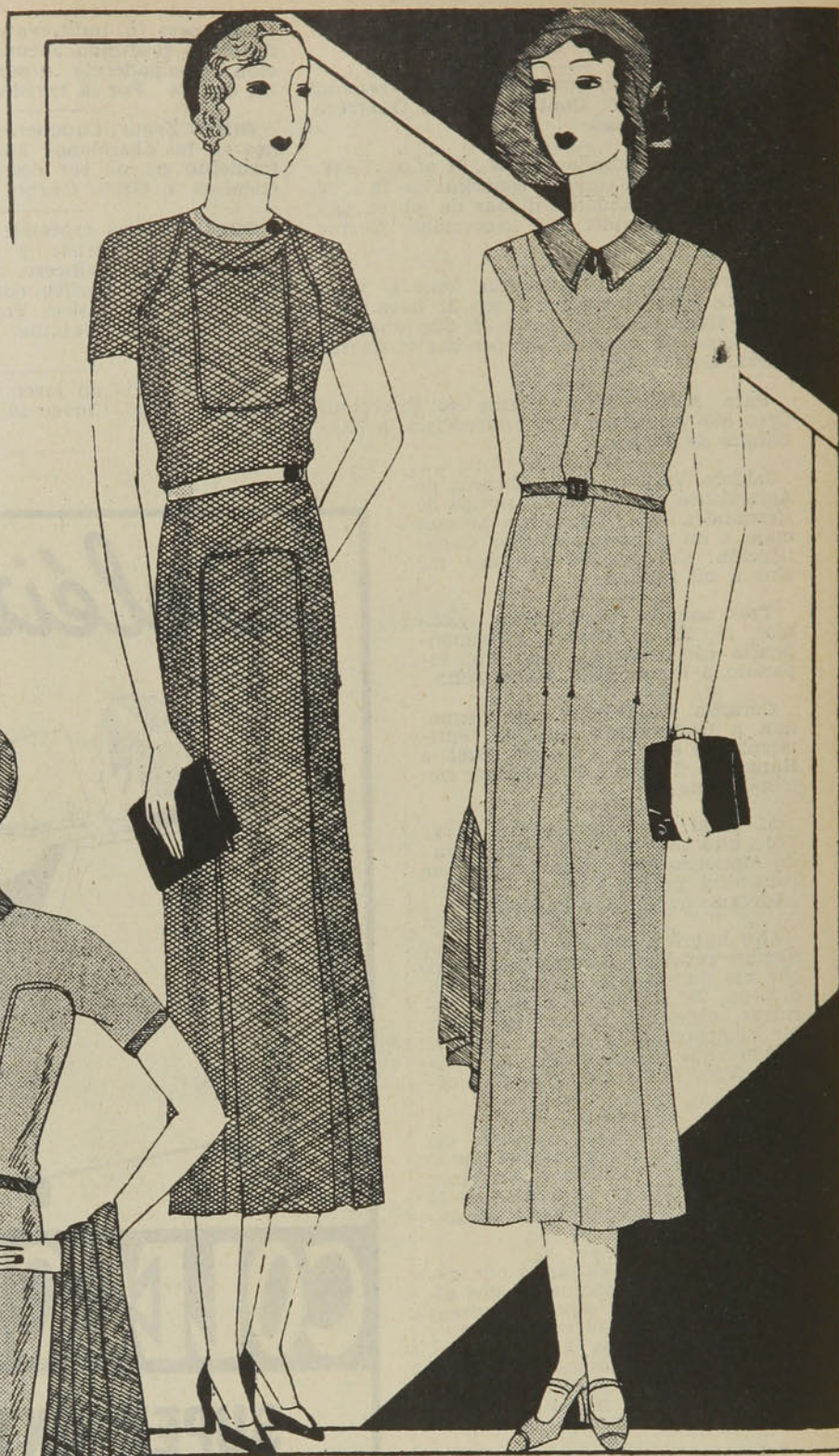


CON DOS METROS DE LANILLA

Traje de lana beige con adornos azul marinos. La falda forma un panneau plisada en la parte delantera y en la parte de atrás.

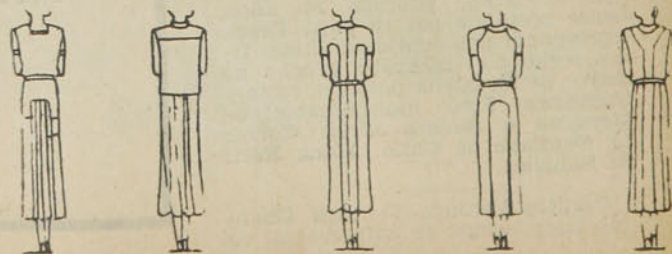
Traje de drapella amarillo mostaza. Falda ligeramente en forma, remontando en plastrón abotonado sobre la delantera de la blusa. Paletocito corto de drapella marino.

Trajecito de tela de lana azul. Blusa cerrada por pequeños lazos de crepe de China más oscuro. Mangas kimono.



Traje de piqué de fantasía cuadrulado sobre fondo verde, guarnecido con incrustaciones de la misma tela y de pliegues cruzados. Cuello y cinturón de piqué blanco.

Traje de tursor coral. Falda formada con costuras abiertas. Abejas bordadas en el tono. Cuello y cinturón de piqué azul pervanche.



mar Ollag Zenitram. Correo Principal. Valparaíso.

Deseo correspondencia con la señorita P. Olivares V., de Chagres, porque ella será la que ocupará mi corazón. Correo Viña. P. L. L.

Joven 28 abríles, busca lectora para entregarle corazón. — Alma apagada.

Desearía relaciones amorosas con el simpático Jorge A., alumno de IV del Liceo de Hombres. — Blanca I., Linares.

Anibal Mondaca, aún te recuerda tu Maritita A. Escribeme como prometiste. Te amo desde que te vi. ¿Te acuerdas? — Correo, Coquimbo.

Deseo correspondencia con Enrique F., de la Caja de Ahorros. Me bastan dos o tres cartas para recordarle su promesa, confesarle la verdad y recibir su perdón. No me atrevo personalmente. Ruégole absoluta reserva y devolver las cartas tan pronto se imponga de su contenido. — Alma Rubens. Correo, Serena.

Deseo conocer señorita o viuda independiente, fortuna, quiera unirse viudo físico varonil, situación regular, culto, honorable y laborioso. Estrictamente confidencial. — Carnet 74252. Correo 5.

Deseo amistad con joven de 24 a 30, ojalá extranjero. Yo, morena 22, regular estatura. G. Hernández. Casilla 3337. Valparaíso.

Obrerito, moreno, feo, 27 años, desea correspondencia con niña pobre del sur o campesina 19 a 28 años. No quiero hermosura sino buena y cariñosa, que comprenda a un buen marido. — C. H. P. Carnet 4463. Chuquimata. Correo americano.

Mariposca de Luz Santiago, creyendo reunir las condiciones que usted exige, le ofrezco mi sincera amistad. Espero ansioso su aceptación. — Elder, Arica.

Adriana Manarelli A. Santiago, con gran placer será su amiguito. Creo, si no me equivoco, poseer las condiciones solicitadas por usted. — Cachupín. Arica.

Buscô a una joven que quiera tener un amigo en esta vida llena de amarguras. — Pistol, Correo 3, Santiago.

Soy italiano. Tengo 24 años, muy educado, buena presencia, simpático. 1.63. He viajado mucho, pero sólo en este lejano sur. Deseo correspondencia con señorita de 20 a 25. fines matrimoniales. Solicito foto, que devolveré con la mayor prontitud. Quiero que posea un pequeño ahorro. Yo tengo muy buena situación. — E. B. Casilla 341 Magallanes.

Iris Latorre, Correo, El Monte, desea amigo espiritual, no mayor de 30. Ojalá norteco o sureño, amante de la música y poesía. Yo, 21, educada.

Deseo con toda mi alma correspondencia con un alumno de Cuarto año de Leyes de la Universidad de Concepción. ¿Interesarán esta líneas a la persona a quien realmente las dirijo?... — Victoria del Hielo. Correo, Concepción.

Comerciante llama a Lectorcita. Carnet 0020208. Antofagasta, Pedro de Valdivia.

Pollita de 15, desea pololear con pollo de 18. Soy simpática, bonito cuerpo, lindos ojos. Margot. Mulchén.

Dos chiquillas simpáticas, alegres y confiaditas, desean amistad con jóvenes andinos o quillitanos. A Mireya le gusta alto, moreno ojos verdes. A Janet, alto, rubio, buena figura. Correo, San Felipe. Janet y Mireya.

Enrique Montt A., hace tiempo persigo un ideal y lo he encontrado en ti. Las bellas cualidades de tu alma y la honda tristeza de tus ojos verdes me han cautivado y conmovido. Yo te amaré y con mi cariño te haré olvidar tus penas. He seguido tus pasos y... no eres feliz, por que no te comprenden. Tú me conoces. Por el Consultorio a Alma Incógnita.

Mi ideal es el simpatiquísimo inspector de San Felipe. Sus iniciales son H. Atenas.

Siempre lo encuentro y pasa muy orgulloso sin dignarse mirar a su admiradora. Si sus bellos ojos se posan en estas líneas, conteste a Pola Negri. Correo, San Felipe.

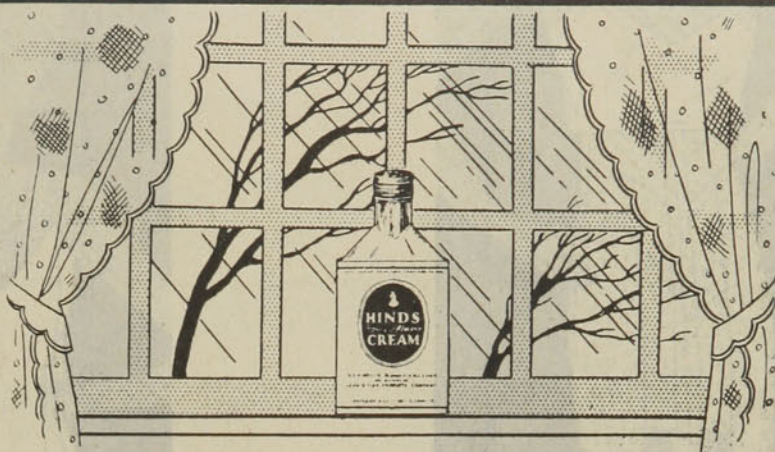
Ardientemente deseo saber de Manuel Moreno Maripangue, todavía, según creo, residente en Curicó. Su padre Antonio Moreno, ocupado en Bolivia. He sabido se iba a Antofagasta, recibido de Ingeniero Mecánico, en abril del presente año. A él le puede interesar saber de una persona que mucho tiempo ha le busca. — Corazón dolorido.

Somos dos jóvenes. Deseamos chiquillas.

de San Carlos a Parral. Nosotros de 19 y 18 años, uno moreno y otro rubio. — Totó Wullen y Pepito Rubio. Correo, Parral.

Marcos A. Moreno, sigues siendo mi ideal a pesar de que un día te fuiste para no volver más. En mi corazón, aún vive tu recuerdo. — La hermana del muerto.

Soy feo, familia honorable, mido 1.60, tengo 16 años, buen corazón para amar a una chiquilla huérfana de amor, no importa físico, pero que mida 1.55 a 1.80, de unos 15 a 16 años. Ruego a la señorita que se digne aceptar estas líneas, mande foto y dirección a Roy Ríos. Correo 6, Yungay.



Protege el cutis de las inclemencias del tiempo

La leche de almendras vigoriza y suaviza el cutis (ésto se conoce desde hace siglos) pero la Crema Hinds, por combinar científicamente éste y otros soberbios ingredientes, además que para hermosear sirve a infinidad de mujeres elegantes para proteger su cutis... ¡y qué satisfacción consiguen!

Ante el frío invernal, el viento y la humedad que tanto dañan el cutis, la Crema Hinds es la preparación de confianza que debe tener a mano toda mujer cuidadosa, deseosa de conservar su cutis claro, suave, juvenil, a despecho de las inclemencias del tiempo.

CREMA de miel y almendras HINDS



Al levantarse y antes de salir, póngase Crema Hinds para proteger el cutis...



... también para que los polvos adhieran parejos...



... para dar blancura y suavidad a las manos y brazos...



Al acostarse aplíquese otro poco de Crema Hinds...



... para que mientras usted duerma le beneficie el cutis...



... Levántese cada mañana con un cutis de fulgurante belleza.

EL CORSET Y SUS ACCESORIOS



Bajo el traje, ciñendo el talle, amoldando las caderas, esta liviana vaina, mantiene el cuerpo conservándole una línea perfecta. Está confeccionado en satin recamado, cerrado adelante por una ballena. Su forma es muy adelgazante.

A la derecha:

Camisa de noche en crepe marfil, con canesú ocre de encajes que forman las mangas. Pliegues tomados ciñen el talle. Panneaux en forma dan al ruedo cortado en dientes.

Metraje: 3.75 en 1 m. de ancho.

En crepe rosa está confeccionada esta camisa de noche, guarnecida de alamar o entredós ciñendo el cuello, las mangas raglán, la cintura anudada e incrustando la tabla delantera.

Metraje: 2 m. 25 en 1 de ancho.

Combinación en crepe satin marfil adornada de encaje antiguo cortado en puntas que amoldan el busto por encima de la tela previamente cortada en forma.

Metraje: 2 m. 25 en 1 de ancho.

plitud al ruedo.

Combinación en crepe de Chine malva rosa adornada con pequeño alamar y pliegues muy cargados que dan am-

Metraje: 2m. 25 en 1 de ancho.



Para Alma Triste.— Me ha llamado altamente la atención su aviso. Escriba dando su dirección. — Nic. P. Santa Rosa 167, Santiago.

Extranjero, ingeniero agrónomo, desea relaciones con señorita o viuda independiente, buena situación económica. Exijo foto. Garantizo seriedad. — Correo Central, Carnet 64336.

Mi ideal es y será siempre una jovencita que vive en la casa parroquial. Sus iniciales son E. O. G. Conteste a G. V. R. Pollaico.

Para Aurelio Fierro, Concepción. — Le conocí en la selecta del Central, un domingo, nuestras miradas se cruzaron varias veces. Desde ese día no he vuelto a verla. ¿Me recordará? Yo lo recuerdo siempre y ansio verle. Conteste por esta revista a Dama de Negro, Concepción.

Para Merry Boy. — Reúno las condiciones que usted pide, y creo me interesará su correspondencia. Necesito su dirección. Envíela a Dorothy Healthfield. Casilla 464. Antofagasta.

Busco únicamente amistad sincera con joven buena familia, educado, atento, cariñoso. Prefiero extranjero. Dando dirección completa por ésta a Petite.

Tres almas gemelas anhelan tres corazones libres y sinceros de 18 a 20 años, altos profesionales y de buena familia. Nosotras, decentes, morenas, de 16 a 18. Exigimos foto. Nona, Nena y Nana. Casilla 87, Parral.

Deseo amistad con jovencita de Talca, que sea estudiante, rubia, ojos azules, alta y delgada de 13 a 16 años. Yo, 18, alto, moreno, de no mala presencia. — Néstor Vásquez. Correo, Linares.

Morena agraciada, busca chiquillo de 20, franco y sincero que sepa querer. — Morocha Correo, Antofagasta, o a la Revista.

G. V. R. y M. V. I., Concepción, San Martín 4999, joven y señorita respectivamente,

desean encontrar compañeros peruanos, que estén bien dispuestos a mantener un intercambio de diarios y revistas de sus respectivos países, haciendo votos por encontrar personas del mismo pensamiento y de iguales deseos, agradecemos de antemano a nuestros hermanos vecinos, esperando que lleven a la práctica esta idea, y veamos así coronados nuestros deseos de unión y hermandad.

Somos tres simpáticas hermanitas y deseamos tener amistad con lectorcito de esta revista, no mayor de 23 años. — M. B. M. L. de 20 años, R. H. M. L. de 18 y M. A. M. L. de 17. Correo, Chillán.

Mariette, presumo reunir cualidades. Persigo sus mismo fines. Dispongo de fortunita y auto. Deme su dirección para dirigirle carta. — Rocahambeau.

Para Alán. — Yo deseo ser la dueña de su corazón. Si se interesa puede escribir a R. E. Casilla 55, Chillán.

Mi ideal es joven de nobles sentimientos, trabajador y agradable físico, 24 a 30. Yo, 22, delgada, morena, ojos grandes. Contestar a Potrerillos, La Mina. Ninfa Torres.

Soltera, morena, alta y delgada, desea conocer caballero de 40 a 50, buena situación, fines serios. — Sara Cemper. Correo 6, Santiago.

Para corazón sin dueño. — Soy joven, 27, serio, profesional, agradable. — Carnet 04344. Correo 2, Valparaíso.

Busco compañero de 21, buena figura, inteligente, para alegrarme, entretenerme, y me inculque optimismo para vivir. — Correo 7, Santiago. Carlos Donoso P.

Para Alán. — Por primera vez mis ojos se han fijado en esta encuesta. Tuve el presentimiento al leer sus líneas de ver en ellas el llamado de un alma sincera. — Correo 2, Blanca Urbina.

Para Mareitta. — Reúno condiciones pedidas. — Carnet 27943, Correo, Concepción.

Para Alam. — Chiquilla simpática 22 años, cree ser su ideal y le agradan sus cualidades. Olga M., Correo 3, Valparaíso.

Tendría placer en mantener correspondencia con niña educada, buena familia, 14 a 15, que sepa consolar mi tristeza. Yo, 20, italiano, educado, huérfano de carifio. — Pikm'n. 20 Compañía. 8 Ba. Legión Farquist. Marruecos Español.

Mi ideal de hombre es alto, pobre, sin vicios, trabajador, 40 a 45 y que quiera a una sola mujer. Yo 32, morena. Ojalá extranjero, simpático. M. P. C. Contestar por la revista.

Mi ideal sería encontrar joven alto, católico. Yo, alta, delgada, morena. Si alguien se interesa, que no le pesará, contestar a Hilda Palhta V. La Ligua.

Mi ideal es señorita no mayor de 21. Ojalá de Santiago a Malloa. Contestar por carta acompañando foto. a Reginaldo Carter V. Rancagua, Teniente C.

Tengo 23 años, baja, gordita y simpática. Soy sencilla, de carácter humilde, buena familia, pero pobre. Sé trabajar en modas y algo de sastrería. No tengo pretensiones. Busco caballero de 30 a 45, fines matrimoniales. Sin vicios, con profesión o empleo y que me quiera mucho. He sufrido desengaño amoroso que ha dejado mi vida destrozada. Garantizo ser esposa modelo. Soy del sur. Contestar por la revista a Almita Afligida.

Somos dos amigos que deseamos tener correspondencia con dos señoritas obreras o empleadas. Fines matrimoniales. Contestar Correo, Caletones, Rancagua a Laurel y Hardy.

No insista chiquilla de Cauquenes, que polea a R. G. S., teniente de Zapadores, pues él tiene el corazón puesto en otra. Hágame caso. — Cuyanita.

EL CINEMATOGRAFO

Ha revolucionado nuestra época. Los públicos de todo el mundo lo proclaman el más atractivo de los espectáculos. Los más famosos artistas de teatro, en todo orden, han ingresado a la pantalla.

EL CINE ES LA LOCURA DE NUESTRA EPOCA

Impóngase de todas las novedades de este arte. — Intimide con sus estrellas. — Conozca todos los detalles de este maravilloso arte y de esta estupenda industria.

ecran

ES LA MEJOR REVISTA EN SU GENERO

ecran

Es una revista chilena que debe enorgullecernos. Compre una vez ECRAN y deseará tener la colección completa.



LA PLEGARIA DEL PEREGRINO

Virgencita blanca que en noches de niño,
bordando quimeras,
surgiste en mi sueño,
tejiendo con hebras de luz y de encanto
guirrejas risueñas
de místico aliento.
Virgencita blanca que entre las plegarias
de mi madre buena
se durmió en silencio,
para que su niño siempre fuera niño...
Mas la vida aquélla, virgencita blanca,
te venció en secreto...
Y la risa alegre que nos dió la infancia
se fué poco a poco.
Pasó mucho tiempo...
Y hoy, errante, descreído, incansable peregrino
de todas las sendas, de todas las huellas,
de todos los caminos,
me detengo...
Y, hundidos los ojos de amarga desventura,
busco tu templo,
y los labios de mi fe
resacos y sedientos,
musitan tristemente
el soplo de mi ruego:
—Virgencita blanca que en noches de niño,
bordando quimeras,
surgiste en mi sueño.
Señora divina del viejo milagro...
Pálida señora del hondo misterio...
Haz que se sanen sus ojos humildes,
haz que se curen los ojos tristes,
que yo tanto quiero,
y luego, Señora,
creeré en ti de nuevo.

PEDRO JOSE GADES CASCO

(Continuación de la página 59.)

LA CARIDAD DE LOS POBRES

usted nuestros libros: hoy quince de junio, por ejemplo: veinte desayunos gratis, veinte almuerzos gratis, cuatro camas gratis.

—¿Qué almuerzos y que desayunos son esos?

—Para gentes de fuera que nos los solicitan, aparte de nuestros asilados.

—¿No cobran ustedes por las camas?

—A los que pueden pagar, sí. Ayer, por ejemplo, nos han pagado una cama: un peso. Hemos tenido un peso de ingreso en el día de ayer, pero anteayer no han pagado una cama y dos almuerzos y hemos recibido tres pesos cincuenta.

—¿Y todos los días reparten ustedes esos almuerzos y comidas gratis?

—Todos los días y vestimos como podemos a nuestros niños. Mírelos usted. Van abrigados y no están flacos.

Dos chicos se acercan a la capitana y la cogen con confianza por la mano. Se ve que son regalones. La buena mujer los besa con besos sonoros.

—Y la caridad privada, ¿no les socorre a ustedes?

—A veces, sí. Para Navidad un caballero nos trajo tres gallinas, un cajoncito con frutas, leche condensada y diez pesos. No dejó su nombre, pero sospecho quien es.

—¡Pero ustedes hacen milagros! ¡No comprendo cómo pueden hacer tanto bien con medios tan escasos! ¿Y son ustedes felices?

—¡Sirviendo a Dios se es feliz! — dice

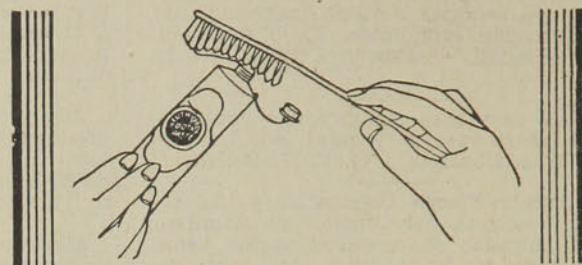
la capitana emocionada —. Claro que recibimos a menudo insultos de todo género, y eso es amargo, pero aliviar miserias es una dulce compensación. Puede usted decir que somos felices.

—La capitana se deja retratar con los más pequeños de sus asilados. Después fotografiamos, aparte, otro grupito de niños. Nos despedimos.

El Hogar de Mujeres del Ejército de Salvación está en la calle Libertad 1190. Si la iniciativa privada llevara ropas viejas o comestibles a las piadosas evangelistas, daríamos por bien empleadas estas líneas escritas, evocando el milagro de su caridad menesterosa.

M.

Dos Auxiliares de la Belleza



... un cepillo para los dientes y un tubo de Pasta Dentífrica EUTIMOL. Estas son sus dos armas más poderosas contra las caries y la capa gelatinosa que destruye la hermosura de los dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL—dos veces al día—le ayudará a conservar su dentadura sana... porque mata en 30 segundos los gérmenes de las caries dentales. Deja los dientes immaculados, blancos y pulidos.

Fórmula: Carbonato de Calcio, Azúcar, Jabón, Raíz de Lirio de Florencia, Glicerina, Salicilato de Calcio, Agua, Aromáticos.

Pasta Dentífrica **EUTIMOL**

M. R.

◆ P A R K E - D A V I S ◆

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 103), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....

Dirección.....

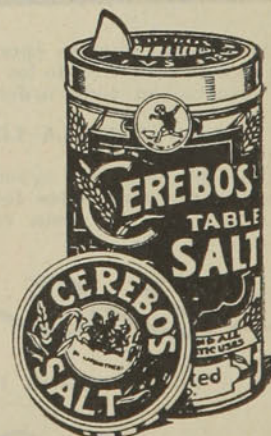
Ciudad..... Provincia.....



Discernimiento

El ama de casa elige la Sal Cerebos por su pureza absoluta. Usa menos sal y obtiene condimento uniforme. Se elimina el derroche porque la sal fluye libremente hasta el último grano. Es económica en todos sentidos.

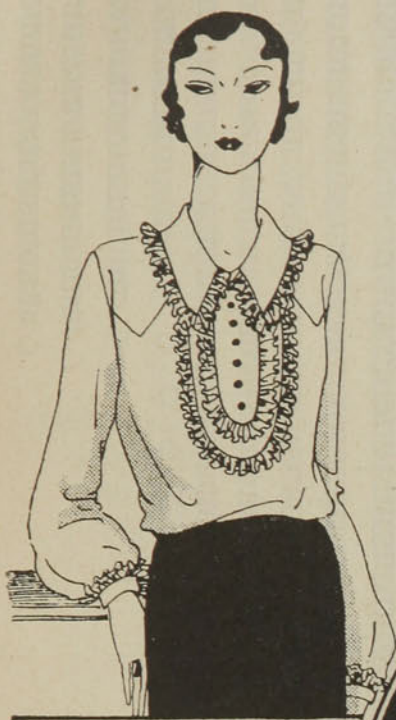
SAL DE MESA
Cerebos



En botes de 1½ y 3 libras.
con vaciador.

Producto de Cerebos Limited, Londres, Inglaterra

BLUSAS LIGERAS



Blusa de crepe georgette beige rosa. Cuello plastrón rodeada de pequeños ruches de encajes.

Blusa de crepe de Chine blanco. Canesú en punta hasta la cintura. Delantera y la parte baja de las mangas, trabajada enteramente con pequeñas alforzas hechas a mano. Nudo de terciopelo. Metraje, 2 m. 25 en 1 m.



Blusa de crepe georgette rosa. Gran cuello y puños mosquetero, adornados ambos de encaje viejo. Metraje, 2 m. 25 en 1 m.



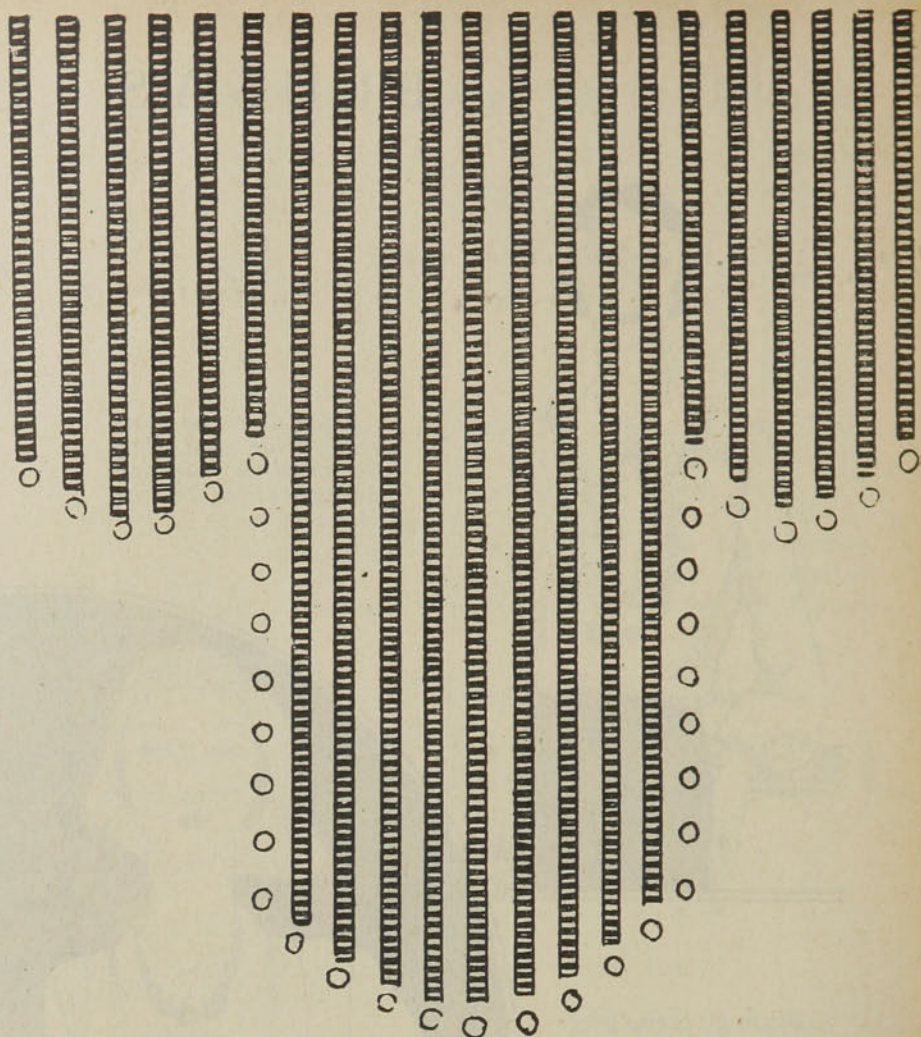
Blusa de crepe satin azul lavanda. Delantera cruzada, abotonada a un costado. Botoncitos de strass. Metraje, 2 m. 50 en 1 m.



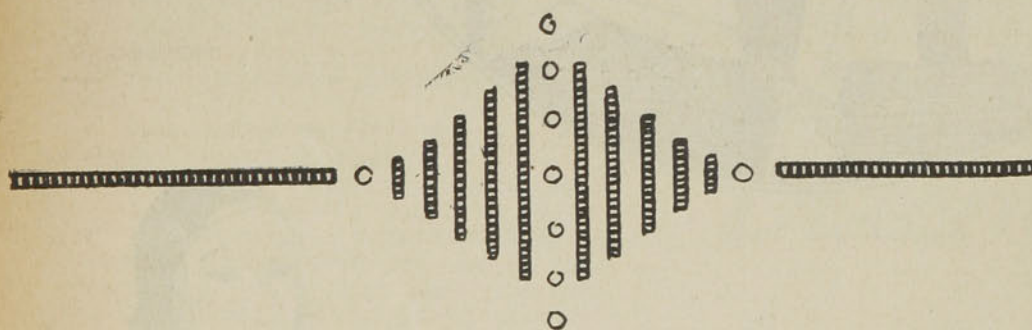
Blusa de crepe de Chine blanco, trabajada con pequeños puntos verticales, alforzas, cocidas a mano. Metraje, 2 m. 25 en 1 m.

Blusa de crepe georgette, rojo. Gran cuello flexible. Delante, una plaza de georgette, alforzas al revés y bordada con un monograma. Metraje, 2 m. 25 en 1 m.

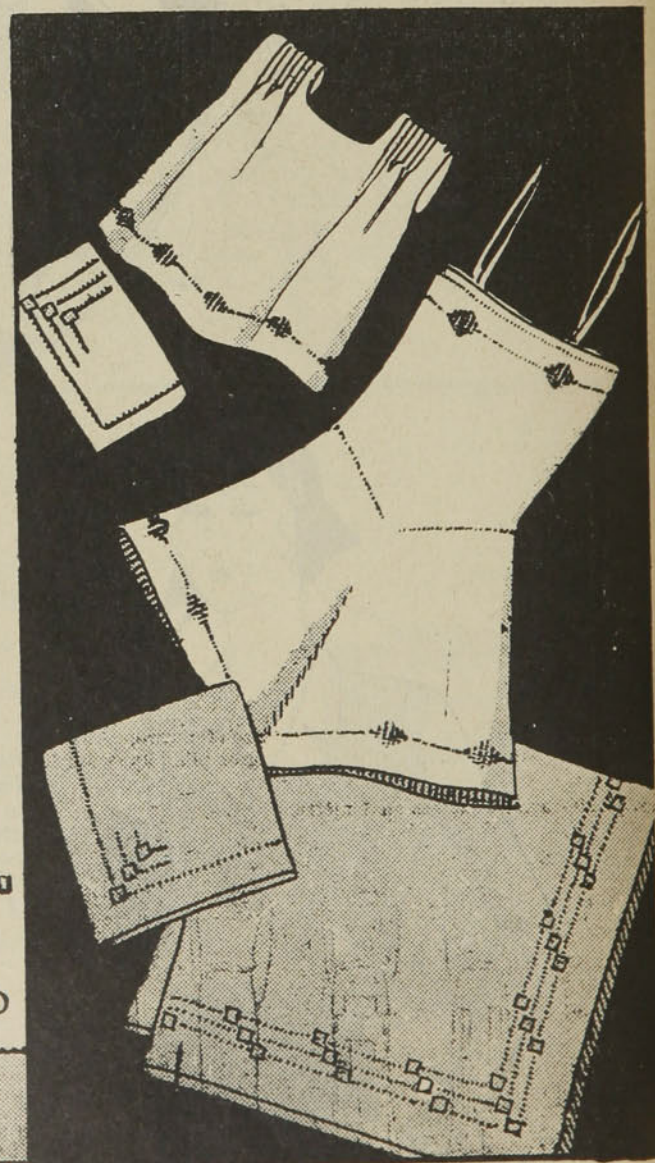
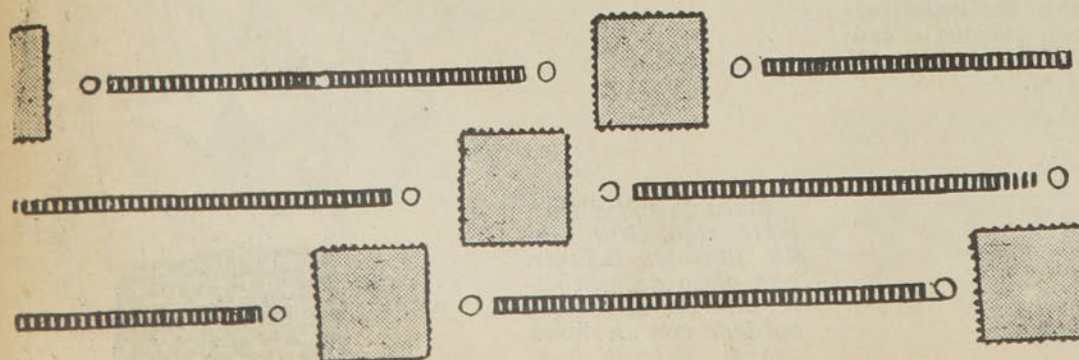


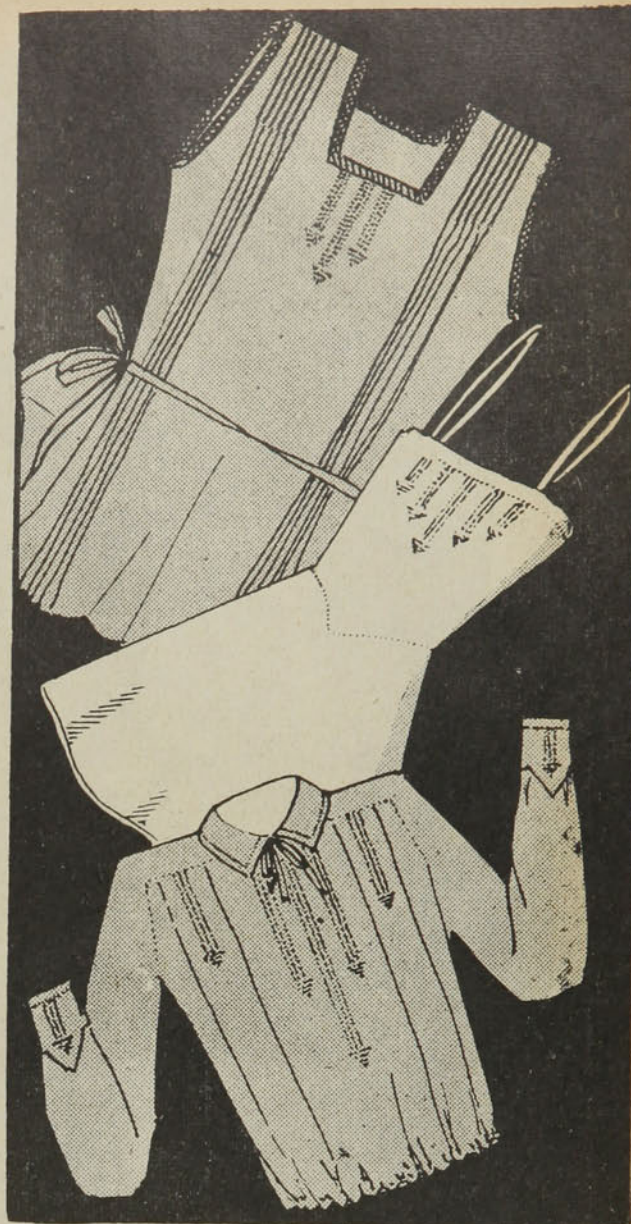
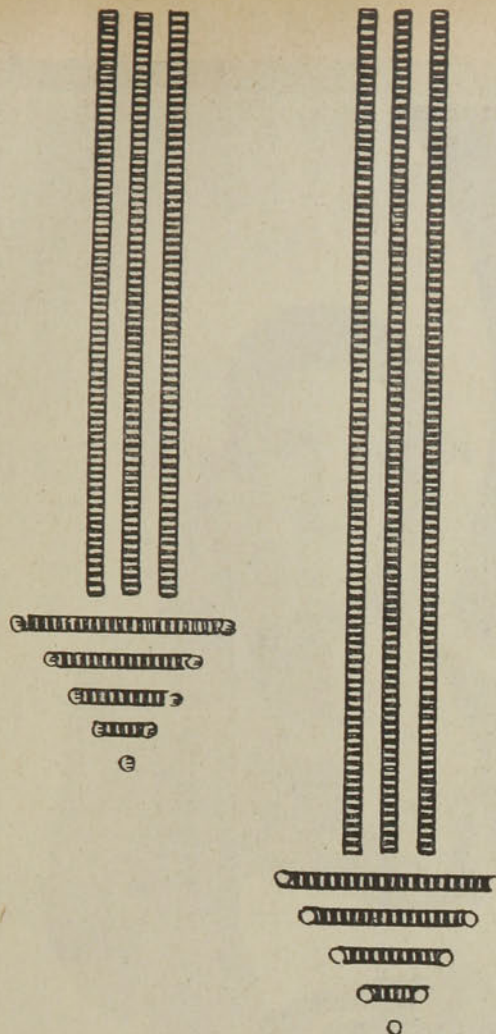


LOS DESHILADOS

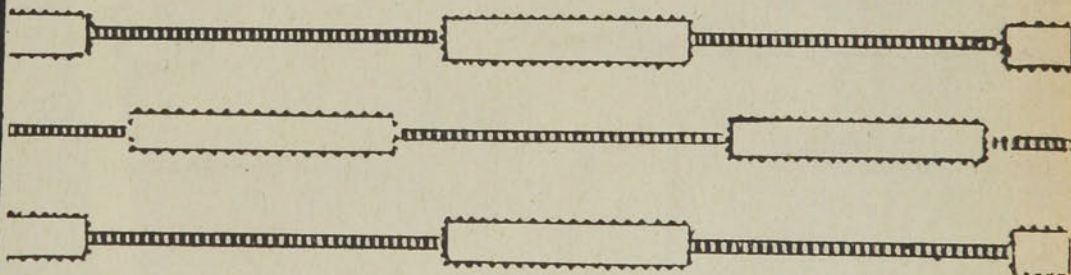


Todos estos motivos se pueden emplear en vuestra ropa de seda interior, en la ropa blanca de linón, o en las blusas de crepe de China o de tela de seda. También en los trajes de niños de telas ligeras; para los cuellitos y para los puños que hacen juego, que dan tanta frescura a las toilettes oscuras. Aquí ofrecemos tres modelos diferentes. Uno de ellos está trabajado con cuadritos muy graciosos.



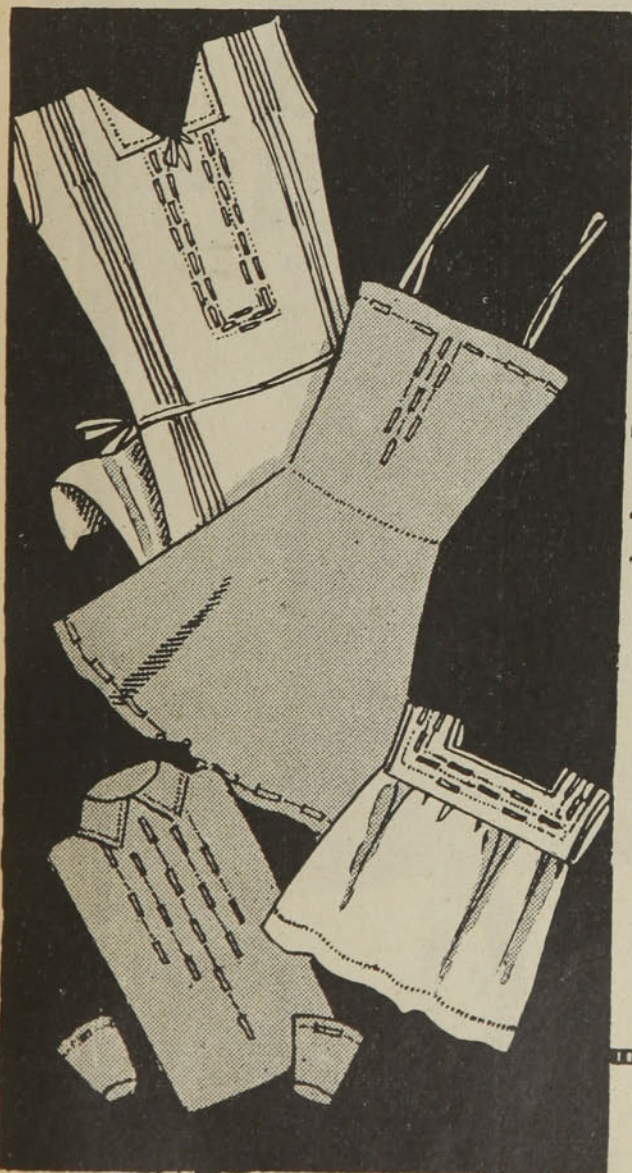
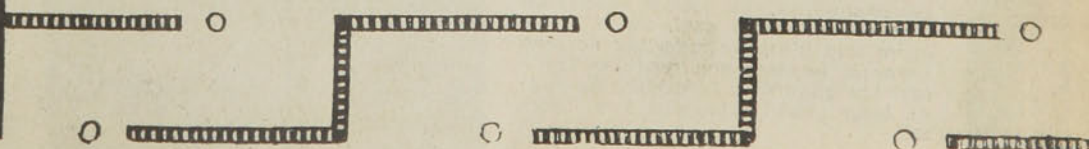


PARA LA LENCERIA



El bordado puede ensancharse todo lo que se quiera, aumentando el deshilado. He aquí un bonito plastrón para una camisa de noche. El mismo en otra forma, adorna el delantero de una camisa combinación y adorna un canesú del trajecito de un niño. También lo vemos sobre un plastrón con puños haciendo juego.

Este trabajo puede emplearse para toda clase de lencería. Lo mismo para mantelitos para el té, que para ropa interior y bonitas blusas.





PARA EL DIA, ES EL TRAJE SASTRE.—Creo que veremos reaparecer para la primavera, los trajes sastres, tan prácticos, tan sencillos, tan elegantes. En éste, azul marino, la falda, de lanilla de fantasía, ciñe estrechamente las caderas y posee la amplitud necesaria para la marcha. La chaquetita, de jersey, lleva un cinturón de cuero azul. En la falda, entra una blusa de muselina de lana naranja, impresa con pastillas blancas. Los guantes y la cartera de cuero beige, van trabajados con alforzas.

LIGEREZA, TRANSPARENCIA, SON LOS CARACTERES DOMINANTES DE ESTE TRAJE.—Sumamente juvenil e infinitamente gracioso este traje de noche en valencianas blancas, sobre fondo de muselina de seda color carne. El corto talle va adornado en su escote, de pequeños volantes que forman mangas en los hombros. La falda es larga y muy amplia. Un pequeño cinturón de floritas azules subraya el talle de este traje, tan joven y tan fresco, donde se revela una vez más el exquisito gusto de Doucet.



DESPUES DEL GOLF



JENNY

Sencillo tailleur en fondo café oscuro con rayas blancas y grandes lunares amarillos. La chaqueta y el cinto llevan dos botones amarillos.

WORTH

Chine verde jade. Adornos de tul trabajado. Cortes formando dibujos en las caderas.

PHILIPPE ET GASTON

Ensemble negro y blanco. Abrigo blanco. Un cinto de cuero rojo y blanco sobre bata a cuadros más claros.

LENIEF

que pasa entre dos patitas y grandes bolsillos dan cachet a este práctico saquito.

DESPUES DEL GOLF



WORTH

Blusa de satín blanco con cinto en satín negro anudado en un costado. Falda en crepe satín negro con los bordes en onda.

JEAN PATOU

Traje en crepe georgette azul rey, con escote bordado. Corte formando dibujos geométricos. Godets en puntas.

JENNY

Novedoso trajecito en Chine negro con cortes e incrustaciones. Corbata en georgette rosa. La falda está adornada con pespuntos y cortes.

BERNARD Y CIE.

Crepe de Chine beige. Adorno de pespuntos, ligero godet adelante y nudos en los costados.

NIÑOS Y

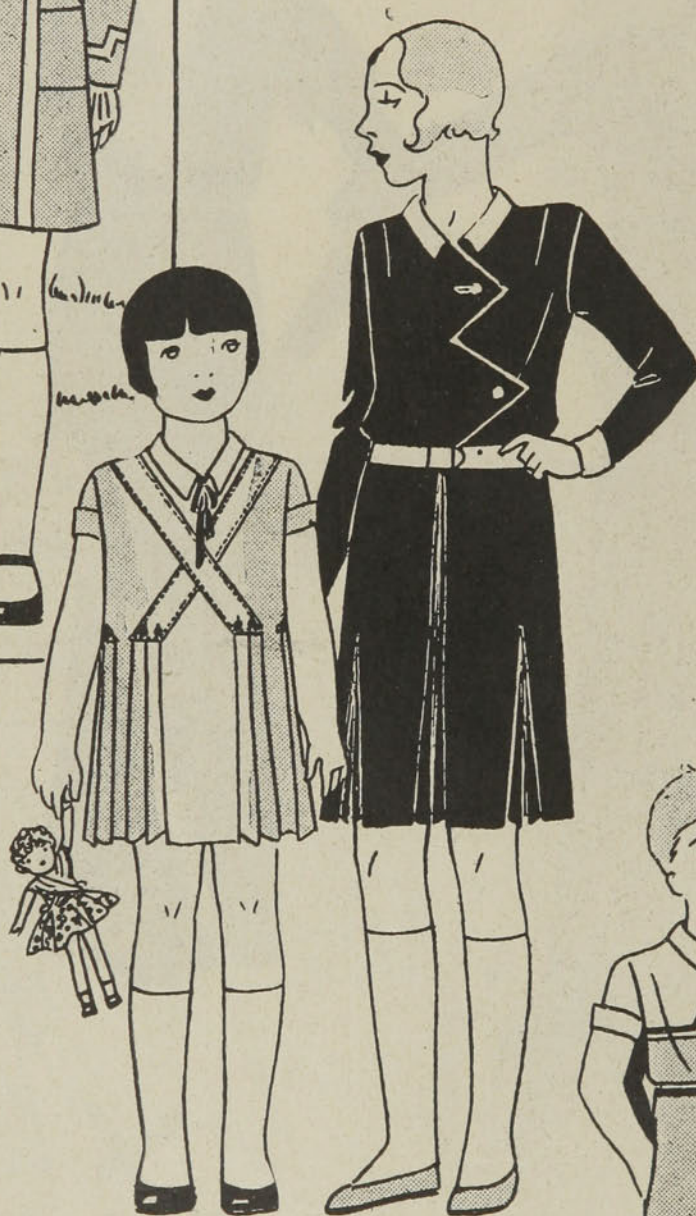
NIÑAS



Traje de tursor impreso amarillo y azul. Recortes formando un ancho pliegue redondo en el medio de la falda. Adornos de linón amarillo. Para 8 años, 1m.

70 en 0 m. 80.

Traje de niño en tela azul. Canesú de tela blanca, subrayado con un galón de tela marina. Para 3 años, tela blanca, 0 m. 60. Tela blanca, 0 m. 40.

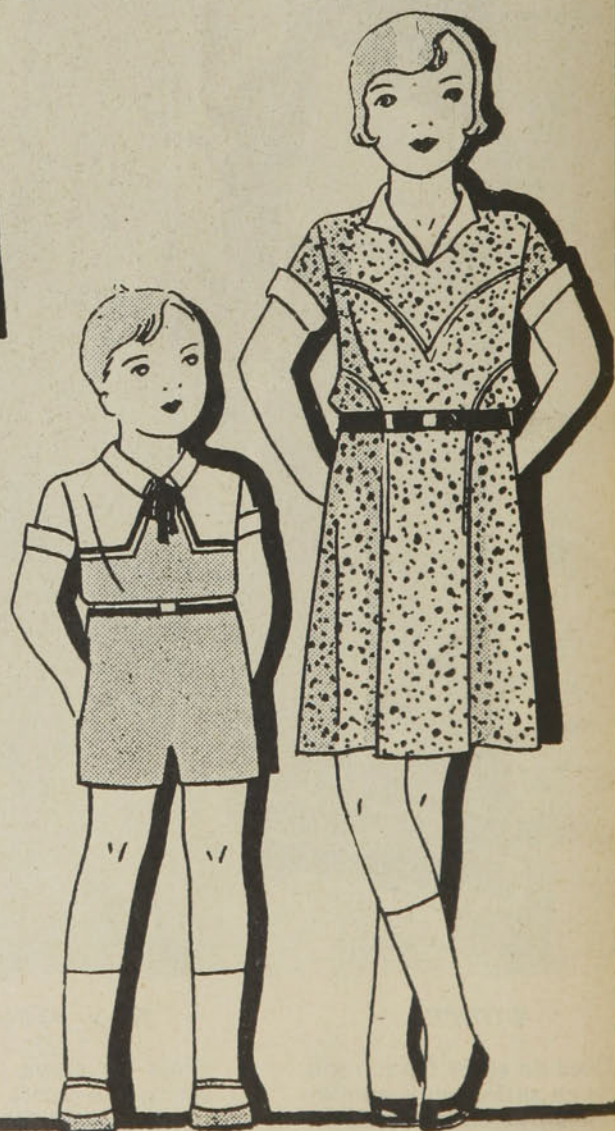


Abriguito de drap azul duro. Cintura alta. Para 6 años. 1 m. 50 en 1 m. 40.

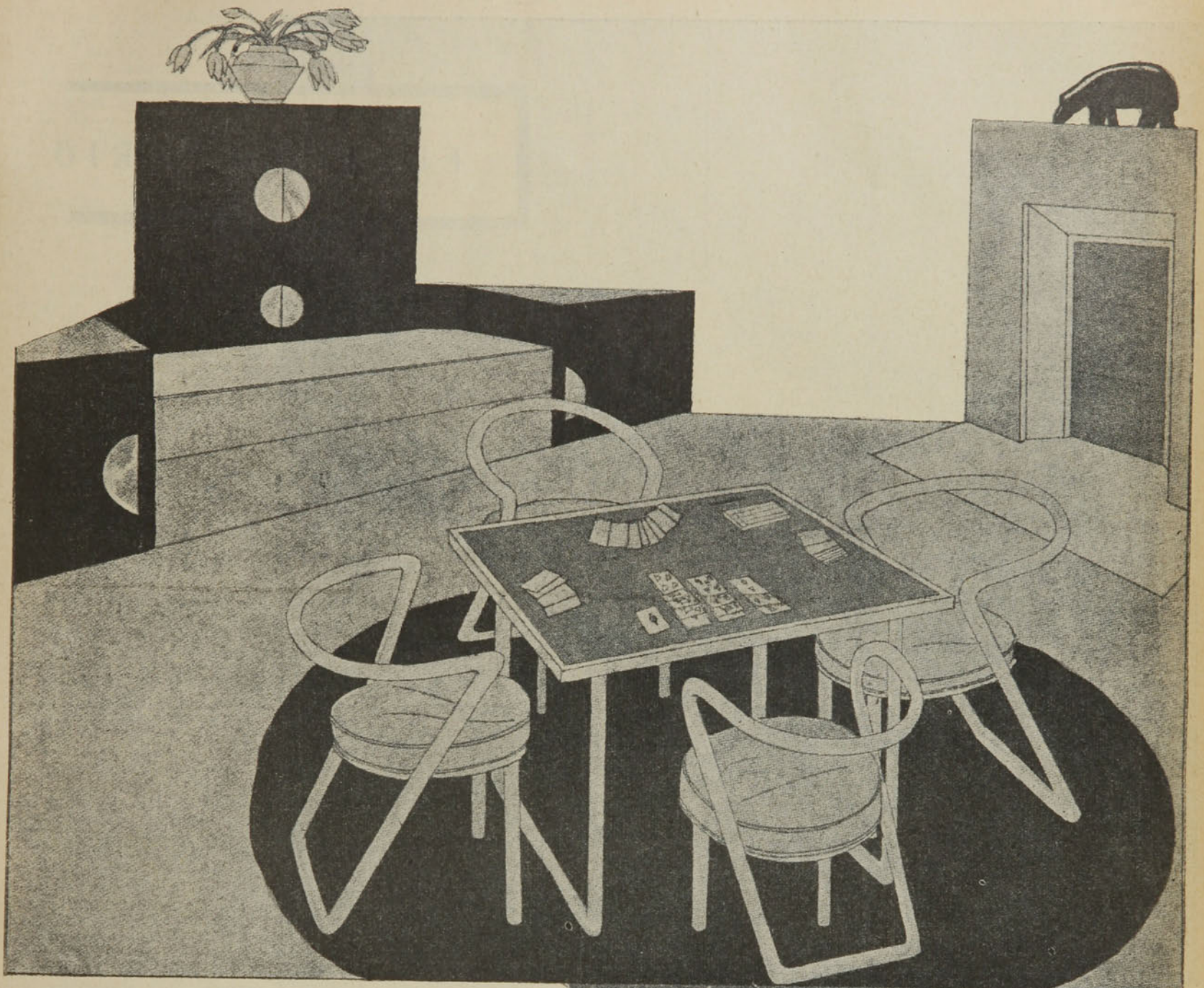
Abrigo de cheviot amarillo, incrustado con paño blanco. Para 8 años, 1 m. 70 en 1 m. 40.

Traje de marroccaine de seda verde pálido. Bandas cruzadas de la misma tela, de las cuales parten grupos de pliegues lisos. Pecherita de georgette blanco. Para 4 años, 1 m. 30 en 1 m.

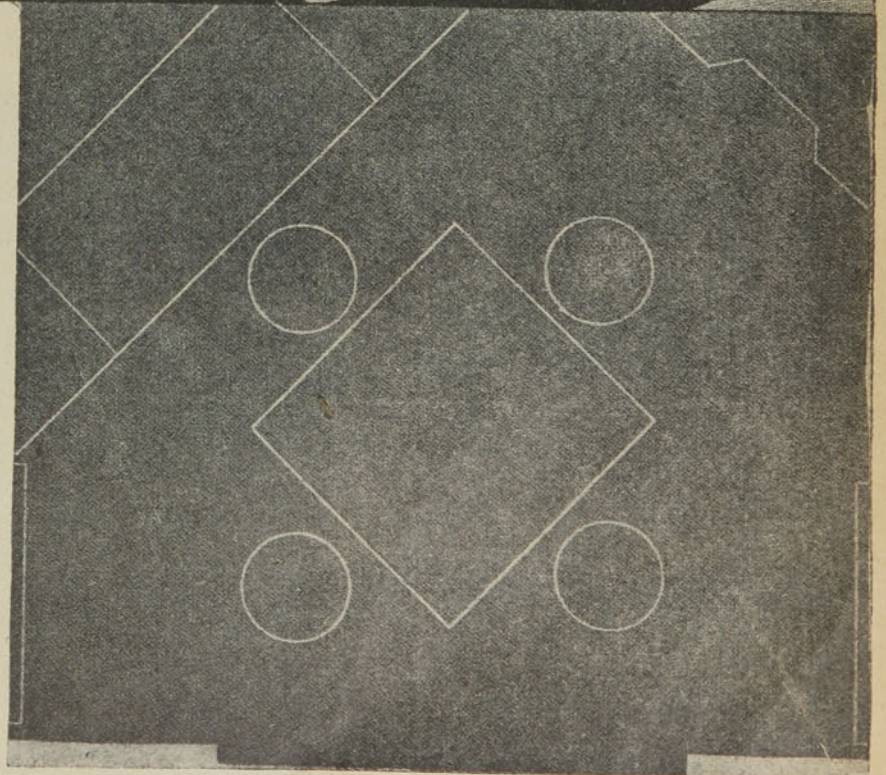
Traje de popelina de seda roja, recortado en puntas en la blusa. Adornos de piqué de algodón blanco. Pliegues dobles en la falda.



SALITA PARA BRIDGE

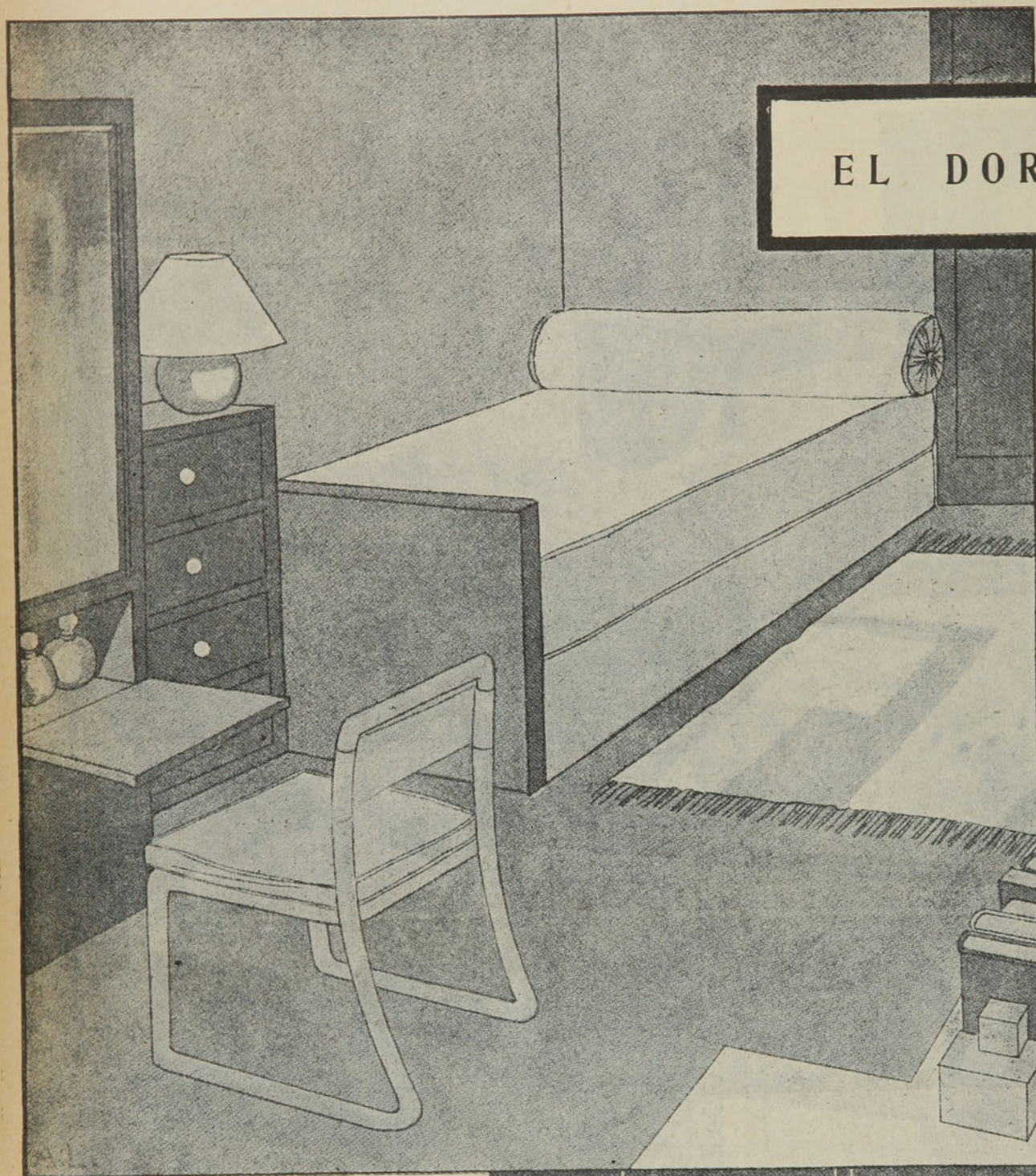


Para esta encantadora y elegante salita de bridge, se ha utilizado una pieza pequeña y cuadrada, que tiene una gran ventana, dos puertas y una chimenea en ángulo. En el otro ángulo, hay un diván con respaldo de madera y en cada lado lleva dos pequeños veladorcitos triangulares. El fondo está formado por una especie de pequeño buffet, que estará reservado para el cocktail.

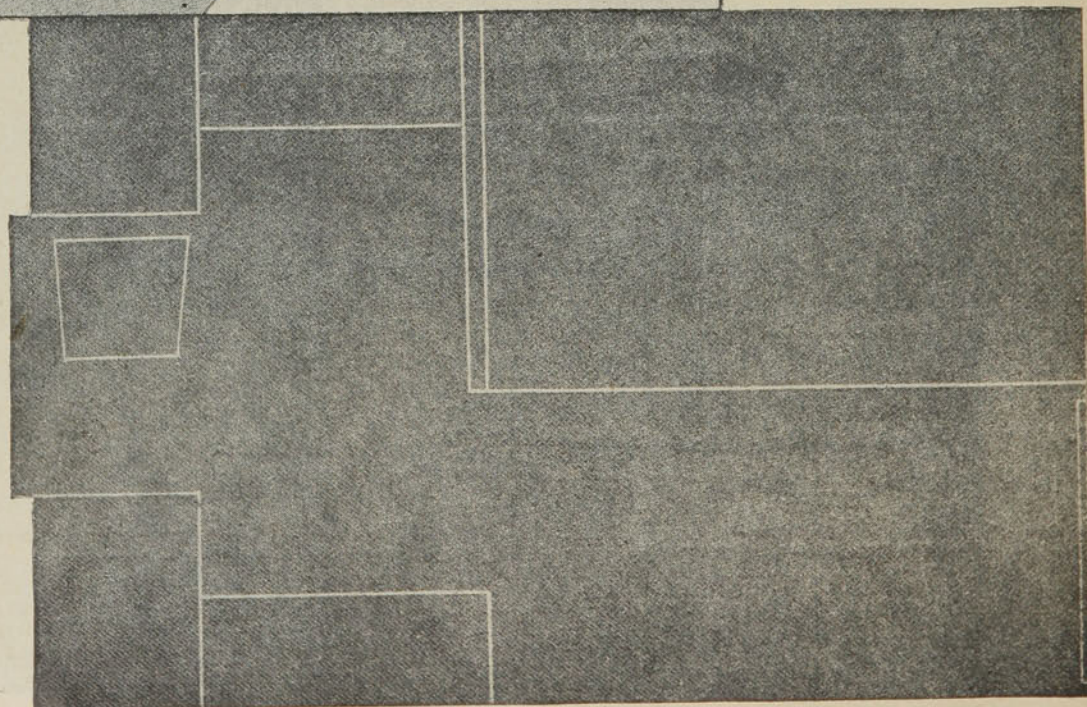


EL ARTE DEL ARREGLO

EL DORMITORIO



Si alguna amiga, nos escribe, diciéndonos que vendrá a pasar unos días en nuestra casa, podemos transformar cualquier habitación por chica y angosta que sea, en un cuartito encantador. Aquí por ejemplo hemos colocado el mayor número de muebles, en un espacio reducido. Los ángulos de cada costado de la ventana están ocupados: el uno por un armario tocador y el otro por un baúl bastante bajo, prolongado por una biblioteca. Creo que con esta buena disposición de los muebles habremos salido de apuro y proporcionado a nuestra amiga alguna comodidad.



PARA LAS MAMAS

El destete es la cesación de la alimentación, que el pecho de la madre da al hijo. El amamantamiento mixto, en que el biberón substituye a esta alimentación dos o tres veces por día en caso de una nodriza insuficiente, es ya pues, como ha dicho el doctor Wallich, un semidestete, fórmula afortunada que nos recuerda que el destete nunca debe ser brusco.

Existe, en efecto, para el niño un período crítico que ha de salvarse. Hasta el paso brusco del amamantamiento maternal al artificial en caso de grave enfermedad o muerte de la madre, en el transcurso de los primeros meses, no se hace sin algunas dificultades. A veces es necesario, al principio, hacer tragar al niño la leche de vaca, dada a cucharadas al principio y casi por fuerza apretándole las narices. Los desórdenes digestivos no son raros en los primeros días. Al contrario el amamantamiento mixto es siempre bien aceptado, pues la leche de mujer ayuda mucho, como he dicho, a la asimilación de la leche de vaca.

La transición se prepara en los últimos meses del primer año, reemplazando una, después dos tetadas por papillas harinosas azucaradas, progresivamente espesadas, siguiendo las reglas que he indicado en el artículo anterior.

¿A qué edad deberá ser destetado el niño?

No hay ningún inconveniente en prolongar el amamantamiento hasta catorce y aun quince meses, si el niño se desarrolla bien, si aumenta regularmente en peso y si la madre no sufre debilidad alguna en su salud. Hay países, como por ejemplo, Cuba, en que los niños son amamantados hasta los tres años, cosa que no merece sino un relativo reconocimiento, porque en realidad las madres se figuran que durante este tiempo se hallan más al abrigo de un nuevo embarazo. No puede aconsejarse a las madres jóvenes un poco delicadas, sobre todo a las que viven en la ciudad, un amamantamiento demasiado largo. La secreción láctea acarrea en la nodriza una pérdida grande de sales minerales y hace, como muchas veces se ha observado, el terreno propicio a la tuberculosis. En este caso se puede suprimir el amamantamiento por un año. La prolongación de la nutrición maternal estará justificada si el destete acaece en tiempo del calor o en la crisis dentaria, épocas en que el tierno infante está siempre expuesto a disturbios digestivos, algunas veces graves en el primer caso.

Por otra parte, el valor nutritivo de la leche materna va disminuyendo con el tiempo, lo cual justifica el predominio progresivo del biberón y de las papillas.

Para el destete definitivo es suficiente parar el amamantamiento y comprimir el seno durante algunos días para que la secreción acabe por sí misma. Las purgas que en este caso son tradicionales son del todo innecesarias. Si la producción de leche persiste será suficiente bañar mañana y tarde el pezón con una solución de cocaína o embadurnarlo con pomada del mismo producto a fin de que quede adherida. Si el niño protesta y pide el pecho se llega a hacerlo aborrecer pintando el pezón con cuasia amarga que es preferible al acibar que provoca cólicos.

El peligro que debe evitarse en el destete es la sobrealimentación.

En toda edad existe siempre más peligro para el niño en sobrepasar la dosis necesaria que en quedarse en un punto de menos. Si se peca un poco en este último sentido, el paro del peso progresivo nos advierte de ello sin que por ahí

BLASON

El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
y del asa de un ánfora griega,
es su cándido cuello que inspira,
como prora ideal que navega.

Es el cisne de estirpe sagrada
cuyo beso, por campos de seda,
ascendió hasta la cima rosada
de las blancas colinas de Leda.

Blanco rey de la fuente Castalia,
su victoria ilumina el Danubio;
Vinci fué su barón en Italia;
Lohengrin es su príncipe rubio.

Su blancura es hermana del lino,
del botón de los blancos rosales
y del albo toisón diamantino
de los tiernos corderos pascuales.

Rimador de ideal florilegio,
es de armiño su lírico manto,
y es el mágico pájaro regío
que al morir rima el alma en un canto.

El alado aristócrata muestra
lises albos en campos de azur,
y ha sentido en sus plumas la diestra
de la amable y gentil Pompadour.

Boga y boga en el lago sonoro
donde el sueño a los tristes espera,
donde aguarda una góndola de oro
a la novia de Luis de Baviera.

Dad, Condesa, a los cisnes cariño,
dioses son de un país halagüeño
y hechos son de perfume, de armiño,
de luz alba, de seda y de sueño.

RUBEN DARIO.

sobrevenga en general desorden alguno. Pero, si al contrario, se peca por exceso, uno se peca, después de un período engañoso, durante el cual el niño engorda rápidamente y parece que gana mucho, que sus delicados órganos digestivos se fatigan, aparecen la diarrea y



UNO DE LOS GUARDIAS.—¿Dónde vas con ese borrico?
EL GITANO (haciéndose el loco).—¿Qué borrico?

la gastroenteritis. Entonces el peso disminuye bruscamente porque la asimilación se ha suspendido. El error fatal, por desgracia cometido a menudo, consiste entonces en creer que el niño «pierde por falta de alimentación» y en llevarle aún más. Si el médico no interviene a tiempo imponiendo la dieta absoluta a pesar de las protestas de sus padres alocados, entonces la muerte es segura. Entiéndase bien que este error nos cuesta cada año miles de niños.

La alimentación del niño después del destete se compondrá, exclusivamente y durante mucho tiempo, de leche e hidrocarburos, esto es, de harina, azúcar y grasas (manteca); estos son los verdaderos elementos que fomentan el crecimiento. Las carnes son siempre inútiles y lo más común dañosas hasta los tres años. Es preferible hacerlas entrar en el régimen alimenticio lo más tarde posible y los más hermosos niños que yo haya visto, no han probado carnes antes de los cinco, seis y hasta diez años. El desarrollo de la dentición que aquí se toma como un guía no es más que un engaño.

Los huevos mismos, por más que contengan reserva alimenticia en materias grasas y sales útiles no deberán intervenir en el régimen hasta después de los dos años y preferible que sean bajo la forma de incorporación a una sopa que se hará hervir mucho tiempo, antes que suministradas crudas o pasadas por agua. No deberá olvidarse jamás que los huevos son uno de los factores más ordinarios de la enteritis en esta edad, aun cuando estemos muy seguros de su origen. Muy a menudo infectados antes, dentro mismo de su cáscara sin duda alguna, no son verdaderamente inofensivos sino después de una buena esterilización. Pero, bien entendido que todo lo dicho no quiere decir una formal prohibición, sólo pretendo poner en guardia contra la costumbre frecuente de dar a los niños uno y hasta dos huevos pasados por agua cada día antes de los dos años.

La leche misma, por razón de su riqueza en caseína, deberá suministrarse con medida, como si pudiese ser otra cosa más que provechosa. La leche hasta es el factor más común de la sobrealimentación inconsciente. Doscientos gramos de leche con una cucharada de harina equivalen a trescientos gramos de leche, lo cual constituye una comida bastante fuerte. Es preferible no emplear más que leche mezclada con la mitad de agua. El abuso de la leche conduce al estreñimiento y a la enteritis mucromembranosa y aun al raquitismo.

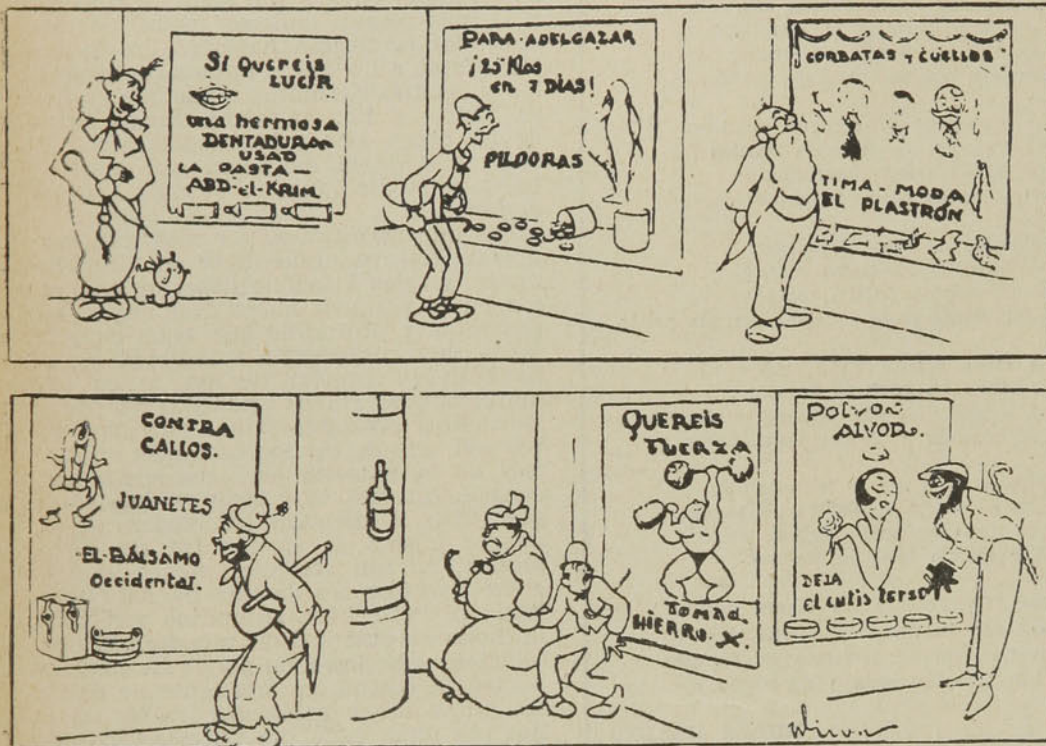
Las mismas harinas, verdaderas bases del régimen deberán suministrarse con no menos discernimiento. La gama es muy extensa. La de cebada es la que se soporta mejor en todas las circunstancias; después viene la de trigo, la más rica en ázoe— la de arroz, más pobre, es preferible en la diarrea; la avena, la más rica en sales minerales que favorecen el crecimiento y en celulosa, es preferible si hay estreñimiento— sin hablar del arrow-root, de la tapioca y de innumerables harinas compuestas que ofrece el comercio.

La cucharada de harina se desleirá por de pronto con un poco de agua fría, para evitar los grumos y después se tirará en la leche hirviendo. La ebullición se mantendrá durante lo menos diez minutos agitándola sin cesar con una cuchara. Se le añadirá azúcar, (glucosa sería preferible porque no exige modificaciones químicas en el intestino) un poquitín de sal y hasta un poco de manteca, sobre todo si hay estreñimiento.



Bromas

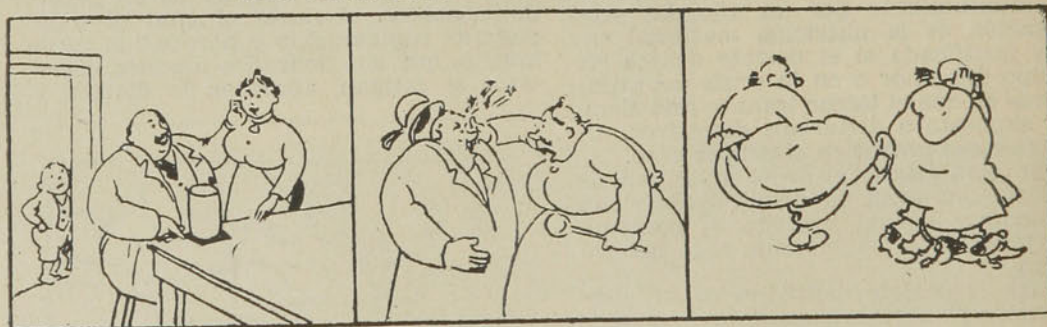
PROPAGANDA INUTIL



UN TESTARUDO

—¿Llevar boina yo? ¡No, hombre!... Me he empeñado en llevar sombrero, y sombrero llevaré hasta que me muera. ¡Cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza!...
—¡Qué más quisiera usted!...

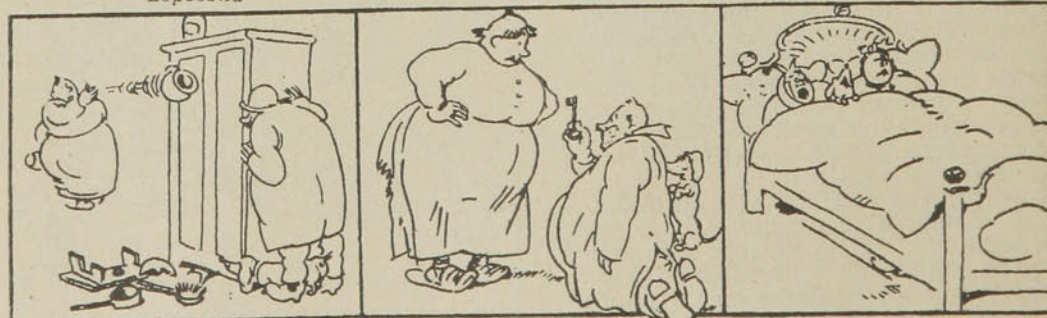
GUERRA DOMESTICA



Relaciones amistosas del estado de Maridón con uno de los estados vecinos, observadas por un espía de Esposona

Las primeras hostilidades, después del relato del espía

Retirada



La artillería batiendo una posición protegida

La derrota

La paz

Don Benito Pérez Galdós, en las post-trimétrías de su ilustre vida, trabajaba con su secretario, al cual dictaba sus novelas. En cierta oportunidad, hospedándose María Guerrero y el gran novelista en el mismo hotel de Barcelona, la primera envió a una camarera para que le preguntara a don Benito si quería acompañarlos al teatro.

La doncella volvió diciendo:

—Están escribiendo uno de esos dramas que ellos hacen...

—No— corrigió la Guerrero:— quien escribe es don Benito.

Entonces la camarera, que había visto y oído cómo dictaba Galdós, replicó, sonriendo:

—¡Vaya, señorita! El bueno de don Benito no hace más que hablar. ¡El que escribe es el otro pobre!

— ★ —

Colocaron a uno de auxiliar en el Ministerio de la Gobernación.

Al día siguiente se presentó el sastre con la cuenta, que hacía mucho tiempo no podía cobrar.

—Nada más justo que pagar a usted.

—¡Tanto favor!

—No hay favor: a cada uno debe dársele lo suyo.

—¿Conque por fin cobraré?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo?

—¿Cuándo? ¡Hombre! ¡Es usted muy curioso!

EL SECRETO

**POR
HUGO CONWAY**

Sin embargo, la hermosura de France nada tenía de altiva, como tampoco se notaba frialdad alguna en sus maneras y en su trato. Era ante todo una mujer cariñosa, de leal corazón, con suficientes rasgos femeniles para atraerse el amor de las personas de su propio sexo. Pocos momentos le bastaron para conquistarse la simpatía de todos con su encantadora farnqueza. ¿Cansada del viaje? ¿Retirarse a descansar? Nada de eso. Lo único que deseaba era cambiar de traje, bañar su cara en agua fresca y sobre todo que le dieran de comer. Media hora después se sentaba a la mesa con sus amigos, tan lozana, vivaz y dispuesta como al salir de Dieppe aquella mañana.

Había estado en continua correspondencia con ellos, de suerte que conocían todos los detalles de su permanencia en Milán. Habló de su viaje y de lo bien que había sabido componerse para efectuarlo sola. Las dos hijas de Trenfil la miraban con respeto creciente al pensar en el valor que había desplegado para venir de tan lejos sin la menor protección. El abogado volvió a pedirle perdón por no haber podido ir a esperarla a París, y Carlitos, el hijo, suspiró al pensar que bien pudo su padre haberlo comisionado a él para tan grata tarea, y se dijo que en toda su vida no volvería a presentársele una ocasión semejante.

—¿Es decir que se detuvo Ud. algún tiempo en París? preguntó el señor Trenfil.

—Sí, diez días. Tenía algunos asuntos que atender allí.

—¿Dónde paraste? le preguntó a su vez la hija mayor, convencida de que una joven que se atrevía a quedarse sola en aquella ciudad poseía un valor superior a su sexo.

—En una casa de huéspedes muy selecta, muy tranquila y muy fastidiosa. Como que casi no había allí más que viejos, así señoras como caballeros. Pero todos fueron buenísimos conmigo.

—Pero vamos a ver, dijo el señor Trenfil, ¿se puede saber qué clase de asuntos tenía Ud. en París? Por que hasta que Ud. me deje cesante yo continúo siendo su consejero legal y tengo el derecho de pedir explicaciones ¿eh?

—Pues en París me gasté un dineral, amigo mío, y sepa Ud. que eso es todo lo que me propongo decirle y no hay más explicación que valga.

—¡Hola! ¿Con que tan caras son allí las casas de huéspedes?

—¡Ah, tonto! dijo su esposa; ¿no adivinas qué importante asunto es ese de que habla?

—Ni remotamente; pero espero que todo saldrá a pedir de boca.

—Perfectamente, contestó Frances. ¡Oh, son hermosísimos! ¡Uno de ellos sobre todo es ideal, delicioso!

Gran conmoción entre las señoras al oír tan interesante anuncio.

—¿Cuándo los veremos? ¿Los has traído contigo? preguntó una de las jóvenes.

—Están en mi equipaje y creo que éste ha llegado ya. Los veremos mañana y me los probaré todos.

Las lectoras comprenderán el placer con que era esperado aquel mañana.

—¡Ah, vamos! exclamó Trenfil. Se trata de vestidos.

—No, señor, de obras maestras, de poemas, de maravillas artísticas.

—Por supuesto. Pero en fin, Ud. es joven y no pudo resistir a la tentación. Y en eso se gastaron los dineros. Corriente. ¿Apuesto a que costarán un ojo de la cara?

Frances se echó a reír, sacó su portamonedas y vació sobre la mesa todo su contenido, dos o tres monedas de oro.

—Vea Ud., dijo, lo único que me queda de todo el dinero que Ud. me mandó.

—¡Aprieta! ¡Vaya una manera de gastar! De seguro que me echa Ud. a perder a mi mujer y a mis hijas con tal ejemplo.

—No. Hago como el jugador que arriesga una crecida apuesta; o mejor dicho, soy una mujer que invierte su capital. Si mis cálculos salen fallidos no sé qué haré con mi flamante guardarropa. Desde ahora se lo ofrezco a su buena esposa, prometiendo hacerle una gran rebaja.

—¡Ah, no! exclamó Trenfil. Los fracasos no se han hecho para Ud. Sin contar con que aun sin carrera artística tiene Ud. lo suficiente para vivir. Ahora ya no habrá dificultades para reclamar la herencia de su padre, y en ello nos hemos de ocupar desde luego.

Frances se entristeció. El único dolor de su vida era aquel fin misterioso de su padre. Jamás había cejado en su propósito de buscar a Jorge Manders y obligarle a hablar. Sabía que Trenfil no había obtenido noticias suyas, pero no dudaba que tarde o temprano ella descubriría su paradero.

Las señoras pasaron a la sala, donde Trenfil prometió reunirseles muy pronto, en seguida que acabase de fumar un cigarro más pequeño que de costumbre, dijo, porque se hacía tarde.

El joven Carlos, que le hizo compañía, no pudo estar quieto un momento y acabó por pedirle permiso para irse a la sala con las señoras. Trenfil le miró con sonrisa bondadosa, aunque algo irónica.

—Digo, Carlitos, hijo mío, oye el consejo de la experiencia y no te enamores de la señorita Boucher.

Carlos se ruborizó y bajó la vista, confuso y sorprendido de que su padre pudiese leer tan claro sus más ocultos pensamientos.

—Es una joven tan buena como hermosa y tú eres un muchacho muy aceptable. Me siento orgulloso de tí, pero ten muy en cuenta que según todas las probabilidades ella verá a sus pies, dentro de pocos meses, a lo más escogido de la buena sociedad; que su nombre será famoso en toda Inglaterra. Conque piensa bien las esperanzas que puedes tener, y como te digo, no vayas a enamorarte de ella.

—No lo haré, si está en mí el evitarlo, dijo Carlos muy contrito.

—Tienes que evitarlo. Si noto síntomas alarmantes, te advierto que te tendré en la oficina hasta las nueve de la noche sin faltar un día, con buena copia de arrendamientos, contratos de compraventas, poderes y demandas, y te enviaré a casa tan cansado que te darás por bien servido con meter-te en cama cuanto antes. Ya estás prevenido; ahora, ve a la sala, si gustas.

Así lo hizo y se halló en ella muy fuera de su centro, por cierto pues su madre y hermanas anticipaban el placer del día siguiente oyendo una descripción detallada de los famosos vestidos. Sería injusto acusar a Frances y sus amigas de frivolidad; lo más derecho sería culpar al autor por describir a las mujeres como son, aún las mejores y más inteligentes. Baste recordar que se trataba de varios trajes venidos directamente de los talleres de uno de los grandes árbitros de la moda parisiense, para comprender lo que pasaba en aquella casa, donde las mujeres estaban en decidida mayoría.

Pero su conversación se vió interrumpida muy pronto por un violento campanillazo, seguido de grandes golpes en la puerta de la calle. La señora Trenfil se quedó estupefacta. ¡Visitas a semejante hora! ¿Quién podría ser?

¿Quién sino el amable Herr Kaulitz, presa de la más profunda emoción, que parecía haber invadido hasta sus inseparables anteojos repartiéndoles inusitado brillo? Entró, apenas anunciado, y siempre cortés comenzó por pedir perdón a la señora de la casa.

—¡Ah, querida señora, Ud. me dispensará! exclamó tomándole la mano. No he podido evitarlo. Sabía que la señorita Boucher llegaría hoy, esta noche. Perdón mil veces. Imposible dormir sin verla.

Cumplido aquel deber, corrió a Frances y le estrechó las manos de la manera más vigorosa. Ella se alegró sinceramente de volver a verlo; cada una de aquellas bienvenidas afectuosas que recibía en Inglaterra le causaba verdadero placer. Hizole pues sentar a su lado, le preguntó por su salud y sus progresos, por la acogida que había dispensado el público a las composiciones con que él se había dignado favorecerlo; y no olvidó elogiarle y darle las gracias por algunas que el buen profesor le había enviado a Milán. En una palabra, estuvo con él atenta, cariñosa. Sin embargo, el maestro no tardó en parecer inquieto, moviéndose sin cesar en su asiento, limpiando una y otra vez sus espejuelos, alborotándose el cabello aun más de lo que solía estarlo de costumbre y lanzando repetidas miradas a un lado de la sala. Estaba tan nervioso como el amante que se prepara a pedir la mano de su adorada. Era tal su desasosiego que la señora Trenfil y sus hijas se dirigieron algunas miradas, como preguntándose si al buen alemán le iría a dar un súbito ataque de locura. La misma Frances le miró interrogativamente, obligándole a ruborizarse y a decir en voz baja:

—¡Ah, si me atreviese! Pero no, después de tan largo viaje no estaría bien.

—¿Atreverse a qué, mi buen amigo? preguntó Frances.

—Se lo he oído decir a muchos, a todos. Escribo a éste y me contesta: “¡Admirable!” Pregunto al otro y exclama “¡Portentosa!” Y todos están de acuerdo. Yo me desespero por oírlo con mis propios oídos. Pero no puede ser; ¡es muy tarde!

Había tal acento de abnegación y sacrificio en las últimas palabras, que Frances se echó a reír alegremente.

—Lo que Ud. quiere es oírme cantar. ¿No es así?

—¡Ah, no! Sería cruel esta noche.

—Pues ya lo creo que lo sería, dijo la señora Trenfil. Nada, Herr Kaulitz, la deja Ud. tranquila esta noche y queda Ud. invitado a venir a oír la cantar mañana.

—Sí, me iré y volveré mañana, dijo el infeliz, con una cara como la de un mártir. Buenas noches.

—¡Qué tontería! exclamó Frances. ¿Yo cansada? A ver, Herr Kaulitz, venga Ud. al piano y toque el acompañamiento que guste.

El hombrecillo la obedeció regocijado.

—Es Ud. un angel, demasiado buena; ¡pero deseo tanto oírlo!

Sentóse al piano y recorrió el teclado.

—¡Hola! dijo a la señora de Trenfil, lo ha hecho Ud. afinar. Tanto mejor.

Sin añadir palabra, preludió el aria de las Joyas, de Fausto, y miró a Frances, que hizo una señal de asentimiento.

Era Herr Kaulitz uno de los mejores acompañantes del mundo. Cuanto menos se diga de sus composiciones originales, tanto mejor. Pero sabía enseñar música y acompañaba a un artista como nadie podía hacerlo. Ni seguía al cantor, ni le precedía; le acompañaba. Siempre que podía tenía la costumbre de observar el rostro y en especial los labios del cantor o cantatriz; y en aquella ocasión al contemplar a Frances, al verla ensanchar el vigoroso pecho y al oír su voz, que se elevó con fuerza y pureza que aun él, su gran admirador, apenas creía posibles, su emoción fué tal que estuvo a punto de sucumbir a ella y suspender su acompañamiento. Logró terminarlo, sin embargo, tan magistralmente como lo empezara; y cuando cesó aquella armonía dulcísima, cuando la habitación quedó como vacía y sin vida ni color al faltarle el encanto de aquella portentosa voz, Herr Kaulitz saltó de la banqueta del piano, abrazó estrechamente a la gran cantatriz y estampó dos sonoros besos en sus mejillas. Por sorprendente que fuese aquel acto, no se ofendió la joven; comprendía perfectamente lo que significaba, sabía que el entusiasmo había enloquecido al anciano profesor, y sabía también que aunque ella hubiese sido la mujer más fea del mundo, su saludo hubiera sido idéntico; que no la besaba a ella, sino a su voz. Mucho le agradó aquel fallo, porque Herr Kaulitz había oído y juzgado a todas las reinas del canto de su época.

La agitación del maestro era demasiado profunda para permitirle expresarse en inglés; así fué que dió libre curso a sus felicitaciones en alemán, en una rápida sucesión de frases guturales, intercaladas de exclamaciones tan resonantes, que cuantos las oían parecían imaginarse que la pobre Frances estaba recibiendo impávida un chaparrón de invectivas violentísimas. Como final soltó el hombrecillo una retahíla de participios e infinitivos que no había más que oír y que aturrulló a todos los presentes. Después sacudió energicamente ambas manos de la artista, y haciendo un esfuerzo pudo volver a expresarse en su avariado inglés, excusándose con toda modestia por las libertades tomadas.

—Pero ella comprenderá, sí, ella comprenderá, decía dirigiéndose a los demás, que yo no he saludado a la mujer, sino a la artista.

—Poco lisonjero es eso para mí personalmente, Herr Kaulitz, dijo ella sonriéndose, por mucho que lo sea para la cantatriz.

—¡Oh, no! exclamó su admirador; yo no puedo lisonjearla. Está Ud. por encima de todas las lisonjas, como mujer y como artista.

Frances se inclinó con cómica modestia.

—Y ahora, recójase Ud. No debió haber cantado esta noche, ni aun para mí. Yo me voy ahora mismo y ella tiene que retirarse a descansar, continuó, dirigiéndose a la señora Trenfil. Sólo pensar que se haya excedido algo, que puede enfermarse... ¡Oh, sería terrible!

Presa de sus remordimientos, se retiró tan rápidamente como había entrado. La señora Trenfil insistió en que se siguieran los consejos del maestro y Frances la obedeció con gusto, porque en realidad la jornada empezaba a parecerle larga.

Pero tardó algún tiempo en conciliar el sueño. Decíase que estaba ya en Inglaterra y que se acercaba el día para ella tan solemne de su estreno. No comprendía ni aceptaba tér-

mino medio entre una victoria completa y un fracaso definitivo. No se había dedicado a su arte para ganar dinero como cantatriz de segundo o tercer orden; aspiraba a un lugar tan alto que su propia temeridad la asustaba a veces, pero con nada menos hubiera quedado satisfecha. Lo que muchas otras hubieran considerado como buen éxito, habría sido para ella un fracaso indiscutible. Proponíase hacer la prueba, y si el resultado no correspondiese a sus deseos, allí quedaría terminada para siempre su carrera artística. “Sólo uno entre muchos alcanza el anhelado fin,” se decía con frecuencia. ¿Sería ella la favorecida por la suerte, o figuraría entre las medianías? Algunas semanas bastarían para dejar contestada la pregunta.

Porque Frances, o la señorita Francini, que era el nombre con que el público la conocía, debía hacer su estreno formal a principios de la temporada teatral, con el papel de protagonista en la ópera *Lucía*.

CAPITULO X

El triunfo de una artista

El próximo estreno de una tiple produce siempre alguna sensación en el mundo artístico. Las cantatrices favoritas del público suelen afectar indiferencia, pero no dejan de sentir algún temor ante el triunfo posible de su nueva rival. Anunciada ésta con bombo y platillos, según costumbre, puede pertenecer al número de las muchas que fracasan, como puede también estar destinada a compartir aplausos, honores y gloria con las artistas ya famosas y eclipsar en todo o en parte su popularidad. Por regla general poco saben de su nueva competidora y tienen que esperar con paciencia hasta que el público haya dado su fallo. En cambio los empresarios saben cuanto hay que saber sobre los méritos de la recién llegada, cuyos estudios y progresos han seguido paso a paso, algunas veces durante años enteros. Si vale la pena, el empresario que la contrata tiene que emplear no poca diplomacia y aún alguna estratagema para lograrlo. Pero por mucho y muy bueno que sepan, son por regla general los empresarios gente que calla y espera, hasta pasado el estreno; prudencia muy natural, debida a previos y numerosos desengaños. Después reciben la recompensa de su previsión y sus esfuerzos, o sufren en silencio las pérdidas ocasionadas por su propia falta de criterio.

Cuando se anunció, entre las grandes novedades de la temporada, que la señorita Francini cantaría por primera vez en Inglaterra, fué cortísimo el número de personas bien informadas respecto de los méritos y antecedentes de la nueva *Lucía*. Y lo más curioso era que aún esas contadas personas tenían de ella los informes más contradictorios. Quien aseguraba que poseía una voz magnífica y una presencia insignificante. Otro sabía de buena tinta que su voz no era gran cosa, pero en cambio la artista era hermosísima. No faltó quien anunciase que sabía representar, mas no cantar, y alguno sostenía todo lo contrario. Y seguían los informes: ni podía cantar, ni accionar siquiera; no tenía rival como cantatriz ni como actriz; era inglesa, italiana, francesa, alemana y española; estaba casada con un conde italiano; era hija de unos mercaderes suizos; don Fulano de Tal, siempre al acecho, la había descubierto algunos años antes cantando y tocando el violín ante la posada de un pueblo. Sería cosa de nunca acabar. No negaremos que todas esas habillitas contribuían al gran elemento del éxito en nuestra época, el anuncio; sin contar que nada favorece tanto los deseos de quienes aspiran al favor del público como el aparecer rodeados de cierto misterio.

Pero tratándose de la señorita Francini no debió existir misterio alguno. La sencillez misma de su historia, la ausencia de todo episodio novelesco en su vida, contribuían probablemente a activar la inventiva de los que todo lo saben y suponerle todo género de cualidades y defectos, sin cuidarse de las contradicciones inevitables. Su verdadera historia se reducía a lo siguiente:

Cuando dejó a Inglaterra se puso en buenas manos. Estudió con gusto, con constancia y de una manera inteligente; esto último porque confió en la experiencia de los que conocían bien el tecnicismo del arte. En ese terreno los siguió ciegamente, se atuvo a sus consejos, aprendió todos los detalles y aun podemos decir todas las tretas del oficio. Sabía que todos esos recursos son indispensables, pero no ignoraba la existencia de algo superior a todo ello, que no podían enseñarle sus maestros; algo que no puede describirse con palabras y cuyo nombre es inspiración. De ésta dependía su triunfo o su caída; lo demás no le infundía el menor temor. Aprendió cuan-

to podían enseñarle, como discípula de canto y como actriz. De carácter reposado y prudente, no quería probar la suerte sin plena preparación. Si el resultado fuese desfavorable no se debería a culpa u omisión suya. Cuando sus maestros le dijeron que había llegado la hora de demostrar lo que valía, tuvo la satisfacción de poder decirse que no había rehuido trabajo ni esfuerzo alguno de cuantos el arte le exigía. Terminada la tarea de sus maestros, empezaba la suya. Había recorrido toda la rutina, cantado con éxito en teatros italianos de poca monta; ahora le tocaba solicitar y aguantar el fallo de las grandes capitales del mundo.

La elección entre éstas dependía de ella, pues una tiple de voz tan extensa y poderosa como la suya, es tan rara como un gran poeta y buscada y solicitada con mucho más empeño que un inspirado vate. Y es que la maravillosa voz puede hacer la fortuna de su poseedor y de una docena de personas más y en cambio los poetas suelen morir insolventes. En todas las naciones de Europa podía contar con numeroso público, pronto a brindarle la ocasión que deseaba; pero entre todos ellos prefirió ser juzgada por un público inglés, convencida de que ante él se sentiría más confiada y tranquila que en presencia de un auditorio italiano, alemán o ruso. Firmó, pues, su primera contrata con el empresario de uno de los grandes teatros de Londres, a quien vendió su voz por un plazo de tres años; pero con una generosidad que dejó atónito a éste, insistió en concederle el derecho de rescindir el contrato dentro del mes subsiguiente a la primera representación. Esto lo hizo la artista para evitarle pérdidas si ella no mereciese el favor del público. En cambio se estipulaba también que la Francini sólo se encargaría de los primeros papeles en todas las óperas que se cantasen.

El empresario quedó más que satisfecho con tal arreglo, y no dudó del buen éxito de su nueva tiple.

—Aunque sólo supiese cantar pasablemente, solía decir, su rostro y su presencia bastarían para librarla de un fracaso. ¡Pero con cara, cuerpo y voz!

Poco después de su llegada a Inglaterra comenzaron a aparecer en los periódicos algunos breves párrafos relativos a la Francini. Los críticos musicales la citaban en sus revistas y crónicas. Los corresponsales londinenses hablaban de ella en sus cartas a los periódicos de fuera de la ciudad. Los reviseros de salones “tenían entendido que la nueva **prima donna**,” etc.; y algunos aludían a su hermosura. Entre las noticias disparatadas no faltaban otras tan exactas en todos sus detalles que la misma interesada se preguntaba quién podría ser su autor. Quizás su empresario hubiera podido decirse; hombre hábil como era, no descuidaba nada absolutamente. Por fin, el terreno quedó perfectamente preparado y Frances comprendió que el público fundaba en ella grandes esperanzas.

Muy atareada pasó los últimos días que precedieron al estreno. Tenía mil cosas que hacer. Había que recibir a muchas personas, importantes algunas de ellas, pertenecientes al teatro, músicos, modistas, etc. Necesitaba estudiar y aprender continuamente, concurrir a los ensayos y volver al incesante estudio. Y para variar tenía también algunos asuntos judiciales a que atender, pues el señor Trenfil había obtenido en su nombre la autorización legal necesaria y por fin quedó a disposición de la hija la cantidad depositada en el banco a nombre de Juan Boucher. El tribunal no suscitó el menor obstáculo y el asunto no llamó la atención de los gacetilleros; de otra manera Felipe Bouchier hubiera podido llevarse una buena sorpresa al abrir un día el *Times* de Londres y leer allí la noticia de aquellos procedimientos.

Trenfil felicitó a Frances por la posición relativamente desahogada que aquella herencia le creaba.

—Voy a procurarle a Ud. una buena inversión para ese capital.

—Sí, disponga Ud. de él como guste. ¿Cuánto me producirá?

—Me figuro que unas trescientas libras al año.

—Con las cuales podría vivir cómodamente si la suerte me fuese contraria el mes que viene. En tal caso regresaría a los Estados Unidos.

—¿Para probar de nuevo ante el público de Nueva York?

—¡Oh, no! Si no tengo buen éxito ahora no volveré a cantar en público. Las circunstancias todas me son favorables; si fracaso, a nadie podré culpar más que a mí misma. No; lo que haría en tal caso sería buscar a Manders.

—Pero eso es absurdo. Una joven no puede echarse a recorrer el mundo en seguimiento de un hombre, joven también.

—Pues yo lo haré algún día, contestó ella, con firmeza y resolución tales que disiparon toda duda en el ánimo del abogado.

—No invierta Ud. todo ese dinero de que me hablaba, amigo mío, continuó Frances, porque voy a necesitar buena parte de él.

—¿Qué, más vestidos?

—No, tengo que comprar algunos diamantes.

—¡Y yo que creía que a Ud. no le gustaba lucir joyas!

—Así es en efecto, pero tendré que ponérmelas. El público espera ver a las artistas con diamantes; ya es cosa convenida. Yo misma confieso haber pensado como el resto del público siempre que he ido a oír a una gran cantatriz.

—Muy cierto es eso. Ahora recuerdo que mi familia no ha regresado nunca de un buen concierto sin hablar de los magníficos diamantes que llevaba la señora de Tal o Cual. No parece sino que se comenta más su aspecto que su voz.

—Precisamente para los conciertos es para lo que necesitare alguna pedrería. Sin embargo, no la compraré hasta después de haber cantado en **Lucía**.

—Eso me recuerda la previsión de mi mujer, que el año pasado no quiso mandar a hacerse un vestido nuevo hasta saber si una tía mía que estaba enferma se moría o se curaba.

—El principio es exactamente el mismo, contestó Frances sonriéndose. Y es que tanto ella como yo somos mujeres prudentes.

En Tuquenán hacían una vida muy tranquila. La joven artista se negó a contraer nuevas amistades y relaciones, vió únicamente a las personas a quienes tenía que ver y recibió gustosa, eso sí, las visitas de Herr Kaulitz. Sin embargo, un día fué a visitar a la señora Estela, dueña de la casa de huéspedes donde ella estuvo alojada con su padre y Jorge. La buena mujer la recibió contentísima y la invitó a tomar una taza de té, considerando como gran honor para ella la visita de persona tan distinguida y elegante.

—¿Canta Ud. todavía? preguntó a Frances después de tomar el té.

La pregunta hizo mucha gracia a la futura tiple.

—Oh, sí, señora, tanto o más que antes. ¿De modo que se acuerda Ud. de mi canto?

—¿Cómo no acordarme, mi buena señorita? Pues si solía yo subir callandito la escalera y ponerme a escuchar en el corredor. Nunca en mi vida he oído cosa semejante, nunca.

—Crea Ud. que jamás supe eso que me dice ahora, pues de lo contrario la hubiera invitado a entrar en la sala.

—Gracias, dijo la señora Estela. Pero yo bien quisiera oírlo otra vez. Vamos ¿no me cantará Ud. aunque sólo sea una cancioncita corta? El huésped del primer piso tiene un piano, y está fuera de casa.

La buena mujer lo pedía con tal empeño que Frances no tuvo el valor de negarse. Siguió a la señora Estela a la salita que tan conocida le era y acompañándose con el muy desahogado piano propiedad del huésped del primer piso, cantó dos o tres sencillas romanzas, que hicieron asomar las lágrimas a los ojos de su oyente.

A pesar del severo tipo clásico de sus facciones y de la dignidad de su porte, el carácter de Frances le permitía apreciar el lado cómico de determinadas situaciones. La señorita Francini, la artista cuyo nombre andaba en labios de todos los inteligentes y aficionados músicos, que desde su llegada a Inglaterra no había cantado, fuera del teatro, más que para una sola persona, Herr Kaulitz, estaba allí haciendo primores en beneficio exclusivo de una pobre mujer, agobiada de trabajo con su casa de huéspedes, acompañándose con un pianillo de mala muerte, bueno sólo para leña o para hacer ratoneras con sus pedazos. La situación era por demás cómica y trabajo le costó contener la risa.

—También el señor Manders cantaba bien, dijo doña Estela. ¿Sabe Ud. dónde está?

—No, yo iba a preguntarle a Ud. por él. ¿Supongo que no volvió?

—Nunca, y eso que dejó aquí algunas cajas y trastos. Pero jamás ha enviado a buscarlos y no sé qué hacer con ellos. Temo que el pobre joven haya muerto.

—No lo creo así, dijo Frances reflexionando.

Muy extraño le parecía en efecto que Jorge no hubiese reclamado aquellos efectos de su pertenencia.

—Si llega Ud. a saber de él, si escribe o envía a buscar esas cajas que dejó aquí, prométame Ud. que avisará en seguida al señor Trenfil.

—Lo haré sin falta. ¿Se va Ud. ya? ¡Qué buena ha sido Ud. en venir a verme!

Grande fué la sorpresa de la señora Estela al recibir, algún tiempo después, dos billetes para el Teatro de la Opera. Acompañábalos una esquela de Frances diciendo que en vista de lo muy aficionada a la música que era la señora Estela, pro-

bablemente le gustaría hacer uso de aquellas localidades. Muy lisonjeada la buena mujer, púsose su mejor vestido y acompañada de su hijo, el aspirante a subastador, fué al teatro y se quedó asombrada de lo que allí vió y oyó.

El triunfo de Frances, dado que lo obtuviese, habría de ser debido a sus propios méritos exclusivamente. Fuera de la señora Estela, Herr Kaulitz, los Trenfil y una o dos personas más que su empresario había creído conveniente presentarle, nadie de la parte de afuera del telón podía dedicarle una sola palabra por razones de amistad. No es extraño que la joven, animosa como era, se sintiese a veces aislada y triste y que envidiase a Alano Bouchier la posesión de una familia.

Pensó alguna que otra vez en el apuesto joven que había sido su compañero de viaje. El señor Trenfil, que lo había visto despidiéndose de ella en Newhaven, le dirigió algunas bromas sobre el asunto. Ella lo vió una vez en Londres. Había alquilado un modesto carruaje que la llevase de la estación al teatro o adonde tuviese que ir y pasando un día por Piccadilly vió a Alano en la escalinata de entrada de un club, hablando con dos amigos y en posición que le impidió divisar a la persona que ocupaba el coche. Lejos estaba ella de figurarse las horas que el joven dedicaba a ver pasar coches y personas, con la esperanza de volver a verla a ella. Y Alano por su parte tampoco podía imaginarse que el objeto de sus pesquisas acababa de pasar a su lado. Sonrióse France al recordar la sorpresa manifiesta del joven cuando se separaron; y de haber sabido su nombre, es muy probable que le hubiese enviado un palco para la noche de su estreno, guardando el incógnito, naturalmente. Si todos los críticos hubiesen sido como él pronto hubieran desaparecido los temores de la artista. Pero ignorando su nombre, se limitó a desear que formase parte del público aquella noche, imaginándose su viva sorpresa al reconocerla.

Llegó por fin el gran día. Antes de la medianoche todo habría terminado y sabría ella a qué atenerse, pero resuelta estaba a considerar como adverso todo fallo que no fuese indiscutiblemente favorable. Decir que France estaba tranquila y confiada en aquellas circunstancias equivaldría a suponerla distinta del resto de los mortales. Mucho decir es que logró dominarse hasta el punto de no revelar sus esperanzas ni sus temores a cuantos le dirigieron la palabra; como impidió también que esos mismos temores la angustiasen y pusiesen en un estado nervioso que probablemente la hubiera hecho desfallecer y perderse al primer obstáculo. Por la mañana dió sola un largo paseo a pie, ensayó después su papel por última vez y durante algunas horas de las que precedieron inmediatamente a la representación permaneció acostada, procurando descansar. Por fin sonó la hora.

No la hubiera aplazado ella aunque hubiese estado en su mano hacerlo. Hallábase en la mejor salud y en voz perfecta. Había afrontado ya al público en otros escenarios y se creía exenta del terror que se apodera de los artistas noveles y los paraliza. Así fué que pocos minutos antes de presentarse en escena estaba más tranquila que algunos señores profundamente interesados en el buen resultado de su estreno, que le dirigían sus últimas palabras de aliento y consejo.

Había puesto como condición desde un principio que la noche de su estreno se cantase la gran ópera de Donizetti. Mientras su rival la ópera alemana no logre expulsar del teatro a la italiana, el papel de **Lucía** será siempre el favorito entre las tiple de altas aspiraciones. Ciertamente abunda esa ópera en situaciones absurdas, pero el papel de la heroína ofrece amplias oportunidades a la cantatriz como a la actriz. El amor, el terror, la locura crean impulsos de pasión, emociones violentas, de gran efecto en las tablas. Bien había hecho la Francini al decidir que con **Lucía** tenía que triunfar o que caer.

Sabía de memoria hasta el último compás de la partitura y desde los bastidores los oyó pasar uno a uno, como caen los granos en un reloj de arena. Terminó el primer coro. **Enrico**, **Normanno** y **Raimondo** se hallan en las tablas; termina la escena y oye **Lucía** la potente voz de barítono de su cruel hermano que comienza la cavatina "**Cruda, funesta smania.**" ¡Cuán rápidamente pasan, vuelan, una tras otra, las páginas de la partitura! ¡Qué pronto ha terminado aquel tremendo juramento de venganza, tantas veces repetido y tan melodioso! Concluye la escena segunda. Oyense los preludios de la siguiente y el corazón de la artista comienza a latir como no ha latido jamás. Si entonces hubiese podido ¡Cuán gustosa hubiera aplazado la dura prueba! El empresario, que se hallaba a su lado, la miró rápidamente y en seguida, como hombre práctico en achaques de teatro, apartó de ella la vista. Ya era muy tarde para advertencias ni consejos. Un momento

después, sin que ella misma pudiera explicarse cómo, se hallaba **Lucía** en el inmenso escenario, al lado de su compañera **Alisa** y frente al temido auditorio.

¿Qué pensamientos la asaltaban en aquel instante? El primero fué un desencanto, tan vacío le pareció el gran teatro; el segundo fué preguntarse dónde estaba su voz, que por el momento parecía haber huido de su garganta y de sus labios. Sin embargo, con gran sorpresa suya logró articular las tres palabras que forman el recitado, "**Ancor non giunse!**", con que empieza el papel de **Lucía**.

Fortuna fué que en seguida tocase a **Alisa** elevar su voz por algunos compases. Por corto que fuese aquel descanso bastó a France para respirar y dirigir un pensamiento de gratitud al compositor. Bastóle también para recobrar toda su confianza en sí misma, para olvidarse del público, del lugar donde se hallaba, de lo mucho que dependía de aquella prueba, y para transformarse en la pobre niña perseguida a quien representaba. Terminó la escena de la manera más perfecta, y empezó el solo de la tiple, "**Regnaba nel silenzio,**" que exigía de ella su primer esfuerzo serio y que también le permitía desplegar sus facultades de actriz. Con su auxilio podría expresar el horror que le causaba la aparición del fantasma junto a la fuente, y la transición del espanto a la alegría dulcísima, cuando palabras y música describen el amor eterno que siente por Edgardo. A medida que su argentina voz purísima, bastante poderosa a la vez para llenar todo el teatro, fué elevándose y bajando con las cadencias de la música, las reinas del canto rivales que habían acudido a juzgar por sí mismas, comprendieron que al dejar el teatro aquella noche la nueva tiple sería por lo menos su igual.

Edgardo entró en escena. Frances tuvo la fortuna de verse amada en las tablas por el tenor de moda, que no sólo sabía cantar sino que era un buen actor. El dúo de amor entre los infortunados amantes tuvo éxito completo. Se mostraron tiernos, apasionados, temerosos, todo cuanto podía ser tan romántica pareja. **Edgardo** tenía bella presencia en la escena y el amor de **Lucía** por él parecía muy natural. Un tenor de poca estatura o demasiado grueso representa siempre con gran desventaja el papel de señor de Ravenswood, tan romántico y por lo mismo requiere un tipo correspondiente al personaje. El **Edgardo** de aquella noche hizo el amor a **Lucía** de una manera encantadora y el elemento masculino joven que formaba parte del público no le hubiera perdonado falta alguna a ese respecto, pues la hermosura de la joven le había conquistado la admiración de todos desde que se presentó en las tablas. Pocos hombres llegan a ser críticos musicales, pero todos ellos son por naturaleza buenos jueces de la hermosura femenina.

Cualesquiera que fuesen las dudas y los secretos temores del empresario, de los cuales, dicho sea en honor suyo, no habló a nadie una sola palabra, quedaron disipados por completo al caer el telón después del primer acto. La espontánea llamada a la escena demostró que la Francini había triunfado. El tenor salió con ella a las tablas, y cuando se retiraron **Lucía** llevaba en la mano un ramo de flores, el primer ramo de una artista. ¿Le parecerá a ella menos hermoso que al autor de un libro la primera prueba de imprenta de su obra?

El teatro estaba lleno al presentarse Frances en el acto segundo. Convencida ya de que el éxito estaba asegurado, se excedió a sí misma. Así con **Enrico** como con su no correspondido admirador **Arturo**, cantó de una manera soberbia y nada dejó que desear como actriz. No sólo se había llenado el teatro sino que estaba también representada la familia real por un príncipe, gran admirador de la música, que tenía toda su atención puesta en el escenario. Al acabar el acto segundo hubo dos, tres llamadas a la escena, y fué tal el número de ramos que **Edgardo** se retiró cargado de flores.

El empresario se frotó las manos y empezó a pensar en la fortuna que le esperaba. Hubiera querido abrazar a su nueva "estrella" apenas calculó lo que podría producirle en los tres años siguientes. Había tenido muchos desastres como empresario y también había contratado algunos buenos artistas, pero el triunfo de aquella noche prometía ser el más productivo negocio de toda su vida.

—Con tal que pueda resistir hasta el fin de la ópera, se decía, mi nueva tiple será proclamada la mejor **Lucía** de cuantas se han conocido hasta la fecha.

A Frances le quedaba por hacer aún el esfuerzo decisivo.

(Continuará)

Aristócratas[★]

Arraigo, prestigio, pureza,
bondad: he ahí las condiciones
esenciales y sobresalientes de la

CAFIASPIRINA

el producto de confianza

arraigada en la opinión pública;
prestigiada por BAYER, pura por la
naturaleza de sus componentes y el
proceso especial de su elaboración;
buena porque tiene la virtud carac-
terística de ser absolutamente ino-
fensiva . . . El aristócrata de los
analgésicos, ¡para todos los dolores!

Exíjase el envase original: tubos de
20 tabletas o sobrecitos de una.



*"Aristocracia:" = clase que
sobresale entre las demás
por alguna circunstancia"



CINZANO

VERMOUTH

PARADISOS

M. R.



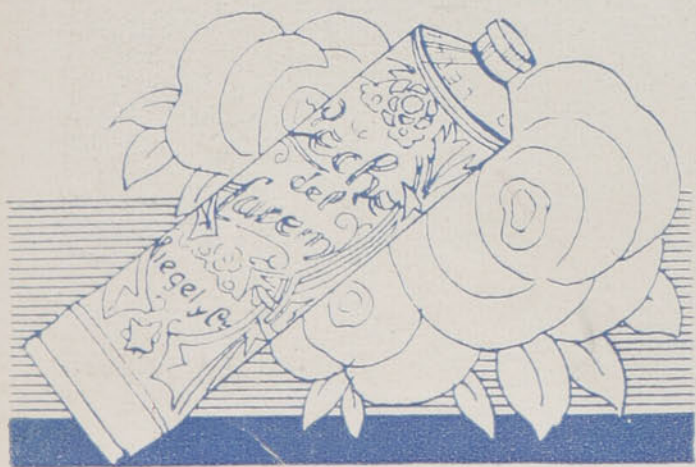
99

4/37 \$1.20



Leche del Harem

Aumente su belleza, multiplique sus encantos, aparezca usted cada día más bonita, más sugestiva... Para ello basta que todas las noches, antes de acostarse, cuide su piel con la LECHE DEL HAREM, maravilloso producto de los harenes orientales y fuente de belleza inagotable.





Revista Quincenal

AÑO IV. NUM. 99

SANTIAGO DE CHILE

21 de julio de 1931.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

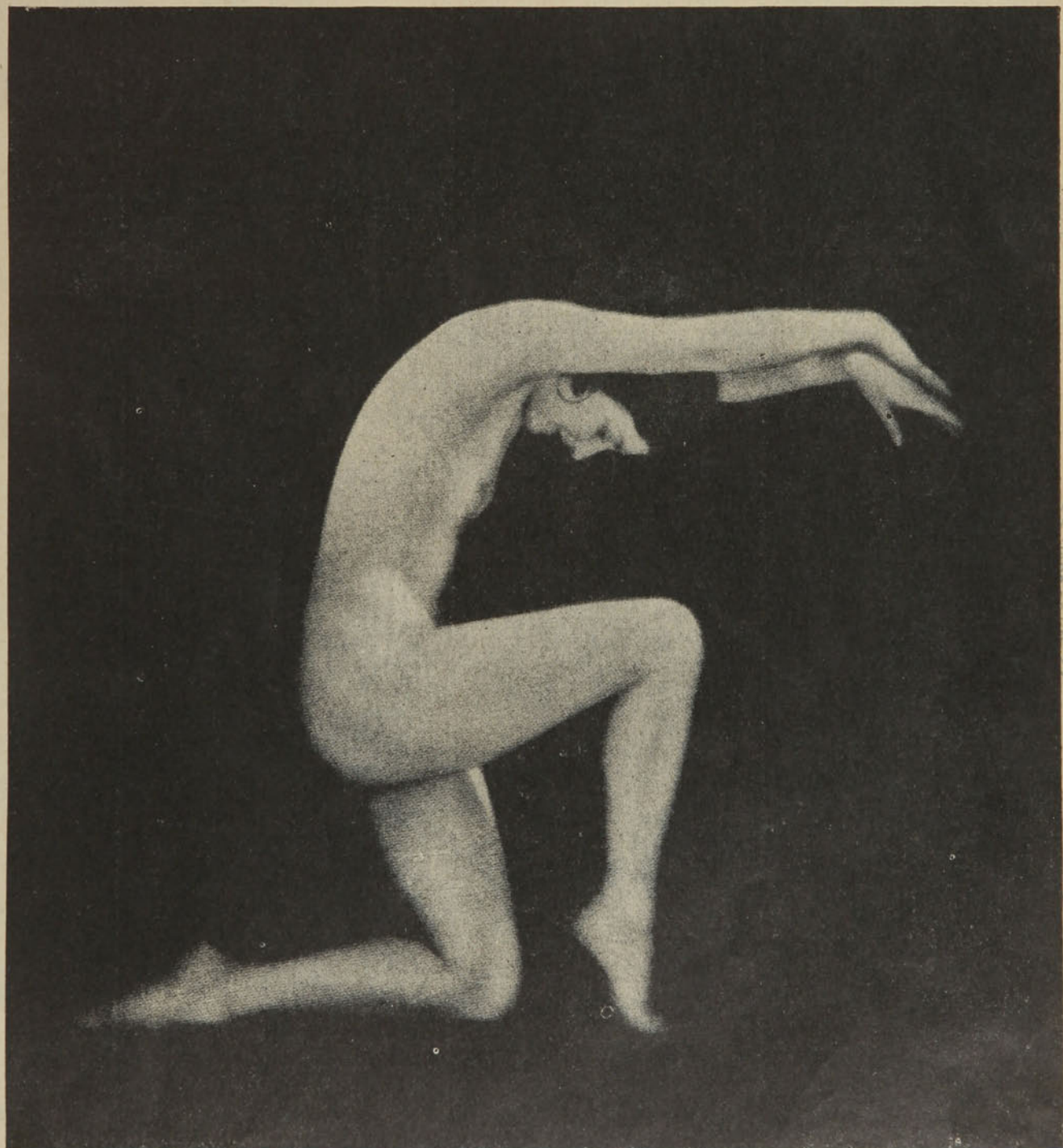
V i v i r Desnudos

¿Hasta cuándo el cerebro de la gente, considerará el desnudo inmoral? ¿Cuándo se hará entre nosotros esta demarcación que desde hace tiempo realizan los alemanes entre el exhibicionismo y el gusto por la luz y el aire? Quizás mañana... quizás nunca. A despecho de los admirables apóstoles,

como el doctor Dorville, es de temer que la segunda hipótesis no sea la buena. La mayoría de las personas de todos los países y de todas las clases sociales, se mantienen en la idea de que la procreación es un rito que no puede explicarse, sino con reticencias, y de ninguna manera a los niños y a la gente joven. Ciertamente es preciso no despoezizar el amor. No es el caso, tampoco, de despertar en los cerebros infantiles demasiado pronto el deseo de pasar de la teoría a la práctica. Por otra parte, los naturistas no han querido eso jamás. Desean únicamente que se cese de hacer un misterio con los niños de las formas del otro sexo. Quieren que se les incline, en alguna forma a encontrar muy naturales y sencillas las diferencias anatómicas que los separan. Piden que en lugar de intrigar a los pobrecillos, haciéndoles creer por ejemplo que las guaguas nacen en

los matorrales, se responda sencillamente a las preguntas que no son indiscretas, sino muy naturales:

—Hijo mío, cuando seas más grande te lo explicaré. Por el momento sabe simplemente que el nacimiento de los niños no es ni más ni menos misterioso que el de los gatitos o el



de los perritos. Los naturistas no piden otra cosa, como que son las gentes más razonables del mundo. No han deseado nunca, como quieren hacer creer los cancionistas de Montmartre, que una ley obligue a pasearse desnudos a los libres ciudadanos franceses. Detestan demasiado la tiranía para imponer a otros reglamentos despóticos. Del mismo modo que no desean que se les impidan vestirse o desvestirse a su voluntad cuando están entre ellos, no pretenden dictar moda alguna a sus contemporáneos. No es en el traje donde desean hacer una revolución, sino en la educación. Saben que según los preceptos que se inculquen a los niños, éstos serán en la vida pequeños seres leales y francos, o villanos hipócritas, a menos que, dotados de fuerte personalidad, reaccionen por sí mismos. Los naturistas no piden que se dé preferencia a sus sistema: no reclaman sino el derecho común.

¿Qué reivindicación puede resultar más simpática a un espíritu republicano que esté llamado a la imparcialidad! Muchos de entre nosotros somos demasiado jóvenes para conocer las luchas heroicas que han conducido a los republicanos a alcanzar la facultad de pensar libremente y elegir su religión. Hoy día, todo el mundo se ha entregado a esta tolerancia, aun los clérigos, aún la realeza. Pues el naturismo es una religión. Es el culto del Hombre sano, espléndido acto de fe en la Raza Humana. A esta doctrina de los nuevos tiempos, se unen sin cesar seres perfectamente cristianos, o buenos israelitas o simples ateos, hombres en fin de todas las creencias.

¿Reusaremos a los naturistas el derecho al Libre Pensamiento?

¿Nosotros que nos damos de racionalistas, rechazaremos a priori las doctrinas naturistas?

Y permaneceremos en fin, nosotros los franceses, ajenos al impulso de movimiento mundial, cuando países como Alemania, Inglaterra e Italia, se lanzan hacia el nuevo culto por centenas de millares.

El doctor Dorville estaría mucho más calificado que yo para exponer la doctrina. Pero él, tan a menudo y tan claramente ha expuestos sus ideas en su valiente revista "Vivre" que allí podemos obtener lo esencial de sus doctrinas.

Como todas las religiones, el naturismo reposa sobre un dogma. Es a la vez su debilidad y su fuerza. Este dogma se atribuye a J. J. Rousseau:

"El hombre nace bueno..."

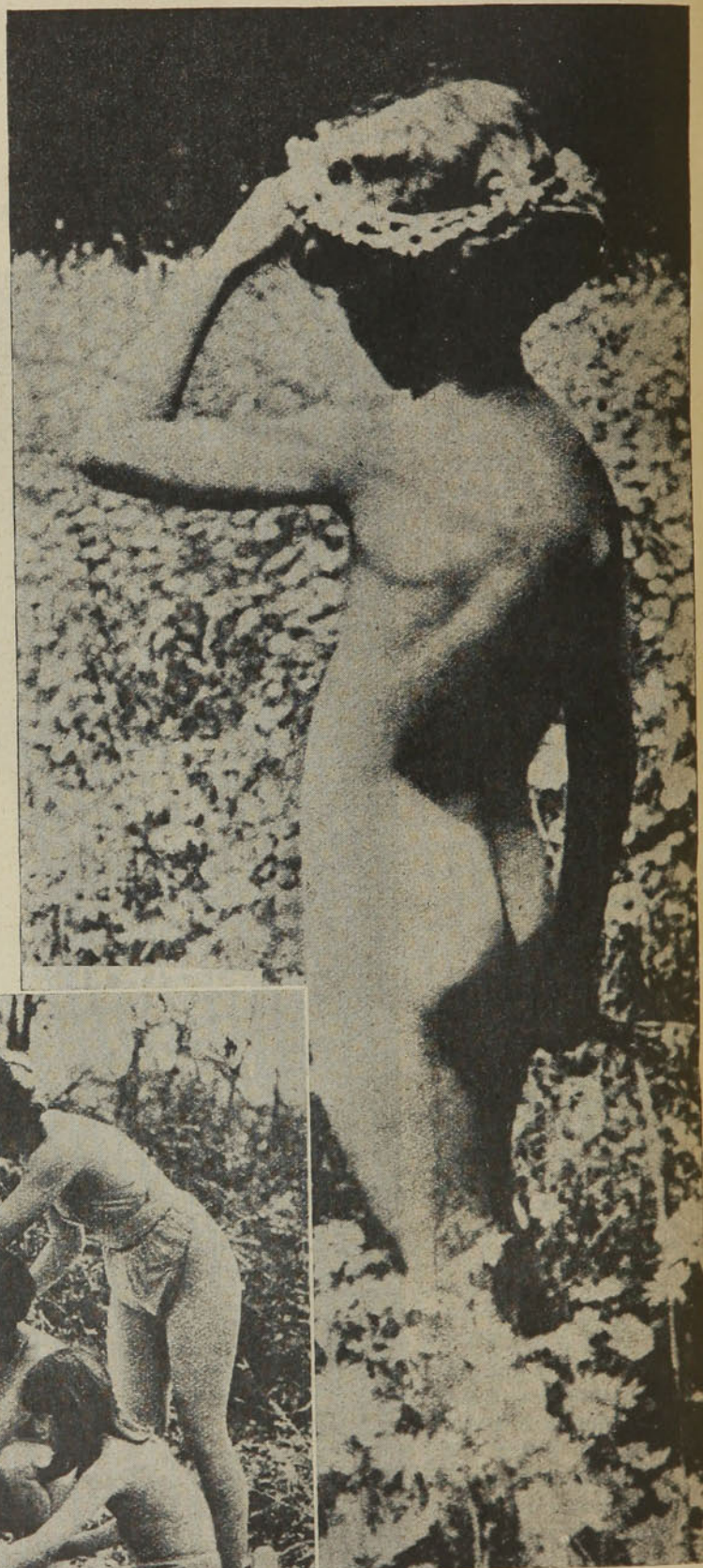
Así es, me imagino, como debuta el Contrato Social. El Hombre, si permaneciese en el ambiente natural en el cuadro sencillo donde lo colocó su Creador, sería infinitamente menos perverso de lo que es. Procuremos, pues, reponerlo cuanto antes en su Edén.

Georges de la Fouchardiere es quien ha advertido

que el diafragma humano tiene la propiedad de vibrar en sincronismo con la piel de los tambores, y basta por lo tanto un movimiento bien ritmado para galvanizar el antimilitarista más abstinado. Durante la guerra, cuántos pacíficos comerciantes de gorra no se descubrieron un alma de guerrero desde que se sintieron con una bayoneta en las manos. Y bien—nos dice Dorville—enviad al diablo las pieles de asno y otros cachivaches. Si el sable hace frecuentemente a los héroes, es la camisa calzón la que hace generalmente a la gallina. El pudor no es una cuestión de sexo. Es una cuestión de oculta-sexo. ¡Abajo la ropa! Y bajo los cálidos rayos del franco sol, nos descubriremos una personalidad completamente nueva.

Y para completar este retorno a la Naturaleza, procu-

(Continúa en la pág. 19)



Buscando comprender el espíritu norteamericano, la viajera se hace estos lotes de averiguaciones: — ¿Cómo edifican? ¿Cómo viven? ¿Cómo se divierten? ¿Cómo creen? ¿Cómo educan?

Naturalmente, lo primero que se impone es cómo edifican. Nueva York es más que ninguna ciudad moderna, una voluntad de edificación; la verdad primera que ella nos entrega es la de sus masas soberanas de comercio y de vivienda. Pasada una semana, pasado un mes, el asombro no se ha gastado. Edifican como un pueblo que no acepta ni una sola idea individualista de la vida; construyen lo mismo que legislan, lo mismo que educan y lo mismo que rezan; para el grupo, sea este grande o inmenso.

Me dolería comenzar con las catedrales de comercio y con las pirámides de la banca; es mejor que empiece con un templo, y con el que ellos creen que será el mayor de los suyos.

Barrio de la Universidad de Columbia, barrio mío, el que más camino y el que tengo que querer... Los domingos, mis amigos colombianos que me hacen una especie de guardia católica, me llevaron a oír misa a la capilla francesa que está a cien pasos. Regresando, nos detiene la casa monumental de oración que se llama San Juan el Divino: nos para en seco con la masa y con la aureola musical que alcanza hasta la calle. Entramos por ambas cosas: donde suena el órgano me golpea el imperativo de entrar, o más bien, los huesos se me quedan clavados gozando el viejo deleite, como los de un perro que oye hablar detrás de unas puertas a su amo sobrenatural.

Este pueblo norteamericano aparece a cada minuto al que lo mira sin pestañeo, como una nación de contrastes, como el campo de la lucha más ceñida de los opuestos. Es lo que en él desconcierta más, lo que más intriga a sus averiguadores.

Buscando patrono para la que será su mayor catedral pudieron tomar a San Pedro fundador, símbolo del dominio; lo encontraron demasiado católico y fué eliminado; pudieron escoger a San Pablo, el segundo fundador, por la espada

esgrimida y por el rayo cocido a su cabeza; o pudieron quedarse con San Mateo, que es el evangelista más anecdótico, o como dirían ellos, más realista. No optaron por ninguno de los mentados sino por el vertiginoso San Juan del Apocalipsis...

Construida en el riñón universitario de la ciudad, sobre un suelo fabulosamente caro, los empresarios se las han arreglado para comprar nada menos que cuadra cuadrada de tierra. El templo se-

rá el cuarto en extensión, después del de San Pedro de Roma, de la Mezquita de Córdoba y de la Catedral de Sevilla; tiene capacidad para diez mil sillas y para cien mil fieles. El patrono de las visiones liberadas de horizontes estará contento de escuchar cien mil voces que subirán desde Nueva York en un embudo de fuego pidiéndole gracia para la terrible ciudad, cuando vengan sus catástrofes.

La Catedral fué pensada y construida primero en estilo romano; aquello era demasiado clásico para ser soportado en medio de la ciudad cubista, y los empresarios rectificaron la construcción, perdiendo materiales echados abajo y desbaratando dineros. El único estilo que por algún lado, aunque sea oblicuo, puede embonar con la Nueva York de mil torres, el el gótico, una especie de su-

(Continúa en la pág. 19)



La Terrible Nueva York

Por GABRIELA MISTRAL

COMO REPRESENTAR LAS ESCENAS DE AMOR

Por ADOLFO MENJOU

He visto kilómetros de films parlantes. He escuchado y observado toda clase de sonidos, desde los truenos de artillería hasta las inflecciones de la voz y los murmullos amorosos. He observado todos los defectos del período primitivo—sonidos demasiado fuertes o demasiado débiles—. He visto también todos los últimos especímenes de films parlantes y estoy convencido de que esta forma de films durará y conocerá cada vez mayores éxitos. No puede ser ya sobrepasado. La técnica es ahora segura. Nadie le puede impedir ya que se co-



lo que en primer término y que permanezca allí.

Europa se mantuvo largo tiempo incrédula porque, en materia de cinema, Europa tiene varios años de retraso respecto de Estados Unidos. Durante largo tiempo, Europa parecía creer que el film parlante no era sino una locura pasajera, mientras que en América los productores y el público saludaban la muerte del cine mudo y todos los capitales y los cerebros de la industria se movilizaban para educar e instruir al nuevo bebé: el cine parlante.

Reconoceréis, como yo, que el único hombre capaz de vender un film no parlante en la hora actual es Chaplin. Pero él tiene el privilegio de constituir una excepción. Su genio le coloca aparte sobre un plano donde, haga lo

(Continúa en la pág. 21)

LA R E N U N C I A

Antes de que su criado le despertara, le despertó a Felipe Manzanares el sol, agrietando de luz las maderas del balcón.

Saltó de la cama al suelo y abrió las maderas, recibiendo en pleno rostro la bofetada luminosa que le hizo retroceder, a tientas, hasta el lecho.

Ya entre sábanas, Felipe Manzanares sonrió al nuevo día.

Entraba con el sol la clara mañana de abril. Detrás de los cristales se dibujaba, como en ciertas estampas japonesas, la movible silueta de una rama florida de blanco. El cielo, limpio, azul, parecía esmaltado. Se presentían vuelos de golondrinas y el gozo de pasear lentamente a lo largo de las avenidas de crujiente arena, sombreadas por las ramas nuevas de los árboles.

Recordó otras mañanas de abril lejanas, ya hundidas en el tiempo, siempre perfumadas por un nombre de mujer..., que nunca era el mismo. A su alma, como a un nido, venían versos de un poeta contemporáneo:

“Abril florecía
frente a mi ventana,
entre los jazmines
y las rosas blancas.”

Se rió de sí mismo, viéndose tan remozado y como si al espíritu le brotaran renuevos que luego serían flores. Nunca despertó con semejante optimismo, con tan amplio amor a la vida, que abría para él un cauce a la felicidad.

Acaso la solemnidad del día, lo que le aguardaba aque-

lla tarde en casa de la novia, ingenua y llena de confianza en él como en un padre.

Repentinamente se puso serio. ¡Cómo en un padre!... ¡Bah!... ¡Qué tontería!...

Entraba erguido y fuerte bajo el dintel de su tercera juventud. Iba a cumplir cincuenta años, pero llegaba a ellos como un triunfador. Nunca se dejó vencer por la molicie y el bienestar. Alternaba sabiamente los placeres y el culto a la energía. Tenía el ogullo de sus músculos, y en todas las sociedades deportivas figuraba su nombre entre los de jovencitos entecos y febles, que le admiraban, sintiendo inconsciente envidia de su porte altivo y sano.

Dieron dos golpes discretos en la puerta.

—Adelante, Juan.

El criado entró sorprendido.

—Hoy se ha despertado el señor muy pronto.

—El sol ha tenido la culpa, Juan. Buen día, ¿eh?...

—¡Espléndido, señor!

—¿Preparaste el baño?

—Iba ahora, cuando al pasar vi luz en el cuarto y llamé.

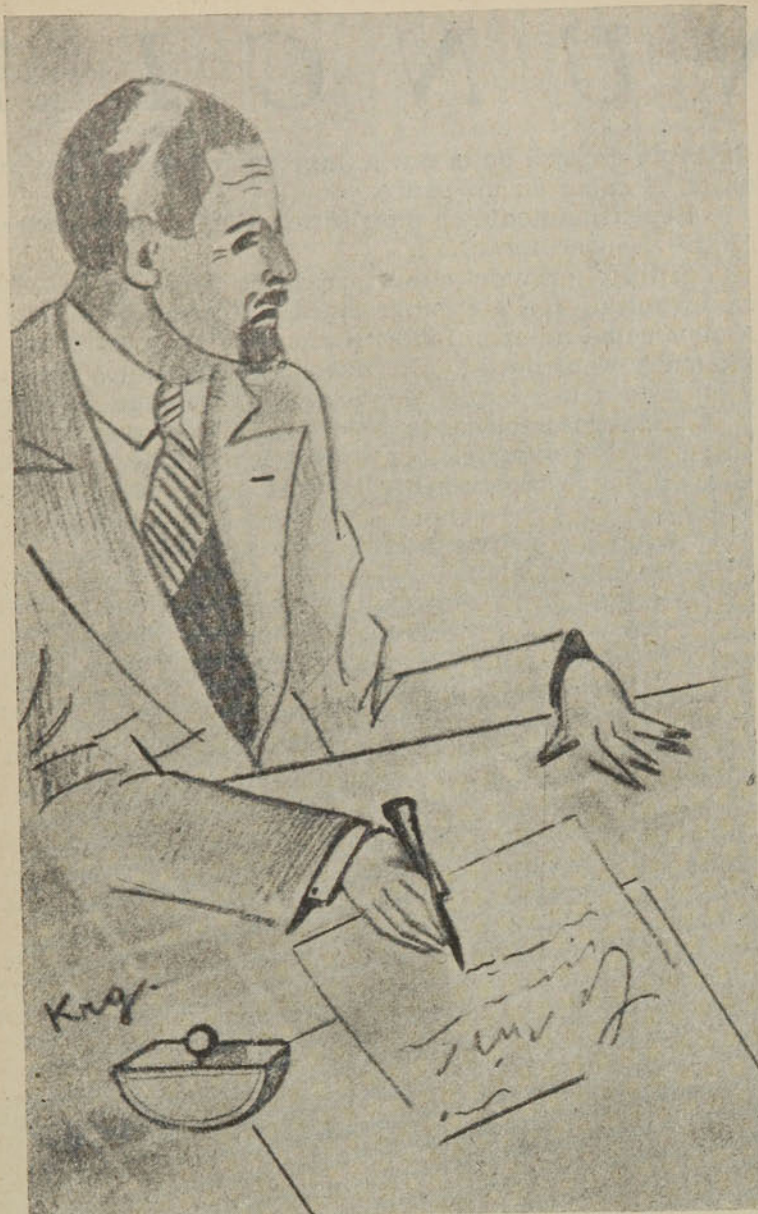
—Prepáralo en seguida... Anda.

Mientras Juan le preparaba el baño, Felipe Manzanares volvió al claro optimismo de antes.

En la habitación contigua sonaba el cepillo contra el mármol de la pila. Después, el agua de los grifos...

Felipe Manzanares pensaba en su novia. Para encontrarla hubo de volver la vista hacia el camino recorrido treinta años antes. Nineta Mendoza tenía veinte. En plena edad de ilusión y de confianza había conocido a Feli-





pe Manzanares, y, consultándole acerca del amor, acabo enamorándole.

Pero un amor decisivo, influyente, de los que se hincaban en el corazón como un puñal lanzado desde lo alto sobre una tierra demasiado blanda. Los padres de Niníta Mendoza asintieron complacidos, pensando antes en la fortuna de Felipe Manzanares que en la diferencia de edad, tan enorme. Niníta Mendoza se encogió de hombros. La vida frívola de las señoritas madrileñas le había puesto un pájaro loco en el corazón y le parecía muy divertido el noviazgo con un hombre que tuteaba a su padre, y que, sin embargo, parecía más joven que los danzarines del Recreo y los jovencitos que recorrían el teatro de la Princesa las noches de moda, con la cabeza descubierta y el smoking impecable. Era, además, un hombre respetuoso y agradable. Su conversación tenía a veces la plasticidad de un cuadro, y en ocasiones distraía como una novela leída a saltos de página, y como en el fondo Niníta Mendoza era, sin saberlo, propicia a dejarse emocionar por el breve encanto de un cuadro o de un libro, accedió, encogiéndose de hombros, al amor de Felipe Manzanares.

I I

Mientras se desayunaba, después del baño, Felipe Manzanares charlaba con Juan. Su optimismo le había impulsado a cierta pasajera intimidad con el criado. Al alcance de la mano esperaban los periódicos de la mañana, donde tal vez se anunciara ya en "Ecos de sociedad" su próxima boda con Niníta Mendoza.

Pero Manzanares no tenía ganas de leer.

Entraba el sol, por la puerta abierta sobre el jardín, a reflejarse en los cristales del vaso, de la jarra de agua, de la mantequera con cerco de plata, del búcaro con ro-

sas recién cortadas.

—Está una mañana admirable, ¿verdad, Juan?. Como para enamorarse así, de repente.

Juan asintió, sonriendo. Era un mozo alto y fuerte. Había nacido veinticinco años antes en un pueblo de nombre áspero y complicado de las provincias vascongadas.

—Contesta, hombre: ¿verdad que dan ganas de enamorarse?

Volvió a sonreír Juan.

—Como ganas sí deben darlas, pero a mí ya me importa bien poco.

—No te entiendo.

—¡A ver!... Yo ya encontré moza...

—¿Para casarte?...

—Eso quiero yo... Ahora, que...

Repentinamente se puso serio el criado.

—¿Qué?... ¿No te quiere ella?...

—Ella sí... La madre... Como yo falté del pueblo ya va para tres años, me han perdido el miedo y quiere casarla con un viejo... Es decir, viejo muy viejo no lo es... Así, como el señor, de cuarenta a cincuenta. Es uno de los ricos del pueblo, y sería lo primero que se propusiera que no lo consiguiese; lo ha sido todo, hasta alcaldía. Ella, ¡figúrese!, acabará por ceder. Es una chiquilla. Aun no cumplió los veinte años. Le gustarán los trajes guapos, el dinero que debe tener el viejo... Pero es lo que yo le decía ayer en una carta: "¿Cuándo has visto tú que salga bien la boda de moza con viejo? Cada cosa en su tiempo, y no está bien meter las rosas frescas en un invernadero." ¿No le parece, señor?

—Sí..., sí... Anda, llévate esto...

—¿No come más?...

—No..., llévatelo.

Lentamente, tristemente, salió del comedor, y entrando en su cuarto se quitó el pijama, y empezó a vestirse la ropa que ya Juan le dejara preparada.

En el casino escribió la carta, después de un paseo cobarde a través de las calles soleadas y céntricas. La voz de Juan sonaba en sus oídos:

—¿Cuándo has visto tú que salga bien la boda de moza con viejo?... No está bien meter las rosas frescas en un invernadero...

Y aunque él comparaba su porte viril y fuerte con la blandenguería de los mozalbetes elegantes y aunque ninguno de sus compañeros de generación tenía aquella arrogancia suya que desafiaba el tiempo, se sintió vencido frente al porvenir. Se cruzaban con él esas parejas mañaneras de novios aristocráticos; repintadas y artificiales las muchachas, enclenques los galanes, seguidas de muy lejos por la trotona alemana o inglesa, y Felipe Manzanares veía en las pupilas de las jovencitas una mirada bien distinta de la que buscó, sin hallarla nunca, en los ojos de Niníta Mendoza.

Sufrió la vergüenza de su vejez oculta, pero indudable. Se arrepintió amargamente del ensueño, y refugiándose en el casino, cerca de una de las anchas ventanas por donde entraban la luz y los rumores de la calle, escribió a Niníta Mendoza una carta que no quería ser de amor y que toda ella palpitaba de la amargura del amor.

"Buenas tardes, muñeca:

"¿No sabes que te quedas sin novio? El novio se ha llen los cambios maravillosos de un dragón en un principado lejano, muy lejano, a ese país bonito donde se cumple y de una vieja leñadora en una reina vestida de blanco y con corona de perlas y rubíes. Ahora sólo queda el antiguo amigo de casa, el que te compró sonajeros y muñecas y cometi, finalmente, la perdonable locura de decirte que eras bonita cuando tú sólo podías oírlo, en vez de decirlo, como antes, delante de todo el mundo.

"El novio volverá transformado, si no en príncipe, por lo menos en un mozo de tus mismos años, y algo es algo. El amigo viejo también se marcha para volver cuando sea tiempo oportuno para tus ojos y para su corazón.

"Acaso no me comprendas bien todavía, pero ya me

(Continúa en la pág. 24)

UN POCO de LITERATURA

Recuerdos (1895-1918), por GEORGETTE LEBLANC.

No he visto a Mauricio Maeterlinck sino una vez, en el boulevard de la Magdalena, pasando con su joven esposa, poco tiempo después de su matrimonio. Se me apareció tal como yo me lo imaginaba, y lo habría ciertamente reconocido, aún si alguien no me hubiera cogido del brazo, para susurrarme: “Maeterlinck”.

De elevada estatura, vivo el color y pronunciados los rasgos, con algo de soñador en los claros ojos. Sobre los bordes de su sombrero de viaje, brillaban los cabellos que parecían de una blanca preñez, bien que tuviera entonces cerca de sesenta años. Nacido en Gand en 1862, Maeterlinck, tendrá el año próximo setenta años. Este amante del box y de la vida al aire libre, vivirá un siglo.

Hace tiempo, pasaba por tímido y taciturno, y sin duda ha permanecido así. A este propósito se cuenta de él una anécdota. Cuando publicó la “Princesse Maleine” y el célebre artículo de Mirbeau, en el Figaro del 24 de agosto de 1890, lo hizo célebre, André Gide fué a verle a Gand. Como él, Gide era todavía joven y todavía tímido. Se abordaron y al momento, un espantoso silencio, se apoderó de ellos, que Maeterlinck se decidió por fin a romper con estas sencillas palabras:

—¿Ha patinado usted, este invierno?

Y ni un sólo instante se habló entre ellos de poesía.

Gide no volvió a sentir más deseos de hacer un viaje a Gand. Maeterlinck ejercía entonces la profesión de abogado.

Como su timidez le impedía ejercer bien su profesión, su familia le permitió que rompiera con las leyes, para consagrarse a la literatura que no había cesado de cultivar desde su nacimiento, en compañía de dos amigos de colegio, Charles Van Lerberghe y Gregoire Le Roy. Ya había venido a París, donde había frecuentado a Pierre Quillard, Efraim Mikhael y Rodolfo Darzens y fundado con ellos “La Pleiade”. Llegado de nuevo a Gand, había publicado “Serres Chaudes”, donde, por no sé qué bizarra contradicción, reina una atmósfera tan extraordinariamente popular: ningún rasgo, ningún efluvi- o de amor en sus “Serres Chaudes”. La temperatura de la “Princesa Maleine”, es un poco más elevada, y se ve a lo menos aparecer un traje, pero es demasiado evidente que el amor, no era lo que preocupaba entonces a Maeterlinck. Hay que imaginarse la sorpresa que sentiría ese gran muchacho tímido y casto, — moralmente al menos, — cuando en 1895, en Bruselas, en casa de Edmond Picard al salir de una representación de “El Padre” de Strindberg, en el teatro del Parque, al terminar la so-

ree, una mujer joven de admirable belleza que acababan de presentarle con el nombre extremadamente banal de Georgette Leblanc, se quedó en suspenso ante él gritando:

—¡Qué felicidad! ¡Es joven!

Todo se explicó pronto, y he aquí cómo. Hija de un armador de Rouen, y hermana de un escritor, en quien sus tendencias realistas y su culto por Maupassant, no permitían adivinar en él, al futuro autor de Arsene Lupin, Georgette Leblanc, había conseguido hacerse contratar en la Opera Cómica, donde — el detalle tiene importancia, como lo vais a ver pronto — ganaba, nos dijo ella, dos mil francos por mes. Loca de poesía y de música, como estaba ella en aquella época, abrió un buen día una traducción de “Los Siete Ensayos” de Emerson, que acababa de aparecer con un prefacio de Maeterlinck. Este prefacio le hizo el efecto de una revelación fulminante, y determinó en ella instantáneamente la convicción de que Maeterlinck era el único hombre del mundo capaz de hacerse amar de ella y de comprenderla. “Los Siete Ensayos” habían aparecido el año precedente, es decir, en 1894, en Bruselas. De allí sacó ella la conclusión, que el prologuista vivía en Bélgica, y como el director de la Monnaie, le ofreció entonces ochocientos francos por mes, porque viniera a cantar en su teatro, ella cerró su contrato de dos mil francos con la Opera Cómica y se vino a vivir a Bruselas, diciéndose que mucho había de poder el diablo si ella no se encontraba pronto con Maeterlinck. He aquí lo que en 1895, era capaz de hacer una hermosa cantante por amor a la literatura y por el amor de un literato...

Convirtiéronse en amantes y él le propuso correctamente casarse con ella, lo que la artista rehusó. El matrimonio estaba bueno para las parejas vulgares, no para ellos, para quienes el amor debería estar por sobre todas esas bajas contingencias. Maeterlinck no insistió.

Ese dulce gigante, enamorado del deporte, estaba también enamorado del claro de la luna; a lo menos lo estaba cuando tenía la pluma en la mano. Por supuesto, que su hermosa y rubia admiradora, también lo amaba mucho. Una noche que se alojaron en un pequeño hotel de Middlebourg, Mauricio Maeterlinck tuvo, al penetrar en la habitación de Georgette, la sorpresa de encontrar instalado en la ventana abierta, un pequeño canapé de dos asientos, colocado allí por ella, con la intención de pasar la noche contemplando con él, un claro de luna, que el calendario no había anunciado. Se retiró él murmurando algunas palabras de excusa

y esa fué la primera decepción experimentada por su ferviente compañera. Todo era fervor en 1895. Fervor amoroso, fervor poético, fervor musical, fervor filosófico, del cual las musas de cabellos lisos y los poetas de cabellos absalonianos, llevaban el grave reflejo, como se decía entonces.

Sobre la manera “ferviente” como se vestía ella entonces, Georgette Leblanc nos procura algunas noticias, que nadie se asombrará de ver reproducidas aquí.

(Continúa en la pág. 68)



P A P A Por ALBERT JEAN

Cuando la señora y la señorita de Sandes se instalaron en el departamento amueblado que habían alquilado cerca de la plaza de la Concordia, la madre declaró a la hija:

—¡Por fin vamos a poder recibir!— Contempló con mirada orgullosa los muebles de la sala, tapizados de un “aubusson” bastante aproximado.

—¿Sabes, Clotilde, lo único que aquí hace falta?—continuó.

—No mamá.

La señora de Sandes no tenía por costumbre el hacer derroche de palabras.

—Lo que falta aquí es un hombre— afirmó con un tono que no admitía réplica. La joven bajó la cabeza. La observación de la señora de Sandes resucitaba todo un pasado doloroso. Clotilde volvió a vivir, con pocos segundos, los duros primeros años de su infancia, en la pequeña ciudad provinciana, en una casucha miserable donde una mujer sola, abandonada, se mataba trabajando a fin de poder educar a su hija.

Por muy lejos que los recuerdos de Clotilde se remontaran no veía ninguna silueta de hombre en aquella casa. Cuando, inducida por sus compañeras de escuela, le había preguntado un día a su madre: “¿Dónde está mi papá?”, el semblante de la señora de Sandes se había crispado y volvió la cabeza sin contestar a su hija.

Sólo algunos años más tarde la señora de Sandes confesó su pobre historia a Clotilde. La aventura había sido trivial. El encuentro con un hombre, sus bellas promesas, el casamiento bajo los más lisonjeros auspicios; luego el abandono y pronto... una pequeña vida a la que se tiene el deber de proteger.

Ahora los tiempos habían cambiado. Una herencia inesperada había enriquecido bruscamente a la madre y a la hija. Y la señora de Sandes estaba todavía bastante aturdida por aquel inesperado golpe de maza...; de una maza de plata.

—Una casa sin hombre causa siempre mal efecto en París...—insistió la señora de Sandes.—La gente desconfía de dos mujeres solas, sobre todo en un lindo departamento como éste. No quisiera que nos tomaran por dos intrigantes.

—Pero, mamá, ¿no podrías ser viuda?—preguntó Clotilde.

—Evidentemente; pero nadie desaparece por completo... Tu padre hubiera dejado huellas de su presencia en la casa... Los mil nada que prueban la existencia de un ser entre sus objetos familiares.

—¿Qué vas a hacer entonces?—preguntó Clotilde.

La señora de Sandes tuvo una sonrisa extraña.

—Pienso dar un pequeño té el primer miércoles de marzo—explicó—, invitando a las personas que hemos conocido después de nuestra llegada a la capital. Tú ocúpate de los sandwiches y de las masas. Tengo una idea...

un hombre, colgado arriba del piano, la intrigó.

Se acercó a la tela y escrutó el semblante austero, cuyos ojos lucían fijamente en el hueco de las órbitas.

La señora de Sandes apareció en ese momento. Llevaba con todo cuidado un servicio de fumar que colocó sobre una mesita.

—Y bien—le preguntó—¿qué te parece mi idea?

—¿Tú idea?

—Sí... de ese retrato.

—Ese retrato... ¿De quién es?

—No se—confesó la señora de Sandes. El cambalachero que me lo vendió no supo explicarme su procedencia... Por otra parte, no me importa. Lo esencial es que tenga la barba gris, aire extranjero... Y que no tenga parientes, como debe pasarle a este pobre diablo que a ido a parar a una casa de compra y venta. Por lo demás, pienso llamar a un pintor para que le haga algunos retoques que lo cambien, por las dudas. Tiene aspecto de distinguido tu padre, ¿no?

—¿Mi padre?

—¡Pero sí, tu padre!... Las gentes que vamos a recibir creerán que este retrato es el suyo. La necesidad aguza el ingenio.

Clotilde bajó la cabeza. Una angustia extraña le oprimía bruscamente.

—He quedado en volver mañana a la casa del cambalachero para comprar algunos libros de derecho y filosofía. Los pondremos en una pequeña biblioteca giratoria que voy a instalar sobre este escritorio.

—Bien, mamá.

Cuando se encontró sola Clotilde, se empujó para ver mejor el retrato. Lo examinó por segunda vez con más atención. Sus ojos se detuvieron sobre la boca, cuya sinuosidad roja se adivinaba bajo la caída del bigote.

—¡Cómo me hubiera besado si hubiese sido mi papá!—pensó.

No habiendo conocido a su padre, Clotilde había crecido sin sufrir por su ausencia. Pero le parecía que toda aquella pena—que ella había tolerado, en plena inconsciencia—se realizara ahora, condensándose para aplastarle el corazón de golpe.

Desde entonces hubo un ser más en aquella casa. Una presencia invisible, cuya realidad atestiguaba una pipa a medias calcinada, un código encuadrado en cuero, un bastón colgado por el mango en una percha... Y la joven descubrió de pronto el horror de los días de duelo en una casa cuyo jefe ha sido fulminado por la muerte.

La señora de Sandes estaba encantada. Atribuía la tristeza de su hija a una nostalgia de provincianita.

—¡Vamos!... ¡Vamos! ¡Sacúdete!... No vamos a mostrarles esa cara a los invitados.

—No, mamá—prometió la joven.—Y sus ojos trataban de atraer la mirada inmóvil y paternal que parecía dirigirle el señor del retrato en su marco dorado.

El día fijado para la recepción, llegó. Por la mañana, Clotilde arregló un ramo de rosas rojas en un vaso, debajo del re-

trato, sus manos temblaban. Toda la angustia de los huérfanos le llenaba el corazón.

La señora de Sandes, al entrar, descubrió a su hija que lloraba de rodillas en el suelo, debajo del cuadro.

De un salto llegó hasta la llorona y trató de apartar sus manos, que Clotilde crispaba sobre sus mejillas mojadas.

—Queridita, ¿qué te pasa? ¿Qué hay? ¿Qué te han hecho?

La joven no contestó. Na sola palabra acudía a sus labios como un sollozo:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!



Cuando al día siguiente Clotilde entró en la sala, la vista de un retrato de

El Comunismo Médico

Opiniones del Dr. JAIME VIDAL OLTRA

El doctor Vidal es un hombre joven, nervioso, inteligente, dúctil de espíritu. Hace algunos días, comiendo con nosotros, nos dijo, a propósito de cualquier cosa, que la gente se negaba a aceptar por sistema, por innata tendencia, toda novedad, aunque la dicha novedad, fuera mucho más sencilla que el mecanismo anterior adoptado.

Esto es, por lo demás, una verdad tan conocida de todos, que no tendríamos por qué anotarla aquí, sino fuera por el interesante aspecto que el párrafo anterior trajo a la conversación.

—Por ejemplo—continúa el doctor—voy a dar mañana una conferencia en la Sociedad Médica, centro, a lo menos de cultura media, y estoy seguro que, si lo permitiera el uso, mis colegas me manifestarían su disgusto a la manera expresiva de los habitué al paraíso, cuando la representación les molesta: con pifias.

—¿Pero qué va usted a decir?

—Una cosa sencilla y de una profunda lógica, pero que importa una absoluta novedad, y ahí está el peligro: el médico no debería ser remunerado por el paciente.

—¡Ah!, más o menos las ideas de Bernard Shaw, que elogia el sistema chino de salario a los médicos. Cada familia tiene un médico, o más claramente, un médico atiende un grupo indeterminado de familias, más o menos, según sea su prestigio. Cada familia paga a su médico un sueldo mensual fijo, mientras sus miembros se mantiene en salud. Cuando alguno enferma, el médico deja de percibir salario por parte de la familia afectada, hasta que el enfermo mejora. Bernard Shaw, deduce de tal sistema el empeño que pondrá cada médico en mantener el estado de salud de sus clientes.

—Muy chino es el sistema, y resulta casi chistoso, pero si lo analizamos, veremos fácilmente, que tiene una lógica primitiva si se quiere, pero que tiene una lógica. En cambio, el hábito general en el resto del mundo de hacer vivir al médico sostenido por la enfermedad, es ilógico y corruptor como una fórmula de Satanás. El médico se recluta en el rebaño humano, y la ausencia de escrúpulos le suele ser, ni más ni menos habitual, que al resto de los hombres. Agregue usted la tentación, que, a poco de impulsarla cualquier necesidad, empuja al médico hacia la explotación del cliente, dolorosa al principio y luego serena, cuando ya el hábito se ha formado en él. Todo esto para un grupo de médicos, no me atrevo a decir si la mayoría o la minoría.

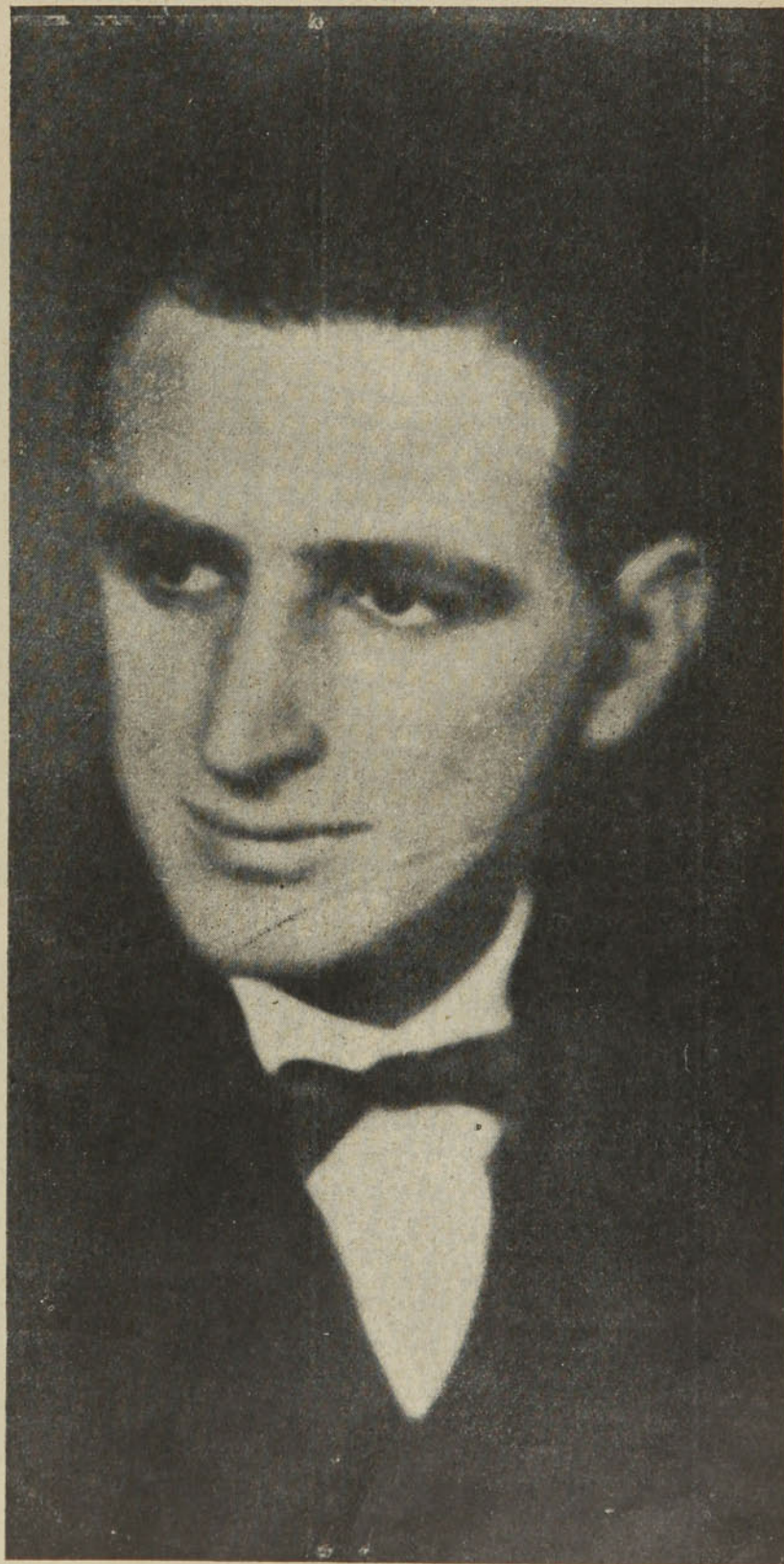
Hay otro grupo enorme, tan acorazado de buena intención y de virtud, que no se deja seducir jamás por el murmullo de sirena que el título profesional y la impunidad que confiere, le ponen al alcance de la mano. Estos, los dignos, son los más desdichados. La abundancia de sus escrúpulos les coloca al margen de la lucha por la competencia profesional y cada enfermo que se les presenta, dándoles a la vez el espectáculo de su miseria y los medios de vivir, constituye amargo drama para el médico sensible. ¿Por qué no evitar esta situación cuando sería tan sencillo el hacerlo?

—Pues no veo como.

—De esta manera: los médicos deberían ser funcionarios públicos y no cobrar directamente a los pacientes sus servicios profesionales. Se crearía el impuesto anual para médico al fisco, y más o menos, podría procederse como sigue: los médicos recién recibidos, tendrán que ser tres a cinco años, médicos rurales. Marcharían al campo o al pueblo provinciano y ejercerían allí la profesión, curando todas las enfermedades, sin dedicarse a especialidad alguna. Pero se daría cuenta en aquellos años de práctica de cual era la modalidad médica que más le atraía, y una vez inclinado hacia ella, se reclutaría en una de las grandes ramas de la medicina que el Estado pondría a su disposición: medicina sanitaria, medicina escolar, medicina militar, de Laboratorio, etc., y por último, la gran rama de la medicina práctica, donde el médico optaría, como ocurre hoy, con una especialidad cualquiera: niños, estómago, corazón, nariz, garganta, etc. Desde luego el enfermo tendría derecho a elegir su médico, como lo hace hoy, y los profesionales más competentes, distinguidos y solicitados por los enfermos, ocuparían naturalmente un grado superior con mayor renta. Esto es, en esquema, lo que habría que hacer, para dignificar la profesión y evitar los tristes errores de que hoy está plagada. De esta manera, se evitarían al menos los más graves de entre los daños a que está expuesta, con el sistema actual de que el médico se nutra, pudiéramos decir, de la enfermedad. Hoy, si no hay epidemias y la

población goza de salud, el médico se arruina. Forzosamente pues, el médico, si tiene fuertes obligaciones familiares o de cualquier orden, debe alegrarse, en su fuero íntimo, de que el mal endémico azote a la ciudad en que vive, para llenar de tal modo sus bolsillos escuálidos. Los médicos inventan constatemente o procuran inventar, sistemas, para curar enfermedades, pero en el fondo no pueden olvidar que, si en realidad curaran a la gente en masa, morirían de hambre.

Con mi proyecto sería lo contrario, el médico que mantuviera a los pacientes o a los ciudadanos a su cargo, en mejores condiciones de salud, sería el más acreditado y por ende, el que recibiría una renta mayor. El médico, no sólo por sentimentalismos morales, sino por razones de bienestar económico, procuraría a toda costa mantener sanos a sus clien-

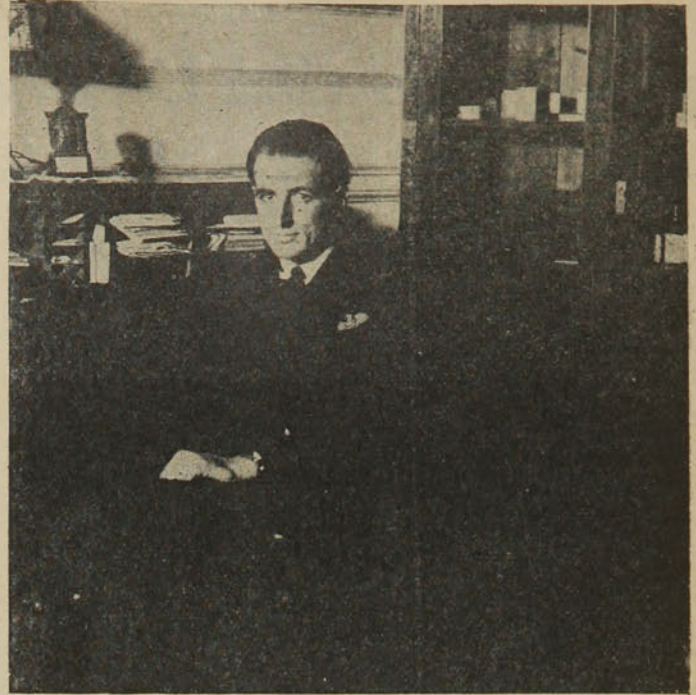


Jaime Vidal Oltra.

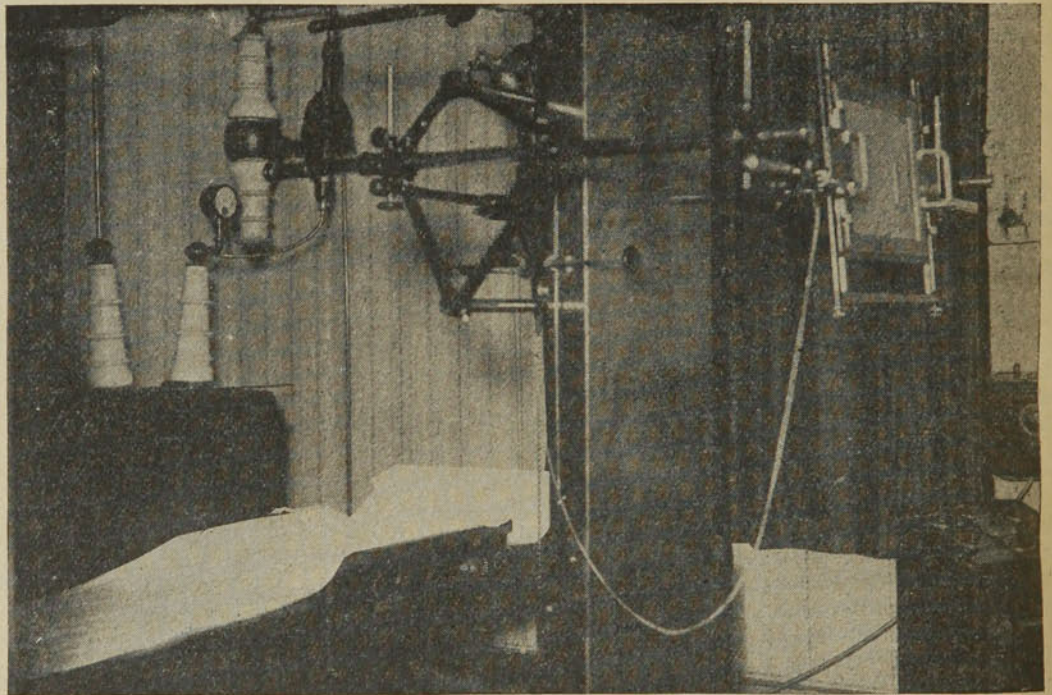
tes. Desde luego, así trabajaría menos, y podría dedicarse, después de cumplir sus tareas en los hospitales, al estudio y a cultivarse lo más posible, lo que nuestros médicos no suelen hacer por falta de tiempo, con gran desmedro de su capacidad profesional. Como los médicos constituirían un ejército de salud, como el ejército de guerra, el gobierno fiscalizaría su número, para que todos los titulados se ganaran holgadamente la vida y no se encontraran muchos, como ocurre hoy, con un título y sin clientes.

—Su plan es tan nuevo como magnífico, pero se me alcanza que la lucha para imponerlo será difícil. Sin embargo, no dudo en que llegará el día en que constituya una realidad.

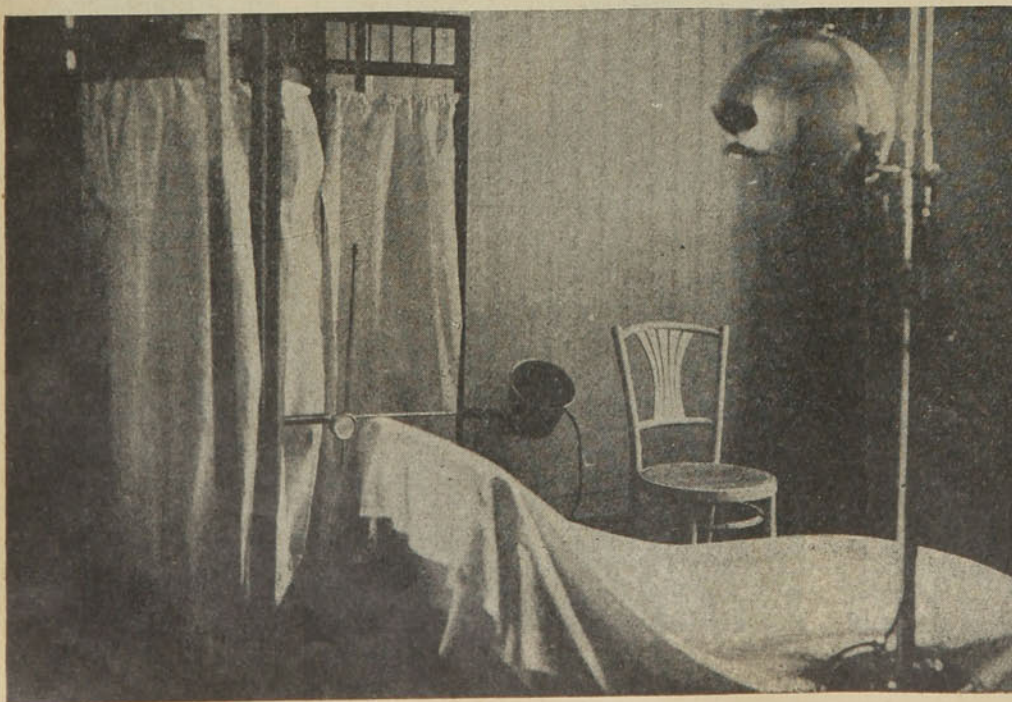
—Ojalá así sea. Para los pobres, estando las cosas como están, la enfermedad es un problema angustioso. Se me dirá que hay hospitales y dispensarios gratuitos, pero ya no son del todo gratuitos. Además el pobre que se enferma, no encuentra generalmente a tiempo la cama en el hospital. Los hospitales están siempre negando sus camas, a veces aunque dispongan de ellas. El dispensario requiere tarjetas y largas horas de espera, insoportables casi siempre para los que están realmente enfermos. Además los pobres no son todos mendigos y en los hospitales y dispensarios se hace ver demasiado al menesteroso que se cura por caridad, lo que resulta para ellos un dolor más, sumado a tantos dolores. Con mi fórmula, el obrero pagaría un tanto al mes en relación a su salario y tendría todo el servicio médico que le hiciera falta. El empleado daría una cuota mayor a medida que sus rentas eran más subidas para atender a los mismos servicios. Para el empleado medio, ello sería también muy beneficioso, porque muchas veces la enfermedad le ocasiona tantos sinsabores económicos como al obrero: una operación repentina, un parto, y el empleado que no tiene presupuesto para gastos extraordinarios cae en la desesperación. Qué de veces he visto, y más que visto, sentido en el corazón, la angustia del paciente desgraciado que entrega al médico el precio de la consulta, fruto a veces de un objeto empeñado, y recibe en cambio el distraído consejo o la receta más distraída aun, que no podrá comprar en muchos casos por falta de medios. Entregó el dinero al médico para lograr la amarga satisfacción de cerciorarse que, aquel fuerte dolor de estómago es un principio de cáncer, o que aquellos sorprendentes desvanecimientos constituyen la campana de alarma de un corazón averiado. ¿Y el remedio, y el régimen para la jovencita clorótica a quien la tuberculosis hace sugestivos llamados? Los huevos frescos, la leche, la carne



Dr. Vidal en su estudio.



Rayos X del Instituto Koch.



Rayos ultra-violeta.

jugosa... Es todo tan caro y los ahorros sólo alcanzaron para pagar al médico.

—Triste esbozo, doctor.

—Esbozo, como ha dicho usted, porque la realidad es mucho más terrible. Creo que si no se nos trocara el corazón en piedra, a los dos años de ejercer, renunciaríamos horrorizados de tanto contemplar miserias.

—Quizás la Sociedad Médica le escuche a usted. Entre nuestros médicos los hay distinguidísimos y de gran cultura. —Sí, pero no creo que me escuchen. De todos modos, debemos expresar nuestras opiniones, sobre todo cuanto tenemos la convicción de que ellas importarían, si llegaran a realizarse, inmenso beneficio. **EL MEDICO DEBE VIVIR PARA LA ENFERMEDAD Y NO DE LA ENFERMEDAD.**

Y como ya es tarde, Vidal se despide con un brusco “buenas noches”.

¿Y usted, lector, piensa como Vidal o tiene también horror a las ideas nuevas?

M.

Felicidad de Estatuas

He meditado a veces en las estatuas que pueblan nuestros jardines públicos. Las juzgaba con no sé que reglas, de no sé que estética pasajera, de la cual ellas mismas, en su sabiduría, conocen la vanidad. Porque las efigies de los personajes célebres llegados a esta especie de Nirvana petrificado rien sin duda, “in petto”, de nuestras querellas sobre el arte y la belleza y deben poner pecho frío a nuestras humanas pasiones. Su corazón no late al ritmo de orquesta de los sentidos importunos: se asemejan a los dioses, que nada desean y que nada temen.

Las estatuas no sufren. Asisten con miradas secas y escépticas al cambio de las estaciones: si el invierno las hiela, ellas no se inmutan; la canícula puede reseca y enrojecer en torno de ellas a las frondas, pero esto no les da, como suele decirse, ni frío, ni calor. Han terminado, con esta servidumbre humillante que es nuestra sensibilidad, a los caprichos de la temperatura. No sufren de gastro enteritis, ni trastornos nerviosos de ninguna especie, y están inmunizadas para siempre, contra las afecciones microbianas. Las enfermedades del espíritu les están igualmente distantes: desconocen la degradante envidia y la tristeza del mérito desconocido. No saben de inquietud y están más arriba de todos los prejuicios. Cuando los pajarillos de los jardines convierten en percha su mano extendida o cuando un pichón se instala al sol, sobre su majestuoso sombrero de copa y falta al respeto a su pantalón de mármol, lejos de enfadarse, le deja hacer con bondad. Son inaccesibles al sentimiento del ridículo: ¡qué superioridad sobre nosotros!

Las estatuas no tienen padres viejos, ni hijos. No tiemblan por los mil peligros, a los cuales están expuestos por su debilidad, estos seres queridos ligados a nosotros por tantas fibras: ellas no tienen fibras. Los únicos lazos que las unen al mundo exterior, son vagas relaciones de vecindad con las otras estatuas de los alrededores, relaciones ciertamente muy estables y nada incómodas. Se miran de lejos, no tienen la impresión de la soledad, y simpatizan a distancia sin procurar jamás acercarse, error en que los hombres caen siempre y que es causa de todas sus decepciones. Las estatuas han resuelto por su cuenta personal, el problema de la sociabilidad, que se podría definir así: “La vida en común, temperada por una separación de todos los instantes”.

Me diréis que las estatuas son percederas. Ciertamente. No duran sino cinco o seis siglos, pero ¡qué ventajas sobre

nosotros, que para doblar el cabo de la centena, tenemos que comer yoghurt en todas las comidas! Los hombres y las mujeres de piedra tienen más que nosotros, convenid en ello, tiempo de “ver venir”. Asisten discretamente, sin el más ligero signo de aprobación o descontento a la subversión de las cosas establecidas, y a la transformación de las leyes que rigen los imperios. ¡Si pudiesen hablar, qué cosas interesantes no dirían! Pero quizás, aún en ese caso, preferirían callarse desdenosamente. A quien ha vivido largo tiempo, sólo puede conllevarle un medio de expresión: el silencio.

Por la noche, un guardia vestido con los diferentes tonos del verde, como el pasto y los árboles, sometidos a su vigilancia, cierra las rejas de los jardines, iluminados aquí y allá por formas blanquecinas. Entonces, las estatuas etán en su casa. Se sumergen, más profundamente aún que durante el día, en su ensueño inmóvil. Todo lo que, en torno de ellas, participa de la vida vegetal, ese estado intermedio entre lo movable y lo inanimado, se acerca entonces al bienestar donde nada palpita, ni se agita. Los troncos de los árboles, columnatas que abren perspectivas despobladas, se cubren de frondas imitando las hojas de la encina y del acanto esculpidas en la bóveda de los antiguos claustros. La hierba es de esmeralda oscura, los parterres parecen esmaltes, donde la mano de un maestro joyero, hubiese reunido toda clase de pedrerías.

Por la mañana, antes que se abran las rejas a los paseantes, las estatuas tienen las primicias de los perfumes y de los colores que despiertan en el crepúsculo del alba. ¡Qué dulce es la hierba en esta hora matinal! Estatuas felices que sois entonces las únicas en respirarla. La ronda de los juegos de agua, desgrana en un vapor teñido con los vapores del prisma, una lluvia brillante, de la cual algunas gotas alcanzan a sus zócalos. Todo en la naturaleza, se reanima al contacto del rocío y se apresta a gozar voluptuosamente del nuevo día.

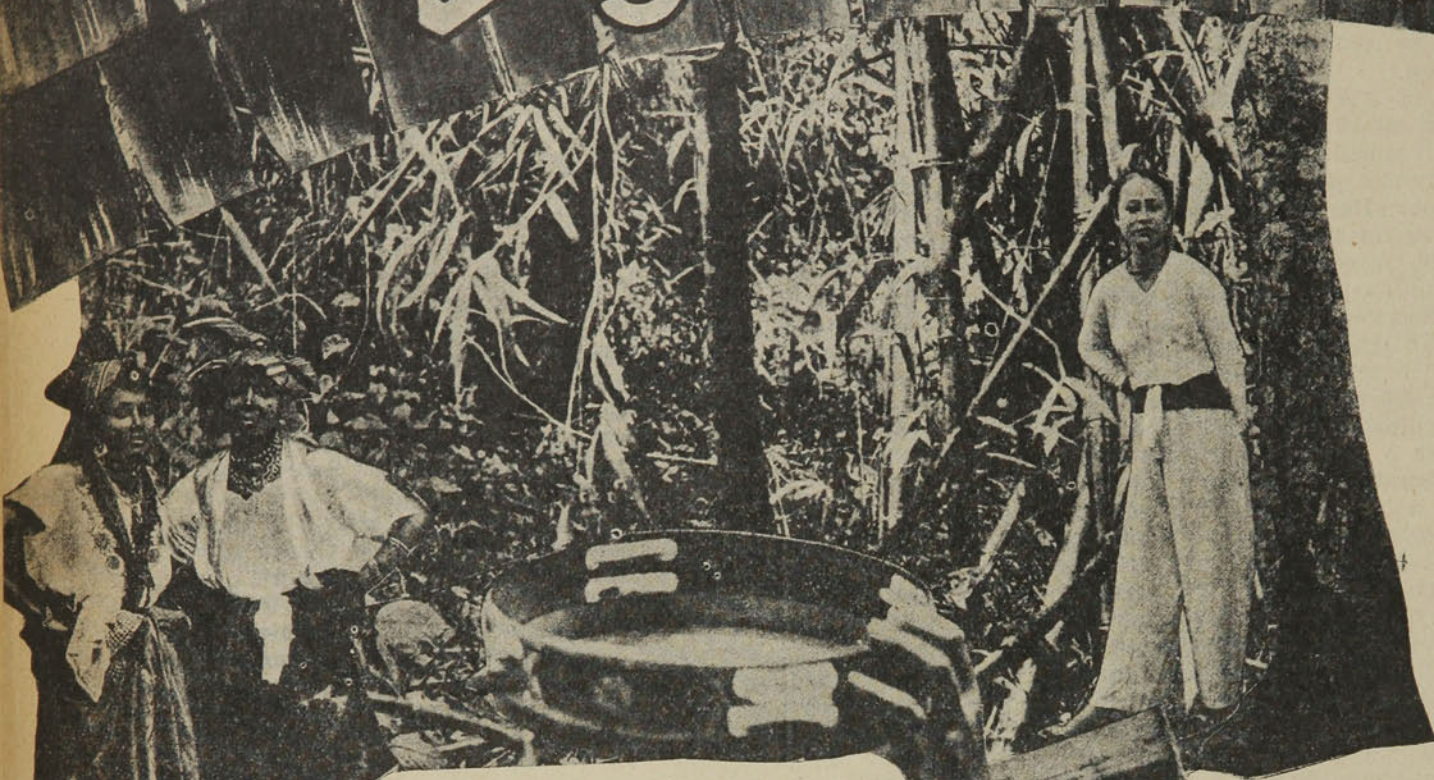
¡Ah, sí! ¡Las estatuas tienen suerte! ¡Bien pocas, si pudiésemos interrogarlas, consentirían en volver a su antigua condición de hombre o mujer, aun ilustre, aun aclamado!

“Dormir es dulce”, decía Miguel Angel, que frecuentaba mucho el mundo de las estatuas. Dormir es dulce, y más dulce aún, ser de piedra.

JORGE A. M.



Princesas lejanas



Todos hemos soñado con estas princesas de las Islas lejanas, de las cuales Baudelaire evoca la forma y el misterio. Las imaginamos en los decorados prestigiosos de Loti, llenas de un dulce abandono, enteramente consagradas al placer de una

carne que tendría la densidad y el perfume de esos frutos tropicales que sorprenden a veces nuestro gusto.

Hemos amado las misteriosas musulmanas, las plácidas negras de caderas anchas, las blandas taitianas coronadas de flores, tan orgullosas

de sus cuerpos desnudos bajo sus pesadas cabelleras. Ante la sonri-

sa sibilina de las danzarinas khmères, el deseo perdía su exigencia. Eran la imagen de la perfección. Parecía que la calma en la cual se bañaban, bastaba para satisfacerlos.

Podemos controntar nuestros sueños con una realidad tejida por las hadas. Las princesas de ensueños llegan a París. Han viajado largamente para venir desde las ruinas de Tombouctou de las praderas de Madagascar y de los lagos encantados de la Polinesia.

Han descubierto el mundo, ya que todas creían que su horizonte familiar marcaba el centro. Y por un sortilegio del cual la leyenda de sus razas hará bellas historias, han encontrado en Vincennes, el corazón mismo de su país, la casa y el follaje, el



¡ VERDAD AYER !

¿Qué diríais, señora, si vuestro hijo, reprendido por haber traído malas notas del Liceo, en lugar de rehuir el cuerpo o hablar de la mala suerte que le persigue sin cesar, levanta la cabeza y os espeta más o menos este lenguaje:

«Mi querida madre, ¿para qué sirve estudiar, romperse la cabeza sobre los libros, si de aquí a veinte años, cuando yo podría verdaderamente sacar provecho del bagaje acumulado durante tanto tiempo, conozco bruscamente que el valor de todo lo que sé es inútil? Porque la ciencia, durante este tiempo ha evolucionado con tal velocidad, que todo lo que se me ha enseñado en el colegio, ha perecido o está caduco.

Vuestra primera idea, sería probablemente meter a la cama sin tardar a

sus vacas, de sus gallinas, y del campanario de su aldea. Piensa escuchar la experiencia así adquirida en problemas de orden general. Ingenuo es el pobre hombre que no comprende que lo que es verdad en su pequeña aldea, no lo sería en ciudades como Londres o Nueva York, Pekín o Moscú».

Pero ese gran espíritu se sentiría sin embargo, muy sorprendido, si se le explicase que cuando él comienza a razonar sobre problemas científicos, se comporta exactamente de la misma mane-

Todo ello trastorna el concepto que se hacía antes del universo, el hombre instruido.

Tomemos un ejemplo entre mil; los poetas, a menudo, para simbolizar el más grande de los contrastes, oponen la materia pesada a la luz diáfana la más pura expresión de la energía inmaterial. Los pobres poetas deberían antes elegir otras metáforas: se estima al presente en el mundo de la ciencia, que la luz es pesada, y que las ondas luminosas, arrastran los "photons", verdaderos átomos de luz.

La vieja teoría de Newton de la emisión, que hace treinta años, parecía sin valor, ha sido ahora rehabilitada.

A base de todos estos nuevos descubrimientos científicos, se encuentran evidentemente las mejoras constantes de la técnica experimental, que está condicionada por el desarrollo de la técnica moderna.

A medida que los instrumentos se hacen cada vez más finos y precisos, permiten el constatar hechos que hasta entonces escapaban al observador. Allí donde creíamos encontrarnos frente a una ley rigurosa, se constata la existencia de una aproximación grosera.

El espíritu se hace infaliblemente una grave pregunta: si los conceptos científicos a los cuales estaba habituada nuestra inteligencia, se hallan trastornados por los recientes descubrimientos, ¿podemos esperar a lo menos en un porvenir lejano, que el desarrollo de la técnica operatoria y de la ciencia, nos permita en fin, formarnos una idea exacta del universo?

El examen de la fisiología y de la psicología humana, puede llevarnos a conclusiones pesimistas. Si nos colocamos a cierta distancia de la torre Eiffel, podemos verla en su conjunto, y si nos acercamos con una lupa a un extremo de su armadura de acero, advertiremos minúsculas manchas de mohos. Con un cristal más poderoso, veremos los microorganismos, que han elegido allí su domicilio. Pero nos es imposible ver a la vez el conjunto de la Torre y los microbios.

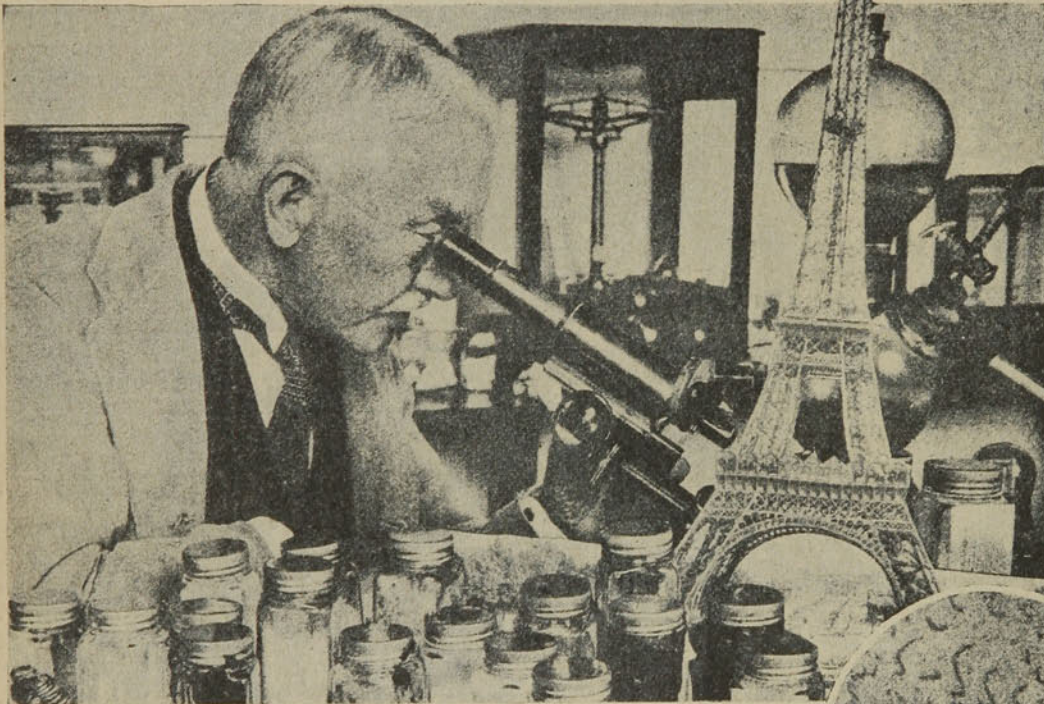
Lo mismo, nos es imposible examinar simultáneamente una concepción en sus líneas generales y en sus más ínfimos detalles.

El mayor trastorno de la ciencia, ha tenido lugar en el dominio de la física y de la química, pero ha habido su repercusión en el edificio científico todo entero.

Los trabajos de Einstein, de Michelson, de la Broglie, etc., han trastornado completamente la ciencia contemporánea. Terminadas las distinciones clásicas: fuerza, energía, materia. De más en más, todo se encauza hacia los electrones, "protones" "photonea", y se unen entre sí por el misterioso sistema de las ondas.

Relatividad, cantidad, he aquí las bombas lanzadas en el edificio de la ciencia clásica, a cuyo derrumbamiento asistimos hoy.

La física y la química, representan un



Si se pudiese examinar al microscopio la Torre de Eiffel, se verían los microorganismos que han elegido allí domicilio. Pero es imposible ver a la vez el conjunto de la Torre y los microbios.

vuestro hijo y aplicarle compresas frías en la cabeza.

Sin embargo, grandes sabios, hombres que han consagrado toda su vida al estudio, que conocían el valor de las palabras y no avanzaban nada a la ligera, se han visto obligados a reconocer, que, durante estos últimos años, la ciencia moderna ha sufrido trastornos profundos.

Las leyes admitidas como fundamentales, las más serias teorías, han sido puestas en duda. Allí, donde parecía que la ciencia había dicho ya su última palabra, donde no había nada que agregar ni quitar, nos damos cuenta ahora que se había desflorado apenas el problema que se revela en toda su inmensa complejidad. El hombre cultivado, el hombre de la gran ciudad, cuando habla con un campesino rústico, sigue siempre el razonamiento de este último con una sonrisa de compasión.

«No carece de buen sentido — se dice —pero el pobre hombre tiene un horizonte muy limitado, no ve más allá de

ra que nuestro ingenuo aldeano. Las teorías, las leyes químicas y físicas, que ha estudiado largos años, que le parecen de una verdad universal y que ciertamente tuvieron gran influencia sobre el concepto que él tiene de la vida y del mundo, se muestran a la luz de la teoría de la relatividad de un radio sumamente limitado.

No conservan su valor sino en nuestra "pequeña aldea" y se tornan de más en más ineficaces, desde que se comienza uno a evadir sensiblemente, cuando se abordan los dominios de lo grande y de lo pequeño, del cosmos y del átomo.

Una ley puede ser considerada como exacta, cuando se opera con las dimensiones y las velocidades de las cuales la física se sirve habitualmente. Más nos alejamos de éstas, más estas leyes se hacen aproximativas.

¡ERROR MAÑANA!

LA ETERNA PERSECUCION DE LA VERDAD CIENTIFICA

rol más y más importante en las búsquedas fisiológicas, biológicas, etc. ¿No consideramos actualmente que “el influjo nervioso”, por ejemplo, puede ser traído a una especie de corriente eléctrica?

La biología, la embriología y la genética a su turno, sufren el asalto de las concepciones nuevas.

En el desarrollo de la biología, el siglo XIX fué decisivo.

Ha visto aparecer y prosperar las teorías transformistas de Lamarck y de Darwin. La evolución de las especies no parece tener ya dudas para nadie. Las divergencias aparecían solamente en el momento en que se trataba de explicarlas.

Para los darwinistas, el factor esencial de la evolución, era la lucha por la

Un gran físico francés: el príncipe de Broglie, último premio Nobel de Física.



Los poetas deberían buscar nuevas imágenes: los sabios estiman ahora que la luz es pesada. He aquí el ilustre sabio americano Michelson, presentando su aparato de precisión, destinado a medir la rapidez de la propagación de la luz.

aplicada a la jirafa: ¿por qué tiene ella el cuello tan largo? Porque de generación en generación, sus antepasados han tendido el cuello, para alcanzar en los árboles las ramas de las cuales se nutrían.

Hoy día estas teorías parecen un poco pasadas de moda. Han sido reemplazadas por la teoría de las mutaciones, y sobre todo por la muy popular en Francia de la influencia del medio.

Se puede resumir esta última en algunas palabras: no hay adaptación, podríamos decir, donde no hay evolución; los organismos se encuentran en otras condiciones que aquéllas en las cuales viven habitualmente. Reaccionan contra este cambio modificando su estructura de una manera apropiada.

Como siempre con el tiempo se ha debido constatar que el problema es infinitamente más complicado que lo que se pensaba primero. Se experimenta hoy día un gran escepticismo hacia la teoría de Haeckel, que tentó, hace unos cincuenta años de levantar un cuadro genealógico de la evolución de los seres vivientes, desde la ameba, hasta el hombre.

Para llegar donde se proponía, Haeckel se basaba en su famoso principio: “la ontogenesia es la repetición de la filogenesia”, lo que en términos claros, significa que el desarrollo de un organismo después de fecundado el huevo, hasta el ser adulto, corresponde al desarrollo que se efectúa en la historia del universo, a partir de la ameba hasta el ser en cuestión. El desarrollo de un feto humano, no corresponde exactamente al desarrollo de las especies, decía Haeckel; ee feto, ¿no respira en cierto momento de la misma manera que un pez, y no se cubre más tarde de pelos como sus antepasados?”. Hoy día se estima que estas analogías, no son sino muy aproximadas.

Hemos venido a hablar de la embriología y de la genética, problema apasionante entre todos los que han intrigado a los hombres, y sobre los cuales florecen también concepciones nuevas.

¿De qué manera, de la conjunción de dos seres resulta un individuo nuevo? ¿Cómo se efectúa el que un niño tenga los ojos de su padre, mientras que su her-

(Continúa en la pág. 55).

Short definition of Relativity

*There is no hitching post
in the Universe — so far
as we know —*

*Science and history defined
A. Einstein*

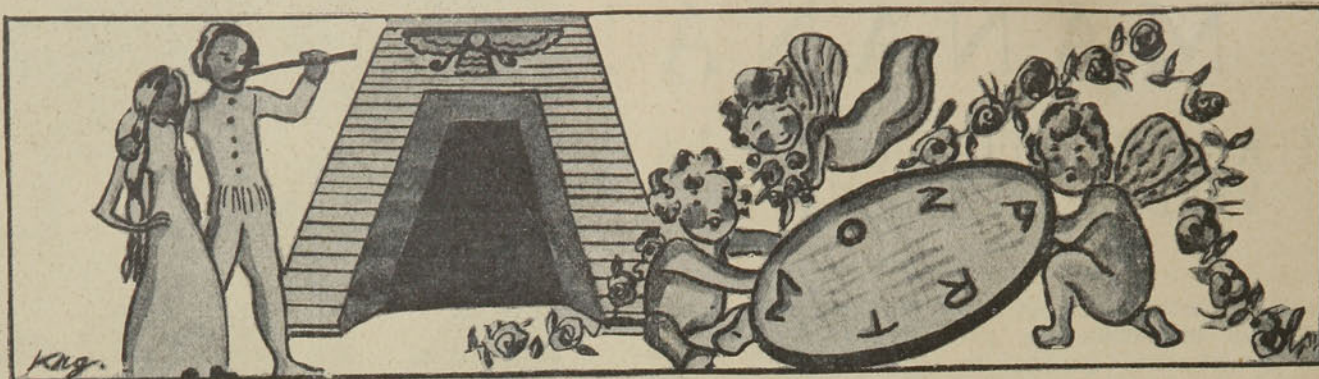
Concluidas las distinciones clásicas: fuerza, energía, materia. Relatividad, cantidad: he aquí las bombas lanzadas sobre el edificio de la ciencia clásica. El profesor Einstein da por sí mismo, una definición de la relatividad.

vida: los individuos mejor dotados para la lucha, triunfaban de sus congéneres. Las especies mejor adaptadas eliminaban a aquellas que lo estaban menos; la lucha dura, implacable de todos contra todos, he aquí el motor de la evolución y del progreso. La filosofía de los lamarkianos era más sonriente. Para ellos, el motor de la evolución y de los cambios era, la utilización o la no utilización de los órganos.

Bajo su forma caricatural, esta teoría fué



notas musicales



Si la sensibilidad no es privilegio de las mujeres, es evidente al menos, que esta cualidad es más rara del lado de la barba, y aunque casi todos llevan hoy día el rostro rapado, no quiere decir por eso que se hayan hecho más sensibles. Una dureza, que no es solamente de fachada, está muy de moda. La literatura lo mismo que la música, nos muestra el triunfo de la inteligencia sobre el corazón, lo que no quiere decir que el espíritu haya ganado mucho con ello. Las artes son el reflejo de las costumbres: "¡Seamos duros!" predicaba Nietzsche, hace medio siglo; y han sido los hijos de sus contemporáneos los que han seguido su consejo. Pero el exceso engendra la reacción y lo que gusta hoy, disgusta mañana. No hay necesidad de ser profeta para predecir la revancha cierta del corazón.

Esperando este feliz retorno, agradezcamos a los que cultivando la piedad, la han preservado de desaparecer. Henos aquí bien lejos de la música — diréis vosotros. — De ninguna manera. Hace poco se proponía esta cuestión a los amantes de los discos y de la radio. "¿Qué va a ser de los pobres músicos a quienes matáis, moralmente al menos?" Y una mujer sensible contestó: "Si tenéis un poco de conciencia, si sois accesibles a un pensamiento de responsabilidad, que pronto se cambiará en remordimientos, el sonido de vuestros aparatos os va a parecer sarcástico y lúgubre, y todos esos ruidos, os van a hacer pensar en el hambre de los pobres artistas a cuya destrucción ayudáis. ¿No han cantado ellos vuestras alegrías y vuestros dolores hace años? Es preciso reaccionar. ¡La radio se comprende en el campo, o para escuchar conferencias, pero para la música! En el cinema, en el dancing, en la pequeña aldea, en todas partes en donde, en fin, se escucha ese aparato pequeño que parece féretro del cual se escapa una voz de ultra tumba, el público debería manifestar y gritar: ¡Música! ¡música! ¡música!, pero música con músicos. Sería un acto humanitario y artístico".

Quisiera consolar a la mujer de todo corazón que firmó esas líneas con el pseudónimo "La vacilante" trayéndole la prueba de que sus alarmas son vanas. Es verdad que el número de músicos de orquesta reducidos a la miseria aumenta de día en día, que la caja de sindicatos se agota, de tal manera son frecuentes las demandas de socorro. ¡Ah! Es verdad que la música sufre y bien duramente los golpes de la crisis ahora presente... En París una reciente encuesta ha demostrado que sobre 370 músicos empleados en diversos establecimientos, no había sino 99 franceses. La conclusión se impone.

Pero acusar la música mecánica, radiofónica, y los discos, es ir demasiado ligero. Es esta industria de música "en conserva" como la llama la Vacilante, la única culpable,

No lo creo. Las causas del mal son más profundas, más lejanas. ¿Y después, pensáis acaso que bastaría con gritar ¡músicos, músicos! para hacer volver los instrumentos arro-

jados de la orquesta por el film sonoro?

La historia nos enseña que nada puede hacerse contra la evolución de las costumbres. Nuestra civilización se transforma, se mecaniza, cada día un poco más. Soy de aquellos que lo demuestran y deploran y no soy el único que se acuerda con pena de la delicia de los paseos a pie o a caballo, pero ¿qué podemos tentar para obligar a meterse los coches al garage y poblar de calezas y caballeros las avenidas del Bosque invadidas por los autos?

Esto no quiere decir que hayamos de renunciar a la acción: es preciso proceder, al contrario, pero para utilizar, en provecho de la causa que se quiere defender, las fuerzas juzgadas primero desgraciadas y que un examen más profundo de la cuestión, nos muestran susceptibles de servirnos de ellas.

Decís: la radio se comprende en el campo...

Pero, ¿cómo limitaréis estas ondas que se propagan libremente en el espacio, únicamente para los campesinos? ¿Y por qué no querer que ellas lleven donde muchas gentes,

hasta entonces ignorantes de la belleza musical, las obras de los maestros? ¿Por qué rehusar a la radio el rol, educador que puede y debe llenar?

Porque hasta hoy, los programas emitidos son generalmente tan malos, tan ridículos, y ponen voluntariamente juntos lo mediocre y lo peor, de tal modo, que parecen concebidos con una odiosidad franca hacia los músicos. En cuanto al fonógrafo, todo el mundo ahora reconoce que ha rendido muchas veces eminentes servicios a la música. Es un medio de educación admirable. Pero no puede en pocos años un nuevo instrumento, aunque esté reservado únicamente a los pedagogos, transformar el estado de espíritu de un pueblo entero.

Llegamos ahora a la causa verdadera y profunda de la crisis: en Francia, la música no es sino un arte de adorno, nada más que de adorno. Es la pariente pobre de las otras artes. No tenía hasta los



N I Ñ O S

Por JULIO DANTAS



Pedro, ocho años, fuerte, moreno, reflexivo, triste, con el aspecto precoz de los pilluelos que se ven en los dibujos de Poulbot, viene a visitar a la madre, divorciada y ya casada con otro. Lo recibe "Ninette", hija del primer matrimonio del segundo marido de la madre de Pedro, ocho años también, rubia, frágil, viva, bonita, ojos de porcelana, boca expresiva de mujer, brazos y piernas desnudos, un moño enorme en los cabellos enortijados, lo que le da el aire de una gran mariposa rosada. Salón imperio. Por las vidrieras se adivina la niebla azul de un jardín. Tarde de otoño

Pedro.— Mamá se olvidó de mí.

Ninette.— No se ha olvidado.

Pedro.— Y entonces, ¿por qué salió? Hoy es el día en que vengo a verla. Es el primer domingo del mes.

Ninette.— Hoy has venido más temprano.

Pedro.— ¿No sabes dónde he ido?

Ninette.— No me dijo nada. No somos amigas. Pero sé que se fué a hacer.

Pedro.— ¿Y qué sabes?

Ninette.— Fué a comprar un regalito para ti, a escondidas de mi papá.

Pedro.— ¿Y tu papá está en casa?

Ninette.— No. Siempre sale los días en que tú vienes.

Pedro.— ¿Por qué?

Ninette.— Porque no quiere encontrarse contigo. (Después de un silencio). ¿Quién te trajo?

Pedro.— Fraulein. Vine en el automóvil. Ahora tenemos un coche nuevo, ¿sabes?

Ninette.— El nuestro también es bueno. Ayer salí a pasear con tu mamá.

Pedro.— Subí con Fraulein. La otra quedó abajo, esperando.

Ninette.— ¿Quién es la otra?

Pedro.— La nueva mujer de mi papá.

Ninette.— ¿Es bonita?

Pedro.— Mi mamá es más bonita que ella. ¿No encuentras bonita a mi mamá?

Ninette.— A mí sólo me gustaba la mía.

Pedro.— ¿También se volvió a casar?

Ninette.— No; se murió.

Pedro.— Tú has sido más feliz.

Ninette.— ¿Por qué?

Pedro.— Porque al menos tú no tienes que ir a ver a tu mamá en casa de un extraño.

Ninette.— Mi padre no te quiere. Pero yo, sí. ¿Te parece que vayamos al jardín?

Pedro.— ¿Qué era lo que estabas haciendo?

Ninette.— Saltaba con la cuerda.

Pedro.— Yo ya no estoy en edad de jugar.

Ninette.— ¿De veras?

Pedro.— Ya soy un hombre. Y tú, también, ya eres una mujer.

Ninette.— ¡Bien lo sé! Pero me gusta saltar con la cuerda.

Pedro.— Yo sólo hago "sport" de categoría. ¿Ves estos zapatos?

Ninette.— Sí, los veo.

Pedro.— Son zapatos de "tennis".

Ninette.— Mi hermano también juega al "tennis". Hasta jugó con Susana Langlen.

Pedro.— ¿Qué edad tiene tu hermano?

Ninette.— ¿Pa'co?

Tiene diecisiete años.

Pedro.— Ya es viejo. No puede jugar bien.

Ninette.— También tu mamá juega a veces con él. Y casi siempre pierde.

Pedro.— Yo también dentro de poco seré viejo.

Ninette.— ¿Cuántos años tienes?

Pedro.— Ocho. Pero cuando me lo preguntan digo que tengo siete.

Ninette.— Yo también voy a cumplir ocho. Pero a todos les digo que tengo seis.

Pedro.— Es preciso que no nos dejemos

envejecer. Fraulein— ¿sabes? — ya ha cumplido veintidós años.

Ninette.— A esa edad no llegaré yo. ¿Quieres patinar en el jardín?

Pedro.— No. Voy a esperar aquí a mamá.

Ninette.— ¿La extrañas mucho?

Pedro.— Sí. Sólo la veo una vez al mes. Cuando se fué de casa, lloré mucho.

Ninette.— ¿Y por qué se fué de la casa?

Pedro.— Porque se enojó con mi padre.

Ninette.— A veces también riñe con el mío.

LE SANCY

COLONIAS

son la extracción quintaesenciada de las flores cuyos pétalos seleccionados entran en su composición.

\$ 2.— 5.— 6.— 8.—

Pedro.— Pero mamá tenía razón.
 Ninette.— Con el mío nunca la tenía.
 ¿Y por qué fué que se enojó?
 Pedro.— No son cosas para contárselas a una niña.
 Ninette.— No repares. Yo ya leo novelas.
 Pedro.— ¿Qué novelas lees?
 Ninette.— "Gentlemen prefer blondes". Me la dió miss Dorothy.
 Pedro.— A mí también me gustan mucho los cabellos rubios. Así, como los tuyos.
 Ninette.— Yo le he pedido a mamá que me deje cortar el cabello "a la garçonne"; pero no quiere.
 Pedro.— Yo se lo voy a pedir también.

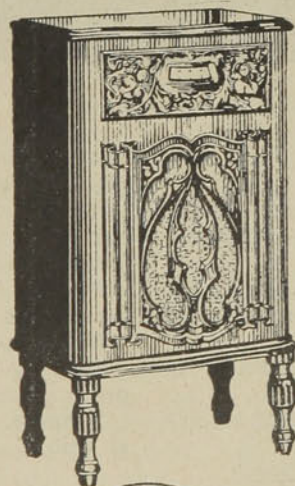
Ninette.— Tampoco me deja pintar la boca. Pero yo me pinto a escondidas.
 Pedro.— Le voy a pedir a mamá que sea tu amiga.
 Ninette.— Nunca me ha dado un beso, ¿sabes?
 Pedro.— Sólo me da besos a mí.
 Ninette.— Y a mi papá.
 Pedro.— (Con lágrimas en los ojos). Si, a tu papá.
 Ninette.— ¿Qué te pasa?
 Pedro.— Nada. Hay cosas que me dan pena. (Después de un silencio). Fumaría un cigarrillo.
 Ninette.— ¿Quieres fumar? Ahí tengo cigarrillos.
 Pedro.— ¿Son de tu padre?

Ninette.— No. Son de tu mamá.
 Pedro.— (Sacado un cigarrillo de una caja, de loza italiana, que Ninette fué a buscar). Son finos. (Con tristeza). Mamá, antes, no fumaba.
 Ninette.— Pues ahora fuma mucho. Tiene cigarrillos de todas clases: para ella y para sus amigas.
 Pedro.— ¿Recibe muchas amigas?
 Ninette.— Los jueves.
 Pedro.— (Encendiendo un cigarrillo). Hace mal. Yo ya se lo he advertido. Pero no oye mis consejos.
 Ninette.— ¿Qué mal hay en recibir visitas?
 Pedro.— Fué por causa de eso que papá y mamá se divorciaron.
 Ninette.— ¿Por causa de las visitas que ella recibía?
 Pedro.— Un día mamá miró un espejo y vió a una de sus amigas abrazada con papá.
 Ninette.— ¿Bailando? A mí me gusta mucho bailar.
 Pedro.— No, no fué bailando.
 Ninette.— Entonces, ¿qué estaban haciendo?
 Pedro.— Estas no son cosas que se le cuente a una niña.
 Ninette.— ¿Yo ya sé lo que pasó.
 Pedro.— ¿Y qué fué?
 Ninette.— Le dió un beso. ¿Es buen mozo tu papá?
 Pedro.— Es como yo.
 Ninette.— Entonces, no es feo. Un beso no le hace mal a nadie. A veces los hombres me besan, en la calle, y a nadie le llama la atención.
 Pedro.— Por supuesto.
 Ninette.— Y cuando hace un mes viniste a casa miss Dorothy me dijo que te diera un beso.
 Pedro.— Es que yo soy soltero.
 Ninette.— ¿Y por qué no se debe besar a los hombres casados?
 Pedro.— Porque eso les trae desgracia. Mi padre, desde que mamá vió por el espejo que otra mujer lo besaba, nunca volvió a ser feliz.
 Ninette.— ¿Nunca más fué feliz?
 Pedro.— No. ¿Qué estás mirando?
 Ninette.— Voy a decirle a papá que mande quitar de aquí todos estos espejos.
 Pedro.— Sí; tienes razón. ¡Mi mamá recibe tantas amigas!...
 Ninette.— Al fin de cuentas, se está tardando mucho. Ya podíamos haber ido a patinar al jardín.
 Pedro.— Naturalmente, ¿no se acordó de que yo vendría a verla hoy?
 Ninette.— No sé.
 Pedro.— ¿Ella no te dijo nada?
 Ninette.— Le dijo a miss Dorothy que iba a hacer unas compras. Y yo pensé que sería alguna cosa para dártele a escondidas de papá...
 Pedro.— Se olvidó. Desde que se fué de casa todos se olvidan de mí.
 Ninette.— Voy a llamar a miss Dorothy para que nos dé el "lunch".
 Pedro.— (Llorando). Tú eres más feliz que yo. Ves todos los días a mi mamá...
 Ninette.— No llores. (Abrazándolo, casi llorando también). Si ella no viene, yo me quedaré a tu lado... Yo sabré muy bien hacerte de mamita...
 Pedro.— No sabes, no.
 Ninette.— (Imitando la voz de una mujer, mientras seca con ternura los ojos de Pedro). No llores, hijo mío. ¿No ves que estoy aquí? No me olvidé de que hoy ibas a venir...
 Pedro.— (Con la cabeza apoyada en el hombro de Ninette, sollozando). Te olvidaste, si, te olvidaste...
 (Continúa en la página 68).

Algo Sensacional en Música y en Radio

LA NUEVA Radio Electrola VICTOR MODELO RE-17

NUNCA
SE HABIA OFRECIDO
ALGO
IGUAL
SOLO
\$ 2,750.00



PRECIO
SENSACIONALMENTE
BAJO
SOLO
\$ 2,750.00

UN INSTRUMENTO POPULAR DE ALTA CALIDAD MUSICAL

Una radio, de 4 circuitos y válvulas de rejilla blindada, de gran selectividad y sensibilidad, y una Electrola, que da nueva belleza a la música de discos.
ES EL INSTRUMENTO MODERNO PARA EL HOGAR MODERNO, A UN PRECIO COMO NUNCA SE HABIA OFRECIDO ANTES.

Pase a oírlo o pídanos una demostración sin compromiso.
TENGA PRESENTE: Una radio y electrola por sólo \$ 2,750.
OFRECEMOS MUY BUENAS CONDICIONES DE PAGO:

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

Santiago: Ahumada 200, esq. Agustinas.
 VALPARAISO, Esmeralda 999. — Plaza Victoria 1648. — Blanco 637.

(Continuación de la página 2)

VIVIR DESNUDOS

remos poner la mayor armonía entre nuestra manera de vivir y estas nuevas costumbres. Por ejemplo, convirtámonos en vegetarianos.

Aquí, muchos naturistas se separan del doctor Dorville. Son aquéllos que han notado que la naturaleza no nos ha dotado únicamente de molares para triturar las hierbas, sino también de incisivos y caninos para mascar la carne. Rechazan, pues, el vegetarianismo y permanecen resueltamente carnívoros.

Pero esta manía no impide a los dos bandos el que simpaticen entre sí. Juntos gozan las alegrías del retorno a la naturaleza. Como no quieren disgustar a sus semejantes que aun no han evolucionado, y como por otra parte tienen como los otros que trabajar para vivir, se encuentran una vez terminada la semana en grandes propiedades cerradas por murallas que los ponen al abrigo de los indiscretos o en islas, en Beleme, por ejemplo. En cuanto llegan, mujeres y hombres con ingenua alegría, alegría conmovedora, se apresuran a despojarse en sus respectivos cuartos de esos vestidos, que durante seis días han parecido tan pesados a sus espaldas. Un gran suspiro, muchos gestos de alivio, y se lanzan bajo los grandes árboles del parque.

Paseos, juegos, ejercicios físicos, siestas al sol, hacen que transcurran sus horas sanamente. Ni un solo gesto fuera de lugar. Todavía, aunque sea bastante ilógico el violentar la naturaleza cuando se proclama idólatra de ella, los naturistas observan, en efecto, a este respecto, una rigurosa disciplina, y se podría citar el caso de un periodista muy dispuesto a enrolarse en la Nueva Iglesia, que ha tenido que renunciar en seco a su proyecto por haber dejado adivinar—muy involuntariamente—sus sentimientos a una joven ferviente del nudismo..

Hace menos de treinta años no se encontraban palabras bastante burlonas para mofarse de los Salutistas. Un monólogo, el autor de él se oculta hoy día, circuló por los salones en tiempos de Félix Faure y de Loubet, procurando divertir a expensas de esas admirables buenas gentes. Nadie, hoy día, se permite sonreír siquiera de los Salutistas.

Estoy persuadido que antes de diez años también será juzgado de mal gusto reír de los naturistas. Y se les mirará aún con una especie de consideración, mientras se dice en torno de ellos:

—¿Los naturistas? Sí... Personas inteligentes.

SIMONA HARDY.

(Continuación de la página 3)

LA TERRIBLE NUEVA YORK

pergótico que dispare sus flechas a la altura de los rascacielos. Se adoptó el gótico francés, aunque mejor pudo adoptarse por el germano, dentro de esas intenciones.

Apuntemos a los constructores una decisión que es heroica en Estados Unidos. Por lealtad hacia el gótico, el templo ha sido construido en piedra, rechazándose el material unánime del país, el único en que aquí se concibe una construcción, o sea el cemento armado.

La Catedral de San Juan el Divino fué comenzada en 1916, el coro, las siete capillas ambulatorias y parte de la nave, están acabados. Los guías recuerdan a los visitantes que algunas catedrales europeas tardaron siete siglos, y que la piedad de Nueva York va de prisa. Es verdad, a causa de que el fervor se halla aquí servido por más dineros y por una decoración menos meticulosa; además de que el original cuesta siempre más que las copias. Esta prisa irá en aumento; en diez años saldrán de un molde de construcción, de un vaciado, las cuarenta y ocho catedrales de los cuarenta y ocho estados, de un golpe, como los Fords y las demás cosas...

La idea que preside la fábrica de San Juan es digna de marcarse. Ha querido hacerse un templo de la secta episcopal con vistas a la Universidad. La idea de lo universal, trabaja

El CULTO de la BELLEZA

Algunas recetas sencillas que producen resultados sorprendentes.



LOS SECRETOS DEL CUTIS REVELADOS POR UN DERMATOLOGO

“El gran secreto de la conservación del aspecto juvenil del rostro, consiste en la extirpación de la cutícula muerta”, dice un célebre dermatólogo. Es cosa bien sabida que la epidermis se halla en un estado de constante renovación, pues las células muertas se desprenden en pequeñas partículas, continuamente. Pero si, por un motivo cualquiera, dichas células no caen apenas muertas, ellas quedan adheridas a flor de piel, cubriendo las células vivas de la epidermis. En este caso habría que recurrir a un especialista dermatólogo para que procediera al despellejamiento del rostro en una sola operación, pero éste es un procedimiento doloroso y costoso. Idéntico resultado puede obtenerse gradualmente y sin peligro, aplicando cera mercolizada (en inglés: “pure mercolized wax”), substancia que se encuentra en cualquier farmacia. Se la aplica como si fuera cold-cream. Con poco costo se procede al completo despellejamiento del rostro, sin dolor alguno, absorbiendo las células muertas, y revelando el nuevo, sano y sonrosado cutis que se halla inmediatamente debajo.

COMO CONSERVAR EL CABELLO EN BUEN ESTADO

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño, o de color rojo. Si quiere usted conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas, lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

PARA EVITAR EL VELLO

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporáneamente el vello; pero, evitar de un modo definitivo esa innecesaria abundancia de pelo, representa un problema distinto. No son muchas las damas que conocen los espléndidos resultados que

se obtienen mediante el empleo del porlac pulverizado. El porlac se aplica directamente al pelo que se quiere eliminar. Este tratamiento recomiéndase no sólo para la instantánea desaparición del vello y de las superfluidades del cabello, sino que también para la destrucción definitiva de las raíces. Casi todos los boticarios pueden proporcionarle porlac, una onza, más o menos, cantidad suficiente para el experimento.

PARA SONROSAR EL ROSTRO

Unas mejillas arreboladas hacen que los ojos parezcan más brillantes y den a todo el rostro una frescura que encanta; pero esos efectos no los produce el ordinario arrebol obtenido con rouge o carmín, sino el que se consigue con un poco de rubinol en polvo, que da a las mejillas un delicado color rosado que la vista más experta no puede distinguir del natural. Tiene, además, el rubinol la importante ventaja de ser absolutamente inofensivo para el cutis, que el carmín y otras pinturas perjudican en gran manera. En cualquier farmacia, perfumería o casa que expendía artículos de toilette puede obtenerse rubinol en polvo.

Es una gloria verlos...

tan sanos, tan fuertes, tan alegres. Nunca han estado enfermos y las ligeras indisposiciones del estómago que de cuando en cuando sobrevienen a todos los niños, les pasan bien pronto con la excelente

Leche de Magnesia de Phillips

El laxante más apropiado para los estómagos débiles. Inmejorable en casos de agrieras, eructos, estreñimiento y biliosidad.

Si no es Phillips
no es legítima. Cuidese de las imitaciones.



Leche de Magnesia. (M. R.) A base de hidróxido de Magnesia.

**El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima**



PARA LA HIGIENE ÍNTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

M. R.

**antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico**

**Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.**



**Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas**

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Acido ortobórico, dispersuf., potas.

mucho a los Estados Unidos. Este país que esquivo a la Sociedad de las Naciones no la esquivo por cosmopolita, sino porque él estima que cualquier universalismo debe tejerse en torno suyo, como la pulpa alrededor del hueso tónico.

Los constructores de San Juan el Divino saben que las religiones están mejor divididas en sensibilidades religiosas que en sectas; que las palabras anglicanismo o presbiterianismo o calvinismo no dicen mucho, y que lo que hay es un anglicanismo inglés, uno escandinavo, uno francés, etc. Adulando afectuosamente las modalidades de su religión dentro de las razas, los constructores de San Juan han buscado crear un tipo de universalidad que acepta los localismos, los considera y los sirve en sus achaques de diferencia. La fidelidad en la interpretación de los ambientes nacionales deja bastante que desear y a veces no sabríamos sin la explicación del guía, si esta célula de plegaria es escandinava y si es inglesa la de unos pasos más allá. En todo caso se ha hecho lo posible por expresar la diversidad. La intención está bien, está muy bien. Cuando los Estados Unidos políticos entiendan como los Estados Unidos religiosos los derechos imperativos de la sensibilidad y acaten sus derechos, muchas cosas descompuestas arreglaremos con ellos.

La nave central tiene doscientos metros de largo y cincuenta de ancho. Remata ella con un altar mayor de blancos mármol, suavemente severo, que no me estorba la oración con ninguno de esos horrendos barrocos dorados que algunos fieles nos pesan en el alma y nos queman en los párpados, en las iglesias católicas latinas.

Los caminos entre las filas de bancas equivalen a la vía pública de Nueva York. Los arcos de la bóveda poseen esbeltez y aun ligereza; el mayor, llamado de los Niños, se hizo con puras limosnas infantiles, y esta ocurrencia es conmovedora. (Era tierno San Juan, a pesar de las catapultas de sus imágenes, y el lector que se lo sabe se acuerda de su cariño senil por la tórtola o perdiz familiar, que le seguía a todas partes).

El pavimento de la gran nave ha sido pagado solamente por los peregrinos, un don de caminantes, un regalo nutrido de "peatones". Lo forman mármoles de colores que han venido de todas partes: mármoles negros de Bélgica, mármoles amarillos de Italia; mármoles rojos de Numidia, etc. En un punto central del pavimento, han incrustado como pieza mágica un trozo de piedra de la iglesia de San Juan, levantada por Justiniano en Efeso, y que es regalo del obispo Kinsman. A falta de reliquias del cuerpo santo, bueno es que un trozo de piedra griega ofrezca una sugestión de presencia a los fieles.

Pienso yo en la penuria millonaria de los templos yanquis. Mivilizarán obispos y pastores la piedra santuario de todo el mundo para ver construir, en Nueva York, pero ¿qué harán a la postre, de sus templos sin reliquias y sin cuadros máximos? Difícil es que las iglesias católicas norteamericanas puedan comprarle nunca a la pobrecita de Avila un manto casero de Santa Teresa, por ejemplo, y es más difícil el que esta catedral reciba nunca el San Juan pasmoso de la copa con la serpiente, del Greco que se tiene el Prado.

El oficio se desarrolla en el altar mayor, el rito episcopal tan parecido al católico que, por un momento, aliado al gótico francés y a la música de volutas cálidas, me da la ilusión de que estoy en un templo mío de Francia o de Italia. Pero la mirada que me compone o me echa a perder todas las cosas, se me fija en seguida en el sacerdote y el engaño se me pulveriza. El sacerdote blanco, vuelto de espaldas, mueve misales y otras cosas con brusquedad; sube y baja los escalones con pasos demasiados rápidos... Yo me acuerdo y entiendo. Viene de un día y una semana laica y más que laica; es oficinista o comerciante y a causa de ello no puede con las lentitudes de nuestra liturgia, con las morosidades de nuestra ceremonia exquisita.

El órgano sigue sonando, la bella máquina de seis mil tubos, contenta de derramarse en un ábside sensible y en una nave desatada. Agradezco la misericordia de la manufactura mística, berlinese o turinesa, que ha enrollado esa tubería incontable; agradezco a la gente de Wall Whitman la adquisición de la trompetería magnífica que ocupa cuarenta metros de muro en la doble avenida musical del presbiterio.

Una lápida de bronce hacia un lado de la nave me hace leer, en vez de los Salmos o los Proverbios que me esperé, unos artículos de la Declaración de la Independencia... ¿Por qué aquí, qué tienen que hacer aquí? En el congreso bien se están y también en las escuelas públicas, pero en la catedral de San Juan el Divino... El folleto explicativo me contesta la interjección: — "Este es un recinto tan cívico como religioso; esta es una catedral "civil" de Estados Unidos".

¡El olvido redondo del Evangelio! Jesucristo dice con un desdén absolutamente divino lo del "Dad al César". El no tienen puente ni aun de cuerda, entre el Estado y su misión; El no enfrentará lo civil sino cuando esté delante de Pilatos, y

la enfrentadura será de tal índole que quien la vea en los cuadros famosos, y mejor dentro de su alma, tajaré siempre, co tajo de hacha, estatismo o jesucristianismo. Estimamos a Wáshington el justo y más todavía a Lincoln el audaz; pero su negocio gubernamental no tiene nada que hacer con una casa de San Juan el Divino. La confusión de los órdenes material y místico, el acoplamiento insensato de las hablas secretas de la religión con los textos oficiales, me irritará durante un año, día por día, y me reventará los ojos hasta que me vaya.

La lápida de los artículos constitucionales me desabotona una cantidad de recuerdos: las iglesias que predicán el candidato seco contra el húmedo; las otras que en el campo predicán los buenos negocios agrícolas y dan en el sermón cifras de las cosechas...

La catedral se acabará en cinco años más y su clientela se acrecentará junto con el acabamiento de la bella fábrica religiosa. Ella representa varios records, una serie de records: record de la extensión, record de las nacionalidades, record del órgano. La única codicia que me levanta esta piedra ambiciosa es la del órgano. Yo lo quisiera en Avignon, para mi misa de los domingos, o en la Vicuña de Chile, para las misas de mis gentes. Pero para tener el vocero de seis mil tráqueas se necesita contar con un espacio de dos cuerdas cuadradas, y para que él suene con todos sus planos de ecos, es preciso también que existan los muros reiterados, y para que ambas cosas sean una, es preciso todavía contar con una caja fuerte de 2.000.000 de dólares.

Me acuerdo de mi querido Maeztu, tan maltratado por la excitación que hizo a la raza española para que sea rica. No entiendo su doctrina en España, donde la riqueza gobierna su lote de bancos y comercio y deja en paz las costumbres y los valores morales. Pero aquí, en la América septentrional, y un poco en la nuestra también, que se americaniza a grandes zancadas, la riqueza es la vía romana hacia cualquier conquista, sea ella de ciencia, sea de... jesucristianismo.

Antes de dejar la catedral, echo a las naves enormes una mirada de totalidad y me despido del San Juan en piedra diciéndole que vuelvo a mirarle otro domingo. Llego a mi cuarto de Columbia; ando una hora por los corredores y sigo sintiendo encima el gigantismo de la catedral y el espacio pequeño que tengo me duele como la estrechez del corazón o de la garganta. Me siento entonces a castigarme esta sensualidad de la extensión que me ha cogido. Mi castigo será acordarme lentamente de la capilla, más pequeña que yo he visto en mi vida: la Porciúncula de San Francisco, encajada en la iglesia de Santa María de los Angeles, en Asis. Después me pongo a escribirle a San Juan, una página menuda de alabanza que se parezca en la brevedad a aquella de nuez y qué también se le parezca en el fervor apretado. La complacencia del espacio se me va bajando, se me va deshaciendo, a lo largo de tres horas...

GABRIELA MISTRAL.

(Continuación de la página 7)

COMO REPRESENTAR LAS ESCENAS DE AMOR

que haga, no puede ser colocado en competencia. Pero las estrellas del cinema, cuyo éxito es debido únicamente a las cualidades exteriores, no pueden hacer otro tanto. Muchas de ellas han desaparecido ya del firmamento y otras les seguirán en seguida. Los verdaderos artistas, aquellos que tienen talento, inteligencia y voz, no sufrirán a causa de la nueva era, sobre todo cuando el público se haya familiarizado con sus voces, que sólo conocían las gentes del estudio.

Los actores y actrices del cine tenían naturalmente la costumbre de hablar mientras se les fotografiaba en los films, pero era solamente para ellos mismos. Encontraban que de esa manera les era más fácil expresar grandes emociones. Personalmente, hablaba siempre, pero cuando oí mi voz por la primera vez en una cinta sonora, fui grandemente sorprendido. Me parecía escuchar la voz de una persona absolutamente extraña.

Se había hablado de que yo haría un «talkie» con Lubitsch, y era mi ensayo el que escuchaba. Pensé primero que aquello provenía del aparato. Más tarde comprendí que estaba equivocado y que nadie escucha su propia voz como la escuchan los otros. Oís vuestra voz desde el interior, mientras que los otros la escuchan desde el exterior y eso hace una gran diferencia. Más tarde, he comparado la reproducción mecánica de mi voz con la de mi hermano, cuya voz es tan semejante a la mía, que las gentes son incapaces de diferenciarlas en el teléfono; después de esta comparación, me consolé y aprendí a servirme del micrófono como me sirvo del objetivo.



El mal humor en la oficina

ocasionado por las contrariedades comerciales no debe recaer sobre sus dependientes y quitarles el gusto de trabajar; tampoco agriar a su familia las pocas horas que pasa Vd. en su compañía. Tranquile Vd. sus nervios tomando Tabletas de ADALINA, así defenderá mejor sus intereses, estará Vd. más fresco, reposado y con mayores energías. Su trato será más suave y menos irritable. Será Vd. más querido de todos y tendrá más éxito en sus empresas.



Tabletas de
Adalina

La cruz Bayer M.R. — Adalina M.R.:
a base de Bromodietilacetilurea



Deles el ejemplo

FÓRMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar,
Jabón,
Raíz de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos.

El tubo con el tapón imperdible

Los niños son por naturaleza imitadores. Si usted observa por costumbre la higiene de la boca... sus niños fácilmente adquirirán el hábito del cuidado de sus dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL tiene un sabor delicioso y refrescante—y mata en 30 segundos los gérmenes causantes de las caries dentales.

Pasta Dentífrica

EUTIMOL
M. R.
PARKE-DAVIS

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 104), Casilla 2819 Santiago de Chile.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... Provincia.....





LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE
contra : Insomnio, Neurastenia, Neuralgias,
Lasetud, Ideas negras, Contracciones ner-
viosas, Trastornos de la edad critica,
Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadère, PARIS
RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalonilurea pura.

Es un error el suponer que el «talkie» entraba el poder de expresión de un actor. Al contrario, lo refuerza, pero el film parlante reclama más reflexión e inteligencia que las que eran necesarias para el cine mudo. No teniais la letra en que apoyaros y cada cual debía encontrar por si mismo la mejor manera de dar todo su valor al diálogo y obtener así los efectos requeridos. La posibilidad de equivocarse era mucho más grande. Pero en el cine hablado hay también un peligro: una palabra mal pronunciada, un monólogo superfluo y demasiado largo y producís inmediatamente un efecto completamente distinto al que deseabais o esperabais.

Las escenas de amor son, en este sentido, especialmente difíciles. Bastante delicadas eran ya de realizar en el teatro y en las cintas mudas; sin embargo, un artista que conoce los



ANTES

Resultado obtenido
usando las

PILULES ORIENTALES

(M. R.)



DESPUES

BENÉFICAS - RECONSTITUYENTES

A base de calamo, comino, pirofosfato de hierro, citr. am., quacia, galego.

Exigir el frasco de origen sobre el cual
deben figurar el nombre y las señas de

J. RATIÉ, Pharmacien, 45, Rue de l'Echiquier, PARIS

De venta en todas Farmacias.

En Santiago : DROGUERIA FRANCESA y todas Farmacias.

cien trucos y secretos del oficio y posee suficiente inteligencia, encontrará pronto el estilo que mejor le conviene. No existen reglas precisas para los roles amorosos en el teatro o en la pantalla. Las interpretaciones son tan numerosas como los actores y los roles. Un actor que tiene personalidad la dejará transparentar en un rol amoroso, pero ésta no es sino la base, base que debe variar para cada uno de los diferentes personajes que debe encarnar un actor.

Se me ha dicho a menudo que tengo una manera muy especial de representar escenas de amor, lo que yo no creo. Personalmente, encuentro que interpreto estas escenas diferentemente, según la situación, la obra y el rol que represento. No podéis serviros de los mismos gestos o tentar el describir el mismo grado de pasión, si hacéis el hombre maduro o el jovenzuelo, el rico o el pobre, el gentilhomme o el criado. Sin embargo, habrá siempre similitudes y diferencias pre provienen del rol mismo y del temperamento del actor.

Estoy persuadido que el parlante ha abierto un cam-
(Continúa en la pág. 24).

Una madre moderna

no usa otro remedio que los compri-
midos de

FENALGINA



El remedio soberano contra
DOLORES, RESFRIOS, GRIPPE, Etc.

Desconocida



Mujer a quien no conozco,
¿quién eres y dónde estás?
¿Por qué te vistes de ausencia
y eres toda un antifaz?
Por tí escribo estas cuartillas
de inútil sinceridad,
que marchan en busca tuya
dudando si te hallarán;
aves perdidas, sin nido,
sin alero, sin hogar,
nostálgicas de tus ojos,
que ignoran dónde arderán.

Si tu gloria es esconderte,
mi triste sino es buscar:
y en tanto yo pido siempre,
tú, implacable, nunca das;
y, así, mi mano y tus ojos
por rumbos distintos van...

No me importa. En mi tormento
hay dulzuras de panal,
y en no conocerte tiembla
mi mejor felicidad.
Sigue lejana, y oculta,

y misteriosa, y fatal;
jirón de niebla, lucero
en la noche de mi afán;
que, según te añade oros
la maga Dificultad,
más ardientes y anhelantes
estas cuartillas serán,
y cuanto menos me escuchas,
yo habré de adorarte más!



De todos los Reconstituyentes

la PANGADUINE

es sin duda alguna el más poderoso y el más agradable de tomar.

Encierra todos los principios activos y alcaloides del aceite de hígado de bacalao.

El empleo de la PANGADUINE está indicado en la **Tuberculosis**, en la **Anemia**, la **Clorosis**. Es el medicamento por excelencia de los **Niños**, de los **Jóvenes fatigados** por el **Crecimiento**, de los **Neurasténicos**, de los **Convalecientes**.

Precisamente en los casos graves de **Bronquitis**, **Tisis**, **Debilidad** es cuando se debe recurrir a la PANGADUINE pues se podrá tomar, de esta preparación, una dosis suficiente para obtener la curación, dosis que sería absolutamente intolerable si se tratara de Aceite de Hígado de Bacalao, ó de cualquiera otra preparación con base de Aceite.

DOS FORMAS: Elixir, Granulado
de venta en todas las farmacias

Con que ligereza
ese hombre pone en peligro la salud de su familia, y todo por su fastidiosa tos. Debiera pensar más en su bienestar y hacer algo para curarse el resfriado. Naturalmente, lo único que le puede sanar es

CRESIVAL

(M. R. — Solución de sullocresolato de calcio al 3%)

(Continuación de la página 22)

LA TERRIBLE NUEVA YORK

po nuevo y ofrece nuevas posibilidades para las escenas de amor. Ello no contraría ninguna de las cualidades que los actores y las actrices poseen ya, y les da un nuevo medio de expresión: la voz. Una escena de amor debe producir más efecto en una cinta sonora que en una cinta muda. Una escena de amor en un «talkie» deberá ser cuidadosa e inteligentemente estudiada con mucho más esmero que el que se acordaba a esta clase de cosas en los tiempos del cine mudo. Aquellos que recuerdan el juego desmesurado de los primeros actores del cinema—juego que el público encuentra ahora ridículo—comprenderán pronto que el parlante lleva camino de seguir el mismo proceso. Debéis tener un perfecto control de la voz, del gesto, de todo. No debéis hablar demasiado, ni representar demasiado. Las palabras deben ser cuidadosamente elegidas, y ello, a propósito, hace el trabajo del escenarista muy importante. Debéis concentrar no solamente los gestos, a lo que ya nos habituó el cinema, sino también las palabras. Por las mismas razones que no podéis usar de las mismas formas en la pantalla que en el teatro, no debéis pensar en hablar para el «talkie» como teníais la costumbre de hablar en el teatro—o para vuestro propio beneficio—en un film mudo.

Aunque tengo una considerable experiencia del teatro, encontré, cuando vine al parlante, que debía aprenderlo todo de nuevo, exactamente como lo hice cuando vine al cinema. Hay también la cuestión de la voz. Aunque la vuestra sea buena, deberéis estudiar sus particularidades. No debéis pensar que, puesto que habláis en un micrófono, vuestra voz no tiene necesidad de tomar en cuenta las distancias. Será preciso que aprendáis a distinguir estos matices. En resumen, deberéis completar vuestro aprendizaje en las salas oscuras viendo y oyendo las buenas cintas sonoras y juzgaréis por vosotros mismos.

Los que aman el teatro no tienen nada que temer. El parlante no matará jamás el teatro, bien que el cinema le haya hecho bastante daño. El cinema ha matado casi las «tournées»; el parlante no puede hacerle ya un daño mayor. Por otra parte, el deseo natural de ver a sus actores y actrices favoritos en carne y hueso no morirá nunca, y en este sentido el parlante le hace aún la propaganda al teatro.

(Continuación de la página 4)

LA RENUNCI A

comprenderás cuando la vida te enseñe por detrás de todo cuento alegre hay siempre unas pupilas que lloran. Las del poeta que lo compuso o las de la mujer que, al oírlo, recuerda un episodio semejante.

“Aquí, en este cuento nuestro no hay poeta ni mujer que recuerde. Yo no sé hacer versos, y tu pasado está en blanco y silencioso; pero en cambio hemos soñado por un instante en que el bonito cuento podía ser realidad.

“Si no lo ha sido, ¡paciencia! Ni tú ni yo tenemos la culpa.

“Buenas tardes, muñeca. Te besa respetuosamente la punta de los dedos tu viejo amigo. —Felipe Manzanares.”

Cerró el sobre, y antes de que pudiera arrepentirse mandó la carta a su destino.

Cuando salió del casino, al atravesar una de las salas, se vió en un espejo y le temblaron las piernas.

Bruscamente desapareció la tersura de su piel, la brillantez de sus pupilas. No era el Felipe Manzanares gallardo y altivo de horas antes, el que reflejaba el espejo.

Y al verse tan lamentable, obligado a renunciar para siempre al amor y a la felicidad, comprendió que, al poner el pie en el umbral de la tercera juventud, había dado un paso decisivo e irremediable hacia la vejez.

(Continuación de la página 6)

UN POCO DE LITERATURA

“Siempre estaba yo vestida en cuadro”. Me paseaba en “Van Dyck” en alegoría de Rubens o en Virgen de Memling!

Página para los Niños

Riquet, el del Copete

Una reina dió a luz un niño tan feo y contrahecho, que se dudó si tenía forma humana. Un hada, testigo del nacimiento, aseguró que el niño, a pesar de su fealdad, sería muy simpático por su inteligencia y discreción, y le concedió la gracia de que pudiera transmitir su ingenio a la persona que mejor le pareciese.

La soberana, afligida por haber echado al mundo un monigote semejante, se consoló mucho con estas prediccio-

refiere al talento—repuso la maga—nada puedo hacer por ella; en cuanto a la belleza, lo puedo todo, y como deseo complacerlos, la otorgo desde ahora el don de transmitir su hermosura a quien mejor le plazca.

Pasaron los años, crecieron estas dos princesas y sus respectivas perfecciones fueron cada día en aumento: la hermosura de la mayor el maravilloso talento de la más pequeña llamaban la atención de todo el mundo. Crecían



nes. No tardó en verlas cumplidas. Desde sus primeras palabras y sus primeros actos, demostró el príncipe un tan maravilloso talento, que admiró a todos. Olvidaba decir que el niño había nacido con un copete o penacho de cabellos en medio de la cabeza, y que por esta razón le llamaban Riquet el del Copete. Riquet era el nombre de la familia reinante.

Siete u ocho años después de este suceso la soberana de un país vecino tuvo dos niñas. La que nació primero era hermosa como un serafín y su madre estaba tan contenta, que se llegó a temer la hiciese daño este exceso de alegría. Estaba allí también el hada que había asistido al nacimiento del príncipe Riquet, y para moderar el gozo de la reina, declaró que aquella niña carecería en absoluto de ingenio y sería tan tonta como bella.

Mucho contrarió a la reina esta declaración, pero hubo aun de disgustarla más ver que la segunda niña que había dado a luz era más fea que Picio.—Señora, no os aflijáis por eso—dijo el hada—; si la niña es fea, tendrá en cambio muchísimo talento y esta cualidad suplirá con ventaja su falta de belleza.—¡Dios lo haga!—respondió la reina.—Pero ¿no habría medio de darle a la mayor siquiera una mínima parte del talento que a ésta va a sobrar?— En lo que se

sus defectos al mismo tiempo en igual proporción: la una se iba afeando hasta el extremo de poder asustar al mismo Belcebú, y se entontecía la otra hasta el punto de que cuando la preguntaban algo, o no respondía, o encajaba un disparate. Era tan torpe, que no arreglaba sobre la chimenea cuatro porcelanas sin que rompiese tres, ni bebía un vaso de agua sin derramar sobre la falda la mitad del líquido.

Con ser la hermosura un grande atractivo en una joven, la hermana fea se llevaba la palma en todas las fiestas de palacio. Al principio todos rodeaban a la mayor, ansiosos de admirar de cerca su belleza extraordinaria; pero pronto se alejaban e iban a hacer la corte a la pequeña, cuya deliciosa conversación y oportunos chistes encantaban al más adusto. Así que en menos de un cuarto de hora la primera quedaba completamente sola, y todos rodeaban y agasajaban a la fea.

La mayor comprendía, a pesar de su torpeza, la causa de este alejamiento, y hubiera dado gustosa toda su hermosura por la mitad del ingenio que tenía su hermana. La misma reina, no podía muchas veces menos de reconvenirla por lo tonta, y esto disgustaba en extremo a la infeliz princesa.

Un día en que se retiró al bosque a llorar a solas su



desgracia, vió venir hacia ella un hombrecillo de feísima catadura, pero vestido lujosamente. Era el príncipe Riquet el del Copete, que enamorado de la joven por los retratos que circulaban por todo el mundo, había salido del reino de su padre, sólo para procurarse el gusto de verla y hablarla. Contentísimo de tan feliz encuentro, se aproximó a la hermosa con todo el respeto y la consideración imaginables.

Después de los cumplimientos de ordenanza, al ver que la princesa estaba triste.—Señora—le dijo—, no comprendo cómo una mujer tan bella puede sentirse disgustada y melancólica.—¿Bella, decís?—preguntó la pobre.—Tanto—prosiguió Riquet—que entre las muchas hermosuras que conozco, ninguna alcanza a la vuestra.—Será si os place así—repuso la princesa, sin que acertara a ocurrírsele otra cosa.—La hermosura—continuó el príncipe—es un tesoro que vale por todos los demás, y poseyéndolo vos en alto grado, no se concibe que haya nada que os aflija.—Pues más quisiera ser tan fea como vos y tener talento, que ser tan hermosa y tan torpe como soy.—La modestia os dicta esas palabras: el verdadero talento no se reconoce jamás a sí mismo.—¡Ay! no, ¡por desgracia es cierto lo que digo! yo sé bien que soy tonta, y esta es la causa del pesar que me atormenta.—Pues si en eso consiste—replicó Riquet—, puedo aliviaros y poner término a vuestra aflicción.—¿Y de qué manera?—Muy sencillamente; yo tengo la facultad de conceder talento a la persona que ame; y como esa persona sois vos, os daré tanto cuanto deséis, siempre que consintáis casaros conmigo.

La princesa no supo qué responder, y permaneció silenciosa.—Comprendo—siguió Riquet—que esta proposición os disgusta, y no me extraña; os doy un año para que reflexionéis lo que os convenga.—Como la princesa era de tan cortos alcances, y tenía además tanta gana de ser lista, creyó que el término del año no llegaría nunca, y aceptó la proposición.

Apenas hubo prometido a Riquet el del Copete que se casaría con él dentro de un año, sintió que su inteligencia se transformaba en otra muy distinta de la que había sido hasta entonces, y adquirió una facilidad admirable para explicar todo lo que pensaba, con frases escogidas y llenas

de gracia y donosura. A partir de aquel momento sostuvo una conversación galante con Riquet, y tantas y tan buenas frases dijo, que Riquet empezó a temer si le habría dado más talento del que había guardado para sí. La corte quedó asombrada de tan imprevisto y extraordinario suceso. Las personas de su familia y los empleados de palacio, no cabían en sí de gozo; sólo su hermana no se mostró satisfecha; la pobre conocía que iba a hacer en adelante un papel muy triste. Para dar una idea de la feliz transformación, baste decir que el rey consultaba el parecer de la hija que había tenido antes por tonta, y que muchas veces hasta reunía en las habitaciones de esta princesa el Consejo de Estado. Esparcióse rápidamente la noticia del milagro; los jóvenes príncipes de los reinos vecinos vinieron a hacerle el amor, y todos la pidieron en matrimonio; pero ella no encontró ninguno bastante listo, y los escuchó como quien oye llover.

Llegó, sin embargo, un príncipe tan poderoso, tan rico, tan guapo y de ingenio tan sutil, que no pudo menos de manifestarse con él un poco más amable y tierna que con los demás. Conoció el rey esta preferencia, y la dejó completamente libre en la elección de esposo. Como a medida que la inteligencia es más clara, tanto más se reflexiona antes de resolver en un asunto, dió ella las gracias a su padre y pidió que le concediese algún tiempo para decidirse.

Un día fué por casualidad a pasearse al mismo bosque donde había conocido a Riquet el del Copete.

De pronto, y cuando más profundamente meditaba acerca del partido que debía tomar, oyó a sus pies un ruido semejante al que producirían varias personas, conversando y agitándose de un lado para otro. Prestó atención, y llegaron a sus oídos distintas voces. Una decía:—“¡Tráeme esa caldera!”—Otra:—“¡Echa leña al fuego!”—Aquella:—“¡Dame ese cazo!”—La de más allá:—“¡Coge esta bandeja!”

En seguida la tierra se abrió, y vió una gran cocina llena de cocineros, marmitones, galopines y demás gente necesaria para hacer los preparativos de un espléndido festín. Salieron luego veinte o treinta hombres armados de otros tantos asadores provistos de caza y volatería, y en una alameda del bosque, alrededor de una larga mesa, comenzaron, al compás de una armoniosa canción, a mechar carne y a rellenar perdices.

Admirada la princesa de este espectáculo, preguntó que para quién eran aquellos preparativos, y le respondieron que eran para la boda del príncipe Riquet el del Copete. Admiróse la princesa, y poco le faltó para desmayarse al recordar que hacía un año justo había prometido dar a Riquet su mano. Tal vez parezca extraordinaria la falta de memoria de la princesa; pero hay que tener presente que cuando empeñó su palabra era una una tonta, y que al transformarse por voluntad del príncipe en discreta había olvidado todas sus pasadas tonterías.

Iba a continuar su paseo, cuando se presentó a sus ojos Riquet el del Copete, magnífico y espléndido como un príncipe que va a casarse.—Ya véis, señora—le dijo—, que soy exacto en el cumplimiento de mi palabra; espero que cumpliréis también la vuestra, y me halaga la idea de que hayáis venido aquí a hacerme el más dichoso de los mortales.—Contieso francamente—respondió la princesa—que no he tomado una resolución definitiva respecto al asunto, y aun pienso que jamás podré decidirme a complaceros.—¡Cómo!—exclamó Riquet—; señora, me llenáis de asombro y...—Dispensad mi franqueza—prosiguió la joven—; os lo digo como lo siento, y es la verdad que me hubiese visto bien apurada si se tratase de otra persona que no tuviera vuestra inteligencia y vuestra educación. “Una princesa está obligada a cumplir su palabra—me diríais—, y tendréis que admitirme por esposo, puesto que me lo habéis prometido”; más como el hombre con quien hablo es el de más talento del mundo; espero que comprenderá las razones en que se funda mi negativa. Recordad que cuando era una tonta no pude resolverme a daros mi mano. ¿Cómo queréis que me resuelva hoy que gracias al ingenio que me habéis dado, tengo el gusto más fino y soy más difícil de contentar? Si teníais intención de casaros conmigo, habéis hecho mal en devolverme la razón.

—Muy bien, señora—respondió Riquet—; pero si un hombre cualquiera podría con justicia reprobar esa falta de palabra, ¿por qué razón no he de usar yo del mismo derecho, tratándose de un asunto del cual depende la felicidad de toda mi vida? ¿Acaso las personas de talento son de peor condición que las otras? ¿Lo afirmaríais vos, que tan claro le tenéis

y tanto lo habéis deseado? Pero volvamos a la cuestión, si lo permitís. Aparte de mi fealdad, ¿qué encontraréis en mí que pueda disgustaros? ¿Mi nacimiento, mi rango, mi carácter, mis modales?...—¡De ningún modo!—respondió la princesa—. Me gusta en vos cuanto acabáis de enumerar.—Pues siendo así, haced mi ventura, puesto que podéis convertirme a un mismo tiempo en el más feliz y hermoso de todos los hombres.—¿Y de qué manera?—Es muy sencillo, si me queréis lo bastante para desearlo: sabed, señora, que la misma hada que el día de mi nacimiento me concedió el don de transmitir mi inteligencia a la persona que amase, os concedió a vos el de transmitir vuestra hermosura al hombre que eligieseis por esposo.—Siendo así—dijo la princesa—, yo deseo con todo mi corazón que seáis el príncipe más hermoso de la tierra, y os concedo tanta belleza como pueda yo tener.

Aun no había acabado la joven de pronunciar estas palabras, cuando Riquet se transformó en el más guapo de los hombres. Algunos aseguran que no fueron los encantos de la maga, sino el amor quien operó este cambio; y añaden que habiendo reflexionado la princesa detenidamente sobre la constancia, la discreción y la belleza de alma de su amante, olvidó su deformidad física, hasta el punto de ver en su giba la inclinación propia de un hombre acostumbrado a la meditación y al estudio, y de encontrar en su horrible cojera cierto aire de distinguido contoneo. Dicen aun más: afirman que los bizcos ojos de Riquet parecían a la princesa brillantes y expresivos, y que en la enorme y amoratada nariz del ser amado encontraba ella mucho de heroico y de marcial.

Sea ello lo que fuere, lo cierto es que la princesa prometió concederle su mano, si su padre consentía en el casamiento. Descubrió la joven al rey que debía su inteligencia a Riquet el del Copete, y el rey le aceptó gustoso como yerno. Al día siguiente celebraron la boda. Los preparativos hechos por orden de Riquet no fueron inútiles. Las fiestas resultaron magníficas.

Este cuento prueba bien a las claras que el amor lo embellece todo, y prueba además que lo que no alcancen para vencer un corazón todos los encantos de la hermosura, lo conseguirá un solo invisible atractivo que el amor adivine.



Si Vd sufre
de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Acido acetil-salicílico, acet para fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estómago ni el corazón.



Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

PARA LOS CHIQUITITOS GOMINA INSTALA UNA PELUQUERIA



Gomina quiso enriquecerse.

Instaló una peluquería.

Para llamar la atención, puso el siguiente letrero:

«Un gato que no es elegante, no es digno de ser gato».

Y más abajo decía: «Se pulen las uñas. Se recorta el bigote. Se peina a la gomina».

Tomó como ayudante al gatito Pinta Oscura.

A los pocos instantes de estar instalado, se inscribieron muchos abonados.

Gomina dejaba contentos a todos los clientes.

Los convencía más con la charla que con los hechos.

A un gato rubio le estropeó el lado izquierdo del bigote.

El damnificado protestó.

Gomina, para calmarlo, le dijo:

—Usted no debe ignorar que ésa es la última moda de París.

El gato rubio quedó agradecido por esta lección.

Al despedirse, le regaló una moneda de plata.

Los compañeros se burlaban del gato rubio.

Pero éste se decía: «Cómo se ve que son rústicos, no saben lo que es la moda».

MENTHOLATUM

Para los Niños

Para obtener pronto alivio y evitar que el catarro se empeore, aplique abundantemente el Mentholatum en las fosas nasales, las sienes y el pecho. Mentholatum es un remedio excelente, eficaz y rápido tanto para niños como para adultos. Indicado para resfriados y catarros, ha sido altamente recomendado por médicos y enfermeras y está en uso diario en muchos hospitales. Exija el legítimo.

A Base de: Mentol, Alcanfor, Eucaliptus, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba — M. R.

La cocina practica

Guisos de la estacion



Sopa de jigote

- ½ kilo de posta negra.
- 2 cucharadas de vino.
- 1 cucharada de vinagre.
- Sal, pimienta y ajo.
- 12 aceitunas.
- 1 cucharada de queso rallado.
- 2 cucharadas de pasas.
- 1 huevo.

Se pone a cocer el trozo de posta negra; cuando está bien cocido, se pica la carne como para pino, se hace un frito de cebolla menuda y se pone a freír la carne picada; se le agrega ajo molido, pimienta, sal, dos cucharadas de vino y una de vinagre; todo esto se pone en una fuente de barro y se cubre con tajadas de pan frito, pasas, aceitunas, un huevo duro en torrejitas, queso rallado, hierbabuena y perejil; se le agrega el caldo en que se coció la carne y se pone a hervir media hora.

Macarrones al Gratin

- ½ kilo de posta.
- ¼ kilo de queso.
- ¼ kilo de mantequilla.
- Sal y pimienta.

Se compran macarrones de tubito, se cuecen en agua hirviendo con sal y pimienta. Cuando están cocidos, se pasan por agua fría y se dejan destilar. Se colocan en una fuente honda; una capa de macarrones, una de queso rallado y mantequilla, hasta llenar la fuente. Se termina con queso y mantequilla. Se pone al horno a dorar.

Chuletas apanadas.

- 6 chuletas.
- 2 huevos.
- 6 cucharadas de migas de pan.
- 115 gramos de mantequilla.
- Sal y pimienta.
- ½ repollo.

Las chuletas se limpian con un paño mojado en agua caliente. Se aplastan y se les pone sal y pimienta. Se pasan por huevo y después por miga de pan. Se frien y se sirven con repollo cocido saltado en mantequilla.

Compota de camotes

- 6 camotes.
- ½ kilo de azúcar flor.
- 1 palito de canela.
- 1 clavo de olor.

Se cuecen los camotes, se ponen en un almibar clara y se dejan que dé punto. Al almibar se le pondrá un palito de canela y un clavo de olor.

COMIDA

Sopa crema de arroz.

- Harina de arroz.
- 1½ litro de caldo.
- 1 yema de huevo.
- Mantequilla y leche.

Se deshace harina de arroz en agua fría, y cuando está bien deshecha se le pone el caldo, revolviendo para que no se apeltone. Se deja hervir y a la sopera se le pone yema, mantequilla y un poco de leche.

Repollo blanco.

- 1 repollo.
- 2 cucharadas de manteca.
- 6 chorizos.
- 20 gramos de tocino.
- 3 salchichas.
- Sal y pimienta.

Se pone a remojar durante una hora un repollo blanco. Después se lava muy bien. Póngase en una cacerola dos cucharadas de manteca, un pedazo de tocino de pecho, tres salchichas y seis chorizos, el repollo, sal y pimienta. Déjese cocer cinco o seis horas a fuego lento y bien tapado. Sirvase todo junto.

Ensalada alemana

- 3 arenques salados.
- 2 huevos.
- 3 papas.
- 3 cucharadas de aceite.

Coced los arenques durante quince minutos. Enfriadlos y cortadlos en tiritas. Se le agregan las papas asadas y cortadas en pedacitos y dos huevos duros picados. Poned todo esto en la

Ninguna
receta
es
buena
si
los
condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los
**ALMACENES
ECONOMICOS**

Hay uno cerca de su casa.



LOS DUELOS MODERNOS

El señor Crespo va a ver a su íntimo amigo, el abogado señor Rodríguez, a quien nombra su padrino por una cuestión que ha tenido con el señor Manzanares.

—Perfectamente, le contesta el señor Rodríguez, únicamente una amplia y razonada retracción del señor Manzanares podrá salvar la situación grave que han producido sus palabras.

El señor Rodríguez se entrevista con el atrevido señor Manzanares a quien informa del proyectado duelo y como su cliente, o sea, su patrocinado, es el ofendido, a él le toca elegir las armas, interin le suelta la tradicional tarjeta, de manera que el lance será a sable de filo (nada de dar sablazos), hasta que uno de los dos combatientes quede materialmente clavado en el suelo!

—Hombre, señor Rodríguez—dice el retado—, yo acostumbro a batirme con pistola de repetición, a cinco pasos y a fuego graneado; de todas maneras, consultaré con mi papá suegro, que precisamente ahora se está zurciendo los calcetines y él intervendrá de mi parte en este asunto.

—Tome tila, digo silla, señor Rodríguez, entre tanto voy a buscar mi papá suegro, el marqués del cascote.

(El señor Rodríguez se sienta y consulta la requisitoria del señor Crespo, para estar mejor preparado).

—¡Hola, señor Rodríguez! ¿Cómo usted tan belicoso? Mi yerno me acaba de contar todo. ¡A sable! ¡Y de filo! Por favor, señor mío, diga a su defendido que eso no es posible. Reconozcan ustedes que esta fórmula es muy anticuada; esto es, inaceptable. ¿Cómo quedaría la honorabilidad de la familia? Nada, nada, señor Rodríguez; usted como apoderado del señor Crespo y yo, en nombre y como padrino de mi yerno, he de decirle que estos casos irreconciliables se resuelven en todo caso a florete (que es el arma más aristocrática), y

en forma que solamente un pequeño rasguño salve el honor del ofendido. Creo, señor Rodríguez, hallarme ante un perfecto caballero y que aceptará mi propuesta por ser el *modelo más moderno*.

—¡Hombre! — contesta el señor Rodríguez—; no había caído en ello. ¡Quizá tenga usted razón! Y... dígame, ¿eso del pequeño rasguño, no podría ser figurado?

—¡Quiá! También usted está en lo justo. Una pequeña impresión nerviosa, podría desviar el arma y producir una herida de complicaciones. ¡Nada! ¡Nada! Será mejor escoger el arma favorita de mi yerno. ¡La pistola! Pero en las siguientes condiciones: a fuego graneado; a cinco pasos de distancia; las pistolas estarán cargadas con pólvora sola y apuntarán las armas al aire, finalizando el combate tan pronto se les acabe la pólvora.

El diario de mayor circulación de la ciudad llevó a los dos días la siguiente noticia:

"Ayer tarde, en un chalet de las afueras, tuvo lugar un lance de honor, de los más caballerescos.

El terrible duelo que nos traía embargados de emoción a todos los que conocemos de cerca esas dos preciadas vidas, tuvo, afortunadamente, un desenlace feliz. Cambiáronse veinticinco tiros de ambas partes, resultando milagrosamente ilesos los combatientes. Únicamente los sombreros de los padrinos fueron alcanzados por algunos fogonazos de las pistolas, quedando inutilizados para cubrir la cabeza de sus propietarios.

Los desperfectos causados serán pagados por mitad por ambos combatientes".

Y ahora, en secreto: Hubo total reconciliación, que terminó con una succulenta comida, con brindis y todo.

EL RETOQUE DEL ROSTRO

Aun cuando sea triste el confesarlo, preciso es convenir, en que la mayoría de los rostros femeninos, necesitan de vez en cuando un ligero retoque. No se trata de nada grave, tal vez baste pasarse por las mejillas la borla de los polvos, mas de todos modos, voy a permitirle hacer algunas indicaciones para las que tengan necesidad de retocarse el rostro varias veces al día.

Los fabricantes de perfumería ofrecen sus productos en reducidas proporciones, muy fáciles de ocultar en un bolso, cuando se sale a la calle, y aún más, en un cajón o pupitre, si se trata de una joven empleada.

Supongamos esto último. El equipo completo para el necesario retoque, consiste en una pequeña cantidad de crema, para refrescar las mejillas y hacer que se sostengan los polvos, una reducida porción de éstos del color que más convenga al cutis de su dueña, un lapicito para los labios, y un comprimido de polvos rojo. Todo esto se halla reunido en los pequeños estuches de viaje, más no estaría de sobra añadir un frasquito de agua de colonia y otro aún más pequeño con esmalte para las uñas, con su correspondiente pincel.

Con esto hay suficiente para el indispensable retoque, después de varias ho-

ras de incesante labor, y antes de emprender el camino a la casa paterna, o de huéspedes, donde se llega justamente a tiempo de sentarse a la mesa. Con un pañuelo mojado en el agua de colonia, se limpia bien el rostro, eliminando los restos de afeites, y ya puede extenderse la crema, aplicar el rojo y pasar la borla, sin olvidar el empleo de la barrita de los labios.

Si después de lavadas las manos, estuvieran pálidas las uñas, refrésquense con un poco de esmalte. Todo esto ocupa muy poco tiempo, y permite salir a la calle, sin que se vean en el rostro las huellas de todo un día de trabajo.

LA COCINA PRACTICA

ensaladera y aliñado con salsa mayonesa. Se doran con clara de huevo duro bien picado, y yemas pasadas por cedazo.

Manzanas con crema

6 manzanas.

20 almendras.

1 taza de leche.

1 cucharada de harina de maíz.

Se pelan las manzanas, se les saca el corazón con un embudito de lata. Se cuecen con azúcar. Estando cocidas se sacan las manzanas, se rellenan con una leche crema espesa, que se hará con una cucharadita de harina de maíz para darles más consistencia y se le pondrán almendras tostadas y picadas.



**Ya los ves
van
alegres
y dichosos.**

No arrastran lastre consigo.

Y todo por haber hecho una cura con HELMITOL. Ahí tienes el resultado de emplear las TABLETAS DE HELMITOL. Ya sabes que, las vías urinarias son los órganos de nuestro cuerpo que ofrecen terreno más propicio para toda clase de gérmenes de enfermedades, además en los riñones y en la vejiga se forman cálculos y arenillas que son como las escorias en una fragua. Ese lastre que produce tantos dolores te lo puedes evitar gracias al HELMITOL, que impide su formación en las vías urinarias, y lo elimina debido a su acción desinfectante y purificante.

Tabletas de Helmitol

M. R.: a base de anhidrometilencitrato de hexametilentetramina.



MEDICINA Y BELLEZA

BONUM VINUM LAETIFICAT...

Desde la más alta antigüedad, ¿qué poeta más enamorado de las cosas buenas de la vida, no ha cantado el vino? Vinos de Burdeos, vinos de Borgoña, y Champaña, ¿habrá cosa más exquisita que gustaros?

En la segunda mitad del siglo XIX, los médicos, que tienen otros fines y razones que los poetas, declararon contra el vino una ofensiva de gran envergadura. El “nada de vino” imperativo y categórico, figura en buen sitio en todas sus prescripciones higiénicas. El vino — decían, — produce dispépticos, hepáticos, nerviosos, excitados, enfermos del riñón...”.

Había para tener miedo... Entonces vino la boga del agua. Miles de gentes, confiadas en la docta cábala, se pusieron a beber agua, y las canciones de Pierre Dupont, ferviente adorador de Baco, cesaron de escucharse en la mesa familiar a la hora del postre. ¿El vino? ¡Vade retro!

Pero la moda cambia en la terapéutica como cambia en las costumbres. Un bello día, los mismos que le atacaban, se pusieron a decir, que los males provenientes del vino, eran menos que los que se debían a la inescrupulosa falsificación del deleitoso líquido. Entonces el médico, volviendo sobre lo dicho, (es corriente en ellos), comenzaron a adorar lo que habían quemado, y se vio reaparecer al vino en sus recetas, (salvo en contados casos patológicos). Vino la autorización de beber un bordeaux ligero o algo así, para la mayoría de los enfermos. Los males achacados al vino se convirtieron en cualidades, siempre que se hiciese de él un uso moderado.

¿El vino deplorable para el estómago? Por el contrario, excelente. ¡Lucha contra la pereza gástrica!

Se os ha contado que es un excitante del sistema nervioso y eso os inquieta. Digamos que es un factor de energía y hénos aquí consolados. Agreguemos que los enfermos atacados de afecciones microbianas y debilitados por la fiebre, encontrarán en el vino un estimable tónico que sostendrá su corazón y levantará sus fuerzas. No parece exagerado el señalar su poder antiséptico, y no es temerario afirmar que disminuye la violencia de ciertos gérmenes, entre ellos, el bacilo de la fiebre tifoidea. ¿Se sentirá quizás sorprendido, el bacilo en cuestión, como Noé por la embriaguez del vino?

No es todo. El jugo de uvas contiene vitaminas, esas substancias un poco misteriosas todavía, necesarias al equilibrio de la salud. No olvidemos que esta sola cualidad, ha hecho la fortuna del jugo de naranjas.

Queda la influencia sobre la moral. Es preciosa. Los bebedores de cidra son irritables; los bebedores de cerveza son pesados; los bebedores de agua son tristes. Los bebedores de vino tienen alegría en-

tusiasmo, deseos de vivir. ¡Es que en el vino beben sol! “Oh. vino, disipa mi tristeza” dice Hamlet a pesar de no haber nacido en país vinícola.

Me doy cuenta que he omitido sus cualidades diuréticas. ¡Y tienen importancia! Facilitando y activando la eliminación de los venenos que nos intoxican, combate ese envenenamiento cotidiano de origen alimenticio que a todos nos alcanza.

Entonces, señoras, beban vino, pero se los repito, a ustedes, con prudencia. El exceso en todo, es un defecto. Un vaso en cada comida y un pequeño excedente en las grandes ocasiones. De todos mo-

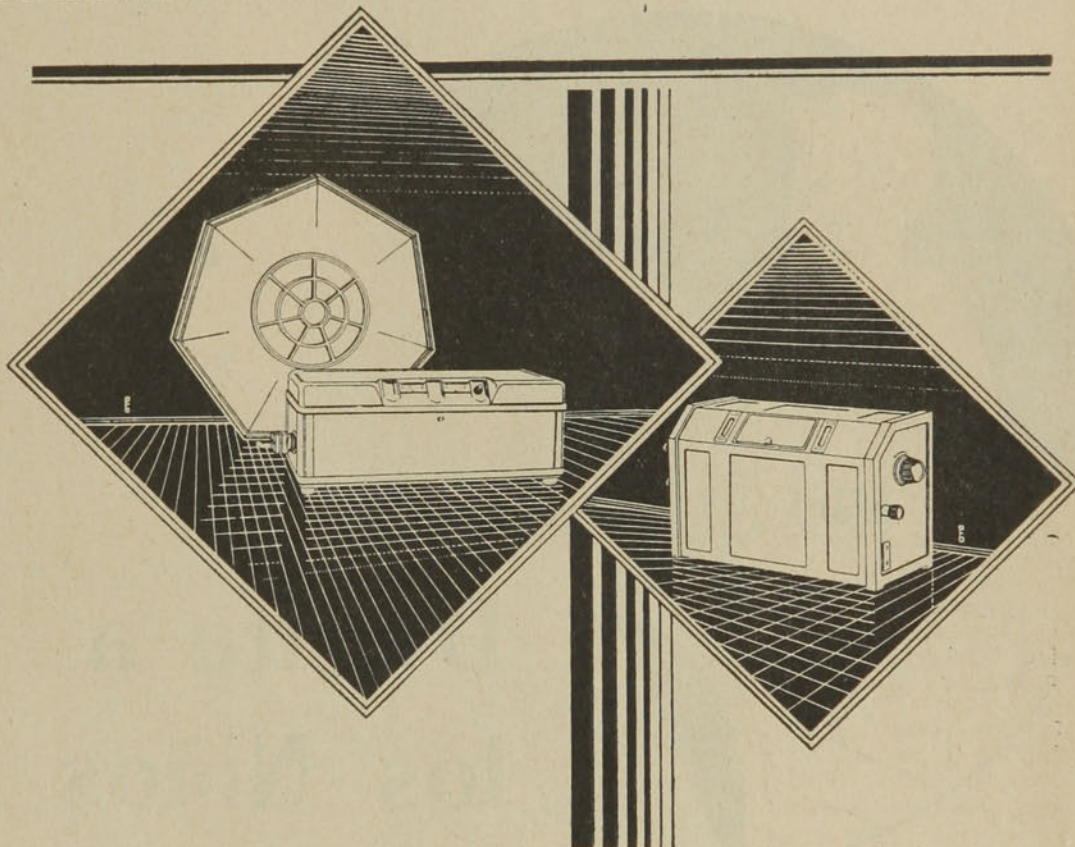
dos será menos dañino para vuestro organismo que esa suciedad americana que se llama cocktail.

Un gran higienista no ha dudado últimamente en sostener ante la Facultad, que el vino era un factor de longevidad. No es el único de esta opinión. Un viejo médico, amigo, mío, me decía en cierta ocasión, saboreando un Borgoña que él prefiere a cualquiera otro:

—Soy viejo, y he visto partir a numerosos de entre mis amigos. Todos los que bebían aperitivos y licores, han desaparecido. Los que bebían vino, estamos aún aquí.

La conclusión, sacadlas vosotras mismas.

Dr. BOVARY.



¿Porqué Siempre PHILIPS?

Porque PHILIPS es el creador de la legítima válvula PENTODO.

Porque PHILIPS es calidad superior.

Porque PHILIPS significa economía para su hogar.

Porque con las válvulas PENTODO y MINIWATT obtiene Ud. el menor consumo eléctrico y mayor economía.

Porque un receptor PENTOFON PHILIPS consume la tercera parte de corriente eléctrica que cualquiera otra marca.

Porque los receptores PENTOFONES PHILIPS están garantizados.

Pida demostraciones sin compromiso en su propio hogar. Diríjase a nuestros distribuidores autorizados.

PHILIPS RADIO



EL CIGARRILLO

Hoy todo el mundo fuma. Las mujeres y las muchachas. Primero comenzaron el gesto del cigarrillo por snobismo. Luego continuaron por gusto.

En efecto. Es exquisito, y debo decir que considero el cigarrillo como una de las grandes alegrías de la vida. ¡Ah! Pero esta alegría destila un veneno: la nicotina. Veneno terrible, uno de los más violentos, con el ácido cianídrico. Sin contar con que el humo caliente contiene esencias y sustancias irritantes, que no tienen nada de recomendables.

Basta con que os señale la falta de apetito de los fumadores, sus frecuentes dispepsias, las lesiones graves de la mu-

cosa en un lejano porvenir, los trastornos de la memoria, y las sobreexcitaciones de la imaginación. No quiero insistir sobre estos fenómenos, porque sé por experiencia, que no os impedirán fumar, si tenéis ganas de hacerlo. Sólo quiero haceros recordar ciertos efectos del tabaco que deben haceros reflexionar.

Incontestablemente, la nicotina tiene una acción desastrosa sobre el sistema circulatorio, sobre el corazón y sobre los vasos. Fatiga el músculo cardíaco y, además, se hace un factor de hipertensión arterial.

Evidentemente, no es a los veinte

años, ni siquiera a los treinta, cuando el organismo reacciona visiblemente al tóxico. Es a la larga, cuando el fumador se satura y comienza a sentir los terribles efectos de su pasión.

Entonces, ¿es preciso dejar de fumar?

La cuestión, para mi entender, es otra. El tabaco, y particularmente el cigarrillo, aunque éste sea menos ofensivo que el cigarro, el tabaco, no es verdaderamente peligroso sino después de largos años de uso continuo. Es cuando llega la madurez, cuando los fenómenos inquietantes aparecen.

Pienso que se puede fumar hasta los 42 años, más o menos.

Es hacia esta edad cuando la amenaza comienza a dejarse sentir sobre el sistema cardiovascular.

Aquí pueden observarse dos casos. Primero, el fumador que se traga el humo. Cosa deliciosa, pero mucho más peligrosa, porque ese fumador se satura primero y debe dejar su vicio antes. El que no se traga el humo, puede fumar mucho más tiempo, y si no cae en exageraciones, continuar hasta una edad más avanzada. Sin embargo, hay resistencias personales al tóxico y el caso particular es todo.

Fumad, pues, jóvenes y niñas, pero no os habituéis a tragar el humo. A la verdad, más valdría no fumar de ninguna manera y huir de las cosas tóxicas, sobre todo, como dice la canción:

"Abajo el amor, el vino y el tabaco..."

Pero si no probásemos jamás los tóxicos, ¿habría alguien que cantase todavía? Y la vida, ¿valdría la pena de vivirse?

Dr. BOVARY.

Con azúcar está peor

Vivía el "autor de Marina" — único título que quiso conservar y que reza en su lauda sepulcral — don Emilio Arrieta, en compañía de otros románticos a quienes se aprestaba a coronar la fama; vivía, digo, en una sórdida casa de huéspedes, de las clásicas, de la villa y Corte de Madrid; casa de las fabulosas de a seis reales, con principio (con principio de tuberculosis) y en las que el señorito del gabinete, era un Fúcar.

Esta casa estaba dotada de todos los adelantos del confort moderno (moderno de entonces): estera, en invierno y botijo, en verano. Y, en cuanto a higiene, ¡oh, en cuanto a higiene!... ¡Con decir a ustedes que, en la cocina, cuando no pegado a comedor, tenía inodoro!...

Inodoro ¿eh? El predecesor del benemérito *water* de nuestros días. Sólo que aquel maldito inodoro — un horrendo retrete de bombilo — hedía que apestaba. Sobre todo, cuando cambiaba el tiempo, la casa toda era una sentina.

La pobre patrona, que no podía evitarlo intentó endulzarlo, por lo menos. Y, para endulzarlo, no se le ocurrió cosa mejor ni más lógica que quemar azúcar.

¿Qué no se armaría en la pensión, con tal sahumero, que Arrieta, enloquecido, salió de su cuarto tapándose las narices y gritando: ¡Con azúcar está peor!... ¡Con azúcar está peor!...

V. DIEZ DE TEJADA.



Deleita a los Niños

Déles usted Maizena Duryea en abundancia a sus niños y crecerán robustos, con mejillas rosadas y llenos de salud.

La Maizena Duryea es un alimento natural y saludable que los niños comen con avidez. Y son tantos los platos deliciosos que se pueden confeccionar con Maizena Duryea, que jamás cansa al paladar. Es un alimento económico y fácil de preparar.

Permítanos decirle cómo preparar apetitosos platos con Maizena Duryea, que halagarán el paladar de niños y adultos. Pida un ejemplar gratis de nuestro famoso libro de cocina. Llene y envíe el cupón que aparece al pie.



MAIZENA DURYEA

AGENTES:

WESSEL, DUVAL & CIA. — Casilla 86-D. — SANTIAGO

Envíenme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina,

Nombre
Calle
Ciudad 303 A



CINEMA: ESTRELLAS EXTINGUIDAS

Roberto de Montesquieu comenzaba así un soneto para Sarah Bernhardt.

“La heroínas desaparecen en cohorte”.

Pero no desaparecían tan rápidamente como desaparecen hoy las muchachas románticas. Es verdad que el teatro prodigaba menos los bailes que lo que hace el cine, y que el cine hablado a dejado fuera a las encantadoras heroínas del cine mudo.

Los nombres que tanto amábamos hace algunos meses, se han borrado poco a poco de los carteles del cinematógrafo, y para ver a algunas de entre ellas, nos es preciso ir a algún cine de provincias donde aún podemos admirar su encantadora sonrisa o su máscara grave.

Para los que verdaderamente han amado el cinema y retenido tanto como los títulos de la cinta, el nombre de la estrella que en ellos trabaja— este peregrinaje melancólico tiene la amarga dulzura de los cajones vaciados, que muestran las cartas viejas y los retratos amarillos de nuestra infancia.

Pero el cinema, es un poco la fosa común. Las grandes tumbas pomposas y adornadas están reservadas a Sarah, a Rejane, a Rachel, a Talma, a Guitry, a Mounet Sully, a los toreros, muertos jóvenes, al triste y bello Valentino.

A decir verdad, la cosa no es para sorprender: no hay repertorio cinematográfico. Las cosas del cine no se reprisan a través de los años, como las cosas del teatro. Nunca una cinta cinematográfica se dará años y años, como Fígaro o Madame Sans Gene. El film pasa, se lleva consigo su troupe y vuelve rara vez. Aparte de Chaplin, no hay ejemplo de una reprise seria.

Así se desvanecen las bellas animadoras de nuestra alegría de una hora.

¿Dónde estás Collen Moore con tu graciosa franja de cabellos y tus lindos gestos redondos, semi inconclusos?

¿Qué haces Evelyn Brent, con tus aires tan puros, tan segura como estabas siempre de ti? Hace quince meses apenas, París entero venía a verte.

Inteligente y maliciosa, Gloria Swanson, no te veremos tal vez ya, si no es para reír de tus gestos extraños en veinte años más cuando nadie se acuerde de los films de antes de la guerra.



Clara Bow, yo vi tu nombre por la última vez, hace pocas semanas sobre un muro de Perpignan sobre un affiche de notario para una adjudicación.

Hace dos años, te seguíamos, Pola Negri en tus films, en tus amores, en tu castillo. ¿Todavía estás casada, bella castellana? Nadie se cuida de eso.

La pantalla se ha destrozado sobre vuestras miradas apasionadas.

Y tú, Greta Garbo, rostro mágico de la fatalidad, soberana de todas las frías tentaciones y de las mortales quemadu-

ras, el cine hablado os hiere. Tu voz permanece sin seducción ante el micrófono y tu enigmática sonrisa ya no sirve de nada.

¡Ah! Es que ya no importa sonreír, conducir un torpedo, bailar sobre un piano, es preciso tener una linda voz, la voz fotogénica.

El tenor, muerto joven en quien el hombre sobrevive, no tiene “chance”.

El Heliotropo no tiene perfume: Clive Brook es olvidada. Ha desaparecido el escultural John Gilbert.

Nombres brillantes que nos hubiera gustado volver a ver durante noches y noches de una larga costumbre. No sois sino nombres entre las páginas del panorama del cinema.

¡Y cómo es todo esto injusto y cruel! Como nos gustaría que vuestras voces hubieran seducido al micrófono, pero es que vosotras no sois después de todo sino inútiles y decorativos obreros en una industria monstruosa donde el que no rinde en dólares, es prontamente arrojado afuera.

Hacemos un gran consumo de placer, nuestro apetito de lo nuevo, es devorador. La tierra se ha vuelto demasiado pequeña. Un día, la Paramount imitará a Ford y saará mil cintas por jornada. Cuando ese día llegue, las estrellas se encenderán y se apagará, todo en una sola jornada.

Las escenas de la vida futura son tristes de imaginar. Y más triste es todavía el esfuerzo abortado de los que no han querido abdicar. ¡Qué desgraciada es por ejemplo, hablando, la deliciosa Mary Pickford!

Escribo desde Saint Malo y las olas que baten sin tregua, parecen medir estúpidamente la agonía de cada cosa. Aquí hay todavía un cinema más triste. Se puede ver

a Douglas, Mae Murray, Williams Hart. ¡Qué viejo resulta todo eso! Hace tres o cuatro años estaban todos ahí como Raymond Griffith que se obstina en sonreír más allá de la muerte.

La pantalla ha enterrado en el más viejo cementerio del mundo a los hombres y a las mujeres que continúan sonriendo lejos de nosotros, vanamente. Sería preferible vivir más rápidamente y amar más largo tiempo.

PIERRE HUMBOURG

No hay duda que el pie humano pierde a menudo su belleza cuando llega a la madurez. El pie de un niño es rosado, suave, hermoso, inspira deseos de besarlo. Permanece así mientras usa zapatitos flexibles o sandalias. Después de los siete u ocho años, si no tiene gran cuidado, empieza a afearse. Y el pie va barranca abajo hasta que a los cuarenta años está lloero de callosidades, durezas, juanets y otros horrores.

Los callos no solamente son dolorosos, sino que defiguran terriblemente los pies. Y a despecho de la teoría generalmente aceptada no siempre son causados por el calzado estrecho. ¡No! los callos son síntomas de gotas, reumatismo, mala circulación, etc. Puede usted mandarse hacer el calzado, usar los botines más viejos y cómodos que tenga, y sin embargo, se le formará a veces un callo en la planta del pie.

Los callos requieren un tratamiento especial. Nadie se librará de un callo cortando su superficie. Tiene una raíz profunda, algo semejante a la de una zanahoria y es la dureza de esta raíz, haciendo presión sobre los nervios, lo que ocasiona el dolor, sobre todo en un día caluroso, a no ser que se lleve un botín muy suelto. No crea usted que sólo un botín muy ajustado puede ocasionar callos; lo mismo puede ocurrir con uno muy suelto, porque se forma ampollas y de éstas callos.

Según un pedicuro, la mayor parte de las cosas que comemos si son malas para el reumatismo, son malas también para los callos. El tener los pies todo el día encerrados, como si vivieran en pequeñas, oscuras y semiestrechadas casas, impide que puedan respirar. Y las glándulas sebáceas no pueden cumplir sus funciones, por lo que se forma esa horrible dureza llamada callo.

He aquí algunas indicaciones para aliviar el dolor producido por los callos. Frótese los callos, por la mañana y por la noche, con aceite de oliva y limón; luego mójese una tira de algodón en jugo de limón y envolviendo el callo, déjese secar.

Este es un tratamiento muy barato y a menudo causa gran alivio. Otro remedio sencillo es tomar un baño de pies, de afrecho, dejando los pies en él el mayor tiempo posible. El alivio es casi inmediato.

Algunas personas sufren de excesiva transpiración en los pies. Una mujer no podía bailar porque sus zapatos de satén se empapaban. Otros no pueden caminar mucho sin que aparezcan feas manchas en sus zapatos. Para evitar esto, frótese los pies con vinagre puro de malta y espolvoréense con polvo de talco; cámbiese las medias dos o tres veces al día y al lavarse los pies, naturalmente todas las noches, póngase un poquito de soda en el agua. Es lo único que da resultado.

Las uñas de los pies son casi siempre feas; parecen árboles torcidos por el viento. Es culpa del calzado; pero como no tenemos más remedio que usarlo, veamos lo que puede hacerse.

Si la superficie de la uña es áspera, pásese un cartoncito de papel de lija y úntese luego con vaselina blanca pura. Después se lustran. Sí; no os riáis. Hay muchas mujeres, y no

la

Siroline

"ROCHE"

M.R.

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

Catarros
Resfriados
Bronquitis
Tos
Asma
Precautelada **Tuberculosis.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiescol-Codaina

solamente las que tienen dinero y tiempo, que lustran las uñas de los pies. El gran secreto es mantener las uñas bien cortadas y redondas; perderán ese feo aspecto de árboles torcidos y no romperán tan fácilmente las medias de seda. Con un palito de uñas arréglese los extremos, quitando los pellejitos, el polvo de talco acumulado y toda fealdad, antes de lavar los pies y pulirlos como antes hemos dicho.

Si se encarna una uña, no vayáis a ponerle debajo un pedazo de algodón y dejarla como hizo cierta niña. Conseguir una navaja de afeitar afilada y raspad la uña en el medio, hasta que empiece a ponerse fina y rosada. Esto hará que los costados crezcan planos y saldrá de la carne. Las uñas encarnadas se curan con la dieta. Comed uvas, pasas o cualquier otra fruta buena para la sangre, y se curará esta molestia.

El masaje es muy bueno para los pies. Si no hay tiempo para esto, una buena fricción con una toalla áspera puede substituirlo.

Refinamiento



Tan blanca y tan pura como la ciencia puede hacerla: fluye como el agua de un río. Por su calidad excelente y su economía efectiva, la eligen cuantos saben discernir.

SAL DE MESA
Cerebos

Producto de Cerebos Limited, Londres, Inglaterra



—Dicen que la caja contiene, bien empaquetado, todo lo necesario para hacer fotografías, y, sin embargo, no me salen bien.
—Porque te habrás olvidado de desempaquetar el fotógrafo.

MANERA DE CUIDAR LAS PLANTAS

Hay tres clases de alimentos esenciales para las plantas: nitrógeno, fosfatos y potasa, los cuales pueden comprarse bajo diferentes nombres en el comercio.

Pero, a no ser que se le provea a la tierra de abono de vegetales en putrefacción o de abono animal, todos los otros alimentos serán inútiles. No se crea que el estiércol es indispensable. Las hojas, hierba segada, las algas marinas, la basura, los desechos del jardín, con tal que no estén enfermos, pueden substituirlo. La ventaja del estiércol sobre todos los demás, consiste en la mayor proporción de nitrógeno, de manera que si no se usa abono de establo hay que proporcionar esta materia de algún otro modo.

Hay dos maravillosos abonos que son el nitrato de soda y el sulfato de amoníaco que nos darán todo el nitrógeno que necesitamos. Este fertilizador, el primero de los tres alimentos esenciales para las plantas, se necesita especialmente para todas aquellas que crecen en hojas, como las lechugas, espinacas y repollos. El nitrógeno sea cualquiera la forma en que se aplique, debe usarse con parquedad. Un polvo de él en cada fila de plantas es suficiente. Aplíquese en la tierra durante la estación del crecimiento de las plantas; pero no más de una vez al mes. El segundo de los alimentos vegetales es el fósforo o fosfato, como más comúnmente se llama. Esto es esencial para la producción de flores y semillas y es una gran ayuda para que echen raíz las podas. Comercialmente se conoce con los nombres de escoria, hueso o superfosfato de cal. Los dos primeros deben aplicarse a la tierra en invierno.

Las propiedades benéficas del superfosfato obran prontamente y esto permite usarlo para que crezcan las podas. Las cantidades que deben usarse son: escoria, como unos 180 gramos, hueso 120 y superfosfato 90 para cada metro cuadrado. Hay que hacerlo penetrar con la azada o la horquilla en el suelo.

La potasa, el tercero y último de los alimentos más importantes para las plantas, ayuda a formar el azúcar y almidón de los frutos y a arraigar las podas, contribuyendo a que las flores sean más hermosas y tengan tallos más largos. Puede ser comprado bajo el nombre de muriato de potasa, para aplicarlo a la tierra en invierno, y como sulfato de potasa para usarlo en la estación del crecimiento. Las cantidades que deben usarse son: muriato de potasa, 50 gramos y sulfato de potasa 30, para cada metro cuadrado.

Cómo aprovechar estas

2 ayudas infalibles PARA LA BELLEZA



La Cold Cream Pond



Para limpiar perfectamente el cutis



aplíquela abundantemente



después de haber estado a la intemperie



y antes de acostarse



como base excelente para los polvos



y para suavizar las manos



dése un pequeño toque de



Vanishing Cream

ESTUDIE detenidamente estas figuras: le indicarán cómo usar las dos célebres cremas Pond para aclarar su cutis y mantenerlo siempre exquisitamente suave. Con estos productos, no tema la inclemencia del tiempo, la intemperie, el viento que reseca, el sol que abrasa...

La Cold Cream limpia profundamente los poros y da elasticidad a la piel.

La Vanishing, suave y perfumada, protege el cutis y permite la adherencia perfecta de los polvos.

Emplee este método todos los días y mantendrá así la deliciosa frescura de la juventud.

Modo de emplear las 2 Cremas Pond

La Cold Cream Pond debe aplicarse varias veces por día... Esta crema suaviza y purifica el cutis. Después de un paseo en auto, de haber estado

expuesta al sol o al viento, hay que usarla profusamente, dando un masaje ligero en la cara y en el escote. A la noche, para mantener la piel fresca y aterciopelada, es necesario también aplicar una pequeña cantidad.

La Vanishing Cream, es indispensable para que los polvos adhieran y para dar a la piel una exquisita finura. ¡Y no olvide sus manos! Esta crema las hará suaves y lisas como la seda. Usted misma, con este arreglo tan sencillo y tan fácil, verá día a día, hermosear su cutis. Tendrá más vida, más encanto y un color natural, más juvenil ¡Haga un ensayo! Pida unas muestras de las dos cremas Pond; se las mandaremos gratis por correo.

Las cremas Pond se venden en pomos, envase muy práctico, y en tarros: el pomo 2 \$, el tarro chico 4 \$, el tarro grande 8 \$.

POND'S EXTRACT COMPANY

Distribuidores. DUNCAN FOX & Cia Lda

Valparaíso: C. Correo 35 V - Santiago C. Correo 103 D

Sírvase mandarme las muestras de Cremas Pond Incluyo en estampillas 30 cts. para franqueo ó 65 cts. para certificado.

Nombre.....
Dirección.....

Recorte y envíe este
cupón hoy mismo.

LOS MEJORES SISTEMAS DE IMPRESION

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

TIENE INSTALADOS PARA SATISFACER A SUS CLIENTES

Ahumada 32

LO QUE DEBE USARSE PARA EL CUIDADO DE LA TEZ

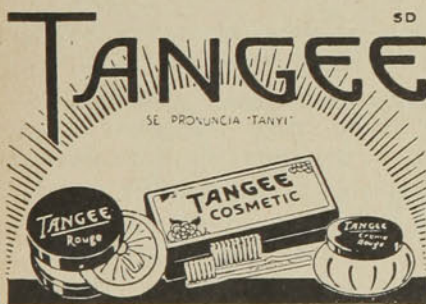


¡Una Nueva BELLEZA!

TANGEE es enteramente diferente de todos los demás lápices para los labios. Entre otras propiedades, cambia de color al aplicarse... y armoniza con el tono natural. Por eso es el lápiz perfecto para rubias, morenas y pelirrojas.

No deja manchas de grasa en los labios, y les imparte un color natural y radiante, una vividez del matiz que se conserva todo el día. Tangee es permanente. Y, además, no embadurna.

El Colorete Compacto y la Crema Colorete Tangee hacen juego con el Lápiz Tangee. El Cosmético Tangee no produce escozor, y se usa también para teñir el pelo.



The George W. Luft Company,
Dept. C. L. 2.

417 Fifth Ave.,
E. U. A.

Por 20 c. oro americano enviamos una caja conteniendo los seis productos principales.

Nombre

Dirección

Ciudad País

Representantes para Chile:

KLEIN Y CIA. LTDA.
Huérfanos esq. Bandera y Ahumada
SANTIAGO Casilla 1762

Los preparados líquidos que contienen diferentes clases de polvos o sales insolubles son perjudiciales para el cutis, ya que las pequeñas partículas de las sustancias químicas que componen dichos líquidos penetran en los poros, los cierran luego y preparan la piel para que se desarrollen granos y núcleos pecosos.

Ocasionalmente, encuentro recomendable que se haga uso de cosméticos que tiendan a estirar la piel y eliminen el sello de laxitud que tanto envejece. Pero, desde luego, no hay duda que es sumamente perjudicial el uso continuo de astringentes que causen el cierre de los poros.

Porque las sales que he mencionado, se disuelven lentamente cuando ya están dentro de los poros, convirtiéndose así en una amenaza para el buen estado de la piel. Además, las sales en cuestión, no sólo secan la epidermis, sino que también destruyen las finísimas bandas de la piel, la cual se cubre poco a poco con arrugas.

Todas las soluciones que contienen más del 50 por ciento de alcohol son perjudiciales para la piel, por la sencilla razón de que se evaporan rápidamente y por lo tanto se llevan de la piel la necesaria humedad que debe tener para que sea insensible a las influencias exteriores.

El agua llamada de Colonia y otros ingredientes de tocador que no llevan más del cincuenta por ciento de alcohol, pueden ser usados por aquellas personas cuya piel no sufre de ressecamiento.

Nunca debe darse masaje a la cara con cualquier solución que contenga alcohol.

Pero he de repetir una vez más, que los mejores astringentes son el hielo, nieve o la clara de huevo mezclada con agua, aunque esta última combinación tiende más bien a secar la piel.

EL HIELO COMO ASTRINGENTE

En el curso de ejercer mi profesión en Hollywood, donde atiendo al cuidado de la belleza de un grupo de las mujeres más hermosas del mundo, sorpréndeme ver cuán pocas de estas exquisitas criaturas comprenden la utilidad del hielo en su toilette diaria.

El hielo es el astringente que se obtiene con más facilidad; es el más poderoso y al mismo tiempo el más inofensivo.

Cuando una de las estrellas cinematográficas firma un nuevo contrato, la preocupación primordial es preservar la belleza. La cámara fotográfica es cruel; cada pequeña arruga, cada grano insignificante, es agrandado sin compasión. El primer deber que les impongo es el uso del hielo dos veces por día. En la mañana antes que se apliquen el maquillaje y por la noche cuando se disponen a acostarse.

No se conoce preparado sintético que ataque a la piel con la fuerza del hielo y sin embargo, no hay peligro de que perjudique. En general, los astringentes artificiales pueden, eso sí, contraer momentáneamente los poros pero nunca ejercerán sus efectos en todos los tejidos de la piel, incluyendo los músculos faciales. El hielo, al igual que un rayo poderoso, penetra en todos los tejidos, debido a su temperatura y a la construcción especial de la piel que posee diferentes nervios adaptados para recibir las sensaciones de calor y frío. Esto hace que tan pronto como el hielo establece contacto con la epidermis el efecto es transmitido a los citados nervios como una corriente eléctrica, haciéndolos reaccionar al momen-

to. Por esto se comprenderá que cuando una persona se desmaya lo primero que se procura es verter agua fresca en su faz, con objeto de obtener la reacción deseada.

Debemos estar contentos que las mencionadas peculiaridades de la piel rehúsen la entrada de materias extrañas; porque si los astringentes, hechos de diferentes sales minerales, pudieran penetrar como el agua, sus efectos en los tejidos podrían ser desastrosos, debido al peligro de que se mezclaran con la sangre.

Prefiero que el hielo de aplique sobre una capa de cold cream, o sea que ésta actúe sin intermediaria entre la piel y el hielo. De esta manera el cutis se beneficia completamente, sin sufrir los posibles efectos provenientes de los minerales de las aguas empleadas para fabricar el hielo.

El pedazo de hielo, el cual desde luego debe de ser de planos lisos, ha de pasarse sobre la cara con lentitud para que su baja temperatura llegue a todos los poros por igual. De la misma manera, el hielo es uno de los pocos astringentes que pueden usarse para frotar las cejas y pestañas. En este respecto es un medio de gran efectividad para evitar las características arrugas, principalmente en las personas que trabajan mucho con luz eléctrica.

En los carrillos, lugar donde la piel es más gruesa, se recomienda ejercer moderada presión y sostener el pedazo de hielo por espacio de un minuto.

En los primeros días del tratamiento son suficientes dos o tres minutos, pero una buena aplicación de hielo; después puede prolongarse según los resultados.

Muchos de mis clientes que, en un principio, no les gustaba el hielo en la actualidad no pueden empezar el día sin aplicárselo a la tez.

Me gustaría, pues, que mis lectoras siguieran las recomendaciones que expongo en estos artículos y estoy seguro que verían recompensado el tiempo invertido en leer estas líneas.

LA PIEL SEDOSA

Cuando son anormales las funciones de las glándulas que proporcionan a la epidermis la necesaria humedad y grasa, en seguida se desarrolla un estado de excesiva sequedad o bien excesiva untuosidad.

La causa todavía no ha podido ser descubierta, y por lo tanto la manera de curar esa irregularidad es basándose en los síntomas.

Para comprobar que la piel es demasiado grasosa, debido a las glándulas sebáceas y dulces, se aplica un pedazo de papel fino sobre la piel, el cual se volverá transparente al establecer contacto con las zonas aceitosas de la cara, muy propicias a que se originen núcleos pecosos.

Lavándose la cara con agua caliente y jabón se logra hacer desaparecer la grasa, si bien en este caso el jabón ha de ser de los llamados medicinales, va que la piel no es normal. Pero no se ha de olvidar que si el cutis está en buenas condiciones, o sea que ni es demasiado grasoso ni tampoco demasiado seco, lo mejor es usar jabón corriente con agua.

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo



Como asuntos urgentes reclamaban mi presencia en París, dejé Bayona el 13 de junio de 189... Tomé el expreso número 13 que pasaba por la estación de Bayona a las doce y trece minutos.

El tren, sin incluir la locomotora y el tender, se componía de trece unidades: un furgón de equipajes, otro de mercancías, agregado merced a no sé qué complacencias inconfesables, y once vagones de viajeros. El coche a que yo subí era el décimotercio del tren y contenía ya doce personas: conmigo seríamos trece. Realmente, por muy poco supersticioso que se sea, la persistencia de la cifra «trece» debiera parecer nefasta.

Un yanqui conocido mío, el señor Egerton Shields, ocupaba el último compartimiento con sus dos encantadoras hijas y me invitó a sentarme a su lado.

En el compartimiento inmediato había una familia española: la madre y tres hermosos niños de tez de ámbar. Comían pasteles, peladillas y naranjas. Advertí también en el pasillo, entre mis compañeros de viaje, un viejecito de bigote recortado que mascaba una punta de cigarro.

Un sacerdote de aspecto majestuoso leía su breviario. Supe al día siguiente, por los periódicos, que se apellidaba Lahirrigoyen, que era párroco de Hendaya y que se dirigía a París en donde se le iba a ofrecer un obispado.

Entablé en seguida conversación con Egerton Shields y sus dos lindas hijas. Shields, hacía diez años que, después de haber ganado en los Estados Unidos unos millones de dólares, en explotaciones mineras, había fijado su residencia en Biarritz. Allí se nos presentó en 189... y nuestras relaciones, sin llegar a la familiaridad, se habían mantenido en el tono de la más cordial simpatía.

Inspirábase la mayor de las «misses» Shields, la rubia Betsy, un sentimiento amoroso que sólo la diferencia de edad, la desproporción de fortunas, mi aversión natural a todo lo que pudiera interpretarse como cálculo interesado, me habían impedido exteriorizar.

Nuestros gustos y nuestras opiniones estaban de perfecto acuerdo. Acogí, pues, como un inapreciable favor de la suerte la ocasión que se me ofrecía de hacer el viaje de Bayona a París en el mismo compartimiento que Betsy.

Hablamos de los incidentes más notables habidos en Biarritz en la última temporada. Deleitábase la forma picaresca en que Betsy y su hermana Dinah me contaban las aventuras heroicas de una dama sexagenaria y de sus jóvenes pretendientes, cuando llamó mi atención al pasillo la gesticulación

del viejecito del bigote recortado que indicaba al eclesiástico, de pie a su lado junto a una ventanilla, un punto del horizonte, invisible desde mi asiento.

La mímica era tan viva, tan expresiva, que dejé mi asiento para conocer la causa que la provocaba.

Entrábamos en la región landesa. La vía férrea corría recta al norte entre una doble hilera de pinos.

Llamé a Shields a la ventanilla.

—¿Qué es esto?—dijo el norteamericano, sorprendido—. ¿Se pone el sol antes de su hora?...

Aunque el sol estuviese aún alto en el firmamento (nuestros relojes marcaban la una y diez minutos), todo el horizonte septentrional parecía encendido. ¿Qué astro en deflagración, oculto tras los bosques de pinos, proyectaba así, hasta el cenit, aquellos reflejos de incendio sombreados aquí y allá de humo rojo?...

—El fuego está en los pinares—replicó el viejecito, elevando la voz como si se dirigiera a nosotros—. Nuestro expreso corre con la precisión de una bala de cañón por el centro mismo del bosque incendiado. Prepárense a presenciar uno de esos espectáculos grandiosos que confunden la imaginación.

Los viajeros cambiaron algunas observaciones rápidas. Sus actitudes y sus palabras diferían según la edad, el sexo o el temperamento.

La señora española sentíase desfallecer y estrechaba contra ella a los tres niños, también asustados. El sacerdote cerró su breviario y sereno, sonriente, cruzó las manos y las ocultó en las mangas de la sotana. Betsy y su hermana buscaban en el fondo de una maleta un pequeño aparato fotográfico y me preguntaban si la velocidad del tren les permitiría tomar una instantánea desde la ventanilla. Ante mi respuesta dubitativa ambas parecieron desanimadas.

Oyóse rechinar los frenos del expreso, que se detuvo unos segundos en pleno campo. El jefe del tren recorrió la línea de los estribos recomendando a los viajeros que tuviesen completamente cerradas las ventanillas. Por un diálogo rápido entre ese empleado y un guardabarrera, supimos que la profundidad de la zona incendiada comprendía unos tres o cuatro kilómetros.

—Nuestro expreso—dijo el viejecito, que había encendido de nuevo su cigarro—, va a ponerse a la velocidad máxima para franquear la zona del fuego.

—¿Corremos el riesgo de asarnos o asfixiarnos?—pregunté yo, procurando dar a mi voz cierto tono de indiferencia.

—No corremos ningún riesgo—contestó el viejo—. La velocidad y el desplazamiento del aire serán tales, que el exterior de los coches no se pondrá en contacto con las llamas. El personal de la compañía está avezado a estas «travesías», más frecuentes y menos peligrosas de lo que se supone. Por mi parte, en veinte años he pasado tres veces en tren a través de pinares incendiados. La magnificencia de la decoración me hizo lamentar siempre que el trayecto durase tan poco.

El expreso había vuelto a ponerse en marcha. A ambos lados de la vía los bosques de pinos se sucedían aún intactos. Después, vi correr ovejas entre una maleza en la que un cielo incandescente ponía reflejos de cobre rojo.

El instante decisivo se aproximaba.

Súbitamente, un haz de llamas iluminó los vidrios... La

dama española lanzó un grito agudo y cerró los ojos mientras que sus tres hijos poníanse a gemir de espanto. Como si con ello se propusiese animar a los viajeros, el maquinista hacía sonar sin interrupción el silbato de la locomotora.

—¡Ciento cuarenta!...

El cálculo de Shields no podía ser más preciso. Una exclamación del viejecito nos dio a conocer que, por fin, tornábamos al aire libre.

El bosque de pinos volvía a extenderse a derecha y a izquierda en su normal uniformidad. En el horizonte, aún teñido de fulgores rojos, los pinares intactos dilataban su verde muralla. No pude contener un suspiro de alivio que me valió las sonrisas maliciosas de Dinah y de Betsy. El expreso, sin embargo, no acortaba la marcha.

—¡Aire!—dije abriendo la ventanilla más próxima.

Y para dar aire a mis pulmones y asegurarme de que ya no coríamos peligro ninguno, asomé a ella la cabeza.

¿Cómo expresaría yo lo que vi y sentí entonces? El terror, que oprimió mi garganta y contuvo los latidos de mi corazón, me arrojó lívido, inerte, sobre el asiento, al lado de Betsy.

Lenguas de fuego envolvían la parte anterior del tren. El vagón de mercancías y el furgón de equipajes no eran más que una enorme brasa arrastrada a velocidad vertiginosa por el monstruo desencadenado.

¿Qué pasaba en la máquina? ¿Por qué no se detenía el tren?

El fuego se propagaba a los primeros vagones de viajeros de donde llegaban a mis tímpanos voces discordantes, gritos desesperados.

Todos mis compañeros de vagón se habían dado cuenta al mismo tiempo que yo de la inminencia del peligro y de su gravedad.

La señora española, después de asirse al timbre de alarma, había perdido por completo el conocimiento. El sacerdote se recogía como para la contrición suprema. El viejecito, que por cuarta vez había cruzado un bosque incendiado, se agitaba en el pasillo y lanzaba gruñidos ininteligibles.

¡Fatal dilema! Si una intervención providencial no detenía esta loca carrera, el incendio se propagaría hasta nosotros y todos quedaríamos carbonizados en nuestros asientos. Estos coches, recalentados por el sol de toda la mañana y por su paso a través del bosque ardiente, ofrecían al fuego una terrible combustibilidad. Tratar de saltar fuera de los vagones a la velocidad que marchábamos, era la muerte más pronta, pero no menos segura.

Si, ¿qué ocurría en la máquina? El ténder y los vagones incendiados enganchados detrás de la locomotora interceptaban toda comunicación con ella. ¿Habían sido quemados vivos el maquinista y el fogonero?... ¿Estarian únicamente desvanecidos por el calor e irían a reponerse de un momento a otro?

Vi abrirse la portezuela de un compartimiento de segunda clase... Un hombre se arrojó al terraplén en declive y quedó aplastado en el suelo...

Un guardabarrera, aterrado ante aquel Leviathan con melenas de cometa, dejó escapar de sus manos la bandera roja.

¡Un pueblo!... ¡Una estación!... Es Morceux, en donde el expreso tiene parada... El fantástico bólido, continuando su desenfrenada carrera, provoca en los andenes un pánico general... Vemos a los empleados de la estación levantar los brazos al cielo como enloquecidos. Llevamos veinte minutos de adelanto.

Como alas palpitantes de una enorme ave, dos lenguas de fuego rozan nuestros vidrios... Nuestras gargantas se oprimen, y notamos la primera sensación de la carbonización que se aproxima.

Yo murmuro: «Betsy... Betsy...»; y Betsy se vuelve hacia mí, con una resignación estoica reflejada en el fondo de sus grandes ojos de color de iris... Comprendo que me agradece que piense aún en ella en estos momentos de terror... Su hermana, con la frente surcada de un pliegue trágico, parece reflexionar sobre alguna resolución extrema...

Únicamente Egerton Shields conservaba toda su sangre fría, y aún hoy, cuando recuerdo este drama ya lejano, me

(Continúa en la pág. 51).



Nuestro compañero de viaje no había exagerado. El espectáculo era maravilloso, incomparable.

—¡Muy hermoso!—opinó Egerton Shields que, después, con la mayor flema del mundo, me ofreció un cigarrillo.

Betsy y su hermana, para no perder nada del espectáculo, apoyaban en la ventanilla sus lindas frentes, cuyos rizos de oro pálido se colorearon en seguida de rojo.

—¿En qué piensa usted?—me preguntó de repente Betsy. Y había en su voz cierto dejo de compasión.

—Pienso, señorita Betsy—dije con voz firme—, que su presencia poetiza lo horrible, y que al recuerdo de este bosque abrasado se asociará siempre para mí la visión de su luminosa belleza.

Ella sonrió al madrigal, y con su abanico cerrado me dio un golpecito en los dedos. Entre tanto, Shields, visiblemente interesado, consultaba su cronómetro y calculaba en voz alta:

—Marchamos a cien kilómetros por hora. Calculando en cuatro la superficie incendiada necesitamos, para cruzarla, unos ciento cuarenta y cuatro segundos...

Y en el silencio del vagón, quebrantado sólo por el llanto de los niños, se puso a contar:

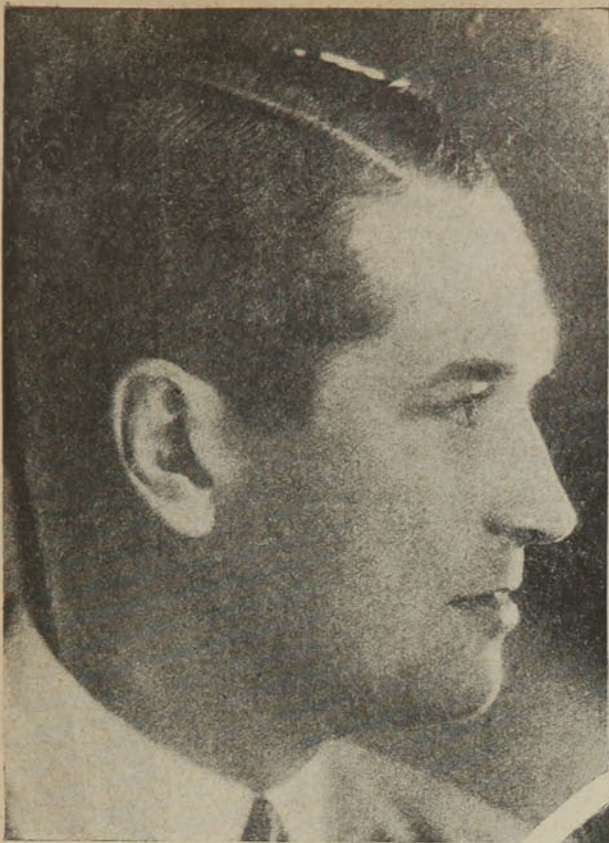
—Ciento... Ciento veinte... Ciento treinta...

Ibamos a salir de aquel infierno. El calor en el interior de los compartimientos se hacía intolerable... Aquella temperatura de horno no se podría resistir más de tres o cuatro minutos. Yo me sentía arder la frente y las mejillas. El sacerdote, con las manos cruzadas y ocultas en las mangas de la sotana, rezaba en voz baja.

¿Ha modificado el cinema nuestro ideal de belleza?

cas en la pantalia, y en ello el cinema ha podido modificar mis gustos, por reacción. Pero que haya modificado mi ideal de la belleza física, eso no. El cinema, estando privado del color, no puede ejercer sobre nosotros una influencia comparable a la que ejerce la pintura.

PIERRE MAC ORLAN.— De ninguna manera. Sobre el cinema se equivocan. No es una causa sino un efecto. Y que no tiene la influencia profunda que se le atribuye sobre nuestras costumbres. Es de la modificación de las costumbres al contrario, de donde viene su éxito sorprendente. Cada uno encuentra y busca las ideas que le son queridas. Y existen ideas sobre la belleza como sobre las demás



MAURICE CHEVALIER

CECILE SOREL.— ¡Ciertamente! Las grandes vedettes del ecran, me refiero a las que merecen influenciar una época, han dictado a las muchedumbres un nuevo ideal de belleza física. Pero, ¿por qué solamente de belleza física? Yo siento una gran admiración por Greta Garbo. ¡Y bien!, ¿no creéis que su distinción, la concentración de su juego, su elegancia, su encanto, su perpetua contención, hayan servido, muy felizmente, de modelo a muchas mujeres? Hay muchas actrices a quienes Greta Garbo podría dar útiles lecciones.

MARIE LAURENCIN.— Me gustan las mujeres gordas— nos responde Mme. Marie Laurencin. He visto demasiado mujeres fla-



EDWINA BOOTH

cosas.

La concepción de la belleza resulta de un instinto propio a cada individuo. Y lo que es instintivo no es generalmente fácil de modificar.

Ved, por ejemplo, la elección de las reinas de belleza. El tipo de la calle no se somete a la elección del jurado. Sin embargo, no niego que el cinema haya, en cierto sentido, modificado el canon de la belleza física.

BERNARD ZIMMER.— El cinema ha modificado la noción de la mujer bella en Francia. Nosotros la concebíamos antes ancha de caderas y fuerte de pechos. Gracias al cinema el volumen ha disminuído en provecho de la firmeza. Ya no se concibe una muchacha como en 1889. Y si no revisemos las novelas de Gyp y de Paul Bourget. Ya no hay heroínas con jaquetas, corset negros y cuellos con ballenas. Es un retorno hacia una especie de salud que es el colmo del pudor.

VAN DONGEN.— No. El ci-



JOHN GILBERT

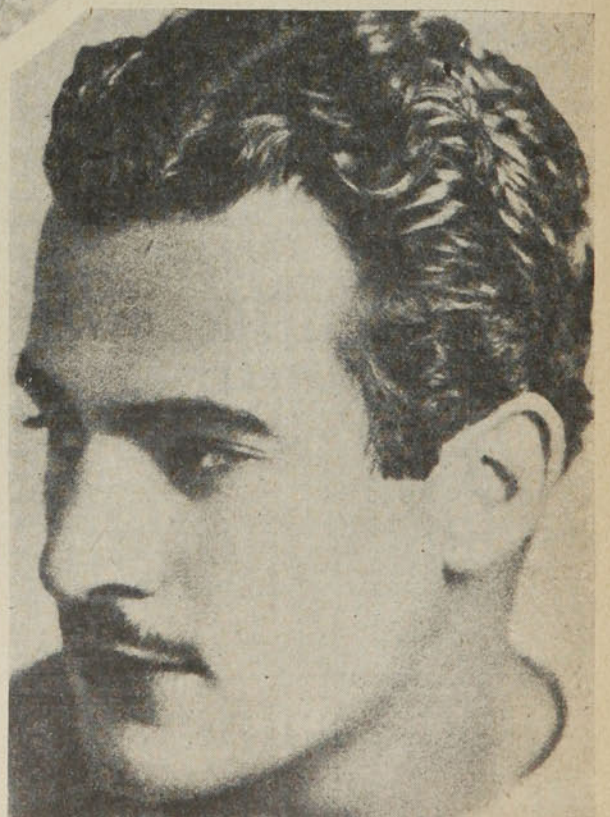
nema no ha modificado mi ideal de belleza física. Veo los hombres y las mujeres en la pantalla como los veo en la vida: siendo el cinema la reproducción de la naturaleza, no ha podido darme ninguna idea estética nueva.

PAUL COLIN.— Ciertamente, el cinema ha modificado nuestro ideal de belleza. Primero, la ausencia de colores ha desarrollado en nosotros un sentido de valores y de líneas puras a las cuales no habíamos prestado jamás atención.

El cinema ha, en cierta forma, sintetizado la belleza. Pero es preciso decir que antes de él la joven pintura moderna había borrado ya fuertemente nuestros antiguos prejuicios.



JOHN MACK BROWN



GILBERT ROLAND

BRIDGE

Por R. A. ANDRADE

Desde el año 1926, cuando Contract Bridge comenzó a ganar en popularidad en todo el mundo, después de haber llevado una existencia más o menos "local" en Francia, donde era conocido bajo el nombre de *plafond*, tal vez la dificultad más grande con que ha tropezado se debe a la falta de uniformidad en los sistemas de subasta.

En artículo anterior explicaba que existen cuatro grandes métodos reconocidos, de los cuales he bosquejado dos, quedándome los de Whitehead y Culbertson; y a pesar de que eran mis intenciones exponer en este número los puntos más salientes de estos dos últimos, prefiero posponerlos hasta el próximo mes, a fin de insistir una vez más sobre la conveniencia de que los jugadores todos en La Habana se den cuenta de que ya están prácticamente descartados todos los numerosos sistemas de subastar en Contract Bridge, a excepción única del sistema de Culbertson, conocido también bajo las diversas apelaciones de "forcing two-bid", "approach system", "approach-forcing", "regla de ocho", etc.

Hace aproximadamente tres meses que se formó en los Estados Unidos la "Asociación Nacional de Bridge", permitiendo la entrada a ella a todos los maestros y jugadores de Bridge. Empezaron por formar parte de ella eminencias tales como Culbertson, Work, Whitehead, Shepard, Scott, etc. Su principal objeto era y es el obtener que las reglas de Bridge sean universales (algo difícil de conseguir, en vista de la preponderancia del *plafond* en la Europa Continental), y el de hacer que se llegue a un acuerdo sobre el sistema único de subastar. Ambas son tareas arduas y que pueden llegar al éxito solamente con la cooperación de todos los jugadores en todo el mundo; sin embargo, es tal la avalancha de solicitudes que la flamante asociación ha recibido en el corto espacio de tres meses, que ya se puede asegurar categóricamente que lo que yo predecía hace unos pocos meses comienza a cumplirse al pie de la letra. En otras palabras, maestros de Bridge están plenamente convencidos de que su éxito en el futuro depende del sistema que enseñan—y de acuerdo con lo escrito en la pared, se están sumando con la mayor rapidez al sistema "approach-forcing" de Culbertson.

Existe en los Estados Unidos un connotado profesor de Bridge cuyo nombre es Robert M. Brannon. Este buen señor, ideó una serie de carteles para enseñar el sistema de Culbertson, desde su fundamental "regla de ocho" y valores de "quick tricks", hasta los más complicados "probable tricks" que es menester saber valorizar para llegar a subastas de "slams". Menciono estos carteles porque en mi opinión ofrecen la forma más práctica e interesante que se conoce de enseñar en poco tiempo el sistema que, una vez bien apren-



dido, hace que el jugador de bridge obtenga nuevos deleites del mejor de todos los juegos habidos y por haber. Estoy haciendo preparar una serie similar en español, y tengo la seguridad de que ellos han de ganar la aprobación inmediata de cuantos los vean y se interesen porque el juego de Contract continúe ganando en popularidad y sobre todo, en que sea uniforme en sus subastas.

La "Asociación Nacional de Bridge" se ha propuesto también tratar de que la etiqueta y la *urbanidad*, que posiblemente podrían mejor llamarse "códigos de honor", al observarse en las mesas de Bridge sean todo lo que deben ser; y he aquí otro problema casi imposible de solucionar, porque no solamente están muy arraigados los manerismos "informativos" en la mayor parte de los jugadores, sino que existe la clase adicional de los espectadores que ven tres manos o más, y al terciar en la discusión que irremediablemente comienza al terminar una mano entre jugadores mediocres, no solamente hacen alarde de sus grandes conocimientos (después de ver tres manos), sino que critican sin consideración alguna. Entre esta especie de "kibitzers" habituales, conozco un señor que ha jugado Bridge por muchos años, pero que abiertamente me ha confesado que obtiene más placer en sentarse a criticar que en jugar él mismo.



LAS NIÑAS GRISES

El sol apagaba sus rojos fulgores,
tifiendo de rosas las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores,
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
a la Tierra madre ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerasas,
en largas y grises hileras iguales;
y sus rostros pálidos semejabán rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso, que cruzan la vida,
sin hallar un nido donde las esperen...
¡Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren...

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran sus ojos dolientes,
baja el melancólico angel del Ensueño,
separa sus rizados y besa sus frentes.

Viven en la sombra... Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron...!
No se alegran nunca... ¡Besemos poetas
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas...?

El eco del Angelus resuena a lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

FRANCISCO VILLAESPEA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
FOTODUPLICADOS Y
FOTOCOPIAS



SEÑORITA CARMEN GARCÍA HUIDOBRO-
LARRAÍN

EST. LLAGUNO

Vigo



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTAGO DE CHILE

A R T I S T A S



Como no todos la conocen, voy a hacer una somera descripción de su persona. Andréé Haas es una muchacha de origen suizo de más o menos veintiséis años, tan rubia como son las suizas por lo general. Más bien de estatura pequeña, llenita de carnes, tiene una piel tan bella, que no es necesario caer en exageración para compararla con un pétalo de rosa. Su cabello que peina en larga melena, es sedoso, pálido y desflecado, sumamente a propósito para decorar una de sus danzas favoritas: “La fille aux cheveux de lin” de Debussy.

Por lo que toca al carácter, Andréé Haas es una criatura excepcional. Con cierta ingenuidad propia de las razas del Norte, alberga en su corazón un cierto género de bondad que no se

a qué latitud pueda pertenecer. Por lo menos, entre nosotros, resulta desusada. Tiene la firmeza de educación y sentimientos tan pulida, que jamás ni bromeando, la he oído hacer un comentario malévolo. Comprensiva para los demás, mira los actos ajenos con el espejo cristalino de su alma que se los devuelve con los contornos purificados. Es extremadamente dulce y asequible, pero a la vez de tan recia voluntad, que nadie, una vez conociéndola, podría tener la pretensión de manejarla.

Carece de toda clase de miedos indígenas. En este sentido, como diría Ortega y Gasset, es de pura sangre europea, y sabe afrontar cualquier acontecimiento con el tranquilo valor de un conquistador antiguo.

¿Educación o raza? Las dos cosas, quizás. Recuerdo que una vez me contó que cuando era pequeña, su padre la llevaba de caza con él, forzándola a disparar con la pesada escopeta. Ella se echaba a llorar, porque temía el fuerte golpe del culatazo. Pero disparaba: no había más remedio. Educación espartana, para nuestras costumbres; dura, casi cruel. Pero quizás en un temperamento lo suficientemente fuerte para tolerarla, útil.

Para resumir, su conjunto moral es armonioso y sin aristas, aún sin ángulos, y sólo está manchado con un pequeño lunar: el vicio del cigarrillo. En ella el fumar no es snobismo ni coquetería femenina. Es vicio desenfrenado. Tras una hora de conversación, las colillas comienzan a crecer junto a ella como humeante montículo de diminuto volcán, y “la fille aux cheveux de lin” con las piernas cruzadas y el mentón hacia arriba, lanza bocanada más bocanada de humo, hasta aparecer envuelta en superpuestas cortinas de pálida neblina, y volver en torno suyo el aire irrespirable.

—Andréé, ¿no temes por tu corazón, por tu pulmón y por tus nervios? ¡Qué horrible manera de fumar!

—¡Déjame! Es el mejor placer que obtengo de la vida, ¡fumar! ¡No me incomodes!

—¿A qué edad fuistes a Europa por primera vez, y a qué?

—A estudiar música. Piano. Mi edad era muy corta. Llegué a Ginebra y me inscribí en los cursos de rítmica de Dalcroze con el objeto de favorecer mis estudios, de perfeccionarlos y pulirlos. Fui una buena alumna. Después marché a París a estudiar piano. Allí una amiga me propuso entrar a la Gran Opera en calidad de bailarina rítmica de ballets. Iba a ganar 50 francos por función, suma para mí preciosa, porque mi pensión era muy corta.

—¿Te sostenía el Gobierno?

—No. Mi padre.

—¿Estabas sola en París?

—Sola.

—Y ¿qué edad tenías?

—Quince años. Bailé en La Gran Opera varias veces y gané varias veces mis cincuenta francos. La danza me iba cogiendo cada vez más y el piano iba quedando en segundo plan. Volví a Varsovia a estudiar rítmica de nuevo. Vine a Chile. Hice un concierto privado en casa. Tú asististe.

—Recuerdo que me convidó Jeanne Obrecht. Yo no te conocía.

—En seguida volví a Europa con Dalcroze y obtuve clases, pagaba mis gastos allá. Me dedicaba a estas labores, cuando nuestro Conservatorio me trajo con un contrato de dos años. Este año terminó. En seguida pienso mancharme de nuevo.

—¿Y crees que podrás ganar tu vida allí en la difícil situación actual?

—Creo, a no ser que haya habido un cambio excesivamente brusco. Tengo mi sitio junto a Dalcroze. Allí se me dá alojamiento, pensión y un sueldo.

—¿Abandonaste por completo el piano?

—Profesionalmente, sí. No podía abarcar ambas ramas del arte. Y la danza me seduce en forma irresistible.

—¿De modo que te vas?

—Me voy.

—¡No debes irte! La situación ahora es mala, y alejarte de tu familia, de tus amigos, hoy...

Le doy una sensación aumentada de mi temor. En el fondo, es que, egoístamente, no quiero que se vaya. Andréé es una de las pocas personas que representan el arte puro en el país. Sus cursos, novísimos. Cuando aparezca esta crónica, ya habrá hecho ella su presentación de alumnas en el Municipal, y la gente habrá podido admirar el maravilloso método de Dalcroze y la manera asombrosa con que Andréé forma musicalmente el cerebro de sus



N U E S T R A S

ANDREE

HAAS



alumnas. Es sumamente sensible que nuestro Conservatorio, alcanzado por la pobreza general, no pueda mantener en Chile a esta gran artista, uno de nuestros escasos valores, que, como tantos otros, ha de irse al extranjero, privándonos así de todo y de cada uno de los elementos estéticos y culturales que de cuando en cuando se producen en nuestro país. Ojalá lea mi crónica alguna de las personas que, entre nosotros, pueden retener a Andree Haas en su emigración forzada: Si así fuera, diría yo que el arte de escribir tenía alguna utilidad.

Envuelta en su nube de humo, siempre con el mentón hacia arriba, Andree charla o medita. Nunca una arruga de desencanto atraviesa su frente tan blanca y rosada. Se ríe del pasado y del presente como una colegiala y afronta el porvenir con la misma serenidad. Lo de ella no es optimismo, ya que el optimismo cree en un mañana mejor. Lo de ella es valor. Pienso: “quizás no ha sufrido”. Y le pregunto:

—¿No tienes aventura penosa que contarme que te haya acaecido durante tus viajes?

—Grave, no. Pequeñeces, poca cosa. En Varsovia, una vez... Recibía yo una pensión exigua y los helados de Varsovia son caros y exquisitos, pero sobre todo son caros. Tú sabes que soy golosa, y me gustaban los helados con locura. Yo alquilaba un cuarto y comía en el restaurant. Pues, para tomar helados, me privaba de comer, hasta que un día la debilidad no me permitió levantarme. Reprimenda del médico, inyecciones, y... mejoré. En París me aconteció algo parecido. En cierta ocasión terminé con mi dinero varios días antes que se acabara el mes. Tenía también un cuarto alquilado con desayuno, y comía en el restaurant. Como se me acabó la plata, tomaba solamente desayuno, y para ahorrar las fuerzas, mientras me enviaban el dinero, me quedé en cama.

—¿Y no tenías amigos?

—Los tenía, pero, justamente, como necesitaba de ellos, no me atrevía a visitarlos. Bueno, me quedé en cama. Los amigos comenzaron a llegar preguntando por mí. Yo decía estar enferma y ellos, al principio, no comprendieron, pero el médico llamado por ellos, sí que comprendió. Yo había llegado al fin de mis fuerzas. Me auxiliaron a tiempo. Al mes siguiente tuve más orden en mis gastos.

—¿Nada más te ocurrió así, en calidad de percalce?

—No, ¡pero, sí! Unaaventurilla de otro orden. Iba de Lyon a Setz. Tenía trasbordo a mitad del camino. Viajaba sola y no cumplía diecisiete años.

Por cierto que iba en tercera clase y el trasbordo debía efectuarse a media noche. Entre la llegada de mi tren y la partida del otro en que debía continuar viaje había una hora de espera. Desembarqué y pregunté en el andén a un empleado de librea, cuál era el tren que iba a Setz. El empleado me señaló uno en frente, detenido y obscuro. Subí en él. Estaba vacío, pero como faltaba una hora para la partida, no me sorprendió. Procuré recostarme y dormir. A poco, entró el hombre del andén. Intenté conversar. Yo le declaré, por si acaso, que no llevaba plata. Era un hombre alto, buen mozo, audaz. Me habló de amor. Era un empleado del ferrocarril, pero co-

mo yo viajaba en tercera... Le amenacé con pedir auxilio. Entonces me contestó indignado:

—Este tren no va a Setz, va a guardarse. Aquel otro es el que debes tomar. Yo creí que serías una chica más inteligente, por eso te conduje aquí, pero si eres tan tonta, vete, y que te aproveche.

—¿No tuvistes miedo?

—No. Habría podido pedir auxilio en cualquier momento. En el andén circulaba gente. Claro que me fastidié un poco.

Fuerte, buena, eximia artista, ¿qué le falta a Andree Haas para ser una gran mujer?

M.



“ P A R A T O D O S ”



SEÑORITA MARIA
LUISA BULNES
SANFENTES *Keg.*

J. M. S., el poeta, M. M., el periodista, están en un teatro del Paralelo oyendo cantar a la “celebrada” tiple J. M. Y al acabar un acto, dice el periodista al poeta.

—Pero ¿se puede saber por qué has dicho tres veces que esta tiple tan mala es una tiple de primera fila?

Disputaban un griego y un veneciano sobre la excelencia de su patria respectiva, y dijo el griego:

—Mi patria es la primera en el mundo. Todos los sabios, todos los poetas, todos los filósofos, de Grecia han salido.

—¡Han salido Justo — replicó el veneciano: — han salido y no han vuelto, ¿no es así?

El club de los músicos se ocupa en desollar a los ausentes.

—Fulano es un murguista.

—No digas eso, que acompaña perfectamente.

—¡Vaya una gracia! Mejor acompañan los guardias civiles y no conocen una nota.

Sorprendido en la tertulia de la baronesa de M.

—¿Cuándo se casan Joaquín y Elena?

—Yo creo que nunca.

—¿Por qué?

—Porque ella no quiere casarse hasta que él haya pagado sus deudas y él no podrá pagarlas hasta que no se case con ella.

Un mal barbero a un parroquiano:

—¿Le dejo a usted patillas?

—No.

—¿Y el bigote?



—Tampoco.

—¿Se lo quito a usted todo?

—Todo, no.

—¿Pues qué quiere que le deje?

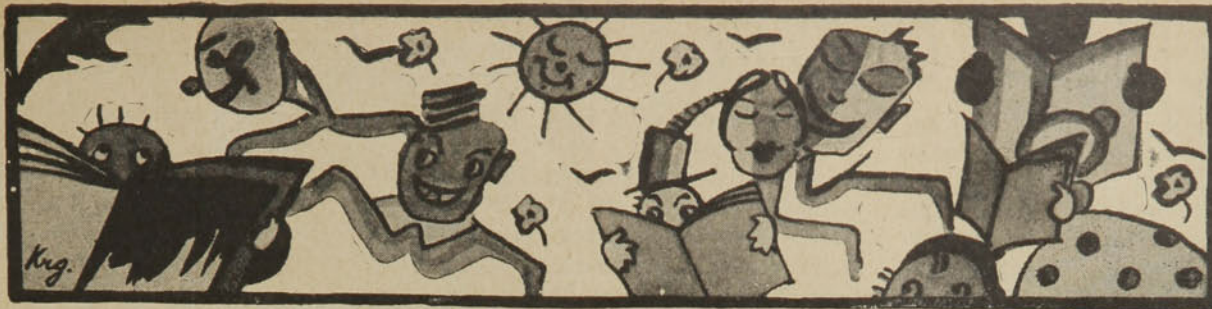
—¡La vida!

Cuentan que cuando el marquesito de V. del P. fué invitado la última vez a una cacería en la que se batía caza mayor, estando acosando a un jabalí perros y monteros, uno de éstos, que estaba a retaguardia con el marquesito, dijo a éste, entregándole un cuchillo de monte:

—Ahí viene la fiera. Tenga.

—¿Y para qué me da usted esto?

—¿Para qué ha de ser, señor? Para que, si le falla el tiro, acometa con él a la fiera.



Bromas

A lo cual contestó el marquesito:

—¡Qué se cree usted de eso! ¡Tome, tome el cuchillo y proporcióneme una bicicleta!

—¡Ay, amigo mío! ¡No puedo más! ¡Yo quiero morirme!



—Bueno: contéstame con tranquilidad. ¿Es que no puedes casarte con tu amada... o es que te has casado ya?

Juan el Rasilla tiene la costumbre de emborracharse diariamente. Hoy, como es sábado ha sido mayor la turca, y se encamina hacia su casa tambaleándose. Todo da vueltas a su alrededor, y tene-



mos a nuestro hombre desorientado por completo.

Se encuentra con un amigo y le pregunta:

—Dime: ¿dónde vive, Juan el Rasilla?

—Pero, ¡cómo! ¡Si Juan Rasilla eres tú!

—Ya lo sé; pero ¿dónde vive?

Diógenes cuando veía su fin cercano, mandó no enterrarse: replicó un su amigo, que sería pasto su cuerpo de fieras: él dijo: — Un palo tendré con qué me defenderé.

—Pues dime, ¿no consideras (su amigo le replicó), que muerto, ni sentirás, ni defenderte podrás? — Y el sabio le respondió:

—Luego son tus miedos vanos: que si he de estar sin sentido, ¿qué importa más ser comido de fieras que de gusano?

RUIZ DE ALARCON.

En el teatro, a la hora del ensayo, la actriz Manolita M. se presenta con un vestido que, por lo escaso de tela, está pleno de enseñanzas.

Y comen-tándolo, dice el autor B.

—Eso consiste en que es un vestido completo a plazos, según confesó ella misma días pasados.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso?...

—Que se conoce que hoy no se ha puesto más que el primer plazo.

Al doctor A. V. B. se le ocurrió el verano pasado, descansar y hacer negocio a la vez, estableciendo una casa de pensión, como si dijéramos un hotelito barato, en una de las montañas de las proximidades de Barcelona.

Y ocurrió que un amigo suyo tenía a su vez un amigo, al que el médico, para que se repusiera, había recomendado que respirara durante un par de meses, aires de montaña. Por lo cual el amigo de A. V. B. fué a ver a éste y a convenir, como convinieron en seguida, las condiciones del hospedaje.

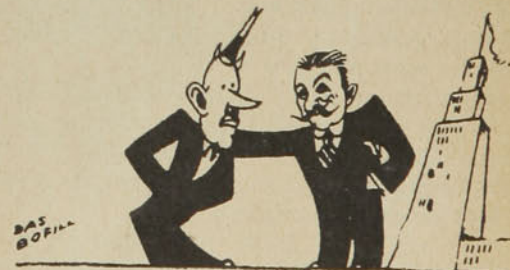
—Una cosa he olvidado de advertirle — díjole al terminar: — que el amigo de quien te hablo es vegetariano.

—¿Vegetariano? — repuso obsequiosamente A. V. B. — ¡Bah; no te preocupes por eso! Ya me procuraré un intérprete.

El año pasado veraneó en San Sebastián un empresario madrileño, que es famoso entre autores y artistas de teatro, por la costumbre que tiene de saltarse a la torera la numeración de las representaciones de todas las obras que estrena en su teatro, para llegar pronto a la centésima. Así, de la 55.a representación salta a los carteles a la 67.a y de la 84 a la 95, y en seguida a la 100. Claro que, como pagar, no paga más que las que realmente da.

Un día se encontró con Muñoz Seca, en una calle de San Sebastián.

—¡Hola, Perico! Vente a comer con-



migo. Tenemos que hablar.

—Hoy no puedo. Tengo que acabar una obra de la que me falta todo el tercer acto.

—Bueno, pues mañana. Pero ten en cuenta que ya no estoy en el hotel. He tomado casa.

—No sabía...

—Sí: vivo en la calle Urbieta, núm. 72.

Miró Muñoz Seca a su interlocutor y, recordando sus mañas, dijo, dándole una palmadita en el hombro:

—¡Ya será el 14!

ALREDEDOR DE LA CUNA

Hablaremos hoy día del cuidado que necesita el niño en sus ojos, en su nariz, en sus orejas y en su boca.

Después de cada baño, es preciso limpiar cuidadosamente todos estos pequeños órganos frágiles con ayuda de un algodón embebido de agua hervida y enrollado sobre sí mismo (y no sobre un objeto puntiagudo) teniendo cuidado de reservar un trozo de algodón para cada nariz, para cada ojo y para cada oreja.

Las orejas que no son mantenidas muy limpias, se vuelven el conducto de enfermedades graves como la otitis.

Las narices, si no están muy limpias, se obstruyen e impiden al niño respirar durante la mamada.

Cuando el niño nace, la matrona debe lavar los ojos del niño con nitrato de plata o en su defecto, con jugo de limón, cuya desinfección no es tan completa, para evitar la conjuntivitis.

Este lavado, provoca una inflamación ocular de algunos días que no deberá, sin embargo, prolongarse, bajo pena de convertirse en una infección grave que puede volver ciego a vuestro hijo. En este caso, el médico debe ser inmediatamente consultado. Si la inflamación desaparece, podéis continuar lavándole los ojos con agua borricada, reservando siempre un algodón para cada ojo.

Cuidado de la boca.

—Con ayuda de un algodón hidrófilo, mojado en agua hervida bicarbonatada o en agua de Vichy, que enrollaréis alrededor de vuestro índice bien limpio, y frotaréis ligeramente y delicadamente las encías, la lengua y el interior de las mejillas.

Los trajes de bebé.— Durante el primer mes, usaréis un pañuelo tejido que conserva alrededor de las piernas y de los pies, el calor necesario. Usaréis:

Una camisa sin mangas hasta la cintura, que se cierre atrás, no con botones, sino con cordones. (Seis camisas por lo menos). Una chaquetita de jersey de lana, de algodón o de piqué, según las estaciones. Otra chaquetita en piqué moletonado o tejida, cerrándose atrás por medio de cordones, sobre todo nada de alfileres. (Seis piezas de cada una).

Para abajo: Un pañal de tela triangu-

lar, muy suave, si es vieja, mejor, por la suavidad. Una pieza de tela esponja, de 40 centímetros, cuadrada, (dos docenas) y cuatro pañuelos de tela de algodón o de lana, 80 centímetros por lado, y para sostener el abdomen y evitar la formación de hernias, una banda de franela terminada por dos cordones, que enro-



llaréis alrededor del pequeño cuerpo y que llegará hasta bajo las axilas.

Cuando haya cumplido dos meses, le pondréis un pantaloncito sobre el lienzo de hilo y el paño esponja. Evitad siempre los calzones impermeables, que si os protege a vos misma, conservan para él una humedad que puede dar lugar a rojeces en su piel y que en todo caso es malsana. No olvidemos las medias y zapatos.

Para el lavado de la ropita del Bebé, sabed que no es bueno lavarlas con agua de cuba o lavaza. Hervídlas simplemente en agua jabonosa, porque de otro modo, puede el niño coger incómodas rojeces a la piel e irritarse dolorosamente su frágil epidermis.

Los juguetes de Bebé.— Bebé todo lo

chupa y sus juguetes están cubiertos de microbios. Dadle, pues, juguetes lavables. Comprádselos de hueso, de plata o de caucho y sobre todo, dejadle jugar con sus manos y sus pies: evitadle los trapos u objetos cortantes.

El coche del Bebé.— El que os aconsejamos, es el coche con capota reversible, pudiéndose poner lo mismo sobre la cabeza que sobre los pies, asegurando así para el niño, la protección contra el sol y contra el viento. Las ruedas deben ser de caucho y bien provistas de buenos resortes para evitarle las sacudidas. Debéis colocar al Bebé con la cara vuelta hacia vos, le modo que podáis vigilarle estrechamente y ni uno sólo de sus gestos se os escape.

La salida de los dientes.— En un niño sano, la salida de los dientes transcurre sin novedad y comienza más o menos a la edad de seis meses, para terminar a los dos años y medio o tres años. A los tres años, un niño normal tiene generalmente sus veinte dientes de leche.

La aparición de cada nuevo diente va acompañada de dolor y un poco de comezón. Bebé se torna nervioso, agitado y gruñón. Chupa sus dedos y echa saliva. Sus encías se ponen rojas e hinchadas y sensibles a la presión. Le calmaréis, pasando sobre sus encías un jarabe especial. Todo esto resume los pequeños

accidentes locales de la salida de los dientes. Pero esto no debe ir acompañado de trastornos generales, tales como tos, diarrea y convulsiones. En tales casos, la presencia del médico se impone, porque la salida de los dientes, puede no ser la única razón.

He aquí aproximadamente las diferentes épocas de la salida de los dientes, bien que estas varíen, según los niños.

Los cuatro incisivos medianos, aparecen entre los seis y los ocho meses. Los cuatro incisivos laterales, de los siete, nueve a los once meses. Los cuatro primeros molares, de los doce, quince a dieciocho meses. Los cuatro caninos, de 16, 20 a 24 meses. Los cuatro segundos molares, de 20 a 24 a 36 meses.

(Continuará)

Página del señor



Camisa de sport, de franela blanca con cuello reversible de franela azul. Pantalón de franela blanca. 2 m. 80, en 1 m.

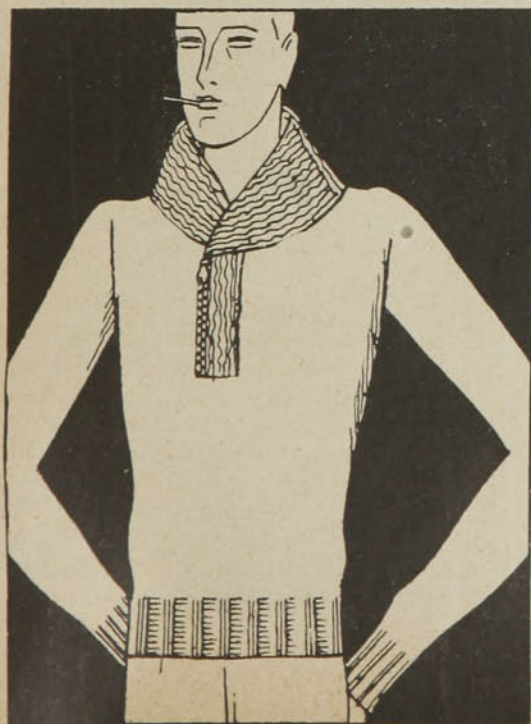
Traje de interior de franela inglesa beige, guarnecida de cuello y cinturón en raso marrón. 1.60, en 1 m.



Bata de casa en tela de fantasía, guarnecida de cuello y puños, en tela lisa. 3 m. 20, en 1 m.

Sweater de sport a palillo, color champaña. Cuello vuelto y cruzado por un cierre éclair.

Vestón de interior en moletón gris, bordado por un galón de lana marina. Grandes bolsillos aplicados. Cuatro botones recubiertos de tela. 1.60, en 1 m. 40.



MANUAL de CABALLEROS para la MUCHEDUMBRE

Lo que más me asombraba en Nueva York era la forma de pagar el tranvía. El viajero entra en el tranvía y allí mismo encuentra una especie de hucha de metal; introduce una monedita de cinco centavos en la hucha y ya puede sentarse y hacer el recorrido que necesite. Nadie lo molesta más. No conserva en su poder ninguna clase de billete o boleto. ¿Y el control? ¿Quién atestigua que el viajero ha abonado a la empresa del tranvía el derecho de usar del carruaje? Nadie más que el cobrador. El cobrador ha visto subir al viajero, le ha visto arrojar su monedita y eso basta.

Pero en un barrio proletario de Brooklyn, en un tranvía popular de los arrabales, todavía fué mayor, no ya mi sorpresa, sino mi admiración. El cobrador, un hombre tranquilo, de nariz un tanto enrojecida, cobraba directamente la monedita de cinco centavos y se la metía con naturalidad en el bolsillo de su chaqueta, sin entregar en cambio ningún billete. Hacía como si el coche del tranvía fuera suyo y no tuviese que entregar cuentas a nadie. Y en esta forma, por lo visto se resuelve en aquellas extrañas tierras el asunto de la recaudación. Es una mutua prestación de confianza. El público confía en el cobrador, y éste en los viajeros. La mutua buena fe hace que todo marche en el tranvía fácilmente, sencilla y decorosamente, como entre corrientes y naturales caballeros.

¿Pero cómo ha podido llegarse a esta implantación de la moral del caballero en medio de la confusa y anónima muchedumbre? En nuestros climas suspicaces, sobre todo en nuestros climas latinos donde todos se creen obligados a poseer un término medio de “viveza”, el modo de cobrar del norteamericano produciría a la gente un sentimiento de estupefacción. Produciría risa. Las empresas es posible que no tardasen ni cuatro semanas en arruinarse. Y es porque nosotros habíamos, desde hace mucho tiempo, abandonado el culto de la caballerosidad. El culto de la palabra sagrada e indiscutible que presta el hidalgo. Nosotros, desde hace tiempo, habíamos convenido en considerar como cosa aventajada, ñoña e inservible, la moral del caballero. Todo al contrario, los anglosajones conservan vigente la moral del gentleman, no sólo en los salones aristocráticos, sino en la calle, en el tranvía, en el taller de obreros, en la tienda de mercaderes. Y esa moral de caballeros les sirve de una enorme utilidad para la vida corriente y de todos los días. Pongamos, además, como explicación de semejante régimen

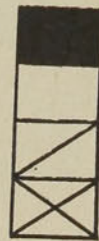
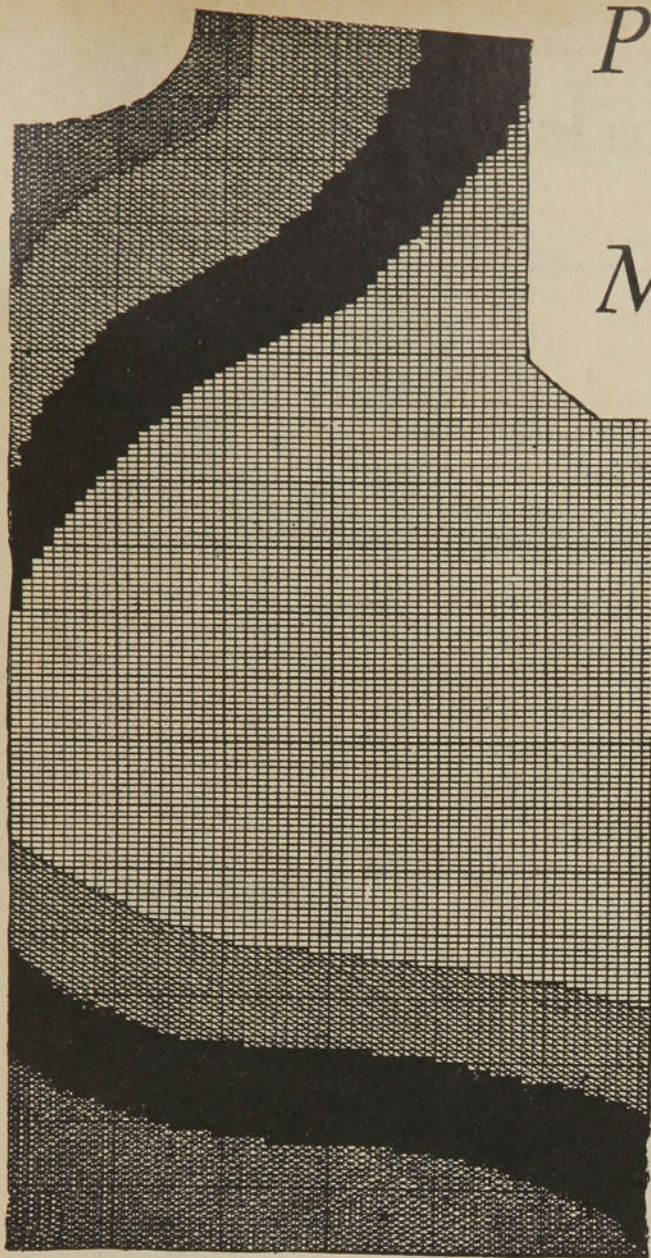
de asombrosa confianza y buena fe, la moral rigurosa, estricta e implacable del puritanismo religioso anglosajón.

Hace poco tiempo tuve ocasión de leer en un diario de Buenos Aires un artículo en el que se comentaba una decisión de las casas de comercio de aquella populosa y progresiva ciudad: “No se admiten cheques”, tal es el letrero que ponen los comerciantes en un sitio visible de su despacho. En efecto, el uso del cheque, si es verdad que facilita enormemente las transacciones mercaderiles, en cambio se presta como nada al fraude, a la mentira, a la estafa. En un ambiente social en que no se halla vigente la moral del caballero, la hidalga confianza en la palabra dada, el cheque, en efecto, se transforma en un documento inútil. Y a este respecto quiero recordar lo que me sucedió una vez en un Banco de Londres: fui a cobrar una letra, y el empleado me dijo que necesitaba avisar a la sucursal de Madrid, y que volviese al Banco después de unos cuantos días, y al pedir algún recibo o documento en el que constase que yo había dejado la letra en la taquilla del Banco, el empleado me dijo que podía marcharme tranquilamente. Y me marché con las manos vacías. Volví al cabo de una semana, me reconoció el empleado y me pagó el importe de la letra con toda naturalidad, como si hubiéramos estado, no en una ciudad cosmopolita, sino en un pueblo chiquito donde todos se conocen.

Ahora me falta señalar otro hecho muy interesante. En los países que sienten la influencia de los Estados Unidos, en La Habana y en Méjico, el sistema de cobranza en los tranvías es igual que en Nueva York. Las empresas norteamericanas de transporte no han querido, por lo visto, renunciar en esas ciudades de clima cálido el régimen de la lucha en la plataforma. Saben, sin embargo, que el negro de La Habana y el indio de Méjico son personas bien distintas del blanco de pura raza aria que transita por Filadelfia y Boston. Pero no vacilan en prestar su confianza a negros y mestizos, del mismo modo que fían en la lealtad de los judíos, italianos y mulatos que utilizan los tranvías de Nueva York. Sin duda descuentan y tienen previsto un tanto por ciento de fraudes; el resultado, que es lo que importa, les da la razón. Y he aquí



Pull-Over SIN MANGAS

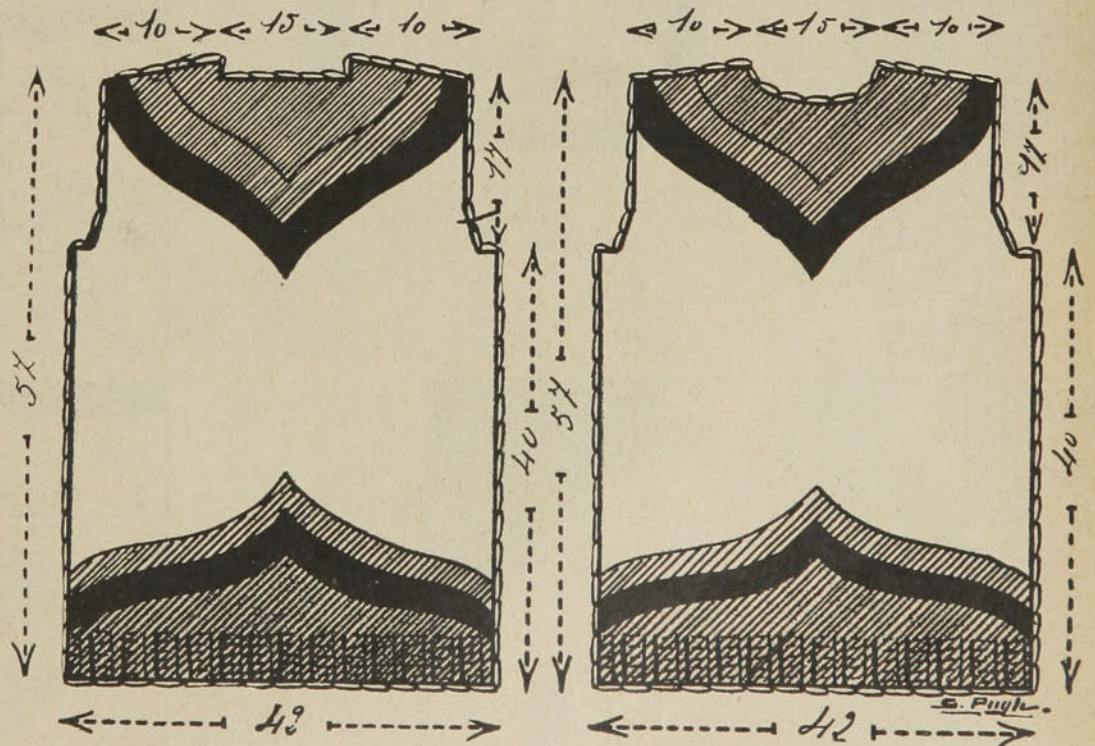
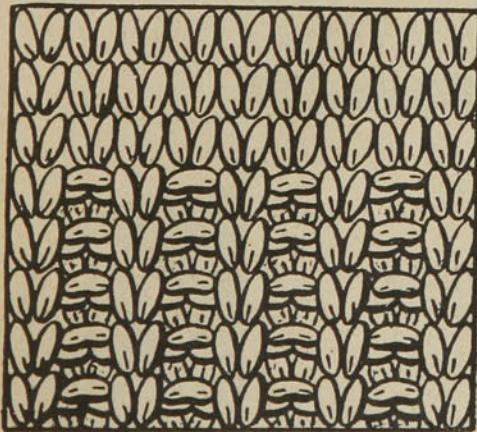


EJECUCION.—Delantera. comenzar por abajo. Con la lana laurel, montar 42 centímetros de malla, o sea, más o menos 1.20 mallas. Tejer en punto elástico, durante 6 centímetros. Trabajar en seguida en punto de jersey, siguiendo el detalle sobre el esquema. Trabajar recto hasta las bocamangas.

La espalda se hace como la delantera, excepto para el escote, que será comenzado cinco centímetros más arriba.

COSTURA.—Hacer la costura de la espalda, sobre dos tercios solamente. Ejecutar las costuras debajo los brazos. Hacer dos vueltas de mallas, cerradas en lana almendra, alrededor del escote.

Lana de tres hebras. 50 gramos, color almendra. 50 color laurel. 50 color negro; 50 color nilo. También puede ejecutarse en cuero, tabaco, biscocho y kashá. 3 agujas de 2 m. y medio, 1 crochet del mismo grosor, 1 aguja de tapicería.

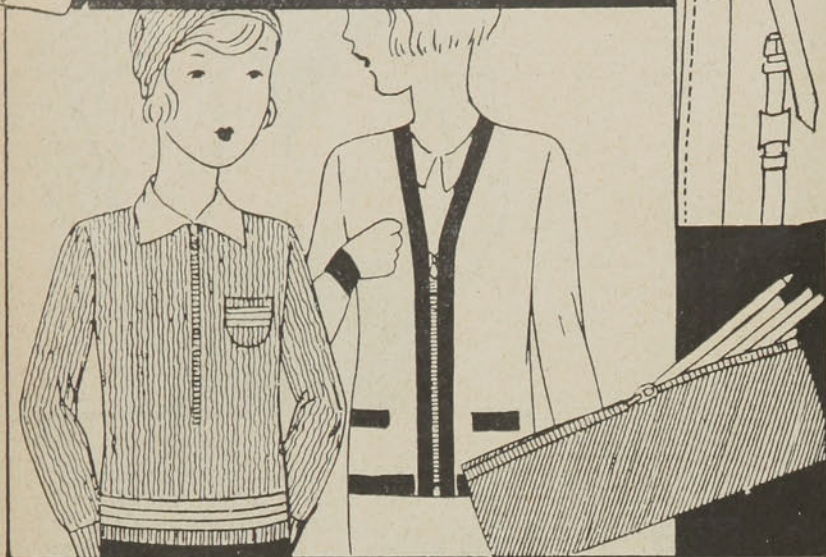


la enseñanza trascendente que de todo esto se traduce: que la moral del gentleman se puede incluso traducir al lenguaje de las razas más inferiores; que los hombres que han vivido tradicionalmente dentro de una ética de malicia y deshonra son capaces de sentirse regenerados, dominados, por la energía que trasciende de la idea de la caballeridad; que

nada hay tan útil y práctico, en fin, como enseñar a los hombres, a todos los hombres, mercaderes y mozos de faena, funcionarios y catedráticos, encopetados intelectuales o anónimos transeúntes, a ser caballeros. La cosa que en nuestros climas, por desventura, se ha dejado de cultivar desde hace bastante tiempo.

JOSE MARIA SALAVERRIA

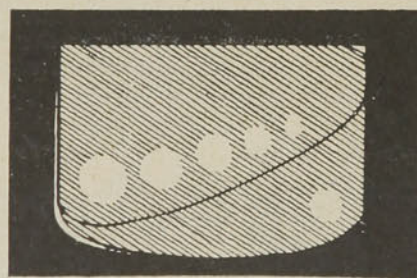
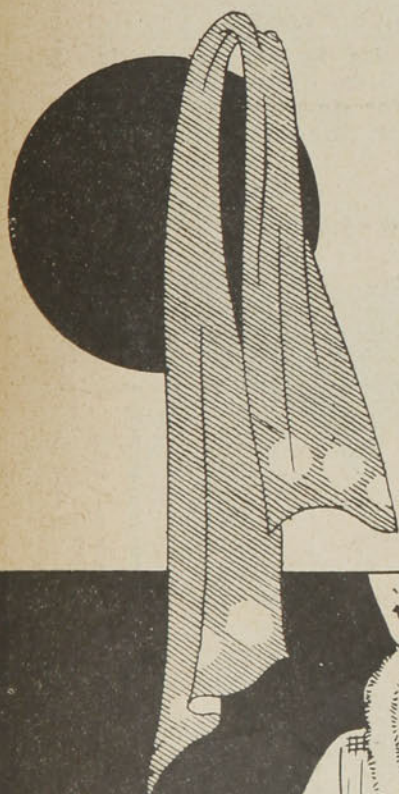
Detalles lindos



Sweater de niñita en tricot rosa. Cuello y banda de tricot blanco. Cerradura eclair en la mitad delantera.

Chalequito de jersey beige claro, encuadrado de tricot verde y cerrado por delante, con un largo cierre eclair.

Carterita para lápices con cierre eclair.

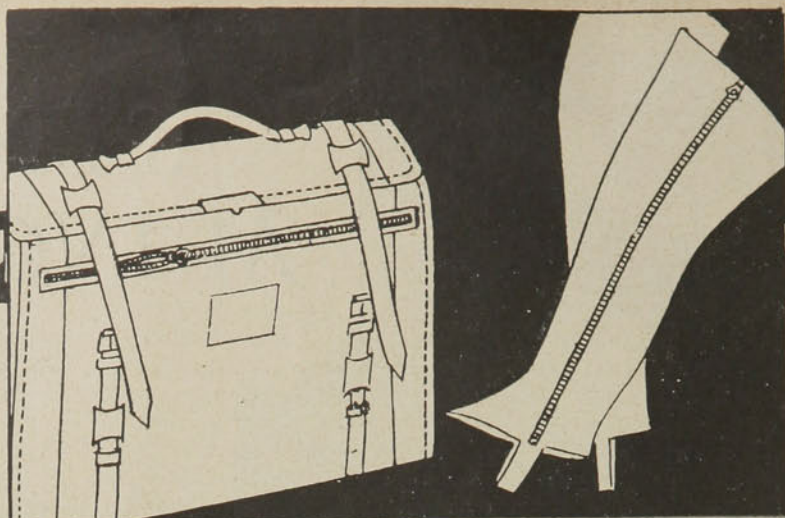


Echarpe y saco, haciendo juego en seda de fantasía verde con pastillas beige.



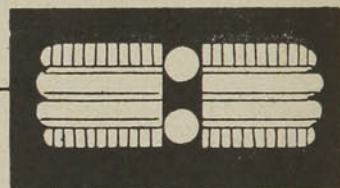
Ceñidor en terciopelo de seda turquesa y cisne del mismo tono.

Zapatos de noche, en raso verde oscuro.



Maletín de cuero para niños, con cierre eclair.

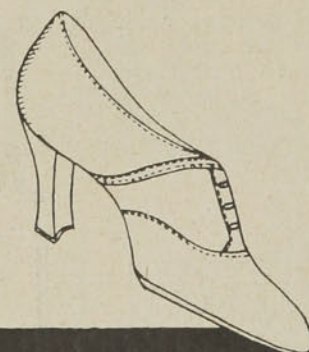
Polainas de paño para niños, con eclair.



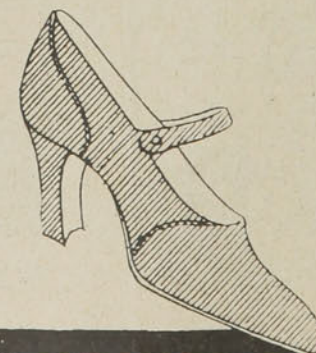
Hebilla de metal niquelado y carey blanco.



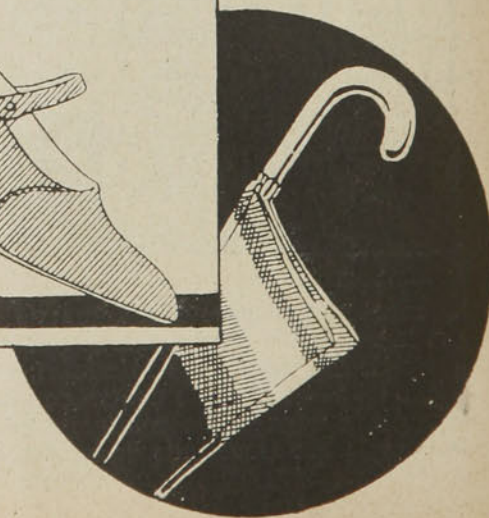
Zapatilla de levantarse en rosa y verde.



Zapatos de sport guarnecidos de pespuntes.



Paraguas multicolores.



EL EXPRESO NUMERO 13

(Continuación de la pág. 38)

pregunto cómo el desprecio a la muerte puede alcanzar tal grado de sublimidad.

Shields hojeaba su guía como hombre que examina sencillamente el horario de su tren.

—Vamos a embestir al tren 48, al que teníamos que adelantar en Lamothe—dijo tranquilamente.

Y agregó, después de cerrar la guía y de consultar su reloj:

—¿Cuánto tiempo cree usted, amigo mío, que tardaremos en embestir al tren 48?

No tuve ánimo para responder. Sin embargo, la probabilidad del choque me producía cierto alivio. No siempre mueren todos los viajeros en los choques de trenes; hay muchos que escapan sólo con heridas...

Shields, que lo preveía todo, nos aconsejó que extendiéramos las piernas a lo largo de los asientos. Esta es la posición más favorable en casos de choque.

De repente, experimenté una sacudida brusca, violenta, y oí un estrépito de masas que chocan y se quiebran... Me pareció que mis huesos se dislocaban y que todo mi cuerpo se volatilizaba súbitamente. Después, perdí toda noción de vida.

Cuando recobré el conocimiento, me encontré tendido sobre paja, en una granja. Tenía la cabeza y las manos vendadas. A mi lado, otros heridos se quejaban lúgubramente... Egerton Shields, con un brazo en cabestrillo, aguardaba mi despertar.

Me tranquilizó en seguida acerca de mi estado. Un médico me había reconocido y curado. Como sus hijas, yo había escapado de la catástrofe con contusiones sin importancia.

Al saber que Betsy se había salvado sentí volver a mí un flujo de vida y mi mirada dió las gracias a Shields por tan feliz noticia. Pareció que él adivinase lo que en aquel instante pasaba en el fondo de mi alma porque me guiñó el ojo, paternalmente, con aire de inteligencia.

El choque previsto se había producido en las cercanías de una estación y en pocos minutos pudimos recibir socorros... Hubo, ¡ay!, numerosos muertos: una treintena, entre los cuales figuraban dos de nuestros compañeros de vagón: el sacerdote y el viejecito del bigote recortado.

Ocho días después, estaba yo en pie y anunciaba a mis amigos mi próximo enlace con la señorita Betsy. La brusquedad de los sucesos había descubierto el secreto que yo guardaba celosamente.

De la información abierta por la Compañía y por las autoridades, resultó que el expreso número 13 había sido víctima de una inconcebible serie de faltas o de fatalidades. El furgón de mercancías agregado al expreso desde Irún, en contra de todos los reglamentos y costumbres, contenía materias inflamables.

Para colmo de desgracia, su cierre era defectuoso. Una chispa, penetrando por algún intersticio, había bastado para convertir en ascua aquel vagón de salitre y yesca.

El maquinista y el fogonero, sofocados por el calor o alcanzados por las llamas, debieron de perder el conocimiento antes de la salida de los pinares incendiados... Al pasar por Morceux se les había visto tendidos, sin movimiento, en la plataforma de la locomotora.

Se comprobó que los frenos de atrás, que habrían podido disminuir la velocidad y que funcionaron aún en la última parada del expreso, a un kilómetro del bosque incendiado, se inutilizaron por la excesiva elevación de la temperatura.

Estuve el verano último con Betsy en Massachusetts, su país natal, y atravesé en tren con ella otro bosque incendiado. Estábamos lejos de Francia, lejos de aquel triste paisaje arenoso que vió la carrera desenfrenada del expreso número 13. Y Betsy, leyendo en el fondo de mis ojos la obsesio-

Der-Ven



Todas las personas entendidas compran únicamente la media de seda DER-
VEN, que unen a la refinada elegancia
su duración y bajo precio.

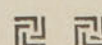
nante evocación de la hora trágica, murmuró a mi oído:
—Hace trece años, día por día; ya ves como la cifra «trece» no presagia más que lo irreparable...

REMY SAINT-MAURICE.

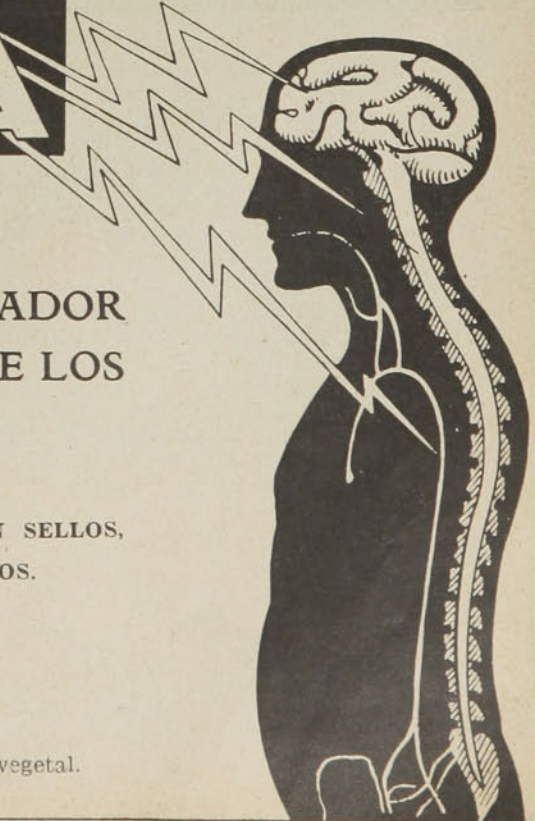
FITINA

TONICO REGENERADOR
DEL CEREBRO Y DE LOS
NERVIOS

EN TODAS LAS FARMACIAS, EN SELLOS,
CAPSULAS Y COMPRIMIDOS.



Fitina M. R. a base de fósforo vegetal.



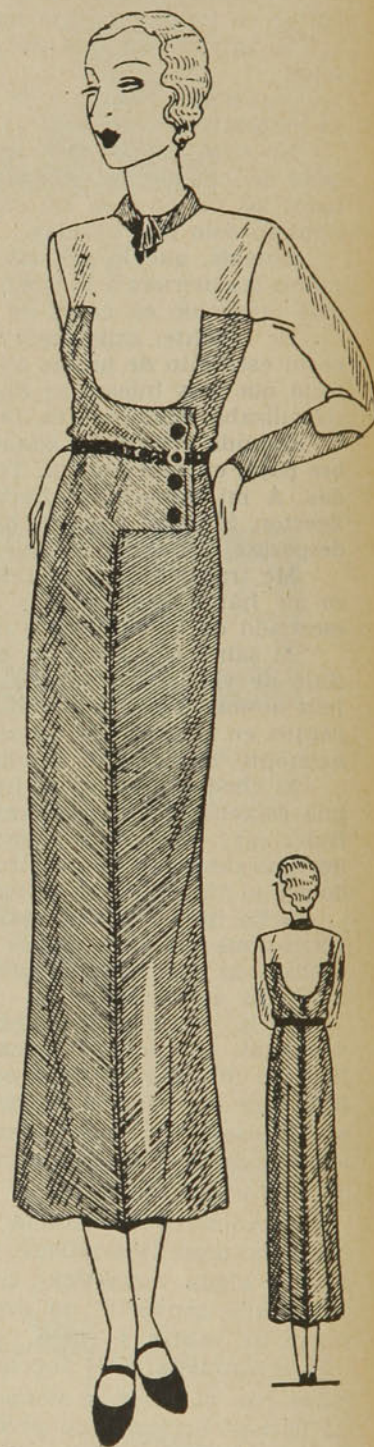
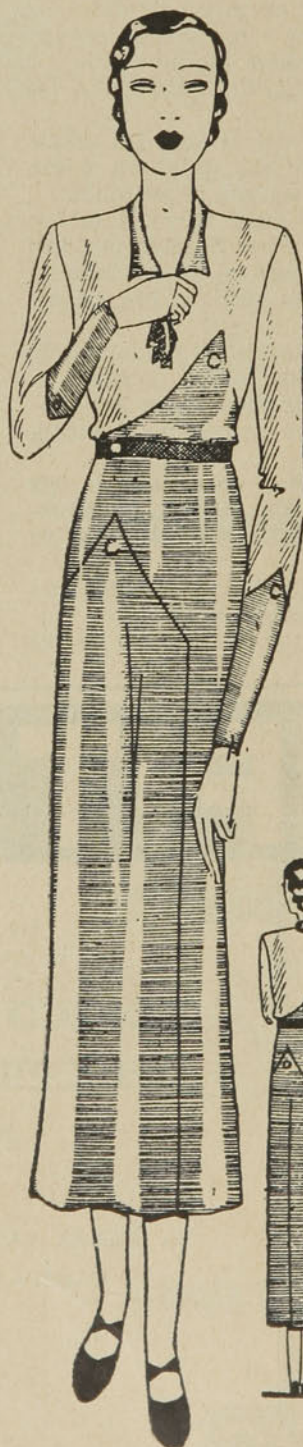
ARRIBA CLAROS



Traje de crepe satin marrón. Falda ensanchada por panneaux, cuya punta se marca por un botón del tono y montando en punta sobre la blusa, en raso rosa con cuello y puños marrón. Raso marrón, 3 m. en 1 m. Raso rosa, 1 m. 75, en 1 m.

Traje en sarga marina, incrustado en puntas, sobre lo alto de sarga blanca. Escote drapeado. Cinturón de cuero brillante azul marino. Sarga marina, 2 m. 50, en 1 m. 40. Sarga blanca, 0 m. 75, en 1 m. 40.

Traje de crepella verde oscuro, con blusa escotada con escote cuadrado. Mangas de crepella beige. Cinturón de cuero beige, con hebilla verde. Crepella verde, 2 m. 25, en 1 m. 40. Crepella beige, 1 m. 25, en 1 m. 40.



La falda es aquí de diagonal, rojo vivo con los bordes pespunteados. Cinturón y abotonadura negra. Se incrusta arriba, en la tela blanca con cuello rojo, que lleva una corbata de cinta negra. Diagonal roja, 2 m. 50, en 1 m. 40. Diagonal blanca, 1 m. en 1 m. 40.

A LOS HOMBRES GRUESOS SE LES DICE: "DEN PASEOS LARGOS."

¿Como quiere reducir su peso caminando si no tiene la energía para hacerlo?

Vd. puede adelgazar con las Sales Kruschen si toma media cucharadita de las de café en agua caliente todas las mañanas antes del desayuno, modifica su régimen y hace ejercicio con regularidad.

Kruschen es una composición de seis sales diferentes que los órganos de su cuerpo deben tener si desea gozar de una buena salud.

Mientras esté adelgazando, estará ganando en vigor, energía, vitalidad y resistencia física.

Esto significa que pronto Vd. podrá pasear muchos kilómetros sin fatiga y que disfrutará de cada paso que dé.

Las Sales Kruschen (M.R.) son la Fuente más moderna de la Juventud. Tome media cucharadita de las de café en un vaso de agua caliente mañana por la mañana y todas las mañanas; tenga cuidado en los alimentos; haga un ejercicio moderado con regularidad, y entonces verá los kilogramos que pierde. Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE, Laboratorio Londres, Valparaíso.

1824.— Usted tiene callos, porque se compra usted los zapatos remasiado pequeños. El callo no es otra cosa que una defensa de la piel contra una opresión constante y anormal. En cuanto a curarlos, es muy sencillo: el pedicuro. ¡Es una casualidad que justamente el ofi-

MEDICINA Y BELLEZA CORRESPONDENCIA

cio de ese buen hombre sea el curar los callos! ¿Por qué busca usted, entonces todas esas pomadas raras saliciladas y de colodión? ¡El pedicuro, señora, el pedicuro!

Desesperada.— Su pregunta es: ¿Influye la desesperación sobre la salud? Por cierto. Todo el mundo sabe que el decaimiento moral destruye el organismo. ¿Piensa usted que se puede vivir desesperada y comportarse admirablemente? ¡Qué ocurrencia! ¿Qué diría usted si leyera en una novela esta frase: "Ese desgraciado invadido por la más negra desesperación, tenía unos puños muy sólidos y engordaba a vista de ojos..."

A. B. C.— El "acholo" púdico del tímido, es causado por una continuidad de reflejos que producen un fenómeno de vaso—dilatación de los vasos de la piel.

Esto, todo el mundo lo sabe, pero lo que se sabe menos, es que el sujeto sufre una especie de detención de la expresión verbal; encuentra difícilmente sus palabras: "No sabía que decir, y enrojecí primero"... canta la Margarita de Gounod. Está muy bien observado.

Escéptica.— Sí, señora, la resistencia de los microbios, es a veces formidable. Si algunos, como el germen de la escarlata, no pueden vivir fuera del medio que les conviene, el bacilo de Koch, a quien debemos la tuberculosis, resiste a casi todos los malos tratamientos. Ciertos gérmenes han soportado temperaturas de 60 y de 100 grados, sin parecer sentirse molestos.

En cuanto al alimento, puede decirse

Fuente de Juventud

Es la afamada

TINTURA

FRANCOIS

INSTANTANEA

M. R.

pues en pocos minutos devolverá el color natural a su cabello encanecido. Fácil aplicación y precio muy económico. Se aplica en los colores:

NEGRO,

CASTAÑO OSCURO,

CASTAÑO

y CASTAÑO CLARO

En venta en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto 2505.

que esa bestezuelas invisibles son capaces de vivir del aire. Un sabio inglés encerró microbios (no sé cuales) en un tubo vacío, y veinticinco años después, abrió el tubo. Y bien. Los gérmenes vivían todavía. ¡Apenas si habían envejecido!

DR. BOVARY

A PROPOSITO DE LOS AFEITES Y DE LA ONDULACION PERMANENTE

Los admiradores del falso colorido en la damas, han sido desde tiempo inmemorial, tan numerosos como sus detractores. Como ejemplo, escuchemos algunos versos de *El romance de la rosa*, código de urbanidad y buen tono de la Edad Media:

Y si ella perdiera los colores,
sufriría mi corazón vivos dolores,
procura que tenga ungüentos y cremas,
en sus camarines y en sus alacenas,
siempre a punto para arrebolarse.

Añade el poeta, que esa operación debe hacerla a escondidas, donde ninguno de sus huéspedes pueda verlo ni oírlo, consejo muy de acuerdo con la más elemental discreción.

Aun cuando se supone lo contrario, la Edad Media ha sido una época de mucho refinamiento en el tocado y las vestiduras.

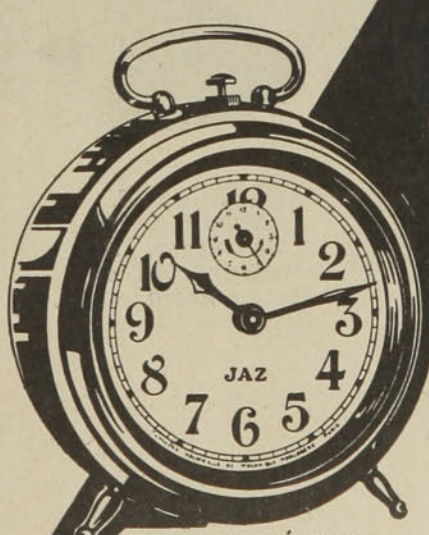
El maquillaje tiene sus defensores; dicen éstos: "¿Por qué no se ha de permitir que las mujeres hagan uso de tretas, inocentes en el fondo, para corregir lo que pueda haber de defectuoso en su rostro? ¿Con qué derecho vamos a condenar el que disimulen la extremada palidez de sus mejillas o los arrebatados colores de las mismas?"

Respecto a la tez, hay quien, sin razón alguna, ha comparado el uso de los cosméticos, con los bárbaros procedimientos que emplean los salvajes. A nuestro juicio, los polvos de arroz suavemente perfumados, un leve toque de carmín sobre las mejillas o unas compresas de kohl para aumentar el brillo de los ojos, soy muy distintos y más aceptables que los tatuajes, las pinturas de tinta china sobre los dientes o el rojo sangre en las uñas, cosas horribles y antiestéticas que no sabemos de dónde nos vienen. Ilusión, convenidos, pero ilusión nece-

saria para los que se dejan coger por ella, y buen provecho les haga.

Mas he aquí que el director del Laboratorio de París, monsieur Kling (nombre predestinado), echa al vuelo la campana de alarma, publicando lo que sigue: "En estos últimos tiempos, hemos tenido ocasión de constatar varios accidentes causados por el empleo del lápiz rojo en los labios. Los accidentes de este género, hasta hace poco desconocidos,

se han presentado desde el día en que las materias colorantes, constituidas por los pigmentos coloreados puestos en una materia crasa, han sido reemplazados en varios preparados, por los coloreantes en estado de disolución, mezclándolos así en la mencionada materia crasa. En repetidos casos, esos lápices rojos, han causado erupciones, y fuertes hinchazones en los labios.



JAZ


MODELOS CLÁSICOS

Niquelados - Esmaltados

Chromes

Desde \$ 25

MODELOS DE LUJO



FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION

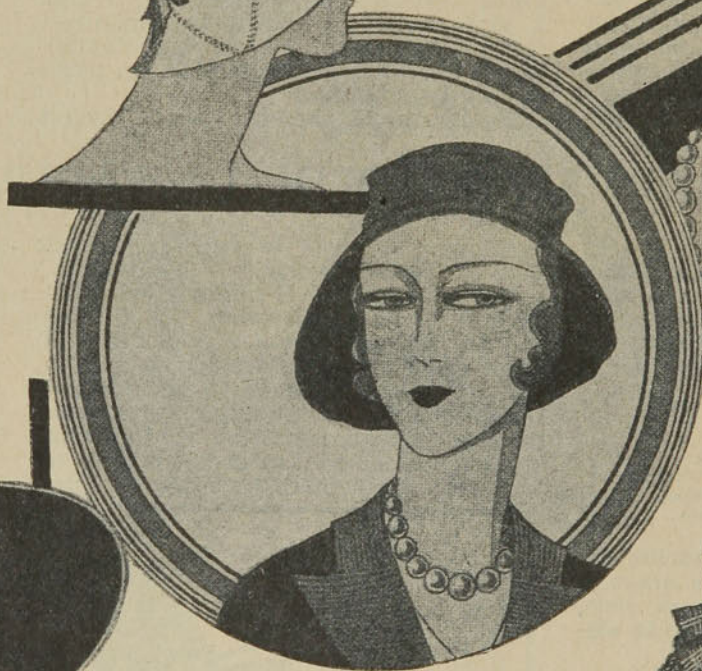
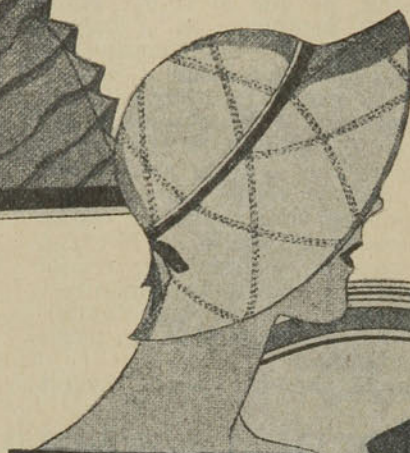
LOS SOMBREROS QUE NOS PONDREMOS EN SEPTIEMBRE



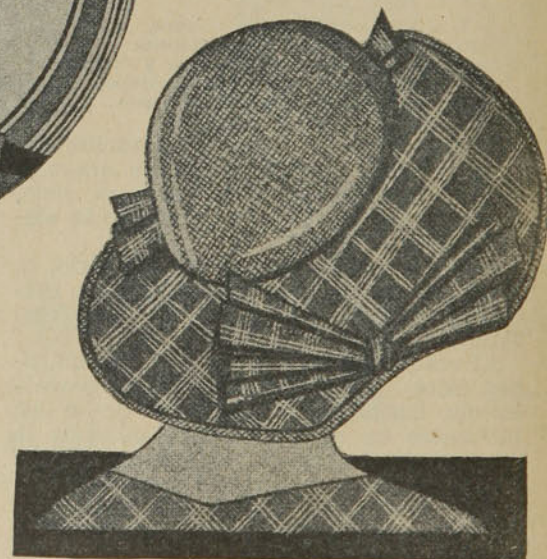
CAMILLE RO-
GER. — *Shan-
tung blanco,
pespuntos rojos,
amarillos, ver-
des.*

GEORGETTE. —
*Sombrerito de
paja y falla.*

GEORGETTE. —
*Organdi verde
jade. Flores de
celuloide.*



GEORGETTE. —
*Carlota de fa-
lla negra. Ala
vespunteada en
negro.*



GEORGETTE. —
*Panamá negro
guarnecido de
falla negra y
blanca. Hebilla.*

CAMILLE
ROGER. —
*Shantung blan-
co. Georgette es-
cócés verde y
blanco.*

(Continuación de la página 15)

¡VERDAD AYER!

¡ERROR MAÑANA!

mano tiene los ojos de la madre? ¿Cómo se produce el hecho que un niño se parezca a veces sorprendentemente a su abuelo o a veces a un tío? La teoría de Mendel procura responder a estas preguntas. Nos explica que el individuo es el producto de la combinación de diferentes elementos ancestrales, tanto del lado paterno como del lado materno. Así, con el desarrollo de la nueva ciencia que se llama “genética”, se podrá, analizando los caracteres de los antepasados del padre, ensayar, prever el carácter del futuro niño.

Con un poco de fantasía, se podrá imaginar esta escena en un porvenir lejano:

Un señor entra en el Instituto de Genética, y dirigiéndose a un empleado le declara: “Mi abuelo era sanguíneo y colérico; mi abuela era una excelente madre de familia; mi bisabuelo era un “as” en todos los ejercicios físicos. Yo quisiera tener un muchacho dulce, pero enérgico, bien dotado para las matemáticas.

El empleado le responderá al cabo de algunos minutos: “Casaos con una mu-

jer pelirroja, cuya abuela haya sido actriz, y creo que tendréis lo que deseáis. Pero olvidaba todavía otra condición: entre sus antepasados, es indispensable que figure un individuo que haya sido de primera fuerza en un juego como el ajedrez”.

Desgraciadamente... o felizmente, no hemos llegado a ese extremo. Por otra parte se sostiene más y más que el individuo no es únicamente el resultado de diferentes combinaciones de elementos ancestrales, sino que aporta siempre alguna cosa de nuevo, gracias a las condiciones específicas en las cuales ha sido concebido y desarrollo.

Hemos pasado sumaria revista a diversas ramas de la ciencia. En todas partes, aunque en grados diversos, hemos notado los mismos síntomas, y las mismas conclusiones se nos imponen. La ciencia moderna entra en un período de crisis: se derrumban las viejas teorías, y se construyen nuevas que trastornan las viejas maneras de pensar. La ciencia de hoy día no se parece a la de ayer. ¿Quién sabe de qué será hecha la ciencia de mañana?

F. RANEC.

Niños Prodigios

...no se trata de forzar el desarrollo intelectual, sino de estudiar los casos en que ese desarrollo es espontáneo. En ellos la explicación es ignorada, y el procedimiento a seguir es el de una higiene perfecta intelectual y física. No nos entusiasmemos demasiado con nuestros hijos cuando tengamos la desgracia de que sean prodigios. Los frutos deben ser esperados en sazón; pero, por otra parte, no supongamos que esos niños se hallan fatalmente destinados a la necedad; más fácil es que, bien amados de los dioses, los dioses se los lleven a otras regiones ignoradas, en donde lo que ahora llamamos precocidad sea normalidad y plenitud excelsa.

ANTONIO ZOZAYA.

INFLUENCIA DE LA DIGESTION SOBRE EL CORAZON

Los dolores en la región cardíaca son también algunas veces consecuencia de las malas digestiones. El exceso de acidez estomacal origina fermentaciones secundarias en los alimentos así como flatulencias nocivas, las cuales ejerciendo una presión acentuada sobre el corazón, motivan síntomas dolorosos algunas veces muy violentos. En tales casos, basta tomar media cucharadita de las de café de Magnesía Bisurada en un poco de agua, de preferencia caliente y se obtendrá un alivio casi inmediato. La Magnesía Bisurada (M. R.) neutraliza rápidamente la acidez, evita las fermentaciones y flatulencias suavizando al mismo tiempo los más delicados epitelios estomacales. Se vende en todas las farmacias y constituye un remedio rápido y seguro y el más eficaz para aliviar los disturbios, consecuencia de malas digestiones. Base: Magnesía y Bismuto.

La Película



Destruye la Dentadura y la hace perder toda su brillantez

LA película es la causa de la dentadura manchada y opaca, así como de graves males de las encías y de los dientes. Pásele la lengua por encima de los dientes y sentirá Ud. esa película. Absorbe las manchas de los alimentos y el humo del tabaco y opaca la dentadura blanca. Se adhiere a los dientes, penetra en los intersticios y allí se fija.

La película, al endurecerse, forma el sarro. En ella se reproducen los microbios a millones. Y los microbios, con el sarro, constituyen la causa principal de la piorrea. El método común de cepillarse no

ha podido nunca eliminar a satisfacción la película. Por esa razón, los dentistas recomiendan el uso del dentífrico especial para remover la película, llamado Pepsodent.

Pepsodent no contiene piedra pómez, ni creta perjudicial ni abrasivos burdos. Es tan inofensivo que los dentistas lo recomiendan para limpiar los dientes blandos de los niños.

Acepte Esta Prueba De Pepsodent
Para comprobar sus resultados, compre Ud. un tubo de Pepsodent, el dentífrico de alta calidad—de venta en todas partes. O bien, pida una muestra gratis para 10 días a:

Droguería del Pacífico S. A., Casilla 28-V., Valparaíso

Pepsodent

El Dentífrico Especial Para Remover La Película

9-16-S

(Continuación de la página 16)

NOTAS MUSICALES

últimos años, ningún lugar en los programas de los liceos: se recibían los muchachos de bachiller, no solamente sin saber una sola nota de la gama, (lo que no tiene una gran importancia), pero ignorando hasta el nombre de Mozart o Beethoven. Nadie tomaba el menor cuidado de formar el gusto musical de los jóvenes que debían componer la élite del país...

¿Cómo admiraros entonces, que en una crisis económica que obliga a ciertas restricciones, el arte “de adorno” sea el primero alcanzado, y aquéllos que viven de este arte, las primeras víctimas?

Si sentimos verdaderamente el amor por la música como sentimos la pasión del deporte, ¿veríamos desiertas las salas de los conciertos sinfónicos desde que luce tímidamente el sol de invierno y sus tibios rayos hacen preferir a la alegría profunda de la orquesta los placeres exteriores del automóvil y del football?

Cuestión de costumbre. Se ha creado una generación de “deportistas”, pero no se ha cuidado la existencia de los conciertos. Llegados a su casa, esos muchachos que vienen hartos de aire, quizás tocarán algunos discos o procurarán oír el concierto radiofónico. Algo es para la música, que sin ese socorro, no tendría nada.

Pensad, también, La Vacilante, que para registrar esos trozos, para fabricar esas “conservas” han hecho falta instrumentistas, como hacen falta para las emisiones. A la hora presente en el presupuesto de los músicos de orquesta las sesiones ante el micrófono entran en gran parte. No le habléis, pues, a esas buenas gentes de matar esta corriente de provecho...

Todo lo anterior no es una razón para decir que las cosas

van en la forma más armoniosa del mundo. No puedo considerar como un “progreso” el reemplazo de las orquestas — aún de las muy mediocres — en nuestros cinemas de barrio por las máquinas mugidoras de que las han dotado sus explotadores. El público acepta, sin embargo, estas cosas con una perfecta indiferencia. A veces se me ha ocurrido silbar para protestar contra la incalificable mixtura sonora que nos obligan a oír en un cinema.

Pero, ¿quién es aquel culpable? Si el público no parece prestar ninguna atención a esta música chillona, gritona, y si aún parece complacerse en ella, es que nadie ha puesto cuidado en su educación y en formar su gusto.

En este sentido es donde hay que trabajar. Por supuesto que no es asunto de un día, ni de un año. Es preciso devolver a la música su dignidad; es preciso que coja (ya que otra vez lo tuvo, hasta fines del siglo XVI), un rol educador. Entonces era el complemento de las bellas letras, porque el patrimonio musical forma parte del tesoro intelectual de las “humanidades”, y cada espíritu cultivado debe recibir su parte.

Los discos y las emisiones que despreciáis, La Vacilante, es preciso que concurren a formar el gusto de estos jóvenes que sin la radiofonía, ni el disco, jamás habrían sabido nada de Bach, de Haendel, de Mozart, de Beethoven, sino es nombres, datos, títulos, tan pronto olvidados como difícilmente aprendidos.

Todavía una vez, es menos importante para los niños el enseñarle las siete notas de la pauta y los rudimentos del solfeo, el desarrollar en ellos el gusto, el amor de la música, revelándoles uno de los aspectos y quizás el más noble, el más conmovedor, de la belleza. Hay gentes que sienten estas cosas por instinto, pero son raras; en la música ocurre como en las letras: una iniciación, una “cultura” son necesarias para comprender de qué modo Stendhal, Balzac y Flaubert son superiores a Ponson du Terrail... Un comité nacional de propaganda para la música acaba de instituirse en el número 10 de la Avenida Iéna, en París. Se entrega a la tarea de coordinar todos los esfuerzos de aquéllos que quieren renovar y desarrollar el gusto de los estudios musicales en Francia, y reúne, bajo la presidencia del señor Luis Barthou, a los compositores, a los virtuosos y los críticos más eminentes.

RENE DUMESNIL.

LEA



Maravilloso conjunto de crónicas y relatos, escritos admirablemente por nuestro conocido compatriota A. Acevedo Hernández, y tomados de costumbres o tradiciones chilenas.

¡ YA APARECIO !

PARA LOS NIÑOS



LA MEJOR Y MAS BARATA DE LAS REVISTAS INFANTILES

LLEVA PUBLICADOS YA
5 NUMEROS

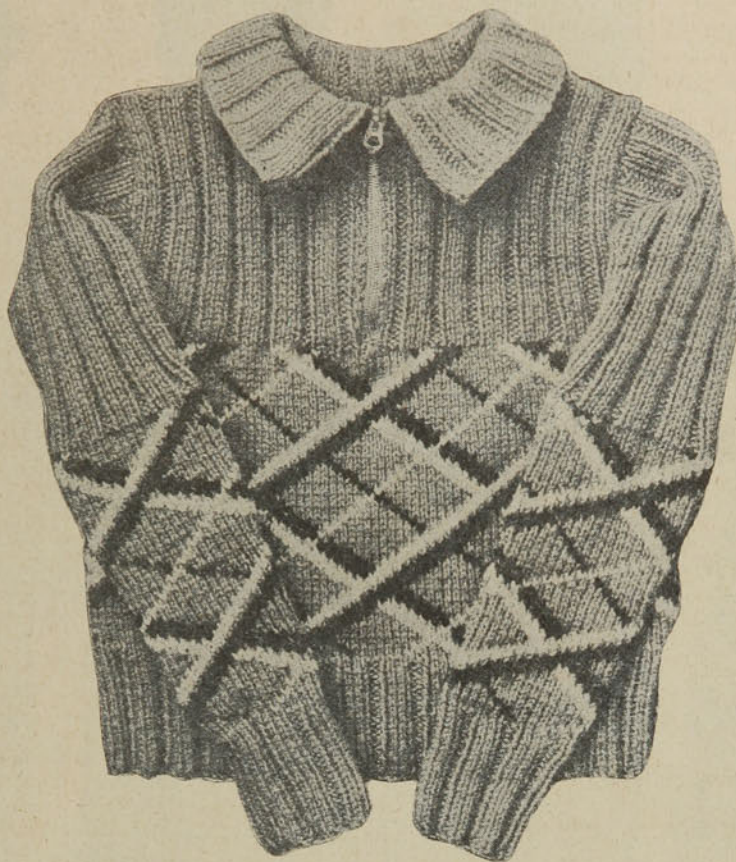
conteniendo cada uno a lo menos UN CUENTO COMPLETO regiamente ilustrado en colores, impreso con claridad en papel especial y redactado especialmente para los niños chilenos.

LOS VIERNES LLEVE

mamita
M. R.

A SU NIÑO

PULL-OVER DE SPORT



Este pull-over se ejecuta en lana azulosa, rebordada de lanas rojas, amarilla y negra, para formar el escocés.

Cuerpo: se hace en dos partes.

Delantera: Se montan ochenta puntos y se trabajan en punto elástico, sobre una altura de 0m, 08, continuando en punto de jersey hasta una altura total de 0m, 28, comenzando el chaleco en punto de elástico.

A cada extremo del pull-over, cerrar tres mallas, después dos, después dos, después una malla para formar la bocamanga; dividir en seguida el trabajo en dos partes, para formar el cierre del escote, abandonando la mitad del trabajo sobre una tercera aguja. Continuar el otro lado recto hasta alcanzar 0m, 13 en total de canesú. Cerrar entonces doce mallas, después dos, después dos, después una para formar el escote. Continuar todo recto, hasta una altura del canesú de 0m, 16, cerrar, coger el lado abandonado y hacer en él lo mismo.

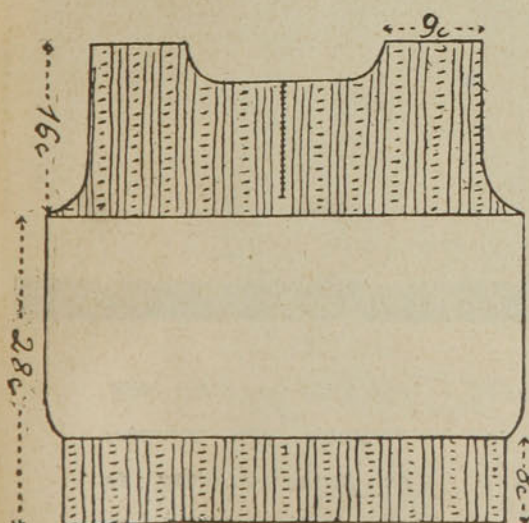
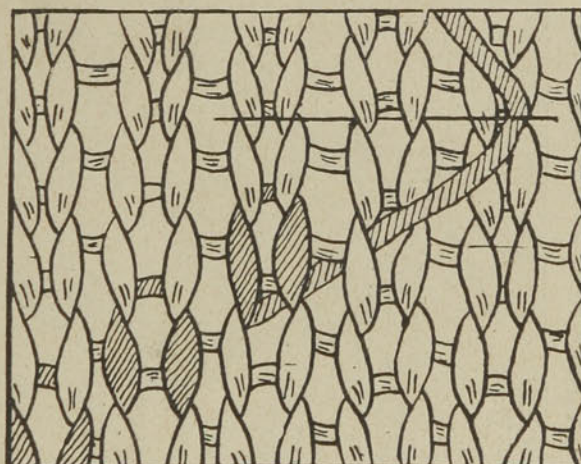
Espalda.—Se ejecuta de la misma manera, con excepción de la abertura para el escote. A 0m 13 del canesú,

cerrar en el medio del trabajo, 26 mallas, para formar la espalda del escote. Continuar recto, durante 0m, 03. Cerrar.

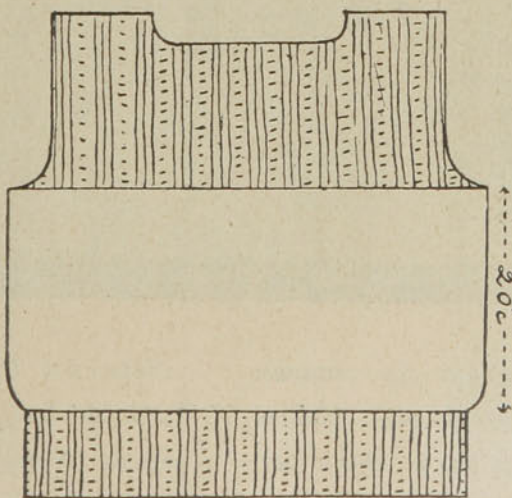
Mangas: montar 30 mallas, trabajar en punto de elástico sobre una altura de 0m, 08. Continuar en punto de jersey hasta una altura total de mangas de 0m, 0, teniendo cuidado de aumentar una malla a cada extremidad de la aguja, cada seis corridas más o menos. Coger el punto de elástico y continuar siempre aumentando, hasta una altura total de la manga de 0m, 47. Cerrar entonces a cada extremidad de la aguja, cuatro mallas, después 4, después 4, etc., para formar la redondez de la bocamanga, hasta que no queden sobre la aguja sino una quincena de mallas que se cierran todas juntas.

Cuello.—Montar 80 mallas, trabajarlas en punto elástico sobre una altura de 0m, 10, cerrar. Coser esta banda alrededor del escote, por el lado derecho.

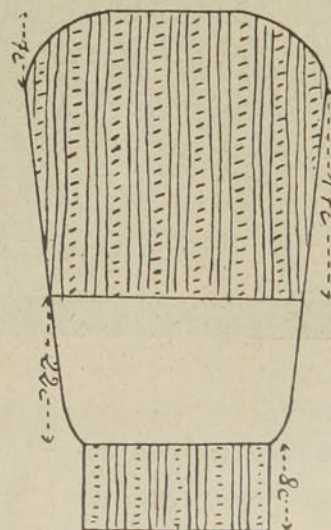
Bordado escocés.—Proceder como lo indica el dibujo, para rebordar el escocés sobre este pull-over liso. Las bandas se encuentran alrededor de veinticinco mallas de intervalo.



devant



dos



manche



col

VARIACIONES SOBRE EL PIJAMA



Pantylón con talle alto. Bolero movable en tusor impreso. Blusa de tusor blanco.

Chaqueta sin mangas, en crepe satin blanco. Pantalón de china per vanche.

Cinturón incrustado. Tusor de tres tonos de gradés. Cintura alta y drapeada.

Paltocito en satin nio. Pantalón con volantes en forma y blusa de satin crema.

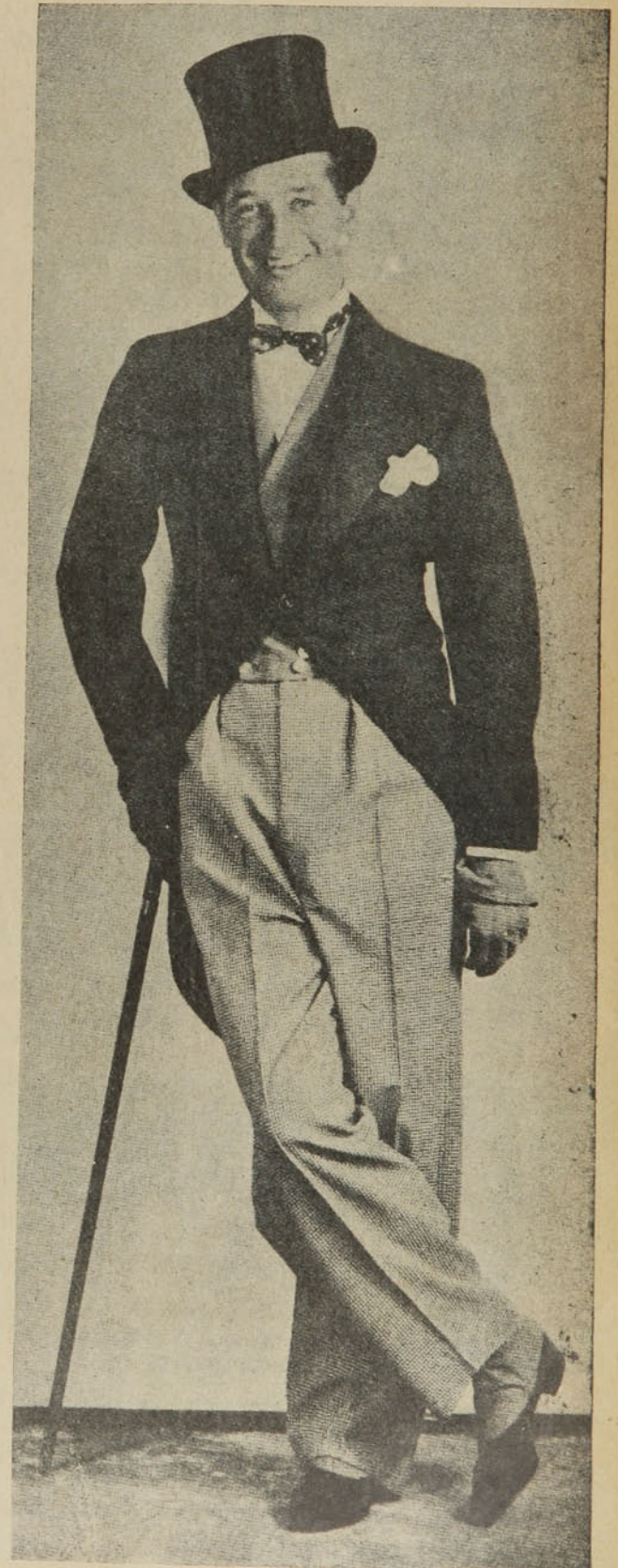
SOLO PARA CABALLEROS

Este elegante de ébano es el Cor. HUBERTO JULIEN, Ministro del aire de Abisinia, al llegar a Nueva York a bordo del "Ille de France". Es, además de aviador y político, el Beau Brummel en su lejano país.

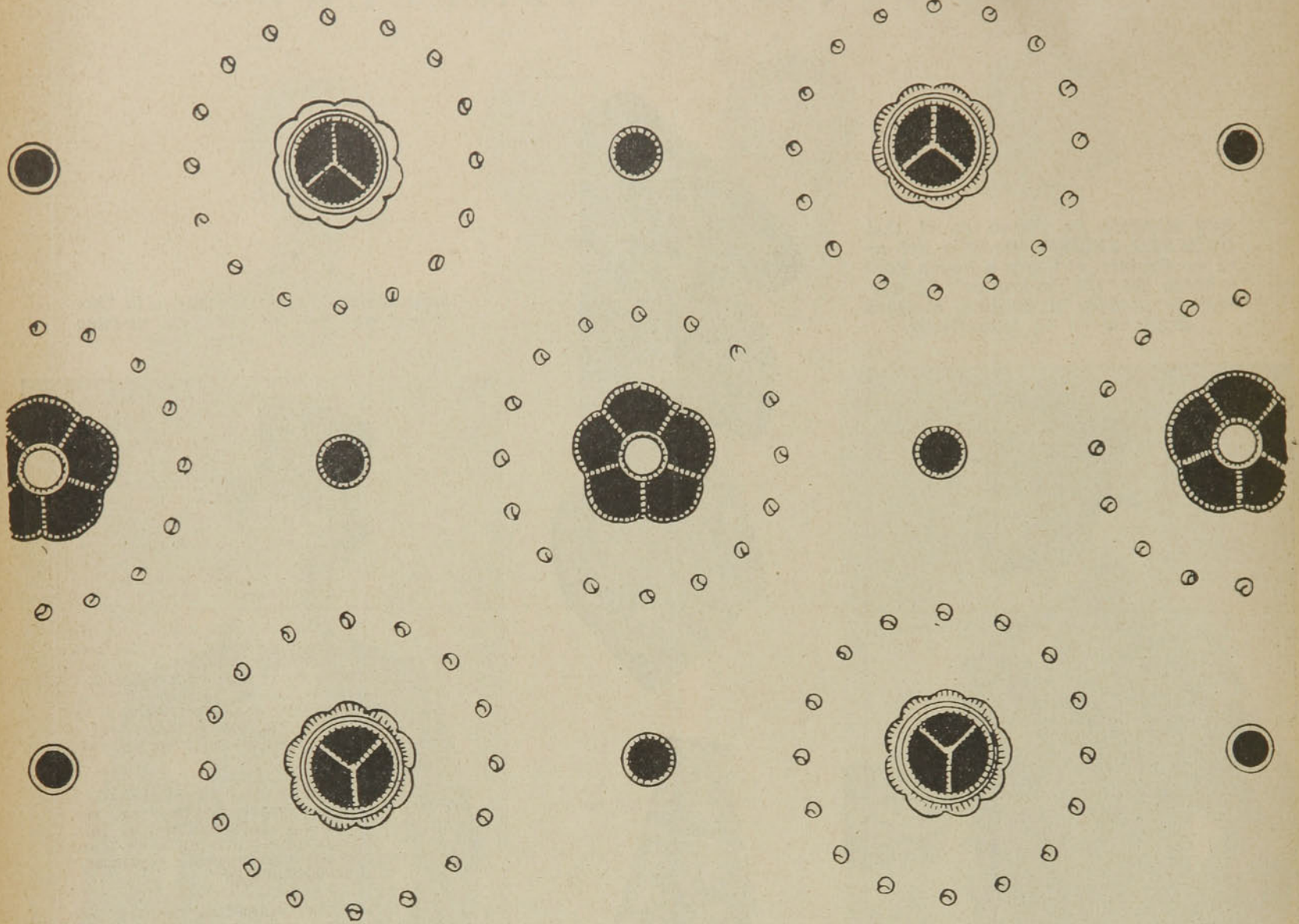


¡Corbata y tirantes "tomatch"! Una novedad que ha lanzado Sulka este invierno. El material es seda moiré francesa.

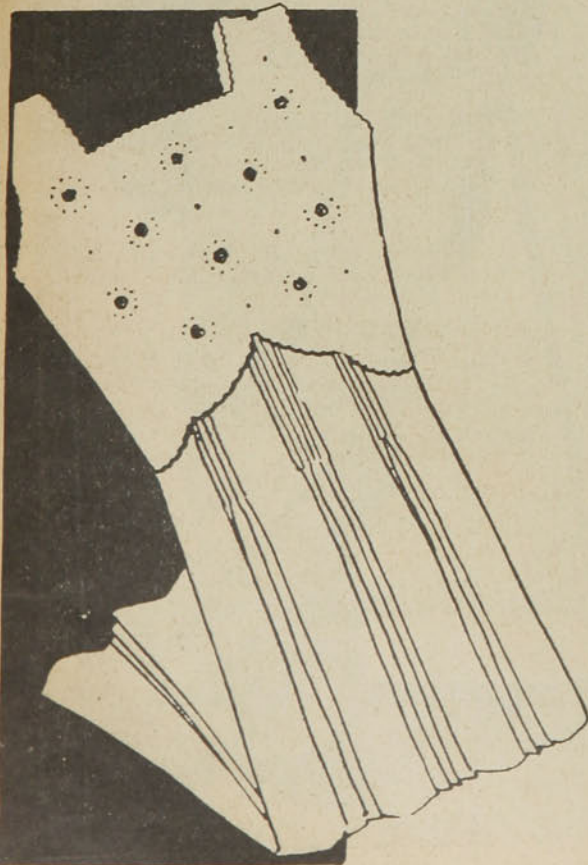
Para tomar té con Madame, a la "hora del pecado", se viste así nuestro CHEVALIER.



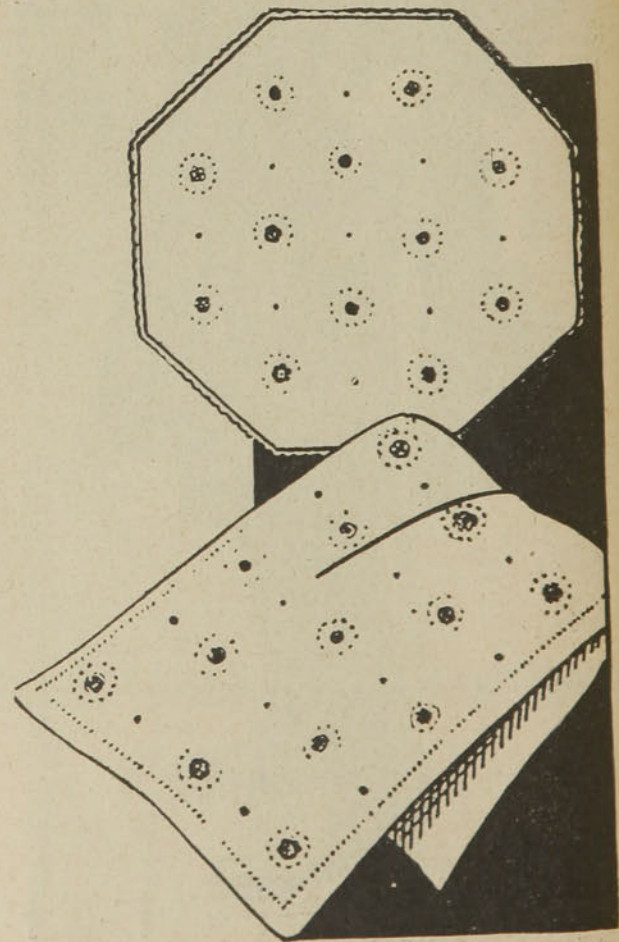
BORDADO A LA INGLESA



J. Gaudin



El bordado inglés, cada vez tiene más el favor de las señoras. Adorna la lencería y los trajes de verano. Aquí ofrecemos un mantel festoneado y guarnecido de bordado inglés. El camino de mesa con deshilados, lleva éste mismo trabajo. Otro tanto, la camisa de noche.



consultorio sentimental

Señora figura distinguida, desea correspondencia con caballero de 50 a 60, fines serios, situación holgada, rico en sentimientos nobles, que sepa comprender a una mujer que ha gozado y sufrido más. Muy capacitada para hacer la felicidad de un hombre correcto. — Ade, Correo Central, Santiago.

Huérfana de madre, con medios para vivir decentemente, desea encontrar hombre intachable a quien los sufrimientos y los años hayan dado experiencia, ilustrado, comprensivo, capaz de entender a un corazón leal y amante, un hombre cuya sola presencia sea un consuelo y en cuyos brazos pueda arrojarme con tierna sencillez y con plena confianza de que sea mi sostén y guía. — Viejita Inexperta.

Señorita independiente, honorable, seria, desea correspondencia con caballero culto, honrado, trabajador, sano de cuerpo y alma, nacionalidad belga, holandés o francés, 40 a 55 años. Enviar por la revista nombre y dirección para comunicarse inmediatamente. Crucecita Petite.

Rayo de Luna, Correo, Rapaco, — Chica de 23, regular estatura, morena agradable, buena dueña de casa, desea conocer joven para casarse, 25 a 35, alto, delgado, moreno, simpático, corazón noble y cariñoso, muy trabajador. Indispensable foto.

Lirio del Valle, Correo, Rapaco, desea correspondencia con joven de 25 a 30, regular estatura, fines serios. Preferiría simpático morenito. Yo, morena simpática, 19 años. Indispensable foto.

Chiquilla 18, trigueña, simpática, desea correspondencia con marino, aviador o Aspirante de Escuela de Carabineros, alto, moreno, simpático. — I. Nelson. Correo 11, Providencia, Santiago.

Chiquilla muy seria, busca joven franco y sincero con quien mantener correspondencia. No me importa físico, sólo deseo alma noble que sepa consolar a un corazón que sufre. — Elena Cifuentes. Correo, Talca.

Dos jóvenes buena presencia, desean correspondencia con amiguitas o amigas. El primero, moreno, de 25, desea una de 18 a 20; el otro, rubio, de 27, desea una de 20 a 23. Si alguna lectorcita pasa su mirada por estas líneas conteste por separado a J. R. M. y M. L. C. — Coronel, Minas Schwager, Maule.

Para Tito del Campo. — Creo reunir las cualidades que usted exige. Si se interesa, conteste a Violeta del Río. — Correo, Imperial.

Mi ideal sería correspondencia con teniente de Carabineros de provincia, serio y cariñoso. Tampoco me disgustaría un paisano de las mismas cualidades. Yo, estudiante, 19, educada, buena familia. — Magali Correo 6, Santiago.

Lucrecia Olmos, Correo, El Monte, morena, seria, 18, físico regular, desearía correspondencia con joven no mayor de 25, ojálá de Concepción. Enviar foto si es posible.

Mi ideal fué, es y será hasta la muerte mi simpático Luis V. C. Viste de plomo, vive en Barros Arana, entre Lautaro y Galvarino. El año 29 lo conocí en la Alameda. Hasta hace poco éramos amigos, pero un fatal día lo vi acompañado, desde entonces no hablo con él. Si sus ojos se fijan en estas líneas le ruego me escriba para saber el motivo de su enojo. — Milonga Soñadora, Correo, Concepción.

Para N. Castillo. — Creo reunir las cualidades por usted exigidas. Si le intereso conteste a Mary del Prado. Correo, Imperial.

¿No habrá entre vosotras tiernas mujercitas una de alma sana, sedienta de amor y ternura que me brinde el tesoro de una sincera amistad? No quiero como vulgar pasatiempo sino que tenga por divisa ese amor sublime que albergan los corazones nobles. La deseo de buena familia, culta, simpática, cariñosa, y comprensiva. Yo, nobles sentimientos y análogas cualidades a las que pido. — C. W. Helmann. Casilla 50, Freirina.

Para Juan M. C., ingeniero primero del Serrano. — Por esta Revista lleguen a ti mis

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo. una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 2518, Santiago.

más sinceras felicitaciones para el 24. ¿Por qué tanto silencio? Recuerdas quién soy? Si algún compañero ve estas líneas ruégole se las haga ver. Escribe a Correo, Concepción. — Elizana.

Quiero casarme con mujer que haya soñado con hombre bueno. Pido buena figura y situación buena o regular. Contestar a Correo 3, Valparaíso. — Silverio Olaeta.

Mi ideal sería teniente de aviación, carabiniere, militar o marino, alto, simpático, aficionado al cine y poesía, para dedicarle mis versitos y capaz de enseñar a amar a una nena que no lo puede aprender. Alta, morena, católica, 17. — Mimi.

Señorita 22, desea amistad joven moreno, nobles sentimientos, sin compromisos. Correo Principal, Valparaíso. Teresa Solorza.

Para Alán. — Me parece que soy la que usted busca. Más datos por carta. — Ch. E. L. A., Rengo.

Plagiando al poeta que dice: “Triste es la vida, pálido el destino, estéril la existencia sin amor”. Así es mi grito de angustia al amigo bueno y desinteresado. — Indecisa. Casilla 18, Coronel.

Para Alán. — Dirija carta a Estrella de Sevilla. Correo Imperial.

Joven sin vicios, nobles sentimientos, buen carácter, desearía señorita buena familia, simpática, hacendosa. Fines matrimoniales. Contestar revista a Increíble, pero cierto.

Tres simpáticas chiquillas desean correspondencia con jóvenes más o menos 20 años, instruidos, decentes. Contestar a Florcita de Almendra, 15; Linda muñequita, 16; y Marquesita de arrabal, 17. Correo, Talca.

Quisiera saber de Aquiles Iturriaga, que vive en Catedral. Si quiere saber quién soy dirijase por Consultorio a Parralina.

Leí tu parralito. Deseo saber quiéres. Podemos escribirnos para comenzar ese idilio interrumpido. — Renato S. Z., Alberto Magno, 1370

Desearía correspondencia con joven pobre, simpático, buen vestir, corazón noble, no mayor 21. Yo, gordita, simpática, empleada, visto bien, 16. Correo 2, Temuco. — Aída Esther T.

Joven 24, alto, moreno, ojos verdes, serio, caballero, recién

titulado leyes, desea formar hogar feliz con señorita culta, cariñosa, que le ame con locura. Enviar foto a H. A. U., Casilla 50, Villa Alegre.

Para A. del C., Santiago. — Creo reunir las cualidades que usted exige. Soy marinero, embarcado en el “Latorre”, 23 años. Más datos por carta. — A. C. G., Latorre, Coquimbo.

A Milán. — Joven, 18, moreno, espontáneo, que ha sufrido y sigue sufriendo, desea ser su amigo. — C. Ricardo Alvarado A., La Serena.

Para Dama Incógnita. — Estoy a sus órdenes si necesita un amigo. Dígame si es de Santiago o Valparaíso. Creo reunir condiciones. — Porteno.

Deseo saber de la jovencita N. Rubilar que conocí en Talcahuano y actualmente estudia en Cauquenes. Por la Revista a Duende.

Empleado, 20 años, blanco, pelo castaño, poco simpático, pobre, más o menos decente, desea amistad seria con señorita 15 a 18, sencilla, pobre y que vista con alguna decencia. No me importa físico. Carnet 178452, Correo 2, Valparaíso.

Lectorcito, ¿sabes tú lo que es esta vida? Y te has convencido que siempre son mejores las ilusiones que las realidades? Si no tienes experiencia y quieres, con las cartas de una amiga toda sinceridad, olvidar en parte tus amarguras, escríbeme. Sólo pido no seas menor de 24 ni mayor de 30. Yo, morena, 19. — Orietta, Serrano Gorbea.

Chica encantada de la vida, tan palomilla, como Lupe Vélez en todas sus representaciones, y siempre con optimismo, anhela la joven alegre de 24 a 30 años, moreno, para compartir con él las alegrías y satisfacciones que nos reserve la vida. Pero de ningún modo quiero que por él todas sus alegrías se transformen en sufrimientos. Odette Merino. Gorbea.

Quisiera correspondencia con marino o militar de lejos, siempre que con sus cartas me hiciera olvidar la monotonía de mi vida. Yo, hija de familia honorable de 18 años. Si alguno desea hacerlo, puede contestar por la Revista a Chumquity.

Morenita joven simpática, decente, alegre, educada, desea conocer joven de 25 a 30 años, ojos claros, simpático, trabajador, para quererlo sinceramente. Doris Sotomayor. Correo, Talca.

Señorita honorable, educada, no fea, trabajadora, desea conocer joven 25 a 30, honorable, que sepa comprender un corazón solitario que no sabe amar. Correo, Valparaíso. Natalia Soto T.

Señorita seria, independiente, familia honorable, buena renta mensual para ella, busca compañero de su vida, en caballero culto, trabajador, hasta 65 años, soltero o viudo sin hijos. Isolée Job.

Dos amiguitas, Lucep, 28, profesional. Nise 23, simpáticas, decentes, desean amistad sin-

LECHE-CREMA

LE SANCY

La leche de la delicada
ORQUIDEA y ALMENDRAS
que la componen, penetran en los
poros y blanquean el cutis
INSTANTANEAMENTE.

\$ 1.- y \$ 4.-

cera con jóvenes hasta de 40, nobles sentimientos, educados. Lucep. Correo, Talca.

Hace un mes que estoy de regreso y radicado en Villa Alemana. He hecho todas las gestiones por averiguar la dirección de mi amiguita Cora H., quien residía en Limache cuando me ausenté, pero hasta aquí, nada concreto he sabido. Conteste a Leopoldo. Villa Alemana.

Morena simpática, gordita, ojos verdes, desea correspondencia con joven sencillo, rubio, 24 años. Yo, 21. María Valdés. Correo. Constitución.

Deseo correspondencia con simpática lectorcita que sea capaz de hacerme feliz. Pedro A. González. Casilla 6. Copihue.

Chiquilla simpática, porvenir asegurado, anhela encontrar su ideal en joven de 26, franco. No importa físico, sí, aducado y alto. Zulima Osorno. Correo.

Llégue hasta el teniente Aracena del Ba-

tallón Arauco N.º 4 la admiración e idolatría que por él siente quien lo considera su ideal. Chiquita, Osorno.

Busco mi ideal, que lo será joven de 28 años, fiel y apasionado. Soy morena, amante del hogar y con plata. Milonguita, Osorno.

Señorita de 22, honorable, simpática, dueña de casa y buena dote, desea correspondencia fines matrimoniales joven 25 a 37, profesional, doctor, arquitecto, ingeniero, etc., sincero y serio. Enviar foto. Ester Alvarado. Correo 3, Valparaíso.

Mi ideal sería el simpatiquísimo joven de la Casa Cuneo, llamado Tito. Desde mucho que soy su admiradora. Teresa Rodríguez. Concepción.

Deseo correspondencia con joven de 20 a 25 años. Prefiero Moreno, alto, muy serio, Marcia Müller. Correo, Concepción.

Dos amigas inseparables que desean encontrar dos amigos para que con sus sentimien-

tos puros endulcen las amargas espirituales en que se encuentran sumidas y les hagan volver la ilusión, sueñan noche y día desde estos solitarios rincones con la felicidad que les traerán los príncipes de su sueños. Se prefieren altos, nobles, sinceros y que sepan corresponder con toda el alma. Contestar por Consultorio a Almas Heridas, Mulchén.

Mi ideal es Augusto Bruna, que trabaja en la pampa de Antofagasta. Si se interesa por la morena que conoció en Chacabuco y con quien se portó tan indiferente, ruégole contestar a Desilusionada, Correo, Antofagasta.

Morena muy seria, decente, pobre, 22, que ha sufrido, desea correspondencia con joven decente, mayor de 22, alto, simpático, sin vicios, que con sus cariñosas cartas la haga olvidar a aquél que no supo corresponderle nunca. Exijo foto. Contestar a Correo, Talca. M. Cruz V.

Alán: No me gustan las colecciones. Quiero ser su amiga; he soñado siempre con un hombre como usted. Creo no serle desagradable. Conteste a Alca, Correo Pinto.

Busco al amigo sincero, que aún no he encontrado a quien confiar mis ideales. No importa físico. Lo desearía formal, educado, trabajador y de buenos sentimientos. Edad, 30 a 35 años. Yo, seria, morena, de físico agradable, profesional, regular estatura. María Luisa. Santa Bárbara.

Rubia, 22 años, físico, según dicen, bastante aceptable, profesional, desea encontrar entre los lectores de "Para Todos" un muchacho de 23 a 26, figura distinguida, simpático, educado y que sea capaz de comprender y querer mucho a Silvia Adriana, Santa Bárbara.

Luis Torres, Yerbos Buenas. Cinco meses sin saber nada de ti, olvidaste tus juramentos, fingiste amarme y ni siquiera me escribiste más. Devuélveme mis cartas. ¿De qué te servirán, ya si ni siquiera te acuerdas de mí? Ingrato. Si tienes algo que decirme, dirígete al Consultorio. M. O. S. Linares.

Deseo tener correspondencia con un joven que, reuniendo las condiciones de un perfecto caballero, sea leal y cariñoso. Correo 3, Valparaíso, Lyta López.

Para Eddie O'Eggeniere. Un alma de mujer sincera, cariñosa, un poquito soñadora y ansiosa de ternura, busca refugio en su corazón, lleno de nobles ideales. Desea como usted, una noble amistad, con la esperanza que la mutua comprensión convertirá en un grande y dulce amor. Ana María Vergara, Correo Principal, Valparaíso.

Pronvinciana optimista, que no ha conocido más amor que los libros, desea conocer amigo sincero, 23 a 25, dispuesto a consagrarle afecto puro y desinteresado. No importa físico, sólo moral. Por encuesta a Chita.

No oculto que en mi existencia moderada y tranquila, de apariencia escéptica, sueño y mucho, con un buen marido. Yo, sin atractivos físicos, pero buena dueña de casa, buen carácter, regular situación para competir la crisis miti miti. Exijo seriedad. Correo 6, Santiago. Violeta de Lama.

Para Alán: Chiquilla seria, muy de casa, educada, familia honorable, no del todo pobre, nada fea, desea conquistar al hombre serio y cariñoso. Envíe dirección por Consultorio para darle más datos y dirección. Nenita Rubia.

Joven alto, 25 años, ojos pardos, pelo ondulado, buena familia y situación holgada, desea correspondencia con lectorcita de 15 a 25, simpática, instruida, que con su sincera amistad lo saque de la monotonía del campo. B. P. H., Correo 2, Linares.

Deseo correspondencia con joven edu-

sensacional...

Solamente por veintitrés pesos anuales irá usted cada quince días a Hollywood. Todas las estrellas y astros de la pantalla estarán a su alcance. Trátese de tú con toda la gente del cine. Una revista bien informada y magníficamente presentada es "ECRAN". Las revistas cinematográficas extranjeras arrancaron a perderse cuando apareció "ECRAN".

SUBSCRIBASE HOY MISMO.—\$ 23.— anuales.

Diríjase a Casilla 84-D.

SANTIAGO.

ecran

cado sincero, nobles sentimientos. Más datos a quien conteste. Nenita. Rancagua. Fundo Perales, Coya.

¡Atención! Un dato para solteros y solteras que no pasen de 45 y que no encuentren su ideal. Aquí hay chica de honorable familia, 23 abries, con dotes artísticas y buenas cualidades, que han hecho decir que el que se case conmigo se llevará una joya. Pero en cuestión de amores son cero a la izquierda, paso inadvertida aunque visto bien y me aseguran ser simpática. Casilla 870. Sonía.

Señorita simpática, 17, desea correspondencia con joven de 18 a 25, prefiero marino, regular estatura. Carmen Bravo, Correo, Concepción.

Desearía encontrar entre los hombres que leen esta revista uno honorable, culto y trabajador, simpático y buena figura, 40 a 45. Creo no quedará descontento de ser mi amigo con fines serios. Enviar foto. Mireya Valentino. Correo, Los Angeles.

Extranjero, 23, buena situación, desearía conocer fines matrimoniales, señorita que lo supiera comprender. Indispensable foto. Percy, Correo 3, Valparaíso.

A “Dos amigas”: No tengo inconveniente para acceder a sus deseos y, previo conocimiento, hacer la elección pedida. Dirijan correspondencia a mi nombre al Correo Linares. R. V.

Joven inglés, 26, rubio, ojos azules, amante deportes, actualmente administrador hacienda desea correspondencia con señorita 18 a 22, preferible extranjera, aficionada campo. Grosvenor, Casilla 69, Traiguén.

Dos amiguitas, rubia y morena, de 18, buen físico, situación, deseando correspondencia con simpáticos universitarios o militares. Lucy Astury, prefiere triguero, buen porte, apasionado, cariñoso, simpático. Lola Manzano, alto, rubio, simpático, cariñoso, Correo, Concepción.

Para Alán: Creo ser su ideal, reúno las cualidades de seriedad. No soy mujer moderna. Soy espiritual. Ruego mande foto. Laura R., Correo 2.

R. A. M., que era del ex transporte “Valdivia”, desea saber de la simpática amiguita que lo alentaba con sus amorosas misivas. Conteste a Destructor Aldea.

Samuel Fuentes M., Puerto Montt. Si tus bellos ojitos se posan en estas líneas piensa en lo mucho que te adoro. Tu bella imagen me acompaña y siento la nostalgia de tus caricias. Aún me parece escuchar tus juramentos. “Seré tuyo o de nadie y te amaré hasta más allá de la tumba”. Rubiecita de los ojos azules.

Joven, buena familia, 26 años, desea chilena de 22, buen cuerpo, dispuestaa amar sinceramente y formar hogar. Indispensable foto. Ojalá dote. Correo, E. Torres M., Copiote, Bolivia.

Ricardo S. Z., que estudiaba en la Escuela de Comunicaciones, ¿dónde estás? Quiero que sepas que siempre conservo tu recuerdo con cariño y fidelidad y que no te he de olvidar. Escríbeme a Correo, Puerto Montt, Estrella Galante.

Mi ideal es la señorita que vi en Parral en mayo, Anita B. Me dijeron que estaba comprometida, pero como la amo con toda sinceridad, quisiera saber por ella misma si es cierto. Contestar por Encuesta a H. U. O.

Deseo conocer joven de la Armada, no menor de 25, serio, sincero, prefiero de Talcahuano. Yo, seria, sencilla, amante del cine y del hogar. Si hay interesado dirijase a Alicia del Río Biondi, Correo Central, Santiago.

Anna Page, desea correspondencia fines serios, con joven de 36, buena situación, educado, simpático, sincero, cariñoso, sin pretensiones. Correo, Parral.

Parralina busca compañero. Morena, 20, perfecta dueña de casa. Entre los lectores

busco hombre serio, cariñoso, buen hijo, que sepa endulzar la vida a ser desilusionado, moreno, 23 a 28. Mary Wilean.

Para Alán: Creo reunir las condiciones que usted exige. Soy de familia decente, con corazón dispuesto a amarlo, más allá de la tumba. Por la revista, dando dirección a Ravito de Sol.

Siempre he recordado las figuras graciosas de las tres hermanas Osses, compañeras en el N.º 5 de Santiago, año 1927. Deseo saber si me recuerdan y renovar amistad. Olga y Martita eran de mi curso. Me pidieron mi dirección en el Norte, que aún no sabía y me dieron la suya, que desgraciadamente, perdí. La mía hoy es Oficina Agustín Edwards, Estación Central, Antofagasta. Espero impaciente que me den su dirección.

Las saluda y recuerda Lily Vásquez C.

A Marietta. Poseo en alto grado las cualidades que usted busca. Sirvase indicar próximo número nombre y dirección para escribirle. Incógnito.

A Condesa Maritza. Soy profesional, de 43. Sirvase indicar nombre y dirección. Postulante.

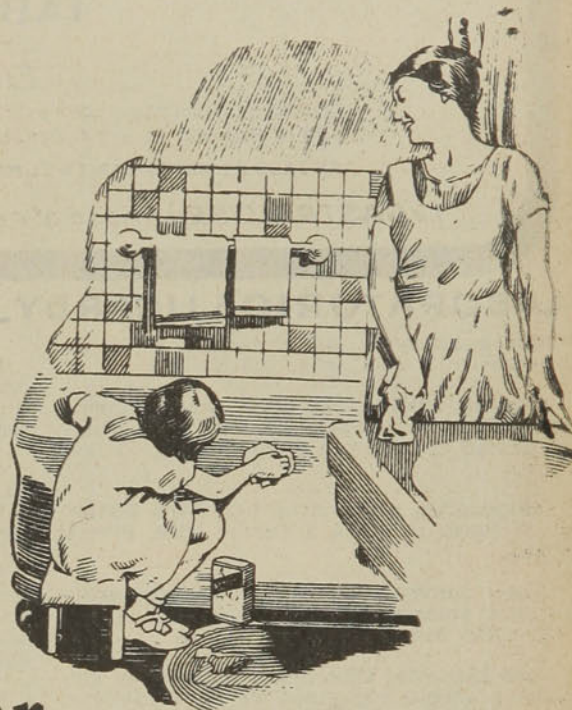
También me creo con derecho a una compañera. La deseo de 25 a 28, yo, 30. S. S. B., Antofagasta, Of. Pedro Valdivia.

Para joven árabe de Quiriquina de Búlnes A. Ch. Creo ser su ideal, soy árabe y simpática, según dicen. Djenana Azade, Correo Villa Alegre.

Para Maritta del N.º 96, de 9 de junio. Creo

Limpia

Bañaderas . . . Azulejos
Ventanas . . . Espejos
Cobre . . . Bronce
Níquel . . . Aluminio
Enchapado de cromo
Las manos . Calzado blanco



Haga brillar a su cuarto de baño

LA limpieza con Bon Ami resulta tan sencilla que hasta un niño puede hacer brillar al cuarto de baño en muy poco tiempo y con poco trabajo.

Las manchas en la bañera, en el lavabo, las espitas, el piso y las paredes desaparecen, se esfuman ante el toque suave del Bon Ami. Todo queda limpio, lustroso, resplandeciente.

El Bon Ami no daña las manos.

De venta por todas partes

Bon Ami

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelatina, Caolin purificado

ARDOR ACIDEZ
PESADEZ CALAMBRES

GASTRALOSE

M. R.
TABLETAS

Dosis:

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES,
POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE,
EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tómase al natural o disuelta en un poco de agua

LABORATORIOS LICARDY, 38, B^d Bourdon, NEUILLY-PARIS

reunir condiciones. Dirija carta a P. Q. L., Copiapó, calle de Chañarcillo N.º 292.

Para un rebelde: Me interesaría vivamente entablar correspondencia con usted. Ruego escribir a Leonor, Correo Central, Valparaíso.

Contestando a Marietta del "Para Todos" 96, le ruego se dirija a Carnet 4698, Puerto Montt.

Deseo correspondencia con señorita gringa para amarla con todo el corazón. A. D., Potrerillos, Mina.

Para Marietta: Creo reunir condiciones que desea y acepto con gusto su correspondencia garantizándole seriedad. Más datos directamente para lo que le ruego envíe dirección por la revista. Laes Pero.

Deseo conocer joven alto, moreno, ojos verdes, regular edad, aficionado poesía para endulzar la vida de esta alma toda ternura y amor. Oriana, Llanquihue.

Chiquilla nada mal parecida busca simpático lectorcito aburrido vida y dispuesto a suicidarse casándose con ella. Melenita de Oro, Correo, Llanquihue.

María Santader, Santiago, Casilla 1224, desea correspondencia con el jovencito Bernardo Joselson que estudiaba Liceo Aplicación, año pasado. Si se interesa por esta santiaguina solitaria, ruégole contestar pronto.

Me gusta la tranquilidad del campo. ¿No habrá chiquilla corazón sencillito, buen cuerpo, buena dueña de casa, quiera unirse para siempre con moreno, 23, buen cuerpo, simpático,

trabajador y con economías? Si está por ahí mi ideal, envíe dirección por la revista a Moreno Triste.

Camorro, Correo, Oficina Pedro de Valdivia, Tocopilla, 30 años, electricista, desea hallar entre las lectoras joven obrerita capaz dirigir hogar, que no dejaría de ser alegre y holgado. Exijo foto, que devolveré en caso de no gustarme.

Para el sanjavierino R. O. que está en el Juzgado: Hay quien lo recuerda desde el día en que lo vió por segunda vez en el bautizo en que sirvió de padrino. Si su corazón está libre y no le he sido indiferente, conteste a Y. G., San Clemente.

Deseo señorita cariñosa, libre de prejuicios sociales, 22 años, morena. Yo, 25, moreno, físico aceptable. Mortimer, Rancagua, Teniente C.

Para Myriam. No soy americano, pero viví dos años en Nueva York, donde volveré pronto. Tarapacá 1048, Santiago.

Miss Cherry. Y think I am the man what you looking for. Anyway is better to talk about truly Nic P., Tarapacá 1048.

Sueño con la caricia inefable de hombre que sea todo amor, cultura y simpatía, buena presencia. Yo, educada, honorable, corazón dispuesto a amar sinceramente a quien me sepa comprender. Por la revista a Blanca Azucena.

Deseo correspondencia con señorita de 19 a 20, ojalá de Valparaíso. Rodolfo Turgetti, Correo 1, Principal, Valparaíso.

Caballero de 26, buena presencia y situación, desea correspondencia, fines serios, con señorita o viuda hasta 35, rica e independiente. X. Ray, San Antonio.

Provincianita, educada, seria, físico aceptable desea amistad con profesional de 26 a 32, alto, sin vicios, cariñoso. Betty Bosiser K. Correo, Curanilahue.

Caminaba tranquilo la senda de mi vida, fui asaltado por el amor, herido por el desdén y el desprecio. Y en este triste estado espero a la Samaritana compasiva que cure mi herida. Parabolano.

Para el simpático moreno Hermógenes Godoy, de la Intendencia de Concepción. Te amo locamente, estoy enamorada de tu seriedad, de la vaga tristeza de tus ojos y del rictus amargo de tu boca. ¿Tienes novia? Soy rubia, delgada, bajita, de carácter dulce y dócil. Te hago la entrega total de mi corazón. Contéstame y sácame de la dolorosa incertidumbre en que vivo. Lucía Ester Fuentealba, Correo, Concepción.

Desengañada de la vida desea correspondencia con joven alemán de 30 años. Yo, 25, morena. Exijo seriedad y reserva. Correo 2, Valparaíso, L. A.

Mi más grande ideal es el simpático mecánico A. V., que sigue curso radio en la Escuela de Comunicaciones. Me cautivó desde que me lo presentaron. ¿Tiene dueña? De todos modos, quiero que sepa que hay un corazón que lo ama en silencio y que podría hacer feliz. L. V., Correo 3, alparaíso.

Andrés Valenzuela V., he leído

DOLOR DE CINTURA

Dolores en la cintura, dificultad al enderezarse después de haberse agachado, coyunturas hinchadas, ardor al orinar, insomnios son síntomas de que el exceso de Acido Úrico en la sangre está provocando la afección llamada Reumatismo.

Los cristales cortantes del Acido Úrico están lacerando sus nervios. De ahí proviene su dolor. Escuche esta advertencia. Los Riñones han fallado en sus funciones y no están obrando como filtros y purificadores de la sangre.

Miles de personas que también han sufrido le dirán que puede aliviar sus dolores si sigue un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, en venta en todas las boticas del mundo.

Veinticuatro horas después de haber tomado la primera dosis, verá usted por el cambio de color en la orinar que han iniciado su acción benéfica y que están obrando directamente sobre los Riñones. Es inútil gastar dinero en purgantes y drogas que excitan el corazón; éstos no pueden ayudar a sus Riñones.

Pregunte a su boticario acerca de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga. El podrá



decirle que sus ingredientes han sido combinados especialmente para ayudar a los Riñones a expeler del cuerpo los venenos que causan los dolores.

Compre un frasco hoy mismo. Rechace terminantemente todo sustituto de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga.

FORMULA.

A base de Extracto Medicinal de Pichí, Buchú, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.

SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjase a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Depto. Suc.), Casilla No. 3312, Santiago de Chile.

**PILDORAS
DE WITT**

PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

su párrafo en números anteriores. Reúno condiciones exigidas. Casilla 250. Helvecia B., Magallanes.

Lirio Negro, Chuquicamata: Con todo cariño te saluda quien no podrá arrancar tu recuerdo de su corazón, pese a tu incomprensible crueldad y silencio. Marta.

Mi único ideal es el jovencito Alfonso Olave. Si su corazón está libre conteste por medio de la revista a Golondrina.

Para Cucha solitaria e hijita, del N.º 96. Aquí hay un hombre culto y educado amante del hogar, sincero, cariñoso, 35 años. Cuchito del Monte.

Srta. María Antonieta, del 95. Aquí hay un corazón campesino, trabajador, decente. Si quiere más datos, por el Correo. A. R. S., Correo, Puente Alto.

Para la señorita Alma Triste, 96. Aquí hay un corazón que la quiere. Soltero, 35, culto, educado, pobre, trabajador, sin vicios, amante del hogar, serio, cariñoso. Alma en pena. Correo, Puente Alto.

Mi ideal es conocer señorita para ser más

feliz en estas solitarias tierras del sur. Mandar foto. A. B. Casilla 38, Loncoche.

Joven de 21 años, alto, rubio, buena figura, desea por correspondencia amiga instruida, no mayor de 18. Indispensable foto para estudios de fisonomía. Jimmy Mac Donald, Casilla 1746, Valparaíso.

Con la esperanza de encontrar jovencita que me dirija líneas de consuelo y sea capaz de comprenderme envío estas líneas desde este rincón. Deseo sea joven, cariñoso. Si entre las lectorcitas hay una que se interese, conteste a Gustavo Alvarez, Dublé 75, pieza 5, Potrerillos.

Para Ingeniero Extranjero, Carnet 0875075, Correo 5, Santiago. Provinciana profesional, reúno cualidades solicitadas y pertenezco a respetable familia de este pueblo. Sencilla, buena dueña de casa, buen porte. Azucena, Correo, Parral.

Si tiene usted más de 24 años, sólida educación y quiere tener amiga sincera, escribame, pero sólo en el caso de hacerlo sinceramente. Su posición social, situación monetaria y aún estado, no me interesan. Prefiero de Sewell. Edith Santa Fe, Correo de Copiapó.

Desearía saber de la señorita Amelia Cruz Ramirez. Si no lee estas líneas ruego a sus amigas se las hagan ver o me comuniquen su dirección. T. Pino B., Instituto Pedagógico.

Soy marinero modesto, nobles sentimientos, físico agradable, deseo correspondencia con señorita simpática, alegre, virtuosa, sensata, aficionada al cine y literatura. Ojalá de Concepción. Destructor Uribe, Talcahuano, Emilio Melo.

¡Señores! ¿Qué joven alto, familia honorable, hasta de 30 desea correspondencia con chica buena familia, de 19, empleada en oficina del sur? Hace mucho tiempo que sueño con cartitas cariñosas que me hagan agradable estos tristes días de invierno. He de quererlo mucho y no importa de donde sea. El que de mí se compadezca conteste por la Encuesta a Fresia, dando dirección.

Para Alán: Hay muchas mujeres que no hacen del amor un juguete y que sueñan con un hombre como tú. Alina Alán. Villa Alegre, Loncomilla.

Con mucho gusto aceptaría parte de su noble amistad. Soy universitaria y tengo buenos amigos, pero siempre he dudado de que los marinos lo sean, aunque no tengo base para pensar así por conocer muy poco a los navales. Me gustaría que Eddie d'Eggenner me convenciera de que a pesar de ser un buen marino sabe ser buen amigo. María Luisa Hidalgo, Correo Central.

Buen amigo leal, culto y caballero, que viva en provincia, regular situación económica. Yo, viuda, 40, no fea, deseo encontrar cariño y comprensión. Correo Central. Norma B. de M.

Mejicano, 23 años, desea conocer muchacha chilena, modesta, cariñosa, inteligente. Seriedad absoluta. J. O. A. A. S., Rancagua, Teniente "C".

Para Manuel Dafazo, Lito, si aún me recuerdas, escribe a tu negra que no te olvida. ¿Sabes quién soy? Cuyanita Triste, Correo, Chillán.

Joven empleado sin vicios, desearía amistad con señorita simpática, independiente, con algo de capital para negocio. Carnet 182041. Correo, Viña.

Eliana Moreno, Correo, Copiapó, desea correspondencia con un marino, no mayor de 25, que sea comprensivo y sincero. Yo, 16, físico no despreciable, decente, de corazón noble y sentimental. Fines serios.

Para Alán.—Dirija su carta a Rosa Salzmänn. Correo, Quilpué.

Para Eddie d'Eggennerie, le ofrezco una sincera amistad. Soy una amiga toda alma y corazón y me sentiría feliz si usted aceptara, porque me encantan los marinos. Dicen las malas lenguas que soy simpática. Victoria Pozo. Correo Central.

Para Juan Rojas A.—Dentista de Chillán. Su carta es incomprensible.

Morena, nada mal parecida, cariñosa, con locos deseos de amar y ser amada por joven de 20 a 25, alto, moreno, sin vicios, cariñoso y un poco romántico, que le guste la poesía y la música. El que reúna estas cualidades y desee conocerme, puede contestar por la revista a Ansias Sublimas. Correo Central, M. B. D.

A Esperanza: no insista tener correspondencia con Panchito Filipensky, pues tiene su eterno cariño. Amor Sublime.

Inglés o americano, 35 a 45, respetuoso, que desee tener amistad con señorita 21 años,

el sueño es la salud



El que duerme bien goza de buena salud, no deje pues que el sueño huya si no quiere perder la tranquilidad.

Cualquiera que sea la causa de su insomnio: preocupaciones, pesares, mala digestión, neurastenia, nervosidad, recuperará su sueño apacible y reparador tomando todas las noches:

PANVALERASE

Cápsulas o solución a base de: Valeriana fresca, Brom. Albumosa y Extr. completo cannabis indica.

Producto absolutamente inofensivo a pesar de su gran actividad, aun en altas dosis.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIÈRE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas 1352
SANTIAGO



MANOS BLANCAS Y SUAVES A PESAR del FRIO

... y a despecho de los quehaceres domésticos, el deporte, o el trabajo de la oficina o el taller. Basta frotarse ligeramente las manos con Crema de miel y almendras Hinds—especialmente después de mojarlas—y se corrigen prontamente las asperezas e irritaciones. El uso diario de la Crema Hinds deja las manos suaves, flexibles, blancas: les da esa fina apariencia que atestigua una exquisita feminidad.



CREMA de MIEL y ALMENDRAS HINDS

¡OH SI! TANLAC ME HA APROVECHADO MUCHO, Y TAMBIEN A UNA AMIGA

Si se toma usted la molestia de leer los miles de cartas que casi a diario recibe la Compañía de Tanlac, entre ellas un sinnúmero escritas por chilenos, observará usted que han tomado TANLAC por recomendación de algún vecino, amigo o pariente.



Este es el mejor anuncio que puede tener cualquier remedio, y si usted lee las numerosas cartas escritas por chilenos y publicadas en los diarios, en que comprueban los efectos benéficos que han obtenido al usarlo, quedará usted misma convencida de este hecho.

TANLAC disfruta de la confianza plena de las personas que lo usan. Casi sin excepción produce resultados inmediatos, y muchas veces en un período de tiempo muy corto, en trastornos del estómago, mala digestión, estreñimiento, gases, mal aliento, jaquecas y otros padecimientos semejantes. Las personas que se han beneficiado al tomarlo, rara vez vacilan en recomendarlo y elogiario, y esta es la explicación más clara de su venta fenomenal de más de 55 millones de frascos.

Lea usted los testimonios de chilenos, que se publican en los diarios y siga su ejemplo. Si su estómago no funciona bien compre usted un frasco de TANLAC.

A base de: extractos fluidos de quina, genciana, cáscara sagrada, berberis, pereira brava, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R.

simpática, bonito cuerpo. Preferible foto. Correo Central L. L. G.

Busco amigo culto, buena familia, alto, que reúna como cualidades esenciales, la franqueza y la sinceridad. Yo, buena presencia, educada, cariñosa y comprensiva. Rosa Silvestre. Correo, Concepción.

Olga García C., de la calle Dardignac, ruégote me escribas a Escuela de Comunicaciones. Viña del Mar. Aún no te he olvidado. Tu marino infiel.

Lectores, vivo sola, sin pololear, triste y romántica. Me gustaría escribirme con un lectorcito, si hay alguno que se interese. Triste Solitaria.

Joven decente y educado, buena ocupación, desea conocer señorita iguales condiciones, simpática, vista bien. Correo 2, Friend.

Teresa Jones de Ondiz, desea de todo corazón a Bella Aurora, que el destino le designe un marido como lo desea, y que sea tan feliz y dichosa como yo soy con el mío.

Mi ideal sería un joven de 27 a 30 años, físico regular. Yo, morena 24, alta, delgada. Lo deseo profesional, que su corazón esté libre. Maria M. Sepúlveda. San Javier.

Para Marietta, un viudo, en posesión de las cualidades requeridas por usted, le ofrece su admiración y amistad, y espera su anhelada correspondencia. Carnet 74252. Correo 5.

Mi ideal, caballero honorable, soltero o viudo, serio, educado, nobles sentimientos, 35 a 50 años, inteligente para comprender a morena educada, físico agradable, amante del hogar, buena, cariñosa, fines serios. Ada del Campo. Correo 5.

Para Alán.—Le agradecería datos de su persona, pues anhelo lo mismo que usted. Bessie Love. Casilla 982. Antofagasta.

Simpática y graciosa chiquilla de 15, desea correspondencia con jovencito de 18 a 25, ojalá universitario o militar. Norma Belladaires. Correo, Concepción.

Deseo reanudar amistad con Ofelia Guzmán, residente en Búlnes. ¿Te acuerdas del feliz tiempo que pasamos juntos en Chillán? Dame dirección por medio de esta revista. Deseo verte. B. Silva P.

Soy náufrago y hace tiempo que corro por las playas en busca de la sirena que he oído cantar, pero ella, cuando me siente los pasos, se aleja más y más. Para Andina. Si quiere más datos, escriba a J. C. Llanos Osmañ.

Olga Santa María, Correo Concepción, ansia amiguito sincero que sepa comprenderla. Prefiero moreno. Envíe foto.

Para Eddie D'Eggeniere, reuniendo las condiciones que usted desea, le ofrezco mi sincera amistad. Escribame, pues tengo la seguridad que he de agradarle. Lucrecia Escobar. Correo, Viña del Mar.

Hace poco llegué al país. Carezco de relaciones confidenciales. ¿Podré encontrar una dama inteligente de Arica a Tierra del Fuego? José Equils Bensón. Correo Central, Santiago.

Deseo correspondencia con joven honorable, instruido, de 30 a 35 años. Yo, morena, seria, distinguida y muy amante del hogar. P. Muñoz. Correo 11.

Nato Simpático, radiotelegrafista, de la Oficina de Pargua frente al Canal de Chacao, lanza su S. O. S. a las lectoras de "Para Todos", pidiendo se dignen, por medio de cartas cariñosas, alegrar su pobre corazón que se pierde por falta de cariño. S. M. Pargua. Via Puerto Montt.

Sueño con un ser que sepa comprenderme, de buena familia, 25 a 35, alegre, cariñoso, situación formada, capaz de corresponder a una alma ansiosa de querer y ser querida. Yo, 22 primaveras, buen físico, espléndida dueña de casa. Olga Latorre F., Correo Central.

Eddie d'Eggeniere, hoy mi alma, saturada de esperanzas fraternales, entona canciones de armonía, deseando toda íntegra la amistad que usted ofrece. Violante del Surti-

dor. Concepción.

¡Atención a los guardiamarinas! Soy chica moderna y optimista, que desea amistad con guardiamarina. Estoy dispuesta a anclar mi nave en el corazón romántico y templado de los marinos. L. M. C., Correo, Talcahuano.

Cansada de la soledad, deseo encontrar persona que endulce mi vida, de 35 a 40. Yo, 30.—H. M. O. Correo 1, Talcahuano.

D. Chica de 17, desea correspondencia con joven de 20 a 21. Eliana Pizani, Correo, Concepción.

Para Eddie D'Eggeniere, amor y ternura encontrará en mi corazón sincero. ¿Importará la distancia? Si le intereso, indique dirección. Penquista Solitaria.

Estoy locamente enamorada de Luchita Ahumada, de los Impuestos Internos de Angol. Conteste por Encuesta si es libre y puede corresponder a Rubia Angelina.

Eliana Rivera, simpática, de 15, que aún no ha amado, desea correspondencia con estudiante universitario o cadete que la quiera mucho. Correo, Concepción.

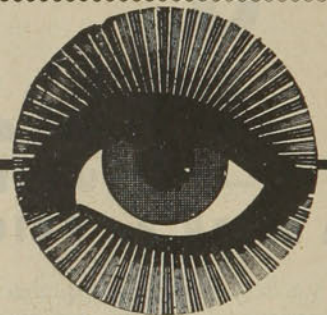
Para Eddie D'Eggeniere, creo comprenderlo y me encantaría conocer su corazón. Si le interesa, conteste a N. Rodríguez. Correo 5, Santiago.

No busco nada, ni siquiera que me contestes, pero si tú, lector, eres capaz de interesarme de cualquier modo y por cualquier motivo, escribe: Nadie, Correo 6.

Para la señorita Eoena Perezza, que por el Consultorio, fecha 26 busca su ideal, tiene correspondencia. Correo, Calera.

Eddie D'Eggeniere, creo que nos comprenderemos, también he sufrido y guardo ternuras para el que sepa comprenderme y amarme.—Nelly Rodríguez, Santiago.

Para Eddie D'Eggeniere ¿Aceptaría si quiera una amistad sincera que le ofrece,



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

OFRECE

500 ho'as cartas
400 sobres inviolables
100 tarjetones recado
total 1000 ejemplares
todos IMPRESOS por

\$ 20

Despachos a provincias
únicamente contra pa-
go anticipado de \$ 25.-

LA BUENA COCINA

quien, sin conocerlo, siente por usted un especial afecto? Dalola P., Talcahuano.

Celia G., Correo 2, Valparaíso, de 20, alta, buen físico, buena familia, busca joven mayor de 25, con porvenir y la quiera de verdad.—Una Lectora.

A Lectora. Creo reunir las cualidades que usted exige. Si desea más datos, dirijase por carta a Casilla 5053. Abto D.

A Eddie D'Eggeniere, aquí tiene un alma que le ofrece su amistad con un noble corazón. Dirijase Correo Almendral, a Rissesso.

Mi corazón está libre para la señorita desesperada. El chauffeur de la góndola interurbana Concepción-Talcahuano. Correo Concepción, F. V.

Mi ideal es el simpatiquísimo chiquillo residente en Talcahuano, Anibal Pinto 276. Su nombre es Emilio A. Desde el día que lo vi, no he podido olvidarlo. Conteste a Lita Monquer. Correo, Concepción.

Mi ideal es y será el simpático estudiante de Leyes, Teodocio Urrutia, Ana Balfour. Correo, Concepción.

Para Eddie D'Eggeniere, milonguita de 19, que anhela un hombre que la comprenda, le ofrece su amistad sincera. Comprendiendo muy bien lo que es sufrir un desengaño, se atreve a ofrecerle que le hará olvidar las penas de su corazón acongojado, si las tuviere. Correo, Osorno.

Mi ideal es un chiquillo buen mozo, alto, riquísimo, simpático, profesional, elegante, distinguido, caballero, que me lleve a viajar y a gozar de esta corta existencia. Yo, simpática 18, rubia, alta, distinguida y elegante. ¿Qué más se quiere? Por la revista, a La Dama Blanca.

Señorita honorable, morena, simpática, alta, buen cuerpo, buena presencia, 25 años, bien educada, seria, sincera, que ha flirteado muy poco y no sabe lo que es amor, ansia conocer caballero nobles sentimientos, culto, sincero, cualquier físico, 28 a 50, buena situación económica o profesional, ojalá médico. Exijo seriedad. Wilma Wilson. Correo Central, Santiago.

En mis horas de insomnio, sueño con un aviadorcito y desearía ardientemente que mis ilusiones fueran realizadas. Si algún aviador leyere estas líneas, le ruego se interese por ellas. Yo, agradable. Dolores del Río. Santa Juana. Lo deseo no mayor de 21. Yo, 18.

A Desdichado. Chuquicamata. Ofrezco mi amistad sincera. Si se interesa, conteste a A. A. Z., Río Bueno.

Eddie D'Eggeniere, te ofrezco un corazón curioso de amar. ¿Lo aceptas? Tengo 18 años, Correo 3, Valparaíso. Erna Martin.

Deseo correspondencia con joven mayor de 25, buena posición, ojalá buena ocupación, para formar hogar feliz. E. P., Casilla 49, Traiguén.

El único ideal de mi vida es la señorita R. Gatica, ocupada en la Braden de Sewell. Si desea conocerme, le ruego conteste por Encuesta a Kin-Doy.

Huérfana de Amor. Valparaíso, 23 años, morena, físico pasable, desea correspondencia con oficial de la Marina Mercante o Armada. Datos de mi persona, daré al que me conteste por la Revista dando su dirección.

Simpáticas farristas, 18 y 19 años, desean conocer jóvenes de 20 a 25, educaditos. Enviar fotos. Correo 4, Elisa Salvatierra.

Desearía saber quién es el joven de traje azul marino y de los ojos azules que se encontró conmigo, o más bien dicho, con mis ojos, el día 23 de junio en el carro 28 y que se bajó en Avenida Matta, esquina de Maestranza. Le rogaría contestar por la Revista o escribir a Gaby Doly. Correo, San Fernando.

Para Eddie D'Eggeniere, si es usted noble y bueno, si ha sufrido, nuestras almas sabrán comprenderse. Le ofrezco amistad sincera y leal. Desearía correspondencia con usted para aprender a ser feliz. Dicen que los marinos

Huevos con tomates. — Se enmanteca bien unos moldecitos o tazas chicas y se polvorea el fondo con perejil picado. Se pone en cada tacita con cuidado de no romperlo, un huevo. Se colocan las tacitas en una cacerola con agua hirviendo, se cubren con un papel enmantecado y luego se le pone la tapa a la cacerola. Se deja hervir así sobre el fuego, al vapor, hasta que estén cuajados.

Entretanto se cortan unos tomates por la mitad, se ponen en una asadera con manteca y se llevan al horno hasta que estén tiernos.

Se coloca cada mitad de tomate sobre una rebanada de pan frito y cuidadosamente, sobre el tomate el huevo, aco-

saben amar. ¿Es verdad? ¡Su amor! Pero, no. Me conformo con su amistad. Luisa Lavalliere. Correo Central, Santiago.

Los ideales de tres footballistas de Caletones, son las tres señoritas ocupadas en la Casa López, de Sewell. ¿Se acordarán de los jóvenes que tanto las miraban cuando estuvieron en ésta un día domingo? Si no les somos indiferentes, contesten a Tres Footballistas, Caletones.

Hugo P. P., del 5 de Abril 3486. ¿Dónde estás, corazón? ¿Por qué no contestas mis cartas? ¿Tan pronto olvidaste a R. M.? Desesperada.

Somos dos marineros: M. H. M. y B. O. E., morenos, sin vicios, altos, fisonomía agradable, edad, 21 años y 22 años. Deseamos amistad con morenitas de 18 a 20. Moomos Buque Madre "Araucano".

Eddie D'Eggeniere, chiquilla 19, regular físico, no morena, conocimientos de música, porvenir holgado, le ofrezco amor sincero y leal. Child Old Stern.

En contestación a Eddie D'Eggeniere, le

modando las rebanadas en una fuente caliente y sirviendo en seguida.

Pescado al horno con tomate. — Se corta cualquier clase de pescado en filets y se pone la cantidad de tomates que se desee en agua hirviendo por unos minutos. Se sazona un poco de harina con sal y pimienta y se polvorean con ella los filetes de pescados.

Se enmanteca una fuente de horno, se pone una capa de pescado, se rocía con jugo de limón, se cubre con rebanadas de tomates, polvoreadas con sal y pimienta. Se continúan las capas hasta concluir, siendo la última la de tomates.

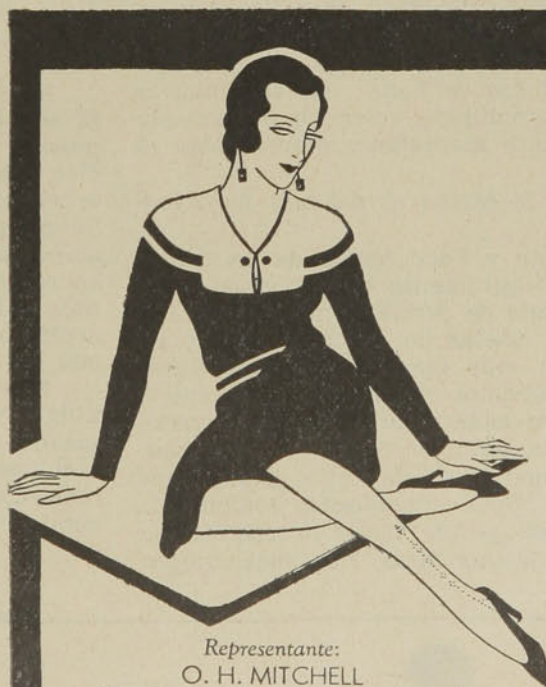
Se cubre con pan rallado y se le pone unos pedacitos de manteca, llenándolo a (Continúa a la vuelta)

ruego aceptarme como corresponsal. Soledad Montecinos. El Molino 273, de Santiago.

Carmen Sánchez, 25 años, 1,55 estatura, profesional, cree tener físico regular, sentimental, enemiga de las frivolidades, busca joven 27 a 37, culto, cualquier profesión, prefiriendo campesino o farmacéutico. Valdivia. Correo Central o por la Revista.

Tres amigos, físico pasable, 20 años, nobles ideas, amantes de los paseos. ¿No habrá lectorcitas con estas cualidades? Igual nos da rubia o morenas.—A. O. M., Correo 22, Santiago.

Ved mujer, que pulsando cual poeta—este soneto irónico del alma—declare mi pasión que no halla calma—desde la vez que busco una silueta.—El orgullo de diosa no me inquieta;—ni gesto de Satán ni de Angel calma—porque el Diabo mi instinto no desalma—ni del ángel me postra su trompeta...—Y busco la mujer que me demuestre la luz de una pasión—que abraza en llama mi helado corazón—por lo terrestre, que sea la mujer—si impera el hado—de noble sitio que opulencia exclama—o del confin de un campo des poblado.—Luis Recio. Correo 4, Santiago.



Representante:
O. H. MITCHELL
Huerfanos 761, Santiago de Chile

Medias de Seda HOLEPROOF

Armonizan la duración con la belleza.

PARA la mujer
distinguida,
que exige en
las medias el
mismo refina-
miento de
estilo que se
revela en su
vestir...

horno fuerte unos cuarenta minutos. Se sirve con puré de papas.

Budín de sémola. — Se pone en una cacerola medio litro de leche y cuando hierve, se le añade 60 gramos de sémola, revolviendo hasta que se espese y esté bien cocida. Se deja enfriar y se le agrega dos huevos y azúcar al gusto.

Se enmanteca un molde y se vierte la preparación, cociéndolo al horno, al baño maría.

Se sirve frío con compota. Si se quiere puede sazarse la leche con vainilla o cáscara de limón y acaramelar la budinera en vez de untarla con manteca. En este último caso se suprime la compota.

Para las festividades. — Lo mejor para celebrar un fausto suceso o festividad, es preparar un pollo sin hueso; si se quiere servir entero, es preciso que el que lo corte tenga mucha práctica para tener trozos de elegante configuración, sin que resulten ni muy voluminosos, ni pequeños. Es en este caso que son muy necesarias las tijeras de comedor de que hemos hablado.

Lo mismo que en los casos anteriores, las aves se colocarán en una fuente, libres de otras viandas y salsas. La fuente se pondrá frente al operador. Si los al-

nes están muy adheridos y resisten el cuchillo, habrá que echar mano de las tijeras. Después se corta, del lado del estómago una lonjita que conserva el muñón del ala, bocado delicadísimo y no muy voluminoso. Si el estómago del ave es muy grueso, se podrá separar una nueva tira sin tocar la parte superior del pecho y una vez cortado uno de los costados del ave, se opera sobre el otro lado, sin cambiar de sitio el animal. Una vez separada la pechuga, se cortan los muslos, dislocándolos, no sin cortar antes la piel adherida a la caja del cuerpo. Esta separación se efectúa con la ayuda del trinchante y valiéndose de la hoja del cuchillo. A medida que se vayan separando las patas, se cortan éstas por la articulación de la rodilla, empleando las tijeras y el muslo se divide en dos secciones, ahora valiéndose del cuchillo o bien de las tijeras.

Una vez separados los muslos, se corta la parte superior del pecho, que también se subdivide en dos partes. La caja se trincha en dos o tres trozos, cortándolos perpendicularmente a la espina dorsal, porque a muchas personas les gusta las costillas.

Pero antes de trincharla en trozos, ha-

de dividirse la caja en dos secciones por medio de corte paralelo a la espina dorsal, corte que requiere las tijeras, porque el cuchillo exigiría paciencia y tiempo y sabido es que todo buen operador ha de proceder rápidamente, a fin de que los comensales no tengan mucho que esperar, mirando al que trincha.

(Viene de la pág. 17)

N I Ñ O S

Ninette. — (Conmovida, maternal, metiendo a Pedro como si fuera una criatura). Dame un beso... No se lo vayas a decir a nadie... Yo te extraño mucho a ti y a tu papá... Y un día de estos me vuelvo a nuestra casa...

Pedro. — No... nunca más...

La madre de Pedro (rubia, pintada, falda por la rodilla, entrando de golpe y viendo el grupo de los dos niños). — Entonces, ¿qué es eso, Ninette?

Pedro. — (Desprendiéndose de los brazos de Ninette, y echándose, sollozante, al cuello de la madre). ¡Mamá! ¡Mamá!

(Continuación de la página 21)

UN POCO DE LITERATURA

Me veo todavía atravesando una calle de Bruselas, un día de invierno, con un traje de terciopelo amatista, realzado con viejos galones de plata, arrastrando una larga cola, cuyo cuidado me habría parecido despreciable, barriendo escrupulosamente con ella la veredas. Un gorrito de piel del mismo tono, adornaba mis cabellos, pero lo más extraordinario de esta toilette, era el diamante colocado en el medio de mi frente".

¿Por qué, todo esto?

"Porque ello me gustaba, sencillamente, y así creía yo vivir al margen de toda convención. Mientras más reía la gente a mi paso, mayores burlescas invenciones utilizaba yo. Habría tenido vergüenza de cambiar algo en mi aspecto, porque la gente se reía de mí. Ello me habría parecido una capitulación degradante. En esa época, los costureros no se parecían a los de hoy. Esclavos de dobleces, de ballenas y de extra fuertes, ninguno habría afrontado la confección de un traje camisa. Mi costurero ideal, era mi hermana, a quien llamaban "Jehanne, de los dedos de hada". La veo todavía en Bruselas en mi cuarto: arrodillada cerca de mí, arregla la cola de Thais, y su cabellera maravillosa dibuja sobre el tapiz geroglíficos de oro".

Hay que convenir en que la escena es del más puro gusto, 1895.

"Estas modas Renacimiento y Edad Media de las cuales Georgette Leblanc no tenía seguramente el monopolio, pero que ella llevaba hasta un grado de refinamiento, lujo y amplitud, inalcanzable para las estetas de entonces, lujo y refinamiento que se acordaban muy bien con el simbolismo, entonces en plena boga. Escuchemos al autor de "Souvenir":

"No me imagino qué otro género de literatura hubiera podido ser para mi amor, tan seductor como ése. Esa especie de maquillaje medieval que la época traía consigo, me resultaba delicioso. Exaltada, feliz, enamorada, colmaba la dosis. Mis cabellos desflecados y mis trajes interminables, daban señal de la amplitud de mis ideas. Nos encontramos

en la selva de las mayúsculas, Maeterlinck y yo. Errábamos los dos con la lámpara de oro de la Bondad, el deseo desenfrenado de la belleza, y la dichosa angustia de avanzar sobre los caminos luminosos de la conciencia"... "La conciencia"...

Sobre los caminos luminosos de la conciencia, Maeterlinck y Georgette Leblanc, concluyeron, en efecto, por apercibirse, que estaban muy lejos uno del otro y que un mal entendido los separaba. De este mal entendido, se encontrará en "Souvenir", la versión femenina. El autor del "Tesoro de los Humildes", ¿nos procurará un día la versión masculina? Es dudoso. Los hombres sienten instintiva repugnancia por las confidencias públicas, por las cuales las mujeres demuestran a veces una curiosa inclinación. No soy, sin embargo, de aquellos que reprochan a Georgette Leblanc su libro. Amo la historia, hasta en las pequeñas historias. Amo la literatura, hasta en la vida privada de los literatos. Los "Recuerdos" de Georgette Leblanc me han interesado mucho, y no solamente como reconstitución de una época tan completamente distinta a la nuestra, sino como revelación sobre Maeterlinck y su obra.

Maeterlinck y Georgette Leblanc se separaron en 1918. El se casó poco tiempo después con una mujer joven. Han pasado unos diez años y he aquí que Georgette Leblanc, nos dice que ella ha sido en buena parte la colaboradora del escritor en "Sagesse y Destinée". Entonces Maurice Leblanc habría pedido al escritor que colocara el nombre de su hermana, al lado del suyo en la cubierta. El poeta rehusó, pero en cambio hizo una bella dedicatoria, a fin de rendir homenaje a la inspiración que había bebido de su compañera. La dedicatoria ha desaparecido de una edición reciente; y de ello ha resultado sin duda, el libro "Souvenir".

Este no hace perder a Maeterlinck una pulgada de su talla. Tuvo la suerte de tener una amiga inteligente. Ha sacado de ella cierto provecho. Todos los grandes hombres han hecho otro tanto... Se tiene agrado en saberlo, no por malevolencia o curiosidad malsana sino, por el placer de descubrir la verdad humana en sus más oscuros repliegues.

ANDRE BILLY.



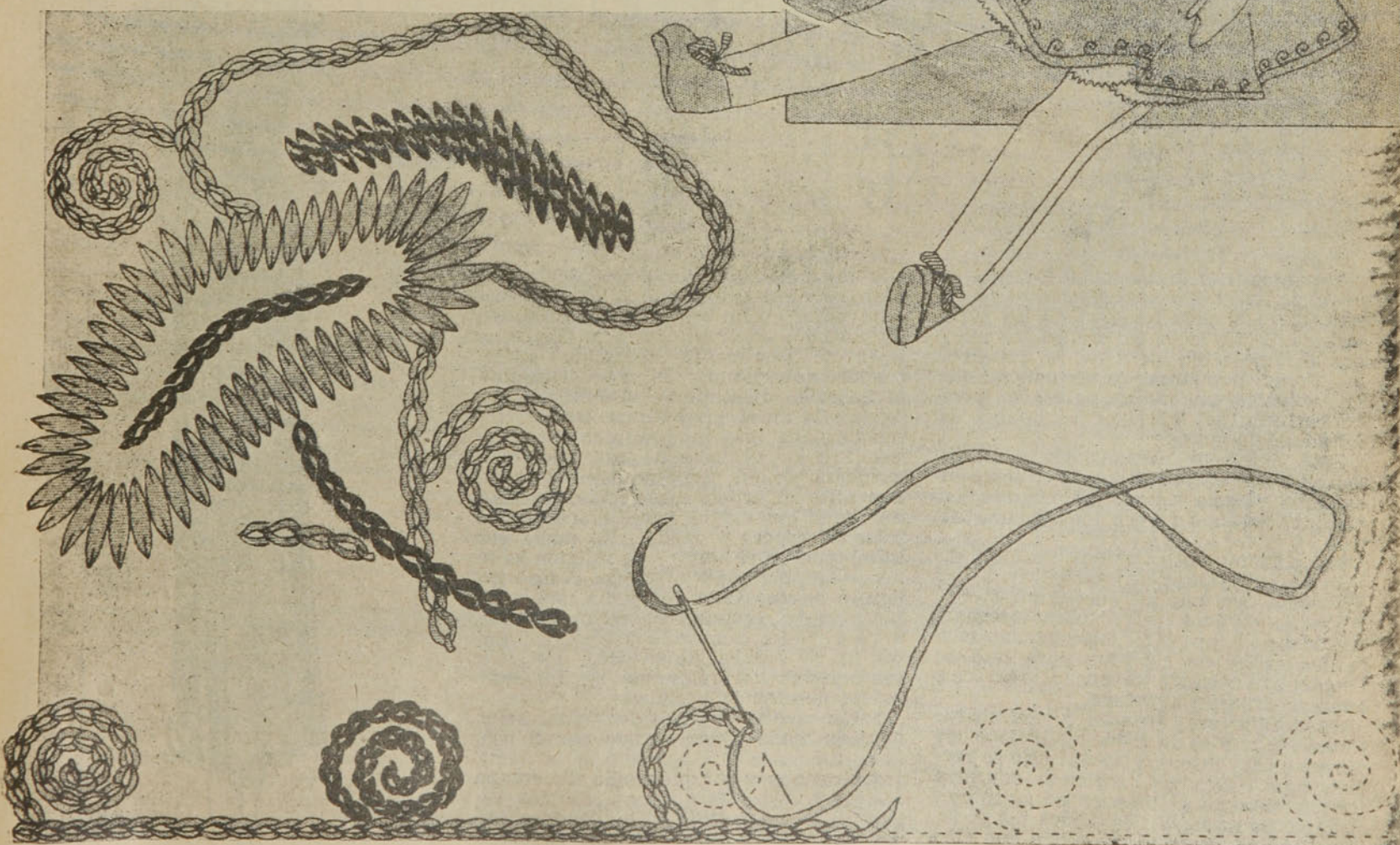
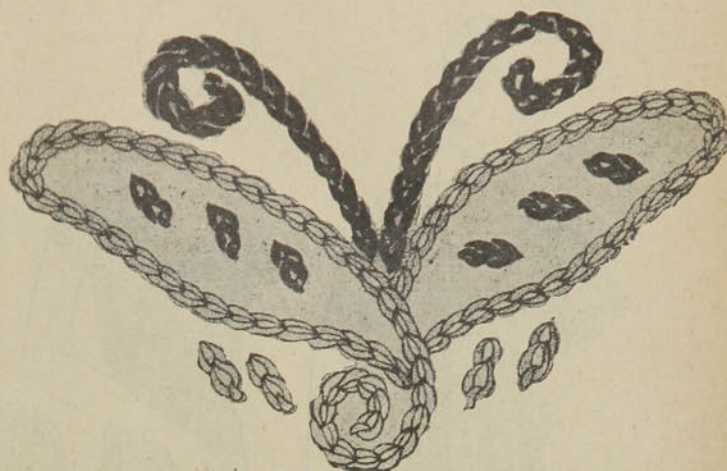
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

OBRAS
FOLLETOS HACEMOS
BIEN Y BARATO
SANTIAGO - VALPARAISO

PARA LAS NIÑAS

Un bordado para el vestido de la muñeca nueva

Justo es que las niñas, que son las mamás de las muñecas, deseen para sus “hijitas” lindos vestiditos con que hacerlas lucir, y a este efecto y para que cambie con frecuencia de “toilette” la muñequita que los Reyes Magos del año 1931 traerán seguramente a la joven “mamáita”. Hemos dibujado en esta página un sencillito dibujo con el que puede adornarse boninita y caprichosamente un trajecito. Haced la prenda, pequeñas lectorcitas, de pañete color beige y el bordado a punto llano y cadeneta en lana gruesa con los colores azul, nattier y caldera, formando así un conjunto de tonos muy modernos.



MANGAS CORTAS



En suma, es muy sencillo. Cuando no se quiere hacer el gasto de un traje nuevo, se recurre al más ingenuo de los expedientes. Según la moda, se agregan mangas al traje si no los tiene. Se quitan si las tiene. Y cuando se encuentra que una solución tan radical carece un poco de cortesía, se transige: se adopta la mitad de la manga.

Esta mitad de mangas, me recuerda una persona muy "bien" que yo tenía la extrema alegría de ver de cuando en cuando, "cuando yo era todavía una niña".

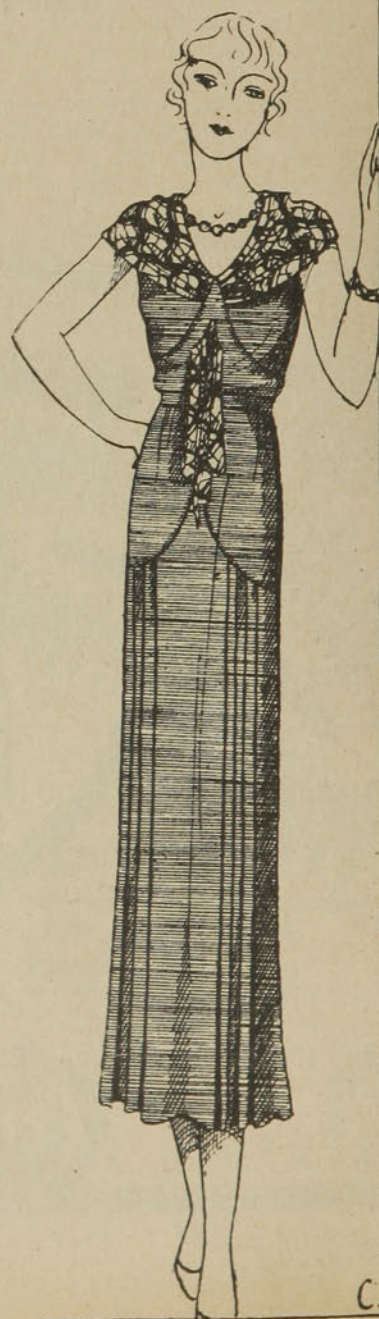
La persona en cuestión era una de esas dulces maniáticas que vagan en la existencia sin que se pueda tener contra ellas motivos graves para internarlas, pero que, por otra parte, no son bastantes sanas de espíritu, para que se acepte con alegría el encontrarse con ellas en un sitio apartado.

Su manía era sencilla y definitiva. Cada vez que se le daba un traje o un abrigo a esta infeliz, gritaba: "No se respira aquí". Después, cogiendo enormes tijeras, siempre al alcance de su mano, cortaba las mangas a la altura del codo. ¿No habría sido más razonable que ella encargara ya a la costurera los trajes

con las mangas a la altura del codo? Claro, pero es que lo que la seducía, era el inventar en un orden cuidadosamente establecido, contraviniendo a rigurosas leyes de vestimenta, reinando, masacrando, gobernando. Se creía Tarquino el Soberbio, Semíramis, la Parca, Cleopatra o la Emperatriz China. Quizás ella reencarnaba más modestamente a Sansón. Era la revancha de una existencia burguesa, de un perpetuo estar de rodillas ante el orden establecido, de esta humildad que exigen necesariamente los roles de esposa y madre. No podía ser infiel, porque el honor y la religión se lo prohibían. No podía ofrecerse el lujo peligroso de una fuga. No podía partir sola en viaje, esconderse, reconquistarse, aunque fuera por unos momentos. Entonces se fugaba de la vida cortando sus mangas, librándose así, de una existencia demasiado cotidiana.

Estas medias mangas forzadas, helas aquí de moda y consagrada por el uso. Me pregunto qué habrá sido de la dama transtornaba, y por qué medio ella escapa aun a las leyes. Ya no tiene recursos. De loca, se ha convertido en innovadora. Ha sido la primera que... Entonces, ¿cómo se evade ella de nuevo? Es más fácil cor-

tar una manga, que alargarla, y por otra parte, si no me equivoco, no sabía coser. Pero, paz para su alma, y que ella me perdone el que me haya reído de ella cuando aun carecía de experiencia. Debi saludarla y mi saludo hoy día, viene demasiado tarde, no la alcanzará. Leyendo quizás estas páginas, todas llenas de ella, dirá: "¿Quién es esa mujer?". Y no comprenderá. Pero quiero darle aquí, no sólo el homenaje que se da a las sombras, sino mis más profundos agradecimientos, porque gracias a esta evocación, me he librado de describir los trajes que decoran estas páginas. Si la crónica reposase únicamente sobre los trajes me habría inclinado ante la necesidad, pero, ¿cómo decir de qué manera una manga es corta? A veces ni siquiera existe, y entonces son el canesú y la bocamangas, los encargados de cubrir levemente el nacimiento del brazo. Entre las maneras hábiles de no poner mangas dando la impresión de ponerlas, recordaremos el fichú anudado, que adorna los hombros, con gracia, y las graciosas capitas. Nadie nos asegura que el verano sea cálido y que nos sintamos muy bien tan expuestas a las corrientes de aire, y que nos acomodaremos, después de tres años de mangas largas, a las miradas que caerán sobre nuestros brazos desnudos. Un resto de pudor queda siempre, aunque pretendan los libros que las costumbres están muy relajadas.



LINDA MODA PARA LINDOS DIAS



HEIM

HEIM

HEIM

POIRIER

Original traje en jersey, verde gris mezclado. Cinturón negro, con hebilla gris. Pliegues cruzados con el interior gris, ensanchan la falda de jersey verde.

Habanera. Traje en crepe de china, impreso negro y azul. Escote recortado y anudado por delante. Mangas detenidas en el codo y terminadas por una banda anudada.

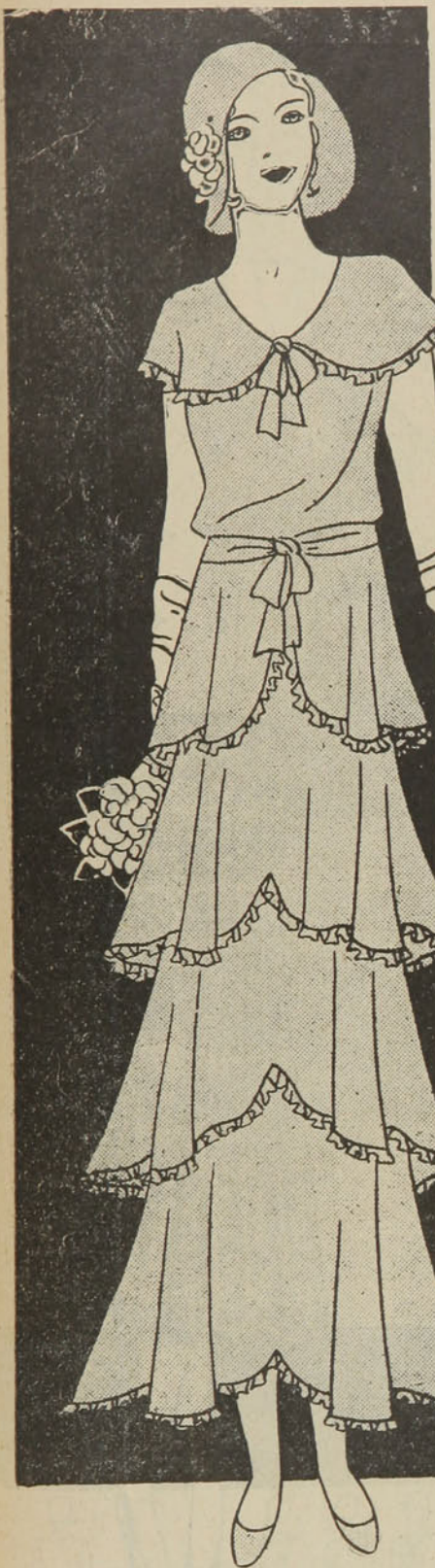
Antillas. Abrigo tres cuartos, formando conjunto con el traje precedente. Es de crepe de china, negro guarnecido de crepe de china impreso, formando la mitad de la capa. La mitad del cinturón, es de crepe liso, y la otra mitad de crepe impreso. Lleva hebilla.

Sastrecito de piqué de seda blanco, cerrado por un cuadrado de botones ónix brillantes. El cuello puede llevarse abierto o cerrado. Va acompañado por falda de tartan escocés, ensanchada con pliegues.

L A B O D A

Traje de dama de honor, en muselina azul pálido. Falda con volantes de forma redondeada, bordados con un ruche de tafetán del tono. Cuello Berta. Metraje; muselina, 8 metros, en 1 metro. Tafetán 0, metro 75, en 1 metro.

Traje de señorita de honor, en crepe georgette rosa. El cuello y falda van realzados, por pequeños fruncidos de tafetán del tono. Para cinco años. georgette. 1 metro. Tafetán, 0, metro, 40, en 1 metro.



Traje de señorita de honor, en muselina azul pálido, guarnecido de fruncidos incrustados en la misma tela. Los ramos son de muselina rosa y terciopelo azul.

Traje de cortejo, en encaje blanco. Volantes en forma, en la falda. Adornos de muselina del tono. Encaje, 6 metros en 0 metro 90. Muselina 0 metro 40, en 1 metro.

Traje de cortejo en terciopelo de seda negro. Bolero y túnica drapeada y forrada de crepe satén blanco, 6 metros, en 1 metro.

ABRIGOS DE CIUDAD



Abrigo en tweed, café y blanco. Cuello formando revés de lo mismo. Doble corte en las caderas, con bolsillo abotonado a un lado. 2 metros 70, en 1 metro 40.

Abrigo en lanilla de fantasía, con pastillas blancas, sobre fondo negro. Pelerina a un costado. Incrustaciones en lo bajo de la falda. Cuello corbata anudado, con extremos de armiño. 3 metros 30, en 1 metro 40.

Abrigo diagonal, verde obscuro. Cuello de nutria negro. Bolsillos con incrustaciones en los costados. 3 metros 30, en 1 metro.

Abrigo en drapella ciruela. Cuello corbata, anudado en la delantera. Recortes en la falda, que van hacia atrás. 3 metros 25, en 1 metro 40.

Abrigo en lanilla manchada gris, negro y blanco. Recortes formando bolero. Bolsillos con vivos en la falda. Volante en forma, sobre los costados. 3 metros 30, en 1 metro 40.

MESES DE INVIERNO



O'ROSSEN

Traje tres cuarto en duvetina color maíz. Blusa del mismo tono. Falda negra plisada.



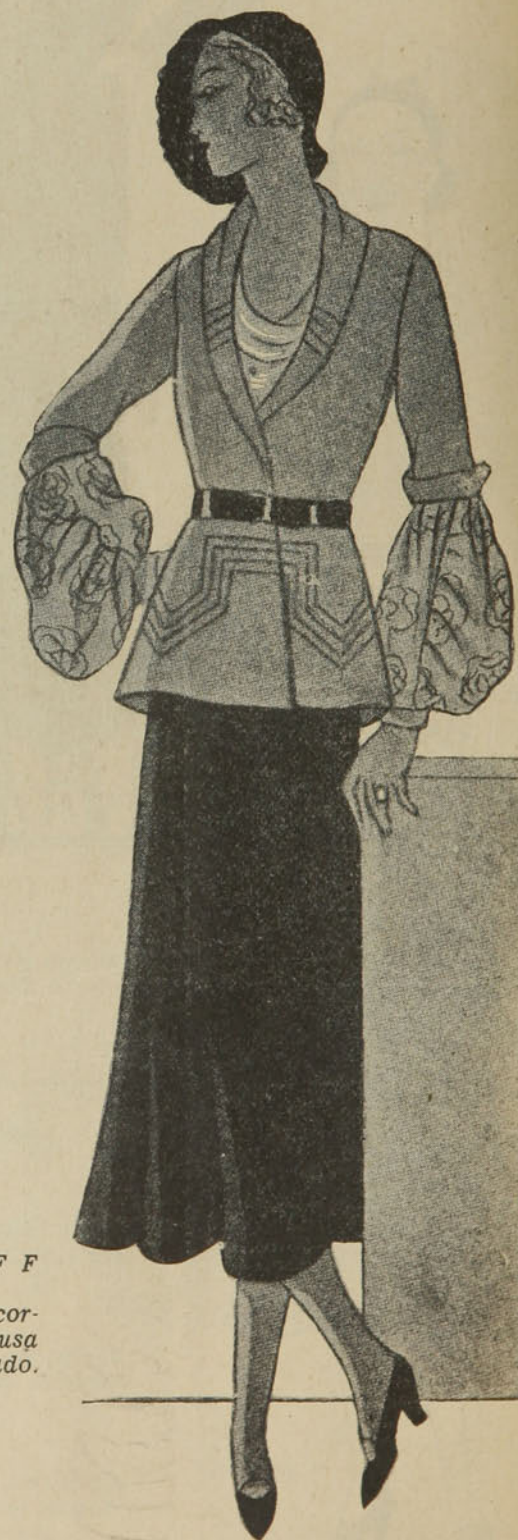
JENNY

Lana cruda adornada con pespuntos en el tono. Abrigo tres cuartos, cuello de castor.



WORTH

Abrigo de lana roja, con botones dorados.



MAGGY-ROUFF

Chaqueta de mangas cortas, en lana verde. Blusa de linón blanco, bordado. Falda negra.

PARA ESTAR ELEGANTE EN CASA



POIRIER

Conjunto para el señor. Pijama de seda verde oscura, con adornos verde claro. Paletó largo, cerrado con cuatro botones. La blusa rosa que lo completa, es de seda verde claro, y lleva bordado un monograma verde oscuro, sobre tres medallones incrustados.



ROUF

Pijama de crepe satin, hecha por el lado brillante, con incrustaciones por el lado mate. Blusa sin mangas. Paletó largo.



ROUF

Peinador de crepe de china, banana en-
guatado. Pespuntes en forma de triángu-
lo.

POIRIER

Pijama de seda verde u seda banana,
abotonada con botones verdes.

BATITAS DE JERSEY

Dos piezas de jersey de fantasía rojo y blanco, cuya casaca va simplemente guarnecida de botones de cuero y de un cinturón de cuero. Falda en forma. 2 metros 80, en 1 metro 40.

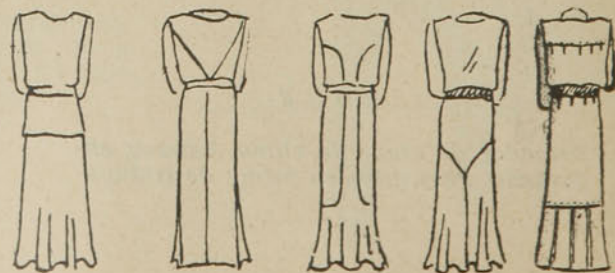
Traje de jersey azul claro. Blusa cruzada. Pancezú formando pliegues picados en lo alto y abiertos abajo. Cuello de tela. 2 metros 75, en 1 metro 40.

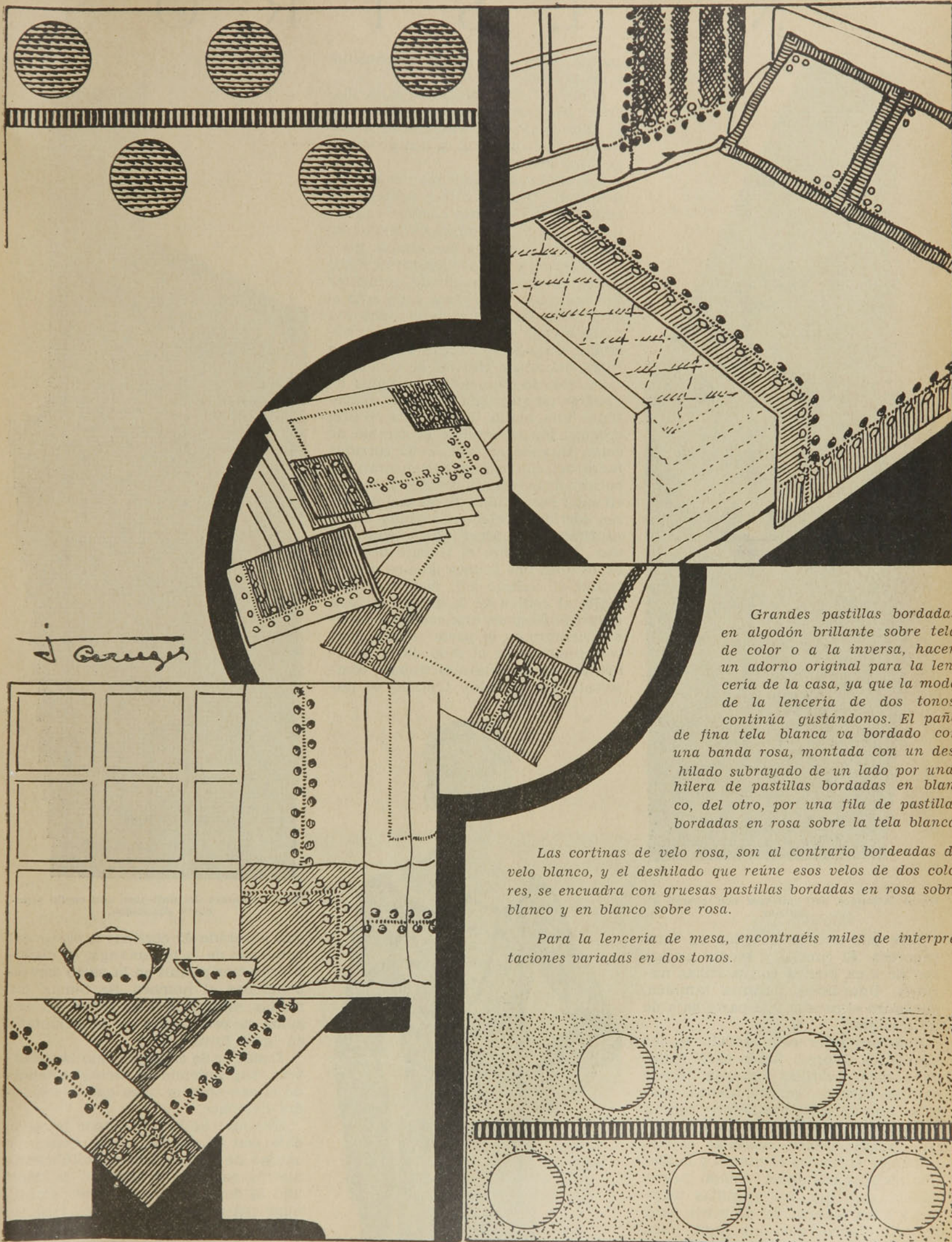
Traje de jersey de fantasía rayada beige y blanco. El canesú de la blusa, llega hasta la falda, por medio de una banda estrecha que atraviesa la delantera. 3 metros 25, 1 metro 40.



Traje de jersey de fantasía, fondo amarillo, con pequeñas cruces azules. Canesú en punta, en la blusa. Cintura de gamuza marina.

Traje de jersey de fantasía beige y bruno con alforzas al revés en el canesú y en la cintura. 2 metros 75, en 1 metro 40.



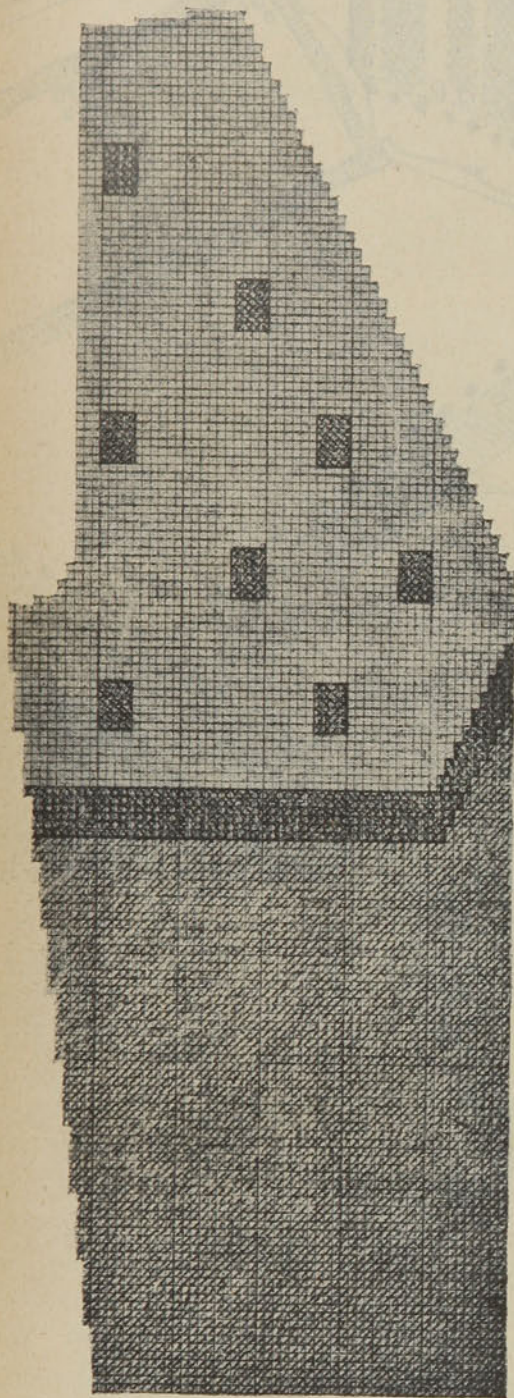


Grandes pastillas bordadas en algodón brillante sobre tela de color o a la inversa, hacen un adorno original para la lencería de la casa, ya que la moda de la lencería de dos tonos, continúa gustándonos. El paño de fina tela blanca va bordado con una banda rosa, montada con un deshilado subrayado de un lado por una hilera de pastillas bordadas en blanco, del otro, por una fila de pastillas bordadas en rosa sobre la tela blanca.

Las cortinas de velo rosa, son al contrario bordeadas de velo blanco, y el deshilado que reúne esos velos de dos colores, se encuadra con gruesas pastillas bordadas en rosa sobre blanco y en blanco sobre rosa.

Para la lencería de mesa, encontráis miles de interpretaciones variadas en dos tonos.

NUESTROS



Mitad delantera del pull-over con canesú simulado.

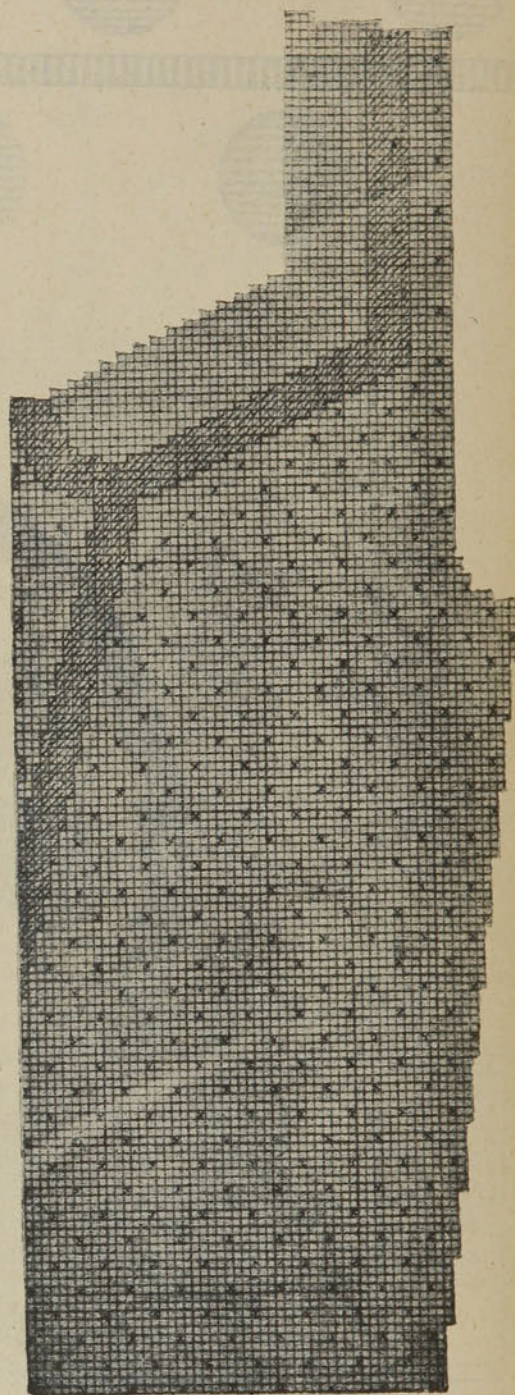
Este pull-over está tejido en lana vaporosa. El canesú y media manga son de lana blanca con pastillas naranja. Una línea, naranja también, encuadra el canesú y la parte baja de las mangas.

Podemos tejer este modelo en los siguientes colores: fondo café, canesú blanco, pastillas naranja; fondo azulino oscuro, canesú blanco, pastillas oro; fondo amarillo oro, canesú blanco, pastillas marrón, fondo cereza, canesú blanco, pastillas cereza, línea que encuadra el canesú y la media manga gris perla; fondo negro, canesú amarillo oro, pastillas blancas y línea blanca; fondo verde jade, canesú blanco, pastillas jade, línea negra; fondo negro, canesú blanco, pastillas negras y línea gris; fondo negro, canesú rosa, pastillas marrón

pálido. Esta descripción corresponde a un talle 42.

Material: 150 gramos de lana marrón; 100 gramos blanca y 50 naranja; dos agujas de celuloide de 3 milímetros de diámetro y dos de metal de 2 milímetros.

Ejecución: Se comienza por el bajo delantero, con 96 mallas. Se tejen 20 centímetros de punto elástico con lana marrón y las agujas de metal; en seguida se continúa con simple punto de jersey y con las agujas de celuloide teniendo cuidado de aumentar dos puntos de una vez a cada lado al empezarlo. Después se aumentará una malla a cada lado por cada nueve corridas. Cuando se tengan 67 corridas fuera del punto elástico se comenzará el canesú siguiendo el croquis de cuadros en que cada cuadrado representa una malla. Igualmente, por el croquis, puede seguirse el cambio de color. Cuando se tengan 95 corridas fuera del elástico, se comenzarán las bocamangas disminuyendo 3 mallas en cada extremidad de las dos primeras corridas. Tejer en seguida dos y suprimir una, otras dos y suprimir otra. Se separtirá el trabajo después de esto en dos grupos iguales y continuar el trabajo así: disminuir una malla al centro de la delantera para el escote, después una cada dos corridas siempre en la parte central para continuarlo. Por el lado de la bocamanga se continuará el trabajo completamente derecho. Cuando se ha-

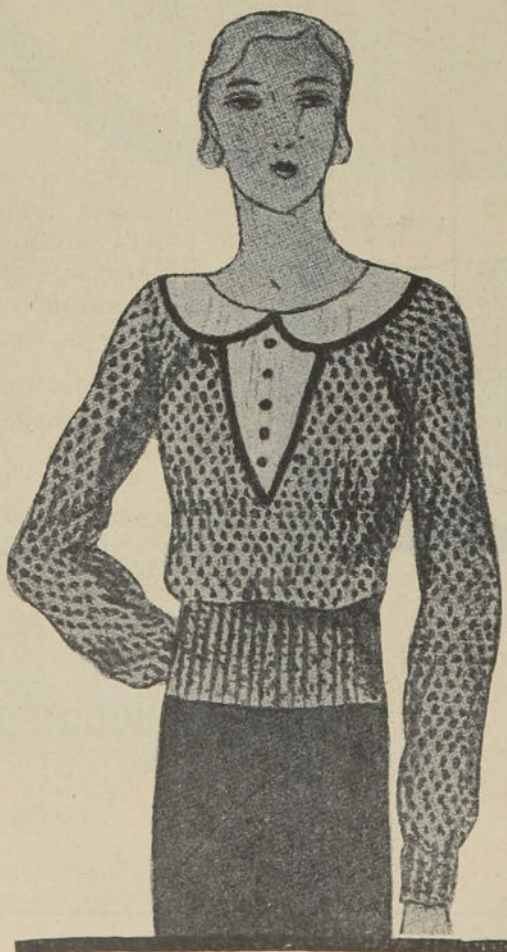


Mitad delantera del pull-over, con cuello y pechera simulados.

yan enterado 65 corridas a partir del comienzo de la bocamanga, se disminuirán tres puntos en la parte correspondiente al hombro. Se toman las mallas sobrantes y se tejerá en seguida la otra mitad de la delantera en igual forma.

Espalda: Se trabaja como la delantera, suprimiendo el escote y tejiendo el canesú y la línea que lo encuadra derechos.

Mangas: Se comienza por la parte baja con 48 mallas, lana blanca y agujas de metal. Tejer así 10 centímetros con punto elástico, es decir uno al derecho, uno al revés. Continuar con agujas de celuloide y punto jersey. Mirar el croquis cuadrículado donde cada cuadrado representa una malla y teniendo cuidado de aumentar dos mallas a cada lado cada 9 co-



Pull-over con cuello y pechera simulados.

TEJIDOS

rridas. Cuando se tengan 74 corridas fuera del elástico se continúa con lana naranja durante seis corridas, después con lana marrón hasta terminar. Cuando se tengan 108 mallas en la aguja se disminuirán tres a cada lado cada 2 corridas, esto ocho veces seguidas y después se sacarán las restantes de una sola vez.

Las dos mangas se hacen en la misma forma.

Se toman las mallas de la espalda y la delantera en cuatro agujas de metal como para tejer medias y se teje en redondo hasta tener cuatro centímetros, en punto elástico y con lana blanca.

PULL-OVER CAMISA CON LUNARES

Este encantador pull-over se ha ejecutado en lana negra con pastillas rosas. El cuello y la pechera simulada, en lana rosa con bordes negros.

Podemos emplear para este pull-over los colores siguientes: Fondo negro, pastillas rosa, cuello y pechera rosa; fondo café, pastillas amarillas, cuello y pechera amarillos; fondo negro, pastillas blancas, cuello y pechera blancos; fondo cereza, pastillas blancas, cuello y pechera blancos; fondo amarillo oro, pastillas blancas, cuello y pechera blancos; fondo blanco, pastillas amarillas, cuello y pechera amarillos.

Material: 150 gramos de lana color negro y 200 rosa; 2 agujas metal de 2 milímetros de diámetro y 2 de celuloide de 3 milímetros de diámetro.

Esta aplicación está calculada para un pull-over talle 42.

Ejecución: Se comienza por la parte baja de la delantera. Montar 96 mallas y tejer 28 centímetros punto elástico fino (uno al derecho, uno al revés) con las agujas de metal y la lana negra. En seguida, tomar lana rosa y las agujas de celuloide y tejer punto de jersey con lunares en la forma que sigue: 1 malla negra, 1 rosa, 5 negras, 1 rosa, 5 negras, 1 rosa, etc., hasta terminar la corrida. En la corrida siguiente, tejer todas las mallas en la lana negra; en la otra todas las mallas en lana negra; en la corrida siguiente, es decir, en la cuarta y al revés del trabajo tejer así: 4 negras, 1 rosa, 5 negras, 1 rosa, 5 negras, 1 rosa, etc., hasta terminar la corrida. Continuar el trabajo teniendo cuidado que las mallas rosa no se tejen sino cada 5 corridas (ver el croquis cuadriculado en que cada cuadrado representa una malla).



Pull-over con canesú simulado.

Seguir escrupulosamente el croquis cuadriculado, en que cada cuadrado representa una malla, para no equivocarse en las pastillas, ribete negro, pechera y cuello, como para los cambios de color.

Cuando usted tenga 95 hileras después del elástico comenzarán las bocamangas disminuyendo 3 mallas a cada lado en la primera corrida, 3 en la segunda; tejed en seguida dos hileras y disminuir una a cada lado del trabajo, dos hileras más y dismi-

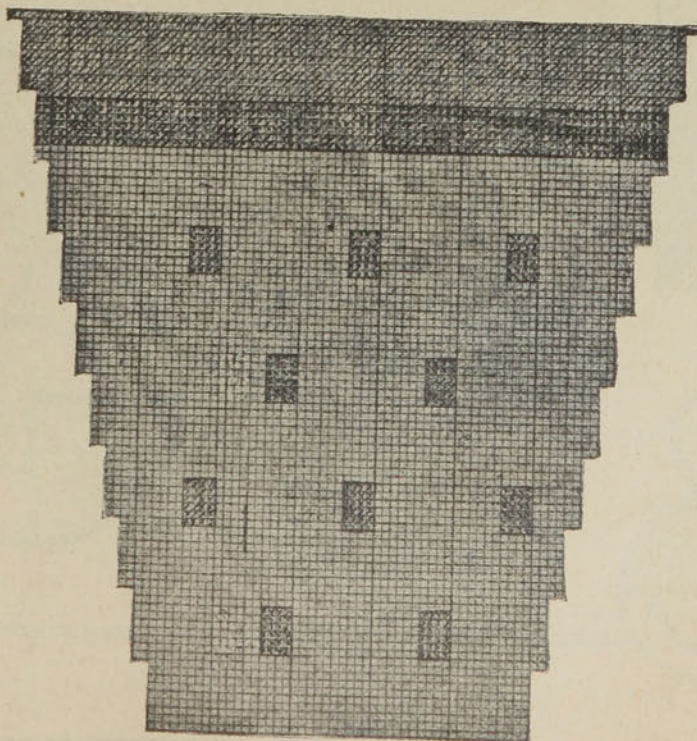
nuir otro. Cuando tenga 20 hileras después de las últimas disminuciones de la bocamanga, comenzará el escote. Para esto dividirá su trabajo en dos partes. Se deja una mitad en una aguja y se continúa el trabajo por el croquis cuadriculado para la disminución del escote.

Haga el segundo lado de la delantera igual que el primero.

Espalda: Se trabaja como la delantera, suprimiendo el escote y la pechera, y dejando un pequeño rebaje para el cuello.

Mangas: Se comienza por la parte baja. Se montan 48 mallas y se tejen con lana negra y las agujas de metal punto fino de elástico (una malla al derecho, otra al revés) por diez centímetros. Continuar el trabajo con las agujas de celuloide y punto de jersey con pastillas igual que para el cuerpo del pull-over. Hay necesidad de aumentar 2 mallas a cada lado después de 9 corridas. Cuando se tengan en la aguja 108 mallas disminuir 3 a cada lado, hacer en seguida dos corridas y disminuir otras tres y así ocho veces seguidas y terminar tomando las restantes en una sola vez. Le segunda manga se hace igual que la primera.

Para armarlo: Se comienza por aplanchar el trabajo, pieza por pieza, con un trozo de género húmedo encima, teniendo cuidado de colocar la plancha sin arrastrarla. El punto elástico no debe aplancharse. Juntar las delanteras con la espalda para coser las costuras de los lados. En seguida se cosen las mangas y se pegan al pull-over. Las costuras deben ejecutarse con el trabajo por el revés y con punto atrás, suelto, y a medio centímetro de los bordes.



Base de la manga del pull-over con canesú: cada cuadrado representa una malla.

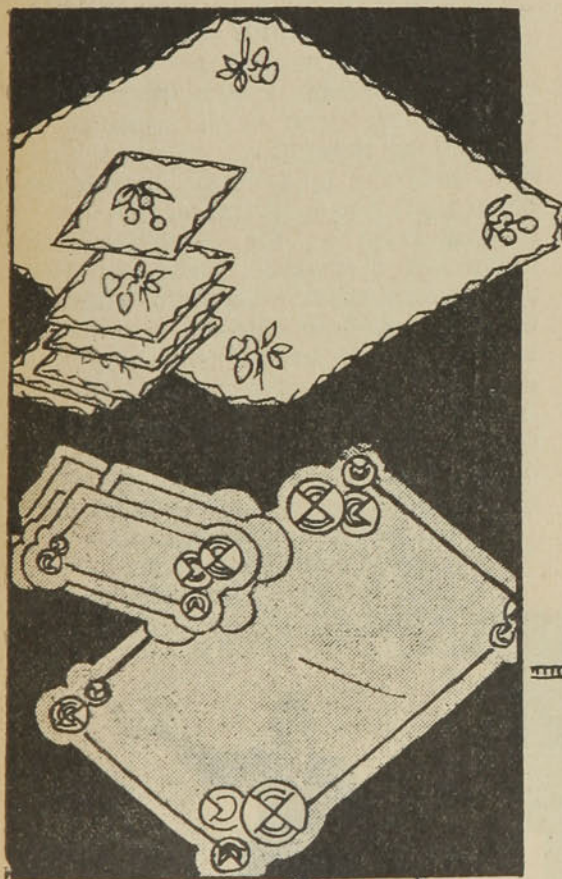
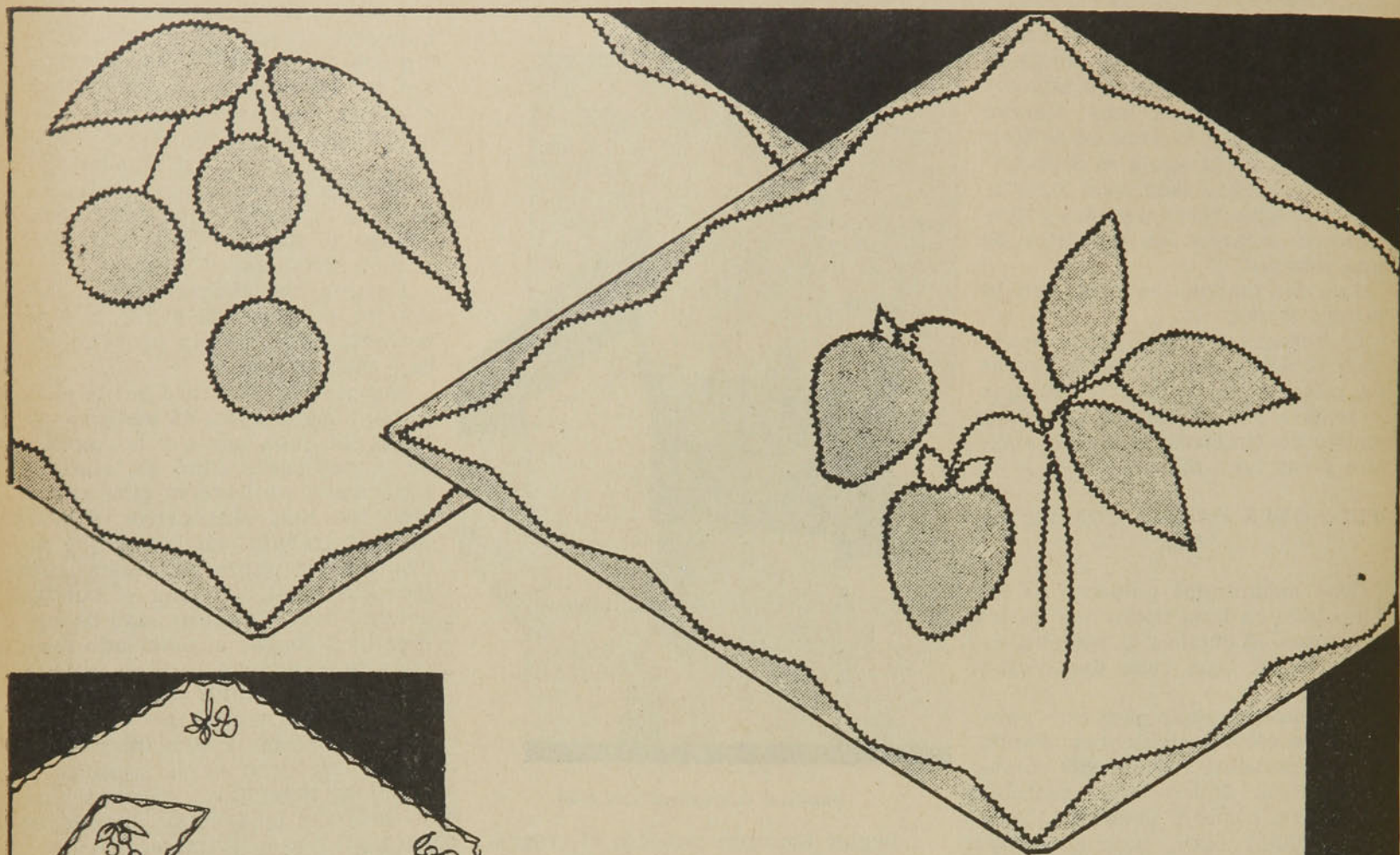


de la fabricación
de sobres en Chile,
vía

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

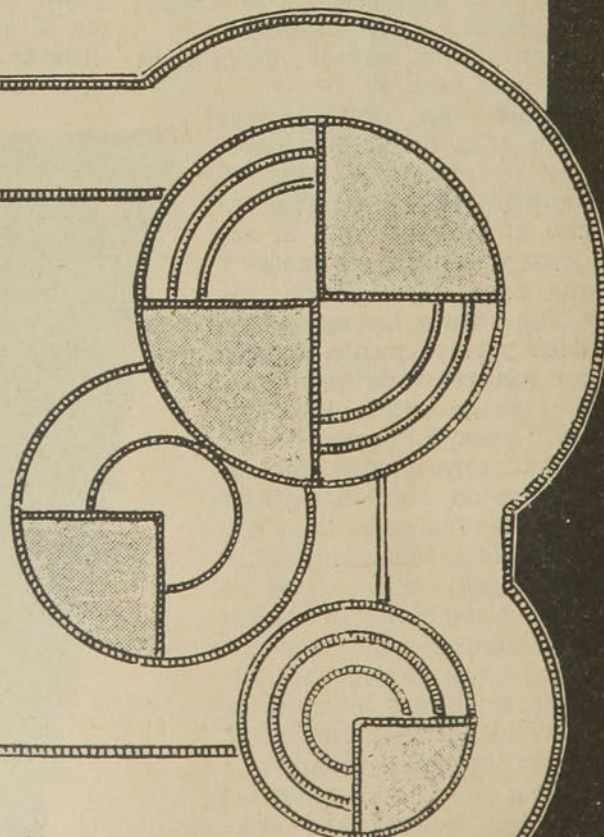
AHUMADA 32

PARA SERVIR EL COCKTAIL



Para servir el cocktail hacen falta encantadores pañitos, para poner sobre los platos y un mantel haciendo juego, adornados, con incrustaciones o bordados. El que damos a las lectoras, va decorado con motivos de frutas incrustadas en punto turco, en ver-

de pálido y rosa, con borde verde pálido. El otro servicio de forma muy original está bordado en punto de cordoncillo con discos formados por triángulos de tonos opuestos. Estos discos, van reunidos por un encuadramiento en punto de cordoncillo. Un festón al borde, sigue sus contornos.



EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

CAPITULO XI

Arrepentimiento tardío

La escena de la locura en el acto tercero es para la **Lucía** del teatro la piedra de toque de su reputación artística. Para volverse loca en el escenario y salvar lo absurdo de la situación se necesita una verdadera actriz, capaz de hacer olvidar al auditorio aquellos otros actores que la rodean y que contemplan sus paroxismos delirantes con la más suprema indiferencia. En su locura, después de darse por supuesto que ha heredado a **Arturo**, tiene que expresar casi todas las pasiones que pueden agitar a un ser humano. Por largo tiempo su personalidad domina el escenario. Hay en él otros actores, pero han de quedar eclipsados por completo y todo el interés, la acción entera concentrados en **Lucía**. Y ésta estuvo aquella noche a la altura de su papel. La ternura con que recordó las escenas de amor entre ella y **Edgardo**; el temor retratado en rostro y ademanes ante la memoria del fantasma amenazador; la transición del espanto a la alegría con que allá en su mente cree asistir a la celebración de sus bodas con **Edgardo**; los duros reproches a **Enrico**; la explicación de su infidelidad al imaginario amante; la afirmación de que sólo en él tiene puesta su alma entera; todos los detalles más salientes realzados con perfección; los ademanes, la expresión, verdaderos; en tanto que su voz parecía ir ganando en extensión y dulzura, a medida que su papel se acercaba a su fin; y cuando la pobre niña cayó sin sentido brillaban las lágrimas en los ojos de numerosos espectadores.

¡Triunfo! Difícil sería hallar otro parecido en los anales del arte lírico. Cantaba el infortunado **Edgardo** su patética despedida sobre la tumba de sus padres antes de poner fin a su vida, a tiempo que un mensaje del palco regio invitaba a la artista a presentarse en él. Y una vez allí, el más alto personaje de cuantos ocupaban el palco la felicitó cordialmente, empleando al hacerlo aquellas formas delicadísimas, aquellas frases tan oportunas de que sólo él parece poseer el secreto. La artista se inclinó y manifestó su gratitud por el altísimo honor de que era objeto, viéndose después obligada a regresar presurosamente al escenario en momentos en que caía el telón después de la muerte de **Edgardo** y el público podía manifestar todo su entusiasmo, como lo hizo sin pérdida de tiempo.

Los aplausos estallaron cual se desencadena la tempestad. Una y otra vez tuvo que presentarse en escena la ya célebre Francini; el público no se cansaba de verla y aplaudirla. Aquel entusiasmo era de los que se presencian en Francia o Italia, rara vez tan prolongado en un teatro de la fría Albión. Tantos veces tuvo que volver a salir y saludar, que cansada ya empezó a desear que terminase aquella ovación. Por último dejó de contar el número de sus llamadas a la escena; cualquiera que fuese, sobraba para demostrarle la solidez de su triunfo. El público se cansó también por fin y abandonó el teatro; y la heroína, de aquella noche pudo encaminarse bajo la protección del señor Trenfil, al hotel donde se proponía pasar la noche. El éxito había superado a sus más lisonjeras esperanzas y aún a las de sus más entusiastas admiradores. Su triunfo era completo. No tenía en el teatro amigos personales que iniciasen los aplausos; su magna ovación provenía del público en masa, que libre y espontáneamente se la había tributado y que había ido al teatro tan dispuesto a censurarla como a aplaudirla, según sus merecimientos. Sentíase muy dichosa, muy satisfecha.

En el hotel, cenó tranquilamente, entre amigos. Toda la familia de Trenfil pasaba aquella noche allí con ella, y convidaron también a Herr Kaulitz. Este vertió lágrimas de gozo ante el triunfo de su discípula predilecta. Carlitos Trenfil, que tenía las manos hinchadas a fuerza de aplaudir, estuvo un tanto triste durante la cena, al pensar que allí acababan las locas esperanzas que había llegado a concebir. Su padre tenía razón: la señorita Boucher vería muy pronto al mundo entero a sus pies.

Aun cuando así fuera, Frances estuvo aquella noche tan bondadosa, tan franca y modesta como siempre. Se alegraba de ver terminada aquella durísima prueba y alegrábase mucho más de no haber sufrido un doloroso desengaño.

Al desnudarse para gozar del bien merecido descanso, asomó a sus labios una sonrisa. Se preguntaba si aquel joven alto, así fuese, por más que no se explicaba la razón de aquel deseo. Probablemente no volverían a verse nunca.

Muy cercano a la verdad anduvo Allan Bouchier al decir a su compañera de viaje que el dolor causado por el matrimonio clandestino de su hermana estuvo a pique de ocasionar la muerte a su padre; por más que ignorase los verdaderos motivos de la emoción que dejó a ésta exánime y que le tuvo por algunos días en estado de suma gravedad. No sabía que el furor ciego producido por aquella noticia le había hecho más daño que el dolor causado por la conducta de Josefina. Como ignoraba también que su padre se acusaba a sí mismo más que a su hija, culpándose de no haber comprado el silencio de aquel aventurero aun a costa de la mitad de su fortuna; de haber sido débil hasta el punto de ceder; de no haber desafiado abiertamente la ira de su enemigo. El peligro ya pasado parece siempre menor.

Felipe Bouchier se preguntaba cómo había podido dejarse engañar por aquel farsante; cómo él, hombre de mundo, se había convertido en juguete de un mozuelo, en instrumento para destruir la felicidad de los seres que le eran más queridos. Volvía loco de ira al pensar en el porvenir de Josefina, confiado a semejante hombre; y sus palabras y ademanes revelaban tan claramente la agitación de su espíritu, que el médico comprendió y le dijo que si no lograba sosegarse un tanto, su curación quedaría aplazada indefinidamente. Mientras siguiese enfermo nada podría hacer por su hija ni por sí mismo, y reconociéndolo así, se vio obligado a obedecer al médico y a dominar los impulsos de ira, la cólera terrible que le obscurecía la razón al pensar en su malvado yerno.

Apenas recobró en parte la salud, escribió a Daniel ordenándole ir a Londres y avistarse con él. Su carta halló al joven muy satisfecho y muy cómodamente instalado en la Casa Roja. Para Josefina la vida seguía siendo un sueño placentero, dedicada como se hallaba a tributar su adoración al hombre generoso y noble que le había dado su amor. Daniel se demostraba tierno y afectuoso para con ella; y la verdad es que difícilmente hubiera podido ningún hombre, aun el más perverso, conducirse de otra manera inmediatamente después de su matrimonio con tan encantadora joven. El la quería, o creía quererla, y aun tuvo la generosidad de esperar y desear que su afecto por ella no amenguase con el tiempo y que las atenciones y caricias de su esposa no llegasen a serle un día insoportables por lo empalagosas.

La única nube en la felicidad de Josefina era la enfermedad de su padre, que ella no podía menos de atribuir en parte a su propio matrimonio. Su madre le había escrito algunas líneas a toda prisa, diciéndole que su padre se había indisputado repentinamente, y Mabel había seguido informándola día por día del estado del enfermo. Ni una ni otra le escribieron una sola palabra de censura ni de felicitación; Mabel porque su madre se lo ordenó así y ésta porque la asustaban de tal modo las graves consecuencias de aquel suceso, que no se atrevía a dar un paso sin anuencia de su marido.

De aquí que en la luna de miel de Josefina no faltasen remordimientos y disgustos, pero Daniel se encargaba de disiparlos. ¿Qué mala acción habían cometido? No habían huido como criminales, sino regresado inmediatamente a la casa de su padre, es decir, a la casa que él permitía al señor Bouchier continuar poseyendo. Lo único que ella había hecho era consentir en que el matrimonio se verificase secretamente; aquel matrimonio que iba a salvar de la ruina a toda su familia, pues él se proponía cumplir la palabra que había dado a Josefina en toda su extensión, no conservando para sí y su mujercita más que lo suficiente para vivir cual convenía a personas de su clase, y confirmando a su padre, y a su hermano en su día, en la posesión de todo el resto de los bienes. "Todo acabará bien," decía, y con un beso disipaba las tristes ideas de Josefina, a quien invitaba enseguida a dar un paseo a pie por el bosque, o a caballo por los vecinos campos. Seguía ella más consolada, diciéndose que debía de tener razón y que no existía un marido más bueno, hermoso y noble que su Daniel.

Una mañana llegó la carta de Bouchier para éste. Alegróse de recibirla porque ansiaba saber qué línea de conducta se proponía seguir su suegro, o como él decía, "si tragaría

la píldora a las buenas o pateando.” La carta no satisfizo su curiosidad. Era una invitación fría, casi una orden, dirigida al señor Daniel Bouchier, para que fuese a ver al firmante a su casa de Londres, sin pérdida de tiempo. Daniel la leyó y la entregó desdeñosamente a su mujer, cuyos ojos brillaron al ver la letra de su padre.

—¡Oh, cuánto me alegro! Puesto que escribe él mismo debe de estar mejor.

—Papá no trata muy cariñosamente a su nuevo hijo, comentó Daniel.

—No, dijo Josefina, muy descontenta con el contenido de la carta. ¿Pero irás a verlo?

—Sin duda alguna. Mañana mismo.

—¿Podré yo ir contigo?

Daniel reflexionó.

—¿Quieres ir?

—¡Que sí quiero! Estoy anhelando ver a papá, a mamá y a Mabel. Además necesito porción de cosas. Apenas tengo ropa que ponerme. ¡Ya lo creo que iré contigo!

—Temo que tengamos él y yo una tremenda agarrada. ¿No sería mejor quedarte a distancia?

—No señor, nada de eso. Si hay regaños que sufrir yo quiero llevarme también mi parte. Tanta culpa tengo yo como tú. Pero ¿por qué han de reñirnos? Y háganlo o no, tengo que ir; no seré completamente feliz hasta obtener el perdón de todos ellos.

—Corriente. Pues iremos mañana.

Daniel la besó y encendió un cigarro. Estuvo muy callado y pensativo todo el resto del día, pasando revista a sus armas para la lucha del día siguiente, que se figuraba había de ser ardua y tenaz.

Llegó por fin la joven pareja a la casa paterna y tanto madre como hija recibieron a Josefina afectuosamente, pero con tristeza; saludaron a Daniel con mucha frialdad y para nada se refirieron al nuevo lazo que los unía. Avisaron a Daniel que el señor Bouchier le esperaba en la biblioteca y Josefina manifestó el vivo deseo de acompañarle. Tenía la idea de que a ambos les bastaría implorar de rodillas el perdón de su padre para que éste, tras algunas palabras de reprensión, los perdonase enternecido y los estrechara en sus brazos. Comenzó a alarmarse cuando su madre insistió en que Daniel viese a su padre a solas; pero Daniel la tranquilizó con un gesto y siguió a la señora Bouchier con muy seguro paso hasta la biblioteca, cuya puerta abrió ella para dejarle pasar, sin anunciarlo.

El impostor, malo como era, sintió algo parecido a la compasión al ver a Bouchier, endeble, gastado, envejecido como si hubiesen pasado diez años desde su última entrevista. Si Daniel hubiese sido quien pretendía ser, el hijo del hombre asesinado, no hubiera podido vengarse más cruelmente del asesino. La salud de Bouchier había quedado profundamente quebrantada; sin embargo, se veía en su rostro la firme resolución de luchar hasta el último extremo, y Daniel se preguntó si su última trama no habría sido la gota que haría rebotar y derramarse aquella copa de hiel por él servida a su víctima.

Esperó que Bouchier hablase, contando con un torrente de invectivas y amenazas y no le hubiera sorprendido mucho una agresión personal por parte de aquél. Lejos de eso, Bouchier muy poco dijo, después de mirarle con ira y desprecio.

—Pensé matarle a Ud., pero he cambiado de idea. Aunque es Ud. un solemne pícaro, esta vez se ha conducido como un necio. Pronto se convencerá Ud. de ello. Mi único objeto es hoy discutir la cuestión de intereses.

Daniel quedó sorprendido. No comprendía por qué Bouchier le trataba de necio. La verdad era que en su última jugada había contado mucho con el amor del padre por la hija.

—Cuestión de intereses, dijo. Si, algo hemos de acordar sobre eso. Si Ud. quiere, yo estoy dispuesto a...

—Cuando su esposa llegue a la mayor edad, le interrumpió Bouchier, dispondrá de trescientas libras de renta anual que le pertenecen. El capital está invertido en nombre de ella, de lo cual me alegro. ¿Con qué recursos cuenta Ud.?

—Poseeré unas diez mil libras de renta en cuanto resuelva reclamarlas.

—Dejemos eso aparte. ¿Qué más?

—Tengo en este momento más de doscientas libras en el bolsillo, contestó Daniel echándolas de bravucón.

—¡Gran suma es! exclamó Bouchier con su antiguo sarcasmo. No está Ud. mal provisto para un aventurero.

—¡Me insulta Ud., señor Bouchier! Y al decir esto se irguió con todas las reglas del arte escénico.

—Y como mi hija, continuó Bouchier sin hacer el menor

caso de las palabras ni de la actitud del joven; como mi hija, no obstante ser la mujer de Ud., tiene que vivir cual conviene a una señora, en cuanto sea eso posible dadas las circunstancias, pagaré cada tres meses doscientas libras a favor de ella en la casa de banca de Baring. Cuando llegue a su mayor edad rebajaré de esos pagos míos las trescientas libras que ella empezará a cobrar entonces por cuenta propia. Ahora, sírvase Ud. retirarse.

—Pero todo eso es absurdo, señor Bouchier.

—Sírvase Ud. retirarse. No, espere Ud. un momento. Debo añadir que siempre estaré dispuesto a ver a mi hija; pero si Ud. llega a acercárseme, yo sabré impedir que vuelva a intentarlo. Iré a la Casa Roja la semana que viene y si para entonces no se ha marchado Ud., lo haré salir de allí a punta-piés.

—Es Ud. muy imprudente, rugió Daniel, blanco de cólera. Yo sabré vengarme y perderle.

—No soy yo el imprudente. Ya lo dije antes: esta vez se ha pasado Ud. de listo. Ud. estaba de venta, yo hubiera pagado un buen precio y Ud. prefirió cobrarse a su manera. Ud. mismo se ha tapado la boca. Ahora no espere hallar quien dé crédito a sus patrañas.

—Si es verdad que me he vendido y reducíome al silencio, el precio de la venta, no lo olvide Ud., dijo con perversa intención, es su hija favorita.

Aquellas palabras hicieron estremecer a Bouchier. Levantóse de su asiento y señaló la puerta.

—Salga Ud., dijo. No vuelva Ud. a hablarme nunca. No quiero volver a ver su cara.

Daniel comprendió que el tiro había dado en el blanco.

—Está bien, dijo con la mayor indiferencia. Por esta vez me voy, pero antes de separarnos para siempre uno de otro, tendremos mucho y mucho que hablar.

Josefina le estaba esperando, muy ansiosa. El la saludó con una sonrisa y un beso que la hicieron ruborizarse, porque su madre y hermana estaban en la habitación y aquellas caricias conyugales en público eran para ella una novedad.

—Anda a ver al viejo, le dijo Daniel al oído. Nada puedo hacer con él; está lo más gruñón... Daré un paseo de media hora y volveré a buscarte.

—¿Pero nos vamos esta misma tarde? exclamó ella sorprendida.

—Oh, sí, por el tren de las cuatro y cuarenta. No tenemos ya mucho tiempo disponible.

Como ni su madre ni Mabel hicieron objeción alguna, Josefina obedeció a su marido.

Cuando vio a su padre comprendió lo que había hecho. La mirada que él le dirigió le dijo tan claramente como se lo hubieran dicho las palabras, que todo aquello era obra suya. Pero no fué una mirada de cólera. Muy al contrario, la impulsó irresistiblemente a acercársele, arrodillarse ante él y a prorrumpir en amargos sollozos, apoyada la cabeza en el pecho de su padre y pidiéndole perdón con entrecortada voz. El acarició dulcemente sus hermosos cabellos.

—Pobre niña, pobre Finita, yo te he perdonado ya. Ninguna censura mía aumentará el cúmulo de amarguras que te esperan en este mundo. Pobre mariposita mía, la alegre primavera de tu vida ha terminado ya.

Besó el rostro que tan cerca del suyo se hallaba y aquel beso convenció a la joven de que su perdón era completo y de que su padre seguía queriéndola. Aun el criminal puede amar a sus hijos con profunda ternura. Ese amor es un instinto puramente animal, regulado en los hombres, al decir de los frenólogos, por tales o cuales protuberancias existentes en la parte posterior del cráneo. Bouchier se mostraba a veces frío y severo con sus hijos, pero no había en el mundo otro padre que los adorase como él. Daniel le había cobrado, en verdad, altísimo precio por su silencio.

Por muy dichosa que se sintiera Josefina al obtener su perdón, se alarmó con aquellas palabras que lo acompañaban.

—¡Mi vida futura! dijo. ¡Pero papá, si voy a ser lo más feliz ahora que tú me has perdonado! Daniel lo ha hecho por nuestro bien.

Su padre la contempló, pensativo y triste.

—¡Pobre hijita mía! Dime, Josefina; si tuviese que sucederte una gran desgracia ¿preferirías estar preparada, o bien que cayera sobre ti de repente, como el rayo?

—No sé, dijo asustada Josefina. Pero dime qué significa eso, porque me haces temblar.

—Sí, creo mejor decírtelo. Abrazáme, soy tu padre y te quiero.

Ella le abrazó y le besó cariñosamente. ¡Cuán débil y enfermo parecía!

—Josefina, te he dicho que tu vida futura será un cúmulo de amarguras. ¡Pobre hija! ¡Te has casado con el peor bribón que existe en Inglaterra!

La joven se incorporó, encendidas las mejillas, llorosos los ojos.

—¡Oh, papá! ¿Cómo puedes decir tal cosa, tú menos que nadie? Es preciso que sepas cuán bueno y noble es, todo lo que renuncia por consideración a nosotros. Por eso me casé con él como lo hice.

—¿Entonces, no le amas? preguntó ansiosamente su padre.

—¿Cómo no amarle? Tan bueno, tan generoso. Pero papá, yo me figuraba que tú te alegrarías tanto de que todo se arreglase así. No esperaba que trataras duramente a Daniel.

—¿Pero qué ha sacrificado él? ¿A qué renuncia?

—A la Casa Roja, papá; a toda su fortuna, dijo Josefina con orgullo.

Bourchier apretó los puños y mentalmente lanzó una maldición más sobre la odiada cabeza de Daniel. Venganza tan superflua como ineficaz, porque si sus maldiciones hubieran tenido alguna virtud ya haría tiempo que su yerno habría cesado de existir.

—Josefina, dijo con gravedad, a la vez que con ternura, soy tu padre y tengo derecho a que me creas. Ese hombre no tiene sobre mi fortuna más derechos que el último de mis criados. Dígale lo que quiera, por muchos documentos que te enseñe, todo ello es una impostura.

Josefina estaba más que asombrada, aturdida. ¿Qué significaba todo aquello? Oprimióse las sienes con las manos y trató de reflexionar. ¿Qué era lo cierto, qué lo falso?

—Pero papá, dijo con vacilación, si lo que Daniel pretende no es exacto ¿por qué lo invitaste a residir en nuestra propia casa y nos dijiste que era nuestro primo?

Bourchier se estremeció. ¿Qué sucedería si ella le hiciese a su marido aquella misma pregunta? Pero no podía creer que él se atreviese a decirle la verdad. Era ésta un arma de dos filos que heriría al mismo Daniel, pues Josefina vería en seguida la impostura de su marido y probablemente lo abandonaría para volver al lado de su padre, por grandes que fueran las culpas de éste.

La voz de Bourchier denunciaba su profunda emoción al contestar a su hija.

—Falta o desgracia mía fué; pero si me amas, Josefina, nunca me preguntes por qué lo hice, ni se lo preguntes a tu marido. Fíjate bien; tengo toda clase de razones para decir que es tu primo, pero su reclamación de nuestra fortuna es toda una patraña, su generosidad el cebo que empleó para engañarte. Te perdono porque yo fui quien lo llevé a nuestra casa; te veré siempre con placer, y el día en que tengas algún disgusto o sufras, dirígete a mí. Dame otro beso y dime adiós.

¿A quién debía ella creer? A su padre, que había oído balbucear sus primeras palabras, o a su esposo, que algunas semanas antes era un extraño para ella? Como toda mujer, por triste que sea decirlo, creía a su marido. La verdad es que toda la vida futura de una mujer se halla en manos de su esposo, y de humanos es el luchar contra la desgracia el más largo tiempo posible, el apartarla de nuestras cabezas, aplazando lo más que sea dable hacerlo la hora de recibir sus dolorosos golpes, que nos privan, no de la vida, sino de la esperanza, la juventud, la fe, el amor, todo lo que hace atractiva la vida. Compadezcamos a Josefina, no la censuremos. Bien pronto necesitará de toda nuestra conmiseración.

Salió de la biblioteca llorando amargamente. Desde la ventana del comedor vió a su marido que se paseaba fumando un cigarro, como era su costumbre. Para ello no tenía horas ni lugar fijos; fumaba siempre que podía. Aquel era uno de los defectos de menor cuantía que Josefina había perdonado hasta la fecha.

—Tenemos que darnos prisa, dijo cuando Josefina le llamó. ¿Quieres empaquetar algunos objetos?

—Sí, necesito llevarme varias cosas.

Mabel y Josefina subieron al piso inmediato, y aunque la primera se había propuesto reñir muy severamente a su hermana, cambió de resolución al ver a la pobre niña tan afligida y se puso a consolarla y acariciarla. Todas sus censuras se las dedicó a Daniel, no a Josefina. Mabel había sido siempre, por su edad y su conducta para con aquélla, la hermana mayor; pero aquel día Josefina con sus angustias y preocupaciones se imaginaba tener muchos años más que Mabel. Además, no se atrevía a decirle una palabra de lo que había pasado entre su padre y ella en la reciente entrevista y se limitó a manifestarle que su padre la había perdonado, pero no a Daniel.

—¿Cómo ha de poder perdonarlo? dijo Mabel, profundamente irritada contra su cuñado.

Apenas tuvieron tiempo de tomar el tren de las cuatro y cuarenta. Ambos guardaron silencio en el coche que los condujo a la estación. Josefina se sentía demasiado acongojada para hablar y su marido reflexionaba, tratando de resolver una cuestión muy delicada. Estaba ya convencido de que Bourchier tenía razón, de que él había llevado las cosas al extremo, recibiendo o tomándose a cambio de su silencio una recompensa que no le traía cuenta. Con un poco más de sentido práctico y menos desenlaces novelescos hubiera podido poner una pica en Flandes, sacándole a Bourchier veinte o treinta mil libras contantes y sonantes. En su lugar tenía que contentarse con ochocientas libras anuales y su mujer, después de tantos planes tan lobarosamente preparados. Se había engañado a sí mismo. Habíale atraído irresistiblemente, como a todos los jugadores, una combinación complicadísima y ésta había fracasado. El nuevo triunfo que su matrimonio le proporcionara era el amor de su antagonista por su hija; pero ese triunfo no le había permitido realizar la gran jugada que él esperaba. Hablando en plata, Bourchier lo había desafiado; ¿y cuál podía ser su venganza? Ocupaba entonces una posición más débil que el día en que su enemigo lo había despedido ignominiosamente después de su primera entrevista, y se preguntaba qué valor podría tener a la hora presente el testimonio de Estoques, que un tiempo cambió por completo la situación. ¿Y Josefina? Desde luego la quería mucho, como quería a todas las muchachas bonitas que le amaban, es decir, durante algún tiempo.

Para empezar, su mujer no le parecía en aquel momento tan linda como otras veces. Bourchier había tenido razón en llamarla mariposa. Así como la lluvia perjudica a éstas, las lágrimas no favorecían a Josefina. El dolor y el llanto proporcionan nuevos atractivos a las hermosas morenas, de grande y trágica belleza; pero las mujeres de tipo delicado, pequeñas, de sonrosado color, deben renunciar al llanto. Su piel muy tenue y su complexión nerviosa-sanguínea, las hacen enrojecer con mucha facilidad. Josefina alegre y feliz era la rubia más seductora; pero las lágrimas la transformaban desventajosamente y durante el trayecto lloró con desconsuelo. Su dolor aumentaba al pensar que sus padres habían obligado a los nuevos esposos a partir en un coche de alquiler, en lugar de conducirlos a la estación un carruaje de la familia. Primer desengaño, precursor de su triste porvenir. Incidente nada patético, pero de ominosa significación.

Daniel notó aquel cambio en su aspecto y se maravilló de haberla hallado antes tan hermosa. Aquello era, como suele decirse, el principio del fin.

—¿Qué te dijo el viejo? preguntó.

Josefina se estremeció ligeramente. La forma de aquella pregunta le pareció, si no atrozmente vulgar, por lo menos de una familiaridad de gusto pésimo.

—¡Oh, no puedo decírtelo! Cosas terribles, Daniel. Nada de ello es cierto ¿no es así?

Su pregunta no implicaba duda, sino el deseo de ver confirmada su opinión.

—¿Qué si es cierto? Si se trata de cosas que me perjudican, desde luego puedes asegurar que todo es falso. Mejor haría en callarse, por la cuenta que le tiene.

Guardó silencio por algún tiempo, sumido en sus propios pensamientos y olvidado de la presencia de Josefina.

—¡Maldito viejo loco! exclamó de repente y de la manera más enérgica.

—¿Quién, Daniel? ¿Quién? preguntó ella, a tiempo que volvía a aparecer ante sus ojos el rostro pálido, entristecido, pero siempre cariñoso de su padre.

El vió la falta que había cometido.

—Ese estúpido cochero. Jamás llegaremos a tiempo para alcanzar el tren. La explicación era hábil, pero no satisfizo a Josefina, porque el cochero era un joven y porque precisamente en aquel momento estaba dando latigazos a su caballo y llevaba el coche a escape, con la esperanza de ganar la propina que le habían prometido. No se atrevió a formular su duda, ni aun quiso pensar en ella; pero se hallaba en la situación de un prosélito del Profeta de Khorassan (1) que por un momento hubiese visto deslizarse el velo de aquél y quedase en la duda de si las facciones horribles que le había parecido divisar eran ilusión o realidad.

Daniel le hizo algunas preguntas sobre su hermano mayor. No se habían visto nunca, pues los sucesos referidos ocurrieron mientras Alano se hallaba prosiguiendo sus estudios en la Universidad de Oxford. Tampoco conocía al hijo menor, Roberto, algo delicado de salud y cuya educación estaba confiada a un profesor particular, con quien residía en Linden. Josefina dió gustosa numerosos informes sobre Alano y terminó su panegírico aludiendo a la amistad que desde luego

contraerían dos hombres tan superiores como su hermano y su marido. Mientras hablaba Josefina se decía este último:

—Me parece que el viejo se va. Y cuando su hijo le suceda... ¡oh, entonces sí que le apretaré las clavijas al joven Alano!

Esta idea lo puso de buen humor, y todo el resto del camino estuvo muy atento con su esposa. Tomaron el último tren que salía de Milton y habiendo telegrafiado para que enviasen el coche a esperarlos a Braley, llegaron a Casa Roja aquella noche. Cinco días después los esposos Daniel Bouchier regresaron a Londres y alquilaron una casita, donde los dejaremos instalados.

Todo esto ocurrió, y el lector lo sabe, unos tres años antes del brillantísimo estreno de la Francini en **Lucía**. Cuando ésta obtuvo su triunfo, ya Josefina comprendía perfectamente la significación de los tristes vaticinios de su padre. El ídolo que antes adoraba había caído de su pedestal, roto y despreciado; pero su caída había matado en ella la alegría y era entonces una niña en años y una mujer por sus pesares y sus pérdidas ilusiones.

Por algún tiempo vivieron pasablemente; la joven esposa conseguía engañarse a sí misma y se negaba a admitir la verdad. Mientras su esposo la amó o pretendió amarla, ella se empeñó en creer en él, por más que su fe tuvo que sufrir algunos rudos embates. Deseosa de justificar su matrimonio, quería naturalmente que su esposo firmase aquella famosa renuncia de sus derechos de nacimiento, como él grandilocuentemente la llamaba. Al principio se limitó Josefina a indicarle el asunto lo más delicadamente que pudo; más tarde le pidió con toda claridad que hiciese la prometida renuncia. Daniel comenzó por cambiar de asunto y después le dijo resueltamente que no volviese hablarle de semejante cosa. Le desagradaba pensar en ello, añadió, porque su suegro lo había tratado vergonzosamente, y porque a Bouchier era a quien le tocaba hablar primero del asunto, y no a él. Cuando su suegro solicitase un arreglo, entonces él cumpliría todo lo prometido. Pero pasaron meses y Bouchier no dió señales de vida. Mortal temor fué apoderándose del corazón de la joven. Preguntábase si habría sido engañada, si su padre le habría dicho la verdad. Y en tal caso ¿qué concepto podía merecerle su marido? Desde entonces su ídolo amenazó caer convertido en pedazos.

Alano y Daniel no simpatizaron. Aquél fué a ver a su hermana varias veces, pues la quería demasiado para abandonarla, porque había contraído un imprudente matrimonio. Ambos cuñados se vieron, se hablaron y su antipatía fué recíproca. Alano dijo a Mabel, sin andarse con rodeos, que Josefina había sido víctima de un farsante; a él no le engañaban las apariencias. Y la verdad era que desde hacía algún tiempo Daniel ni siquiera se tomaba el trabajo de fingir, y prescindiendo de sus maneras corteses, hacía y decía cosas que sorprendían, por no decir que ofendían, a la esposa que le adoraba.

Después empezaron los apuros pecuniarios. Daniel tenía gustos costosos y Josefina no daba valor alguno al dinero. Al fin del primer año estaban ya acosados de deudas y Daniel escribió a Bouchier pidiéndole dinero para pagar a sus acreedores. Su carta le fué devuelta rasgada en dos pedazos. Entonces exigió Daniel que Josefina apelase personalmente a su padre, quien la recibió triste y bondadosamente, pero se mantuvo inflexible en su negativa. Quizás pudiera atribuirse el mal resultado de su embajada al poco empeño que mostró Josefina. Su esposo había dejado de ser su ídolo. Le parecía que aquella petición la degradaba y sólo los ruegos, y aun podría decirse las órdenes de su marido habían logrado humillarla hasta tal extremo. Pero todavía no conocía ella a Daniel, jamás lo había visto como era en realidad hasta el punto y hora en que regresó de su desagradable misión con las manos vacías. Entonces él se quitó la máscara y dejó ver toda su profunda maldad, sin tratar de atenuarla o disculparla. Josefina oyó las maldiciones que sobre ella lanzaban los labios de su marido, y tembló horrorizada, porque comprendió lo que había hecho y el porvenir que la aguardaba. ¡Cuán cierto era que habían terminado los días alegres de la pobre mariposa!

Desde aquel instante comenzó para Josefina una vida de abandono y de malos tratamientos, consecuencia de un plan deliberado de Daniel, que se proponía conseguir su objeto por tan viles medios. Quería herir al padre maltratando a la hija, hasta obligarle a comprar la felicidad de ésta, o por lo menos su tranquilidad. No llegó al extremo de hacerla víctima de violencias personales, pero por algún tiempo empleó todos los medios que tiene un hombre para atormentar a una mujer, sin faltar abiertamente a la ley. Josefina, lejos de mostrar debilidad, reveló en aquellas difíciles circunstancias ciertas cuali-

dades y rasgos de carácter que nadie hubiera sospechado en ella. Sabía que había sido engañada y ofendida, y aquella convicción le permitió afrontar valerosamente a su verdugo por algún tiempo. Además, todos los Bouchier eran orgullosos y el orgullo de Josefina le permitió ofrecer una resistencia inesperada. No solicitó la protección de su padre hasta que la vida se le hizo insoportable. Eso era lo que su brutal marido esperaba. La siguió, entró por fuerza en casa de Bouchier y reclamó a su esposa. Alano se hallaba en casa y sólo las órdenes terminantes de su padre le impidieron arrojar a Daniel por una ventana. El resultado de todo ello fué otra entrevista de éste con Felipe Bouchier; una cinica confesión de que maltrataba a la hija para sacarle dinero al padre; la intimación perentoria de que le fuese devuelta su mujer; la amenaza de que si se entablase una demanda de divorcio para librar a Josefina de sus garras, daría publicidad a otras cosas, aunque él mismo, Daniel, saliese perjudicado en el desastre general. En cambio, ofrecía tratar bien a su mujer si se le daba el dinero que pedía y se le garantizaba una anualidad mucho mayor en lo futuro. Con él tenía que volverse de todas maneras; y en tanto que le diesen lo que quería, su mujer no tendría más motivos de queja que los millares de esposas que viven bajo el mismo techo que sus maridos y en realidad a leguas de distancia de ellos. Pero era condición indispensable que Josefina siguiese viviendo con él.

Su víctima se resistió y luchó, pero acabó por ceder. Daniel recibió el dinero y se logró que su mujer regresase con él a su casa, bajo ciertas condiciones. El dolor más agudo, la parte más cruel de su castigo fué para Felipe Bouchier el tener que aconsejar a su hija que volviese al lado del hombre a quien odiaba, del esposo que en tan corto tiempo había demostrado su perversidad y villanía inauditas. Pero su padre le hizo prometer que a la primera señal de que su esposo se proponía renovar las hostilidades, se separaría de él y volvería al hogar paterno.

Al terminar el tercer año la situación era la misma creada por este segundo acuerdo, con poca diferencia; Bouchier había cumplido su parte del contrato; Daniel no había faltado a la suya abiertamente. Josefina vivía con su marido, pero viéndole sólo cuando era necesario. No le temía. Le despreciaba profundamente, y el temor y el desprecio no suelen ir juntos. Aunque había perdido toda esperanza, no era enteramente desgraciada. Tenía algunas amigas que la compadecían y simpatizaban con ella. Vivía lo más independientemente que podía, sin dar ni pedir cuentas a su marido, sin dirigirlle nunca la menor reconvención. El por su parte no le intimaba orden alguna, cuidando sólo de que su mujer no se ausentase por largo plazo. No quería perder de vista por mucho tiempo el recurso mágico que obligaba a Bouchier a ceder a su capricho; y ya había tenido que amenazar a éste dos o tres veces con represalias sobre su hija. La amenaza nunca dejaba de producir efecto y Bouchier entregaba las cantidades exigidas.

Daniel pensaba por entonces en Frances con mucha frecuencia. Decíase que debía de estar próxima la época de su primera aparición en público, y cuando vió anunciado el estreno de la Francini, no dudó que ésta y Frances fuesen una misma persona. Tenía que evitar, como muy peligroso, todo encuentro con ella, por mucho que deseara verla y oír la cantar. No se atrevía a esperar su perdón y sabía que si la suerte volviese a ponerlos cara a cara ella le exigiría explicaciones sobre la muerte de su padre. Y como unas explicaciones traerían otras muy peliagudas para Daniel Bouchier, lo único que podía hacer era evitar encontrarse con la joven, cosa a la verdad poco difícil. Sólo en la calle podía tener efecto el encuentro, pues los compañeros de Daniel no eran de los admitidos entre los amigos de la famosa **prima donna**. Aquél se había encanallado bastante; había renunciado a la vanidad que en un principio le animara y que le impulsaba a ambicionar una posición distinguida en el mundo. Su enemistad instintiva hacia Alano Bouchier se había exacerbado con la negativa rotunda de éste a proponerle como socio de un club a que Alano pertenecía. El único gusto refinado que Daniel poseía, su afición a la música, iba desapareciendo rápidamente. Ya la música le importaba poco; su voz sólo se elevaba para entonar canciones tabernarias que divertían a sus compañeros de bacanal, así hombres como mujeres, pues no sólo estaba muy entregado a la bebida, sino que tenía otros vicios. Así se explica que Josefina lo despreciase profundamente, y que, abandonada a sí misma, buscase distracción y consuelo en la sociedad de algunas amigas. ¡Pobre joven! Apenas cumplidos los veintiún años veía su vida entera emponzoñada por aquel primer acto imprudente de una niña sin experiencia.

(Continuará)



Seguridad[★]

★ "Seguridad" = Toda precaución es poca cuando se corre algún peligro por remoto que parezca

SEGURA como la luz del día—y tan bienhechora como ella—, por su pureza y su virtud característica de ser absolutamente inofensiva—la

CAFIASPIRINA

el producto de confianza

es de efecto inmediato y alivia infaliblemente cualquier dolor—de muelas, cabeza y oído; neuralgias, jaquecas, cólicos en la mujer, etc.,—con la ventaja de que levanta las fuerzas y produce bienestar general.

Exíjase el envase original: tubos de veinte tabletas o sobrecitos de una.





A SU ALCANCE
LEA EN

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

LOS NUMEROS EXTRAORDINARIOS

con que inicia su
SEGUNDO AÑO

27 y 28

y que contienen completa la genial novela
chilena:

El Ideal de un Calavera

Alberto Blest Gana

YA APARECIO EL N.º 27

SUSCRIPCIONES

Anual, 26 núms.	\$ 32.—
Semestral, 13 núms.	16.50
Económica, 8 núms.	10.—

Se despachan pedidos de números sueltos previo envío de \$ 1.60 en estampillas por ejemplar deseado.

"Biblioteca Zig-Zag" — Cas. 84-D. Stgo.



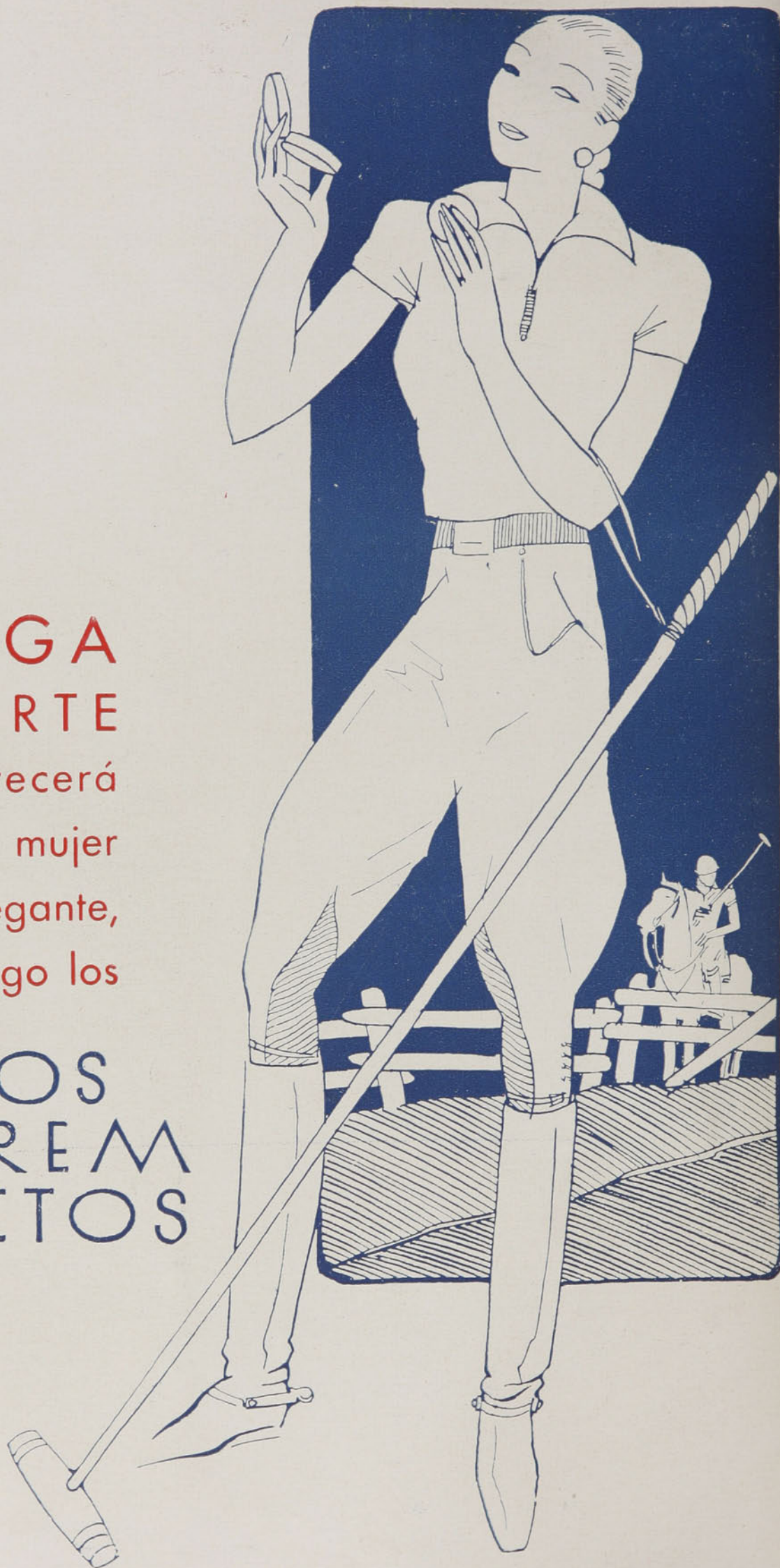
Keg.

1.20

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSU
SOCIEDAD ANONIMA DE EDITORIA

LA FATIGA
DEL DEPORTE
presto desaparecerá
de su rostro si, mujer
previsora y elegante,
llevó usted consigo los

POLVOS
DEL HAREM
COMPACTOS





Revista Quincenal

AÑO IV. NUM. 100

SANTIAGO DE CHILE

4 de agosto de 1931

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo,

María Martos O'Neil de Baeza,

EMBAJADORA DE ESPAÑA

Habla de la República Española y del Lyceum Club de Madrid

María Martos O'Neil de Baeza, mujer de Ricardo Baeza, es una embajadora de lujo. Cerebro privilegiado entre los cerebros femeninos de España, donde el nivel intelectual de la mujer es de los más elevados del mundo. María Martos O'Neil hace un feminismo de avanzada, feminismo femenino, donde hay amor al hogar, respeto al marido, ternura por los hijos, y esas mil cosas adorables de que, según los hombres, carecen las feministas. Y los hombres tienen razón, por lo menos los hombres nuestros, que no conocen más feministas que las que conozco yo misma, que habría ignorado para siempre jamás lo que puede llegar a ser el feminismo, si no hubiera conocido en España, hace cinco años, a la actual embajadora de aquel país.

Porque los conocí allí, a Ricardo y a María, centros entonces de lo más granado de la vida intelectual de España, con Ortega, con Pérez de Ayala, con Marañón, con Araquistain, Salaverría, los Baroja, etc.

Los conocí en una linda casa de la calle de Ayala, donde probablemente germinó la República, rincón amoroso con libros, con charla apasionada, con una taza de té que circulaba invariablemente de 7 a 9 de la tarde, encendiendo los ánimos y avivando la inteligencia.

—¿Cómo he de entrevistarte?—le digo—¿cómo embajadora, cómo intelectual, cómo mujer de un hombre ilustre, cómo inspiradora, fundadora y mantenedora del Lyceum, o cómo mujer que hizo la República en España?

—De esas cuatro cosas, me dice riendo, me quedo con el Lyceum. He trabajado en él cinco años. Comencé un mes después de volver tú a España y terminé cuando salí para América, aunque no puedo decir que he terminado, porque seguiré interviniendo en él desde lejos, con el mismo amor.

—Pues, hablemos del Lyceum, que entiendo, es el Club de Señoras que tenías tú planeado cuando yo salí de allí. Ya sé que se llevó a efecto y que obtuviste un éxito grandioso.

—Justo, ese es.

—He oído decir que te vino esa idea por haber oído hablar a un chileno del Club de Señoras de aquí, ¿es verdad?

—Sí he de serte franca, no es así. La idea me vino del Club de Señoras que hay en Londres. Yo quise fundar uno semejante, pero más liberal. El de Londres se gasta un criterio un poco estrecho en lo que a la recepción de las socias toca. Allí sólo pueden entrar personalidades, escritoras y artistas de fama o mujeres de alta situación social. Naturalmente que aquello resulta un poco frío.

En nuestro Club están todas las clases sociales, desde la más pintiparada duquesa, que también las hubo, la de Alba entre ellas, (ya no, con la República) hasta la sencilla maestra. Bueno, de clase modesta ya no admitimos, por ejemplo, taquígrafas, mecanógrafas, manicuras, etc.

—Dame detalles de las actividades del Lyceum Club.

—Son variadísimas. Desde luego está dividido en seis secciones: literatura, ciencias sociales y domésticas, sección social infantil, que atiende todo lo relacionado con el niño, sección de arte con exposiciones de arte nuevo, sección de música con conciertos y que favorece todo lo que atañe a la música, y sección internacional, que cuida de lo que puede servir a cualquier compatriota que esté fuera del país, ayudándola. Para Todos—1

dole si le hace falta y moviendo influencias en su favor. Últimamente, se ha agregado a esas, una nueva sección: La Sud Americana, al frente de la cual está Amalia de Salaverría.

—¡Pero qué Club maravilloso! ¡Y qué de problemas abarcan y resuelven ustedes! digo asombrada. ¿Y cómo pudiste llevar a cabo esa obra gigantesca, cómo llegaste a financiarla sobre todo? ¡Es extraordinario!

—Pues, una vez el plan determinado, no resultó demasiado difícil, ya verás. Pero déjame darte más detalles de las diferentes secciones de nuestro Lyceum Club. Tenemos además una biblioteca. Yo la tomé para mí, porque consideré que



Sra. María Martos O'Neil de Baeza

(Foto Hochausler)

aquella era la parte menos lucida y además porque podía explotar el nombre de mi marido en su favor, lo que naturalmente hice, con tan buen éxito, que sin gastar un céntimo, tenemos ya tres mil y pico de libros. Además disponemos de una magnífica sala de té, la mejor de Madrid sin ningún género de dudas.

—¿Solamente para las socias?

—Para las socias y sus amigas. También para los hombres que invitamos.

—¿Van hombres al Club de ustedes?

—Ciertamente, cuando los invitamos y los invitamos siempre. Sobre eso hubo al principio muchas discusiones. Algunas de las socias fundadoras, pretendían que formáramos un club mixto, pero yo me opuse resueltamente. En todo el mundo no existe un club para los dos sexos. Después de algunas dificultades venció nuestro partido y la cosa se hizo.

—Pero aún no me explicas cómo financiaron ustedes eso.

—Pues, de este modo. Como ya sabes, la idea la concebí yo. Me puse en seguida al habla con todas las amigas. Hablé durante dos meses. Al cabo de ese tiempo, obtuve de 60 personas, la promesa formal de asociarse. Cada cual debería pagar 5 duros de introducción y diez pesetas mensuales, cuota bajísima como ves. Con aquellas sesenta socias me lancé. Encontramos una casa de dos pisos, muy lucida, que nos costaba quinientas pesetas. Después vino lo demás. Ahora nos mudamos de casa. Tenemos una muchísima mayor y más hermosa. Otro de nuestros éxitos lo constituye la decoración de nuestro Club. Para ello nombramos una junta de artistas como hizo María de Maeztu para decorar la Residencia de Estudiantes.

—¿Cuántas socias tiene ahora el Lyceum?

—Sobre quinientas. Pero te iba a explicar la labor de cada una de sus secciones. La sección literaria tiene clases y conferencias de literatura y premios literarios, pequeños, pero que constituyen un estímulo. No pagamos estas conferencias, porque no tenemos dinero para ello, pero el prestigio de nuestro Club. Aquella casa tiene por objeto albergar du-



Srta. Carmen Baeza.

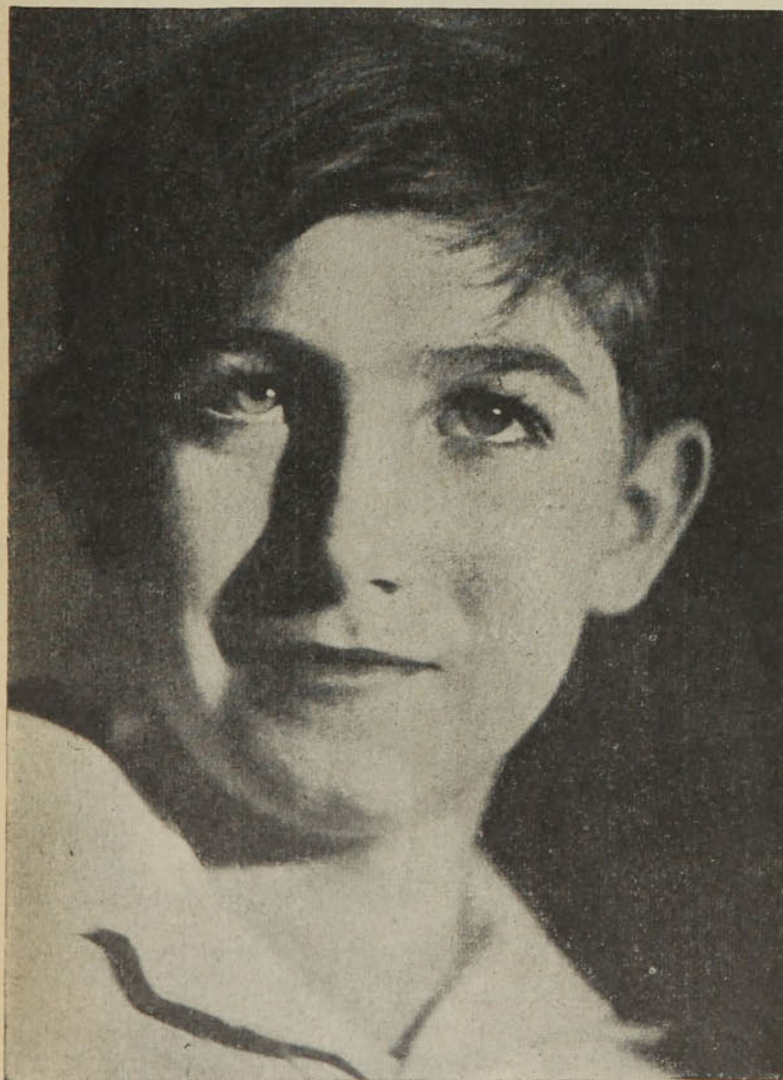
(Foto Hqchausler)

Club y la Residencia de Estudiantes, son los centros intelectuales más elevados de España.

La Sección infantil, es una de las obras más bellas de nuestro Lyceum. Hicimos gestiones hasta obtener que el Gobierno nos diese un terreno. Cada una de nosotras dió una cantidad y como no era bastante, obtuvimos lo demás de la beneficencia privada. Nos hicimos entonces construir una casa bellísima, al estilo de Le Corbussier, de cuya decoración se ocuparon los mismos artistas que procedieron a decorar nuestro Club. Aquella casa tiene por objeto albergar durante el día a los niños pequeños cuyas madres trabajan. Los niños recogidos, (tenemos cincuenta) tienen de dos a cinco años y pueden estar en la casa de ocho de la mañana a siete y media de la tarde. Durante ese tiempo, los pequeños hacen tres comidas, ¡y qué comidas! Un niño bien no está por cierto mejor, ni más concienzudamente alimentado. Tienen visitas de médico diaria, y son bañados y atendidos minuciosamente durante este tiempo. Este servicio de nuestro Lyceum fué el que nos atrajo la mayor cantidad de ataques. Todos los insultos que nos prodigó la prensa católica a propósito de la fundación de nuestro Club que a su juicio iba a dar al traste con la familia en España, aumentaron enormemente con la fundación de nuestra "Casa de los Niños", de la cual es alma la señora Consuelo de Bastos, esposa de un médico tan famoso como Marañón, con la diferencia que Bastos es cirujano. Esta "Casa de los Niños" tiene naturalmente su personal de criadas y enfermeras, pero está atendida por turno por dos socias del Lyceum, y mantenida por la cuota de las socias todas, más las donaciones particulares que recibimos.

—¿La Casa tiene sólo un distrito?

—Sólo un distrito, pero pensamos fundar una en cada uno de los distritos de Madrid, hasta llenar todas las necesidades. Ya tenemos comenzada la edificación de la segunda casa. Pero déjame seguirte hablando de los ataques de que fuimos víctimas con motivo de la fundación de nuestro Club, primero, y después a causa de la "Casa de los Niños". La iglesia comenzó a atacarnos diciendo horrores de nosotras, entre otras cosas, que destetábamos con cerveza a nuestros hijos y que lo que menos hacíamos al llegar a nuestras casas, era pegar a nuestros maridos. Creo inútil decirte que en nuestro Club no se venden licores ni siquiera de la especie más inofensiva. Pero la Iglesia, firme en su campaña, acudió a Primo de Rivera, pretendiendo que se nos cerrara el Club. Pe-



Fernandito Baeza

(Foto Hqchausler)

ro nos mantuvimos tan atentas a no dejar lado alguno para que se nos atacase, que no pudieron con nosotras. Bueno, teníamos la prensa de nuestra parte, aún el "A B C", diario conservador. Y era que nuestros maridos que conocían nuestra labor a fondo, eran nuestros primeros admiradores, y nos ayudaron mucho. Cuando se fundó nuestra "Casa de los Niños" dijeron nuestro enemigos que nos habíamos puesto monjas para enseñar a los niños y que no les enseñábamos a rezar. No pusimos monjas justamente porque la caridad de las monjas es fría y casi cruel, eso es cosa sabida. Queríamos nosotras para nuestros niños una atención más tierna y más de acuerdo con los conceptos modernos de la higiene y demás, en que las monjas están atrasadas. Por lo que toca a no enseñar a rezar a los niños es, naturalmente, falso. Les enseñamos el Ave María y el Padre Nuestro. Qué más van a rezar los niños de dos a cinco años. Pero en fin, de todo triunfamos, y ahora, con el advenimiento de la República y con el hecho de haber salido de nuestro Club dos ministras y tres embajadoras, y tener como socias nuestras a varias mujeres de parlamentarios, lo tenemos todo en la mano.

María habla con extraordinaria pasión, iluminada de lleno por los focos violentos del fotógrafo que le toma planchas y más planchas. Perico Igual, el simpático y popular Perico, aprovecha los focos para tomar una cinta cinematográfica. Hace moverse a la hija de María, linda muchacha de catorce años y exige a la embajadora que haga también algún movimiento. María de vueltas al té con su cuchara, ejercicio que asegura gustarle extraordinariamente. Bajo los focos que nos tienen la cara encendida y doloridos los ojos, seguimos hablando:

—¿Y aquella sección de exposiciones y Arte Nuevo?

—Tenemos un bello salón para exposiciones. Acogemos allí a los artistas nuevos de talento. No nos pagan casi nada, una insignificancia para costear la luz. Si venden telas nos dejan algo. De ese modo les ayudamos, si tienen talento procuramos darles a conocer lo más posible. En ese sentido, hacemos mucho bien a los artistas. Otro tanto ocurre con nuestra sección de música. Tenemos conciertos y favorecemos allí todo lo que a la música se refiere.

—¡Pero todo eso es asombroso! ¡Qué gana de tener una cosa así entre nosotros!

María me responde seria y entusiasta:

—¡Pero si lo puedes hacer! ¡Si lo puedes hacer sin dinero! Todo está en que te pongas a ello.

Yo prefiero callar.

—En Buenos Aires, me dice, hay una asociación femenina muy importante. Debes haber oído hablar de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres. Es grandioso. Pero debo decirte que me gusta más el nuestro. Por lo demás, son muy diferentes. En el de Buenos Aires no entran hombres, y por esa sola razón ya es incompleto. Nuestro Lyceum, se puede decir que es protegido y mimado por los intelectuales más destacados. Todo ello nos resulta de una utilidad enorme. Tenemos algunas socias notables. Entre ellas a Victoria Kent y a Clara Campoamor, diputados.

—¿Pero hay mujeres diputados en España?

—¿Pero no lo sabías? Por cierto que las hay. El feminismo de nuestra España retrógrada está a la cabeza del feminismo en el mundo. Victoria Kent es la primera mujer abogado que defendió a un reo en un Consejo de Guerra. ¡La primera mujer en el mundo!

—¿A un reo político?

—Sí, a un reo político: Albornoz. A propósito de esta hazaña le dimos un gran té en el Lyceum. A este té fueron todos los abogados y defendidos y casi todo el Gobierno actual de la República con Alcalá Zamora a la cabeza. Esto ocurrió cinco días antes de estallar la República.

Ahora es Carmencita Baeza la que posa delante de los focos abrasadores. Fernandito Baeza, de diez años, le aconseja firmes, muy personales. Es germanófilo y se niega resuelta-irónicamente que no ponga cara de Greta Garbo. El pequeño embajador es todo un carácter. Tiene opiniones avanzadas, muy mente a ir a un colegio inglés. Después resuelve en forma terminante no ir a ningún colegio en el resto del año.

—Me van a enseñar historia de Chile, como es natural, y yo no termino aún la historia de España. Me enseñarán a escribir distinto y también a hablar distinto. ¡Te digo que no voy!

—Es muy guapo, como dice su madre. Tiene un perfil griego y una tez y un color delicados. Mientras habla, se pasea energicamente de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

Las fotos han terminado y María hace algunas preguntas respecto de ciertos menesteres domésticos. Yo pienso con nostalgia en lo que son capaces de hacer las mujeres de España. ¿Por qué son capaces las mujeres de España de hacer todo eso? Empiezo mentalmente a darme razones: son unidas, tienen mucho corazón. Se las enseña a ser tiernas desde la cuna, y la ternura como la fe levanta montañas. Cuentan con el amor y el respeto de sus maridos, porque se lo merecen más que nosotras, y porque también sus maridos son hombres mejores, con más capacidad de ternura y más sentimientos de justicia. Las han apoyado en su labor, las han estimado, las han defendido. Aquí no acontecería una cosa semejante. Conozco cierto individuo intelectual y hombre importante bajo varios aspectos, que dice a propósito de toda labor de las mujeres, cierta frase chocarrera, mejor dicho grosera. Las mujeres de España han podido hacer todo lo que han hecho, porque los hombres han comprendido que podían hacerlo, y en lugar de sentir absurdos celos se han unido a ellas y de esa unión ha resultado lo que ha resultado: la República española, modelo de República bien constituida, y el Lyceum Club, el más importante del mundo en su género.

MARIA MONVEL



La señora Baeza y la Directora de "Para Todos", conversando.

(Foto Hochausler)

LO QUE HA QUEDADO DEL

La destrucción de las iglesias rusas por los

LA LOCURA RELIGIOSA EN RUSIA

—¿Qué ha sido de la iglesia ortodoxa? ¿Es posible que los bolcheviques hayan conseguido aniquilar, de un solo golpe, aquella gigantesca creación de cinco siglos?

Hago estas preguntas a un cura ruso, de ojos azules, barba hasta la cintura y veste mugrienta que he encontrado en el diván de un café de Montparnasse. Este cura ruso no se parece en nada a un sacerdote católico, apostólico, romano. Es un tipazo desbaratado, de inteligencia aguda, lleno de congojas espirituales, sensual y un poco anarquizante. Clava los ojos claros en una lejanía ideal y me dice:

—Ustedes, los católicos, comprenden difícilmente lo que era la Iglesia ortodoxa rusa. Desde los tiempos de Pedro el Grande, la Iglesia estaba supeditada al zarismo, que abolió el patriarcado e instituyó el Santo Sínodo, asamblea de dignidades eclesiásticas que actuaba bajo la vigilancia del procurador del Estado, casi siempre, un militar rudo y enérgico a quien se denominaban estas condiciones, la Iglesia no podía ejercer su poder espiritual sobre los creyentes y se convertía en un instrumento político en manos de los zares, que se aprovechaban de la religiosidad del pueblo ruso, convirtiendo a los clérigos en policías y confidentes.

El ruso es profundamente religioso; todo verdadero ruso está dentro del grupo de los llamados “portadores de Dios” o del de los “buscadores de Dios”. Pero, a pesar de esta religiosidad fundamental, la Iglesia ortodoxa, supeditada al poder temporal del zar, no pudo nunca registrar espiritualmente al pueblo como lo ha conseguido la Iglesia católica. Aparte la ingerencia del zarismo, se debe esta falta de influencia a que la Iglesia ortodoxa rusa no hacía ninguna labor de educación moral. La moral y la religión eran cosas distintas; el ruso llegaba a fundir la iniquidad con la piedad; tal es el caso de Iván el Terrible. Al margen de la vida, la Iglesia permanecía inmutable, ninguna verdad nueva podía descubrirse y no pensó nunca en formar una clerecía ilustrada. Los seminarios no se aplicaban más que a perpetuar los ritos y la teología tradicional, y se daba el caso de que el clérigo instruido estaba mal visto, porque se consideraba que el saber libresco provocaba el orgullo espiritual.

Esta incultura del clero, favorecía la creación y el desarrollo de innumerables sectas, que fueron, desde los primeros momentos de la revolución, el gran apoyo de los bolcheviques en su labor destructora de la Iglesia. Se ha dado el caso de que, para combatir a la ortodoxia, los bolcheviques han fomentado las sectas. Ocurría, al principio, que los bolcheviques cerraban las iglesias ortodoxas y expulsaban a los sacerdotes creyendo

que con esto convertían al ateísmo a las masas, cuando lo que ocurría era que el puesto del sacerdote ortodoxo venía a ocuparlo, inmediatamente, un sectario, curandero o iluminado cualquiera.

El número de las sectas era infinito: había los ascetas, que vivían a pan y agua y cuyos cuerpos, después de muerto, permanecían incorruptos; los “idiotas” o simples de espíritu por el amor de Cristo, vagabundos cargados de cadenas, a cuyos gruñidos daban, los campesinos, el valor de auténticos oráculos, y los “viejos creyentes”, enemigos seculares de la supeditación de la Iglesia al zarismo, que seguían considerando a Pedro el Grande como el verdadero Anticristo. Estos “viejos creyentes” tenían una mo-



ral puritana, eran laboriosos y ricos; tenían sentimientos liberales y protegían las artes y las letras; obra de “viejos creyentes” es el famoso Teatro de Arte de Moscú.

Una rama de la secta de los “viejos creyentes” fué la secta de los “sin sacerdotes”, que se administraban ellos mismos los sacramentos, se dirigían por medio de los más ancianos, hacían oficiar a las mujeres, se bautizaban a sí mismos, durante la noche en las orillas de los ríos y se confesaban ante una imagen a presencia de un anciano. Su lema era huir del mundo y no mezclarse con el gobierno del Anticristo. Rompían los pasaportes del zar y se echaban a peregrinar sin más documentación que un papel con una cruz en el que decía: “Este es el verdadero pasaporte visado en Jerusalén”. Predicaban que la tierra es y debe ser de Dios; los hombres deben usarla y no poseerla en propiedad. La divisa que tenían era la de “Abandona a tu padre y a tu madre, carga con tu cruz y sígueme”. Adoptaban la vida nómada, eran comunistas y anarquistas. Estas sectas fueron las que prepararon, con sus predicaciones, el advenimiento de la revolución.

Las variedades de esta secta eran verdaderas locuras; entre ellos estaban los que vivían solitarios en los bosques y preferían morir a someterse al Estado, hasta el punto de que ganaban la palma del martirio sufriendo las persecuciones

de la policía del zar; los que comulgaban permaneciendo, el martes, con la boca abierta en espera de que los ángeles viniesen a darles la comunión; los que hacían voto de silencio y sufrían las mayores torturas antes que despegar los labios; los “no rezadores”, que sostenían que al Espíritu Santo no se le puede adorar más que espiritualmente; los nihilistas, es decir, los que sostenían que, desde la venida del Anticristo, todas las cosas santas se fueron al cielo y el culto divino ya no es posible en la tierra; los que esperaban la redención por el suicidio; los gnósticos flagelantes, que celebraban orgías espirituales y sostenían que Dios había venido a la tierra al mismo tiempo que el Anticristo Pedro

y había encarnado en la figura de un soldado desertor al que llamaban “Señor Dios Sabaoth”, el cual tuvo un hijo que decían era el Redentor. Decían que todo hombre podía aspirar a la Divinidad y convertirse en Cristo. No iban jamás a las fiestas, no se casaban, y el juramento y el robo les estaban prohibidos; sus ceremonias religiosas eran el éxtasis y la excitación. Cantaban y daban vueltas hasta que caían en delirio, convulsiones y gritos, con lo que según creían, se manifestaba la presencia de Dios.

Había también los que saltaban y cantaban para entrar en éxtasis los bailarines, los comunistas, los pacifistas y los eunucos o “blancas palomas” que creían que el Mesías vendría a la tierra cuando se llegase al número de 144.000 eunucos; eran ricos y, en los últimos tiempos, se limitaban a mantenerse célibes. Había, además, los “atletas del espíritu”, que creían que Dios es inseparable del hombre y rendían culto a la Divinidad en las criaturas, haciendo consistir su culto y sus oficios en recíprocas reverencias y saluciones. El cuadro de la difusa religiosidad eslava lo completaban los adventistas, metodistas, “bebedores de leche”—llamados así porque la bebían en las fechas en que lo prohibe la ortodoxia—, cuáqueros y mormones. Esto, sin contar los judíos, mahometanos, budistas y demás creyentes no cristianos.

—Tal era—me dice, sonriendo, este pope ruso, refugiado en el Quartier Latine de París—el panorama de la religiosidad rusa al estallar la revolución.

LA IGLESIA ORTODOXA RUSA LUCHA CONTRA LOS BOLCHEVIQUES

El 15 de agosto de 1917 — todavía bajo el gobierno de Kerensky — se reunió en la catedral de la Asunción, el Santo Sobor de la Iglesia ortodoxa rusa, y después de prolijas discusiones, restableció el patriarcado y eligió a Tijón “muy santo patriarca de Moscú y de todas las Rusias”. Pero, el día de la elección era ya el 8 de noviembre de 1917, y aquel mismo día habían tomado el poder los bolcheviques.

IMPERIO DE LOS ZARES

bolcheviques - Por Manuel Chaves Nogales

A los dos meses, el patriarca Tijón declaraba la guerra a los bolcheviques y amenazaba con la excomunión y los tormentos del infierno a los que atentasen contra la Iglesia. Declaraba que le salud de Rusia se encontraría, únicamente en la proclamación de un zar ortodoxo y prudente, acusaba de «satanismo» a los bolcheviques y prohibía a los creyentes todo contacto con aquellos monstruos de la humanidad.

Los bolcheviques atacaron a la Iglesia implacablemente; hicieron la separación de la Iglesia y el Estado, proclamaron la libertad de conciencia, prohibieron las colectas religiosas y declararon propiedad del pueblo todos los bienes de la Iglesia. Temerosos, sin embargo, los bolcheviques de la fuerza popular de la Iglesia, no se lanzaron a fondo a la expropiación y dejaron en poder de las organizaciones religiosas, en concepto de depósito, tierras que representaban más de cuatro millones de deciatinas. La Iglesia se defendió con la no cooperación con las autoridades civiles y con la propaganda entre las masas de creyentes. El gobierno bolchevique, con ese realismo suyo característico, se asustó de la fuerza de la Iglesia y dió marcha atrás en la nacionalización. Dando un rodeo, los bolcheviques continuaron su campaña contra la religión, fomentando las sectas y difamando al clero ortodoxo.

La lucha, cada vez más encarnizada, duró hasta 1920, año en que se llegó tácitamente a una tregua; algunos obispos pactaron armisticios con las autoridades soviéticas, y en otras comarcas, los comunistas cedieron al influjo de las organizaciones religiosas. Fué el momento peligroso de los bolcheviques; en las grandes ciudades reinaba el más espantoso caos y sobre los inmensos territorios ucranianos el hambre iba sembrando la muerte. Fué entonces cuando el metropolitano Antonio de Jarkov, que había emigrado a Serbia, reunió, en Karlovitz, un Consejo de la Iglesia, en el que tomaron parte numerosos obispos emigrados y declaró que era necesario restablecer la monarquía y buscar un heredero al trono de los Romanoff.

Los bolcheviques decidieron aprovechar la tragedia del hambre que se enseñoreaba de Rusia, para incautarse del tesoro que representaban los vasos sagrados y ornamentos del culto. En un principio, el patriarca Tijón, sensible a la catástrofe del hambre, accedió a ceder una gran parte de los tesoros de la Iglesia para que fuese vendida y sirviese de socorro a los hambrientos, pero el gobierno bolchevique, al que se interesaba



tanto como socorrer a los hambrientos, dar la batalla a la Iglesia, se dispuso a incautarse de todo sin contemplaciones. El patriarca Tijón declaró que aquel despojo era sacrilego e hizo un llamamiento a los fieles para que se opusieran. La lucha que se entabló fué espantosa. Hubo centenares de motines en toda Rusia, y la represión del gobierno fué sangrienta. En Petrogrado fueron juzgados, condenados a muerte y ejecutados, el metropolitano Benjamín y diez sacerdotes. El día 12 de mayo hubo también una matanza de sacerdotes en Moscú.

Al patriarca Tijón, lo encerraron los bolcheviques en el monasterio de Dons Koi, cerca de Moscú, a donde dijeron que se había retirado voluntariamente. Libres ya de la peligrosa influencia del patriarca, fueron encarcelando a los

obispos a quienes Tijón había encomendado la dirección de la Iglesia, y entonces urdieron el plan diabólico que debía dar el golpe de gracia a la ortodoxia: el cisma.

El metropolitano Antonio, con algunos clérigos revolucionarios de Petrogrado, entre ellos Vedensrky, Belkov y otros, crearon la llamada "Iglesia Viviente", y cuando en 1923 se reunió de nuevo el Santo Sobor en la catedral de Cristo Redentor, en Moscú, levantaron la bandera de la convivencia con los bolcheviques, sosteniendo la teoría de que, puesto que "la voluntad de Dios, sin la cual nada sucede, era que Rusia estuviese gobernada por los bolcheviques, había que acatar la voluntad de Dios". Los partidarios de esta "Iglesia Viviente", que tenían

(Continúa en la pág. 50).

LOS PLACERES DE LA MESA

Golosina es una palabra linda, redonda, reluciente y jugosa. Da gana de besarla en las mejillas. Gastronomía, con su pequeño aire científico y legislador, me gusta mucho menos. El estómago es demasiado notable con sus jugos gástricos, y toda su química. Se siente que la gastralgia no está lejos. Mientras que la palabra golosina, evoca la imagen de los labios rientes, no menos bien hechos para el beso que para la crema. Golosina conserva todavía, y no es su menor atractivo, un ligero perfume de fruta prohibida. Los golosos no han olvidado que antes, en los tiempos en que había todavía pecados capitales, la golosina o gula contaba entre ellos. Las mujeres sobre todo, tienen una manera de decir, bajando la voz, con una confusión hipócrita: "soy muy golosa...", que hace pensar en el confesonario. "Padre mío, me acuso" y... ron, ron, patapón".

Los gastrónomos, al contrario, hacen profesión de su gastronomía. Sus grandes bonotes, tienen algo de sorbónicos. Habiendo venido a ser el culto de la cocina una religión oficial, ya no es bueno como antes, comer sobriamente, si siquiera "libremente". Porque no basta a sus ojos para ser gastrónomo, comer lo que se encuentra bueno, es preciso comer lo que ellos os ordenan que comáis.

Tengo varios amigos gastrónomos, a quienes admiro y amo fielmente. Pero nunca estoy a gusto en su compañía, porque siento que me juzgan con severidad. Y es que yo encuentro que hay

otros placeres mejores que los de la mesa: viajar, mirar, conversar, leer. En suma, no soy más que un tibio. Y en una comida, lo que vale para mí, son aquellas pequeñas golosinas del final que, para los sacerdotes del roti, resultan despreciables. Si vierais vosotros la tristeza de sus fisonomías, cuando almorzamos juntos y me niego en algunos de sus guisos... La reprobación y la piedad, se mezclan sobre sus rostros. Me condenarían a los fuegos del infierno, primero para castigarme, y después para darme sed.

La modestia es cosa rara entre los gastrónomos. Se creen poseedores de todas las virtudes morales, y de las más brillantes dotes espirituales, y lo niegan todo a los que no comen como ellos. El bebedor de agua, es necesariamente malvado, el vegetariano, necio, "Sólo los imbeciles, no son golosos". — escribió Maupassant. Esto da deseos de ser goloso, para ver.

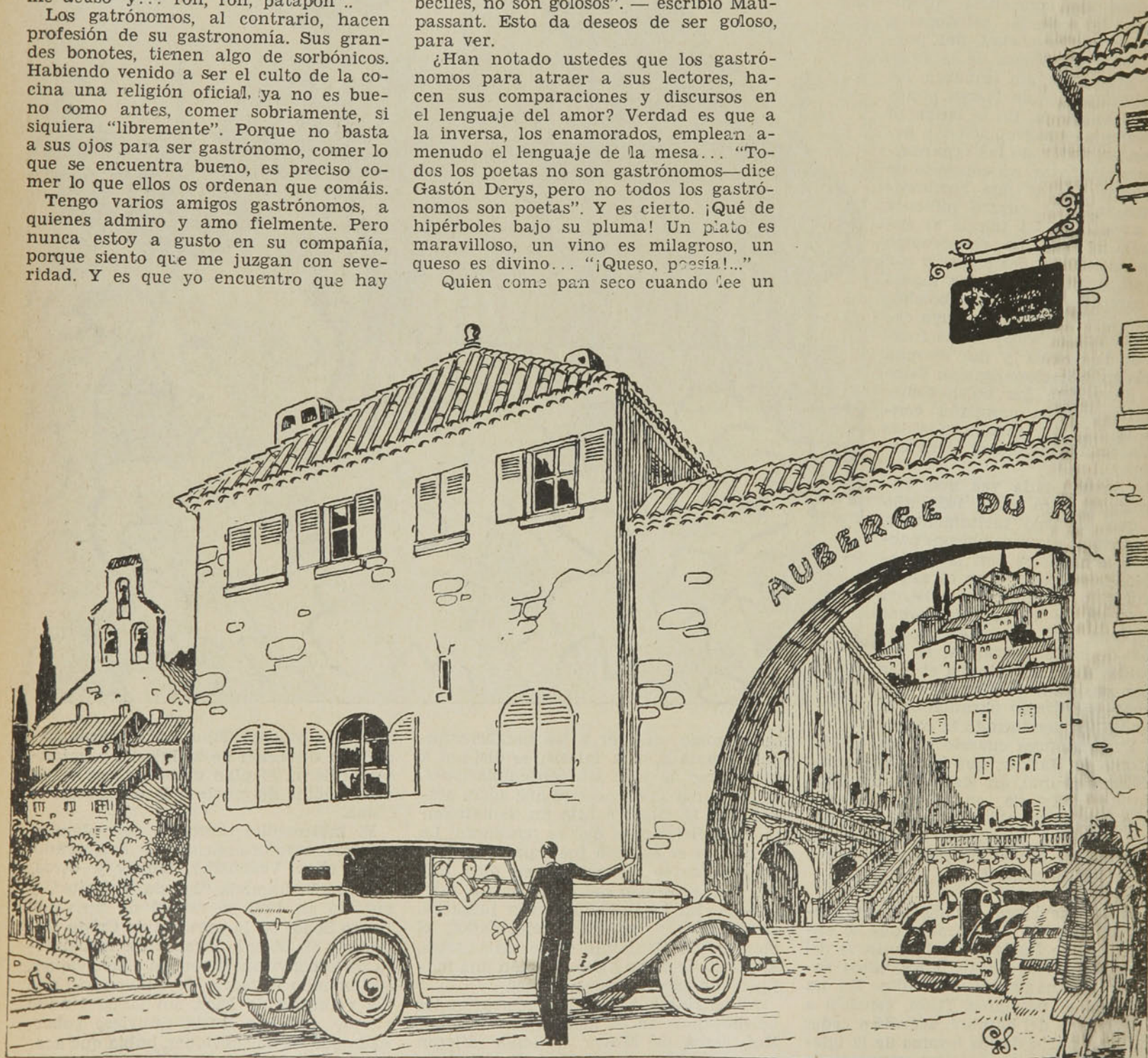
¿Han notado ustedes que los gastrónomos para atraer a sus lectores, hacen sus comparaciones y discursos en el lenguaje del amor? Verdad es que a la inversa, los enamorados, emplean a menudo el lenguaje de la mesa... "Todos los poetas no son gastrónomos—dice Gastón Derys, pero no todos los gastrónomos son poetas". Y es cierto. ¡Qué de hipérboles bajo su pluma! Un plato es maravilloso, un vino es milagroso, un queso es divino... "¡Queso, poesía!"

Quien come pan seco cuando lee un

libro de cocina no hace una mala cena.

Muchos pecados les serán perdonados a los gastrónomos, porque al amor de la buena sopa, unen el culto del bello lenguaje. Pero verdaderamente exageran. Todo se reduce en ellos a la cocina, como en otros al cofre con dinero. Pienso en esos habitantes de la Luna, de la novela de Wells, en los cuales un órgano se desarrolla monstruosamente, mientras que los otros se atrofian: tal, apasionado por la música, es todo orejas; el otro, sabio, es cerebro de pies a cabeza; un tercero, gastrónomo, no es más que estómago... No me gustan las especializaciones. Es preciso ser más ecléctico.

G. A. MASON



AMOR EN EL ASCENSOR

Fueron los últimos en marcharse de la fiesta. Hilario pensó que Betty se quedaba, mucho después de haberse ido todos los demás invitados, para retardar el momento de estar sola con él cuando la acompañara a su casa. Miró para Luisa, cuyo estudio presentaba el desorden de casi todos los estudios de artistas después que todo el mundo se ha divertido a más y mejor — en este caso todos, menos Betty y él — Luisa ahogó políticamente un bostezo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en California, Hilario? — inquirió, pesándole demasiado sus deberes de cortés ama de casa.

Hilario pensó: "A esta hora quería que yo estuviese en Jericó", pero respondió:

—Unas cinco o seis semanas. Me voy mañana en el Century; es decir, hoy, porque ya pasan de las doce, — y miró para Betty.

Sabía que estaba furiosa. Pero, ¿tenía él la culpa de que Dorothy Dickson estuviese en la fiesta? Recordando otras veces en que Betty se había enojado con él, Hilario suspiró. Pensó cómo podría apaciguar la tempestad y arreglar las cosas antes de depositarla a la puerta de su casa.

No podía bajo ningún concepto partir para el Oeste sin saber que ella lo amaba otra vez y sin dejarla contenta; sin que hubiera nada querelloso entre los dos; sin ser perdonado. Aunque no veía muy claro qué había que perdonarle.

Al fin fué demasiado tarde para una novia indignada.

—Adiós, Luisa. Te debemos un rato agradabilísimo. Procuraré no echar mucho de menos a Hilario.

Ya bajaban en el ascensor automático. Se hallaban entre los pisos noveno y décimo, y durante un segundo Hilario sintió que su estómago continuaba el descenso. Betty se puso tan pálida que al novio se le olvidó que estaba furiosa y exclamó:

—Ne tengas miedo. No puede sucedernos nada. Estamos absolutamente seguros.

Parecía que el miedo había derretido su gélida altivez. Para Hilario fué un verdadero consuelo descubrir que en un momento de apuro ella todavía era capaz de considerar su presencia como un antídoto contra el pánico.

—Debiera haber una ley contra los ascensores automáticos — dijo él. — Si hubiera aquí uno que lo manejara, esto no sucedería.

—¿No podemos hacer nada? Si apretáramos uno de esos botones... — Y la joven señaló toda agitada para la hilera de botoncitos con que se manejaba el aparato.

En la mente de Hilario iba tomando cuerpo una resolución.

—Mejor que no lo hagamos — aconsejó cauto. — No soy mecánico y no confío en estas cosas. Según tengo entendido, cuando se toca al principio un botón, ya le da uno al ascensor la orden que quiere. Me parece que lo mejor es esperar hasta que le vuelva la corriente y obedezca la orden que ya le dimos.

—Pero así puede ser que estemos aquí horas y horas.

La idea le pareció estupenda. Sin embargo:

—No lo creo — dijo para consolarla. — De todos modos lo mejor es esperar a ver lo que pasa.

—¿Pero no podríamos hacer algo? ¿No estás nervioso, Hilario?

—¿Nervioso? ¡Qué va! — Qué graciosa era, pensó, al querer que alguien, que él, la cuidara como a una niña. — Está claro que nada nos puede suceder si no nos metemos a tocar lo que no entendemos. Quizás alguien necesite el aparato en el piso bajo y de buenas a primeras nos sintamos descender como si nada.

—¡Pero es tan tarde! No es probable que nadie llegue de la calle a esta hora.

—Si aguardamos, Betty, te aseguro que no hay motivo para alarmarse.

—Podríamos pedir auxilio — sugirió ella esperanzada.

—Despertaríamos el edificio entero, e imagínate el papelazo que haríamos si a los primeros gritos echase a andar el ascensor. Cálmate. Mira, fúmate un cigarrito.

Ella lo tomó con tal aire de agradecida que el joven equivocó la blandura motivada por las circunstancias.

—¿No te arrepientes de haberte portado tan mal conmigo allá arriba? — preguntó. — ¿No te pesa?

—¡No me he portado mal! — saltó ella echando chispas por los ojos. — De todas maneras, tú empezastes, como siempre.

—¿Qué hice yo, querida? — protestó él.

—Dijiste que era bonita.

—Pero tú me preguntaste primero si no me lo parecía.

—Eso — y Betty apuntaba resueltamente con el dedo, como si tuviera a la persona aludida a su lado, — eso fué antes de saber que la conocías. Nunca me habías dicho que habían sido ustedes amigos, y quién sabe qué, antes de que yo viniera para Nueva York.

—Pero mi vida, no hubo ocasión de decírtelo. Te lo hubiera dicho más tarde. La cosa no tenía tan gran importancia.

—La tuvo bastante para que Madge me lo dijera.

—Madge es una chismosa. Tú misma lo has dicho siempre.

—No te atrevas — exclamó Betty con un sollozo — ¡no te atrevas a decirme que no tengo razón, Hilario Farrand!

—¿He dicho semejante cosa, mi cielo?

—Pero lo estás pensando. Estoy segura. Pudiera decirte muchas cosas. — Betty estaba siempre horrorizada de lo que se imaginaba pensaba su novio. Sí, allí estaba él, con diez años más que ella y ya famoso dibujante. ¿Y no acababa de firmar un jugoso contrato con una compañía cinematográfica y no se marchaba al día siguiente para Hollywood, donde había tantas bellezas?

La joven abría y cerraba su bolsa de tejido de oro. De un modo vago, Betty pensaba que tenía que echar a combatir la im-

portancia de su personalidad contra la importancia no solamente de la de él, si-ba, siendo no más que Betty, había de igualar, y hasta sobrepasar a su novio.

El ascensor dió una sacudida en seco y luego volvió a quedarse inmóvil.

—¡Hilario! — gritó la joven, y corrió a su lado. Hilario bendijo al inventor de los ascensores automáticos que podían quedarse varados entre dos pisos.

—No hay novedad — la dijo con voz acariciadora. Cuando vió que nada más sucedía, la muchacha se fué al rincón más apartado y continuó desatando su furia.

—¿Qué ha habido entre tú y esa Dorothy?

—¡Mi cielo! Esa Dorothy se me importa un comino. Es casada y...

—De modo que esa es la única razón, ¿eh? ¡Sólo porque es casada!

—La conocí como conocí a otras cien muchachas. ¿No te das cuenta? Estoy loco por tí. Para mí no hay en el mundo nadie más que tú.

—¿Hasta en Hollywood?

—Desde luego. — Y la atrajo hacia sí, sintiendo que ella se iba abandonando a su suave presión. Sí, era el Hado mismo el que los había encerrado en aquella jaula aérea. Ya podía coger el tren con el alma aliviada de toda preocupación. Acto seguido la besó.

(Continúa en la pág. 53).



Tierra, Sangre, Ceniza

A propósito del 5.^o centenario del sacrificio de Juana de Arco

Por

Eduardo Avilés R.

Máximo Real del Sarte ha regalado a Nuestra Señora de París un relicario de oro que contiene una mezcla de tierra del sitio exacto en que fué quemada viva Juana de Arco, cenizas de sus huesos y sangre de sus venas. Jamás, en la historia de los sacrificios, una reliquia tan inapreciable fué recogida, guardada durante quinientos años y al fin puesta en manos de la Iglesia.

Hice, ayer, todo lo posible por acercarme a semejante incomparable relicario, que fué expuesto en la plaza de Notre Dame a la adoración pública. Imposible, ni siquiera verlo de lejos. El cardenal Verdier estaba allí, revestido de púrpuras y dorados, escoltado por el alto clero de París. La ceremonia comenzó a las dos de la tarde, bajo la luz tímida de un sol más invernal que primaveral, ante una multitud densa. ¿Cuántas asociaciones religiosas estaban allí? Pasaban, pasaban, pasaban... Guardias de policía y policía eclesiástica. Delegaciones. El partido realista en pleno. La vieja nobleza y la nobleza católica. Y el público, el pueblo parisiense, este pueblo que si hubiera cogido a la pobre y divina Juana en los días de terror la hubiera sometido a la máquina del doctor Guillotin antes de que los obispos de Beauvais la hubieran condenado en vergonzante tribunal, pero que a la hora piadosa extrema sus entusiasmos y diviniza, con gestos como el de ayer a la que de buena gana hubiera guillotinado en su oportunidad.

Esta ceremonia está considerada como una reparación tardía (¡quinientos años justos, este 30 de mayo!) La madre de Juana de Arco estuvo a llorar junto a uno de los pilares góticos de la vieja catedral, para pedir que rehabilitaran la memoria de su hija. Aquellas lágrimas empiezan a tener consecuencia rehabilitadora. El relicario que contiene esa mezcla extraordinaria, de tierra, de cenizas y de sangre, puñado conmovedor de masa simbólica, fué colocado por las manos blancas del señor Cardenal en el sitio mismo en que se arrodilló la madre. Y es así como la Iglesia, aunque tarde, la Iglesia oye la voz suplicante que pedía la rehabilitación desde el fondo tibio de sus lágrimas.

Curioso evocar como evoqué yo— y todo París, seguramente— en los momentos en que la Iglesia honraba un puñado de cenizas sangrientas de Santa Juana, la figura porcina del obispo Cauchon presidente del tribunal eclesiástico que la condenó a la hoguera. Según una estampa de aquel prelado,



era tripudo y calvo, lleno de grasa solidificada en el cuello y las manos, sensual y pesado. Una especie de bestia. Una bestia que se hubiera comido a una mariposa. Porque, ¿qué otra cosa si no mariposa era junto al puerco grasoso la más espiritual de todas las niñas de Francia?

Y también evocamos otra figura repugnante, la del miedoso Carlos VII, traidor y pequeño, que no obstante ha pasado a la historia con el sobrenombre de El Victorioso. En su juventud fué un calavera indolente que vivió bajo las faldas de veinte favoritas. Su reino se desmembraba mientras él mismo se reducía. Los ingleses eran dueños de Francia. Y no es sino por La Pucelle, por la insistencia de Juana de Arco, que consintió dejarse coronar en Reims y ponerse al frente de sus arqueros libertadores. Frente a los muros de Compiègne, lleno de pánico, tembloroso como cabrito cerrero, aquel pobre diablo abandonó a Juana entre las manos enemigas, salió corriendo y no volvió espaldas sino hasta que la heroína había sido entregada a la hoguera en Rouen.

Así como abandonó a Juana, sacrificó también a Jacques Couer, su tesorero. Y murió de hambre. Tenía miedo de comer. Creía que su hijo lo envenenaría para sucederle...

Todas estas cosas han venido a nuestra memoria este mediodía de solemne rehabilitación. Notre Dame estaba bella

(Continúa en la pág. 53).



WOLF, EL PERRO DE REMARQUE

Erich Maria Remarque, el afortunado y discutido autor de "Im Westen nichts Neues", la novela de la guerra que más popularidad y mayor tirada ha alcanzado, que hasta ahora se sepa, hace una acusación formidable y dolida en el fondo, bordando un tema sentimental con ribetes de convicciones filosóficas, de su perro Wolf. Tenemos a la vista "Die Naturwissenschaften" y extractamos aquellos párrafos de la carta que a veces piadosa y otras irónicamente subrayada, dirige a su amigo Paul Graupe, conocido editor de Berlín, en Tiergartenstrasse, lo que sigue:

"No puede usted imaginarse lo hondamente que me ha preocupado mi viejo Wolf; pues ahora que, tirado como un fardo amarillento sobre la alfombra, brillándole la punta del hocico por la baba senil y roncando con beatitud de "feldmariskal", sigue siendo para mis presentes análisis, una cosa que en su interior se obstina en contagiarme de pueril meditación. Acaso tuvo más que razón al desertar cuando también quise empujarlo a la guerra. Si los hombres quisieron hundirse en la nada, arrebatados por una fiebre idiota cuyo origen aún se ignora y que jamás podrán definir del todo, ¿no es lógico pensar que los animales, los caballos y los perros, no debieron nunca ser inmolados sin previa consulta, sin el tácito consentimiento? Yo sufría en mi dignidad, cuando comprendía, al ver a mis compañeros

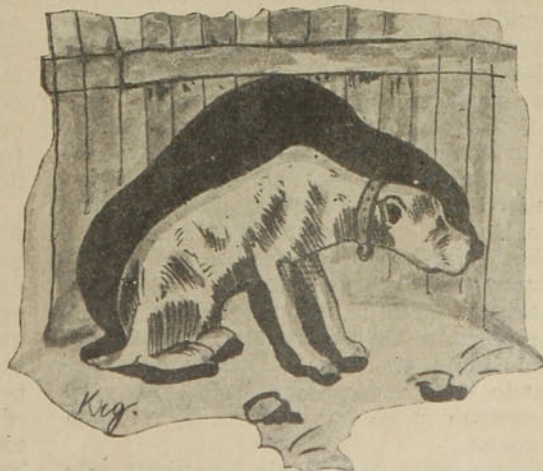
mofarse de mi perro que huía perdiéndose en un campo de trigo, a la primera escaramuza; porque este animal que ahora infla desde la alfombra de estambre su armazón esquelética, era algo de mi mismo yo, más que la mochila, que mis tres libras de tabaco y que las polainas de repuesto. Era carne palpitante, casi consciente; una prolongación de mi actividad muscular, que al primer disparo, con una cobardía bastante humana, dejaba atrás los deberes y los prejuicios por un soplo innato de instinto y conservación. ¿Prejuicios?

Karl Schmidt abrió su boca desdentada y grotesca para barbotar una cargada y señalándome la dirección con el

fusil en ristre prorrumpía ensañándose con mi can despavorido:

—¡Se ha lucido tu Wolf con tan ilustre apellido! Se interrumpió. Una bala lo hizo caer de rodillas, y aunque ya no se reía, con una mueca de espanto continuaba apuntándome la distancia por donde había corrido el animal. Lo atrapé por la cintura, pero sus ojos se nublaron como un cristal y dejó en mis oídos unas palabras ininteligibles. Ya no se reía... Este perro tuvo desde sus comienzos una vida sentimental y pobre. Erraba por la aldea solitaria en las noches de invierno. Una tarde desapareció de la cuadra de Frau Mehler un pato rechoncho y vanidoso, plumas y restos sanguinolentos daban exacta cuenta del crimen perpetrado en la persona del palmípedo. Una mañana, tres días después del acontecimiento, junto con el viento que aullaba afuera de la ventana, vino un quejido lúgubre, casi humano. El perro apareció junto al "laube" medio deshecho, apaleado. Mi madre lo curó como pudo y lo dejó entre un macizo. Su muerte era cuestión de horas. Frau Mehler sacaba a menudo su cabeza de entre los cristales y en su mirada de rencor se colegía la satisfacción de la venganza. Desde aquella mañana odiamos a la vieja y a su parentela. A ratos yo me escurría por entre las flores y contemplaba al desdichado animal. Sus ojillos griseos y taladrantes, parecían desvir-

(Continúa en la pág. 54)



El matrimonio

Esa clara mañana de abril de 1869, Fragonard, madrugador voluntario en toda estación, se había levantado con el alba. Pero no lo había hecho, como le ocurría a menudo, obligado por la necesidad de terminar rápidamente una pequeña tela encantadora, concebida en una aguda sonrisa. Desde hacía unas

traído, ausente la mirada, y pocos instantes después, se dirigía de nuevo hacia la puerta, sin decir hasta luego, y ganaba su atelier o se dirigía a la ciudad. Si tenía esta última ocurrencia, la noche estaba muy avanzada cuando el artista ganaba su departamento.

Semejante cosa, precisamente, había

bía venido a sentarse ante la tela comenzada con el ánimo de continuar el trabajo, pero había advertido que no encontraba en él ningún placer. Aunque tuviese por tema uno de los asuntos que le eran más familiares, su pincel no había encontrado ese ardor exquisito y fogoso, al cual debía su renombre.



cuantos meses, su sueño y su trabajo marchaban desordenadamente.

Tal cambio no había dejado de sorprender a los vecinos del pintor. Cada cual estaba tan habituado en el Louvre a considerarlo como un bromista! Desde el alba, la voz cálida del provincial, estallaba en efecto por encima de los muros de su departamento; lanzaba sabrosos refranes, que sonaban claros y alegres sobre las altas bóvedas del palacio, como un canto de gallo joven al alba. Luego después, se le encontraba en los corredores. Trotaba con pasos menudos, yendo de puerta en puerta a hacer saltar un niño o a devolver los cumplidos a las hijas y mujeres de sus camaradas. Un día combinaba alguna farsa respecto de las señoritas Greuze, poco inclinadas a bromear, pero más a menudo venía a sentarse sobre el lecho de Hubert Robert para revivir con él algún bello recuerdo de Italia.

Ahora todo había cambiado; Frago se confinaba la mayor parte del tiempo en su cuarto. Si llegaba a hacerse sitio en algún hogar amigo, se mostraba dis-

acontecido la víspera, y esta mañana, linda sin embargo, toda bañada de sol juvenil, el ánimo del pintor se mostraba resentido.

Una vez más, a fin de volver a ver a la linda bailarina que había adorado y que había participado de sus sentimientos durante algunos meses, esta Magdalena Guimard, idolo de París y de Versailles, Frago había dedicado su soirée a la Opera. Hasta la última figura del ballet había rondado entre bastidores esperando el minuto en que, al encontrarse solo con ella, podría evocar los bellos recuerdos de su amor y quizás reconquistar ese corazón más volandero que malo. Pero si durante cada uno de los entreactos, la personita se había entretenido con él lo más gentilmente del mundo, había evitado con el mismo cuidado, concederle un tête a tête privado. De tal manera, que Fragonard había entrado al Louvre descorazonado, con las lágrimas en los ojos y en el corazón, y no había dormido en toda la noche.

Veinte veces después de amanecer, ha-

Por azar, el artista había llevado a sus pinceles ese delicado color carne del cual tenía el secreto y que tan bien le servía para pintar un hoyuelo o un pliegue del cuerpo, pero luego abandonaba la tarea, atormentado por los recuerdos de la infiel a quien evocaba con demasiada intensidad. Desde hacía un momento, con su redonda nariz apretada contra los vidrios, tamborileaba con los dedos sobre las baldosas. Con la mirada ausente, miraba el encantador paisaje del Sena, con sus orillas bordeadas de álamos reflejando su tierno follaje en las aguas doradas del puerto de San Nicolás.

Algunos golpes vacilantes dados a la puerta rompieron el sortilegio. Antes de haberse rehecho, Fragonard vió entrar un clérigo, cuyo solo aspecto campesino acabó de distraerle. El tricornio en la mano, un gran pañuelo manchado de tabaco en la otra, el aire tímido, a despecho de una estatura de guardia francés, rojo, sudoroso, turbado, porque sus ojos que buscaban un refugio, encontraban por todas partes imágenes femeni-

de Fragonard

nas que desplegaban su belleza entre bosques y alcobas, el buen abate se balanceaba delante del pintor desamparado. No osaba hablar ni mover los pies, que calzaba pesadamente, sobre los bellos y relucientes parquets.

Frago se divertía, a pesar de su preocupación, con el pintoresco visitante

Es curioso, vuestros rasgos no me traen ningún recuerdo.

—Quiero deciros, señor pintor del rey, que me llamo Boucabeille. Habéis conocido a los míos: no habitaban lejos de vuestros caros parientes en la calle de Font Neuve. Pero yo tenía un tío cura en Marsella, y poco después que vos na-

—¡Pero qué extraña idea es la vuestra, mi pobre señor abate! Ciertamente, me sentiría feliz de dar un placer a mi ciudad natal, a vos, y al mismo tiempo al buen Dios, si verdaderamente creéis que una tela mía puede dar ese resultado... ¡Pero estoy tan lejos hoy día de esos bellos asuntos! Mirad en torno



tan repentinamente aparecido. Revoltoso incorregible, le miraba con sonrisa burlona.

Al cabo de un instante, sin embargo, rompió el silencio:

—Y bien, señor abate, ¿qué es lo que me vale el honor de vuestra visita? Pero antes que nada. Tened la bondad de sentaros.

El párroco obedeció, pero antes que nada tuvo que sujetar el sombrero que se le deslizaba de entre las manos.

—Sois muy bueno, señor pintor del rey, y os pido mil excusas por atreverme a molestaros. Vengo expresamente de Grasse para encontraros.

—¿De Grasse? ¿Pero, entonces sois de Grasse? Por lo demás, es natural, ya que tenéis el acento del país. Pero veamos, ¿qué edad tenéis? Diez años más que yo. Probablemente, cincuenta años.

cistéis, se me envió a hacer mis estudios bajo su dirección. Cuando volví al país, vos le dejastéis, y sobre todo, os he conocido después por vuestros éxitos. Se habla tanto de vos entre nosotros. Por eso me he decidido... me he arriesgado a venir hoy día...

—Ha hecho usted muy bien, señor abate. ¿En qué puedo servirlos?

—¡Ah! señor Fragonard, es muy difícil de decir... Soy arcipreste de nuestra vieja catedral. Cada día contemplo con orgullo—que Dios me perdone— el bello cuadro que habéis pintado para nuestra hermandad del Santo Sacramento, "El Salvador lavando los pies a los Apóstoles". Entonces pienso que quizás consentiríais en decorar nuestro altar central. El buen Dios os bendecirá, si le ofrecéis esta ofrenda de vuestro hermoso talento.

de vos. O mejor no, no miréis, porque no son telas éstas para que las contemple un pastor. No sé pintar asuntos de tal manera augustos. Los que me contratan mis obras, no los aceptarían. Es preciso darles escenas galantes, que ilustren temas de amor. ¡Cómo si el amor existiese todavía!

—¡Oh!—no pudo impedirse de interrumpir, el párroco.

—Evidentemente, vos, rehusaréis el admitir esto... Vivís lejos de semejantes aventuras. Pero de todos modos, es así. Todo lo que tan bello nombre cobija, no es hoy sino una hipocresía, orgullo, crueldad. ¿Habéis cometido la locura de dar vuestro corazón a un ser? Y bien, ese pobre corazón no tarda en ser engañado y burlado.

Fragonard se había animado. Como un
(Continúa en la pág. 54)

¿El Cine ha Modificado Nuestro Ideal de Belleza?



plástica, superior a la inteligencia. Porque un ser bello, parece perfecto a nuestros ojos, y nosotros podemos poblar sus silencios de lo mejor de nosotros mismos. Un ser feo, aunque hable con "sprit" limita nuestros pensamientos, y disminuye por lo tanto, su "chance" de agradarnos".

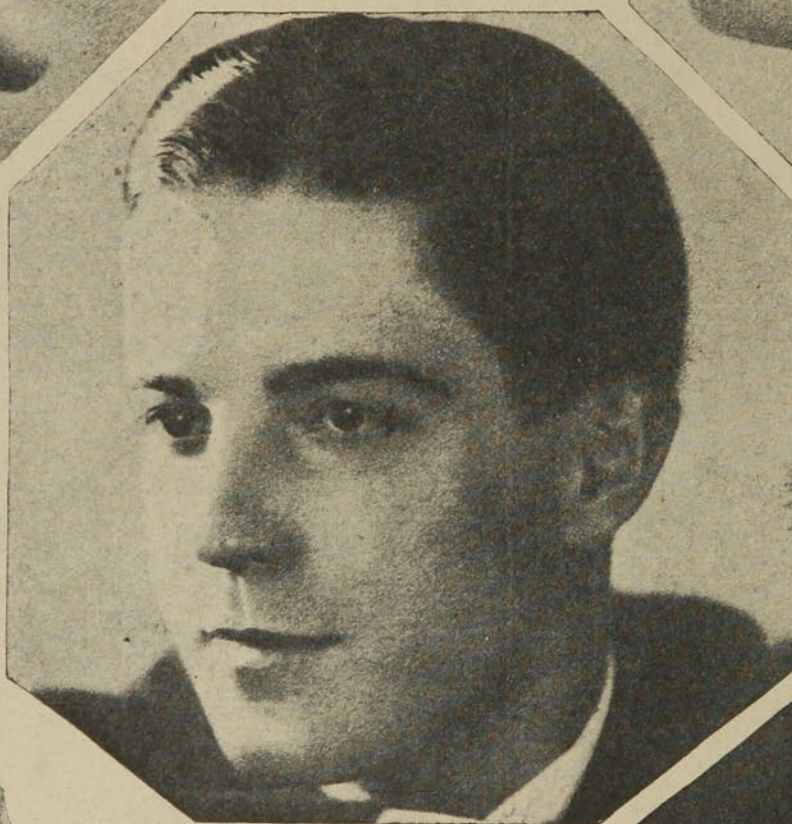
Vertes.—El cine ha cambiado el ideal de belleza física. Ved a los jóvenes mecanos que llevan el pequeño bigote a lo "Charlot".

Alexandre Arnoux.—Sí. Es muy sensible sobre todo cuando se viaja. En Francia, la transformación se ha operado a nuestra vista. Pero en Berlín, de donde vengo, por ejemplo, la influen-



La belleza puede ser cuestión de moda, como muchas otras cosas. Para probarlo, basta con mirar los retratos de los seductores y seductoras de otros tiempos. Son pocos aquéllos a quienes quisiéramos parecernos. Sin embargo, aquellas fisonomías inflamaron el corazón de los reyes, el corazón de los poetas. Veamos algunas opiniones francesas al respecto:

Paul Reboux.—No, el cinema no ha modificado mi ideal de belleza. Pero ha hecho acrecer mi devoción por la perfección



mundo se americaniza, si puedo yo expresarme así. Primero fué el bigote de Charlot, después del triunfo del joven premier, ojos rientes, aire poco necio, músculos de acero, camisa entreabierto. Adiós los poetas y los sabios, de grandes frentes, soñadores e inspirados, ¡ideales de las jovencitas de antaño! Hoy día nada de intelectuales... ¡nada!

Por lo que toca a las mujeres, hay la rubia de los ojos azules, que pasa la mitad de su vida en traje de baño, piernas largas y andar armonioso."



cia del cine, se manifiesta de manera notable. La mitad de las mujeres son Greta Garbo. La mitad de los hombres, John Gilbert, y ya muchos gigolos hacen lo posible por parecerse a Maurice Chevalier. Dentro de poco, a causa del éxito del desfile del amor, Berlín estará lleno de pequeños Chevalier. Es evidente, además, que el cinema ha hecho que mucha gente modesta, se lave y se peine. Estad persuadidos que el tipo físico actual, lo crea el cinema".

Suzanne Bianchetti.— El tipo de ciertas vedettes, ha fijado ciertamente algunos tipos de belleza, que por un tiempo, a los ojos de la multitud, constituyen un ideal fácil."

Jean-José Frappa.—Ciertamente. Bajo este punto de vista, el



Los Niños en la Literatura

No queremos decir que nuestra literatura adoleciese hasta ahora de absolutas ausencias infantiles o que no hubiese en ella tierna atención para los niños. Olvidáramos entonces obras que están tan recientes como "Canción de cuna", de Martínez Sierra, y en que es la poesía quien realmente adopta un niño expósito. Y olvidáramos también que Carrere y Villaespesa han glosado cantos infantiles en sus versos de jóvenes, Y que Juan Ramón Jiménez ha llorado tras los féretros blancos de las niñas aldeanas y exaltado la pura belleza de "Sunny"—ojos azules y cabellos rubios—que tenía el don de solear su otoñal juventud.

Lo que queremos hacer notar es que esas ternuras individuales no llegaron a asumir la forma de efusión colectiva de este culto al niño que hoy practica la literatura. Insistir demasiado en el tema pueril habría parecido hasta ayer una flaqueza—una puerilidad—, y libros como el del poeta andaluz José Rodríguez Mateo, sencillamente rotulado "Niños", pueril por el tema y pueril por el acento, todo él como un álbum de infantiles figuras e infantiles canciones, me parece entre nosotros novedad absoluta.

Cierto que tan bello y tierno libro se muestra iluminado por fulgores de esa "Luna Nueva" de Rabindranath Tagore, que Juan R. Jiménez, con su versión española, colgó en el cielo de nuestros niños. Pero no es menos cierto que se ha necesitado un impulso actual para que ese plenilunio indostánico lograra aquí tan alta marea de ternuras. Indudable que Tagore, interpretado por Jiménez, ha suscitado entre nosotros muchos ecos líricos e imitado hacia los niños, muchos ojos de poetas jóvenes con esa atención del artista que es ya por sí sola un amor. Pero siempre resultaría que el libro de Mateo es la primera sinfonía de temas infantiles que hasta ahora haya replicado a la "Luna Nueva" del abuelo hindú.

Pero se observa hoy otro fenómeno nuevo, que debe notarse con categoría de signo temporal y que marca una reciprocidad admirable y una inteligencia feliz entre los poetas y los niños. Lo que podría considerarse imagen lírica de una realidad. Niños y poetas cantan cogidos de la mano. Porque los poetas no componen ya versos al niño como podrían rimarlos a la estrella lejana, confiándolos al favor de la onda, sino que forjan sus estrofas para que ellos las canten pensando concretamente en ellos y a veces a petición suya. Hay ya niños, muchos niños, que, desgastados de la insulsa letrilla escolar, ruegan a los poetas, sus amigos—ahora los poetas

tienen amistades de niños—, les compongan otras más adecuadas a su sensibilidad, que en estos tiempos del cine y la radio se ha vuelto más precoz, más fina y exigente. Y hay además toda una pléyade de niños—y de niñas—que se especializan casi profesionalmente en esa recitación de versos, cuyo gusto ha despertado recientemente entre las multitudes esa mujer genial que se llama Berta Singerman. Pues bien; hay algu-

relato que desean oír. Supe de un viejo, hábil narrador de historias infantiles, al que los niños iban a buscar junto al brasero, diciéndole: "Cuéntenos usted un cuento de mucho miedo", aquellas noches que se sentían golosos por saborear su propio susto estéticamente. Lo notable ahora es que los niños no piden historias, sino poemas o, en todo caso, historias escritas en versos, y más aún para recitarlas ellos mismos. En laudable



nos de esos niños que son verdaderos artistas del recitado lírico. César González Ruano, en una de sus interesantes entrevistas, nos ha hablado de esa niña Luisita Esclapés, que es como una miniatura de la recitadora argentina, pero realizada con estilo propio. Y un maestro que es al mismo tiempo un poeta, Rafael N. Olivares, me asegura que son legión, y legión brillante, esos recitadores infantiles. Olivares, que ha compuesto un libro de poemas, "Ensueños de Arena", para que esos pueriles amiguitos los reciten, me decía cómo el asunto sentimental de una de esas composiciones le había sido en cierto modo impuesto por una niña, Manolita Hernández, que le rogó con un estremecimiento de sus nervios de futura actriz: "Hágame usted un poema que sea muy sentimental". Y Olivares rimó para la niña en románticas estrofas la tristeza de una criaturita abandonada. Esto recuerda, lo que indiqué antes acerca del papel de los niños como sugeridores y apuntadores del

satisfacción de ese deseo laudable ha compuesto Olivares ese libro "Ensueños de Arena", en el que hay poemas que eluden la relatividad de un público infantil y en el que, sobre todo, luce el júbilo de una gran variedad de ritmos, que son como sonoros cabrilleos.

Imagino qué fiesta será oírseles declamar, con sus frescas vocélicas y hasta con su poquito de énfasis dramático y de entonada seriedad, a esos pequeños recitadores. Porque entre poemas puramente formales, que juegan con flores, pájaros y rayos de sol, los hay sentimentales, como el ya aludido, que la niña a cuyo ruego se compuso recitará afirmando la voz en vibraciones materiales. Pero no sólo hay niños que piden versos a los poetas, magos condescendientes y fáciles; los hay que, poetas ellos mismos, se hacen sus versos—divinos juguetes—y los publican. Así ese niño peruano Antoñito Pinilla, autor de un libro, "El Palacio del Sueño", donde hay

(Continúa en la pág. 57)

La Curación

Por CLAUDE GEVEL

La señora Basseto había decidido aquel día vestirse con sencillez; pero no ignoraba que con su físico majestuoso, su busto audaz y su hermosa cabellera de oro nunca podía pasar inadvertida. Era de esas personas que "trascienden a rico", y además lo era en verdad.

Al subir al coche que la esperaba a la puerta, salió el portero corriendo, y, quitándose su gorra galoneada, tendió a la señora un paquete, del que colgaba una tarjeta de visita. La señora Basseto arrojó el paquete a su lado, lo volvió a tomar, lo rechazó de nuevo, y por último, haciendo un gesto de resolución, lo abrió; era una caja de "marrons glacés". Allí estaban alineados, relucientes de almíbar en su color obscuro... La hermosa señora suspiró, cerró la elegante caja, la entreabrió luego, y no pudiendo resistir más la tentación sacó una de las almíbaradas castañas, se metió en la boca el divino fruto, lo saboreó con delicia y con un movimiento de cabeza que parecía decir: "En fin, ¿qué le vamos a hacer?"... hizo lo propio con un segundo marrón, un tercero, un cuarto, otro y otro más... Entonces, a media voz, pronunció estas palabras misteriosas: "¡Es preciso decidirse de una vez!" El coche se había detenido ante los almacenes Le Bonheur des Dames, bajó y se dirigió a la sección de perfumería, donde pareció examinar con la mayor atención los frascos de agua de colonia, los jabones de afeitar y los tubos de dentífricos, y luego de mirar furtivamente a su alrededor, tomó de un montón de peines un batidor imitación a concha, y bruscamente lo dejó caer.

—¿La señora desea alguna cosa?—le preguntó entonces una empleada rubia.

—No, no... ¡Gracias! —replicó madame Basseto, y se marchó a toda prisa...

E iba a ganar la puerta, cuando vio un mostrador, sobre el que se encontraban infinitas medias de seda de todos colores. Se acercó, apoderóse de un par, sin cuidarse del color ni de la clase, lo metió en su bolso, en el que brillaba su cifra en diamantes... Y

sin moverse esperó. Pero nada; ni un gesto ni un grito. Ella tenía un íntimo temblor en las manos, y sus piernas apenas podían sostenerla en pie. De pronto recordó lo que había oído decir: "Nunca se detiene a una cliente en el interior de un gran almacén". Y salió pensando que iba a sentir una mano brutal que cayese sobre su hombro...

Al día siguiente, fué la misma cosa, salvo que los marrons fueron sustituidos por "griottes" al kirsch (otro regalo de uno de sus numerosos adorados), y que

en vez de medias de seda fueron guantes los que se deslizaron furtivamente en el bolso de la extraordinaria cliente.

Al otro día, tocó el turno a los caramelos y a los pañuelos de raso.

La cuarta tarde fué dedicada a los crinolines, y la audacia de la señora de Basseto se

desenvolvió hasta tres trozos de crepe de china.

Por lo demás, resultaba una extraña ladrona que parecía tomar cada vez menos precauciones; y se marchaba murmurando como si estuviese irritada de su impunidad.

El quinto día (unas inocentes grajeas y un renard falsificado barato, cuya cabeza y cola salían por sendos lados de la manga) se verificó por fin la peripecia esperada. En la puerta, un inspector rogó discretamente a la señora que lo siguiese. Ella no se hizo de rogar y lo confesó todo en seguida al comisario, diciendo que para ella era un placer singular cometer aquellos robos, y que guardaba en un cajón de su cómoda las rapiñas comestibles.

Puede calcularse el efecto que produciría en sus relaciones la noticia de que la señora de Basseto estaba presa en la cárcel, por hurto. Nadie

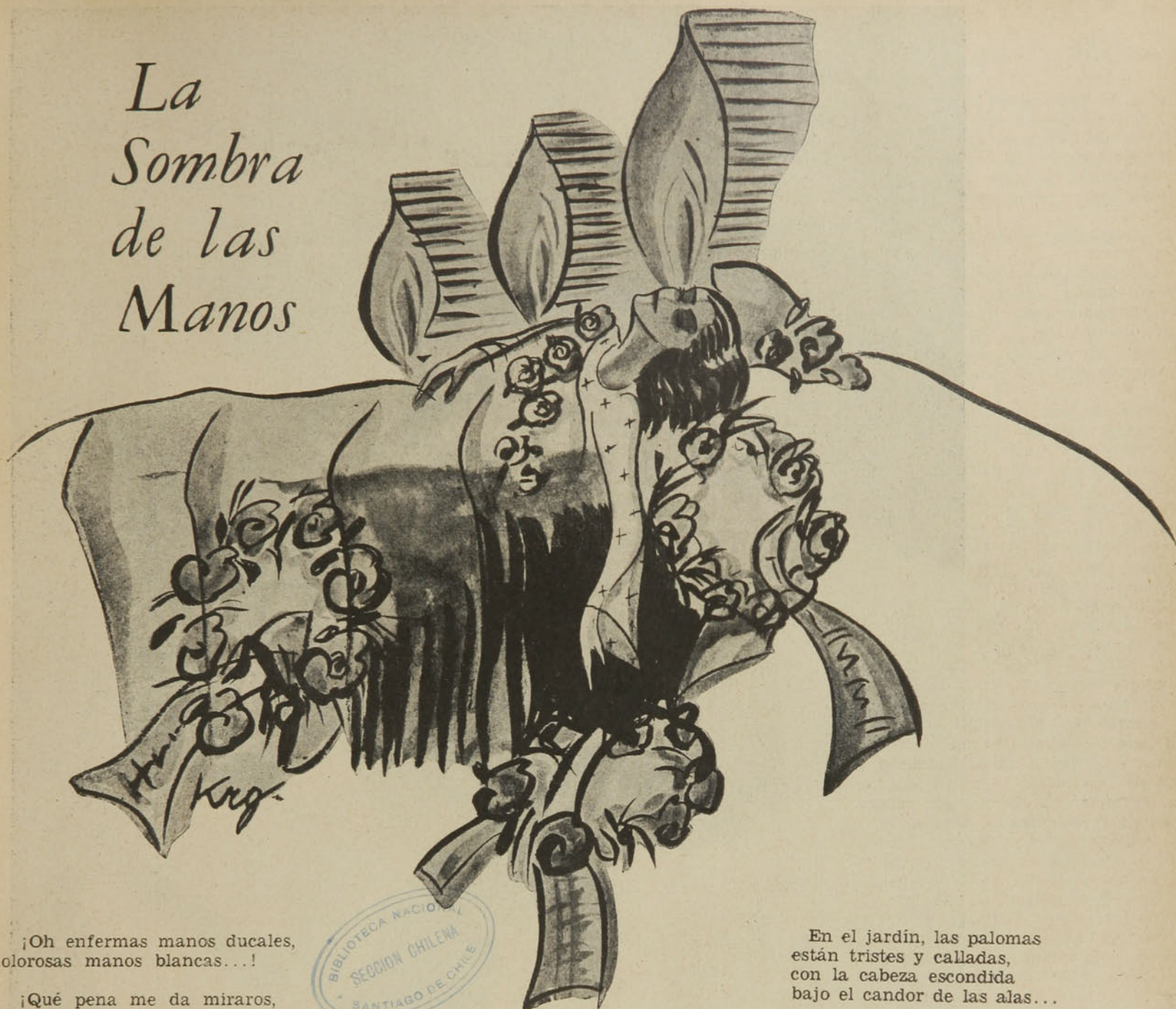
quería creer en ello; se puso en juego el teléfono, se enviaron emisarios, se indagó y no hubo más remedio que rendirse a la evidencia. Entonces, con gesto de lástima le fueron aplicadas las palabras propias del caso cleptomanía, irresponsabilidad.

Uno de sus amigos, abogado, se apresuró a visitarla en la cárcel para encargarse del proceso; su mérito, que figuraba entre sus adoradores, se ofreció a dictaminar que ella no era normal (cebralmente, por supuesto), con lo que

(Continúa en la pág. 60)



La Sombra de las Manos



¡Oh enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar...!

¡Vuelve a suspirar amores
en las teclas olvidadas...!

¡Oh, piadosa mano mística...!
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos, peinaste
las guedejas despeinadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena pálida
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada...!

¡Oh, manos arrepentidas...!
¡Oh, manos atormentadas...!

En vosotras han ardido
los carbones de la Grecia.

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubios
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido
en la noche epitalámica,
temblorosas, desatástéis
de una virgen las sandalias.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias...!

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la aldea solitaria...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas...

Abierto te espera el clave,
y sus teclas empolvadas
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja
aún abiertas permanecen
¡esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...!
¿Por qué oprimes en la noche
como un dogal, mi garganta?

¡Blancas manos...! ¡Azucenas
por mis manos deshojadas...!
¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

FRANCISCO VILLAESPEA

*La
notable
artista*

*Berta
Kruger*



Berta Krüger, artista vienesa, se encuentra en Chile desde hace poco tiempo.

“Para Todos”, deseoso de transformarse en una de las más bellas revistas de lengua española, la ha contratado para que sea en ella la animadora de su parte artística.

“Para Todos” ha publicado ya una hermosa portada suya y numerosos dibujos, delicados, originales, novedosos.

Así, pues, las páginas de esta revista irán mostrando, número a número, sus dibujos elegantes, sus portadas novedosas, finas.

Berta Krüger, artista de raza, trae a Chile una sensibilidad nueva y una concepción artística de primer orden de la ilustración.

Cada número de “Para Todos” constituye el mejor elogio de la obra de esta artista tan interesante.

UN POCO DE LITERATURA

¿El Pesador de Almas? Por
André Maurois

André Maurois hizo la guerra, como oficial francés "attaché". Se hizo muy amigo con el médico inglés, doctor James. Vino el armisticio. Sus relaciones se alejaron, hasta el día en que llamado a Londres, por búsquedas de erudición, el escritor tuvo la idea de reanudar su intimidad con su antiguo compañero de armas. Le fué a ver al Hospital de San Bernabé, en un barrio a la orilla izquierda del Támesis. Durante la visita, Maurois sintió detrás de sí, un ruido, una especie de rasgido, como provocado por una rata. Pero el médico negó aquello de manera categórica: "¿Cómo quiere usted que haya ratas en un Hospital? ¿Padece usted de alucinaciones, amigo mío?..."

Sea lo que fuere, el doctor James hizo visitar el Hospital a su amigo, y en particular, el laboratorio de disección, guardado por un extraño hombrecito, con anteojos de oro y bigotes engomados. Poco a poco, se restablecía la confianza entre Maurois y el doctor James. Y las cosas llegaron hasta tal punto, que el doctor James, consintió en poner al escritor en el secreto de sus búsquedas, llevadas a cabo hasta allí con gran misterio, sin otra colaboración, que la de aquel guardia de anteojos.

Pero antes de iniciar a su amigo, el doctor James mantuvo con él, una pequeña conversación filosófica:

—¿Cree usted— le preguntó— en la inmortalidad del alma?

Y he aquí la respuesta de Maurois:

Creo percibir en la naturaleza, las huellas de un orden, de un plan, y si lo quiere usted, un reflejo divino. Pero este plan, o este reflejo, me parece ininteligible para un ser humano. No tengo, pues, para responderos, el socorro de ninguna doctrina tradicional. Lo que puedo decirle a usted honradamente, es que jamás he encontrado un signo visible de la supervivencia de las almas. Pero afirmar que el alma muere con el cuerpo, me parece igualmente temerario... Pero si me dejáis el tiempo de pensar un poco, me parece que encontraría argumentos en favor de la hipótesis de que el alma perece con el cuerpo. ¿El pensamiento sin cuerpo? Parecería inconcebible...

El doctor James, hace diversas objeciones:

—Supongamos que se encuentra el medio de hacer circular en la cabeza de un hombre, una ola de sangre nueva. De un hombre que acaba de morir: ¿No reviviría ese hombre?

—Es posible.

—¿Con la misma personalidad?

—Naturalmente.

—¿Dónde estaba entonces esa personalidad, esa alma?

¿No había muerto con el cuerpo?

—Paso por alto una discusión que no tiene otro objeto que el prepararnos para lo que va a venir.

En la cámara de disección, el doctor James, pesa un cadáver. El peso del cadáver, disminuye después de la muerte, porque una parte del agua contenida en los tejidos, se pierde por evaporación lenta. El fenómeno dura alrededor de una hora y media, después de lo cual se produce una brusca disminución del peso, que el ojo advertido observa sin dificultad bajo el aparato registrador. Maurois asiste a la operación. Constata la pequeña baja súbita del peso. El doctor James se explica:

—Busco una cierta forma de energía, que, unida a la materia, le comunico esta propiedad todavía inexplicable: la vida... Cierta doctor Crooks ha calculado, a causa de la caída de peso que yo os he hecho constatar, que el alma humana pesa diecisiete centésimos de miligramo. Sin detenerme en esta grotesca hipótesis, no me parece imposible sugerir que todo ser viviente es animado por cierta forma de energía to-

davía después de la muerte... Ahora bien, todos los físicos, desde Einstein, admiten que la energía, constituye una masa. Se puede pesar la luz, y aun teóricamente, comprimirla en una bola. ¿Y por qué no se pesaría aún se comprimiría la energía vital? ¿Y por qué la energía vital no sobreviviría al cuerpo si esa energía vital, puede permanecer agrupada en un lugar único?

—Es que, en efecto, esta energía no permanece agrupada, observa Maurois.

—Nada sabemos, responde el doctor James, pero me parece posible que en el momento de la muerte, nuestra energía vital, retorne a algún inmenso fondo de reserva espiritual en espera de que de nuevo, ligada a ciertos átomos de materia, anime una vez más un ser viviente.

El hecho es que el sabio ha tratado de recoger bajo campanas de vidrio, "esa cosa" que pesa diecisiete centésimos de miligramo. No lo ha intentado, por lo demás, sino sobre animales. Pero he aquí que Maurois, va a indicarle la manera de hacer visible, bajo una campana, el fluido vital que se escapa de un cadáver. Y en efecto, el escritor, vuelto a París por algunos días, ha encontrado un gran físico cerca de él, como si se tratara de documentarse para una novela, ha preguntado en qué sentido debería orientar sus búsquedas un sabio imaginario, que hubiera llegado al mismo punto que el doctor James.

—No es del todo absurdo, dice el físico. ¿Por qué no habría también "psicones" como hay "electrones". Sabemos tan pocas cosas... Ahora, querría usted saber, ¿qué experiencia po-

dría hacer vuestro médico? Todo se hará a su tiempo, pero yo procuraré primero saber si ciertas irradiaciones, no vuelven visible la energía que él cree haber recogido bajo una campana de vidrio. Ciertas materias se vuelven visibles en la obscuridad al paso de los rayos ultra violetas.

De regreso de Londres, Maurois hace partícipe al doctor James de las sugerencias del físico. Una primera experiencia hecha sobre una rata, da inmediatamente resultado. Bajo la campana donde reposa el cadáver de la rata se revela a los rayos ultra violetas una luz débil del grueso de una nuez, pero más alargada. En el interior de esa luminosidad, corrientes más oscuras dan vueltas con más lentitud. El aspecto de conjunto evoca ciertas fotografías de nebulosas celestes.

(Continúa en la pág. 65).

A M O R O S A

Como Ofelia de flores coronada,
desnudo el seno que de amor palpita,
acudes impaciente a nuestra cita,
en blanco chal de encaje, mal velada.

Por los hombros tu trenza despeinada,
lluvia de oro sobre nieve imita,
y a que te adore hasta morir, me invita
el fuego abrasador de tu mirada.

De muerte herido y de luchar cansado,
me rendí en la mitad de mi sendero,
mucho más que vencido, fatigado...

¡Es inútil lidiar contra la suerte...!
¡Sé que he de sucumbir, y sólo quiero
entre tus brazos encontrar la muerte!

V I L L A E S P E S A

LA MARAVILLA
DE LA COSMETICA MODERNA
ES LA CIENTIFICA
CREMA «VANISHING»

LE SANCY

Crema de Día: \$ 2.-

PELUCAS ANTIGUAS Y



La peluca, que, con su nube de polvos aureolaba de tan graciosa manera el semblante de nuestras abuelas, ¿nació únicamente de los artificios de la coquetería? Podemos dudarlo, ya que el diccionario Larousse la define como útil «para suplir por el artificio la ausencia de lo real».

Sin embargo, la elegancia se ha apoderado de su utilidad—muy rara, procuraremos creerlo, en favor de las bellezas de otros tiempos—y ha sabido hacer de este objeto uno de los accesorios más picantes del tocado femenino.

Por lo demás, es muy antigua la invención de esta peluca, en lo que a ideas se refiere; sabed que existía ya entre los egipcios por razones de higiene; habían decidido llevar la cabeza rasurada y usaban entonces un adorno que les servía para protegerles de las insolaciones, tan temibles en su ardiente país. En los bajorrelieves del Louvre, vemos las reinas y las diosas celebradas en las orillas del Nilo con la cabeza voluminosamente decorada por lo que fué la peluca de la época.

Los griegos empleaban los cabellos postizos, pero fueron sobrepasados por las patricias romanas, que los llevaban en más abundancia todavía, y ello con una variedad encantadora. Fué un bello período de triunfo para esta novedad. Pompea aparecía a los ojos de su esposo con la fisonomía encuadrada por una peluca azul, rosada, verde o del color que hacía juego con la púrpura de su manto imperial.

Los largos cabellos que los bárbaros llevaban sueltos, se compraban entonces muy caros, pulíanse, y se fijaban en seguida al cráneo por ingeniosos dispositivos, siendo buscados por los hombres mismos, y se les empolvaba de oro para hacer resaltar aún más su brillante tinte dorado. Emperador hay, que ha sido representado en ciertas medallas llevando una peluca muy semejante a los «martillos» del siglo XVII. En fin, Juvenal, en su crónica satírica de las costumbres de la época, habla de edificios colocados sobre las nuca femeninas. Una anécdota que continúa siendo de picante actualidad, es la de Ovidio penetrando de improviso en casa de su dama y dándose cuenta—¡oh enojosa sorpresa!—que la cabeza tan amada va guarnecida de cabellos extraordinariamente raros. Desolado por perder una

ilusión: «¡Ah!—menciona él en los escritos donde cuenta su desventura—, podía cerrar la puerta con cerrojo...!»

La rareza y la carestía de los materiales suprimieron el uso de la peluca durante la Edad Media. Por lo demás, fué solemnemente condenada en una bula papal que tomó la iniciativa de condenar este artificio maldito, y esto en los términos siguientes: «...Tomando un cuidado paternal de castigar, tanto como sea necesario, a las que portan cabellos que no provienen de sus personas, lisos u ondulados, para hacer caer en tentación a aquellos que los ven, nosotros les mandamos, pues, el vivir modestamente, sin persistir en conservar un resto de la malicia del diablo. Si alguna peca contra este canon, que sea excomulgada...»

El papado, como se ve, no se andaba flojo de manos.

Pero se debilitó la autoridad religiosa e, insensiblemente, la peluca, tan cruelmente condenada, reapareció, corrigiendo primero únicamente la calvicie; después, y de repente, gozando de inmenso favor. Comienza a vulgarizarse entre los contemporáneos de Luis XIII y se convierte bajo Luis XIV en una necesidad absoluta en todas las tenidas.

El rey Sol estaba tan fuertemente habituado a la suya que no la dejaba, dicen sus historiadores, ni siquiera delante de sus camareros. Sabemos ahora, que los numerosos bucles de los que se componía, servían para disimular un furúnculo, y que ésta crecía a medida que se desarrollaba la fastidiosa escrescencia que afligía al monarca. Champagne, su peluquero, había imaginado este truco.

Fué también en esta época pretexto para reír, como todo elemento de actualidad en aquel tiempo tan bellamente espiritual.

Durante el Carnaval, a lo largo de aquellas locas jornadas, durante las cuales la juventud se entregaba a la más desenfadada alegría, se la cantaba en couplets, danzando alrededor de ella, como alrededor de un trofeo, rondas descabelladas. Los pajes, muchachos irreverentes, se ponían las pelucas de los más graves personajes. Y el rey Luis XV reía de todo esto jovialmente: los maliciosos muchachos habían acostumbrado a emboscarse en las tribunas los días de audiencia real, o de inclinarse en las escaleras de Versalles y, desde allí, lanzaban diestramente al extremo de un hilo

PELUCAS MODERNAS



ligero un anzuelo que arrancaba al pasar la peluca de ceremonia de tal o cual grave consejero de la Corte de Justicia, cuyas funciones le obligaban a ir ese día a palacio. Es de adivinar el trastorno que provocaba la burla.

Durante toda la duración de la moda, que, ciertamente, era tan tiránica como hoy, jóvenes y viejas la adoptaron con entusiasmo.

Primero, las pelucas escondieron los lindos cabellos bajo un tinte uniforme cuyo tono era dado en la corte, después se las empolvaban.

La pasión por ellas era tal, que las mujeres soportaban los dolores de cabeza, las jaquecas y aún los vértigos causados por su peso y por su estricto ajustamiento a la frente y a la nuca. Pero, ¡qué importa!, se sometía a todo llevando pelucas de mañana, de ceremonia, de viaje, de circunstancias familiares... Los hombres las tenían especiales: galanes, abates, militares, acaparaban la consejera, la cadeneta, la brigadiera. A las bellas, les estaban reservadas las mariposas, casi uniformemente llevadas bajo Luis XV.

Las pelucas, primero bastante discretas para las mujeres, aumentaron de dimensiones al mismo tiempo que los trajes tomaban proporciones más normales. La joven Delfina María Antonieta, llegando de la corte de Austria, donde las costumbres eran muy sencillas, casi patriarcales, se sintió seducida por la elegancia francesa y los detalles refinados que comportaba. Desde su llegada a París, el dulce tono de su cabellera dió a los cabellos que se le asemejaban en el color, el dulce nombre de «cabellos de la reina», y como la joven princesa no acostumbraba a empolverlos, casi dejó de llevarse la peluca empolvada. Se computieron, entonces, peinados colosales, entremezclados de cabellos naturales y artificiales, que nos parecerían desconcertantes ahora. En los momentos en que se construía un navío de guerra, la reina de Francia apareció en Versalles junto a Luis XVI, con la cabeza adornada de una verdadera fragata con sus velas desplegadas, colocada sobre los cabellos ondulados, que semejaban o procuraban semejar a las olas del mar. Cada una de las grandes damas llevaba sobre su cabeza una escena variada, en el armatoste de una inmensa peluca complicada con horquillas y hebillas... Se admira-

ba una caza con personajes y animales, un jardín inglés, al cual no faltaba un lago en miniatura, que estaba figurado por un pequeño espejo, «un sentimiento», es decir, el retrato de un ser querido rodeado de algunos de sus atributos familiares.

Leonardo, el famoso artista capilar, que vió pasar entre sus manos tantas cabezas ilustres, poseía una imaginación, una fantasía maravillosa en lo que a composición de tocados concernía. Componía ornamentos con las cosas más sorprendentes. Se encuentran algunas anécdotas al respecto en las Memorias de la época: un día, estando ocupado en arreglar la peluca de una señorita de la Ópera, vió una camisa de encajes, tirada en el respaldo de una silla, la cogió, la dispuso entre los cabellos empolvados y llamó a su obra: «Peinado del pudor vendido».

Tales excentricidades estaban permitidas únicamente a la aristocracia y figuraban sólo en la corte. Las otras mujeres que no tenían tales derechos, recurrían al bonete colocado sobre sus cabellos naturales, empolvadas donde los burgueses.

La Revolución provocó la caída de la peluca empolvada. Sólo la conservaron los emigrantes, y su tamaño habría parecido sospechoso en los tiempos de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El Directorio vió su resurrección parcial y momentánea; los cabellos cortados, se adornaron de pelucas de seda rubia que adoptaron «las Maravillosas». Estas fueron rápidamente suplantadas por los rizos a lo Titus y a lo Caracalla.

Fué, pues, una supresión definitiva en cuanto a la ornamentación, porque ahora no subsiste sino para ayudar a los calvos, y aún, bajo el nombre más discreto de «transformación». Pero su recuerdo se conserva fielmente, pues no hay baile de máscaras o comida con cabeza descubierta donde no se la renueve.

La tradicional Inglaterra la ha conservado, sin embargo, y sus magistrados no se separan de ella en los Tribunales. En las callejuelas de Londres, que se acercan al Temple, se encuentran muchos comerciantes de pelucas de crines delgadas, cuya forma no ha variado, desde que fueron adoptadas en la época de Jorge I.

(Continúa en la pág. 63).



SOINA

Por WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

Ella había nacido en San Juan de la Xebre, en las Mariñas. Sirvió un año en la capital. Cuando sus amos la trajeron a Madrid, advirtiéndose como aislada súbitamente. Apenas hablaba el castellano, y las gentes se burlaban de ella. Era diminuta. Tenía el pelo claro, los ojos grises y los pómulos abultados de los celtas. Era obediente y humilde, pero lenta y de torpe comprensión. Más de una vez la señora la había sorprendido con las manos cruzadas sobre el vientre, sonriéndose con gesto de idiota ante las tarteras o ante el agua que se enfriaba en el balde de cinc. La señora gritaba entonces:

—¿Qué hace, Malvina?

Ella se asustaba.

—¡Jesús, Jesús! ¡Usted me hará enloquecer; tendré que enviarla a la aldea!

Verdaderamente, en la casa no la querían bien. Las dos hijas menores solían maltratarla. Las mayorcitas se quejaban de que tenía un aspecto tan raro y una ropa tan pobre, que era un bochorno hacerse acompañar de ella por la calle. Doña Julia, la madre, que estiraba hasta lo absurdo el escaso sueldo de su marido, asentía con gesto preocupado:

—Yo no sé en qué gasta el dinero; no lo sé. Se había de comprar un trajecito negro, como tantas otras...

Pero su adhesión a los rencores de sus hijas no pasaba de ahí. Malvina no le costaba más que dos duros al mes, y era trabajadora y callada. Doña Julia traía, además, de su rincón provinciano un recelo invencible contra las criadas de Madrid.

—No sabe una a quien mete en casa. ¡Se han oído tantas historias...!

No podía llamarse vida a aquel monótono transcurrir de las horas sobre la aldeana. Padecía un constante sobresalto de merecer reprimendas, y procuraba encogerse, disimularse en el ajeno hogar; sus pasos por la casa eran silenciosos; no cantaba ni reía nunca. Decía “Sí, señora”. “No, señora”, cuando era oportuno, y no volvía a hablar. Sus amos afirmaban que esta

conducta era fruto del perverso carácter de Malvina. La llamaban **Soina**, vocablo que en la lengua gallega designa a la persona hipócritamente tímida, de apocamiento artero y engañoso.

—¡Soina! —gritaban.

Y ella acudía, diligente, como si hubiese oído su nombre de pila.

Soina tenía un único amigo en Madrid. Era un hombre como de unos cuarenta años, flaco y serio, nacido también en las Mariñas, y que estaba encargado de repartir el pan entre la clientela de una tahona del barrio. A las siete de la mañana hacía diariamente sonar el timbre de la casa de doña Julia, después de depositar en el suelo el crujiente canasto. **Soina** salía a recibir el pan, y entonces dialogaban brevemente. El día en que

la casualidad les hizo descubrir su paisanaje fué feliz para la aldeana. Sorprendiéndose primero como ante la más impensada maravilla:

—¡Ay, Jesús!

Tenía en su brazos una pirámide de panecillos, y miraba con asombro a aquel hombre de rostro blanqueado por la harina.

—¿Y luego?... ¿También usted es de allá?

El dió detalles genealógicos.

—¿Conoce a los Ameneiros, de Xebre?

—¡Y no he de conocer! No conozco otra cosa.



—Pues primos hermanos míos...

—¡Ay, Jesús!...

Desde aquella mañana solían hablar unos minutos con apagada voz. Todos dormían aún en la casa. Las puertas de las alcobas estaban cerradas y el silencio era triunfador. Una luz suave, casi azul, entraba en el vestíbulo; a veces se acercaba el gato con pisadas cautelosas; de cuando en cuando, al pasar por la calle un tranvía, el cañón de la escalera llenábase de tumulto y todo el edificio retemblaba. El hombre asía, al fin, el cestón—del que huía un caliente vaho—por un extremo. **Soina** ayudábale, irguiéndose sobre las puntas de los pies para alzarlo. Despedíanse.

—Hasta mañana.

Y ella esperaba cada día con más cre-

ciente interés el momento en que el timbre anunciaba la visita del conterráneo. Tuteábanse desde que se supieron de la misma parroquia. Malvina recordaba después todas las confidencias de sus breves charlas. Le dijo en una de ellas:

—Los que están allá no saben su bien. Allá no falta nunca la borona en el horno, ni el cerdo por San Martiño, ni el pescado en el mar. Y hasta los pobres de Dios tienen un pajar donde dormir por las noches. Trabajamos más nosotros y vivimos peor, Malvina. Si allí caes enferma, no te faltará una mano que te cuide y un cuenco de caldo. Aquí te morirás en la calle o te llevarán al hospital, que es peor, para despedazarte como a una bestia, fuera el alma.

La obsesión de Rosendo era el hospital. Temblaba ante la idea del hospital, donde nunca había estado y de cuyas prácticas admitía las más despiadadas

narraciones. Este temor se había agudizado en él desde que estaba enfermo. A veces presentábase descajado ante **Soina**. Contaba:

—Esta noche no pude dormir. Tuve un sudor frío y sentí como si un perro me mordiese el estómago.

—¿Por qué no vuelves a la tierra, Rosendo?

—No puedo ir. Vendí lo poco que me tocó de mis padres... Ya no sirvo para las labores del campo ni para andar en la traña... Y allá suponen que estoy bien. Los de Ameneiro me han pedido dinero cuando la peste les mató el ganado. Creen que esto es América... ¡Esto no es América, caramba! Trabajas mucho para mal vivir..., y después, ya se sabe, al hospital con tus huesos...

Aconsejaba **Soina**:

—Así, solo, no estás bien. Debieras casarte.

El se había sentado en la escalera, ante el cestón cubierto de una blanca lona. Tenía el rostro hundido entre las manos.

—Sí...; quizás hubiera debido casarme. Lo

pensé muchas veces. Pero ahora, ya... La vida está andada... No encontraría una mujer que me quisiera.

—O sí. ¿Qué sabes tú?

Movió él la cabeza melancólicamente y marchóse.

Poco a poco fué despertando un sentimiento dulce en el corazón de Malvina.

En la soledad, más bien en la hostilidad que la rodeaba, Rosendo era para ella el único ser compasivo y bueno. Mujer al fin, y mujer de un país de bruma, **Soina** gustaba de soñar. Fué urdiendo en sus soliloquios una ilusión. Acariciábala en su humilde alcoba, después de rezar las oraciones, y mientras velaba en la cocina por los cacharros puestos a la lumbre.

En una estrecha ventana batía entonces el viento de la sierra, y la ventana se

estremecía incesantemente... Pero dentro había un grato calor. La plancha de hierro se enrojecía; el gato hacíase un ovillo bajo el fogón, y las marmitas cantaban dulcemente...

Nada hay que dé una sensación de hogar venturoso como este canto de las marmitas, en el que, a veces, parece adivinarse palabras. Dícese que el hombre primitivo aprendió a hablar oyendo el hervor del agua. Por lo menos es seguro que el primer ensueño nació al arrullo de esa música suave, contenida e igual, y que las madres que vigilaban la preciosa vida del fuego copiaron de ella el acento con que dormir a sus hijos.

Rosendo regaló un día su retrato a Malvina. Echó su aliento en el descolorido cartón, lo frotó después con el codo, y se lo ofreció:

—¿Qué te parezco?

—Estás muy bien.

El rió, satisfecho.

—Me parece que tú y yo aun vamos a dar un buen día a los de San Juan de la Xebre.

Otra vez ella le contó sus padecimientos bajo la tiranía de los amos. El la oyó, entristecido. Después comentó:

—Tú, como yo, Malvina, eres un ser desgraciado. Hemos venido al mundo para sufrir. Somos de peor condición que los bueyes. Pero tú eres joven aún...

La ilusión forjada por Soina concluyó por decirle al oído:

—Rosendo está enamorado de ti.

Y toda ella palpitó de ventura.

Aun quiso añadir la ilusión placentera:

—Rosendo y tú os casaréis... Juntos seréis más fuertes para la vida... Tú le cuidarás cuando se ponga enfermo, y no podrán llevarlo nunca al hospital...

Enterneciósese súbitamente. Sí, le cuidaría, y sabría trabajar para él, si preciso fuese. Y si alguna vez pudieran tener algún dinero, marcharían a Xebre y labrarian alegremente unas tierras donde las cañas del maíz o las hierbas del prado se encorvarían bajo el viento fuerte y sano de las Mariñas...

Desde que aquella idea la acarició, Soina fijóse en las frases y gestos de su paisano y creyó descubrir en todas ellas un sentido amoroso. Entonces cohibíase delante de él, y se sonreía a veces sin razón, o bajaba los ojos porque una turbación la asaltaba. La realidad y la ilusión entretejiéronse tan apretadamente, que ya no sabría ella decir qué era lo soñado y qué lo vivido. Sus soliloquios eran ya diálogos en los que ella se hablaba en nombre de él y ella se respondía. Ocurriósele que en algún lugar de Madrid podrían, ya casados, alquilar un local e instalar en él una tiendecita. El pan, para venderlo, no se lo habían de negar a su hombre. Y ella estaría allí, desde bien temprano, atendiendo a los compradores. Y tendrían ahorros, pasado algún tiempo. Y marcharían después... Le regocijó la idea hasta tal punto, que se dijo:

—Mañana se lo contaré...

Al día siguiente no se atrevió. Fué aplazando la confesión de una a otra mañana. Pero estaba contenta y le miraba con mayor felicidad, y hasta oponía frases optimistas a las habituales quejas del amado:

—¡Bah!—le decía—. Alguna vez nos tocará ser felices.

El, sin comprender, movía la cabeza con lentitud y callaba.

La dicha es locuaz. Una tarde, mientras vestía a una de las pequeñuelas de la casa, dijo Malvina:

quién mujer? ¡Mirad a la Soina, que quiere casarse!

Las otras mujeres aproximáronse:

—¿Quién se enamoró de ti, Soina?

—¿Fué de tu tipo o de tu cara, Soñina?

—¿Has de llevar un ramo de queiroas en el pecho?

Soina, enrojecida, casi a punto de llorar, protestaba:

—¡No hagan caso!... ¡Yo no he dicho eso, señorita Gloriña!



—¿Sabe, señorita Gloriña?... Me voy a casar.

La pequeñuela se arrancó el zapato que le acababan de abrochar y decretó sencillamente:

—No.

—Sí, señorita Gloriña; me voy a casar.

La criatura dió un berrido y le tiró de los pelos.

—¡Nooo!... ¡Tú no te casas!

Si le hubiese dicho que se iba a quedar soltera, el angelito se hubiera opuesto también con la misma energía.

La voz de la hermana mayor se dejó oír desde la estancia contigua:

—¿Qué le haces a la pequeña, Soina?

La pequeña gritó:

—¡Mamá, mamá, Soina dice que se va a casar y que se marcha de nuestro lado!

La hermana mayor acudió:

—¡Soina! ¿Vas a casarte, Soina? ¿Con

La “señorita” Gloriña berreaba:

—¡Sí, sí! ¡Dijiste, dijiste!

Y éste fué ya tema diario para burlarse de la infeliz aldeana.

Al volver de la calle, Malvina buscó en vano el billete de cinco duros que debía traer en su bolso. El billete no apareció.

Doña Julia gritó, desesperada; reprochóse el haber entregado la cuantiosa suma de cincuenta pesetas a una criada idiota; la requirió para que se acordase de sí, en efecto, le habían dado los cinco duros o se los habría estafado el carnicero; después le suplicó que volviese al mirar el bolso, el bolsillo, el cesto de la compra...; hizo que sacudiese las hortalizas, de las que sólo cayeron dos caracoles... Pretendió que volviera sobre sus pasos, mirando atentamente al suelo para ver si encontraba el billete...

(Continúa en la pág. 65).

Lo que las mujeres dicen de las mujeres

Por MARIA GASQUET

Dando fe al título se esperan indiscreciones picantes. Sin embargo, no es más que una recolección donde la parte de Mme. Gasquet se reduce a dar algunas noticias lo suficientemente bien hechas para guardarme de tacharlas. Reprocharé solamente a "el autor" su severidad para Sofía Arnould. He frecuentado poco esta persona espiritual y encantadora. Tenía malas costumbres, pero no le faltaba corazón. Ha querido a Lauragnais y a Bellanger. A pesar de la crueldad de muchas de estas palabras, Sofía Arnould era tierna con algo de canallería sentimental de ninguna manera desagradable. Tierna y sentimental, esta mujer que murió en la miseria dejó cartas en que Mme. Gasquet puede corregir la ortografía — ¡cuál era la mujer que sabía gramática en aquel tiempo! — pero que merecen recopilarse y ser publicadas. No son, ciertamente, obras maestras del género epistolar, ¡pero qué acentos! ¡qué gran testimonio de la sensibilidad de una época! Admira igualmente que la recopiladora de "Lo que las mujeres dicen de las mujeres" se haya detenido apenas sobre Mme. de Puisieux. Le habría bastado abrir un diccionario para saber inmediatamente que Magdalena de Arsand, señora de Puisieux, nació en París en 1720, y que aquí murió en 1798. Su marido se hizo conocer por un gran número de traducciones. Fué la amante de Diderot, del que puso la pluma y la bolsa a contribución. Todo el mundo conoce la anécdota del enciclopedista saltando el muro del parque de Vincennes, donde estaba prisionero bajo palabra, para ir a sorprenderla en los brazos de un enmascarado en la fiesta de Champigny. Fué por procurarle dinero a Mme. de Puisieux, que Diderot escribió "Pensées philosophiques", "Bijoux indiscretets" y otras obras de juventud. Ella ha guardado en la historia íntima del siglo XVIII la reputación de una pécora.



LILY DAMITA

Bien quisiera desembarazarme de la fama de misógino que me han dado ciertos artículos un poco severos, lo que no quiere decir que lo hayan sido demasiado ni siquiera mucho. Pasar por odiar las mujeres cuando tanto me gustan, encontrándoles tantas cualidades, tanta superioridad sobre los hombres! Ciertamente, esto no es suerte. En verdad no soy de la idea de Mme. Gasquet cuando escribe: "¿Cuál de nosotras, traicionada, no excede en el artificio desolado para vengarse?" Mme. Gasquet ve crueldad donde no hay a

menudo sino temor, costumbre servil, apego a una situación conveniente. Por mi parte encuentro pasmoso, trastornante, el servilismo de la mayor parte de las mujeres más delicadas, a un marido pesado y grosero. A la verdad, muchos de los pensamientos de María Gasquet, pensamientos del siglo XVII y del siglo XVIII, resultan hoy día caducos, inactuales. "Lo que hay de más singular, decía Magdalena de Scudéry, es que una mujer que no puede bailar con decoro sino cinco o seis años de su vida,

emplee diez o doce en aprender continuamente lo que ella no debe hacer sino durante cinco o seis". En nuestros días las mujeres danzan por instinto, sin haber tomado lecciones, y ellas danzan perfectamente aún las viejas. ¡Qué interesante sería que alguien escribiera el libro divertidísimo que relatara las sorpresas de un contemporáneo de Luis XIV, que viniese a vivir entre nosotros! ¡Qué revelación sobre la relatividad del decoro y de la moral! Esta observación de Ninón de Lenclos sobre la educación de
(Continúa en la pág. 67).

ALMORZANDO CON CHARLES CHAPLIN

Son cerca de las dos y media. ¿Llegará el invitado antes del postre?... Parece que ciertos nombres arrastran una acción romántica: Charles Chaplin es de aquéllos. ¿Qué lentitud en el movimiento de los relojes ha provocado hoy día este retardo?...

El cielo es tan azul a lo lejos, hacia Niza, que trae a la imaginación algo de esas transparencias vacías y tropicales, que dan a esta bahía de Río de Janeiro, de un Brasil congestionado de colores provocativos, todo el aspecto de que el almuerzo no se va a servir jamás, hasta que el calor haya decaído. Abril sobre la Riviera, alumbrando las impacencias que provienen del estómago y esta especie de desencantamiento agitado que planea sobre este principio de comida.

Tiene todos los éxitos. Cada noche, las mujeres más bellas de la Costa Azul solicitan una mirada de él, una sonrisa, un rapto, un secuestro... Le son inflingidos los más dulces suplicios...

—¿De quién habla usted?...

Si el oficio de «estrella» lleva consigo la obligación de responder a los caprichos sentimentales de todo un departamento, cómo admirarse de que a las dos... —no, a las tres menos un cuarto—. Pero el sonido de un timbre anuncia que un automóvil se ha detenido a la puerta. En un minuto estará aquí. Se preparan anteojos y monóculos.

—¿Está hecho a la medida de su publicidad? ¿Es divertido? ¿Es lamentable? ¿Se deja translucir su genio?

Hace una entrada con sencillez, tan pequeño, casi inadvertido, con una gentileza que se atrae todas las simpatías. Se excusa sin exageración, en algunas palabras, como si se hubiera retrasado sólo unos minutos.

—¿Qué? ¿Qué dice él?...

Mientras que el amo de la casa lo presenta a las doce personas que se encuentran sentadas en torno de la mesa, Chaplin cuenta el contratiempo que le ha detenido a las puertas de Niza. Su timbre es grave, aterciopelado, como el de los ingleses bien nacidos que hablan a media voz, con esa dulzura, esa resonancia que evoca el confort, el tabaco elegante, los deportes, los castillos en otoño y los paisajes de Escocia. Aún a los que no hablan inglés, las palabras pronunciadas así, se hacen comprensibles. Se sienta, habla apenas, sonríe, sonríe constantemente, y tiene para cada cual el reflejo de sus dientes húmedos, sanos y relucientes...

¡La mirada desmiente su sonrisa! Charles mira con tanta intensidad que, a pesar de ser tan claros y azules, sus ojos se vuelven negros, como en la pantalla...

—Instalo mi casa en Beverley Hill...

Su mirada, siempre en acecho, que descubre la simpatía, la emoción, el entusiasmo de la muchedumbre, contempla los revestimientos de caoba, las puertas de maderas incrustadas, el brillo de los cristales modernos y en todas partes la frescura y la limpieza indispensables en las viviendas meridionales.

¿Sabrá transformar su gusto americanizado por los castillos con torreones, las barbacanas de cemento armado, por ese estilo Tudor del cual le dejaron la obsesión las casas de Escocia?

Las fotografías de los magazines nos enseñan la belleza de las casas que Chaplin construye: la delicadeza, ¿es, por lo demás, la prueba de una fuerte personalidad? Esta elasticidad se manifiesta



en estos momentos a la redonda, por perpetuos pequeños saludos e inclinaciones de busto...

—¿Dónde habéis nacido?—se le ha preguntado.

Celoso intérprete, el Barón de Rostchild, proclama las respuestas murmuradas.

—Su madre era muy nerviosa... No se acuerda si el suceso tuvo lugar en Fontainebleau o en Londres. En cuanto a Charlie, no conserva sino un recuerdo lleno de vacilaciones...

La sonrisa, que rueda sobre los dientes irregulares, relucientes, puntúa esta exclamación de entente cordial. El hombrecito de traje gris, de un gris lavanda, con el cual hace juego la corba-

ta violeta y azul y el pañuelo parma, ¿es inglés?... Su talento internacional le asocia a las risas y a las lágrimas del universo. ¿Sus conciudadanos? Los hombres del globo presienten su poder de adivinación, que le hace semejante a ellos y fraternal... La intuición, la justeza de su golpe de vista artístico, ¿pueden explicarse hereditariamente?

—Tengo sangre gitana—dice sencillamente, para explicar en pocas palabras los poderes secretos, las connivencias magnéticas, la combinación de la debilidad humana con las fuerzas intuitivas y geniales.

Este fenómeno nos da la clave del secreto, inconscientemente. Como tantos hombres de éxito, de conversadores para auditorios humanos, acomoda las anécdotas al gusto de la galería. He aquí la quinta vez que él coge el relato de su aventura de la mañana.

—Partí de Niza para venir aquí; a la salida de la ciudad, se rompió el coche. «Telefoned al Hotel Majestic a mi secretario que prevenga a mis amigos el retardo y me envíe un auto», llegó a decir en francés al chauffeur. «Sí, sí», dice este último. Sube al coche y lo pone en marcha...

Y Charlie imita el ronquido del coche, que primero aumenta y después disminuye. De nuevo una panne. Diez, veinte veces el auto partirá, se detendrá, hará lentas embestidas. El chauffeur ve una bomba de bencina al final del camino... Corre a pedir socorro. Chaplin, resignado, apacible, espera en la limousine. Y he aquí que pasan algunos ciclistas, lo ven y se echan a reír.

—¡Charlot!—gritan, mostrándolo con el dedo...

A cada edición del relato de esta jornada por los campos, la entonación, el gesto, se hacen más precisos, más directos, y, sin embargo, no desaparece la naturalidad. «Luces de la Ciudad» necesitó un año de reflexión y diez meses de realización. Esta labor de la reflexión no está al alcance de todos los que le observan. Miss Virginia Cherrill, la ingenua ciega del film, soñaba como tantas misses americanas, en deportes, en partidas de golf, en matches de polo. A cada instante se la llamaba al teléfono mientras trabajaba.

—Sus flirts la reclamaban al estudio—dice Chaplin.

—Es una cosa seria el trabajar—le dijo él un día—. Yo no sé si usted lo sabe, pero un film es una cosa muy importante, ¡al menos para mí!...

No habiendo obtenido éxito con su observación, se vió obligado, con mucho sentimiento, a cambiar a la artista. Entonces el resultado fué instantáneamente obtenido. La nueva «star» no pensaba sino en el trabajo. Esta filosofía sim-

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

plista es puesta al servicio de la separación del oficio y de la vida.

Charlie Chaplin no tiene casi ningún parecido físico con Charlot. Sus cabellos grises, tan espesos como los de Mauricio Donnay, su mecha a lo Borgia, que ondula sobre su frente, se los tiñe cuando trabaja; sus ojos teñidos de carbón se vuelven puntos de mira negros, como su bigote, sobre su rostro casi clownesco.

Otro personaje se superpone a este hombre familiar de la gran duquesa María de Rusia, del duque de Connaught, de Sir Philipp Sasson y comensal de todos los primeros Ministros del mundo.

En harapos, pintadas las mejillas, salta veinte veces seguidas al agua helada

para aquella escena de «Luces de la Ciudad».

Un día, su chauffeur vino a buscarlo ante los proyectores.

—Están allí—le dijo confidencialmente.

Esta vez el vagabundo tembló de emoción. Rápidamente, interrumpe el trabajo y sube a su camerino. Se arranca los mostachos, se lava el maquillaje y respira.

—Pueden subir—dice.

Son sus hijos. El mayor, de seis años; el otro, de cuatro.

Las circunstancias le obligan a verles rara vez. Charlie Chaplin no quiere que tengan la revelación de Charlot. Con mucha modestia, explica:

—¡Un padre no puede ser un payaso!...

En seguida, después de esta anécdota, hace con su cuerpo frágil y sin embargo atlético, una pirueta, alcanzando con sus pies la nuca. Con sus manos inverosimi-

les de finura, sus dedos sin huesos, que parecen de goma, esboza un papirote... Pero habla todavía del sol, de sus hijos, de las estrellas, de las mujeres, y su tristeza de hombre contrasta con su alegría de artista. Poco a poco, se vuelve, bajo nuestros ojos, casi legendario. Pienso en la poética e ingeniosa «Vida imaginaria de Charlot», que acaba de publicar Philippe Soupault, ese tierno y cruel artista que también hace juegos de prestidigitación con risas y lágrimas, con el blanco y el negro de un libro, pantalla más ambiciosa y más modesta.

Pero Charlie Chaplin ha desaparecido. Permanecerá para nosotros, esperando que es doble de Charlot, sin hongo, sin bigotes, sin los eternos zapatos, renueve su personaje y haga su aparición, también él, en la pantalla.

ANDRE RIVOLLET.

De todas partes del mundo

Llegan constantemente certificados que atestiguan la superioridad de la

Tintura Francois Instantánea

M. R.

La única que devuelve al pelo canoso en algunos minutos el color natural de la Juventud, sea Negro, Castaño obscuro, Castaño y Castaño claro.

Se vende en todas las farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad. Decreto N.º 2505.

Cómo perder 12 kilogramos de peso.

Y ganar al mismo tiempo en vigor físico y juventud, adquiriendo rápidamente una piel transparente y vivacidad en los ojos que reflejan Salud.

Aquí está la receta que destierra la obesidad y hace florecer toda la natural fuerza atractiva que poseen las mujeres.

Tome todas las mañanas antes del desayuno media cucharadita de las de café de las Sales Kruschen (M.R.) en un vaso de agua caliente.

Haga esto todas las mañanas sin falta pues «Es la dosis diaria la que hace adelgazar». No olvide ni una sola mañana, pues Kruschen diariamente significa que cada partícula de las impurezas, ácidos y gases dañinos son expulsados del sistema.

Modifique su régimen y haga un ejercicio moderado. El estómago, hígado, riñones e intestinos son tonificados y la sangre fresca y pura conteniendo estas seis sales se lleva a cada parte del cuerpo, experimentándose entonces «ese Bienestar Kruschen» —rebotante salud y actividad que se refleja en los ojos claros, piel transparente, alegre vivacidad y encantadora silueta.

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE
Laboratorio Londres, Valparaíso.

Medicina y Belleza

Algunas Respuestas

LA VACILANTE.—No, no es peligroso suprimir la transpiración exagerada de las axilas, que es debida a una exageración de secreción en las glándulas de la región. Usted habla aún de suprimirla completamente. Muy bien, pero yo querría saber qué va a hacer usted para obtener ese resultado.

MILANO.—Os gusta dormir y vuestra salud exige largas horas de sueño. ¡Bravo! ¡Bravo! Es una condición de larga vida. Ese deseo de reposo no es patológico, porque supongo que no estáis atacada de la enfermedad del sueño, y es vuestro instinto el que reclama esta paz celular. Obedeced a vuestro instinto y os sentiréis bien. Las noches largas, dan frescura al cerebro y a la tez.

ESCLAVA DE LA MODA.—¿Es preciso repetirlo siempre? No se puede ha-

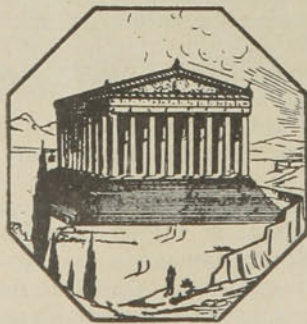
cer engordar el pecho únicamente. Sería demasiado cómodo el que, según las exigencias de la moda, se pudiera tener un pecho opulento o todo lo contrario a voluntad. La que engorda del pecho engorda de todo el cuerpo. No se ha llegado todavía a esculpir las formas con la grasa.

PACK.—Aquellos de que me habláis, me parece un fenómeno nervioso. ¿Angina de pecho a vuestra edad? Es muy raro. Tengo la impresión de que exageráis vuestro mal y que se ha hecho mal en asustaros. Sois artrítica y probablemente neuroartrítica. Sin embargo, en vuestro lugar, iría hasta el fin de la cuestión y consultaría un especialista. Hacedlo y estaréis tranquila después.

Dr. BOVARY.

Superlativa

Tanto para su mesa como para cualesquiera otra cosa, exige usted siempre lo mejor. Por eso eligirá la sal superlativa de mesa, que es pura, económica, y corre libremente.



SAL DE MESA

Cerebos

Producto de Cerebos Limited, Londres, Inglaterra

Para los Niños:

El Gato con Botas

Un molinero, al morir, dejó tres hijos, y por toda herencia, el molino, un asno y un gato.

El hijo mayor se quedó con el molino, el otro, con el burro y al menor le endosaron el gato.

—¡Lucida herencia me ha tocado! Me voy a morir de hambre, pensó el chico.

—No se apure por tan poco mi amo, le dijo el gato, que se llamaba **Micifuz**. Cómprame un saquito y un par de botas, y verá que va a quedar satisfecho de su herencia.

Tan pronto como le dieron lo que había pedido, **Micifuz** se calzó las botas, se echó el saco al hombro y se dirigió a un carrizal donde había muchos conejos. Abrió el saco, le metió una porción de afrecho y se tendió, cuan largo era, haciéndose el muerto.

No habían pasado cinco minutos, cuando un conejo se metió de rondón en el saco. **Micifuz**, orgulloso con su presa, se encaminó al palacio del Rey. Cuando estuvo en su presencia, le hizo un reverendo saludo y le dijo:

—El noble marqués de Carabás envía a Vuestra Majestad este conejo.

—¡Conejo! — exclamó el Rey. — Me gustan mucho. Dí a tu amo que aprecio grandemente su regalo y que le doy mis regias gracias.

Al otro día cogió el gatito dos perdices y en nombre del marqués de Carabás, las llevó de regalo al Rey. Y así continuó **Micifuz** por espacio de dos o tres meses, llevando a S. M. conejos y perdices en nombre de su amo.

Un día supo el gato que el soberano salía de paseo con su hija, que era una bellísima princesa, hacia las márgenes del río.

—Si quiere seguir mi consejo — dijo a su amo — tenga por hecha su fortuna: vaya a bañarse al río, al sitio que yo le indicaré, y lo demás corre por mi cuenta.

El marqués de Carabás siguió el consejo de **Micifuz**. Acababa de sumergirse en el río, cuando pasaron por allí el Rey y la princesa.

—¡Socorro, socorro! ¡Que se ahoga el señor marqués de Carabás! — gritaba el gato con todas sus fuerzas.

—¿Qué sucede? — preguntó el Rey, que había hecho detener su carroza y se bajaba muy alarmado.

—Que los ladrones han robado la ropa a mi amo, el noble marqués de Carabás, contestó **Micifuz**.



—¡Al punto a buscar mi mejor traje para el marqués de Carabás! — ordenó el Rey.

Tan elegante y buen mozo se veía el hijo menor con el traje real, que la princesa se enamoró de él apenas el joven hubo puesto el pie en la carroza. El Rey, muy contento, murmuró al oído de su hija:

—Así era yo veinte años atrás, cuando a la Reina conocí.

Micifuz, frotándose las uñas de placer, se adelantó a la comitiva y llegó donde unos campesinos segaban una sementera.

—¡Hola, amigos! — les dijo. — Por ahí viene el Rey y si no le decís que estos trigales pertenecen al señor marqués de Carabás, os hará cortar la cabeza antes de una hora.

Cuando pasó el Rey y preguntó de quién eran aquellas sementeras, los segadores le contestaron:

—Del señor marqués de Carabás.

—¡Qué hermosa propiedad tenéis, querido marqués! — le dijo Su Majestad.

El hijo menor, todo turbado, no se atrevió a contestar. El Rey murmuró al oído de la princesa.

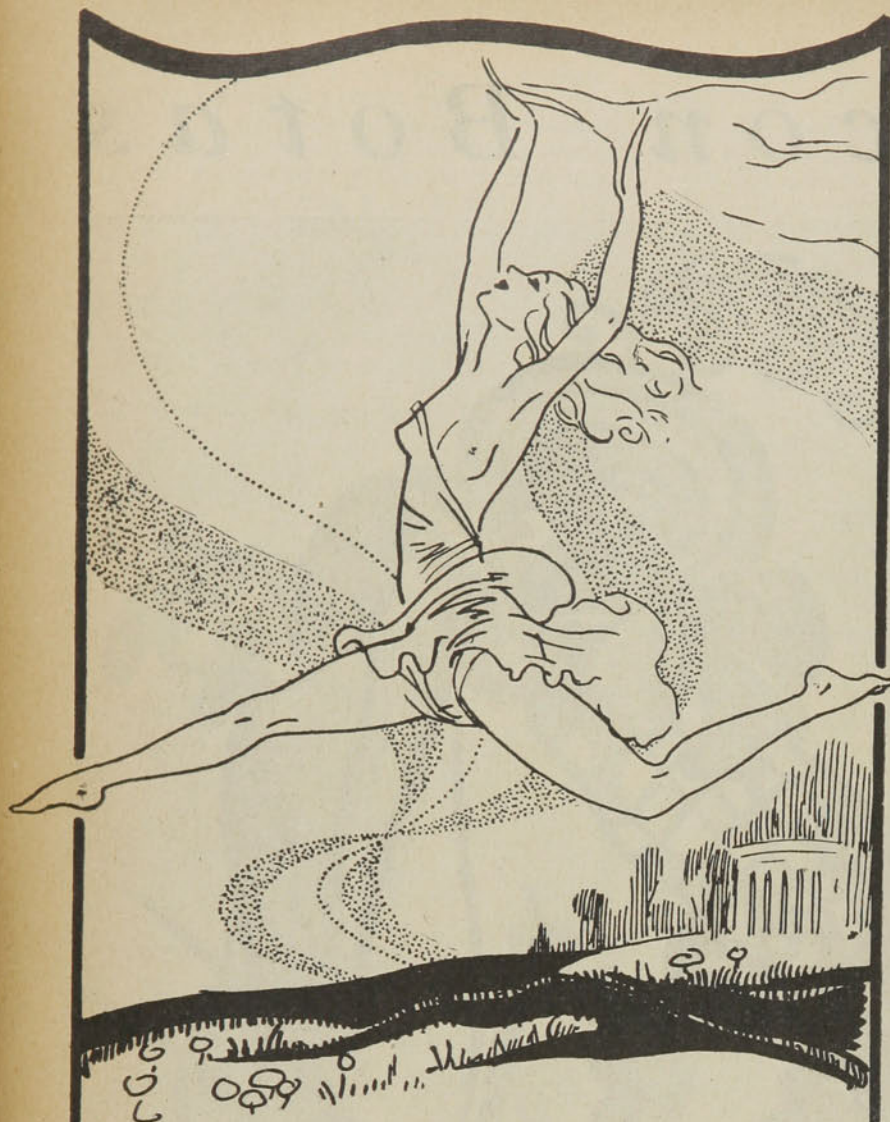
—Así tan turbado estaba yo cuando a la Reina conocí.

Entre tanto, **Micifuz** seguía corriendo delante de la carroza y haciendo la misma advertencia a todos los labradores que encontraba. El Rey estaba asombrado de las grandes riquezas del marqués.

En esto llegó el gato a un magnífico palacio, en que vivía un ogro que era el dueño de todas aquellas hermosas propiedades. Llamó a la puerta y salió a abrir el mismo ogro.

—No he querido pasar adelante, — le dijo — sin tener el gusto de ofrecer mis respetos a tan poderoso personaje.

(Continúa en la pag. 27)



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

**TABLETAS
PARA ADELGAZAR**

"KISSINGA"

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante. Estas tabletas no contienen sustancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA" que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

Pildoras laxantes Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio.

Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

El buen humor en el Amor

El buen humor debe acompañar al amor como acompaña la sombra al cuerpo. La presencia del buen humor en el amor, es tan necesario como el transporte amoroso mismo, como la más simple exteriorización del amor.

La novia, que quiera serlo cabalmente, debe sobreponerse a toda consideración y a todo obstáculo para que el buen humor resulte triunfante, aun sobre los contratiempos físicos, de manera que ante su novio se refleje como una naturaleza sana, alegre, optimista, llena de vida y de entusiasta voluntad de vivir.

Hay un recurso desesperado que las mujeres usan con frecuencia, que antes daba algunos resultados, pero que en la vida moderna hay que descartar ya, en absoluto, porque ha pasado a ser una de esas cosas que el tiempo olvida, como los miriñaques y los postizos. Nos referimos a la jaqueca, al dolor de cabeza, real o improvisado. Acostumbraban las mujeres a librarse de muchos compromisos que el noviazgo exige, alegando un súbito inesperado y salvador dolor de cabeza. El recurso surtía efecto en muchos casos, pero en tantos, que al final ya resultó inaplicable.

Actualmente, ya no existe un solo novio que crea a su novia cuando esta le dice, con acento compungido:

—Perdóname, querido, pero hoy no podremos vernos... ¡Me duele tanto la cabeza!...

Una mujer que sufre demasiado, es decir, más de lo razonable, de dolores de cabeza, es una pésima novia y será, indudablemente, una cónyuge muy molesta.

Ese socorrido dolor de cabeza, es el síntoma que todo novio tiene sobre la posible alegría, sobre el esperado buen humor de su novia. Y se dará cuenta de que una mujer que sufre de intermitentes dolores de cabeza, desmentidos por una espléndida salud y una juventud brillante, no es la novia que le conviene ni será la mujer ideal por la que suspira, como todos los hombres, naturalmente.

Hay que demostrar en todas las circunstancias del noviazgo esa alegría que los hombres estiman tanto. Las mujeres, que hacen vida de hogar, que están libres de serias preocupaciones morales y hasta materiales, no sospechan los contratiempos, y los disgustos que pasan en las veinticuatro horas del día en la vida del hombre de hoy, dinámico y trabajador. Muchas veces sale de su trabajo, de sus negocios, cansado, malhumorado, triste, maldiciendo hasta del día en que nació. Qué sedante, qué confortadora es, entonces, la presencia de una mujer amada, que esté alegre, que sostenga su buen humor a su lado y que con una sonrisa, una ocurrencia infantil, una anécdota graciosa, calme como por ensalmo toda esa tristeza y toda esa fatiga que el hombre recogió en el áspero sendero de la lucha por la vida!

¡Alegremos esa vida! A la mujer le toca, por su posición espiritual ante el hombre, alegrarle la vida, hacérsela fácil, divertida y tranquila. Borrar con una sonrisa pueril el tremendo seño y la angustia que muchas veces desfiguran el rostro del hombre, contraído por mil y un contratiempos.

La alegría es sinónimo de salud y de fuerza. Con alegría, la mujer obtendrá de su amado todo lo que ha propuesto conseguir. El hombre no niega nada a una mujer que le sonríe afectuosamente y que le hace fáciles y llevaderas las horas, y que despeja su mente de malos recuerdos, de ingratas sugerencias.

La mujer que tenga esa admirable alegría ante la cual se desvanecen todos los obstáculos y la vida triunfa sobre la muerte, tendrá un noviazgo feliz y un casamiento más feliz todavía. Será la verdadera reina de su hogar, porque será la reina de su alegría, que es como tener un sol permanente en la casa.

Ante la alegría se desvanecen todos los fantasmas que pueden oscurecer el horizonte del amor. Ante una mujer de sonrisa alegre y de palabra confiada en virtud de su misma alegría interior, el hombre no tendrá jamás celos, esos infernales sentimientos que tanto daño hacen al amor, porque no se puede dudar de una mujer que envuelve la verdad en los pliegues de una sonrisa. Los contratiempos materiales, la angustia económica, será vencida también por la alegría, porque ésta es triunfadora siempre. Y un trozo de pan comido con alegría y paz, vale por todos los más ricos manjares del mundo, consumidos entre lágrimas.

Sed, pues alegres en la vida a pesar de la vida misma y la vida quedará rendida a vuestros pies.

La receta de la felicidad no puede ser más sencilla. Alegría, mucha alegría y el mundo será vuestro, pues un rostro alegre viene a ser como el centro de atracción de toda la simpatía.

CHISTES

Entre amigos:

—¡Ah!—dice uno—. ¿No sabes la noticia?... Pancho está arruinado.

—¿De veras? ¿Y los depósitos de forrajes que tenía? ¿Y el alfalfar? ¿Y los campos de cebada?

—¡Se lo ha comido todo!

—¿Por qué no vive usted en una de las casas que posee?

—Porque no podría. Los alquileres son demasiado altos.

Ella, a su pretendiente. — ¿Te dejaste ganar por papá, como te aconsejé?

El novio. — Lo hice, querida; pero tu papá dijo que no daría nunca su hija a un hombre que juega tan mal al golf.

—Lo que soy yo, he jurado no beber sino en dos ocasiones.

—Me parece muy bien. Y ¿qué ocasiones son esas?

—Cuando llueve y cuando no llueve.

(Continuación de la página 25).

EL GATO CON BOTAS

Seducido por esta cortesía, el ogro lo invitó a descansar un rato.

—¡Vaya unas historias que cuentan acerca de Vuestra Majestad! ¿Es verdad que podéis transformaros en cualquier animal, grande o pequeño? — le dijo al ogro.

—Tan cierto es, que al momento me voy a transformar en elefante.

Casi se fué de espaldas Micifuz al ver un elefante tan enorme. Ya un poco repuesto, le dijo:

—¡Qué susto me habéis dado! Pero la verdad es que no me parece tan difícil eso de hincharse y parecer más grande de lo que uno es; lo raro es ser grande y parecer pequeño. ¿Podría, por ejemplo, Vuestra Majestad transformarse en ratón? ¡Lo creo imposible!

—¿Imposible? Lo vas a ver inmediatamente.

Y dicho y hecho: se convirtió en ratón. En cuanto lo vio así el gato, se arrojó sobre él con la rapidez del rayo y se lo zampó en dos bocados. Ya era tiempo, porque en ese instante llegaba ala puerta la real carroza. Micifuz se apresuró a recibir al soberano diciéndole:

—¡Bien venido sea Vuestra Majestad al palacio de mi amo, el marqués de Carabás!

—¡Qué castillo más hermoso! — exclamó el Rey. — Hacedme el obsequio de ayudar a mi hija a bajar de la carroza.

El hijo menor ofreció tímidamente el brazo a la princesa, y el Rey le murmuró al oído:

—Así era yo de tímido cuando a la Reina conocí.

Pasaron a un magnífico comedor, donde se sirvieron un opíparo banquete que el ogro tenía preparado. A los postres, se volvió el Rey hacia el presunto marqués de Carabás y le dijo:

—Marqués, eres exactamente tan tímido como lo era yo cuando a la Reina conocí. ¿Sabes que no me disgustaría que fueras verno mío?

El marqués hizo una profunda reverencia, aceptó el honor que el Rey le dispensaba y aquel mismo día se casó con la hermosa princesa.

Micifuz asistió a las bodas con un par de botas nuevecitas, adornadas con dos hileras de finísimos diamantes.



*¡Natural—
—y Permanente!*

PARA observar en sus propios labios la magia del matiz en acción, no hay más que hacer una aplicación con el Lápiz Tangee. En el primer momento no se nota casi el color. Luego, los labios adquieren como por encanto una vividez adorable, un exquisito tono incomprendible y deslumbrador.

Tangee armoniza con el tipo natural de todas—rubias, morenas o pelirrojas—y no deja indiscretas manchas de grasa.

Colorete Compacto y Crema Colorete en el mismo tono. La Crema Tangee Nocturna limpia y nutre el cutis. Y la Crema Tangee Alba lo protege y sirve de base para los Polvos Tangee.



Representantes para Chile:

KLEIN & CIA. LTDA.

Santiago — Casilla 1762
Huérfanos esq. Bandera y Ahumada

LA SALUD ES INDISPENSABLE PARA EL EXITO

TANLAC devuelve el vigor y la energía a las personas agotadas.



No podrá usted nunca llevar a cabo un trabajo laborioso y alcanzar el éxito en ninguna de sus empresas, a menos que disfrute de buena salud.

Miles de personas van al fracaso debido a que sufren de jaquecas, náuseas, indigestiones y otros males semejantes, que con mucha frecuencia se deben a una digestión defectuosa, a causa de que el estómago no digiere bien el alimento que se ha tomado. Por tanto se producen las consecuencias comunes del estreñimiento y muchos otros males que les son afines.

En todo el mundo hay millones de personas que han tomado TANLAC, el remedio vegetal, para casos como los mencionados y han encontrado un alivio rápido, a menudo aún al cabo de unas cuantas cucharadas, TANLAC ayuda en el acto la digestión, elimina las sustancias tóxicas del organismo y poco a poco va restaurando y restableciendo el aparato digestivo hasta que puede funcionar debidamente. Con esto volverá a gozarse de nuevo de la salud y la fuerza, que hacen un placer de la vida y el trabajo.

En la botica encontrará usted TANLAC.

A base de: Extractos fluidos de quina, geniana, cáscara sagrada, berberis, pereira brava, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R.

¡EL... SIEMPRE EL!

La primera vez que uno ve a Harold Lloyd, se dice: “¡Qué divertido es!” La segunda vez nos preguntamos: “¿Es realmente tan divertido?” La tercera vez no dudamos en decirnos: “¡Es un estúpido!” Yo lo he visto 20 veces, para mi desgracia, y pasando sus buenos malos ratos, sacudido por risas a la fuerza, esperando encontrar en fin diez imágenes de alegría pura.

Harold Lloyd es estúpido—me refiero que lo es en el cinema—y pretende divertirnos con el espectáculo jamás renovado de su increíble estupidez. Es estúpido y quiere hacernos creer que es miope, aunque todas las revistas de cinema nos hayan hecho saber que sus anteojos se componen de una montura sin vidrios. También pretende hacernos creer que Hollywood es el país del eterno verano, llevando siempre sombrero de paja—él es el único que lo lleva—y nosotros vamos a verlo como a esos films de antes de la guerra, cuya heroína llevaba pantalones con volantes de valencianas.

Harold Lloyd afirma con el mayor desenfado, que el hombre que tiene una sola idea, triunfa siempre, aunque esa única idea sea estúpida. El éxito no asusta a este hortera de Harold Lloyd. Está contento de su régimen y no lo cambia. En cuanto a mí, yo encuentro su guiso monótono y pesado.

Los motivos de sus films, son generalmente sencillos. Para obtener la mano de su amada, Harold Lloyd se sube a un rascacielo por la cornisa. Durante 20 minutos, le vemos titubear en el quinto piso, hacer el imbécil en el veinteavo, restablecerse en el treintavo y estar a punto de caer en la calle al final de su monstruosa ascensión.

Todo esto ocurre, sin que los anteojos se muevan en la nariz de este fenómeno. Es lo que hace Harold tiene más admirable. Nada con anteojos, come, bebe y duerme con ellos. No se los quita jamás. Tiene miedo de perder todo su talento, si los deja olvidados encima de un mueble.

Como Moliere, Harold coge su felicidad donde la encuentra. Pide prestado a Chaplin y a todo el mundo. Sobre temas antiguos, él hace viejos films que anuncia como nuevos. Y sin embargo, uno se ríe, pero con una risa maquinal, como los medios que la provocan. Un hombre a quien le cae un tiesto por la cabeza, provoca siempre la risa. Una mujer que lleva un affiche colgado de los hombros, también hace reír. Harold conoce bien la receta. No podría equivocarse. Se ha querido hacer de él el gran cómico de este tiempo. ¡Dios mío, esta época es bastante triste para que Harold Lloyd haga figura de humorista!

Para mí, se siente triste como un clown que no hiciera reír o que no haría reír sino a pesar suyo. Por otra parte, nadie viene a verlo para llorar. Nos reímos pues, porque la butaca la hemos pagado para eso, pero la verdad es que Laurel y Hardy, valen muchísimo más que él. Sin embargo, Harold Lloyd equivale a una idea media del éxito. Siempre es el empleado enamorado que logra a fuerza de celo, de desventura y de amor a ser el marido de una mujer rica. Ha traído a su oficio, la idea que nosotros teníamos del héroe que se casa con la princesa. Es el héroe democrático y comercial, el imbécil feliz que acaba por ser un feliz imbécil.

Sus films están a tal punto privados de inteligencia que casi resultan inmorales. Antes la virtud era la recompensada. Hoy es la estupidez. Harold Lloyd, rehabilita la estupidez.

En sus principios, Harold Lloyd era un muchacho de apariencia miope y de aspecto simpático. Y ahora no acabamos de comprender, como los films de Harold Lloyd, estúpidos hasta el extremo de ser absolutamente vacíos, resulten, por efecto de su infinita estupidez, pesados.

PIERRE HUMBOURG

Buen Humor

El presidente de un tribunal a un testigo:

—Diga usted: ¿cómo empezó la disputa?

—Así, señor presidente: “Es usted un imbécil”.

El público y el jurado se echan a reír, pero el presidente, sin inmutarse, exclama:

—Diríjase usted a los señores jurados.

En la oficina de informes de una Compañía de seguros:

—Quisiera asegurarme la vida.

—Perfectamente. ¿Tiene usted coche?

—No, señor.

—¿Es usted automovilista?

—No, señor.

—¿Ciclista, entonces?

—Tampoco.

—Pues no se le puede asegurar la vida. En estos tiempos no aseguramos la vida a la gente que va a pie. Es un riesgo muy grande.



¿Cómo puede atreverse a ir a la iglesia

teniendo esa tos acompañada de su caraspera? ¿No puede pensar que distrae en la misa e impide orar con recogimiento? Además debía saber que hay un remedio eficaz y de confianza que cura la tos, y es el

CRESIVAL

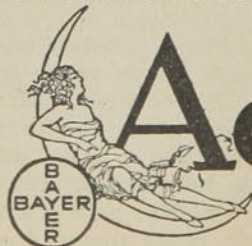
(M.R. — Solución de sullocresolato de calcio al 3%)



¡Qué fea se encuentra!

Su cutis no tiene hoy su frescura y encanto que todos admiran en él. Las preocupaciones de ayer y la falta de sueño anoche, han dejado marcadas huellas en su rostro. ¿Por qué no tomó Vd. las Tablettes de ADALINA? que sin causar efectos nocivos proporcionan un sueño sano y reparador, fiel guardián de su hermosura.

Tomando las Tablettes de ADALINA, se levantará Vd. contenta, con nuevos ánimos, y verá todo de color de rosa.



Tabletas de

Adalina

La cruz Bayer M.R. — Adalina M.R.: a base de Bromodietilacetilurea!

El fracaso de Don Juan

La escena representa el salón de una casa de campo inglesa, mobiliario de la época de Van Dick.

Lucasta.— Mi madre bajará en seguida, si no tiene, usted inconveniente en esperarla.

Don Juan.— Por el contrario, sería capaz de esperar cien

sus lomos, porque estoy seguro de que monta usted como Diana; y entonces podrá ponerle con justicia el nombre de Don Juan.

Lucasta.— Gracias, señor, pero mamá dice que uno no debe aceptar regalos de los desconocidos.

Don Juan.— Pero si yo no soy un desconocido. No debes



años en compañía de una criatura que no sé si es diosa o mortal.

Lucasta (conrojándose).— Es usted muy amable al decirme eso, señor, pero esta mañana estoy muy ocupada. Me necesitan en los establos para inspeccionar las vacas.

Don Juan.— ¡Dichosas vacas! Pero ¿no pueden ellas aguardar un momento? Desde luego que no habrá demasiada prisa ¿verdad?

Lucasta.— Es que ya tardo, señor. No me gusta hacer aguardar a la gente.

Don Juan.— ¡Qué considerada, qué encantadora! Adoro a las que no les gusta hacer aguardar a otros. Eso revela una naturaleza deliciosa. Estoy seguro de que seremos muy amigos. Ya me parece como si nos hubiésemos conocido siempre.

Lucasta.— ¡Oh, señor! si yo ni siquiera sé como se llama usted. Sólo sé que es el aristócrata español que esperaban.

Don Juan (con arrogancia).— Tal vez haya oído usted mencionar mi nombre. Soy Don Juan de Sevilla.

Lucasta.— Una de nuestros ponies se llama Don Juan: el más viejo. Sacaba a los niños a pasear en un cochecito, pero ahora está cojo.

Don Juan (molesto).— Tiene usted que permitirme que le regale un caballo: un fogoso corcel, digno de llevarla en

tenerme por desconocido; debes ver en mí a un amigo.

Lucasta.— La señora Mackham dice que uno no debe llamarle a nadie amigo hasta que no lo haya conocido durante siete años.

Don Juan.— ¿Quién es la señora Markham?

Lucasta.— Nuestra institutriz.

Don Juan.— ¡Qué sabe ella de eso! Créeme, todas las institutrices son unas necias.

Lucasta.— La señora Markham, no. Lo sabe todo... hasta los verbos irregulares griegos.

Don Juan.— Bien, entonces reconozcamos que hay una cosa que no sabe.

Lucasta.— ¿Qué cosa, señor?

Don Juan.— El nacimiento, desarrollo y naturaleza de nuestra amistad. ¿No puedo sostener que somos amigos? Yo creo que tú no deseas considerarme como enemigo...

Lucasta (después de reflexionar).— Bueno, supongo que no hay nada de malo en eso; porque no creo que sea malo hacer amistad con personas de respeto.

Don Juan (riendo desasosegado).— Tengo bastante edad para trabar amistad contigo; pero no soy tan viejo como has dado a entender. ¿Luzco tan viejo?

Lucasta (sonrojándose).— ¡Oh, no, señor! Créame que no he querido decirle tanto. Mi intención fué sólo dar a entender que usted era viejo comparado con mis amigos.

Don Juan.— ¿Tienes muchos amigos?

Lucasta.— Muchos. Harry, que acaba de salir de la escuela; y Philip, que estudia en Oxford, y Valentine, que está a punto de sentar plaza en la Guardia Real; y mi primo Dick, que es mi mejor amigo.

Don Juan.— ¿Cuántos años tiene?

Lucasta.— Salió del colegio hace seis meses. Va a ser un gran soldado como Sir Philip Sidney.

Don Juan.— ¡Ya! ¿y te gusta mucho?

Lucasta.— Mucho. Juega al tennis mejor que nadie. ¿Y usted juega al tennis, señor?

Don Juan.— Me temo que no.

Lucasta.— ¿Y a los bolos?

Don Juan.— Temo que tampoco.

Lucasta.— ¿Y a la pelota?

Don Juan.— Me temo que no sé ningún juego fuera de damas y el tresillo.

Lucasta.— El tresillo y las damas son juegos de salón. No los tomamos en cuenta. Dice mi primo Dick que todos esos son juegos buenos para mujeres.

Don Juan.— Pero es que yo no he tenido nunca tiempo para ocuparme de los deportes.

Lucasta.— ¿Es usted militar?

Don Juan.— ¡Oh, no!

Lucasta.— ¿Marino?

Don Juan.— No; aborrezco el mar.

Lucasta.— Entonces supongo que será usted explorador. ¡Los españoles son tan grandes viajeros!

Don Juan.— No; sólo he viajado por Europa, y por placer.

Lucasta.— ¡Qué tonta soy! Usted es, sin duda, diplomático.

Don Juan.— No; no soy más que un caballero que vive de sus rentas.

Lucasta.— ¿Quiere usted decirme que no sigue profesión ninguna?

Don Juan.— Ninguna profesión, pero muchas ocupacio-

nes.

Lucasta.— ¿Pero cómo se las arregla para pasar el tiempo?

Don Juan.— Hombre, verás. Nosotros los españoles somos muy distintos de ustedes, los ingleses. Somos menos prácticos, y más — ¿qué diré — más fogosos, más impacientes, más románticos. Consideramos azas para un hombre, español y noble como yo, ¿qué digo?, consideramos que un hombre así no puede tener ocupación más noble que dedicar la vida, el corazón, el cerebro, al constante y cotidiano servicio y adoración de una mujer hermosa.

Lucasta.— Ya veo; está usted comprometido para casarse.

Don Juan.— No, ¡ay de mí!

Lucasta.— ¿No tiene usted dinero bastante para casarse?

Don Juan.— No es eso; mi bolsa está de acuerdo con mi posición.

Lucasta.— Entonces los padres de ella habrán negado su consentimiento.

Don Juan.— Todavía no se los he pedido.

Lucasta.— Le deseo buen éxito, señor.

Don Juan.— Pero tú no me has comprendido. ¡Oh, la más encantadora y graciosa de las inglesas! Es cierto que amo; me consumo en un amor que jamás disminuirá ni morirá, un amor que abrasa lo íntimo de mi ser como la más candente fiebre. Pero todavía no me he atrevido a declararme. La criatura divina y adorable a quien idolatro no sospecha la situación en que me encuentro. Ignora la llama que me consume.

Lucasta.— ¿Pues por qué no se lo dice?

Don Juan.— ¡Ah!, ¡eso se dice con tanta facilidad! Pero ¿y si se le ofendiera? ¿Y si con una repentina y abrupta declaración de la pasión que me consume fuera yo a tronchar en capullo todas las oportunidades de que mi amor halle un sentimiento recíproco en su pecho? ¿Y si por una palabra demasiado impaciente fuera a matar todas mis esperanzas para siempre?

Lucasta.— ¿Es ella muy joven, señor? Perdóneme si cometo alguna indiscreción al preguntárselo.

Don Juan.— Nunca, nunca. No hay falta que pueda manchar esos labios inmaculados. (Lucasta se sonroja). Te diré



DOLORES DE CABEZA

Desaparecidos Instantáneamente!

Ahora hay un remedio milagroso—Fenalgina—para aliviar inmediatamente el más fuerte dolor de cabeza que quita toda la alegría del vivir, no le deja trabajar, comer ni dormir. Fenalgina alivia ese mal-estar inmediatamente. Tómese una tableta al primer síntoma de un dolor de cabeza y nunca estará sin ellas. Inofensiva, hasta para los niños. No oprime el corazón.

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniata.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Unico Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

la


Siroline

"ROCHE"

M.R.

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

Catarros
Resfriados
Bronquitis
Tos
Asma
Precave la **Tuberculosis.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiecol-Codeína

Don Juan.— Nunca, nunca. No hay falta que pueda manchar esos labios inmaculados. (Lucasta se sonroja). Te dire que es muy joven y que no la he visto más que una vez.

Lucasta.— Entonces ha sido un caso de amor a primera vista.

Don Juan.— Sí, pero la palabra amor es un vocablo muy débil para expresar la ola inmensa que me ha arrastrado.

Lucasta.— Dicen que el amor a primera vista suele ser mutuo.

Don Juan.— Quiera el cielo que así sea en este caso, pero dudo que ella haya adivinado mi dulce y amargo secreto. ¡Es tan joven, tan inocente!

Lucasta.— ¿Es rubia o trigueña?

Don Juan.— Su pelo es del color de tu pelo, y como el tuyo tiene el fulgor de la luz solar; con matices milagrosos y adorables rizos como esos que coronan tu frente. Su tez es como la tuya: una rosa cuajada de rocío. Sus ojos del color de tus ojos: tiene el brillo de la bóveda celeste y la profundidad del mar en verano. Su nariz es la copia exacta de tu nariz, delicada como una flor, perfecta, transparente, encantadora. Sus labios son como tus labios. Hacen morir de vergüenza a las cerezas maduras, a las rosas rojas y a los rubies. Y sus dientes son como los tuyos, más perfectos que las perlas de Ofir. Tiene tu porte, tu gracia, y el ritmo de tus movimientos, la arrogancia de tu cabeza y el divino contorno de tu figura toda. Su sonrisa es radiante como la tuya y posee la riente música de tu sonora palabra.

Lucasta.— Es usted muy amable, señor, al comparar conmigo a una persona tan agradecida.

Don Juan.— No estoy comparándote a ella; estoy comparándola a ella contigo. Hasta esta misma mañana no he sabido que una belleza tal vivía y respiraba.

Lucasta.— ¿La vió usted esta mañana por primera vez?

Don Juan.— Sí, fué esta mañana; hoy es día fatal que ha cambiado la tierra para mí en una escalera que marea, suspendida entre el cielo y el infierno.

Lucasta.— Entonces yo sé quién es. Es nuestra vecinita Electra Harrington. Usted la vió cuando venía para acá.

Don Juan.— Créeme que no es Electra Harrington. Electra Harrington tiene que ser una bruja llena de arrugas en comparación con la diosa a quien adoro. Pero dime, ¿crees que pudiera atreverme a defender ante ella mi causa? ¿Crees que hay la más débil esperanza de que ella me escuche argumentar en mi favor?

Lucasta.— ¿Por qué no? Estoy segura, señor, de que cualquier chica se sentiría muy halagada con las atenciones de un noble como usted.

Don Juan.— Pero tú me dijiste que yo era viejo.

Lucasta.— ¡Oh, señor! Ya le dije que no era esa mi intención. Me refería a que usted era grande, era ya un hombre, no un escolar como Philip.

Don Juan.— Entonces, ¿crees que una doncella pudiera mirarme sin desagrado?

Lucasta.— ¡Señor!

Lo Mejor para el Nene

No ponga Ud. en peligro el delicado estomaguito del bebé.

Use Ud. Laxol, el purgante seguro aunque eficaz, que recomiendan los médicos.

Laxol es purísimo aceite de ricino combinado con sustancias aromáticas, y que carece de olor y sabor repulsivos.

A los niños hasta les gusta el agradable sabor de Laxol.

Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.

LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A. 4

Accite de Ricino Purificado	88.96 gramos	Sacarina	0.14 gramos
Esencia de Menta	0.90 gramos		90.00 gramos

Don Juan.— Aun cuando al principio encontrara yo su corazón duro como un diamante, si sólo me deja defender mi causa estoy seguro de poder ablandarla. Es lo único que pido: que me escuche.

Lucasta.— Yo en su lugar se lo diría en seguida. Las chicas suelen ser tímidas. (Se sonroja).

Don Juan.— Luego hay otro temor espantoso que me asalta. Quizás ya le haya entregado su corazón a otro. Acaso esté comprometida.

Lucasta.— No es probable si se trata de una muchacha de nuestra comarca. ¡Todas son tan jóvenes!; y las demás son casadas... excepto Diamene, y ésta es tan fea que difícilmente puede ser ella.

Don Juan.— ¿Entonces crees que deba atreverme?

Lucasta (dando palmadas).— Sí, ¡atrévase! (Don Juan le echa los brazos a Lucasta y procura besarla. La muchacha le contesta con un fuerte cachete).

Lucasta.— Señor, ¿qué significa esa libertad imperdonable? Yo creía que era usted un caballero y un noble.

Don Juan (arrodillándose).— Perdóname; creí que habías comprendido; creí que tenías que haber adivinado. No me interrumpas. Escúchame nada más... creí que tenías que haberte dado cuenta, cuando te describí el deseo profundo de mi corazón; cuando dije que tú tenías todas sus facciones; pero estaba loco. Fué una acción imperdonable de mi parte; más escúchame, Lucasta; adorable, encantadora, perfecta Lucasta. ¡te amo!; ¡te amo con pasión! Te ofrezco mi mano, mi vida, mi fortuna.

Lucasta.— Tenga la bondad de levantarse, señor. No me gustan los hombres que se arrodillan... tienen aspecto de tontos; y si va a seguir usted hablando boberías, me voy.

Don Juan (poniéndose en pie).— Entonces eso quiere decir que no puedo abrigar la más remota esperanza.

Lucasta (rompiendo en una sonora carcajada).— Perdóne, pero no puedo evitarlo.

Don Juan.— Pues no es cuestión de risa. (Saca la espada). ¡Estoy dispuesto a clavármela en el corazón!

Lucasta (temblando de risa).— No sea tan tonto. ¡Si es usted mucho más viejo que mi padre! Ahí viene mamá.

(Entra la Condesa de Wessex, dama todavía muy buena moza. Hace una profunda cortesía).

Lucasta (aparte a su madre).— Ya verás qué gracioso es.

(Echa a correr, procurando vanamente contener la risa).

JAZ




MODELOS CLÁSICOS
Niquelados - Esmaltados
Chromes

Desde \$ 25

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION

MARIA MERCEDES

Por ALFREDO R. BUFANO

Chirigua tenía sus motivos para andar hecho un infeliz. La Mercedes se le había metido en el corazón como quien hunde los dientes en una fruta madura. ¿Qué iba a hacer él? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Por otra parte, Chirigua no podía precisar qué diablos le ocurría. Enfermo, lo que se dice enfermo, no estaba; y el llegar a esta conclusión le daba rabia, porque él habría jurado se hallaba enfermo.

No comía, no dormía, no se lavaba la cara, andaba siempre con las greñas revueltas hecho un erizo. Veía a la muchacha, y tenía que apelar al recuerdo de su regimiento para no disparar como cuando se topaba con algún vigilante que no era de su amistad. Sin embargo, estaba siempre con ella. Mejor dicho: la Mercedes estaba siempre con él. La veía con el agua de los arroyos montunos, en la sombra de los árboles, en las formas cambiantes de las nubes, en las manchas de la luna, en el ajedrez alucinado de las estrellas. La veía en todas partes; en las margaritas de los campos y en sus cuaderños de aritmética, en las florecillas de los almendros y en las hierbas mojadas de la mañana, en el vuelo de los pájaros y en su pupitre de escolar; la veía hasta en sus propios ojos las pocas veces que le daba por mirarse al espejo.

La María Mercedes lo había partido por el eje, según su propia expresión. ¡Pero si era tan linda! Pelirroja, de tez blanca, ojinegra, cejas y pestañas negras, cuerpo de gato montés. La belleza de María Mercedes era agresiva, insolente. Era una belleza peleadora, dañina. Arañaba con su manera de mirar, de andar, de moverse. Chirigua estaba todo lastimado por la belleza de María Mercedes. Los trece años de la muchacha eran avispas bravas para Chirigua.

Los padres de la Colorada, habían comprado la chacra que deslindaba con la huerta del muchacho. La vio por primera vez una mañana que lo mandaron a cortar brevas. Ella estaba del otro lado de la cerca, descalza, con el rojo pelo en desorden, recogiendo choclos.

Chirigua la vio y tuvo la sensación de encontrarse frente a una fierecilla del monte. Ella miró con desprecio y curiosidad. El muchacho, con timidez de lagarto le dijo:

—Buen día. ¿No quiere unas brevas?

—¡Estúpido! ¿Estás creyendo que no hay brevas en mi casa?

Chirigua tuvo que acordarse de su manual de urbanidad para no caer en la bajeza de darle cuatro o cinco soplamocos. Se quedó con el insulto. Trepó a una de

las higueras y, desde ella, furtivamente, siguió mirando a la pelirroja, hasta que desapareció con su delantal, recogido lleno de choclos verdes y rubios.

El muchacho perdió el reposo. Empezó a olvidarse de sus pájaros, de sus perros, de su petiso y, desde ese día, le habría jurado a su madre que se sentía muy mal, pero muy mal; resolución que no tomó porque sabía de antemano que el padre le haría suministrar en el acto una dosis de cualquier purgante, hecho

dulces. Lo largaba todo de golpe, como temiendo quedarse muerto ahí no más, en el patio.

Chirigua no podía olvidar el "¡Estúpido!" que le había largado la Mercedes junto a las higueras. Lo tenía clavado en el corazón como una mariposa negra prendida con alfileres. Así es que, a pesar de la misteriosa atracción que sobre él ejercía la muchacha, adoptaba frente a ella una actitud de orgullo ridículamente disimulado.

Un día la Mercedes venía por el callejón de las morenas, arreando unos chivatos. Entre éstos, uno le daba quehacer por arisco. Ella estaba encendida de rabia y de fatiga.

Se topó con Chirigua que iba hacia el río a pescar truchas. Ambos se turbaron como si hubieran cometido una acción condenable. Ella rompió el silencio con su voz cálida, ligeramente varonil:

—Chei, Chirigua: ayúdame, ¿quieres?, a llevar los chivatos estos...

El muchacho tembló. El esparavel se le caía del hombro. Quiso hablar y no pudo, como si se hubiera tragado todos los anzuelos que llevaba.

—Y... ayúdame, pó! — rogó la muchacha, casi llorosa—. ¿O es que te estás acordando del insulto de la otra vez?

A Chirigua le pareció que el sol lo derretía como si fuera de escarcha. Se le nublaron los ojos. Ella se le acercó, y mirándolo a hurtadillas, le dijo:

—¡Te insulté sin querer! ¡Te lo juro por la Virgen! No voy a insultarte nunca más, mirá... ¡por esta cruz! — Y se llevó a los labios el pulgar y el índice, rompiendo a llorar en forma contenida y convulsa.

El muchacho sintió que el mundo se le metía en las sienes. Reaccionó de súbito, violentamente; y empezó a gritar y a gesticular como un poseído, arreando la majada.

—¡Huíja, chivatoooo! ¡A ver, guacho e porra! ¡Pa las casas! Huijaaaa!

Los dos muchachos empezaron a andar en silencio en pos del hato. El aroma de las aralias en flor enbalsamaba la tarde. La salmodia del río se deshivaba a lo lejos entre los cañaverales rumberos.

—Chei, Mercedes — preguntó de pronto el niño —; ¿sabías tocar la flauta?

—¿Yo? No. ¿Y vos?

El, por toda respuesta, sacó de su cinturón una flauta de rama de higuera.

—¿Quieres que te toque?

—¿Y la majada?

—Yo la recojo luego.

Se sentaron a la sombra de las more-

(Continúa en la pág. 66)



¡CELOS!

Por la
CONDESA DE NOAILLES

Nada es más raro que una novela muy bella; la obligación que nos impone el escritor, de relacionarnos con seres que nos son extraños, de darles precedencia sobre nosotros, puede detener a los espíritus activos, creadores o soñadores, al borde mismo del libro.

«No leo novelas, porque no hago visitas», decía espiritualmente un viejo amigo de mi infancia. Es, pues, respecto de esta forma de pensamiento que el lector que no trabaja, se muestra más severo, más exigente. ¡Cuántas Giselas, Blancas, Antonietas, Pablos y Enriques han procurado apoderarse de nuestra soledad, cogernos, instalar en nosotros su existencia enfermiza, inferior a la

nuestra, sus ideas de las cuales no sale ni un solo decorado plausible, ninguna acción que sobrepase nuestra propia vida! No se dibujan sino a sí mismos, no propagan esas ondas que vienen a rozar un punto secreto de nuestra persona y a convidarnos, como lo hace la música, a desear una súbita y turbulenta aventura.

Sí, la música, el viaje, el teatro, la novela, tienen todas las mismas propiedades de arrancarnos a nuestras costumbres, de interrumpir nuestros proyectos, de substituir su miraje y su delirio por nuestra cordura. Lo que pedimos a un relato que debe hacernos prisioneros, son cualidades poderosamente humanas,

BELLEZA...!
AMOR!

ES por los ojos que entra el amor, y a los ojos los seduce de un modo irresistible la infinita belleza de un cutis terso, suave, inmaculado. La cera mercolizada, al ser aplicada todas las noches, antes de acostarse, opera una completa transformación de la tez, haciendo que se desprenda de la epidermis, en forma gradual, toda la cutícula exterior, vieja y desgastada, llena de manchas, pecas, harrillos y otros defectos, la que viene a ser reemplazada por un nuevo, hermoso, encantador cutis, ese cutis que es característico de la primera juventud y que toda mujer puede perennemente lucir.

CERA MERCOLIZADA

Única Verdadera Crema de Belleza

Se expende en todas las
farmacias, en todos los
países del mundo.

En cajas de dos tamaños:
grandes y medianas.



BRONQUITIS AGUDA Y CRÓNICA,
CATARROS — ASMA.
AFECCIONES PULMONARES.
ENFISEMA.

se curan rápidamente con

JARABE FAMEL

a base de: Lacto-creosota, Ácido-láctico-
Codeína y Tintura de Acónito.
EN TODAS LAS FARMACIAS.

y la proposición de sentimientos cuya presencia, eco o temor, sea para nosotros vibrante; la exposición de un caso de conciencia por o contra el cual tomemos partido, como que todo individuo honrado deja su obra y viene a mezclarse a los debates y a los juicios que solicitan su examen, su rectitud, su justicia fraternal.

El libro que aparece hoy bajo un pseudónimo y sobre el cual yo escribo estas líneas, nos lleva a adivinar, por singulares perfecciones, que el autor frecuenta, con dones de sabio, los hospitales y las clínicas, de las cuales nos da él impresiones tan precisas como lo harían impecables fotografías. La elección de un médico, como héroe del relato, la consecución de la enfermedad, los diagnósticos y los tratamientos, no pueden ser en este volumen puramente de un simple espectador. Se siente la maestría y la soltura que dan el hábito periodístico, la subconsciente virtuosidad.

Y, además, una descripción rápida pero notable de paisajes griegos, nos autoriza a creer o suponer, que el enmascarado escritor, aunque nacido a los bordes del Sena, sería excelentemente designado por este título de "Ciudadano de Atenas", tan bello de llevar, que yo tendría envidia de los que se revisten de su resplandor, si no perteneciese, por lazos de sangre, al suelo privilegiado.

Por otra parte, las diosas que presiden en la antigua tragedia, parecen conducir aquí el inexorable drama de los celos. Es verdad que la fatalidad toma un aspecto más moderno. La voluntad falaz del hombre juega en sus páginas llenas de vida un rol, del cual se encargaban en los tiempos antiguos la Esfinge, los

oráculos, el choque inevitable de las criaturas con las circunstancias agresivas.

«Las cosas del amor están más allá del bien y del mal», ha escrito Nietzsche. Esto es tan verdad, que los gemidos, los pensamientos, las cóleras, la iniquidad misma de las pasiones del amor, encuentran en casi todos los espíritus una indulgencia y una piedad que no se acuerda a la vanidad, al lucro, al orgullo, a la ambición.

El libro que alabo con la mayor alegría y sinceridad no es solamente un cántico de sufrimientos, de desesperación, de odio—tan lejos como lo pueda arrastrar el pensamiento—y nos hace pensar en la hostilidad del hombre contra su rival, tal como la describe con una aspereza sin paralelo Spinoza. No, en esta obra la reflexión ansiosa, la venganza verbal, no bastan. Se obra, se daña. Se deleita uno y se alimenta de la premeditación del asesinato y del asesinato mismo. Las desidias y crueldades de Adolfo, las ofensas prodigadas por Julián Sorel, la firmeza implacable del débil Gastón de Nanteuil, amante de Mme. de Beauséant, y que muere de nostalgia en una de las obras maestras de Balzac, «La Mujer Abandonada», no alcanzan a oscurecer la lúcida nocividad del héroe de este libro, cuya vocación fué la de socorrer a los humanos, de encarnizarse en curar sus enfermedades y sus taras, y que de repente se transmuta en plaga él mismo.

Dos enigmas, a lo largo del relato, se alzan ante nuestros ojos, levantados sobre la extensión bien ordenada de pensamientos perspicaces, sobre las cimas agudas del análisis más consciente. Cada detalle es tan evocador que, lejos de verse en la necesidad de hacer esas «visitas» que repugnaban a mi amigo de la infancia, se encuentra uno transportado a lugares con mucha luz, y se es un espectador intrigado, inquieto, terrorizado, pero perfectamente satisfecho. Porque, no estando obligado a creer en la realidad de ese conflicto sangriento, pero sí a apreciar los colores y el ritmo, se siente uno en estado de gracia, en el centro mismo del pecado.

Un doble enigma, he dicho, domina todo el romance que el libro compone. Enigma de Brigitte, amante «tibia-nieve», cuyo encanto, rechazo y abandono sin durable embriaguez, nos son pintados con viva nitidez, de tal manera que ella misma se colora y se dibuja rápidamente, por medio de fards y de polvos, pero más a menudo todavía por medio de reflejos, como aquellos de la luna sobre el agua, y no como lo sería el astro metálico mismo en la tiniebla de la extensión.

Brígida frívola, avara, prudente, no es ni Berenice ni Hermione, pero su poder misterioso inspira un deseo que deshace de hora en hora la estructura de un hombre. Enigma de este hombre, amante obsesionado.

De una inteligencia superior, poseyendo a lo menos esta moral, por la cual se

salvaguarda su vida espiritual, se pone al abrigo del crimen y del remordimiento, se siente guiado hacia un fastidio inicuo. Culpable, se castiga hasta el aniquilamiento, sin que jamás la piedad por su víctima sea el móvil de tan tenaz resolución. Es absolutamente la pasión constante, de la cual el desgraciado es el envilecido esclavo, la que puebla todavía de visiones voluptuosas la pobre choza africana, donde habita en él la enfermedad inexorable.

No hace falta conocer la demencia

inspirada por el amor, que no es la relajación, ni el libertinaje, pero sí la necesidad que tiene un ser de otro ser, para permanecer indiferente a esta punzante historia. Puedo terminar la presentación de este fiero relato con una frase que precisamente escribía ese día:

«Problema para el espíritu curioso y científico, como para el espíritu religioso, es el hecho que sólo sobre el amor exclusivo, sobre la virtud terrible y mortal del amor único, que se abate el rayo de los dioses celosos».



GRATIS

¡Ud. va a querer este libro de cocina!

Es mucho más que una colección de recetas deliciosas. Le dice a usted cómo hacer sus platos favoritos más sabrosos y más apetitosos con Maizena Duryea, uno de los grandes alimentos naturales que da fuerza, energía y promueve la buena salud en general.

Pida un ejemplar. Es GRATIS. Llene y envíe el cupón.

MAIZENA DURYEA

Agentes: WESSEL, DUVAL Y CIA.
Casilla 86-D.—Santiago.

Envíenme un ejemplar gratis de su libro de cocina. (3)

Nombre

Calle

Ciudad 312 A.

La cocina practica

GUISOS DE LA ESTACION



SESOS AL GRATIN

ALMUERZO

SOPA DE CEBOLLAS

1 cebolla.
115 gramos de mantequilla.
Pimienta entera y sal.
Pan.
Queso parmesano.

Se corta la cebolla en forma de pluma, se deja dorar en 115 gramos de mantequilla, y una vez dorada se le pone el caldo necesario para la sopa, se sazona con pimienta entera y sal. Se deja hervir por una hora y en la sopera se ponen tajadas de pan y bastante queso rallado. Se pone la sopa hirviendo encima.

FREJOLES CON JAMON

3 kilogramos de frejoles.
1 cuarto de kilogramo de jamón.
50 gramos de tocino.
1 cucharada de harina.
3 cucharadas de mantequilla.

Se cuecen los frejoles que se dejarán remojados desde la noche antes: después de cocidos se lavarán bien. En una cacerola se podrán pedazos de tocino, pedazos de jamón y los frejoles; se le agrega una cucharada de harina deshecha en agua y el caldo necesario para que se guisen. Se sirven poniéndoles tajadas de jamón y un pedazo de mantequilla.

1 cabeza de sesos.
1 atado de acelgas.
2 zanahorias.
2 huevos.
2 cucharadas de mantequilla.
2 cucharadas de pan rallado.
2 cucharadas de queso parmesano, sal pimienta y verduras.

Los sesos se preparan y se cuecen como siempre. Una vez cocidos, se cortan en rebanadas delgadas, después de pelarse. Las verduras se cuecen y se pican menuditas. Los huevos se cuecen duros y se rebanan delgados.

Se arregla en una fuente una capa de sesos, otra de verduras, huevo duro alternándolos y encima de todo se pone el pan rallado y pedacitos de mantequilla. Se pone al horno.

COMPOTA DE NARANJAS

12 naranjas.
1 copa de rhum.
1 cuarto de kilogramo de azúcar flor.
1 kilogramo de hielo.

Se pelan las naranjas, se cortan en redondelitas muy delgadas. Se arreglan en una budinera lisa, una capa de naranja, otra de azúcar y un poco de rhum. Así se sigue hasta llenar la budinera. Se pone media hora en hielo antes de servir.

Ninguna
receta
es
buena
si
los
condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los
**ALMACENES
ECONOMICOS**

Hay uno cerca de su casa.

87 "Carozzi"

Los Tallarines más refinados y exquisitos
que Ud. debe comer diariamente

COMPRELOS EN LOS MEJORES ALMACENES



C O M I D A

SOPA DE VERDURAS

1 1/2 litro de caldo.
2 zanahorias.
2 nabos.
4 papas.
Repollo.
2 cucharadas de mantequilla, sal y pimienta.

Se pelan las verduras y se cortan en tiritas. Se fríe esto en mantequilla con sal y pimienta, y una vez frito se le pondrá el caldo hirviendo. Se dejará hervir hasta que la verdura esté bien cocida y se sirve la sopa.

PAPAS A LA INGLESA

5 papas.
2 cucharadas de mantequilla.

1 cucharada de mostaza.
1 cebolla, sal, pimienta y verdura.
Las papas se lavan y se cuecen en agua con sal. Una vez cocidas se pelan. En una cacerola, se derrite la mantequilla y se le agrega la mostaza disuelta en un poco de agua, la cebolla picada, la pimienta y verduras. En esta salsa, échanse las papas cortadas en rebanadas; se dejan cocer y se sirven calientes.

FILETE DE BUEY

1 1/2 kilogramo de filete.
50 gramos de tocino.
50 gramos de mantequilla.
1 vaso de vino blanco.
1 cucharada de jugo de carne.
Sal y pimienta.
Se mecha el filete con tocino y se espolvorea con sal y pimienta y se asa al horno. Se hace una salsa con

mantequilla, vino blanco y jugo de carne, trufas cortadas en tajaditas y el jugo del filete. Esta salsa se vacía sobre el filete puesto en el azafate. Se adorna con perejil frito.

FLAN DE ALMENDRAS Y NUECES

1 cuarto de kilogramo de almendras dulces.
1 cuarto de kilogramo de nueces.
5 huevos.
2 tazas de leche.
Azúcar.

Se pelan nueces y almendras y se muelen. Se ponen a hervir en leche con azúcar. Después de hervirlas un rato, se sacan del fuego. Se cuele la leche y se le agregan las yemas de huevo muy batidas. Se pone en un molde acaramelado al baño María.

PRIMEROS AUXILIOS

Es muy frecuente hacerse un tajo; los niños, sobre todo, se cortan a cada rato. Lo primero que se debe hacer es poner la parte cortada en una vasija con agua tibia, hervida, con un desinfectante para destruir los gérmenes nocivos; por ejemplo, unas gotas de lisol. Si no se tiene lisol, agua oxigenada, listerina, antibáctar, etc. Se lava la herida con cuidado. Se le pone yodo y se venda. Si no se tienen vendas a mano se corta una tira de tela de hilo vieja y se plancha mojada, así se esteriliza. La persona que se ocupa del paciente deberá lavarse las manos bien, restregándose con cepillo de uñas. Sobre el tajo se pondrán unas gasas o pedazos de hilo,

encima una plancha de algodón y luego la venda. Si el paciente se sintiera mal, porque muchos desfallecen a la vista de la sangre, se le dará un poco de café negro como estimulante; no conviene darle coñac u otra cosa parecida, porque acelera la acción del corazón.

La herida se colgará hacia arriba, para que sangre menos. El vendaje puede dejarse veinte y cuatro horas sin tocarlo, a no ser que sangre mucho; en este caso se deja la curación y se pone otro algodón y vendaje encima. Se observa cinco minutos y se saca el vendaje nuevo; si sigue sangrando en la misma forma se consulta al médico. Si no, se deja las veinticuatro horas, al cabo de las cuales se pone en agua hervida, caliente, con desinfectante; se saca la gasa dentro del agua y se puede vendar en igual forma. Se hace diariamente lo mismo, hasta que esté cicatrizada. Si la herida se infectase, se pondrá cada cuatro horas en una solución de agua yodada, es decir, en la proporción de una cucharadita de té por cada medio litro de agua hervida; también puede usarse una pastilla de bicloruro en un litro de agua lo más caliente posible y se ponen fomentos, teniendo cuidado de no quemar la piel.

Celos

Cuando me marchó de tu lado y pongo un disfraz de ilusión a mis desvelos, y se va con la tarde mi esperanza... tiemblo de celos.
Y me parece que a tu vida absorbe otra vida, mejor tejida en sueños, y que hay otra alma sigilosa y triste que se acrecienta ante tus ojos bellos. Si hasta del viento—músico de siglos—que sabe los misterios de las nubes y canta entre las ramas, y peina el pasto de los grandes predios, hasta del viento, no te extraña, mi alma vibra de celos.
Quisiera que mis brazos fueran una cadena fuerte de invencible acero, para encerrar por un millón de días tu blanco cuerpo!
Cuando te dejó sola, clava su áspid la víbora del cielo en la carne de mi alma, y me redimo vencido, ante ese amor que es mi sustento, que pone una tristeza en mis pupilas y una estría de luz entre mis versos.

FELIX B. VISILLAC

No se lo deje agravar!



¡Lo que ahora parece "un simple resfriado" puede ser un principio de influenza, o degenerar en pulmonía!

¡Atáquelo inmediatamente tomando

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto general y los demás síntomas iniciales del resfriado, sino que **positivamente no lo deja agravar**, porque descongiona los centros afectados, impide el desarrollo de los gérmenes y favorece la eliminación de las toxinas.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA LA CABEZA.

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado. ¡Ensáyelo y verá!

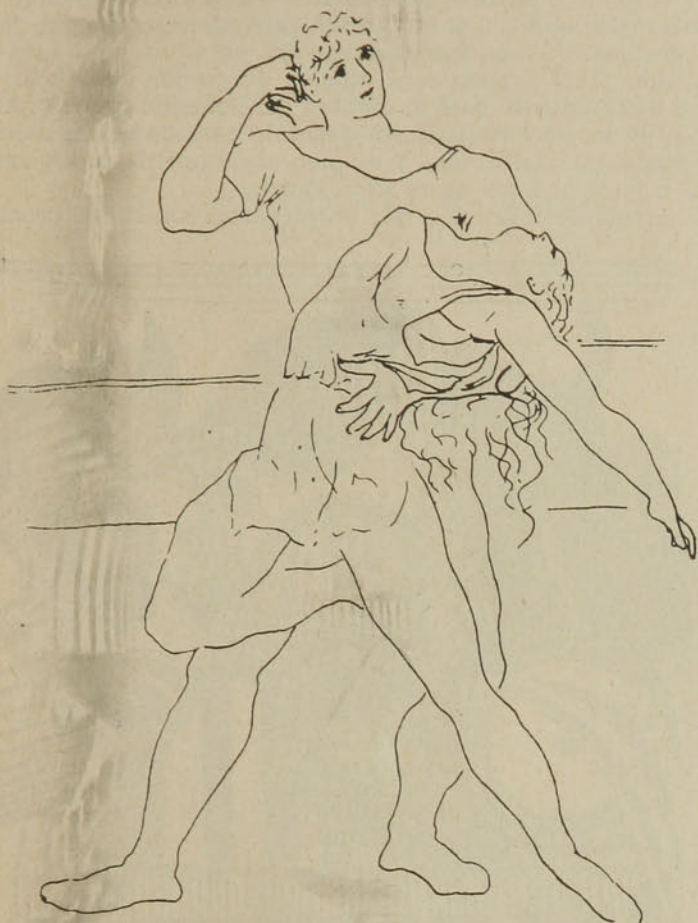
MR

BAYER

FENASPIRINA (M.R.) Es un compuesto etánico del ácido orto-oxibenzóico con para-acetfenilina

Picasso y España

Por
G. CHÁRENSOL



La obra de Picasso presenta el más flagrante contraste entre el gusto del drama y el gusto de la abstracción, entre el arte de expresión y el arte decorativo.

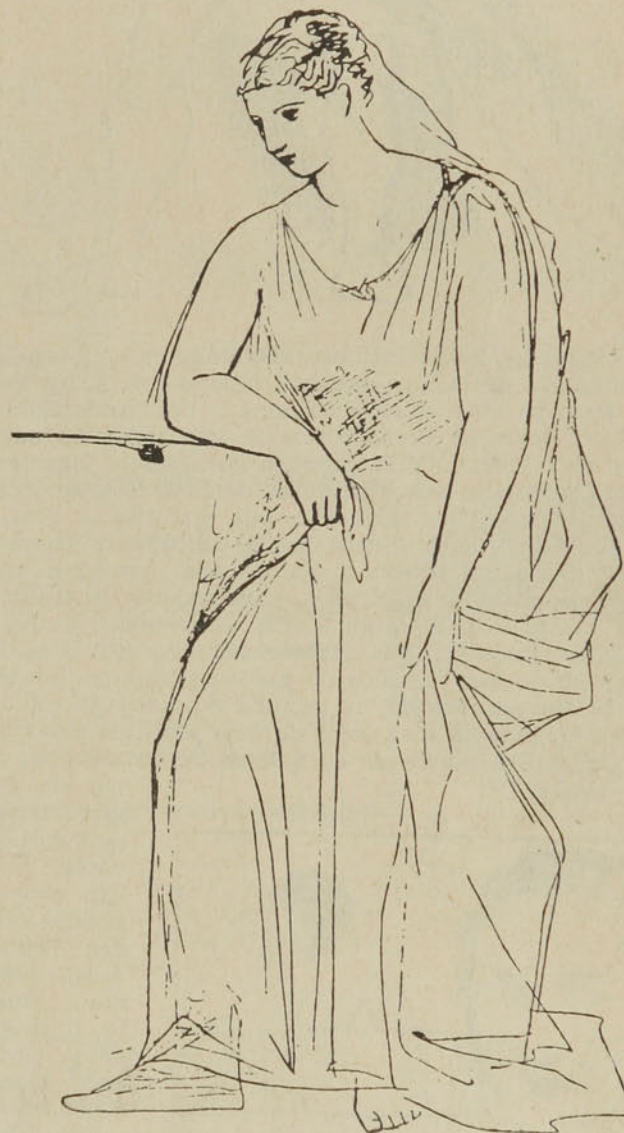
¿Contraste o alianza? Toda España está allí dentro, porque España vive siempre bajo el signo romántico que quiere que a toda certidumbre corresponda una incertidumbre exactamente opuesta.

La gran ley de la unidad se disuelve aquí en una infinidad de casos de especies: España es una tierra que desafía el análisis y da a la más amplia síntesis un carácter convencional. ¿Cómo hacer caber en una breve fórmula los desencadenamientos pasionales a los cuales nos convida España, la España misteriosa, erótica, temeraria, junto con la alegre desenvoltura de su contorno y la facilidad encantadora de algunos de sus juegos? ¿Cómo conciliar el rascacielo de mármol ma-

drileño con el mercado sórdido que oculta? ¿La loca audacia de sus toreros y el miedo a sus salteadores? ¿Los desbordes de su fe religiosa y la impiedad de sus clérigos?

Ciertamente, España posee un sentido profundo de lo trágico de la vida, pero no tiene un sentido menos agudo de lo grotesco. No se complace menos en las escenas sangrientas de la Corrida o de la Inquisición, que en sus ideológicos raciocinios que, según Góngora y Eugenio D'Ors, las revoluciones españolas de hoy parecen aportarnos nuevos testimonios.

Como una agua que huye a medida que la mano se cierra, “la ascencia de España” se evapora para el extranjero desde el momento en que él procura impregnarse suficientemente para llevar luego a su país un poco de ese perfume emocionante. Ello, sin duda, explica el fracaso de tantos franceses que han procurado comprender a España, cuando sólo se tra-

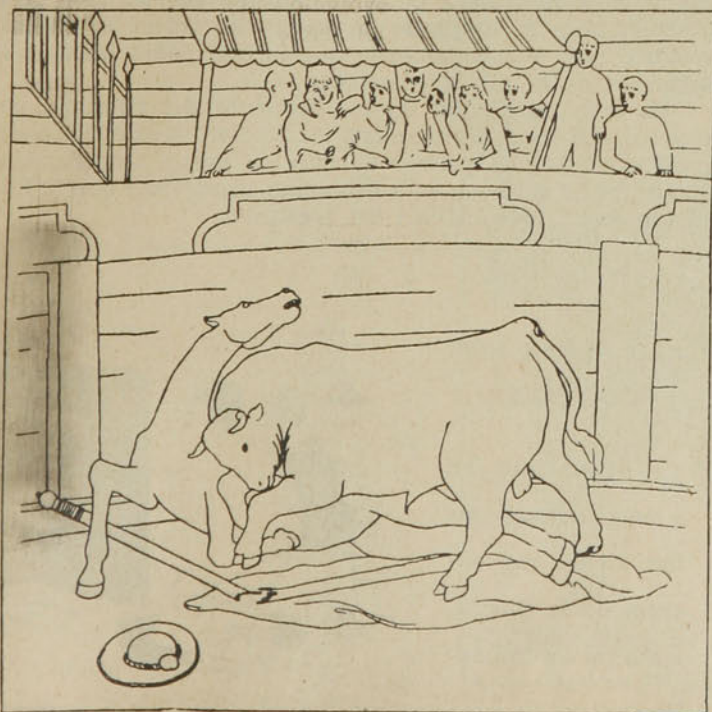


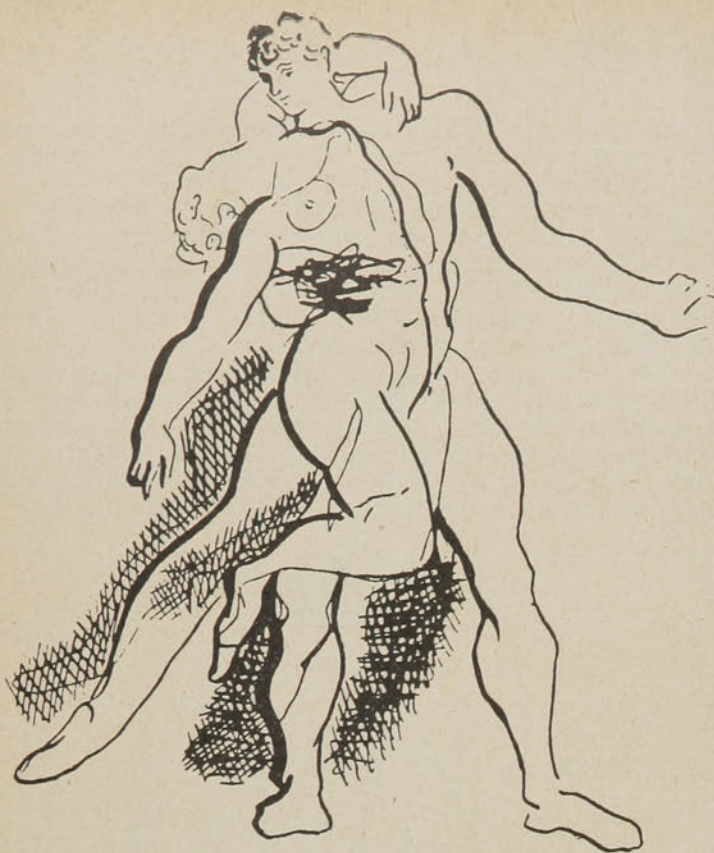
taba de sentirla como han hecho líricos puros, como Gautier, Barrés o Montherlant.

Todo lo que hay de extrañamente desconcertante en la obra de Picasso: esos cambios bruscos, esas bizarras palinodias, esos impulsos soberanos, sorprenderían menos en Francia si se tuviese idea de la complejidad del rostro de España, donde tanta ignominia se mezcla a veces a tanta verdadera grandeza.

* * *

Esto dicho, si se quisiesen oponer una a la otra las dos Obras de Picasso no sería muy difícil mostrar en qué aspecto el periodo que se extiende hasta los alrededores de los años 1907 o 1908 pertenece al arte castellano, mientras que el cubismo y todo lo que se deriva del neo-clasismo, se revela como esencialmente andaluz. Creo haber sido el primero en señalar, hace ya algunos años, las relaciones evidentes que existen entre esas puras creaciones del espíritu nacidas del cubismo y el arte mudejar, venido del oriente, pero que ha encontrado entre Córdoba y Málaga, el clima que le ha permitido dar sus más bellos frutos.





Malagueño, Pablo Picasso, abandona muy joven esta patria andaluza de la que conserva físicamente todos los caracteres. Pero ya viva él en Barcelona o permanezca largos periodos en París, se queda cerca de esta tradición que, desde el siglo XV al siglo XVIII, produce únicamente pintores de expresión dramática. Sólo Velázquez, demasiado gran señor para dejarse ganar por los tormentos que torturan la raza, se inscribe al margen de esta línea que, de Morales al Greco, de Zurbarán a Goya, de Ribera a Valdés Leal, presenta una serie sublime de pintores inspirados, para quienes la tradición del drama interior tiene importancia únicamente y que llegan a veces a escapar a toda representación objetiva de la realidad; es cierto que aquellos de nuestros pintores contemporáneos más enamorados de "la pérdida de contacto con la realidad", están todavía bien lejos de esas pinturas con las cuales Goya cubrió los muros de su quinta, de esas rondas de brujas, de esos paisajes irreales, de esos ensueños salvajes que ejercen sobre el visitante del Museo del Prado, una fascinación malsana. Igualmente, "La Asunción de la Virgen" de San Vicente de Toledo, y muchas otras obras del último periodo del Greco, presentan formas positivamente desencarnadas.



Protección al cutis

Antes de salir, especialmente cuando el tiempo es desfavorable, úsese Crema de miel y almendras Hinds para el rostro y las manos. Así se evita que el cutis sufra. Así se conserva suave y juvenil; y se realza su belleza!

CREMA HINDS

sin haber ido tan lejos, en su época azul, en su época rosa, es siempre en una tradición análoga que se sitúa Picasso. Esta terrible inquietud que más tarde impulsará hacia tanto camino desconocido, la expresa él en su juventud bajo una forma muy directa, su-

dad, en Córdoba, en Granada y en Sevilla los moros arquitectos, jardineros, ceramistas, tapiceros, ornamentistas, podía creerse desaparecida desde los Reyes Católicos.

blimando los espectáculos más dolorosos que le ofrece la vida cotidiana. La colección Plandiura de Barcelona presenta de este estado de espíritu algunos testimonios tanto más preciosos que cuentan sin duda entre los primeros cuadros importantes que haya pintado Picasso.

Pero he aquí que se acerca a París. La tradición a la cual hasta aquí ha permanecido estrictamente fiel, se le hace de más en más extraña. España no le ve sino rara vez. Cortado poco a poco esta especie de cordón umbilical, trabaja directamente bajo el dictado del demonio interior. Ahora bien, no es este del todo un demonio castellano: Andalúz, lo es hasta tal punto, que debe más seguramente a los árabes, que a los españoles de la Reconquista.

Esta libre invención que desplegaron con tanta prodigali-



dad, en Córdoba, en Granada y en Sevilla los moros arquitectos, jardineros, ceramistas, tapiceros, ornamentistas, podía creerse desaparecida desde los Reyes Católicos.

Esta aplicación pictórica de las concepciones del arte mu- dejar, no es consciente en Picasso. Por lo demás, antes de llegar al arte decorativo puro, el cubismo fué un arte de construcción, que se proponía al contrario, volver al objeto, expresarle más completamente que lo que podía hacerlo el ojo engañoso de la pintura realista.

La responsabilidad de la invención del cubismo, permanece sometida a fuertes controversias. Pero si es difícil asegurar que fué Picasso el primer cubista, se puede asegurar que ha sido el único autor de esta evolución imprevista que le ha conducido hasta los confines del realismo.

LAS SEÑAS SON MORTALES

—Puede que sea aquí, porque me han dicho que encima de la puerta, había un número...



H O J A S S E C A S

Era un anochecer de invierno, frío y lluvioso.

Día tras día, hora tras hora, las hojas muertas caían silenciosamente del haya vieja. Al fin quedaban sólo dos hojas en la punta de una rama y un fabuco solitario.

Estoy casi muerta — dijo una hoja a su compañera —. No tardaré en caer. Hace tiempo que no siento llegar la savia.

—¿Qué será de nosotras cuando caigamos? — preguntó la segunda hoja —. Algunas de nuestras compañeras se alejaron danzando en el viento, pero la mayoría se pudren en el suelo y se confunden con la tierra. ¿Será ése nuestro destino?

—No sé — dijo la primera —. Pregúntalo al fabuco. El también no tardará en caer.

—Si; pero yo caeré una vez maduro. En cambio, ustedes caerán cuando esten muertas — contestó secamente el fabuco —. Y hay en eso una gran diferencia. En seguida de caer penetraré en la tierra. Dormiré en ella algún tiempo y luego saldrá de mí un tallo que se convertirá en árbol y tendrá hojas iguales a ustedes.

—¿Y nosotras? ¿Qué haremos nosotras?

—¡Bah! Nada — replicó desdeñosamente el fabuco. Y en el mismo instante se desprendió de la rama y cayó al suelo.

—¡Nada! — dijéronse afligidas las hojas —. ¡Nada! Quizás ni siquiera nos confundiremos con la tierra.

Y una gran lágrima se formó en la punta de cada una de ellas.

En ese momento pasó una brisa ligera y murmuró a las hojas.

—No lloren... No lloren... Ustedes también son necesarias allá abajo. Sin ustedes, el fabuco jamás echaría raíz ni saldría de él un tallo. Caigan silenciosas una tras otra, júntense en el suelo, mézclense con la tierra... Ustedes hacen el suelo blando y y sustancioso para que crezcan las plantas... Silencio No lloren...

—Hermana — dijo una hoja a la otra —. Voy a caer. ¡Adiós! Abajo nos necesitan.

Se desprendió sin rumor y flotando suavemente llegó al suelo donde pronto comenzó a confundirse con la tierra.

—¡Adiós, hermana! — dijo la otra al ver caer a su compañera —. Yo también voy a caer. Abajo nos necesitan.

Se desprendió y descendió sin rumor.

Cayó precisamente junto a su compañera y las dos sobre el fabuco.

Al llegar la primavera una plantita de haya abrió en ese mismo sitio sus dos primeras hojitas tiernas.

—No habría crecido tan lozana y fuerte — murmuró la plantita sonriendo al sol — sin las hojas muertas del haya vieja.

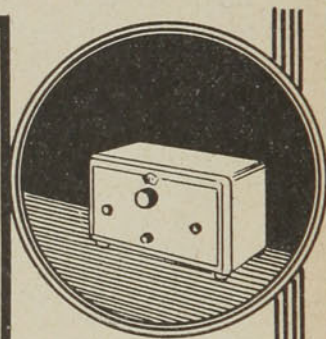


Escuche los conciertos

PHILIPS RADIO

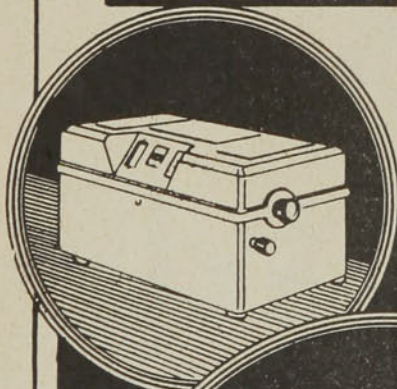
en la radio estación "La Nación",
de 9 a 10 P. M.

Sólo con los Receptores PHILIPS, equipados con PENTODOS & MINIWATT, puede usted escuchar los conciertos con su verdadera nitidez, fuerza y claridad, lo que no podrá conseguir con ningún otro receptor que no esté equipado con estas afamadas válvulas PENTODOS & MINIWATT.



Para corriente alterna y continua, 220 voltios.

Para corriente alterna y continua, 220 voltios.

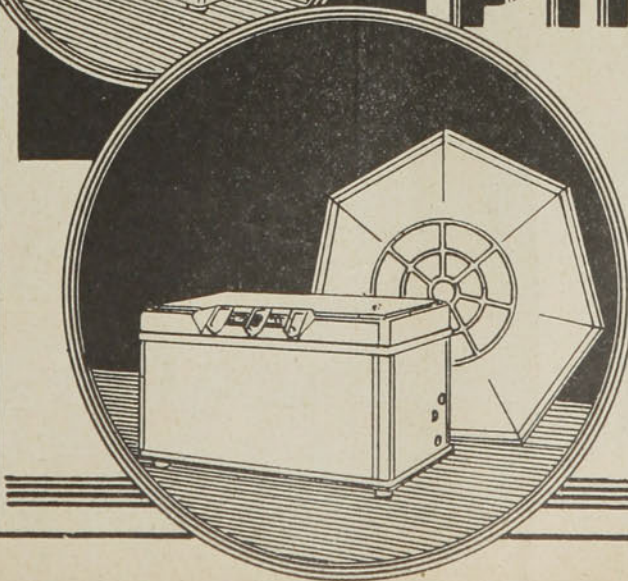


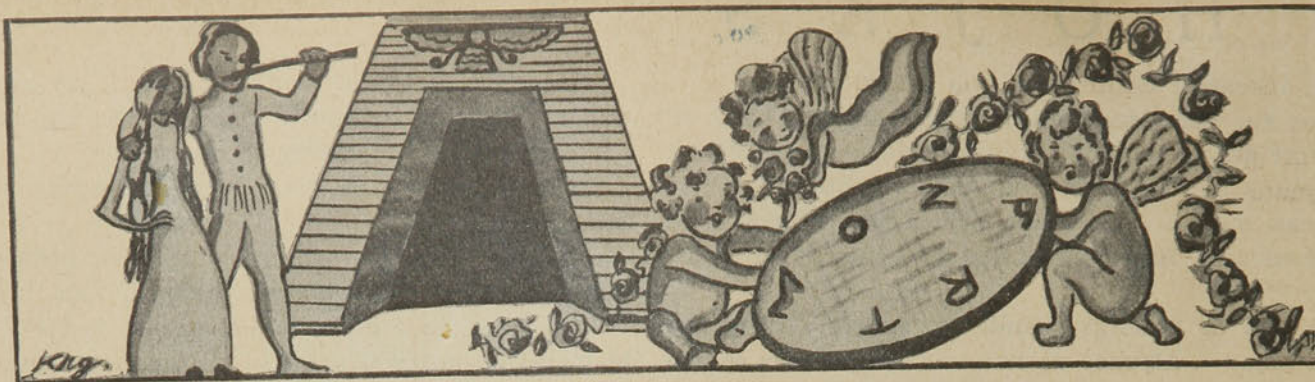
PHILIPS RADIO

Pida demostraciones sin compromiso en su propio hogar, a nuestros distribuidores autorizados, los únicos que pueden dar a usted la cartilla de garantía.



Para corriente alterna y continua, 220 voltios.





notas musicales

Cierto concierto de la semana pasada, me parece que es un verdadero "homenaje a la España profunda", para coger el título del admirable artículo recientemente hecho por Juan Cassou, y aquí mismo (Les Nouvelles Littéraires). Quiero hablar de la soirée entera consagrada por Mme. Joselito a los cantos y danzas de Andalucía.

A este respecto, ¿no se ha cumplido entre nosotros, desde hace algunos años, una especie de pequeña revolución española? Los músicos se contentaban antes con la misma España que los literatos de la época. Todo el ingenio ultra pirineico no se apartaba de Carmen, y era Massenet quien escribía el Cid o Don Quijote. El gran Debussy atropelló muchísimas barreras, aquí como allí. Por instinto, nos hizo atravesar los Pirineos. Este músico francés, ¿no ha ayudado a sus amigos ibéricos a tener conciencia de su arte nacional?

Hoy, conocemos a Falla, y por él, "las profundidades de España", las maravillosas corrientes populares que brotan en la música y en la danza.

El concierto de la Joselito unía esas dos cosas dos gemelos, no son rientes. Voz y danza, demasiado raros en España. Así ayer la Pastora Imperio, doble artista a quien Manuel de Falla dedicara "El Amor Brujo"; ahora la Joselito, la cual hizo justamente sus debuts parisienses en la misma obra maestra, en la Opera Cómica.

M. Roland Manuel, que conoce admirablemente la música española, "presenta" el programa con esa elegancia precisa y castigada que caracteriza su manera. Recuerda los rasgos propios del Cante Jondo, (amado por Montherland), donde se encuentran la monodía litúrgica de los Bizantinos, y sin duda, una influencia más oriental todavía pero no el recuerdo de la estancia de Maures. Estas quejas, esta ironía, esta nostalgia popular, pueden fundirse, brotar o exhalarse, en su ritmo libre, que ninguna medida encuadra: Saetas de procesiones sevillanas, fandanguillos, caracoles, soleares, todas canciones, entre

veinte otras, de fondo español o gitano.

El arte de la Joselito se hace ante todo con una espontaneidad absoluta. "Nada nos halaga, todo nos conmueve", como habla exactamente Roland Manuel. Con ella, la sala Gaveau, se convierte en una de esas cuevas de Granada, donde Falla, al bajar de la Alhambra, puede captar el canto popular. La señora Joselito, no es una gran voz ni nada semejante. Se adivina escasés de potencia. Pero es el gran aliento de un pueblo, el que pasa por su boca. Todo está en la autenticidad del timbre, de la justeza, de la expresión. Y, más todavía, danzante que cantante quizás. Su triunfo, es la corrida, donde,

toda escarlata como un torero, la vemos sugerir los movimientos de la corrida, expresar sobre todo esa mezcla singular que es preciso llamar una popular nobleza, y que es profundamente, el alma ardiente de esos cantos como de esas danzas.

— O —

M. Marc Pincherle consagra actualmente dos lecciones, una a Corelli, que está hecha, la otra a Vivaldi, el sábado próximo. Todo el mundo conoce el nombre y los trabajos de este erudito, joven émulo de Lionel de la Laurencie, y que, como su predecesor, no ignora nada del violín. Pincherle no limita su amor a la música, a la última preparación.

Sube voluntariamente hasta los orígenes, es de aquellos gracias a los cuales el pasado nos resulta vivo. Espíritu original y cultivado, se hace cargo de una pequeña cruzada por la Virtuositad creadora, cuyas primeras escaramuzas son conferencias sobre Corelli y Vivaldi. Hay virtuosos y virtuosas, los unos puros reproductores y deformadores, otros que justifican la rehabilitación de Pincherle, tiente, que se encuentran en el origen de todas las formas instrumentales: "No solamente las formas libres, toccata, preludio, etc., dice bien nuestro historiador, sino la sonata, el concierto, son en principio, creaciones de virtuosos fijando sus primeras adquisiciones técnicas." Una elección feliz, un golpe practicado en "el período de oro", fin del siglo XVII, principios del XVIII italiano, forma la ilustración persuasiva de esta anotación. Un Corelli, puro violinista, violín hecho hombre, teórico de su propia virtuosidad. "figura una técnica cuerda, aérea, ancha, en reacción con la virtuosidad frenada con tendencias acrobáticas".

Nada más instructivo que esas miradas hacia otras épocas. Porque se podrían clasificar los malos amigos de la música en dos partes, con una palabra un poco arrancada de Marx: aquellos para quienes ha habido música, pero ya no la habrá más, y aquellos para quienes hay música, pero no la ha habido antes de nosotros.

ANDRE GEORGE.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE



SEÑORITA IVA CALVEZ
VIGOURAS:
ESTILLAGUNO

P E Ñ A L O L E N R I N

Peñalolén, enclavado en su anfiteatro de montañas, es como un parque suspendido sobre Santiago. Lo sustentan los primeros cerros cordilleranos, donde la cordillera aún no tiene esa aridez inhospitalaria de las grandes alturas. Por eso las manchas del verde tierno decoran sus faldeos y hasta se cuelan entre las trizaduras de las piedras centenarias.

EL PAISAJE

¡Es soberbio el paisaje! Panorama de alturas, de cerros escalonados, que rompen hacia el cielo, en el fondo, para decorar ese telón de boca magistral que cierra el oriente de Santiago.

Hacia abajo se deshacen los cerros en una vegetación floreciente, que alimenta la abundancia de agua de nieves, agua de alturas limpias. El ojo no se fatiga escudriñando por todas partes. Cerros, laderas, hondonadas, torrenteras. Luego hacia lo alto, nieves que alisan los vientos de la otoñada.

Más lejos, perdido en la bruma de una de estas tardes doradas, el valle santiaguino, con sus brumas lentas, pesadas como esos humos blancos de las tardes veraniegas, al amor de las eras.

La ciudad se columbra, más que se distingue, a la distancia. Es un caserío pequeño, donde todo parece reducido y pobre. Ni siquiera las torres logran recostarse en el fondo del cielo bruñido de un azul sucio.

Un conjunto de paisaje decorativo, de acuarela deliciosa. Sólo hace falta uno de esos soles rubicundos, de tarde caliginosa, que rue-



de sobre el filo de los cerros, como un disco de oro lanzado al azar de un raro equilibrio.

Peñalolén debe ser visto en estos fines de otoño, después de una lluvia, cuando el follaje tiene un tono lánguido del fenecido amarillo vivo, del oro puro de las hojas.

Aquí está la mancha de color que hubiera prendido al lienzo Juan Francisco González. Está viva e irreal, como cosa imaginada de pintor. Y es que la realidad de Peñalolén es una suave irrealidad de ensueño.

DON ANDRÉS BELLO EN PEÑALOLEN

Mucho le placía a don Andrés Bello frecuentar, por los veranos, Peñalolén. Por otra parte, es preciso no olvidar que, allá por los promedios y antes todavía, del pasado siglo, don Andrés cultivaba la bien estrecha amistad de don Mariano Egaña, dueño de esa Hermita que, en más dulce lengua aborígen, se llama Peñalolén.

Siendo Egaña Ministro de Chile en Londres, había contratado a don Andrés para que pasase a Chile. ¿Cómo no iba a guardarle rendida gratitud el estudioso, al buen amigo, docto como él en letras humanas y divinas?

¡Cuántos días, cuántos, compartieron sus ocios Bello y Egaña en Peñalolén! Bien se entendían y bien se estimaban ambos. ¿Qué mucho, entonces, que se buscaran a menudo?

Un poemita de don Andrés evocaba sus emociones de Peñalolén, Nada, ni nadie podría reproducirlo mejor que sus propios versos. Que dicen así:

Boscajes apacibles de la Hermita
¡oh, cuánto a vuestra sombra me recreo,
y con qué encanto celestial poseo
lo que en vano se busca y solicita
en el bullicio corruptor del mundo:



CON DE ENSUEÑO

UN PARQUE DELICIOSO



el sosiego profundo,
la deliciosa calma,
la dulce paz!... Que al alma
de sí propia contenta,
y de cuidados míseros exenta,
le hace el silencio plácida armonía,
y hasta la soledad le es compañía.

Ni enteramente solitario vivo;
que cuando, embelesado y pensativo,
en vuestro grato asilo, me paseo,
la cara imagen veo
de aquél que lo formó, de aquél que un día
de la insana inquietud del vulgo vano,
móvil veleta con que juega el viento,
a vosotros huía,
y de su propia mano
elevó este sencillo monumento
a la sola veraz filosofía.

Sí: que en este retiro
que amaste, inseparable me acompaña
tu venerada sombra, ilustre Egaña;
y en tu semblante miro,
como cuando la vida lo animaba,
de la virtud la estampa y el talento;
y escucho aquel acento,
que, mientras la vida halagaba
abundoso vertía
provechosas lecciones de experiencia,
concordia, universal filantropía,
política sensata, gusto y ciencia.

Yo, que de ellas saqué no escaso fruto
oso ofrecerte, Egaña,
este humilde tributo
de amor y admiración. Tú lo recibe,
ya que no puede ser por lo que vale,
porque de un pecho agradecido sale,
en que indeleble tu memoria vive.

No pudo, acaso, imaginar más cumplido
testimonio de gratitud y de amistad el do-
ble nombre glorioso de los dos Egaña, padre
e hijo.

¡Le Notre no hubiera concebido realización de tan bello parque! Acaso, por lo demás, ¿no fué un discípulo de tan alto arquitecto de jardines quien imaginó ese rincón de ensueño?

Nada le falta para tener el ambiente de un grato paraíso. Situada las casas en el declive mismo del faldeo, deja a sus espaldas toda la maraña espesa de la serranía cordillerana. Bajo el techo de verdura de los altos árboles rueda la cascada, primero a través de una gradería, que luego se reproduce en tres secciones, más empinadas las primeras, más suaves las últimas. Salta el agua a través de ellas, deshecha en copos de espuma, con su estrepitosa carcajada, que tan bien se armoniza con el suave ruido de la montaña.

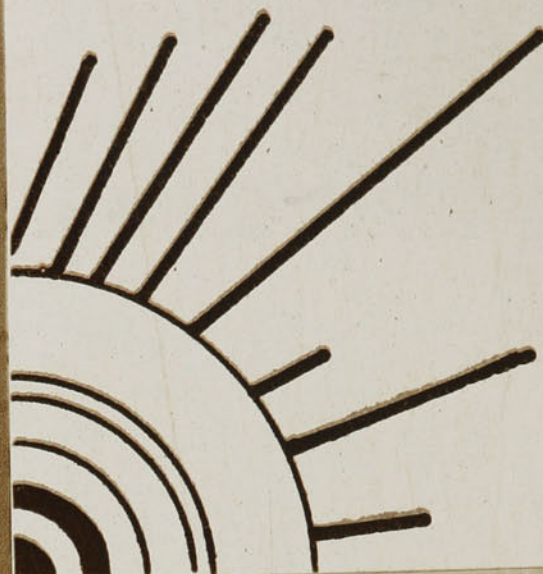
¡Nada es tan bello y tan decorativo como esa cascada que parece explicar mejor; que parece hacer sentir más real y más viva la altura natural de la montaña. El agua viene de arriba, deslizándose por quien sabe qué alta torrentera y hasta la cual se ha filtrado tal vez de alguna vertiente escondida entre ásperas breñas.

Peñalolén es parque, es jardín, es arboleda. Es soledad y es tranquilidad. Bello lo sintió y lo dijo en sus versos prosaicos. Nada es comparable a la paz que allí se goza. Nada se parece más a ese dulce recreo silencioso del espíritu de que hablaba Montaigne. Gran señor, substraído a las solicitudes de la ciudad, don Luis Arrieta vive allí, entre los abundantes libros de su biblioteca y al amor de su parque delicioso, a cuya sombra meditaron tantas horas Bello, los Egaña y aquel patricio inolvidable que se llamó don José Arrieta.

A. D.



SEÑORITA CORREA
ELENA GUZMAN
ESTILLAGUÑO



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

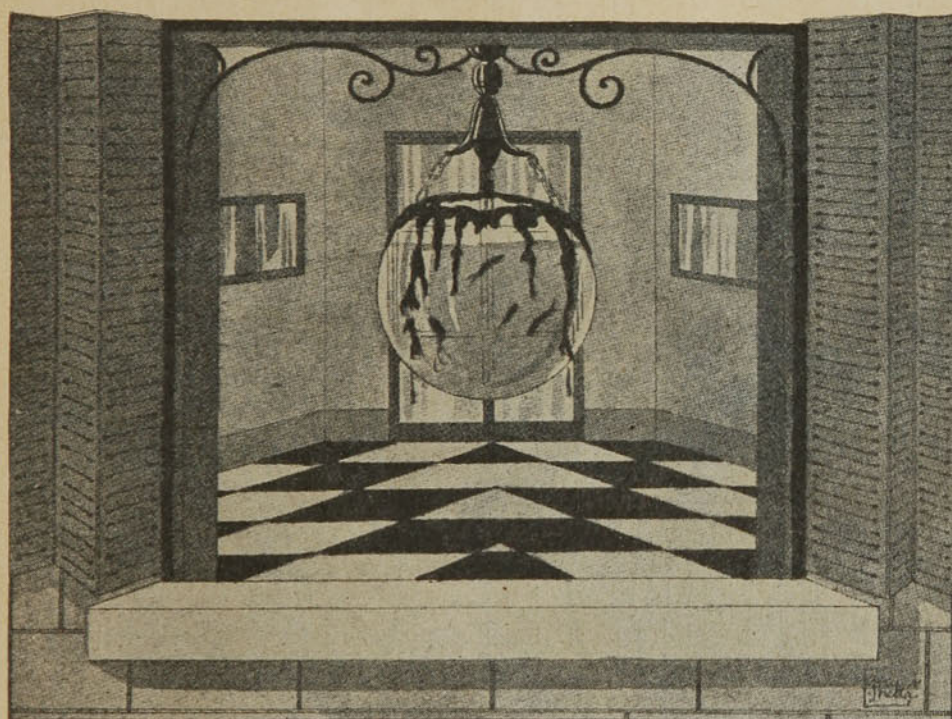
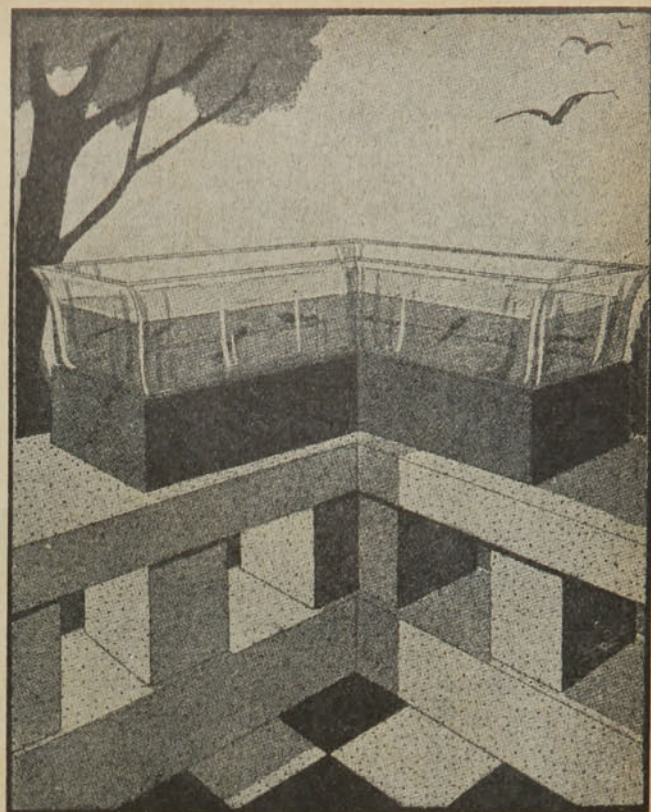
SEÑORITA ROSA
VALDES WOOD
ESTILLAGUÑO

Keg.



DECORACION MARINA

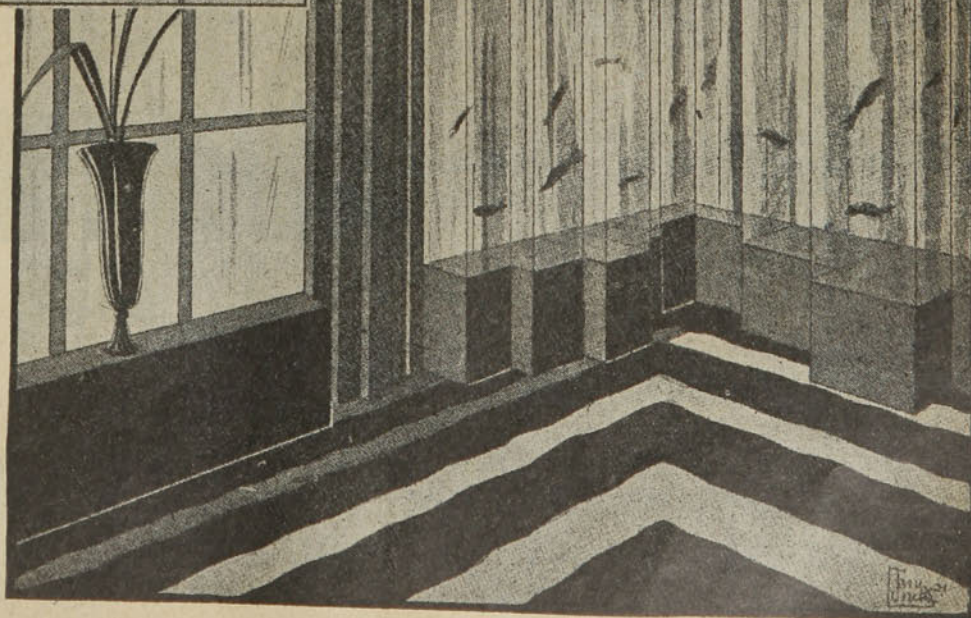
Está de moda encontrar, para la decoración moderna, notas verdaderamente originales. He aquí algunas ideas nuevas inspiradas en la decoración marina.



Bola de cristal, suspendida por cadenas, a un motivo de fierro forjado que atraviesa la ventana. Peces exóticos dentro, y en el borde de la bola, plantas acuáticas raras.

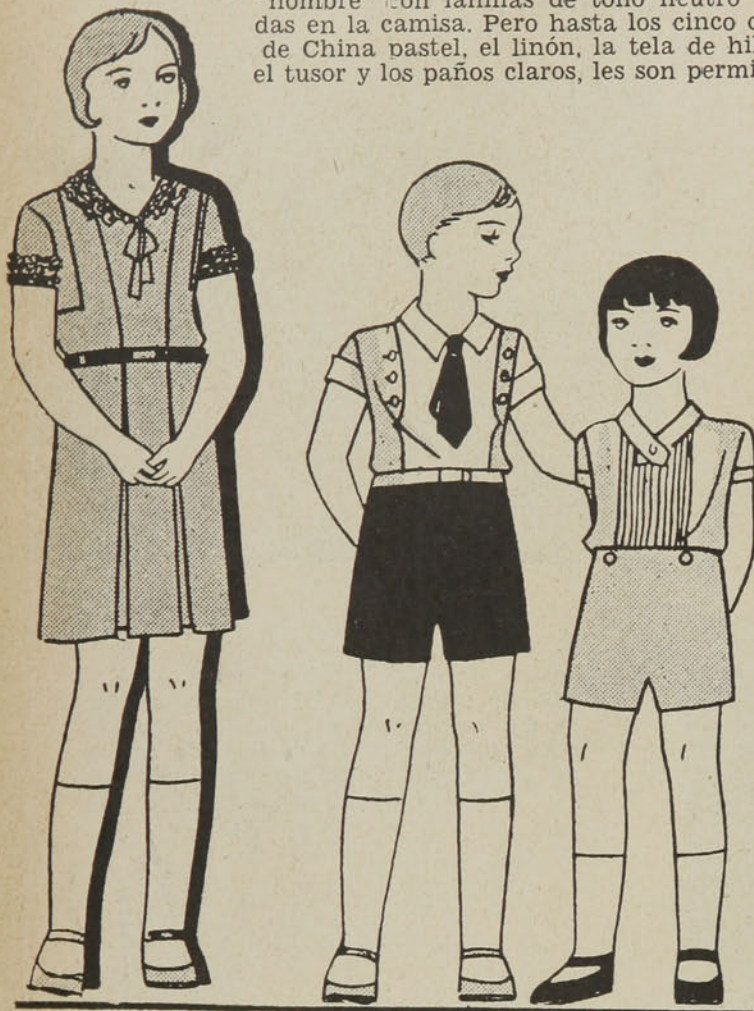
Angulo de un estudio, recubierto de tubos de vidrio, de profundidad diferente, pero de igual altura, colocados sobre zócalos de mármol. Peces raros y de especies diferentes, en cada acuario.

Pecera de cristal, colocada sobre el zócalo de una terraza. La pecera va embutida en un pie de madera, de color verde fuerte. Los peces han de ser rojos. En el otro ángulo de la terraza, debe ir otra pecera igual.



DIA DE VACACIONES

Las mamás a veces se sienten desoladas, porque tienen un hijo y no una hija, por la coqueta razón de que es más gracioso vestir a una niña que a un niño. Es cierto que los muchachos deben renunciar pronto a toda fantasía en sus trajes, porque esto es únicamente recurso propio de las mujeres. En efecto, a partir de los ocho años, a lo más, la única tenida que conviene a los muchachos, es la clásica del "hombre" con lanillas de tono neutro y a lo más con sedas en la camisa. Pero hasta los cinco o seis años, el crepe de China pastel, el linón, la tela de hilo y la tela de seda, el tuser y los paños claros, les son permitidos. Nada más de-



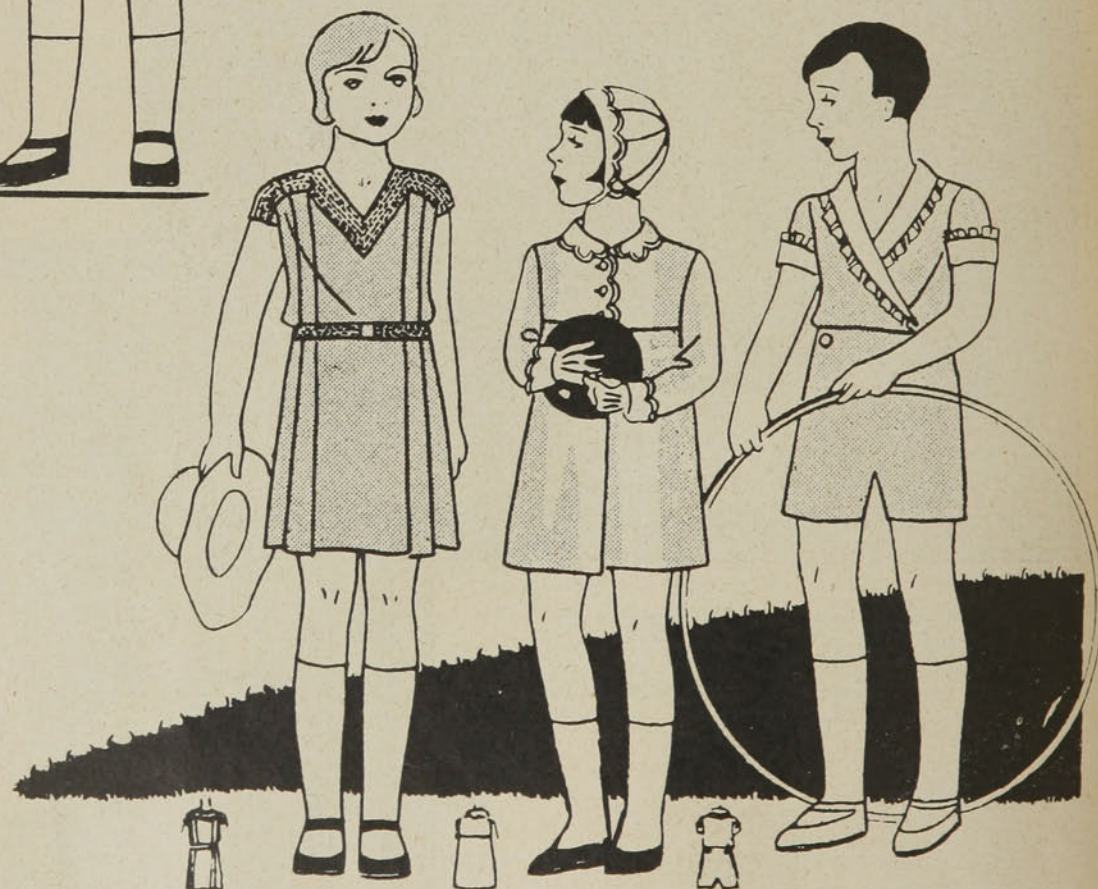
licioso que un muchacho de dos a tres años, con pantaloncito de crepe de China rosa pálido o azul cielo y blusa de crepe de china blanco con pequeños pliegues de tencería, deshilados o testones bordados, o con pantalón de tela amarillo o verde y blusa de linón pisada del mismo tono, o con pantalón de crepe marrón y blusa de crepe satin marfil y cuello de grueso guipure marfil. La blusa de lanilla escocesa y el pantalón de tela lisa, completado el todo con un sombrerito breton en escoces respunteado, forman un delicioso conjunto, para un muchachito.

Trajecito de niño en tuser marrón. La blusa va guarnecida con un recorte respunteado y adornada con tres botones a cada lado. Para 6 años. Blusa, 0 m. 50, en 1 m. Pantalón, 0 m. 15, en 1 m.

Encantador traje de niña en crepe de china verde manzana. Cuello cuadrado con vuelta de encaje de valencianas ocre. Un recorte simula un boitero. Otros dos recortes forman pliegue en la falda. Un estrecho cinturón de cuero señala la cintura. Para 8 años, 1 m. 70.

Traje de niño en crepe de china azul. La blusa va finamente pisada por delante. El cuelito recto va cruzado y adornado. Para 4 años, 1 m. 20, en 1 m.

Abrigo de niña en tuser amarillo. El canesú dentado retiene grupos de pliegues, dando amplitud. Tres pequeños nudos



cierran el vestido. Para 4 años, 1 m. 20, en 1 m.

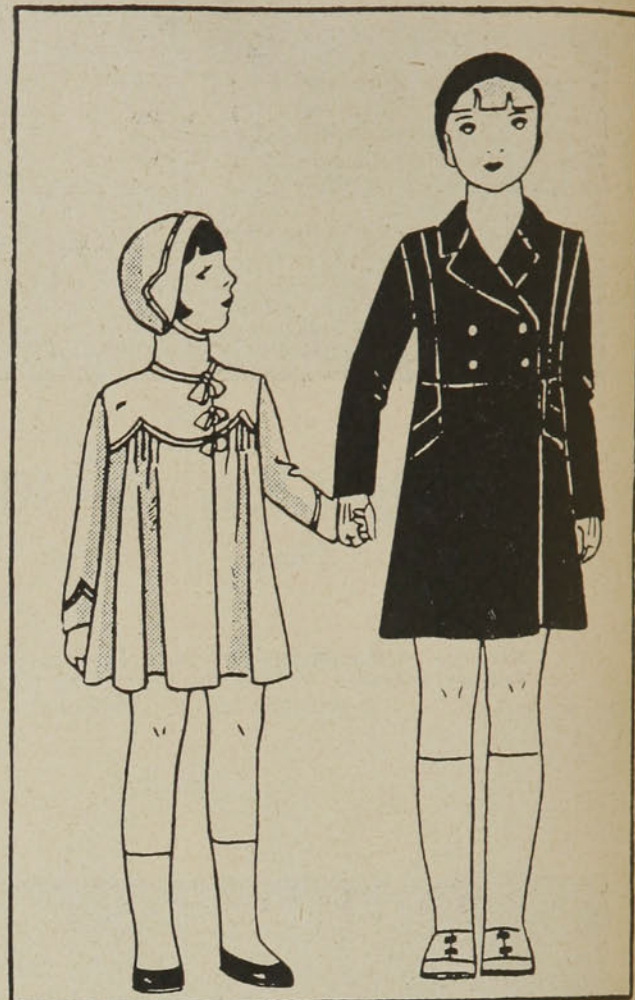
Abrigo redingote en cheviot rojo vivo de forma neta, con cinturón en el talle, con un recorte que termina en el bolsillo y se abotona con botones de metal. Para 8 años, 1 m. 60, en 1 m. 40.

Trajecito en tela coral. Canesú de una sola pieza con la pata de los hombros,

y todo ello cubierto de respuntes. Cinturón también enteramente respunteado. Para 6 años, 0 m. 75, en 1 m. 40.

Abrigo en tela verde jade. El cuello y los puños y el canesú, fileteados. Para 4 años, 1 m. 15, en 1 m. 40.

Trajecito de niño en tela azafrán. Cuello y puños de linón blanco, bordeado de una rucha de la misma tela. Para 6 años, 0 m. 75, en 1 m. 20.



Para el Viaje

Paletocito de shantung de lana natural, guarnecido de un cinturón de gamuza roja. Va acompañado de un traje de tela de seda, de un beige un poco más obscuro. 1 m. 40, en 1 m. 40.

Este paletó tres cuarto de franela roja, va forrado en kashá blanco cuadriculado negro. 2 m. en 1 m. 40.

Sencillo y elegante a pesar de todo, es este paletocito de viaje en crepe de lana, realzado con un cuello chal en tejido café y arena con pastillas, haciendo juego al echarpe complementario. 1 m. 50, en 1 m. 40.

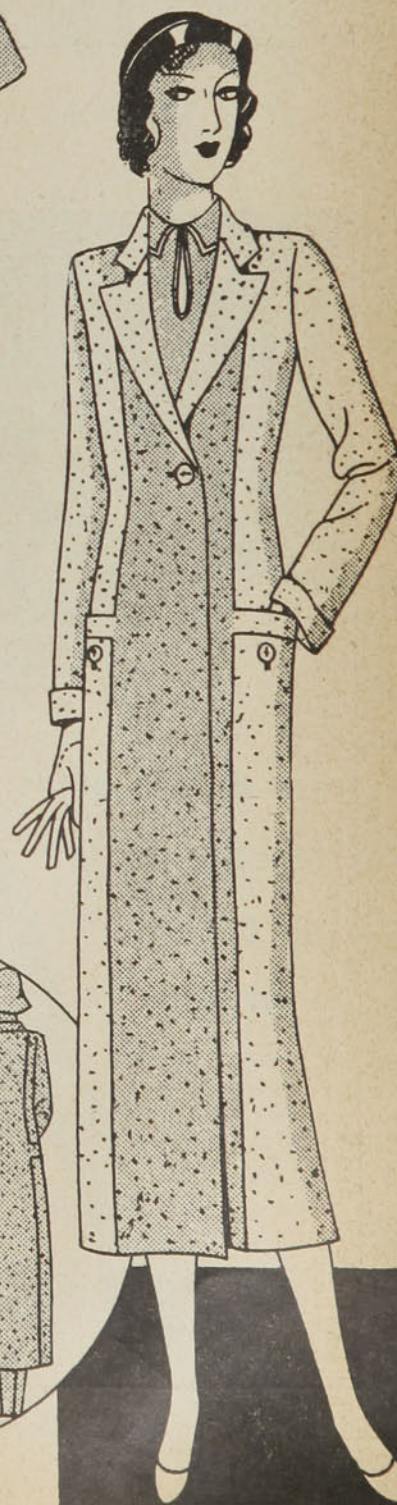
Abrigo tres cuartos, recto y ajustado en ratina de forma muy clásica. Va acinTURado por medio de costuras abiertas que parten de los hombros. 2 m. 30, en 1 m. 40.

Grueso cheviot se ha empleado para este redingote muy confortable, con gran cuello pespunteado a distancia de los bordes, con profundos bolsillos cortados. 2 m. 50, en 1 m. 40.

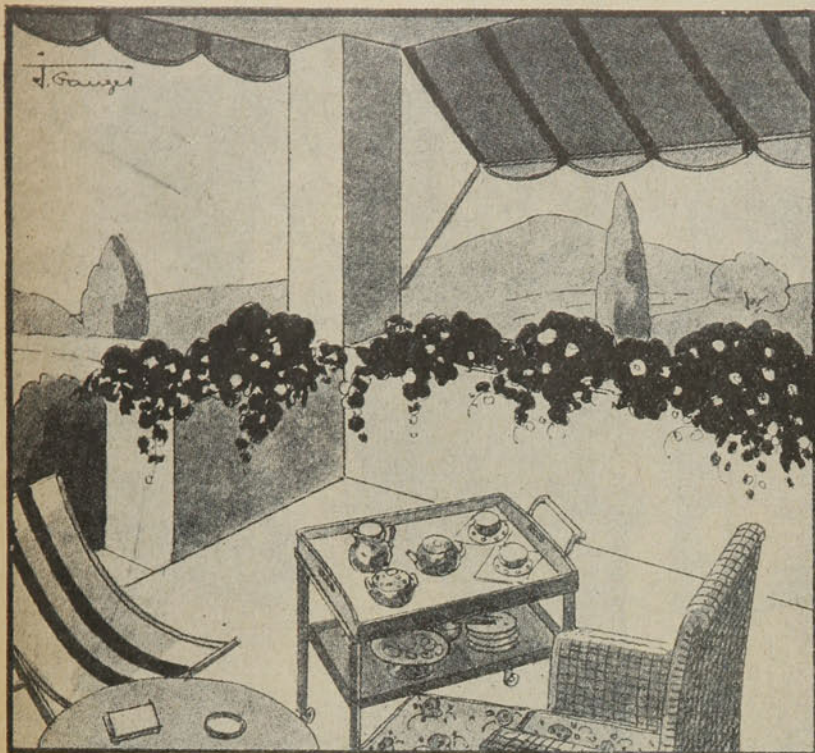


De paño gris tórtola, es este modelo igualmente clásico y muy indicado para el viaje. 2 m. 50, en 1 m. 40.

Abrigo de tweet beige y marrón de forma recta y ajustada. El bolsillo está tomado con el mismo recorte de lantero. 2 m. 50, en 1 m. 40.



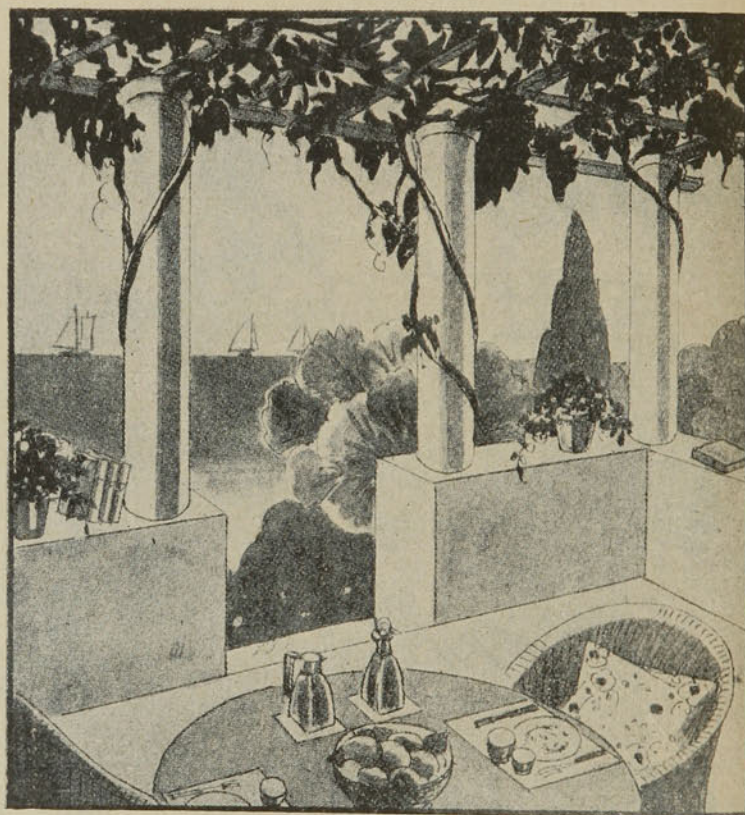
DURANTE LOS BELLOS DIAS



Durante los bellos y cálidos días de verano, nada es más agradable que vivir fuera, y aprovechar, durante las estadas en el campo, el aire puro y el espectáculo de la naturaleza, abandonando lo más posible el interior de la casa.

Ciertas terrazas, maravillosamente situadas, ofrecen a los ojos espléndidos paisajes, mucha calma y confort. Elijamos asientos profundos y propicios a la vagancia. Los sillones de paja, guarnecidos de cojines de tela. Las sillas de tijera son también muy cómodas, que, como las de paja, presentan la ventaja de ser poco frágiles, circunstancia muy interesante si se considera que estas sillas deben permanecer a la intemperie. Muy prácticas son también esas mesas con ruedas y varias bandejas que sirven para llevar y traer alimentos y refrescos.

Para esta terraza, se pueden traer sandwiches, tostadas



y té. A las horas en que el sol es muy ardiente, se puede proteger por un store de tela movable, con rayas amarillo vivo.

Los parapetos van floridos con geranios, en toda su extensión, cuyos tonos vivos, hacen contraste con los muros de un blanco crudo.

Será una alegría para vuestros huéspedes, encontrarse con vosotros en pequeñas reuniones íntimas, que es agradable organizar en el campo o en el mar.

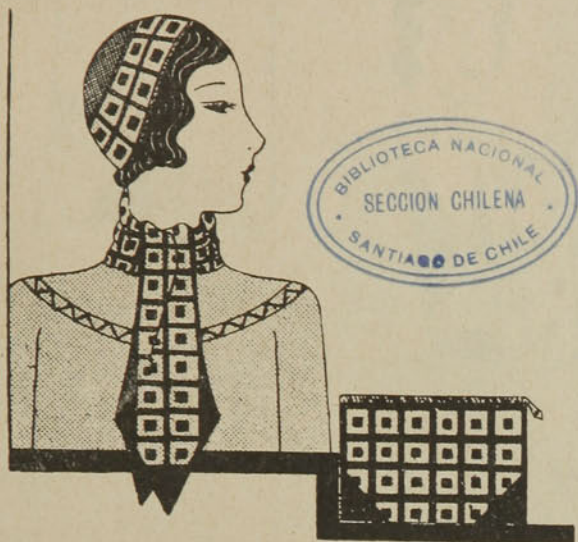
Los cubiertos están colocados sobre una sencilla mesa de paja. Cada plato reposa con su cubierto, sobre un mantel de tela de color. Una cesta de mimbre, contiene las frutas de la estación.

JEANNE GAUGUET.



Un Adorno Original

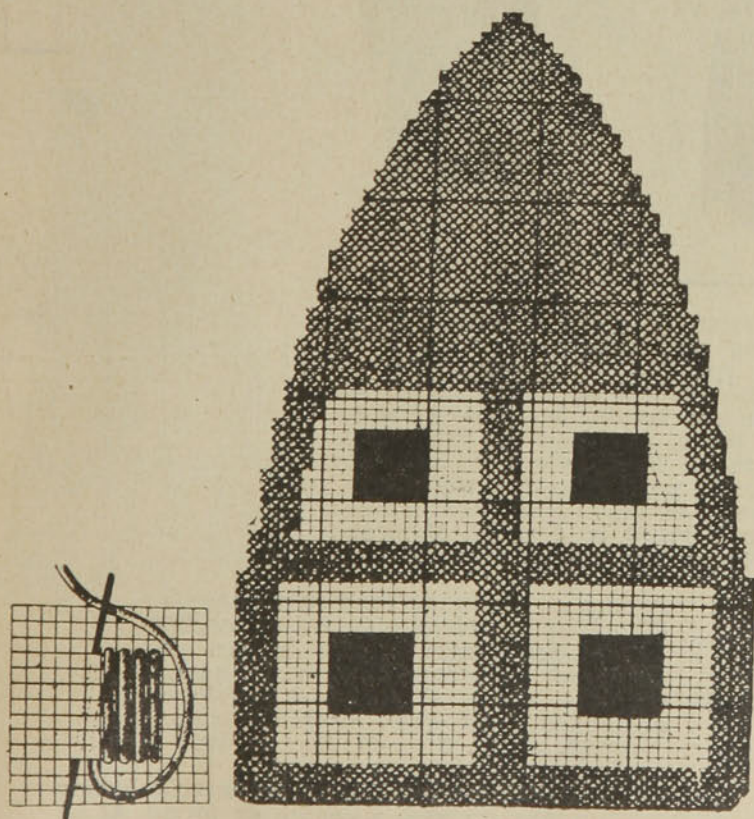
Comprende un bonete, un saco y un echarpe, bordados sobre tul. Fácil y rápido de ejecutar, este bordado sobre tul en los tonos rojos (cuadrados negros), verde, (cuadrados marcados con una cruz) y kashá (cuadrados blancos), os permitirá, señoras, realizar este encantador sombrerito muy a la



moda, al cual podéis agregar el saco y el echarpe haciendo juego. Para ejecutar el sombrero, cortar una banda de 61 centímetros de largo sobre 16 centímetros y medio de ancho. En lo alto de esta banda, es decir, a 4 cm. y medio de altura desde la parte baja, recortar seis puntas y unir las para formar la entrada de la cabeza del sombrero. Esta entrada de cabeza, debe ser grande, porque el bordado en seguida la estrecha mucho.

Coger una banda de tela de 65 cm. de largo sobre 20 cm. de alto. Con un hilván dibujar los contornos del patrón, hecho en muselina. Ejecutar el bordado, cortar los hilvanes a medio cm. del bordado, unir los hilvanes, poner un forro de pongée.

El saco y el echarpe van igualmente trabajados sobre tul,



inspirarse en los dibujos de los hilvanes para el bordado.

Para que el echarpe no tenga ni revés ni derecho, detener cada puntada de lana terminada, haciéndola que se deslice bajo los puntos.

Para bordar el echarpe, cortar el tul a tres cm. de los bordes. Con un crochet fino, ejecutar alrededor una corrida de mallas simples, un poco apretadas.



Canas

No se preocupe, señora...

Unas cuantas gotas de Agua de Colonia "La CARMELA", usadas por la mañana, en el momento de peinarse, le devolverán a sus cabellos su primitivo color.

Ni sus amigas más íntimas se explicarán el milagro por qué el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

Experimente con un frasco.
Nos agradecerá el consejo.

En venta en todas las Droguerías,
Farmacias y Perfumerías del país.

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.

Suc. de DAUBE & Cia.

Valparaiso-Santiago-Concepción-Antofagasta

Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA"

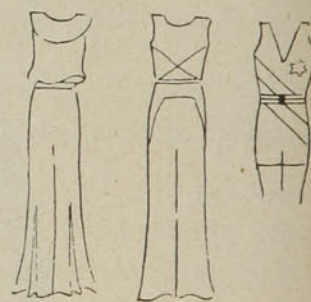
NUESTROS PIJAMAS

He aquí un elegante traje pijama de crepe marrocaïne verde opalino, cuya blusa va recortada, siguiendo líneas redondas. Las costuras de la falda se abren en pliegues, dando una línea muy alargada por su disposición vertical. Un paletocito con mangas largas no forrado en romain verde más obscuro, la completa. 4 m. 50, en 1 m.

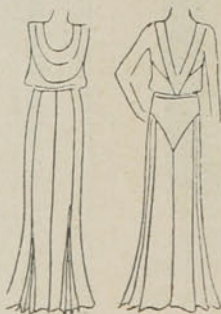
Pijama de noche, todo en crepe satin blanco con escote en forma de V. acusado por un efecto de banda, hasta la cintura. Los lados del pantalón van plegados. Los pliegues van cerrados únicamente hasta las rodillas. Después se sueltan para dar amplitud. Se puede para realzar su elegancia, llevar este pijama con un cinturón de perlas. 4 m. 50, en 1 m.



Este pijama de playa es ejecutado en shantung azul violeta, shantung blanco con pastillas del mismo azul shantung liso blanco. El paletó recto, nos muestra una banda, formando capa sobre el brazo. La blusa va ligeramente drapeada en la delantera. El pantalón se ensancha por medio de godets. Shantung azul, 2 m. 25, en 1 m. Shantung con pastillas, 1 m. 10, en 1 m. 40. Shantung blanco, 0 m. 50, en 1 m. 40.



Pijama en jersey de lana roja naranja. El paletocito bolero muy corto, recubre lo alto del pijama, incrustado con originalidad en jersey marrón y negro. Cinturón negro. Canesú del pantalón abotonado a un lado. Pantalón ensanchado abajo. 3 m. 40, en 1 m. 40.



El último modelo es de franela blanca, muy gracioso y ceñido de forma. El paletó muy sencillo, es recto. El recorte del canesú del pantalón, es redondo por delante y va en punta a los costados. Los pantalones, abajo, repiten el mismo movimiento, y desde esa parte, se ensancha un volante en forma. Bajo este pijama, se lleva el traje de baño de jersey blanco, rayado y con estrellas roja y negra. 3 m. 60, en 1 m. 40.

SEPTIEMBRE



WORTH. — Ensemble de paño kashá beige, guarnecido de un trabajo de alforzas que forma dibujos en la blusa.

LENIEF S. A. — Drapery café. Efectos de crepe javanés. Recortes y pliegues cruzados. Botones decoro-
20.

PQUIN. — Paño azul. Incrustaciones dando amplitud a la falda. Cuello de crepe de china del tono.

J. S. TALBOT. — Jersey azul. Plisados finos. Paltocito recto. Cuello echarpe. Cinturón.

LAS DOS HOJAS

Dos hojas yuxtapuestas, bordadas en punto de cordoncillo, constituyen adorno inesperado y encantador para la lencería femenina, las frescas blusas de nuestras hijitas, los trajes de los pequeñitos.

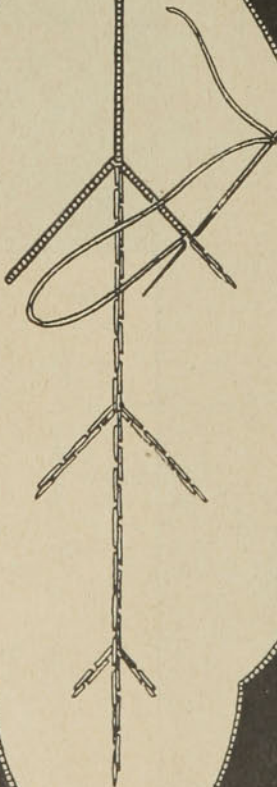
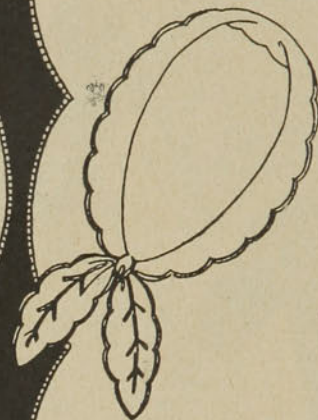
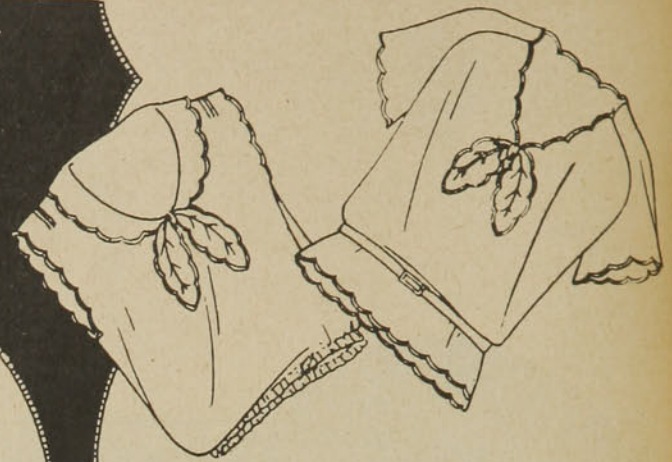
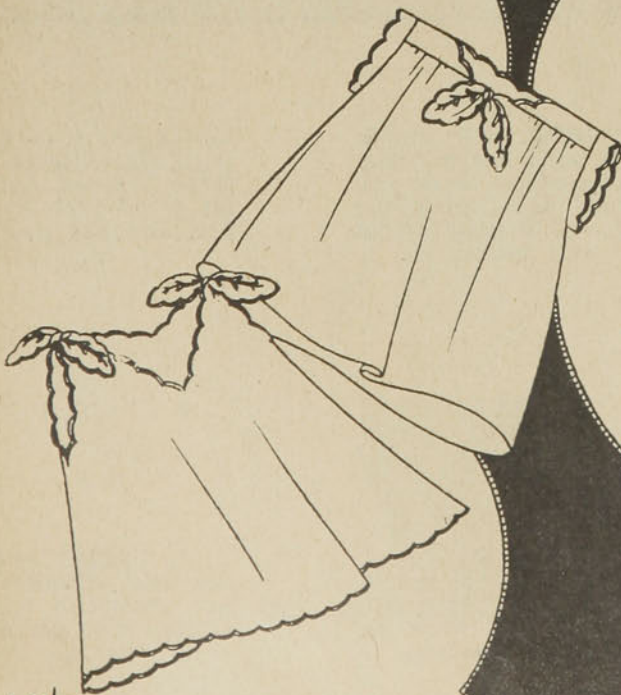
Una camisa de noche en crepe rosa, sencillamente fruncida en el canesú, y festoneada en los bordes. En la punta del escote, dos hojas bordadas simulan un nudo. 2 m. 75 en 1 m.

Blusa en tela de seda paja, con mangas cortas raglan, festoneadas en los bordes. Lleva dos hojas bordadas. 1 m. 75 en 0 m. 80.

En crepe azul pastel, esta blusa sin mangas con elástico en la cintura. Un festón, bordea las bocamangas. Un cuello vuelto simulado y las hojitas bordadas. 1 m. 50 en 1 m.

Trajecito en tela de seda rosa, fruncido en el canesú. Las mangas cortas y el escote, van festoneados con bordados. 1 m. 80 cm. para 4 años.

En crepe de China, verde pálido, es este trajecito en forma, festoneado, con dos hojas bordadas, anudadas en los hombros. 1 m. en 1 m. para 4 años.



(Continuación de la página 5)

LO QUE HA QUEDADO DEL IMPERIO DE LOS ZARES

mayoría en el Sobor, exigieron que la Iglesia se separase de la contra revolución y destituyese a todo clérigo que se mezclase en política; declaró, también, que el capitalismo era pecado mortal, y que la revolución era equitativa. Falló asimismo que el patriarca Tijón, que seguía encarcelado era el responsable de la guerra civil, infiel, por tanto, a los verdaderos mandamientos de Cristo y traidor a la Iglesia. Tijón fué destituido por el Sobor y privado de su estado sacerdotal. Establecieron, por último, que, en lo sucesivo, una asamblea—una especie de soviét—gobernaria la Iglesia.

(Continuación de la página 8)

TIERRA, SANGRE, CENIZAS

como nunca. El cardenal Verdier estaba hermoso como una estampa. Los Compañeros de Juana de Arco desfilaron llenos de unción y gallardía. París entero cruzó frente al relicario extraordinario. Y todo el mundo se acordó que la Iglesia necesitaba de esta Juana Incomparable cuando se decidió a beatificarla, en 1909, y a canonizarla más tarde, en 1920, fresco aún el hachazo de la guerra, cuando la figura de la heroína tomaba relieves de símbolo nacional y planeaba sobre las conciencias como una necesidad divina y sobre la pesadilla sangrienta como una bendición.

(Continuación de la página 7)

AMOR EN EL ASCENSOR

—¿A quién?
—A ella. A Dorothy.
—¡Oh, mi vida!— y trató débilmente de cambiar la conversación.—¿No te parece que Luisa debiera vivir en un edificio con mejor servicio que éste?
—Claro que si no me lo quieres decir... Está bien. Yo sé que has besado a millones. Supongo que cuando llegues a Hollywood vas a...
—Betty, tú bien sabes que no es así.
—Hilario, ¿quién fué la primera mujer a quien besaste?
—¡Oh!—El mozo se llenó de pánico.—¡Oh, chica, no me acuerdo!

Ella lo miró como herida por un rayo. Con su beso aún cálido en los labios, aquella confesión era algo terrible. Imagínese que algún día él dijera del beso que acababa de darle, "¡Oh, no me acuerdo!" ¿Cómo podría hacerse recordar? ¿conservándolo suyo? ¿Por qué sería él tan atrayente?

—¿Fué a... Dorothy?—preguntó temblorosa.
—¡Cielo santo, no! Si no hace más que cinco años que la conozco.

Con voz apagada y accongojada Betty exclamó:
—¡Oh!
—Oye, mi alma. Supón que yo te preguntara a ti. Supón que yo quisiera saber a quién has besa...

—¡Hilario!—Luego, sus ojos despidieron llamas.—Y después de todo si lo hubiera hecho, ¿qué? Y si volviera a hacerlo, ¿qué?—La idea lo escandalizó. De sus ojos parecían escapar verdes fulgores.—Tú estarás en Hollywood divirtiéndote. Tú volverás a... ¡Oh, quiero salir de aquí!—Hablabas con dificultad.—¿No podemos hacer algo? Mi madre debe de estar ya muy preocupada. De seguro que va a telefonearle a Luisa. Pensará—tras breve pausa, Betty continuó con algo de precipitación—pensará que nos hemos fugado!

—¡Mi encanto!—exclamó Hilario—¡qué idea! Vamos a fugarnos. ¿Por qué no? Podemos hacerlo. Cogeremos el Century y nos marcharemos a Hollywood en luna de miel. Si, vamos—añadió con firmeza, la mente hecha un confuso torbellino de besos y de todos solamente los mutuos de él y Betty con un valor verdadero.

—Bueno—dijo la muchacha.
Hilario comprendió que una joven metida en un ascensor refractario parado entre dos pisos no estaba en disposición de discutir con un hombre verdaderamente enérgico.

—Debiera haber insistido en esto desde el principio—prosiguió.—Iremos al juzgado a las nueve y eso te dará tiempo de sobra para hacer las maletas. Ya sabía yo que las cosas se arreglarían si nos pasábamos un rato solos aquí. Y ahora, mi vidita; tengo que hacerte una pequeña confesión: desde el primer momento yo sabía cómo echar a andar el ascensor.

Si Vd sufre
de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Ácido acetil-salicílico, acet. para, fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estómago ni el corazón.



Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

SIN TEMOR
AL MAS INTENSO FRIO

Antes, un paisaje de invierno le producía a usted la impresión de algo magnífico, pero sin que pudiese aspirar acercarse: el temor al frío y a las ascensiones difíciles, constituían para usted una barrera infranqueable.

Hoy desafía al más intenso frío, goza usted la maravilla de las cumbres y tonifica sus pulmones con aire purísimo, porque los fortaleció a tiempo con el admirable y gran remedio de las vías respiratorias:



JARABE
Resyl M.R.

Fórmula: Eter glicero-guayacólico soluble.
Calma y cura TOS, GRIPPE, ASMA
BRONQUITIS, CATARRO y todas las dolencias de Bronquios y Pulmones

EN TODAS LAS FARMACIAS

¡Hilario! ¿De verdad?

Claro está, bobita. No hay más que tocar este botón, así, y sale andando. ¿Ves?

El ascensor comenzó a descender obedientemente.

—Déjame a mí las cosas, mi encanto—prosiguió radiante—y siempre sabré arreglarlas. ¿Viste lo que acaba de hacer?

(Continuación de la página 9)

WOLF, EL PERRO DE REMARQUE

tuar la acusación y la injusticia humanas. De aquel cuerpo contrahecho por el dolor, se desprendía toda una súplica y su pena nos contagiaba a todos. Le

dormir como un tronco.



Es el voto que formulan noche a noche miles de seres desgraciados que el insomnio desvela.

Nada deprime más la salud, en efecto, que la falta de sueño, cualquiera que sea la causa: preocupaciones, neurastenia, enfermedades, pesares, cansancio, trastornos nerviosos, etc. No espere el último momento para poner fin a este martirio y tome desde esta noche la

PANVALERASE

Cápsulas o Solución a base de: Valeriana fresca, Brom. albumosa y Extr. completo cannabis Indica.

Que le procurará, sin ningún peligro, un sueño normal, apacible y reparador indispensable al bienestar de todo organismo humano.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIERE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas, 1352
SANTIAGO.



traje leche en una taza y le abrigué con un vestido de lana.

Creció y se hizo un sujeto de bien entre nosotros. Parecía que su reivindicación era una cosa hecha. Yo siempre puse en tela de juicio su conducta en el asesinato de marras, y a fe que él, por su parte, sabía que a mí no me podía engañar. Muchas veces pensaba en ello y le miraba de frente, escamoteándose con un gesto y no me sostenía la mirada. No obstante, jamás me abandonaba, y su contento subía de tono cuando regresaba en la noche. Entre los anaqueles llenos de estampas y grabados de Leibnitz Kant, solía echarse contemplativamente. De ahí que siempre comprendí en él, su inclinación por la filosofía y taimada ecuanimidad. Era entre los grandes pensadores un discípulo casi laico, pero también filósofo a su manera gregaria. Cuando partí para la guerra, se le abrió un hueco en la vagoneta y fué un camarada más entre nosotros. La guerra, para su ingenua comprensión se reducía a una fiesta de hombres vestidos de grises uniformes, y como éstos se extremaron en atenciones y dádivas, se regodeaba de lo lindo entre la algarazara del festín. ¡Una dichosa ignorancia, la de ser perro único entre un contingente de soldados jóvenes y de buen humor! Lo demás ya lo sabe usted. Después que lo vi perderse por entre los trigales y la blanca humareda de la pólvora hundiéndose en un ridículo sombrío, pensé hasta con alegría, que su muerte segura sería el castigo a su desertión y no precisamente de un hartazgo. En mis cartas nunca hice mención de él. Con tantas pérdidas de vidas, ¿qué era la vida miserable de un abyecto can? Obtuve la licencia para volver a casa una semana. Al subir, por entre los peldaños, tropecé con una cosa blanducha: era el fugitivo de las trincheras: Wolf. No podía arrancar el misterio de su reaparición en el hogar. Nunca he sabido cómo volvió, qué mañas se dió para desandar más de novecientos kilómetros de vía férrea. Mi madre, desde su lecho de enferma, tampoco se explicaba el caso. Sólo sabía que una semana después de mi viaje regresó una tarde medio cojo y exhausto. Cuando en la aldea la alimentación escaseaba para los pobres y morían los animales famélicos. Wolf se redondeaba canongilmente y no parecía que el hambre hiciera mellá en su maravillosa constitución. Mi madre me decía aflictivamente:

—Se muere de anemia. Cada día está más hinchado.

Frau Mehler, atacada de una parálisis renal, se consumía en su lecho. Mi madre me instó para saludarla antes de volver al frente. La encontré con un hilo de voz, casi preagónica. Me contó su penuria y la muerte de su sobrino Max. Luego se lamentó de los robos y de las subtracciones nocturnas de sus aves. En seguida me expliqué la anemia del lépero de Wolf y su inevitable hinchazón. Al dejar mi casa y después de haber besado la frente de mi madre, mi última mirada fué para el perro, pero

Desde el principio ya lo sabía yo...

—¿De veras?—contestó Betty con voz dulce.—Qué me alegro, porque, ¿sabes?, yo lo paré tocando este botón, así. ¿Ves, Hilario, de mi vida?—y su bolsa de alambre de oro se cerró como si dentro hubiera ya dos pasajes de ferrocarril—yo también tenía algo que arreglar, ¿sabes?

esta vez, fué una mirada de comprensiva admiración y tolerancia. Era indudable que el bendito animal merecía también una cruz de hierro por su sabiduría y previsión.

Ahora, tras el avatar de la horrenda conflagración inútil, de los compañeros sepultados en el lodo, de la miseria y vanidad de los hombres, mi perro fué un modelo de serenidad y de iluminada comprensión.

Recuerdo a tantos amigos desaparecidos en el infierno de la guerra, veo a tantos prohombres que, en explosiones de entusiasmos, viven aún a costa de la matanza sin provecho, que mi perro identificado entre ellos, no deja de ser uno más en el grupo de los aprovechados.

Wolf, ahora, desde la alfombra muelle, se aniquila al peso de los años y la sarna le impone un tatuaje inconfundible, para que se le vea desde lejos y aparten de su lado. Igual que aquéllos, podridos de maldad y falacia, pero ostentando el horroroso sacrificio de haber quedado en el pueblo maltrechos y sin haber tomado parte en la gloriosa contienda. Hombres y perros vienen a la vida con una misión que cumplir. No es ahora el momento de las inculpaciones. Ya hay un rincón en el "laube", entre una acacia y un cerezo, sobre un puñado de tierra blanda, un lugar propicio para que Wolf descansen eternamente el sacrificio de su misión filosófica. Yo le prometo para entonces, un epitafio sobre una piedra tumular. Todas las virtudes a la postre hallan su compensación definitiva. Cuando llegue a ser la hipocresía una virtud más atendible que la sinceridad humana, no existirá, de seguro, la guerra, aunque se haya aumentado en las naciones ese mal necesario de la diplomacia teatral.

(Traducción de OSCAR LOMBARDO)

(Continuación de la página 11)

EL MATRIMONIO DE FRAGONARD

león en su jaula recorría el taller de un lado a otro. Con sus dedos sucios de colores, destruía el cordón de su bata de casa. Bruscamente se detuvo ante una pequeña tela deliciosa que, sobre un canapé, desplegaba gracias de marquesa.

—Mirad—abate—mirad este cuadro. Le he titulado: "Juramento de amor" ¿Hay algo más conmovedor? ¿Puede encontrarse figura más pura, más emotiva que la de esta joven que en solo impulso, da su vida entera? Sin una reserva, con el mismo ardor, la misma gravedad que su novio, extiende la mano sobre la santa fórmula grabada en la piedra. Antes de seis meses, nada quedará de su promesa.

—Pero—dijo el párroco—vos no creéis...

—No creo, afirmo, estoy seguro. ¡Ah! He pasado por eso. He oído ese juramento y he creído en él, y por haber sido cruelmente traicionado, es por lo que os hablo así. Cuando habéis entrado, des-

pués de una noche de pasar yo procurando reconquistar el corazón infiel lloraba mi derrota contra los vidrios.

—¡Pobre amigo mío! Excusad que os pregunte. La infiel, ¿es vuestra esposa?

—No, yo no soy casado.

—¿Una joven?

—¿Doncella, queréis decir? No.

—¡Ah! En tales condiciones, me parece que habéis sido muy imprudente. Dijisteis recién que un párroco no puede estar al corriente de estas cosas. Sin duda... Pero si no se trata de una esposa o de una doncella, ¿cómo no pensasteis desde luego que estabais expuesto a una traición? Y habláis de juramentos. ¿De qué juramentos? ¿Quién fué el testigo autorizado? ¿Quién se mantuvo garante de él?

—¡Pero hombre! Yo, que escuché la promesa...

—Sí, naturalmente. ¿Pero nunca se os ocurrió a vos mismo el romper un juramento de amor?

Frago se había dejado caer sobre una poltrona.

—Evidentemente. A veces, amando a Magdalena Guimard...

—¡La Guimard!

—¿La conocéis? ¿Vos, arcipreste?

—Sin duda, su nombre ha llegado hasta nuestra provincia. ¿Es a ella a quien habéis confiado vuestro corazón? Ya no me admira que para vos no exista el amor. ¡Qué locura la vuestra! Si miráis cerca de vos, hijo mío, pronto reconoceréis vuestro error. ¿No escucháis los hijos de vuestros colegas que cantan y ríen en la galería? ¿No es ello una prueba que pueden existir matrimonios de artistas, en que reinan la concordia, la fidelidad, el amor, en que el hombre ejecuta bellas obras, mientras que la mujer vela junto al hogar? Recordad nuestra Provenza... Tantos de los nuestros que han encontrado la paz en una unión feliz! Deberíais venir a pasar algunas semanas con nosotros.

En ese momento golpearon. Fragonard, absorbido por sus pensamientos, respondió maquinalmente: "Entrad". Apareció una niña, pero se detuvo en el umbral, sorprendida.

—¡Oh! perdón... —dijo— dispuesta a retirarse.

Era una muchacha alta y fresca, como un botón de rosa. Estaba vestida con un traje de cretona blanca, sembrada de pequeños ramitos, y llevaba un gorrito de lencería de blancura impecable, pero que no había sido hecho en la capital, eso se veía a la legua. Al volverse, el párroco que aun no había visto a la recién llegada, se dió cuenta de su presencia:

—¡María Ana! ¿Qué haces aquí?

—Venía a tomar mi lección, señor arcipreste.

—¿Tu lección?

—Sí, mi lección de pintura. Usted sabe que he venido de Grasse para aprender a pintar abanicos y hacer miniaturas, y Honorato... es decir, el señor Fragonard, a quien he sido presentada por el primo Isnard, quiere enseñarme su hermoso oficio. Entonces, vengo aquí tres veces por semana, esperando que, después de nuestro matrimonio, nuestro maestro pueda dar cada día lecciones a su mujer.

—¡Su mujer!

—Sin duda, señor arcipreste, porque somos novios... Y encuentro que nuestro matrimonio no va muy ligero, porque estamos comprometidos desde sep-

tiembre último, agregó ella con una mirada tímida, dirigida al pintor.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!...

El abate Boucabeille moduló estos tres "¡ah!" con un tono diferente. Sus gruesas cejas bajaban y subían. Miraba a los jóvenes sonriendo. El artista también esbozó una sonrisa, pero parecía confundido.

—Ve a buscar a mi padre, María Ana—dijo al fin. Cuando la niña hubo salido, hubo un silencio. Fragonard frotaba obstinadamente una mancha de color sobre uno de sus dedos. El arcipreste daba vueltas y vueltas a su tricorno.

—No me habíais contado eso—dijo por

fin el abate. Quiere decir que no sois tan desgraciado como lo pretendéis. ¡Aun creéis en el amor!...

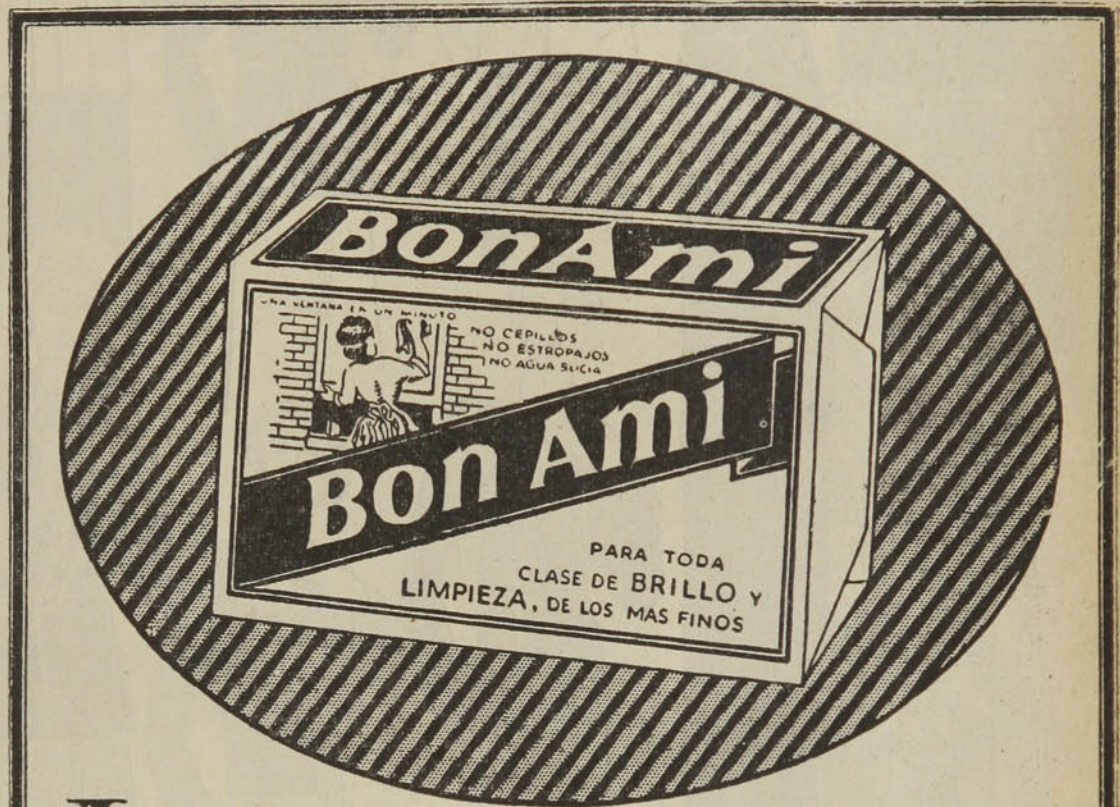
—He ensayado, pero no he logrado olvidar. La mejor prueba es que estoy de novio hace más de seis meses, como acaba de decirlo la propia María Ana.

—¿Por qué esperar más, amigo mío?

—Porque, porque el pasado no ha muerto aún, y tengo miedo a un mal porvenir.

—Naturalmente, razonáis como todos los hombres en caso semejante—o mejor, es el diablo quien razona por vos, amigo

(Continúa en la pág. 57)



Limpia más rápida y fácilmente y mucho mejor

Bon Ami, el limpiador de las mil y una aplicaciones caseras, como mágico talismán, limpia a maravilla todo lo que toca—cristales, batería de cocina, servicio de loza—todo brilla—todo queda limpiísimo bajo la acción rápida del Bon Ami.

Sólo es preciso poner una ligera capa de Bon Ami con un trapo húmedo—dejarla secar durante breves instantes y limpiar la superficie con un trapo blando. El resultado maravillará a Ud.

De venta por todas partes



CHAQUETAS DISTINTAS

Las chaquetas cortas de piel que acompañaron nuestros trajes de invierno y dieron a nuestras siluetas tan juvenil aspecto, son reemplazadas, en la bella estación, por chaquetitas del mismo largo, con o sin cinturón, con o sin cuello, siendo reemplazado este último, generalmente, con un echarpe de seda anudado.

Estas chaquetas, claras u oscuras, van acompañadas de un traje de tela haciendo juego, pero en tono opuesto, porque ahora se buscan mucho las oposiciones que, por lo demás, resultan peligrosas, porque es preciso velar más que nunca para que resulte bien la armonía general del conjunto.

La figura de la izquierda, presenta un traje de paño oscuro en lo que toca al paltó, pero la falda es clara. No lleva cuello y si un cinturón abotonado, y va guarnecida de un recorte en punta, cruzado por dos botones gemelos y acompañada de un echarpe de tafetán escocés.

En el modelo de la derecha, por el contrario, el paltocito es de color claro, y lleva cuello y nudo de raso negro. Una pieza curiosa-mente recortada, adorna los hombros y la parte alta de los brazos.

En el cuadro, de izquierda a derecha, seis modelos diferentes de chaquetas.

En paño beige, sobre una falda café, la primera lleva recortes y cinturón de cuero oscuro.

Sobre una falda azul nattier, una chaquetita marina, sin cuello, con cinturón y botones azul nattier, con un echarpe a rayas, marino y nattier.

Chaquetita de lanilla arena sobre una falda verde obscuro. Esta chaquetita, tiene cinturón de gamuza, haciendo juego y va trabajada con alforzas respunteadas y se lleva con un echarpe, corbata en crepe escocés, arena, verde y amarillo.

Abajo, chaquetita en terciopelo negro, acompañando un traje de crepe impreso. Se cierra con dos botones y el cuello forma corbata.

Sobre un traje de crepe impreso, un traje de falla de uno de los tonos de la impresión, cuya alta cintura oprime las caderas, va cruzada por un cuadrado de botones, mientras que el cuello se expande en ancha vuelta.

Terminemos, por fin, en una chaquetita en delgado paño marino o negro, que podrá indiferentemente acompañar todos los trajes de color. Observad el original cuello, bordeado por una piel lisa y prolongado por un cinturón abotonado. La corbata, anudada, es también de piel.

(Continuación de la página 55)

EL MATRIMONIO DE FRAGONARD

mío. No tenéis el coraje de tentar el saludable esfuerzo. Lo más duro, está hecho, sin embargo, puesto que la que podrá curar vuestra herida, ha sido encontrada. Cuando os hayáis casado y niños pequeños rodeen vuestro trabajo, veréis cómo toda esta triste historia desaparece como una pesadilla sin sentido.

Fragonard reflexionó y murmuró bruscamente:

—Hijos... el trabajo... ¡Ah, señor abate!

Miró largamente al párroco. Después corrió hacia la puerta por la cual había salido la muchacha.

—María Ana, María Ana—gritó.

La joven provenzal reapareció. Sin decir palabra, el pintor le cogió las manos, y, mirándolas, vino hasta el párroco.

—Señor arcipreste, ¡benedicidnos!

El abate unió las falanges que se tendían y, sobre los dedos enlazados, hizo el signo ritual.

—Ahora—señor abate, espero que permaneceréis aquí hasta que la boda se efectúe. Haré publicar los bandos. La cosa no será larga. Es indispensable que seáis de los nuestros ese día, ¿verdad?

—¡Oh, señor Boucabeille—dijo María Ana—¡no nos neguéis esa alegría!

—Imposible, hijos míos, debo volverme. No he venido a París para tan bella

obra. Mi viaje tenía otro fin. Pero Dios en su bondad, tiene designios que no son los nuestros, y me encuentro bien retribuido de mis fatigas.

—¡Ah! Vuestro viaje tenía otro objeto, señor abate. Estoy tan aturdido, que lo había olvidado. Habéis venido a pedirme un cuadro para vuestra catedral. Pues, dad ya por entregado uno muy grande y hermoso que se llamará “La Sagrada Familia”.

—Gracias, amigo mío. Ahora estoy tranquilo, porque tendréis hermosos modelos.

G. P.

(Continuación de la página 13)

LOS NIÑOS EN LA LITERATURA

dia. A César González Ruano pertenecen el honor y el júbilo del descubrimiento. Por lo demás, ¿no son los niños la verdadera vanguardia?

Niños poetas. ¡He ahí la ecuación realizada! El prodigio que puede causar alarma, según el punto desde el cual lo miremos—peligro de toda precocidad, la fatalidad del poeta ya iniciada en el niño—, se ha operado. Y hay una razón para que lo consideremos festivo. La de haberse consumado hoy que la poesía deliberadamente ha adoptado un aire de juego alegre, iluminador de las almas con las formas bellas de la vida, y de poeta se ha despojado de la fatalidad, im-

propia de su libre condición de creador, para encontrar su expresión más profunda en un infantilismo iluminado que le hace dueño del mundo. Fortuna que este encuentro de los poetas y los niños se haya verificado hoy que la poesía viste de fiesta y el poeta ha comprendido la verdad de esa amonestación que la griega Safo dirigía a su hijo en lágrimas: “¡No se debe llorar, niño, en una casa que visitan las musas!” Los poetas han sentido hoy que por gratitud, por decoro y por la alegría misma que debe ser esa excelsa visita, no está bien que lloren, por lo menos siempre y con visajes feos. Han comprendido que su tristeza debe ser motivo para ellos de un júbilo heroico, pues es la razón misma de su condición de poetas—el amargar inherente a tal dulzura—, y, en vez de llorar, gritan como Lasso de la Vega: “¡Alegría de ser poeta! ¡Alegría de ser poeta!”

El encuentro, pues, de los poetas y los niños se ha operado a tiempo, sin riesgos para unos ni otros, ya que la poesía se ha despojado hoy de su sentimentalismo excesivo y no canta ya las cosas malogradas ni caducidades precoces, pues se ha emancipado de la obsesión temporal—de ese límite estético de un día para la rosa y treinta años para el hombre que el romanticismo había dogmatizado—y aspira a vivir en esa eternidad abstracta, en ese puro tiempo sin tiempo en que vive el niño. Y de otra parte, no es de temer que la poesía pier-

(Continúa en la pág. 59)



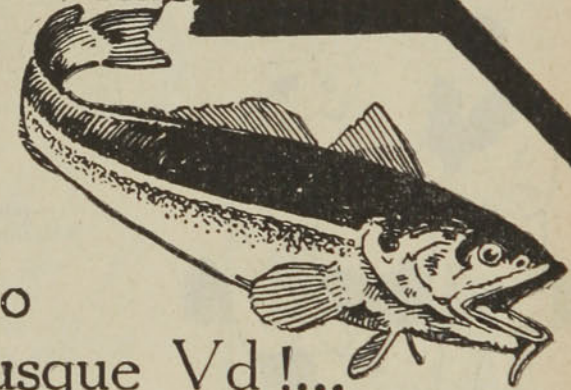
MENTHOLATUM

¿Por Qué Sufrir?

Si está Ud. sufriendo de catarro y se encuentra sola y aislada es por su propia culpa, pues hoy todo esto puede evitarse si desde los primeros síntomas se aplica Mentholum en las fosas nasales, garganta y pecho, e inhala los vapores que se desprenden poniéndolo en una tasa con agua hirviendo.

No tiene rival para golpes, contusiones, quemaduras, cortadas etc. Exija siempre el legítimo en sus envases originales, tubos, tarros y latas.

A base de: Mentol, Alcanfor, Eucaliptus, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba.—M. R.



No busque Vd!...

No encontrará reconstituyente más poderoso que la

PANGADUINE

M. R.

Bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao.

Es el medicamento por excelencia de los Niños, de los Jóvenes Fatigados por el Crecimiento, Neurasténicos, de los Convalecientes. Obra maravillosamente en las afecciones pulmonares. El Doctor Doyen, el gran cirujano de fama mundial ha escrito:

« La PANGADUINE es un excelente reconstituyente. Desde que existe, ni una sola vez he recurrido al aceite de hígado de bacalao bajo cualquiera forma que sea. »

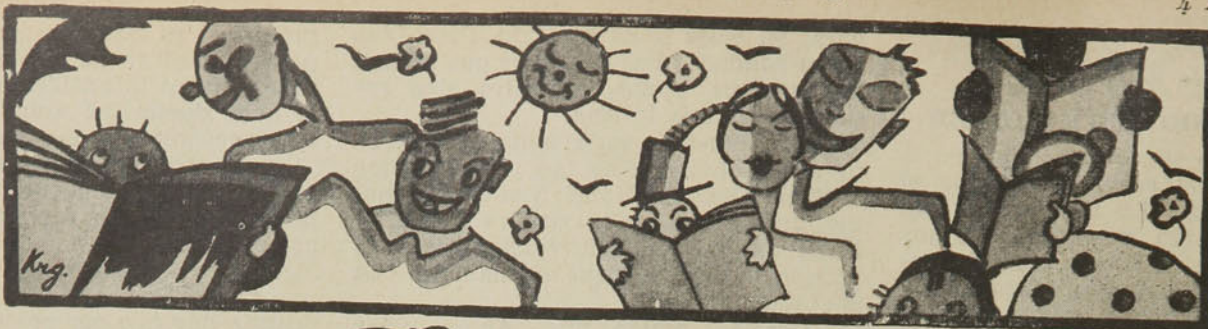
DOS FORMAS : Elixir, Granulado
de venta en todas las farmacias

Sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao. A base de: Extracto de Hígado de Bacalao; Glicerina; Jarabe de grosellas y vino de Oporto.

Después de la consulta de médicos:

—El estado de su esposa es muy crítico. Prepárese usted para lo peor.

—No entiendo, doctor. ¿Quiere usted decirme que se morirá o que va a res- tablecerse?



Bromas

* * *

—Mire uzté, zeñorito. Er agua zera mu güena; pero e mejó er vino. Er agua tié microbio y er vino no lo pue tené.

—¿Y por qué no puede tener microbios el vino?

—¡No zea uzté hereje! ¿La zangre e Crizto va a está envenená?

* * *

—¡Oh, Juan!—decía sollozando la joven recién casada—. He preparado en el horno una torta magnífica y la he puesto encima del aparador, con hielo para que se enfrie, y el pe... pe... rro... se... se... lo... ha co... mi... do.

—Bueno, bueno, no llores, eso no tiene



—Ahora pienso ganar mucho dinero dedicándome a vender cunas en el mes de diciembre.

—¿Y se gana mucho?

—Sí, porque es el mes de los nacimientos.

importancia—le dijo el marido, dándole palmaditas cariñosas en la mejilla—. Tengo un amigo que nos proporcionará otro perro.

* * *

—Tengo necesidad de dinero inmediatamente: 99 pesos con 60 centavos.

—¿Y por qué no 100 pesos?

—Porque tengo ya 40 centavos.

* * *

—Joven, no deje de venir a vernos de vez en cuando.

—Tengo muy poco tiempo disponible.

—Venga, venga. Todas mis hijas tienen ya novio.



—¿Qué lista es mi señorita! ¿Cómo habrá adivinado que ha venido el carbonero?

—¿Por qué no vas a cortarte el pelo a la peluquería de Gómez?

—Porque dejé mi paraguas allí.

—Razón de más para ir.

—No. El paraguas que me llevé es mejor.



—¡Pobre Antúnez; le han degollado!
—¡Pero si la puñalada ha sido en el vientre!
—Sí; pero ten en cuenta que era ventrílocuo.

En un vagón de ferrocarril, un borracho le dice a otro:

—¿Qué hora es?

—Jueves.

—Car a mba, si es mi estación!

FILOSOFO

—Señor Gutiérrez: ¿dígame con toda franqueza, le gustan a usted más la mujeres que hablan mucho, o las otras.

—¿Cuales otras?

EN EL RESTAURANT

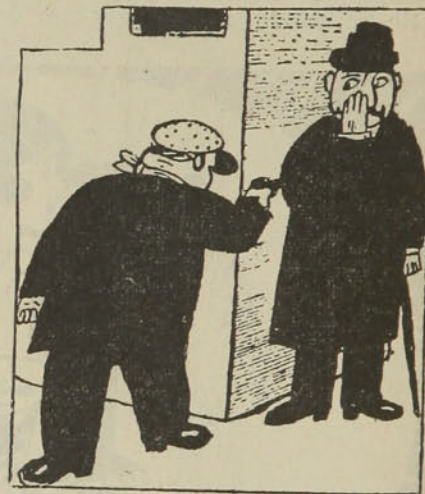
—¿Qué diferencia hay entre el vino de doce y de ocho pesos?

—Cuatro pesos, señor.

AMIGAS

—A la Ernestina se le ve poco ahora en bailes y fiestas.

—Sí, ¡el médico le ha prohibido estar mucho rato sentada!



—¡La bolsa o la vida!

—Hombre, deme usted veinticuatro horas para reflexionar.

SUPERSTICION

Ella.—¡Tú quebraste el espejo!, eso significa siete años de desgracia.

El.—Por Dios, quiere decir que voy a estar siete años más casado contigo.

EL MARIDO DE SU MUJER

—Este es el marido de la poetisa Edda Sundborn.

—¡Ah!, ¿y qué oficio tenía antes del matrimonio?

ANTE EL JUEZ

—No sólo el dinero se robó usted, sino que se llevó también las joyas y otros objetos de valor.

—¡Pero, señor juez!, ¿no sabe usted que el dinero solo no hace la felicidad?

(Continuación de la página 57)

LOS NIÑOS EN LA LITERATURA

da calidades en ese trato con la infancia, se empequeñezca y aníe, pues el niño de hoy no es ya el de otros tiempos, el que fuimos nosotros mismos, educados bajo la férula y bajo la venda—cual cupidos—; participa más de la vida y madura, física y moralmente, más aprisa. Más bien pudiera ser que impusiera a la poesía esa pasionalidad, ese dramatismo adulto que ella rechaza ahora. Ya hemos visto a esa niña pidiéndole a Olivares un poema muy sentimental, ni más ni menos que una señorita de la época campoamoriana. Dato que debe servir de advertencia a los escritores que se aplican a la literatura infantil.

Los peligros de índole literaria y aun moral que pudiera suscitar este acercamiento de los escritores a los niños pueden comprenderse con recordar sólo las características que hasta aquí tuvo la literatura infantil. Literatura tendenciosa siempre, fué pedagógica o moralizadora, entendiendo por moralizar afirmar el sentimiento religioso en el niño. Y como este fin no podía realizarse sino en una forma práctica, mediante anécdotas e imágenes, lo que fomentaba realmente en el niño era el sentimiento supersticioso. Toda la moral predicada al niño se basaba en el miedo a lo sobrenatural, en el temor a los castigos materializados. Si Juanito no era bueno, se le aparecía el trasgo o daría lugar con su conducta a que su madre muriera de

dolor, porque el niño malo debe quedarse huérfano. A esto se llamaba educar sentimentalmente al niño. La justicia distributiva parecía inventada para él. Todo esto era burdo e inhumano; pero ya pasó. Mas perdura aun la literatura infantil un elemento cuya aceptación impone perplejidad. Me refiero a lo maravilloso infantil personalizado, a esa humanidad fantástica de duendes y gnomos, hadas y brujas, princesitas y reyes más o menos magos que constituyen la mitología de los niños de las grandes ciudades y de las viejas aldeanas. Es de notar que esa mitología infantil fué un tiempo la de los poetas, y ahora viene a ser como esas cosas que sirvieron para entretener a los mayores y luego pasan a ser juguete de los chicos. ¿Hasta qué punto es lícito entregar a los niños ese material poético ya usado y gastado por los grandullones? La pregunta es oportuna, sobre todo aplicada a cierta parte de esa mitología, evidentemente tendenciosa y encaminada a inculcar en el alma del niño determinados automatismos en beneficio de ciertas instituciones. No cabe duda que esa exaltación a categoría mágica de princesas y reyes en la fábula infantil es de procedencia oriental—recuérdese la intervención de los reyes magos en el Evangelio—y que refleja el sentimiento temeroso culto al poder en las viejas sociedades asiáticas. Representa la intención de una mitología monarquizada, y no es dudoso que el catolicismo ha contribuido a arraigarla en Europa con sus mil leyendas de princesas, santas y virginales, actrices de milagros. Sería una buena tesis

para un estudio interesante la de probar cómo las princesas han venido a substituir a las antiguas hadas de la pagana tradición latina, de igual modo que los santos locales han suplantado a los antiguos genios del lugar ("genii loci"). En todo caso, es muy discutible el amor a los niños que supone ese querer perpetuar en ellos creencias y supersticiones que ya hemos abandonado nosotros, equiparándolos en mentalidad a primitivos y salvajes. Desde luego, el gesto carece de toda cortesía. Pero lo más grave que implica la intervención de tal mitología en la literatura infantil es que infunde en la conciencia del niño la idea de un mundo rico, celoso y fácil, de un paraíso cuya falsedad ha de descubrir luego él mismo, conservando ya toda su vida el natural desencanto. Esas infancias poéticamente engañadas producen adolescencias resentidas y madureces despechadas e irónicas. Son muchas las personas que se empeñan en mantener alrededor de los niños ese ambiente de ficción, esa que llaman de buena fe la "poesía de la infancia". Son personas vulgarmente idealistas, que no conciben la poesía sin falacia, la poesía dura y sincera de la realidad. Según ellas, se debe tener a los niños en la ignorancia de los aspectos prácticos de la existencia, que ya, por desgracia, tendrán ocasión de descubrir. Lo mismo, poco más o menos, se decía hasta hace poco de la mujer por los temerosos de que pueda perderse la "exquisita flor de su femineidad". ¡Qué poca fe tienen quienes así piensan en el natural vigor de la flor humana! Tesis semejante son supervivencias del anti-

Cincuenta años la una, cinco escasos la otra...

y sin embargo son las dos mejores amigas del mundo. Hasta cuando el estómago las molesta (a la abuela por el estreñimiento propio de la edad, y a la nieta por el incorregible pecado de ser golosa) las dos toman el mismo laxante:

Leche de Magnesia de Phillips

Recomendada por los médicos como el mejor regulador de los órganos digestivos e intestinales, cuando éstos por el exceso de ácido dejan de funcionar debidamente.

Si no es Phillips no es legítima.
Cuidese de las imitaciones.



Leche de Magnesia.—M. R.—A base de hidróxido de Magnesia.



Su Espejo Reflejará

La belleza de una dentadura limpia, sana y pulida! Es fácil obtenerla . . . y conservarla. Use la Pasta Dentífrica EUTIMOL por la mañana y por la noche. Mata en 30 segundos los gérmenes de las caries dentales.

Pasta Dentífrica

FORMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar, Jabón,
Raíz de Lirio de
Flores, Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua, Aromáticos.

EUTIMOL
M. R.
PARKE-DAVIS

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 100), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... Prov.....

guo idealismo clásico que el catolicismo hizo suyo, creando los lamentables ídolos, las lastimosas majestades de la mujer y el niño. Se ha querido ver en este último al gracioso cupido de la mitología clásica o al Jesucristo divino de la cristiana leyenda. Todas nuestras representaciones del niño están en el fondo influidas por el arquetipo de Jesús. Las fiestas verdaderamente infantiles, aquellas en que se rinde al niño culto más intenso, son las de Navidad y Reyes. En Navidad se celebra el natalicio del Niño Dios, festejando al niño humano por lo que de él tiene. En la fiesta de Reyes, los padres parodian a los magos y ponen juguetes y golosinas en los zapatos de los niños, guardando el anónimo y escamoteando la ternura, a veces heroica, de su gesto en bien del prestigio de unos entes fantásticos. Se quiere rodear a los niños de un ambiente místico haciéndoles creer en la existencia de dones mágicos y gratuitos, en la clemencia generosa de unos cielos de invierno que sólo lueven nieve. Se quiere hacer sentir al niño en torno suyo una asistencia angelical, sugerirle la idea de que es una cosa aparte, excepcional, y no el comienzo de un hombre: algo así como un pequeño dios. Pero el niño no es un dios, y hay en esa apoteosis un compromiso que en la mayoría de los casos no puede mantenerse. Todo eso,

HAY QUE EVITAR LAS MOLESTIAS DIGESTIVAS DESPUES DE LAS COMIDAS

Si se experimenta una sensación de malestar después de las comidas, con frecuentes molestias y consiguientes ardores, así como acedías, pesadeces o flatulencias, podrán evitarse fácilmente combatiendo la hiperclorhidria, ya que tales disturbios digestivos son con frecuencia ocasionados por exceso de acidez, que al mismo tiempo que origina fermentaciones secundarias en los alimentos, impide la normal función digestiva. Para evitar las consecuencias fatales de la hiperacidez es preciso recurrir al uso de una sal alcalina, tal como la Magnesía Bisurada. Este anti-ácido poderoso corrige en poco tiempo la acidez estomacal, combate los ardores, acedías, flatulencias y otras terribles molestias, devolviendo al estómago la normalidad de sus funciones digestivas. La Magnesía Bisurada (M. R.), que es un preparado inofensivo y fácil de tomar, se vende en todas las Farmacias.

Base: Magnesía y Bismuto.

en resumen, es la exaltación del niño rico, la formación del delfín burgués, y tiende no sólo a deformar el alma del niño, sino también a establecer castas en la infancia, cual las creó la galantería entre las mujeres. Sin llegar a la utilización del niño para la propaganda política—cual es el caso en Rusia y en todo el mundo, pues como ha demostrado Pírkovich toda pedagogía fué siempre tendenciosa y política—, creo que se debería poner al niño más en contacto con los grandes misterios y con las grandes realidades de la vida, con la magia benéfica y asquible de la ciencia y del trabajo y con el origen natural y oñeroso del juguete de Reyes. Pienso que quizás han hecho bien los soviets desterrando a las hadas y los gnomos de la literatura infantil, y que en todo caso debería hacerse menos dispendio en ella de esas epifanías personalizadas de lo maravilloso. Hay harta maravilla cotidiana en esta época de electricidad y de radio, en que, con un poeta ha dicho, "toco un botón y se enciende una estrella", para que sea preciso recurrir a esa mitología gastada. Hay precisamente toda una mitología nueva, la del chauffeur, la del aviador, la de los joviales artistas del cinema—Charlot, Buster Keaton, Mary Pickford—, que los escritores están tratando de estilizar ahora y hacia la que habría que orientar el entusiasmo y el ensueño del niño. En ese terreno de admirativa simpatía, en que ya han tomado posiciones el adolescente y el hombre y la mujer maduros, no estaría sólo el niño, o solo con sus semejantes, confinado en un mundo especial de alegrías y tristezas casi incommunicables, sino rodeado de toda su familia humana y en participación gradual de todos los fuegos de la vida.

El momento es oportuno para que se borre la antigua distinción por edades en arte y en literatura, como ya se borró la basada en los sexos. La literatura infantil, como la literatura femenina, debe ser simplemente literatura. Esos rótulos deferenciales tienen algo de ofensivo, como el coche para los negros en los trenes yanquis.

(Continuación de la página 14)

LA CURACION

no se figuraba el doctor cometer ningún

delito de falso testimonio; tan asombrado estaba de que una tan bella cliente no hubiera caído en sus brazos.

Pero la señora de Basseto rechazó toda asistencia jurídica, o médica y declaró que no quería ser defendida, sino juzgada lo más pronto posible, y esto último fué el único favor que se le pudo hacer. En la

vista de su causa insistió la hermosa dama en que le producía un placer incomparable aquella emoción del robo, y dejó entender que sólo una prolongada estancia en la cárcel podía curarla de aquella manía. Los jueces consideraron entonces que tal petición estaba justificada, y que la severidad, sería el mejor correctivo para salvar de su mal a tan inverosímil culpable. La señora de Basseto fué condenada a tres meses de cárcel, sin concederle la gracia de indulto por primera falta. Cuando se leyó la sentencia, la extraña culpable, a manera de acción de gracias, dedicó al Tribunal una sonrisa amable y muy de buena sociedad.

Durante los tres meses de su prisión, se negó obstinadamente a recibir ninguna visita. Una vez se vió libre, dió en seguida una fiesta que estuvo, como puede pensarse concurrendísima, pues nadie quería sentirse riguroso con una mujer tan elegante y tan rica, porque ésta hubiera tenido la idea de buscar sensaciones nuevas.

La señora de Basseto no se presentó hasta que todos sus invitados estuvieron reunidos. Entonces subió a un pequeño estrado que había hecho preparar al efecto, y una vez allí, dejó caer un rico manto de armiño que la envolvía. Apareció entonces esbelta, bien vestida, con un traje de satén que la dibujaba exactamente.

Nunca había estado tan hermosa. Su línea, que antes era un tanto redondeada, tenía ahora toda la esbeltez deseada. La señora de Basseto, rogó un poco de silencio, y dijo con encantadora voz:

—Mírenme ustedes, amigas y amigos. ¿Cómo me encuentran?

Naturalmente hubo un concierto de exclamaciones admirativas.

Entonces continuó la bellísima mujer:

—Pues ahora voy a darles a ustedes la explicación que tienen derecho a pedirme... Yo, queridos amigos, engordaba sin cesar, y lo peor es que, siendo como soy (bien lo saben ustedes), nunca hubiera podido someterme a un régimen dentro de mi existencia normal. Así, pues, recurrí a la única solución posible: buscar el medio de quedar sometida, mediante la fuerza de las leyes, a una cura forzada de adelgazamiento. Y... ya lo ven ustedes: se la recomiendo, amigas mías, porque... a la vista está. ¿No les parece?

CLAUDE GEVEL.



LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE contra: Insomnio, Neurastenia, Neuralgias, Lasitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas, Trastornos de la edad crítica, Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadère, PARIS
RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



a base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalonilurea pura.



Para el señor Homero A., Teniente C. Ranagua. — Desearía mantener nuevamente correspondencia con usted. Si acepta conteste a Toinette J., Santiago.

Deseo correspondencia con chiquilla de 15 a 16, simpática, educada, buena familia, Poseo cualidades suficientes para exigirlo. Si merezco la atención de alguna lectorcita, agradecería dirigir carta a Carnet 30824, Correo, San Fernando.

Deseo correspondencia con la señorita Marietta que firma el párrafo segundo del Consultorio de fecha 9 de junio. Ruego contestar a L. L., Casilla 596, Concepción.

Para Alán: (Para Todos 9 de julio). Hay un corazón que quisiera saber muchas cosas del vuestro. Os pido dirección para darme a conocer. Escriba a Nueva Imperial. Bluet Navarro.

Estoy sólo y triste, sin amigos a quien confiar mis penas. Tengo 20 años y hoy más que nunca necesito un consuelo para mi dolor. Pueda que este ruego sea escuchado por un alma de mi misma situación y quiera ser mi amiga. Carnet N.º 172357. Correo, Potrerillos.

Deseo formar hogar con hombre serio. He puesto mis ojos en T. A., administrador de una oficina. Su indiferencia hacia mi sexo me fascina, pues soy muy celosa. Si no tiene compromisos conteste a la Casilla de la derecha de la suya. Reserva absoluta. Gordita. Ancud.

Viuda de un honorable capitán, simpática, buena figura, desea conocer caballero 35 a 40, bueno, nobles sentimientos, prefiriere con auto y buena situación, carácter alegre, aficionado diversiones. No tengo hijos. Contestar por intermedio simpática revista a Corazón que sufre.

Joven empleado, 19 años, regular educación, sincero, aficionado a la música, desearía encontrar señorita 17 a 19, dispuesta a entablar correspondencia. Dirigirse por carta a Carnet 5187. Correo, Lota-Alto.

Hace tiempo que mi alma loca e incomprensible buscaba amigo que hubiese sufrido. Hoy solamente tengo un capricho. Me agradaría nos llegáramos a entender. Yo sólo ofrezco mi cariño de chiquilla de 17 que aún no ha querido a nadie. Más datos después. G. F. G., Correo, Viña del Mar.

Amigueta para convencer que el amor existe. Te deseo buena y comprensiva para que cuando el desaliento del fracaso llegue a mí me des fuerzas para continuar luchando. No mayor de 22, vida pasada no me importa. Escribeme, yo te lo agradeceré si no nos comprendemos cada uno seguirá su camino. Orland Rolland. Of. Pedro de Valdivia.

Para morenita triste, Lautaro. Muy agradecido por su infinita bondad, le digo, que, en realidad no tengo dueña. En mi camino aún no ha aparecido la que habrá de ser compañera inseparable. Farmacéutico F., Lautaro.

Una exigente que no ha podido encontrar su ideal lo busca entre los lectores de Para Todos. Lo deseo extranjero, por serlo yo. 28 a 38, educado, con porvenir, y que no sea interesado. Yo, hija de familia honorable, nada fea, amiga de deportes, alegre, cariñosa, buena dueña de casa, sabré dar gusto en esta materia al gringo más exigente. ¿Habrá alguno que conteste? No se arrepentirá. Absoluta seriedad. Por la revista a Una exigente.

Encantada de contestarle. Creo reunir cualidades deseadas. Ruégole quiera escribir a Patricia M. Guzmán, Correo, Antofagasta. Para gringuito solitario.

Two girls de 18, nobles sentimientos y que aún desconocen el amor, desean correspondencia con jóvenes francos y sinceros. Los interesados pueden contestar a esta revista dando nombre y dirección. Edita Holmes y Nora Miller, Concepción.

Deseo amistad señorita 20 a 22, sin pretensiones. No importa físico. Yo, 21, serio y trabajador. Si hay lectorcita que reúna mis

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo. una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 2518, Santiago.

condiciones dirijase por Correo a Carnet N.º 0022413, Concepción.

A Marietta. Seremos excelentes amigos con idénticas ideas e ideales. Seguramente nos entenderemos pronto. Envieme su dirección postal dando detalles personales. Francisco Gudding, Correo, Traiguén.

Deseo saber de la señorita A. T., de Capitán Pastenes. Si ve estas líneas que se acuerde de Arturo que le ruega le escriba al Correo Loncoche.

Deseo cambiar impresiones de cualquier carácter con joven o señorita de Copiapó. Dirigirse por carta a Luis A. Lara R., Tocopilla, Of. Coya Sur.

A Germán Arcos de Illapel. ¿Te acuerdas de mí? Me llamo Lola y soy ligüana donde pasaste unos días. Contesta a Hilda Pallita. La Ligua.

Simpática chiquilla 18, desea correspondencia con lectorcito de 18 a 25, ojalá moreno, profesión no importa. Ojalá envíe foto. Judith Larenas. Concepción.

Morena, físico regular, buena familia, 18 años, desea correspondencia con lectorcito de 20 a 25. Contestar por Consultorio a Dita. Concepción.

A ti, mi amigo querido, te dirijo estas humildes frases, pero que llevan consigo todo el amor de un corazón herido. Sé que tiene ciertos compromisos en Coronel. Aunque no tengo derecho he sufrido una desilusión. Si él no lee estas líneas, espero a que algún amigo bondadoso se las dé a leer. Answer me this question: Do you aist me? No, because you have other love in other city, but I always laist you. Ya sabe quién soy, Corazón herido.

Estudiante Técnica, desea amistad sincera con joven educado, rubio, ojos azules. Correo 2, Temuco.

Hilda Palta de Ligua desea correspondencia con joven 18 a 19, alto. Yo, 15, alta, morena. Ojalá foto. Suplico seriedad.

Lalo Cabrero. Tus bellas cualidades de caballero me encantan. Sé que no te fui indiferente del todo. Si deseas correspondencia contesta a la chica que te regaló la hojita de trébol. ¿Recuerdas?

Para Lucho A. P. de Cauquenes. ¿Por qué te muestras tan indiferente? Ni siquiera te dignas dirigirme una

mirada. ¿Es que has dejado de quererme? Son amargas las lágrimas que me has hecho derramar. Fuiste mi alegría y te amo como la primera vez. Contesta a tu amiga del año pasado. Correo Cauquenes.

Herta G. busca lectorcito capaz de hacer volver corazón estado agónico debido a gran desilusión. Más datos por correspondencia. — Correo, Las Máquinas. Chagres.

Enrique Tisné. Tú constituyes mi pan espiritual. Sin ti no puedo vivir. Cumple la promesa que hiciste a tu muñequita, la que locamente enamorada te espera. Tango. Melinita de oro.

Mi ideal sería una chica de provincia, corazón sincero, físico agradable, no mayor 18. Yo, sureño, más bien bajo, estudiante. Encontraré alguna provincianita? Bat. Perry, Correo 2, Santiago.

Desilusionado, reveses de amor y fortuna acudo al "Para Todos" con la esperanza de encontrar el verdadero amor... Tengo 29, moreno, bigotito, serio, sincero, ningún vicio, trabajador, agricultor. Busco chiquilla formal capaz de todos los sacrificios para mantener amor, educada, simpática, cariñosa, aficionada a la música, 20 años, lindo cuerpo, indispensable tenga algún capital para impulsar industria. Creo firmemente esto prolongará nuestro cariño. Garantizo seriedad. Si existe mi ideal ruégole enviar dirección por la Revista. Desilusionado Exigente.

Juanita Ulloa. Te amo con delirio. En mi corazón sólo tu imagen llevo. ¿Por qué eres tan sericita e indiferente? Peuco.

A la señorita que escribió a Daniel K., ruego escriba al Correo, Concepción, al nombre que ella sabe. D. K. B.

Manteniendo dulces esperanzas en mi única ilusión te escribo en la confianza que este S. O. S. llegue a tu corazón Charles S. E. Destructor Hyatt. ¿No escuchas que te imploro cariño? Hilda.

Soy industrial chileno, vivo feliz. Pero me falta lo indispensable. ¿Lo encontraré por medio de este Consultorio? Si alguna lectorcita toma nota puede contestar a J. E. R. Casilla 644. Osorno. Mi ideal 14 a 20, rica, dije, familia honorable.

Quiero amor infinito y noble. Un amor espiritual sin ansias de acercamiento de cuerpos. Sin torpes realidades que apaguen el fuego sagrado. Oh, el amado noble y bello. ¿Dónde está? Presiento su llamada a través del espacio. Ven. Te espero de pie al margen de la vida. Soy hermosa y fuerte. Tú, que pasas la mirada por estas líneas, si no eres "él" y le conoces, ve y dale el mensaje. Es hermoso y noble, bueno y culto, fuerte y sano de espíritu. — Prometea.

Mary del Río, 22, desea sincero amigo espiritual, mayor de 25. Prefiero descendiente francés. Casilla 57, Chillán.

Por todas partes busco a la simpática poseedora de los hermosos ojos de cielo que vi en la oficina de teléfonos de Buin. ¿Recuerda al joven moreno, alto, que esperaba?

EL PERFUME DE LAS PERSONAS REFINADAS:

LE SANCY

COLONIAS DE LUJO

\$ 2.—, 5.—, 6.—, 8.—

Sólo me dirigió un par de indiferentes miradas. Desearía ardientemente saber si me recuerda. Guardo el recuerdo de su mirada triste que me emocionó. Según me impuse por la lista creo se llama Adriana Pauvert. Si quiere hacerme feliz conteste por la revista a Gran amor o al Correo Central, a J. Williams. Santiago.

Dos sanfelipeños buscan sus ideales en marinos o civiles no menores de 20. Nosotras, morena de 18 y rubia de 20. No nos importa físico, sólo sinceridad y sentimientos. Correo de San Felipe. Julia Lafoy G.

Lucy y Teresea, dos simpáticas amigas de 18, buena familia, educadas, desean correspondencia jóvenes iguales condiciones, altos, delgados. Contestar a Correo 2, Casilla 4665.

Si es usted dichosa lea estas líneas y olvídelas. Pero escríbame si la amargura de la soledad entristece sus días. La amistad podrá rehacer nuestras vidas. Sólo, en este puerto de la existencia no conozco el consuelo de un cariño para abrirle mi corazón con un caudal inmenso de ternura. — Rogelio Francisco. — Correo 10. Nuiña.

Desearía mantener correspondencia con señorita de 15 a 16, educada, seria. Si alguien se interesa, contestar a Alfonso Lizana. Correo, Potrerillos. Mina.

Mireya del Río está soñando con la gloria de un gran amor. Sólo pide que el que lo traiga sea alto, culto, de 30 arriba, que no busque la frivolidad, sino un amor firme y sereno que sólo sabe buscar refugio en la tibia del hogar. Yo, alta, tipo claro, bonitos dientes, culta, cariñosa, comprensiva, buena familia. Sigo soñando y espero. Correo 5, Santiago.

Quisiera saber de la señorita serenense que tomó la combinación en una de las estaciones entre Illapel y Ovalle, fecha 10 de marzo, del próximo pasado, que al llegar a Coquimbo me regaló una rosa. ¿Te acuerdas nenita cuando te ayudé a pasar el equipaje y nos comprometimos a ser buenos amigos si alguna vez nos encontráramos? Chañaral. Correo, Barquito. Humberto C.

Para Eddie D' Eggeniere. — Ofrezco mi amistad sincera. He sufrido y es muy probable nos comprendamos. Daré datos personales por carta. Ana. Correo 3, Valparaíso.

Chiquilla de 18, alta, trigüña, ojos verdes, desea amigo lector de "Para Todos". No importa físico. Nanci Graves. Correo, La Serena.

A. Salvador Barra G., Oficial de marina mercante que anda embarcado en el vapor Tarapacá y a quién conozco solamente por foto que me mostró un compañero suyo de la Escuela de Pilotines. Deseo mantener correspondencia con usted. Yo, alta, delgada, pelo castaño, ojos verdes, 17 años. Por la revista a Madame Butterfly.

Para Marietta. — Creyendo reunir las cualidades mencionadas en su inserción le ofrezco mi amistad sincera, pues me gustaría llegarnos a conocer. Si no le soy indiferente conteste por la encuesta o a Correo 3, Valparaíso.

Para Eddie D'Eggeniere. — Creyendo reunir las cualidades mencionadas le ofrezco mi amistad sincera. Conteste por esta encuesta a Olga M.

Para Alma Triste. (rubia). Deseo conocerla, yo, 25, chileno, poco hablador, pero de buen fondo. Fines serios. Correo, Playa Ancha. Valparaíso. — Alfonso XIII.

Idolo de mi alma, mi celeste ensueño. ¿Dónde estás? Te busca con afán mi corazón sin poderte encontrar. Te sueño extranjero, mayor de 25. Correo, Serena. Myrna Spring O.

Jeanette Molineaux, desea correspondencia con joven de 27, alto, ojos verdes. Contestar por la revista dando dirección.

M. R. M., Curicó, Rauco, alta delgada, 21, no fea, buena familia, educada, seria, buena

dueña de casa, desea correspondencia con joven, 24 a 34, serio, educado, buena familia, Ojalá envíe foto. Fines matrimoniales.

Señorita decente, de 19, desea correspondencia con jovencito familia honorable, simpático, ojos azules. Indispensable foto. Quela M., Correo, Victoria.

Para el hombre que haya pasado su primera juventud y comprenda las falsedades de este mundo material y egoísta, que sienta en su alma la nostalgia de un hogar lleno de amor, van dirigidas estas líneas de una mujer en la segunda primavera de la vida, salvada de la corrupción de este siglo dispuesta a hacer feliz a quien en ella confíe. María Ester L., Correo 2, Chillán.

Mi ideal sería tener correspondencia con señorita de Villa Alegre o San Javier, de Rancagua o Santiago en último caso. Sería, buena, físico regular, de 16 a 20 años. Yo, 21, serio, físico regular, alto, buena situación, deseo de amar sureña. Contestar por la revista a Gauchito o por carta a Carnet N.º 73350. Antofagasta. Oficina Francisco Vergara.

Desearía saber de quién dijo llamarse Alejandro Vidal, estudiante de Agronomía de la Universidad Católica. ¿Recordará a la chiquilla de rojo a quien acompañó un domingo, en febrero, una tarde en el Santa Lucía, mientras se bañaba en la Terraza? Si posa sus ojos soñadores en estas líneas ruégole dedicar un recuerdo y escribir a quien le considera su amor sin esperanza. — H. C. A. Osorno.

Anhele conocer muchacha o mujer joven, agraciada, culta, independiente, para prodigarle cariño y ayuda amistosa. La deseo penquista o porteña. Eze Frejus. Correo 2, Talcahuano.

A. G. R., Magallanes. ¿Dónde tienes los ojos, antipático? Aldeana de primavera.

A Príncipe buena fama en amor. — Carta ilegible. Agradeceremos escribir con mayor claridad.

Viuda honorable, sin hijos, no muy joven, cariñosa, amante hogar, desea amistad con caballero serio y trabajador de 45 años. E. S. de G. Correo 4, Santiago.

Deseo amistad con joven franco, sincero, que sepa querer, edad 30 a 35. Yo, 28. Mery Campos. Correo Central, Santiago.

Busco joven serio, de 30 a 35, profesional. Fines matrimoniales. Yo, 26, alta, gordita, sencilla, simpática, carácter humilde, familia honorable, sin pretensiones, buena dueña de casa, educada, instruida. Por la revista a Corazón despiadado.

Para Alma Apagada: ¿Puede darme su dirección? Deseo entregarle mi corazón. Por la revista a Alma encendida.

Caballero 40, solo, triste, busca amiga sincera, dispuesta a amar, mayor 25, bonito cuerpo, simpática, cariñosa, que sepa comprender corazón amante. Por la revista dar dirección a Vaquero.

Agradeceré infinitamente a los lectores se sirvan darme dirección señores Enrique Caballero y Jorge Délano de Santiago. Gracias anticipadas. Indagadora.

Señoritas de preferencias extranjeras o descendientes, desean tener correspondencia fines serios con chileno, moreno, ojos verdes, alto, delgado, buena situación, económica y social. 20 a 28 años? Bladimiro J. H., Correo, San Felipe.

D. M. y G. U., dos penquistas universitarios de 17, físico agradable, desearían correspondencia con señoritas de 14 a 16, físico atrayente. Las preferiríamos de las ciudades contiguas a Concepción. Indispensable enviar fotos. Casilla 245, Concepción.

V. M. Pérez. Escuela de Máquinas, Talcahuano, desea correspondencia con rubia simpática 16 a 18, amante de la música y del cine. Preferible de Santiago.

Extranjero o chileno, 30 a 35, comerciante,

serio, trabajador, sin vicios, sentimientos nobles, que quiera desinteresadamente a señorita de 28. Yo, gordita, alta, físico regular, buena dueña de casa, para formar un hogar feliz. Seriedad, reserva absoluta. Soñadora.

Deseo enseñar a amar a chiquilla simpática que esté dispuesta a oír las lecciones. La deseo de 17 a 20, educada, sincera, alta, buenos sentimientos. Yo, estudiante. Mucha teoría y poca práctica en amor. Eugenio Solar. Correo 14, Santiago.

En este continuo ir y venir de gente que pasa, mira, olvida, encuéntrame sola. Desearía corazón hermano, sincero, que sepa comprenderme. Morenita chilota.

Deseo saber de Vicente Ibáñez, joven rubio, que en 1924 o 25 vivía en Caupolicán frente a Escuela Normal. ¿Recordará a la chiquilla que vivía en la misma calle? A pesar del destino que nos separó y del tiempo transcurrido no he podido olvidarlo. Marta B., Concepción.

Quisiera saber del simpático doctor Ramón Miranda. A pesar del tiempo no lo olvido. Provinciana.

Somos dos, y deseamos encontrar a dos simpáticas chiquillas para entregarles nuestros corazones. Contestar por separado a C. N. G. y S. A. J., Correo, Freire.

Luchita A. P. Cauquenes. ¿Por qué tanta indiferencia para conmigo? Será el suplicio más grande de mi vida si no correspondes a mis miradas. Lucho M. H.

René Granger de la Williamson, es mi ideal. Si su corazón está libre conteste a Rina Zenteno. En caso contrario retiro mi palabra. Concepción.

Para Abandonada. — Soy un ser todo dulzura y le ofrezco mi leal cariño para endulzar su vida. — Conteste a Dr. Magiru. Potrerillos.

En dos ocasiones he recurrido a este Consultorio, pero no he tenido suerte, porque las lectoritas no me han contestado. La deseo de 15 a 17, buen cuerpo, cariñosa, vista bien y tenga libertad para salir. Aficionada al biógrafo donde podremos ir en estas tardes invernales. Yo, alto, nada feo, delgado, buena familia. Dispongo de auto algunos días. Si alguna encantadora chiquilla posa sus ojos en estas líneas, conteste por Consultorio a E. P. V.

Busco mi ideal en joven soltero o viudo, sin hijos, 28 a 38 años, serio, educado y trabajador. Nora Y. M., Correo 21, Santiago.

Dos amigas buena presencia, familias honorables, buscan ideales de 30 a 40, sinceros, serios, nobles sentimientos. María León, morena y María Elena Salas, rubia. Por separado a Correo Central.

A Olivero Giusti Forlivesi. Te amo y amaré siempre. Inútil cuanto haga por olvidarte. Déjame tener siquiera el consuelo de tener correspondencia contigo. Escríbeme por piedad y si algún día no tienes a nadie, acuérdate siempre que te espero. Recuerda tu promesa y escríbeme. Laura Arce, Correo, Puente Alto.

Dos marineros profesionales de sublimes sentimientos, extensas aventuras. Uno simpático, ojos verdes, el otro rubio, agradable, estatura regular, desean conocer simpáticas provincianitas, fines matrimoniales, rubias buena presencia, instruidas. Preferimos de origen extranjero. Oscar Dinámico y Carlos Newton. Correo Central, Talcahuano.

A Príncipe Desterrado. — Agradeceremos escribir con más claridad. No hemos entendido una sola palabra.

Joven alto, de lentes, físico regular, desea conocer señorita simpática, 18 a 22, que sepa querer. Prefiero barrio estación. — Carnet 600607. Correo 2, Santiago.

Me encantan las alemanitas de Osorno, Temuco, Valdivia, etc. ¿Habrás alguna simpática rubiecita de 17 que desee compartir su amistad con joven de 24, moreno, regular estatura, simpático, aficionado deportes, cine, baile? Escribir a Esoj Samal Kied, Santiago, Correo 21.

En vano busco sin encontrarla. ¿Será porque no tengo suerte? Pido chiquilla pobre y desinteresada que posea un alma noble, capaz de albergar cariño sin falsía, un alma hermana de la mía, romántica y soñadora. Esteban R. Carnet 756, Correo General Cruz.

Para J. R. A., dentista de Chillán. Quisiera saber por qué has dejado el siglo XX y te dedicas a las antigüedades. Negra.

Somos dos marineros amigos inseparables, morenos y simpáticos. Uno, 23; otro, 25. Anhelamos encontrar chiquillas simpáticas que sepan comprendernos y amar de verdad. En especial, este aviso es para las chicas de Los Andes. Correo Central, Talcahuano. C. E. A., de 25, y S. V. E., de 23.

Joven serio, moreno, 24, desea correspondencia con señorita de 20, seria, buena y que

sólo a mí dedique su cariño. Dirigirse a Empresario, Casilla 3354, Santiago.

Chiquilla de 18, sin más atractivo que la juventud, pobre, excelente familia, seria, buena dueña de casa, está dispuesta a formar hogar si encuentra ideal, de 25 a 28, buena familia, educado, pobre pero trabajador, nobles sentimientos, sincero, comprensivo, caballero en toda la extensión de la palabra. El que crea reunir estas cualidades, conteste a Inés del Solar, Correo 4, Santiago.

Amigo desconocido: Nada existe más desolador que la soledad espiritual. He amado sólo una vez y he sufrido la más cruel de las desilusiones. En mi afán de sobreponer el entendimiento a la belleza, no he podido encontrar hombre que posea la suficiente bondad e inteligencia para llenar la vida de una mujer sincera. Ha de ser alto, culto, so-

ñador. Yo 17 años, ternura y abnegación. Indispensable foto. Norma Llorenty, Correo Peumo.

Para señorita Marietta del N.º 96. Creo tener las cualidades que usted exige. ¿Quiere saber quién soy? Conteste a Casilla 143, Rancagua, a T. R. C.

Iván Altamirano, Santo Domingo entre Claras y Miraflores: me conoces. Sabrás quién soy escribiendo a Casilla 99, Constitución.

Lector: no soy una belleza ni un talento, solamente una mujer con cualidades y defectos. La vida me ha tratado duramente. Necesito tu palabra que me aliente y que me ames por la nobleza de mi alma. Tu físico y tu pasado no me importan, sólo quiero tu corazón lleno de bondad. Exijo foto. Soy morenita, simpática, 18. Carmen Silva, Correo Peumo.

G. A. E., Correo Talcahuano, edad 25, desea correspondencia con señorita joven, buena presencia y que le guste viajar. Fines matrimoniales. Indispensable foto, que será devuelta si no se llega a un acuerdo. Absoluta seriedad.

Para Eddie D'Eggenniere. Me interesa Eddie. ¿Dónde puedo dirigirme? Deseo ardientemente encontrar en tu personita un amigo sincero. Lely.

Dos amigos inseparables, hastiados de vivir solos, desean correspondencia con señoritas de 19 a 21, no más altas de 1.50 a 1.60, que no les guste el baile, buenas, cariñosas y perfectas dueñas de casa. Nosotros profesionales, uno grande, el otro regular, dispuestos a llevarlas al altar. Por carta a G. Rodríguez D. y a A. Lobos V. Oficina Pedro de Valdivia, Correo.

Anhele formar hogar con caballero hijo de extranjeros, correcto, 30 a 43. Yo iguales condiciones, edad 28. A. B. C., Correo Central.

Mi ideal es S. Benavides, que en 1928 estaba en Temuco trabajando en la Casa Nash del señor R. S. Conteste a Ramona.

Tres jóvenes, de 25 a 28, honorables, buen físico, desean correspondencia con señoritas excelente situación. Fines serios. Dirigirse a C. V. O., Casilla 276, Curicó.

Eugenia Muñoz de M., Correo 3, Santiago. No publicamos esta clase de pedidos, sentimos no poder complacerla.

(Continuación de la página 19)

PELUCAS ANTIGUAS Y...

El capricho de la moda ha hecho fabricar recientemente algunas pelucas en seda de colores o en bellos brines de una blancura inmaculada; esta resurrección ha sido fugitiva y no parece que pueda subsistir. ¿La veremos de nuevo, alguna vez? Chi lo sa... Imaginemos, sin embargo, que la historia, como dicen los moralistas, no es sino un perpetuo recommenzamiento. Y ya que hemos citado un axioma famoso, ¿quién puede asegurar que un día, esta autoridad de la moda no coloque una peluca en vuestra cabeza y sobre la mía? Y ello, para nuestra gran satisfacción.

HELENE GOSSET.

TOME NOTA

toda clase de trabajos

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

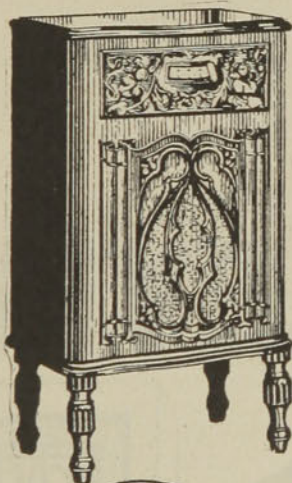
AHUMADA 32

Algo Sensacional en Música y en Radio

LA NUEVA Radio Electrola VICTOR MODELO RE-17

NUNCA SE HABIA OFRECIDO

ALGO IGUAL SOLO \$ 2,750.00



PRECIO SENSACIONALMENTE

BAJO SOLO \$ 2,750.00

UN INSTRUMENTO POPULAR DE ALTA CALIDAD MUSICAL

Una radio, de 4 circuitos y válvulas de rejilla blindada, de gran selectividad y sensibilidad, y una Electrola, que da nueva belleza a la música de discos. ES EL INSTRUMENTO MODERNO PARA EL HOGAR MODERNO, A UN PRECIO COMO NUNCA SE HABIA OFRECIDO ANTES.

Pase a oírlo o pídanos una demostración sin compromiso. TENGAN PRESENTE: Una radio y electrola por sólo \$ 2,750. OFRECEMOS MUY BUENAS CONDICIONES DE PAGO:

CURPHEY Y JOFRE LTDA.

Santiago: Ahumada 200, esq. Agustinas.
VALPARAISO, Esmeralda 999. — Plaza Victoria 1648. — Blanco 637.

Riase!

LEYENDO



(Continuación de la página 17)

¿EL PESADOR DE ALMAS?

Una segunda experiencia hecha sobre el cuerpo de un viejo comerciante de feria, no resulta menos concluyente. Bajo la campana aparece una niebla azulosa que pronto se condensa en una masa blanquecina como de cuatro pulgadas de largo, cuya parte baja es horizontal, siendo la cima redonda, siguiendo la curva de la campana. En esta masa circular espirales y anillos de color y espesor diferentes, comparables a la humareda de un cigarrillo. Teniendo cuidado de no volcarla el doctor James, ayudado de su preparador, va a ocultar la campana bajo el anfiteatro. Ya tiene pues, prisionera el alma del viejo comerciante de feria.

De experiencia en experiencia, el doctor James ha logrado coleccionar almas encerradas bajo campanas. Un día, tiene la perversa idea de encerrar dos, bajo la misma campana. Como son dos almas que no se entienden, no producen sino una luz apagada. Pero dos almas amigas, dos almas que han pertenecido a dos acróbatas muertos en el mismo accidente emiten al contrario una luminosidad intensa...

Para la parte científica del "Pesador de Almas", es bastante. Ahora entramos en la parte sentimental.

El doctor James ha sido casado con una mujer admirablemente bella y deliciosa, de cuya pérdida no se ha consolado jamás. Pero una joven actriz, miss Edith Phillipps se parece de una manera tan extraordinaria a la muerta, que el inconsolable viudo se une a ella y la cuida con una vigilancia apasionada porque, precisamente, ella está enferma. A fin de cuidar mejor, obtiene el que consienta en casarse con él y va a vivir con ella a la Riviera... Ahora bien, un día, en Copenhague donde ha ido a dar una conferencia, André Maurois, que se ha comprometido a ir cerca del doctor James en cuanto reciba un comunicado de éste, le llega un telegrama del médico llamándole con urgencia. Maurois coge el primer tren, que parte y desembarca en Roquebrune-Cap Martin donde sabe que su amigo y su mujer han muerto. Incluso ya se han enterrado. Se le remite entonces una carta del doctor James. Tal como nosotros imaginábamos, ruega en esta carta al escritor que repita sobre los cuerpos de los esposos James las experiencias del Hospital San Bernabé, es decir, que encierre dos almas bajo la misma campana. Desgraciadamente, Maurois llega con dos días de atraso. La operación no es posible. El alma del doctor James y la de su amada Edith se han separado para siempre...

* * *

Esta novelita tiene muchas cualidades. La inquietud metafísica del autor se refleja de manera ingeniosa. Maurois parece inclinarse de preferencia a esta idea: que nuestra alma vuelve después de la muerte a una especie de inmenso reservatorio de energía espiritual donde pierde sus atributos personales, pero que nada impide el pensar que aquel círculo de flúidos, vuelto luminoso por los rayos ultra violetas subsiste fuera de la campana y dura por toda una eternidad. Este flúido no es quizás sino el soporte de una energía espiritual participante de la naturaleza divina. El descubrimiento del doctor James no hace sino empujar hacia atrás el enigma propuesto ante el entendimiento humano desde que el entendimiento humano existe.

El relato de Maurois gusta también por el cuidado puesto en los detalles, por su estilo apacible y corriente, del cual se desprende no sé qué unción intelectual heredada de Renan y de Anatole France. Carece, sin embargo, de un cierto vigor, de un cierto relieve, de una cierta temperatura, de una cierta atmósfera que uno espera encontrar en una obra a la vez fantástica y macabra semejante a un cuento de Poe o de Wells, sin que yo quiera decir por ello que Maurois caiga en la bazarra, pero un escritor más artista, más "visual" hubiese evidentemente sacado de esta historia efectos más atrayentes. Las búsquedas del doctor James toman, bajo la pluma de Maurois, un no sé qué de abstracto, despojándose de su realidad fúnebre. ¡Qué importa!, la inteligencia de Maurois es tan viva, tan clara, tan sutil, que con ello sólo el libro está salvado—o casi.

ANDRE BILLY

(Continuación de la página 20)

S O I N A

Cuando se convenció de que todas las pesquisas eran inútiles, la colmó de injurias:

—¿En qué ibas pensando estúpida? ¿Crees tú que cinco duros se ganan así coco así? ¡Bestia, que nunca debieras haber salido de escardar cebollinos!

Una hija apuntó:

—Le habrá sacado las pesetas ese novio que tiene.

—¡Qué va a tener lazoqueira!

Malvina lloró abundantemente. Luego, en un arrebatado, anunció que se marcharía, y que no era una ladrona, y que podrían registrar su baúl. Los pequeñuelos acogieron esta iniciativa con alborozo. El baúl fué registrado. Después, la Soína permaneció en su alcoba algún tiempo y salió con un hatillo y sin mandil, llevando puesto el traje de los domingos, rojos los ojos por las lágrimas, hipando aún...

Pero en el fondo una idea la consoló. Vagó algún tiempo por las calles, abstraída... Más de una vez se paraba a contemplarse en los escaparates. De pronto, había comprendido que aquel doloroso incidente podía ser el pórtico de su felicidad... Iban a dar las doce cuando se detuvo cerca de la tahona donde Rosendo trabajaba. Esperó unos minutos. Rosendo apareció, al fin. Sonrióle ella, un poco cohibida.

—¿Qué milagro?—preguntó el hombre.

—Milagro, ninguno.

Sentóse él en un banco de piedra, con un gemido de dolor o de fatiga.

Hoy no me dejan estas viboras del estómago.

Soína, en pie, le contemplaba. Comenzó él a liar un cigarrillo.

—¿Sabes?—declaró la joven cuando transcurrió un silencio—. He dejado la casa.

El alzó la cabeza.

—¿Por qué?

—No he podido aguantarles más.

Hubo otra pausa. El hombre acabó de liar su cigarrillo. Preguntó:

—¿Qué vas hacer ahora?

—No sé.

El calló. Malvina aguardaba ansiosamente. Creía que era llegado el momento en que se rompiera la débil reserva que aislaba aún sus amores. No escuchaba ni veía más que a él. Rosendo dijo lentamente, mirando al suelo:

—Has hecho mal.

¡Para los Niños, lo Mejor!

Y lo mejor es



20 Cts.

Que les proporciona todos los viernes cuentos elegidos cuidadosamente, y presentados en forma irreprochable, con ilustraciones en colores.

QUE SU NIÑO LEA

mamita

M. R.

La voz de la joven se llenó de lágrimas al contestarle:

—Me maltrataban, Rosendo. Todos eran contra mí.

—Sí—habló él—, sí: todos son contra uno; pero uno tiene que bajar la cabeza y que sufrir.

Añadió después de un instante:

—Somos como las bestias, fuera el alma, Malvina, y tenemos que portarnos como las bestias... El buey no se marcha de casa de su amo porque le agujereen la piel, ni el perro porque pase hambre...

Gruñó con rabia:

—¡Si se pudiese acabar con todo esto...!

Malvina insinuó:

—Cuando está una sola, sin un cariño, siempre parece mayor la desgracia.

—Parece—otorgó él.

Hubo otra larga pausa. Aconsejó entonces Rosendo:

—Tú debes marcharte a la tierra. Aquí no estarás nunca bien. ¿Tienes dinero para el viaje?

—Alguno tengo.

—El tren sale a las cinco. Puedes irte hoy.

—¿Crees que debo marcharme?

ras. Chirigua, serio como un obispo, se llevó a los labios el instrumento rústico de su exclusiva fabricación, y empezó a soplar en él. La muchacha quedó sorprendida de la habilidad de su amigo, que, un poco pálido, soplabla y soplabla en su rama agujereada sacando de ella sueves canciones lugareñas que se perdían en la quietud olorosa de la tarde.

Chirigua seguía tañendo y ella escuchando, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Miraba al muchacho con sus enormes ojos negros, brillantes, húmedos. Se habían olvidado de los chivatos, de la hora, del mundo, para ensimismarse presas de una inefable dulzura, un poco melancólica.

Ella aprovechó un descanso del músico para decirle:

(Continuación de la página 32)

MARIA MERCEDES

—¡Qué bien tocás! ¿Quién te enseñó?

—Cirilo, el lechero italiano — contestó el muchacho concienzudamente. Y alentado por el elogio, agregó: —También toco la quena. ¡Pero no la traje!

Chirigua no se hizo rogar. Llevóse el instrumento a los labios y empezó a tocar un cielito dormilón, mezcla particular del músico. La muchacha oía embobada, enternecida. Y él seguía tocando, como si con ello aliviara su corazón lleno de pájaros y abejas. De pronto advirtió que la muchacha lloraba en silencio. Tenía los bellos ojos anegados en lágrimas que se desprendían para rodar por

El no advirtió la angustia de aquella voz. Replicó naturalmente:

—¿Qué esperas en Madrid, desempleada?

Soina bajó la cabeza.

—Es verdad. Entonces, hoy me marchó.

Alzóse Rosendo:

—Vaya, mujer, buen viaje.

—Gracias. Y tú que seas feliz.

—Sabe Dios cuánto te envidio. A todos los que allá veas dales mis recuerdos. Algunos no se acordarán ya... ¡Hace tantos años...!

Echó a andar, despacio, sin volver la cabeza... La aldeanita, pequeña y fea, permaneció inmóvil hasta que él se alejó. Acudieron las lágrimas a sus ojos, y se encontró tan sola en la ciudad y en el mundo... Sintió bruscamente deseos de correr hacia el hombre que se marchaba y preguntarle:

—Entonces... ¿es verdad que no me has querido nunca, que no has pensado que yo podía ser tu mujer?

Pero no lo hizo. Caminó, lentamente también en dirección opuesta...

W. FERNANDEZ FLOREZ

sobre sus mejillas rosadas y blancas como las cerezas pintonas.

El muchacho dejó de tocar en el acto. Guardó la flauta en el cinturón a manera de arma y dijo resueltamente:

—¡Hay que juntar la majada! — y dióse a correr y a gritar detrás de los animales —. ¡Huíja, chivatoooo! ¡Pa las casas diantre!

Chirigua se hacía cada vez más huano. Se sentaba al sol y se quedaba inmóvil con los ojos fijos en el suelo. Sus pensamientos eran siempre los mismos: la Mercedes, y unas ganas enormes de morir. Quería morir, pero no del todo. Quería estar muerto, y ver lo que

EL CINEMATOGRAFO

Ha revolucionado nuestra época. Los públicos de todo el mundo lo proclaman el más atractivo de los espectáculos. Los más famosos artistas del teatro, en todo orden, han ingresado a la pantalla.

EL CINE ES LA LOCURA DE NUESTRA EPOCA

Impóngase de todas las novedades de este arte. — Intimide con sus estrellas. — Conozca todos los detalles de este maravilloso arte y de esta estupenda industria.

ecran

ES LA MEJOR REVISTA EN SU GENERO

ecran

Es una revista chilena que debe enorgullecernos. Compre una vez ECRAN y deseará tener la colección completa.



hacia la muchacha cuando lo viera muerto. ¡No; muerto del todo, no! Le desgarraba el alma la idea de no ver más a la Merceditas. Le dolía no poder tocar más para ella en su flauta de higuera, ni llevarle como siempre pájaros e insectos, y flores del campo y la montaña. ¡Lo que se alegró aquel día que le llevó una catanga! ¡Y aquel otro en que se le apareció con una colección de huevecillos multicolores recogidos en el monte nada más que para ella!

Chirigua quería morirse y estar vivo a la vez. Quería verse a sí mismo en un ataúd, pálido, enjuto, con los ojos un poco entreabiertos, metido en una mortaja blanca, con unas moscas en las comisuras de los labios, y con su flauta a un costado. ¡Porque él iba a pedir que lo enterraran con su flauta, ésa que había logrado hacer llorar a la Mercedes! Pero morirse para no verse muerto y no ver lo que haría su amiga, no tenía ninguna gracia. Y seguía sufriendo en silencio, con sus doce años cargados de penas como doce odres atiborrados de vino.

El invierno le traía a Chirigua un encanto maravilloso. Jugaba al ta-te-ti con Mercedes, junto al fuego. Si afuera nevaba, mejor. La nieve tenía para el muchacho la virtud de hacer más largas las veladas. Jugaba, y se dejaba ganar unas veces y perdía estúpidamente otras, porque su pensamiento y sus ojos no estaban en el juego, sino en las manos de su compañera, que iban y venían sobre el tablero hecho por él. Si la casualidad hacía que sus manos se juntaran con las de ella en un roce fugaz y dulcísimo, Chirigua no volvía a ganar en toda la tarde. Se desquitaba mirando las trenzas rojas de la Mercedes, que él de buena gana, se las hubiera cortado para ahorcarse con ellas.

Un día le dijo la muchacha:

—Papá ha vendido la chacra y nos vamos a ir.

¿Quién le agarró la garganta al muchacho y se la apretó hasta cortarle el aliento? ¿Quién le clavó en el pecho esa espina de alpataco que ahora le dolía tanto?

—“¡Y nos vamos a ir!”

¡Sí; ahora quería morirse del todo, aunque ella no lo viera, aunque no le pusieran la mortaja blanca y no lo enterraran con su flauta! ¡Morirse, morirse bien, como una araña aplastada por una piedra, como no seguir oyendo dentro de su corazón aquellas palabras con uñas.

—“¡Y nos vamos a ir!”

Estaban a la orilla del río, bajo las acacias olorosas. El se quedó mirando el agua, esa agua clara y habladora, y vio que el río se transformaba en una enorme víbora negra. La sentía en su cuello, en sus manos, en sus brazos; se le escurría por debajo de las ropas para estrujarle la cintura.

Se secó los ojos con los puños y miró a María Mercedes. Estaba linda, con sus chapeas coloradas, sus ojos húmedos y negros, su boca apenas entreabierta. Sintió por primera vez la necesidad lacerante de decirle algo, algo que no sabía decir ni concretar; algo que lo hubiera salvado tal vez de aquella espina implaca-

ble que le hundía cada vez más en el corazón.

Miró a la muchacha. Una ola de ternura ruborosa lo inundó de pies a cabeza; quiso acercársele, decirle lo que anhelaba decirle, sin lograrlo a pesar de su esfuerzo. Por eso se ahogaba, se ennegecía, se maniataba, quedándose sin ojos, sin voz, sin respiración.

—“¡Y nos vamos a ir!”

Ya iba a abrir la boca; ya iba a salirle una palabra, una sola palabra, dulce, honda, maravillosa. Pero de pronto, alzando su mano, la descargó sobre la cabeza de ella con todas sus fuerzas. Y echó a correr hacia el monte como una alimaña.

(Continuación de la página 22)

LO QUE LAS MUJERES DICEN DE LAS MUJERES

las niñas, no ha perdido por el contrario, nada de su interés: “Se evita con cuidado infinito el advertir a las muchachas, y aun dejarles presentir, que llegará el día en que serán atacadas por un demonio interior y que estos serán los ataques más peligrosos para ellas”. Si las advirtiéramos de los peligros que por ese lado las aguardan, sucumbirían probablemente con más facilidad. Esto es lo que excusa, la educación secular que se nos ha dado hasta aquí a las muchachas, fundada en la ignorancia, o mejor dicho, en la negación de la fisiología.

“Se olvidan las infidelidades, pero no se perdonan”, decía Mme. de Sevigné. A lo que contestaba Mme. de Lafayette: “se perdonan las infidelidades, pero no se olvidan”. Estas dos máximas son tan verdaderas la una como la otra, o tan falsas, lo que es lo mismo. Es bien conocido el juego que consiste en dar vueltas a las sentencias como si fueran guantes: el revés es igual que el derecho: “siempre se es el primer amante de una mujer. No se es jamás el primer amante de una mujer”. El pasatiempo es agradable, pero no es más que un pasatiempo y no da una idea lo suficientemente alta de la seriedad y profundidad de las máximas, pensamientos y otros aforismos, género literario mundano con el que se regaló todo el siglo XVIII y acerca del cual Jules Lemaitre ha escrito páginas decisivas.

“En todo lo que las mujeres escriben, decía Mme. de Maintenon, hay siempre mil faltas contra la gramática, pero también hay un agrado que es muy raro en los escritos de los hombres”. Si la viuda de Scarron, hace alusión a los escritos epistolares, tiene mil veces razón. Es raro que una carta de mujer no asombre por una felicidad de expresión, una vivacidad, una gentileza, que en vano se busca en los hombres de letras. Pero para la literatura propiamente dicha, ruego que se me conceda el hacer algunas reservas... De repente, en la página 70, caigo sobre esta observación de la princesa palatina: “la embriaguez está demasiado a la moda entre las mujeres jóvenes...” ¿Así es que ya en el siglo XVII? Y bien, en ciertos momentos me pregunto si el contemporáneo de Luis XIV que imaginábamos, podría venir a la tierra hoy día no se admiraría de nuestra buena presencia, de nuestra decencia, de nuestra limpieza, de nuestra cortesía. Evidentemente, los hombres

tienen tendencia a no ceder su sitio en el tranvía, pero creo adivinar por qué: es que las mujeres se visten como nosotros. Con sus abrigoitos, y sus sombreritos pequeños, ¿qué prestigio tienen para que las invitemos a sentarse en nuestro lugar? Qué la moda se haga más amplia y decorativa, y estoy seguro que los hombres tendrán más miramientos para las mujeres más adornadas y aparentemente más frágiles. La misma princesa palatina decía: “El tabaco es una cosa horrible. Me indigno cuando veo a todas las mujeres con la nariz sucia, metiendo los dedos en las tabaqueras de los hombres”. El cigarrillo es un refinamiento delicioso, casi etéreo, al lado de la costumbre que todo el mundo tenía entonces de meterse en la nariz polvos para estornudar! Pero no dejemos todavía a la Palatina: “No habléis de la ligereza de las mujeres de este país: Las francesas son mujeres de acero a quienes sólo los celos conmueven. Las francesas no sueñan, algunas se alaban de meditar. La verdad es que ellas han imaginado el perecer espiritualmente para ocultar su tenacidad”. Eso debe ser todavía verdad. Algo me dice que la mujer-niño, la Nora de Ibsen, es mucho más rara en Francia que en otros sitios. Un pensamiento de Mme. du Dufand viene a contradecir un poco lo precedente: “Las mujeres tienen demasiada imaginación y sensibilidad para poseer mucha lógica”. Demasiada imaginación, ¿es cierto? En amor los hombres las llevan, me imagino, bastante ventaja.

La espiritualidad de las francesas, que la cuñada de Luis XIV atribuye a su deseo de ocultar su tenacidad, la pone Mme. de Chatelet a cuento de su inteligencia conyugal: “Darse cuenta de las infidelidades de su marido, es de tontas. Las francesas lo saben tan bien que la más ingenua de entre ellas toma siempre el aire de ignorar su infortunio, y de ahí les viene la reputación de ingeniosas a las mujeres de ese país”. El romanticismo y el divorcio han venido a cambiar todo eso; el romanticismo exasperando a la sensibilidad pasional, y el divorcio volviendo precaria la situación de la mujer casada, establecida ya una vez por todas. La mayor parte de nuestras contemporáneas defienden áspidamente sus prerrogativas, amenazadas siempre, de esposas; esto procura mucho agrado a la vida de sociedad.

Para terminar, citaré al azar algunos pensamientos escogidos entre los más curiosos que ha recogido Maria Gasquet: Mlle. de Lespinasse: “Una mujer se desesperaría si la naturaleza la hubiese hecho tal como la moda la compone. Las mujeres son para nosotros como los hotentotes: las encontramos admirables desde el momento en que demuestran tener sentido común”.

Mme. Necker: “Las mujeres llenan los intervalos de la conversación con naderías, pero que tienen una infinita importancia. El amor reduce a la mujer a un ser sublime o grotesco. En un marido no hay más que un hombre. En una mujer digna de este nombre, hay un hombre de honor, un padre, una madre, una esposa...”

Mme. Rollard: “La vida sedentaria vuelve a las mujeres belicosas”.

Mme. de Staël: “El origen de las mujeres es celeste, porque deben su imperio a los dones de la naturaleza. Si se tornan ambiciosas u orgullosas, hacen

NUESTROS TEJIDOS

Un lindo traje para niño de dos años

Materiales: una pelota azul de cincuenta gramos, y una pelota blanca de 50 gramos. Un par de palillos de tres milímetros de diámetro. Un crochet mediano, una aguja de tapicería.

Puntos empleados: punto de jersey, punto de arroz y punto de crochet simple.

Ejecución; Delantera. — Comenzar por abajo. Montar 120 mallas con lana blanca. Hacer 23 vueltas en punto de jersey, las dos primeras y las dos últimas mallas serán siempre tejidas al derecho, para formar orilla. Después con la lana azul, siete vueltas de punto de arroz. En seguida, 8 vuel-

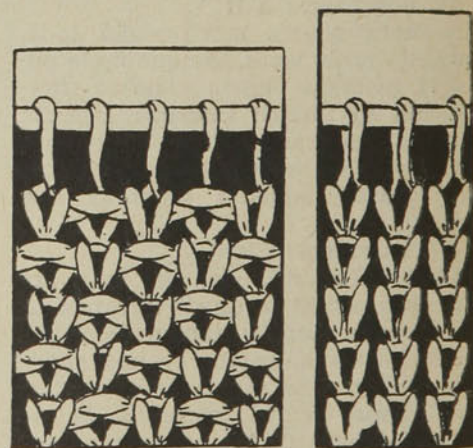
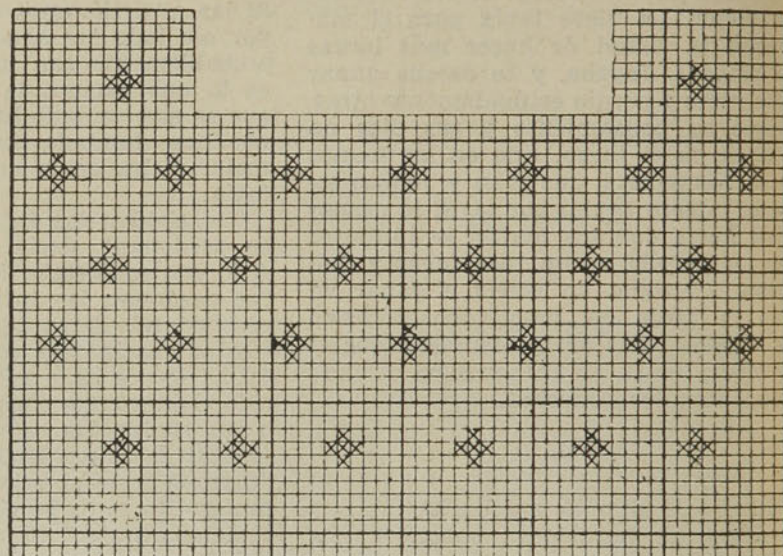
tas de lana blanca en punto de jersey, 7 vueltas de lana azul en punto de arroz, 8 vueltas de lana blanca en punto de jersey y en fin, siete vueltas de lana azul en punto de arroz. Continuar con la lana blanca, durante 35 vueltas. Después tomar con el palillo dos mallas a la vez en la vuelta siguiente, lo que no dejará sino sesenta mallas que se tejerán durante 35 vueltas. Cerrar en el medio 32 mallas, guardando por cada lado 14 mallas, para formar los hombros. Cada uno de estos debe tener ocho vueltas de alto.

Espalda. — Ejecutada exactamente como la delantera, pero agregando 4 vueltas a la parte del escote en el canesú, para que quede más cerrado.

Costura. — Se ha de hacer por los costados, durante 22 centímetros, dejando una abertura de diez centímetros para las bocamangas.

Ejecutar alrededor del escote, sobre los hombros y alrededor de las mangas, dos corridas en punto de crochet simple, que unirá los hombros hacia el exterior, dejando tres centímetros de abertura hacia el cuello. Esta abertura se cerrará con un botón de nácar y con una pequeña brida de lana azul.

Bordado. — Con una aguja de tapicería y la lana azul, bordar las mallas indicadas sobre el esquema en la delantera y en la espalda del canesú.



desaparecer todo lo que hay de mágico en su encanto".

Mme. de Girardin: "Las mujeres han perdido en atractivos todo lo que han ganado en cualidades".

El mismo pensamiento se encuentra por otra parte bajo la pluma de la es-

piritual Sofia Gay. Ella asegura que la verdadera mujer ha desaparecido del mundo contemporáneo: "Todavía hay madres, y aún más que otras veces, hay hermanas, hay queridas, hay amigas devotas, hay cajas, hay amas de casa, hay brujas, pero no hay mujeres". Ella

definía la mujer auténtica como un ser misterioso, lleno de defectos encantadores. La mujer moderna ha perdido en realidad mucho de su misterio y de sus defectos. Por eso es que nosotros le perdonamos menos los que le quedan.

ANDRE BILLY.

SUS SOMBREROS...



Es el sombrero el que da al rostro femenino todo su valor. En forma de casco, deja a los rasgos de la fisonomía todo su carácter. Ornado por anchos bordes, proyecta sobre el rostro una sombra ligera, que disminuye los contrastes demasiado violentos. Las mujeres saben demasiado lo que tienen que disimular o subrayar en su rostro, para no dar a su sombrero toda la importancia que éste merece.

En el cinema, la forma del sombrero es objeto de largas y minuciosas rebúsquedas. Es preciso encontrar la curva que descubrirá toda la fotogenia, sin amplificarla, sin embargo.

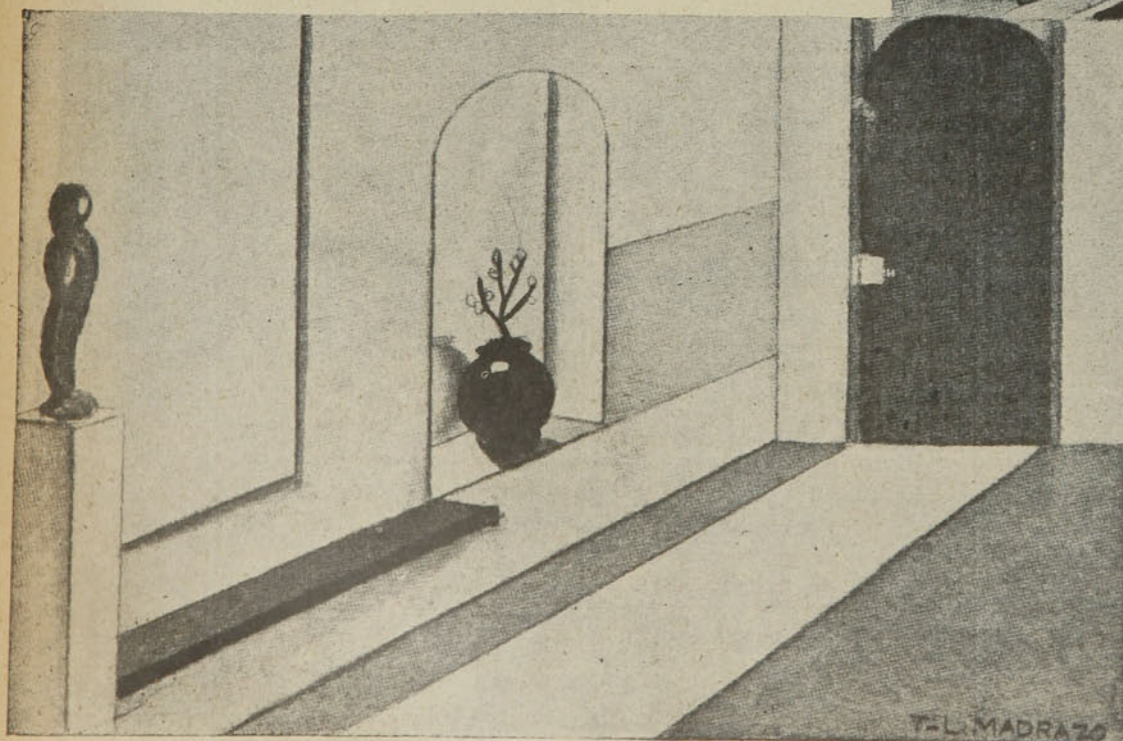
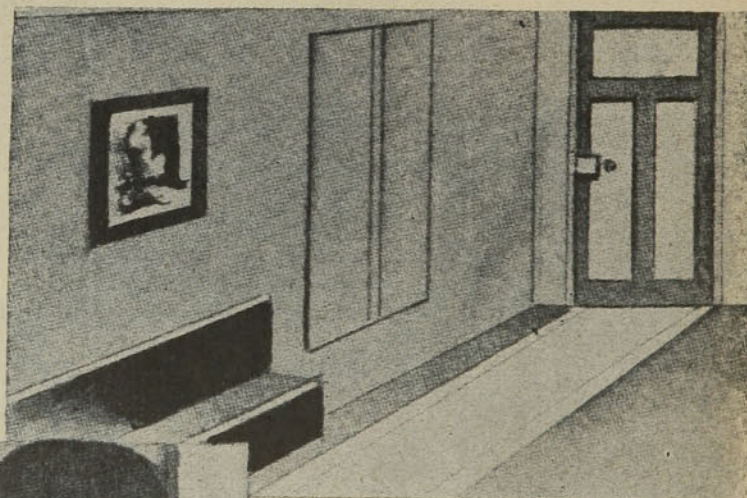
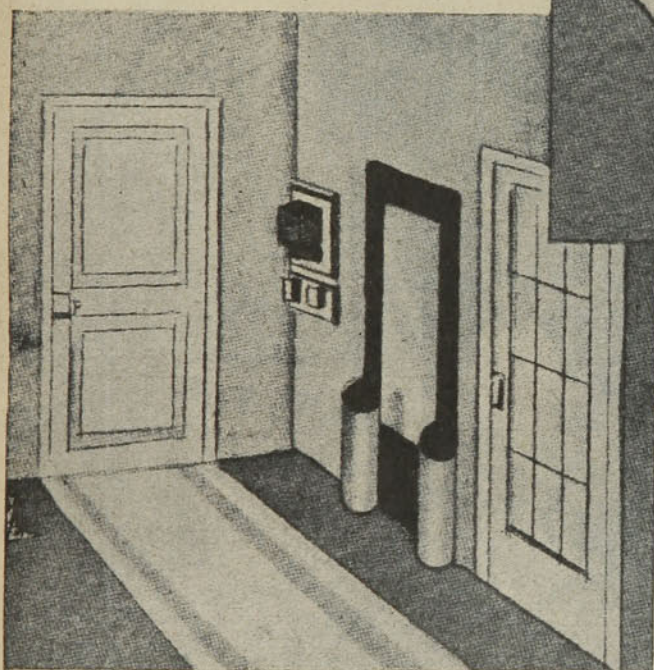
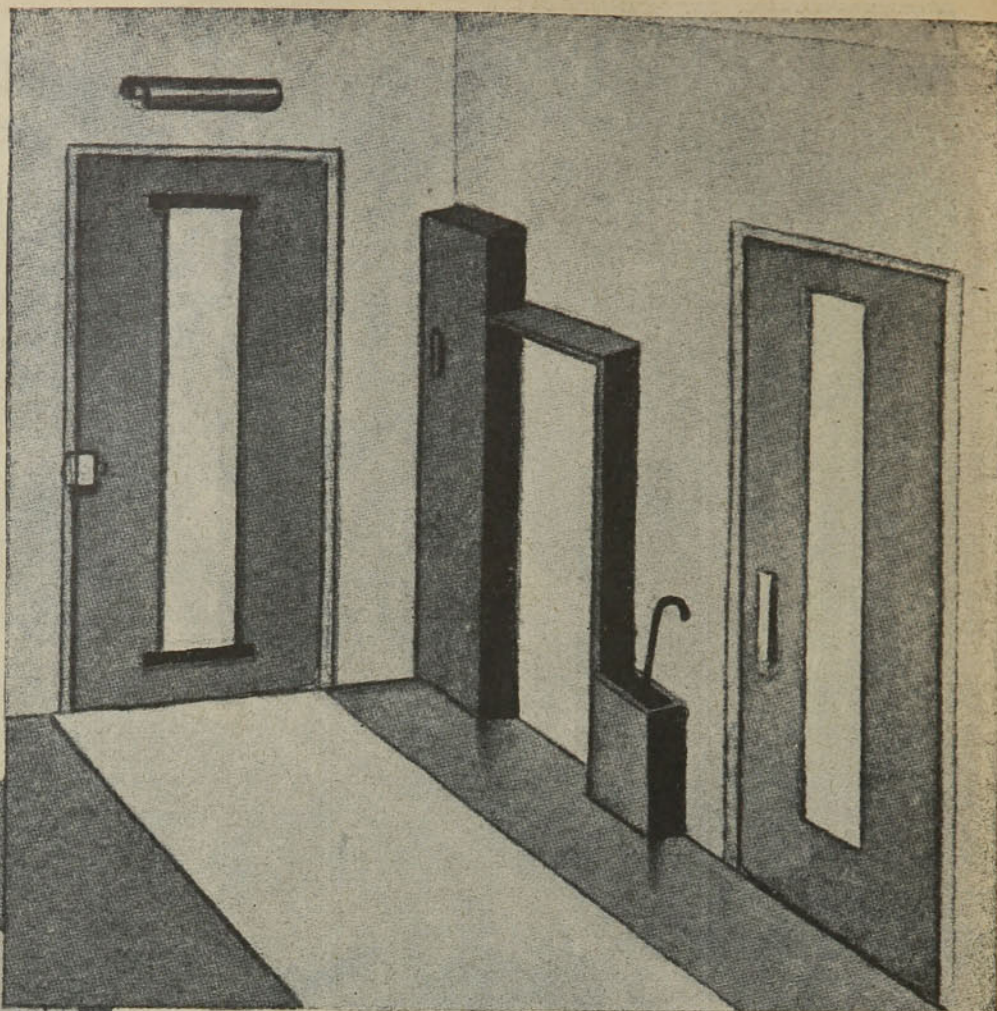
El sombrero debe ser como el marco de un hermoso cuadro. Un borde estrecho, cuyo movimiento estará en perfecta armonía con la expresión natural, y en la pantalla, con el rol que debe representarse. Pero ¡qué de precauciones hay que tomar!

1. Norma Shearer. — 2. Ivonne Vallée. — 3. Ann Harding. — 4. Rita La Roy. — 5. y 6. Esther Kiss. — 7. Greta Garbo.



IDEAS

Proyectos Decorativos



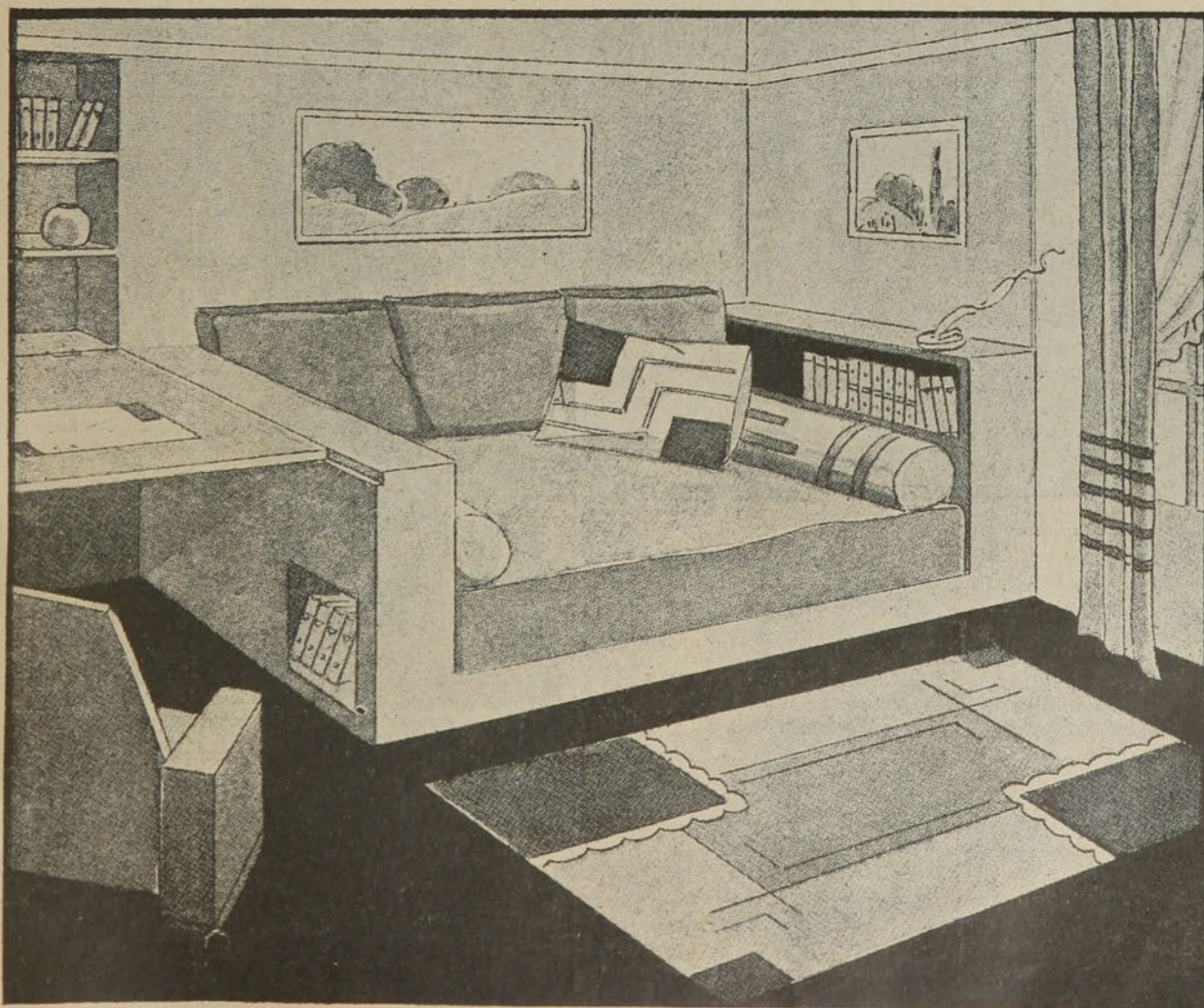
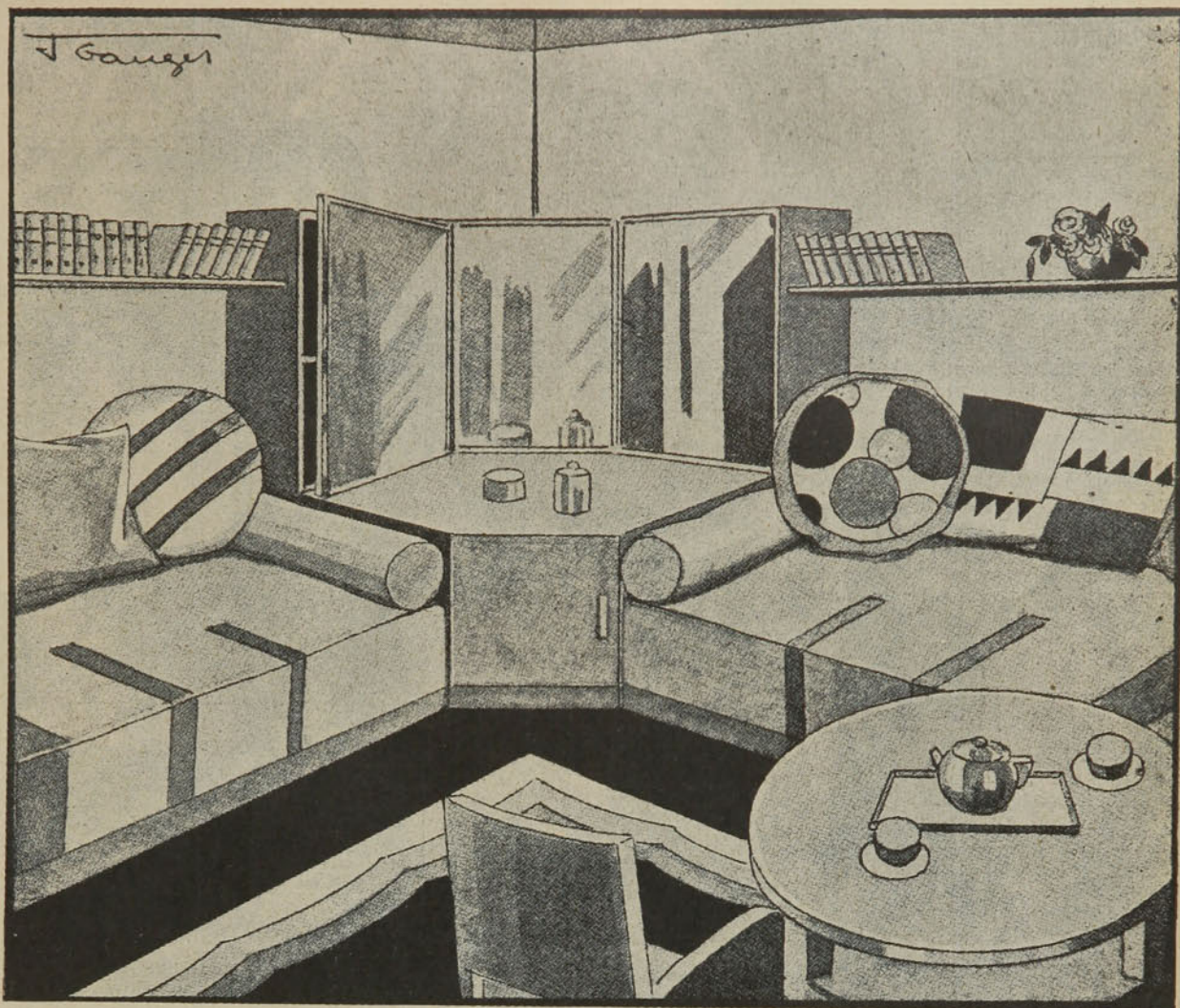
La sencillez antes que todo. No para volver impersonal el cuadro de nuestras acciones, sino por espíritu de claridad y gusto por el orden.

El vestíbulo debe permanecer impersonal. Algunos medios ingeniosos de evitar las molduras, muebles sencillos, confortables, escasos, un aparato adecuado para colgar nuestros abrigos, un pequeño cajón para nuestros paraguas, y espejos grandes para echar sobre ellos una mirada, antes de marcharnos a la calle.

RINCONES DE DIVANES

Si los divanes se apoyan en un mueble de ángulo, pueden servir aún de toilette, según su disposición. Tres pequeños armarios, cuyas puertas van revestidas de espejos, servirán de espejo de tres caras, al mismo tiempo que pueden guardarse en los armarios los frascos de toilettes. La parte inferior del mueble, tiene una puerta que se abrirá, para transformarle en mesa. La parte de arriba se prolonga a cada lado por medio de dos tablas largas del mismo lado de los divanes, sobre la cual se colocan libros y bibelots.

Sobre los divanes que van recubiertos de terciopelo beige con bandas transversales más oscuras, se colocarán cojines de tonos blancos, beige marrón y amarillo.



Para un rincón de ventana, este diván que se encuadra entre los montantes de madera. A un lado, hay casilleros divididos que sirven de biblioteca. Esta está hecha a propósito, porque el diván se combina con una mesa movable, que puede servir de escritorio. Esta mesa se cierra hacia arriba, guardando los libros y todos los útiles de trabajo. Al fondo del diván, tres grandes cojines sirven de respaldo. Son de la misma tela que la tela que recubre el diván o sea en color gris o habano. El tapiz echado sobre el suelo, es de tonos verde, beige y café. Cerca del escritorio, hay un sillón de cuero.



P O L O

PHILIPPE Y GASTON

Seda china negra. Túnica ancha en el ruedo. Cuello que puede abrirse. Adornos en blanco y verde.

Traje de tarde azul con puntos blancos. Bolero finamente plisado. Cuello blanco anudado en la espalda.

TOLLMANN

Sarga rayada amarillo y negro. Pequeña chaqueta sin mangas. Bata adornada con curiosos cortes.

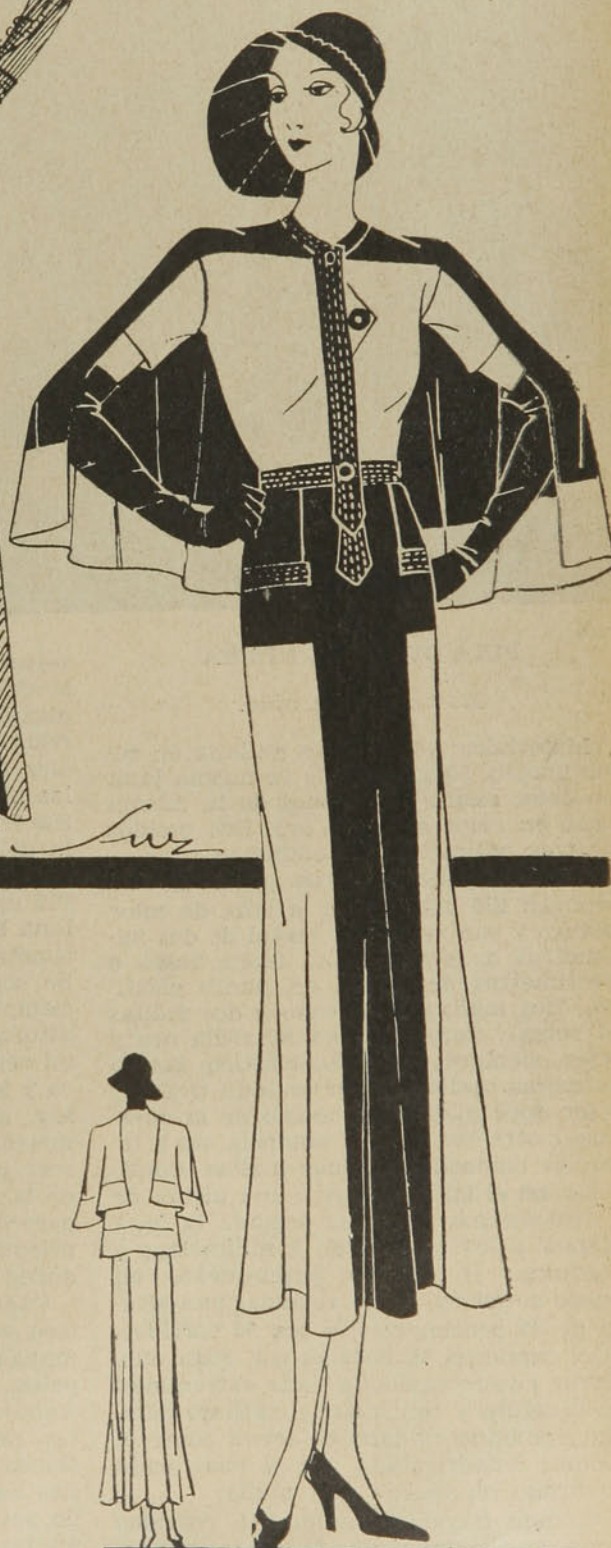
HEIM

Sarga azul y crepe de china, color pasto. Finos recogidos en los hombros. Abrochador de metal.



AGOSTO

Paul Poiret



SEVRES

Traje en crepe satin marino y crepe azul de Sevres. Patas, cinturón y bolsillos respuntados. Capa bordeada con azul claro. Guantes largos de piel azul. El sombrero de paja marina, que acompaña este conjunto, es una creación de Monnnier.

HERMANITA

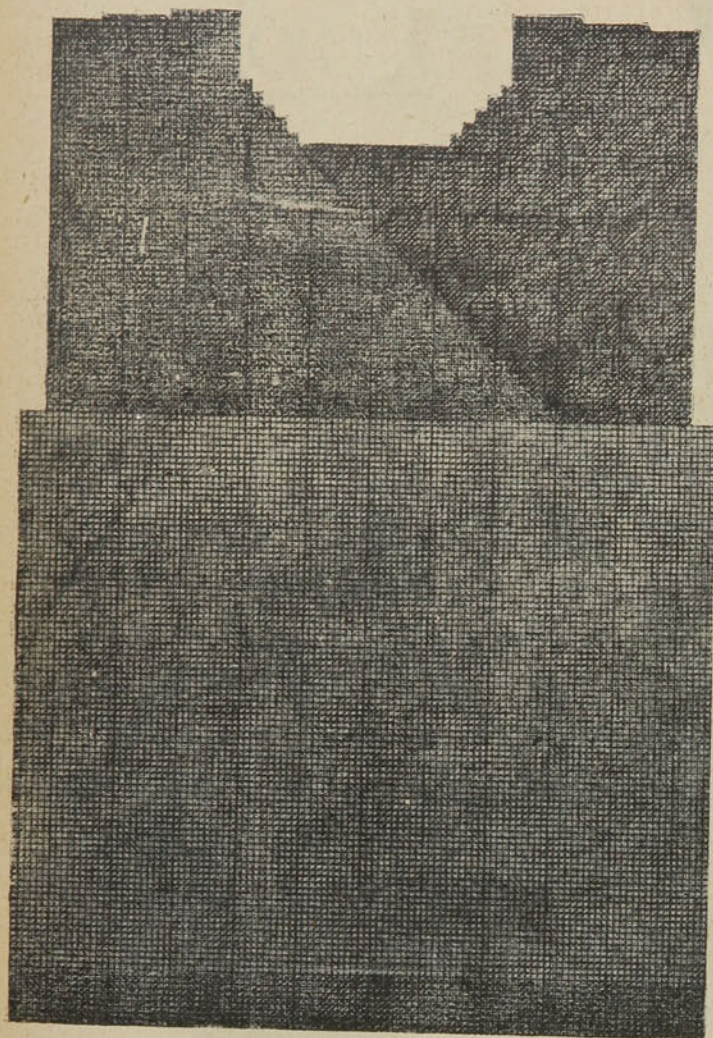
Traje de crepe de china, con bordes azul marino y blancos. Gurnecido de recortes y volantes y vivos de georgette marino y blanco. La blusa tiene un movimiento de bolero que va hacia atrás.

JVOTE

Ensemble en shantung azul pastel. El vestidito marcado en la talla con pequeñas alforzas. Bocamangas raglan y mangas cortas. Va adornada de respuntes, dispuestos en bandas que forman todo el adorno del traje, aclarado por un cuello de organdi blanco.



N U E S T R O S



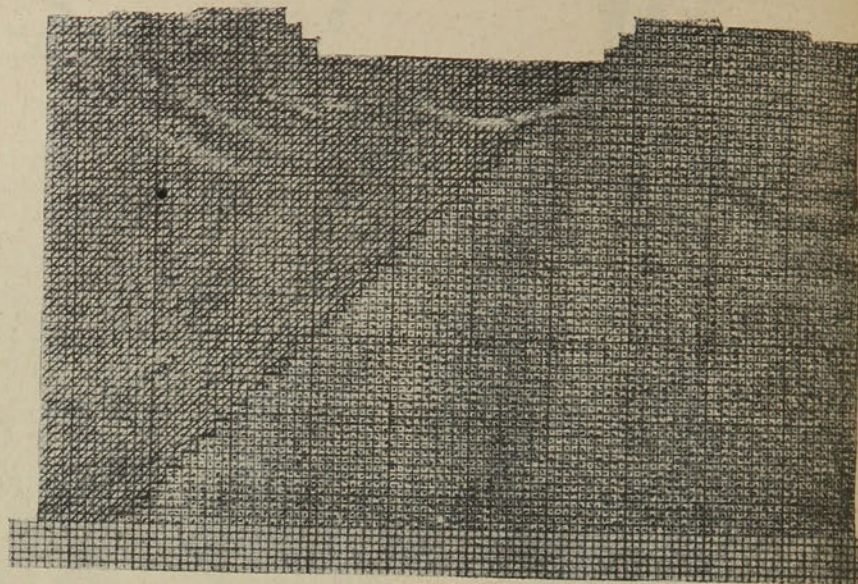
PULL-OVER DE NIÑITA

Mameluco de niño.

Materiales: 100 gramos de lana en color blanco. 50 gramos de la misma lana en color negro, 50 gramos de la misma lana en color amarillo oro. Dos palillos de tres milímetros de diámetro.

Delantera: Se comienza por abajo. Se montan 136 mallas con la lana de color blanco y con agujas de metal de dos milímetros de diámetro se tejen hasta 8 centímetros de altura en punto elástico, (dos mallas al derecho y dos mallas al revés). Coger la lana amarilla oro y tejer, siempre en punto elástico, las 50 primeras mallas. Coger la lana negra y tejer doce mallas del medio de la obra. Coger otra vez la lana amarilla oro y tejer las cincuenta últimas mallas. Continuar así el trabajo, hasta una altura de 5 centímetros, coger en seguida la lana blanca y los palillos de 3 milímetros y continuar el trabajo enteramente en punto de jersey, hasta alcanzar una altura de 25 centímetros, o sea 90 corridas. Aquí comienza la bocamanga. Para ello, cerrar cuatro mallas a cada extremidad de la aguja y continuar el trabajo derecho, teniendo cuidado de seguir sobre el croquis cuadrado, en el cual cada cuadrado representa una malla.

Cuando hayáis obtenido 41 corridas sobre las disminuciones de la bocamanga, lo que debe daros once centímetros de altura de 25 centímetros. Continuar trabajando así: cerrar las doce mallas del medio de la obra y tejer, dejando una mitad de las mallas sobre una aguja de



Canesú visto por atrás del pull-over de niña.

Cada cuadrado representa una malla.

A la izquierda.—Delantera del pull-over.

cia atrás, suelto. Coger en seguida las mallas del cuello con tres agujas de metal, tejiendo en redondo como para una media en punto de elástico, así sobre una altura de 3 centímetros. Cerrar las mallas. Coger igualmente las mallas de la espalda y de la delantera que forman la bocamanga y tejer en punto de elástico sobre una altura de 3 centímetros.

Mameluco haciendo juego al Pull-over de la niña

Este mameluco es para un chico de 4 años.

Materiales: 50 gramos de lana blanca, 50 en lana amarillo oro, 50 en lana negra. Dos agujas de 3 milímetros de diámetro.

Delantera: Se comienza por abajo y se montan 15 mallas y se tejen quince corridas en punto de espuma (siempre al derecho) con la lana blanca. Después se continúa el trabajo en punto de jersey y se aumentan 3 mallas a cada extremidad de la aguja cada dos corridas. Cuando se hayan obtenido 83 mallas sobre la aguja, ni aumentar y continuar en punto de jersey, haciendo una disminución cada veinte corridas hasta que la obra mida 22 centímetros de altura total, desde la pata de entrepiernas. En seguida comenzar el efecto de cinturón, tejiendo en punto de elástico con la lana amarillo oro, las 36 primeras mallas. Coger la lana negra y tejer siete mallas. Coger otra vez la lana amarillo oro y tejer las 36 últimas mallas. Hacer esto durante una altura de 4 centímetros. Coger en seguida la lana blanca y continuar el trabajo enteramente en punto de jersey. Así, durante 3 corridas, y obtendréis entonces, una altura total de 34 centímetros. Cerrar cinco mallas a la extremidad de cada aguja para formar la bocamanga. Deben quedar 69 mallas en la aguja o sea una anchura de 25 centímetros. Tejer todo recto siguiendo el croquis cuadrado, en el cual cada cuadrado representa una malla. Cuando hayáis obtenido una altura total de 40 centímetros, comprendida la pata de la entrepierna, comenzar el escote. Para eso, cerrar las 13 mallas del medio de la obra. Dejar una primera mitad de las mallas restantes, sobre una aguja de se-

seguridad. Continuar la otra mitad de la delantera trabajando diez corridas y disminuyendo dos mallas cada dos corridas del lado del cuello. Tejer todavía diez corridas sin disminuciones. Cerrar las mallas en tres veces por el hombro. Hacer lo mismo para la otra mitad de la delantera.

Espalda: Se trabaja así: Se montan 112 mallas con las agujas de metal y la lana blanca y se teje durante ocho centímetros de altura en punto de elástico. Se coge la lana amarillo oro y se teje siempre en punto de elástico hasta una altura de 25 centímetros. Continuar en seguida el trabajo con la lana blanca y los otros palillos y en punto de jersey, así hasta una altura de 25 centímetros, o sea 90 corridas. Para eso, cerrar cuatro mallas a cada extremidad de la aguja y continuar el trabajo todo derecho, siguiéndolo por el croquis cuadrado de la espalda, donde cada cuadrado representa una malla.

Cuando hayáis obtenido 18 centímetros sobre las disminuciones de la bocamanga, comenzaréis el escote de la espalda. Para ello, cerrar las 16 mallas del trabajo y dejar una de las mallas restantes, sobre una aguja de seguridad. Continuar el trabajo así, cerrando dos mallas cada dos corridas del lado del cuello, así tres veces seguidas para cerrar las mallas restantes en tres veces sobre el hombro.

Para unir: Coser la delantera a la espalda, por bajo los brazos y los hombros. Estas costuras se ejecutan a medio centímetro de los bordes, con punto ha-

T E J I D O S



Pull-over de niñita y mameluco de niño.

guridad. Continuar la otra mitad de la delantera así: trabajar durante 8 corridas, disminuyendo dos mallas en todas las corridas (del lado del escote). Tejer en seguida 8 corridas sin disminuir y cerrar las mallas restantes en tres veces en el hombro.

Hacer la segunda mitad de la delantera igual.

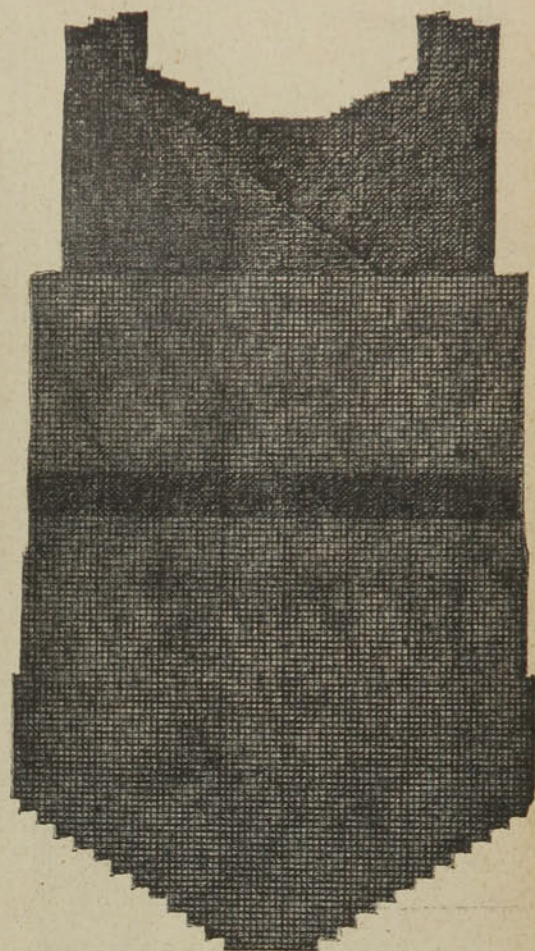
Espalda: Se comienza por la pata de

la entrepierna. Se montan quince mallas y se tejen quince corridas en punto de espuma con la lana blanca. Después se continúa el trabajo en punto de jersey, teniendo cuidado de aumentar tres mallas en cada extremidad de la aguja, cada dos corridas. Cuando se obtengan 33 mallas en la aguja, cesar los aumentos y continuar en punto de jersey, haciendo una disminución cada veinte corridas, hasta que el trabajo mida 22 centímetros de altura total, desde la pata de la entrepierna. En seguida comenzar el efecto de cintura, tejiendo en punto de elástico con la lana amarillo oro todas las mallas de la aguja y así durante cuatro centímetros. Coger en seguida la lana blanca, y continuar el trabajo en punto de jersey, hasta 32 corridas. Debéis obtener una altura total de 34 centímetros. Cerrar cinco mallas a la extremidad de cada aguja para formar la bocamanga. Deben quedar 65 mallas en la aguja, o sea, un ancho de 25 centímetros. manera la segunda mitad.

Continuar el trabajo recto, siguiendo el croquis cuadrado, en el cual cada cuadrado representa una malla.

Cuando hayáis obtenido una altura de 42 centímetros, comprendida la pata de entrepiernas, comenzaréis el escote, trabajando así: cerrar las diez mallas del medio de la obra. Dejar una mitad de las mallas sobre una aguja de seguridad y continuar la otra mitad en esta forma: trabajar durante seis corridas, disminuyendo dos mallas cada dos corridas, del lado del escote. Tejer todavía cuatro corridas. Después cerrar las mallas restantes de una sola vez. Hacer de la misma

Para unir: Cocer la delantera a la parte de atrás, por bajo los brazos. Estas costuras se ejecutan a medio centímetro de los bordes, sobre el revés del trabajo con puntada suelta. Hacer alrededor de las bocamangas, de los hombros y del escote, tres corridas de medio punto



Mameluco de niño. Cada cuadrado representa una malla.

al crochet, muy apretadas. Dos ojales en los hombros y pegar dos botones haciendo juego con el mameluco. Tomar las mallas de la parte de abajo de las piernas y tejer en punto elástico, cuatro centímetros de altura. Cerrar las mallas. Poner broches de presión sobre un lienzo, en la entrepierna.

Los Cuidados que Necesita la Batería de Cocina

Conviene saber cómo se han de cuidar las diferentes piezas que componen la batería de cocina, a fin de conservar en buen estado y el mayor tiempo que se pueda, tan útiles utensilios. Si no se conocen las diferencias entre los diversos materiales de que están fabricados, es muy posible que el procedimiento para limpiar el uno, pueda ser destructor para el otro.

Lo ácidos suaves devuelven el lustre al aluminio, empañado por el uso. Una cucharadita de café de vinagre, en un cuarto litro de agua, es una solución bien proporcionada. La leche agria es también una recomendable substancia, aún más eficaz, pues no sólo limpia, sino que blanquea. Pero evítese el empleo de todo preparado a base de sosa, que oscurecerá la superficie. El aluminio, aún cuando sea de buena calidad, tiende a oscurecerse un poco, después de un prolongado uso.

CACHARROS ESMALTADOS

Los cacharros que tienen baño de esmalte, antes de usarlos, se llenarán de agua fría, poniéndolos al fuego, hasta que cueza el agua, y dejando después

que se enfríe en el mismo envase. Esto endurece el baño, e impide que salte. Un utensilio de este género que esté caliente, no debe sumergirse nunca en agua fría, si no se quiere correr el riesgo de que se agriete el baño.

COMO SE LIMPIAN

Los ácidos no afectan las superficies de esmalte imitando la porcelana, y lo mismo puede decirse de los álcalis; así es que, dichos receptáculos pueden fregarse impunemente con una pequeña cantidad de sosa, disuelta en agua cocida. Para su limpieza empléense estropajos suaves, y no se froten nunca con cuerpos duros como cuchillos, tenedores, etc., si no se quiere que se raye la superficie.

UTENSILIOS DE CRISTAL

Con ellos hay que emplear también el procedimiento de ponerlos a la lumbre llenos de agua fría, hasta que ésta cueza, y dejarla en el cristal para que se vuelva a enfriar. Esto fortalece el cristal. La cristalería de mesa, no puede sujetarse a tan violentos cambios de tem-

peratura, pero el material que se emplea para los utensilios de cocina, es más fuerte, y no sólo resistirá la prueba, sino que le será beneficioso. El cristal se limpia con mucha facilidad, y su tersa superficie no se afecta por las substancias que contenga.

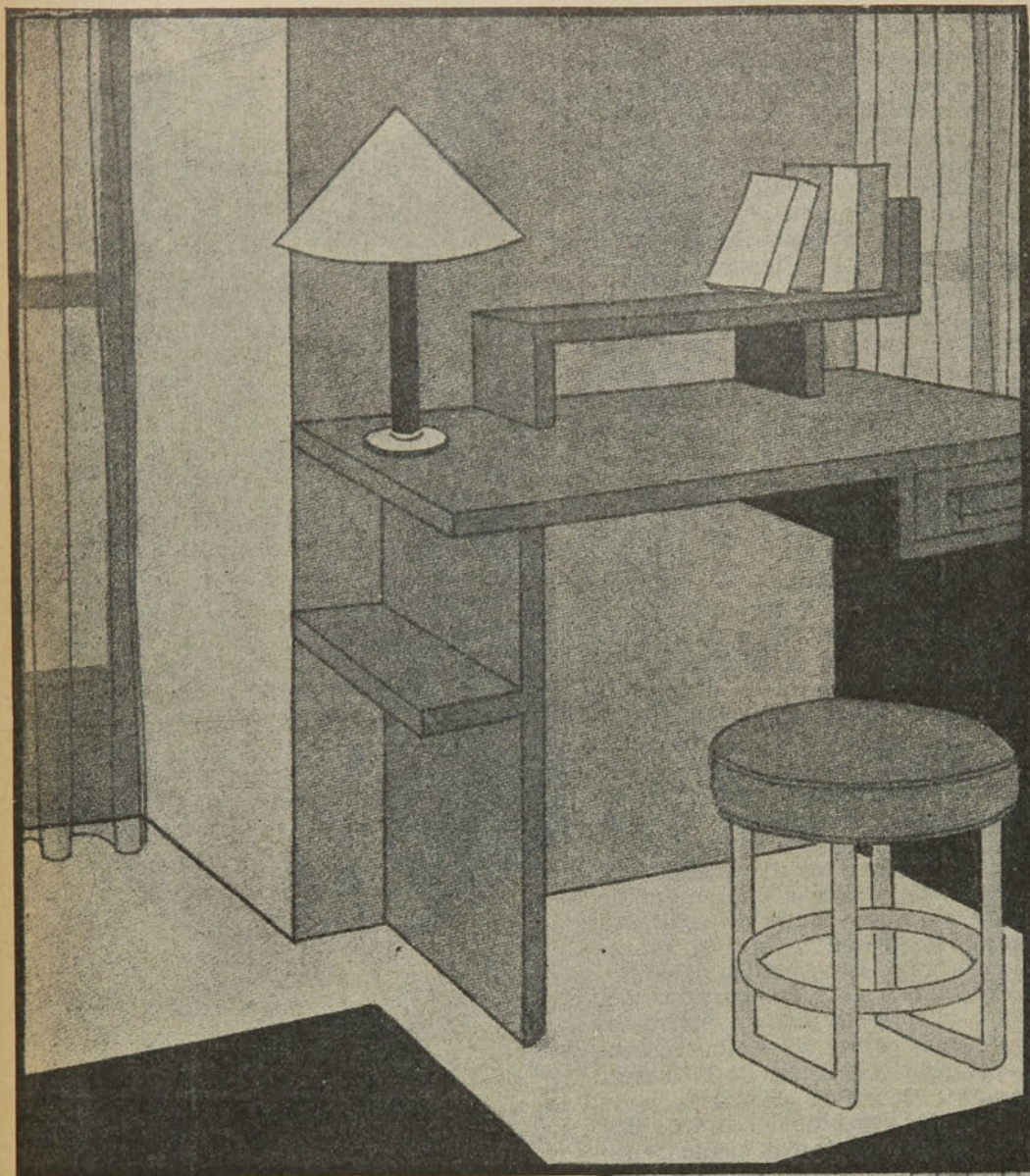
LOS MEJORES
SISTEMAS
DE
IMPRESION

UNIVERSAL
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

TIENE INSTALADOS PARA
SATISFACER A SUS CLIENTES

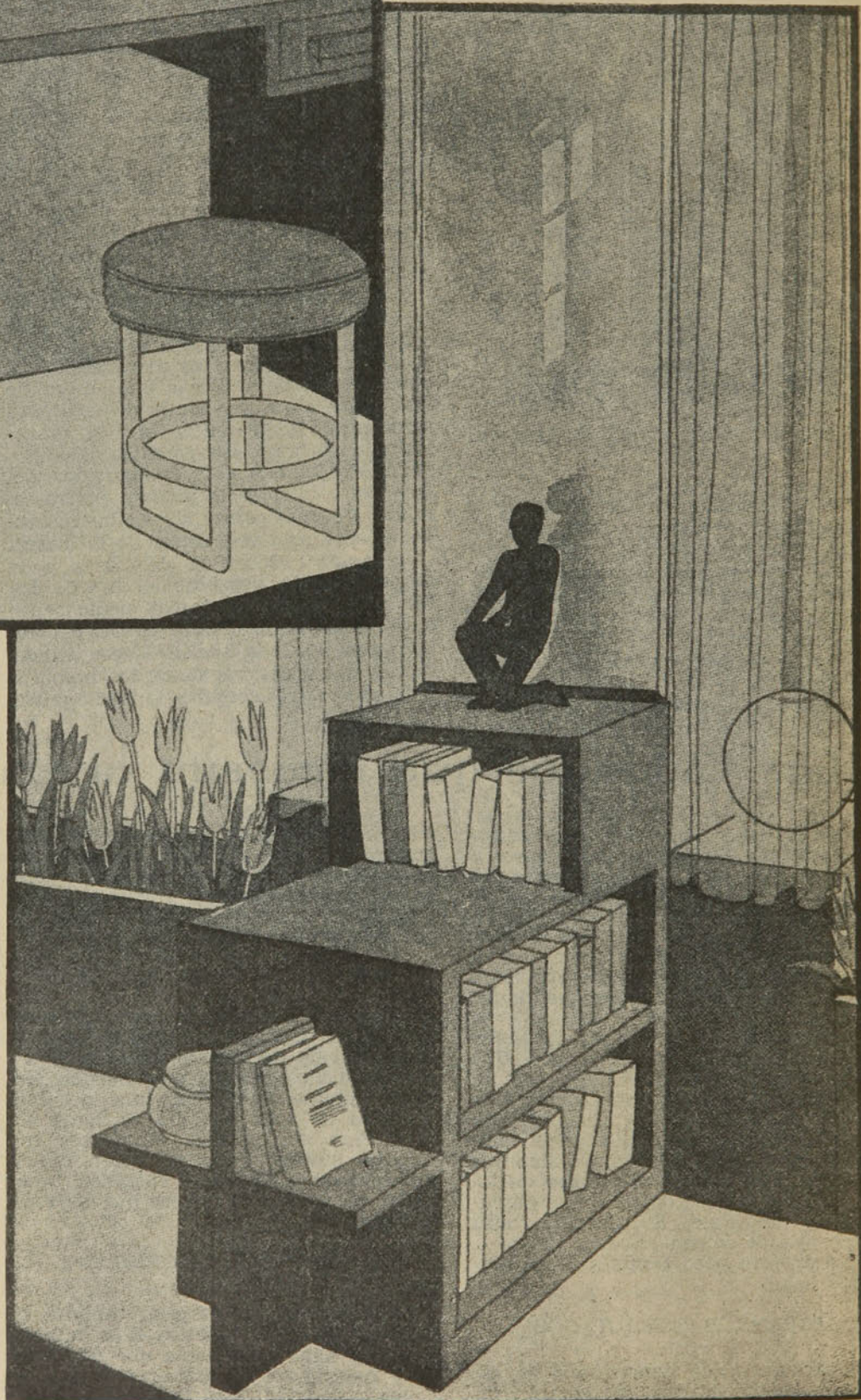
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

ENTRE DOS VENTANAS



Se aprovecha un espacio ancho entre dos ventanas para colocar este precioso escritorio moderno, de líneas muy simples, únicamente adornado de una tabla para libros.

En un espacio más angosto se ha dispuesto una biblioteca baja, que forma una pequeña separación en el cuarto. El alféizar de cada una de las ventanas de los lados está cubierto de una caja florecida de tulipas. Un espejo ocupa todo el espacio alto que deja libre la biblioteca.



En Mallorca: con Jorge Sand y Chopin

Los grandes genios impregnan los lugares donde han vivido con una atmósfera que conserva su perfume. Se evocan sus imágenes, se encuentran sus emociones, y sentimos sus alegrías y sus sufrimientos, si abrimos la casa en que habitaron.

Podríamos hacer una geografía de los paisajes habitados por los grandes escritores, por los grandes pintores. Esos territorios, sagrados por decirlo así, se vuelven propiedad moral y superhumana. Creeríamos en un sacrilegio, si los pisan los indiferentes.

Jorge Sand, con una varita mágica, ha dado vida a Berry, provincia dulce y soñolienta cuyas modestas bellezas, se han vuelto tan frescas, tan poéticas, que no podemos dudar que su gran corazón se haya apaciguado en la comunión con la naturaleza. Mallorca, “isla de oro” atormentada por las tempestades y las lluvias, nimbada de nubes ligeras, cubierta de naranjos bajo el sol; Mallorca, jardín de las Hespérides plantado sobre las rocas que se sumergen en el mar; Mallorca, isla pastoral en que España y África cantan un dúo de amor. Mallorca ha inspirado y destrozado los corazones de Jorge Sand y de Chopin; estas dos almas, han llorado, han sufrido, amado, cantado y gritado allí sus inquietudes, bajo las palmeras y bajo las ojivas de sus conventos.

En octubre de 1838, Jorge Sand, sus dos hijos y Chopin, llegaron a Mallorca en un tiempo primaveral. El estado de salud de Mauricio Sand, entonces de 15 años, había decidido a Jorge Sand a buscar para él, un sitio cálido, pintoresco y favorable al trabajo. Jorge Sand tomó consejo de Marliani, cónsul de España en París. Decidido el viaje, Chopin expresó el vivo deseo de partir con Jorge Sand y sus hijos, afirmando a esta, que si él pudiera acompañarles, pronto estaría mejorado.

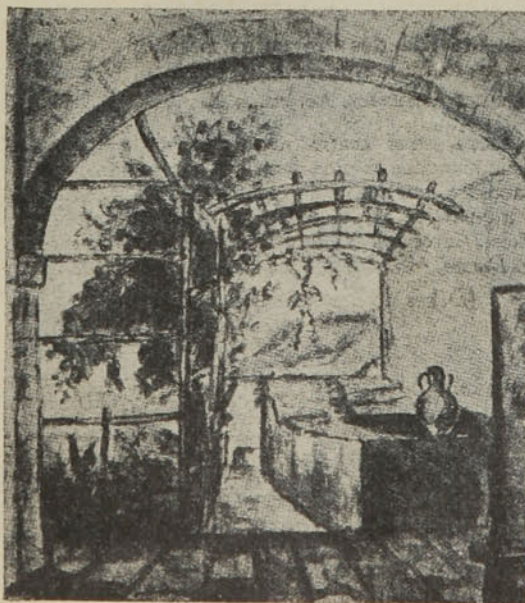
La instalación en la antigua “chartreuse” de Valdemosa a mediados de diciembre, fué bastante difícil y de confort muy limitado: “Tenemos un mobiliario espléndido,—escribe Jorge Sand con muy buen humor—. Lechos irreprochables, cubiertas muy muelles, más caras que en París, nuevas y limpias, y grandes y excelentes cubrepiés indígenas, huateados y cocidos por los judíos que los venden muy baratos en Palma. Una dama francesa establecida en el país, ha tenido la bondad de cedernos algunas libras de pluma que ella había hecho traer para ella de Marsella, con la cual hemos hecho dos almohadas para nuestro enfermo (Chopin). Poseemos algunas mesas y algunas sillas de paja, como aquellas que se ven en las casas de nuestros campesinos, y un voluptuoso sofá de madera blanca, con cojines de tella rellenos con lana. El suelo muy resigual y polvoriento de la celda, estaba cubierto de esos tapices valencianos que se parecen a un pasto verde, medio amarillento por el sol, y de esas bellas pieles de cordero de largos pelos, de una finura y blancura



admirables, que preparan muy bien en el país. Como entre los africanos y los orientales, no hay armarios en las antiguas casas de Mallorca, y mucho menos las hay en las celdas de la Cartuja. Se guardan los trajes en grandes cofres de madera blanca. Nuestras maletas de cuero amarillo, pueden pasar aquí por muebles muy elegantes. Un gran chal que nos sirvió de cubrepiés durante el viaje, se ha convertido en una cortina suntuosa delante de la alcoba, y mi hijo ha adornado el umbral de una encantadora urna de arcilla de Folanitz, cuyos adornos son de puro gusto árabe...

En pleno Pleyel, arrancado a las manos de los aduaneros después de tres semanas de discusiones y cuatrocientos francos de contribución, llenas las bóvedas elevadas y resonantes de la celda, con su sonido magnífico. Por fin el sacristán, consintió en transportar a nuestra casa una muy bella silla gótica, que las ratas y los gusanos se estaban devorando en la antigua capilla de la Cartuja.

Los viajeros que gozaron al principio del esplendor del paisaje y del clima, experimentaron pronto las inquietudes y los tormentos que la salud de Chopin hizo nacer. Jorge Sand, siempre entusiasta en la abnegación como en el valor,



sufrió cruelmente al sentir la hostilidad que experimentaban los mallorquinos contra el enfermo, a quien creían contagioso, y contra la calma audaz de que ella y Chopin hacían gala, hiriendo así las costumbres y la opinión del país.

Se nubló el cielo y las lluvias comenzaron: los menores viajes a Palma para ir en busca de las cosas necesarias para la vida cotidiana, se cambiaron en travesías peligrosas para la novelista que asumía todas las cargas y se inquietaba cada vez más por la salud del músico, porque ella no podía ya llevarse de ese sitio en el estado de salud en que se encontraba. El, herido por una especie de nostalgia que se aumentaba con temores sobre exitando su genio, entregaba al spleen. Sand,

admiraba la naturaleza, anotaba, escribía y herborizaba, después de haber dado lecciones a los niños. Chopin lloraba, temblaba y languidecía, escribiendo sus “preludios”.

Jorge Sand, como siempre brechando, asumía todas las dificultades de la vida, y solamente en la noche, cuando todo el mundo dormía en la celda, abría su ventana y admiraba el país: “La naturaleza, el cielo, el mar, todo sobrepasa aquí mis sueños. Es esta la tierra prometida”. Pero también decía: “Dios mío, qué ruda es la vida física, qué difícil y miserable aquí. Mucho más de lo que nadie puede imaginar”.

Se inquietaba también por la suerte de su manuscrito “Spiridión” que había mandado a la revista de Dos Mundos... y que “viaja desde hace quince días.” En fin, a pesar de vientos y mareas, fatigas e inquietudes, envía la última parte de esta novela, el 15 de enero de 1839, porque decididamente, ella ha pasado las noches “garrapateándola”, dice, con esta modestia de buena niña que tan extraordinariamente la caracteriza.

Mientras que la lluvia diluviana desgaja los árboles y convierte los caminos en torrentes, el joven Mauricio acompaña a su madre a través del diluvio, donde dibujaba todo lo que veía. Su observación joven y su talento, ya observado por Eugenio Delacroix, de quien era alumno, lo llevan a pintar todo. El álbum que ha dejado de este viaje, es verdaderamente la ilustración más fiel y la más documentada.

Este álbum es el que ha permitido al Comité de investigaciones el reconocer “la celda” que el señor y la señora Ferra acaban de abrir a los visitantes. Se han recogido recuerdos de la estada de nuestros dos grandes artistas. Entre otras cosas, una pareja de muñecas de la época, vestidas con trajes de campesinas mallorquines de 1838. Estas dos muñecas fueron traídas por Jorge Sand y sus hijos las han conservado como un vivo recuerdo. La última de las Sand, ofrece al Museo Sand-Chopin estos dos juguetes tan impregnados de reminiscencias, que parece que hubieran escuchado y sentido a los dos genios, que los mallorquines quieren glorificar en ellos.

AURORA SAND

EL TRAJE DE COMIDA CUBRE LA ESPALDA



Crepe de chine azul, noche. Capita terminada en punta y sostenida por delante, con tres rosas de valencianas.

Chifón verde ciprés. Fichú cruzado, bordeado con tres volantes fruncidos. Pequeños volantes en las caderas.

Muselina azul pálido. Efecto de pelerina, descendiendo atrás, hasta la cintura. Falda con volantes en forma.

Muselina de seda limón. Falda en forma y pelerina fija por nudos.

La influencia del cine en los niños

¿Cree Ud. en la influencia real del cine sobre los niños?
 ¿Lo cree Ud. bueno o nefasto? ¿A partir de que edad dejará Ud. ir a sus hijos al Cine

Estas son las preguntas que han hecho en Francia una periodista a distintas personalidades, que, por su situación, conocen a los niños, viven cerca de ellos, les aman y gustan también del cine.

¿Por qué hacemos estas preguntas? Es decir, ¿por qué las hicieron en Francia?

Porque el cine toma cada día una importancia más grande y sería bueno conocer opiniones autorizadas en lo que toca a su rol cerca de la juventud y a las posibilidades que permite.

El profesor Le Mée.— Hospital de Niños. Atravieso una sala de espera con panneaux evocadores de juegos al sol y de salud. Hay más de sesenta niños entre chicas y chicos, esperando la consulta. Heme aquí ante el jefe de servicio.

El profesor Le Mée, lleva todavía su espejo en la frente y su blusa blanca.

—Sin duda, señorita; el cine ejerce influencia sobre los niños. No se permite a los niños la lectura de cualquier libro, ¿no es cierto? ¿Por qué había de permitírseles ver cualquiera clase de films?

En cambio, no nos servimos bastante del cine para la instrucción de los niños. Y allí puede ser muy útil. En lugar de una larga explicación de geografía, por ejemplo, de la cual el niño no se le quedará casi nada, ¿por qué en todas las escuelas no se hacen proyecciones cinematográficas? Necesitamos films especiales que no tenemos.

En América, la fundación Rockefeller se ha ocupado de esta cuestión. Recuerdo un film que fué hecho para la propaganda contra la tuberculosis. Se me envió y yo lo hice pasar ante los niños. El escenario era muy interesante. Desgraciadamente, en los jóvenes cerebros no quedó grabada sino la parte romanesca.

Con los dibujos animados, es otra cosa. Esto es perfecto, para conmover a los niños e instruirlos; para la higiene, por ejemplo, los resultados son sorprendentes.

—Pero, doctor, el cine, tal como es, el cine donde los padres conducen indiferentemente a sus hijos, ¿lo cree usted moralizador o nefasto?

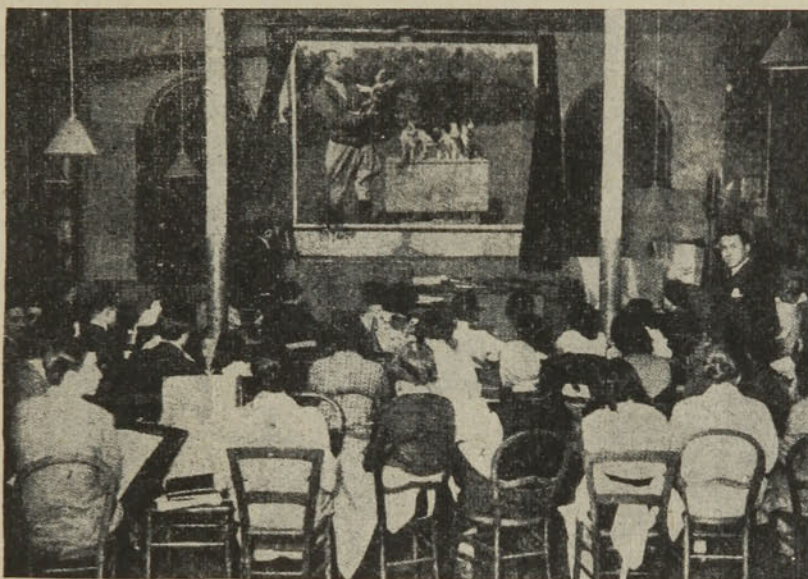
—¿Qué quiere usted? Sería preciso establecer nurseries para los más pequeños, junto a las salas para los más grandes.

En América las hay. Vea usted, yo no creo en el mejoramiento de la humanidad. Entre los romanos, el cine era el Circo. Algo muy moralizador. Pero esto no les impidió dejar grandes obras. En cuanto a las muchachas románticas, ¡las habrá siempre!

Tengo un hijo de trece años; lo llevé a ver, por ejemplo, "Sin novedad en el frente". Para que sintiera el horror a la guerra. Yo escojo los films que debe ver mi hijo, como escojo sus libros...

M. Pierre Humble.— El fundador del Teatro para los Pequeños, no vacila un instante:

—El cine ejerce una influencia considerable en los niños. Cuando volví de la guerra, me puse en relaciones con educadores y profesores, que deploraban todos, con la desaparición de muchos periódicos para niños, la mala influencia del cinema. Los primeros films americanos—historias de buscadores de oro, fortunas hechas demasiado rápidamente, luchas, etc., conmovían a los niños. Sus juegos se hacían de más en más violentos,



tos, y "las fugas", de más en más frecuentes. El cinema desarrolla el gusto por los viajes y por las aventuras, eso puede ser bueno. Pero al principio, su influencia no pudo ser peor.

Ved en los otros países: en Bélgica, en Suiza, en Alemania, durante muy largo tiempo, las salas de cine fueron prohibidas a los niños menores de quince años. No sé si esta prohibición dura todavía. Yo deploro, sin embargo, que en Francia no ocurra otro tanto.

Sin embargo, al lado de su influencia perniciosa, el cinema puede resultar excelente para la educación de los niños. Desde este punto de vista he visto pocos films, pero los he visto buenos. Para aprender geografía, historia, geología, nada mejor que el cine.

—¿Y que piensa usted de la influencia de los films de amor?

—No puede ser saludable, cuando son niños en plena pubertad los que asisten a estos films.

—¿Y para las muchachas?

—En ellas, el cine desarrolla el espíritu romántico, y un gesto desenfrenado por el lujo: aman a las heroínas de film con su seductora fortuna y el tren de vida que llevan.

Si yo tuviera hijos, como no podría hacer que ignoraran el cine, lo que sería muy desagradable para ellos, elegiría los films, y no les dejaría ir libremente a ninguna sala, sino después que hubieran cumplido diecisiete años.

Hay un buen remedio para la mala

influencia del cinema: salas especiales, films especiales. Ya hablaremos de eso otra vez.

Mme. Germaine Dulac.— Un pequeño escritorio en la casa Gaumont. La célebre escenarista termina su cigarrillo y en el acto, coge otro. Me responde:

—Ciertamente, creo que el cine tiene gran influencia sobre los niños. Vea usted la generación que ahora tiene 20 años: mentalidad americana, gustos americanos, porque ha sido educado con films americanos. Esta influencia me parece mala, porque tiende a suprimir nuestra cultura, pero en líneas generales, la influencia del cine me parece buena.

Primero, estas imágenes vivas, más vivas que en el teatro, contribuyen a desarrollar al niño.

—¿Y no cree usted, señora, que un desarrollo demasiado rápido, sea malsano para el niño?

—No, no lo creo, menos aun para las niñas que para los niños.

—Sin embargo, ¿ese lujo de heroínas de cinema?

—Da a los niños un sentido de refinamiento y con él el gusto por el trabajo, que puede algún día permitírseles.

—¿A qué edad, señora, enviaría Ud. sus hijos al cine?

—Desde la edad en que fueran capaces de comprender. Por cierto que no les llevaría a ver cualquier film. Desde luego es indispensable que los niños se interesen por lo que está pasando ante sus ojos.

El ideal es el cine para los niños, pero parece que las dificultades son tales, que rayan en lo imposible.

Mme. Alphonse Daudet.— Ella también cree en la influencia del cine sobre los niños, nefasta, cuando las imágenes que se desarrollan son imágenes de violencia y asesinato. Pero bastaría con escoger. Hay muy lindos films, que resultarían muy saludables para los niños.

Mlle. Caron.— Es directora honoraria del Liceo Fenelon.

—Ciertamente, el cine conmueve mucho a los niños. Su influencia es, a menudo, inmediata. Renovada, puede ser saludable o nefasta. Recuerdo respuestas inteligentes dadas por las niñas durante las lecciones:

—¿Dónde han aprendido ustedes eso? —he preguntado.

—En el cinema.

Detalles históricos o geográficos, se graban en sus memorias.

Sin embargo, para la instrucción de los niños, yo considero el cine como un medio accesorio, únicamente. Para que un film rinda todo su valor educativo, es preciso que una lección haya preparado la visión, y que otra lección, la recuerde un tiempo después. Sólo en estas condiciones, se puede sacar partido del cine.

Los grandes artistas: BOURDELLE

Bourdelle, que fué durante tan largo tiempo y tan injustamente ignorado en los medios oficiales, acaba de recibir en Francia, su tierra, un homenaje casi nacional, que no es sino la consagración justificada de su genio. El Museo de l'Orangerie, reuniendo el conjunto de su obra, ha encontrado en ella, la fuerza y la variedad. Tal conjunto, debe convencer a los más incrédulos.

Entre todos los artistas contemporáneos, no existe vida más ejemplar que la de Bourdelle. Más que ningún otro, merece que se compare con los grandes creadores del Renacimiento que, conociendo admirablemente la técnica de su arte, supieron sacar de los medios de expresión nuevos, formas de su grandeza, de una potencia, y de una diversidad prodigiosas.

La obra de Bourdelle no es en efecto solamente de escultor: lo es también de pintor y sobre todo de arquitecto y de poeta.

Emile Antoine Bourdelle, nació el 30 de octubre de 1861, en Montauban, de una familia muy modesta. Cerca de esos concienzudos artesanos, se enamoró él de su oficio, del cual encontró los primeros ejemplos, las primeras lecciones.

Su padre era carpintero-mueblista, y uno de sus tíos, tallador en piedra, su abuelo materno, tejedor, y su abuelo paterno, cabrero.

No es sorprendente que, con tales ascendientes, haya permanecido fiel a las viejas tradiciones. El mismo ha explicado la influencia que tuvieron sobre su formación, los que él llama "sus cuatro dioses", y lo que aprendió de cada uno de ellos:

—Del carpintero-mueblista, tallador de caras en madera, adquirí el sentido de la arquitectura. Ante sus ensamblados, concebí mis trazados para estructuras interiores.

—Del hércules tallador de piedra, aprendí a escuchar la roca, a componer rectamente mis planes y sus contornos, siguiendo los consejos de la piedra que nos habla, cuando se la golpea.

—Del tejedor, aprendí como hacer nudos estrechos, como hacer valer los colores en las tramas.

—Y el cabrero, condujo mis pensamientos caprichosos a unirse entre sí, a trenzarse entre ellos, diversos y agrupados como el ganado en el camino. La siringa del pastor me ha revelado el canto.

Esta evocación, hace soñar en una leyenda antigua y acerca directamente a Bourdelle a las grandes fuerzas populares. Después de su debut, la vida de Bourdelle no pudo sino desarrollarse en la misma línea, es decir de un modo muy tradicional que merecería figurar en una colección de imágenes de Epinal o en las historias morales para libros de escolares.

Antes de alcanzar la gloria que merecía el artista pasó por todas las etapas, los descorazonamientos, la miseria, que

es fácil imaginar en la vida de los artistas.

Primero, sus dotes evidentes le permitieron entrar—gracias a una pensión que le concedió su ciudad natal—en la Escuela de Bellas Artes de Toulouse, don-



Retrato del maestro por él mismo.

de obtuvo en 1884, una pensión de estudio para la Escuela de Bellas Artes de París. Naturalmente, no tardó en darse cuenta que la enseñanza de las Bellas Artes, no tiene vida, y que él no encontraría jamás lecciones de fuerza y de grandeza de las que tenía necesidad. Dejó la escuela en la cual Falguiere era su profesor. Nos preguntamos qué puntos de contacto pueden existir entre el maestro y el alumno, entre el escultor de gracias frágiles y el futuro constructor de fuertes arquitecturas plásticas.

Vino para Bourdelle un período de gran miseria. Si es cierto que no come todos los días, trabaja sin embargo, con fervor. Sale de la clase de Falguiere para pasar a la de Dalou; es buscar un poco más de vigor, sin que, sin embargo, llegue a sentirse satisfecho.

La llegada donde Rodin, debió colmar sus aspiraciones y su entusiasmo. En efecto, cualesquiera que fuesen las divergencias de temperamento que más tarde debían separarles y aún volverles opuestos, Rodin y Bourdelle son ambos hombres de genio, dignos el uno del otro; pero Bourdelle era el más joven, y tenía mucho que aprender del mayor, entonces muy atacado.

Se ha dicho que la personalidad demasiado poderosa de Rodin, impidió a Bourdelle, durante muchos años, desarrollarse en el sentido que le convenía. Estos reproches nos parecen injustos. Por otra parte, Bourdelle había acepta-

do con entusiasmo el trabajar con Rodin. Rodin, que anima tan prodigiosamente la materia, que le da el temblor de la carne humana, de la vida interior, Rodin que traduce los sentimientos y las emociones con tanta potencia.

Quizás si es a él a quien debe Bourdelle el haber podido introducir tanta humanidad en una obra de inspiración esencialmente arquitectural; quizás es a él a quien se debe la emoción sentimental que se añade a la emoción plástica y que hace de las composiciones de Bourdelle obras tan majestuosas y punzantes, cualquiera que sea el punto de vista en el cual se coloca.

Durante años, Bourdelle trabajó a la sombra del maestro, pero su pensamiento y su oficio se desarrollaron en profundidad. Más tarde, el esfuerzo mismo que hizo por desprenderse de la influencia de Rodin, fué quizás un potente estimulante que le permitió llegar a su propio conocimiento con más fuerza y certidumbre.

Ciertamente, para poder escapar a una personalidad como la de Rodin, hace falta un temperamento excepcional, y este contacto habría resultado peligroso, y aún mortal para muchos otros artistas. Pero Bourdelle podía aceptar la experiencia y aun sacar provecho de ella.

Si se piensa que el Hércules fué ejecutado en 1910, cuando Bourdelle era todavía práctico de Rodin, es de admirar con qué vigor el alumno escapaba ya a la influencia del maestro. Pero eso no era todavía sino una magnífica indicación. Todo lo que había precedido, era un aprendizaje, el ensayo de las fuerzas que iban a ser puestas en práctica.

Después de esta época, fué la eclosión magnífica e ininterrumpida, que encontró su forma más ideal y perfecta en el Monumento del General Alvear, con el cual la ciudad de Buenos Aires se honra grandemente hoy día.

La estatua ecuestre del general, las cuatro altas figuras que están en los ángulos del monumento, forman un conjunto extraordinario de grandeza y de majestad.

Como es de rigor, Bourdelle tendrá que ser buscado y apreciado en el extranjero antes de serlo en su país. Sin embargo, más feliz que otros artistas, habrá tenido la satisfacción de triunfar en fin de los vivos, en su patria. Deja en Francia algunas grandes obras que proclaman su gloria y sus méritos: el monumento a Mickiewicz (Plaza del alma), la Virgen de Alsacia, el Monumento a los Mineros (Montceau-les-Mines), la Francia saludando a la América, los bajos relieves del Teatro de los Campos Eliseos, y los del Teatro de Marsella, etc.

Desgraciadamente, no habrá tenido tiempo de darnos la gran obra que le había sido pedida y que debía al mismo tiempo conmemorar la victoria de 1918 y honrar al Mariscal Foch.

R. COGNAT

EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

Cuanto al resto de la familia, Bouchier estaba enfermo hacía tiempo, pero no debido a los remordimientos. Más de un asesino come, bebe y duerme como el resto de los mortales. Había cometido su crimen a sangre fría, en beneficio propio y de sus hijos. Empezaban a borrarse de su memoria las facciones de su víctima, cuyo recuerdo le había atormentado algún tiempo. Es probable que Felipe Bouchier hubiera acabado por olvidarse del asesinato, sin el descubrimiento e intervención de Jorge Manders; quizás se hubiera alegrado algún día de aquella oportunidad que se le presentó para retener la posesión de sus bienes y también de haberla aprovechado descargando de una vez un golpe terrible, pero seguro. No, no era el remordimiento lo que lo había convertido en un viejo decrepito. Era el temor, la espada que el impostor tenía siempre suspendida sobre su cabeza. Era también el dolor que le causaba la suerte de Josefina, cuya felicidad era el precio pagado por el silencio de su enemigo. Era así mismo la idea terrible de verse denunciado algún día, de tener que prolongar aquella lucha continua con su posible delator, desafiando a veces su cólera para temer en seguida su venganza, pagándole tributo y esforzándose por reducir éste todo lo posible.

Lo que lo mataba era también el horror de pensar que algún día su esposa y los hijos, a quienes adoraba, podrían verse obligados a considerarle como un asesino. Aun prescindiendo de todo remordimiento, motivos más que suficientes eran aquellos para quebrantar la salud de Bouchier.

El insomnio era la raíz de su mal. No podía dormir sin el empleo de narcóticos y el hombre que no duerme, o muere o pierde la razón. Se resistió y luchó cuanto pudo antes de resignarse a ser una víctima más del cloral. Pero de nada le valió su resistencia. En lugar del sueño que huía de sus párpados, asaltábanle en tropel sus tristes pensamientos, hasta que se confesaba vencido y tomaba una dosis más del temido narcótico. Sólo su esposa sabía la cantidad de éste que había consumido en los últimos meses. Dicen que el cloral destruye el cuerpo, mas no la inteligencia. ¡Cuánto mejor para Bouchier, si sus efectos hubiesen sido igualmente destructivos para ésta que para aquél! Hombre de firme voluntad, luchó resueltamente contra aquel nuevo enemigo. Tomó parte activísima en la política, como pocas veces suelen hacerlo los diputados conservadores rurales. Frecuentó la sociedad. Todo inútilmente. Entonces renunció a la lucha y se sometió a su destino. Pronto comenzó a manifestarse en él aversión a la compañía de todos los que no eran los miembros más inmediatos y más queridos de su familia, lo cual le perjudicó en el desempeño de sus deberes como miembro del Parlamento. Tuvo también que reducir sus gastos, porque las exigencias de Daniel eran ya una pesada carga.

Abandonó su residencia de Londres y se trasladó a la Casa Roja para pasar allí el resto de sus días en la soledad. ¡Hora fatal en verdad aquella en que Felipe Borchier admitió a un desconocido en su carruaje para llevarlo de Braley a Renton!

¿Y su esposa? Era lo que siempre había sido, una compañera solícita y fiel. Su marido era su Dios. En él se resumía su vida entera. El era su amo y señor, en buena o mala fortuna, rico o pobre, enfermo o sano, respetado o caído. ¿Podía hacer más una esposa? Lo único que ella veía era la pérdida gradual de la salud de su marido, acelerada probablemente por el mal aconsejado matrimonio de Josefina. Esto era lo único de que la señora Bouchier podía culparse, la sola vez que había procedido sin consultar a su marido. Lloró y deploró aquel fatal enlace, pero como Josefina era tan desgraciada, la perdonó de corazón.

Mabel había contraído un buen matrimonio. No con aquel infortunado Luis Coverton de quien hablamos y que inútilmente la pretendía, sino con el señor Meser, representante de una antigua familia de Sorlán. Su marido poseía propiedades de gran valor y con el tiempo heredaría un título de nobleza, de modo que el porvenir de Mabel parecía risueño. Josefina no podía menos que observar el contraste entre su propia vida y la de su hermana, pero ésta seguía queriéndola como antes y las horas más felices de Josefina eran las que pasaba con Mabel en Sorlán.

Alano, a cuya existencia apenas nos hemos referido en alguno de los capítulos anteriores, había terminado su carrera universitaria y obtenido su grado con lucimiento, dedicándose

por lo pronto a gozar de la vida como podía hacerlo el heredero de una importante fortuna. Ya al cumplir la mayor edad heredó un capital que lo hizo independiente desde el punto de vista pecuniario. En las tradiciones de la familia Bouchier no entraba que el primogénito ejerciese profesión alguna, de modo que Alano llevaba una vida ociosa, si tal puede decirse de un joven de veinte y cuatro años. Le gustaban los viajes, los ejercicios corporales, los objetos de arte y otras muchas cosas, de suerte que para él la existencia no carecía de atractivos. Tenía alquiladas habitaciones en Londres, pues su padre había renunciado ya a su casa de la ciudad, pero pasaba largas temporadas en la Casa Roja. Notaba con pesar, y sobre todo en los últimos tiempos, la prematura decrepitud de su padre; y como la mala salud de éste databa del matrimonio de Josefina, fácil es imaginar los sentimientos que le agitaban al pensar en Daniel.

Roberto, el hijo menor, se preparaba a entrar en la universidad de Oxford, y todavía no era cosa decidida si lo dedicarían a la iglesia o al foro.

Tal era la situación de la familia Bouchier cuando Frances regresó a Inglaterra y, cumpliendo la profecía de Herr Kaulitz, conquistó gloria y fortuna en un instante.

CAPITULO XII

Entre bastidores

Alano Bouchier, después de comer en su club, estaba en la sala de fumar del mismo, preguntándose qué haría para pasar el resto de la noche lo más agradablemente posible. No tenía el menor compromiso para aquel día y casi resolvió ir a uno de los muchos teatros de la capital. No era gran admirador del arte dramático. Le atraía la realidad, tanto en las personas como en hechos y acciones, y de aquí que prefiriese la vida de Londres a la del campo, con la única excepción del ejercicio al aire libre que ésta última le proporcionaba. Gustábase observar aquella vida activa que le rodeaba; mezclarse en aquel torbellino de hombres ocupados y afanosos. A veces deploraba no tener que seguir una carrera y que crearse una fortuna. Esperaba verse algún día en el Parlamento, como miembro activo y no puramente de adorno; pero todavía no había llegado la hora. Pensaba en todo esto sentado en la sala de fumar de su club; en la gran ciudad que le rodeaba y los millones de seres que contenía. De Londres pasó su pensamiento a París, de París a Dieppe y saliendo de esta última ciudad permaneció largo tiempo a bordo del vapor, en el Canal, preguntándose quién sería aquella joven cuya imagen no podía olvidar. Recordaba todas las líneas, todos los detalles de su rostro y aun los cambios de expresión tan marcados que él había notado y seguido en aquellas facciones. Casi había renunciado a la esperanza de verla otra vez, después de tantas semanas de infructuosas pesquisas en Londres. ¿Por qué no le preguntó su nombre? Así pensaba y soñaba Alano, contemplando el clásico perfil de aquel hermoso rostro entre las nubes de humo de su cigarro.

Soñando despierto continuaba cuando sintió que una mano se posaba en su hombro, y volviendo a la realidad reconoció a su amigo Ernesto Belfor, más joven que Alano, muy rico, bastante calavera, pero apreciado de cuantos le conocían. Era, en fin, un muchacho a quien la vida de Londres debía convertir en hombre de provecho o malearlo por completo, según lo quisiese la suerte. No estaba echado a perder todavía, pues de lo contrario no hubiera sido amigo de Alano Bouchier.

—¿Perdido entre las nubes, Alano, aunque sean de humo de tabaco?

—Me estoy preguntando dónde pasaré la noche.

—Le envidio a Ud. Mi suerte está echada: té, música y jugar al dominó.

—Vamos, que los dos primeros casi compensan lo último.

—No, no hay compensación posible; sólo me disculpa la idea del deber. Como que voy a ver a mi abuela.

—Lo mismo haría yo, pero la mía está fuera de Londres.

—Feliz Ud. En cambio la mía prefiere la ciudad e insiste en verme de cuando en cuando. Le digo a Ud. que una abuela con treinta mil libras que lega es una verdadera calamidad.

—Eso depende de la manera como las legue.

—Precisamente. La cantidad apenas vale la pena de lu-

char por ella, pero es demasiado importante para perderla por negligencia. Me voy, pues. ¿Dónde decía Ud. que se proponía pasar la noche?

—Eso es lo que no puedo resolver. ¿Quiere Ud. que lo acompañe y que lo recomiende a la buena señora?

—No, la amistad tiene sus límites. Pero en recompensa de su generosa oferta, aquí tiene Ud. mi billete para la ópera. Vaya Ud. a oír a la Francini. Yo pensaba llegarme por allá durante el primer acto.

—¿Tan buena es?

—¿Buena? ¡Vamos, hombre! Es soberbia, encantadora. ¿No la oyó Ud. en *Lucia*?

—No, estuve ocupado.

—Pues vaya Ud. ahora y en sus transportes de entusiasmo acuérdesse de mí. Entregó el billete a Alano, que le dio las gracias y Belfor salió, no sin mirar al reloj y decir a su amigo que fuese al teatro en seguida para no perder una sola nota de la gran artista. Naturalmente, Alano había oído hablar mucho de ella y leído los entusiastas elogios y las muy favorables críticas. Hizo propósito de oírla, pero hasta la fecha no lo había realizado. Muy aficionado a la ópera, dejó el club apresuradamente y llegó al teatro cuando empezaba la sinfonía. Aquella noche la Francini cantaba por primera vez el papel de *Margarita*. Sus triunfos anteriores habían despertado vivamente el interés del público y el teatro estaba lleno, según costumbre. Cuando la artista se presentó en escena, Alano, que hasta entonces había esperado plácidamente, estuvo a punto de saltar de su asiento y comprendió instantáneamente que *Margarita*, la cantatriz famosa cuyo nombre estaba en boca de todos, era la bellísima joven en cuya compañía había cruzado el Canal.

Entonces comprendió también lo que significaban sus palabras. Ella esperaba que Alano la viese y oyese con frecuencia. ¿Cómo no había comprendido desde luego el sentido de aquella frase? ¡Verla y oírla! Al escuchar su voz magnífica a la vez que admiraba sus hermosas formas, sin perder una mirada ni un gesto, descubriendo en ella nuevos encantos cada vez que salía a la escena, Alano acabó por decirse que la divina artista era su ideal.

Decir que quedó extasiado sería insuficiente; estaba perdidamente enamorado. Entonces comprendió que la había amado desde el primer momento. Sentado en su butaca, la devoraba con los ojos y a la vez era todo oídos; tenía impulsos de atraer su atención, preguntándose si ella lo reconocería. Una vez se le figuró que la mirada de la cantatriz había encontrado la suya, que lo había reconocido; pero no estaba seguro de ello. Lo esperaba así, y bendijo a la abuela de Belfor, cuya afición a la compañía de su ingrato nieto era la causa primaria de su presencia en el teatro y de haber resuelto el misterio que rodeaba a la hermosa desconocida.

Dejó el coliseo y llegó a su casa como en un sueño delicioso. Parecía que se le había abierto el cielo. La había encontrado. La amaba. De esto no le quedaba la menor duda. Pero ¿qué hacer? Aquello era divisar la felicidad sin poder alcanzarla; muchos son los jóvenes que desean ser presentados a una artista famosa sin que se les otorgue ese favor, y muchos más los que quieren obtener su amor y jamás lo consiguen. Si Alano la hubiese visto y oído aquella noche por primera vez, probablemente la hubiera admirado como todos admiramos a una gran artista en las tablas; pero su primera entrevista había ocurrido en circunstancias especialísimas y era la mujer, no la artista, quien había despertado el interés que sentía por ella. A pesar de su hermosura, entre los accesorios y adornos de la escena; no obstante aquella voz maravillosa que conmovía los corazones, a él le parecía más bella con su vestido de viaje, hablando y comportándose como simple mortal, desafiando las brisas del mar, que jugueteaban con los pequeños rizos de castaños cabellos esparcidos sobre su frente. No, su amada no era la reina de teatro, sino la hermosa mujer, a la vez graciosa y arrogante, a quien halló en sus viajes.

Llegó a deplorar que hubiese alcanzado posición tan distinguida. No porque en su opinión el primogénito de una antigua familia no debiese tomar por esposa a una mujer del teatro. No tenía prevención alguna en ese sentido, o si la tenía se despojó de ella en un instante. Alano poseía firmeza de carácter y sin más ambages se dijo que la señorita Francini era digna de ocupar un trono, que él estaba muerto de amor por ella y que lo único que podía hacer era procurar que ella le amase a su vez, sin omitir esfuerzo para conseguirlo. Entre sueños y esperanzas, ahora regocijado con la seguridad del buen éxito, ahora desalentado al pensar en los obstáculos de su empresa, permaneció hasta la madrugada, ideando planes y preguntándose cómo daría los primeros pasos.

—¿Qué le pareció a Ud. *Margarita*? le preguntó Belfor al día siguiente. ¿No es divina?

—Sí, dijo Alano con tanta frialdad e indiferencia que sorprendió a su amigo; pero la verdad era que desesperaba de expresar como hubiera querido toda su admiración y sus elogios.

—¿Sabe Ud. quién podría presentarme a ella? preguntó Alano, porque Belfor conocía a mucha gente.

—¡Hola! ¿Flechado también? No me extraña. Todo el mundo está haciendo la misma pregunta. Ojalá pudiera presentarle yo mismo.

—¿Qué es?

—Nadie lo sabe. Algunos dicen que americana.

—Sí, eso lo sé.

—Pues puede Ud. felicitarle, porque sabe más que casi todos nosotros.

—¿La conocerá Sincler? continuó Alano, refiriéndose a un acreditado compositor amigo suyo.

—Por supuesto que la conoce. Y si así no fuese, no tendría más que presentarse antes a sí mismo y después a Ud. Los genios pueden prescindir de las formas sociales acostumbradas. Daría cualquier cosa por ser un genio.

—Vamos, no desee Ud. imposibles, le dijo Alano.

¿Pero acaso él mismo no estaba deseando lo imposible? Sí, mas aunque lo fuese, no podía luchar contra su destino; aparte de que a los veinte y cuatro años el número de cosas imposibles parece siempre limitadísimo y aun esas sobra valor para intentarlas.

Al principio Alano pensó vagamente en escribir a Frances solicitando una entrevista, pero pronto renunció a ello. No pertenecía al número de hombres distinguidos a quienes la artista desearía sin duda recibir. Era sencillamente un caballero particular y comprendía que a duras penas podía fundar pretensión alguna a su amistad en el hecho de haber sido su compañero de viaje por varias horas o en su profundo amor por ella. Esta última razón hubiera sido aun más pobre que la primera; y como conocía el mundo, o mejor dicho, como conocía muy bien a Londres, no se le ocultó que para entonces ya muchos le habrían hecho declaraciones de amor, tan sentidas en apariencia como pudiera serlo la suya. Por fin resolvió esperar hasta hallar quien le presentase o hasta que la casualidad los reuniese en casa de un amigo común. Porque Alano procuraba contraer amistad con la mujer, no con la artista. Entretanto, iría a oír la cuantas veces cantase en público, derecho indiscutible del cual usó con sin igual constancia; y en los quince días siguientes, siempre que la Francini encantaba a sus oyentes hubiera podido verse entre éstos a un joven que la escuchaba como si hubiera querido apropiarse exclusivamente todas aquellas mágicas notas, y que clavaba en la artista una mirada persistente, reveladora de su admiración y de su entusiasmo.

Frances había cantado ya varias veces en grandes óperas y por fin fué anunciada como uno de los mayores atractivos de importante concierto, su primera aparición en Inglaterra fuera de las tablas. Alano Bouchier concurrió al concierto, según su costumbre invariable. Tan puntual había sido siempre que ella cantaba, que Belfor le bromeaba sin compasión por sus atenciones a la nueva “estrella”, sobre todo cuando descubrió que todavía no había conseguido la deseada presentación.

El concierto se efectuó en uno de los mayores locales de Londres. Hallábanse presentes varias famosas cantatrices, cada una de las cuales tenía sus respectivos admiradores sobre quienes reinaba sin rival, de suerte que no era posible proclamar a una de ellas soberana del canto sobre todas las demás. En la primera parte del concierto, Frances cantó un aria y en un dúo, y fué recibida, por lo menos, con tanto aplauso como sus grandes rivales. Si la primacía hubiese dependido de las dotes personales, no habría existido la más mínima duda sobre su adjudicación, porque la hermosura de Frances se imponía. La de sus rivales era lo que la luz de una bujía ante el esplendor del sol. No le eran necesario los ademanes dramáticos, las sonrisas y las ojeadas para producir grata impresión en el auditorio. Parecía lo que realmente era, en la escena o fuera de ella: una reina entre las demás mujeres. Su traje, una de las obras maestras de París antes citadas, le sentaba admirablemente. Intentaremos describirlo.

De magnífico raso, color de limón; todo el frente adornado con profusión de encaje blanco y bordado de perlas. Era ceñido, según la moda predominante entonces, y aunque otras temían y detestaban dicha moda, la Francini no tenía el menor motivo de queja. La simetría de las formas que dejaba adivinar. La falda terminaba en larguísima cola; el escote

cuadrado descubría su cuello de blancura deslumbradora, cercado por un collar de gruesas perlas, del que pendía un dije de diamantes. A un lado del pecho un ramo de pensamientos morados. El contraste de éstos con el vestido color limón era sorprendente y admirable. Gruesos solitarios en las orejas y otros diamantes hábilmente colocados entre sus suaves y abundantes cabellos de castaño color. Cubrían sus torneados brazos ¡oh exigencias de la moda! ocultando su belleza y blancura, largos guantes con muchos botones y de color exactamente igual al del vestido. Si alguna de mis lectoras duda del encantador efecto producido por aquel triunfo de la moda y del arte, le aconsejamos que se haga uno igual y no quedará descontenta del resultado, sea o no tan hermosa como la Francini. Pertenecía ésta al número de las mujeres que parecen destinadas a llevar joyas. Hay manos en las que una sencilla sortija de oro parece más que suficiente; otras pueden estar cubiertas de anillos y pedrerías, con perfecto gusto. Por muy amiga de la sencillez que fuese nuestra artista, la riqueza en el vestir le sentaba divinamente. Los diamantes parecían hechos para adornar su cuello, manos y orejas. Sin necesitar de ellos, le caían bien; y sabedora de lo que valen las apariencias para con el público, había invertido una parte de su capital en piedras preciosas. Su traje, joyas y aspecto general merecieron casi tantos elogios como su canto.

Alano fué probablemente el único de cuantos se hallaban en el concierto que vió aquellos diamantes con disgusto. Con motivo o sin él, la posesión de joyas tiene siempre algo de sospechoso tratándose de una actriz. El público se pregunta enseguida si le habrán sido regaladas, y por quién y por qué. Y tales preguntas revisten a la que es objeto de ellas de cierto interés picante. El mismo Alano tenía la idea de que pocas artistas compran sus joyas; y aunque no podía creer que aquella joven de noble rostro, de ojos limpidos y franca mirada aceptase regalos de nadie, se hubiera sentido mucho más feliz y tranquilo de haber sabido que aquellas hermosas piedras las había comprado ella misma y pagádolas con su propio dinero. De todas suertes, resolvió que los tales presentes serían devueltos a sus respectivos donantes, tan luego pudiera él llamarla su esposa. De carácter firme y resuelto, tenía fe en el porvenir y lo esperaba con la confianza que da la juventud.

El amigo de Alano y notable compositor Alfredo Sincler concurrió al concierto; había gozado grandemente con la primera parte y esperaba saborear aun más la segunda, compuesta de música popular y en la que figuraban una o dos composiciones suyas. Aquella misma mañana había puesto en música exquisita un poema sentimental y deseaba vivamente que la señorita Francini “patrocine” su composición, como dicen en la parla del teatro. Sólo los compositores y los editores de música saben lo que significa que una primera tiple “patrocine” tal o cual romanza y cuántos miles de ejemplares vendidos, gracias a la condescendencia de la artista, que no deja de recibir muy buena remuneración. Sincler se contaba naturalmente entre los conocidos de la tiple y en aquel momento procuraba obtener de ella una entrevista para darle a conocer sus últimos melodiosos esfuerzos y obtener la cooperación de la cantatriz para popularizar aquel producto de su genio. Llegado el intermedio emprendió a toda prisa el camino del escenario para presentar su petición, pero lo detuvo una mano posada en su hombro; al volverse vió la alta figura y risueña faz de Alano Bouchier.

—¡Hola! ¿Cómo va, Bouchier? y añadió rápidamente: Dispénseme Ud. porque tengo muchísima prisa.

Comprendió que Alano deseaba hablarle.

—¿Adónde va Ud. tan apresurado?

—Sólo deseo hablar dos palabras con la Francini.

Sincler no tenía la menor idea de expresarse irrespetuosamente, pero ya es cosa aceptada el llamar a las cantatrices por su apellido, sin más aditamento que el artículo.

—¿Es decir que la conoce Ud.?

—Por supuesto. ¿Cómo no la había de conocer?

El acento con que se expresaba Sincler implicaba que era absurdo suponer que una artista se hiciese famosa sin estar forzosamente en buenas relaciones con persona tan distinguida en los círculos musicales como lo era él.

—¿La conoce Ud. lo suficiente para presentarme a ella, y en tal caso, ¿querría Ud. hacerlo, si yo se lo pidiese como favor muy especial?

Sincler movió la cabeza negativamente.

—No creo poder valerme hasta ese punto de mis relaciones con ella, que son puramente artísticas. Y Ud., Bouchier, no es poeta, ni pintor, ni músico...

—Pero deseo vivamente serle presentado.

—Lo mismo desean todos. Mejor sería que aplazase Ud. el

comienzo de sus relaciones con ella hasta encontrarla en alguna de las grandes casas donde cuenta Ud. amigos. Sería de mejor gusto.

Alano se sintió algo ofendido, pero no lo dió a conocer a fin de no malquistarse con el compositor, cuyo auxilio necesitaba para sus fines.

—Pues entonces ¿querría Ud. solicitar su permiso para presentarme? Supongo que en ello no habrá inconveniente.

—¿Y qué le diré? ¿El señor Alano Bouchier, miembro de una antigua y rica familia de provincia, desea presentar en persona sus respetos?

—No, dígame Ud. que el caballero que viajó con ella de Dieppe a Newhaven está ansioso de serle presentado en debida forma. Bien puede Ud. hacer eso por mí, Sincler.

—Sí que lo haré, contestó éste, que desaba complacer a todo el mundo y muy particularmente a los jóvenes pertenecientes a la buena sociedad. Espéreme Ud. aquí; volveré en seguida.

Desapareció por una puertecilla que parecía conducir debajo del escenario y Alano aguardó muy esperanzado. Aquella obscura puertecilla pintada podría ser para él puerta del cielo. Pronto regresó Sincler.

—Corriente, venga Ud., exclamó.

—¿Qué dijo? preguntó Alano.

—Dijo que sí; de lo contrario no había vuelto yo a buscarle.

—¿Nada más?

—No, pero se sonrió. ¡Por Dios vivo, qué sonrisa la de esa joven!

Alano le siguió esforzándose por parecer tranquilo, si bien el corazón le latía precipitadamente.

La habitación destinada a los artistas, así en el teatro como en el salón de conciertos, va acompañada en la mente de los profanos de cierto solemne misterio, idea que en ciertos casos de que se tiene noticia ha persistido hasta la tercera visita al sagrado recinto. Cuando más siente un hombre la insignificancia de su posición es en los momentos en que va a penetrar en la morada temporal de esos seres radiantes y espléndidamente dotados que encantan la vista y el oído del público. ¿Quién es él para atreverse a pisar aquel suelo, para respirar el mismo aire que aquellos cuyos nombres lleva la fama por todo el mundo? Entonces es cuando el más modesto individuo desea haber escrito una obra notable, pintado un gran cuadro, cruzado el Canal en un globo, inventado una medicina de patente, o haber hecho, en fin, algo que dé a su nombre resonancia suficiente para justificar su intrusión. Sólo cuando empieza a comprender que las tiple de agudísima voz, las aplaudidas contraltos, los tenores tan sentimentales y los rollizos barítonos son en su vida particular, o siquiera fuera de la escena, ni más ni menos que los demás mortales, sólo entonces comienza el profano a recobrar la calma. Y entonces suele suceder también que al renacer la tranquilidad se pierden ¡ay! las ilusiones y desaparece para siempre el misterioso atractivo de la sala de los artistas.

Es indudable que Alano hubiera traspuesto su umbral humilde y reverente, a no haber sido por su compañero, que entró como Pedro por su casa y en ejercicio de un derecho indiscutible, cerrando inmediatamente la puerta tras ellos, para impedir la entrada al gran enemigo de los cantores, las corrientes de aire. El espectáculo que allí les aguardaba era de lo más prosaico. Media docena de señoras, cuyos ricos trajes desaparecían casi por completo bajo los gruesos abrigos que las cubrían, ocupaban asientos en diversos puntos de la sala, por la cual andaban también otros tantos cantantes. Halaban poco entre sí, probablemente, porque se veían tan a menudo que casi habían agotado los temas de conversación. Dos o tres visitantes platicaban con sus amigos y Alano observó que el primer tenor hablaba con Frances en un ángulo de la habitación, empleando una mezcla de inglés e italiano. Era el señor Celicour un artista de ojos negros y grandes bigotes, con una voz como la de un ruiñón. Al verle tan absorto en su conversación sintió Alano un impulso de odio hacia el jovial italiano, quien, dicho sea de paso, tenía esposa y cinco hijos a quienes idolatraba. Pero a pesar de aquella primera y natural impresión de disgusto, Alano no pudo menos de notar y agradecer la prontitud con que el señor Celicour saludó y se retiró, al llegar ellos al ángulo donde estaba sentada Frances, a quien fué debidamente presentado.

La joven le dió la mano sonriéndose.

—Me alegro de verle a Ud. ¿No le dije que nos encontraríamos más adelante? Y por cierto que parecía presunción por mi parte contar con el buen éxito como cosa segura y con tanta anticipación.

Había tanta franqueza y naturalidad en sus palabras que Alano recobró desde luego toda su calma, como si estuviesen todavía a bordo del vapor y soplar el viento agitando las olas. Algo bueno hubiera dado Alano porque así fuese.

El le dijo cuán grande había sido su sorpresa, y cuán grata, al reconocerla, y le dió las gracias por haber permitido a Sincler conducirlo a su presencia.

—De ninguna manera, contestó la joven. Yo soy la que me alegro de poder darle a Ud. las gracias por sus atenciones en la travesía del Canal. Y ahora, siéntese Ud. y hablemos. Tengo mucho tiempo disponible antes de que me toque volver a cantar.

Alano se sentó a su lado en el banco forrado de rojo, lleno de contento al ver que ella le recibía como un antiguo amigo.

—¡Qué magnífico triunfo el de Ud.! Permítame felicitarla de corazón.

—Gracias. He tenido mucha suerte y el público ha sido buenísimo.

—¡Qué carrera la que se abre ante sus pasos! Lejos estaba yo de figurarme con quién hablaba la primera vez que nos vimos. Sin embargo, no noto gran cambio en Ud.

—Yo no he cambiado, dijo Frances sencillamente.

—¡Pero qué alteración tan radical en su vida entera!

—Es lo que siempre esperé y deseé, como resultado de mis estudios.

—¿Y le gusta a Ud.?

—Amo la música y el canto. Me deleita verme en las tablas y saber que conmuevo al público. También Ud. parecía complacido, por lo que pude juzgar.

—Pero entonces ¿me vió Ud.? preguntó Alano con voz que delataba su alegría.

—¡Oh, sí, varias veces! Un día pasé cerca de Ud. en la calle, poco antes de mi estreno. Tenía grandes deseos de enviarle a Ud. un billete.

—Ojalá lo hubiera Ud. hecho. ¿Por qué no me lo envió?

—Por varias razones; la primera y principal que no sabía su nombre.

—Ahora lo sabe Ud. ¿Me atreveré a esperar que no se le olvidará?

—No por cierto, no lo olvidaré. Es un nombre que me gusta, por ser algo parecido al mío.

—¿Supongo que tiene Ud. ya muchos amigos? preguntó él.

—Muchos conocidos, sí; pero hasta ahora pocos amigos. Creo que este título no debe darse a la ligera.

—Los grandes honores deben alcanzarse con grande esfuerzo. Tiene Ud. razón.

Alano sentía lo que decía y hablaba con toda seriedad. La joven no pudo menos que dirigirle una mirada de gratitud. Evidentemente aquél no empezaba mal si su objeto era conquistar la amistad de Frances. Todavía no le había dirigido el menor cumplido absurdo sobre su hermosura o su voz. Parecía dar por sabido que ella conocía muy bien los méritos de una y otra y no necesitaba que se lo repitiesen; y que ella estaba igualmente convencida de que él apreciaba altamente tanto su voz como su belleza. Así pues, habló a la artista como un caballero habla a una dama cuya compañía le es altamente agradable. Si hubiese conocido exactamente el carácter de la joven no hubiera podido conducirse de una manera más grata para ella.

Por su parte, su interlocutor la interesaba vivamente. Sus maneras formaban marcado contraste con las de algunos que había conocido recientemente, pues una primera tiple no puede hacer vida de reclusa. Hay que permitir las presentaciones y no sería buena política cerrar la puerta, por ejemplo, a personas de alto rango que desearan presentar sus respetos a una aplaudida artista. Muchos, pues, habían podido saludarla personalmente, y juzgándola por las otras cantatrices que conocían, creyeron que cuanto más incienso quemasen mejor recibidos serían. Pero se equivocan. No le eran indiferentes los elogios. Tributados por un Gounod, un Wagner, un Rubins-

tein o cualquiera otro cuyo nombre diese valor a su aprobación, ésta le hubiera parecido deliciosa. Otros aplausos la dejaban indiferente. Fundaba sus esperanzas acerca de la realidad y estabilidad de su triunfo en el fallo general del público. Las opiniones particulares le importaban poco. Alano había evitado aquel error tan común, error en cuanto a Frances se refería, y lo había hecho instintivamente. Tanto mejor para él.

—A ese paso no verá Ud. mucho de los hermosos campos ingleses de que me habló Ud., continuó Alano. ¿Quizás no sea ya tan vivo su deseo de admirarlos?

—No los olvido, y no dejaré de recorrer el campo a la primera oportunidad.

—Yo prefiero a Londres, dijo Alano.

—Y yo empiezo a creer que me va gustando demasiado.

—¿Es decir que se siente Ud. feliz en el ejercicio de su profesión?

—Sí, soy muy dichosa; aunque naturalmente todo tiene sus perances y molestias y yo no puedo ser la única excepción.

—Cuénteme Ud. algunos de esos disgustos. Tengo para mí que Ud. podría soportar muchos de ellos sin que la afectasen gran cosa.

En aquel momento y como contestación a su pregunta, ocurrió un incidente desagradable de aquéllos a que la joven se refería. Tocaba el turno de salir a cantar a una gran artista, que se levantó, se quitó el abrigo, y al volverse arrojó la cola de su vestido y el polvo en ella acumulado hacia Frances, por no decir encima de ella, de la manera más despreciativa que pudiera imaginarse. Fué un ademán elocuentísimo, un insulto que sólo podía sobrellevarse en silencio. Un espíritu algo filosófico hubiera considerado tal acción como muy lisonjera, pues indicaba que la cantatriz famosa que hasta entonces había reinado sin rival, acababa de hallarse por fin con una competidora bastante temible para merecer su enemistad. Pero para una mujer la ofensa tenía que ser dolorosa. La sangre se agolpó a las pálidas mejillas de Frances y Alano sintió impulsos de tratar a la vengativa cantatriz como merecía.

Algunas de las pocas personas que presenciaron el hecho tuvieron el mal gusto de sonreírse; pero una de ellas, una señora sentada no muy lejos de Frances, se inclinó hacia ésta y la acarició cariñosamente. De madura edad y muy querida de todas las artistas, había obtenido grandes aplausos en su día, pero ya no podía pensar más en papeles de jóvenes y hermosas heroínas.

—No haga Ud. caso, querida; es cuestión de educación.

Precisamente; falta de educación. Porque la despreciativa cantatriz tan brillante entonces, se había criado en la miseria más sórdida allá por Moldo-Valaquia o Rumania, hasta que un maestro afortunado descubrió que su voz era un tesoro. A los pocos años la niña harapienta vestía de raso y seda y los soberanos se disputaban el honor de rendirle homenaje. Era lista y logró modificar sus maneras pasablemente, en consonancia con su nueva posición; pero no consiguió desprenderse de dos cosas: primera, su genio insoportable y segunda, su afición desordenada a cierto queso oloroso, propio de su país y que en su niñez había sido su principal alimento. Ambos defectos no dejaban de perjudicarla muchas veces y muy gravemente en la opinión de sus admiradores.

Y Frances pensó que efectivamente todo era cuestión de educación, se encogió de hombros y quedó consolada.

—¿Supongo que ése es uno de los enemigos que tiene Ud. que sufrir, la envidia? murmuró Alano.

—Hay que contar con ella y soportar sus ataques, dijo Frances. Algunas tienen buen natural y otras no. Lo único que deseo es no verme nunca envidiosa de una artista novicia, ni procurar atormentarla.

—Eso no lo hará Ud. nunca, seguro estoy de ello, dijo Alano afectuosamente.

(Continuará)

«PARA TODOS» comenzará a publicar como su próximo folletín, la linda novela «ANNE FAUVET», de Marcelle Auclair, la escritora que vivió tantos años en Chile.

••• Insustituible[★]

A Sí como la individualidad siempre ha sido insustituible, por lo rápido y positivo de su efecto; por la pureza de sus ingredientes, y por su virtud característica de ser absolutamente inofensiva—la

CAFIASPIRINA

el producto de confianza

es única; ataca de raíz a todos los dolores—de muelas, cabeza u oído; neuralgias, jaquecas, cólicos en la mujer—levantando el ánimo y produciendo un bienestar incomparable, todo lo cual hace que este producto BAYER sea insustituible e inimitable.

Exíjase el envase original: tubos de 20 tabletas o sobrecitos de una.



★"Insustituible = Que no admite sustituto ni comparación"





CINZANO

VERMOUTH



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE
DIAGRAMA
REVISTAS CHILENAS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIEDAD INDUSTRIAL Y LITOGRAFICA

Nº 10

M.R.

En la

Crema del Harem



puede usted confiar
descansadamente porque neutraliza los efectos
del aire y del sol. Embellece la piel, dándole
suavidad y tersura.



Revista Quincenal

AÑO IV. NUM. 101

SANTIAGO DE CHILE

18 de agosto de 1931

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

NUESTRAS ESCRITORAS

Amanda Labarca Hubertson

Amanda Labarca es un poco el tipo erudito entre las mujeres intelectuales. Ella todo lo sabe y todo lo ha hecho. Tiene una personalidad múltiple: es pedagoga, político, filósofo, psicólogo, escritor y poeta. Sí, también poeta. Tiene un diario que no publicará ciertamente sino alguno de sus herederos, donde hay páginas de un lirismo admirable, y, aunque ella crea lo contrario, sus "Cuentos a mi señor" tienen también un no sé qué lírico en su contenida emoción.

Inteligencia y cerebro masculinos, Amanda es también una mujer de acción, llena de dinamismo espiritual y físico, apasionada y entusiasta. Todo esto no resta en ella su aspecto de feminidad, aunque no sean condiciones exclusivamente femeninas las que ella posee en alto grado: dulzura, concordia y buen gobierno del hogar.

Cuando le pregunto en qué trabaja, me produce alguna decepción contestándome:

—En una obra sobre cultura chilena que aparecerá probablemente, dentro de un año más.

Palabras eruditas que no hubiera querido oír de sus labios esa tarde tan fría en que nos refugiarnos las dos junto a la gran estufa de su hall, donde, mientras habla, se dedica a incinerar leños diminutos que empuja distraída y constantemente con dos largas tenazas hacia la llama destructora.

—Hubiera preferido que me dijera Ud. que escribe una novela.

—No. Novela es lo que yo quisiera hacer, bella novela como "Los campesinos" de Reymont. ¿La conoce Ud.? Pero no me encuentro capaz Para Todos 1.



porque mi literatura de ficción es fría, al menos, así la encuentro. No puedo resolverme y no logran mis personajes tomar ese cálido tono que yo llevo en el alma.

—Pero sus "Cuentos a mi señor"...

—No me satisfacen. Tengo ahora otros cuentos escritos que guardo para que se estanquen. Entre ellos hay dos que me gustan mucho. Dentro de dos años, desprendidos ya de mí, los podré contemplar objetivamente, y entonces decidiré si los publico o no. No quisiera hacer nada mediocre.

—Para que esta interviú tenga carácter clásico, Amanda, dígame, ¿cuándo comenzó Ud. a escribir?

—A los catorce años. Escribí hasta los dieciséis. A esa edad conocí a Guillermo. De los dieciséis a los dieciocho sólo hice literatura amorosa, en cartas. A los dieciocho, me casé.

—¿Era Ud. estudiante?

—A los dieciocho me recibí en el Pedagógico. Fui bachiller a los quince.

—¿Por qué fué Ud. al Pedagógico?

—Por cobardía. Yo quería ser médico. Médico me veía en todos mis ensueños. Mi padre me llevó a matricular a la Escuela de Medicina y, el tamaño del edificio y la gravedad de sus salones, me sobrecogió. Era yo demasiado pequeña para vivir en aquellas salas enormes y enfrentarme con los profesores silenciosos y barbudos que iban y venían. El olor a la muerte y a la enfermedad estaban en pugna con mi juventud. Dije a mi padre que quería esperar un año más, para ser más grande.

—¿Y esperó?

—No. Fui al Pedagógico. Mi afición no estaba allí, pero luego me adapté a las circunstancias y la carrera comenzó a gustarme. Había mil aspectos interesantes en ella, en los cuales no había yo pensado.

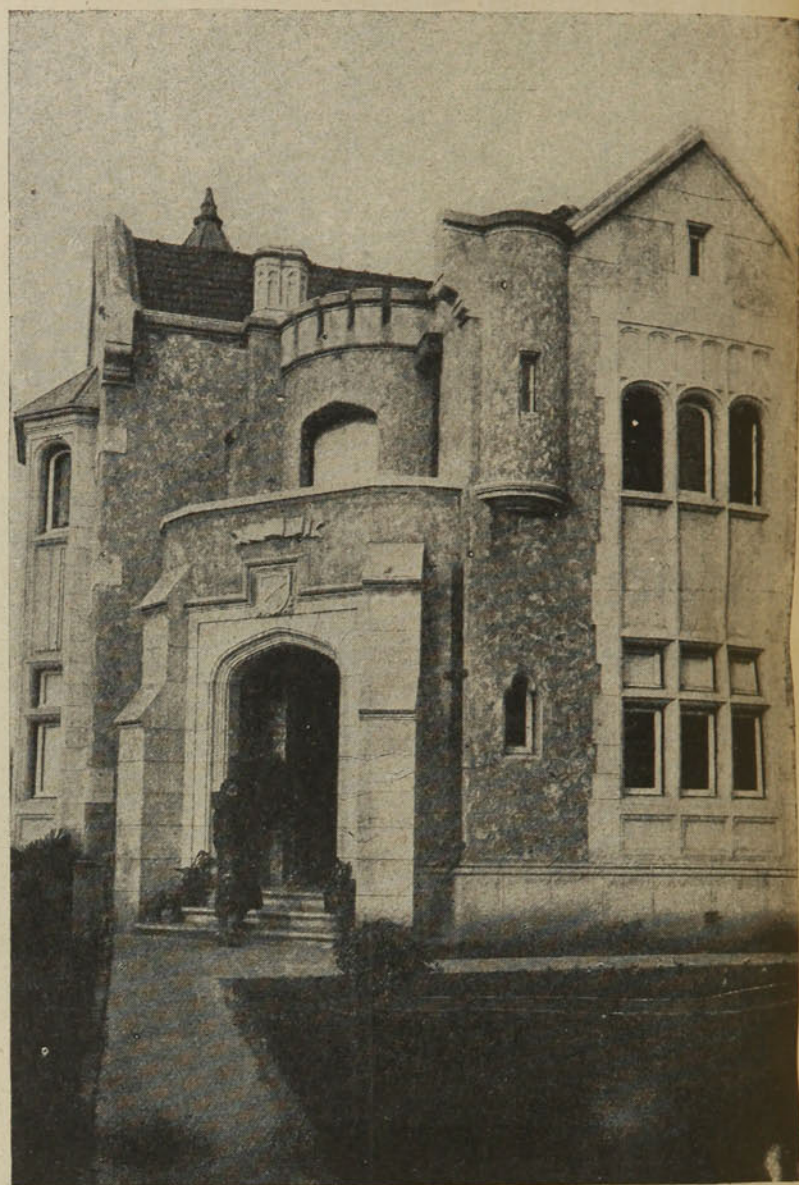
—¿Qué ramo cursó allí?

—Inglés. También castellano. Me recibí de profesora en este último ramo.

—¿Y cuando reanudó sus actividades literarias?



La señora Amanda Labarca en su estudio



La casa de la señora Amanda Labarca Hubertson.

—Después que me casé. Como lo he dicho, me casé a los dieciocho años y luego después publiqué un estudio sobre Eca de Queiroz, con el cual estudio debuté en las letras.

—¿Qué o quién ha ejercido mayor influencia sobre su literatura?

—Mi marido. Es el único que ha ejercido influencia en mí, puedo decirlo. Como crítico, ha sido conmigo sumamente severo, pero no ha dejado de alentarme jamás. El me ha vuelto tímida ante el temor de publicar cosas mediocres. Me ha vuelto tímida con su ejemplo. Ud. sabe "Mirando al océano", el libro de mi marido, logró todo un éxito, pero nunca se ha resuelto a reincidir.

Comentamos el caso verdaderamente insólito de Guillermo, que, a pesar de todas las insinuaciones de sus admiradores, se niega a continuar escribiendo, de miedo a una realización inferior a sus posibilidades.

—¿También hace Ud. una revista infantil, "Mamita"? le digo. Yo creo que ha dado justamente en lo que puede gustarles a los niños.

—Ha sido todo un éxito—me dice Amanda—contenta de que la lleve a un terreno que la entusiasma. Es una revistita que ideé yo totalmente y que hago en colaboración con Universo. Para hacerla, tengo en vista a los niños de seis a diez años.

—He leído un número con su cuento de Selma Lagerlof, versos y otras cosas pequeñas.

—Es una revista a base de un cuento. Yo quiero a los niños con pasión y como la literatura infantil barata, es escasa, he querido hacer una revista a precio ínfimo para que esté al alcance hasta de los más pobres. No se puede privar de lectura a los niños pobres. No hay lectores tan insaciables y apasionados como los niños. No podemos por lo tanto dejar sin lecturas a los muchísimos niños pobres que tenemos.

—Está muy bien ilustrada "Mamita".

(Continúa en la pág. 21).

MELANCOLIA DE PAYASOS

Antiguamente, en nuestras tierras indoeuropeas se re-
clutaban por lo general los santos de la iglesia entre los cala-
veras de la peor calaña, tal vez para confirmar la palabra
evangélica según la cual el cielo se interesa sobre todo por el
arrepentimiento de un pecador. San Ignacio de Loyola fué
un calavera y un señorito pendenciero, “muy amigo de galas”
dice el padre Rivadeneira, antes de fundar la orden de los
Jesuitas y es probable que sólo comenzó a arrepentirse, a “ha-
cer anatomía de sí” cuando le astillaron la pierna en el sitio
de Pamplona; Miguel de Mañara, muerto en Sevilla en olor
de santidad, había deshonrado a mil y tres mujeres; la reca-
tada sor Juana Inés de la Cruz es-
cribió versos de profano y candente
amor que pudiera firmar la condesa
de Noailles; mi patrona Santa Rosa
le pedía celos a su esposo divino
cuando llegaba tarde a la cita del
huerto: “Quién será la dichosa que
lo entretiene”, tarareaba la exquisi-
ta limeña descontenta.

Hasta ayer estos lindos excesos no
ocurrían en Francia. La santidad y
la diablura, digamos la profanidad,
eran cosas perfectamente delimita-
das. O la despreocupada señorita Ma-
nón o la celeste zagala libertadora
que fué Juana de Arco y Teresa de
Lisieux, santa de moda si es lícito
acoplar esta frívola palabra con el
título del galardón divino. Pero en
París nos asombra, por ejemplo, que
Ana Lavallière, después de haber levanta-
do de la pierna por encima de todas las de-
cencias, acabe favorecida con la alta gra-
cia muriendo oleada y sacramentada como
una santa. Aquellos inmensos ojos de cole-
giala lloraron un pasado de exquisitas fla-
quezas con tan entrañable afán, que la Igle-
sia acudió a rimir los so-
llozos con su música de
miserere.

Miércoles de ceniza, en
Saint-Germain l'Auxerrois,
Compungidos, silenciosos,
mohinos, se arrodillaban
ayer hombres y mujeres
que no tenemos costum-
bre de ver juntos en tan
santo lugar. Estaban ahí
Forain, que ha acusado a los hombres con su carbón de in-
fierno; estaba Dominique Bonnaud, que canta verdes mali-
cias en una “caja” de Montmartre; estaban, vestidas de ne-
gro, mozas de París cuya profesión es posar en cueros para
los pintores de Montmartre y de Monparnasse. Era la misa de
Willette, la patética misa que el gran artista patrocinó para
rogar por todos sus colegas que morirán en el curso del año.
Idea tremenda de poeta y de católico energúmeno.

¿Recordáis el nombre de Willette? En viejas crónicas de
Gómez Carrillo os habéis familiarizado tal vez con el amigo
de Pierrot, con el inventor de la Vacalgada, con el terrible
dibujante “shoking” que le pintó a la reina Victoria un ro-
stro de ... posaderas, y nunca pudo regresar a Inglaterra por-
que le hubieran condenado a cadena perpetua por delito de
lesa majestad. Cuando el exquisito bohemio quería retratar su
alma, pintaba una linda marquesa de ayer, en el instante de
bajar de su silla de manos. Sólo que esta versallesca “chaise a
porteurs” la cargaban un ángel por delante y un rabudo sá-
tiro por detrás. No se sabe exactamente cuándo el ángel de-
rrotó al caprino, y en los últimos años de su vida Willette es-
cribió excusando su pasado una deliciosa plegaria de peni-
tente: “Señor, ¿por qué nos diste tan linda compañera? ¿Se-
rá un pecado reproducirla tal como es y al hacerlo, como re-
producimos el tigre, la abeja y la rosa, no nos has prestado
a nosotros los artistas nueva ocasión de rendirte pleito home-
naje, ¡oh! Divino Maestro?”

Sólo a un travieso artista se le puede ocurrir semejante
sutileza teológica. Como el personaje de Anatole France, Wi-
llette alababa a Dios en sus obras. Pero los años vinieron con
su séquito de achaques y quebrantos. Solía ya pintar escenas
de Navidad y su mejor desnudo era el Niño Jesús. Se puso a
escribir cosas amargas, cosas ardientes, cosas tramadas con
cenizas; se puso a escribir plegarias que tenían acento de sal-
mos y bienaventuranzas: “Quienes te saludan, Señor, antes
de morir son los artistas, esos simples de corazón que desde-
ñan el oro diabólico, esos arribistas que aspiran a la gloria
de estar sentados a tu diestra”. Si a los frívolos les da por
ser patéticos, nadie rezuma tan acedamente como ellos la
amargura del mundo. ¡Ay! de tanto mirar el claro de luna,
el amigo de Pierrot se había vuelto lunático de remate.



¿Concluirá también así Carlitos Chaplin, el payaso tris-
te? Va a llegar a París dentro de pocos días y el dibujante
Cami pide la Legión de Honor para aquel “ángel de la
risa”, aquel “Quijote de los vagabundos”, como él lla-
ma a su amigo íntimo. ¿Cómo se pondrá la condecora-
ción? Problema urgente. Desde hace un mes, la conde-
sa de Noailles preocupa el público de Francia con esa in-
certidumbre sensacional que ella transmite a los pe-
riodistas. Es la primera mujer a quien otorgan
la corbata de la Legión de Honor. Mujer guapa,
coqueta, un poco infernal. si hemos de creer un
cuento de Barrés. ¿Dejará reposar la cruz de
los beneméritos entre las dos pomas de la ten-
tación? ¿Atará la cinta
roja a la cabellera rene-
grida? Cuando el mayor
de los Fratellini fué con-
decorado, resolvió el pro-
tocolar litigio ciñéndose
una inmensa banda roja
y una cruz descomunal
que arrastraba por la are-
na del circo. Comprende-
mos que a una poetisa ofi-
cial no le quepa ese atre-
vimiento. ¿Qué hará a su
vez Carlitos, payaso ilus-
tre y millonario? Desde
la estación lo han de acoger
el entusiasmo y la hi-
pérbole. Tendrá que can-
tar su amor a París ante
el micrófono de la esta-
ción de San Lázaro, pero
cuando vaya a visitar, con
un ramillete en la mano, al Soldado Desconocido, no se atre-
verá a llevar en su hatillo su habitual indumento. ¡Qué lásti-
ma! Unas botas de menesteroso, una caña de pescar desi-
lusiones no estarían mal junto a los atributos de la reveren-
cia universal en la tumba del gran silencioso anónimo. Y a
pesar de que al pasadista Carlitos no le placen, las películas
habladas, la imaginación sustenta fácilmente uno de esos
diálogos con los muertos que fueron antaño moda literaria.
¡El soldado y el clown tendrían tantas cosas que decirse! Pro-
bablemente, la inanidad de la gloria sería el tema preferido
de su doble monólogo. El recluso sin nombre y sin historia
llega a la paradójica celebridad por haber sido carne de ca-
ñón en la locura del mundo, osamenta solitaria bajo una cruz
de madera desportillada por la lluvia y el ábrego. Le dieron
lo que no pedía: la gloria. No pedía sino seguir respirando
este aire de Francia, cuyo melado efluvio — cuando regrese
la primavera dentro de pocos días — se entra por el alma y
la conturba delicadamente. Amó sin duda. Quizá transita por
París la mujer que fué suya y que se consuela porque “los
ausentes nunca tienen razón”, como dice la cordura de Fran-
cia. Tantas coronas, tantos uniformes, tantos discursos, ¡qué
ironía! No es más feliz este payaso que viene a Europa para
visitar los santos lugares en donde ha llorado de niño, el ba-
rrio donde mendigaba y la casa en donde tembló de frío. Uni-
camente a un payaso se le ocurre semejante cruzada para
aburrirse más, como si ya

(Continúa en la pág. 21).

EL VIRAGE

CUENTO POR MAX FISCHER

La existencia de Juan Boch, a los veinticinco años, parecía admirablemente orientada. Recta hacia la felicidad.

Desde que Juan Boch se había hecho hombre, había soñado con casarse con Ivonne, la hija del gordo colono de su aldea natal. Ivonne Dea, que poseía ojos profundos, que era robusta y sana, que gustaba de él y de quién él estaba enamorado.

Había podido, en los comienzos de la primavera anterior, conducir a Ivonne a la iglesia y a la Alcaldía de Luisemer, la aldehuela donde habían crecido, casi frente a frente.

Las circunstancias, les habían permitido a su mujer y a él, realizar pronto, su ambición común.

Algunos meses más tarde, habían podido dejar Luisemer y venir a establecerse, como dueños de garage, cerca de Pa-

A continuación de este doble duelo, tan brutal, la desesperación había invadido a Juan durante largos meses.

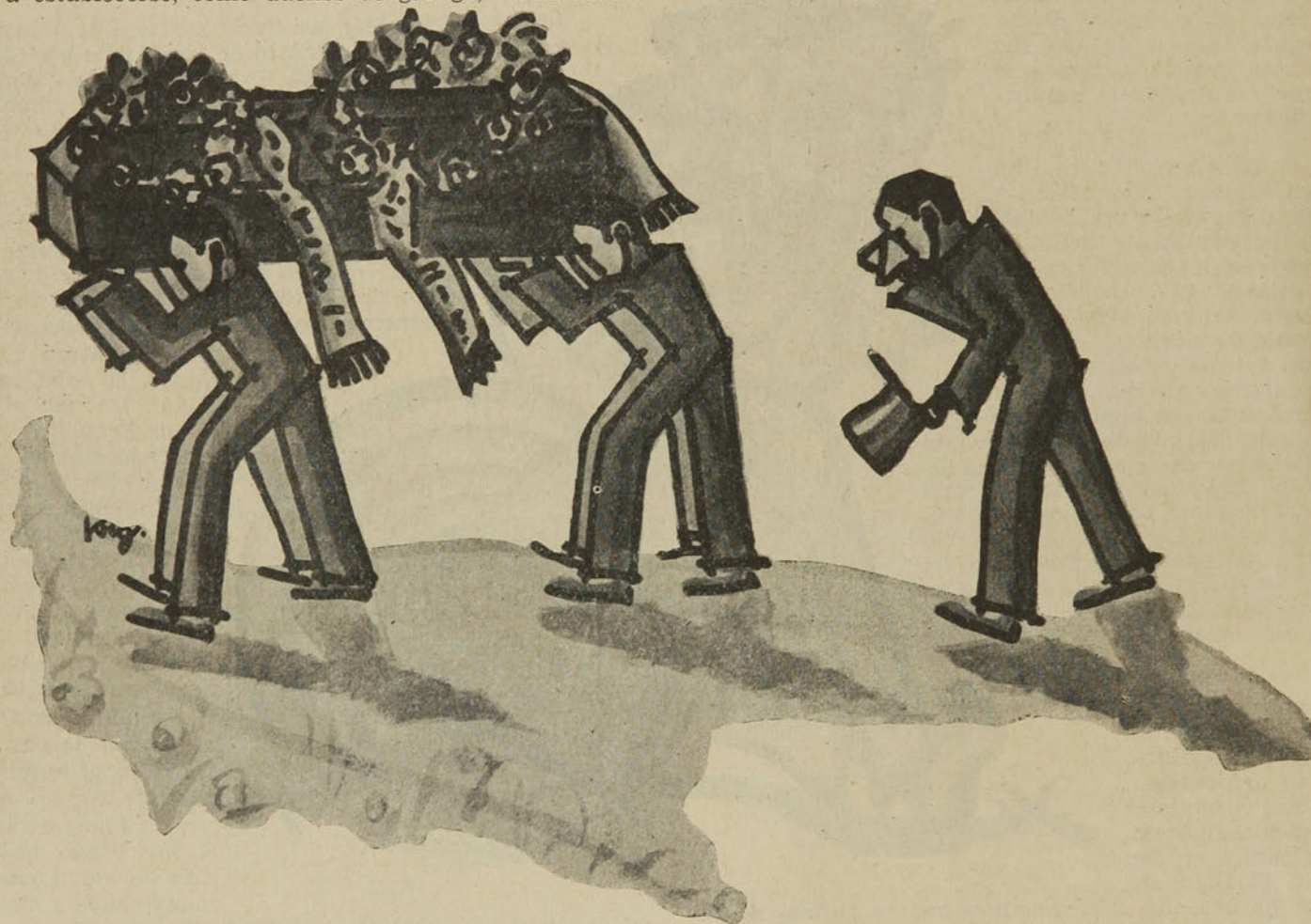
Ciertamente, había comido, dormido y trabajado; abierto su garage en la mañana, y corrido sus puertas en la noche.

Pero todo eso lo había hecho automáticamente, como si no tuviese, para cumplir todos sus movimientos, sino que obedecer a reflejos. El dolor se había instalado en él, desde el corazón al cerebro.

II

Un año después, a fines del verano, Juan encontró una tarde, en casa de amigos a María Trinchart.

María Trinchart era una bella muchacha, de belleza pro-



rís, a la salida de Saint Germain, en la calle de Pontoise, en una excelente entrucijada.

Todo ésto se los había dado el destino como por milagro: el poco dinero de la dote de Ivonne fué a tiempo completada, por un préstamo a largo plazo que les hizo un viejo rentista de Luisemer, un buen hombre que había tenido fe en la feliz entente y en el coraje y el ardor para el trabajo, de la joven pareja.

Una encantadora niña, risueña y regordeta, les había nacido pronto a Juan y a Ivonne, justo el mismo día en que la joven cumplió veinte años.

—No se puede negar que tengo suerte — gritaba Juan. — ¡Dos fiestas en el mismo día!... ¡Ah! ¡No tendremos tiempo ni siquiera de respirar en este día, cada año!...

Tres meses más tarde, la niña murió en pocos días, a causa de una tifoidea.

Antes que Juan Boch, hubiera tenido tiempo de secar sus primeras lágrimas, Ivonne, la mamá, su mujer, que había contraído el mal de la pequeña a su cabecera, había obligado a Juan a coger de nuevo la ruta del cementerio una mañana, sollozando atontado, detrás de un segundo ataúd.

vocativa, con treinta años desnudos de finura, pero ricos en instintos y en malicia.

Y este joven viudo desamparado, a quien los golpes de la suerte habían tornado temeroso, había resultado para ella una buena presa.

Sin embargo, habíase dado cuenta que las llagas de Juan no estaban del todo cicatrizadas, para que fuese posible tentar posibilidad de hacerse amar por él; éste sentimental como era, habría creído seguramente insultar a su muerta, dándole siquiera un poco de su corazón. Pero debía ser posible domesticarle, compadeciéndole. Y apoderarse de él en seguida por los sentidos, por los sentidos, demasiado tiempo en reposo, que a la primera invitación, le arrojarían en los brazos que se le tendían en momento oportuno, como un lazo.

Dos meses más tarde, María era la querida de Juan.

La continencia de su viudez, había dado a Juan una virilidad nueva.

María no había tenido necesidad de representar con él la comedia de la hartura, porque él había comprendido muy bien que el cuerpo de esa muchacha vibraba al tenor del suyo.

Se había picado con su propio juego, sirviéndose a sí mismo de entrenador, en esta carrera animal hacia el goce.

De semana en semana, de mes en mes, se apegaba más

a María, a su piel cuidada, a su sonrisa un poco vulgar, a los gritos de alegría que ella le lanzaba al rostro en ciertas horas, a sus caricias pacientes o locas, al arco tibio de sus brazos cruzados sobre la nuca.

III

Un día domingo en la mañana, Juan había sabido de repente, que María le engañaba con Pedro Verú un muchacho de Luisemer, que el había hecho venir para trabajar a su lado en el garage, un camarada de su niñez, que amaba mucho, y de quién jamás habría pensado en sospechar.

En el mismo momento, habría sabido que María proyectaba dejarle pronto, a él, a Juan, de dejarle, para marcharse con otro.

La primera inspiración de Juan esa mañana, había sido: arrojarlos a ambos de su casa a punta pies. La segunda, separarlos para siempre, matándolos como a perros; meterles una bala a cada uno.

La tercera, suprimirse él, él, Juan, que no había sabido ni conservar su felicidad con Ivonne, ni proteger su miserable alegría con esa ramera. Y arrastrar a Pedro con él, en la ruina.

Un cuarto de hora después, llamaba a Pedro.

—¡Eh! Pedro, ¡eh!...

Pedro, venido a su llamado, había dicho:

—Di, pues, viejo. Saca el torpedo... te lo ruego. El grande, sí. Vamos a Nantes, a casa de un cliente. Para... un trabajo. Te llevo. Yo manejaré.

En el volante, Juan había precisado su resolución: suicidarse.

Y en el mismo gesto, asesinar a Pedro.

Terminar.

Esta inmundicia que su amigo y María acababan de hacerle, en seguida de la doble desgracia de la muerte de Ivonne y de la niña, ¿no le probaba que la suerte, después de haberle permitido descontar demasiado a la vida, se había decidido ahora a encarnizarse contra él?

Pedro se había sentido sorprendido en seguida, por la velocidad que Juan le había imprimido al coche, durante esta inopinada carrera.

Se había sentido alarmado por el mutismo feroz de su compañero.

Había murmurado, esforzándose en sonreír:

—Di, pues, viejo, di pues... Vas a hacer que tenga palpitaciones de corazón, si sigues así. ¡Mira que me estoy ahogando!

El sonido de la voz de Pedro, había exasperado a Juan.

—¿Se ahogaba? Pues bien, que se ahogara. ¿Por qué se metía en esas cosas? ¡Ya vería pronto si se ahogaba, o no!

Juan había dirigido una mirada al reloj del tablero.

Cuatro minutos para las doce.

“Antes de cuatro minutos”... había pensado.

sional, y no de cumplir, de cualquier modo, un gesto desesperado, se había sorprendido, (estupefacto él mismo de su sangre fría o de su total inconsciencia) preguntándose: “Un accidente, sí, ¿pero cual?... ¿La cabeza rota, producida por una frenada demasiado brusca? ¿Una vuelta de campana a causa de un choque con una piedra cogida a toda velocidad? ¿Virage demasiado cerrado?”

Faltaban tres minutos.

Juan había pensado que, lanzando el coche a esta velocidad, alcanzaría sin duda el gran virage de Blins, a medio día.

Decidió que en ese virage, en ese peligroso virage que conocía bien, dejaría que el coche se volcara contra la cuneta.

Un gran coche les precedía.

Juan decidió rozarlo, para tentar, en el pequeño virage que se perfilaba, una especie de ensayo de virage frustrado, antes del gran virage de Blins, el último.



Una vez pasado el coche, Juan, a fin de entregarse a su absurda experiencia, cogió el pequeño virage muy corto, tan corto que...

Un ruido formidable.

El silencio.

Juan despertó de su desvanecimiento, en una especie de gran hall que no conocía.

Estaba tendido sobre un colchón.

Otro colchón, estaba puesto al lado suyo, sobre el enlosado.

Juan había visto un desconocido, inclinado sobre él.

El desconocido le había dicho:

—Soy el profesor Brosset, el cirujano.

Y había agregado:

—Ocupaba el Rolls, que vosotros habéis pasado al hacer el virage. Inmediatamente después del choque, (hace alrededor de un cuarto de hora), os he hecho transportar aquí, a mi casa. Estamos sólo a trescientos metros del lugar del accidente.

Habiendo cogido la mano de Juan entre las suyas, prosiguió:

(Continúa en la pág. 21).

Y como si se tratase de preparar una experiencia profe-

ELOGIO DEL PUEBLO ITALIANO

Por GABRIELA MISTRAL

El pueblo italiano vive en las ciudades una vida moderna sin frenesí moderno, la de la burguesía latina que, al cabo, es la más refrenada entre todas las burguesías, y vive aún la del artesano medioeval.

Pero, naturalmente, el campo es allí, como en todas partes, más castizo que la ciudad, y las masas rurales son la italianidad "ciento por ciento" y una latinidad virgiliana que mama todavía en la ubre clásica la única leche indudable entre las leches de este mundo.

Este pueblo conserva el legado de Roma más el legado del diamontés, el toscano o el umbrío, y lo que Roma le da de razón dura, la miel regional lo suaviza. Lo mismo contempla el orgullo de su historia con la modestia del perímetro presente y así viene a ser modesto sin ser olvidado.

Este pueblo conserva la apretadura de la familia entre el carnaval aventador de los vínculos de la época y, para el viajero, es lindo completar en Italia la intensidad del paisaje — mar fuerte, sol robusto — con la sensación caliente del lago familiar y del lago humano en general.

Se acuerda uno de "la repugnancia de los tibios" por Dios, que cantó Santa Teresa, viendo vivir estos ardientes. Ese pueblo guarda su pasión, "su corazón de carne", sin entenderlo, lo guarda para el momento en que las razas, cuyo cuerpo entero se vuelve seso, no puedan más con su cara, sus vísceras, sus brazos y sus piernas de seso... Contra el endurecimiento por el intelectualismo lunar y contra la imbecilización por el mismo, se conserva y se cuida su "corazón de sangre", el triángulo caliente y calentador, este pueblo, al que llaman los racionales "instintivo", siendo seguramente el racional de veras.

Este pueblo ha hecho al cristianismo el bien de continuarle el festón de oro de la alegría y de hacer que no se apague entre los cristianismos negros o rojo-desollados.

Este pueblo dió a San Francisco de Asís, sílaba segunda del Evangelio soldada y pegada a la primera, única manera cristiana que saliendo del clima del Evangelio, no nos hace caer verticalmente ni sentir la extrañeza ni la desfiguración del país jesucristiano de donde se viene bajando. Muy grandes son las otras piezas que la Italia de cualquier tiempo ha ajustado al mundo; pero pudiera ser que el franciscanismo fuese la más preciosa por ser la más difícil de ajustamiento y de material.

Este pueblo labra, talla, decora, tiñe, teje, cantea, forja, fabrica, vende tanto como cualquiera otro, con la ventaja sobre los otros de que, usando la máquina, sigue usando también la mano para no barbarizar su cuerpo. Las manos del obrero industrial ya no dicen nada ni importan nada y han pasado a ser más o menos como la pezuña de la oveja y menos que la manita del topo.

La mano del artesano florentino o veneciano nos pone, todavía en vida, las ganas de besarla en agradecimiento de sus primores, y de cortarla, cuando se muere, para los museos de oficios.



Krigo

Este pueblo sigue siendo soberanamente campesino, y es la tierra la que le salva de las "malaria" y las epilepsias del tiempo. Nadie ha averiguado bien hasta qué punto el vivir paso a paso con las estaciones acuerda a las gentes con cierta entraña del plane y los dioses; aun no nos hemos ta que es patrona dada por Dios puesto a observar con cuidado qué hay en el agavillar, en el vendimiar y en el recolectar frutos para que Virgilio, por sólo ver y contar eso, nos parezca más hombre — y padre de hombres — que los demás poetas.

Este pueblo, y es su única desgracia, está haciendo el oficio de proveedor de carne óptima para los pueblos que no dan hijos, desde Francia — donde está bien que vaya — hasta Estados Unidos. En perdiendo grados de sol, ráfaga de

mar y el clasicismo de su paisaje; en cuanto deja de usar el hilo de miel de su lengua, y ni la habla, ni la oye, él pierde, con esa reverberación exterior e íntima, de suelo y de lengua, el golpe de su sangre y, como si dijéramos, la anchura de su aurícula pasional y, con ella, la de su creación, que de allí le viene.

No es ambición a secas ni avidez antojadiza lo que hace gritar a Mussolini su letanía de colonias. Tiene razón, tiene toda la razón. La italianidad se estropea en no sé qué tegúmeno del alma en cuanto el italiano sale de su lar geográfico, del ribete mediterráneo y de la cifra espiritual mediterránea. No es que degenera moralmente, siendo su moralidad la sin poros del metal; no es que lo aplasten prosperidades sajona desaforadas; es que se le turba el ritmo de la costumbre y que debe aceptar la creación en lotes creadores que no son los suyos; es que debe caer en la aceptación de conceptos de la vida que son la réplica de los suyos y es que debe arrimar su misión a misioncitas ajenas y se entristece si se da cuenta de lo que hace acogotado por la necesidad.

Este es, pues, el pueblo que todavía discuten por allá y por acá los que no saben mirar lo que les llega, tocar lo que les codea y agradecer lo que les ayuda.

Esta raza que maduró el clasicismo griego con esa manera de madurar que es la paternidad de pueblos (que Grecia sola no quiso o no supo cumplir); estas gentes que dieron la mejor de la Edad Media entre las europeas — la más delicada y la menos morbosa — y que reventó en la flora más violenta de los violentos Renacimientos europeos, cuando vinieron sobre ella los tiempos modernos, difíciles de manejar y de vivir por un pueblo que había manipulado materiales tan contrarios a ellos, también se puso a crear ciencia y a entregar industrias. Dígase lo que se diga de la torpeza latina para el campeonato científico-industrial,

Italia ha peleado la buena lucha de la competencia con el anglosajón. También aquí, ventajas para ella. La ciencia italiana, el invento italiano, el industrial italiano, no se han puesto como sus congéneres a desjarretar la tradición, a pulverizar su espiritualidad — tórax de su genio — ni a enloquecer su costumbre so capa de contentar y servir así a la recién llegada, a la ciencia positiva.





—¿De manera que tú te figuras que lo sobrenatural interviene en los asuntos de tejas abajo?

—Indudablemente, lo creo a pies juntillos... no, no te rías, lo digo completamente en serio. El carro cargado de heno que pasa al lado de la torre en el preciso momento de despedir la campana al chiquillo que la estaba volteando, para que, cayendo la criatura sobre él, no se estrelle contra los cantos de la plaza; el árbol desgajado por el viento, que se derrumba a la vera del infortunado a quien arrastra la corriente de un río, sirviéndole de puente entre la eternidad y esta vida miserable; el suceso fortuito que entorpeciera el viaje en el tren que descarriló, o en el barco que se fué a pique, no me cabe duda de que fueron guiados por una mano misteriosa, que nosotros no podemos ver, pero que existe...

Verás... Poco antes de que tu llegaras, salvé la vida a una mosca que se estaba ahogando en mi vaso, acercándole mi palillo de dientes para que, trepando por él, saliera del agua.

Pues cuando el pobre animalito, encaramado en el borde de la copa, se limpió las gotillas de agua pasando las patitas traseras por encima de sus alas lacias, y de un vuelo se marchó por esa ventana en busca de la luz, que es alegría, y del sol, que da la vida, se me ocurrió pensar: "¿Me habrá visto? ¿Sospecho acaso que mi mano, compasiva, fué quien acercó el trocito de enebro para que ella se salvase? ¿O pudo creer, si razonan las moscas, que fué tan sólo coincidencia?"

—¡Ah! Vamos; por eso suscitaste la conversación.

—No, perdona; fuiste tú quien la ha suscitado: coincidencia.

—Como lo es todo en este mundo: casualidad, coincidencia.

—No, no..., escucha. Hace ya bastantes años, más de veinte, estaba yo en un pueblecillo de los montes de Toledo levantando unos planos; como auxiliares míos llevaba tres o cuatro hombres.

El sitio donde había de empezar mis operaciones estaba lejos de la aldea, cuatro o cinco horas atravesando inacabables rañas; así llaman en aquella tierra las llanuras inmensas y monótonas de pegajosas jaras.

El camino se me hacía interminable, y harto de fumar cigarrillos y de dejar a la imaginación ir y venir por donde le cupo en gana, detuve mi cabalgadura y esperé a mis obreros, que, como toda la gente rústica, se tragaban las leguas conversando sin descanso.

El tema de su charla, cuando me alcanzaron, era seme-

jante al que me has suscitado. Uno de mis criados sostenía contra todos lo mismo que yo sostengo ahora, y, como argumento decisivo, nos narró el sucedido que con sus mismas palabras voy a referirte.

"Va pa siete años — nos decía — estaba yo de agostero en ca del secretario; ya entonces me había casao y hasta había nació el Chiripa; bueno, el amo no sabe quién es el Chiripa; el Chiripa es muy chico, señorito; yo mesmo le puse ese mal nombre.

—¿Tú?

—Sí, señor — intervino otro obrero —; es que éste y su mujer escentaron el pan antes de sacarlo a la cocina.

—¿Cómo?

—Na, señorito, que mi muchacho nació justamente al hacer cinco meses que nos casamos.

—¡Ya!

—Pues por eso y porque después no habemos tenio más familia di en decir que aquello había sío una chiripa, la gente escomenzó a nombrar al muchacho de ese modo, y por Chiripa le conocemos yo y su madre.

Bueno, pues estando que estuve de agostero en ca del secretario, vino a servir a su

casa una moza de santa Quiteria, guapa como ninguna, mejorando la que sea de su agrado, señorito; rubia como el trigo, con unos ojazos cenicientos, cuasi tapaos con las pestañas largas, negras, retorcias, bien metia en carnes, al andar cimbreaba en la cintura, y to aquel cuarpo parecía que lo habían hecho de vellón de lana..., bien que éstos la conocen y no me dejarán mentir, la Milagros, la de la tía Petra.

—¡Mira éste! Ya lo creo.

—A mí aquella mujer se me metió en la entraña, y Dios Santo me perdone, pero renegué de la madre de mi hijo, que era un estorbo pa que yo me llegara a aquel peazo de gloria, que se convirtió, por el deseo, en tenaza que me arrancaba a cachos el sosiego.

Un día... el amo me mandó a Alcaudete a llevar yo no sé cuáles papeles; el día estaba caluroso, se barruntaba la tormenta, en lo alto de las encinas cantaban las chicharras, se acarraba el ganao en los barbechos, y a la sombra de los berrocales se tumbaban las cabras rumeando, cerrando los ojos, dormilonas, y tosiendo alguna que otra como viejas acatarrás.

Por encima de los picos de la Estrella asomaron unas nubecillas blancas, que se apretaban unas contra otras.

Cuando volví de Alcaudete, por la tarde, el nublao se echó encima; escomenzó el viento a voltijear las abulagas y los cardos, a levantar torbellinos de polvo; principiaron los truenos a retumbar en aquellos barrancos y las culebrinas a centellear entre las nubes; zumbé dende lejos el ruido de la tormenta; cayeron al principio goterones como nueces, formando hoyos en la argila del camino, metiéndose por el sentío el olor a tierra mojada, y al estante destapó Dios las cataratas de los cielos.

Mi suerte fué que estaba a cuatro pasos del molino de Pelambres y en él tuve cobijo, aguantando el nublao, que duró valiente rato; cené con el maquilero, y cuando abajó un poco el agua de color de barro que tapaba la presa, me escalcé de pie y pierna y, apoyao en la cachava, salté las pasaderas que hay por debajo del azarbe.

Era cerca de media noche cuando llegué al pueblo.

No se sentía más ruido que el ranrear de las ranas en el lavado del ejido.

Unos cachos de nubes negras, que habían quedao de la tormenta, corrían por el cielo, tapando a ratos las luces de la luna.

Y para que vea usted, señorito, cómo se ponen las cosas pa perder a un hombre o salvale, si a mano viene.

(Continúa en la pág. 67).

Página de las Mamás

Alrededor de la Cuna

Vamos a abordar ahora, un capítulo extremadamente importante: el de la higiene alimenticia, que representa en la vida del niño un rol a lo menos tan capital, como su higiene corporal. No podríamos recomendaros bastante, el que aseguréis a vuestro bebé la mejor leche posible, así como un amamantamiento escrupulosamente reglado. Esas son las condiciones primordiales que hay que observar, para hacer del pequeño ser frágil y lloroso que acaba de nacer, un niño vigoroso y sano.

Lactancia al seno. — Salvo prohibición formal del médico, en caso de gran fatiga de la madre o de enfermedad contagiosa, una madre debe amamantar a su hijo, porque la leche maternal es para él, el mejor alimento, el que la naturaleza ha dosificado exactamente para las necesidades de su desarrollo. Es pues, el alimento que le conviene perfectamente, ya que ha sido hecho para él. Es rarísimo que la leche de la madre sea perniciosa para el niño, cuyo estómago digiere esta leche mejor que ninguna otra, y la mortalidad infantil alcanza a seis veces más bebés alimentados artificialmente, que los que se han alimentado al seno materno.

Es preciso luchar contra las tendencias egoístas de las madres jóvenes, demasiado modernas que, por consideraciones de coquetería, rehuyen este deber, a veces penoso, hay que confesarlo. Pero ellas encontrarán, en revancha, esa alegría pura que proporciona el sentimiento de un deber sagrado. Por otra parte, la lactancia del niño, les permite convalecer más rápidamente y evita para ellas ciertas enfermedades a que están muy a menudo expuestas las mujeres: fibro-

mas y hemorragias.

Cuando sucede que una mamá no tiene bastante leche o sus ocupaciones no le permiten amamantarlo completamente, puede al menos adoptar la lactancia mixta, ayudándose del biberón.

El niño criado al pecho, sólo debe tomar leche. Es muy raro que sea

ra el estómago del niño y fatigan a la madre.

He aquí el número progresivo de tetadas, durante los primeros días.

Según un célebre médico, el segundo día, el bebé tomará cuatro comidas de cinco gramos. El tercer día, cinco a seis comidas de diez gramos. Desde el cuarto y quinto día, le pondréis al pecho cada dos horas y media. Tomará siete comidas en veinticuatro horas, con un reposo de seis horas, fijado entre una y siete de la mañana.

Algunos médicos, no están absolutamente de acuerdo sobre las dosis y número de comidas del recién nacido, sin embargo, nosotros creemos poder afirmar, que el número razonable de las tetadas, es de ocho a partir de la segunda semana, y durante todo el primer mes, de siete, durante el segundo mes, y de seis, en los meses siguientes.

Por otra parte, la experiencia llega naturalmente a las mamás que, según el apetito de su bebé, llegan a determinar las cantidades que le convienen. Lo que importa, es no pasarse de 1000 gramos de leche por veinticinco horas, porque el exceso de alimento traería una dilatación de estómago peligrosa para el niño.

Escuchad aún estas recomendaciones.

Es preciso que la mamá se lave cuidadosamente las manos, antes de dar el seno.

No debe dejar

que el bebé duerma mientras mama. Mientras bebe, ella le tiene acostado sobre sus rodillas, y sostiene la pequeña nuca con sus brazos, para que pueda respirar libremente durante la mamada y no aplastarle la nariz contra el seno en su alegría voraz de beber. Es bueno retener el seno entre los dedos índice y medio impidiendo que el órgano se encuentre con la nariz del niño.

Si el bebé toma mucho, es preciso interrumpirle de tiempo en tiempo para impedir que beba demasiado ligero, a pesar de sus protestas. A veces ocurre que el bebé traga aire cuando mama, aunque beba normalmente. Es preciso entonces, durante la tetada o después de ella, acostarle sobre el vientre, sobre vuestro brazo izquierdo y golpearle suavemente.

(Continúa en la pág. 68).



LOS ENFERMOS

Por
AZORIN

Al anochecer comienzan los preparativos para la batalla nocturna. Ya ha pasado otro día; es preciso disponerse para buscar el siguiente; pero la noche se interpone, y es necesario pasar la noche. El sillón o la butaca cómoda al lado de la cama; a veces no basta un sillón o una butaca, hay que estar más constantemente cerca; no se ha de dejar ni un momento solo al enfermo. Y en ese caso, habrá que improvisar una cama cerca del lecho. Por supuesto, la luz ha sido ya arreglada para las interminables horas de la noche. Es un pequeño problema éste de la luz. ¿Cómo hemos de dormir: con luz o sin luz? Estando enfermos, ya se sabe; pero también los sanos gustan de dormir con luz; no todos necesitan la luz; más existen muchas personas que no pueden conciliar el sueño en la obscuridad. La luz parece que nos hace compañía; la luz diríase que indica que en tanto nosotros dormimos, hay quién está velando y guardando nuestro sueño.

Una luz débil, suave, en la estancia, es como si continuara el tráfago del día y nosotros, sin embargo, estuviéramos entregados al descanso; mientras que los otros velan—y esta lucecita es la señal de que velan—nosotros estamos con toda tranquilidad durmiendo. Y cuando a media noche o a la madrugada nos despertamos, vemos el reflejo débil de la luz en la pared, en un mueble, y nos tornamos, confiados, a dormir. En caso de enfermo, la cuestión está resuelta: se necesita luz durante la noche. Y ha de ser, naturalmente, una luz tenue, sedante, velada. A la lámpara eléctrica, le ponemos un pañuelo de seda; con el sutil tejido del pañuelo que envuelve toda la lámpara, se produce un resplandor difuso, vago, que no molesta a los ojos. Antes, las mariposas eran las indicadas para alumbrar la habitación del enfermo; la mariposa estaba compuesta de un vaso con agua, en el fondo, y aceite en la superficie; una torcida era encendida y daba una débil llanita. La luz del aceite es la más suave de todas; creo recordar que lo dice Juan Luis Vives en sus "Diálogos latinos", al hablar de la luz que los estudiantes van a encender para el estudio de la noche. La mariposa hasta tiene bello el nombre; mariposa de luz, tenue mariposita, que pone, con amor, con delicadeza, sus resplandores suaves en la estancia en que un ser humano está sufriendo; que alumbraba, con piedad, con cuidado, los dolores que en esta estancia sufre el enfermo. A la madrugada, la mariposa siente ella misma, la pobre, un cansancio terrible; ha alumbrado durante toda la noche, discreta y callada, y ahora tiene de cuando en cuando un chisporroteo que señala el final de su misión; se ha acabado casi el aceite del vaso; la llama llega al agua;

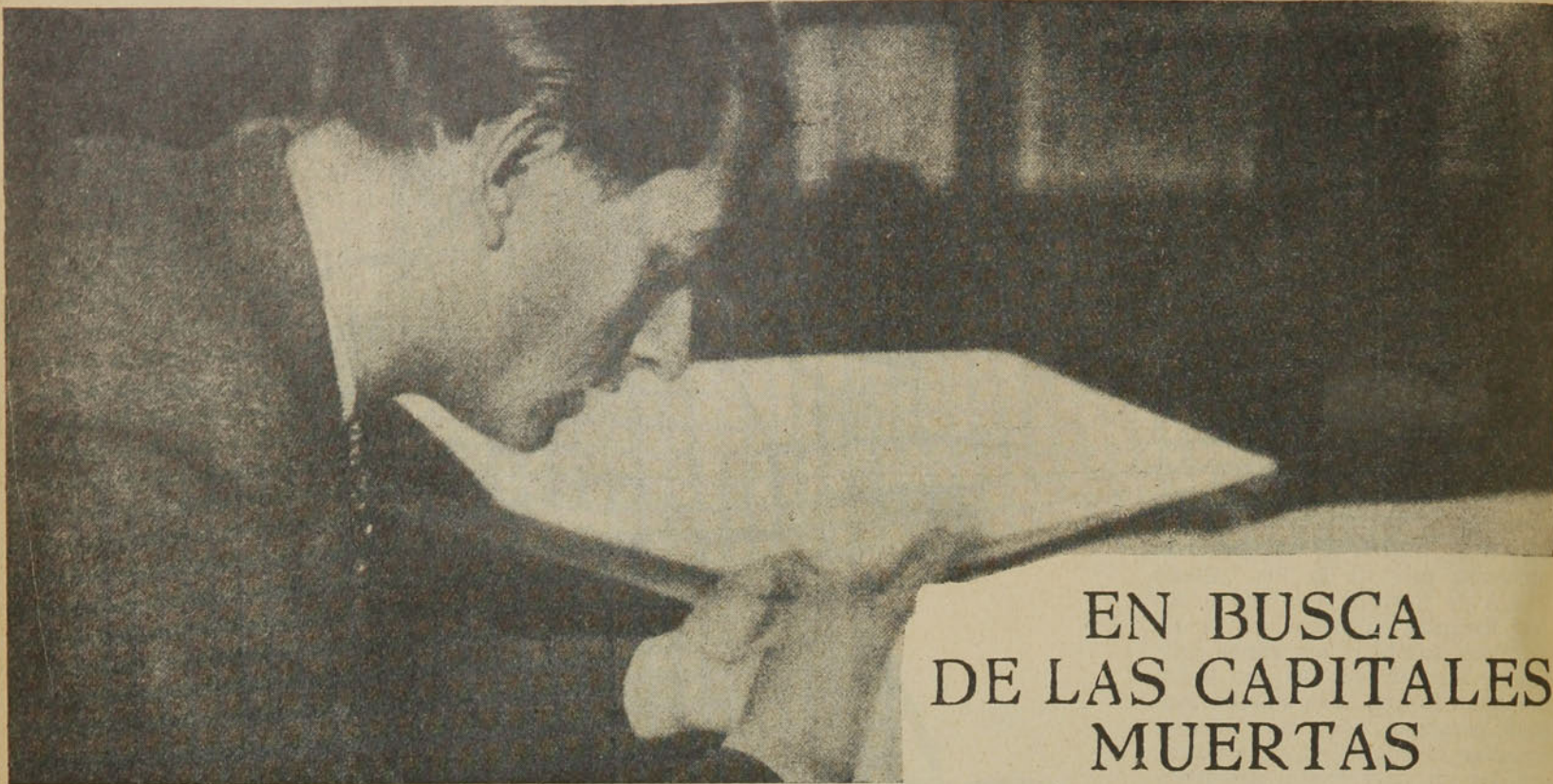
y la luz crepita dulcemente, como quejándose, sin querer; sin querer, porque la mariposa es buena, generosa, y lo que ella desea es que le echen un poco de aceite para poder alumbrar lo que resta de la noche. Pero un débil resplandor ha aparecido en las rendijas de la ventana; la aurora está ya en el cielo; el día ha comenzado. Y la mariposa no es necesaria hasta otra noche; va a tener, pues, unas horas de descanso, de reposo.

Todo ha quedado dispuesto en la estancia del enfermo; las horas de la noche son terribles para los pobres dolientes. Durante el día, los minutos han transcurrido con dificultad; pero estas horas de silencio y de soledad, son verdaderamente angustiosas. Aunque notamos que allí, cerca del lecho, está una persona querida, nos encontramos a solas con nosotros mismos: todo el recogimiento exterior de la noche parece que se concentra entre las cuatro paredes, se produce otra concentración que tiene por nú-

cleo la persona del enfermo. Durante el día hemos seguido con oído agudísimo todos los ruidos de la casa. Si la entrada no está lejos del dormitorio; si percibimos el timbre de la puerta cuando llaman, preguntamos siempre quién es el que entra. Y si no oímos el timbre de llamada, oímos, desde luego, los pasos de las personas que están en las habitaciones próximas. Llevamos de todos modos, pues, la cuenta de los que entran y los que caminan por la casa; nos distrae este recuento de los visitantes; nos hacemos la ilusión, un instante, de que no tenemos dolor; durante el brevísimo momento en que preguntamos quién es el que anda cerca, en la habitación inmediata, no pensamos en el dolor. Y este segundo—nada más que un segundo—es una batalla que ganamos a la enfermedad. Desgraciadamente, el dolor está allí; si nosotros lo hemos olvidado durante un segundo, él nos lacera durante horas y ho-

(Continúa en la 59).





EN BUSCA DE LAS CAPITALS MUERTAS

Entre todos los escritores que han llegado a los treinta años, André Malraux ocupa una situación particular, que le vale tantos admiradores como imitadores. Los partidos le reclaman, sus mayores le interrogan y le observan curiosamente.

Las gentes de acción dudan en tomarle por uno de los suyos. Los intelectuales lo adoptarían sin discusión, si sus frecuentes fugas, no estuviesen por entero dedicadas a una acción, cuyos fines aun no perciben. Las generaciones de después de la guerra, sienten por él un gusto violento y celoso, ansiosos de disputárselo a Roma o a Moscú dos puertos hacia los cuales le empujan sus deseos igualmente apasionados.

André Malraux se ha impuesto de un golpe, con un libro, cuyo son, materia y densidad, eran nuevos, pesados de misterio. Se sabía que volvía de Asia. Se le atribuían las más peligrosas aventuras. Sus "Conquistadores" parecían la transposición apenas novelada, de su estada en Cantón, en los momentos más críticos de la revolución china. Este libro obtuvo la unanimidad en los elogios. Su héroe, Garine, tenía con qué atraerse los corazones más diversos y más exi-

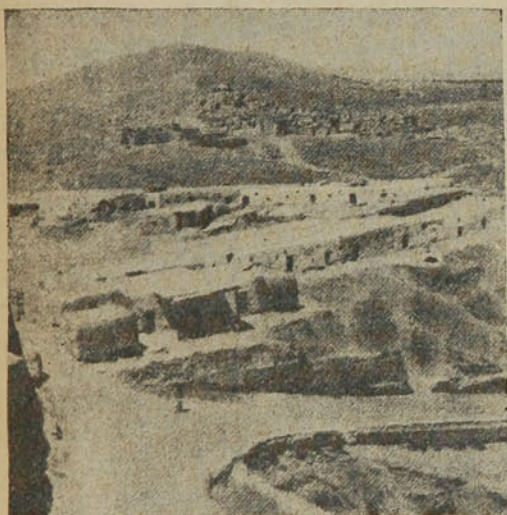
gentes. Era valiente, sin ilusiones, voluntarioso y lleno de una lúcida desesperación. Vivía familiarmente con la muerte, sin temerla, pero lleno de desprecio por esta vida que no le satisfacía.

Se ha querido ver en Garine, el retrato del autor. El relato tenía el tono y la plenitud que tienen solamente las memorias escritas por hombres de acción durante las horas de calma.

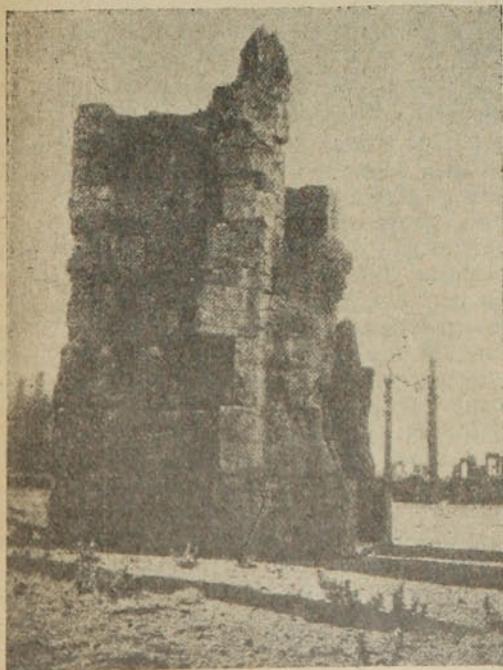
¿Qué iba a hacer Malraux, después de su experiencia revolucionaria, cuál sería su actitud parisiense, cómo conciliaría las necesidades de la vida y el amor de una doctrina implacable? Todos los que creían en él, se hacían estas preguntas.

Ciertamente ha desengañado a aquellos que, le hubieran querido ver a la cabeza de todos, lanzando manifiestos, creando un espíritu, una escuela, un movimiento. Malraux es demasiado individualista para desear ser el jefe de una capilla.

Su segundo libro, "El Camino Real", ha tenido una audiencia todavía más larga que "Los Conquistadores", pero ha encontrado críticos más violentos que no perdonaron al autor el haber defraudado sus pronósticos. En París se quiere



Ghazni, la ciudad afgana, prohibida a los europeos.



El gran Tauro, antigua puerta de Persépolis.



Un grupo de fakires de Kashmere.

que el escritor sea de una pieza, y que si sale de allí, sea para volver necesariamente. ¿Dónde irá Malraux después del "Camino Real"? Los partidarios del derecho que esperaban que el gusto de la autoridad que se adivina tan potente en él, le conduciría fatalmente hacia el orden, se sienten defraudados. Le tratan de bolchevique, etiqueta que no quiere decir nada, título que le rehusan en todo caso las gentes de la izquierda que ven en él un burgés, cuyo pensamiento sólo es revolucionario.

Malraux no apacigua ni a los unos ni a los otros. Se encuentra en él ese desprecio que encanta e irrita.

Se sabía que había pasado el verano de 1930 en Afganistán, en regiones sin seguridad. ¿Qué hacía allí? Los unos decían: la revolución, los otros, excavaciones. Volvió, trayendo en sus maletas, los más bellos espécimens del arte gótico-búdico, que arrancó a las arenas sudario de ciudades muertas. Las exposiciones que hizo la N. R. F., tuvieron el don de provocar la tempestad entre los especialistas de las artes del extremo Oriente.

Se han hecho las más inverosímiles suposiciones sobre el origen de las cabezas que él exponía. El no exponía nada ni nada desmentía. ¿No era lo esencial que estuviesen allí, expuestas sobre sus zócalos de madera negra, obsesionantes y vivas?

Malraux parte para el Asia que lo ha hechizado. Veinte veces he intentado yo, hacerle participar de mi pasión por el Africa. Pero este continente no despierta en él sino penosos ecos. Pertenece a los países amarillos. Va a recuperar el Afganistán por la ruta del Asia Menor, verá de nuevo Teherán Ispahan, y Ganzy, la ciudad prohibida. Después remontará hacia Kirman, para llegar a Karakorum, la antigua capital de Gengis Khan. En esos caminos mongoles, acampará, bajo la baja tienda que sacude el viento helado de las altas planicies. Buscará en la incierta memoria de los hombres y sobre las piedras, el recuerdo de las ciudades amortajadas. ¿Qué traerá él de este viaje consagrado tanto a la suerte como al método? ¿Qué secretos? Lo imagino en uno de esos paisajes anchamente compuestos, donde nada detiene la mirada hasta el más lejano horizonte que tiembla bajo la luz. La etapa ha sido dura. Está desde hace algunas semanas solo con su mujer, rodeado de sus arrieros, de sus trabajado-

res indígenas que no cambian con él, sino aquellas palabras escasas y llenas que sirven a la vida: el hambre, el agua, el camino, la madera, el fuego. Los hombres montan el campamento, mientras que él limita los yacimientos. Ahora, remueven la tierra. Malraux no quiere cuidarse sino de la cena que hay que preparar. Juzga como amo en esta soledad y no quiere dejarse ganar por la impaciencia, ni acordar nada a la emoción.

Un indígena lo llama. La herramienta golpea sobre la piedra dura. Dulcemente, con sus manos, va a libertar el rostro secreto, y después esa cabeza coronada, vestigio de un imperio muerto. ¿Es esto solamente lo que ha venido a buscar cerca del techo del mundo?

Estas estatuas mutiladas, que él con gesto tierno comienza a desenvolver de su envoltura de barro, son las razones aparentes de tan largo viaje. Pero sé bien que los móviles verdaderos de Malraux son diferentes. Es a sí mismo a quien ha venido a buscar al corazón del Asia.

Durante días y días, mientras que su caravana seguirá los senderos que enlazan las montañas desnudas, se encontrará desnudo y entregado a sus reflexiones. Todo lo que ahora no cuenta en Europa, adquirirá valor: la mirada que alcanza lejos, la pierna que resiste, la decisión, la actitud que impone el coraje en su forma más sencilla: defenderse, conservar la vida.

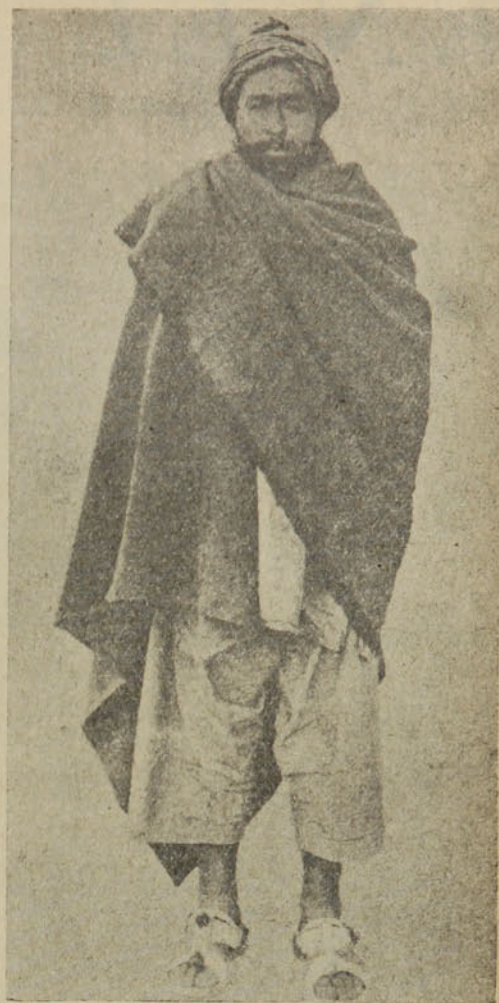
Defender aquello que él tiene en tanto más, porque conoce precisamente su inutilidad, su vanidad.

He encontrado a André Malraux por primera vez, hace cinco años. Iba yo a partir para la China. Daniel Halevy que admiraba a Malraux, quiso hacerme conocer.

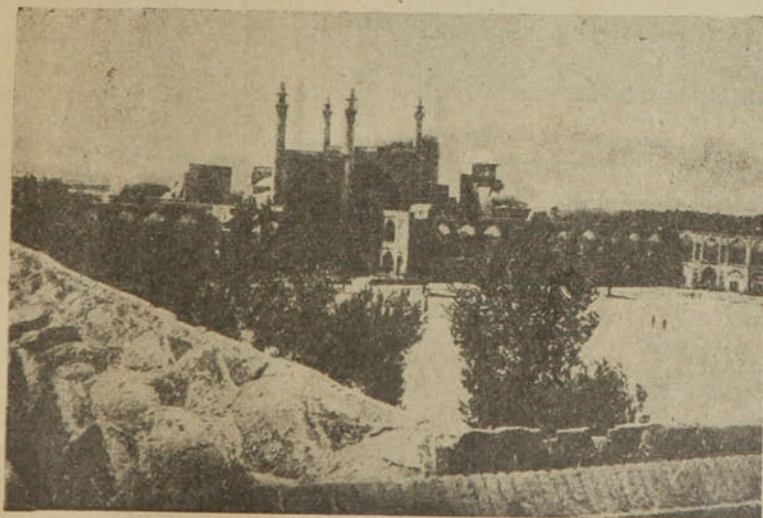
Fué en una pastelería de la calle de Beaujolais, detrás de la Nacional. Una pastelería pacífica donde los niños y las muchachas, bebían apaciblemente sus tazas de té, mirando los pasteles, colocados en pirámides.

Nosotros nos hemos acercado in-

*Continúa en la
pág. 59).*



Bachai Sabao, el portador de agua, que fué un tiempo dictador en Kaboul.



Los jardines de Ispahan.



Una cabeza gótica-búdica, arrancada a las arenas de Asia, por André Malraux.

EN EL REINO DE LOS

Por MAURICIO



Después de la cena—una cena de hombres solos, es decir, un jardín sin flores—el presidente de la Compañía nos ofreció licores variados. Su "bootlegger" le provee abundantemente de alcohol y de champaña de primeras marcas todos los meses.

Nos hallábamos en la terraza, que domina la inmensa llanura. La noche era espléndida, y turbando su calma la "radio" clamaba los resultados del "baseball", entreverándolos con temas musicales de Irving Berlin.

Charlie Chaplin bromeaba como un colegial que ha terminado el curso y comienza las vacaciones. El gran actor acababa de ultimar su film "City

Lights". Ronald Colman, cuya belleza viril y morena hace estragos entre las "stars" rubias, representaba a la aristocracia británica. Los demás invitados eran capitanes de la industria cinematográfica.

Tenia yo deseos de conocer la opinión de Charlie Chaplin acerca del cine parlante. Charlie estaba muy alegre aquella noche. Sus ojos, tan expresivos siempre, brillaban más que de costumbre. Parecía muy joven, a pesar de sus cabellos grises y de las canas que nievan sus sienes. Habíamos hablado mucho durante la cena, y Chaplin había hecho gala de su fino humorismo, explicándome la estrategia amorosa, al modo de un ironis-

ta para quien las mujeres y sus coqueterías no tienen ya secreto alguno. Para estimular sus confidencias, le pregunté:

—¿Va usted a seguir siendo en la pantalla el mundo del serrallo?... Y en ese mundo del cinematógrafo, en el que ya todos hablan o cantan, ¿va usted a quedar como único silencioso?

Charlie Chaplin dejó de sonreír, y su expresión se tornó grave, al responder:

—Sí, señor... Seré, como hasta ahora he sido, silencioso... He asistido a muchas proyecciones de cine parlante y de todas ellas he salido con el convencimiento cada vez más firme de que el público ha sido víctima de una verdadera sorpresa... Pero el engaño ha durado poco, y se puede asegurar que los mejores días del cine parlante pasaron ya. No creo engañarme si digo que apenas un "talkie" sobre cada quince obtiene buen éxito.

Luego, volviéndose hacia los grandes Moóles que nos rodeaban, Chaplin añadió:

—Pueden ustedes estar seguros de haber complicado inútilmente su industria... Tenían ustedes entre manos un magnífico negocio de producción internacional... Bastaba traducir unas cuantas palabras en los cuadros de texto explicativo, para que el mismo film visto en Nueva York pudiera ser proyectado en Madrid o en Yokohama... Y un día, en vista de tantas facilidades, decidieron ustedes emplear la palabra para nacionalizar ese producto mundial, limitando así su campo de acción al mismo tiempo que su mercado... Ahora están ustedes metidos en el laberinto de sus versiones francesas, alemanas o españolas... Gastan ustedes mucho dinero, sin la menor seguridad de recuperarlo... ¡Y todo ello para obtener parodias del teatro mucho peores aún que el teatro mismo!... ¡A esto ha venido a parar el cinematógrafo, que, sin embargo, disponía de todos los países y horizontes para situarse, muy en avanzada, sobre el teatro, cerca de la realidad!...

—¿Entonces, Charlie, su próximo film...?

—Será un film mudo... Estoy persuadido de que la mayor equivocación de mi vida sería esa de hablar desde la pantalla... Y esto no es partidismo ni obstinación... He reflexionado y he vacilado mucho antes de adoptar mi resolución... Influido por los entusiastas del "talkie", me he preguntado en más de una ocasión: "¿Hablarás o no hablarás?...". Mi situación me parecía la de un naufrago que asido a una tabla lucha solo contra las olas y el viento... Al cabo triunfó la razón, que me hizo evocar mis últimos films, planteándome esta interrogación: "¿Qué es lo que con la palabra hubieran ganado "La quimera del oro" y "El Circo"? ¿Frases triviales añadidas a la danza de los panecillos? ¿Palabras de

‘‘STARS’’

Charlie Chaplin o el Mundo del Serrallo.

Los parias del film y las desencantadas de Hollywood

D E K O B R A

amor, tan estúpidas como todas las que ahora se escuchan en los ‘‘talkies’’, murmuradas al oído de la amazona del ‘‘Circo’’?... ¿No cree usted que es preferible, cien veces, el silencio?

—Querido Charlie... El otro día, en un estudio, asisla proyección ganó ciento por cena interpretada por dos medianos actores: una muchacha muy bonita y un galán muy apuesto... Ambos hablaban mal, porque eran dos ex ‘‘stars’’ del cine mudo. En segunda prueba, pasaron la cinta sola, sin palabras, y la proyección ganó ciento por ciento. Los dos actores, que ya no hablaban, interpretaban con una mímica perfecta su dúo de amor. La película parecía otra, y era, sin embargo, la misma. Este ejemplo, que puede aplicarse a muchas parejas de actores, demuestra que tiene usted mucha razón al no querer comprometer su mímica magistral con un diálogo que la empequeñecería.

— O —

La discusión prosiguió. Uno de los grandes Mogoles preguntó a Chaplin:

—Usted, Charlie, ¿no cree que la curiosidad que sus millones de admiradores sienten por oírle hablar en la pantalla, merece, a lo menos, un ensayo de condescendencia por su parte?

—No lo creo...—replicó Charlie, y añadió—: ni aún cuando tuviera la mejor voz del mundo... Se ha querido que hablen los seres de dos dimensiones que actúan sobre la pantalla... Se ha querido asombrar al público con un invento que honra a los ingenieros electricistas... Pero no se ha pensado en que así se comprometía la vida de la gallina de los huevos de oro, que antes suministraba productos utilizables en todas las latitudes y que ahora tiene que atormentarse el oviducto para soltar huevos de colores y de tamaños diversos... ¡Tanto peor para los propietarios de la gallina!

—Otro Mogol insinuó:

—Entonces, para usted, el gesto vale más que la palabra, como medio de expresión...

—La pantomima es el arte más antiguo y el que a todos llega y es comprendido por todos. Dejemos hablar a los actores vivos sobre la escena del teatro, pero no hagamos hablar a los fantasmas, cuyo diálogo entorpece y detiene el ritmo del cinematógrafo. La única ventaja del cine parlante es para los malos actores, porque es mucho más fácil hablar de cualquier modo que expresarse con una mímica que exige un largo estudio y un gran esfuerzo mental.

Charlie Chaplin se puso en pie, esbozó un paso de baile y declaró:

—Tengo sed...

Alargó el brazo, proyectó el chorro de



Lindo retrato, ‘‘escuela inglesa’’, de Lily Damita.

soda sobre su vaso de whisky y alzó la copa, diciendo:

—Bebo a la salud del silencio...

— O —

Charlie Chaplin tiene mil veces razón. ¿Quién es capaz de escuchar, sin una profunda desolación, los diálogos insustanciales y las inútiles conversaciones que nos transmite el altavoz? Sin esa charla absurda, podíamos contemplar a los héroes de la pantalla, y sin más acompañamiento que el de la música, estimulante de la fantasía podríamos sospechar que el diálogo de esos héroes y heroínas se teje con las palabras sobrehumanas que no se pronunciaron

ni se pronunciarán jamás: con las palabras capaces de expresar un tema sinfónico de Beethoven, de Berlioz o de Rimsky-Korsakoff.

Con sus ‘‘Luces de la Ciudad’’, Chaplin ha devuelto al cine mudo, o sencillamente sonoro, la mitad del público que se había dejado sorprender y engañar por la vanidad del cine parlante.

Esperamos que con algunas batallas más ganadas por el mismo genial, desaparezca al fin el odioso ‘‘talkie’’ que está matando al ensueño...

— O —

En la India, el coche dorado del Maharajah pasa rozando a las pobres gentes.
(Continúa en la 76).

CHELIN

Por Elizabeth Mulder

Quién le puso Chelín, y por qué le puso tan absurdo nombre, nadie lo supo nunca, como tampoco se aclaró por qué tenía nombre alguno un perro del arroyo. Pero, ¿era realmente Chelín un perro del arroyo, un trotacalles sin oficio ni beneficio, un miserable vagabundo, un explorador de callejeras basuras? Nada de eso. A Chelín se le podía acusar de no tener amo fijo ni hogar estable, porque su espíritu independiente se amoldaba mal a la monotonía de una rutinaria vida burguesa, pero nadie podía decir de él que fuese un perro hambón, un grosero can vulgar, lisiado y famélico, predispuesto a la hidrofobia. La cortesía de sus modales, la limpieza de sus costumbres y la sociabilidad de su carácter, le diferenciaban del resto del rebaño canino, nómada y merodeador, para quien cualquier calle es buena si es sucia y apartada.

Chelín tenía un barrio, su barrio, en el que era conocido y estimado y del que bajo ningún pretexto salía, ni por complacer a un amigo aventurero ni arrastrado por las coquetearías de ninguna perra de buen ver. No, a Chelín no había modo de sacarlo de sus callejas familiares, de sus encrucijadas conocidas, de sus plazuelas y de sus jardincillos donde gustaba de ver jugar a los niños y de olfatear respetuosamente sus meriendas, olor que era por sí solo un placer exquisito para su refinamiento de «gourmet».

Chelín tenía en su barrio muchas casas amigas donde siempre alguna cocinera bondadosa o algún chico sensible le guardaban algún hueso apetitoso o un pedacito de dulce, que el perro saboreaba con fruición. ¡Y luego aquel plato de agua fresca que se le ofrecía, aquella agua limpia, clarísima, que le hacía entornar los ojos de gusto mientras hundía en el líquido la sonrosada lengua!

Chelín sabía agradecer los favores que recibía; sabía lamer conmovido las manos amigas que lo mimaban y ponerse a la disposición de las garritas infantiles que, tras de nutrirlo, gustaban de jugar con él y tirarle del rabo y las orejas de un modo poco... suave. Agradecido y respetuoso siempre, Chelín no chistaba. Era de una paciencia y de una cortesía que hubiera podido servir de ejemplo a muchas personas. Pero, eso sí, en cuanto creía haber pagado el gasto, aprovechaba el menor descuido para «salir pitando». Amaba la calle. Adoraba los mil incidentes, las mil escenas callejeras, tan interesantes, tan llenas de colorido y de variación. Chelín había nacido en la calle (en el portal de una casa de vecindad y en una noche decembrina), y al abrir los ojos a la vida del arroyo sintióse ya ligado para siempre a la vía pública, que, por su parte, parecía hacerle guiños amistosos con el ojo único de un farol parpadeante que mal alumbraba una esquina.

La existencia de Chelín hubiera sido algo paradisiaca de no haber en ella un maldecido ser que le proporcionaba de vez en cuando serios disgustos. Se trataba de un hombrecillo enclenque, casi raquítico, de mirada oblicua y boca cruel. Este hombre iba siempre acompañado de otro que llevaba una carreta, de un guardia y de un lazo que blandía como un arma. Chelín se reía de la carreta, del lazo y del guardia; su asombrosa agilidad, su picardía y su experiencia le habían hecho maestro en el arte de esquivar aquella sogá que había atentado mil veces contra su vida. Pero del hombrecillo enclenque no se reía. Después de cada encuentro el recuerdo de su rostro cruel le amargaba el resto del día. El hombre, por su parte, parecía haber hecho cuestión de honor el coger a Chelín. Si se perseguía a otro perro y él aparecía a la vuelta de una esquina, el perseguido era inmediatamente abandonado y el hombre del lazo y el de la carreta, seguidos del guardia, se lanzaban como diablos a la caza y captura de Chelín. Mas, contra su habilidad se estrellaba siempre la maldad de sus enemigos. Después de hacerles recorrer calles y calles, después de engañarles mil veces haciéndose el acorralado, huía de repente, desaparecía por algún agujero o por algún recoveco que

él solo conocía; o se ponía a aullar desesperadamente a la puerta de alguna casa amiga, de donde salía una mujer des-pavorida que le franqueaba la puerta y comenzaba a insultar al hombre del lazo, al de la carreta y al guardia.

Una tarde, Chelín apareció en el barrio seguido de un cachorrito de poco tiempo que se le asemejaba prodigiosamente. Hubo conmoción en el vecindario, y pronto se corrió la voz de que Chelín tenía un hijo. En efecto, aquel cachorrillo debía de ser su hijo, pues no de otro modo podía concebirse aquel parecido tan extraordinario. Tenía su misma pelambrera hirsuta, su hocico alargado y sensible, sus ojillos vivaces, sus patas nerviosas y su andar desgarrado de trotador impenitente. Los amigos de Chelín le gastaban bromas:

—¡Vaya la joya que te has traído!

—¿Es procedente de algún saldo?

—Calla, hombre, si esa preciosidad debe de ser un primer premio de alguna exposición canina. ¡Enseña el diploma, Chelín!

—Oye, padre de familia: ¿de qué raza es tu hijo?

—Y, sobre todo, ¿quién es su mamá?

—¡Vaya usted a saber! Alguna perra...

Chelín se acercaba a su cachorro como si temiera que fueran a quitárselo; pero, pasado el primer momento de expectación, ya nadie le hizo caso, y le dejaron en paz.

Por la noche, Chelín, con su preciosa compañía, no se atrevía a entrar en ninguna casa «de las suyas» por miedo a ser mal recibido. Pero una vecina se fijó en él y le llamó. Padre e hijo entraron con cierta timidez.

La buena mujer dió a Chelín las sobras de la comida, pero él no quiso tocarlas hasta que vió que ponían delante del cachorro un pla-

to de leche y pan, del que el pequeño dió pronto buena cuenta. Cuando hubieron cenado, la mujer cogió un pedazo de manta y en un rincón de la cocina hizo una cama para el heredero de Chelín, que se echó en ella muy a gusto, se hizo una rosca y se quedó dormido; luego abrió la puerta para que Chelín se fuera a la calle, pues conocía sus costumbres y sabía que era un trasnochador sin atadero, un vagabundo empedernido; pero, con gran sorpresa suya, vió que el perro daba media vuelta, volvía a la cocina y se echaba dulcemente al lado del cachorro.

Aquella noche, por primera vez en su vida, Chelín durmió bajo techado. Y durmió muy mal. Sin sentirse cobijado por las estrellas o las nubes, lejos de sus compañeros los canes del arroyo, lejos de la luz ebria de las farolas y sin un solo gato a quien perseguir, Chelín durmió muy mal. El alba le sorprendió con los ojos abiertos, aguardando impacientemente a que abriesen la puerta de la calle. Y cuando la abrieron salió corriendo, seguido del cachorro, y abandonó la casa ansioso de sacudirle su hospitalidad.

Ya no volvió el pobre cachorro a dormir calentito en una manta. Su padre quiso educarlo a su manera y hacer de él un perfecto Chelín II, durmiendo a la intemperie en verano y en invierno, de cara a la luna o de cara a la lluvia.

La educación de su hijo dió mucho trabajo a Chelín durante unos meses. Hubo que enseñar al cachorro a ganarse la vida honradamente, ya haciéndose simpático a los vecinos, ya escarbando diestramente en los montones de basura mejor surtidos. Y también tuvo que aprender el pequeño a defenderse, a pelear y huir con oportunidad cuando venían mal dadas. Así como Chelín le presentó sus amigos, también le señaló sus enemigos: los gatos, los perros hidrófobos, los matones pro-





...lo cierto es que a Chelín se le heló una mañana la sangre en las venas...

fesionales y, sobre todo, el hombre del lazo, el maldito pigmeo del rostro cruel, que le perseguía ahora con más saña que nunca.

Chelín estaba orgulloso de su hijo: era valiente, ágil, hábil y noble como él; se hacía querer de sus amigos y temer de sus enemigos, como conviene; pero claro, a causa de su excesiva juventud, era impulsivo, atolondrado, demasiado vehemente; sobre todo carecía de aquella picardía hija de la experiencia que caracterizaba al padre. Y por culpa de su mucho brincar y su poco pensar, fué a meterse un día en la mismísima boca del lobo.

Cómo ocurrió aquella tragedia nadie lo supo nunca; pero

pó de cólera. ¡Allí estaba, a su lado, sin moverse, el maldito perro que hacía escarnio de su habilidad de lacero! ¡A él nuevamente! ¡A él! ¡A él! ¡A ver si ahora te escapás, condenado!

No se escapó. Había que salvar al imprudente cachorro, y Chelín, que era un padrazo y lo adoraba, compró su libertad al precio máximo: a costa de su vida.

Cuando se lo llevaron, medio estrangulado por la soga odiada, Chelín dió a su hijo, que había quedado como paralizado de terror, una última mirada de cariñoso reproche que parecía decirle:

—¡A ver si ahora escarmientas, loco!

PENSAMIENTOS

La adversidad es un gran maestro; pero este maestro se hace pagar caras sus lecciones, y con frecuencia el provecho que se saca de ellas no vale lo que han costado.

* * *

No he aprendido a conocer mejor a los hombres, sino para sentir más la miseria en que me han hundido, y sin que este conocimiento, descubriéndome, todas sus redes, haya podido librarme de caer ni en una siquiera.

* * *

El estudio de un viejo, si todavía pretende hacer alguno, consiste únicamente en aprender a morir.

La paciencia, la resignación, la dulzura, la integridad y la justicia son un tesoro que se lleva consigo y con el cual puede enriquecerse constantemente sin temor a aquella misma suerte nos arrebatase su valor.

* * *

Yo soy lo que los hombres quieren que sea, mientras pueden obrar sobre mis sentidos; pero a la menor detención torno a ser lo que la Naturaleza ha querido que fuera.

Florián dijo: "La menos coqueta de las mujeres sabe que se está enamorado de ella, antes que el mismo que de ella se enamoró".

* * *

Madame de Maintenon al abate Gobelín: "Ya sabéis que en todo cuanto las mujeres escriben hay siempre mil faltas contra la gramática; pero, con vuestro permiso, hay una gracia que escasea en los escritos de los hombres".

* * *

Madame Necker: "Las mujeres rellenan los intervalos de la conservación y de la vida como ese plumón que se introduce en las cajas de porcelana: ese plumón se tiene como nada, y sin él se quebraría todo".

* * *

El caballero de Mére: "El hombre nunca sabe vivir bien, a menos de que en ello intervengan las mujeres".

PARIS Y LA REVOLUCION EN EL MUSEO CARNAVALET

Se trataba de describir en algunas salas, la vida intensa de París, desde el 81 hasta el 18 Brumario. M. Robiquet el distinguido conservador del Museo Carnavalet, cumplió perfectamente este programa, con el concurso de diversos museos y de numerosos coleccionistas.

Los muros parecen las hojas de un inmenso álbum abierto... Las vitrinas, contienen manuscritos autógrafos, miniaturas, armas, vestidos, y los muebles se unen para reconstituir célebres interiores. Cada objeto representa un conjunto de aventuras, y desarrolla una atmósfera particular que arrastra a través de las edades. Estos testigos materiales de una era heroica, son capaces de trazar un hilo mágico con mallas de recuerdos, que nos conducirá hacia un registro inusitado, a condición, bien entendido, que estemos bien preparados por nuestra memoria y nuestra imaginación. Se producirá entonces atracción magnética y contacto entre los recuerdos legendarios que nuestras facultades reconstituyan, y las relaciones exactas que proponen las reliquias, plantadas, en la duración del tiempo, como pilares que las épocas al pasar, cubren y patinan. Y he aquí que en el Museo Carnavalet, las cosas inanimadas, nos impregnan de sus virtudes y nos animan en el ritmo que conmovió a París durante la Revolución.

En la primera habitación están reunidos los retratos de la familia real. Aquí figura la obra más conmovedora de la Exposición, este pastel por Alejandro Kucharski, representando a la reina inmóvil y serena, vestida con un traje sencillo; su rostro está marcado ya por la resignación. María Antonieta, retenida en las Tullerías después de la vuelta de Varenne, sufrió los sucesos que se desarrollaron con una extraordinaria rapidez en este año de 1791. El retrato, de dolorosa humanidad, ha permanecido en esbozo, y fué alcanzado por un golpe de pica, cuando la toma de las Tullerías, el 10 de agosto. La expresión de su rostro nos acompañará, cuando leamos la última plegaria de María Antonieta, escrita durante la mañana misma de su ejecución: ‘‘Este 16 de octubre a las cuatro y media de la mañana. ¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí! Mis ojos no tienen ya lágrimas para llorar por vosotros, mis pobres hijos; adiós, adiós, María Antonieta’’.

No lejos del cuadro de Kucharski, la princesa de Lamballe, por Duplessis, coqueta y alegre, la garganta desnuda bajo los encajes, parece dirigirse con adorable y sonriente inconsciencia, hacia la sala de los primeros efectos de la Revolución.

Es imposible no sentirse conmovido por la significación dramática de estos documentos. Si alzamos los ojos, nos sorprenden los rostros de algunos de aquellos que representaron entonces un rol preponderante. Se presentan tal como fueron, tal como quisieron aparecer ante el juicio de la posteridad, víctimas y verdugos. Es en esta decoración donde naturalmente se integran, donde hay que pedirles el secreto de sus pensamientos. Pienso que en el curso de las grandes asambleas las gentes de las tribunas, deberían designarles y nombrarles, como ante un paisaje de montañas, se determinan las cimas, y después se las nombra. Uno de mis colegas me decía que no había visto aquí sino ilustres efigies, y que del pueblo no se encuentran sino débiles trazos. Lo mismo que no se tiene en cuenta el suelo que lleva la planta rarísima, no hay la costumbre de considerar al pueblo que consagra a los héroes; sin embargo, la planta coge del suelo su substancia y el héroe no tiene razón de ser, sino posee un auditorio. El pueblo es el terreno donde germinan las glorias y es el pretexto, a menudo plácido e inconsciente, de toda clase de sabias teorías concebidas para su bienestar.

El pueblo está en todas partes; gruñe o se burla, y es demasiado basto para que se le ponga en vitrina. Puede cambiar de costumbres, danzar con o sin pantalones, pero su voz y su alma, no experimentan variaciones. No se modifica la gama pobre de las enormes reacciones de las multitudes. Todos los tumultos se parecen, sólo los cantos de los tenores se distinguen los unos de los otros. Por otra parte, la batahola se interrumpe, cuando comienza un bello ‘‘solo’’.

También se destacan en la sa-

la de la Exposición, algunas vedettes. Mirabeau, con altivo movimiento, levanta su faz odiosa y magnífica. Este estudio tratado por J. Boze, debe ser más verídico que el cuadro del mismo artista, conservado en el Museo de Aix-en-Provence. De de Boze es también este Robespierre, niño encantador bajo la peluca clara, con su gesto de joven carnicero, que ilumina una terrible mirada a pesar de su corta edad. Entonces, Robespierre, debió entretenerse en escribir pequeños poemas sutiles.

Un Barnave elocuente, es modelado por Houdón. He aquí una terracota representando a Marat, firmada y fechada. La cabeza de Marat es amable. El futuro amigo del pueblo, no se sentía entonces consumido por el odio, ni devorado por esta enfermedad de la piel, que le tornó más espantoso todavía; hacia aquella época, quizás él daba la última mano a alguna novela llena de tonterías. No hay que olvidar que el joven suizo fué muy amado de las damas.

De David, admiramos siete notables retratos, entre ellos, a esta mujer del pueblo con el rostro escarlata, plantada sobre un cuello proyectado para arrojar a mucha distancia las más horribles interjecciones.

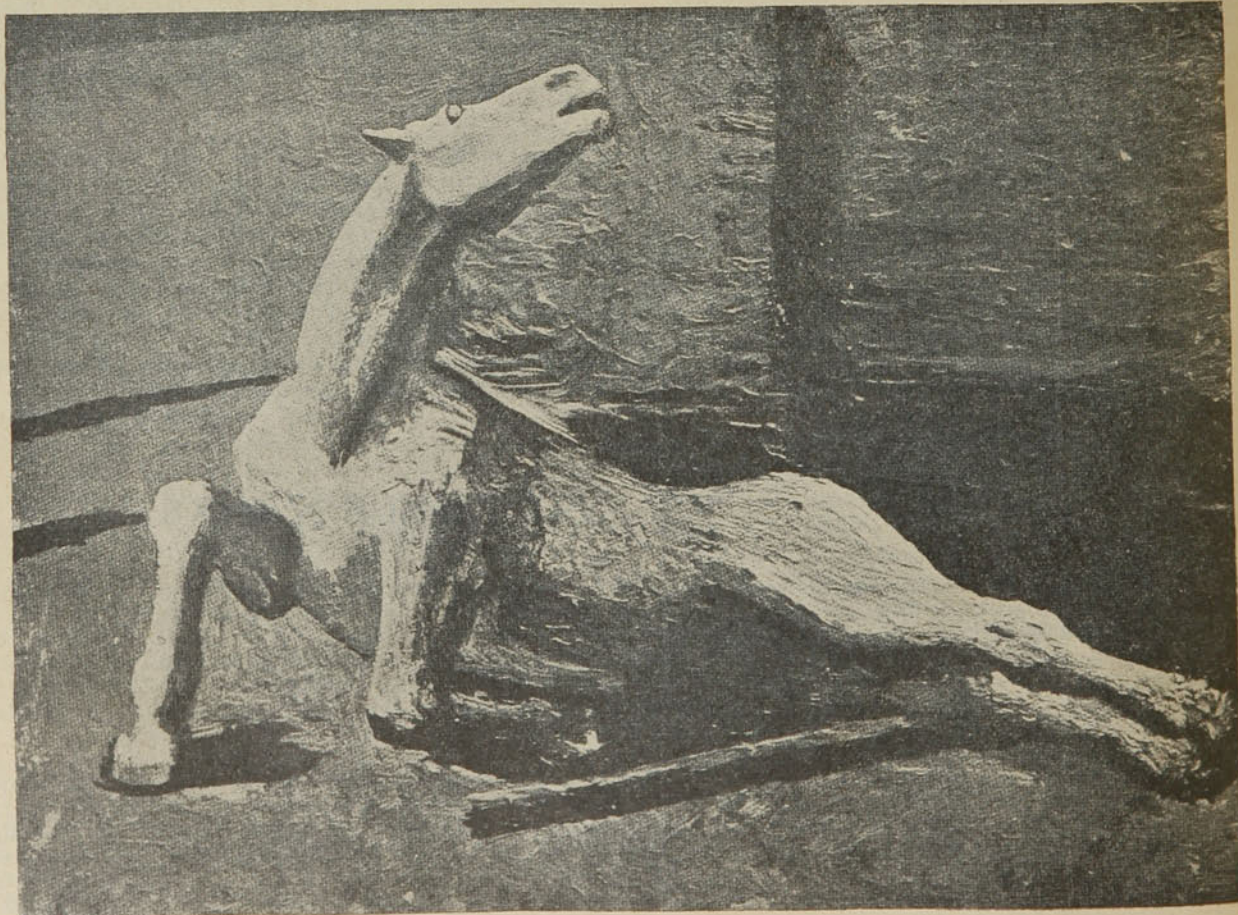
La noción de estética se halla sobrepasada. Escultores, pintores, se ponen al servicio de la Historia; aun las obras secundarias, toman un sabor particular. Observemos que el método de los artistas está en contradicción con el desencadenamiento que preside los hechos con una dignidad acompañada, los autores pintan, en medio de los cataclismos, salvas de artillería y escenas de la vida terrorista, que parecen sobre la tela, pomposas y académicas. La asociación de principios opuestos, se cumplió frecuentemente en esta época; la diosa Razón y la Guillotina, son los dos polos de la Revolución.

Robespierre se proclama el sucesor de los políticos romanos y quiere dar al drama que anima, el contorno noble y armonioso de la tragedia antigua. Este programa conviene al pueblo que quiere fiestas, cortejos, demoliciones, masacres. Extremadamente sobreexcitado, atiza a sus elegidos, y forzando su genio en un clima de espanto, construye fenómenos.

Los tribunos, cogidos en el piélago de la mano, vienen a asumir el rol ingrato de organizadores de atracciones inauditas, en el curso de las cuales se celebran sacrificios humanos.

Huet, Isabey, Boilly, Prieur, y sobre todo Hubert-Robert, cuyo pincel está siempre alerta, son los cronistas fieles de los sucesos parisienses, bajo la Revolución.

MARCEL ZAHAR



«EL CABALLO», por Picasso.

Museo y Monumento de Sarah Bernhardt

P O R

MINIMO ESPAÑOL

A los turistas que recorren la Bretaña y llegan a la espléndida bahía de San Nazario, donde desemboca el Loira, se les invita a una deliciosa expedición marítima. En la cercana Belle-Isle-en-Mer se encuentra un antiguo fuerte militar alzado sobre bravias rocas, que compró la comediente Sarah Bernhardt, convirtiéndose en singular residencia de artista adoradora de la Naturaleza. Al pie de los acantilados bate fieramente, jamás apaciguado, el fiero mar bretón. Y Sarah Bernhardt formó jardines perfumados en las mesetas mismas de las rocas.

A aquella residencia fué trasladando en las breves épocas de descanso que podía proporcionarse, todos sus trofeos de

y la madre escuchaban conmovidos las mercedes de cada una. "Niño, serás bello y hermoso; ceñirás tu frente con coronas de oro, serás héroe; la multitud te aclamará; tus admiradores, en delirio, arrastrarán tu carro; harás reír, temblar y estremecerse a los pueblos; los poetas desgranarán sus perlas a tus pies; los músicos concertarán sus liras para entonar tus alabanzas; serás amado por cien heroínas diversas; el veneno y el puñal serán impotentes contra ti; tu renombre atravesará las montañas y los océanos..."

La madre había caído de rodillas dando gracias a las hadas; pero la puerta se abrió bruscamente y apareció en ella el hada de las glorias eternas.

—No puedo— gritó— arrebatarte los presentes de mis hermanas; pero para castigaros de vuestro olvido, he aquí mi condena: las coronas de oro serán de cartón; este niño reirá, llorará, amará; pero por voluntad y designio de otro. Aquellos mismos que lo aclamen le rehusarán cruelmente el signo distintivo dado a los ciudadanos elegidos. El pueblo, del que será ídolo, lo romperá como un juguete en plena gloria, y lo olvidará corriendo, estremecido todavía de los bravos de la víspera, tras el carro de su nuevo héroe; sus laureles se cambiarán sobre su cabeza en flores de inmortales; morirá en la tristeza y en el olvido, no dejando nada de él...

—¿Qué será, entonces, preguntó el padre, aterrado.

—Será comediente — repuso el hada de las glorias eternas.

Entonces el hada de la muerte se alzó lentamente.

—Niño, yo te vengaré — dijo—. Después de tu muerte se abrumará a todo artista naciente con la evocación de tu recuerdo... "Sarah Bernhardt".

En la plenitud de su carrera clama Sarah Bernhardt la inestabilidad de la gloria del comediente. Todavía había de alcanzar mayores triunfos: la apoteosis singular que se le hiciera cuando, ya anciana — si es que la vejez logró rozar con sus negras alas agoreras su corazón, siempre joven — encarnó, vestido de muchacho, el "aguilucho" hijo de Napoleón, vivificado en los versos rimbombantes de Rostand. Pero en 1879 ya Sarah Bernhardt había sufrido desdenes del público versátil e incomprendiones de la sociedad. También en esto hay amplia documentación en el museo de Belle-Isle-en-Mer. Había solicitado en vano una condecoración. En 1896 se le concedió, al fin,

(Continúa en la pág. 59)



Desayuno en el campo.

gloria, todos sus recuerdos de artista: las coronas, los cuadros, los dibujos, los artículos periodísticos, los trajes, las joyas y ofrendas valiosas... Cuando Sarah murió, la asociación de cómicos combatientes recibió en herencia toda esta riqueza, con ella y con nuevas aportaciones que constantemente llegan, se está organizando un museo, que perpetuará la gloria de la artista.

La cuota de entrada que pagan los visitantes se destina a la caja de socorros de aquella Asociación, formada por todos los cómicos franceses que asistieron en filas a la guerra europea. Y a título de donativo o de depósito, la Asociación, que tiene su domicilio en París, boulevard Bonne-Nouvelle, 35, suplica el envío de cuanto se refiere a la adorable comediente: biografía, críticas, carteles, caricaturas y papeletas de teatro... En Madrid representó en dos temporadas Sarah Bernhardt: una en el Teatro Español, con María Guerrero; otra en la Princesa, actuando en este teatro la Tubau. De esta época y de otras, en que Sarah Bernhardt estrenó en París obras de Dumas, Sardou, Copee y Rostand, que se hicieron famosas, hay, sin duda, una abundante bibliografía española. Fuera acaso interesante y patriótico completar con nuestra aportación las colecciones del museo de la Belle-Isle-en-Mer.

Hay allí un documento español; por lo menos dedicado a España. Un ejemplar del número único de una revista titulada "París-Merci", publicada en 1897, en París, para reunir fondos destinados a socorrer a las víctimas de las inundaciones de Murcia. En este número hay un breve cuento escrito por Sarah Bernhardt, que en más de una ocasión realizó proezas literarias. Este cuento es breve, es lindo y tiene algo de profecía. ¿Por qué no reproducirlo? "Se habían reunido todas las hadas alrededor de la cuna de un recién nacido. El padre

COLD-CREAM

LE SANCY

USAN

LAS GRANDES ESTRELLAS

● ● ●

Crema de Noche: \$ 2.—

Leonardo y Miguel Angel

Leonardo da Vinci vivió una existencia, si no sombriamente trágica como la de Miguel Angel, por lo menos atormentada por un eterno descontento doloroso.

Su primer comentarista, el Vasari, nos da en las primeras líneas de su biografía la razón de aquella vida, ya en su alba doliente: “Nació Leonardo, dice el Vasari, en el pequeño pueblo de Vinci, cerca de Florencia, en el año 1452, pero creció falto del cariño de una madre: “cenza conoscere l'amore materno”.

La niñez de Leonardo fué la niñez de las criaturas sin regazo maternal donde ampararse. Su vida se explica como tantas vidas: fué un niño triste. Hosco, reconcentrado, tímidamente precoz, escapaba a veces de su casa y ya entrada la noche los criados que habían salido en su búsqueda lo hallaban en el bosque cercano, solitario, cantando en alta voz extrañas melodías. Muchas veces los criados se detenían, sorprendidos, hasta que el niño dejaba de cantar aquellas sus canciones salvajes, pero dulcemente tristes, en las que su genio precoz derivaba el desconsuelo de su infancia. Nostalgia en él profunda, que su primera obra había de representar con “La Virgen de las rocas”, el santo cariño materno.



Miguel Angel Buonarrotti: Esclavo de la tumba de Julio H. París, Museo del Louvre.

Su vocación por la pintura

De las múltiples vocaciones de aquel niño extraordinario, la de la pintura fué la que se desarrolló en él con más fuerza, y era tal el prodigio que anunciaron sus trazos, que su padre condujole a la escuela de dibujo y pintura del Verrocchio, donde floreció su genio enciclopédico. Se reveló de tal modo múltiple, que dice su biógrafo: “Su intelecto fué tan divino y maravilloso que siendo un buenísimo geómetra no sólo se dedicó a la pintura y a la escultura, sino también a la arquitectura; hizo dibujos de plantas y de edificios, y, niño todavía, disertaba acerca de los medios de canalizar el río Arno para hacerlo correr

hasta Florencia”.

Desgraciadamente ya no poseía Florencia un Cosme de Médicis que advirtiera en los espíritus juveniles el estigma profético del genio. Entonces Leonardo, viéndose solo, pero consciente de su fuerza, sintiendo dentro de sí todo un mundo que bullía, tomó una determinación que para él debió significar, malogrando las costumbres de la época, algo profundamente desgarrador: Leonardo de Vinci ofreció su genio a Ludovico el Moro, duque de Milán. Tal ofrecimiento, durante la redacción del cual su pluma debió detenerse a ratos temblando de amargura, es soberbio, sin embargo, de confinaza en sí mismo. En él se declara capaz de construir puentes y canales, obras de ingeniería militar, máquinas de guerra y también de realizar “mejor que ningún otro”, encargos de pintura y arquitectura y, sobre todo, de escultura.

afirmación esta última sincera, sin duda; pero hábil, puesto que sabía que Ludovico el Moro, deseaba hacer esculpir una estatua ecuestre de su padre, el primero de los Moros, que se había declarado señor de Milán al extinguirse el viejo tronco de los Visconti.

Conjuntamente con iniciativa de canalizar la Lombardía, “con innumerables proyectos arquitectónicos y de máquinas de guerra, armas y armaduras y hasta de una máquina para volar”, sobre la que llegó a escribir un tratado de aviación basado en la observación del vuelo de los pájaros; conjuntamente con toda esta vorágine de ideas maravillosas, Leonardo, establecido en Milán, pintaba, pero sin conceder una importancia capital a su pintura. Sin embargo, fué en Milán,

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

ya junto a Ludovico el Moro, donde pintó la primera gran obra citada: "La Virgen de las rocas", obra que ejecutó para la Cofradía de la Concepción de San Francisco, y "El cenáculo", más conocido por "La Cena", en el Convento de Santa Maria de las Gracias". "La Virgen de las rocas" es de una divina dulzura; en un primer rosado de crepúsculo, la Virgen, en un gesto de plácida serenidad, presenta al Niño Jesús, al pequeño Juan, que ha llegado en compañía de un ángel.

Sus obras

"La Cena", su segunda obra, es con "La Gioconda", la más conocida de Leonardo. Dice el Vasari que la figura de Cristo es lo que impedía a Leonardo terminar su "Cena", porque no hallaba en su mente una forma con la belleza y gracia celeste que debía estar encarnada en aquella divinidad.

Luego de concluir el grupo de "Santa Ana y la Virgen", Leonardo comenzó para Francisco del Giocondo el retrato de su esposa, Mona Lisa, el retrato más maravilloso que ojos humanos hayan visto. Para pintarlo rodeó Leonardo a Mona Lisa de cantores y de músicos; él mismo, músico desde niño, eligió los trozos musicales que habían de ejecutarse y hasta compuso algunos. Quería transfundir en su modelo la casta dulzura de suaves melodías, quiso llevar a su espíritu ese contento triste que fluye de la música, para quitarle a Mona Lisa "quel malinconico que soul dar spesso la pittura al retratti che si fanno". El mismo ha explicado la sonrisa de su Gioconda y sin embargo, ¡cuántos han pretendido después explicar el divino sonreír, reduciendo a fórmulas la sutilísima expresión!

Su afán extraordinario de búsqueda en todos los horizontes del saber humano lo llevó a preparar él mismo barnices y mezclas, que dañaron profundamente algunas de sus obras, ennegreciéndolas por completo.

Cuéntase que en el correr de los años, ya Leonardo anciano, vuelto a Milán, contempló su "Cena", otrora luminosa y de un colorido de prodigio, obscurecida y agrietada, empobrecida por la alteración de la pintura la gama riquísima de tonalidades. Se detuvo Leonardo ante su "Cena" y se cubrió el rostro con las manos, se cegó de intento, al punto de que para salir del refectorio un monje hubo de servirle de momentáneo lazarrillo. Ello ahondó en él esa hosquedad olímpica que ya comenzaba a atenacearlo.

Pero donde realmente reside la tortura de Leonardo es en el continuo descontento que su obra le producía; basta decir que aquel genio de la pintura dejaba, a los 65 años de edad, tan sólo cinco obras terminadas. Pinturas a las que había dedicado hasta dos años de trabajo fueron destruidas por él con ira-

cundos brochazos. Quería poner "más" en sus obras. ¡Quién sabe qué gigantesca visión interna comprendía él que era incapaz de plasmar en la tela o en el muro! Mientras las multitudes de Milán o de Florencia se maravillaban ante sus obras, él, con gesto amargado, les negaba su valor.

Y así cayó en pecado su soberbia sobre la tierra. Y su dolor fué su castigo. Querellábase con sus amigos más íntimos, negando no sólo su genio sino también el de su colosal contemporáneo Miguel Angel. No por un sentimiento de rivalidad, él no podía sentirlo, pero sí por un profundo desdén para toda obra humana.

Así, aquel hombre que vivió su gloria en vida se agitó en un eterno descontento, que fué su tortura.

Tantas fatigas para él estériles, aquellas sus decepciones verdaderamente dramáticas, aquel estado febril continuo acabaron con la salud de aquel hombre robusto, de quien sus contemporáneos afirman que sin esfuerzo rompía con la fuerza de sus manos una herradura de caballo.

En uno de sus manuscritos, en el margen, escrita de su propia mano, se lee esta frase: "Oh, Leonardo, per ché hai tatno epnato!"

Los últimos años de su vida los pasó en el señorial castillo de Amboise, en las

Escuche los conciertos

PHILIPS RADIO

en las radio estaciones.—Radio Difusora Universo y "El Mercurio", de 9 a 10 P. M.

Sólo con los Receptores PHILIPS, equipados con PENTODOS & MINIWATT, puede usted escuchar los conciertos con su verdadera nitidez, fuerza y claridad, lo que no podrá conseguir con ningún otro receptor que no esté equipado con estas afamadas válvulas PENTODOS & MINIWATT.

Para corriente alterna y continua, 220 voltios.

Para corriente alterna y continua, 220 voltios.

PHILIPS RADIO

Pida demostraciones sin compromiso en su propio hogar, a nuestros distribuidores autorizados, los únicos que pueden dar a usted la cartilla de garantía.

Para corriente alterna y continua, 220 voltios.

quietas orillas del Loire, donde el rey de Francia había hecho amoblar regiamen- te un aposento para él.

Allí, fuera de su patria, a los sesenta y cinco años, murió Leonardo de Vinci; allí se apagó su genio eternamente des- contento, allí se extinguió su cuerpo en- tre los brazos del rey de Francia, que ha- bía acudido, dice su biógrafo, a confor- tarlo. Y esta frase explica la tragedia de la vida de un hombre a quien hubo que consolar de haber tenido genio.

Miguel Angel y da Vinci

Miguel Angel es dramáticamente dis- tinto de Leonardo. La vida de Leonardo fué el lago profundo escondiendo su dra- ma en su soberbia tranquila. Miguel An- gel fué el torrente.

Inmenso y trágico se apartó de los hombres, no porque los despreciara co-

Siéntase joven otra vez y disfrute el fuerte trabajo.

Millones de hombres y mujeres de todo el mundo toman las Sales Kruschen diariamente, no porque estén realmente enfermos, sino porque saben que una pequeña dosis de Kruschen todos los días, les conservan sanos, enérgicos y libres del peligro de la obesidad y de la hiperacidez.

Las personas que toman las Sales Kruschen en un vaso de agua caliente todas las mañanas no padecerán dolores de cabeza, estreñimiento, abatimiento, vabido, lengua gruesa y aliento desagradable.

No tienen veneno en su organismo porque la acción de las Sales Kruschen en el hígado, riñones e intestinos causa una perfecta eliminación regular.

Si Vd. desea una buena salud y vigor extraordinario, si Vd. desea trabajar fuertemente y disfrutar de su labor, tome las Sales Kruschen (M.R.) todos los días. Millones de personas disfrutan sus labores cotidianas gracias a la "pequeña dosis diaria" de Kruschen. Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE
Laboratorio Londres, Valparaíso.

P
A
R
A



INVITACIONES SOCIALES
PARTES DE MATRIMONIO
TARJETAS DE VISITA

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
AHUMADA 32

mo Leonardo, sino simplemente porque no los quería. Su fealdad misma, su cara de nariz achatada por un puñetazo recibido durante una riña, y su gesto agrio, contrastaba con la cabeza bella- mente profética de Leonardo.

La vida de Leonardo es más fácil de encuadrar dentro de cierta lógica huma- na; la vida de Miguel Angel no rompe toda malla, escapa; el lago, aunque grande y profundo, tiene el armonioso limite de su orilla; el torrente, no; sigue su curso ondeante despedazándose con- tra las rocas y escapando por fin en la blancura hirviente de su espuma.

Miguel Angel Buonarrotti nació el día 6 de marzo del año 1475 en Caprese, en Cosentino; muy cerca de allí el beato de Assis vió sobre el monte Alvernia apa- recérsele Nuestro Señor.

El padre de Buonarrotti era un hombre de carácter inquieto, violento, pero te- meroso de Dios: la madre murió cuando Miguel Angel contaba 6 años.

Apenas nacido fué llevado a Setigna- no, donde le sirvió de nodriza la mujer de un tallista de piedra. Más tarde, de- cía Miguel en broma, que ello había de- cidido de su vocación.

Cuando creció y se le envió a la escue- la, no se ocupaba sino en dibujar. "Por ello — dice el Condivi — fué malvisto y a menudo golpeado por su padre y por los hermanos de su padre, quienes pro- fesaban un verdadero odio a la profe- sión de artista".

Sin embargo, su vocación, que era su genio mismo, había de impulsarlo con fuerza incontenible, y a los 14 años ya lo vemos en el taller de Chirlandajo, talento ingenuo y delicado a quien debía pronto aventajar.

El culto de Miguel Angel

Como se ha dicho de Grecia, Miguel Angel tuvo el culto del cuerpo humano: buscó en tal manera el secreto de las formas armónicas y potentes, que niño todavía, en el trágico silencio de las sa- las de anfiteatros, su escarpelo desgarró la carne de los cadáveres, llegando su ojo de cóndor hasta la escueta y severa línea del músculo, alma del secreto de la forma que él buscaba. A los 18 años eje- cutaba obras que pasaban de admiración a los artistas sus contemporáneos, y llegó a la edad de hombre en la plena conciencia de la fuerza de su genio; no dudó como Leonardo, llegando a profe- rir estas palabras de consciente sober- bia: "El mármol tiembla ante mí". Más tarde afirmaba: "Aún en una isla desier- ta hubiese sido Miguel Angel".

Su genio, que en eso se acerca al de Leonardo, fué enciclopédico; pero tuvo la sabiduría de derivar toda la potencia de su cerebro en una forma única; pin- tor estupendo, rimando sonetos que hu- biese firmado el Petrarca, ingeniero, geómetra, quiso ser, y fué antes que na- da, escultor. Pintó como una concesión a los grandes de su época, pero el autor del "Juicio Final" firmaba: Michelan- gelo, scultore".

Joven todavía, lo advertimos junto a Lorenzo el Magnífico, quien lo tuvo a su lado hasta su muerte; poco tiempo des- pués, dialogando con Pedro de Médicis. Aquel hijo de artesanos trataba a los grandes de igual a igual.

Huido de Florencia al caer los Médi- cis, retorna nuevamente cuando una re-

volución abate a Soderini y los Médicis vuelven al poder. Durante su breve au- sencia había esculpido "La piedad" para el cardenal de Villiers, embajador de Carlos VIII.

Para sus figuras, él mismo, con frui- ción elegía el mármol en la cantera. Allí iba con sus obreros y permanecía largos meses vigilando cómo surgían los blo- ques de mármol, ayudando personalmen- te a la tarea.

Lo vemos de pie, en la entraña de la cantera, manejando el pico con sus bra- zos hercúleos y hundiendo su cabeza ho- rribilmente hermosa en la veta profun- da, como aquellos gigantes fantásticos que la fábula pagana nos muestra que- riendo hurtar el secreto de la tierra.

Con los años se fué tornando misán- tropo y hosco; disputaba con aquellos mismos que propiciaban el florecer de su genio. Julio II empleó inútilmente su palabra de miel para aplacar las cóle- ras apocalípticas de su artista, hasta que el inevitable rompimiento llegó, al pun- to de que Julio II hubo de ordenar a Flo- rencia, bajo pena de anatema, la entrega del rebelde que había huido después de una renuncia enérgica hasta el insulto.

Su carácter

Si, allegarse mucho a León X c a Cle- mente VII, parece que el artista trabajó más a gusto bajo el Pontificado de Pa- blo III, época en que concluyó su "Jui- cio Final" y esculpió para el sepulcro de los Médicis esas dos soberbias figuras lla- madas "La Noche" y "La Aurora", que duermen hoy su sueño de gloria a la sombra del divino "Ponsieroso" en el que se trasunta la fuerza serena y la aristo- crática autoridad de Lorenzo el Magni- fico.

Y así, Miguel Angel, en su vida por- tentosa de dinámica, fué llegando a los años del crepúsculo.

Entonces, y aquí traducimos un párra- fo de Romain Roland: 'Entonces, en ese corazón devastado, después que el re- nunciamento se había cumplido, para con todo aquello que le hacía vivir, una vida nueva surgió, una primavera reflo- reció, el amor brilló con una llama pu- risima. Pero tal amor no tenía nada de egoísta ni de sensual; fué una adoración mística, fué la religiosa amistad de Vi- toria Colonna, comunión apasionada de dos almas de Dios'.

El romance de castísimo amor de Mi- guel Angel y de Vittoria es de por sí un poema que la brevedad profanaría. Sus diálogos, de una serenidad majestuosa, "en el banco de piedra, a la sombra de los laureles, y a sus pies, tendida, Roma", requieren otro marco.

En 1535, cuando Miguel Angel contaba sesenta años, conoció a Vittoria Colonna, continuación que recuerda la del Petrar- ca y Madona Laura.

Vittoria Colonna, marquesa de Pescara, fué el cerebro femenino más potente de su época; su alma, abrasada en su pro- pia llama, alumbró con resplandores magníficos, y, por eso su mano, pequeña y blanca, sin esfuerzo alguno, pudo con- ducir al colérico e intratable titán. En sus ojos verdes ardía la vida misma y casi no nos importa el confesar que Vi- toria Colonna, marquesa de Pescara, no era linda.

Vittoria murió y los años pasaron.

(Continúa en la pág. 59)

(Continuación de la página 2)

AMANDA LABARCA HUBERTSON

—Tengo un buen dibujante que hace las cosas muy a mi gusto. La buena ilustración es indispensable en la lectura para los niños. Les ayuda gráficamente a comprender, ¿no cree Ud.?

—Por supuesto.

Llega Guillermo. Hablamos de diferentes cosas y entre ellas del trabajo de la mujer. Guillermo, que tiene junto a sí, una mujer ejemplar, en la cual ha aprendido a estimar a las mujeres, más de lo que las mujeres nos merecemos, formula conceptos halagadores y enteramente sinceros respecto de la laboriosidad, eficiencia, constancia y abnegación de la mujer en todo género de trabajos. Opina que la mujer debería tener todos los derechos políticos.

Yo que, ajena a la política por temperamento, siento distancia por ella, por temperamento también, no me demuestro entusiasta por la futura posibilidad de la mujer interviniendo de hecho y de derecho en política.

Amanda en cambio, declara que siente pasión por la política.

—Es el arte de gobernar a los pueblos, me dice. No hay que confundirla con la baja intriga que llamamos política, entre nosotros. Y al decir que me apasiona, no me refiero ciertamente, a ella.

A todo esto, Yola Labarca, la encantadora hija de Guillermo y Amanda, no se ve por ninguna parte. A una pregunta mía, me dice Amanda que se ha metido en cama temprano, para estudiar mejor. Yolita Labarca está por terminar sus estudios de ingeniero agrónomo y tiene veintiún años. Los que la han visto, saben que es muy bonita, y los que la conocen en la intimidad, saben que es una digna hija de tales padres y en todo merecedora de la adoración que los dos sienten por ella: graciosa, deportiva, gentilmente coqueta,

constituye el ideal de la “jeune fille en fleur” de nuestros tiempos, dueña de sí, segura de su personalidad y al mismo tiempo flexible y dócil para recibir las sugerencias de los padres excepcionales que le deparó su fortuna.

Guillermo y Amanda me dejan en la puerta. En tan breves líneas, no puedo naturalmente, hacer un retrato más digno y más fiel de una de nuestras mujeres y más interesantes, que puede estar orgullosa de haber realizado todos sus ideales: el hogar perfecto y el acopio de cultura necesarios para hacer de ella lo que es, gracias a su talento natural y a su sensibilidad finísima: una escritora erudita, pero también una escritora de primer orden.

M.

(Continuación de la página 3)

MELANCOLIA DE PAYASO

Angeles no le hubieran dado guerra los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne, sintetizados en una mujer. Tantos millones como su nuevo film le costó por lo menos su divorcio famoso. Poseíalo todo, menos el amor, lo que significa no poseer nada y, como al Soldado Desconocido, le llegó la gloria tarde. No sabe qué hacer con ella. Tendrá que firmar millares de postales, decirle al mundo desde lo alto de la torre de Eiffel, a no ser que sea desde un avión de la Paramount, que ama a París, que las rosas y las mujeres de París son incomparables. ¡Ay! sólo ha visto y olido de pasada como los propios reyes, mientras todas las “midinettes” agrupadas en una calle dejarán sin comer a los gorrones de los jardines para contemplar a su payaso favorito. No lo dejarán a Carlitos solo un instante ni siquiera para visitar a su colega en celebridad, al soldado muy conocido a quien pretende evocar en una película, abandonando así para siempre su sombrero y su caña elástica. Un tricornio y un bastón de mariscal le tientan desde hace tiempo; tal vez sólo viene a París para visitar los museos napoleónicos y la tumba de los Inválidos.

**El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima**



PARA LA HIGIENE ÍNTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

**Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

*Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas*

Acido ortobórico, dispersuf., potas.



**TODOS LOS MESES ELLA SUFRÍA
TANTO!**

Todos los meses estropeada y cansada, sin poder atender a sus deberes domésticos y sociales. Rápidamente perdiendo su belleza y encanto hasta que descubrió, lo mismo que muchas otras, que estos sufrimientos eran completamente innecesarios. Fenalgin inmediatamente alivia los dolores más severos de este período. Ninguna mujer debe estar sin este remedio. Hoy mismo, compre una cajita de la inofensiva Fenalgin, la manera segura para la mujer moderna de estar en buena salud todo el tiempo.

PHENÄLGIN

(FENALGINA)



FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniata.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Unico Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

dos. Tampoco el otro fué afortunado en amor. No siempre es posible sumar la gloria terrestre y una vendimia de lindas bocas. Como el dibujante de payasos, como el corso enjaulado, comienza ya a dar señales de misticismo, característica de vejez. Cuando acepte filmar para nosotros su último film, ‘‘Carlitos en Santa Elena’’ le repetiremos la plegaria de Willette: ‘‘En la arena tenebrosa, estamos los artistas, entre las multitudes que no tienen ojos ni orejas, pero que sí poseen una boca para insultarnos, estamos saludándote, Señor, antes de morir’’.

VENTURA GARCIA CALDERON

(Continuación de la página 7)

EL VIRAGE

—No tengáis temor alguno por vos; vais a salir de esto, sin mayores molestias. Pero en lo que toca a vuestro amigo, ya es otra cosa; ha tenido una gran hemorragia; casi se ha vaciado. He detenido la sangre, pero no basta. Es preciso devolverle, e inmediatamente, la fuerza de resistir. Se impone una transfusión de sangre.

Mientras el profesor Brosset hablaba, la memoria de Juan le había, poco a poco, detalle por detalle, restituido el encadenamiento de los sucesos.

Un sudor frío, le había bañado de pies a cabeza.

El profesor continuó:

—Vuestro amigo es víctima de un accidente causado por vos, por vuestra torpeza, o por vuestra imprudencia. Supongo que desearéis vivamente, que la sangre que le ha de ser dada, sea, a ser posible, la vuestra.

Le había explicado:

—¿Usted sabe, no es cierto, en lo que consiste una transfusión de sangre? Inyectar al enfermo la sangre de una persona sana. Sólo una condición: que las sangres no sean de naturalezas contrarias. He mandado que examinen va-

rias gotas de la sangre de su amigo y varias gotas de la sangre de usted. Se acaba de confrontarlas.

En esos momentos, vino alguien a hablar en voz baja al profesor, que luego anunció satisfecho:

—Examen favorable: la transfusión es posible. Podéis dársela, señor.

—Juan, vacilante, no sabía como contestar. Al fin, murmuró:

—¿Entonces?... ¿Entonces? Haga usted lo que quiera, doctor. Es usted a quien corresponde decidir por mí, por los dos.

El doctor, secundado por un joven que a su ejemplo, se había puesto un delantal blanco, ayudó a Juan a prepararse.

Le hizo sentar al borde del colchón sobre el cual estaba tendido Pedro Verú exangüe, con los rasgos tirantes, el pecho hundido, la piel de una palidez de cera, como un cadáver.

Con rápido movimiento, se armó de una jeringa, y clavó la extremidad de la aguja en el brazo derecho de Juan, a la altura del codo y aspiró una jeringa llena de su sangre.

En seguida, la acercó al brazo derecho de Pedro Verú, la introdujo en la misma altura, y la instiló, gota a gota en el brazo del desvanecido, diez centímetros cúbicos de sangre de Juan; después sin hacer un gesto, con la jeringa en el aire, esperó el resultado de la operación.

Como Pedro no diera señales de vida, el profesor prosiguió la intervención.

Una segunda jeringa estuvo pronto lista e instalada.

Poco a poco, el rostro de Pedro Verú, pareció adquirir alguna vitalidad. Sus rasgos se distendieron.

Pero lanzó un ligero suspiro; alzó los párpados; pareció comenzar a respirar.

El hijo del profesor había murmurado:

—Este paseante viene de bastante lejos.

Continúa en la pág 68



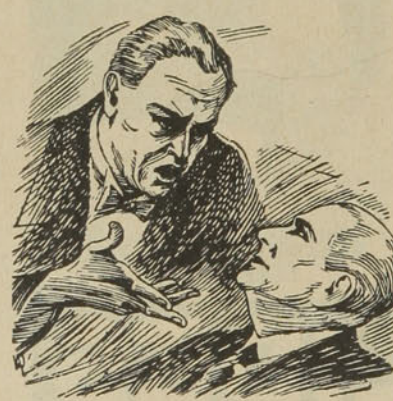
MENTHOLATUM

Penoso y Molesto

Para sarpullidos, comezón, irritaciones de la piel el Mentholatum no tiene igual. Calma y alivia dejando la piel sana y fresca.


El remedio ideal para catarros, jaquecas, picaduras de insectos etc. Las enormes ventas anuales son prueba evidente de sus méritos. Rechace las imitaciones.

A Base de: Mentol, Acanfor, Eucaliptus, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba.—M. R.



¡Así pierde Vd. su mejor amigo!

pues un día dejará de tener consideración con un ser tan irritable. ¿No nota Vd. como su continua nerviosidad le perjudica en sus negocios y trato social? Hace tiempo que debiera Vd. tomar las Tabletas de ADALINA. No hay nada que calme tan agradablemente los nervios, que vigorice su energía y levante su ánimo proporcionándole al mismo tiempo una superioridad natural, como las



Tabletas de Adalina

La cruz Bayer M.R. — Adalina M.R. a base de Bromodietilacetilurea!

ALGUNAS RECETAS

La bencina y sus diferentes usos.—En los trabajos de limpieza, a los cuales la mujer cuidadosa de su menaje, debe entregarse, la bencina representa un rol importante. Ante todo, es necesario saber si la bencina que nos venden es bencina o es petróleo. Para enterarse, se dejan caer dos gotas de alcohol dentro de la bencina, que no cambiará de aspecto, si se trata de bencina pura. En cambio, si no es así, la bencina cambiará lo suficiente, para que nos enteremos de la poca honradez del comerciante que nos la ha vendido.

La bencina puede ser cambiada por esencia de nafta, que limpia muy bien.

Para este último producto, como para el precedente, se deberán tomar las mayores precauciones, porque son muy fácilmente inflamables: no usarla jamás cerca de los sitios donde hay fuego. Si por azar, el líquido se inflama, no verter jamás agua sobre él, sino arrojarle arena, o procurar apagarlo con una manta.

La bencina servirá especialmente para hacer desaparecer todas las manchas de grasa sobre los trajes o sobre la ropa blanca. Se emplea de la manera siguiente:

te: verter algunas gotas de ese líquido sobre un algodón y frotar la mancha circularmente y por el exterior para evitar las orillas. De esta manera, se limpian los guantes, que quedarán como nuevos. También pueden limpiarse los foulard y las corbatas con la condición que posean colores oscuros.

Limpieza de vidrios y espejos.—Los espejos se tornarán netos y brillantes, por medio del proceder siguiente: sobre polvos de tiza, vertiréis agua hirviendo: removeréis enérgicamente y agregaréis vinagre muy fuerte: después de haber pasado esta mezcla a través de un lienzo fino, empaparéis en ella una gamuza, con la cual limpiaréis los vidrios como de costumbre.

Para pulir los vidrios, emplead la fórmula siguiente:

Goma pulverizada, 30 grs.; mastic en lágrimas, 30 grs. éter sulfúrico, 300 grs.

Todo esto bien mezclado, obtendréis un líquido con el cual no tendréis sino que

frotar la parte del vidrio que queráis pulir.

Limpieza del mármol.—Mezclar vinagre y jabón mineral en polvo: extender esta mezcla sobre el mármol. Dejarle algunas horas. En seguida escobillar fuertemente con agua. Dejar frotar. Después frotar de nuevo con una piel de gamuza.

Para tener un horno limpio.—Lavadle con agua como un plato. Dejadle secar, y después pasadle cera dos veces con veinticuatro horas de intervalo. Bastará en seguida con frotar el horno con encáustico, y tendrá ese hermoso brillo que caracteriza el horno de una perfecta dueña de casa.

Para limpiar los sombreros de paja.—Escobilladlos con una solución de 10 gramos de sal de acedera, en un litro de agua. Enjuagadles con mucha agua y ponédlos a secar en una corriente de aire.

La Conducta que corresponde en Sociedad

Las visitas de ceremonia duran de diez a quince minutos; las que son de etiqueta y no tienen señalada especial duración, de quince a veinte minutos; y las de poca confianza, hasta tres cuartos de hora. En cuanto a las de confianza, cuando son puramente de amistad, pueden durar hasta dos horas, y sólo hasta una hora cuando tienen por objeto cumplidos y demostraciones especiales, como ofrecimientos, felicitaciones, etc. Una visita de confianza o de poca confianza puede, sin embargo, ser muy corta en cualquier caso, según las circunstancias particulares que la acompañen, para lo cual no puede existir otra norma que la prudencia y el buen juicio del visitante. Con todo, es una regla general que estas visitas, cuando se hacen de día, especialmente en días de trabajo, deben ser de menos duración que cuando se hacen de noche.

Fuego Fatuo

He seguido a un fuego fatuo sobre los pantanos lúgubres de la vida; era vuestro amor, vuestro cuerpo y vuestra alma.

Por ello, nadie puede asombrarse si tengo el corazón dolorido, los ojos como carbones ardientes, manos descarnadas que se agarran a las frágiles cañas de la orilla, piernas temblorosas que apenas pueden sostenerme...

Voy por el pantano, deslizándome como un ensueño de hadas. Me siguen las luciérnagas y los juncos gimen bajo mi paso.

Y si mi alma se eleva en llamarada ardiente, mi pobre alma atormentada, es que mi vida ya no es sino un furtivo, un ligero, un inquieto fuego fatuo.

PAUL FORT



...Y EL TERSO
CUTIS DE "ELLA"
LO CAUTIVÓ...

En todas las farmacias, en cajas de dos tamaños: grandes y medianas.

"ELLA" comprendía que "Él" quería decirle algo. Pero "Él" jamás se decidía. Hasta que al fin, observándose "Ella" un día en el espejo, comprendió que las horrosas patas de gallo que afeaban el ángulo de sus ojos, las pecas y los barrillos de su rostro, lo ajado de su cutis constituían una barrera que ni el más valiente de los varones se hubiera atrevido a afrontar. Como había oído hablar de la cera mercolizada, resolvió a seguir el correspondiente tratamiento. Y al cabo de diez días "Él" le habló de las dulces cosas que "Ella" esperaba. La cera mercolizada hace caer, en forma insensible e invisible, toda la vieja cutícula exterior de la tez, haciendo aparecer en su lugar el nuevo, hermoso, lozano, juvenil y encantador cutis que todos poseemos. Y es así como la cera mercolizada contribuye a hacer nuestra felicidad.

Cera Mercolizada
Unica Verdadera
CREMA DE BELLEZA

Las Conquistas Científicas de la República Alemana

Cuando, al terminar la guerra, fué obligada Alemania a entregar la mayor parte de su flota mercante, nadie sospechaba que diez años después, los alemanes lanzarían a la competencia mundial el mayor buque de pasaje y que el "Bremen" obtendría la cinta azul del océano. Menos aun habría esperado un alemán que los zeppelines—maldecidos por el mundo entero durante la guerra—al cabo de un decenio cruzaran pacíficamente el océano y fueran recibidos de un modo entusiástico, precisamente por los norteamericanos. El conde Zeppelin, que en 1873, proyectó su primera aeronave rígida, dividida en compartimientos, y que en 1887 la recomendaba en una memoria al rey de Wurtemberg, recibió la primera patente seis años más tarde y construyó su primera nave en 1899. Al elevarse el dirigible el 2 de julio de 1900, sobre el Lago de Constanza, era yo estudiante y estaba en la orilla con algunos compañeros míos. Ellos y yo dimos saltos de entusiasmo y lanzamos al aire las

gorras. Según informe del benemérito ingeniero Dürer, habían trabajado treinta herreros y montadores en la construcción de la armadura de aluminio, unidas las dos góndolas por medio de una pasadera. Al ser introducida en el cobertizo aquella primera aeronave se hizo pedazos. Cinco años más tarde, no cupo mejor suerte al segundo modelo. El cuarto hubo de fracasar en julio de 1908, al realizar un viaje en medio de una tormenta, y sólo entonces alcanzó popularidad el zeppelin. Al ver en desgracia al que se tenía por hombre fantástico, fué cuando el impulso de auxiliarlo surgió en el espíritu romántico de los alemanes, y se hizo una gran suscripción nacional, que en pocas semanas dió excelente resultado.

A los veintiún años de aquel fracaso, que para el porvenir de la aeronave fué de tan ventajosas consecuencias, el zeppelin ha dado la vuelta al mundo en veintiún días y cinco horas, es decir, a una velocidad cuatro veces mayor que la soñada por Julio Ver-

ne. La proeza de aeronáutica del doctor Eckener, que sobre todo ha sabido sortear los ciclones y ha enseñado a librarse de tal peligro, se aprecia en todo su mérito por comparación con las travesías que efectuaron las primeras aeronaves, a saber:

1900: 32,4 kilómetros por hora, con la atmósfera en calma.

1929: Travesía en 123 kilómetros.

1900: Aeronave con dos motores. Viaje de 32 kilómetros, a 16 por hora.

1930: Aeronave de nueve motores. A 400 kilómetros por hora. Travesía de 3,600 kilómetros.

Una gran parte del mérito técnico corresponde, según afirmación de los competentes, el ingeniero Arnstein, que es en la actualidad director de una empresa norteamericana constructora de zeppelines.

Si al comienzo hicimos resaltar, que no consistían en la nueva estructura del Estado los resultados magníficos de la inventiva alemana, habrá que preguntarse cómo en

tan desfavorables circunstancias han sido posibles aquellos asombrosos resultados. Veo dos causas psicológicas.

La desaparición de ambiciones y exigencias militares ha permitido a los investigadores germanos, dedicados antes a una labor de carácter bélico, aplicar sus energías a un trabajo pacífico. Por otra parte se ha desvanecido el encanto de denominarse real profesor, y se cuentan por centenares los hombres de privilegiado cerebro que por consideraciones de orden corporativo y de índole social se limitaban a la cátedra, y que libertados de prejuicios en el ambiente de la república, no tienen ya reparo en prestar su concurso en fábricas y oficinas, donde, mejor renumerados, y, por tanto, sin preocupaciones económicas, dan un rendimiento de práctica eficacia. El hecho de que hoy haya muchos más sabios alemanes ávidos de dinero, tiene sus inconvenientes; los conocemos y vemos también los peligros que eso envuelve. Pero como en este superficial examen no se trata de especulaciones ni de la investigación puramente intelectual, sino de conquistas técnicas o en relación con la química y la medicina, el anhelo de obtener grandes provechos mediante la labor mental nada tiene de reprochable, como no lo tiene la ambición que impulsa a un gran estadista.

Esa manera de proceder, usual en América, desde hace mucho tiempo, se acostumbraba antes de la guerra a disimularla en Europa, sobre todo en Alemania, donde una gran herencia intelectual, que data de los tiempos de Humbolt y de Goethe, pesaba tanto sobre el sabio como por otra parte lo enaltecía. Cuando el farmacólogo de la Universidad de Breslau empezó a ganar mucho dinero con la antipirina, invento suyo que tanta resonancia tuvo en el mundo entero el año de 1830, los colegas de aquel hombre, entre ellos mi padre, fueron apartándose de él, porque decían que no era propio de un sabio ganar más dinero del que el Estado le pagaba, y eso, como es sabido, era bien poco. Según esta teoría, sólo puede uno ser grato a sus semejantes cuando se resigna a la pobreza. Tan adecuado sería ello en un estadista cual el descrito por Platón, como impropio es en el caso de que se trata. Pero aun hoy se mira con malos ojos en Europa a autores que ganan mucho por su talento.

No es de lamentar que ese ambiente se haya desvanecido entre nosotros. El espíritu alemán, ensalzado por teórico, duante decenios, pero sometido también a teórica crítica, se ha hecho más práctico, merced a las pruebas por que ha pasado en los últimos lustros. De ahí que los alemanes hayan sido los últimos entre todos los europeos en dedicarse a la política, para la que eran demasiado idealistas. Ya Goethe se burlaba de tal condición.

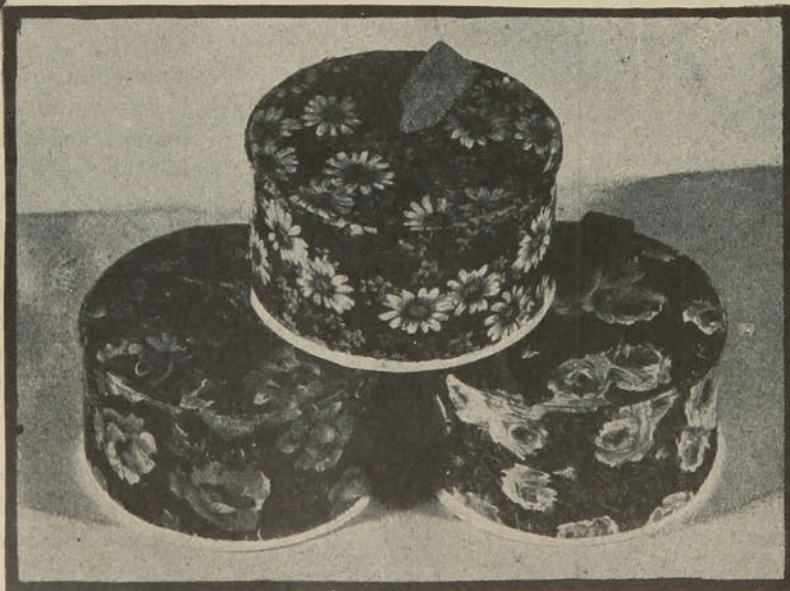
La consecuencia de ese cambio es que hoy el genio alemán produce menos filosofía y más medios para el mejoramiento y el progreso colectivos.



Su adherencia y perfumes
inimitables hacen de los

«POLVOS
MI ENCANTO»

un complemento indispensable de la toilette
femenina.



POLVOS

MI ENCANTO

Sabido es que los argentinos transforman en agudos ciertos tiempos de los verbos, y así dicen *entrá, deci, comé*, y luego *¿qué querés?, ¿qué decís?, ¿qué tomás?*

Esto permite el siguiente truco:

Desea uno tomar, por ejemplo, un vermut y no tiene dinero. Pues se llega a la Avenida de Mayo y busca, entre los centenares de mesas de bares, restaurantes y cafés que hay en toda su extensión, hasta que, sentado a una de ellas, ve un amigo. Se acerca y le dice:

—Tomás me ha dado recuerdos para ti.

Y es de rigor que él conteste:

—¿Qué tomás?

—Vermut con soda—replica uno rápidamente. Y se sienta sin más invitación.



En cierta ocasión, el marqués de Guaireña encargó a un pintor novel copia del cuadro de Rubens, "Las Tres Gracias". El artista, que era muy distraído, después de una labor improba para realizar el trabajo, vió, con sorpresa, que en vez de tres figuras había pintado cuatro; pero no se amilanó, sino que



—¿Qué harías, Alberto, si tuvieras el sueldo del director?

—No sé, hija; pero me gustaría saber lo que haría el director con el mío.

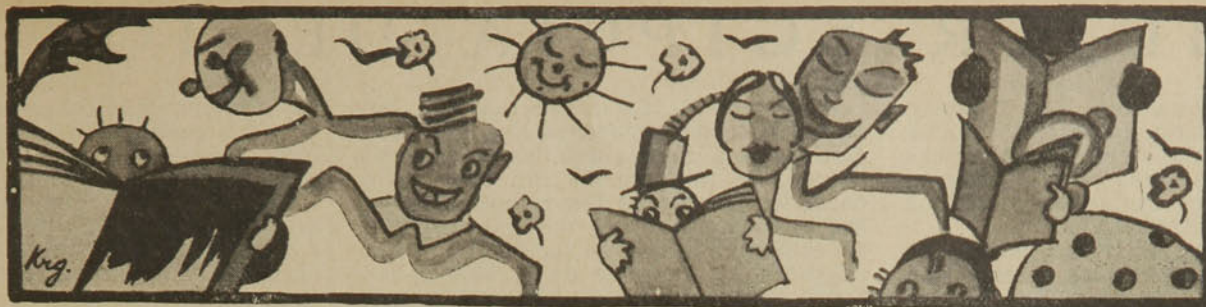
puso el cuadro en manos de su recadero, y le dijo:

—Mira, si el marqués te dice algo referente a esta figura sobrante, procura disculparte.

Efectivamente. Cuando el marqués tuvo el cuadro en sus manos, no pudo menos de exclamar, iracundo:

—Yo le he encargado copia de "Las Tres Gracias", de Rubens, y, aquí aparecen cuatro. ¿Cómo es esto?

—Será una "gracia" del "maestro", señor.



Bromas



—¿Puede usted decirme por qué siempre la encuentro leyendo una novela cuando entro en la cocina?

—Porque la señora lleva suelas de goma.



EL ILUSIONISTA.—Como ustedes ven, la señora Perengáñez ha desaparecido y se ha convertido en ramito. ¡Vamos a ver si la encontramos!

PERENGANEZ. — ¡Nada, hombre; nada! ¡Ya está bien así! Me llevaré las flores...



—¿Trabaja aquí un tal Pepe?

—No basta ese dato, porque aquí todos somos Pepes.

—Es bajo, regordete y usa gafas.

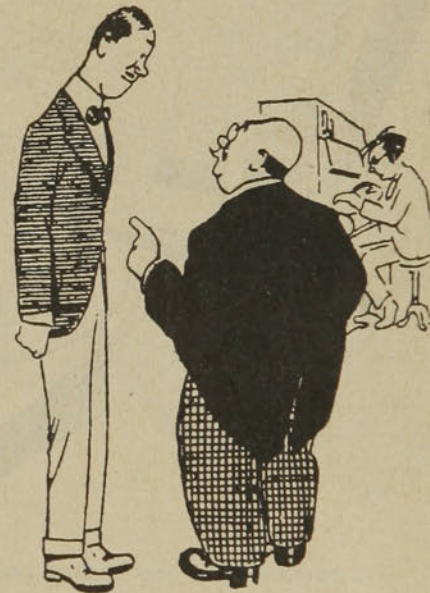
—Tampoco esos datos bastan: aquí todos somos bajos, regordetes y usamos gafas.

—Iba a añadir (pero tampoco bastará ese dato) que es algo idiota.

El señor T. S. y su esposa visitan París. Pasan por la Plaza de la Opera, donde está el majestuoso teatro, y después de admirarlo, preguntan a una pobre mujer de la vecindad: "¿Quién ha sido el arquitecto que ha dirigido esta portentosa obra?" La mujer contesta: *Je ne sais pas*. (No lo sé). El matrimonio, satisfecho, prosigue su camino.

Al día siguiente visitan la Torre Eiffel. Preguntan también a un muchacho que por allí andaba quién fué el ingeniero que proyectó y dirigió tan estu-
penda obra. Y contesta el muchacho: *Je ne sais pas*.

Encuentran luego una boda, en la que novios y convidados van todos en auto-car, y no acostumbrados a ver bodas así, preguntan a una anciana que pasaba: "¿Quién es el novio?" *Je ne sais pas*, res-



—¿Le gusta a usted la música?

—Muchísimo. ¿Y a usted?

—También... ¿Quiere usted que salgamos a fumar un cigarrillo?

—Vamos.

ponde la anciana, encogiéndose de hombros.

Al día siguiente ven un entierro muy lujoso. Preguntan el nombre del que ha fallecido: *Je ne sais pas*, les contestan.

—¡Oh!—exclama el señor T. S.—¡Pobre Gené Sepá! ¡Tan buen arquitecto, tan buen ingeniero, casado ayer y muerto hoy! ¡Qué desgracia!



El fabricante R. P. y su señora están visitando el Observatorio Astronómico del Tibidabo. Y entran en una sala a tiempo que un astrónomo está mirando atentamente al cielo a través de un telescopio. En aquel momento corre una estrella.

—¡Muy bien!—exclama asombrada la señora del fabricante.—¡Vaya una puntería!

LA MUJER EGIPCIA DE HOY DIA

¿Quién reconocería en las elegantes mujeres que recorren las calles del Cairo o de Alejandría, o en las enérgicas sportwooman que conducen ellas mismas el coche, las hijas o las nietas de las que yo he conocido otras veces?

El cambio no se ha hecho en un día, como en Turquía, donde las órdenes han venido de arriba, y a las cuales ha sido preciso de buen o mal grado conformarse.

Ha llegado lenta, pero seguramente, como todas las cosas durables.

Diez años han hecho el milagro. Una sola marca constituye la semejanza entre los contemporáneos de Tewick I y las súbditas del rey Fouad.

¡El tocado!... Lo mismo que allá abajo, los hombres modernos han permanecido fieles a ciertos detalles de la vestimenta, las mujeres no han osado colocarse los sombreros femeninos. Pero como se han quitado el velo y la coquetería femenina no pierde sus derechos, han adoptado una especie de turbante, bastante semejante a los nuestros y que, lo más a menudo de raso negro, hace juego a veces muy lindamente, con el color del abrigo o del vestido. Aparte de esto, yo no veo entre las egipcias y las otras mujeres de Europa, la más mínima diferencia.

Esta revolución, no ha alcanzado a las mujeres del pueblo. Como sus maridos,

las mujeres del campo, permanecen fieles a las costumbres ancestrales y hacen bien, porque sus siluetas únicas en el mundo, dan a los paisajes del borde del Nilo, un "cachet" que no podría quitárseles sin perjuicio. Pero las burguesas, como las ricas propietarias de provincias, han seguido el movimiento y el progreso.

Este cambio en las costumbres y en los hábitos, se acompaña de la más completa transformación moral.

Se buscaría vanamente a las iletradas, entre las habitantes de las ciudades y aún de las aldeas más retiradas. La escuela obligatoria, ha cambiado las costumbres de antaño. No solamente la pequeña "Fellaha" sabe ahora leer y escribir, sino que más de una aprende alguno de los numerosos oficios, que se ponen a su disposición. Me acuerdo del tiempo en que sólo las fábricas y oficinas empleaban a las muchachas y las obligaban a un trabajo embrutecedor, por una suma verdaderamente irrisoria. También eran las mujeres la que reemplazaban a los hombres en el transporte de cemento para la construcción de los inmuebles.

Ahora, el taller ha reemplazado todo eso. Una criatura enérgica tanto como desenvuelta, ha creado escuelas superiores y fábricas artísticas. Ha organizado dispensarios y ha sembrado a profusión los consejos.

Hablo de Mme. Charawoui-Pachá, viuda de uno de los más grandes hombres de estado de su país.

Ayudada por su encantadora secretaria, Mlle. Ceza Nabaraoui, que posee una cultura enteramente francesa, Mme. Charawoui, ha terminado por llevar felizmente a cabo, la obra a la cual se unirá eternamente su nombre. Se le debe, con la supresión del velo, la regeneración del Egipto femenino.

El número de alumnas que seguían los cursos en el taller, no era sino de 47 en 1917. Este año ha pasado la cifra de 400 y aumenta de día en día.

Entre las instituciones nuevas más in-



“¡Yo
quiero...!”

Así exclamarán sus nenes cuando vean la Maizena Duryea en la mesa. La Maizena Duryea provoca especialmente el apetito de los niños. Sirvasela con frecuencia. Hará que sus niños se desarrollen robustos, saludables y vigorosos.

Centenares de platos deliciosos y apetitosos se pueden preparar fácil y económicamente con Maizena Duryea.

Permítanos enviarle un ejemplar GRATIS de nuestro bonito libro de cocina que contiene muchas recetas famosas. Llene y envíe el cupón.



MAIZENA DURYEA

Agentes: WESSEL, DUVAL Y CIA.
Casilla 86-D — Santiago.

Envíeme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre

Calle

Ciudad 304 A

¡CABELLO CANOSO!

Haga desaparecer las canas,
usando

Tinta "Ombrina"

18

que es una tintura insuperable,
de efectos instantáneos y
seguros.

¡De fácil empleo!

Frasco: \$ 5.60

De venta en todas las Farmacias.

DROGUERIA DEL PACIFICO
(Dropa)

terentes, es preciso citar el taller de obras femeninas de Alejandria, fundado en 1916, por su majestad el rey. Durante el ejercicio del año pasado, más de 413 obreras y aprendices han frecuentado este taller, llegando a ser superior a dos mil, el número de muchachas que el taller ha beneficiado.

Lo que ha sido realizado por el pueblo es grandemente sobrepasado aún por la clase media y la aristocracia, que solas, pueden ayudar a las masas a franquear completamente los antiguos prejuicios sociales, dando ellas mismas, ejemplo de estudio y de trabajo. En esto, como en todo lo demás, la egipcia moderna no se queda atrás. Magníficos colegios femeninos se han levantado en el Cairo y Alejandria; las alumnas se reciben bajo la dirección de maestras europeas e indígenas, y obtienen lecciones propias, para hacer de ellas mujeres de mundo y cumplidas madres de familia.

En estos últimos años, muchas muchachas enviadas a Europa, han vuelto con diplomas que habrían bastado, aún el más insignificante de ellos, para confundir a las criaturas de antes. Mujeres, médicos, abogados, matemáticos, son ya incontables en la nueva generación. Una mujer. Mlle. Zeinab Kamel, ocupa hoy día un puesto de profesor de química en la Universidad. Otra Mlle. Afifa Scandar, pintora y música de talento, se ha entregado ahora a la arqueología. Mlle. Behidja Hajez, no se contenta con ser una de las más bellas mujeres del Cairo, si no que es también una eximia comediente y posee un bello temperamento.

Todavía quedan las señoritas Doria Kamel y Alia Shafic; la primera diplomada en la escuela normal de París, en arte femenino. Estas jóvenes componen y dibujan ellas mismas las toilettes que llevan y se destinan, creo, a venir a enseñar su arte en su país de origen. Es en fin, Mlle. Azisa Mussa, quien se ha hecho aplaudir en Europa, innumerables veces, por el encanto de sus melodías.

Agreguemos que Mlle. Alia Kamel, citada más arriba, no hace la moda sino para distraerse. Ha rendido con éxito los exámenes de filosofía general y lógica.

Me figuro que esta nomenclatura basta para dar a mis lectoras una idea de los progresos obtenidos en Egipto en la evolución de la mujer. Pero hay más.

Mme. Charawoui, cuyo espíritu siempre despierto, sueña con la completa emancipación de sus hermanas tan largo tiempo esclavas, se ha impuesto sobre esta materia una verdadera cruzada.

El feminismo en el país de los faraones, representa otra cosa que en el nuestro. donde, si se compara a las dos legislaciones, la mujer va desde hace tiempo, derechos que hace pocos años, la egipcia no soñaba en poseer.

Desde el punto de vista puramente legal, está ciertamente más favorecida que nosotros, porque ella conserva la libre disposición de sus bienes, y una facilidad mucho más grande de emanciparse de la tutela marital.

Pero en la vida corriente, ocurre muy de otro modo. Obligada por arcaicos usos a una claustración casi completa, mantenida a distancia de todo movimiento intelectual, permanece siendo el pájaro encantador amueblando el harem de su dueño, y solamente ocupada en alisar sus plumas.

Al presente, la mujer instruida, desprendida de toda traba, parte a la lucha por la vida, y se convierte en la compañera del hombre, que la escucha y que la respeta. La poligamia acaba de desaparecer. La esposa única toma conciencia de sus deberes y no tiene sino un cuidado: hacer su hogar más agradable.

Mme. Charawoui, no se ha contentado

con llevar a cabo la noble cruzada en su país. Por su palabra elocuente, por el prestigio que le confieren su fortuna y su nacimiento, ha logrado agrupar en torno de ella un grupo de mujeres de élite. Y ayudándose la una a la otra con sus luces, siembran la buena palabra. Ninguna miseria femenina les parece indigna de interés. Su ardiente propaganda engloba a la vez a sus hermanas de la China y del Japón, las indúes y las tibetanas, todas las que, como ellas, procuran colocarse en su sitio, en la gran familia humana.

Y por este esfuerzo Mme. Charawoui debe ser loada.

Para mí, amiga de Egipto, hay una

cosa en su obra que prima sobre las otras y creo que todas las madres estarán conmigo.

Gracias a ella, no hay quizás una egipcia ni de las más baja condición, que no comprenda hoy día, que si el cielo le da retoños, es ella la encargada de conservarles.

Los lactantes visitados, cuidados, las madres sostenidas y guiadas, saben al presente, dar a sus hijos, los primeros principios de higiene. La mortalidad de los recién nacidos, ha disminuido considerablemente. Y este resultado, prima sobre todo los otros.

JEHAN D'IVRAY.

Limpia

Bañaderas • Azulejos
Ventanas • • Espejos
Cobre • • • Bronce
Hojalata • • • Niquel
Artículos de Aluminio
Las manos • Zapatos blancos



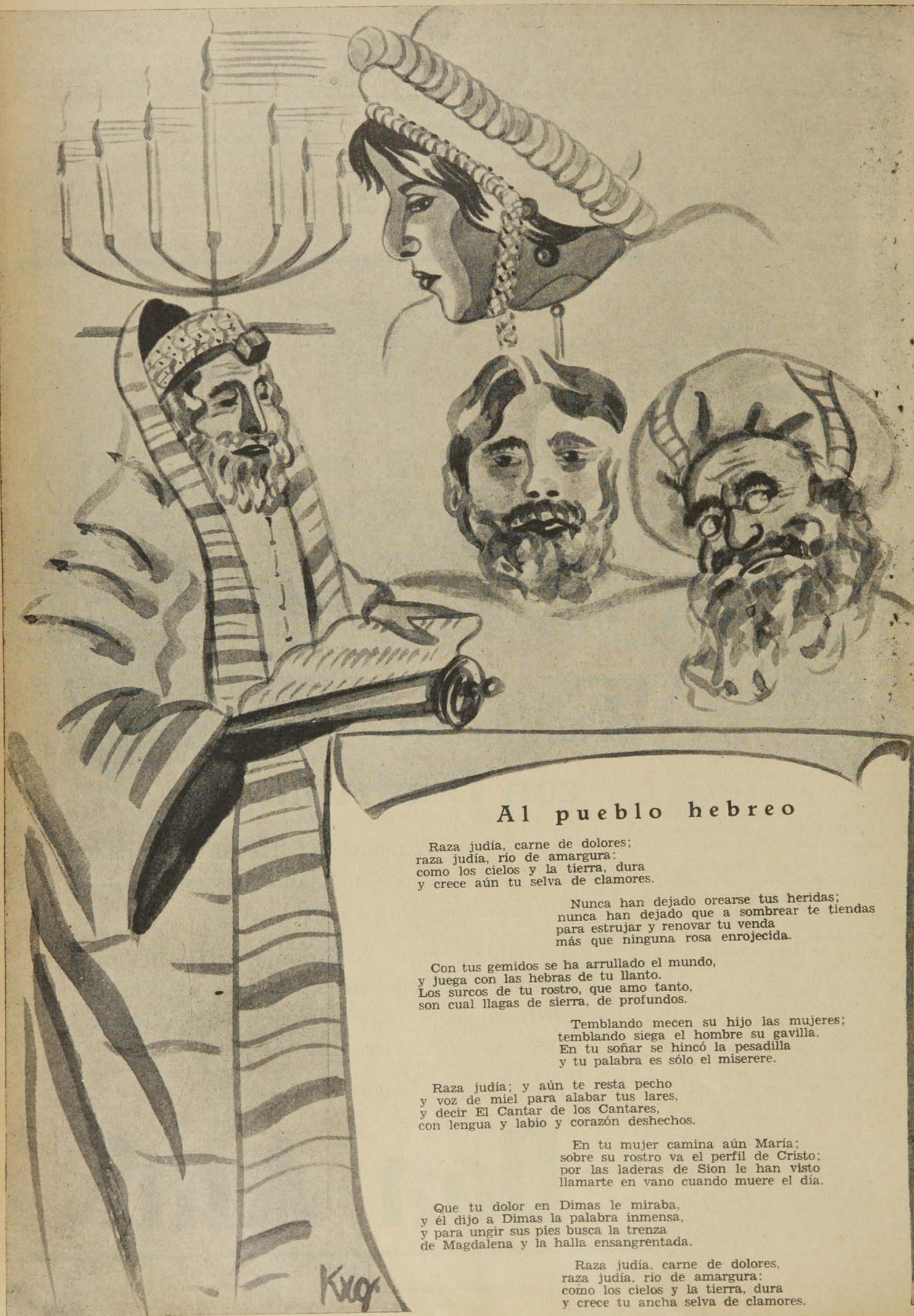
¡Facilísimo con Bon Ami!

LIMPIAR los vidrios de un balcón o ventana ha dejado de ser una labor desagradable— si se usa Bon Ami.

Una ligera capa de espuma del Bon Ami absorberá toda la suciedad. Con sólo pasar un trapo seco, después, por encima, el vidrio queda sin una marca, sin una mancha.

De venta por todas partes

Bon Ami



Al pueblo hebreo

Raza judía, carne de dolores;
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece aún tu selva de clamores.

Nunca han dejado orearse tus heridas;
nunca han dejado que a sombrear te tiendas
para estrujar y renovar tu venda
más que ninguna rosa enrojecida.

Con tus gemidos se ha arrullado el mundo,
y juega con las hebras de tu llanto.
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual llagas de sierra, de profundos.

Temblando mecen su hijo las mujeres;
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es sólo el miserere.

Raza judía; y aún te resta pecho
y voz de miel para alabar tus lares,
y decir El Cantar de los Cantares,
con lengua y labio y corazón deshechos.

En tu mujer camina aún María;
sobre su rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sion le han visto
llamarte en vano cuando muere el día.

Que tu dolor en Dimas le miraba,
y él dijo a Dimas la palabra inmensa,
y para ungir sus pies busca la trenza
de Magdalena y la halla ensangrentada.

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece tu ancha selva de clamores.

La cocina practica

GUISOS DE LA ESTACION

A L M U E R Z O

VALDIVIANO

- 1/4 kilo de charqui.
- 2 cabezas de cebolla. Sal y aji.
- 1 pan.
- 3 huevos.

Se machaca bien el charqui y se desmenuza, en seguida se pone a freir en color con sal, un poquito de aji, y la cebolla cortada de pluma. Después de bien frito, se le agrega agua hirviendo, se retira del fuego para que no se recueza la cebolla. Se tuestan rebanadas de pan y se ponen en la fuente en que se va a servir. Antes de retirar la olla, se le agregan dos o tres huevos enteros.

CORDERO A LA CACEROLA

- 1/2 kilo de chuletas de cordero.
- 1 cucharada de mantequilla.
- 50 gramos de jamón.
- 1 copa de vino blanco.
- 50 gramos de tocino.
- 2 anchoas.
- Perejil, chalota y apio.
- 1 cucharada de harina.

Se preparan las chuletas, se mechan con tocino de un lado al otro, se les pone sal y pimienta y se ponen a dorar en una cacerola con una cucharada de mantequilla que se habrá calentado de antemano, se dejan retiradas del fuego para que se doren lentamente. Se pica perejil, dos chalotas y un pedacito de jamón muy picado. Todo esto se salta en mantequilla, se le agrega una copa de vino blanco y otra de caldo. (Se le espolvoreará harina antes de ponerle vino). Después de hervir un rato, se cubren las chuletas con esta salsa y se dejan hervir por media hora, para que consuma la salsa. Se sirve con berros y papas saltadas.

BUDIN DE GARBANZOS

- 1/2 kilo de garbanzos.
- Sal y pimienta.
- 2 cucharadas de mantequilla.
- 4 huevos.
- 2 cucharadas de harina.
- 1/2 taza de leche.

Se remojan los garbanzos desde el día anterior. Se ponen a cocer, y cuando están cocidos, se pasan por el cedazo. El puré se une a una salsa blanca espesa y se le agregan cuatro yemas, sal y pimienta. Las claras se batirán como para merengue y se unirán a la crema. Se enmantequilla un molde, se llena con esta preparación, se cuece al baño de María o al horno. Se le pone salsa crema encima.

TORTILLA RELLENA

- 5 huevos.
- 2 cucharadas de azúcar flor.
- 2 cucharadas de chuño.

Se parten los huevos y se separan las claras de las yemas. Las yemas se baten bien y se les agrega el chuño. Las claras se baten como para merengue y se les añade azúcar flor. Se unen ligeramente con las yemas y se coloca al horno en latas redondas untadas con mantequilla. Cuando están duras por un lado, se vuelven del otro, y cuando están cocidas, se rellenan con manjar blanco.

COMIDA

SOPA DE TAPIOCA

- 1 cucharada de mantequilla.
- 1 cucharada de harina.
- 3 cucharadas de tapioca.
- 1 yema de huevo.
- 1 copita de jerez.

Se hace un buen caldo, se cuela, se le pone tapioca y se deja cocer. Poco antes de servirla, se deshace en una cacerola una cucharada de mante-

Ninguna
receta
es
buena
si
los
condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los
**ALMACENES
ECONOMICOS**

Hay uno cerca de su casa.

87 "Carozzi"

Los Tallarines más refinados y exquisitos
que Ud. debe comer diariamente

COMPRELOS EN LOS MEJORES ALMACENES





¡Magia del Matiz!

TANGEE produce color atractivo y natural. ¡En ello está su encanto! Pero, además, tiene una magia propia. ¡Aplicuese el Lápiz Tangee y se verá el color cambiar hasta armonizar con su tipo!

Tangee es viveza de color... un sonrojo natural, libre de embadurnamiento. Permanente, Tangee mantiene los labios adorables todo el día. Luego, no los reseca como otros lápices. Es decir, que no sólo los embellece, sino que también los suaviza y los protege.

La misma maravilla se obtiene con el Colorete Compacto y Crema Colorete. Entre las preparaciones Tangee hay también Polvos, Crema Nocturna, Crema Alba, y Cosmético.



Representantes para Chile:

KLEIN & CIA. LTDA.

Santiago

Casilla 1762

Huérfanos esq. Bandera y Ahumada

quilla y se le añade una de harina. Esta crema se agrega al caldo poco a poco. En la sopera se le pondrá una o dos yemas de huevo y una copita de jerez. Se revolverá para evitar que se corte la yema.

POSTRE DE MANZANAS

- 6 manzanas.
- $\frac{1}{2}$ litro de leche.
- 50 gramos de mantequilla.
- 50 gramos de azúcar.

Se pelan las manzanas y se les quitan las pepas, y ese hueco se rellena con mantequilla y azúcar molida. Se ponen al horno. Estando asadas se sirven con crema de leche batida.

ZANAHORIA CON CREMA

- 8 zanahorias.
- 1 cucharada de harina.
- $1\frac{1}{2}$ cucharada de mantequilla.
- 1 taza de leche y pan.

Se cuecen las zanahorias peladas y se cortan en cuadritos. Se les vacía encima una salsa crema hecha con mantequilla, harina, leche, sal y pimienta. Se adorna con pan frito.

ENSALADA A LA INGLESA

- $\frac{1}{2}$ docena de sardinas.
- Berros.
- 2 huevos.
- 3 lechugas.
- Alcaparras.
- 3 cucharadas de aceite.

A las sardinas se les saca el espinazo y las espinas, y se cortan en tiritas finas. Se unirán con cogollos de lechugas francesas y berros, todo picado fino y también alcaparras picadas. Todo se pone en la ensaladera y se aliña con la siguiente salsa:

Se cuecen dos huevos duros. Las yemas se deshacen bien. Se les pone sal, pimienta, un poquito de mostaza inglesa, y poco a poco se le agrega tres cucharadas de aceite, una pizca de ají, y dos cucharadas de jugo de limón. Con esta preparación se aliña la ensalada cuidando de unirla perfectamente. Se adornará con cogollos de lechuga.



Ahumada 32

TODO EL MUNDO ADMIRA A UN HOMBRE SANO Y FUERTE

TANLAC ha devuelto la salud y felicidad a miles, en muchos casos después de años de sufrimientos.



Es el hombre sano y fuerte, rebotante de alegría y vigor, quien, por lo común, triunfa en la vida, en los negocios, en la sociedad y en todas sus empresas. Aquel que está enfermizo y débil tiene que tomar un lugar secundario en la carrera del éxito, pero aún existe esperanza hasta para los que han sufrido desde hace años de los males del estómago y sus consecuencias desastrosas, cuya vida ha sido una carga pesada a causa de la indigestión, los gases, las náuseas, el temor de tomar alimento a causa del sufrimiento consiguiente, el estreñimiento y otros padecimientos semejantes.

TANLAC, el correctivo estomacal de fama mundial ha devuelto la salud y la fuerza a miles de miles de personas. Sus componentes vegetales han sido una bendición para la humanidad. Favorecen la digestión adecuada, expulsan los venenos del organismo y regularizan gradualmente todo el aparato digestivo. Esto facilita la digestión completa del alimento que se convierte en sangre pura y roja, y con el tiempo reconstituye todo el organismo desgastado.

Como datos demostrativos irrecusables de los méritos de TANLAC se señalan la venta de 55 millones de frascos, los miles de cartas de profunda gratitud por los resultados producidos al tomarlo, entre ellas de un gran número de chilenos, todo lo cual jamás se hubiera alcanzado con sólo la propaganda, puesto que el éxito ha sido extraordinario. Un paciente agradecido lo ha recomendado a otro y es así como se ha formado el ejército entusiasta de partidarios de TANLAC que lo proclaman como el más eficaz de los remedios para el estómago.

Si usted padece de la digestión, si sufre de estreñimiento, gases, náuseas, dolores después de las comidas y otros males semejantes, tiene usted la obligación de tomar desde luego TANLAC y aumentar las filas del ejército de personas agradecidas que han recobrado la salud gracias a TANLAC.

A base de: Extractos fluidos de quina, genciana, cáscara sagrada, berberis, perejil, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R.

Lo que ha quedado del imperio de los Zares

Cuatro repúblicas que no existen

Hace cuatro años la libre Ucrania pactó una alianza con los zares de Moscú. Desde aquel momento perdió su independencia, aunque según lo pactado, conservaba un ejército, su gobierno y sus representantes diplomáticos en el extranjero. La rebelión de Mazeppa sirvió de pretexto a Pedro el Grande, para dejar caer su garra imperial sobre Ucrania, y a partir de entonces no fué ya más que una provincia rusa.

Cuando estalló la revolución de los ucranianos creyeron que había llegado el momento de su liberación. Fué el mismo momento que los checos ace-

charon para librarse del imperio austro-húngaro.

Pero así como los aliados favorecieron la revolución checa, procuraron en cambio ahogar la ucraniana. La primera deshacía un enemigo; le segunda perjudicaba a una potencia aliada.

Los ucranianos, en efecto, favorecen el triunfo de Alemania al hacer propaganda entre los soldados sacados de Ucrania para que en vez de defender la causa del imperialismo ruso en el frente, deserten en masa y se vayan a sus casas para defender su propia independencia. Pero con el triunfo alemán pierden su independencia y caen en mano de los alemanes. Entonces se ponen al lado de los ejércitos blancos; pero cuando éstos triunfan, los patriotas ucranianos sufren una nueva decepción.

El general blanco Denikin, que ha estado aliado con ellos para luchar contra los bolcheviques, cuando se siente fuerte les quita toda esperanza de independencia. Cuando los bolcheviques sean definitivamente barridos, Ucrania volverá al seno del imperio ruso. Una delegación de nacionalistas ucranianos va al cuartel general de Denikin a pedirle la independencia del país. Denikin les contesta: "Poneos inmediatamente en salvo, si no queréis que os ahorque ahora mismo".

Los ucranianos, huyendo de la dominación de los alemanes, van a caer en manos de los imperialistas rusos y, finalmente, en la de los polacos. Hasta que los bolcheviques se hacen dueños del país definitivamente.

Entonces, derrotados, hambrientos, extenuados por una lucha de tres años contra todos, los nacionalistas ucranianos tienen que lanzarse a la emigración en enormes masas. ¿Qué ha quedado de aquel movimiento nacionalistas de Ucrania? Unos millares de mendigos esparcidos por todo el mundo y un nombre legendario lleno de oprobio: el del ataman Petlura.

¿Quién fué el ataman Petlura?

Un Mussolini fracasado

En uno de esos tugurios característicos del barrio latino de París, viven, obscura y miserablemente, una pobre mujer enferma y una muchachita que se gana la vida cosiendo para los grandes almacenes. Son la mujer y la hija del ataman Petlura, el héroe de la independencia ucraniana, el hombre que en un momento dado asumió el poder más omnímodo sobre un pueblo de muchos millones de habitantes y llegó a convertirse en el símbolo de los anhelos del pueblo.

Simón Petlura era hombre de humilísimo origen; en su adolescencia fué cochero; después ingresó en un seminario; pero pronto abandonó la carrera eclesiástica para ingresar en la Universidad, donde se convirtió en un militante ardoroso del socialismo y en un periodista político de grandes vuelos. Su historia tiene muchos puntos de contacto con la de Mussolini. Conoció las persecuciones policíacas, las cárceles y la emigración. Cuando estalló la guerra fué movilizado como funcionario, militarizado en los servicios de aprovisionamiento del frente, donde llegó a alcanzar una categoría equivalente al grado de capitán. Entonces comenzó a demostrar sus dotes de organizador. Al estallar la revolución e iniciarse la desbandada de los soldados desertores del frente, se consagró a formar destacamentos de soldados nacionalistas con los desertores ucranianos. "Id a defender vuestros hogares; ningún deber tenéis que cumplir en el frente del imperialismo ruso".

En plena revolución los primeros soviets de soldados le erigen jefe de la organización militar ucraniana y miembro de la Rada Central de Kiev. Pero la Rada se lanza a imprudentes experiencias revolucionarias y Petlura que sigue al frente de la organización militar, empieza a reaccionar contra el socialismo y a erigirse en defensor del principio de autoridad. Entonces convencido de la necesidad de un poder fuerte que salve a Ucrania del caos, se separa definitivamente del socialismo y se pone abiertamente contra los bolcheviques. Ya en franca lucha contra ellos, arrastra consigo a la masa nacionalista, y se lanza, fusil en mano, al asalto del arsenal de Kiev, cuartel general de los comunistas. Durante la dominación alemana sigue luchando por la independencia ucraniana y cuando los alemanes son expulsados y se proclama al fin la independencia, el ataman Petlura, convertido ya en héroe nacional, recibe el título de comandante general del ejército y jefe supremo del directorio que asume el poder.

En pocos meses va operando una concentración de facultades dictatoriales en sus manos, da la batalla a los elementos socialistas, y finalmente, se convierte en el verdadero amo y señor de Ucrania. La lucha contra los bolcheviques, cada día más dura, hace que se pongan todas las esperanzas en el puño de hierro de un dictador, y éste es Petlura. Su poder personal no reconoce límites. Su crueldad tampoco. Convertido en jefe del Estado el socialista Petlura se hace militarista, antisemita, conservador y autoritario. Pero el cerco de los bolcheviques es cada día más fuerte y Petlura tiene que pactar una alianza con los polacos. Petlura y Pilsudski unidos, luchan infructuosamente contra la caballería roja de Budenny. Polonia tiene que hacer la paz con los comunistas, y Petlura, seguido de su ejército, de su gobierno y de sus funcionarios, tiene que refugiar-

De todas partes del mundo

llegan constantemente certificados que atestiguan la superioridad de la

Tintura Francois Instantánea

M. R.

La única que devuelve al pelo canoso en algunos minutos el color natural de la Juventud, sea Negro, Castaño obscuro, Castaño y Castaño claro.

Se vende en todas las farmacias.

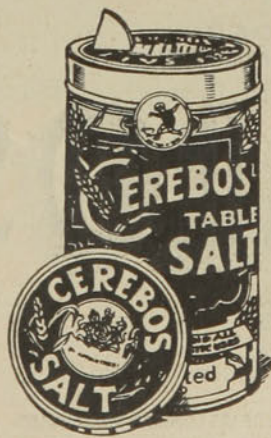
Autorizada por la Dirección General de Sanidad. Decreto N.º 2505.

Economía

— el gasto del dinero con que se obtiene el mayor provecho. La Sal Cerebos es pura y, por lo tanto, se usa en menor cantidad: fluye libremente hasta el último grano — evitando todo derroche. Las amas de casa que tienen buen juicio la eligen por su verdadera economía.

SAL DE MESA

Cerebos



En botes de 1½ y 3 libras, con vaciador

se en territorio polaco. Unos cuarenta mil hombres le siguen en la emigración si no quieren ser fusilados en masa por los bolcheviques triunfantes. Fuera del territorio patrio Petlura mantiene la cohesión de los núcleos militares desarmados, se obstina en que el gobierno siga constituido y que el parlamento funcione. Mientras, busca apoyo inútilmente en las potencias extranjeras. Nada consigue. El triunfo de los aliados ha hecho impopular el anhelo de independencia de Ucrania. Los crímenes cometidos por las bandas petluristas horrorizan al mundo, y, poco a poco, el terrible caudillo va cayendo en el aislamiento y en la miseria. Su prestigio legendario crece sin embargo, como un mito entre los emigrados ucranianos. Los últimos años de su vida los pasa viviendo obscuramente en París, alojado en un hotel humilde de la orilla izquierda del Sena.

Una mañana, un judío ruso apostado en el cruce de la rue Racine con el boulevard Saint Michel, le mata de un balazo. Sus fervientes partidarios dicen que el matador es un agente bolchevique; sus enemigos sostienen que es un vengador de los judíos que perecieron en las matanzas ejecutadas durante la guerra civil por las bandas de Petlura.

Lleno de ignominia aquel ataman Petlura, que llegó a convertirse de humilde burócrata en un héroe legendario, pasa definitivamente a la historia. Pe-

ro como recuerdo vivo y patético de su existencia quedan esta pobre mujer enferma y esta pobre muchachita jornalera que París se va tragando poco a poco.

Las personalidades de la emigración ucraniana

A la muerte de Petlura fué elegido jefe del gobierno ucraniano y de su derrotado ejército el abogado Andrés Levisky, que reside en Suiza, aunque su actividad se extiende por toda Europa a cuantos núcleos de emigrados ucranianos existen. Levisky hace que los miembros del gobierno ucraniano se reúnan dos veces al año en Praga, y ha conseguido dar cierta cohesión a la masa de emigrados.

Desempeña el difícil cargo de Ministro de Negocios Extranjeros de este pintoresco gobierno de un Estado que no existe, el profesor de la Universidad ucraniana de Praga, Alejandro Chulguin. En Alemania vive rodeado de unos cuatro mil ucranianos germanófilos, el hetman Skoropotski, que ha formado un partido fascista. En Francia vive otro titulado hetman, más pintoresco aún. Es un personaje de dudoso origen, que se titula a sí mismo virrey de Ucrania, y a lo que parece, vive de mila-

gro dando heroicos saplazos, ya que no en defensa de su país, en ayuda de su estómago.

Hace unos meses ha fallecido la figura más destacada del nacionalismo ucraniano, el conde Miguel Tiszkevitch, personaje de la más rancia nobleza, que fué desde el primer momento el valedor de la causa de la independencia ucraniana en la Sociedad de Naciones y en el Vaticano como representante diplomático de su país cerca de la Santa Sede.

En los últimos tiempos se había apartado de la actividad política y vivía en Polonia, consagrado a sus trabajos de historiador y filólogo. Si Ucrania hubiera tenido la suerte de Checoslovaquia, el conde Tiszkevitch hubiera sido su presidente Massaryk.

La organización más fuerte de los ucranianos emigrados es la de los ex combatientes, que es la que mantiene vivo el culto al ataman Petlura. Los ex combatientes ucranianos trabajan casi todos como obreros en las fábricas de muchos centros fabriles de toda Europa, y principalmente en Lyon y Alsacia. En París hay unos veinte generales y jefes del ejército ucraniano en su mayor parte obreros manuales que ganan penosamente su jornal. Entre ellos los más famosos son los generales Salsky, que fué ministro de guerra, Yaniv y Delving. El presidente de la asociación de ex combatientes es el general Udovitchenko, que hasta hace poco vivía únicamente del jornal que como mozo de una fábrica de París se ganaba.

También está cuidadosamente organizada la clase estudiantil ucraniana en la emigración. Se halla concentrada principalmente en Checoslovaquia, donde funcionan la Universidad, la Escuela Politécnica, el Instituto Pedagógico, el Liceo y la Academia de Bellas Artes ucranianas. En Berlín funciona además un Instituto Científico Ucraniano. La Unión Nacional de estudiantes ucranianos reconocida por la "Cesús", está integrada por unos cuatro mil miembros.

Otra manifestación de vitalidad de los ucranianos es la emigración, la más conocida en España, es la masa coral que dirige el famoso maestro Alejandro Goschitz. Estos coros ucranianos, que estuvieron actuando en España hace algún tiempo, están formados por setenta cantantes que interpretan canciones populares y legendarias, del más puro sabor nacional. Cuando entonan el himno nacional "Ukraina no ha muerto" es el cielo, (Continúa en la pág. 60).

un guante invisible

Contra el frío, las grietas, los sa-
bañones,
proteja sus manos con

DIADERMINE
M.R.

Antes de acostarse, tome una pequeña cantidad de «DIADERMINE» y durante algunos minutos frótese las manos como para jabonarlas. Si siente usted una ligera picazón, no se asuste; esto prueba que su piel ya ha sido dañada por el frío. En una noche, la «DIADERMINE» se encargará de cicatrizarla. No se seque las manos, la «DIADERMINE» NO MANCHA LA ROPA. Al despertar, su piel estará tan fina y tan suave como la de una guagua.

Lo que decimos para sus manos, es también verdad para sus labios, su cara y sus pies.

Exija siempre la «DIADERMINE» legítima de Bonetti.



Resultado obtenido usando las PILULES ORIENTALES



ANTES



DESPUES

BENÉFICAS - RECONSTITUYENTES

A base de calamo, comino, pirofosfato de hierro, citr. am., quacia, galego.

Exigir el frasco de origen sobre el cual deben figurar el nombre y las señas de

J. RATIÉ, Pharmacien, 45, Rue de l'Echiquier, PARIS

De venta en todas Farmacias.

En Santiago: DROGUERIA FRANCESA y todas Farmacias.

CURA GÁSTRICA

Gelosa, Gelaína, Caolin purificado

ARDOR PESADEZ ACIDEZ CALAMBRES

GASTRALOSE

M. R.
TABLETAS

Dosis:

DOS TABLETAS UNA MEDIA HORA ANTES DE CADA UNA DE LAS COMIDAS PRINCIPALES, POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE, POR LA NOCHE ANTES DE ACOSTARSE, EN CASO DE NECESIDAD EN EL MOMENTO DE LAS CRISIS DOLOROSAS.

La GASTRALOSE tórmase al natural o disuelta en un poco de agua

LABORATORIOS LICARDY, 38, B^d Bourdon, NEUILLY-PARIS

Crónica Cinematográfica



A pesar de la profunda crisis que nos aflige, los cines continúan viéndose concurridos, y es natural. No sólo de pan vive el hombre y la cultura es tan necesaria como el pan. No tenemos por el momento, muchas manifestaciones de vida intelectual y artística, y buscamos toda la que nos hace falta en el cine que, tan perfecto como es a veces, nos la suele dar en abundancia.

Este año hemos podido admirar cintas muy hermosas a mi juicio. "Dos Mundos", ha sido la más bella de todas. En "Dos Mundos", el arte ale-

mán y el francés se unen en estrecha concordia, y el resultado es simplemente maravilloso. El eterno drama del pueblo hebreo, aparece allí magníficamente representado por artistas superiores. El tipo de judío, con horribles defectos y virtudes heroicas se pone de relieve en forma magistral. Debemos este estreno, que data de dos meses más o menos, al Teatro Victoria, uno de nuestros cines más distinguidos y confortables, aunque un poco frío, a pesar de su discreta calefacción, que le hace, como al Real, más o menos visitable en estas

crudísimas noches de invierno.

Si el Teatro Victoria continúa estrenando cintas alemanas, estamos seguros que su público aumentará considerablemente, a pesar de que, por desgracia, los representantes de "Ufa" y "Terra" hacen muy escasa réclame a sus películas. "Dos Mundos" pasó casi inadvertida, y "La Mujer en la Luna", magnífica cinta científico-fantástica que acaba de estrenar el Victoria en estos días, no ha sido apreciada en su justo valor. Esto es muy sensible porque, por lo general, el film alemán es muy superior al americano, como factura y como arte.

"La Mujer en la Luna", es por lo demás una fantasía de la más grande actualidad. Los sabios no dejan que decaiga en Europa el entusiasmo por la pálida estrella que los poetas decadentes abandonaron con muchísima mayor inconstancia. "La Mujer en la Luna", da con la más viva perfección la sensación de lo que irá a ser en el futuro. ¡Dichosos hombres de mañana!, un viaje interplanetario.

Ojalá el Victoria nos siga ofreciendo cintas de tan apasionado interés, como las producciones "Ufa" y "Terra". En realidad los americanos empiezan a fatigarnos con sus eternos films donde se desarrolla la aventura pueril o el drama más pueril aún.

Y ésta es acaso la causa principal por la que han fracasado en Estados Unidos, los grandes artistas de Europa que se han trasladado a Hollywood, seducidos por el miraje de contratos famosos.

Lya de Putty, maravillosa en "Varieté" se extinguió en Europa al parecer para siempre. La propia Garbo que hizo un vasto crepúsculo del mundo con la sola sombra de sus pestañas artificiales, se apaga poco a poco en los estudios de Hollywood. Ha nacido frente a ella Marlene Dietrich, cínica, deliciosa, insolente, maravillosa muñeca mecánica, movida por los dedos invisibles de von Stenberg.

En cambio, la última película de la Garbo era ¡todavía! un trasunto de la Dama de las Camelias enamorada



como Margarita Gautier, de un joven necio e inexperto, que la sacrifica a prejuicios banales.

El Teatro Victoria tiene por el momento en cartel, una cinta, de Harry Liedtke, manufactura alemana

también, de Harry Liedtke, cuyos claros ojos más juguetones que enamorados, conmovieron a muchísimas mujeres en sus livianas operetas mudas. “El Devorador de Violetas” y “La Hija del Guardabosque”. Probable-

mente, algún asunto de amor y frivolidad. Esperemos que siempre será algo mejor que esas insulsas “parejas ideales” de Norte América, como Charles Farrell y Janet Gaynor.

El chasco de Antonio

Como hacía tiempo que no había ido a visitar a su amigo Bodigon, el pintor de marinas, Antonio fué al estudio de aquél, y con la alegría de verlo, tiró tan fuerte del cordón de la campanilla, que la mitad se le quedó en la mano. Respondiendo a tan enérgica llamada, se oyeron pasos, y la puerta se abrió. Pero Antonio retrocedió estupefacto al ver que quien acababa de abrir y estaba delante de él, era nada menos que un almirante en uniforme de gran gala.

—Perdón, señor almirante—balbuceó Antonio retrocedió estupefacto al ver do; yo buscaba a mi antiguo amigo Bodigon...

—No, no; aquí vive—respondió el almirante, apartándose para dejar paso a Antonio.

—Su compañero de usted ha salido—dijole el almirante—pero volverá pronto, porque me ha citado aquí para hacerme un retrato. Hasta me confió la llave por sí se retrasaba...

Luego, respondiendo a una fineza de Antonio, dijo:

—No, no se preocupe usted si no me siento. Yo descanso de pie porque me paso el día sentado.

De pronto, el almirante se precipitó sobre el sombrero que Antonio conservaba en la mano.

—Cúbrase usted—le dijo, llevando la amabilidad hasta ponerle él mismo en la cabeza del visitante—. ¡No faltaba más!

El almirante se hacía cada vez más familiar.

—Va usted a pensar que soy demasiado liberal, pero, ¿no tendría usted un poco de tabaco?...

Antonio le ofreció un soberbio cigarro puro.

—¡Esto es demasiado!—exclamó el marino—. Me lo fumaré después de cenar.

Respondiendo a una pregunta de Antonio, dijo:

—No; nunca he sentido el mareo. Sólo una vez sentí algo, yendo embarcado en una lancha del estanque del parque; pero aquello no fué nada de particular.

Un momento después, dijo Antonio:

—Mi amigo se retrasa demasiado y yo no puedo esperar más. Volveré otro día.

—Yo también voy a marcharme, porque es la hora de jugar una partidita... Pero espéreme usted un momento. Vuelvo en seguida; y como usted me ha regalado este cigarro—añadió, riendo—yo voy a convidarlo a tomar un vermouth.

Apareció de nuevo cinco minutos después, de civil, completamente metamorfoseado: una gorra de cuadros, sobre la cabeza; y en la cintura ceñía, no la faja de almirante, sino los cordones de un delantal.

—¡Pero!—le preguntó Antonio, estupefacto—¿esa ropa?... ¿Es que no es usted almirante?...

—¡Ca!, ¡no, señor!—respondió el otro. —¡Es que usted había creído!... ¿Verdad que tengo presencia?... Por eso es por lo que su amigo me ha elegido como modelo para hacer un cuadro para la exposición; pero yo no soy más que el portero de la casa.

LOUIS TYBAET



Lo que ayer era perfecto hoy ya no lo es

La carreta hizo su época y muchos sistemas de cocinar también...

HOY la PERFECCION está en la

COCINA ELECTRICA

que entregamos INSTALADA Y FUNCIONANDO

Cómprela HOY con sólo **\$ 75.00** mensuales

OBSEQUIAMOS UN VALIOSO SERVICIO DE ALUMINIO Y VIDRIO
REFRACTARIO

VISITE NUESTRO SALON DE VENTAS

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.

Consejos para ser bella

HINCHAZONES EN LOS PARPADOS

En caso de observarse que los párpados inferiores tienden a hincharse, es necesario averiguar si los síntomas provienen de una simple inflamación o bien son señal de que la cara se va ajando.

Para establecer la diferencia, téngase en cuenta que el ajado de la cara — donde quiera que se manifieste — es más o menos permanente; mientras que la inflamación varía de día en día y a veces hasta de hora en hora.

En los párpados ajados, las arrugas son prominentes, mientras que en los inflamados son muy finas y con frecuencia casi invisibles.

Si se presiona con los dedos un párpado ajado, se verá que no queda señal, o sea lo contrario de cuando hay hinchazón.

Es sorprendente ver la frecuencia con que las mujeres confunden estos defectos, aun cuando a veces ambos se pueden presentar simultáneamente.

Existe otra clase de hinchazón de los párpados, casi siempre hereditaria, y por la que poco podemos hacer. Los párpados se presentan lisos y abultados y a primera vista parece que están realmente hinchados. Al aplicarle los dedos, observamos que están endurecidos y que no queda impresa en ellos señal alguna.

Este abultamiento se debe a la acumulación de tejidos superfluos, mientras que una simple hinchazón no es más que la inflamación de los tejidos ordinarios, debido al funcionamiento defectuoso de las venas linfáticas.

Cuando la inflamación de los párpados inferiores no es hereditaria y permanente, puede evitarse mediante dos remedios cualquiera de los cuales rinde resultados satisfactorios y pronto.

Una cucharadita de sales "epsom", disuelta en agua es suficiente para hacer bajar la hinchazón en diez o quince minutos. Se ha de aplicar mediante paños y haciendo algo de presión sobre el párpado. Ha de procurarse que este líquido no penetre en los ojos, pues los irritaría. Extracto de carpe, aplicado en caliente y ejerciendo presión como en el caso anterior, es también eficaz.

A ambos tratamientos debe seguir un masaje ligero de diez minutos. Usese cualquier crema de buena calidad y no se haga mucha presión. Muévase los dedos en dirección a la nariz, empezando en la parte inflamada, dándoles un movimiento circular, hasta pasar sobre el párpado superior, terminando la operación en las sienes.

Hollywood, junio de 1931.

ARRUGAS DE LA NARIZ A LA BOCA

El cincuenta por ciento de las mujeres que me visitan se quejan de lo feo que es la línea llamada naso-labial, que envejece su cara y que con frecuencia se extiende desde la nariz hasta la comisura de la boca.

Todos la tenemos, más o menos marcada, debido a la configuración de la estructura ósea de la cara y el espesor de la piel en las mejillas. Los dientes salientes, reducciones desproporcionadas de peso y algunos síntomas de envejecimiento de la cara pueden, sin embargo, hacerla más pronunciada.

Más que la edad, la línea naso-labial, cuando es exagerada da a la cara una expresión de tristeza. Con frecuencia se convierte en obsesión de las mujeres, especialmente cuando se dedican al cinematógrafo, ya que no se la puede borrar lo suficiente para ser de su agrado.

La mejor ayuda, como no sea cirugía plástica, que podemos dar constantemente a estas estrellas del cine, es mediante el apretado moderado de la piel hacia arriba.

Empiécese la operación en las comisuras de la boca, frotando la piel hacia arriba con las yemas de los dedos, continuando en dirección hacia la nariz. Al facilitar así la circulación de la sangre, se estimularán los tejidos, contribuyendo

a rellenar estos lugares semi-vacíos. Desde luego que cuando se usa hielo por la mañana y por la noche, es prudente dar a la crema mayor espesor en los lugares donde estas depresiones de la piel sean más pronunciadas, deteniendo el hielo sobre las mismas hasta que la piel adquiera un tinte rosado y haya reaccionado activamente.

Si la lectora deja que estos defectos la inquieten demasiado, pudiera decirle lo que digo a tantas otras que no tienen necesidad de comparecer ante la cámara fotográfica.

Nadie desea parecerse a un pierrot, con la cara liza a fuerza de cremas y sin la menor señal de vida en ella. Tal máscara no tiene nada de interesante y adolece de falta de flexibilidad cuando se habla. Algunas líneas y marcas en la cara danle expresión y vida y carácter, por lo que son convenientes.

El gentil pliegue de la piel desde la nariz a la comisura de la boca siempre que sea suave y bien proporcionado, es en extremo atractivo si no se pronuncia con exceso, ya que entonces daría lugar a la creación de sombras, que a su vez dan una expresión de acentuada tristeza a la cara, no importa lo joven que se vea.

Hollywood, junio de 1931.



Parecen recién casados...

pero no lo son. — Únicamente han hecho "la desinfección interna" y se encuentran rejuvenecidos, — sanos, — alegres, — y contentos como dos tortolitos.

Ante todo, en la salud, hay que cuidar los órganos internos. Precisamente los más delicados, como son las vías urinarias, requieren especial cuidado. Su lema debe ser "Desinfección Interna", y así se evitarán las dolorosas enfermedades de la vejiga.

¿Qué es "Desinfección interna"?

La limpieza de los órganos internos hecha con regularidad.

Así se desinfectan las vías urinarias, se matan las bacterias y se destruyen los gérmenes de enfermedades. La cura de Helmitol, sus ventajas para la salud y la manera de efectuarla se hallan descritas en el prospecto que acompaña cada tubito.

Tabletas de Helmitol

(M. R.: a base de anhidrometilencitrato de hexametilentetramina)

BAYER

M.R.



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

OBRAS
FOLLETOS HACEMOS
BIEN Y BARATO
SANTIAGO - VALPARAISO

¿Cuál es el Candidato de las Mujeres a la Presidencia de la República?



Amanda Labarca.

AMANDA LABARCA

La encuentro en el jardín, tomando el sol, en compañía de la directora de la Escuela Normal de La Serena, señorita Esperanza Soto.

—¿Cuál es su candidato a la Presidencia de la República, Amanda?

Amanda vacila un cortísimo instante:

—El que elijan los profesionales. Constituyen la masa más consciente del país. Ellos deben hacer la elección. Por mi parte, me adhiero apasionadamente a ella, seguros de que no pueden equivocarse.

—¿Y usted, Esperanza?

—Pienso como Amanda. Dígalo usted.

CUPON

Las mujeres, que no han querido permanecer inactivas en la Revolución recién pasada, deben tener derecho a opinar ya que no a votar en lo que a elección de Presidente de la República toca. Queda abierta en "Para Todos" esta nueva e interesantísima sección. Pueden las mujeres de todo el país, mandarnos su opinión, para lo cual, sólo necesitan remitirnosla con letra clara o a máquina si es posible, acompañada de tantos cupones, como sea necesario, según la extensión del párrafo. Un cupón da derecho a 25 palabras, y es necesario otro cupón más, para cada 25 palabras de exceso. El candidato elegido por las mujeres triunfará, **PORQUE LA OPINION ES UNA FUERZA**. Esperamos, pues, que las mujeres de todo el país, respondan ampliamente a nuestra encuesta, que queda abierta desde hoy. Dirigir toda correspondencia, a Casilla 3518.



Marta Brunet

MARTA BRUNET

—Aló, ¿con Marta Brunet?

—Con ella.

—¿Cuál es tu candidato a la Presidencia de la República?

La voz de Marta, gatuna, se escucha en seguida.

—Juan Esteban Montero, porque creo que en él encarna las virtudes del Chile Viejo — sobrio y honrado — necesarias a la reconstrucción del Chile libre que acabamos de recuperar.

ROSITA RENARD

—Rosita, su candidato a la Presidencia de la República.

—¡Dios mío! ¡Si apenas los conozco de nombre! Si no sé nada de política. Diga usted que cualquiera, siempre que vaya de buena fe, y que haga dichoso a nuestro país.

—¿Nada más tiene que agregar, Rosita?

—Nada más.



Elvira Santa Cruz

ELVIRA SANTA CRUZ

—¿Aló?, ¿Con Elvira?

—.....

—¿Cuál es tu candidato a la Presidencia de la República.

—Arturo Alessandri.

La respuesta es segura e instantánea.

—¿Debo decirlo así?

—Sí, dílo así.



Juanita Quindos de Montalva.

JUANITA QUINDOS DE MONTALVA (Ginés de Alcántara)

La encuentro dispuesta a salir. Charla graciosamente, como siempre, de todo, de política principalmente. Quisiera poder reproducir lo que me ha dicho, pero no es posible. Los periodistas debemos ser también discretos.



Andrée Haas

Termina por darme estas líneas manuscritas, que reproducimos:

—“Yo votaría por el hombre más inteligente, que más amara a Chile. Pero, para conocerlo, sería necesario disponer de esa pupila de que nos habla la filosofía alejandrina, que vé más claramente dentro de la sombra”.

ANDRÉE HAAS

La encuentro en un pasillo del hotel donde vive. Viene a visitarme. Su sombrero, su abrigo, su pelo, es del mismo tono de rubio.

—¿Tu candidato presidencial?

—Soy comunista — me dice riendo, Andrée. Luego agrega, grave: — Pero el comunismo es beneficioso para países más maduros que el nuestro. Por el momento, soy partidaria de don Juan Esteban, yo también.



Rosita Renard.

MI NOMBRE Por Rabindranath Tagore

Comenzó a escribir poemas a muy temprana edad. Tenía por costumbre escribirlos en tinta roja en un libro hecho con tal objeto, el margen de cada página nitidamente indicado por una línea aurea y el espacio marginal lleno de dibujos de hojas y flores; y en la página titular estaba escrito con regios caracteres su propio nombre.

Uno por uno empezó a mandar los poemas a los periódicos; pero en ninguna parte se los aceptaron. Entonces formó el propósito de que cuando pudiera acumular fondos bastantes, publicaría él mismo un periódico.

Después de la muerte de su padre sus tutores repetidamente lo instaban: “Procura buscar algo que hacer. No pierdas el tiempo escribiendo esas cosas”.

El les replicaba, sonriéndose un poco, y se ponía a escribir otra vez. Publicó tres libros sucesivamente. Esperaba que provocarían enorme sensación, pero no sucedió tal cosa.

Sin embargo, de una manera u otra, cierta conmoción agitó la mente de un lector. Era éste Kanai, su joven sobrino. El muchacho acababa de aprender el alfabeto y había adquirido el hábito de leer en alta voz todo libro que caía en sus manos.

Un día corrió a donde estaba su tío, jadeando, con un libro en la diestra. “Mira, tío. Tu nombre está inscrito aquí”.

El tío se sonrió y exteriorizó su afecto hacia el niño oprimiéndole suavemente las mejillas.

El tío abrió su caja, sacó otro libro, y se lo dió al sobrino. “Muy bien; lee este también”.

El sobrino deletreó las letras una por una y leyó el nombre de su tío. Otro libro más salió del cajón y en él también leyó el nombre de su tío.

Aun cuando encontró tres libros, uno tras otro, en los que estaba inscrito el nombre de su tío, no se contentó con esto. Extendió las manos como si midiera y preguntó: “¿Está escrito tu nombre en muchos, muchos libros más: cien o cuarenta o siquiera siete libros?”

El tío parpadeó y dijo: “Ya lo verás más adelante”.

El sobrino cogió los tres libros y salió corriendo a enseñárselos a la vieja criada de la casa.

Entre tanto, el tío había escrito una obra teatral. El jefe de la tribu de Maratha, Sibaji, era el héroe. Sus amigos decían: “Seguro que aceptarán este drama en los teatros”.

Con su ojo interno, ya veía claramente las calles y avenidas de toda la población tatuadas con su nombre y el nombre de su obra. Era domingo. Unos cuantos de sus amigos adictos al teatro habían ido a ver a algunos empresarios para obtener su opinión sobre el drama. El aguardaba lleno de expectación el retorno de sus amigos.

El domingo su sobrino también estaba de asueto. Aquella mañana había inventado un nuevo juego, pero el tío no lo notó, ocupado como se hallaba en otra cosa.

Cerca de la escuela había una imprenta, y en aquella imprenta el sobrino había logrado reunir los pocos tipos de plomo necesarios para formar su nombre. Algunos eran mayores que otros.

Untando de tinta aquellos tipos de plomo, se había entretenido en imprimir su nombre en todo libro que tenía a su alcance.

Quería sorprender a su tío.

El tío se quedó verdaderamente sorprendido. Vino a la sala en donde encontró al muchacho muy ocupado.

“¿Qué estás haciendo, Kanai?”

El sobrino, complacido, le mostró lo que había estado haciendo. No solamente aquellos tres libros; por lo menos veinticinco libros tenían impreso el nombre de Kanai.

¡Qué empeño tan sin sentido! El muchacho no se ocupa de sus lecciones, pero siempre está queriendo divertirse con juegos, — ¡y qué juego aquél!

El tío le arrebató los tipos que formaban el nombre de Kanai y que habían sido recogidos con otro tanto esfuerzo.

El doctor de Kanai halló escape en agudos gritos y luego en profundos sollozos, que al principio salían con cada

exhalación y luego sólo intermitentemente; con dificultad podía consolarse.

La vieja criada corrió al sitio de donde partía el ruido e inquirió: “¿Qué te pasa, mi muchacho?”

Kanai solo respondió: “Mi nombre”.

Su madre vino y le preguntó: “Vamos a ver, Kanai, ¿qué es lo que te pasa?”

Kanai solo respondía a través de sus sollozos: “Mi nombre”.

La criada a escondidas le trajo todo un pastel de crema. Se lo puso en las manos, pero el niño lo arrojó al suelo y dijo: “Mi nombre”.

La madre volvió y le dijo: “Kanai, aquí tienes tu ferrocarril de juguete”. Kanai lo apartó a un lado, repitiendo: “Mi nombre”.

Lo amigos regresaron del teatro. El tío corrió a la puerta y les preguntó: “¿Cuál ha sido el resultado?”

Uno de los amigos replicó: “No, no les gusta”.

Y el tío meditó sobre aquella respuesta considerable tiempo y luego dijo: “Aun cuando tenga que exponer toda mi fortuna, voy a abrir yo un teatro”.

El amigo inquirió: “¿No vas a ver hoy el juego de football?”

“No; me siento febril”, — replicó él.

Por la tarde su madre vino y le dijo: “Tu merienda se enfrió”.

“No tengo apetito”, — respondió él.

Por la noche su mujer vino y le dijo: “¿No nos vas a leer en alta voz lo que hace poco terminaste?”

El replicó: “Tengo dolor de cabeza”.

El sobrino se le acercó y le suplicó: “Hazme el favor de devolverme mi nombre”.

El tío le propinó una fuerte palmada en la mejilla.

SECCION ESPECIAL PARA
TRABAJOS URGENTES
TIENE

UNIVERSU
SOCIEDAD MODERNA Y LITOGRAFIA
EN AHUMADA 32



EL SORBETE

por Mauricio López Roberts

Al morir la pobre doña Juana, dejó a don Manuel, como recuerdos de aquellos breves felices tiempos de matrimonio, una hija de cinco años, llamada Juanita en memoria de su mamá y de sus abuelas maternas, que todas se llamaron así desde el principio de los tiempos.

Mientras vivió doña Juana, su dicho conyuge apreció de la paternidad las satisfacciones y júbilos, sin notar (tan bien las disimulaba la pobre que murió) todas las incomodidades y chinchorreías que van anejas a las funciones paternales. Doña Juana siempre cuidó del atavío y arreglo de la niña en forma tan discreta y solícita, que su papá puede decirse que la vio siempre hecha un dije y jamás mocosa y desaseada, como otros progenitores de menos suerte contemplan a menudo a su prole.

Juanita estaba a diario como un sol, y este arreglo, que sólo su mamá y Dios (que todo lo ve) sabían los desvelos que costaba, don Manuel lo consideraba como una cosa natural, y natural le parecía también que la chiquilla supiese rezar, y casi leer, y saludar urbanamente, y recitar su fabulita, y hacer la reverencia, y otro sin fin de habilidades, que eran todas fruto de las desazones tomadas por su madre, quien mientras don Manuel estaba en la oficina o en el café con los amigos, se afanaba para que Juanita se fuera civilizando y puliendo como la que más.

Al morir doña Juana, todo aquel plan de vida cambió por completo. Ni doña Juana, ni don Manuel tenían madre, ni tampoco hermanas, ni tías solteras. Así es que en la casa del viudo, una vez muerta la pobre señora, no pudo instalarse ninguna mujer para substituir en el gobierno doméstico a la que se fué y abandonó los quehaceres caseros por la dichosa holganza perdurable del Paraíso.

Don Manuel era demasiado bueno y quiso demasiado a su difunta para buscar quien la reemplazara, y no pensó jamás en desposarse por segunda vez. Y

esta resolución suya fué tanto más meritoria, cuanto necesito tener paciencia angelica para soportar las terribles pruebas con el Destino aquilato su bondad. Fué aquella época trágica como pocas.

En la modestia de un hogar, donde las pesetas habían de contarse muchas veces antes de ser gastadas, precisaba un arte económico extraordinario. Todo había de aquilarse para no caer en la horrible sima de las deudas. Doña Juana observaba un equilibrio extraordinario y casi milagroso en los trances del vivir cotidiano, y jamás se debió un centimo a nadie en aquella casa, ni se gastó una perra sin su cuenta y razón.

Y aun más: aquella mujer admirable, bajada antes de tiempo a la tumba, tenía tal tino y tanta gracia, que la economía no revelaba estrechez, sino que los dispendios se organizaban tan hábilmente en aquella bendita morada, que los condumios eran variados y agradables, y que con una nada, un lazo de cinta, una flor, un ramo verde, doña Juana prestaba gracia a su hogar y lo hacía agradable, atrayente, alegre y hasta elegante.

Pero la buena señora se llevó aquel secreto al otro mundo. Don Manuel hubo de quedarse sin flores, sin lazos y sin verdes ramas. Comía lo que la Maritorne (siempre distinta y siempre igual) le quería poner, y a todo se resignaba, suspirando y llorando siempre a aquel primor de mujer, perla de su hogar y única y sola entre todas las esposas de empleados con poco sueldo.

Lo único que se le atravesaba al buen hombre era que la niña Juanita estaba muy abandonada y a merced de la doméstica en turno, quien ni la atendía, ni la peinaba con gracia, ni le limpiaba la naricilla respingona, ni la tenía siempre con su delantal inmaculado. La pobre niña olvidaba además a todo escape las gracias aprendidas, adquiriendo otras nuevas, y don Manuel se quedó un día todo avergonzado, porque al presentarla a unas señoras que fueron amigas de la difunta doña Juana, no hubo forma

de que la niña las saludase con aquella reverencia tan mona que antes nacía, negándose a ello en redondo y metiéndose por toda gracia en las narices dos dedos, con un furor y un impetu completamente salvajes.

Don Manuel pensó que el mundo se venía abajo ante aquella terrible revelación de lo ordinaria que se le estaba poniendo una hija que antes fue un prodigio de urbanidad infantil y de graciosos modales. Por la noche, en la soledad de su frío dormitorio de viudo, el pobre señor pensó mucho en lo ocurrido y en lo que había que hacerse para remediar un daño tan grande y que se presentaba amenazador.

Era imposible pensar en que Juanita siguiese, como hasta entonces, en la casa. Las criadas, safias y soeces, concluirían en un instante con la fina labor de la difunta doña Juana. Don Manuel, preso en su oficina, apenas si podía sonagar un poco de tiempo a la chica. Nadie había de venir en su ayuda, y él solo tendría que resolver aquel dilema en que el cruel Destino le colocara.

Y lo resolvió metiendo a Juanita en el convento de la Santa Voz, donde unas mojas muy modosas enseñaban finura y buenos modales a un sin fin de niñas, que salían del colegio aquél hechas un prodigio de refinamiento y excelente educación.

Al pobre don Manuel le costó mucho aquella resolución. La casa, con la marcha de Juanita, perdió la poca alegría que le restaba, y toda ella estaba muda y triste como un panteón. Don Manuel suspiraba hondamente cuando volvía a su hogar, tan poco grato al presente; pero se consolaba pensando que el tiempo, jubiloso y melancólico, es fugaz y pasa sin tregua, y que cuando menos se lo pensase, Juanita habría salido ya del convento y estaría en la casa hecha una muchacha, más linda y más sabihonda que una princesa de cuento de hadas. Pero además de estas preocupaciones de índole afectuosa y familiar, el infeliz viudo tenía también otras.

El tal convento de la Santa Voz era carísimo. No cabía negar que las monjitas educaban bien, pero asimismo había que reconocer que cobraban mejor. Al fin del mes llegaba la cuenta del colegio, y casi siempre era estremecedora, pues aparte de la mensualidad, que ya subía bastante, aquellas benditas madres tenían tal amplitud de criterio en materia de gastos extraordinarios, que las cuentas eran dignas de las que presentase el Gran Capitán. Tanto por la merienda; tanto por lápices; tanto por cuadernos y libros; tanto por el lavado del delantal, que era blanco y se ensuciaba a diario; tanto por esto; tanto por lo otro; la suma total era tremenda. Pero no cabía más que pagar, y don Manuel pagaba, pagaba, dando todo por bien empleado.

Más tuvo que privarse de unas cuantas cosas, para no caer en el feo vicio de entraparse, y dejó de fumar, dejó de ir al café, hizo durar la ropa hasta lo inverosímil, despidió a la criada y tomó una asistentilla, que medio limpiaba la casa y mal le guisaba el cocido de las dos, cuyos frios restos le servían de cena. La vida del mísero don Manuel se tornó con estas cosas tan áspera y triste, que ni él mismo comprendía cómo la iba soportando.

Tan sólo en aquellas horas melancólicas había unas que eran de luz y de alegría. Una vez al mes las educandas de la Santa Voz tenían permiso para pasar la tarde con sus familias, y aquella bendita fecha compensaba a don Manuel de todas sus privaciones.

Trataba el hombre siempre de que aquella tarde dejase en Juanita un recuerdo arrobador y deleitable. La niña, que era muy buena y quería entrañablemente a su padre, resultaba por otro lado muy fácil de entretener y con cualquier cosa se contentaba, sin ansiar placeres costosos ni juguetes caros. Un paseo por el Retiro, una merienda frugal, algún aro, algún muñequillo, bastaban a su felicidad, y don Manuel trataba siempre de dejarla contenta.

A principios de junio salieron juntos una tarde. Hacía un calor terrible, sofocante, uno de esos calores tempranos de Madrid, que amenazan con la asfixia, que dan fiel idea del ardor del desierto y de las hirvientes calderas de Satán. Don Manuel y la niña estuvieron bastante rato en la casa esperando que refrescara un poco; pero como Juanita se aburría allí encerrada, salieron al cabo.

El día antes había llegado la cuenta de la Santa Voz, que arrampló con un puñado de duros, y dejó a don Manuel lo justo para los gastos del mes y cosa de un peseta y céntimos para imprevistos. Así es que el hombre iba algo melancólico y calculando qué podría hacer con tan poco dinero para obsequiar a su niña y tenerla contenta.

Llegaron al Retiro. No hacía ni un soplo de aire, y bajo los árboles el ambiente se espesaba en un vaho cálido de estufa. Juanita llevaba su comba, y con la inmundidad que los chiquillos tienen para resistir el calor, saltaba y saltaba rítmicamente, sin cansarse, con leves brincos ligeros que la levantaban de la tierra en actitudes de pájaro que va a volar.

Tras ella, el padre se recreaba mirándola, pensando en el porvenir que vendría, que la dejaría junto a él, que terminaría con las escaseces y miserias del terrible momento actual.

Al cabo Juanita se cansó de brincar y anduvo con su padre cogida de la mano, muy modosa y tranquila, hablándole del colegio, de las otras niñas y de lo buenas que resultaban las madres de la Santa Voz.

Con el violento ejercicio de la comba, Juanita se había acalorado mucho. Su rostro estaba encendido y gruesas gotas de sudor descendían por sus mejillas arrebatadas. Se daba aire con el sombrero, que se había quitado, y a cada instante pasábase la lengua por los labios y decía que tenía una sed atroz. Pero su cariñoso papá no le permitió beber en fuente alguna. Estaba muy sofocada y sería una imprudencia. Saldrían despacio del parque, y luego, ya camino del colegio, en cualquier café tomaría Juanita, más descansada, un refresco, una bebida.

—Una de esas cosas frías y amarillas que hacen como un montecito y también bizcochos—decretó Juanita.

—Bien; sí, tomarás un sorbete de mantecado—dijo don Manuel, tras un breve cálculo mental, destinado a averiguar si los fondos permitían tal dispendio.

Lo permitían; es decir, permitían el gasto de un sorbete y de los bizcochos y aún para unas perras de propina. Pero tan sólo para eso. Don Manuel asistiría únicamente como testigo a la merienda de su hija. Era cosa triste; pero en fin, ¿qué se iba a hacer? Males parecidos envía siempre Dios.

Salieron del Retiro. En el fondo de la cuesta, Madrid parecía freirse en una sartén. Un vapor denso, caliginoso, subía de allí; se mascaba el polvo en el aire inmóvil y pesado, y don Manuel sintió que la saliva se le espesaba en la boca y la lengua se le adhería al paladar. A los dos pasos, Juanita reclamó su sorbete.



Un poco más abajo, junto a las acacias de la acera, un café había instalado sus mesas. Se sentaron allí, pidió don Manuel el sorbete, los bizcochos, y trajeron todo en seguida.

La chica empezó a paladear la golosina lentamente. Con la cuchara iba recogiendo la fría crema amarilla, que derretíase al calor, y luego, abriendo mucho la boca, depositaba allá dentro, en la cavidad rosada, el helado, que debía deshacerse con deleitosa frescura azucarada entre las fauces reseca.

Don Manuel se pasó la lengua por los áridos labios e intentó distraerse mirando a otra parte, a los transeúntes, a los coches, a los tranvías. Pero era inútil. La sed, una sed rabiosa, una sed de náufrago, una sed inextinguible, pujante, dominadora, único instinto que sobrevivía en todo su espíritu, le hizo mirar otra vez al sorbete. Juanita se había comido ya más de la mitad, y ahora mojaba bizcochos en la crema casi deshecha y fría que empañaba con un leve vapor el cristal del vaso. Comía más despacio, ya aplacada su sed, acariciando a un lindo perro de lanas que vagaba entre las mesas en busca de golosinas.

—Es muy mono, papá—dijo Juanita, mostrando el can a su padre—; le he dado un poquito de bizcocho y mueve la cola.

Don Manuel afirmó con la cabeza, pues su lengua no acertaba ya a hablar, convertida en yesca reseca, en un ascua, en un encendido carbón.

Juanita se echó hacia atrás en su silla, y con un gesto separó de sí el vaso, donde aun quedaba algo del sorbete.

—No quiero más—dijo con tono cansado.

Rápidamente don Manuel pensó que en el acto se apoderaría del vaso y bebería, aspiraría ávidamente aquellos buches de crema helada, que eran como sorbos de vida. Iba a hablar, a adelantar ya la mano, cuando Juanita, en uno de esos gestos veloces de los chicos, trincó la copa y la puso delante del hocico del perro, que en tres lametones se lo tragó todo.

—Toma, riquín—dijo la chica—, para que te refresques.

Y don Manuel entonces, mientras sentía que algo de irresistible humedad se asomaba a los ojos, se pasó la lengua otra vez por sus sedientos labios.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS

La Hermana Agua

Canta la fuente conventual
como el alma del santo zagal
que condujo su grey al aprisco
donde mora el Cordero Pascual;
Igual
que el humilde y glorioso Francisco
reza la fuente sonoral.

Sobre el tazón de mármol desparrama
sonoras perlas y acaricia
la grama,
mientras se va suavemente
y cristalinamente...
Se siente
la delicia del perfume de la retama:

olor de santidad
que el espíritu inunda
de bienestar y de bondad.
La fuente difunde su profunda
canción de eternidad.

GREGORIO REYNOLDS



Legacion de Chile
en la
Habana.

X Kig.



PABLO NERLIDA Y MARUGA
DE REYES, SU ESPOSA, EN SU CASA
EN BATAVIA

Gran Mundo

Bebe Peneira Inmaculada



GRAN MVNDO

NENA OPAZO DE ASTOREKA



FOTO: OPAZO

MARLENE DIETRICH

Me pide usted que le dé algunos detalles de los dos films que recientemente he filmado en Hollywood, bajo la dirección de mi amigo, Joseph von Stenberg. El primero, "Morocco", tiene como asunto la Legión Extranjera. Representé allí el papel de una bailarina de Café Arabe, que corteja a un soldado francés, personificado por el más simpático de los cow-boys, Gary Cooper. Tuve también el placer de tener por partenaire a Adolphe Menjou, lo que significa en cierta forma la entrada de lleno en los Estados Unidos. El trabajo ha sido rudo, pero no importa.

Diferente fué para "Fatalidad", donde no dejamos de trabajar ningún día, desde las 8 de la mañana hasta las doce de la noche, con una única interrupción de media hora para la comida de medio día. Excelente régimen, sin duda, para las que, de acuerdo con la moda actual, no quieren engordar... Sin embargo, dudo en aconsejárselos. Es preciso que os declare, que yo tenía mucha culpa en ello. Figuráos que yo tenía un deseo loco de estar en mi casa para Navidad, porque jamás, hasta entonces, había dejado de pasar esta fiesta junto a mi hija, en mi "home" familiar. Era además el cumpleaños de mi hijita, Maria Elisabeth, que iba a cumplir ocho años. Era pues indispensable para mí, terminar el film a tiempo.

Quisiera deciros, a propósito de "Morocco", el extraño rumor que corrió en los Estados Unidos, a propósito de su proyección. Parecía que las mujeres americanas, conmovidas por ciertas ideas que pronunciaba yo en el film, querían boycotearme en la pantalla. Pero se produjo exactamente lo contrario. En seguida, después de "la premiere", recibí innumerables felicitaciones, de esas mismas mujeres americanas a quienes tanto había molestado en el "Angel Azul". Es que América, bajo este aspecto, es un país sincero. Allí, cuando se os ama, los honores y gentilezas no tienen fin. Y se puede afirmar que, en general, los americanos no conocen los celos... ni siquiera, oh milagro, en los medios cinematográficos.

MARLENE DIETRICH, JUZGADA POR SU HIJA

«Tengo ocho años. Amo mucho a mamá. He permanecido largo tiempo sin verla en la pantalla. Sin embargo, cuando papá me ha llevado a verla en el cinema, no he podido creerlo. Es que en la casa, mamá es muy otra... No tiene nada de esta «persona» que en el cinema canta canciones tan indecentes. ¿Mi mayor deseo y felicidad? Es ir con mamá a América. — MARIA ELISABETH SIEBER DIETRICH.»

Seis actitudes diferentes de Marlene Dietrich en «Morocco»



COJINES

EN DOS

TONOS

Los cojines con dibujos geométricos de dos tonos diferentes, tienen un lugar muy importante en la decoración moderna que gusta de los tonos opuestos.

Es preciso elegir dos tonos que se valoricen uno al otro, como los que os proponemos aquí. Verde y café, verde y beige, se oponen aquí, felizmente.

Un rectángulo de terciopelo verde botella, se incrusta de un motivo habano subrayado por dos gruesos pespuntos en algodón brillante.

Cojín redondo de raso, partido por dos bandas cruzadas en otomán verde, en cuatro partes desiguales, incrustándose ellas mismas, en triángulos irregulares subrayados por una banda blanca que limita un bordado dentado.

Sobre un rectángulo de terciopelo beige, se recorta en escaleras una incrustación de terciopelo blanco, con cuadrados y bandas de terciopelo café, estas últimas libres y recortadas en forma de flecos en su extremo.

Cojín de tafetán verde claro, rayado y bordado de verde oscuro. Se incrusta con triángulos superpuestos de tafetán verde y tafetán blanco.



PARA EL DEPORTE



Esta blusa es en shantung natural con cuello de organdi del mismo tono. 1 m. 80 en 1 m.

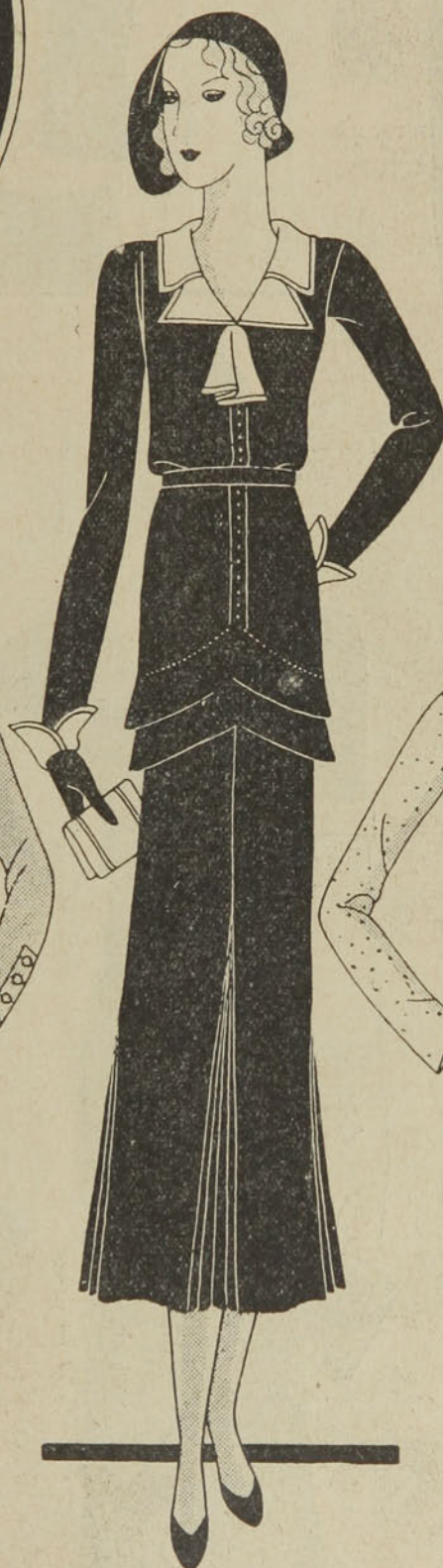
Este traje es en crepella azul con cuello recortado blanco. 2 m. 75 en 1 m. 40.



Esta blusa es de tусor impreso y tусor liso. Lleva cinturón de gamuza y hebilla de metal. 1 m. 60 en 1 m.



Traje de fina lanilla cuadriculada, escocés rojo y blanco con chaqueta de piqué rojo, forrada en escocés. Traje, 2 m. en 1 m. 40. Chaqueta, 1 m. 40 en 1 m. 40.

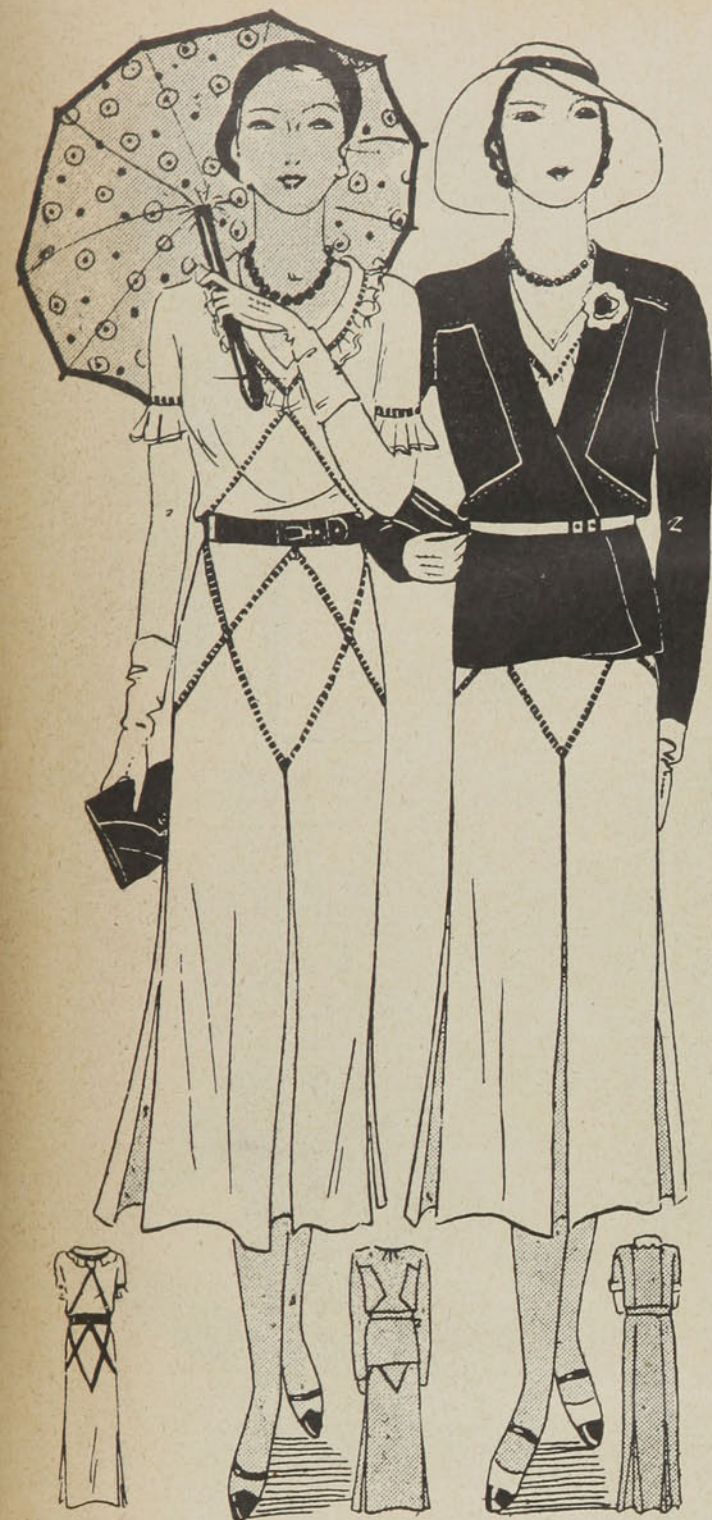


Dos piezas en tela de lana verde, con recortes respunteados en el sweater, pliegues lisos en la falda y pechera de lencería blanca. 2 m. 80 en 1 m. 40.

Ensemble en jersey de fantasía, arena y café. 4 m. 50 en 1 m. 40.



Traje en fino jersey mezclado, con chaqueta de franela inglesa marrón. Traje, 2 m. en 1 m. 40. Chaqueta, 1 m. 40 en 1 m. 40.



BLANCO Y ROJO

Traje de crepe de china blanco, cuyos recortes van unidos por deshílados en forma de barreta. Pliegues cruzados. Cinturón gamuza de cuero rojo. Cuello y bajo de las mangas fruncido. 3 m. en 1 m.

Sobre este traje, una chaqueta de franela inglesa roja, con recortes picados, cruzado y sin revés. 1 m. 40, en 1 m. 40.

Blusa estampada blanca, trabajada con deshílados en barra. Falda y bolero de crepe romain rojo. Blusa, 1 m. 60 en 1 m.

Blusa de sport en jersey de fantasía rojo y blanco, y blanco y rojo, cocidas en incrustaciones picadas. Jersey rojo, 0 m. 70, en 1 m. 40. Jersey blanco, 0 m. 50, en 1 m. 40.

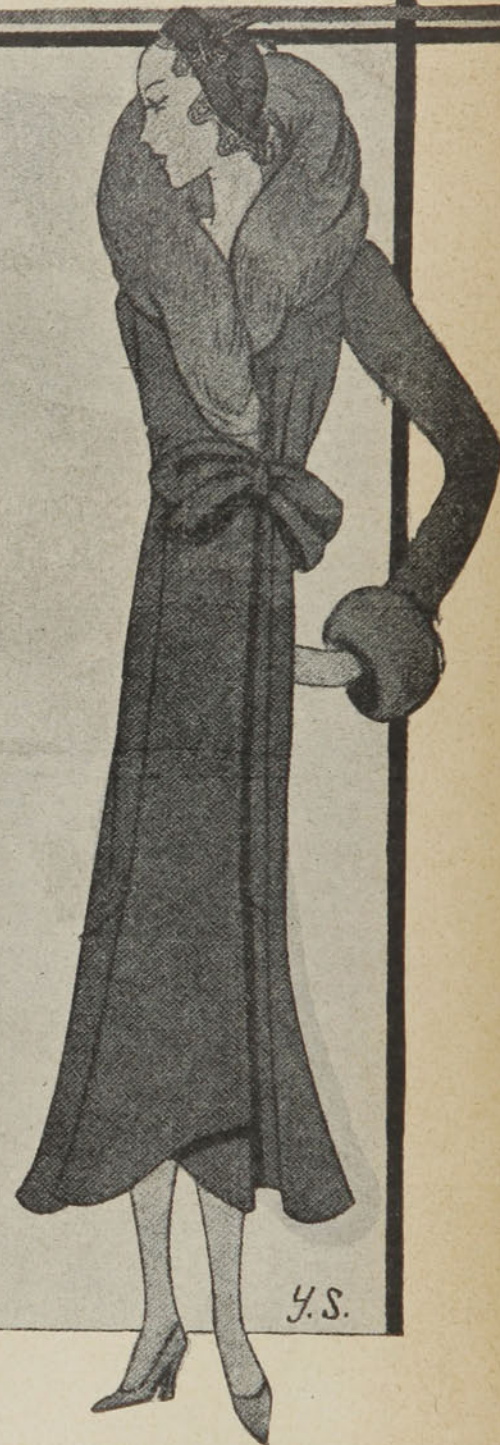
Sencillo y ajustado es este conjunto, en china de lana roja. La falda lleva pliegues cruzados y un adorno de pespuntos y botones de nácar, 2 m. en 1 m. 40.

El abrigo, lleva recortes rectos, pespunteados, mangas, capa, y un cinturón pespunteado. 2 m. 50, en 1 m. 40.

Encantador traje sastre, en crepe de china rojo, con pastillas blancas. Volantes rectos plisados en el traje y en la falda. Plisado de georgette blanco, en el cuello. 5 m. 75, en 1 m.



ULTIMOS MODELOS



Abrigo verde, adornado de zorro azul.

MODELOS JEAN PATOU

Ensemble. Traje de lánilla blanca, adornada de finos pliegues y calados. Abrigo rojo, adornado igualmente con plisados y calados.

Marrocaín verde con puntos negros. Lingerie en linón blanco. Pequeño cuello. Dos patitas que pasan, bajo otras dos de marrocaín. Ribete en las uniones. Godets.

Crépella roja. Su adorno está en los cortes. Talle ligeramente acinturado en la espalda. Curiosa manga, llena de novedad en sus cortes. Flores roja y blanca.

PANAIT ISTRATI

LA ODISEA DEL HOMBRE.— EL NOVELISTA.— LA HUELLA

DE DOSTOIEVSKI.— ISTRATI, HIJO DEL PAISAJE.

Por LINO GIL JARAMILLO

EL VAGABUNDO. — 1

Desde que leímos por primera vez a Panait Istrati, el siniestro narrador balkánico, se apoderó de nosotros un hondo anhelo de elaborar la página de limpio estilo y ponderado análisis en que se fijase ampliamente el alcance de su obra literaria.

Con fervor emocional celebramos desde entonces en glosas amables nuestro entusiasmo por el descubrimiento de tan extraordinario pintor de tipos humanos. Pasados muchos días sobre aquellos otros, Istrati sigue siendo para nuestro criterio el mejor cuentista del mundo occidental, no sólo por su estilo áspero y vigoroso sino por la bárbara intriga de sus historias, el profundo patetismo de sus relatos y el aliento animal de sus héroes, extraños y absurdos como la propia estampa del narrador.

Es un hombre extraño, en verdad, este Panait Istrati. Nacido bajo el signo melancólico de la desolación universal, no tuvo nunca como el Sachka de Andreiev eso que se llama serenidad de la infancia. Desde temprano sintió anhelos definidos de surcar el mundo en peregrinaje sin término. "Señor — exclama en alguna ocasión, — cuán grande debe ser encontrarse en uno de esos buques que cruzan los mares y descubren otras playas y ven otros mundos". Y al fin un día cualquiera se echa con sus doce años trémulos por los caminos demasiado largos que ciñen la tierra, sin otro equipaje que su deseo de vagar a la ventura para matar las ansias de paisajes desconocidos que su padre — un contrabandista griego — le transfundiera en la sangre.

La odisea fué larga. Y de ella, como los príncipes legendarios o como los gitanos de mirada torva, regresó con la mente henchida de los más extraños recuerdos, que él ama desenredar en páginas que tienen el sabor de los relatos tejidos en la penumbra cómplice de las tabernas cosmopolitas. En el fondo de estas páginas hay siempre un hálito de lejanía, un temblor de paisajes distantes, un ritmo de plantas vagabundas. Todos los muñecos se mueven en una perspectiva de viaje. Arrastrado en una vieja tartana cuando es el pequeño Adrián que se fuga del alero materno. A través de los campos, cuando son los "aiducs" bandidos y contrabandistas rumanos cuya existencia tiene el sello torvo de un juego de dados con la muerte. Por remotos países cuando son mendigos o lisiados, prostitutas o asesinos.

Y todos estos personajes son hijos legítimos de Panait Istrati, porque tiene muchos de sus rasgos humanos. Es el Adrián, el golillo enamorado de las carreteras que se emborracha de horizontes y es amigo de los mansos de corazón y adversario de lo convencional. El recorre las costas mediterráneas y confunde sus anhelos con los anhelos de la inmensa familia de desheredados que encuentra a cada paso; él busca por doquiera el imperio de la Bondad, porque no es posible que la trama del mundo sea eternamente un pugilato grosero donde sólo triunfan los fuertes y los perversos. El sueña con el imperio de la Bondad. Pero un día, cansado de esparcir el grano generoso de su idealismo sobre los campos erizados del alma humana, lleno de dolor como un profeta vencido, ansía eliminarse y realiza el trágico intento de Niza. Hubo quién lo salvara del mar, y el hombre varias veces ilustre de "Jean-Christophe" hizo el resto.

EL HOMBRE. — 2

El mayor encanto de las narraciones del mágico oriental reside, pues, en que han sido vividas por él dolorosamente. Porque este hombre esculpe los dolores humanos en la greda de su propio corazón. Más intenso que Gorki y héroe como éste de todas sus historias, Panait Istrati no limita el poder de su pluma a la descripción de sucesos más o menos opacos y triviales sino que

se complace en inspeccionar los rincones menos explorados del alma humana donde se agazapan los instintos inconfesables de los hombres. Y es así como consigue aprisionar ciertos matices oscuros de la personalidad, esquivos para la mayor parte de los creadores de fichas novelescas.

Sólo tomando la materia prima de la propia vida palpitante logra un escritor realizar obra perdurable en cualquier tiempo. Por eso Dante es imperecedero. Porque sumó en su obra todas las inquietudes metafísicas, todos los odios ancestrales y todas las supesti-

ya existencia quedó desquiciada para siempre el mismo día en que la mano torpe del destino pervirtió su sexualidad. "Cuando se ve a un hombre a quien le falta un brazo o anda apoyándose en muletas, — clama el desdichado, — cuando se ve cualquier desgracia análoga, sin tratar de inquirir la causa a que obedece, en el acto sentimos compasión, piedad por él. Pero al hallarse ante un mutilado del alma, cuyo corazón se ahoga bajo el peso de su dolor nadie experimenta la menor compasión, el más leve soplo de piedad... Todos se apartan de él. Y sin embargo, es el

fundamento mismo de la vida lo que le falta al enfermo del alma... Lo que a mí me ha faltado..."

Así el tío Anghel, especie de Job silencioso, convertido por el destino ciego en un harapo miserable "por haber amado a la muchacha más bella de la aldea". Tras el derrumbamiento sucesivo de su hogar, su fortuna y sus amistades, se engolfa en una crápula solitaria. Y en tanto que el alcohol quema sus entrañas como un fuego diabólico, él sufre su drama en obstinado silencio y al cabo muere con la serenidad de un hombre al par filósofo y suicida.

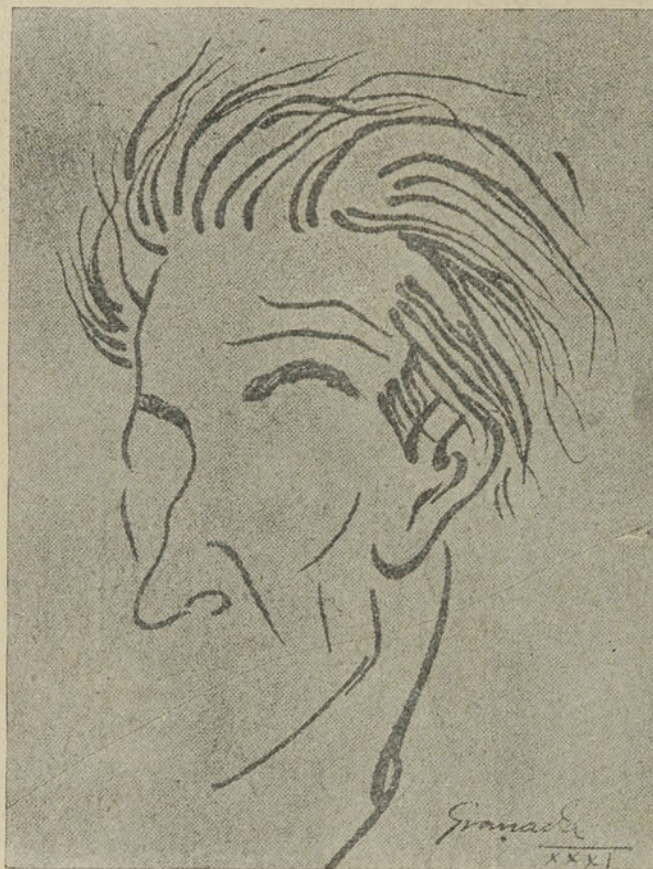
Y Codine, ese púgil bárbaro de manos toscas como las hachas de piedra, cuyo corazón fué siempre albergue seguro de la amistad que es el sentimiento más limpio de la vida. Más grande que el amor, porque la amistad es un amor purificado de toda escoria vana. Y Mijail, ese atorrante genial que se dejaba comer por los piojos a trueque de poder captar la belleza universal esparcida en las páginas de los grandes maestros, cuando los menesteres de la taberna de Kir Nicolás, el albanés, le otorgaban tiempo. La taberna de Kir Nicolás!... Qué dispensa de generosidad; qué tablado de caracteres tan complejos es la taberna del "puercito albanés". Como en una novela de Balzac o de Dostoiewsky, allí se mueven todos los apetitos, se conjugan todas las ambiciones, se suman todos los vicios. De allí salió Adrián a recorrer la tierra con afán migratorio. Tras de largas ausencias por oriente, anclaban allí los cansancios de Stavro y sus aberraciones solitarias. Y seguramente de allí salió borracho Codine el día o la noche en que su madre, para vengarse, le vació en la boca abierta como un

abismo, tres litros de aceite hirviendo mientras dormía.

Y fuera de estos, Nerransula, y Dragomir, Marcos y Epaminondas, toda una legión de seres doloridos desfila por las páginas del atormentado de Braila que ha vivido en su propia carne las más duras experiencias. "A menudo — dice — he saldado mis goces con sangre, moneda que desconocen los banqueros".

A pesar de no haber cosechado en el mundo sino dolores y torturas, Istrati sigue soñando como en sus mejores tiempos con el imperio de la Bondad. Su corazón está "podrido" de bondad. Porque él no se lanzó a la feria humana a cargarse de odios vanos sino a realizar el aprendizaje de la vida que es un curso de difícil asimilación. Por eso las miserias con que ha tropieza en sus dilatadas correrías, no han hecho otra cosa que aumentar su reserva de piedad hacia los hombres. Y así, en vez de guardar un rencor soterrado hacia los que le hicieron mal, prefiere recordar únicamente a los desheredados que encontró en su camino, y sólo sueña con el día en que pueda unirse a ellos para compartir con ellos sus pesadumbres. Para esto, no espera sino descargar en las páginas de una docena de libros el fardo melancólico de sus recuerdos de viaje. "Cuando termine mi obra — ha dicho — dejaré la pluma, y de nuevo, como antes, me entregaré a los aires puros de las grandes carreteras que cruzan la tierra, y volveré al lado de mis compañeros de siempre hallados en horas sombrías o alegres".

Es la profesión de fe vagabundo de un hombre cuyo nacimiento estuvo vigilado por el fulgor móvil de los meteoros y cuyo desti-



La risa negra de la mujer Tonkinesa

¿Cómo se imaginan los lectores a las tonkinesas y a las ananitas?

¿Cómo salvajes con taparrabos de hojas de bananas? ¿O bien las creen pequeñas, algo así como muñecas fétiches y un poco japónicas? ¿O acaso reinadas a lo perro y envueltas en larga manta china, balanceándose en equilibrio sobre los pies ridículamente pequeños?

¡No hay nada de todo eso!...

Mas aquí nos referimos a las tonkinesas-ananitas, las de Hue, donde brillan aún los resplandores de una vieja aristocracia; las de Hanoi; las del inmenso y fecundo Delta tonkinés, que viven curvadas por el trabajo cotidiano.

Pequeña silueta estrecha y negra, hecha de dos líneas tan juntas, que parecen los límites de un tallo de bambú antes que los de un cuerpo humano. Todo eso bajo un gran sombrero cónico o de un disco de hojas, a la vez sombrilla y paraguas, sombrero y canasta... Así es la cóngaye tonkinesa.

Un pantalón negro, muy ancho, se agita alrededor de sus tobillos. No se crea que porque lleva pantalones lanza un modelo deportivo. Nada es más casto en Oriente que ese pantalón femenino. El cai-ao, vestido puritano, sale del cuello y baja hasta media pierna.

Lo que se ve de la mujer son sus pies desnudos, de separados dedos, y su rostro de color medio dorado. Su nariz es tan menuda, que parece un dibujo, una insinuación nasal. Por eso se rien las ananitas de la nariz de las occidentales, a la que llaman "trompa elefantina". Su ojo es picarón. Sus cabellos muy lisos, se ordenan limpiamente en una especie de turbante. Esos cabellos que, cuando se hacen la toilette, le caen maravillosamente hasta los pies.

Pero, ¡cuidado! La ananita va a sonreír, porque no carece de una gracia reservada. Y el breve rostro y la piel lisa se abren como una flor.

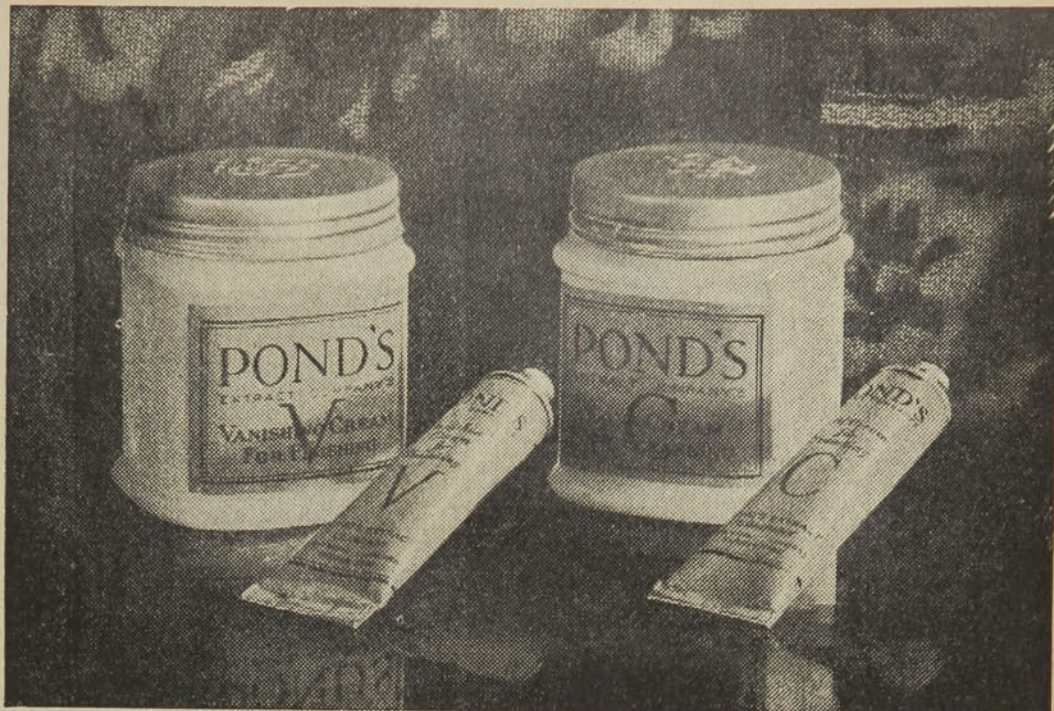
En Occidente se suelen llevar dientes de oro. En el Tokin las mujeres se lapan los dientes de negro. Es una simple cuestión de moda, aunque a primera vista nos parezca absurda. Y cuestión de gusto también.

—Al cabo de un año de permanecer aquí—cuenta un residente europeo en aquellos países—encuentra uno la gracia de estas sonrisas de negra dentadura, y le parecen tan adorables como la clásica risa de perlas de la mujer occidental...

no terrenal parece urdido por las manos invisibles de un zingaro taciturno.

LA TIRANIA DEL PAISAJE. — 3.

Panait Istrati es hijo del paisaje y a él habrá de regresar algún día, fatalmente. Su alma, que una vez se inundó de inmensidad es una antorcha al viento que se apaga en la cárcel de un cuarto, en el ambiente enraizado de una ciudad. No podemos imaginárnoslo sino a lo largo de los caminos, en coloquios con el mar y las montañas, dialogando con los vagabundos de todos los climas, sus hermanos. Anima errabunda, ojos no saciados de paisajes los de este rumano triste. Muy pronto lo veremos emprender de nuevo su marcha hacia los horizontes impresentidos, como los gitanos melancólicos que van por el mundo dejando pedazos de corazón en la aridez de los caminos desiertos...



Una protección contra la intemperie y contra los cambios bruscos de la temperatura...



CON paso menudo y andar armonioso pasan las mujercitas hermosas y coquetas, entre las brumas y la garúa del invierno... el viento agudo y cortante ya no daña su cutis...

Es que casi todas las elegantes han adoptado el método Pond para proteger su piel delicada... ¡Es tan sencillo! ¡Haga la prueba... en pocos días verá el resultado!

Primero limpie prolijamente el cutis con la Cold Cream, que elimina toda impureza: descanse un rato y pase después, suavemente, una servilletita Cutiasea para quitar el sobrante del Cold Cream. Son tan finas y absorbentes, que dejarán su tez suave como una seda. Luego aplique el líquido astringente Pond que limpia y cierra los poros, tonifica y vigoriza la piel, aumentando la circulación. Por fin, un toque de Vanishing Cream Pond, que es excelente para que los polvos adhieran, y deja el cutis fresco y aterciopelado.

¡Es un tratamiento tan fácil! ¡Tan sencillo! ¡Pruébelo usted también! Pida unas muestras hoy; se las mandaremos por correo. Precios: Pomo \$ 2.00. Tarro chico \$ 4.00.

Recorte y envíe este
cupón hoy mismo

Pond's Extract Company

Distribuidores: DUNCAN FOX & Cía. LDA.

Valparaíso: C. Correo 35 V - Santiago: C. Correo: 103 D

Sírvase mandarme las muestras de Cremas Pond. Incluyo en estampillas 30 ctvs. para el flete o 65 ctvs. para certificado.

Nombre.....
Dirección..... 014.—PT-18-8-31



ELSA MARTIN

Elsa Martin se presentará mañana en el Teatro Municipal. Esto dicen los carteles.

Pero, ¿quién es Elsa Martin?

André Haas asegura que es una revelación en la danza, ese género artístico en el cual ella puede hablar con autoridad.

Así, pues, aparecerá en el horizonte de la vida artística chilena como una nueva estrella, que va a recorrer un cielo nuevo de espectación.

Elsa Martin es joven, bonita, llena de gracia.

Su danza es como ella: llena de espiritualidad, de donaire, de sugerencias finas.

En el difícil arte de Ana Pavlowa, esta joven artista constituirá una sorpresa singular.

Ya lo dirán mañana la crítica y los que pueden opinar al respecto con segura competencia.

Páginas para niños

P U L G A R I T O

Eran una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos: el mayor contaba diez años y el más chico siete. Parecerá extraño que el leñador tuviese tantos hijos en tan corto período, pero hay que tener presente que su mujer no los echaba al mundo sino a pares. Como los leñadores eran muy pobres, y los hijos no podían todavía ganarse la vida, los infelices padres no sabían qué hacer con ellos. Para colmo de males, el menor era muy delicadito y apenas hablaba una palabra, cosa que todo el mundo tomaba por falta de seso y que en realidad no consistía sino en la extremada bondad de su carácter. Cuando nació era tan pequeño, que apenas tenía el tamaño de un dedo pulgar, y por esto empezaron a llamarle Pulgarito, y Pulgarito se le quedó por nombre.

Como la cuerda siempre se rompe por lo más delgado, el pobre era el sufrepesares de la casa, o como vulgarmente se dice, el que pagaba el pato en todas las cuestiones. Su precoz inteligencia no tenía, sin embargo, punto de comparación con la de sus hermanos, pues si Pulgarito hablaba poco, en cambio observaba mucho; y la observación es madre de la sabiduría.

Fué un año de escasez, tal la falta de recursos, y el hambre de estas pobres gentes, que resolvieron deshacerse de sus hijos.

Una noche, cuando los muchachos se habían ido ya a la cama, el leñador, con el corazón oprimido por la pena, dijo a su mujer:

—Ya ves, María, que nos es imposible alimentar a nuestros hijos; yo no tengo entrañas para verlos morir de hambre; es preciso conducirlos mañana a lo más espeso del bosque,

que, y cuando estén entretenidos en formar hacecitos de leña, abandonarlos a su desgraciada suerte.

—¡Ah! — respondió la mujer —. ¿Serías capaz de abandonar a tus hijos? — En vano alegaba el marido su horrible miseria; la infeliz era pobre, pero era madre, y no podía consentir en separarse de aquellos pedazos de su alma. Tales razonamientos hizo empero el leñador, que consiguió convencerla. Ante la idea de verlos morir de hambre entre sus brazos, consintió la infeliz, y fué a acostarse hecha una Magdalena.

Pulgarito había oído toda la conversación: sintió desde la cama hablar en la cocina, se levantó y logró esconderse sin ser visto debajo del banco en que estaba sentado su padre; desde allí no perdió ni una palabra. Así que los leñadores acabaron su diálogo, se acostó de nuevo y se puso a pensar en lo que había de hacer. A la mañana siguiente se levantó apenas fué de día, enderezó el paso hacia la orilla de un arroyo y se llenó los bolsillos de chinitas blancas. En seguida volvió a reunirse con sus hermanos y nada les dijo de lo que había descubierto.

Llegó la hora de ir al bosque, y padres e hijos se internaron en un sitio sumamente espeso, donde a diez pasos de distancia no se veían unos a otros. El leñador se puso a cortar leña, y los muchachos a recoger ramas secas para formar haces. Viéndolos sus padres ocupados en trabajar, se alejaron poco a poco y luego echaron a correr por un sendero oculto en la maleza. Cuando los chicos se encontraron solos, comenzaron a llorar a lágrima viva, a dar grandes voces y a llamar a sus padres.

Pulgarito, que había hecho a lo largo del camino un re-



guero de chinitas, los dejó llorar un rato y exclamó después: —No tengáis miedo, que si padre y madre nos han dejado aquí solos, yo os llevaré a casa: seguidme — Pulgarito echó a andar delante de sus hermanos, y guiándose por las chininas, volvió por el mismo camino que habían ido al bosque. Llegaron todos a casa, pero no atreviéndose a entrar, se agruparon junto a la puerta para escuchar lo que decían sus padres.

Cuando los leñadores volvían a su cabaña, un criado del señor de la aldea les entregó diez escudos que su amo les debía desde hacía tiempo, y que no esperaban cobrar tan pronto. Este socorro dió la vida a los infelices, próximos a morir de hambre. El leñador mandó en seguida a su mujer en busca de pan y carne, y como los pobres no habían comido desde la víspera, ella no se paró en barras y compró tres veces más de lo que necesitaba para la cena de dos personas. Así que estuvieron satisfechos, dijo la mujer: — ¡Ay! ¿qué habrá sido de mis hijitos? Si estuvieran aquí despacharían lo que nos ha sobrado. ¿Por qué te empeñaste en abandonarlos, Guillermo? Bien te dije que nos habíamos de arrepentir. ¿Qué harán ahora en el bosque? ¡Dios mío; quizá se los hayan comido ya los lobos! ¡No tienes corazón!

Tales exclamaciones hizo la pobre mujer, que el leñador acabó por impacientarse, y la amenazó con sacudirle el polvo si no se callaba. Y no es que el leñador se sintiese contento; le apenaba tanto o más que a su mujer el haber abandonado los niños; sino que ella, con sus justas y repetidas observaciones, le ponía cada vez de peor humor. A pesar de las amenazas, la infeliz leñadora no cesaba de llorar y de repetir a cada instante: — ¡Ay! ¿Qué harán ahora mis pobres hijos? ¿Dónde estarán?

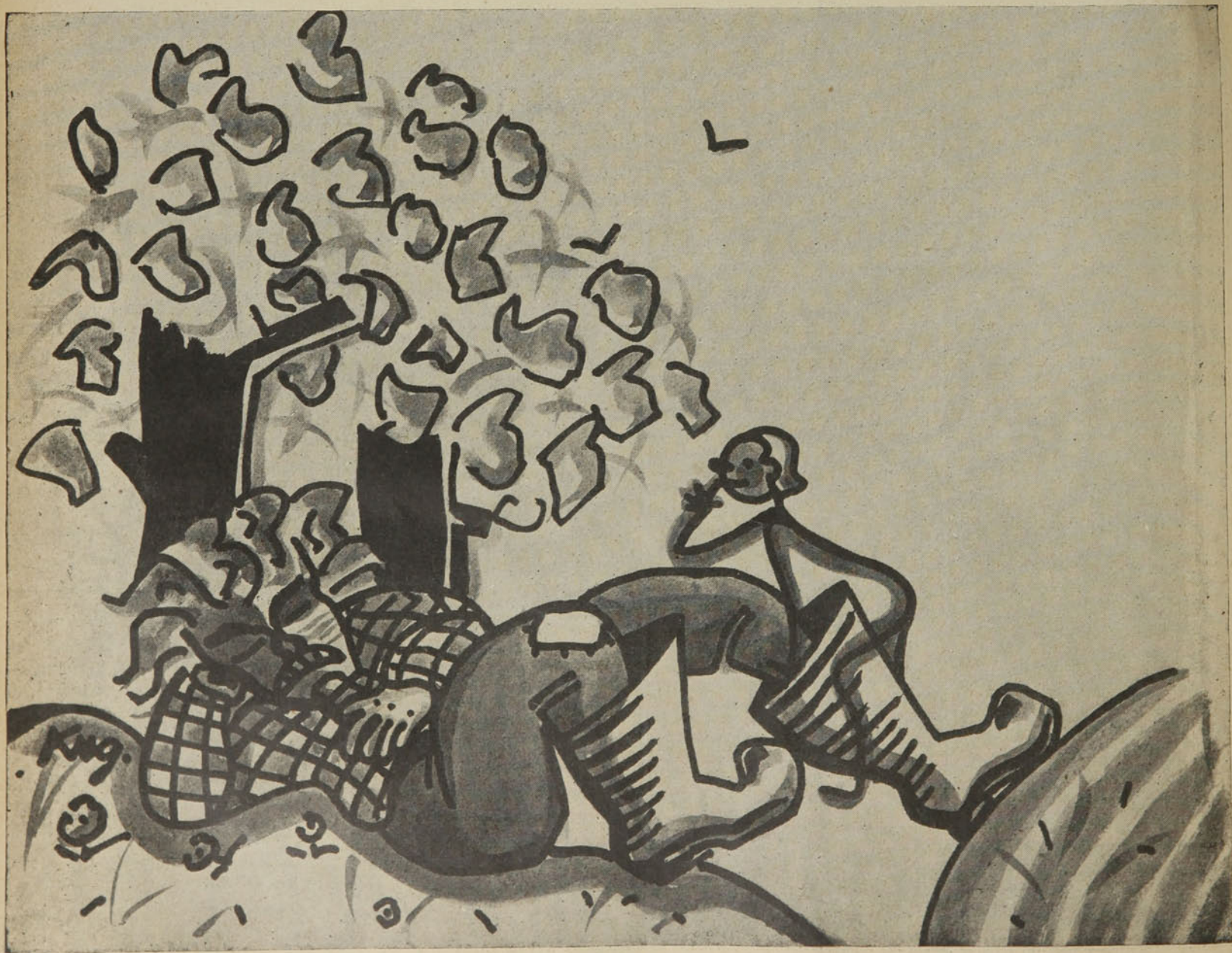
Tan alto lo dijo una vez, que, habiéndolo oído los muchachos que se hallaban a la puerta, respondieron a coro: — ¡Aquí estamos, madre, aquí estamos! — La pobre salió corriendo a recibirlos y exclamó besándolos apasionadamente: — ¡Hijos de mi alma, que ya no creía volver a verlos! ¿Estáis cansados? ¿Tenéis hambre? Y tú, Perico, ¿cómo vienes tan sucio? Entra y te lavaré la cara. — Este Perico era el hijo mayor, y le amaba más que a los otros, porque tenía, como ella, el pelo algo rojizo. Sentáronse a la mesa, y mientras co-

mían con voraz apetito, refirieron a sus padres, hablando todos a la vez, el miedo cerval que habían pasado en el bosque.

Los pobres leñadores estaban contentos por habed recuperado sus hijos; pero esta alegría fué pasajera; duró lo que los diez escudos. Así que se acabó el dinero, empezaron otra vez a contristarse; volvió la miseria a reinar en la casa y determinaron de nuevo deshacerse de los muchachos. Para realizar su propósito decidieron llevarlos esta vez mucho más lejos y a un lugar más extraviado del bosque. Aunque hablaron muy secretamente de estos planes, Pulgarito los oyó y tomó sus medidas para salir como antes del apuro. Se levantó también muy temprano para ir al arroyo a recoger chininitas; pero no pudo conseguirlo; la puerta de la casa estaba cerrada con llave. El pobre no sabía qué hacer, cuando su madre dió a cada uno un pedazo de pan para que se desayunasen. Entonces pensó que el pan, reduciéndolo a migajas, podría prestarle el mismo servicio que las chininitas, y en vez de comerlo, como sus hermanos, se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

Condujeron los leñadores a los niños a lo más espeso de la selva, y a la primera oportunidad huyeron y los dejaron solos. Pulgarito no se apuró por tan poca cosa: esperaba encontrar el camino, gracias a las migajas de pan que había ido sembrando; mas ¡cuál no sería el asombro del pobre al notar que las migajas no parecían! Los pájaros habían hecho con ellas un soberbio festín. La aflicción de los muchachos llegó a su colmo; porque a medida que se alejaban del sitio en que perdieron a sus padres, más y más se internaban en desconocidos lugares.

En esto se hizo de noche, y se levantó un viento horrible, que al azotar las ramas de la selva les causaba un miedo espantoso. Todos los rumores que se oían se les figuraban aullidos de lobos que venían a devorarlos, y los pobres no se atrevían a hablar ni a volver la cabeza. Para colmo de males, empezó a llover copiosamente. A cada paso resbalaban los infelices en el lodo del camino y se ponían de barro que no había por dónde cogerlos. Pulgarito subió entonces a un árbol para explorar el terreno; miró hacia todas partes y descubrió al fin una lucécita, allá muy lejos, al otro lado





del bosque. En seguida descendió de su observatorio, pero al saltar a tierra ya no vió nada. Esto le desconcertó mucho.

Marchó con sus hermanos durante algún tiempo hacia el sitio donde había visto la luz, y no fué poca su alegría cuando la descubrió de nuevo por entre los últimos árboles de la selva. La luz aparecía o desaparecía según las desigualdades del terreno; esto es, según que los viajeros avanzaban por una colina o por un barranco. Estas desapariciones, cuya causa no comprendían, les amedrentaban. Por fin, llegaron a la casa de donde salía la luz y se decidieron a llamar. Una mujer salió a abrir la puerta y les preguntó qué querían. Pulgarito dijo que eran unos pobres muchachos que se habían perdido en la selva, y le rogó que les dejase dormir, por caridad, en algún rincón.

Al verlos tan guapos, la desconocida se echó a llorar y exclamó: — ¡Ay! ¡hijos de mi alma! ¿por qué habéis venido aquí? ¿No sabéis que esta es la casa de un ogro que se come a los niños? — ¡Dios mío! — respondió Pulgarito, y empezó con sus hermanos a temblar de pies a cabeza. — ¿Y qué haremos, señora? Si nos quedamos fuera, si usted no nos esconde en alguna parte, los lobos nos comerán esta noche; preferimos que nos coma ese señor ogro; quizá, si usted se lo suplica, tendrá lástima de nosotros.

La mujer del ogro, que era buena y compasiva, pensó que podría esconderlos hasta la mañana siguiente; los dejó entrar y los condujo a la cocina, donde ardía una magnífica lumbre, preparada para aderezar un enorme carnero que el ogro debía de cenar aquella noche. Cuando habían empezado a calentarse, llamaron tres veces a la puerta: era el marido. La pobre mujer los escondió debajo de la cama y fué a abrir. El ogro entró preguntando si estaba lista la cena y si había subido el vino, y en seguida se sentó a la mesa. El carnero estaba todavía sangriento y a medio asar; pero no por eso dejó de parecerle exquisito.

Mientras cenaba, movía la nariz a uno y otro lado, y repetía a cada momento que olía a carne fresca. — Será— dijo la mujer — la ternera que acabo de prepararte para el almuerzo de mañana. — Te repito—repuso el ogro—que aquí

huele a carne fresca, y que tú me ocultas algo. Y así diciéndolo se levantó y fué hacia la cama.

— ¡Hola! ¡maldita mujer! — exclamó sacando uno tras otro a los pobres muchachos—; ¿querías engañarme, eh? ¡Da gracias a Dios de que no te desuelle viva, por ser ya una vieja incomible! He aquí—añadió acariciándoles la cabeza — una hermosa caza que me viene de perilla para dar un convite a tres ogros amigos míos.

Los infelices se pusieron de rodillas pidiendo perdón; pero nada consiguieron, porque tenían que habérselas con el más cruel de todos los ogros. Lejos de enternecerse, los devoraba ya con la vista aquella fiera, y decía a su mujer que serían un magnífico plato, si acertaba a sazonzarlos con una buena salsa. En seguida fué a buscar un gran cuchillo, lo afiló en una piedra y se abalanzó sobre uno de los niños.

— ¿Qué vas a hacer a la hora que es ya? — exclamó su mujer. — ¿No tendrás tiempo de sobra mañana? — Cállate, — respondió el ogro—; así se quita un cuidado de en medio. Pero si todavía tienes carne en abundancia: una ternera, dos carneros, medio cerdo... ¿no ves que va a perderse? — Tienes razón — repuso el ogro dales bien de cenar a fin de que no adelgacen y vé a acostarlos.

Contentísima la buena mujer del resultado de sus observaciones, les preparó una buena cena; pero tal era el miedo que tenían, que los pobres no probaron bocado. En cuanto al ogro, se puso a beber como un tudesco, frotándose las manos de alegría por el exquisito regalo que preparaba a sus amigos. Echóse al colete una docena de vasos de respetable tamaño, y cuando ya tenía la cabeza cargada con los vapores del vino, se fué a acostar.

El ogro era padre de siete niñas siete ogritas, que acostumbra a comer carne cruda, lucían un cutis sonrosado y brillante como la piel de una manzana; en cambio, tenían los ojos redondos y chiquitos, la nariz como el pico de un águila, enorme la boca y ralos y agudos los dientes. Gracias a su poca edad, las ogritas no eran excesivamente malas; pero prometían serlo con el tiempo, y ya mordían a los niños que encontraban para chuparles la sangre. Aquella no-



notas musicales

La música de Chopin y el pavor nocturno

Origen médico de la "tarantela". Por WALTER SCHUMACHER

Apolo es padre de Esculapio y de las Musas; mas no sólo en la mitología van estrechamente unidas la medicina del cuerpo y del alma. En todos los tiempos la música desempeñó cierto papel en el arte de curar, como lo vemos en nuestros días, y aún, no hace mucho, que fué nuevamente objeto de comentario científico el contenido de un artículo publicado por B. H. Levisson, en el "Journal of the Michigan State Medical Society".

Dadas las estrechas relaciones que hay entre los procesos psíquicos y los físicos es de admitir que la música que sin duda alguna, es capaz de ejercer una influencia muy fuerte sobre la psiquis, pueda intervenir por este camino, hasta cierto punto, en el mecanismo del cuerpo. Pongamos, por ejemplo, la música de mesa: ella llena lagunas en la conversación, desvanece pensamientos desagradables y nos coloca en aquel estado de ánimo que tan ne-



Muchacha tocando la flauta: parte lateral del llamado «Trono Ludovisi». Roma, Museo de las Termas

cesario es para el apetito y la buena digestión.

El informe más antiguo acerca de la música como factor terapéutico psíquico, lo encontramos, seguramente, en la Biblia. El rey Saúl se veía atormentado por tales excesos de mal humor que acabó por atribuirlos a espíritus malignos. El joven David tomó su arpa y tocó, y "Saúl se sintió animado y bien. Los espíritus malos lo abandonaron."

Los antiguos griegos tenían fe en la música por sus potencias curativas.

En la Edad Media se extendió por varios países de Europa una verdadera epidemia de Baile de San Vito (corea), que en ciertas regiones alcanzó proporciones alarmantes. Se creyó que la música era un remedio específico contra esta enfermedad, y colocaron músicos encargados de tocar ante la multitud que bailaba frenéticamente.

Así nos encontramos en los orígenes de la "tarantela" italiana, que en su movimiento más lento, el llamado "apa-

che las había acostado temprano; las siete dormían en una gran cama, y cada una con una corona de oro en la cabeza.

En el mismo cuarto había otra cama de igual tamaño, y allí fué donde la mujer del ogro acostó a los siete hermanitos; hecho lo cual, les dió las buenas noches y se retiró a su alcoba. Vió Pulgarito la corona de oro que las niñas llevaban en la cabeza, y temiendo que el ogro, arrepentido de no haberlos degollado, viniese a hacerlo durante la noche, fué colocando en la cabeza de sus hermanos y en la suya las coronas de las niñas, y en la de éstas puso suavemente los gorros que ellos llevaban. De este modo, si el ogro venía a obscuras, tomaría a los unos por las otras y degollaría a sus propias hijas.

Lo que había previsto Pulgarito sucedió al pie de la le-

tra: el ogro se despertó a eso de las doce, y acordándose de que no es bueno dejar para mañana lo que hoy se puede hacer, se levantó de la cama y tomando su gran cuchillo: —Vamos a ver—dijo—si esos granujas tienen el pescuezo tierno. Subió a tientas al dormitorio y se aproximó a la cama donde dormían los muchachos. Pulgarito, que no había pegado el ojo, experimentó un miedo horrible al sentir sobre su cabeza la manaza de aquel canibal. —¡Pues buena la iba yo a hacer!—dijo el ogro por lo bajo, al tocar la coronas de oro. —Vamos, está visto que he bebido más de lo que acostumbro.

En seguida se dirigió hacia la cama de sus hijas, y palpando los gorros de los muchachos, exclamó: —¡Aquí están mis siete caporales!— y enarbolando el cuchillo, degolló una



llata", estaba destinado a prevenir el ataque del mar.

En los comienzos del siglo XVI, Giambattista Porto opinaba que los instrumentos de música contruidos con plantas medicinales producían el efecto curativo de la planta correspondiente, en el que los tocaba.

Música, religión y medicina están íntimamente relacionados.

En el año 1878, se hizo en el Randalls Island Asylum, de Nueva York, un interesante experimento: 100 pacientes (mujeres) fueron reunidos en el aula grande del instituto y "tratados" con música de piano. A la media hora se registraron efectos generales que, en conjunto, eran favorables. Todos se revelaron particularmente sensibles al ritmo.

En el año 1928, el doctor Hunter, del Hospital Helensburg (Inglaterra), hizo instalar un piano en una de las salas de enfermos. Cierta número de pacientes fueron sometidos a la influencia de música instrumental y vocal. El doctor Hunter escribe en su informe: "Desaparición, o por lo menos, alivio de los do-

lores. En 7 casos, de 10, se registró descenso de temperatura".

Citaremos otros dos casos clínicos. Un médico ruso, el doctor Beschinsky, informó en 1896 sobre el tratamiento eficaz de un muchacho de 3 años que padecía pavor nocturno. En vista del fracaso de todos los otros métodos, se practicó el tratamiento musical. Se recomendó que la madre del niño tocara un vals de Chopin. El efecto fué instantáneo y satisfactorio. Cuatro noches después se interrumpió el tratamiento y el estado reapareció más grave que antes. El vals fué tocado de nuevo, primero todas las noches, después cada dos, y por último cada tres. La cura quedó terminada y el éxito fué definitivo.

El que durante la guerra y después de ella haya visitado un lazareto, se habrá dado cuenta de que la música era en él el entretenimiento mejor recibido, que aliviaba dolores y daba nueva fuerza al espíritu.

El bañeólogo conoce muy bien el valor del concierto, lo mismo que el paciente que todas las mañanas, armado de un vaso de agua medicinal, acude a dar un paseo alrededor del pabellón de la orquesta.

¿Cómo se produce este efecto de la música?

Dogiel hizo una serie de experimentos en el hombre y en el animal, para estudiar la influencia que la música ejerce sobre ellos en estado normal. Llegó a espléndidos resultados.

Estos experimentos se hicieron en la Universidad de Kansas y fueron publicados en "American Journal of Physiology". Médicos norteamericanos y europeos han dedicado a este tema mucho tiempo y trabajo. Citemos algunos:

"Si la sensación del placer musical vence, cesa el dolor. Sin embargo, como quiera que los estados del sensorio no pueden ser idénticos en dos casos, la música no estará siempre en condiciones de ahuyentar el dolor. En el insomnio, el sensorio se encuentra bajo una excitación constante. La música, en cambio, que produce una contra excitación, neutraliza aquella y permite la entrada del sueño".

"Es muy agradable que el cuerpo humano presente la tendencia a vibrar sincrónicamente con la música como sucede también en el mundo de lo inanimado. Ciertos casos de exaltación psíquica coinciden con las notas altas de la escala musical, lo mismo que hay cierto estado de depresión que corresponde con las notas más bajas".

La influencia psíquica de la música se basa en su transmisión desde el cerebro al sistema simpático, que dirige los diversos órganos. Así puede explicarse su acción sobre la nutrición, la digestión y el restablecimiento del equilibrio orgánico. A título de curiosidad, citaremos que un médico norteamericano, el doctor Robert Schaffler, ha propuesto una verdadera farmacopea musical, según la cual cada enfermedad debe "tratarse", con la música correspondiente.

El docto Strumpel era un pianista excelente: Billroth, un eminente violinista. Richard Morrison, conocido médico de Boston, un buen violoncelista, Richard Cabot, profesor de medicina de la Universidad de Harvard, es un perfecto violinista y músico de cámara. Esta lista da una idea de los partidarios de la música; puede alargarse todo lo que se quiera.

Billroth, el famoso filósofo musical y médico alemán, fijó poco antes de su muerte sus ideas sobre la música en un libro publicado póstumamente, en el que analiza la acción de la música desde el punto de vista fisiológico y psicológico ritmicos que pertenecen a la cualidades de mayor importancia vital de nuestro

cuerpo. Tenemos movimientos ritmicos de la respiración, del corazón, y el ritmo que podemos comunicar a nuestros movimientos musculares del cuerpo, conscientes e inconscientes, se producen por la suma de muchos ritmos infinitamente pequeños y no perceptibles. La convicción fundamental de la música, o sea la facultad más o menos consciente de percibir y apreciar movimientos ritmicos, debe ser innata en el hombre y en algunos animales".

El ritmo impresiona a tres sentidos: puede ser visto, oído y sentido corporalmente. Si llega a la conciencia por estos tres caminos a la vez, la mayor parte del sistema nervioso se halla ocupado por este proceso, y la acción sobre la totalidad del organismo es segura. **Ritmo es vida.** Si la música ha de entrar en la terapéutica del médico serio, es sólo cosa del porvenir. Pero siempre habrá ciertas enfermedades que no podrán prescindir del bisturi del cirujano o del arte del quimioterapeuta. Entre tanto, sanos y enfermos se recrean en el laberinto de notas y sensual ritmo de la música moderna y en la inmortal melodía y armonía de las creaciones del genio de los antiguos maestros: para todos ellos vibra la lira de Apolo, cuyo hijo es Esculapio.

(Continuación de la pág. 17)

MUSEOS Y MONUMENTOS DE SARAH BERNHARDT

una insignia del ministerio de Instrucción Pública. No satisfacía esto su anhelo, y diez años después consiguió, después del triunfo admirable de "L'Aiglon", que el ministerio de Bellas Artes pidiera el cintillo rojo de la Legión de Honor para la admirable actriz. Y el consejo de la Orden lo negó, alegando que Sarah Bernhardt había abandonado indisciplinadamente la Comedia Francesa y había sido un funesto funcionario del Estado.

En cambio, en este museo se conserva la primera caricatura que se hizo de Sarah Bernhardt. La hizo Grevin, apareció en "Le Journal Amusant", y fué una solemne consagración del éxito de la comediante, cuya deliciosa voz no había sido apreciada hasta entonces por los parisienses. Se había estrenado en el Odeón la obra de Dumas, "Kean", y Sarah encarnó el papel de Anna Damby. El dibujante Grevin la representó entre nubes, con una estrella sobre la frente, y puso esta inscripción al pie de su dibujo: "Una encantadora estrellita, que el Odeón hará rudamente bien en no dejar que se marche".

Para perpetuar la gloria de la actriz ha parecido poco este museo de Bretaña. En Arcachón ha surgido la iniciativa de alzar su estatua en otro lugar tan bello y tan pintoresco como Belle-Isle-en-Mer.

Durante los años crueles de la guerra, Sarah se había refugiado en una apacible y minúscula aldea situada en la orilla de la bahía Arcachón, llamada Andernos, y escondida entre dunas y pinos. La linda ciudad de los ingleses invernantes y las costas planas, no sólo embellece sus calles, su muelle y sus alrededores, y no sólo alza casinos, "palaces" y villas y construye estadios para todos los deportes, sino que se está ennobleciendo con la rememoración de recuerdos históricos. Ya se colocó una lápida en la fachada del hotel que habitó



MANOS
BLANCAS
— Y SUAVES
A PESAR del FRIO

... y a despecho de los quehaceres domésticos, el deporte, o el trabajo de la oficina o el taller. Basta frotarse ligeramente las manos con Crema de miel y almendras Hinds —especialmente después de mojarlas— y se corrigen prontamente las asperezas e irritaciones. El uso diario de la Crema Hinds deja las manos suaves, flexibles, blancas: les da esa fina apariencia que atestigua una exquisita feminidad.



la infanta de Austria, María Cristina, para recibir la visita de su prometido Alfonso XII. Ya, con una inscripción latina, se ha marcado la casa en que vivió una larga temporada el poeta Gabriel D'Annunzio y compuso alguna de sus obras teatrales. Y ahora, he aquí constituido el comité que ha de reunir fondos y hacer cuanto es preciso para que en un bosque de Andernos-les-Bains, en una explanada entre marítima y silvestre, luminosa y perfumada, como un paisaje heleno, se alce pronto un monumento en que culmine la estatua de Sarah Bernhardt. Preside esta junta la condesa de Noailles, y la constituyen el presidente de la Academia de Burdeos, el de la Federación de Asociaciones de directores de espectáculos y el del Sindicato de la Prensa bordelesa.

Bien se advierte en la constitución de esta junta que se quiere hacer de este homenaje una obra regional. Llegará un día en que París, Francia entera, advertirá que no está plenamente cumplida la profecía de las hadas, hecha en el cuentecito de "Paris-Muscie". Entonces se rendirá a Sarah Bernhardt el homenaje nacional que su recuerdo espera. Entre tanto, Arcachón quiere unir el encanto de esta imaginada obra de arte a las muchas bellezas naturales y a las muchas curiosidades que ya posee.

Y he aquí cómo en Francia se rinde acatamiento a la gloria pura de los comediantes...

(Continuación de la pág. 20)

LEONARDO Y MIGUEL ANGEL

El primer embate de su mal lo sorprendió al coloso con el cincel en la mano, trabajando en su "Pietà", del palacio Rondanini, que dejó inconclusa.

Atenaceado por la fiebre, hostil a todo lo que fuese médicos o medicinas, tan sólo en la antevíspera de su muerte, el 15 de febrero de 1564, consintió en guardar cama.

"Dictó su testamento en plena conciencia, rodeado por sus amigos y servidores". "Hizo donación de su alma a Dios y de su cuerpo a la tierra", pidiendo retornar aunque fuese muerto, a su querida Florencia.

Después pasó "de la horrible tempestad a una dulcísima calma". Era un viernes de febrero y la tarde también moría.

CARLOS GUTIERREZ LARRETA

(Continuación de la pág. 9)

LOS ENFERMOS

ras. Horas y horas interminables, angustiosas; horas y horas en que el tiempo no es como antes, sino más largo, más ancho, más profundo. ¿Quién podrá contar las etapas que ha recorrido ya el pobre enfermo desde que cayó en la cama? De pronto, sentimos un ligero malestar; acaso no será nada; seguimos trabajando; no le damos importancia a esta molestia. Pero el malestar aumenta; nos sentimos desasossegados. En este momento entra en escena un personaje que ya no nos abandonará durante toda nuestra enfermedad; un personaje que constituirá nuestra desesperación y nuestra es-

peranza; que será a veces la alegría, y otras la tristeza. El termómetro clínico hace ahora su aparición; para ver si realmente estamos enfermos, si comenzamos a estar enfermos, nos ponemos el termómetro. Y ávidamente, con ansiedad, miramos luego la escala de la temperatura. Si, este desasosiego que sentimos es un poco de calentura; no tenemos más remedio que acostarnos. Nos acostamos, y principia el proceso del pobre enfermo; la enfermedad va apoderándose de nosotros; el desasosiego se cambia en ardiente fiebre; el médico viene; los frascos de los medicamentos comienzan a llenar la mesita que está junto a la cama; después llegan otros medicamentos; luego, tal vez sean llamados otros doctores. Y el pobre enfermo siente transcurrir los días, las semanas, los meses, acaso los años. Los primeros días, el tormento de la cama es insoportable; el dolor no nos permite cambiar de postura; no tenemos un instante de reposo; no es posible hacer que la angustia que nos oprime nos abandone. Y tanto como nuestro dolor, sentimos la preocupación de los seres queridos que nos acompañan; en sus ojos, en el tono de sus palabras, en sus silencios, en sus miradas, notamos la gravedad de nuestro mal; no nos quieren decir nada, naturalmente; pero sin que nos lo digan, nosotros comprendemos que estamos muy mal y que estos seres queridos sufren terriblemente de vernos tan enfermos y de presentir una contingencia funesta.

Los días van pasando; la costumbre, la costumbre que todo lo dulcifica, ha hecho ya que nos acostumbremos al dolor; la esperanza entra también en nuestro ánimo. Con la esperanza, sentimos un poco de alivio. Todo esto — pensamos —

pasará; ahora sufrimos mucho; pero llegará un momento en que la enfermedad haga su crisis; la convalecencia habrá de comenzar; de la convalecencia, saldremos más fuertes que antes. La enfermedad habrá servido para que nuestro organismo se haya renovado; como si fuéramos hombres nuevos estaremos después de esta crisis terrible. Y con tales halagüeños pensamientos, vamos pasando las horas, los días, las semanas, los meses. A la madrugada, en las rendijas del balcón, la débil claridad del alba; después, durante el día, el muro de enfrente en que un rayo de sol apunta, aumenta y decrece. Este rayo de sol, que vemos todos

los días; que vemos crecer y decrecer, es nuestro consuelo. Toda nuestra vida de enfermos está concentrada en este brillante rayito de vivo sol que aparece en la pared por la mañana y se marcha por la tarde. El autor de estas líneas ha visto desde la cama, en meses y meses de enfermedad, cubrirse un árbol lejano de hojitas en primavera; después, hacerse grandes las hojas; luego comenzar a tornarse amarillas; por fin, a caer del árbol y quedar las ramas limpias, negruzcas, en el invierno.

Un benemérito religioso, el padre Sansón de la Congregación del Oratorio, publica en París una revista que debe ser propagada entre los enfermos. Se titula "Revivre", y a los dolientes está dedicada. Hace poco que ha comenzado la publicación de esta revista. En el programa de "Revivre", se dice, entre otras cosas: "Al fundar "Revivre", el padre Sansón ha llevado principalmente dos miras: remediar el aislamiento moral y espiritual del enfermo, y despertar en los sanos la responsabilidad con respecto al mundo del sufrimiento". Fiel a este programa, el buen religioso procura en su revista llevar al pobre enfermo un poco de confortación espiritual. Muchos enfermos habrán que no pueden leer los artículos del padre Sansón y de sus colaboradores; no podrán tampoco sufrir que se los lean; sus dolores no le permitirán. Pero habrá muchos también que puedan leerlos, o podrán escuchar su lectura. En los primeros números de la revista, su director ha publicado un importante estudio con el título de "Vivre sa vie de malade"; o sea, "Vivir su vida de enfermo". En ese trabajo, el padre Sansón trata de dar una norma al enfermo durante su dolencia; una norma psicológica que procure ali-



Consejo de abuela

—Oye hija mía, no te preocupes, eso le pasa a todos los niños. Tal vez es algo que le ha caído pesado. Ante todo límpiale el estómago con

Leche de Magnesias de Phillips

Es lo mejor.

El laxante y anti-ácido por excelencia. Suave, agradable y eficaz.

Si no es Phillips no es legítima.



Especial para las personas que tienen que laxarse periódicamente.

Cuidese de las imitaciones.

Leche de Magnesias. (M. R.) A base de hidróxido de Magnesias.

viar su dolor. Tres momentos capitales hay durante el día en la vida del doliente: el personaje que apareció en los comienzos de la dolencia, se ha establecido ya plenamente en la casa y es el eje de la vida del enfermo. Los tres momentos capitales son los instantes en que el termómetro ejerce sus funciones. Todo gira en torno a esos tres momentos. Y el buen religioso quiere que en esos instantes, precisamente, tratemos nosotros, enfermos, de sobreponernos a nosotros mismos. Un esfuerzo nada más; un ligero esfuerzo, y habremos ganado mucho en nuestra vida moral. No pensemos en lo que pasará mañana; no nos atormentemos con la vana esperanza; no nos desalentemos por lo que diga, inflexible, el termómetro. En vez de pensar en nosotros, pensemos en alguien de los que nos rodean; pensemos, nosotros, enfermos, en el achaque, o en la preocupación, o en el disgusto de uno de los seres queridos que están en torno nuestro, o, bien, lejos de nosotros. Y cuando hayamos tenido ese momento de altruismo, de caridad, para con los demás, habremos vencido nuestro propio dolor. "Fijar la atención—escribe también el padre Sansón—no únicamente en lo que podrá suceder dentro de un mes, de seis meses, cuando estemos curados, sino en lo que es ahora; en lo que realmente sucede ahora. Y esto para descubrir qué partido podemos sacar de esta transformación de nuestra persona que ha operado el dolor". "Esta es la primera regla — añade el autor— que el enfermo debe practicar para paliar sus enfermedades".

En resumen, lo que el buen filipista desea es que el enfermo no se entregue desahogadamente, incesantemente, a la esperanza, dejando desamparado el presente. El presente es una realidad; no podemos negarla; es imposible prescindir de ella. Y lo que debemos hacer es tratar de sacar el mejor partido de este presente—presente de dolor—que ha modificado nuestra pobre personalidad.

(Continuación de la pág. 32)

LO QUE HA QUEDADO DEL IMPERIO DE LOS ZARES

los árboles, las aguas y el viento mismo de aquel dulce país, lo que llega hasta el alma de quienes lo escuchan. Es un arte robusto y alegre, que gracias a la obra benemérita de estos cantantes se expande por el mundo en oposición al arte ruso, fatalmente saturado de desesperanza.

Los emigrados del Cáucaso, Azerbaijan y Armenia

El triunfo de los bolcheviques se debió, en gran parte, al separatismo de los pueblos caucásicos que no estaban ligados al imperio ruso más que por la fuerza, hacía escasamente siglo y medio. Fueron estos pueblos al revolverse contra los ejércitos de Denikin y Wrangel, los que consolidaron a los comunistas. Creyeron que el comunismo les iba a dar la libertad que anhelaban. Llegaron a crear sus repúblicas independientes, que fueron cuatro: Cáucaso del Norte, Azerbaijan, Armenia y Georgia, con sus cuatro jefes del estado, sus cuatro gobiernos y sus cuatro parlamentos. La garra de Lenin, imperial como la de Pedro el Grande, puso fin a estas cándidas ilusiones. Para sus designios imperialistas, Lenin necesitaba esta llave de paso que es el Cáucaso, y prescindiendo del derecho que los pueblos tienen a dispo-

ner de sí mismos, el ejército rojo ahogó en sangre las sublevaciones de los separatistas caucásicos.

Los episodios de la terrible lucha de estos pueblos para conseguir su independencia, son los más feroces de toda la guerra civil. Los montañeses del Cáucaso trepan a sus riscos y luchan contra el ejército rojo, como habían luchado contra los ejércitos de Pedro el Grande y Catalina II. Faltos de apoyo exterior, sin verdadera visión política, divididos por sus rencillas aldeanas y minados por la artera política de Lenin, estos pueblos sucumben unos tras otros con sus caudillos semisalvajes y sus estadistas de campanario. Los cuatro gobiernos, con los cuatro parlamentos y los cuatro ejércitos, tienen que huir del territorio patrio. Muchos se han quedado a las puertas de Rusia, en Persia y Turquía, acechando siempre la ocasión de volver. Otros han venido a Occidente. En París juegan a la política; por todas partes se ven estos tipos morenos, ceñosos y barbudos, intriguando y bullendo con los originales de sus problemas libertadores bajo el brazo.

La república del Cáucaso del Norte, tiene en París un representante oficial, el señor Tamby Elekhoty, el diplomático más rudo, más necesitado y de mejor buena fe que he visto en mi vida. Los caucásicos residentes en París tienen una actividad literaria casi patológica; publican nada menos que siete periódicos: "Prometeo", "La Patria", "Georgia Independiente", "La Lucha", "El Soldado", "El Montañés del Cáucaso" y "El Cáucaso Independiente".

También los armenios han ido corriendo hacia Occidente. Marsella está plagada de armenios. Mala fama tienen aún entre la mala gente del puerto de Marsella. En Niza tienen sobre una colina próxima una verdadera ciudad armenia, con su iglesia ortodoxa, sus tiendas y sus escuelas. También los armenios bullen políticamente. Sólo en París publican diez periódicos en su lengua. De todos los pueblos del antiguo imperio ruso, el armenio ha sido el único de la Sociedad de Naciones.

En cambio, del Azerbaijan son pocos los emigrados que llegan hasta las naciones occidentales. Casi todos ellos se han quedado en Persia, el Afganistán y Turquía. Allí acechan el primer momento de debilidad del gobierno de Moscú para caer sobre los bolcheviques. Saben que no les faltarán apoyos internacionales cuando llegue ese momento.

UTILES
• PARA
OFICINAS

AHUMADA 32
UNIVERSO
SOCIIDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA



Armonizan la duración
con la belleza

RADIANTES, con el esplendor y la riqueza de la seda pura... armonizando por su estilo con la moda avanzada... en delicados colores que hacen juego con cada vestido...

Representante:

O. H. MITCHELL

Huerfanos 761, Santiago de Chile

8

Medias de Seda HOLEPROOF

En el Azerbaijan está el petróleo.
MANUEL CHAVES NOGALES

(Continuación de la pág. 11)
EN BUSCA DE LAS CAPITALES MUERTAS

mediatamente. Yo sentía bien todo lo que me separaba de él, todo lo que yo amaba, que servía, que para él no tenía ningún sentido. Pero había en él, un terreno estable, sólido en el cual nos sentíamos semejantes.

Hablamos el mismo lenguaje. Yo venía de Africa, de la Legión. El venía de Cantón. Habíamos, el uno y el otro, visto hombres, vivido en la compañía de hombres valientes. Para ese viaje a China que iba yo a emprender como aventura, me daba consejos de soldado a soldado, de aventurero a aventurero. Se creó ese día una amistad, que cada año ha enriquecido, porque no debe nada a París, nada a este mundo de Europa, pero que busca su alimento en el juego y el riesgo.

G. R. MANUE

LA CARA ES EL ESPEJO DE LA DIGESTION

Las huellas de las malas digestiones así como de las sensaciones de ardor, acidez, flatulencias, eructos ácidos quedan impresas como es natural, en la cara, cuya sensibilidad refleja fatalmente el dolor en sus diferentes manifestaciones. Tales inconvenientes pueden evitarse fácilmente con el uso de la Magnesia Bisurada después de las comidas, ya que este preparado alcalinizante corrige casi instantáneamente el efecto de la hiperclorhidria, combatiendo los disturbios digestivos. Por su virtud se neutraliza rápidamente el exceso de acidez, así como los ardores, flatulencias y pesadeces, modificando debidamente la función digestiva hasta que llega a ser normal y sin dolor. La Magnesia Bisurada (M. R.), que es un preparado inofensivo no constituye hábito en el organismo y se vende en todas las Farmacias.

Base: Magnesia y Bismuto.

Deseo encontrar compañero para mi vida, culto, familia honorable, 28 a 40, situación holgada. Tengo 23, buena figura y me acompañan cualidades muy necesarias para la felicidad de la persona que deseo.—Amparo García, Correo 11.

Señorita 20, honorable, culta, simpática, seria, buena dueña de casa, desea correspondencia con profesional.—Quela Rencoret, Correo, Osorno.

Mi ideal eterno es Ramón M. E. Creo que se encuentra en Los Andes. Si su corazón está libre, conteste por la encuesta a E. E.

Busco chiquillo bastante tonto para creerse inteligente, y bastante inteligente para comprender que es tontería escribirme.—Leyla Hans, Correo 6.

Joven 26, bastante serio, buen deportista, desea correspondencia con lectorcita de «Para Todos» que quiera mantener correspondencia nutrida hasta llegar a amistad sincera y leal.—Rodolfo O. P., Correo Americano, Chuquicamata.

Mi ideal es la encantadora señorita dueña del fundo La Palmilla, Calera. Su dulce nombre es Elena. Si sus ojitos se posan en estas líneas, le ruego contestar por Correo a Antonio Moreno M., Cabildo. Ruego mandar foto.

Tendría placer en mantener correspondencia con señorita obrera o provinciana, rubia o morena, 18 a 20. Yo, 20. Contestar Correo, Caletones, Rancagua, a T. Q. R.

¡Amor! es la pasión que busco entre las jóvenes santiaguinas de la sociedad que sepan amar y se parezcan a la Joan Crawford. Soy viamarinero, de paso en Talca, y fijaré mi residencia en Santiago. Tengo 22 años. A la más bonita le enviaré fotografía.—Carnet 41324, Talca.

Niña 16, simpática, desea correspondencia con caballero sin vicios, 20 a 30.—Por la revista, a Maria Consuelo.

Para Aníbal G., que creo trabaja en la Tesorería Provincial, La Serena. Tendría gran placer si usted me mandara su dirección. ¿Sabe quién soy? Recuerde a quien no lo olvida.—Flor chillaneja, Correo, Chillán.

Somos dos chicas simpáticas que deseamos correspondencia con marinos o paisanos desilusionados de la vida y que deseen compañeras de penas y alegrías. Edad, 18 a 40. Nosotras, 17 y 18. Enviar foto. Contestar a Hilda V. R., Correo 6, Santiago.

¡Atención! Chiquilla morena, 22, desearía correspondencia con joven estudiante de 28, bigote a lo Ronald Colman, alto, ojos negros, ojalá de Valparaíso. Indispensable foto.—Correo, Quillota. Flor de Té.

Joven modesto, decente, educado, trabajador, bueno, desea matrimonio con señorita cualquiera edad, honorable, educada, buen físico y buena situación.—Alberto, Correo 3.

Lola Vivanco, Correo Central, Talcahuano. Sírvase escribir más claro. No hemos entendido bien.

Aída de G., Talcahuano.—Quiero que sepa, mujercita gentil, que la adoro porque la creo buena, fiel y sencilla. La tristeza de sus ojos me dice que no es feliz. Sería dichoso si me oyera para rodearla de ternura. ¿Adivina quién soy? Enamorado.

A. Viveros C. es el nombre de un estudiante de Leyes al que le puedo dar algunos datos de gran interés.—Naty Urrejola, Chillán.

Luz Guzmán Green.—Por segunda vez molesto su atención con la seguridad que me contestará, aunque sea negativamente. Me interesa saber si alguien que la conoció hace tiempo puede tener noticias suyas. Le ruego conteste por la revista.—Vagabond Lover.

Eva May, 23 años, simpática, buena familia regular estatura, desea correspondencia con joven de 25 a 40, educado, buena familia, ojalá profesional y con afición al cine. Por la revista.

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo. una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 2518, Santiago.

Busco mujer modesta, franca, sincera, con alguna espiritualidad y cultura, y a la vez con un concepto práctico de la vida, dispuesta a hacer sentir un afecto puro en un alma sin esperanzas por haberlas perdido en locuras de juventud. Soy moreno, alto, delgado, 29 años. Renta y empleo regular.—Roberto Mario, Correo, Puerto Montt.

Para Moreno Triste.—Creo reunir las cualidades exigidas. Cambiaré tristeza en alegría. Indispensable foto. Correo, Quillota.—Ave del Paraíso.

A mis paisanos italianos. Soy alta, blanca, pelo castaño, simpática, 18, buena familia. Deseo amigo alto, buena familia, trabajador. El interesado dirijase a I. R. G. G., Correo 2, Valparaíso.

Que sea libre, morena, 26 abriles, buen vestir. Yo serio, cariñoso, rubio, honorable, 27 años.—Onofre Olmos, Correo 21.

Para Moreno Triste.—Creo reunir condiciones exigidas. Me gusta mucho el campo.—Bety D., Correo, Parral.

Alma Solitaria desea encontrar entre los lectores, amiguito serio, buenos sentimientos, de 25 a 28. Yo, 20, alta, no mal parecida. ¿Me sacará el gordo en estas páginas?—Dafne Sewell, Casilla 45, Villa Alegre.

Deseo correspondencia con joven 25 a 30, ideas serias, bueno, cariñoso, aficionado a la música, buena figura, ojalá hijo de extranjero. Yo, 18, alta, pelo castaño, ojos oscuros, cariñosa, constante.—Sally Bulman, Correo Central, Talcahuano.

Señorita 27, desea correspondencia con persona culta de más de 35. Soy hija de familia, educada y seria. Si solicito amigo es porque me encuentro muy sola y triste.—H. E. L., Correo 3, Valparaíso.

Extranjera alta, desea conocer huastito mayor de 30. Fortuna y físico no importan, solamente ha de ser alto.—Maria C. Brenholz, Concepción.

Marietta da su dirección: Carmen Rivera Martínez, Lautaro.

V. S. M., Linares.—Hiciste nacer un amor en primavera, cuando todo es risueño y por egoísmo de amor propio dejaste trunco el cariño inmenso que por ti sentía. Tu recuerdo me

persigue como una sombra.—Ninfa Eco, Coronel.

Mi ideal sería cambiar correspondencia con Américo V., de La Unión. Tengo 19 años, buena presencia.—Telma Elzami, Correo, Llanquihue.

Mi ideal lo llena el joven Recabarren, rubio, delgado, ojos azules. Vive en Castro, cerca Blanco. Pasa todos los días por mi casa. Quiero que sepa que hay quien lo ama locamente. Soy joven y quiero ser correspondida.—Alina del Canto, Correo Central.

Para Chelita P., Barros Arana 464.—No sea tan ingrata conmigo. Conteste a Rodolfo Valentín, Concepción.

Desearía conocer señorita de 20 a 25, que aspire a formar hogar. Fines serios. Yo, 25, trigueño. Exijo foto. Si alguna lectora se interesa, dirijase a Mina Teniente C., Rancagua, Luis E. O.

Deseo que lleguen estas líneas hasta el joven A. González F., que vive en Huérfanos 2832. ¿Por qué no contestaste mi última carta? ¿Te enojaste por la prueba?—Mocosita, Chillán.

Dos inseparables amiguitas de 16, una morena y otra rubia, desean conocer jóvenes altos y rubios, de 17 a 18, fieles al amor. Envíen foto. Correo, Collipulli, a Pola Negri y Anita Page.

Para Almita Afligida.—Soy profesional, 28, reúno condiciones que exige. Contestar a Carnet 013713, Correo, Potrerillos. Envíe foto y nombre; no firme con pseudónimo.

Somos dos hermanas, familia honorable, educadas. Una, 20, desea correspondencia, fines serios, con inglés, 28 a 35, serio, nobles sentimientos. La segunda, 15, desea correspondencia joven 18 a 22.—Gabriela y Adriana A. Correo, Oficina Chacabuco.

Para M. G.—Creo podemos llegar pronto fin propuesto. Garantizo seriedad. Es usted mi ideal. Tengo 22 años. Envíe dirección a Oficial de Marina.

Señorita Irma Rivera.—Por sus amigas que me ayudan a recordarla, sé que está en Chillán. ¿Permanece cruel? Al leer «Para Todos», he visto otra víctima de amor por usted.—Hodges.

Argentina, lejos de mi patria, busco la amistad de un alma sincera, culta y distinguida, de mi sexo.—Contestar, Aura, Correo, Puerto Montt.

Niña regular edad, se ofrece para dueña de casa del que la corresponda en su amistad. Es sola, hermosura regular, muy honesta. Modista.—Carolina Díaz, 3 Oriente, esquina 4 Sur, Talca.

Hace poco tiempo estuve en Magallanes, donde creo haber encontrado mi ideal en la señorita empleada en el Correo, de físico agradable, vestida de negro, muy simpática.

SOLO UNAS GOTAS...

LE SANCY
COLONIAS

son suficientes para una «toilette» hecha con gusto.

\$ 2.—, 5.—, 6.—, 8.—

Soy marino y creo poder hacer feliz a cualquiera mujer. Le ruego conteste a M. C. G., Destructor Aldea, Coquimbo.

Joven estudiante, 18 años, alegre, sin vicios, desea correspondencia con señorita de 15 a 18. Indispensable foto. Más datos, dirigirse a Raúl Rojas G. Copiapó, Correo.

Joven simpático, moreno, regular estatura, buena figura, deportista, desea correspondencia con señorita de 15 a 18, descendiente de extranjeros. Dirigirse Correo, Ovalle, Rafael Dellling.

Mi único ideal eres tú, Hildita. Os ruego contestar a quien os ama en silencio. De su respuesta depende mi felicidad.—Pobre Obreiro, Potrerillos.

Alma Afligida, creo reunir las condiciones que usted exige. Persigo sus mismos fines. Soy trabajador y sin vicios, amante del hogar. Contesté por carta y envíe foto cuerpo entero, que devolveré si no nos comprendemos. Seriedad y reserva. Ruego no firme con pseudónimo. E. B. O., Oficina Pedro de Valdivia.

Para Myrna («Para Todos» 7 de julio).—Sírvese dar dirección por revista.—A. F. S.

Desearía mantener correspondencia con P. Sánchez, que conocí en Victoria, en 1929. En 1930 cursó VI en la Escuela de Profesores Primarios de Chillán. Si no le soy tan indiferente, conteste a Yolanda Gutiérrez, Correo 11, Providencia, Santiago.

Para las almas del sexo débil que quieran conocer muchachos de Concepción al sur.—Diríjanse a M. C. R. y J. V., Talcahuano, Correo 3.

Dos mellizas de 18, morenas, ojos claros, que no han amado, desean conocer jóvenes simpáticos, buena familia. Se prefieren al-

tos y morenos. Enviar foto. — Mary y Any Ibáñez. Gorbea.

Joven educado, fines serios, estatura regular, moreno, ojos verdes, desea amistad con lectorcita.—José A. M., Chuquicamata.

Señora de 50, buena presencia y salud, cariñosa, culta, desea conocer señor noble, de edad avanzada, con porvenir.—Soledad Moreno, Correo Central.

Joven de una fealdad que lo aísla en su desdicha, desea conocer señorita sencilla, morena y comprensible.—Carnet 11359, Correo 2, Valparaíso.

Mi ideal es un simpático inspectorcito de Portezuelo, de iniciales J. L. C. Si su corazón está libre, le ruego contestar a Correo, Nipás, Adelaida Cancinos.

Mi ideal es el teniente C. P., de Coelemu. Si su corazón está libre, le ruego contestar a Melida Nagel, Correo, Nipás.

Joven español de 18, serio, ojos verdes, desea correspondencia con señorita de cualquier edad, ojalá morena. Agradeceré foto. Carnet 65790. Correo, Parral.

Desde que la conocí en S. T. he pensado que es usted mi ideal. ¿Por qué, Olguita S., no me corresponde con una mirada?—Villaalegrino ilusionado.

Señorita independiente, alta, buen cuerpo, muy simpática, morena, desea amistad seria con caballero honorable, educado, buena situación, 30 a 40. Correo 2.—Negrita Chavelona.

Para Increíble.—Creo reunir cualidades que usted desea, buena familia, educada, hacendosa, humilde, morena, simpática. Chillán, Casilla 55 E. E.

Dos rubias simpáticas, bonito cuerpo, 16 años, educadas, fortuna, desean amistad con jovencitos de 18 o 19, altos, rubios. Correo, Collipulli.—Billie y Dorothy Gorigoytia.

Parabolano: ¿Tienes fe? Confía en la sinceridad de quien te dará un bálsamo para curar esa herida de muerte.—Samaritana.

Para C. F. H.—Charles: el amor en tus labios vino un día a cantarme, pero pronto te fuiste. Yo te amé. ¿Deseas consolar a un corazón que sufre? Soy la chica a quien varias veces prestó sus anteojos.

Deseo amistad con joven mayor de 20, serio, educado, con alto concepto de la mujer. Yo, morenita, agraciada, amante del cine y la danza.—Amina Arrau. Correo, Curanilahue.

Anhelo encontrar amigo nortino mayor de 25, profesional, alto, feo, cariñoso, buenos sentimientos. Yo rubia, 23, cariñosa, sencilla, educada, no fea.—Tatiana Arrau. Correo, Curanilahue.

A Margot, Mulchén. Creo tener las cualidades necesarias para cuidar de usted. Tengo dieciocho años. Si desea mayores datos conteste por esta revista dándome nombre y dirección. Nenete, Penco.

A Ana Masinovna V., Malvoa. ¿Dónde se encuentra usted? Contesté a su llamado y la carta ha vuelto por falta de dirección. Aun abrigo la esperanza de su amistad. ¿Por qué me interesas, gentil desconocida? A. M. Y., Casilla 82, Corbea.

Chiquilla estudiante, simpática, buena familia, desea correspondencia con joven de iguales condiciones, ojalá marinero. Correo Talca, Julieta Contreras Fuentes.

De tantos lectores que cuenta esta revista, ¿no habrá alguno que se digne aceptar

SU NINO TIENE RAZON

rehusando tomar tan repugnante medicamento como lo es el aceite de hígado de bacalao, cuando existe la

PANGADUINE

M. R.

que bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos de dicho aceite.

DOS FORMAS:
Elixir
Granulado

de venta en todas
las farmacias.



¡¡¡Qué fastidio!!!

¡¡¡Cómo tose....!!! Debiera tener más consideración con sus compañeros y cuidarse ese mal resfriado, con el único remedio rápido, eficaz e insuperable que existe: es decir con.....

CRESIVAL

(M.R. — Solución de sulforesinato de calcio al 34%)

Sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao. A base de: Extracto de Hígado de Bacalao; Glicerina; Jarabe de grosellas y vino de Oporto.

tar la amistad sincera, franca, leal, de una joven sencilla y buena? Quiero sea moreno, ojos verdes, trabajador, buena presencia. Prefiero Lota o Coronel. Sombra que llora, Correo Coronel.

Su felicidad, su fortuna, un buen hogar y un gran cariño, la esperan a usted si reúne las siguientes cualidades: 35 a 38 años, morena, simpática, alta, buen cuerpo, que pueda llevar con elegancia el lujo que su marido pueda darle, leal compañera, honesta, honrada, conducta irreprochable. Sirvase mandar pequeña foto y dirección a Jota-cé, Temuco.

Para Eva L. Smyth: Sirvase escribir en español, no se aceptará más correspondencia en idioma extranjero.

Joven sin vicios, nobles sentimientos, del mejor carácter, busca señorita simpática, buena situación. Fines matrimoniales. Correo 2, Valparaíso, José Fradua.

Caballero de 36 desea correspondencia con señorita de Quillota de más de 25 años. Absoluta discreción. Carnet 4169, Valparaíso.

Rubia, alta, delgada, cariñosa, buena, desea encontrar joven nobles sentimientos, de 20 a 26 años, con quien poder formar hogar feliz. Maria Cienfuego, San Clemente.

Soy morena, regular, pobre y huérfana. Me encuentro sola en este pueblo. ¿No habrá entre los lectorcitos uno que me ayude a compartir mi soledad? Ojalá alto, moreno, ojos verdes. Correo Tomé. Pecadillo juventud.

¡Lector! ¿Quieres ser mi amigo espiritual? Si sufres penalidades o sinsabores de la vida, te ayudaré a mitigarlas para que te sean más llevaderas. Si desees mi amistad contesta al Consultorio a Flor de las Nieves.

Corazón de Cristal, si soy yo el aludido puede comenzar su correspondencia cuando lo desee. Dirijase a Casilla 6, Puerto Montt, Ricardo R.

Deseo correspondencia con joven de 20 a 22, capaz de amar sinceramente. Yo, morena, ojos negros, alta, capaz de amar con sinceridad y de corazón. Más datos por carta. Melek Regnier, Correo Villa Alegre.

Señorita 35, honorable, seria, educada, buena situación, desea correspondencia fines serios con soltero o viudo, 40 a 50. Rebeca Correa, Teno.

Para Petite. Creo reunir condiciones pedidas. Extranjero, Casilla 4373, Valparaíso.

Mi ideal es Armando Brugnoli, que trabaja en el Banco Italiano. Por revista a Irresistible Noche Oscura.

Desde que conocí a Rodolfo N. me gustó y parece que no le fui indiferente. Sé que tiene amiga que ya se llama mi rival. Por revista a Flor del Valle.

Nuestros ideales son Atilio y Guillermo B., que viven en Román Díaz 286. Por la revista a Dos Hermanas.

Desearía tener correspondencia con mi viejo amigo Salvador Nacur A. Por la revista a Genoveva.

Me muero por el Director de la Escuela Agrícola de San Felipe, pero no me lleva de apunte, aunque no soy nada mal parecida. Conteste por favor a Claro de Luna.

¿Habrá entre los lectores joven que quiera mantener correspondencia espiritual y sincera? Ha de ser de buena familia y de 24 a 28 años. Por la revista a Alma Rústica.

Por intermedio de esta revista reciba mi más sincera admiración la simpática señorita Margarita R., que trabaja en la Botica "El Indio", de Talcahuano, cuya bondad, amabilidad y carácter me cautivan. Uno de sus tantos admiradores.

René Castillo M. Siempre te sigo amando y te recuerdo, aunque sé que tienes amada. Diáfana Canasle.

H. Hedlefs. Freire. Una morena de 22 acepta correspondencia con usted. Más datos por correspondencia a Correo Quillota, Flor del Valle. Indispensable foto.

Joven 19 desea correspondencia con señorita familia honorable, no mayor de 19. S. Piazevic, Villa Alemana.

Una gentil muchacha de ojos negros y esbeltez sin igual, desea correspondencia con simpático hacendado. Lisandro Araneda A., Luty Saing, Correo Concepción.

Para Tímido: Encontrando en usted mi ideal, le ruego me escriba. Tengo 15 años. R. R. R., Lautaro.

Joven obrero, 25 años, busca amiguita obrera. Yo físico pasable. Agradeceré foto. P. Gallardo F., Correo 15, Casilla 244.

Para C. H. P., Carnet 4463. Retire carta Correo Americano. Chuquicamata. Nena.

Ruego a Moisés Ramírez P., que vivía o vive en Chincolco, se digne enviarme dirección. Dos cartas se extraviaron en el Correo. Te escribí a Santiago y ya no vivías ahí. Estoy desesperada por saber de ti. Escribe a I. B. P., Correo Concepción.

Desearía conocer joven extranjero 25 a 30, modales serios, buenos sentimientos y que anhele hogar lleno de franqueza y lealtad. Yo 22, bien educada, moral sana, buena dueña de casa, familia pobre. Reserva y seriedad. Mariana Fernández G., Correo 13, Santiago.

A un muchacho que se encuentre sólo,

el sueño es la salud



El que duerme bien goza de buena salud, no deje pues que el sueño huya si no quiere perder la tranquilidad.

Cualquiera que sea la causa de su insomnio: preocupaciones, pesares, mala digestión, neurastenia, nervosidad, recuperará su sueño apacible y reparador tomando todas las noches:

PANVALERASE

Cápsulas o solución a base de: Valeriana fresca, Brom. Albumosa y Extr. completo cannabis indica.

Producto absolutamente inofensivo a pesar de su gran actividad, aun en altas dosis.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIERE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas 1352
SANTIAGO



JAZ



MODELOS CLÁSICOS
Niquelados - Esmaltados
Chromes
Desde \$ 25



MODELOS DE LUJO

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION

triste y desalentado, le ofrece su amistad chiquilla buena. Maria Eliana, Correo Quilpué.

Mi ideal lo constituye el joven Juan Varas Briones. Una vez lo vi pasar por San Pablo. Si sus bellos ojos leen esta encuesta, ruego conteste a Estrella de Venus, Sewell.

Deseo conocer joven empleado 20 a 21 años, serio, fiel y cariñoso. Yo morena, simpática, seria, oficinista, 17 años. Enviar foto. Correo Principal, Rayito de Sol.

Desearia amistad con señorita santiaguina, rubia, simpática, 16 a 18, familia decente. Yo moreno, feo, 17 años. Agradeceré foto, que será devuelta en caso de no agrada. R. R. C., Valparaíso, Bustamante 89.

Solicito correspondencia con señorita liberal y sincera, simpática, fuerte, de carácter, comprensible, familia acomodada, buena dueña de casa por lo que pudiera suceder. Yo 20 años, con las mismas condiciones del ideal que solicito, a excepción de simpatía. Indispensable de Valparaíso, menor que yo. Garantizo pago al contado en amor y cariño sincero. Dirijase a Monarch, Correo Principal, Valparaíso.

Joven 17, desea correspondencia con señorita de 14 a 17, seria y simpática. Orlando Silva, Correo Mina, Sewell.

Olga Barros M., Correo 5, Santiago, desea correspondencia con teniente de aviación o alférez Escuela Militar, moreno, regular estatura.

Dos inseparables amigas, Ruth Matus, morena, 16, y Gloria Tibett, rubia, de 15, desean correspondencia con jóvenes serios y educados. Prefieren marinos. Indispensable foto. Correo Concepción.

¿Quién dijo yo? Somos cinco simpáticas chillanejas que deseamos correspondencia con cinco simpáticos que sepan amar de verdad. Nosotras no hemos amado nunca. B., more-

na, 20; P., morena, 22; D., morena, 18; J., 19, rubia; A., 19, morena. Los interesados dirijanse a Aida Olave Torres, Chillán.

Joven flojo para escribir busca chiquilla que le quite esta mala costumbre. Prefiero de Concepción al Sur y no muy exigente. Si alguna lectorcita es capaz de este sacrificio, conteste a Motociclista, Carnet 4361, Correo Principal, Valparaíso.

Cansada de la soledad, desearia encontrar amigo que endulzara la monotonía de mi vida. Sólo exijo un corazón compasivo. Contestar a Wilmy Leyton, Correo 13, Santiago.

Para Leopoldo Uribe: dirija carta a Perfume de Rosas, Correo Sewell.

Señorita familia honorable, seria, excelente dueña de casa, desea conocer joven 28 a 35, buena presencia. Fines matrimoniales. Gabriela Echeverría, Correo 3, Santiago.

Para Eddie D'Eggeniere: Dudo del amor. ¿Acepta un alma que sólo puede dar sinceridad? Seré su amiga. R. García, Correo, Valdivia.

Deseo correspondencia con jovencito 20 a 25, profesional, físico regular, alma comprensiva, corazón cariñoso. Margaret Droghetty, Negrete, Prov. Bio-Bío.

Marinero 21 años desea amistad con señorita 15 a 20. Omar Augusto, Vapor "Don Alberto", Lota.

Deseo amistad con joven serio, 23 a 30, extranjero. Yo morena, de 20, estatura regular. Ena Moreno, Correo 3, Valparaíso.

A Eddie D'Eggeniere. Soy un alma de mujer joven y amante que quiere vibrar con la suya. Eliana Albornoz, Correo Central, Santiago.

Duke R. Lee, joven militar que cree no valer nada, desea conocer madrina de gue-

rra. Si alguna jovencita se compadece de este milico abandonado, conteste a Casilla 120, Valparaíso.

Joven profesional, esbelto cuerpo, desea relaciones con señorita de 25, fines serios. Dirigirse Moto Nave Toltero, Trompifay.

Si eres hombre de inteligencia cultivada y noble corazón y quieres tener relaciones espirituales con una chica que cree reunir buenas condiciones, escribe a Olga Valdés B., Correo 3, Valparaíso.

Para algún guardiamarina alegre, optimista, cariñoso, cualquier físico, sincero, respetuoso. Pedir datos, Correo 1, Valparaíso. Glorio Stevenson.

Soy escéptica, soñadora a veces, otras, chica modernista que ama el aire libre y las lecturas instructivas y el cambio de opiniones con personas que lo merezcan. Hahn Valdés B., Correo J., Valparaíso.

Deseo correspondencia con señorita de 22 a 28, ojalá morena, regular cuerpo. Yo moreno 26. Si alguna lectorcita quiere hacerme feliz, escriba a J. Muñoz N., Correo, Potrerillos, La Mina.

El destino adverso me ha privado de la felicidad de encontrar un amor. Ofrezco mi corazón franco y mis nobles sentimientos a campesinita de 20 a 25, ojos soñadores, hermosas cualidades. Fines serios, Rancagua, Sewell, Caballero de Argent.

Para L. Tapia, de Talcahuano. Eres y serás mi ideal. ¿Te acuerdas de la Chalú? Si tu corazón está libre contesta a Rozas 910, Concepción.

Deseo amigo extranjero, alto, rubio, 40 a 48, trabajador, serio, sincero, dispuesto a corresponder con fines serios a morena buen cuerpo, 34 años, profesional, de su hogar, algo simpática. Mary R. M., Correo Central.

ANTI-REUMÁTICO ANALGÉSICO SEDANTE

**NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO**
Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE^{M.R.}

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
Farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas



la Siroline "ROCHE"

M.R.

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

**Catarros
Resfriados
Bronquitis**

**Tos
Asma**

Precave la **Tuberculosis.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiocel-Codeína



¡RÍASE!

y si usted tiene dientes blancos, limpios y pulidos, el mundo reirá con usted.

Salve su dentadura de esa desagradable capa gelatinosa que la afea tanto. Evite las caries. Use Pasta Dentífrica EUTIMOL—dos veces al día—conservé su dentadura completa y fuerte... su boca sana y atrayente. EUTIMOL es mortal para los gérmenes de las caries dentales—los mata en 30 segundos.

PASTA DENTÍFRICA
EUTIMOL
M. R.
PARKE-DAVIS

FÓRMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar,
Jabón,
Raíz de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cia., (Depto. 101) Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre

Dirección

Ciudad Provincia



El tubo con el tapón imperdible

Para Florcita de Almendro. Le ofrezco mi amistad sincera. Conteste por carta a Carnet 27286, Estación Rauquén.

Mi ideal soñado es una chiquilla de Polpaico. Si por estas líneas se da cuenta que tiene un fiel admirador, conteste a Napoleón.

Mi ideal es el estudiante de Concepción E. Riutort. Quisiera saber si ha olvidado a una personita llamada Anita. Si es inolvidable no he dicho nada. Responda por la revista. Ojos Verdes.

Mi ideal es la simpática nenita que está siempre en el Mercado Modelo, en el puesto de revistas de la señorita Jara. Tiene unas lindas tapaduras de oro que la hacen más simpática. A. M. Vargas, Correo Central, Temuco.

Deseo amistad sincera con joven de 24 a 29, educado, atento, cariñoso. Ojalá alemán, que no tenga ojos verdes. Detalles por carta. A. S. M., Correo Viña del Mar.

Contestando a Iris Latorre, Correo El Monte. Creo reunir las condiciones que exige. Contestar por encuesta a Nortino.

Samaritana, Correo La Cruz, se ofrece para curar herida a Parabolano, por encontrarse en estado de alma análogo a la suya.

Me encantaría tener correspondencia con suboficial de ejército o carabineros. Constituyen mi ideal. Prefiero alto. Contestar por la revista a Bruny.

Morena fea, de corazón sincero, desea correspondencia con joven simpático 20 a 25. Ojalá foto. Correo Coronel, Incógnita.

Joven serenense, estudiante escuela industrial, 18 años, moreno, desea correspondencia con lectorcita instruida, simpática, de corazón noble y sincero. Charles.

Joven 18, buena familia, desea correspondencia con señorita seria, educada, de 17 a 19, buen físico. Correo El Monte, S. M. G.

G. M. E., Casilla 16, Valparaíso. Desea mantener correspondencia con jovencita 17 a 18, se prefiere de Talca. Dirigir correspondencia a Valparaíso.

Viejita Inexperta: Asegúrole reunir condiciones exigidas. Admiro sus bellas cualidades. No rico pero independiente, alto, 30 años, trabajador, Carnet 4383, Copiapó.

U N B U E N D U L C E

Buñuelos de crema.—Ingredientes: 30 gramos de mantequilla o margarina; un poco de azúcar; media copa de agua; 45 gramos de harina; un huevo; esencia de vainilla o de almendra.

La manteca se derrite en un cacharro y se añaden el agua y el azúcar haciéndolos cocer bien. Se añade la harina y se mueve con fuerza, teniéndola al fuego mientras se mueva durante diez minutos. Se separa de la lumbre y cuando está frío se añade el huevo y se bate; después se añade la esencia.

Para hacer los buñuelos se pone una cucharada de la masa encima de un papel engrasado teniéndolo en el horno con calor regular, durante veinte minu-

tos, cuidando de que no se tueste. Se quita del horno y deja enfriar.

En cada buñuelo se hace un agujero pequeño y se llenan de crema o de chantilly. Si se quiere se pueden cubrir con crema de café, dejándolos hasta que se solidifique.

Si los buñuelos se cubren con crema de café se espolvorean con azúcar en polvo.

Para la crema batida se emplean una copa de nata, media cucharadita de azúcar y un poco de vainilla. Se bate bien hasta que se pone espesa.

Se ha comprobado prácticamente que los ingredientes de todas las recetas que

se publican están exactamente calculadas.

Un célebre médico ha experimentado que el tiempo que necesita una persona para digerir el arroz cocido es una hora; para los garbanzos, dos horas cuarenta minutos; para la pesca, dos; para el pan seco, dos; para el caliente tres; para la col cocida cuatro; para las ostras, dos y media; para el salmón, cuatro; para las chuletas de venado una y media; para las de carnero, tres; para las de vaca o ternera, tres; para el puerco asado, cinco y cuarto; para el huevo crudo, dos; para el huevo cocido, ocho y para el huevo cocido duro, tres y media.

¡Para los Niños, lo Mejor!

Y lo mejor es



20 Cts.

Que les proporciona todos los viernes cuentos elegidos cuidadosamente, y presentados en forma irreprochable, con ilustraciones en colores.

QUE SU NIÑO LEA

mamita
M. R.

Soy optimista, me agrada el deporte, los paseos y el cine. Soy bajo, moreno, 27 años. Deseo casarme con mujercita alegre, trabajadora, buena dueña de casa, simpática, cariñosa, hasta 27 años. José Calderón, Gorbea 2517, Santiago.

Con ansias anhelo el cariño de un señor que conocí en una comisión de identificación. Se llama E. San Martín y reside en Chillán. Por revista a Flor del Campo.

A Increíble pero Cierto. Una afortunada que reúne las cualidades por usted exigidas le ofrece su corazón sin dueño, que aún no conoce la dicha de amar y ser amada. Por la revista dando nombre y dirección a Yo Para Ti.

Contestando a Parabolano. Una Samaritana de 19 y no mal parecida, garantiza curar a Parabolano pidiéndole en recompensa solamente el corazón. Contestar por la revista enviando dirección y pormenores a La Mujer de Nadie.

Si Nenita Rubia es tan bondadosa, le suplico remita pronto datos completos de su interesante personita a A. L., Casilla 43, Copiapó.



Los accesorios forman parte de la moda y de su éxito, que, no por ser efímero, no es por eso menos vivo.

Paraguas con mango de cristal.

El echarpe independiente en tafetán escocés, que la mujer lleva de preferencia con el traje sastre liso.

Echarpe fijo, en georgette blanco, sobre traje azul marino, negro o rojo.

Traje para niño, tejido a mano, rojo, con cierre eclair.

Collares, echarpes, guantes, sacos, joyas, pañuelos, cinturones, son los detalles que nos cautivan.

Sweater en tejido verde absintio, con cierre eclair.

Guantes de suecia azul pálido, con cierre eclair.

BIBLIOTECA ZIG-ZAG

UN AÑO

26 numeros



NUMEROS ANIVERSARIO

27 y 28

"El Ideal de un Calavera"

A. BLEST GANA





LA NEURINASE

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE
contra : Insomnio, Neurastenia, Neuralgias,
Lasitud, Ideas negras, Contracciones ner-
viosas, Trastornos de la edad critica,
Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATORIO GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadere, PARIS
RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



a base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalonilurea pura.

(Continuación de la página 5)

LO INVISIBLE

Pa dir a la mi casa y porque el azagador estaba engua-
chinao, acerté a entrar en el pueblo por el lao de la ermita,
que era donde dan las traseras de en ca del secretario.

La ventana del doblao estaba abierta; debajo habian de-
jao un carro vacío.

Yo me sabia la casa de mi amo lo mesmo que la mía; en
aquel doblao estaba el cuarto de la moza. Me entró un mal
pensamiento.

Y los pensamientos malos se agarran al sentio como los
perros de ganao a la res que quiere esmanearse, aunque sea
mala comparanza.

Quise dirme a mi casa y ya no pude; comencé a gatear
por las ruedas y los varaes del carro, me agarré al quícial
de la ventana y me puse a horcajadas en el alto.

Misté, el corazón me daba golpetazos, debía de estar des-
colorio. Una nube me tapó la luna y el doblao se puso obscuro
como boca de lobo.

Me escolgué drento de la casa, pasito a paso escomencé
a andar a tientas, conteniendo el resuello; calreaba, no sé si
del miedo o de las ansias; braceando en lo escuro, tropecé con
una mano extendia, tiesa, fria como la de un muerto, y me
quedé rehilando; en el interin se descorrieron las nubes, alum-
brando con toda claridad la luna, y delante de mí, mirándome
con sus ojos de cristal, estaba Cristo, el Cristo de la er-
mita el Ecehomo, con su boca cetrina medio abierta, como si
me estuviera regañando. No he tenio nunca tanto miedo, y
eso que las he pasao negras en mi vida. Se me figuró que ha-
bía llegao mi última hora, y tiritando como si estuviera ata-
cao de pelresía, y dando tropezones, me subí a la ventana;
golvi la vista: entodavía el Ecehomo estaba fijo en mí, y yo
no sé: perdí pie, se me figuró que el mundo se rehundía de-
bajo de mi cuerpo, extendí los brazos queriendo agarrarme
al aire mesmo sentí como si me pegaran un cachavazo en lo
alto de los sesos y...

Cuando golvi al sentio, me encontré en la mi cama; mi
madre estaba sentá en el arcón del cuarto, y andando de
puntillas trajinaba mi mujer en la cocina.

Estaba como atontado; cuando me fui despabilando, me
vino al pensamiento las acciones de aquella noche; me acor-
dé del Cristo y me golvieron los rehilos. Mi madre alumbró
mi sentio.

Un vecino me había encontrao aquella madrugada en la
calle, tendió en el suelo y con amago de tabardillo que me
había tenio privao aquellas horas... y mi madre me habló
del nublao, un nublao malo que había arrasao la cosecha,
tumbao los trigos, enguachinando los quiñones, arrastran-
do los haces de cebá que teníamos segá en las tierras, es-
trozando las albarras de los prados y hundiendo la metá del
tejaio de la ermita, por lo que tuvieron que llevarse de pri-
sa y corriendo al Santísimo Cristo al doblao del secretario pa-
ra que no ocurriera una desgracia.

Esa era la fija ¡"una desgracia"! Mi madre no sabía lo
que querían decir las sus palabras, "para que no ocurriera
una desgracia"; pa eso habían llevao al Cristo al doblao
del secretario, para que una pobre mujer no perdiera la su
honra, ni un hombre, que hasta entonces había sido bueno, no
se viera encerrao en un presidio".

ANGEL MENAYO PORTALES



Canas

Experimente con
"La Carmela"

Si sus cabellos empiezan a en-
canecer y desea devolverles su
primitivo color, experimente con
"LA CARMELA"

Si ya empleó otros productos con
resultados negativos o recurre a
tinturas siempre perjudiciales,
abandónelas y experimente con
"LA CARMELA".

El Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA" se usa como
loción en el momento de pei-
narse, no ensucia la piel ni la
ropa, extirpa completamente la
caspa y evita la caída del cabello.

En venta en todas las Droguerías,
Farmacias y Perfumerías del país.

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.

Suc. de DAUBE & Cía.

Valparaiso-Santiago-Concepción-Antofagasta

Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA"

EL VIRAGE

Juan Boch había enviado la noche anterior una carta al garage, para que vinieran a buscar el coche destrozado.

Por medio del mismo billete, había hecho saber a María que no quería que ella se molestase ni procurara saber mayores datos, hasta que él mismo la autorizara.

Al día siguiente, cuando Pedro Verú estuvo transportable, Juan pidió al profesor Brosset que lo hiciera admitir en una clínica de Nantes.

Y se instaló a la cabecera de Pedro.

Cuando Pedro, a la mañana siguiente, se encontró en estado de oír a Juan, Juan le había dicho:

vemente en la espalda con la mano derecha. Tendrá dos o tres erupciones, que le permitirán arrojar el aire indeseable, impidiendo la aerofagia y en seguida, podrá seguir mamando o digerir en paz.

Algunas precauciones higiénicas que consisten en lavar los senos con agua hervida tibia, antes de la tetada, no son observados con puntualidad, a pesar de la enorme utilidad que reportan. Igualmente, después de la tetada, es conveniente cubrir los pezones con un algodón muy limpio, sujeto por un sostén muy suelto, que impedirá que los senos se rocen y lastimen con la ropa.

Cuidados que es preciso proporcionar a los senos.—Durante las últimas semanas del embarazo, hay que aplicar sobre los senos, pomadas dulcificantes y lavarlos con alcohol muy diluido. Evitaréis así accidentes dolorosos, porque la epidermis que cubre los senos, es delgada y frágil y es preciso aplicarse a

(Continuación de la página 8)

ALREDEDOR DE LA CUNA

endurecerla, para volverla menos sensible.

Por lo que toca a la lactancia mixta que consiste en ayudarse del biberón conservando el beneficio de algunas tetadas cada día, es preciso conservar una escrupulosa limpieza en lo que al biberón se refiere y velar por la pureza de la leche.

El biberón.—El biberón debe ser fácil de limpiar. Debe poseer una boca bastante ancha para que pueda ser limpiada por dentro, por medio de una escobillita, y debe poseer los bordes redondos. La goma por donde el niño mama, debe ser de buena clase para que resista cada vez la ebullición sin resquebrarse. No es necesario perforar demasiado su extremidad, porque el niño tomaría

—Es preciso que te haga una confesión, Pedro. Tengo que pedirte perdón. Lo supe todo: lo tuyo y lo de María. Quise asesinarte y suicidarme... Si no hubiera ocurrido el accidente antes... lo hubiéramos tenido dos o tres minutos más tarde en el gran virage de Blins...

Pedro se apoderó de las manos de su amigo, de su patrón y amigo.

Con voz suplicante, protestó:

—Cállate, Juan, cállate. ¡No me pidas perdón! Soy yo, nosotros, lo que tenemos que hacernos perdonar... ¡Nosotros, sí, ella y yo!

Juan Boch no ha vuelto a ver jamás a María. Pero la ha visto una sola vez, un mes más tarde, para la explicación.

Y como todo el mundo, María Trichart no ha conocido, no conoce todavía, sino una única versión del drama: el accidente.

MAX FISCHER.

demasiado al mismo tiempo. Inmediatamente que se abre demasiado el extremo de la goma, es preciso cambiarla por una nueva.

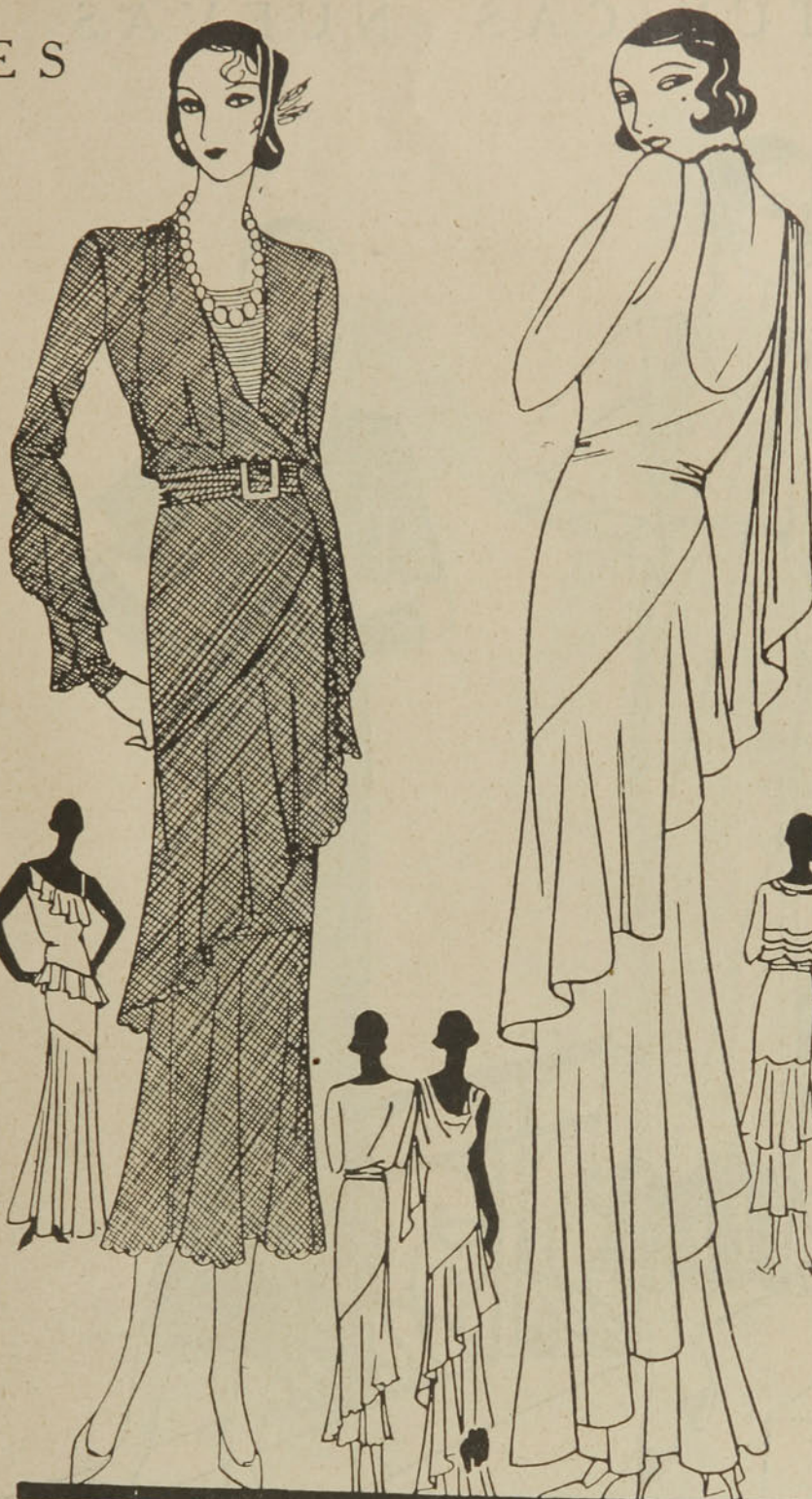
Es mejor dar el seno en cada tetada y completarla con el biberón. Resulta mucho más sano que suspender o cambiar por el biberón, una tetada completa. Además de este modo, la leche de la madre tiene menos probabilidades de disminuir.

Después de cada comida, retirar la goma y lavarla muy cuidadosamente, lo mismo que el frasco, interior y exteriormente con una brocha muy limpia y agua caliente, de preferencia hervida o adicionada con soda. Hacer en seguida, hervir frasco y goma en agua y dejarlos en esta misma agua, ligeramente borica hasta la próxima tetada.

Volveremos sobre este mismo asunto muy serio del amamantamiento mixto en nuestro próximo artículo.



VOLANTES

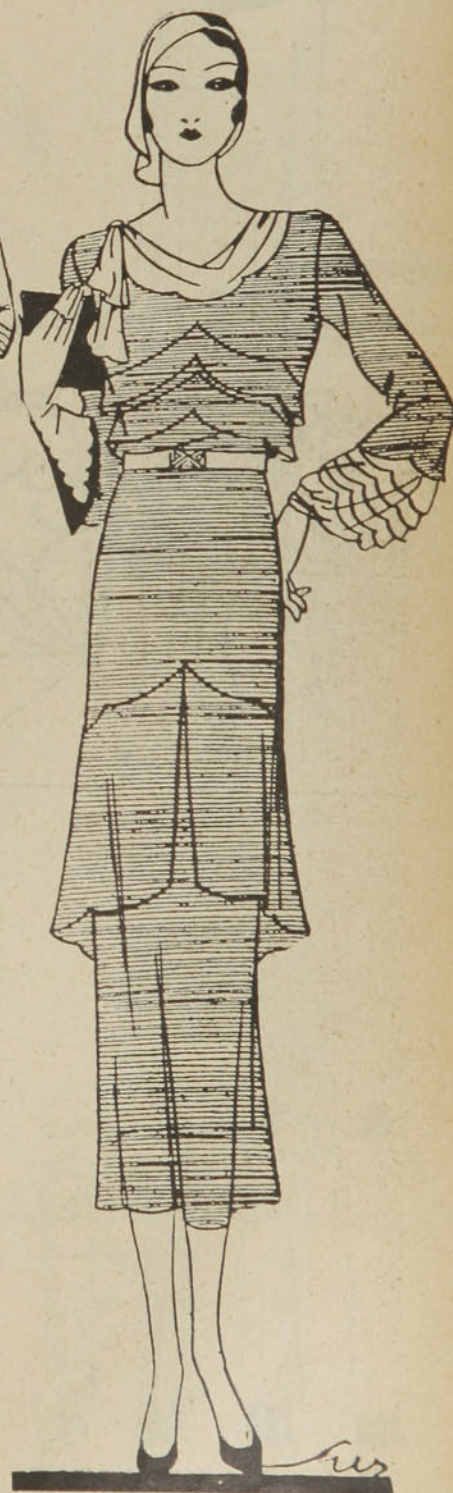


Traje de noche en crepe violeta, marcando el talle, con recortes en diagonal, oprimiendo las caderas. Un volante en forma subraya, el escote que sigue el movimiento del recorte. 5 m. en 1 m.

Para la tarde, traje de crepe de china rojo obscuro, con un volante y godets a la mitad de la falda, y pequeños volantes dibujando un doble bolero en la blusa. Cuello y puños en georgette griego. Cinturón griego con hebilla de strass. 4 m. 75, en 1 m.

De marrocaïne de seda verde obscuro, este traje de tarde, tiene una falda con un volante, dentado que rodea las caderas. La blusa con revés único y volante dentado en las mangas, se abre sobre un plastrón plegado en crepe marfil. Cinturón drapeado con hebillas de nácar. 5 m. 50, en 1 m.

Elegante traje de noche, en crepe satin marfil con ligero drapeado en el talle. La falda está hecha de un volante en forma enrollado en diagonal. 6 m. 25, en 1 m.



TUNICAS NUEVAS



Sobre una falda de crepe satin negro, una túnica en crepe satin blanco, con recortes en punta abotonados en la blusa. Estrecho cinturón de tela sencillamente anudado. Crepe satin negro, 2 m. en 1 m. Crepe satin blanco 3 m. 75, en 1 m.

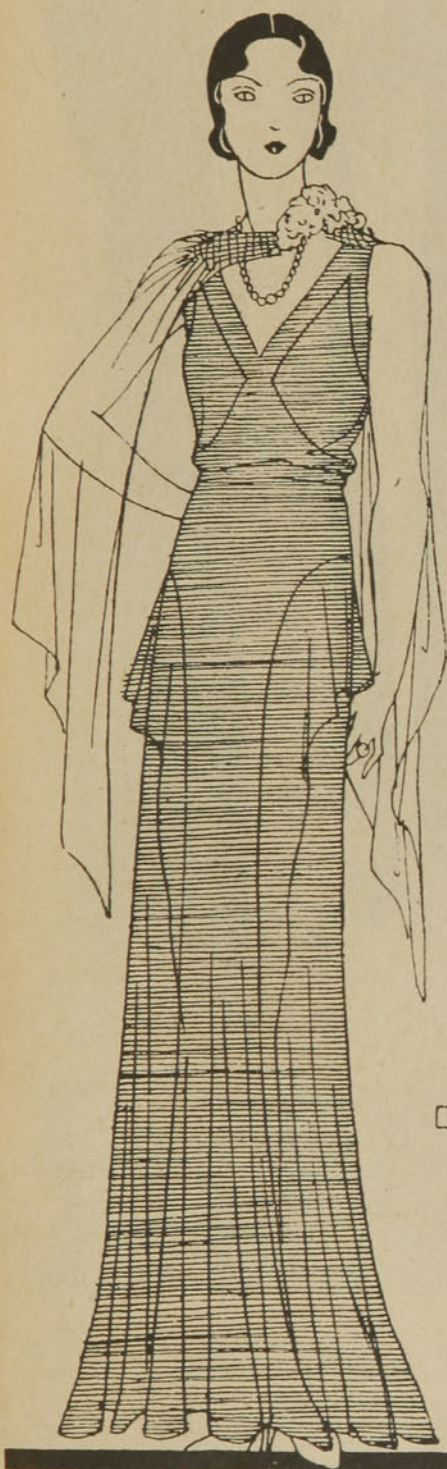
La túnica es aquí de crepe satin azul claro, sobre fondo negro. Guarnecida con recortes enrollados, unidos entre si, por deshilado al cordoncillo. El cuello se prolonga en echarpe, retenido por una hebilla en el hombro. Crepe satin negro, 2 m. en 1 m. Crepe satin blanco, 3 m. en 1 m.

La falda es de crepe marroccaine negro y la túnica de crepe marroccaine rojo, guarnecida de recortes en la blusa. Mangas muy anchas. Cinturón de la misma tela con hebilla negra. Crepe satin negro, 2 m. en 1 m. Rojo, 3 m. 50, en 1 m.

Sobre fondo de flamenga verde oscuro, una túnica de crepe blanco. Delgado cuello anudado atrás. Pieza en las caderas. Forma redonda abajo, flamenga verde, 2 m. en 1 m. Crepe blanco 4 m. 50, en 1 m.

Cler.

LOS TRAJES LARGOS PARA LA NOCHE



Traje en crepe romain, azul pálido. El corpiño está trabajado por cortes. Falda muy amplia, con adornos en forma de volantes, que bajan en la espalda hasta el suelo.



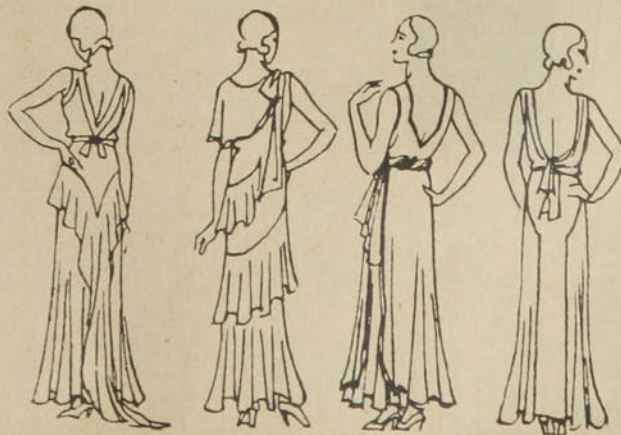
Elegante traje en satin negro, muy brillante. Volados colocados graciosamente envuelven la falda. Completan el encanto de este delicioso vestido, una capa en el mismo género, forrada en color rosa.



Vestido en muselina de seda blanca, estampada de negro, rosa y verde. Tanto los cortes como el resto del traje, van orillados en negro. Talle formado por un cinturón enrollado.



Hermoso traje de tarde, en satin violeta. Corpiño con pliegues y forrado en color rosa pálido, que apenas se deja ver adelante, pero en la espalda forma un nudo. Una flor rosa y otra violeta, terminan el cinto que forma el talle.



ABRIGOS DE COLOR CON TRAJES BLANCOS

Este abrigo de franela roja, tiene recortes muy sencillos en dos incrustaciones alargadas. Cubre un traje de franela blanca, con pliegues en los costados, y guarnecida de recortes en punta unidos por deshilados, haciendo barritas. 2 m. 50, en 1 m. 40.

Este abrigo de Ratine azul marino, es de un estilo clásico que conviene a esta tela. Vueltas con pespuntos a distancia de los bordes.

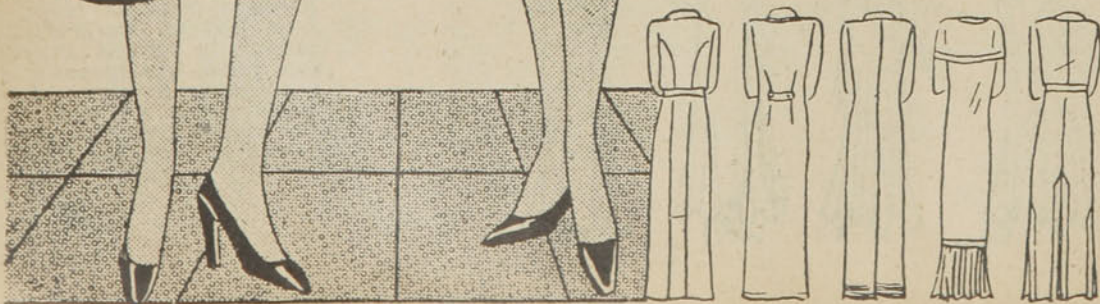


Grandes bolsillos aplicados. Estrecha martingala atrás. Botones dorados. El traje es en tela de seda blanca. 2 m. 50, en 1 m. 40.

Abriego en drapeza azul indigo, adornado con alforzas, en los puños, en el cuello, abajo y en los bolsillos. Forma recta, ajustada. El traje que lo acompaña, es de fina sarga de lana blanca, con cuello meceria y cinturón de cuero azul. Plisados en la falda. 2 m. 50, en 1 m. 40.

De grueso cheviot verde esmeralda y de shantung de seda blanca, se avencinan aquí en este ensemble, en que el abrigo sin vueltas ni cuello, va sencillamente adornado de una capa que cubre los hombros. Redondos panneaux en la falda. Escote festoneado en el traje. 2 m. 20, en 1 m. 40.

Sobre este traje de marroccaine de seda blanco con adorno de alforzas, va un abrigo de gruesa etamina de lana azul ultra mar. Pespuntos de seda en otro tono, subrayan los recortes. Pliegues ensanchan la parte baja del abrigo. 2 m. 50, en 1 m. 40.



ABRIGOS PARA LA NOCHE



El abrigo de terciopelo rojo vivo, sobre un traje todo blanco, es muy de actualidad. Más suntuosos son todavía los abrigos en lamé.

Abriguito corto de forma muy graciosa, que puede ser ejecutado en terciopelo blanco o en satén blanco. Ligeramente drapeado en el cierre. La manga corta forma capa y va ornada de nutria o de armiño. 1 m. 50, en 1 m.

De forma diferente, es este otro abrigo más largo, acinturado en la tela, muy ceñido al cuerpo. Las mangas, llevan montura raglán y van orladas de armiño. Este elegante abrigo es de terciopelo castaño, sobre un traje de romain rubio. 2 m. en 1 m.

Capa echarpe en terciopelo rojo púrpura. Va orlada de renard gris muy claro, y se anuda graciosamente en la espalda, pero también podría anudarse en los hombros o en el pecho. 1 m. en 1 m.

Muy elegante manteleta en terciopelo o satén azul pálido o blanco, sobre traje de raso negro. Las bocamangas muy anchas, forman inmensas mangas, que recuerdan los trajes japoneses. 3 m. 20, en 1 m.

Curioso paletó-capa, en terciopelo, o sobre traje de romain más oscuro. El cuello forma capita y va drapeado y anudado adelante con dos lazos. El mismo modelo sería igualmente bonito, en piel muy delgada. 1 m. 50, en 1 m.

Los abrigos de noche, tal como ahora, los concibe la moda, pueden reducirse a su más simple expresión, hasta el extremo de no tener con los abrigos propiamente dichos, sino remotos lazos de parentesco. Pero así nos gustan para el verano, y amamos las formas inesperadas, pintorescas, que ya semejan un echarpe, ya una manteleta, ya una capa. Ya estén fabricados en tela, como en esta página, ya sean hechos de pieles delgadas, caprichosas de corte. Alegremente, un costurero anunciaba una vez: "un abrigo de pieles..." que consistía en dos zorros ajustados lado a lado que cubrían la nuca y se enrollaban alrededor de los hombros y de lo alto de los brazos, formando un ilusorio, pero delicioso abrigo.

La mayor parte son en terciopelo chiffon extremadamente delgado, en satén, y en piel de ángel, que es una espesa seda mate. Se les puede hacer en los mismos colores y en la misma tela que el traje mismo, pero se prefiere en general, las oposiciones, sino en el color, al menos en las calidades de la tela, es decir, que resulta muy lindo un abrigo de satén brillante, sobre un traje de georgette mate.





Traje lindo en marrocaín de lana verde claro, guarnecido de alforzas al revés. Pliegues cruzados y aplanchados, parten de cada punta. Cinturón de charol negro pespunteado. Cuello y puños de piqué blanco. 2 m. 50, en 1 m. 40.

Falda de jersey liso beige. Blusa de jersey de fantasía cuadrículado beige y castaño, componen este deportivo modelo. Una banda lisa, pespunteada en los bordes rodea el escote. Efectos de patas pespunteadas en la falda, reteniendo un ancho pliegue. Liso, 1 m. 50, en 1 m. 40. Escocés, 1 m. 20, en 1 m. 40.

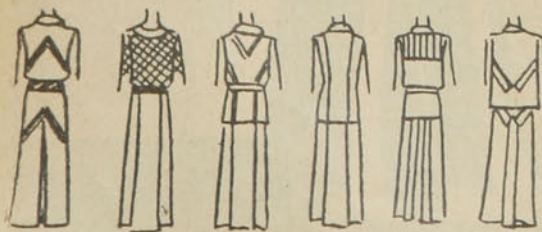
Sencillo y práctico es este traje sastre de kashá biscuit. La falda forma adelante dos gruesos pliegues. 3 m. en 1 m. 40.



Sobre una falda de franela blanca, os pondréis para el tenis esta chaqueta de franela roja, cruzada y ligeramente acinturada, por medio de un recorte que parte de los hombros y termina en los bolsillos. Franela blanca, 1 m. 50, en 1 m. 40. Roja, 1 m. 50, en 1 m. 40.

Seductor modelo de tuser o tela de seda blanca, cuyo canesú se hace con bandas aplicadas. Falda con pliegues. Pequeño cuello recto cruzado. 3 m. 10, en 1 m.

Traje de tela de lana blanca, cuyas bandas van incrustadas en la misma tela y retienen a los costados de la falda un grueso pliegue redondo. La chaquetita corta, se hace en tela azul. Traje, 2 m. 10, en 1 m. Chaqueta, 1 m. 20, en 1 m. 40.



casa. Pulgarito salió cargado con ellas y volvió a la choza de su padre, donde le recibieron con marcadas muestras de alegría.

Hay personas que no están de acuerdo respecto a esta última circunstancia y algunos pretenden que Pulgarito no cometió jamás el robo del dinero perteneciente al ogro, y que sólo se contentó con llevarse las botas para echar a correr detrás de sus hermanos. Y añaden, asegurando que lo saben de buena tinta, por haber comido varias veces en casa del leñador, que así que Pulgarito se puso las botas de siete leguas, tomó el camino de la corte, donde se hallaban en grave apuro por el éxito de una batalla que debía dar un ejército enviado a remotos países, y de cuya suerte no sabían una palabra.

Añaden esas mismas personas, que Pulgarito se presentó al rey una mañana, y le dijo que si deseaba tener noticias del ejército él podría traerlas antes de que llegase la noche. El rey le ofreció gran cantidad de dinero si cumplía su pro-

mesa, y Pulgarito fué y vino en el mismo día. Dióle fama este primer viaje y empezó a ganar dinero, pues el rey le pagaba espléndidamente sus servicios y aún muchas señorías le daban también cuanto quería porque les trajese noticias de sus novios. No faltaban algunas mujeres que le confiasen cartas y recados para sus maridos; pero eran tan pocas y le pagaban tan mal, que estos ingresos formaban una mínima parte de sus pingües ganancias.

Después de haber desempeñado por espacio de algunos años el oficio de correo y de haber reunido un buen capital, Pulgarito volvió a casa de sus padres. Entonces pensó en el arreglo de la familia, compró destinos para su padre y sus hermanos, y los estableció a todos perfectamente, sin dejar por eso de guardar para sí una brillante posición.

Suelen no afligirse los hombres por muchos hijos que tengan, a no ser que alguno nazca contrahecho y feo. ¡Quién sabe, sin embargo, si el que les parezca peor hará algún día la felicidad de todos!

(Continuación de la pág. 13)

EN EL REINO DE LAS «STARS»

tes famélicas... En Hollywood, los "16 cilindros" de los grandes Mogoles del celuloide pasan rozando a los parias del film, que son los figurantes.

Se cuentan por millones los infelices que acuden, desde todos los países del mundo, atraídos como falenas por los destellos del faro que ilumina la noche californiana.

Se les ve marchar sin rumbo fijo, cansados, ociosos y desesperados, a lo largo de Hollywood Boulevard, y algunos de ellos se acercarán a vosotros para implorar algunos centavos que le permitan remediar el hambre con una salchicha caliente y una taza de café... Se les ve, aglutinados como los caracoles después de la lluvia, ante las puertas de los estudios, y dispuestos a figurar la miseria humana en la pantalla lo mismo que en la vida... ¡Pobre gente!

Una tarde, en el bar, ante el alto mostrador tras del cual los mozos, ataviados con chaquetillas de profesores de esgrima, manejaban las ametralladoras de soda, las bombas de café y los grifos niquelados, dispensadores de jugo de limón, de esencia de piña y de jarabe de fresa, me encontré al lado de un tipo clásico de figurante: barba inculta, cejas que semejabán cepillos de dientes, nariz tallada como el pico de un buitre... El hombre devoraba alegremente un sandwich, y entre bocado y bocado silbaba algunos compases de "Over There"... Sospeché que mi vecino era un figurante a quien al cabo sonreía la suerte, y le pregunté si había encontrado trabajo... Una formidable sonrisa, tendida de oreja a oreja, dividió su rostro, al tiempo que sus ojos brillaban de felicidad... Respondió:

—¡"Fine job"!... ¡Buen negocio!... Voy a conducir una carreta en un film que representa el éxodo de los emigrantes hacia el Oeste, en 1849... Tres semanas de trabajo seguro, allá lejos, en las montañas, a ciento cincuenta millas de aquí...

—¿Y sabe usted guiar a las tres parejas de bueyes que llevan esas carretas?...

—No... Lo único que he conducido en mi vida ha sido un viejo Ford; pero tengo buen tipo de carretero, según dice el patrón... Diez dólares por día, y los bueyes por cuenta del empresario... ¡Ya era hora!... No tenía ya un sólo níquel... Mi último trabajo fué hace un mes, en un gran film de Metro Goldwyn, acerca de los presidios americanos... Se titula "The Big House"... Yo manejaba la ametralladora de mi "tank" y disparaba contra los presidiarios amotinados...

—¿Aprendió usted a manejar las ametralladoras durante la guerra, sin duda?...

—No, señor... Faltó poco para encontrarme en Francia con los compañeros, en 1918; pero fué involuntariamente...

Verá usted... Yo era cargador del muelle, en Nueva York... Un día, cargando cajas de municiones a bordo de un transporte que llevaba tropas, me descuidé, y ya había soltado amarras el buque cuando me di cuenta de que zarpaba... Aun pude saltar a tierra; pero el susto me duró una semana...

La suerte de los figurantes no está escrita en el gran libro del Destino, sino en los archivos del "Casting Office" u oficina de colocación. Tiene esta oficina un establecimiento único, que centraliza todas las candidaturas; pero cada estudio cinematográfico posee copia del fichero del "Casting Office", y en cualquier momento puede el jefe de servicio de ese estudio telefonar a la oficina central y pedir lo que necesite: una comadre que pese ciento diez kilos; un indú parecido a Gandhi; un muchacho alto y rubio que, además, sea bizco; una treintena de "cualquier-cosas" para figurar el público a quien aterrorizan los bandidos que asaltan un Banco, o medio centenar de andaluces "típicos", para poblar una calle de Sevilla...

En Hollywood, algunos figurantes, cansados de aguardar el film que ha de redimirlos del hambre, inventan "especialidades" que, seguramente, son únicas en el mundo y que les producen buenos sueldos.

Una mañana, al visitar las dependencias de un estudio, llegué al amplio taller donde un hombre, vestido con un "mono", se dedicaba a cierto trabajo por demás extraño. Había extendido sobre el suelo un centenar de trajes del más puro estilo medioeval, completamente nuevos; y con una enorme jeringa los rociaba de agua sucia, en tanto que un ayudante iba tras de él arrojando puñados de polvo sobre la tela mojada... Me explicaron:

—Este hombre es un especialista en preparación de trajes históricos... Hay escenas de época en las que aparece gente de la plebe, sucia y desarrapada, o soldados que vienen de camino... Ya comprenderá usted que si esos figurantes salieran con vestidos nuevos y limpios, parecerían coristas de ópera y no habría ilusión posible... Por ello, este especialista se encarga de ensuciar y estropear convenientemente la ropa de los comparsas... En cuarenta y ocho horas, este hombre convierte trescientos trajes nuevos en trescientos harapos...

Hay otro "especialista" que no falta en estudio alguno... Es el geógrafo... Su misión, en la que también entra la topografía, es la siguiente: hallar en California — en un radio de trescientos kilómetros, todos los más diversos aspectos de nuestro vasto mundo. Hoy se hace una cinta que tiene lugar en Marruecos: mañana se hará otra cuya acción ocurre en Siberia; pasado mañana se filmará una aventura sobre los hielos del polo... El geógrafo debe indicar exactamente

las regiones comprendidas entre San Francisco y la frontera mejicana, donde han de hallarse los respectivos paisajes evocadores del Spitzberg, del Rif o de la estepa siberiana... De igual modo tiene obligación de indicar el sitio al que hay que ir cuando el director le dice:

—Necesito un río, con arbolado en las orillas, con un puente y con un grupito de casas a la izquierda:

O cuando le pide:

—Para mañana, una residencia suntuosa, rodeada de palmeras, con un fondo de montañas y un camino que, desde ese fondo, llegue a la "villa" serpenteando sobre el paisaje...

El geógrafo es, pues, un verdadero mago, dotado de una memoria prodigiosa y capaz de descubrir a cincuenta kilómetros de Hollywood un rincón del Sahara o un bosque de Ceilán.

Pero volvamos a los parias del film. Entre ellos hay incontables mujeres, y cada una de ellas soporta la miseria con paciencia, en la obstinada esperanza de lograr algún día un papelito que le permita revelarse y que sea punto de partida para alcanzar en medio año la gloria y la fortuna de una Gloria Swanson o de una Greta Garbo.

Hollywood es el lugar del mundo donde hay mayor número de mujeres hermosas... A centenares, a millares, podéis contar durante un breve paseo las muchachas que os sorprenden por su belleza perfecta. Pero cien muchachas de esas se disputan un ínfimo papel de cualquier film... Y ante todas ellas surge el mismo dilema: ser o no ser... excesivamente bondadosas para el subdirector de escena encargado de elegir al "pequeño personal".

Me di cuenta de la intensidad de la tragedia de Hollywood al abandonar la ciudad y reanudar mi viaje. El camarero negro del "pullman" trabó conversación conmigo, y me declaró:

—¡Es raro encontrar un viajero como usted, que viene de Hollywood y no parece desesperado!...

—Es que yo fui como turista nada más...

—¡Ah, ya!... Es que nosotros, los que vivimos en los trenes que hacen servicio entre Chicago y Los Angeles, observamos la tremenda diferencia que hay entre los que van a Hollywood y los que vuelven de Hollywood... Y tiene usted un ejemplo aquí mismo... Esa morenita que está en el ángulo opuesto del salón hizo el viaje de ida hace tres meses... Iba alegre y esperanzada, y cantaba constantemente... Véala, en cambio, ahora...

Contemplé a la muchacha... Se había dejado caer desplomada sobre un sillón, y toda su actitud era de profunda tristeza y de terrible fatiga.

El negro, limpiando la mesa, comentó:

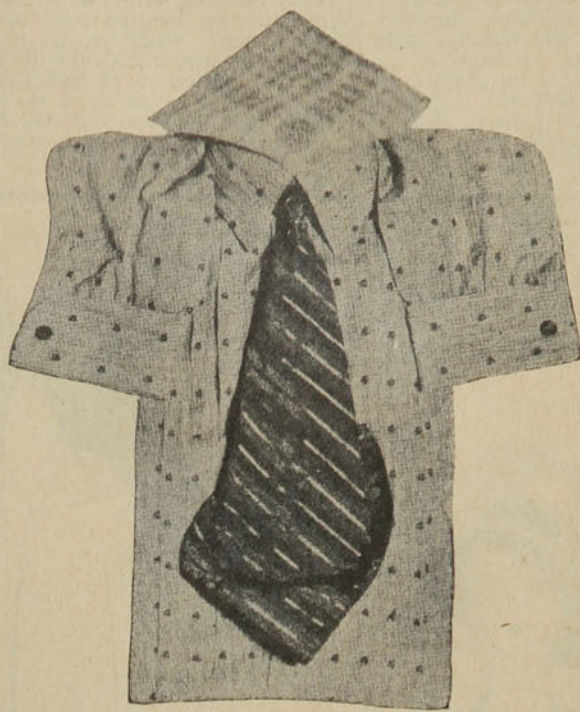
—Así vuelven todas...

MAURICE DEKOBRA.

SOLO PARA CABALLEROS



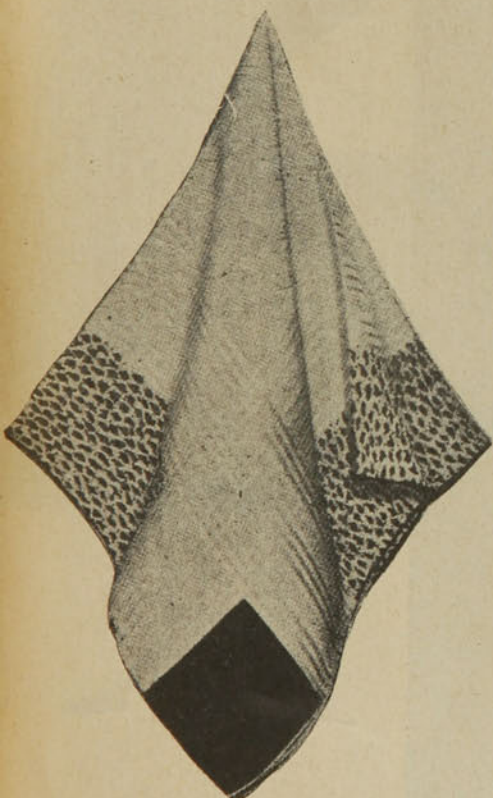
Camisa de hilo francés en variados colores y corbata de seda francesa de la Casa Sulka.



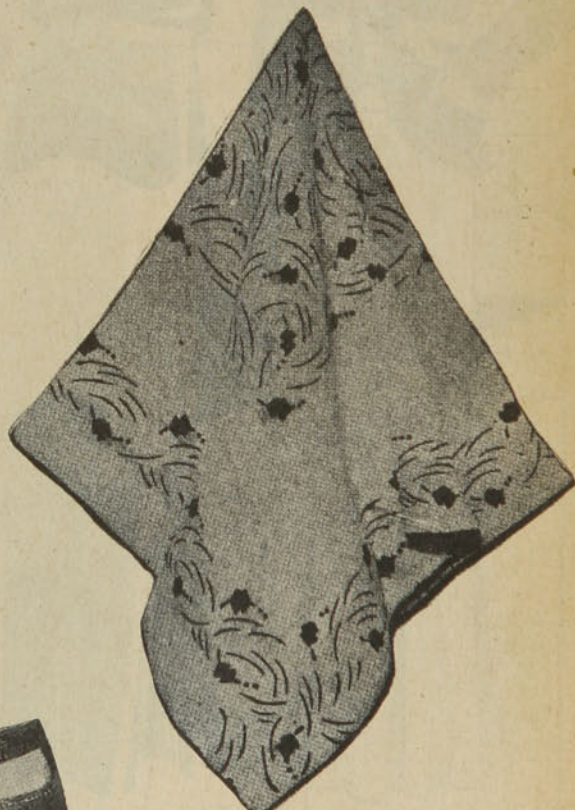
Cuadrados finos, sin estridencias, se llevarán en camisas este estio. El lazo es de Sulka, en seda francesa.



El crepe francés se sigue imponiendo para corbatas veraniegas, como estas. — dice Mr. Sulka, con su gran autoridad.



Un elegante diseño de pañuelo francés de hilo, que importa Sulka para sus stores de Nueva York y Chicago.



De crepe seda francesa, es este pañuelo de Sulka. Los hay en negro, rojo vino y azul prusia con fondo blanco.



Un zapato parisiense, lona crema, ribetes de cuero color avellana. Modelo de la Maison Marouf.

Trajes de fantasía en franela blanca, la falda, que va ensanchada por pliegues cruzados incrustados hasta la mitad de su altura. La chaquetita es de franela azul, corta. Lleva cinturón de gamuza blanca y va abierta sobre un chalequito, tejido a mano, azul y blanco. Franela blanca, 2 m. 50, en 0 m. 80. Franela azul, 2 m. en 0 m. 80.

Traje en tela blanca con mangas cortas kimono. La blusa y lo bajo de la falda se incrustan de bandas azul oscuro, azul mediano, y azul claro, alternados. Cinturón de charol blanco en el talle. Tela blanca 1 m. 50, en 1 m. 20. Tela azul mediano, 0 m. 60, en 1 m. 20. Tela azul claro, 0 m. 60, en 1 m. 20.

Ensemble de fantasía. La capa de forma clásica es de gabardina blanca. La falda en sarga de lana roja, lleva un cinturón de charol del tono y se ensancha en los costados por medio de panneaux en forma incrustados. La blusa de crepe blanco, lleva un cuello vuelto bordeado por muchas corridas de festones y una corbata de cinta blanca con pastillas rojas. Gabardina 2 m. 75, en 1 m. 40. Sarga roja, 1 m. 75, en 1 m. 40. Crepe blanco 2 m. en 1 m.



Abriguito sport en tweed beige y marrón. Se cierra por un cuadrado de botones y lleva cinturón de charol marrón. Ligeramente en forma, tiene cuello sastrero y bolsillos superpuestos. 3 m. 25, en 1 m. 40.

Traje de franela de fantasía con rayas diagonales. La falda en forma se incrusta delante de una banda rayada a través que bordea también la chaqueta sin cuello, ajustada por medio de un cinturón de gamuza. 3 m. 25, en 1 m. 40.

Traje en crepe de china marina con pastillas blancas, guarnecido de recortes y un cinturón de gamuza marina; la blusa lleva una corbata de la misma tela. Un bolero de crepe blanco con mangas cortas acompaña este traje. Traje, 4 m. 25, en 1 m. Bolero, 1 m. en 1 m.

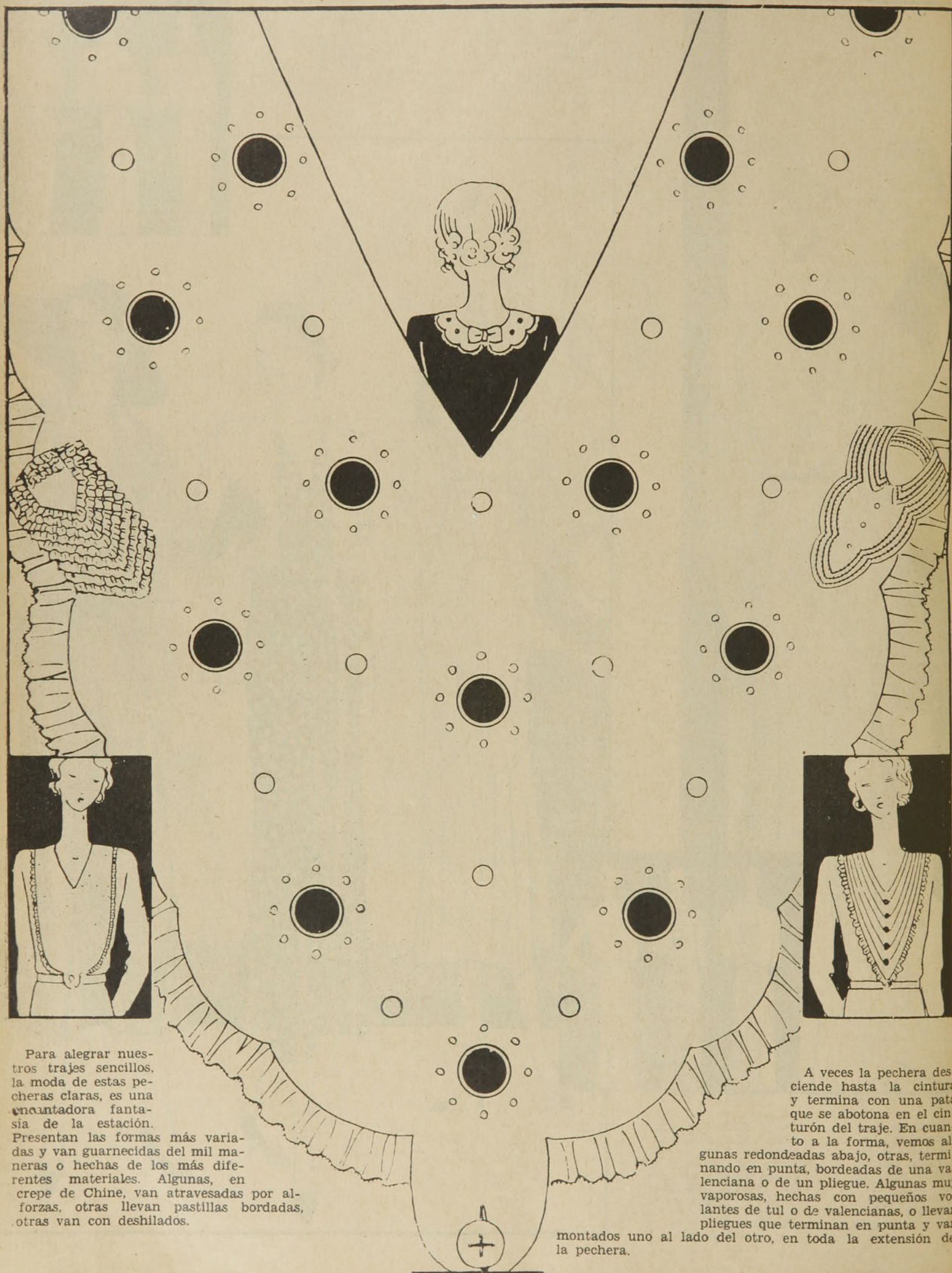
Traje en marrocaín verde. La falda se ensancha abajo por medio de puntas incrustadas, que se repiten en el cuello blanco y en doble volante de la chaqueta ajustada a la cintura, por un cinturón de lo mismo. 4 m. 50, en 1 m.



Traje en crepe de lana marina ensanchado abajo por un volante en forma cruzado. Cinturón de charol. Bajo de mangas, cuello y pechera en georgette blanca con alforcitas a mano. 3 m. 25, en 1 m. 40.

Traje sastre de tuzor blanco. La chaqueta ablusada lleva un cinturón de cuero y un cuello blando que forma echarpe. Va guarnecida en lo bajo de las mangas de recortes reincrustados. 4 m. 25, en 0 m. 80.

PLASTRONES NUEVOS



Para alegrar nuestros trajes sencillos, la moda de estas pecheras claras, es una encantadora fantasía de la estación. Presentan las formas más variadas y van guarnecidas del mil maneras o hechas de los más diferentes materiales. Algunas, en crepe de Chine, van atravesadas por alforzas, otras llevan pastillas bordadas, otras van con deshilados.

A veces la pechera desciende hasta la cintura y termina con una pata que se abotona en el cinturón del traje. En cuanto a la forma, vemos algunas redondeadas abajo, otras, terminando en punta, bordeadas de una valenciana o de un pliegue. Algunas muy vaporosas, hechas con pequeños volantes de tul o de valencianas, o llevan pliegues que terminan en punta y van montados uno al lado del otro, en toda la extensión de la pechera.

EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

Se acercaba el momento en que Frances tenía que volver a la escena. El la siguió hasta el pie de las escaleras que conducían al escenario y desde allí la oyó cantar y oyó también regocijado los aplausos que le dedicaron de todos los ámbitos del local. Frances bajó sonriéndose, seguida de su acompañante, pero los aplausos redoblaron y tuvo que volver a subir. Al pie de la escalera había muy poco espacio y Alano notó que la doncella esperaba allí para desplegar y sostener la cola del vestido cuando la artista volvía a subir. A la tercera llamada, Frances oyó que Alano decía a la camarera que le permitiera reemplazarla y no se le ocultó que la mano del joven fue la que sostuvo los pliegues de su vestido y los dispuso debidamente al presentarse ella para saludar al público. El sonrosado color de sus mejillas al regresar al lado de Alano era probablemente consecuencia de la animación que le comunicaba su triunfo artístico.

Alano creyó que era tiempo de retirarse y Frances le dio un cordial apretón de manos.

—¿Me permitirá Ud. hacerle una visita? preguntó Alano tan tranquilamente que la joven no pudo figurarse lo mucho que para él significaba su respuesta.

—Ciertamente, contestó ella con toda franqueza, si quiere Ud. tomarse ese trabajo.

—¿Dónde vive Ud.?

—Acabo de instalarme en la Avenida de la Opera.

—¿Qué hora es preferible para Ud.?

—La que Ud. guste. Por lo general estoy en casa siempre que no me retienen fuera de ella mis deberes profesionales.

—Iré a verla a Ud. muy pronto, dijo Alano.

Sonrióse ella sin hacer la menor objeción y el joven se retiró, considerándose uno de los hombres más dichosos del mundo. ¿No la había visto y hablado, no había tenido en sus manos la orla de su vestido y sobre todo no acababa de hallarla franca, afectuosa y natural como siempre? Era evidente que su magno triunfo no la envanecía. Parecía que podría obtener su mano, sin otro obstáculo que el de su profesión, no por lo que a él se refería sino por parte de ella. ¿Consentiría en abandonar gloria y aplausos para dar su amor y unirse para siempre a un simple hacendado? Deseó que en lugar de artista célebre fuese ella una modesta joven de la misma clase a que él pertenecía, y al mismo tiempo se censuró por haber formulado tal deseo. No, estaba resuelto a no omitir esfuerzo para obtener el amor de aquella encantadora mujer, a renunciar por ella a todas las tradiciones de familia y preocupaciones sociales, si necesario fuese, modelando su vida por la de ella, considerando como propios sus triunfos y conservando quizás la gratísima esperanza de que algún día, cansada de ovaciones, renunciaría al teatro para reinar en la Casa Roja como reinaba desde la escena en las grandes capitales. Profundamente enamorado, lo asaltaban las dudas y temores que suelen sentir la mayoría de los amantes; pero todos aquellos obstáculos más o menos imaginarios se eclipsaban por completo ante el único que él ignoraba, que hasta entonces no podía él siquiera sospechar, y que era sin embargo el grande y verdadero obstáculo que mediaba entre él y su amada.

Aunque las dos entrevistas de Frances con Alano no habían bastado para que la artista se enamorase de éste, merecía sí especial interés. Se alegraba de haberle visto y hablado otra vez, y también, aunque no se lo decía a sí misma, de que hubiese pedido su venia para visitarla. No veía razón para no procurarse un amigo sincero en Alano Bouchier. Como gran parte de las jóvenes, creía firmemente en el amor platónico; los años se encargan de disipar esa ilusión, como otras tantas.

Algunos días después de su conversación con Alano hallábase en la escena extasiando al público con la ejecución de una de las más bellas romanzas conocidas. De repente, en medio de su canto, le pareció ver a gran distancia la cara inolvidable de Manders. A pesar de hallarse el espectador en la semi-obscuridad de los últimos asientos, en una de las galerías más altas, ella le reconoció al instante y se dijo también que él lo sabía, porque se habían encontrado sus miradas. Es probable que la sorpresa echase a perder una nota alta y que algún crítico moviese la cabeza ominosamente; pero nada más. La artista triunfó, y a excepción de aquel ligero desliz, nunca había cantado mejor. Antes de dejar la escena notó que el rostro cuya vista le causara tanta sorpresa había desaparecido. Esto le demostró que no se había equivocado, que Jor-

ge Manders estaba en Londres, que sabía que ella lo había visto en el teatro y que deseaba evitarla.

CAPITULO XIII

Victoria de amor

Todos los dependientes del señor Trenfil trabajaban afanosamente en el doble escritorio corrido situado en la primera pieza de las que componían sus oficinas. Por regla general no se fijaban mucho en la llegada y salida de los clientes, dejando a un empleado secundario la obligación de recibirlos, anunciarlos y conducirlos al bufete del abogado. Los copistas no sentían el menor interés en los asuntos de la clientela hasta que éstos tomaban la forma de grandes pliegos de papel con extrañas abreviaturas, enmiendas, alteraciones y frases escritas entre líneas, todo lo cual era su deber descifrar y copiar en limpio con clara y hermosa letra. Trabajaban de firme, empezando a las nueve de la mañana, con la regularidad de máquinas. Y en efecto, poco se diferenciaban de éstas, a no ser que por la mañana esperaban y deseaban oír sonar la hora de la merienda, y por la tarde sabían que cada página que terminaban los acercaba a la hora en que el ferrocarril subterráneo o el ómnibus los llevaría a sus hogares respectivos. Pero la entrada de la señorita Francini en las oficinas causó verdadera sensación. Las plumas fueron a parar detrás de las orejas, asomaron las cabezas por encima de la verja de madera y miraron otros por la rejilla que circuía y aislaba en cierto modo las carpetas. Apenas se cerró detrás de la artista la puerta forrada de bayeta verde que conducía al despacho del señor Trenfil, los empleados de la oficina exterior se permitieron un rato de descanso para dedicarlo a comentar aquella visita.

—¡Pues no es nada! exclamó el caballero Timins, a quien daban muy furibunda expresión los dos cabos de pluma que asomaban por encima de sus orejas, uno para tinta roja y otro para tinta negra. ¡La Francini! ¡Eso es lo que se llama saber cantar!

—Es mi bello ideal de la mujer, dijo el joven Grin, que se expresaba siempre en lenguaje muy atildado.

—¿La oyó Ud. en **Lucía**? preguntó Timins con ínfulas de crítico.

Pronunció el nombre «Lucía» pero como suena, pero Grin tuvo la bondad de indicarle la debida pronunciación italiana.

—Sí, y me dejó absorto. Entiendo que muy pronto ganará cosa de ciento cincuenta libras por noche.

—¡Vive Dios, qué mujer! ¡Ganar en una sola noche tanto como nosotros en todo el año, sudando la gota gorda! ¡Quién pudiera hallar otra parecida y casarse con ella!

—Pida Ud. la mano de ésta, Timins, dijo Grin. Si la mitad de lo que Ud. nos cuenta es verdad, de seguro que no le dará a Ud. calabazas.

Porque Timins tenía siempre alguna aventura que referir, algún lance con tal o cual gran señora que se había mostrado muy cariñosa con él. Después aquellos hombres-máquinas reanudaron su trabajo, procurando ganar el tiempo perdido.

El señor Trenfil recibió a la joven cordialmente. Carlitos, que se hallaba en el bufete, re ruborizó como un culpable sorprendido, porque había estado pensando en ella toda la mañana.

—¿Qué la trae a Ud. por estos barrios? preguntó el abogado.

—Manders está en Londres. Lo vi anoche.

—¿Quiere Ud. que haga salir a mi hijo? preguntó Trenfil, creyendo que la joven iba a hablar de asuntos particulares.

—¡Oh, no! Carlos puede oír cuanto tengo que decir.

—¿Dónde vió Ud. a Manders?

—En el teatro. Y él lo notó, porque se marchó en seguida.

—¿Estaba solo?

—Lo supongo. No vi que hablase con nadie. ¿Qué me aconseja Ud.?

—Confiar en que la casualidad lo ponga otra vez en su camino. En Londres está casi tan fuera de nuestro alcance como en los Estados Unidos. Podría Ud. anunciar, pero creo que no contestaría.

—No. Es evidente que desea ocultarse de mí.

—Eso es. O tiene muy mal gusto o no le faltan motivos para huir de Ud.

—Si lo veo, donde quiera que sea, lo seguiré hasta tener una oportunidad de hablarle.

—Cuidado. Mire Ud. bien adónde lo sigue. ¿No sería mejor, Frances, dejar las cosas como están? Su padre ha muerto, indudablemente, y ya poco importa saber cómo murió.

—A mí me importa mucho y lo averiguaré.

—¿Qué tal le va a Ud. en su nueva casa? preguntó el señor Trenfil para cambiar de conversación.

—Divinamente. Y la señora Melvil es un tesoro.

—¿Con que un tesoro, ¿eh? ¿De modo que ya son Uds. buenas amigas?

—Sí. Al principio temblaba con sólo oír nombrar el teatro. Pero ya está resignada a su suerte y creo que con el tiempo se convertirá en concurrente asidua a la ópera.

—Eso es. Dime con quién andas y te diré quién eres. ¡Y la pobre señora Melvil que estaba tan orgullosa de sus buenas costumbres! Ahora, si tiene Ud. algo más que decirme, a ello; si no, Carlos la acompañará a Ud. a su carruaje.

Frances se echó a reír al verse despedida de aquella manera, y salió del despacho acompañada de Carlos, que la llevó hasta el coche.

—Venga Ud. a verme pronto, Carlitos, le dijo ella, dejando al pobre muchacho inundado de felicidad con su invitación. Sabía que para él no había esperanza, pero siempre era una gran cosa visitar a toda una primera tiple y no dudaba que todos sus amigos lo envidiarían.

La señora Melvil citada por Frances había sido elegida para la dirección y el cuidado general de la casa de aquella, para acompañar a la artista, atenderla, en una palabra, para cuanto se la necesitase. Era amiga de la señora Trenfil, que había concluido aquel arreglo; pero no sin dificultad, pues aunque la buena señora, viuda y con pocos recursos, deseaba muchísimo aceptar la oferta de Frances, hubo que vencer un obstáculo que al principio pareció insuperable. Nos referimos al horror que le causaba todo lo que al teatro se refería. Sin ser una mojigata, había vivido desde su juventud entre personas que consideraban el teatro como centro de perdición y que a lo más toleraban tal cual visita a un circo ecuestre. Cuando oyó por primera vez la proposición de la señora Trenfil, contestó asustada que no volviese a hablarle del asunto; pero su amiga insistió, porque conocía sus buenas cualidades. Frances la había visto varias veces y la estimaba; y por su parte la buena viuda sentía por la joven muy profunda simpatía, hasta el punto de vacilar en su primera resolución y empezar a decirse que si todas las actrices y cantatrices eran como aquella, las había juzgado muy severamente. Entonces la esposa del abogado, deseosa de que las negociaciones tuviesen buen resultado en beneficio de ambas amigas suyas, volvió a conferenciar con la señora Melvil y por fin logró convencerla y que aceptase la colocación ofrecida, haciendo, como ella decía, el sacrificio de sus opiniones. Pudo influir en su ánimo la esperanza de apartar a Frances de lo que ella llamaba la peligrosa senda que seguía; pero si tales propósitos tuvo, renunció muy pronto a ellos. De aquellos dos caracteres el más poderoso, el de Frances y cantatrices eran como aquella, las había juzgado muy paulatinamente las opiniones de la señora Melvil, hasta el punto de justificar el aserto de Frances en el bufete de Trenfil: la señora Melvil sentía ya el deseo de presenciar aquellos trufos de que tanto había oído y leído.

Frances había alquilado una casa amueblada por el resto de la temporada. Aparte de que Tuquénán estaba muy lejos de Londres, no quería abusar de la hospitalidad de los Trenfil. Comprendía también que su renombre, su nueva posición, consecuencias de la victoria conseguida, no se avenían con la tranquilidad y metódica vida de aquella casa; y por estas razones resolvió ponerla propia, con la ayuda de la señora Melvil, tan luego se convenció de que ante ella se abría la carrera de artista y artista popularísima, en lugar de la vida privada que hubiera continuado haciendo en caso de mal éxito. La casa, aunque pequeña, era cuanto ella necesitaba; se permitió el lujo de amueblar de nuevo la sala a su gusto y quedó muy satisfecha con su nueva residencia, prometiéndose ser muy feliz en ella. La señora Melvil se encargó de todos los cuidados y deberes que impone el manejo de una casa y desempeñó con gran dignidad el papel de protectora de la artista. Los que visitaban a ésta se preguntaban quién sería aquella señora de alguna edad, tan grave y circunspecta. Acabaron por decirse que se trataba probablemente de una parienta de la joven, pues nada en sus maneras indicaba que estuviese a sueldo en aquella casa.

Para Frances era un tesoro. Ya dado el primer paso se

desvanecieron los escrúpulos de conciencia. En otro tiempo había vivido en muy buena sociedad, aunque algo intransigente y severa; y precisamente por esto había deseado tanto la señora Trenfil ponerla al lado de Frances, pues sabía que las dos resultarían favorecidas.

Alano Bouchier no había hecho todavía su anunciada visita. Había estado, sí, en la ópera, aunque no entre bastidores. Frances sabía que iría a verla y quizás deseara ya su visita. Sentada cerca de ella la señora Melvil, una mañana, se dedicaba a una de esas mil labores femeniles que sirven de pasatiempo y que si bien ocupan las manos no impiden sostener una conversación.

Frances se había sentado al piano y colocado en el atril una romanza manuscrita que trataba de interpretar. Era el último esfuerzo de un compositor ávido de fama, quizás el mismo Sincler; y aunque no podamos dar aquí la música, la letra decía así:

**Un beso, el último; el postrer adiós;
Una lágrima triste que revele
El supremo dolor que al alma hiere,
La muerte del primero y dulce amor.**

**Libre ya, de otra bella las caricias
Borren las huellas de fugaz dolor...
Mas ¡ay! que ya no encuentro en tus delicias
¡La dicha inmensa del primer amor!**

**Canción divina que tu voz entona,
Pura y serena, del laúd al son;
Bella sonrisa que a tu labio asoma
Y redobla el ardor de mi pasión...**

**Pero es que tu sonrisa, es que tu canto
Cual eco triste de otros tiempos son;
¡No tienen, no, el perfume, ni el encanto
De aquel primero, ¡inolvidable amor!**

La señora Melvil suspendió su labor al terminar el canto.

—No creo que las romanzas del día valgan, ni con mucho, lo que las de mi tiempo, dijo.

—Puede ser, pero recuerde Ud. que de todas las antiguas composiciones sólo las mejores han sobrevivido.

—Sin embargo, recuerdo numerosas canciones de mi juventud que me parecían mucho más dulces que las de hoy. Quizás me sucede lo que al viejo que prefería mil veces los juguetes de su niñez a los que se fabricaban y vendían cuando él peinaba canas.

—Ya sabe Ud. que los gustos varían.

—Pero es que no hay romanza moderna que no tenga por tema unos amantes desesperados y melancólicos, niños angelicales o marineros absurdos.

—¿Y qué temas tenían las canciones de antaño?

La señora Melvil pareció algo desconcertada.

—Apenas los recuerdo, dijo, pero eran bonitas y conmovedoras. Diferentes, en mi opinión, de las que se cantan en el día.

Frances se echó a reír.

—Sospecho que venían a ser lo mismo, dijo, y que los poetas líricos van siempre dando vueltas en el mismo círculo. De vez en cuando una de sus producciones se destaca de las demás, deja el trillado camino y llega a ser una canción famosa, pero eso sucede rara vez.

—Puede que tenga Ud. razón. Quizás estuviese yo enamorada cuando aquellas romanzas me parecían tan conmovedoras, dijo la señora Melvil dando un suspiro.

—Entonces es muy probable que las modernas me produzcan el mismo efecto cuando yo me enamore. Esperaré y veremos.

—El señor Bouchier, anunció en aquel momento una sirvienta, abriendo la puerta.

Alano entró, tan jovial y apuesto como siempre. Frances le dio la bienvenida y lo presentó a la señora Melvil, quien se mostró muy atenta con él. Durante media hora hablaron de la manera más grata para todos, hasta que Alano se levantó para despedirse.

—¿Supongo, dijo Frances, que no conocerá Ud. a un joven, de algunos años más que Ud. probablemente, llamado Manders, Jorge Manders?

Alano movió la cabeza negativamente.

—Conozco a una infinidad de jóvenes, pero ninguno de ese nombre.

—¿Me haría Ud. el favor de repetir esa misma pregunta a algunos de sus amigos?

—¡Oh, sí! se apresuró a decir el joven, ansioso de servirla. ¿Quién es? ¿Qué señas tiene?

Frances hizo una descripción minuciosa de Manders, pe-

ro rara vez puede identificarse a una persona, por muy conocida que nos sea, sin más auxilio que una descripción verbal de la misma, y de nada sirvieron todas las señas y los detalles que oyó Alano.

—Debe de ser todo un buen mozo, a juzgar por las señas, dijo algo contrariado.

—Sí, lo es, en cierto modo. Hace años que no sé de él y deseo mucho volver a verlo.

—¿Es, pues, un amigo?

—Sí, un antiguo amigo.

Alano había hecho la pregunta con un acento que indicaba la gran importancia que para él tenía, y Frances no pudo menos de ruborizarse al contestarla. ¿Se ruborizaba por él o por Manders? Mucho hubiera deseado Alano saberlo.

—Preguntaré por él y le comunicaré a Ud. lo que averigüe, dijo despidiéndose.

—Hasta otro día, señor Bouchier, le dijo la señora Melvil. Me alegro de haberle conocido, como conocí también a su señor padre. Recuerdo que bailé con él hace años en una fiesta campestre y le vi después varias veces en casa de unos amigos. No creo que haya cambiado tanto como yo.

—Lo que sé es que ha cambiado mucho, dijo Alano tristemente. A veces temo un fatal desenlace.

Se alegró de ver que la señora Melvil había conocido a su padre, pues la creía parienta de Frances y le agradaba saber que las amistades de la familia pertenecían al mismo círculo social que los Bouchier. No que para él fuese el caso de importancia esencial, sino porque pensaba que más adelante, si lograba su objeto, tendría que informar a sus padres de la conquista que había hecho.

—Me gusta ese joven, dijo la señora Melvil después de haber salido Alano. Sus intenciones son rectas, es bueno y honrado y no tiene nada de tonto. Es también el primogénito y la Casa Roja es una valiosa propiedad.

—Tanto mejor para él, observó Frances.

—Sí. Apenas existe posición más envidiable que la de esos grandes hacendados. Su padre ha representado a su distrito en el Parlamento, y lo más probable es que al hijo le llegue también su turno algún día.

Frances nada dijo.

—Felipe Bouchier era un arrogante mozo, aunque no tan bien parecido como su hijo. Cuando le conocí no era muy popular, bastante altanero y se contaban de él algunas curiosas aventuras. Pero luego cambió de carácter y se formalizó. Hace tiempo le pusieron pleito sobre sus bienes.

—¿Fué el pleito lo que le convirtió en hombre formal?

—No sé, contestó la señora Melvil sin notar lo absurdo de la pregunta. Puede que así fuese. Los pleitos son grandes calamidades. Uno de ellos consumió todos los recursos de mi marido.

La señora Melvil había observado durante la visita de Alano lo que Frances no supo o no quiso notar. En las palabras, miradas y acciones del joven se revelaba su amor lo suficiente para que una persona experimentada leyese en ellos el estado de su alma; y dado el vivo interés que Frances inspiraba a su compañera, ésta no podía desearle mayor ventura que verla casada con Alano Bouchier, en quien parecían reunirse todas las cualidades requeridas. Gracias a las ideas especiales que tenía acerca del teatro, jamás se le ocurrió dudar que Frances, aun en los comienzos de su risueña carrera, renunciase sin vacilar a toda la gloria que la esperaba para convertirse en esposa de un hidalgo destinado a ocupar en el Vesire tan alta posición como la de Alano el día en que se llamase Bouchier de Casa Roja. Temía la oposición probable de la familia de Alano a su matrimonio con una cantatriz, si bien no podía ocultársele a ella, a pesar de sus preocupaciones y del alto valor que daba a la aristocracia provincial, que Frances sería una verdadera adquisición para cualquiera familia en que entrase. La buena señora y casamentera quedó, pues, deseando que Alano repitiese su visita y que la querida joven confiada a sus cuidados acabase por oír los modestos cantos de amor tan conmovida como ella había oído los de la generación anterior, allá en los días de su primera pasión.

Alano menudeó sus visitas, con suerte unas veces, cuando encontraba solas a las señoras, y menos afortunado los días en que hallaba la sala llena de gente, pues el número de amigos de la señorita Francini aumentaba rápidamente. Allí vio también a hombres que conocía y por cierto que la sola presencia de uno o dos de entre ellos en aquella casa le hizo temblar de ira. Sin embargo, no podía culparla. Según las convenciones sociales, aquellos hombres hubieran podido visitar a su propia madre y hermanas y además, la protección de la señora Melvil no la abandonaba un instante. Bendecía a la buena señora, si bien otras veces, cuando él era el único extraño

en la casa, hubiera querido verla levantar el vuelo y desaparecer mientras durase su visita.

Alano y Frances llegaron a ser grandes amigos. Una o dos veces le había permitido ella acompañarla a visitar exposiciones de pinturas y otros lugares de interés, y al cabo de algún tiempo la señora Melvil tuvo compasión de ellos y los dejó solos con frecuencia. El aprovechó aquellas ocasiones para revelar su pasión hasta donde se atrevió a hacerlo y poco a poco la esperanza fué tomando todas las formas de la realidad. Sentíase profundamente dichoso; comprendía que Frances le recibía como no recibía a ningún otro admirador o amigo; que le hablaba como nadie la había oído hablar nunca; que con él era más tierna, más dulce, aun más humilde, cual si deseara, por razones que ni aún a sí misma se atrevía a confesarse, agradarle como mujer, no recibir su homenaje como artista. A decir verdad, aunque Alano no osaba esperar, el joven no le era indiferente, ni mucho menos.

El no le había preguntado todavía si lo amaba. No se atrevía a arriesgarlo todo con una sola pregunta. Sabía que algo más tarde o más temprano llegaría el momento en que le sería imposible guardar su secreto, si lo era todavía; que cuando menos lo pensase, una palabra o un acto cualquiera de ella le arrancaría su apasionada declaración. Ese momento llegó antes de lo que él esperaba.

Un día se presentó en casa de Frances muy temprano. La sirvienta lo condujo a la sala y le dijo que la señora Melvil estaba indispuesta y no podía dejar su cuarto, pero que la señorita Francini bajaría en seguida.

Fuese que la muchacha olvidase anunciar su llegada o que Frances no la oyese o no la entendiese, lo cierto es que esperó largo tiempo, hasta que la espera llegó a parecerle interminable. Por fin, se abrió la puerta y Frances entró precipitadamente, sin ver al joven. Cruzó la sala dirigiéndose hacia su escritorio, con trágico ademán, tan insólito en ella fuera de la escena que Alano se quedó sorprendido e inmóvil en lugar de adelantarse a saludarla. Tenía contraídas las cejas, encendidas las mejillas, y su cuerpo parecía erguido cuanto se lo permitía su esbelto talle. Era evidente que una emoción poderosa la agitaba y al entrar notó Alano que tenía en la mano un papel que rasgó en menudos fragmentos.

Un instante le bastó para observar todos aquellos detalles. Por muy trastornada que se hallase Frances no tardó en descubrir la presencia de Alano, y aunque sorprendida un momento, se esforzó por recobrar su calma habitual y saludó al joven. Al hacerlo sonreía, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. Actriz como era, aquella vez le faltaron sus facultades. Su sonrisa no hubiera engañado a nadie, y mucho menos a quien la observaba con la penetración que da el amor.

—Dígame Ud. lo que la atormenta, exclamó Alano tomando su mano. Ordene Ud., si puedo servirla en algo.

—¡Dícelo a Ud.! contestó como asombrada de tal idea, a la vez que arrojaba en una cestilla los pedazos de papel. ¿Decirle lo que me pasa? ¡Ah, no!

—A mí, sí. ¿No somos amigos? Si tiene Ud. pesares, déjeme Ud. compartirlos.

—Hay dolores que una mujer no puede comunicar a sus amigos.

—Pues entonces ¿no somos nosotros algo más que amigos? ¡Contésteme Ud., Frances!

El comprendió que había llegado el momento. Hablaba a la joven con ese acento que dice aun más que las palabras, que revela lo que siente el corazón. Frances no pretendió ignorancia sobre la significación de aquellas palabras, pero retiró la mano que él trataba de tomarle otra vez. Bajó los ojos al suelo, reflexionó un momento y habló luego con acento despreciativo y agitada voz, aunque pronunciando las palabras distinta y pausadamente.

—¿Deberé decirle a Ud., preguntó, que dos hombres me han ofrecido hoy su amor, en términos explícitos, por escrito?

Súbito rubor encendió las mejillas de Alano, seguido de densa palidez.

—Sí, continuó ella, y ambos son ricos, ambos tienen millares de libras esterlinas de renta. Uno de ellos, añadió señalando casi imperceptiblemente hacia la carta hecha pedazos, ostenta uno de los primeros títulos del reino.

—¿Qué más? preguntó Alano, comprendiendo que le quedaba algo por decir.

—Una pequeñez, un detalle. Quizás a Ud. mismo le extrañe que una actriz o una cantatriz tome ese detalle en consideración. Ambos son casados.

Pronunció estas últimas palabras con amargo desprecio. Alano tembló de ira.

—Tan parecida es la fraseología de las dos cartas, con-

tinuó ella, que se las creería escritas por una misma persona. ¿Existe por ventura una fórmula especial para tales casos? Uno y otro deploraban tener que escribir, hubieran preferido hablarme; por desgracia se les había hecho extremadamente difícil verme a solas... ¿Son estos los caballeros ingleses, señor Bouchier?

¿Qué podía él decir en defensa de sus compatriotas? Muy poco. Lleno de indignación, no tenía sobre quién descargarla. Conocía muy bien las debilidades humanas, quizás las juzgaba con benevolencia, pero hubiera despreciado profundamente al hombre capaz de degradar a una mujer honrada ante sus propios ojos de una manera tan cruel, sin una palabra ni una mirada que pudiera animarlos en esa senda. Mal lo hubieran pasado los autores de aquellas cartas si hubiesen caído en aquel momento en manos de Alano Bouchier. Pero no hay mal que por bien no venga. Alano tomó la mano de la joven y la atrajo hacia sí.

—Te amo, dijo, y tú lo sabes. Frances, amor mío, ven a mí, acéptame, déjame protegerte contra tales vilezas. ¡Que en lo futuro, el que insulte a mi esposa tenga que darme cuenta terrible de su ofensa!

Habían bastado unos cuantos segundos. Su declaración estaba hecha. Sus brazos rodeaban a Frances y la estrechaban más y más.

—¡Dime que me amas! la imploró, al ver que una oleada de púrpura coloreaba el rostro y el albo cuello de su amada.

Quería oír aquella declaración de sus propios labios, aunque ya no dudaba de su amor por él, pues sabía que de lo contrario Frances no le hubiera permitido estrecharla en sus brazos.

—Si, te amo, dijo ella en voz baja; y después, presa de una mezcla de felicidad, rubor y confianza, apoyó su cabeza sobre el pecho de Alano y prorrumpió en sollozos.

Alano la consoló como suelen hacerlo en tales casos los amantes y no tardaron en verse sentados uno al lado del otro, hablando de su porvenir y contemplándose amorosamente, hasta que llegó la hora de separarse.

—Iré a la Casa Roja mañana para darles a todos la noticia, dijo Alano al despedirse.

—Si, contestó Frances sencillamente.

Aquello le parecía lo más natural que él podía hacer. Jamás se le ocurrió que el paso dado por Alano pudiese disgustar a su familia. Alano salió de allí preguntándose por qué le había estado reservada tamaña felicidad y Frances fué en busca de la señora Melvil, cuya dolencia no era tan grave que le impidiese oír en seguida la gran noticia.

—¡Oh, querida amiga! dijo a Frances ¡cuánto me alegro! He estado deseando este desenlace desde el primer día en que él se presentó aquí. Nada mejor podía suceder. La felicidad de corazón y sobre todo me alegro infinito de que deje Ud. el teatro.

Frances abrió los ojos asombrada.

—¡Dejar el teatro! repitió.

—Sin duda alguna. ¿Por qué había de continuar en él la esposa de uno de nuestros ricos hacendados? ¿No lo dijo él así?

Con su falta de experiencia le señora Melvil ignoraba todo lo relativo a contratas, fuertes indemnizaciones pagaderas por violación de las mismas, etc.

—Jamás dijo tal cosa, observó Frances. Es más, yo comprendí precisamente lo contrario.

—Querida, es que lo dió por entendido. Será lo primero que exija.

La joven permaneció silenciosa unos instantes.

—No lo creo, dijo. Espero que no.

Pero quedó pensativa, preguntándose si la señora Melvil estaría en lo cierto. Al día siguiente, cuando Alano se presentó, Frances resolvió aclarar aquel punto desde luego.

—Vida nómada la que conmigo te espera, Alano, dijo.

—No importa; será la vida contigo ¿qué más puedo pedir?

—Juntos recorreremos casi todo el mundo: Francia, Italia, Alemania, América; sabe Dios adónde me llevará mi profesión.

—¿Es decir que no piensas renunciar a ella?

No era una súplica; era simplemente una pregunta.

—No puedo, por largo tiempo todavía. ¿Lo harías tú, con fama y fortuna por conquistar? ¿Eres rico, Alano? Me importa tan poco que seas rico o pobre, que bien puedo hacerte esa pregunta.

El le dió un beso para probarle que la creía.

—Cuento hoy con recursos suficientes, dijo, y desde luego seré rico algún día; pero ojalá que ese día tarde en llegar, porque será el de la muerte de mi padre.

—¿Me aceptarás como soy, Alano, sin pedirme que abandone mi profesión?

El le tomó ambas manos y la contempló apasionadamente.

—Amame y sé mi esposa, le dijo. Nada más te pido. Conformaré mi vida a la tuya y sé que será una vida de felicidad. Quizás llegue un día en que te canses de tus triunfos, de todo excepto de mi amor, y entonces viviremos tranquilamente en nuestra casa. Pero entre tanto, no hablemos más de ello.

Mucho era lo que prometía, más de lo que él se imaginaba. Su oferta era imprudente, pero ¿quién no lo sería a su vez y quién podría no prometerlo todo, cuando ojos tan elocuentes estuviesen prontos a darle las gracias y labios tan hermosos la recompensa?

—¡Ah! eso lo dice él ahora, amiga mía, comentaba poco después la señora Melvil, pero espere Ud. algo más. No hay hombre que no quiera guardar su mujer para sí solo, sin que ésta tenga que dividir su atención entre su marido y el público, a no ser que se proponga vivir a costa de ella, lo cual no sucede en el caso de Alano. Ya verá Ud.; pero cuando llegue el momento, siga Ud. mi consejo y haga lo que le pida su marido.

Alano fué a su casa al día siguiente. Dejó a Londres sin sentir temor alguno sobre el resultado de su entrevista con sus padres, o por lo menos tratando de convencerse a sí mismo de que nada temía por ese lado. ¿Y por qué no había de ser así? Iba a darles la hija más hermosa y mejor que pudieran desear. Si bien existía cierta prevención vulgar contra la carrera del teatro, su futura esposa ocupaba en ella el puesto más alto y su reputación estaba exenta de toda sospecha. Sin embargo, a medida que se acercaba a la casa paterna disminuía su seguridad. Empezó a pensar en tales y cuales obstáculos y se le ocurrieron objeciones numerosas. Pero sobre todas las dificultades predominaba su amor apasionado, su promesa de matrimonio y su firme propósito de hacer a Frances su mujer, con la menor dilación posible. Decíase que con el consentimiento de sus padres o sin él, tan luego volviese a Londres fijaría con ella el día de la boda. Tales eran sus propósitos al dirigirse a la Casa Roja.

Su llegada fué ocasión de júbilo para todos. Parecióle que su padre se hallaba algo más fuerte, y se alegró de ello, pues la revelación que iba a hacerle no dejaría de agitarlo algo. Después de comer, estando padre e hijo solos en la mesa, abordó la cuestión resueltamente.

—He venido a decirle a Ud. que pienso contraer matrimonio.

—Ya me figuré que tenías algo que decirme; noté que estabas preocupado. Al principio creí que habrías contraído deudas, pero la noticia que me das es mucho mejor.

—Si, desde hace algún tiempo me ha venido Ud. diciendo que debería casarme, y he resuelto seguir su consejo.

—Dime quién es ella, Alano, aunque no tengo la menor duda sobre el acierto de tu elección.

Se lo dijo todo, sin la menor excusa, sin detenerse a asegurar a su padre que Frances estaba exenta por completo de la más ligera sospecha que, con razón o sin ella, suponen algunos en torno de la gente de teatro. Habló con tanta firmeza y confianza, con tal acento de gratitud por la gran dicha de que era objeto, que su padre, conociendo como conocía su carácter, comprendió que el matrimonio, bueno o malo, era cosa resuelta; que toda oposición por su parte sería lamentada, pero no atendida. Dolorosa fué la noticia para él, pero escuchó sin comentarios cuanto Alano tuvo a bien decir; tampoco expresó su opinión, pues aunque le causaba vivo sentimiento, había renunciado en los últimos años a esperar de esta vida otra cosa que disgustos y desengaños.

—Supongo, Alano, dijo cuando éste acabó de hablar, que te propones hacer tu voluntad en este asunto, consienta yo o no.

El joven no replicó.

—Vienes a pedirnos a tu madre y a mi que aceptemos como hija a una joven a quien viste por primera vez hace pocos meses, una cantatriz pública.

—Véala Ud. y no se admirará de mi elección.

—¿Deduzco que es inútil que yo mande o ruegue?

—Así lo temo, mejor dicho, espero que no lo haga Ud.

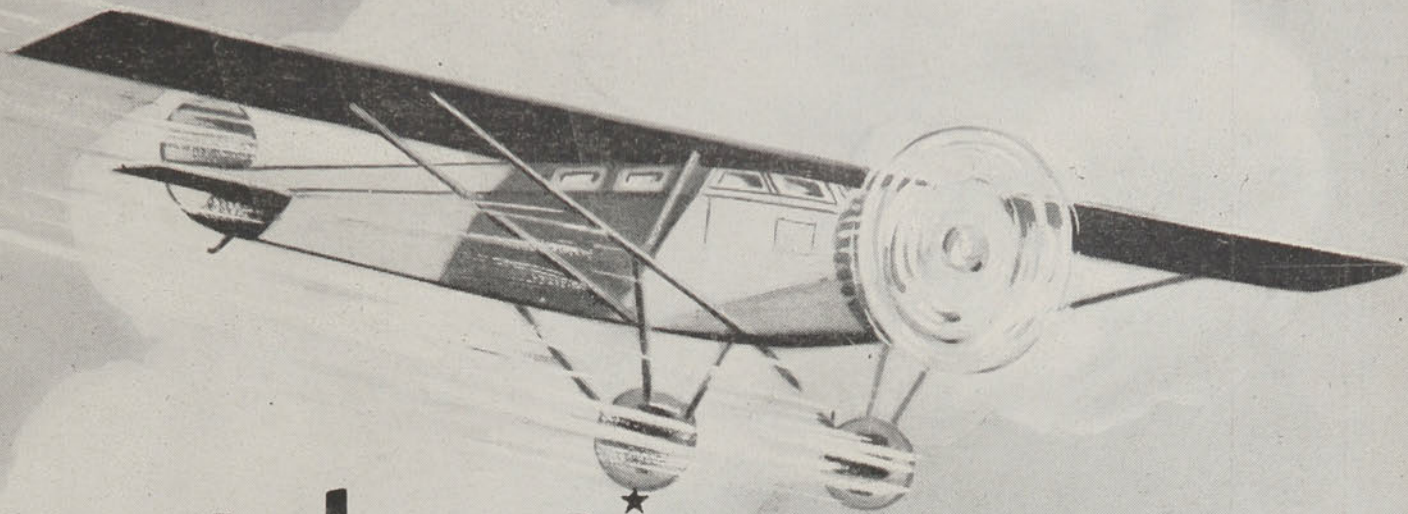
—En tal caso, no sé que más puedo decir. No me es posible impedirlo y tú no esperarás que yo te dé mi aprobación. Cuanto a mi futura conducta para contigo dependerá de las circunstancias.

—No las temo, padre mío.

—Allá veremos. De todos modos, supongo que siempre podrás vivir con lo que gane tu mujer.

La sangre afluyó al rostro del joven.

(CONTINUARA)



¡Rapidez! ...

*"Rapidez" = velocidad,
prontitud, efecto inmediato.

RÁPIDO como el vuelo de las águilas mecánicas que pasan por los aires como una exhalación, el efecto de la

CAFIASPIRINA el producto de confianza

es inmediato y alivia infaliblemente cualquier dolor—de muelas, cabeza y oído; neuralgias, jaquecas, cólicos en la mujer, etc.,—con la ventaja de que produce bienestar general y tiene la virtud característica de ser absolutamente inofensiva.

Exíjase el envase original: tubos de veinte tabletas o sobrecitos de una.





EL VIERNES PROXIMO,

«BIBLIOTECA ZIG-ZAG» edita en su número 29 y por \$ 1.40 una selección cuidadosa de temas originales del distinguido escritor chileno D. Benjamín Vicuña Mackenna, bajo el título de

“MISCELANEA”

La confección del prólogo y la selección es debida al distinguido pedagogo chileno don Eliodoro Flores.



recio: \$ 1.20

102

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
DISEÑO: HERNÁNDEZ Y PÉREZ

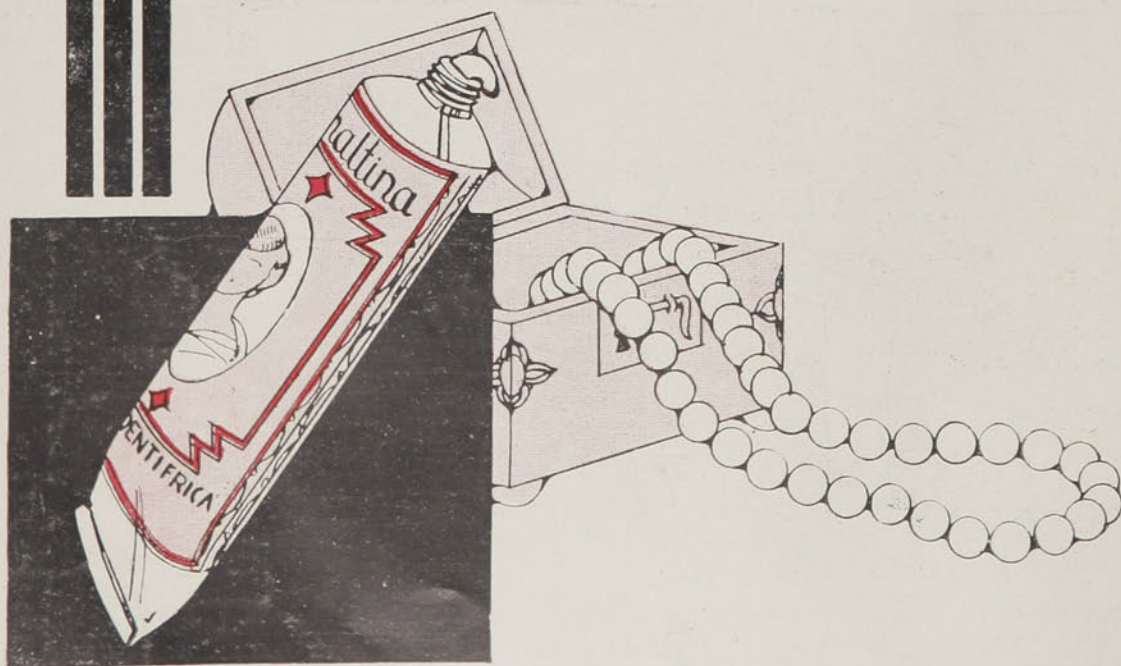
BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
REPOSICIÓN DE FOLIOS
S. A.

BIBLIOTECA NACIONAL
S. A.
SANTIAGO DE CHILE



Una nota blanca
que llena de luz y de ex-
presión el semblante, es
la dentadura, finas perlas
de inestimable valor que
es preciso conservar con

PASTA ESMALTINA





Revista Quincenal

AÑO IV. NUM. 102

SANTIAGO DE CHILE

1.º de septiembre de 1931

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

Nuestras Escritoras Elvira Santa Cruz Ossa

(ROXANE)

Su viaje alrededor del mundo.—Superávit y libertad.—La Canción Nacional en Panamá.— Manila y el voto femenino en Chile.— Alessandri y los deportados de Pascua.— Moraleja.

La encuentro en su casa de la calle Buenas, casa que es un pequeño y grande ejemplo del esfuerzo económico que puede realizar una mujer hábil, llena de talento y de voluntad como es Elvira Santa Cruz. Recuerdo haberla conocido en el Club de Señoras, como novelista y cronista de Vida Social en «Zig-Zag», trabajando mucho, pero muy distante entonces de su situación actual de mujer casi rica, con linda casa, coche (que no debe), y dos largos viajes al extranjero costeados de su peculio particularísimo. Elvira tiene fama de ser tan inteligente como huraña y algo de esto hay en ello, me refiero a lo de huraña, pero tiene bondad; es valiente y, como tal, leal. (La lealtad es condición de valientes) y cuando quiere, y quiere casi siempre, es más gentil que nadie, llena de delicadeza, comprensión y buena voluntad para con todo el mundo. Sin abundar en melosidades, es una mujer buena, sin envidias, y como decimos en Chile, noblota. Como escritora y como periodista, sobre todo como periodista ha hecho una labor brillante. Tiene una novela, varias piezas de teatro y un sin número de artículos muy finos, muy movidos, con verdadero sentido y conocimiento de lo que debe ser el periodismo. Es directora de la revista infantil más vieja y de más circulación, «El Peneque», que ha llevado hasta una tirada no alcanzada jamás por ninguna revista ni periódico en Chile: 80.000 ejemplares.

Me recibe con sonrisa afabilísima. Somos muy amigas. Por mi parte siento mucha estimación por la mujer valiente y de empuje que es ella, aquí en Chi-



Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane).

le, donde ni aun los hombres abundan en estas cualidades. Nos sentamos junto a su chimenea, donde el fuego crepita y chisporrotea mansamente. Yo vengo a interrogarla respecto de su viaje alrededor del mundo. Desde luego sé que está escribiendo un libro con las memorias de ese viaje, un libro para los niños, novedad que acogerá el mundo infantil, viajero por naturaleza, con enorme interés.

Aunque no quiero hablar de política, luego estamos en ello. No es fácil prescindir de comentar situaciones tan interesantes para todos.

Elvira fué siempre una protesta viva del régimen, como ella dice: Quisieron deportarla. Y aun conserva la citación a la Prefectura de Investigaciones, que me enseña.

—La primera vez que llegué a Europa todo el mundo hablaba del superávit y creía en Ibáñez. Desde hace pocos meses cuando el dinero se acabó, pasó Ibáñez a ser un mentecato. ¿Sebes? Cuestión de estómago, nada más.

Hace una mueca desdeñosa.

—Ahora llegué a los gritos de libertad. La primera vez que salí a la calle, encontré un meeting de estudiantes que llenaba totalmente la calle Ahumada. Me maravillé.

No puede menos de pararme en la acera y gritarles:

¡Por fin!

Le pregunto como se le ocurrió realizar este viaje. Me cuenta:

—Vino Inés Echeverría y me entusiasmó. «Debes venir conmigo. Decídete». Y como yo estoy siempre decidida a preparar una maleta...

—¿Cuánto costaba ese viaje?

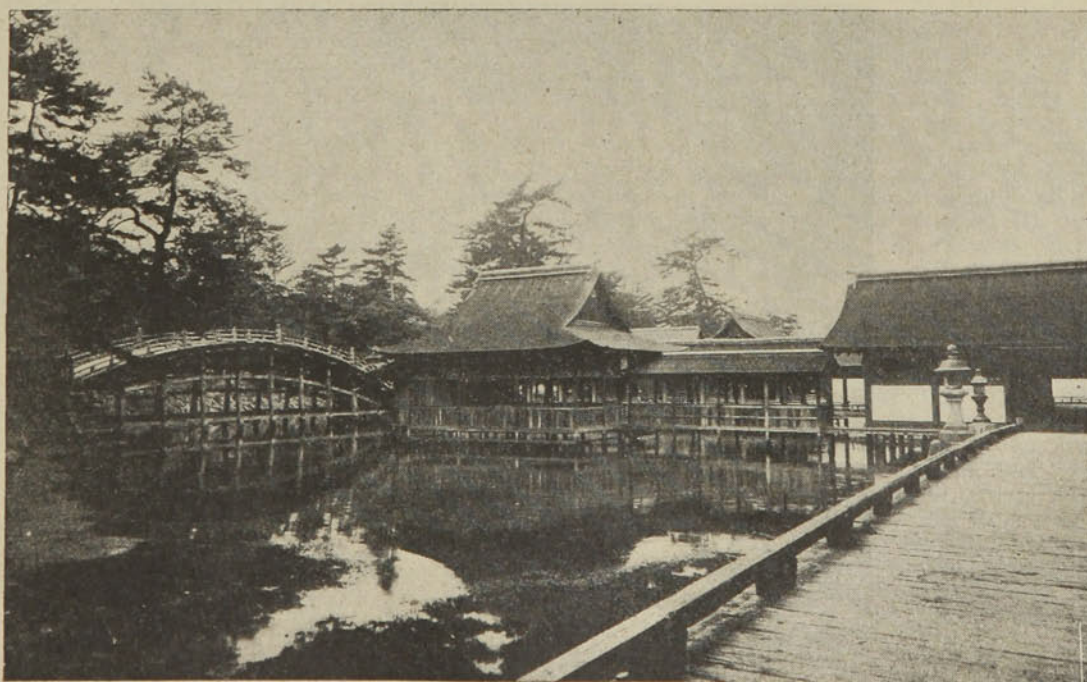
—Veintiocho mil pesos, el pasaje únicamente.

—No es poco.

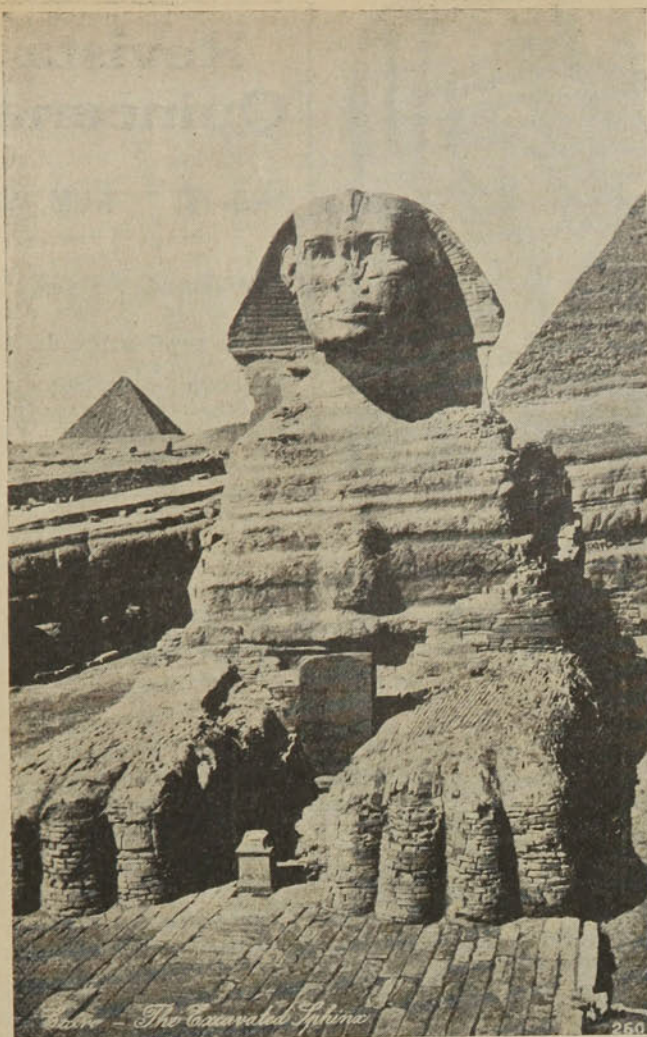
—Es poco para el goce que representa. He descubierto en mí un alma viajera infatigable.

Enciende un cigarrillo y me da otro. Luego nos embarcamos a ambas... en los recuerdos.

—Cogimos el



Miyajima, la isla japonesa donde nadie nace ni muere.



Enfrente a la Esfinge, en el Cairo.

Santa Clara. En Panamá me aconteció la primera aventura. La señora Neira de Calvo, escritora y maestra, dió una fiesta en nuestro honor en la cual reunió ochocientas alumnas, que para festejarnos, a Inés y a mí, comenzaron por cantar la Canción Chilena. ¡Qué dulce y extraña sueña esta canción en tierra extranjera! Y qué extraño me sonaba a mí sobre todo esa frase que tantas veces oyerá antes, y que repetida ahora por esos cuantos cientos de muchachas, repercutía dolorosamente en mis oídos: "O el asilo contra la opresión... O el asilo contra la apresión..." Discursos. Inés susurró a mi oído: "Contesta. Yo no sirvo para hablar en público". Me puse de pie. Hilvané unas frases de gratitud. De repente pasó algo por mí. Una rara violencia, que hacía hervir mi sangre. Efectos de la canción recién escuchada. Perdí el control, y comencé a decir que aquella canción mentía, que no éramos libres, que se nos tiranizaba y se nos vejaba. Me volví elocuente. En las primeras filas, veía llorar a las chicas. Un instante después comprendí que no había hecho bien. Pero no podía retroceder.

Tres días después anunciaba la radio del vapor que en aquel mismo sitio había habido un movimiento militar que se había apoderado del gobierno. Estábamos ya en el Belgenland, barco bellísimo en el que habíamos de dar la vuelta al mundo, con cinco cubiertas, teatros, piscinas, salones de conferencias, cine, etc.

El primer sitio desconocido donde arribamos, quiero decir que no conocía yo, fué California. Estuvimos en los Angeles, ciudad donde la civilización y el progreso humano han andado más ligero que en otra parte alguna de la tierra. Hace treinta años nada más, estaba

en vigencia en California un decreto que prohibía el tránsito de más de 1000 cabezas de ganado de una vez por las calles. Ahora es una ciudad bellísima sobre toda ponderación, con un clima maravilloso. En Beverley Hills, tienen sus residencias particulares los artistas de Hollywood, esos seres de carne y hueso cuya sombra se proyecta hasta en los últimos confines de la tierra. Tienen allí moradas principescas de todos los estilos. En las granjas californianas, los naranjos, por ejemplo, forman hileras iguales y tan estratégicamente colocados están, que les da el sol parejamente por todas partes y sus naranjas son absolutamente todas del mismo tamaño. Los manzanos lo mismo, cargados de fruta en forma increíble, ostentan manzanas bellísimas, como las naranjas, todas iguales. Las escuelas de California son, sin excepción, escuelas granjas. Los chicos cultivan la tierra y se familiarizan con los animales. Durante los recreos se ve a los más pequeños llevando en brazos sus patos y sus ganzos. Dicen que el oro de California fué un "bluff" pero lo que no es un "bluff" es el oro líquido que exprimen sus naranjas que es una riqueza efectiva y enorme para ese país. Los californianos no son rubios, sino trigueños y tienen una sensibilidad latina. Fué allí donde embarcó Douglas Fairbanks en nuestro barco.

—Leí ese artículo en Zig-Zag.

—También viajamos con Einstein de Balboa a California.

—¿Cómo es Einstein?

—Su persona no tiene nada de particular aparte de ser muy esquivo. Tiene una extraña cabeza que habrás visto en fotos.

—Sí.

—Llegamos a Hawai. Conocimos Hilo, el cráter en ebullición perpetua. La lava corre y corre siempre, pero por donde deja de correr, surge inmediatamente una vegetación frondosísima. En Honolulu, subieron al barco las hawaianas y nos colocaron a todos collares de flores. La vida es allí muy pagana con una sensualidad adormilada y tropical.

Días después desembarcábamos en el Japón, que al principio me entusiasmó muchísimo más que después. El Japón es el país más religioso del mundo y el culto está allí vivo, como no lo está en ningún otro sitio. Además es un país sumamente patriótico y su amor por la cultura es tal, que las escuelas se hacen estrechas para la gente que se precipita en ellas, ansiosa de saber. No es verdad que visten a la europea. Los japoneses y las japonesas llevan el traje nacional en todas partes.

—¿Son limpios?

—Limpísimos, como que su religión les obliga a bañarse todos los días. El teatro es una cosa única y de un interés enorme en el Japón. Difiere desde luego, totalmente del nuestro. A mí me dió la clave del teatro ruso modernista que evidentemente se ha influenciado allí. La orquesta está dentro de la escena y complementa maravillosamente las partes dramáticas con notas tan simples como expresivas. Los japoneses son artistas consumados. ¡Ah! y la representación dura tanto que comienza a las dos de la tarde y termina a las diez de la noche. Con tal motivo los teatros son una especie de grandes casinos donde hay de todo. Una vez terminado el primer acto, le llamaremos así, la gente se pone a comer. Les traen en bandejas de laca, arroz, pescado, raíces de bambú y otros guisos japoneses.

—¿Tú comiste?

—Ya lo creo.

—¿Y no es malo?

—No, es bueno. Se escucha otro acto y viene otro intermedio.

Entonces el público marcha a las piscinas. Hay una para los hombres y otras para las mujeres. El agua está muy caliente y forma neblina espesa. En la piscina de las mujeres donde estuvimos mirando,



En el Japón. — Visitando los templos de Nikko mientras cae la nieve.



Roxane, en el Acrópolis.—Atenas.



Un joven árabe en el Cairo.

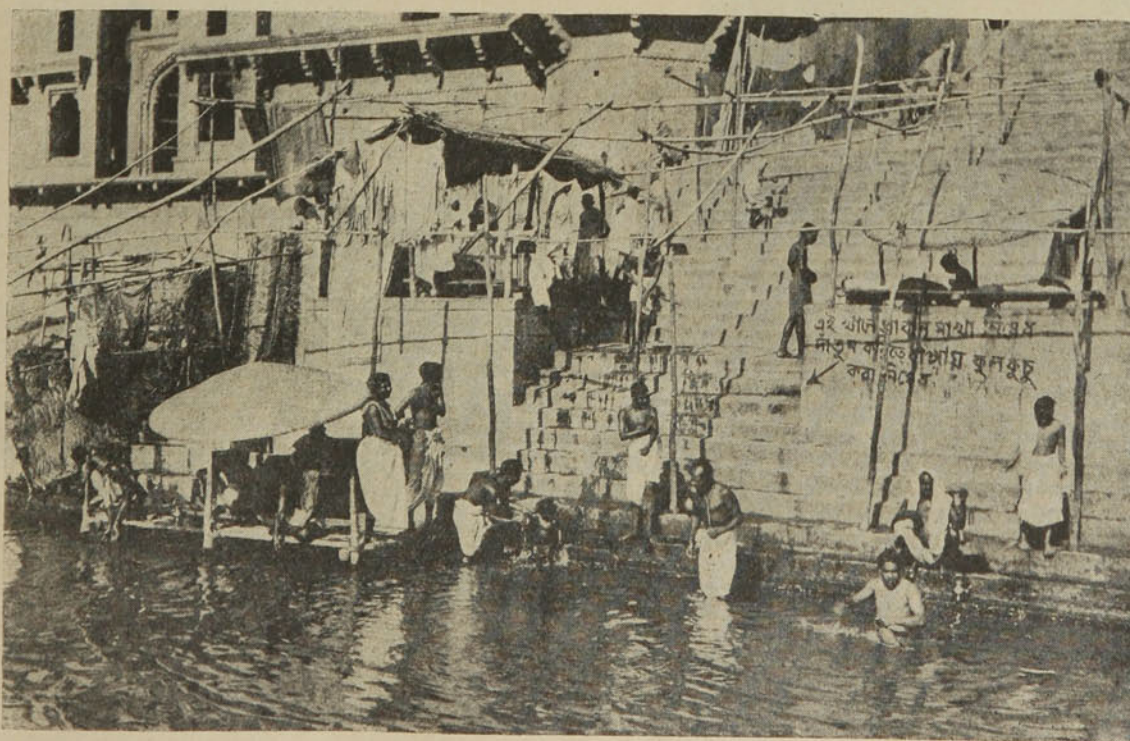
vimos desvestirse parsimoniosamente a las japonesas y desvestir a sus niños. Se meten en el agua desnudas completamente sin que ello parezca preocuparles, a pesar de nuestra presencia de extranjera. Lo mismo hacen con su hijo. La mujer japonesa es un doble: siempre lleva un niño a cuestas. En seguida se secan y se visten dos o tres kimonos de telas diferentes que acaban por ceñir a la cintura con el obi bordado.

¿Y qué objeto tiene ese baño en medio de una función de teatro?

—Probablemente dar facilidades al público que por una u otra razón no ha cumplido el precepto religioso de bañarse. Otro de los cultos profundos del pueblo japonés es la persona de su Emperador. Allí el Emperador tiene origen divino. Probablemente el joven y culto Emperador del Japón actual no cree en la divinidad de su origen, pero el pueblo sí lo cree y lo mira como a persona sagrada, o mejor dicho no lo mira, porque una de las formas de su respeto hacia él, es no mirarle jamás. Cuando

pasa humillan la vista sin fijarla nunca en su divina persona. Y para que sepas hasta donde llega la veneración por el Emperador, existe allí la costumbre que cuando el soberano como con diplomáticos extranjeros éstos encuentran al volver a sus coches respectivos, un envoltorio maravilloso; tú sabes que los japoneses son incomparables en el arte de envolver las cosas. Dentro de ese envoltorio están los restos de comidas que el diplomático dejara en sus platos mientras cenaba con el Emperador. Estos restos no pueden perderse siendo como son, sagrados, ya que provienen de la mesa imperial. El diplomático entonces debe obsequiarlos a una familia japonesa que hace a su vez una gran fiesta y convida amigos, para comerse las preciosas sobras.

Visitamos las islas del mar interior. Entre ellas, Miyajima, dedicada exclusivamente al culto sagrado. En aquella curiosísima isla nadie nace ni muere. Cuando una mujer va a dar a luz se le saca en seguida de la isla para que su vástago no venga al mundo allí. Otro tanto ocurre con



El río sagrado del Ganges en Benares.

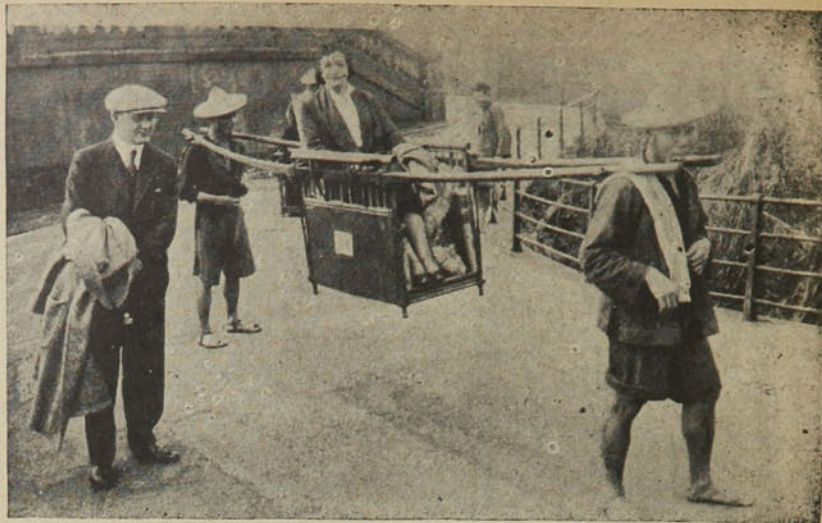
los moribundos. Se les aleja inmediatamente que se tema que se puedan morir. Con excepción de el venado no hay animales en la isla. El venado es el único que puede vivir en ella porque se le estima como sagrado. Tampoco circula por sus calles vehículo alguno. Por lo demás, casi hay sólo templos. El Emperador viene también a Miyajima una vez al año para orar.

En cambio en Osaka donde fuimos después, corren vientos modernistas. Allí vimos el teatro moderno japonés, con trescientas girls que bailan tan bien como las americanas. En Osaka oímos cantar la ópera "Carmen" a una compañía japonesa.

—¿Bien?

—Maravillosamente. Eso sí que en el Japón no hay teatro mixto. La "Carmen" de que te hablo la cantaban mujeres, solamente mujeres. Ellas tomaban también los papeles masculinos de la pieza. En cambio, en el drama japonés, todos eran hombres incluso las mujeres del papel estaban representadas por artistas del sexo masculino, disfrazados.

Marchamos a Pekín. Visitamos la Ciudad Prohibida de los Emperadores que se mantuvo cerrada durante cuatro mil años. El chino es tan diferente del japonés, que sólo se le parece en la oblicuidad de los ojos. A propósito de ojos oblicuos, olvidaba decirte que tanto en uno como en otro país, donde abunda el cine como en Occidente, los affiches de Mary Pickford y Joan Grawford, llevan los ojos oblicuos. Parece que no conciben el ojo horizontal. Volviendo a los chinos y a sus diferencias con



Roxane, llevada en baldequín por los coolies de Hon-Kong

lla que antes circundaba el territorio chino y que hoy, por haberse éste extendido queda dentro de los límites del país. Fuimos a Shangai después, puerto de marineros y comerciantes donde recalcan innumerables barcos. Esto lo hace extremadamente agitado y vicioso. Allí es donde residen las famosas cortesanas tártaras.

Marchamos en seguida a Hong-Kong o sea, a la China revolucionaria. El chino cantonés es levantisco e inteligente. Es el chino que sale al extranjero, el único que sale de su país y que acude a las universidades de Europa. El chino en fin, que conocemos, que tiene en todas partes despachos o comercio. El que hace fortuna y que es al Oriente lo que el judío a Occidente. Hong-Kong, tiene una bahía tan superlativamente bella, que las bahías que tienen fama de bellas en el mundo, como la de Nápoles y las de Río de Janeiro, no lo son, comparadas con la de Hong-Kong.

Desde ahí nos trasladamos a Manila, que continúa en poder de los Estados Unidos por aquella vieja razón que dan los más fuertes para apoderarse de los más débiles: "No están capacitados para manejarse solos". Es la misma razón que tienen



El Buda de Jaspe en la Ciudad Prohibida de Pekín.

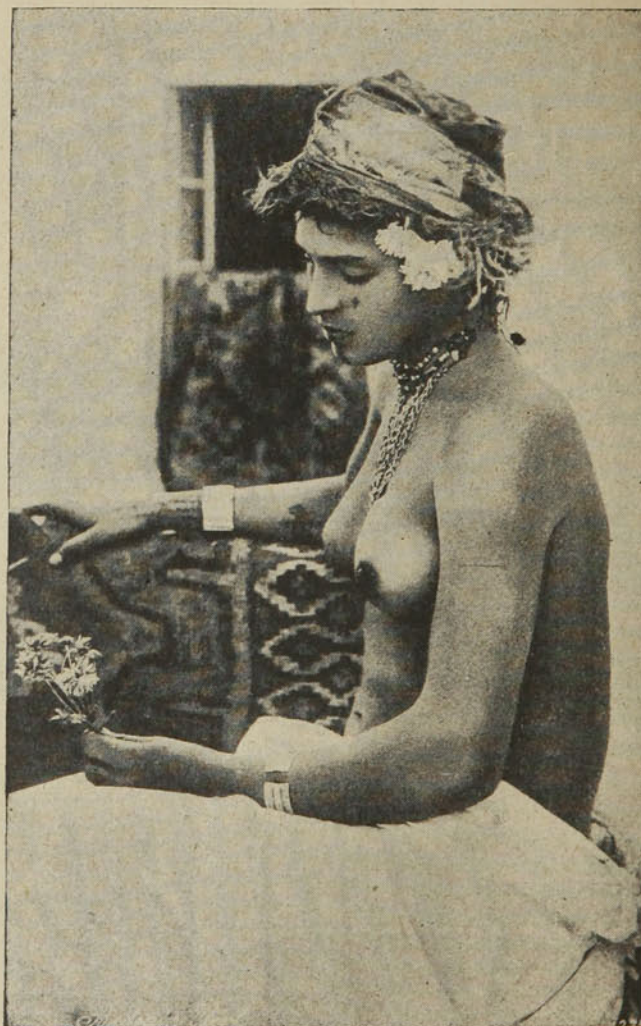
los japoneses, los chinos son tan descreídos como religiosos estos.

Los japoneses tienen otra ventaja: poseen espíritu imitador y junto con ello el tino suficiente para imitar de cada país lo mejor que el país posee. Por ejemplo, el japonés ha imitado a los Estados Unidos en su culto por el niño. El niño japonés es un Dios como el niño americano. No les inquieta el desarrollo de su población. La vida, la salud, al bienestar de un niño japonés, son preocupaciones de primer orden para el gobierno y para los más modestos ciudadanos.

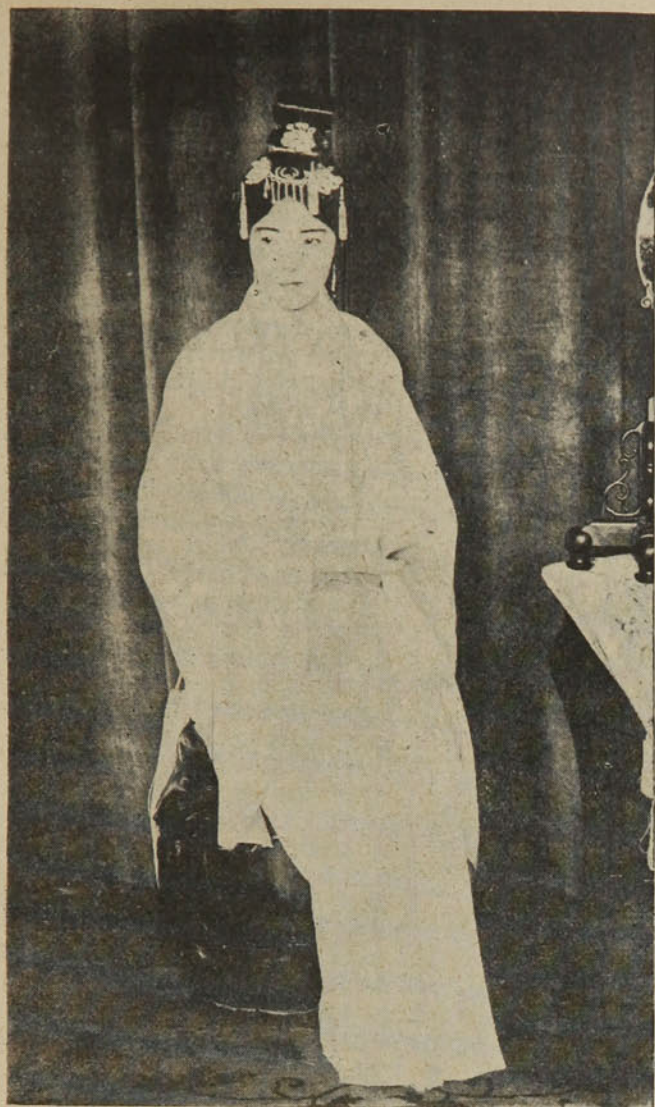
—Quiere decir que el Japón es un país extraordinariamente estimable.

—Los chinos veneran a Confucio, pero no como a dios sino como a profeta sabio y filósofo. Se guían hasta hoy por sus doctrinas, dentro de cuya legislación hay este detalle curioso: el emperador daba siempre la derecha a los intelectuales y la izquierda a los militares. Toda máxima de Confucio da preeminencia al espíritu.

Estuvimos en Pekín quince días. Visitamos la Gran Mura-



Una joven beduina en el Cairo.



Una joven mandarina, prima del Emperador de la China.

los hombres, entre nosotros por ejemplo, para negarnos el voto. Cualquier imbécil con pantalones puede votar, pero las mujeres, no. No están capacitadas.

—No, en realidad. Aunque se ganen la vida y a veces la de sus maridos. Aunque eviten el desequilibrio económico en hogares donde el marido tira el dinero por la ventana. Aunque tengan casi exclusivamente sobre sí la educación de sus hijos, aunque sean a veces en las

embajadas, el verdadero diplomático y en el gobierno el verdadero gobernante.

Son incapaces, aunque en la clase popular sostengan con un trabajo superior a la fuerza de tres hombres al marido borracho y a los hijos raquíticos. Porque el heroísmo de la mujer del pueblo merecería llenar de innumerables monumentos nuestros jardines públicos y la Historia de páginas angustiosas. Pero tú dices bien, “no están capacitadas, como Manila, para gobernarse solas...” no nos pongamos líricas, ¿qué más?

—Fuimos a Siam. Generalmente es este un sitio que no ven los viajeros que dan la vuelta al mundo. Hay allí templos budistas preciosos. Las máximas religiosas son muy bellas. Cada ciudadano debe permanecer un año en un convento de mendicantes. De esta obligación no se libra ni aún el hijo del

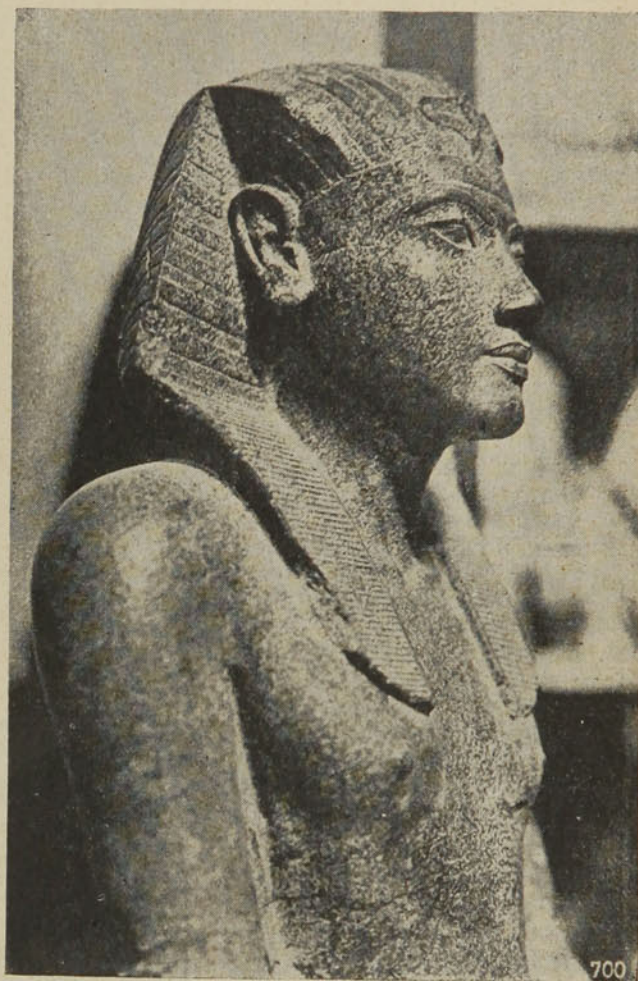
rey. Durante aquel año, el ciudadano siamés entregado a esta prueba, sólo puede comer de limosna y vestir un traje talar de color amarillo. Llevan la cabeza rapada y dejan transcurrir el tiempo estudiando los libros sagrados de Buda.

—¿Cómo es el físico de los siameses?

—Tienen la tez ligeramente cobriza y hermosas facciones. El actual rey de Siam tiene veintitrés años y vive en un palacio renacentista divino. Tiene un elefante sagrado, el elefante blanco que debe tener todo rey de Siam, y que por lo general tiene su edad.

—¿Es blanco de verdad?

—No, es gris perla. Pero además tiene el rey de Siam tres monos blancos sagrados. Estos sí son blancos, blancos como la nieve. Los templos son muy curiosos. Desde el techo de sus corredores, cuelgan innumerables campanitas, que el viento mueve y que producen deliciosa armonía. Dentro hay altares de ofi-



Tutankamón.

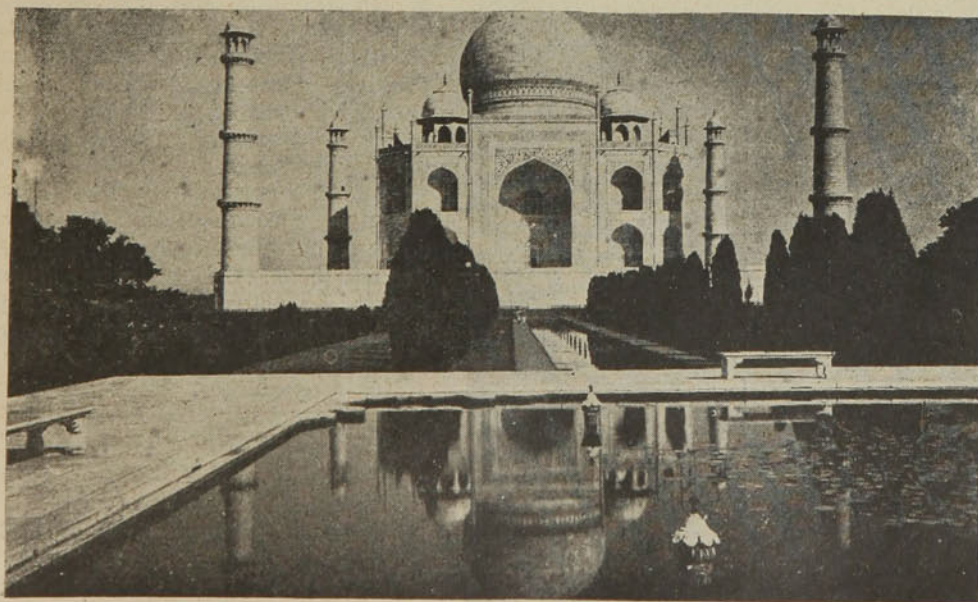
cios místicos, como en los templos católicos.

Desde Siam fuimos a Singapoor, que pertenece a Inglaterra y que es muy famoso por sus bosques de caucho. Marchamos después a la Oceanía, a las islas de Java y Sumatra.

—Allí está Neruda.

—Sí, que se ha casado con una javanesa muy simpática. El Gobierno anterior le quitó el consulado de Batavia y ahora está en una desesperada situación. Este Gobierno no debe olvidarlo.

Llegamos a Ceylán, el paraíso terrenal, según afirman. Hay ahí una montaña llamada el Pico de Adán, que según la leyenda, fué el sitio exacto donde se instaló el ángel que les arrojó del Paraíso. Tiene Ceylán una vegetación prodigiosa: vainilla, café, nuez moscada, té, caucho, azúcar, arroz, bananas, todos los frutos de la naturaleza. Posee, además, playas magníficas. Su principal ciudad es Colombo, con un millón de habitantes. Dicen que allí están las razas más viejas del mundo.



El Taj-Mahal de Agra en la India. — Tumba de la esposa de Sha Jehan.

Seguimos a Bombay la puerta del Asia. Hay, efectivamente, una puerta colosal. Comenzamos entonces el más horrendo peregrinaje al interior. Llegamos a Benarés, a las orillas del Ganges, donde se incineran los cadáveres en las márgenes del río. Allí viven los Marajah. El espíritu de ese pueblo es muy materialista. El animal sagrado es la vaca que circula libremente por las calles. Si se detiene frente a un Banco, cesan las operaciones comerciales, hasta que al divino animal le de la real gana de quitarse de allí. Hay en ese país 60 millones de hindúes y 65 millones de mahometanos, lo que provoca frecuentes guerras religiosas. Cuando pasamos por allá nos tocó ver una horrible matanza entre indúes y mahometanos.

Conocimos de vista Mahta-Ghandi, que es descarnado como un esqueleto, tiene ojos muy brillantes y usa anteojos. Le llevaban sentado en una especie de litera. Para esa gente es casi un Dios. Apenas come. Lleva una vida de asceta. Le seguían 50 mil hindúes, vestidos con la camisa de tela tejida por sus mujeres. Según los hindúes todo debe ser fabricado por ellos mismos, sin comprar nada del exterior.

Pudimos hablar con la poetisa Naidú, que quedó a cargo de toda la secta ghandista, cuando Ghandi estuvo en la prisión.

Delhi, la capital de la India, consta de siete ciudades. Visitamos Agra, donde está Tag-Mahal, edificio-sepulcro de belleza insuperable, considerado como una de las grandes maravillas del mundo. Es la tumba de la mujer de Sha Gehan. Cuando murió ésta, Sha-Gehan, su marido, hizo construir para guardar sus restos, ese edificio maravilloso. Más tarde su hijo lo encerró en la Torre del Jazmín, en castigo por haber construido tan suntuoso sepulcro y haber derrochado tanto dinero. El desgraciado Sha-Gehan pudo al menos morir contemplando las blancas murallas que guardaban los restos de su tan amada mujer.

Vimos procesiones de Marajahs en elefantes. Montamos también en elefantes con el objeto de escalar montañas y conocer templos milenarios. Presenciamos el entierro de un parsis, esas gentes que siguen la religión de Zoroastro, los oligarcas hindúes que adoran el fuego, el sol y la tierra y no pueden quemar ni enterrar los cadáveres, para que los cuerpos impuros no rocen, el para ellos, polvo sagrado.

—¿Y qué hacen con los muertos?

—Los colocan sobre grandes torres, llamadas Torres del Silencio, en torno a las cuales pululan buitres gordos y repugnantes. En cuanto se deja allí un cadáver, los buitres, siempre en acecho, lo devoran



Artista javanesa.



Danzarina sagrada de la época faraónica.

en seguida, dejando los huesos limpios. Estos huesos caen por una suave pendiente, hasta un sitio donde el sol abrazador de esas regiones les da de lleno y los convierte rápidamente en polvo.

—¡Qué horrible país! ¿Y son muchos esos individuos?

—Los de Bombay son 50 mil, todos ricos, comerciantes o banqueros. Vinieron a Persia.

Visitamos Luxos. Llegamos al Cairo donde vimos museos y la tumba de Tutankamen. También las momias de Ramsés II y otros emperadores.

Fuimos a Grecia. Vimos lo que hay que ver allí: el Partenon, la prisión de Sócrates, los templos de Venus y de Apolo, etc. Fuimos a Sicilia. Admiramos la tumba de Virgilio. Pasamos por Nápoles. Desembarcamos en Mónaco. Llegamos a París. ¿Y sabes lo que me encuentro allí? ¡Pues con todo el Oriente en la colosal Exposición Colonial. Renové mi viaje, con qué placer!

Visité Londres y volví por el Atlántico en el "Reina del Pacífico", barco excelente, entre paréntesis. También estuve algunas horas en La Habana. En París encontré a Alessandri. Tuve conocimiento de que él solo había sacado a los desterrados de la Isla de Pascua. ¡Llegué a Chile a los gritos de Libertad!

Moraleja: que nadie salga a viajar. La añoranza es después inmensa.

—¿De modo que tu sed de viaje no está satisfecha?...

—¿Qué va a estar? Somos infatigables para la dicha. ¡Y yo soy tan dichosa fuera y aquí tan melancólica! ¡Me distraigo con mi trabajo, pero, ay de mí!, si por obligación u otra razón cualquiera asomo las narices en sociedad. La dueña de casa es todo un espectáculo. Tiene un repertorio de saludos para sus visitas. Si los apellidos son cuatro, un estrecho abrazo, y cuando los cuatro apellidos se marchan, los acompaña hasta la puerta de calle. Si los apellidos son dos, el abrazo es más flojo. Si es uno, no hay abrazo. Si no es uno, hay apenas venia. ¡Ya ves cómo campea el insulto ahora por esas calles de Dios! ¿Pero es que no hay otra cosa en qué ocupar la libertad?

Tan otra soy cuando me marchó, que no me reconocerías. A bordo se dió un banquete cuando íbamos a desembarcar. Un pasajero brindó por mí en estos términos: "por Roxane, que ha movido a la gente y al barco".

Nos despedimos. Yo recuerdo lo que dijo Paul Hazard de ella en L'Amérique Latine: "Si hubiera nacido en Francia o Inglaterra, sería un talento internacional." Pero como nació en el último rincón del mundo...

M. M.

Tristán Bernard



El helado

Tal vez no fuera de mucha edad la señora Gantellier en la época en que me daba lecciones de Historia y de francés. Pero yo sólo tenía ocho años, y todas las personas que habían cumplido los cincuenta me parecían viejas.

La señorita Gantellier era alta y gruesa. Venía a casa tres veces por semana, de cuatro a cinco. ¡Qué larga era una hora cuando tenía que dar clase!

Algunos días respondía a sus preguntas con una rapidez mecánica; otras veces toda la inteligencia que tenía salía bruscamente y me quedaba con la boca y los ojos muy abiertos. Y la señorita Gantellier repetía y gritaba sus preguntas como un cartero en casa vacía...

Otras tardes era peor, pues dando vueltas sobre mi taburete, como un sacacorchos, parecía concentrar mi atención con una energía terrible, frunciendo las cejas y apretando los labios. Sufría visiblemente por no escuchar.

De pronto se establecía el contacto entre la pregunta y la respuesta, y al oír: “¿Quién ganó la batalla de Voulle?”, contestaba: “Clodoveo”, en un tono apresurado y desdeñoso.

Papá propuso un día que cada vez que aprendiese bien la lección, mi profesora y yo iríamos a tomar helados.

Ibamos los dos a la confitería. Yo tomaba un helado de chocolate; mi institutriz, de vainilla. Entonces a ella le tocaba aislarse del mundo.

Terminaba antes que ella y podía observar cómo saboreaba con los ojos cerrados, casi en éxtasis, el grato sabor de la vainilla helada.

Desde aquel día siempre di las lecciones admirablemente.

La señorita Gantellier, durante los sesenta minutos que me consagraba, era muy rigurosa, pues la perspectiva del helado no había disciplinado mi alma vagabunda.

Pero cuando llegaba papá y mamá, al acabar la lección, la profesora respondía invariablemente:

—Hoy ha sido una clase bien aprovechada.

Y nos íbamos a la confitería.

Un día fué peor que nunca. Había mojado el dedo en la tinta, había mascado papel y había sido incapaz de terminar los nombres más conocidos cuya primera y segunda sílabas me indicaba generosamente la señorita Gantellier.

Al final de la clase me había dado cuenta de que el veredicto sería condenatorio, y entonces, temeroso de oírlo formular, me adelanté y, con lágrimas en los ojos, grité a mi padre en cuanto le vi aparecer:

—¡Hoy he sido malo, papá!

—¡Ah! — dijo mi padre sin gran convicción.

Pero, esclavo de los principios, añadió:

—Entonces hoy no habrá helado.

Siguió al fallo un gran silencio. De pronto, pareció descender del cielo una voz de bondad, de suprema indulgencia:

—Perdone usted, señor. No ha sido malo, sino atolondrado. Otra vez será más dócil y más atento...

Papá, cuyo único deseo era cesar en su severidad, sacó del bolsillo el dinero para pagar los helados.

Salimos la profesora y yo. Iba a mi lado enorme y silenciosa.

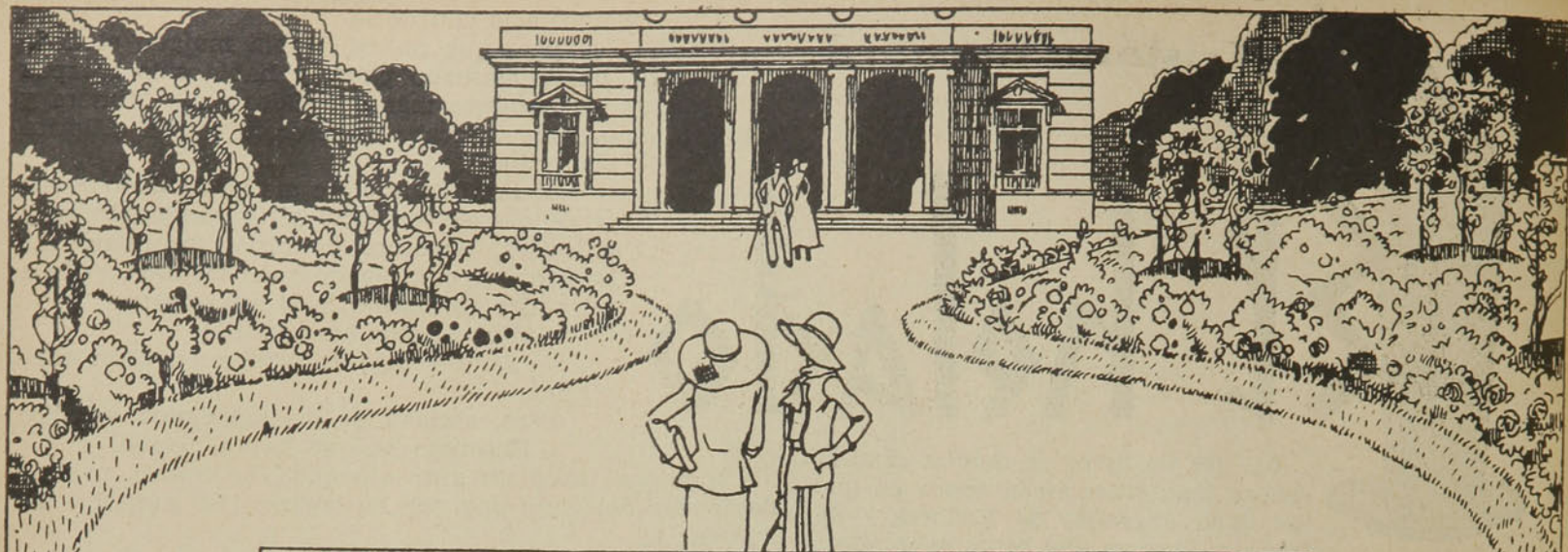
Al fin se decidió a hablar:

En lo sucesivo tendrá muy presente que no es usted el encargado de decir si estoy o no satisfecha de su conducta. Yo soy el único juez, y tengo edad bastante para decirlo.

T R I S T A N

B E R N A R D





BAGATELAS

En la frescura del parque de Bagatela. Las avenidas están florecidas de rosas azules. Los jardineros rasuran el pasto con sus diminutas máquinas automóviles. Me imagino que la hierba exclama al verlos; "¡Es preciso cortarme los cabellos, hijo mio!"

Las materias empleadas para la fabricación del tulipán son: la porcelana, el terciopelo, la piel de durazno, el amarillo de huevo y la carne de una muchacha.

Dos cisnes, vestidos de tafetán negro, en el borde del minúsculo estanque, posan gravemente para un pintor paisajista que se pregunta, echando sobre su tela la doble mancha roja y blanca de sus picos, si no debe poner en la punta, un pequeño toque de azul.

Las rosas con las cuales mi hora florecía, de repente imagino que las veo de nuevo festoneando con gracia conventos y castillos y divinos jardines con sus pistilos tiernos.

Rosa inocente y cándida frente a María Virgen, rosa prendida a un seno joven e ilusionado, rosa viva en la dulce penumbra de la tarde cuyo destino es morir en un beso largo.

No creáis que es prohibido hacer literatura al pie de las rosas. Pero este honor sólo lo alcanzan los jardineros locos de las rosas. El madrigal debe consistir en una simple palabra.

Las rosas eran sólo blancas en el principio del mundo, — dice una vieja leyenda. Permanecieron blancas hasta que Eva perdió su inocencia. Cuando ella pecó, se colorearon por primera vez de rojo púdico, . . . quizás celoso. Si la historia no miente, mucho hay que perdonarle a la primera mujer.

¡Y a sus descendientes, que, a jugarlo por los diversos matices con que se coloran ahora las rosas, desde el rosal tierno hasta el purpurino casi negro, pasando por el amarillo azufre, las mujeres deben cometer ahora muchas variedades de pecados!

G. A. MASSON.



El Centenario del Soneto D'Arvers P o r ALBERIC CAHUET

Hemos vivido estos últimos doce meses en una fiebre de conmemoraciones. A 1930 debemos los más hermosos centenarios. ¿Qué nos traerá en este orden de evocaciones el año 1931? Ya se consultan las enciclopedias y se consultan los archivos. Las efemérides seculares son ricas en temas de actualidad. A condición de estar muerto o de haber nacido hace cien años, se convierte cualquiera en un hombre del día. Las obras olvidadas son, después de veinte lustros, comentadas y puestas en acción. Sigamos esta moda, esta boga, esta corriente y conmemoremos el centenario no de una época, ni de un personaje, de una conquista, ni de una revolución, sino de un soneto, ¡oh! sí, sencillamente de un soneto, un soneto que ha vivido ya cien años, y que vivirá seguramente durante muchos siglos más, el ángel y el príncipe de los sonetos de amor: el soneto de Arvers.

¿Todavía romanticismo? Sin duda, y ¿por qué no? La época ha sido despertada con demasiada violencia para caer tan pronto y de nuevo en el sueño. La fiesta y la querrela continúan. Arvers es un enamorado del tiempo de Luis Felipe. Su soneto es de 1831 más que de 1830, o quizás si él ya estaba inspirado de antes, pero no aún escrito. De esto, podemos estar seguros. Esta confesión discreta y célebre, se dirige a una mujer casada. La inspiradora, que hoy se conoce perfectamente, estaba aún soltera en el año 1830. Se casó al año siguiente, y fué sin duda en esta época cuando se escribió en su álbum la confesión velada y rimada.

«Poeta y autor dramático»—dicen los enciclopedistas. Arvers había nacido en 1806, en París, donde debía morir, en 1850. Hijo de un comerciante de vinos, sus padres querían que fuese notario, y estaba él haciendo sus estudios cuando publicó su primero y único libro de versos: «Mis horas perdidas».

Al menos la hora que consagró al soneto del álbum no resultó perdida para su gloria.

Arvers vivía ya en sociedad con los poetas. ¡Y qué poetas! Todos los del salón del Arsenal, del salón de Charles Nodier, donde se había hecho recibir por intermedio de algún amigo. Este desconocido Arvers fué acogido, como muchos otros, con el tierno opti-



Maria Menessier Nodier.

mismo de Charles Nodier, la invariable bienvenida de la señora Nodier y la encantadora sonrisa de su hija Maria. No precisamente bella, Maria Nodier, pero con ojos negros habladores, la frescura del diablo y un corazón de ángel y el espíritu de su padre. Además, una cultura forzada en este invernadero de ge-

nios. Maria era la primavera femenina de esta juventud, de la cual una mitad era ya célebre. Maria charlaba y danzaba con todos esos futuros grandes hombres, a pesar de que no debía casarse con ninguno. El que pidió su mano en 1831 no era pintor, ni poeta, ni profeta. Era sencillamente un muchacho grave que se preparaba un destino en la administración de las finanzas y ofrecía la mayor seguridad a los padres, cuidadosos de asegurar a su hija una felicidad conyugal apacible. Maria Nodier se convirtió en 1831 en Mme. Menessier, y si toda la vida del salón del Arsenal no se fué con ella, al menos dejó un vacío nostálgico que sus presencias intermitentes no llegaban a llenar. Fué sin duda con ocasión de alguno de sus regresos que Arvers escribió en el álbum de la joven el soneto que se convirtió en «el célebre soneto de Arvers».

Porque la cuestión está hoy día bien resuelta: la inspiradora fué Maria. Se había pronunciado también el nombre de Adela Hugo. Maria Nodier y Mme. Victor Hugo sabían que se sospechaba que una de ellas era la culpable «del mal sin esperanzas» y ambas, según recordaba Michel Salomón, se defendían de haber sido «la cruel». Pero, en el fondo, nadie dudaba entre los que concurrían a las reuniones del salón del Arsenal, que la señora Menessier Nodier fuera la inspiradora, y Maria era demasiado lúcida y demasiada fina, para tener ella misma dudas a este respecto.

Reproducimos este famoso soneto tal como se encuentra en el álbum de Maria Nodier, que se ha visto figurar ya en las exposiciones del romanticismo, con su precioso grabado «a la catedral» de Thouvenin y sus bolsillos nacarados, para coger los poemas sueltos. Al contrario del álbum de Alejandra y Melania Bixio, el álbum de Maria Nodier contiene exclusivamente poesías. Se encuentran allí las firmas de Victor Hugo, de Saint-Beuve y de Alejandro Dumas, de Fontenay, de Louis Deschamps, de Louis Crombach, de Melania Waldor, de Alfredo de Musset. Pero el soneto de Arvers, que hubiera parecido mal a Boileau, porque se encuentra allí tres veces

la palabra *fait*, es el único de carácter excepcional en estas gavillas románticas.

Inspirado por la muchacha, el soneto de Arvers no reveló su declaración sino a la recién casada. Para «el hombre del soneto», el mal de amor era «sin esperanzas», porque la nueva señora Menessier era del número de aquellas mujeres «al austero deber piadosamente fieles». A pesar de su pronta inteligencia, era sobrentendido que la destinataria no debería comprender. Como agregado de precaución, Arvers había declarado que su soneto era una imitación del italiano. La inspiradora estaba



El salón en el Arsenal, de un agua fuerte de Tony Yohannot. A la izquierda, contra el muco, Carlos Nodier.

así doblemente autorizada a no reconocerse y fué, creedlo bien, con su sonrisa menos obsequiosa que felicitó a su poeta por sus éxitos de teatro, la vez que éste obtenía en el teatro éxitos. Porque Alexis Félix Arvers fué, sobre todo, en su tiempo, autor dramático. En colaboración, no hizo representar menos de diez y siete piezas. El vau-devillista de antaño está bien olvidado hoy día, pero en su época,

Naturalmente, ella había comprendido y, naturalmente, no lo decía. Si ella hubiese debido decirlo, como se confiesan esas cosas después de un largo tiempo, a los términos de la existencia, y se evocan sin peligro y no sin dulzura, Mme. Mennessier Nodier se expresó sin duda con la nostalgia y la sonrisa que el señor Louis Aigoín concede a la mujer fiel al deber. Pero he aquí ahora, en gra-

to contraste, la segunda respuesta imaginada por Louis Aigoín, la de la mujer que no está propiamente obsesionada por el deber:

Sonnet

*Mon ame a son secret, ma vie a son mystère,
Un amour éternel en un moment conçu:
Le mal est sans espoir, aussi j'ai dû le taire,
Et celle qui l'a fait n'en a jamais rien su.*

*toelas: j'aurai passé près d'elle inaperçue,
Toujours à ses côtés et toujours solitaire;
Et j'aurai jusqu'au bout fait mon temps sur la terre,
N'osant rien demander, et n'ayant rien reçu.*

*Pour elle, quoique Dieu l'ait faite bonne et tendre,
Elle ira son chemin, distraite, et sans entendre
Ce murmure d'amour chevé sur ses pas;*

*à l'autre devoir pieusement fidèle,
Elle dira, lisant ces vers tout remplis d'elle,
"Quelle est donc cette femme?" et ne comprendra pas.*

seguramente Mm. Mennessier Nodier se hizo varias veces la obligación de ir a aplaudirlo. ¿Por qué no imaginar que una de las graciosas siluetas de Maria, por Deveria, no fué justamente dibujada en el palco de algún teatro en que Mme. Mennessier Nodier sonreía a las palabras con que el autor dramático y el discreto suspirante salpimentaba las réplicas de «Dos queridas», «Inglés en viaje», etc.? La imagen de una elegante de los tiempos de Luis Felipe divierte nuestras miradas. Es la moda del tiempo: cabellos tirados, peinado de flores, increíble prodigalidad de tela en la arquitectura del traje. Pero es preciso también, por espíritu de justicia, representarse a la inspiradora en los días de su frescura, en su gracia de muchacha, que debió ser sin duda su mayor encanto.

Si María Mennessier Nodier no respondió al soneto de Arvers, la tentación de responder en su lugar debería necesariamente tentar a algún poeta. Un hábil rimador, Louis Aigoín, que fué el primero, parece, en identificar para el público a la inspiradora, se puso a hacer, no una respuesta, sino dos respuestas, que aparecieron en el «Figaro» del 5 y del 9 de octubre de 1896.

La primera de estas respuestas es la de la mujer «al deber fiel», pero que, al menos, «ha comprendido». Damos una traducción libre de este soneto:

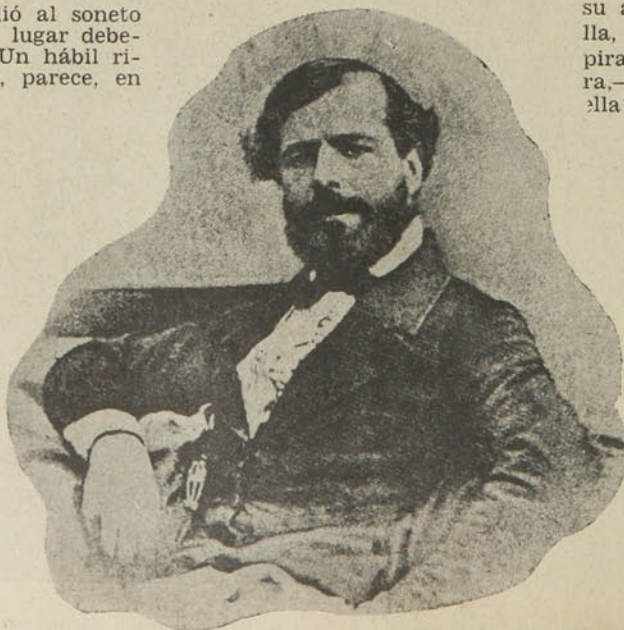
Amigo, ¿por qué dices, misterioso recelo,—que aquel amor eterno en tu alma concebido—es mal sin esperanzas y secreto escondido—y que, ignorándole ella, no te dará consuelo?

No, que ella no podía ignorar tanto celo—para que tú te sientas ignorado y perdido.—Nada podía darte si nada le has pedido—aunque no sea el suyo un corazón de hielo.

Dios puso en las mujeres pecho amante y sensible—y gustamos sentir el murmullo invisible—de una rima a la vez expresiva y callada,

y la que de un humilde deber sigue la huella,—aunque advierta que están tus versos «llenos de ella»—lo comprenderá... pero no dirá nunca nada.

Félix Arvers,



Félix Arvers.

cruel, que no advierta que se expande gozosa—su alma, con el amor, que va tras de su huella, y aunque comprenderá quién mis versos inspira,—su sonrisa inocente sostendrá la mentira,—mientras murmurará: «Pero, ¿quién será ella?»

Muchos otros sonetos inspirados en el soneto de Arvers han sido, sin duda, escritos, sin haber sido publicados. Pero hay otro que podemos unir a los precedentes, que es de una linda verba y que firma un nombre ilustre en nuestras letras, Maurice Donnay:

Ni guardar el secreto tan siquiera he podido.—¡Oh, deplorable amor, concebido en mal hora!—Todo el mundo conoce el mal que me devora.—Cuando ella me engañó, todos lo han conocido.

Ningún hombre a sus ojos le pasó inadvertido,—pues nunca quiere estar solitaria una hora.—Que hace falta ser tres y no dos cree ahora—y ese tercero es siempre por ella recibido.

Señor, que la habéis hecho tan altruista y buena—que no puede escuchar el amor que encadena—sin entregarse luego, conmovida y dichosa...

Espejo de una infiel tan amada y tan bella,—murmurará, leyendo mis versos «llenos de ella»:—«¿Sé quién es?», y su boca quedará silenciosa.

(Continúa en la pág. 49).



La playa, recortada en toda su extensión, por los bordados con que cruzan la arena, los innumerables niños desnudos, encaja a la vez que agua, de pequeñas olas y de infancia.

Pleno Aire

Por Juan Giraudoux



Una delegación de consejeros municipales, anuncia su partida para Berlín, donde va a darse cuenta de los métodos adoptados por la municipalidad berlinesa para asegurar el desarrollo físico de su población. Se arriesga a encontrarse con sorpresa que no nos serán sino provechosas.

Nuestro consejo municipal que cree haber resuelto en París la cuestión del pleno aire, suprimiéndolo, y cubriendo de bastidores sucios y también inútiles el último espacio libre de la capital, las fortificaciones, va a encontrarse de repente, frente a dos elementos que no conoce, sino de nombre: el aire y el sol.

Lo que sorprende más en Berlín, es la alegría con que son acogidas las estaciones y sus fenómenos. En Francia, se teme al invierno a causa del frío, el ve-

rano a causa del calor, y todo lo que puede haber de extremo en el clima, es considerado como una calamidad. La población de Berlín, al contrario, goza con el hielo y la canícula, como con el más raro de los placeres, porque el invierno, trae consigo la nieve, el hielo y sus deportes, el verano, los baños al aire libre, y toda estación, el sol. No hay itinerario que no lleve una vez al día a los berlineses a un baño abierto o cubierto, a la desnudez, al contacto con el agua, a la confrontación con la luz.

París es la patria del pescador de caña. Los habitantes de las orillas del Sena, no conocen este río, sino por los placeres de pesca que les reporta. Jamás se le ha ocurrido a la Municipalidad parisien-

se, colocar a sus orillas, baños municipales y gratuitos.

A parte del contingente de hombres y mujeres adúlteros, el francés para desvestirse, reclama el aislamiento y la obscuridad de un confesionario, y la vista de un par de nalgas desnudas, no le inspira sino un pensamiento: ir hacia ellas en la punta de los pies, y propinar-





(De arriba abajo) Todas las tardes de primavera y de verano, Berlín se vacía hacia Wannsee, donde no es el baño sólo lo que atrae, sino la vida intensa.

les alegremente un par de bofetadas. El fin del pequeño burgués y del pequeño empleado parisiense, parece ser solamente, dejar que su vientre se redondee, engorden sus mejillas y disminuya la proporción de su esqueleto la verdadera razón, sin embargo, de su carne. Nada es más semejante a un conejo que busca un insecto, o a la dabsa de un sátiro reumático, que la manera que tiene de sacarse los pantalones, cuando un snobismo de barrio lo lleva, por fin, a enclucillarse junto a las olas. Para el berlinés, al contrario, el agua y el sol, son elementos necesarios, y sus grasas humanas se vacían poco a poco con la arena de Havel y el aire de los pinos.

Este cuidado del cuerpo que los franceses espractican en secreto, como si fuese una necesidad supersticiosa y egoísta, los dirigentes alemanes han hecho de ella al contrario un aspecto de salud pública y nacional. Todos los alrededores de Berlín, han sido organizados para esta religión. No hay un bosque que no contenga su colonia de baños de luz. No hay uno solo de los numerosos lagos que forma el Havel entre Berlín y Potsdam cuya playa no haya sido arreglada

más extensa y cómodamente que la playa de Deauville.

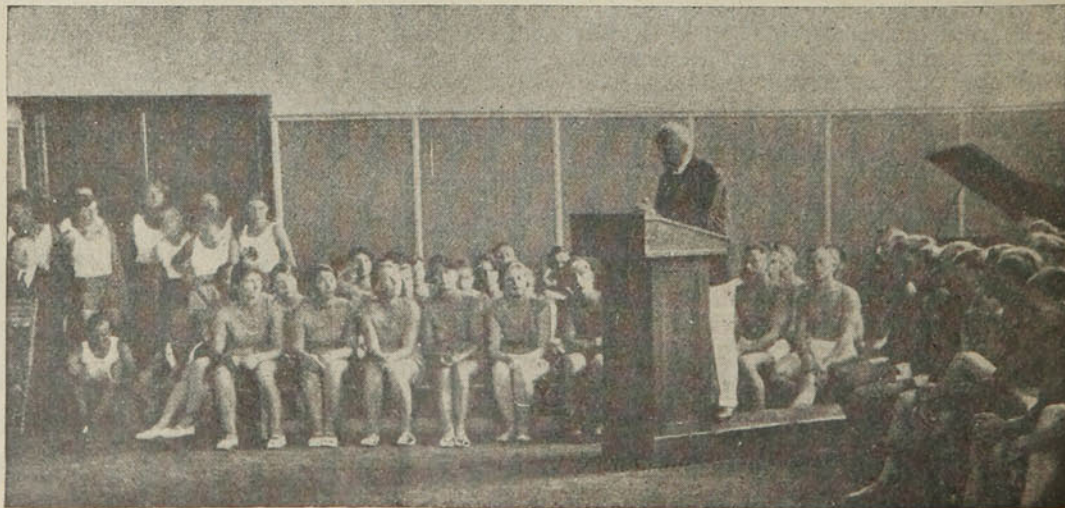
Todas las tardes de primavera y de verano, Berlín se vacía hacia Wannsee. Desde este año, el viejo establecimiento ha sido reemplazado por cuatro edificios, modelos, situados al ras de la colina, los cuatro adornados con una terraza de quinientos metros. Treinta mil bañistas, los días de fiesta, se instalan para pasar el día sobre la playa, sembrada de los bordados que hacen en la arena, los innumerables niños desnudos, encaje a la vez que agua, de playa y de infancia.

No es únicamente el baño, el que les atrae, la hora del baño, sino la vida intensa. Todas las innumerables maneras con que el ser humano oculta su rostro en la cabeza, abre las piernas, deja libre sus axilas, lanza del ras del suelo sus miradas al intruso que le roza. Todos los cruces castos operados entre miembros humanos, todos los contactos, los más forzados de los colores humanos, realzados por los colores más atrevidos que dan las anilinas se ofrecen allí, conservando cada oficio en su traje de baño, su gesto habitual: la mujer ligera, mueve el dedo gordo del pie, y una serie de



París es la patria del pescador de caña. La mayor parte de los que pueblan las orillas del Sena, no han tocado sus márgenes, sino por los pescados.

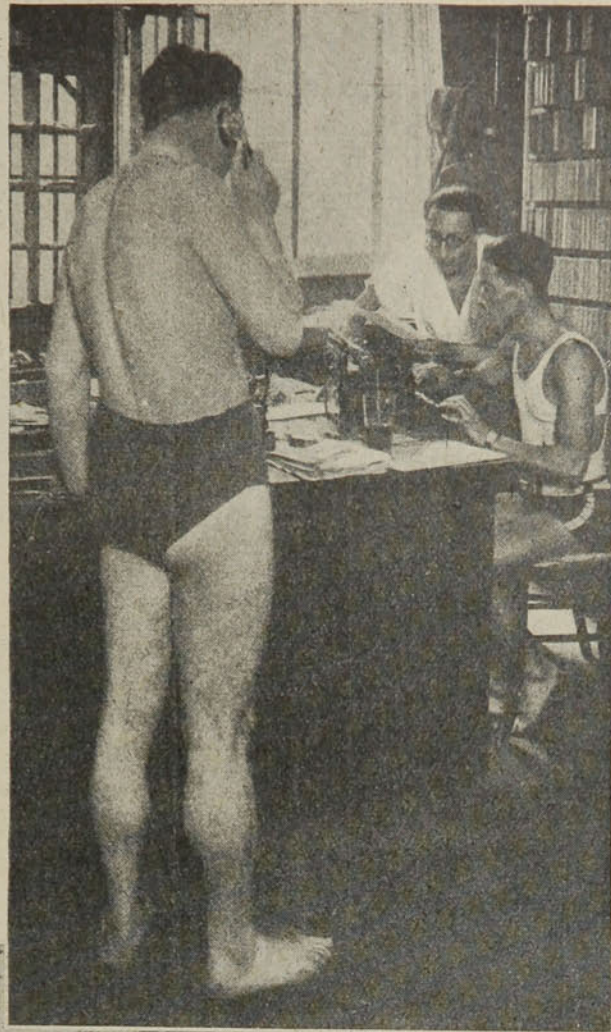
No se es nudista. Se hace nudista. La escuela del verdadero nudismo.



reflejos, indican acá y allá, los monóculos y las gentes del gran mundo. Tribus de cuerpos desnudos, donde sólo miran y respiran los ombligos. Deshilados y festones, adornan gargantas y nalgas gigantes. Los egoístas se protegen en su sueño, por medio de un rodete de arena, los altruistas, os rozan con una blandura velluda. Alrededor de un fonógrafo, las muchachas y los muchachos en calzones de baño, forman una estrella de mar inmóvil, pero que sigue la música con los movimientos de sus talones. Por el contrario, los que comen salchichas, tienen los pies reunidos hacia el centro. Los adolescentes, recorren estas hectáreas de carne, saltando como parásitos, modelo de cuerpo humano, que luego hace gravitar la tabla y desaparece en el lago.

Cada raza reforma naturalmente, uno de los cuadros idílicos de la humanidad. En Marruecos el campo está sembrado de huidas a Egipto. En la aldea francesa, es José el carpintero de su hijo. En Alemania, y sobre todo, en esta vida de lagos y de selvas, es Adán y Eva. Están allí los dos, bajo todas sus formas, bajo todas sus verdaderas formas. No hay un

En Berlín, el nudismo se practica aún en las oficinas.

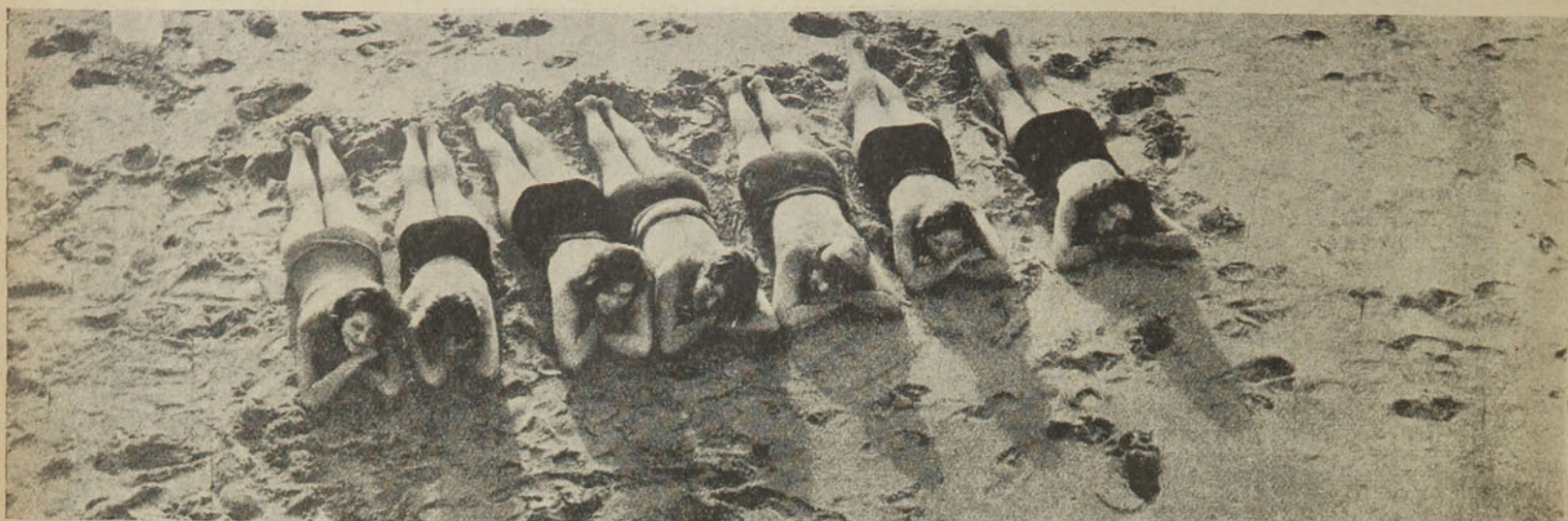


repliegue de carnes, de pelos deshechos ensortijados u ondulados, de rodillas de color de durazno o de color de dátil, de codos de tonos cal o rosa, que no se encuentre cien veces por hora en estas playas.

Ahora sé lo que hacían Adán y Eva; comían, se escuchaban, se agachaban, se dormían. No leían, porque es raro que un libro aparezca entre tantas manos desnudas y ociosas, y la mujer joven que lee acodada y protegida del sol por el peinador, tiene el aspecto de traidora y de beber en una corriente de sombra. No se recurre ni siquiera a los periódicos para proteger la cabeza, como pasaba aquí todavía, hace cinco o seis años, cuando los cuerpos retirados del agua, os ofrecían como rostro un cuadrado de papel acribillado de todas las noticias del día. Los rostros también con las mejillas, lenguas y orejas, se entregan al

(Abajo): A orillas del mar Báltico, una colonia donde todo maillot está proscrito.





sol, que saca de cada cual, su mueca suprema. Nadie se mueve y estalla, solamente aquí y allá, un parasol de papel chinesco o, única revancha de la antigua Alemania, una sombrilla de seda roja con franjas malva.

El espíritu teórico alemán, no habría merecido su gloria, si no hubiera pasado, de esta pasión por la desnudez, al desnudo completo. Wannsee, no es sino la antecámara de las colonias, donde

todo maillot está proscrito. Son numerosas. Rara vez se encuentra allí la belleza, pero acontece que todas las fealdades particulares se tornan invisibles en beneficio de una belleza general de la secta, y que uno se imagina una raza blanca, que alcanza al fin, la perfección natural de la negra; privados del algodón, de la lana y de la seda, todos estos cuerpos están obligados a vestirse de calma, de tranquilidad, de mutismo.

Cuando todas las parejas dejadas por el auto-car, trepan vestidas y agitadas el camino de la selva donde están sus tiendas, y descienden desnudos hacia el lago parecen haber renunciado a sus desavenencias y a sus tics, y la atmósfera también se purifica, porque no resueña ya, por la primera vez en las edades modernas, de carrasperas, toses y estornudos.

JUAN GIRAUDOUX

EL AMOR DEL AVIADOR

“Querido Pepe: Eres lo que se llama un barbián. Yo sabía todo lo que vales y todo lo que puedes, (no te sonrias, ¡grauja!...); pero tu último triunfo en Cuatro Vientos supera a todo lo que han hecho los hombres hasta hoy. Sí. Yo estaba en el campo, entre el grupo de los invitados. Aunque me amenazaste con tu enfado, yo no pude resistir a la tentación, y fui. Y te admiré. Y me puse como una loca de contenta cuando el Rey avanzó a darte la mano, y después cuando la Reina te dedicó aquella sonrisa. Estaban también la de Rosales, Laura Cienfuegos, Mariquita... un mundo. Me dieron ganas de gritar: “Ese hombre tan valiente me quiere a mí sola, y yo le quiero a él hasta la muerte...” En fin, eres el héroe del día. No se habla en todas partes más que tí, y de ese triple rizo que es tu especialidad. Cuando puedas corre a verme: te regalaré el rizo aquél que tú sabes... Tuya como una tonta, Elena”.

tar otro programa. Nos quedará tiempo para todo. Precisamente me han dicho Mariquita y la de Rosales que la *té dantes* del *Excelsior* asiste mucho público, del más distinguido y bien. Tenemos que ir. ¿Verdad que iremos? Pero no se te ocurra venir de paisano. Ya sabes que me gustas con tu uniforme de aviador. Con toda el alma, Elena”.

* *

“Pepe mío: ¡Qué terrible noticia! ¡Y qué imprevista!... ¿Con qué te mandan a Marruecos a echarles bombas incendiarias a esos moros infames? ¡Qué contrariedad, Dios mío! Esta misma mañana he leído la interviú que te dedica *El adelanto*. Con lágrimas de entusiasmo he seguido letra por letra aquella apostilla que hace el redactor (por cierto que debe de tener un gran talento), sobre todo cuando dice: “El honor de España, y tal vez el principio de la sumisión de los moros rebeldes, está hoy en las manos de ese héroe, de ese paladín sin tacha ni miedo, de ese emperador del aire, Pepe Bejarano, arrogante como un bello atleta heleno y hábil como un científico a la moderna...” ¡Y ese hombre es mío, pensaba yo mientras leía el periódico! ¡Mío y sólo mío! ¡Y yo le adoro a él con locura!... Por Dios, Pepe; pórtate con prudencia. No digo que no seas valiente, porque eso es imposible. Pero vuelve pronto a mis brazos... Vuelve más encantador que nunca, curtido por el sol de África, hermosado por tu heroísmo. Ya sabes que para mayo se anuncian unas carreras de caballos excepcionales. Necesito que vuelvas para entonces; ya verás cómo nos lucimos. ¿Me prometes volver pronto?... Toda tuya, Elena”.

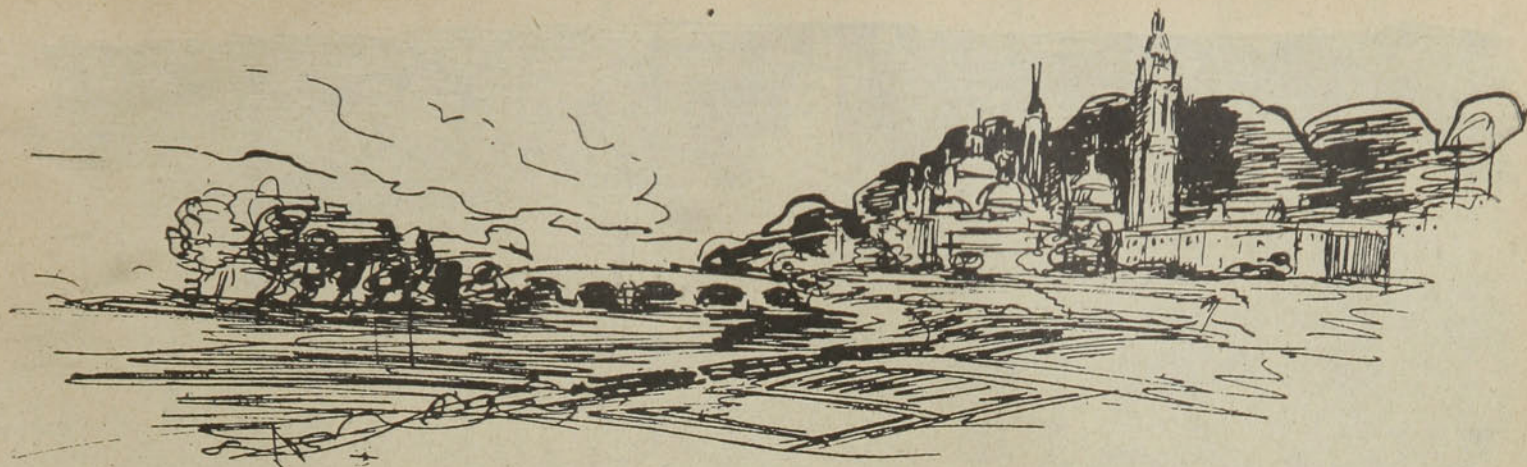
* *

“Querido Pepe: Eres un ingrato. Merecerías que te devolviese tu última carta para que, leyéndola serenamente, comprendieras todo lo injusto que has sido conmigo. Me extraña, sobre todo, que ha-

bles de tu desencanto. Pero, ¿ignoras que no soy libre? A Melilla no podía ir, tú mismo lo reconoces; pero reflexiona bien y comprenderás que tampoco podía presentarme en el sanatorio de Valdesillas sin peligro de mi honra. Ese párrafo de la segunda página de tu carta es el que más dolorosamente me ha contrariado. Es indigno de tí. Dices que otras veces no he tenido reparo en arrostrar las insinuaciones del público, mostrándome contigo ante la gente, mientras que ahora, cuando estás solo y herido en un hospital... Comprende que eso hubiera sido una insensatez. ¿O es que te interesa tan poco mi reputación, mi tranquilidad junto a mi marido? ¿Qué hubiera pensado éste, que tan noblemente me ha tratado siempre? ¿Consentirías que desgarrase su honrado corazón con una evidencia tan irrefutable como hubiera sido mi presencia en el Sanatorio?... Hemos tenido mala suerte, y eso es todo. ¿Qué hay que hacer frente a la fatalidad? ¿Crees que queda otro recurso que la resignación? Yo empecé a resignarme desde el momento que lei los relatos de los periódicos. Tu carta desde Melilla, trazada con la palpitación de la fiebre, con rastos de sangre en el papel, no hizo más que confirmar lo que ya sabía: que te portaste como un héroe, que destruiste las concentraciones y las trincheras del enemigo, que gracias a tí pudieron atacar nuestros soldados y lograr un extraordinario triunfo, y que... ¡tu brazo está roto para siempre y quedas inútil para la aviación! Yo te hablaría de mi emoción; de lo que he sentido, llorado y rezado durante esos días espantosos. Pero ¿está tu ánimo dispuesto a creerme? No. Sería en vano. La desgracia te hace ser injusto conmigo, y no me queda más que llorar el fracaso de aquellas felices horas pasadas... Inútil para la aviación y para las acciones de gran éxito popular, puedes en cambio contruirte una vida tranquila, dichosa. Yo te lo deseo. No necesito invocar tu caballerosidad para pedirte que me envíes mis cartas. El rizo puedes guardarlo. Te quiere, Elena”.

JOSE Ma. SALAVERRIA

“Pepe de mi alma: Quiero aprovechar esta tarde de soledad para comunicarme contigo. Mi señor marido se ha marchado a una “junta de accionistas”, y sólo por esa feliz idea de marcharse empecé a sospechar que tiene algún talento. Estoy sola, y tu imagen viene a sentarse a mi lado... Chico, perdóname este arrebatado sentimental; pero ayer fué tan corta nuestra entrevista ¡y nos quedé tanto por decirnos! Es verdad que a tí no te molestan los sentimentalismos, y en resumidas cuentas eres un romántico. Ayer, por ejemplo, hubiéramos podido salir un poco en coche y tomar el té en algún sitio muy frecuentado; tu amistad con mi marido y tu reputación de persona seria nos libraban de cualquier posible malevolencia. En cuanto a mí... con tal de lucirme a tu lado por esos mundos, lo arrostraría todo. Pero tú preferiste quedar juntito a mí, sin que nadie nos viera, besándome y hablándome como tú sabes hacerlo. Sí. Fueron dos horas deliciosas, inolvidables... Bueno; pero el sábado próximo tenemos que inven-



Zaragoza se aleja...

ROSTROS DE ESPAÑA

M A D R I D

Zaragoza se aleja

Un tren español es una caravana oriental, y si se quiere sentir el olor de España, es en tercera clase donde es preciso viajar, entre los niños, los perros, los paquetes y las valijas hinchadas.

Madrid estará pronto con nosotros.

Estamos en Castilla, pero siempre en España, los paisajes de piedra hacen olvidar a los paisajes de agua, de tierras y de rocas.

Entre Barcelona y Madrid, el recuerdo de Zaragoza borra el de las montañas aragonesas; en lugar de sus trágicos desfiladeros, lo que vuelvo a ver, es en un plano fértil, a Zaragoza que se aleja. Sobre la ciudad, anchamente desplegada a lo largo del Ebro tumultuoso y rojo, se enfilan, tales como minaretes, los campanarios de Seo, de San Pablo, de Nuestra Señora del Pilar, santuario famoso, más venerado aun que Santiago de Compostela.

Rascacielos

Marchar por la noche, al azar, en una aldea desconocida, es siempre una aventura conmovedora. ¿Qué calles he seguido esta noche? ¿Qué plazas he atravesado? ¿Esta masa negra allá abajo, es una iglesia, un convento o un cuartel?

Todo es extraño en este Madrid fantasma, desierto, irreal.

Ha vuelto el día, y todo todavía, en esta ciudad, me desconcierta: ¿Qué hacen allá, al borde de la Gran Vía, esos rascacielos? ¿De qué ex-

posición internacional guardan el recuerdo? No es que sean feos, pero son absurdos y su seguridad, no es más que aparente. Mañana, seguramente, este decorado desaparecerá que ahora no se atreve a colocarse detrás de las fachadas de mármol, reinará de nuevo con sus corderos sangrientos y sus frutos, cuyas manchas rojas y amarillas, ruedan por todos lados.

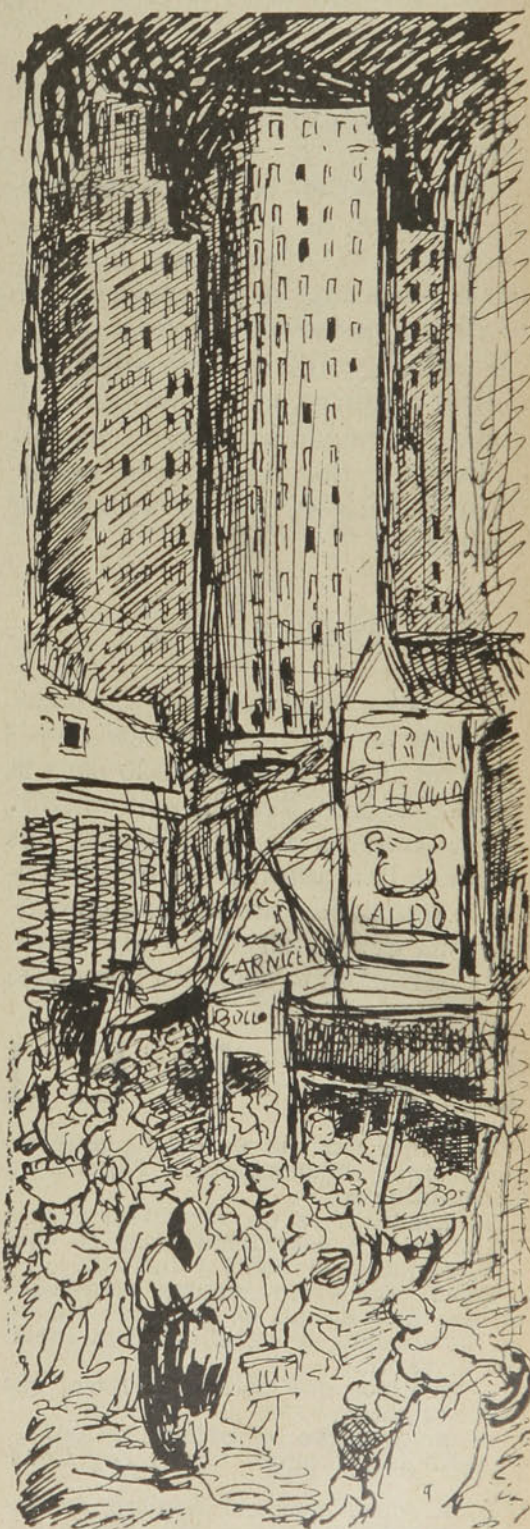
Por el momento, su miseria encantadora, no sirve sino para ilustrar más vigorosamente esta ley de los contrastes y de las contradicciones que es la substancia misma de España, el alma viviente de un país, que siempre el romanticismo encorvará bajo su signo fatal.

Noche vieja

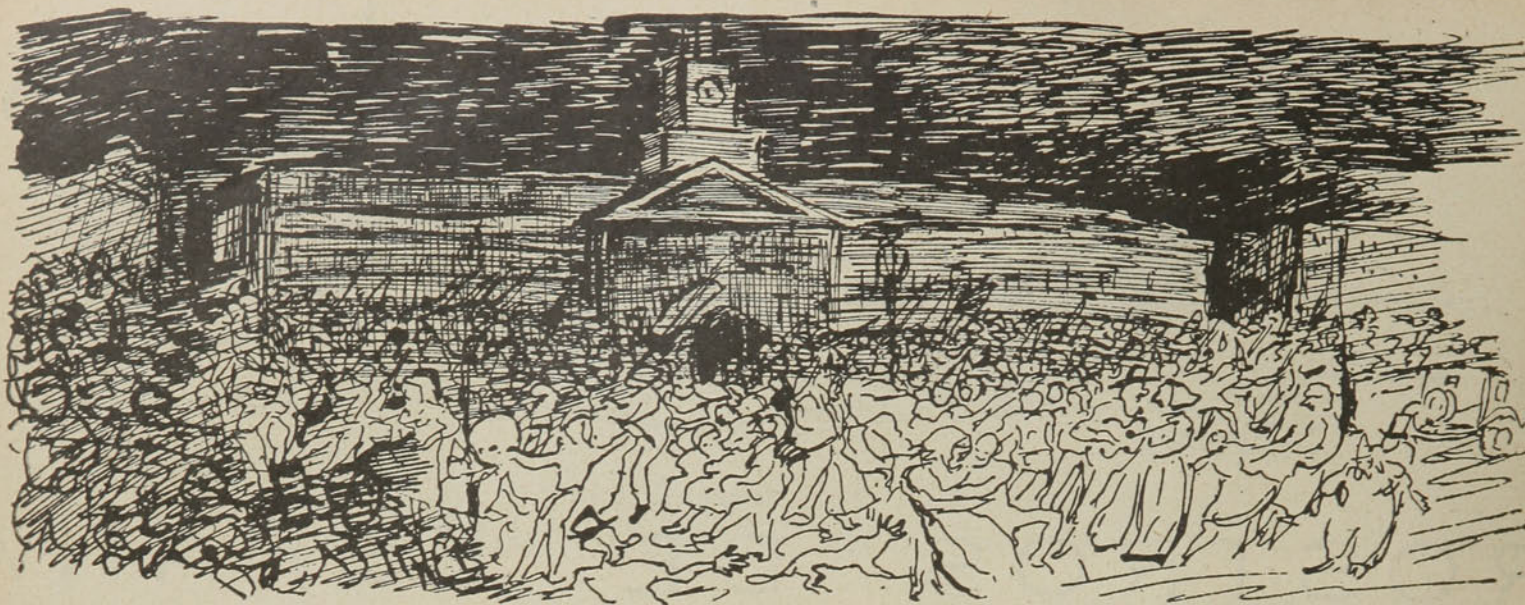
¿Qué se oculta bajo esta apariencia de elegancia, de desprendimiento o de pobreza? ¿Por qué encontramos aquí cien teatros y ni un sólo café-concierto, cien cabarets de noche y ni un baile público. En Barcelona, la vida popular reviste las formas más trágicas, las más evidentes también; en Madrid la he buscado en vano en los barrios populares de Vallecas, en las calles de la Plaza del Progreso, y en los bares de la calle de Atocha. Cuando menos esperaba encontrarla, es cuando por fin se ha revelado, y bajo qué extravagantes apariencias.

¿De dónde salen estas máscaras burlonas que inundan la Puerta del Sol, golpeando sobre sus cacerolas?

¿Qué dramas se desarrollan pues, bajo la serenidad del rostro madi-



Rascacielos



Noche vieja

leño, para que al menor pretexto, puedan desencadenarse tales violencias?

Venir a comer el 31 de diciembre, doce granos de uva, mientras que suenan en la Gobernación, las doce de la noche, nada, en este rito tan moderno, parece destinado a provocar estos grotescos desbordes, este delirio colectivo, esta embriaguez de ruido, de movimiento y de alcohol.

Durante dos horas, esta noche, Madrid para mí, se ha sacado la máscara.

Tumba de Goya

Que este ateo sea enterrado en una iglesia; que este hombre, perdido de vicios, haya pintado para la capilla de San José, la más mística de las comuniones eucarísticas, nos produce una admiración inútil. Todo lo que puede servir para embrollar las cartas alrededor de Goya, debe ser acogido como un homenaje

a la memoria del más impenetrable de los seres.

Las fulgurantes claridades que brotan de su obra, son demasiado contradictorias para que se encuentre alguna revelación sobre el espí-

desnuda sobre un lecho, para que nadie lo ignore. Se le entrega la cúpula de una iglesia y él la cubre de todo un hervidero famélico y sensual.

En este encantador San Antonio



Tumba de Goya

ritu de aquél que nos da panfletos por retratos oficiales, cortesanas en lugar de santas, y que imagina espantosas pesadillas cuando decora los muros de su casa.

El, campesino aragonés, es el amante de una duquesa, y la pinta

de Florida, reposa bajo el pueblo que creó, a la entrada del paseo de San Isidro que ama, y que con tanto amor, pintó.

G. CHARENSOL

LA BELLA AVENTURA

La mujer "in the world" es, muy seguramente, mademoiselle Florentine Constantinesco.

Su aventura es un verdadero cuento de hadas y la casualidad juega en ella, naturalmente, el papel principal.

Como esta joven persona atravesara el otro día, el hall de un hotel vienés, un hombrecito de cabellos grises exclamó al verla:

—¡Qué ojos, qué boca, qué línea, qué "sexe appeal!"

—Señor, ¿cómo se permite usted?...

—¿No me reconoce usted? Soy Charlot.

Inútil decir que ese nombre domesticó inmediatamente a Mlle. Florentine, quien creyó ver entreabrirse el cielo, cuando el más célebre habitante del planeta le dijo:

—Tú serás star!

Todo esto pasó en menos tiempo del

necesario para escribirlo... Se nos anuncia que Mlle. Constantinesco siguió a Charlie Chaplin a París, que consiguió éxito en su primer ensayo, que es admirablemente fotogénica y que debemos saludar en ella a una de las futuras reinas de la pantalla.

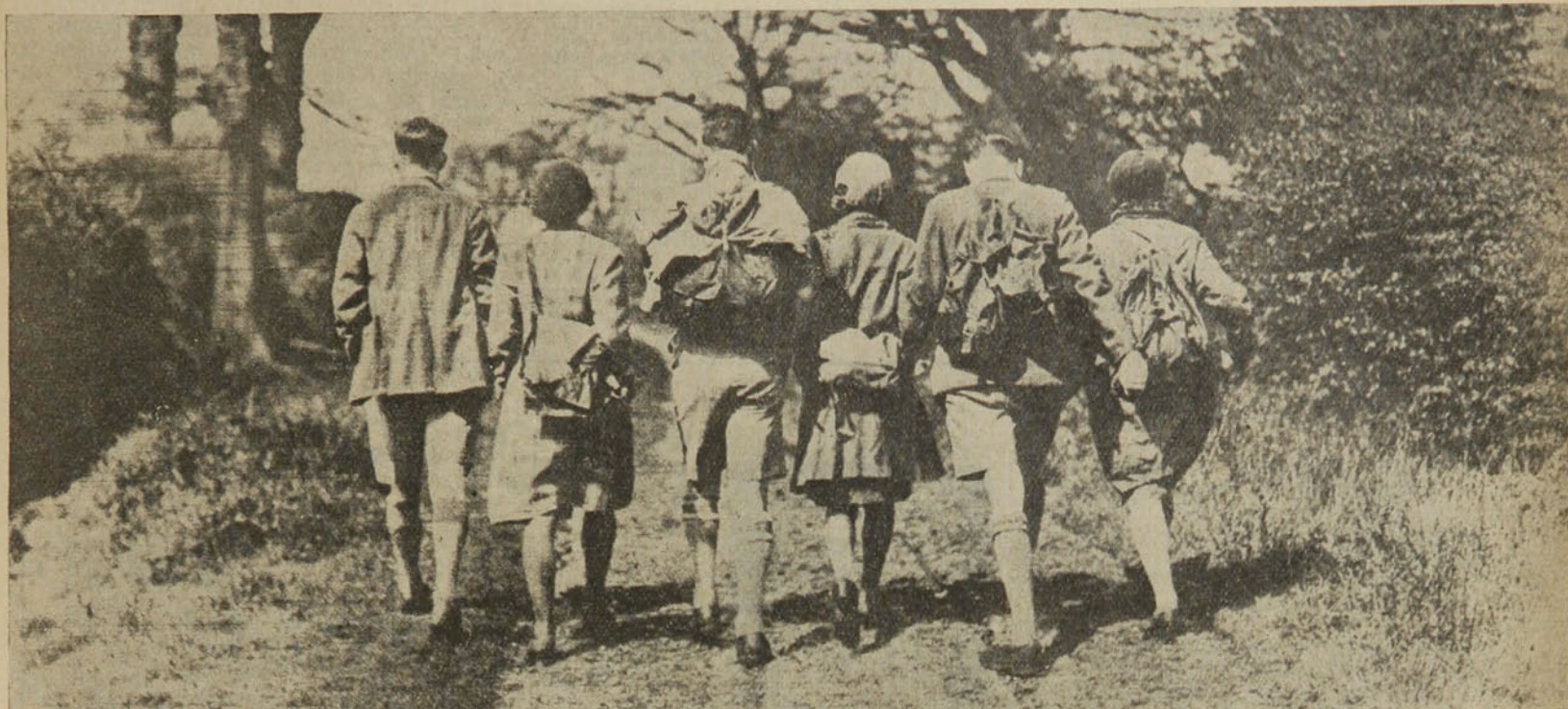
Al principio de todas las grandes existencias, hay siempre un azar de ese género... Quinientas mil mujeres han enviado su fotografía a Charlot, han tentado aproximarse a ese semi dios, han removido cielo y tierra para obtener de él el "Hollywood ábrete" que es el sueño dorado de su vida. ¡En vano! Y sin embargo, muchas de ellas son tan fotogénicas como Mlle. Constantinesco... Pero no, es ésta que, porque ha pasado en cierto momento por el hall de cierto hotel, ha sido elegida entre todas. Decididamente, para llegar a ser "star", es necesario tener su estrella.

Anotemos la rapidez con que Mlle. Constantinesco se ha dedicado "a la carrera cinematográfica". Cinco minutos antes de encontrarse con Charlot, era aún una brillante discípula en el Instituto Berlines de Ciencias Políticas—establecimiento de los más serios, me imagino. Pues bien: sin una sombra de vacilación, Mlle. Constantinesco ha plantado las ciencias políticas, y si le habláseis ahora del arte de gobernar a los pueblos, ella os respondería:

—Eso no tiene ningún interés... Yo voy a ser la "vedette" de un gran film de amor!

Solón no es ya para ella sino un "raseur"; su grande hombre es Charlot y tiene prisa de ganar muchos dólares, de coleccionar los divorcios, de recibir millones de cartas galantes por día, de llevar la vida inimitable de las Cleopatras de la pantalla.

V I A J E S A P I E



Aun cuando una máquina devoradora nos permitiera, en un abrir y cerrar de ojos, anudar los cuatro extremos de la tierra como si fuese un pañuelo, continuaríamos viajando a pie.

* * *

La marcha pasa por juego viejo, porque es modesta. En apariencias.

Es como ciertos parientes de provincia que se soportan a condición de que sean reservados y tranquilos.

Pero en el fondo es una gran orgullo. A veces va mal vestida, pero es muy rica, y muy bien hecha.

La marcha se basta así misma, como la belleza, como el amor.

* * *

En plena selva, he visto aparecer una tropa de hombres con las piernas desnudas, pantalones cortos y sandalias cabalísticamente decoradas. Caminaban con un paso maquinal, perseguidos por un destino inexorable. El primero, el brazo derecho hacia adelante, barbudo y peludo, tenía el aire escapado a una pesadilla de M. Rodin.

Mi admiración, mi ignorancia, pintadas sobre mi rostro, detuvieron al jefe de la tribu devorado de proselitismo.

—Amo y amamos la marcha— afirmó él. Como es fácil constatarlo por las iniciales que adornan nuestros vestidos, pertenecemos a la A. S. M. R. S. Asociación Sportiva de Comerciantes de Cintas, de la calle de Santier. Después de dividir kilómetros de cintas con nuestras manos, dividimos kilómetros de caminos con nuestros pies.

No digáis que esos comerciantes feroces os hacen pensar en esas gentes que creen amar el vino porque se les saca, cada ocho días, ebrios como muertos, de sus mesas.

Ignoráis que la marcha tiene un alma, como la danza, como la alegría. No

basta con abrir la boca y mostrar sus treinta y dos dientes para saber reír.

No basta con hacer funcionar las articulaciones, para saber andar. Es preciso saber cantar, escuchar, detenerse, ser paciente, alegre y prudente.

Es preciso, si se está solo, saber ser valiente y tierno, si se va con otro; luego, si se va con dos.

* * *

En la cuarta vuelta, me he cruzado con otros comerciantes. Gentiles, pequeños y alegres. Semejantes e inesperados como los boys idénticos de una opereta americana. Con sus pequeños sombreros, sus medias, sus zapatos, sus sonrisas, todos iguales, semejaban las piezas esparcidas de un mismo juego.

Seguramente ahora, cuando el sol se acueste, vendrá alguien que les va a meter en una caja, uno después del otro, colocándolos según su tamaño.

* * *

Si queréis olvidar durante cierto tiempo que habéis salido cuarto de la Escuela Normal Superior, que tenéis una cuenta en el Banco, un auto en el garage, y delante de vosotros, un magnífico porvenir, podéis aprender a caminar.

Los niños “saben” caminar, porque les es fácil no pensar en nada. Porque olvidan que después del domingo, viene el lunes, el martes, el miércoles, o bajo pena de horribles castigos, les será necesario interesarse, o hacer como que se interesan en la guerra de los siete años, en la regla de los participios, etc.

* * *

No sé nada. Soy yo quien manda. Venid. Sé solamente que el pequeño sendero que cogemos para dejar estas aldeas, no conduce a ninguna parte. Nos olvidará como a paquetes molestos. Va-

a esconderse, burlón, bajo un viejo peral cómplice.

¿Ignorábais que no había límites kilométricos bajo los trigales?

¿Ignoráis que la avena loca no sentía la esencia?

¿No sabíais, no es cierto, que las manzanas que nos provocan en el camino, no ofrecen, cuando se las muerde, cuando se las roba, sino un gusto agri dulce y no el delicioso y sutil sabor del fruto prohibido?

* * *

Hemos dejado la aldea por el sendero más pequeño. Hemos regresado, por el camino más grande.

Los carros metálicos y humeantes de los automóviles, desfilan. La dama vestida de azul del Bugati rojo y la dama vestida de rojo del Amilcar azul, pueden tosernos al paso. Pasan, prisioneras de un cuenta kilómetros, de un manómetro.

Nosotros tenemos el derecho de treparnos por todos los carros, de subírnos a los árboles, de saltar todas las cercas.

Penetramos libremente en las ranuras.

Un automovilista que se detiene, no se conoce. Un caminante que se detiene, se conoce y medita mejor.

* * *

Es tarde. Abajo, al Oeste, un sol desgraciado, que coqueteaba con la aldea, ha concluido por detenerse sobre el campanario. Soñemos en paz. No sé el nombre del albergue en el que nos hemos detenido. Recuerdo solamente que, en el momento de partir, los miosotis, antes de la aurora, los miosotis, me pedían que no les olvidara jamás.

La mañana me esperaba como una amiga fiel. Hemos partido juntas hacia la última etapa. Dicen que la vida es una carrera hacia la felicidad a condición que no se olvide la marcha.

ADA GUITTEY

CONSERVACION DE LOS COLCHONES

Por regla general, los colchones se mandan hacer de nuevo cuando se apelotona la lana, y se ponen planos y duros. Mientras que se conservan elásticos y mullidos, las amas de casa no suelen pensar en hacerlos varear, y esto constituye una falta contra la higiene.

La lana debería ser aireada y la tela lavada por lo menos una vez al año, y si poderosas razones de orden económico lo impiden, en ningún caso deben pasar más de dos años sin llevar a cabo esta importante renovación.

También me permito aconsejar que se escoja una casa seria y conocida por lo concienzudo de su trabajo, y por último que se tenga doble tela para cada colchón, y así puede entregarse la limpia al mismo tiempo que el colchón para que lo hagan, y la sucia se lavará con toda tranquilidad, guardándola para el año siguiente.

Los colchones hechos a domicilio.—En todas las casas de las ciudades suele haber un patio o terrado a la disposición de los inquilinos donde éstos puedan hacer sus colchones.

Daremos algunos consejos destinados a contribuir al buen resultado de la operación.

En primer lugar, la anual tarea deberá hacerse en los meses de verano y escogiendo un día sereno y soleado. El sol es un inapreciable agente de salubridad. Si alguna causa imprevista impide hacer el trabajo al aire libre, escójase un local muy ventilado.

Carda y vareamiento de la lana.—Lo primero es descoser la tela y, una vez retirada ésta, se deposita la lana en una cortina vieja o cualquier otro trapo extenso, para someterla a la carda y vareamiento. Estirar la lana a mano parece a primera vista procedimiento anticuado, y sin embargo es el mejor de los conocidos. Los dedos no destrozan la lana como la carda, y pueden eliminar todas las materias extrañas que se hayan aglomerado en ella. Pero esta operación requiere, por desgracia, mucho tiempo y paciencia, que en los actuales tiempos son dos cosas de las que no suelen disponer nuestras amas de casa.

Lavado de la tela.—Mientras que una persona se ocupa en trabajar la lana, otro puede lavar la tela.

En las telas de algodón, a menos de que sean de muy buena calidad, el agua y jabón ejerce una acción destructora en los colores, bien mezclándolos de una manera lamentable, o haciendo palidecer el tono general del género. Por eso se impone el proceder con precaución.

Prepárese en un lebrillo una agua de jabón muy ligera y sumérjase en ella la tela, restregándola rápidamente. Si el agua se colorea, es señal de que hay demasiado jabón y conviene añadir agua. Tan pronto como haya desaparecido la suciedad, aclárese la tela varias veces, si es posible, en agua de río o de lluvia, y finalmente, para avivar los colores, se mete en una vasija de agua, a la que se habrá añadido una cucharada de vinagre por litro.

Las telas de color no se deben dejar nunca en agua y jabón.

El mencionado procedimiento es el más rápido, pero si no se tiene prisa indicaremos otro más cómodo. Déjese la tela durante toda la noche, empapada en un agua en la que se hayan cocido judías blancas. Esta agua de judías tiene virtud de fijar el color. A la mañana siguiente se restrega un poco la tela y sin emplear jabón, se aclara aquella en dos o tres aguas.

Las telas de color fijo.—Si se tiene la certeza de que las telas no pierden el color, no hay que tomar precauciones

especiales. Basta el lavarlas con agua y jabón y al aclararlas echar en el agua una cucharada de polvos de alumbre, para neutralizar los efectos del jabón, tendiéndolas después a la sombra para que se sequen sin perder el color.

Lo que aconsejamos para las telas de colchón puede hacerse extensivo a las fundas de almohadas, edredones, etc.

La lana después de cardada.—Aunque la tela del colchón esté seca y dispuesta al mismo tiempo que la lana, ésta no debe meterse en aquella inmediatamente después de vareada. Conviene dejarla extendida al sol durante unas cuantas horas, antes de encerrarla de nuevo en su estrecha funda.

Las telas de colchones.—También en esta clase de géneros existen varias clases. Los cotis del país son inferiores a los extranjeros; estos últimos tienen el tejido más espeso y con menos aprestos, lo que los hace de más duración. Su anchura varía entre un metro y un metro sesenta, y para un colchón corriente se acostumbra comprar cuatro metros veinte si es del género ancho.

Un buen colchón debe contener cierta cantidad de crin, además de la lana.

Al hacer un colchón recomendamos meter entre la lana un par de saquitos conteniendo espliego. Su agradable aroma es un preservativo contra la polilla.



¡EXQUISITO para ENSALADAS!

El aderezo que usted sirva con sus ensaladas debe ser tan delicioso y exquisito como la ensalada misma.

Usted puede dar a sus ensaladas un sabor delicado si usa el aceite Argo, rico y suave, en sus aderezos. Se combina perfectamente con otros ingredientes. Los millones de latas de aceite Argo que se han consumido en la preparación de aderezos para ensaladas, son una prueba amplia de la popularidad del Aceite Argo entre los cocineros y reposteros. ¡Compre una lata hoy mismo!

¿Desea usted obtener un ejemplar de nuestro famoso libro de cocina? Solicite un ejemplar gratis. Llene y envíe el cupón.



Aceite Vegetal ARGO

W E S S E L, D U V A L & C O., Agentes.
C A S I L L A 86-D. S A N T I A G O.

Envíenme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre
Calle
Ciudad 315 A



La cocina practica

GUISOS DE LA ESTACION

ALMUERZO

SANDWICH DE PESCADO

- 1/4 kilo de pescado.
- 2 cucharadas de nueces molidas.
- 1 cucharada de mantequilla.
- 1 pan de molde.
- Sal y pimienta.

El pescado debe estar cocido al vapor. En seguida se pica finito. Se cortan tajaditas delgadas de pan de molde, se les pone mantequilla, nueces molidas y por último el pescado. Se cubre con otra tajada de pan.

HUEVOS CON SALCHICHON

- 6 huevos.
 - 2 cucharadas de mantequilla.
 - 6 tajadas de salchichón.
 - 1 taza de salsa de tomate.
- Los huevos se frien en mantequilla. Se colocan sobre una tajada de salchichón y se cubren con salsa de tomate.

FRITOS DE BACALAO

- 1/4 kilo de bacalao.
- 4 papas.
- 1 huevo.
- 1/2 cucharada de harina.
- Sal y pimienta.
- 1/4 litro de aceite.

El bacalao se deja remojando desde el día anterior, se cuece y desnace bien. Las papas se cuecen, después se pelan y se muelen, se unen con el bacalao, se agrega el huevo, harina y una cucharada de leche, sal y pimienta. Se forman bolitas y se frien con aceite bien caliente.

BUDIN DE PLATANOS

- 1 docena de plátanos.
- 1 pan de molde.
- 1/2 litro de leche.

- 115 gramos de azúcar.
- 3 huevos.
- Vainilla.

La leche se pone a hervir con vainilla y la azúcar. Se le agrega miga de pan y se pasa por cedazo. Los plátanos se pelan y se pasan por cedazo. Se mezcla todo y se le añade los huevos batidos. Se coloca este batido en una budinera untada con mantequilla. Se coloca al horno al baño de María.

COMIDA

CONSOMME A LA ROYAL

- 1 litro de caldo.
 - Una tacita de leche.
 - 2 huevos.
 - Una cucharadita de perejil picado.
 - Sal y pimienta.
- El caldo se prepara como siempre. Los huevos se baten y se les agrega leche, sal, pimienta y perejil picado. Este batido se vacía en un molde untado con mantequilla. Encima del molde se le pone un papel también untado con mantequilla y se coloca al horno. Cuando el batido está cocido, se vacía y se corta en pedacitos cuadrados. Se sirve con el caldo.

BETARRAGAS GUIADAS

- 6 betarragas.
 - 3 cucharadas de mantequilla.
 - Sal.
 - Pimienta.
- Tómese betarragas bien sanas, lávense y pónganse al horno, cuidando que se cuezan por parejo. Cuando estén cocidas, se pelan, se colocan en una fuente, y se les agrega sal, pimienta y mantequilla derretida. Se ponen al horno suave cinco minutos. Con este procedimiento no pierden su sabor.

Ninguna
receta
es
buena
si
los
condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los
**ALMACENES
ECONOMICOS**
Hay uno cerca de su casa.

87 "Carozzi"

Los Tallarines más refinados y exquisitos
que Ud. debe comer diariamente

COMPRELOS EN LOS MEJORES ALMACENES



CONEJO CON VINO BLANCO

1 conejo.
 ½ taza de vinagre.
 Sal y pimienta.
 Ajo y orégano.
 1 copa de vino blanco.
 ½ taza de aceite.
 1 cucharada de cebolla picada.
 1 ramo de verdura.

El conejo se despoja, se vacía y se corta en pedazos. Se coloca en una fuente con una taza y media de agua, y media taza de vinagre, ajo, oréga-

no, perejil, sal y pimienta. Así se deja unas cuantas horas.

Se coloca en una cacerola el aceite para freír los pedazos de conejo. Se le agrega vino, ramas de perejil y la cebolla picada. Se le sazona bien y se deja hervir lentamente hasta que esté blando. Se sirve con papas cocidas.

BUDIN DE PIÑA

6 huevos.
 115 gramos de azúcar.
 2½ cucharadas de harina.
 2½ cucharadas de chuño.

1 taza de leche.
 115 gramos de mantequilla.
 ½ piña.

Se baten los huevos aparte, las yemas, el azúcar, la harina. El chuño y la leche se mezcla en una cacerola y se colocan al fuego para espesar. Se retira, se agrega poco a poco la mantequilla batiendo siempre, y cuando está frío, se le añade de nuevo la piña cortada en trocitos, y las claras batidas muy firmes. Se vacía a un molde untado con mantequilla y pan rallado. Se coloca al horno.

EL SENTIDO COMUN

Nuestras madres estaban llenas de sentido común. Admitían que la mujer es débil y el hombre fuerte; y pedían abiertamente ser protegidas. Y lo eran. Si; ya sé que, para gozar de esa protección, tenían que permanecer en casa y dedicar el día íntegro a una interminable rueda de trabajos domésticos. Lo importante estriba en saber si eran más felices; si ellas estaban satisfechas con esa clase de protección; si eran más felices, si su vida estaba desprovista de interés y de ilusión como la de las jóvenes modernas.

Personalmente, me resisto a creerlo. ¿Son felices las mujeres de ahora por ejemplo, al seguir una carrera o al desempeñar un empleo? ¿Son felices al verse obligadas a tomar todos los días, a la misma hora, los medios de locomoción que las han de conducir al lugar de su trabajo? ¿Son felices al pasar todo el día encadenadas a las labores de una oficina, copiando una serie inacabable de cartas?... ¿Se sienten, en fin, felices cuando, al salir de su empleo, experimentan un cansancio atroz, que no les deja pensar en otra cosa que en regresar a casa, cenar rápidamente y acostarse?...

Sé perfectamente que me replicarán con orgullo que se encuentran satisfechísimas de ese modo de vivir; y ello, por la simple razón de que, como vulgarmente se dice, han quemado las naves y se ven ahora impedidas de volver a las antiguas playas. Durante años han clamado por su libertad; y ahora que les ha sido concedida, deben confesar lealmente que la sorpresa ha sido amarga: que no son libres en absoluto, sino que han trocado la esclavitud del hogar por la de la máquina de escribir o la del mostrador.

Y en mi opinión esta última esclavitud es la peor. El patrón les prohíbe hacerse una taza de té cuando están cansadas, reposar después del almuerzo, con un almohadón detrás de la cabeza y un libro amable en las manos; y, mucho más todavía, faltar un solo día al empleo. En cambio, todas esas cosas podía hacerlas la "esclava" sometida a la "tiranía" del hogar, sin rendir cuentas a nadie...

¿Cuál de las dos cosas es, pues, la preferible?...

IMPRESIONES
 DE
 TODAS CLASES
 UNIVERSO
 SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
 AHUMADA 32

Limpia

Bañaderas • Azulejos
 Espejos • • Mármol
 Madera pintada
 Cobre • • Aluminio
 Bronce • • Esmalte
 Linóleo



Hace que el hogar resplandezca



El trabajo casero resulta juego usando Bon Ami. Por toda la casa este limpiador, como cosa de magia, hace desaparecer la suciedad y deja todo brillante, limpio. Es facilísimo de usar—no raya—no enrojece las manos.

Bon Ami

De venta por todas partes

¡QUE FELIZ SOY! PUEDO COMER TODO LO QUE SE ME ANTOJA



**TANLAC ALIVIO MI VIEJO MAL
DEL ESTOMAGO.**

Cuando usted se siente bien y puede comer todo lo que quiere sin malas consecuencias, el mundo es suyo; hallará placer en su trabajo diario y en su vida social, y después de años de mirar el mundo a través de un vidrio obscuro se convertirá en el mayor optimista.

La digestión defectuosa y sus temibles consecuencias han hecho que la vida sea una pesada carga para miles de personas que constantemente sufren de dolores de cabeza, gases del estómago, mal aliento, estreñimiento, barrillos y granos de la piel, náuseas y otros males.

Sin embargo, gracias al TANLAC, un remedio puramente vegetal, innumerables personas, entre ellas muchos chilenos, han sido librados de sus males y hoy nuevamente gozan de la mejor salud; comen cuanto quieren y disfrutan de todos los placeres de la vida.

Si Ud. es uno de esos infortunados cuya vida es un tormento a causa de los males del estómago, no deje de ensayar el TANLAC, pues como tantos otros, puede hallar en él el alivio de sus males.

A base de: Extractos fluidos de quina, geniana, cáscara sagrada, berberis, pereira brava, guindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R.

MEDICINA Y BELLEZA

Los establecimientos de baño están muy de moda en estos momentos, y con justa razón, porque la natación es uno de los deportes más útiles y más recomendables para el organismo femenino. Nada desarrolla más armoniosamente y más eficazmente los músculos que los ejercicios de natación. Por ello se han abierto piscinas por todas partes.

Naturalmente, los médicos seguidos de su docta cáfila, han aparecido en seguida, como siempre, para impedirles a las gentes, la satisfacción de nadar tranquilas.

He aquí lo que dicen:

Temed al agua de las piscinas, porque es un verdadero receptáculo de microbios. No sois solos en bañaros. Al mismo tiempo que vosotros, millones de gérmenes patológicos pululan en torno a vuestro cuerpo indefenso.

Si tenéis la costumbre de sumergiros o de nadar undiendo la cabeza, es preciso que sepáis, que la conjuntivitis para vuestros ojos es el mayor peligro que os amenaza.

Habría aún una conjuntivitis especial de las piscinas: la conjuntivitis folicular aguda.

La mucosa rinofaríngea, estaría igualmente muy amenazada. Después de un baño en la piscina, se suelen ver, dice el señor Maurice Benoit, casos de amigdalitis, de rinitis, de laringitis. Agregad a esto las otitis, por perturbaciones del mecanismo respiratorio.

Por supuesto que los bacilos típicos y paratípicos están allá adentro como el pez en el agua.

Inútil es decirlo, que los bañistas son los grandes responsables de estos aportes microbianos.

En la práctica, estos inconvenientes existen sobre todo en las piscinas mal tenidas, sucias, mal cuidadas.

¿El remedio? Filtrar el agua. A lo menos, renovarla, amenudo.

También es un buen remedio, no preocuparse de nada y no hacer el menor caso de lo que estoy diciendo.

Otra cosa. El azar hace que muchas lectoras me dirijan en conjunto, la misma pregunta. Ella es muy importante para todo el mundo.

Sí, señoras, el llevar anteojos, o binoclos, es de una utilidad tal, que hay desequilibrios cerebrales en aquéllos, cuya vista imperfecta no se corrige por medio de lentes.

Migranas, fatiga y pereza intelectuales, son las consecuencias de la coquetería de ciertas mujeres que, necesitando los se niegan a llevar anteojos. Y esto va aún más lejos. Numerosos miopes, exigen a sus ojos, esfuerzos exagerados de acomodación, lo que les ocasiona disepias, atribuidas por lo general a otras causas. Y sin embargo, son los ojos, nada más que los ojos, que por una serie de reflejos complicados, han turnado el funcionamiento del estómago.

Si tenéis la sospecha de que vuestra vista no es normal, haced examinar vuestros ojos sin tardar. Con un tratamiento apropiado, veréis desaparecer ciertos disturbios físicos y psíquicos, de los cuales ahora os quejáis.

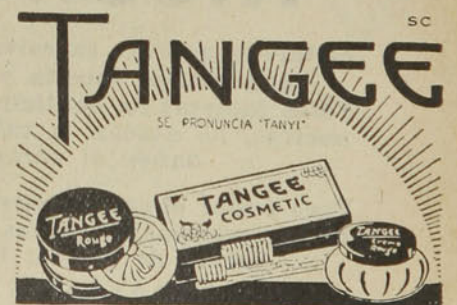
DR. BOVARY



EL color natural en armonía con el tipo de todas—labios de una belleza arrebatadora... ¡todo con la simple ayuda de Tangee, el lápiz mágico! ¡Es maravilloso ver como este lápiz cambia de color al aplicarse... Armoniza con el color natural de sus facciones ya fuere rubia, morena o pelirroja!

Al contrario de otros lápices comunes, Tangee no deja capas ni manchas de grasa. Y en vez de reseca los labios, como otras preparaciones, los suaviza y los protege. Además, *dura todo el día*.

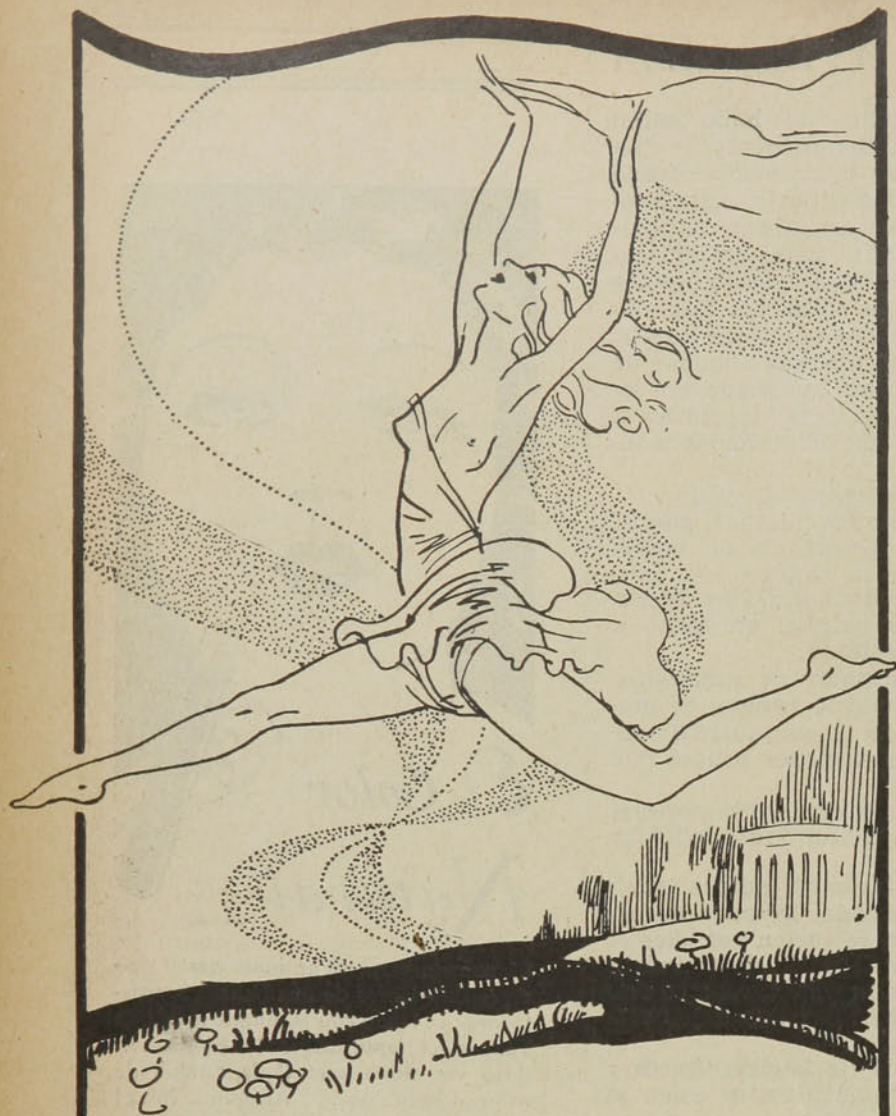
El mismo resultado maravilloso se obtiene con el *Colorete Compacto* y *Crema Colorete*. Los *Polvos Tangee*, suaves y adhesivos, vienen en matices que armonizan con el tono natural del cutis.



Representantes para Chile:

KLEIN & CIA. LTDA.

Huérfanos esq. Bandera y Ahumada
Santiago — Casilla 1762



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

**TABLETAS
PARA ADELGAZAR**

"KISSINGA"

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante.

Estas tabletas no contienen sustancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA" que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei. Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio.

Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

PARIS, primera ciudad del Africa

AL MARGEN DE LA EXPOSICION COLONIAL
FRANCESA.

Por FRANCISCO MELGAR

Con la proximidad de la Exposición Colonial, París, o mejor dicho, todo un barrio de la capital, se ha transformado en una ciudad africana, probablemente la más moderna y perfeccionada de todas las que existen en tierras de negros.

Toda una serie de villorrios de adobes han surgido como por encanto en las inmediaciones de un lago, el lago Doumesnil, que hasta ahora no había servido sino de centro de excursión y de dominguero esparcimiento para los apacibles habitantes del Oeste de París. El lago mismo se ha convertido en una evocación oriental con juncos indochinescos, palacios de vivos colores y tejados curvos. Unos cuantos pasos más allá, se encuentra uno en el corazón de Africa. Los límites de la selva virgen son los árboles del bosque de Vincennes.

Paseemos entre ellos y vayamos, acompañados de nuestros lectores, en busca de un continente que no figura en ninguno de los mapas conocidos, el continente africano de París...

Los negros arrancados a su hermano sol de los trópicos para ser una de las atracciones más sensacionales de la Exposición Colonial, han empezado ya a vivir los largos meses de su destierro.

Llegaron el otro día en la estación de Saint Lazare; venían vestidos con telas de vivos colores, acompañados por sus mujeres y sus niños, a los que nada parece asombrar. Hay entre ellos representantes de todas las razas del Africa Ecuatorial, de Guinea, del Hahomet, del Sudán, del Senegal y de Mauritania; en los villorrios donde se han instalado el día mismo de su llegada, tras un breve paseo en autocar, llevarán la misma vida que en su tierra natal, se dedicarán a sus trabajos manuales, venderán el producto de su industria y mirarán con ojos de asombro esa inmensa muchedumbre de blancos que vendrán a desfilar delante de ellos como para distraerles en sus ratos de ocio.

El sol de estos comienzos de mayo es un sol avarienco y pálido; los negros se han refugiado en sus chozas de doble pared, sin ventanas, que no reciben la luz sino por la puerta. Hay docenas de estas chozas, cubiertas las unas de paja, las otras de una mezcla de tierra roja y de barro; el suelo es de cemento, y reina en el interior una temperatura dulce e igual, indispensable para estos pobres seres, acostumbrados a climas muy distintos.

Penetro en el interior de una de las casitas. Hay en el suelo unas camas de campaña y un radiador eléctrico; ningún mueble más, en el fondo una escalera de madera blanca que debe conducir a una especie de desván. Estoy en la vivienda de un senegalés, casado y con niños; hay en el suelo, al pie de las camas, los negritos de pelo rizado, que están crupando caramelos. Están envueltos en una especie de gran saco de color encarnado, que debe ser algo así como un camisón de dormir.

Imposible entablar conversación con ellos; no tienen más que una preocupación: echar al intruso, y las dos criaturas hacen fuerza para cerrar la puerta.

Más lejos, la colonia africana se está instalando; en los bancos tallados en troncos de árboles gigantes, se sientan los primeros visitantes: unos negros vestidos a la europea, enguantados y con sombrero hongo, parientes, sin duda, de los que acaban de llegar.

Los viejos, vestidos con una curiosa mezcla de trapos multicolores, calcetines y babuchas, sombreros de fieltro y láminas de vivos colores, a la usanza de la tierra

natal, sobre los pies cruzados en tierra. Circulan las mujeres, grandes y esbeltas; se dirigen a la cocina común, donde cortan a grandes tajadas el pescado que va a servir para la sopa; otras, llevan en el hombro la jarra llena de agua, que se utiliza para la limpieza de toda la familia; una negra de Mauritania, con el traje ceñido a la cintura, pasa rápidamente, llevando el niño detrás, asomando la dormida cabecita coronada por los pelos crespos.

Entre las mujeres negras que vienen a la Exposición, las hay arrogantes y buenas mozas: son las cuarenta bailarinas que tomarán parte casi diariamente en las fiestas nocturnas.

También se instalan los brujos de Dahomey, cubiertos de fetiches.

Y los vendedores de joyas; surgen animales extraños venidos de los corrales africanos; hasta aparecen cuatro camellos, que no acaban de convencerse de que están en Africa.

París, hace, sin embargo, cuantos esfuerzos puede para ser durante algunos meses una gran ciudad africana; pero, desgraciadamente, el cielo y la naturaleza no pueden modificarse. Las palmeras y los indígenas no bastan para resucitar el ambiente africano.

Los negros educados y llenos de atención tiritan en sus vistosos harapos, y los pequeñuelos se envuelven en las casacas de sus hermanos mayores, que sirven en los regimientos de color para abrigar sus cuerpos endeble.

La instalación de las casitas es seguramente suntuosa en comparación de la que han conocido hasta ahora; pero, sin duda, muchos preferirán los piojos de la tierra natal al frío de los países llamados civilizados, donde las palmeras tienen aspecto de moribundos y donde el sol apenas sabe lo que es calentar.

La proximidad del verano es un aliento, es cierto, y también el ejemplo de las colonias africanas que viven en las alturas de Montmartre dedicadas a alegrar con la música del "jazz" los "dancings" cosmopolitas. Los nuevos se aclimatarán, como lo han hecho los antiguos.

No podemos salir del recinto de este nuevo París colonial, sin hacer una visita a las gentiles bailarinas imperiales del Cambodge, que han de constituir la atracción más notoria de todos los festejos que se nos preparan.

Son difícilmente accesibles las danzarinas de la corte cambodgiana, a las que se ha dedicado una casita cuadrada con puertas y ventanas de madera laqueada. Un soldado anamita las defiende con religiosa obstinación. Sólo por una de las ventanas se puede echar una mirada sobre el campamento donde viven las menudas bailarinas; todas ellas están en la sala baja que sirve de comedor y de salón al mismo tiempo; algunas recostadas en esteras, las otras circulando, sin ruido, a través de la vasta habitación, llevan unos amplios kimonos, y tienen sus rostros la expresión candorosa que saben adoptar las niñas de una civilización muy vieja.

Pasan casi todo el día en el cuarto superior, trabajando y ejercitándose en su arte, bajo la dirección de una maestra que hace a la vez de madre y la dueña de todas esas gentiles criaturas.

París, 1931.



¡Caramba un zapato! Voy a jugar un poco con él. Lo dejaré descansar, porque ya no puede más; está sacando la lengua.



Parecen recién casados...

pero no lo son. — Únicamente han hecho "la desinfección interna" y se encuentran rejuvenecidos, — sanos, — alegres, — y contentos como dos tortolitos.

Ante todo, en la salud, hay que cuidar los órganos internos. Precisamente los más delicados, como son las vías urinarias, requieren especial cuidado. Su lema debe ser "Desinfección Interna", y así se evitarán las dolorosas enfermedades de la vejiga.

¿Qué es "Desinfección interna"?

La limpieza de los órganos internos hecha con regularidad.

Así se desinfectan las vías urinarias, se matan las bacterias y se destruyen los gérmenes de enfermedades. La cura de Helmitol, sus ventajas para la salud y la manera de efectuarla se hallan descritas en el prospecto que acompaña cada tubito.

Tabletas de Helmitol

M.R. a base de anhidrometilencitrato de hexametilentetramina

BAYER

Usted no los ve

pero allí están—allí están los destructores gérmenes que arruinarán su dentadura y le privarán de aquella encantadora sonrisa.

Combátalos! Es muy fácil! La Pasta Dentífrica EUTIMOL mata en 30 segundos de contacto los gérmenes de las caries dentales. Úselo a mañana y noche. Conserva la boca limpia y fresca.



FÓRMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar,
Jabón,
Raíz de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos.

Pasta Dentífrica
EUTIMOL
M. R.
PARKE-DAVIS



Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 102), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....

Dirección.....

Ciudad.....Provincia.....

LA CIGARRA

El rubio sol extiende su viva pincelada
de luz sobre la urdimbre risueña del plantío,
y escondida en el cámbulo, como una gema alada,
la cigarra preludia la canción del estío...

Piensa, acaso, en la linfa rumorosa del río,
o en la dulce penumbra de la noche estrellada...
Y en su lírico ensueño la adormece el hastío
con el vago perfume de la fronda olvidada.

Su cántico fenece cuando el temblor de un vuelo
desflora la infinita quietud del alto cielo...
Mueve, pronta a la fuga, los élitros vibrantes

y al desplegar el ala luciente y sonora,
semeja una esmeralda que, en la arboleda umbrosa,
va dejando una estela de mágicos cambiantes...

FRANCISCO DE BUSTAMANTE

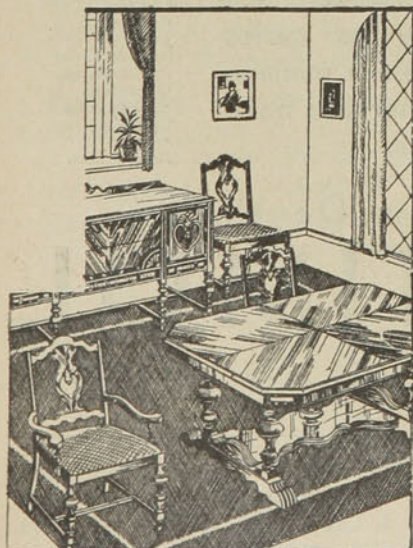
Cartagena de Indias.

LA PERFECCION

y la belleza de líneas en los muebles es el sello
del buen gusto y la elegancia.

Cuando usted necesite instalar una casa o
renovar algunas de sus habitaciones, tenga pre-
sente que la

Mueblería París



además de ser la
Fábrica más im-
portante de
Santiago, debe
su fama y su
prestigio a la ca-
lidad de los ma-
teriales que em-
plea en la con-
fección de sus
muebles.

ALMACENES
DE LA
MUEBLERÍA
PARÍS

1141 - DELICIAS - 1385

Es bella,
joven y buena



Creció en un hogar respetable,
fundó otro igual y es la madre
de dos hermosos niños. Siempre
que éstos sufren la menor indi-
gestión acude inmediatamente a
lo que su madre le daba cuando
ella era pequeñita—

Leche de Magnesia de Phillips



lo mejor que se conoce para
neutralizar los ácidos elimi-
nando así la verdadera causa
del mal. Como laxante, su ac-
ción es suave y eficaz propor-
cionando evacuaciones nor-
males sin producir irritaciones.

Si no es Phillips no
es legítima. Cuidese
de las imitaciones.

Leche de Magnesia —M. R.—A base de hidróxido de Magnesita.

Grat. 1

Al Emperador José II, le gustaba mucho viajar de incógnito. Una vez en uno de sus viajes, se afeitaba tranquilamente en su habitación de una pequeña posada, cuando la sirvienta que le traía agua tibia le dijo:

—Dígame, señor, ¿es verdad que usted es de la casa del Emperador?

—Sí.

—¿Y qué es lo que usted hace allí?

José II se vuelve, la cara espumeante de jabón, y responde friamente:

—Yo tengo el honor de afeitarme.



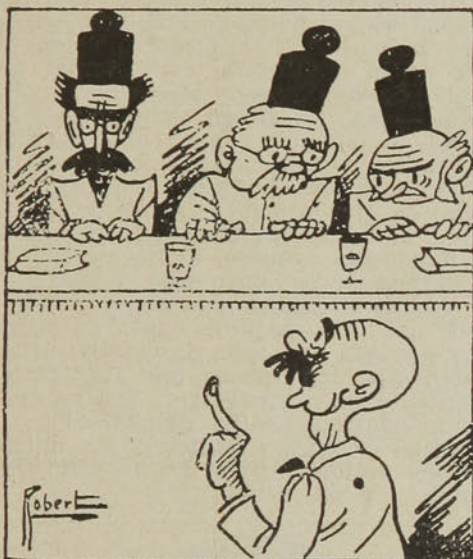
Bromas

Un tratante en ganados llegó a un pueblo en feria y no encontraba alojamiento. Al fin, en una posada le ofrecieron lo único que le podían ofrecer: compartir una cama de matrimonio con un negro de una or-

questa. Aceptó el tratante, encargando mucho que se le llamase al amanecer. Así lo hicieron; pero el hombre, rendido del día anterior, y de noche todavía, se levantó casi dormido, recordó que tenía que afeitarse y, mojando la brocha en un tintero, empezó a enjabonarse.

Se acercó al espejo y, al verse en la escasa luz tan "oscuro", tiró la brocha, se descalzó y metiéndose de nuevo en la cama, comentó muy satisfecho:

—¡Qué criado más bestia! ¿Pues no tenía que llamarme a mí y ha llamado al negro?



ANTE TODO, LA GRAMATICA

—Yo seré un ladrón, pero si todos los ladrones son como yo, los pobrecitos ladrones «seamos» unos desgraciados.

—¡Somos, somos!...

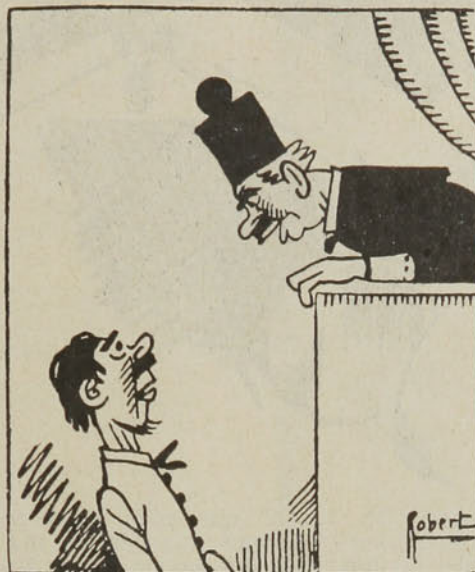
—¿Usted también, señor juez?

En una fábrica de flores artificiales: —¿Tienen ustedes una corona con una inscripción que diga: "A mi querida suegra"?

—No, señor. En veinte años de negocio, es usted el primero que la pide.



—Chico, ya me voy cansando de esta vida azarosa. Estoy deseando entrar en caja...



UN HOMBRE MODESTO

—Ahora, va usted a referirnos de qué medios se valió para cometer un delito rodeado de tanto misterio...

—No, mire, señor juez, vamos a dejarlo; no me gusta darme importancia.

En un duelo, después de los dos primeros encuentros, uno de los duelistas comienza a tambalearse.

El médico acude sin tardanza.

—¿Dónde siente usted el mal?—pregunta.

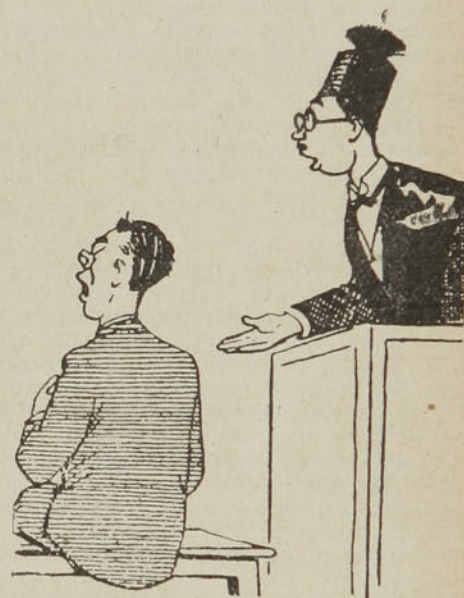
—Aquí—dice el hombre—en el estómago.

—Entendido— contesta el médico —. ¿A ver la lengua?



—¿Y cómo ha sido que le ha pegado a su mujer?

—Pura casualidad, señor juez, porque siempre es ella la que me pega a mí.



—Hay que tener en cuenta que el acusado es un anormal, un idiota, un cretino, un imbecil.

—Pero, señor presidente, ¿me está defendiendo ese hombre?

Una señora muy necia que se precia

de tener a sus criados

como nadie aleccionados,

dijo un día al asistente

Restituto,

que es sumiso y obediente

pero bruto:

—¿Sabría ya recibir?

—Sí, señora.

—Pues, entonces, desde ahora

tú serás quien salga a abrir.

Llega un día un caballero

de visita...

y Restituto le quita

el abrigo y el sombrero:

cuélguelo en el perchero,

la puerta abre del salón

y el balcón

para que haya claridad,

y señalando a un sillón,

dice:—Tenga la bondad.

Y cuando ya lo ha sentado

en la sala y ve cumplido

el encargo que le han dado,

le dice con mucho agrado:

—Los señores han salido.

FIFI QUIERE UN ‘‘ AUTO ’’

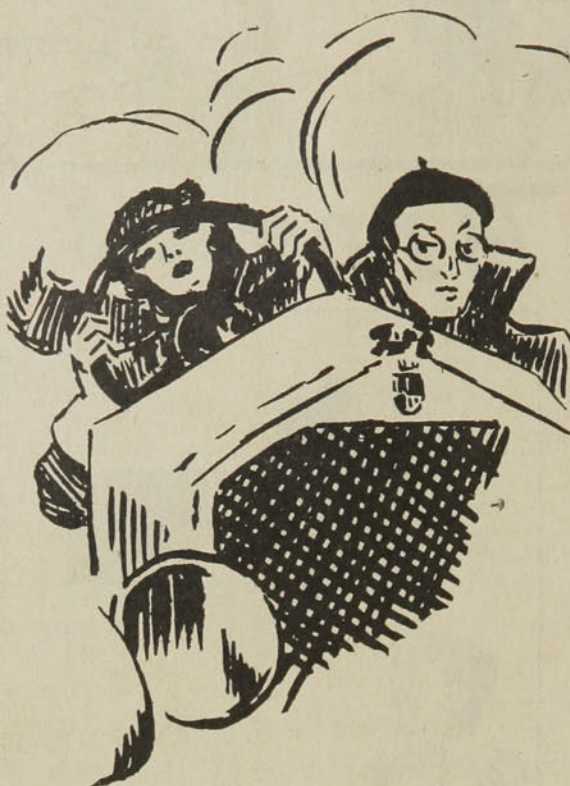
Se entreabre la cortina y surge una figura deliciosa: es Fifi...

He aquí a Fifi. Una chispa de mujer, y el resto, de muñeca mimada. Pequeñina, vivaracha, ojos claros, cabello unas veces cobre, otras oro, otras ébano, según la moda... Cejas casi ausentes, labios color de lápiz rojo, dentadura impecable. Juega al tennis y al ‘‘golf’’, maneja el volante como el ‘‘chauffeur’’ más hábil, monta a caballo a la perfección, y montaría en motocicleta y en aeroplano... si su papá no se opusiera. Habita una mansión suntuosa, tiene un dote redondo, dos perros pequinenses, un carácter extra ligero... y un novio que, además de parecer un figurín, le deja hacer en todo su santa voluntad. En este momento, porque nada le falte, Fifi tiene también una contrariedad.

Fifi quiere un ‘‘auto’’. Su papá se lo niega. ¿Razones? Simplemente que en el garage hay tres que están gastando un dineral: un ‘‘cabriolé’’ excepcional que figuró en el último Salón de París y vale una fortuna; un ‘‘torpedo’’ de gran turismo, cuya suntuosidad es tal, que yendo en él de viaje la cuenta es doble que la de los demás viajeros, y una ‘‘limousine’’ de cuyo modelo sólo existen dos ejemplares: el que se llevó a su país cierto príncipe indio y el que posee el papá de Fifi. Cada ‘‘auto’’ tiene su ‘‘chauffeur’’, y ‘‘chauffeurs’’ y automóviles están a la disposición de Fifi. Si no lo estuvieran, ella dispondría de ellos exactamente igual.

Mas — ¡oh arcanos del alma femenina! — en este instante la esplendidez de los coches de su padre no seduce a Fifi. Claro que la encanta el torpedo para las largas excursiones, que se siente orgullosa del cabriolé cuando va de visitas, de tiendas o modistas, y que no cambiaría por nada del mundo su ‘‘limousine’’ al salir del teatro; pero para redondear el tipo de muchacha americana, que es su figurín últimamente adoptado, le falta un coche que no está en el garage del autor de sus días y que ella ha visto, sin duda, en las películas.

Es un ‘‘auto’’ de capó alargado, carrocería de sólo dos asientos, una capota minúscula y un volante de dirección muy



grande. Un ‘‘auto’’ que pide para su ‘‘chauffeuse’’ enormes guantes de manopla, chaquetón y gorrito de cuero. Un ‘‘auto’’ propio, individual, que ella precisa para ir al ‘‘golf’’, al tennis, a casa de las amigas, al baño, y sobre todo a la puerta del casino a recoger al novio. ¡Oh! Esto sí que resultaría divertido... Llevarlo a su lado luciendo la airosa figura, conducir ella en aparente raptó, verlo todo asustadizo de sus locuras... Esto, sin duda, lo ha visto Fifi en el ‘‘cine’’ de sus aulas... Y quiere adoptarlo urgentemente, no vaya otra a quitarle la idea... o el novio.

Pero, el papá no se ha dejado convencer, y la mamá, ¡cosa rara!, le ha ayudado en la resistencia... Fifi, por su parte, ha agotado todos sus recursos para vencer esta tiranía, y ha empleado la

zalamería primero, y el enojo después, y la pataleta más tarde, y la amenaza por fin, y ha jurado que no probará alimento, ni saldrá de casa, ni se vestirá, ni hablará hasta no salirse con la suya, y ha llorado, y ha rabiado, y ha pataleado...

Después, en vista de lo infructuoso de su lucha y resuelta a lograr su objeto a todo trance, Fifi ha cogido por las solapas a su novio, le ha expuesto su gran pena y ha terminado por insinuarle la necesidad de que sea él quien le regale el día de su santo el ‘‘auto’’ soñado. Claro que Fifi no sabe lo que cuesta un ‘‘auto’’, como tampoco sabe lo que cuesta un huevo. Además, ¿qué es una insignificancia así para un muchacho que se viste en Londres y se desayuna todos los días con tortilla de trufas?

Mas, ¡ay!, el novio de Fifi, que espera para tener ‘‘auto’’ a comprarlo con el dote de la muñequita, cuyos trajes no tienen de londinenses más que la etiqueta — que un amigo complaciente le presta, — que sólo come trufas cuando la convida y que no sabe aún contra quien esgrimirá el sable para salir del apuro en que lo pone el santo de la niña... al oír la pretensión de su novia ha palidecido primero, se ha estremecido después, y por último ha dejado que por su mente cruzase una idea horrible: la de que una chiquilla capaz de pedir un automóvil de novia, de casada no se contentaría con menos que un transatlántico o un rascacielos... Y se ha despedido confuso. ¡Se ha despedido!

Porque el asunto ha tenido la única solución posible: Fifi se ha quedado sin ‘‘auto’’... y sin novio.

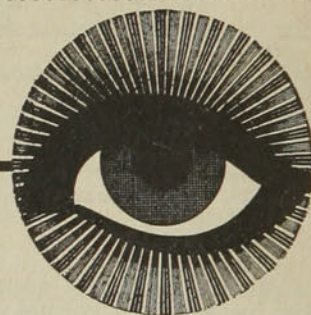
Incomparable



como un Velazquez o un Rembrandt — es la sal del buen gusto, la elección de los que saben distinguir — a pesar de lo cual es muy económica.

SAL DE MESA
Cerebos

Producto de Cerebos Limited, Londres, Inglaterra



UNIVERSU
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

OFRECE

500 hojas cartas
400 sobres inviolables
100 tarjetones recado
total 1000 ejemplares
todos IMPRESOS por

\$ 20

Despachos a provincias
únicamente contra pago
anticipado de \$ 25.-

CONSEJOS PARA SER BELLA.—

El Cuidado de la Piel

Seguimos publicando hoy los artículos que sobre el cuidado de la belleza femenina ha escrito el doctor Josif Ginsburg, cirujano plástico, graduado en las universidades de Praga y Viena.

Para reducir temporalmente la caída de la piel y darle una apariencia más juvenil, algunas mujeres usan "estiradores" artificiales.

Es un método muy sencillo, consistente en dos pedazos de esparadrapo con un agujero por el que se hace pasar una cinta. Estas bandas se colocan sobre la piel, delante de las orejas o en las sienes, mientras que las cintas se atan detrás de la nuca, después de que estén bien tirantes. Es costumbre afeitarse partes de las sienes para que el esparadrapo se adhiera mejor.

Este sencillo aparato se coloca generalmente por la mañana y se quita al irse a acostar. La tirantez de la piel hace que la persona que lo usa se sienta mejor, aun cuando no la embellece absolutamente. Existe algo anormal acerca del estirado parcial de la piel, que se puede observar inmediatamente a pesar de que estas bandas están escondidas debajo del pelo.

La piel estirada, en realidad es sólo la cubierta por el esparadrapo, a lo sumo una pulgada o pulgada y media de ancho. El resto de la piel continúa floja y desgarrada. Alrededor de las orejas se pliega por la presión y los lóbulos se retuercen hacia adelante y atrás; sobre los pedazos de esparadrapo se observará la acumulación de una cantidad considerable de piel abultada.

Generalmente, la mujer, que usa este método, presenta el aspecto de tener las sienes hinchadas y toda su cara no guarda proporción al compararla con la apariencia amplia de su frente.

Lo más desagradable de este sistema es el daño que acarrea. La parte de la piel debajo del esparadrapo se irrita, adquiere más espesor, se torna de color púrpura y se hace muy sensitiva. Este defecto puede corregirse algo abandonando el uso del esparadrapo. Donde el daño es permanente, es en el resto de la cara.

Los tejidos elásticos muy finos no pueden soportar esta constante presión artificial. Se estiran todo lo posible y se desgarran, dejando a la piel sin el factor más esencial, elasticidad. En poco tiempo los músculos se extienden y la faz entera se derrumba. Llega a presentar tal aspecto que hay entonces que usar el esparadrapo constantemente.

Una mujer de cuarenta y cinco años que había usado el esparadrapo por cinco años, decidió someterse a un cirujano plástico. Tenía tal acumulación de piel superflua, que era tres veces mayor que la que generalmente se extrae de las caras que acostumbran a someterse a mi cuidado constantemente, tanto en el curso de mi práctica en Hollywood como en Europa. Mi consejo es: no usen esparadrapo.

UN TRATAMIENTO QUE DEBE EVITARSE

Hace veinticinco años un famoso cirujano plástico europeo introdujo la novedad de reconstruir narices deprimidas y restaurar tisús envejecidos. Su novedad consistía en algo que hoy conoce todo el mundo: parafina.

La facilidad con que se hacía esta obra de rejuvenecimiento y los resultados inmediatos producidos al aplicar una mera inyección sirvió para que atrajese la atención de especialistas y clientes. Rápidamente se propagó la noticia de este descubrimiento y muy pronto los operadores de salones de belleza se encontraban inyectando parafina a diestro y siniestro.

Se aplicaba para restaurar narices y elevar depresiones en la cara; para hacer desaparecer arrugas, remodelar labios, restaurar mejillas que se iban hundiendo, desarrollar las piernas cuando eran muy delgadas, alisar las manos y muñecas envejecidas y remediar cualquier clase de defectos.

A pesar de tropezarse en seguida con algunas complicaciones, el tratamiento continuó por considerarse las anomalías antedichas como excepciones.

En pocos años aquel remedio entonces en boga, se convirtió en mensajero de tragedia. Mujeres de todo el mundo veían su cara completamente desfigurada y en algunos casos las deformidades que pude observar eran mucho peor que las que se contemplaban en miles de combatientes al terminar la guerra.

Médicos de reputación, al ver los resultados, abandonaron por completo el uso de la parafina, pero los pocos escrupulosos cuya única preocupación era hacer dinero, convirtieron ese tratamiento en medio de fácil enriquecimiento y siguieron adelante con este método criminal de rejuvenecimiento.

Aun cuando la parafina se ha mezclado con aceites y se ha limitado su uso, los resultados son siempre los mismos.



Canas

Experimente con "La Carmela"

Si sus cabellos empiezan a encanecer y desea devolverles su primitivo color, experimente con "LA CARMELA"

Si ya empleó otros productos con resultados negativos o recurre a tinturas siempre perjudiciales, abandónelas y experimente con "LA CARMELA".

El Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA" se usa como loción en el momento de peinarse, no ensucia la piel ni la ropa, extirpa completamente la caspa y evita la caída del cabello.

En venta en todas las Droguerías, Farmacias y Perfumerías del país.

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.

Suc. de DAUBE & Cía.

Valparaíso-Santiago-Concepción-Antofagasta

**Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA"**

La Célebre María Malibrán

Se oye un suave frufutar de sedas y a poco penetra en el *camerino* la diva, en su blanca toaleta de Desdémona, resucitada ya de la mortal caricia que poco antes recibiese del feroz morazo de Venecia. En la lujosa estancia, hecha un vergel en fuerza de flores, aguarda Fetis, el crítico famoso, que felicita a la cantante por su éxito.

—¿Es de veras? ¿Os gusté esta noche? — inquiriere ella, mimosa.

—Esta noche y siempre. Sin embargo...

—Proseguí. Estáis autorizado para decirlo todo.

—A una artista como vos no se la debe engañar. Creo que hacéis demasiadas concesiones al público, y no lo necesitáis.

—Pero venid acá, mi querido gruñón... Entre ese público, ¿cuántos inteligentes habrá capaces de advertir los lunares que con encantadora franqueza me señaláis? En cambio, las grandes masas productoras de esas ovaciones, que tanto halagan a todo artista, lejos de percibir tales defectos, los consideran como perfecciones... El día que cante en un salón para que me escuchéis vos y esos pocos cuya pericia musical iguale a la vuestra, seré la artista impecable que alguna vez echáis de menos en mí; pero mientras mi auditorio se conponga de miles de personas, procuraré, ante todo, buscar su aplauso, por cualesquier medio; que no a otro cosa aspiramos los que del arte vivimos...

Anticipándose a la réplica de Fetis entra en el camarín un *dilettante* empingorotado, deseoso de felicitar a la gentil artista. ¿Es un marqués, un duque, un millonario? Tal vez sea algo de eso, o acaso más. María sólo sabe que la aplaude desde las lunetas, que le regala *corbeilles* y alhajas y que únicamente pide a trueque su galantería y desprendimiento, que se le consienta sentarse en el *camerino* y conversar con su encantadora dueña.

—¡Oh, admirable, admirable! ¡Qué voz la vuestra! ¡Qué sentimiento al cantar la romanza

Assisa al pie d'un salice...

Y con abominable voz el intruso intenta remedar los gorgoritos de la diva.

—Los ángeles, sin duda, os enseñaron a cantar, María encantadora.

Ella sonríe tristemente: inexplicable deseo de confidencias sube del corazón a los labios.

—No fueron los ángeles precisamente mis maestros. Fué mi padre quien me inició en los secretos del pentagrama; pero, por una obsesión inconcebible, al convertirse en profesor mío, dió al olvido las ternuras paternales, substituyó en dolas por la rudeza de un cómitre. ¿No habéis tratado a mi padre, el famoso tenor español Manuel García? Sus triunfos le hicieron gustar desde muy joven el sabor agri dulce de la gloria, y

quiso que sus dos hijos le imitásemos, superándole si era posible. Desde muy niños comenzó a aleccionarnos. Pero ni mi hermano ni yo tenia condiciones artísticas, y yo menos aun. Mil veces mi padre exasperado con nuestra tosepeza, nos maltrató sin piedad. Un día mi hermano se alejó de nosotros; yo no pude y seguí amarrada a mi implacable progenitor cada vez más obtinado en su tenaz propósito de hacerme artista eminente a pesar mío. Salí, por fin, al público; pero no pude entusiasmar a los espectadores, que sólo vieron en mí una cantante mediocre. Mi padre, desesperado, desistió de su empeño y me indujo a contraer matrimonio con un hombre a quien conocimos en Nueva York. Pasaba por in-



mensamente rico, y esto me agradaba; era viejo, lo cual no me seducía; pero con tal de huir de la tiranía artística a que estaba sujeta, juzgué al Sr. De Malibrán como un redentor, y le entregué mi mano. Pronto comprendí que aquella nueva vida era acaso peor que la que abandoné: mi marido era un hombre despreciable y su caudal totalmente imaginario. Pedí y obtuve el divorcio. De nuevo, al verme sola y desvalida, busqué al lado de mi padre el medio de ganarme la subsistencia. Y continué cantando con más entusiasmo que antes, pero sin llegar a satisfacer al descontentadizo maestro.

Cierta noche—aun la recuerdo con espanto invencible—cantábamos *Otelo*, la misma obra en que acabo de ser ovacionada. Era la *particella*

predilecta de mi padre, para quien expresamente la escribió Rossini, gran entusiasta de sus geniales aptitudes, que tan bien supo aprovechar enmendándole la creación de *El barbero de Sevilla*. Canté el primer acto medianamente. Por causas que ignoro, mi voz estaba insegura, mi garganta rebelde. Temiendo una reprimenda, al salir de escena me dirigí al *camerino*. No tuve tiempo de cerrar la puerta. Detrás de mí venía él, y penetró en la estancia corriendo el pestillo interiormente. Aun me parece estarle viendo, tiznado el rostro, relampagueante la mirada, crispados los puños. Hablándome en español, su idioma nativo, como hacía siempre que una emoción violenta le dominaba, rugió más que dijo:

—Si no cantas esta noche como es debido, como yo te he enseñado, como merece esta música sublime, juro que he de matarte en el último acto, como *Otelo* mata a Desdémona...

Y al proferir la terrible amenaza, su diestra desenvainó la guma, cuya acerada hoja brilló ante mis ojos con resplandores de muerte...

(Continúa en la pag. 49)

PARA LOS NIÑOS
en
mamita
MR 20 cts
LOS MEJORES CUENTOS

En AHUMADA 32
SANTIAGO

puede usted comprar
cualquier tomo de la

“Colección
Universo”

LEVE A SU NIÑO
LOS DIERNES
mamita
MR 20 cts



Irás sobre la vida de las cosas
 con noble lentitud; que todo lleve
 a tu sensorio luz; blancor de
 [nieve
 azul de linfas o rubor de rosas.
 Que todo deje en ti como una
 [huella
 misterios; grabada intensamente;
 lo mismo el soliloquio de la
 [fuente
 que el flébil parpadeo de la es-
 [trella.
 Que asciendas a las cumbres
 [solitarias,
 y allí, como arpa eólica, te azoten
 los borrascosos vientos, y que
 [broten
 de tus cuerdas rugidos y ple-
 [garias.
 Que esquives lo que ofusca y
 [lo que asombra
 al humano redil que abajo queda,
 y que afines tu alma hasta que
 [pueda,
 escuchar el silencio y ver la
 [sombra.
 Que te ames en ti mismo, de tal
 [modo
 compendiando tu ser, cielo y
 [abismo,
 que sin desviar los ojos de ti
 [mismo
 puedan tus ojos contemplarlo
 [todo.
 Y que llegues por fin a la es-
 [condida
 playa con tu minúsculo universo,
 y que logres oír tu propio verso
 en que palpita el alma de la vida.

OJOS VERDES

Por ARTHUR APPLIN



Elisa Barchester miraba cómo Juana vaciaba el último cajón de la cómoda y colocaba cuidadosamente su contenido en una flamante maleta de cuero.

—¡Qué ropa tan linda!— suspiró Elisa con envidia.— ¿Es cierto que la has confeccionado tú?— Juana asintió con

la cabeza. Tenía el cabello de color de oro viejo, con profusión de rizos naturales, que habían sido causa de envidia y desesperación de peinados y peluqueros. Su rostro estaba encendido y sus ojos brillaban de satisfacción.

—Soy muy feliz, mi querida amiga—dijo en seguida—. ¡Con qué alegría espero las diez de mañana!

—Yo, si he de ser sincera contigo—respondió Elisa—, habré de decirte que no estoy muy segura de tu futura felicidad. Reconozco que Víctor es un hombre fascinador e inteligente y precisamente en ello estriba mi temor: los hombres que son, o se creen superiores, suelen mostrarse exigentes y egoístas.

—Puedes estar tranquila por esa parte—contestó riendo Juana—; pienso ser muy feliz con Víctor.

Elisa hizo un gesto de duda y a continuación añadió:

—Si en vez de casarte con Víctor te casaras con su hermano Pablo yo estaría completamente tranquila.

—¡Calla, calla!—exclamó Juana cerrando la maleta y sentándose—. Para ese pobre muchacho no existe más que el banco en donde trabaja, su madre y su casa. Va completamente ridículo, siempre con paraguas y con sombrero hongo.

Puso en pie la joven y, rodeando con sus brazos el cuello de su amiga, continuó:

—¿Supongo que no dejarás de acompañarnos mañana a la oficina de casamiento? Contamos contigo. Créeme, Elisa: Víctor y yo seremos muy felices. En el matrimonio lo esencial es el amor y nosotros nos queremos apasionadamente. ¿Qué no somos ricos? ¿Y qué? Víctor gana hoy con sus libros y sus colaboraciones periodísticas lo suficiente para que vivamos co desahogo. ¿Qué más podemos desear?

En aquel momento sonó por dos veces el timbre de la puerta.

Esa manera de llamar es la de Víctor—dijo Juana a su amiga. Habíamos convenido en no vernos hoy, pero habrá cambiado de pensamiento.

—Entonces yo me marchó. Hasta mañana a las diez.

Juana la besó.

Eres un ángel—le dijo—. Nosotros en cuanto salgamos de la oficina, casados, emprendemos el viaje a Dover, en automóvil. Permaneceremos quince días en el continente y después vendremos a establecernos en nuestro pisito.

Juana bajó la escalera y al llegar al vestíbulo se detuvo sorprendida. No era Víctor el visitante: era su hermano.

—Hola, Pablo—dijo la joven tratando de sonreír amablemente—. ¿Ocurre alguna novedad desagradable?

Pablo entregó el paraguas y el sombrero hongo a la sirvienta y tomó la linda y gordezuela mano que Juana le tendía; la suya era larga, fina y fría.

—¿Qué novedad desagradable podría ocurrir?—respondió el visitante.

La joven le condujo a la biblioteca y le invitó a tomar asiento.

—Creí que encontraría aquí a Víctor—dijo Pablo. Acabo de salir del banco y deseo verle urgentemente. ¿No sabe usted en dónde está?

—Lo ignoro en absoluto.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Cómo se encuentra hoy su mamá?—preguntó después la joven.

Y como Pablo, generalmente reposado y dueño de sí mismo, agitase nerviosamente el colgante de su reloj, Juana pensó si sospecharía que su hermano y ella iban a casarse secretamente la siguiente mañana.

—Vuelve a atormentarla el sistema nervioso—respondió él—; teme que le dé un nuevo ataque.

—Cuanto lo siento—dijo Juana.

En realidad le inspiraba muy poco interés su futura madre política. Era ésta una señora extravagante que adoraba a su hijo Pablo, de quien se hacía lenguas, mientras que hablaba despectivamente de Víctor, su hijo menor, complaciéndose en decir que seguramente el muchacho no tendría buen final.

—No quiero molestarla más—dijo Pablo levantándose y tendiéndole de nuevo su fría mano—. A usted no hay necesidad de preguntarle cómo se encuentra; tiene un aspecto maravilloso. Si viniera Víctor tenga la amabilidad de decirle que deseo verle urgentemente.

Juana le acompañó hasta la puerta; inspirábase cierta conmiseración aquel muchacho de vida ejemplar, encadenado a la oficina del banco durante el día y al lado de su madre las horas que podía dedicar al asueto.

La joven subió de nuevo a su habitación y terminó de preparar su equipaje; deseaba dejarlo listo antes de que regresasen sus familiares. Realmente, su conducta no tenía nada de plausible, pero como sus padres veníanse oponiendo sistemáticamente a su casamiento, Víctor y ella habían resuelto efectuarlo secretamente y sin contar para nada con sus respectivas familias.

Aquella noche, antes de acostarse, Juana escribió a su madre una extensa carta explicándole todo, carta que pensaba dejar en la mesita del vestíbulo cuando abandonase la casa. Su padre se habría marchado ya entonces a sus quehaceres y su madre se hallaría aun en el lecho, en el que solía desayunarse.

Despertóse al amanecer. ¡Qué feliz se sentía! ¡Pensar que dentro de pocas horas estaría unida para siempre con el ser amado!...

Cuando su taxi se detuvo a la puerta de la oficina de casamiento, Juana vio a Víctor que la aguardaba en la acera. Vestía el joven un traje azul oscuro y tenía en la mano un sombrero de fieltro color gris.

—¡Querida mía!—exclamó al verla.—¡Con qué ansiedad lo aguardaba!

Y le tendió la mano para que se apoyara en ella al descender del coche.

—¿Está ya todo dispuesto? — preguntó la joven. — ¿Ha venido Elisa?

—Sí; nos espera dentro con Bob. Vamos, que será cuestión de cinco minutos.

Y los novios, cogidos del brazo, entraron en una obscura oficina, donde un funcionario calvo, con gafas de concha, después de dirigirles las preguntas de ritual y de hacerles firmar en el libro, les dio la enhorabuena augurándoles muchas felicidades en su nuevo estado de casados.

—¡Me parece un sueño!—exclamó Juana, cuando se encontró de nuevo en la calle.

Elisa y Bob entregaron sendos ramos de encendidas rosas a los recién casados y se retiraron luego de desearles toda suerte de venturas.

Víctor sentó a su lado a su esposa y empuñó el volante de su automóvil, que se deslizó rápido por la blanca carretera de Dover. Ambos jóvenes permanecían silenciosos; cuando las emociones son muy fuertes los labios enmudecen. Al cruzar un pueblo la muchacha noto que la gente se volvía para mirar y sonreír; los muchachos corrían gritando detrás del coche.

—Víctor—exclamó Juana—me parece que llevamos colgando un zapato viejo detrás del automóvil. La costumbre inglesa de indicar de ese modo que viajan unos recién casados no me satisface ahora.

—¡No te preocupes! Yo quisiera que el mundo entero supiese que nos hemos casado y que nos amamos entrañablemente—respondió él.

Y sus ojos verdes, de mirada límpida y profunda, se posaron en los de Juana con arrobamiento.

Aproximábanse a Dover. Víctor detuvo el auto y descendió; en efecto, de la parte posterior del carruaje pendía una zapatilla azul de Juana que Elisa le había sustraído para darle aquel destino. Víctor la descolgó y se la guardó en el bolsillo de la americana.

En el buque ya tenía dispuesto el camarote. El camarero les llevó dos grandes vasos de agua para que pusieran las flores. Faltaba media hora para la salida del vapor; Víctor pidió media botella de champaña y unas pastas.

—Será nuestro desayuno de bodas, querida mía—dijo.

Después salieron a cubierta a presenciar los preparativos de marcha. Todo les sonreía; todo lo hallaban alegre, agradable.

De repente dos hombres con uniforme subieron la plancha, entraron en el buque y se dirigieron al lugar en que se hallaban los recién casados. Estos no se dieron cuenta de su presencia hasta que uno de los hombres, tocando en el hombro al joven dijo:

—¿Es usted Víctor Jorge Mansfield?

El aludido volvióse sonriendo.

—Ese es mi nombre—respondió.—¿Hay algún telegrama para mí, o...?

Se detuvo cuando vio los uniformes de los recién llegados.

—Tengo una orden de detención contra usted—dijo el hombre que le había tocado.

Y añadió, con la cortesía peculiar de la policía inglesa:

—Tenga la bondad de acompañarnos a Londres.

—¿Se trata de una broma?—exclamó el joven, sonriendo.

Pero su semblante cambió de expresión, cuando efectivamente leyó la orden de detención dictada contra él.

—Aquí debe haber algún error—dijo entonces, sombríamente.—

¡Esto es completamente absurdo!

—¿Qué sucede, amado mío?—preguntó Juana con voz firme, aunque su rostro había palidecido.

El la miró y trató de sonreír.

—Debe de haber alguna equivocación—contestó.

Y volviéndose hacia el agente de policía, añadió:

—Concedanme ustedes algunos minutos.

El agente hizo un signo negativo con la cabeza y se interpuso entre Víctor y Juana. ¡Estaba detenido!

Sonó la sirena del buque; los dos agentes se encaminaron hacia la plancha llevando en medio a Víctor. A los oídos del joven llegó la voz trémula de Juana que decía:

—¡Víctor, Víctor, no me dejes aquí!

El volvió la cabeza; en sus ojos verdes leíase la desesperación.

—Yo podría explicarlo todo—exclamó—pero no debo hacerlo.

Y dirigiéndose a los agentes les suplicó que le acompañasen al camarote para ordenar al camarero que desembarcasen su equipaje.

—No puedo dejar mi esposa a bordo—dijo—; precisamente, acabamos de casarnos.

Los funcionarios de policía le concedieron un minuto y le acompañaron hasta la puerta del camarote.

—Es un desgraciado error—repitió Víctor a su esposa.—¿No me crees, Juana?

Ella le miró perpleja.

—Te juro que mi conciencia no tiene nada que reprocharme—continuó él con calor.

Y como ella no le contestase, añadió con exaltación:



—Mirame a los ojos; mira estos ojos que no te han mentido nunca y te convencerás de que soy inocente.

—Juana fijó su mirada en aquellos limpidos ojos verdes de que tantas promesas de amor recibiera, y en seguida, echando los brazos al cuello a su marido, exclamó con pasión:

—¡Te creo, te creo y te amo! ¡Tus ojos no me han engañado nunca!

Victor recuperó el imperio de sí mismo y con voz que se esforzaba en afirmar, dijo:

—El camarero desembarcará el equipaje. Puedes tomar el próximo tren para Londres; te vas a nuestro pisito y me esperas allí. Yo iré en seguida.

Y sacando un pequeño paquete del bolsillo interior de la americana, se lo puso en la mano.

Sonó de nuevo la sirena. La joven le vio marcharse y cruzar la cubierta entre los dos hombres uniformados.

—Señora— le dijo en seguida el camarero—, el vapor va a zarpar y ya se disponen a retirar la plancha; ha de desembarcar inmediatamente.

—Vamos— articuló Juana, haciendo un esfuerzo sobrehumano para sostenerse en pie.

Y precedida del camarero que desembarcaba el equipaje, trasladóse al muelle.

—¡Cómo cambian con las circunstancias las ideas y los sentimientos!—, pensó Juana cuando al disponerse a entrar en su casa vio a Pablo que la esperaba en la puerta.

Ahora sentíase aliviada, reconfortada por la presencia del hombre del sombrero hongo y del paraguas enrollado que antes le parecía un ser ridículo y casi odioso.

Entraron en la salita. Pablo sentóse en un sillón y estiróse nerviosamente el cuello de la camisa. Juana le miró con cierto afecto; su cuñado se había comportado muy bien con ella durante aquellas últimas y terribles semanas.

—¿Qué ha habido?— le preguntó.

—Amiga mía— contestó Pablo—, siento mucho decirtelo aunque la cosa ha ido mejor de lo que podíamos esperar... El pobre Victor ha sido condenado a diez y ocho meses de prisión.

—¡Han condenado a un inocente!— exclamó la joven, fuera de sí—. Yo no creo en su culpabilidad. Sus ojos no me han mentido nunca. Tengo completa confianza en él aunque no le haya visto desde que nos separamos en Dover.

Pablo no contestó; trazaba con el paraguas líneas imaginarias sobre la alfombra.

—¿No crees, como yo, que tu hermano ha sido víctima de un error? ¿Crees a Victor capaz de falsificar un cheque?

—Ha sido un golpe terrible para todos— dijo Pablo, eludiendo la pregunta—. Yo esperaba que fuese absuelto. Como tu padre tiene tanta amistad con el gerente del banco, supuse que la causa no seguiría adelante. Pero se ve que una vez hecha la denuncia no hay manera de volverse atrás.

La joven asintió con la cabeza y tornó a repetir su anterior pregunta:

—¿Tú crees realmente que Victor haya falsificado ese cheque?

—Mi hermano tenía unas ideas muy particulares acerca de la honradez— contestó el joven—. Sin embargo, yo no aseguraría que fuese culpable.

—¡Pero puedes asegurar que es inocente!— exclamó la joven con voz dura.

Pablo continuó silencioso.

Juana asomóse a la ventana y miró a la calle. En la acera, recostado en la columna de una farola, un joven dependiente de una de las tiendas conversaba amorosamente con una criada... Un piano de manubrio ejecutaba un foxtrot a cuyo son ella y Victor habían bailado en el Café de París el día de Año Nuevo... ¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! ¡Cómo se había desvanecido su felicidad!... Y ahora había de aguardar diez y ocho meses; diez y ocho meses para después unirse a un marido que había cumplido una condena por falsificación... Dominada por la emoción, Juana cubrióse el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos.

—Repórtate; no te pongas así— le dijo Pablo con dulzura.

Ella volvióse y le miró. Quizás estaban acertados los que deseaban que se casase con Pablo. Realmente éste hubiera sido un buen esposo. Cada mañana, a las ocho y media, habría tomado su hongo y su paraguas y se habría marchado a la oficina, y cada tarde, a las cuatro y media, invariablemente, habría regresado a casa.

El joven tendió su fría mano a su cuñada y retuvo la de ella más tiempo que de costumbre.

—¿Volverás a casa de tus padres?— le preguntó al mismo tiempo.

Juana agitó la cabeza negativamente.

—Debo vivir en la casa de mi marido— dijo.

—Es que puedes pedir la anulación de tu matrimonio o en último término el divorcio.

—¡Jamás!— exclamó Juana con pasión—. Yo le amo y le creo inocente.

Pablo se encaminó a la puerta.

—¿Puedo hacer alguna cosa por ti, entretanto?— preguntó—. ¿Me permites que venga a verte alguna que otra

vez? Así podré darte noticias de mamá; la pobre está muy delicada y cada día temo por su vida.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Juana estuvo a punto de llamar de nuevo a Pablo; deseaba repetirle que creía en la inocencia de Victor a pesar de la condena, a pesar de todas las cosas que decían la familia de ella y la de él.

Cuando dejó de oír el ruido de los pasos de Pablo que descendía la escalera, la joven entró en su alcoba, arrojóse en la cama y prorrumpió en llanto.

Victor respiró a pleno pulmón. ¡Qué hermosa era la libertad! ¡Para apreciarla en su justo valor era necesario haberla perdido! ¡Con qué alegría había vestido de nuevo su traje azul marino! Tenía muy poco dinero, pero el suficiente para llegar a Londres. ¡Cómo ansiaba abrazar a Juana!

Cuando salió de la estación tomó un taxi y dió la dirección de su casa. Suponía que su esposa moraba en ella aunque él, desde que fué a cumplir su condena, no le había escrito. No es agradable recibir cartas de una prisión y, por otra parte, él deseaba sorprenderla.

Cuando subió la escalera el corazón le latía como si fuese a saltarle del pecho. ¿Qué le diría Juana? ¡Oh! ¡Estaba tan seguro de ella como de sí mismo!

Sacó del bolsillo la llave y abrió la puerta sin ruido. Había dos llaves de la puerta: una que se llevó Juana y otra que había conservado él.

Permaneció unos segundos en el vestíbulo escuchando; sabía que la encontraría a ella allí, pero tenía miedo de moverse y de hablar. Dió un paso hacia adelante y se detuvo de nuevo; en la percha había un sombrero hongo y un paraguas enrollado.

Después de unos instantes de vacilación encaminóse silenciosamente a la salita; la puerta se hallaba abierta y pudo ver a Pablo sentado en un sillón.

El joven fumaba tranquilamente en su pipa.

Victor entró en la sala, cerró la puerta tras sí y dijo:

—Buenas tardes, Pablo.

La pipa calló de la boca de su hermano y las cenizas se esparcieron por la alfombra. Pablo se puso en pie, retrocedió hacia la chimenea y exclamó con sorpresa:

—¡Tú!...

—Sí..., yo... No esperabas verme tan pronto, ¿eh? Merced a mi buena conducta se me ha indultado del resto de la pena. Después de todo he tenido suerte.

Pablo tardó unos segundos en reponerse; después articuló con dificultad:

Cuanto me alegro, mi querido hermano; pero..., pero debieras haber avisado a Juana; la impresión puede serle dañina.

—¿Por qué no recoges la pipa?— dijo Victor con tranquilidad—. La ceniza está quemando mi alfombra.

Pablo recogió la pipa, aplastó con el pie las encendidas cenizas y después balbuceó:

—Yo creo que lo mejor ahora es que avise a Juana. Está en la cocina fregando los platos.

Victor sonrió. ¡Gracias a Dios que sentía ganas de reír!

—Supongo Pablo, que te habrá dado de comer muy bien— dijo con ironía—. Realmente eres un honrado muchacho que lo mereces.

Y como su hermano se dispusiese a salir de la habitación, añadió con firmeza:

—La noticia de mi llegada se la revelaré yo con mi presencia. Tú le dirás después lo "otro"; le hablarás de nuestras respectivas conductas.

Y salió, cerrando la puerta tras sí.

Victor se encaminó a la cocina; Juana, al lado de un barreño lleno de agua, fregaba platos y copas. Al oír ruido de pasos la joven, sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Te marchas, Pablo?

—Pablo va a marcharse en seguida— respondió con dulzura, Victor.

Juana volvió la cabeza, dejó caer la copa que tenía en la mano y exclamó con alegría:

—¡Victor!...

—Sí, Victor; tu Victor que vuelve a tu lado para siempre. Tu Victor, que no viene a pedirte ni conmiseración ni perdón; que sólo viene a pedirte cariño.

Ella le miró apasionadamente y trató de hablar, pero la voz se ahogó en su garganta.

—Voy a ayudarte a fregar— dijo el joven, sonriente—. Déjame ese paño, que yo acabaré de secar la vajilla. Es una triste ocupación; pero ahora tendrás una criada.

Quitóse el cuello y los puños, arremangóse los brazos y tomó el delantal de su esposa.

—¡Oh, Victor, no! ¡Eso, no!— exclamó Juana.

El joven rió. Sentíase feliz; divinamente feliz. ¡Al fin en su casa..., secando los platos!

—Amada mía— dijo con dulzura—, te ruego que vayas a la sala. Pablo te espera allí para explicarte cosas que hasta la fecha ignoras.

—No me importan las explicaciones de Pablo— exclamó Juana con pasión—. Te amo y tengo una confianza ilimitada en ti. Tus ojos verdes no me han engañado nunca; son muy leales y no sabrían hacerlo.

(Continúa en la página 60).

CRONICA CINEMATOGRAFICA

PRISIONEROS DE LA MONTAÑA Y TRES CARAS OCULTAS

Estas son sin duda, las más bellas películas de la quincena.

Erich von Stroheim, es en estos momentos, quizás el mejor actor de cine que posee Alemania y también uno de sus autores de más prestigio.

Feo como Janning, aunque más joven, no es el tipo físico del buen mozo que seduce mujeres, es decir, el tipo corriente de seductor, que seduce también un tipo corriente de mujeres.

Sin embargo, es elegantísimo con esa elegancia refinada de modales, difícil, por no decir imposible de adquirir, y que se da innata en ciertas personas, sin que ello tenga particular relación con la educación o con el nacimiento.

Trabaja con sobriedad, virilmente, y sin embargo, con mucha pasión concentrada, aunque en todo momento, se muestra dueño de sí.

Su "partenaire", aunque una de las más elegantes y discretas estrellas americanas, se apaga un poco junto a él, personalidad demasiado absorbente que anula a todos los personajes que le acompañan. Se trata de un film de guerra y espionaje, como "Fatalidad".

Hace allí el papel de mayordomo en casa del Almirantazgo inglés, a quien ha logrado inspirar absoluta confianza, a pesar de su origen alemán. La intriga está tan bien llevada, que no logramos conocer hasta el final su resultado, aunque hagamos desde un principio, acerca de tan misterioso personaje, todo género de conjeturas. Mientras el enigmático mayordomo cumple con rígida puntualidad sus deberes domésticos, los espectadores inventamos y desarrollamos las más variadas conjeturas, que quedan burladas al final.

Sin saber por qué, toda la energía y la agudeza del espía alemán, cae en la doble red que le ha tendido la sa-

gaz norteamericana: el amor lo ciega y le hace perder pie. Muere al fin víctima de su error y de su amor.

Muy bella la cinta en general, una de las más bellas cintas de guerra que hemos visto, de ese aspecto de la guerra en que las bayonetas no toman parte, ni el estampido de las bombas.



ERICH VON STROHEIM, el magnífico actor-director alemán-austriaco de los estudios de Universal

La parte intelectual de la guerra, la parte artística de la guerra y también su aspecto más terrible, y quizás el más abnegado de todos: el espionaje. Técnicamente está muy bien, además, sin detalles inútiles. Muy precisa su fotografía. En resumen, un nuevo triunfo del Teatro Victoria, el único cine en Santiago, que nos libera un poco del film banal de amor, intercalado de canciones intolerables.

El mismo Teatro Victoria, nos ha ofrecido otro film *Ajuria*, semejante en su estilo a "Vendaval en el Mont Blanc", que admiramos hace algunos días. En esta nueva cinta, que se llama "Prisioneros de la Montaña", trabajan los mismos actores de "Vendaval en el Mont Blanc", Leni Riefenstahl y Gustave Diessel.

Las fotos magníficas, como que es una cinta hecha a base de fotos. Pavorosas extensiones de nieve tomadas durante la noche y el día, en esta ocasión con antorchas.

Trágicas avalanchas, que nos hacen pensar con un escalofrío de espanto, en la que a nosotros nos aconteció aquí, en el Volcán, hace poco más de un año.

Expertos y valientes trepadores de montaña, entre los que se cuenta una mujer, se juegan efectivamente la vida a cada momento en arriesgadísimas aventuras.

El motivo del film es breve y sentimental. Mucha verdad en todo momento, la única manera por lo demás, da hacer arte verdadero.

El Teatro Victoria nos anuncia también para estos días una nueva cinta de Harry Liedky, a quien ya admiramos en "La Princesita y su Bailarín", film mediocre, a pesar de la simpatía de este actor de opereta, que ha obtenido en otras ocasiones triunfos merecidos.

Esperamos que la próxima cinta de este autor que el Victoria nos anuncia, nos satisfaga plenamente, poniendo la nota liviana y alegre de la vieja opereta vienesa, que siempre supo sentir y representar tan bien Harry Liedky. CLARA BOW HA DEBIDO ABANDONAR LA PANTALLA

Clara Bow no filmará más. Nunca más. Es definitivo. Se nos habla de retiro provisorio, de reposo, de cura de salud. No es cierto. El retiro es definitivo. ¡Qué tragedia!...

AVISE USTED POR RADIO DIFUSORA "UNIVERSO" Y SU PROPAGANDA LE DARA EL MEJOR RESULTADO.

Puede contratar
sus avisos en la

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Ahumada 32
Casilla 3396
Teléfono 80640

El Peneca

Tal como su gran colega "PARA TODOS",
"EL PENECA"
es también una REVISTA para todos los chilenos.

XXIII AÑOS DE INDISCUTIBLE prestigio la acreditan como la mejor revista infantil de Chile y de toda la costa del Pacífico.

En esta Revista han hecho sus primeras armas literarias todos los escritores más notables de la pasada generación infantil.

Llegó, llegó «ROXANE», su Directora, y dará a sus penecas las primicias de su

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO
con novedosos relatos del Japon, China, Filipinas, Islas Hawai, Siam, Java, Sumatra, Ceylán, India, Arabia, Persia, Egipto, Jerusalén, Turquía, etc. etc.

Esta Revista, que bate el record de tiraje en toda la prensa chilena, ofrece a sus lectores seis Series de maravilloso interés.

ENTRE BANDIDOS, extraída de episodios policiales apasionantes, hará las delicias de nuestros lectores.

EL MISTERIO DEL DESIERTO, romántica novela, rivaliza en interés con la primera.

Siguen otras Series en colores, Cuentos de Hadas, por «Mama Chayo», Aventuras Cómicas, etc.

Además, hay muchos premios para los mejores dibujantes y colaboradores literarios.

El 14 de septiembre se verificará el

SORTEO DE 10.000 PESOS
en valiosos objetos.

En esa misma fecha, «EL PENECA» inicia un nuevo
SORTEO DE 20.000 PESOS
para el mes de mayo de 1932.

Debido a la crisis que aqueja al país, el nuevo Sorteo dará premios de objetos útiles: entre ellos, 6 bicicletas, 10 camas completas, y, además, infinidad de juguetes para los más pequeños.

(Continuación de la pág. 33)

PRISIONEROS DE LA MONTAÑA Y TRES
CARTAS OCULTAS

Se sabe que Clara Bow estaba fatigada y afectada, desde aquel asunto que la llevó a la demanda de su secretaria confidencial, miss Daisy de Voe, a quien hizo condenar por calumnias e infidencias. El sentimiento que Clara Bow experimentó, cuando constató que no estaba sino rodeada de maldad y de falsedad acabó de hacer lo que el surmenage había comenzado desde hacía bastante tiempo: sus nervios rehusan ahora obedecerle. Fué un calvario. Valientemente, ella rehusó primero el declararse vencida. Hizo saber a sus directores que estaba pronta a coger de nuevo el trabajo en el estudio. Se anunció el título de su próximo film: "The Secret Call". Debería representar con Charles Starrett, futbolista célebre de la Universidad de Dartmouth.

Pero he aquí que en el curso de los ensayos, Clara Bow se desvaneció. Se precipitaron a socorrerla. Ella estaba en sollozos. Los directores comprendieron. Imposible continuar. Clara Bow tenía necesidad de un largo reposo.

Se la hizo transportar al Hospital de los Angeles, donde su estado fué

reconocido grave, sin ser alarmante. Pero era necesario a toda costa alejarla de los estudios, pues de otro modo, existía para ella aún el peligro de la locura.

B. P. Schulberg, director de la producción Paramount del lado Oeste, escribió a la artista que ella estaba liberada de su contrato.

—¡Oh, gracias, gracias!—exclamó ella. Me siento mejor. Ya veréis. Volveré a filmar.

Sólo el 9 de junio último, la nueva se hizo oficial: "Clara Bow abandona los estudios a pesar de los dos films que ella tenía comenzados. El contrato no expiraba sino en los últimos días de diciembre. En los momentos actuales, la atrayente artista se encuentra en su rancho de Nevada, donde cara a cara con la naturaleza, procura recuperar el equilibrio perdido.

En Hollywood, nuevo "camino hacia el oro". ¿quién reemplazará a Clara Bow? Ya se ha escogido a una artista, pero su nombre se conserva todavía en secreto. Se sabe sin embargo, que ha sido la partenaire de Gary Cooper en uno de sus últimos films. Es una artista neovorquina.

Clara Bow cumplió veinticinco años, en el recién pasado mes de agosto. Nació en 1906 en Brooklyn. Comenzó por ganarse un premio de belleza cuando estaba todavía en la escuela.

En 1922 comenzó a hacerse notar. Fué elegida Wampus Baby. Las Wampus Babies son las posibles, las esperanzas, que pueden llegar a ser grandes estrellas. Cosa curiosa, su primera aparición en la pantalla, fué un completo fiasco. Se le aconsejó que se sumergiera en el olvido. Remontó poco a poco hasta lograr el triunfo completo. Clara Bow se hizo célebre en el mundo entero.

Cuando aparecieron los films parlantes, tuvo miedo. Ignoraba la dicción. Valientemente, tomó lecciones. Logró no perder el contacto, y colocarse en primer plan durante estos últimos años. ¡Pero qué sorpresa para el público! ¡Posee una voz profunda, tan grave casi como la de un barítono masculino!...

No se ha casado jamás. Cosa bastante rara en Hollywood, sobre todo de parte de tan linda muchacha. El rumor público la puso de novia sin embargo, con numerosas celebridades: Gary Cooper, Rex Bell y el doctor Earl Pierson de Dallas.

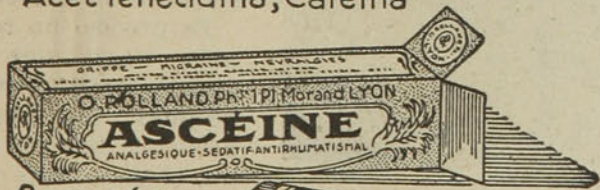
Secundando sus bucles de un rojo ardiente, con alegres fulgores en sus ojos magníficos, avanzando su pequeña boca carnosa en burlona mueca, ella decía siempre: ¡No! y se echaba a reír.

Ahora, la pobre niña no hace sino llorar.

HENRY MUSNIK

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTENEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO

Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos**ASCEINE** M.R.Comprimidos de Ácido acetil-salicílico
Acet fenetidina, CafeínaDe venta
en todas las
FarmaciasTubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas**SIN TEMOR
AL MAS INTENSO FRIO**

Antes, un paisaje de invierno le producía a usted la impresión de algo magnífico, pero sin que pudiese aspirar acercarse: el temor al frío y a las ascensiones difíciles, constituían para usted una barrera infranqueable.

Hoy desafía al más intenso frío, goza usted la maravilla de las cumbres y tonifica sus pulmones con aire purísimo, porque los fortaleció a tiempo con el admirable y gran remedio de las vías respiratorias:

**JARABE
Resyl** M.R.

Fórmula: Eter glicero-guayacólico soluble.

Calma y cura TOS, GRIPE, ASMA,
BRONQUITIS, CATARRO y todas las
dolencias de Bronquios y Pulmones

EN TODAS LAS FARMACIAS

PAGINA DE LAS MAMÁS

La Alimentación del Niño

Respuesta a Madrecita Ignorante.— No hay necesidad de que lleve su niño al médico, si está, como dice usted, perfectamente sano.

Continúe alimentándolo usted durante un mes más, es decir, usted sola, sin ayuda de alimento alguno artificial. Cuando cumpla ocho meses, cambie la mamada de medio día, por una sopa que preparará de la manera siguiente:

Compre 50 a 60 centavos de carne de posta. Lávela bien. Córtela en trocitos y échela en agua fría. Póngala a fuego suave. La posta exprimirá poco a poco su jugo. Retire los trozos de carne. Agregue al caldo verduras surtidas y legumbres variadas: trocitos de papas, arvejas, porotitos, todo muy fresco. Cuando esté todo cocido, cuélelo con cuidado. Póngale al caldo que resulte, sémola o fideos finos. Guíselos muy bien, hasta que el todo se vuelva una sopa muy espesa. Dé al niño esta sopa convenientemente sazonada una vez al día, retirándole en cambio una mamada. Como postre, puede darle usted un platito de fruta cocida, de preferencia, manzanas, con un poquito de canela.

Cuando tenga el niño nueve meses, puede darle también en la sopita un trocito de zapallo muy dulce, que le gustará mucho, déjelo comer algunas galletitas frescas de soda, de agua o de las galletas especiales que venden para niños. Si usted tiene leche en abundancia, no necesita el niño sino almorzar en la forma que le he indicado. Las demás comidas las tomará de usted. Las comidas, incluyendo este almuerzo, no deben ser más de seis. Tomará el pecho a las siete de la mañana y en seguida a las diez. A la una tomará su sopa, zapallo y postre. A las cuatro, el pecho, a las siete, el pecho y a las diez, el pecho por última vez. Antes de la mamada de las siete de la tarde, tomará su baño, de 37 grados en invierno y de 36 grados en verano.

La sopa de que le hablé antes, la puede usted hacer con fideos, sémola o cuaquer pasado, indistintamente. Puede usted darle también en ayunas dos cucharaditas de jugo de naranjas. Si necesita usted alguna otra in-



dicación, se la daremos con mucho gusto en nuestro próximo número.

LA TECNICA DEL BAÑO DE MAR PARA EL NIÑO

Se aproxima la estación de las playas y pienso que este artículo será

útil para las jóvenes madres. No creáis desde luego, que para cumplir con la higiene, basta con que metáis al niño en el agua. También hay que saber bañarlo.

No deis baños de mar a vuestros niños, antes del segundo año de edad. Ciertas madres comienzan a bañar a su pequeño antes de los quince meses. No está bien. Es demasiado prematuro.

Sumergid al niño en el agua de golpe y completamente. Nada de pequeñas inmersiones, los golpes de brisa con los golpes de mar. Siempre es preciso desconfiar del frío.

El baño debe ser muy corto. Nada más que algunos minutos. Para los niños muy entrenados, un cuarto de hora representa un límite extremo. El baño corto. El baño corto tonifica. El baño prolongado, fatiga.

Siempre por evitar el frío, el niño deberá agitarse mientras se baña. La natación para los niños de 6 a 7 años, es la práctica normal del baño.

Después del baño, nada de inmovilidad. Una buena carrera a pie. ¡Movimiento, mucho movimiento!

Ciertas madres prefieren exponer su niño al sol extendiéndolo sobre la arena. Pero no. Salvo indicación especial del médico, para un niño normal, nada es tan útil como el ejercicio después del baño.

La hora más favorable para el baño, es la anterior al almuerzo.

No deis al niño demasiados baños. Sólo el niño muy vigoroso, puede soportar el baño cotidiano. Una buena medida consiste en dar tres baños por semana.

Nada de bañar a los niños con oleaje demasiado fuerte. esperar siempre el descenso de la marea.

Es preciso no bañar al niño hasta que hayan transcurrido tres horas después del desayuno, pero los días en que toma el baño, este desayuno

no debe ser particularmente nutritivo.

El baño de mar es una medalla que tiene su reverso cuando se trata de un niño. Es necesario conocer las leyes que dirigen la higiene de las playas. El mar no conviene sino verdaderamente a los que saben servirse de él.

¿Cuál es el Candidato de las Mujeres a la Presidencia de la República?

La señora Adela Edwards de Salas.

—¿Su candidato a la Presidencia de la República, señora?

—¡Montero! ¡Nada más que Montero!

—¿Por qué prefiere usted a Montero sobre los demás?

—Por mil razones. Entre ellas, por-



Sra. ADELA EDWARDS DE SALAS

que es un hombre bueno, recto, sin ambiciones políticas; porque es culto, y en todo concepto digno del vivo deseo que demuestra el país en masa de verlo elegido primer mandatario de la Nación. En suma, porque es el único que puede proporcionarnos tranquilidad, valga decir felicidad.

—“Para Todos” queda agradecidísimo, señora, a su espontánea declaración.

Sra. Gabriela Hunneus de Izquierdo.

Con sus modales lánguidos y bellos, Gabriela Hunneus me entrega las siguientes líneas:

“En los momentos actuales, en que se respira un ambiente de intensa agitación, dentro del cual se ha desencadenado un verdadero huracán de pasiones políticas, considero que como nunca es difícil restablecer el equilibrio de la Nación.

Estamos en pleno naufragio. En-

contrar, pues, el hombre que pueda salvarnos, que reúna diplomacia, un carácter firme, visión y lucidez de espíritu, es casi un enigma en la época presente, pero es preciso avanzar en el combate llevando el alma iluminada por la fe. Quizás el señor Montero pueda descifrarlo por tener una personalidad que encierra altos ideales; además, hasta ahora se mantuvo siempre alejado del núcleo político, espíritu noblemente desinteresado, por lo tanto, desprovisto de ambiciones de esta índole, rasgo que, según mi concepto, sólo es capaz de tener el alma de un gran patriota”.

Señora Isaura Dinator de Guzmán

—¿Su candidato a la Presidencia, señora?

—Montero—me contesta con su voz suave. Es bueno, honrado, bien inspirado. No tiene ambiciones. ¿Cómo encontrar un Presidente mejor?

Srta. Marta Garmendia.

Considero que no hay otro candidato, aparte de don Juan Esteban Montero, candidato del país, consciente, el representante más genuino de la opinión pública. Ha sido elegido



Sra. GABRIELA HUNNEUS DE IZQUIERDO



Srta. MARTA GARMENDIA

por todos los partidos y por la Convención de Profesionales, que ha sido la reunión de intelectuales más brillante que ha habido en Chile. Por lo demás, Montero es un gran ciudadano de eminentes virtudes, entre las cuales la modestia se ha revelado en una forma nunca vista en este país de “tontos graves”. Profesional distinguido, hombre de derecho, es el indicado para establecer en el gobierno el imperio de la Constitución y de las Leyes.

Sra. Luisa Larrazabal de Sutil.

Mientras vivi en tiempos de normalidad, jamás me interesé por la política, ni siquiera encontraba que ella fuera apropiada para apasionar a las mujeres.

Pero desde que comenzó con el pa-



Sra. LUISA LARAZABAL DE SUTIL

sado Gobierno, el despilfarro, la tiranía y el soborno que amenazaban destruir para siempre, no sólo la prosperidad del país, sino la moral y el carácter de los chilenos, transformándolos en instrumentos de ciertos y determinados propósitos contrarios al honor y a la libertad. Comprendí que la mujer debe participar activamente en la política de su patria, porque hay casos en que ella puede ejercer una vasta y decisiva influencia cuando los hombres, como en este último período, no pueden hacer frente a las cir-

cunstancias, justamente para que no vengan a recaer en ellas las consecuencias de su independencia para opinar o actuar.

Creo que don Juan Esteban Montero, como el primer hombre que en plena dictadura impuso la restitución de las libertades al país, es el llamado a ser el Presidente de la República. Su honradez, su modestia, su misma prescindencia anterior en política, son otras tantas garantías de que será un buen gobernante, y si muchos creen que se necesita en ese alto cargo cierta malicia para defenderse de los “polítiqueros”, el señor Montero sabrá buscar entre sus ministros a los hombres que cooperen con él para devolver a Chile su buen nombre y su prosperidad, lamentablemente obscurecido por un grupo de hombres sin preparación alguna sin escrúpulos para gobernar.

Sra. Isaura Dinator de Guzmán.

La encuentro en su casa. Me recibe con su aire dulce y familiar.

—¿Su candidato a la Presidencia, Isaura?

Piensa un instante.

—¿Sabe? No sé...

—No, usted sabe perfectamente.

Se ríe.

—Juan Esteban Montero.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Hemos recibido las siguientes opiniones espontáneas:

Juan Esteban Montero. El dió principio a la jornada y la mitad del

triunfo le pertenece. La opinión y la intelectualidad, le proclaman Primer Mandatario. Rosalía Figueroa F., miembro del Partido Liberal Democrático y directora del Centro de Propaganda de la Juventud Liberal Democrática. Valparaíso.

Mi candidato es don Juan Esteban Montero. Este distinguido profesional es el único capaz de salvar a nuestra querida patria. Creo opinar como todas las profesionales patriotas. Elena Rouquen. Farmacéutica, Linares.



Srta. ROSALÍA FIGUEROA S.

EL SERVICIO DOMESTICO

La eterna lamentación de las amas de casa es el deplorable estado del servicio doméstico.

Consuélense algunas pensando que peor está en el extranjero, como lo de-

muestra un incidente provocado por la espiritual vizcondesa de Fontenay, que hace unos años era la esposa del cónsul general de Francia en Budapest.

Esta dama gentil había tenido a su servicio durante tres años a una cocinera de singulares méritos profesionales y de un insoportable carácter, con el cual la vizcondesa transigía por admiración a los primores culinarios.

Pero llegó un momento en que la cocinera se puso tan intratable que la aristócrata se vió precisada a despedirla y como consecuencia hubo de expedirle un certificado de competencia cuando la sirvienta lo solicitó para ser admitida en otra casa.

La cocinera no sabía leer y se marchó muy ufana con su papelito; pero apenas lo presentó a sus nuevos señores, éstos prorrumpieron en estruendosas carcajadas, leyendo:

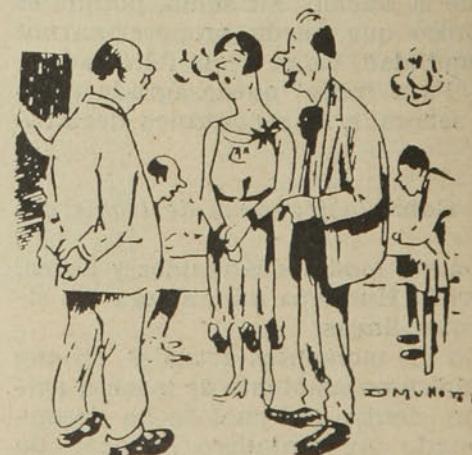
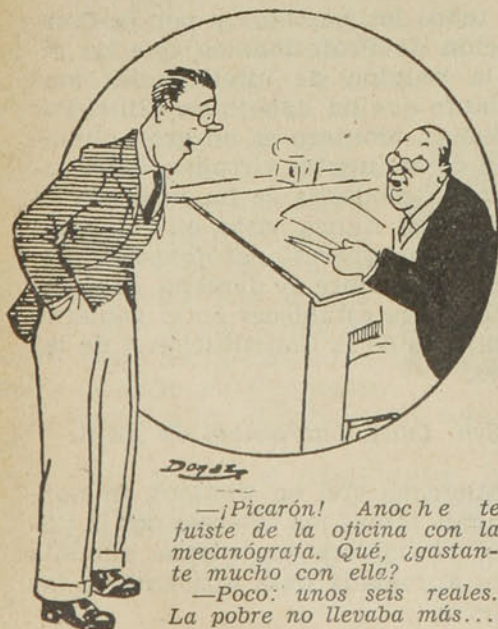
“Yo, la vizcondesa de Fontenay, certifico por la presente, que durante tres años he estado al servicio de la excelentísima y genial cocinera Radegunda, y que cuando comprendí lo difícil que me era amoldarme a su genio insoportable. Pero continúe, sin embargo, renovando mis esfuerzos para hacerme compatible con

ella, pues sus salsas eran la delicia de mi marido.

Yo hubiera deseado continuar siempre al servicio de la señora Radegunda, si no hubiera sobrevenido un momento en que ya se agotó mi paciencia.—La vizcondesa de Fontenay”.

¡Oh! Dios mío, las cosas que tendremos que ver con el tiempo!

CORRITA ALBORNOZ



—Y a nosotros los artistas, ¿nos hacen alguna distinción en este hotel?

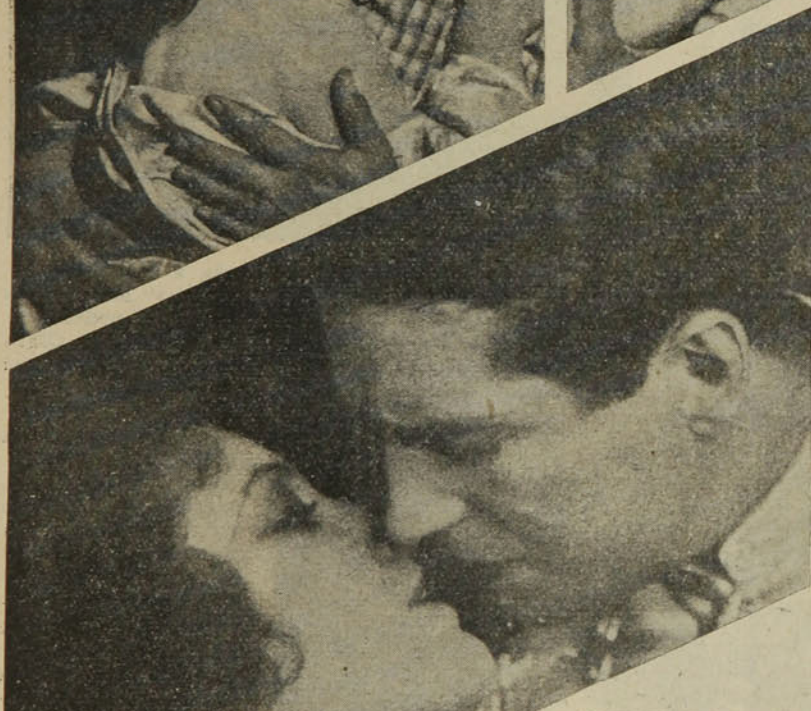
—Sí, señor. Les cobramos adelantado.

¿Le gusta a Ud. que le besen a su mujer?

Encuesta francesa a los maridos de las actrices

He aquí la pregunta: "¿Si fuéste usted casado con una artista de cine, le gustaría contemplar desde su localidad a su esposa representando en la pantalla el rol de enamorada? ¿Y usted, señora, en el mismo caso?..."

Los actores de cine tienen de común con los grandes poetas, que no podemos imaginarlos habitualmente en su rol social de esposo o esposa. Se convierten en símbo-



los. Si nuestra última encuesta ha probado que la pantalla no ha modificado nuestro ideal de belleza física, no es menos verdad que las palabras: mujer fatal... tierna amante... dulce muchacha... despiertan en el acto la idea de tal o cual artista, estrella de film sentimental o pasional. Pero la mujer fatal, la tierna amante y aun la dulce muchacha, son casi todas casadas. Lo mismo ocurre con el irresistible galán. Pero he aquí las respuestas:

NIOTA INYOKA

—Si estuviera casada con un actor de cine, contemplaría con cierta tranquilidad de espíritu a mi esposo representando el rol de amante, si entre él y yo, reinara la confianza... más absoluta. Es lo que responde la célebre danzarina hindú. Y agrega: "Pero si sobreviniera el menor desacuerdo entre nosotros, en el acto, los más absurdos celos se apoderarían de mi imaginación a causa de las imágenes que se desarrollarían en la pantalla. ¡Qué cantidad de energía me haría falta entonces para ocultar esta debilidad. Los celos sugieren demasiadas cosas que vale más guardar secretas.

(Continúa en la pag. 39)



LILY DAMITA ESTA EN PARIS... PARA DESCANSAR



Parece que el primer cuidado de una artista de cine tan parisiense como Lily Damita, debía ser, en cuanto hubiese llegado a la capital de Francia, recorrer en seguida todos los sitios donde se encuentra en toda su alegría y elegancia la atmósfera de París.

—No, si no he salido del hotel. Me he acostado a las diez y he dormido doce horas seguidas — me dice, mientras que con su madre miramos esas sorprendentes fotos americanas que parecen hechas para magnificar la mujer y

la juventud...

—¿Cansada?

—Usted puede decirlo, querido amigo... Rendida por un trabajo forzado, por cinco films hechos en condiciones tales, que he estado a punto de caer rendida de cansancio en medio de mi trabajo. Usted no puede imaginarse lo que es eso... Se llega a trabajar de día y de noche... Se tiene la ca-



beza a punto de estallar y los nervios hechos pedazos... Vea usted a Clara Bow, a Dolores del Río y a Gary Cooper...

—Entonces, ¡viva la Francia!

—Sí, y la vida, después de un año de Hollywood y seis días de barco, me ha parecido esto de tal manera tranquilo, que en el exceso de mi sobreexcitación me preguntaba si no estaría yo neurasténica. Pero con un poco de sol...

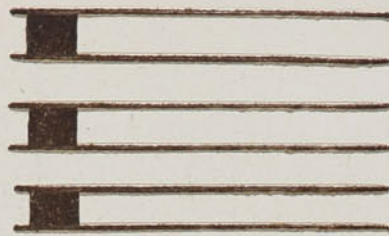
—Justamente, llueve en este momento.

—Y aun con la lluvia, pienso que irá muy bien todo para mí aquí...

—¿Y los films franceses?

—No filmaré más, aunque lo sienta mucho, porque es un trabajo horrible. A cada instante se os cambia el texto. No, es imposible. Por lo demás, no siempre se encuentra la gentileza que quisiera-





aristocracia
vinomarina



Sybil
Rawson





Krg. FOTO: OPAZO

Gran Mundo
Loreto Bombal Anthis

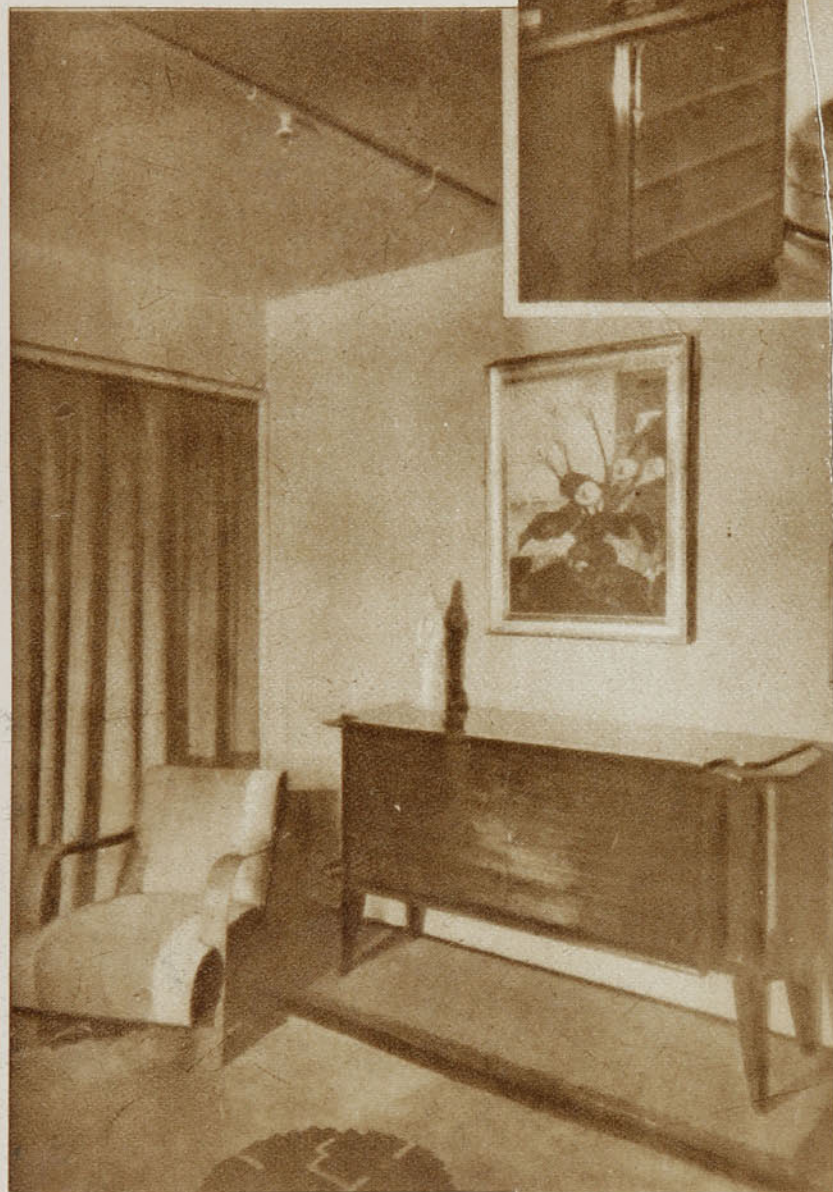
Arte Decorativo



Cuarto de vestir para señora. Pinturas rosa. Peñador luminoso. Espejo de cobre dorado, compuesto y decorado por Robert Broock.

Salón de música. La cómoda es de laca café y naranja. El sillón de laca azul. Tela del sillón también azul, compuesto y ejecutado por Robert Broock.

Boudoir en rotonda dorado oro blanco. Escritorio de señora barnizado. Asiento barnizado. Cuero café. Meridiana guarnecida de tela café. El tono alumbrado por medio de un anillo luminoso. Ejecutado por Robert Broock.



ROBERT
BLOCK

¿Ha modificado el cine nuestro ideal de Belleza?

llas de cine, a quienes se confía generalmente el rol de seductoras o de mujeres fatales, gustarán a las naturalezas masculinas más sensuales, ávidas de fuertes volup-tuosidades. En consecuencia, del lado femenino, me pa-rece difícil afirmar un aspecto exclusivo de belleza.

VICTOR BOUCHER

—No creo que haya habido ningún cambio—me dice el célebre autor. —Lo que antes del cinema nos parecía bello, continúa siendo bello. Para el hombre de dos ge-neraciones a que ya pertenezco.

—No me haga escribir mentiras, señor Boucher. To-do el mundo sabe que usted tiene veinte años.

—¡Ojalá! — suspira el incomparable artista. Y agrega:

—Mi ideal de belleza no ha cambiado, porque no se inspira en ningún canon de-finitivo. Para mí, la belleza es el encanto. El encanto, no se describe, no se explica. Se siente. Es la magia que hace que tal mujer, menos clásicamente linda que la otra, sea, sin embargo, infinitamente más deseable. Os aseguro que el recuerdo de las bellas actrices del cine, no intervien-nen para nada en este asunto.

JUAN PORTAIL



MARCEL PAGNOL

—¿Si la tarjeta postal ha modificado nuestro ideal de belleza?

—¿La tarjeta postal? ¿Pero qué dice usted? No veo la relación...

—Pues existe, ¡créamelo! Cine, tarje-ta postal, en el fondo es siempre el mismo ideal, y de allí viene el antagonismo de ciertos "Metteurs en scene" que no tratan sino de dar bellezas y de los autores que tratan de dar verdad.

—¿Cambiarán las cosas con el cine parlante?

—Por cierto, ya que el parlante no exige que el ac-tor sólo sea un buen mozo. Exige inteligencia y sensibi-lidad. Y es curioso constatar que las mejores artistas del cine mudo, no son las mejores del cine hablado.

ALFRED MORTIER

El erudito autor de "El Divino Aretino", quiere darme a conocer su opinión. Me escribe:

"El cine, arte visual de acción y de movimiento, ha debido necesariamente y por su esencia misma, figurar y sintetizar de preferencia el lado deportivo de las nue-vas generaciones.

Pues, psíquicamente, el valor, la audacia, la pronti-tud, la decisión, y físicamente, la energía para todos los ejercicios físicos, autos, aviones, etc...

El héroe del cinema, estando provisto de estas cua-lidades, debe poseer un rostro capaz de expresarlas, un cuerpo que las refleje y que además guste, sin que sus rasgos sean necesariamente bellos para los espectadores. Por el lado femenino, ocurre lo mismo, y la joven alegre, audaz, atraerá siempre a los espectadores masculinos. Pero aun hay hombres que se dejan seducir por un ros-tro delicado y soñador, pensativo. En fin, ciertas estre-

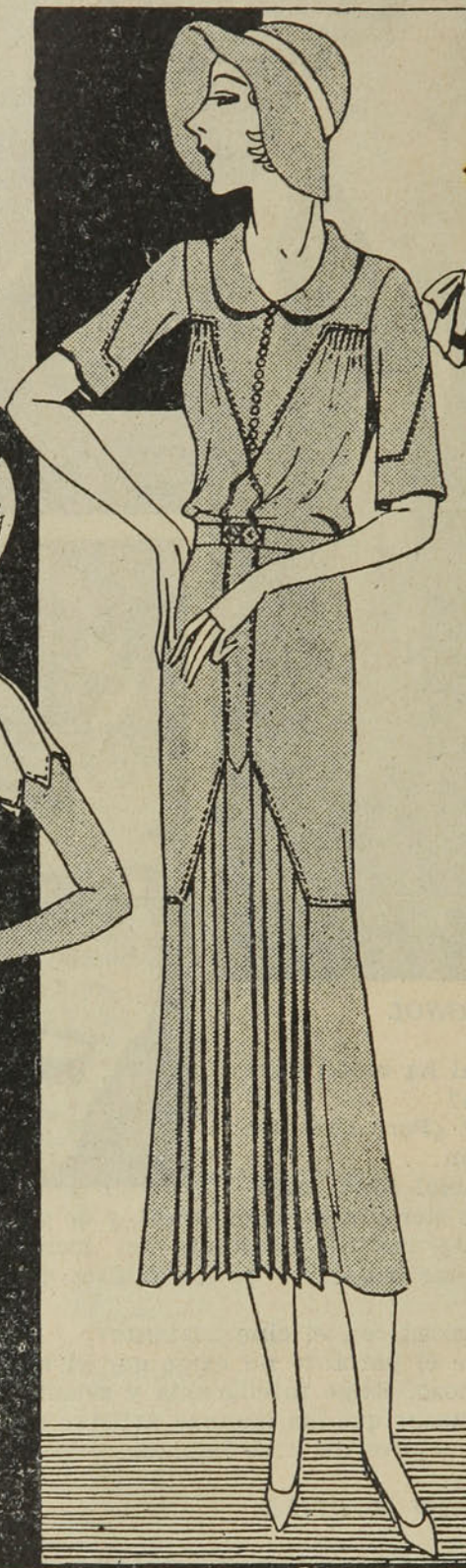


LA TOILE DE SOIE

Traje en toile de soie impresa con pastillas. Recortes reunidos por un deshilado en barretas. Cuello vuelto y abotonado. Cintura anudada. Falda en forma. Botones de nácar. Manga camisero retenida en un puño estrecho, 3 m. 50, en 1 m.

Traje de toile de soie rayado, trabajado en los dos sentidos. Canesú reteniendo los pliegues. Falda hecha con panneau, formando grupos de pliegues cuádruples. Cinturón de gamuza. Pequeños bolsillos simulados por una incrustación. Manga camisero retenida por un paño estrecho. 3 m. 50, en 1 m.

Traje en toile de soie azul claro. Recortes en punta. Pliegues lisos en la delantera. Cinturón con hebilla. Pliegucitos cogidos en el canesú. 3 m. 30, en 1 m.



Traje de toile de soie blanca o en color, guarnecido de recortes oblicuos, dando nacimiento a pliegues. Cuellito vuelto y banda anudada. Mangas hasta el codo. 3 m. 25, en 1 m.

Traje de toile de soie blanca guarnecido de recortes en dientes de sierra y de alforzas. Pliegues redondos, sobre la delantera respunteada en lo alto y libres abajo. Cinturón con hebilla de nácar. Mangas alforzadas en montura raglan. 3 m. en 1 m.

(Continuación de la pág. 39)

¿LE GUSTA A USTED QUE LE BESEN A SU MUJER?**LA SEÑORA DE PEDRO BLANCHAR**

He aquí las confidencias de la esposa de un galán que es ella también artista:

—“En los momentos de nuestro matrimonio, yo terminaba un contrato con Cine-Romans. Representaba Lady Bruce de Surcouf con Angelo y Mendaillé. Mi marido me exigió que ese fuera mi último film. Con ello os pruebo el escaso placer que él tuvo en verme representar con otras escenas de amor, aunque aquel otro fuera Mendaillé, gran amigo de nuestra casa”.

JOSEPH DELTEIL

—“Si fuera casado con una actriz de cine, la enviaría inmediatamente a la cocina a prepararme la cena”.

ISABEL SANDY

—“Voy tan poco al cine por falta de tiempo. ¡Qué mis celos permanecerían en reposo!”

MURATORE

—“No. Yo no puedo verme sentado en una silla contemplando los apasionados besos y abrazos de una actriz, que sería al mismo tiempo mi esposa”.

SUZANNE DEJUST-DEFIOL

La célebre doctora está ocupada en recorrer una reciente tesis de doctorado, que le ha sido dedicada, cuando yo llego. Su respuesta es categórica y pronta:

—“¿Yo? ¡Eso dependería del precio a que me fuera pagada! ¡Si lo pagaran muy bien, no le daría al hecho ninguna importancia!”

TITAYNA

—“En primer lugar jamás me casaría con actor de cine, porque tengo horror de aquello que es un buen mozo. Pero como el físico parece después de algunos años menos importante desde el punto de vista fotogénico, si nunca me casaría con un actor de cine, me sería mucho más indiferente aun, verle representar en la pantalla el

rol de amante, porque aquello no me interesaría nada, ni aunque lo representara en la vida real. Hace tiempo que he aprendido a no obtener mis alegrías sino de mí misma, y a no sufrir por los otros, cualquiera que ellos sean”.

MAURICE ESCANDE

—“Si estuviera casado con una estrella del cine, me imagino que no experimentaría un placer particular en ver a mi mujer representando en la pantalla el rol de amante, pero creo que olvidaría con facilidad que ella era mi mujer, y no vería en ella sino la heroína del film, no siendo entre los espectadores, sino un espectador más”.

JUAN PORTAIL**CONOCIMIENTOS UTILES**

RECETA CONTRA LAS QUEMADURAS. — Se recogen los pétalos de la flor del lirio y se ponen en infusión en aceite de almendras dulces. Se aplica a la quemadura una compresa de dichos pétalos bien empapados en aceite, de modo que la quemadura no deja la menor señal. Los dolores serán mucho menos agudos con la aplicación de esta especie de cataplasma.

RECETA CONTRA LAS CORTADURAS. — Se ponen en infusión flores de balsamina en una botella que contenga aguardiente, y que se mantendrá bien tapada, después de lo cual se pondrá dos o tres días al sol. Una compresa de estas flores sobre la cortadura producirá un efecto rápido y saludable.



Las virtudes del aceite de hígado de bacalao... El sabor del vino de Oporto.

La Pangaduine es un extracto infinitamente más activo y digerible que el aceite de hígado de bacalao, que puede tomarse bajo la forma de un elixir delicioso a base de vino de Oporto o de un granulado que se ronza como un bombón. Es el remedio soberano contra:

La Anemia, los trastornos de crecimiento, el linfatismo, el raquitismo, la neurastenia, la tuberculosis, etc., etc... Pidan a su farmacéutico la

El célebre Doctor Doyen dice: "Desde que existe la Pangaduine, ni una vez recurri al aceite de hígado de bacalao, bajo cualquier forma que fuera".

Pangaduine
M.R.

sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao.
A base de: Extracto de Hígado de Bacalao — Glicerina — Jarabe de grosellas y vino de Oporto.

M. R.**LA NEURINASE**

Inofensiva, Suave, Agradable
el verdadero específico del

INSOMNIO

Los Médicos del Mundo entero prescriben la NEURINASE contra: Insomnio, Neurastenia, Neuralgias, Lasitud, Ideas negras, Contracciones nerviosas, Trastornos de la edad crítica, Palpitaciones, Convulsiones, etc.

LABORATOIRE GENEVRIER, 2, Rue du Débarcadere, PARIS
RAYMOND COLLIÈRE, Agente Exclusivo, Casilla 2285
SANTIAGO DE CHILE



Neurinase
A todos el punto
del alma

a base de Extracto de valeriana fresca y biotilmalonilurea pura.

MADAME SUZY.

Gran sombrero en paja de Italia, negra para la copa y parte del ala. El borde es de tafetán negro, encima y tafetán negro y blanco, abajo. Va guarnecido de un nudo liso de tafetán.

LE MONNIER

“Maritza” sombrerito en bakou marrón, guarnecido de una flor blanca y oro.

Mme. MARIA ALFONSINA.

Boina en paja cristal azul pastel y grosgrain, marino.



CONSEJOS Y RECETAS DE MARTINA

El aceite tiene mucha importancia, ahora que está de moda el comer muchas ensaladas. Lo tenemos siempre en nuestra mesa en todas las comidas. Es preciso por lo tanto, que sea de excelente calidad y que no dañe nuestro estómago. ¿Cómo saber si el aceite que nos venden es verdaderamente aceite de oliva? Muy fácilmente. Se le pone en pequeña cantidad sobre un vaso. Verted encima agua oxigenada y agitada la mezcla. Le veréis tornarse verde, si el aceite es de oliva, y gris o rosado, si es de otras composiciones.

Empleo del tiempo.— Una dueña de casa, cuidadosa que te todo marche bien en su hogar, fija, para la semana, un empleo del tiempo riguroso, gracias al cual, de lunes a sábado, todo se hará de manera regular y bien hecho.

Este empleo del tiempo, trazado de antemano, permite usar lo mejor posible cada hora del día, y os evita el fastidio de ver a la criada, ya recargada de trabajo, o ya ociosa.

Cada pieza del departamento, debe asearse a fondo un día determinado. Consagraréis algunas horas del lunes, al dormitorio, del martes, al cuarto de los niños, del miércoles, a la cocina, del jueves, al comedor, del viernes, al salón, del sábado, a la galería y al cuarto de baño. A fines de la semana, todo el departamento, habrá sido limpiado, sin que haya por eso, excesivo recargo de trabajo.

En las casas donde se lava en casa, también este trabajo, se hará en día determinado. Por ejemplo, se lavará la ropa el lunes y se aplanchará el martes.

Las tardes, se repartirán, entre el repaso de la ropa y la limpieza de cristales y objetos de cobre o plqué.

Este método, os evita el dar órdenes todo el día a la criada. Esta, después que haya estado ocho días con vosotros, no tendrá ya por qué molestaros, preguntando que va a hacer. No os queda sino ejercer una discreta vigilancia sobre lo hecho, lo que por demás, no es poco trabajo.



(Continuación de la pág. 10)

EL CENTENARIO DEL SONETO D'ARVERS

Verdaderamente, estos ingenios no respetan nada, ni siquiera los amores velados, tan raros, del romanticismo. Ni siquiera la conmovedora y misteriosa confianza confiada al álbum de una mujer demasiado inteligente para querer comprender. Pero ello pasa, y esto queda. El soneto de Arvers, aunque tantas veces parodiado, no permanecerá menos siendo el soneto único, el soneto inimitable que fué la gloria única de un vaudevillista olvidado, y dió a la más tranquila de las burguesas románticas una durable expresión romancesca.

ALBERIC CAHUET.

He aquí una traducción del soneto de Arvers, por María Monvel, traductora de este artículo y de los sonetos insertos en él:

Tiene mi alma un secreto y mi vida escondido,
amor eterno que concebí en un momento,
y, mal sin esperanzas, silenciaré su acento,
ya que la que me hirió de amor no lo ha sabido.

¡Cuántas veces habré pasado inadvertido
diciéndole mis penas únicamente al viento!
Ya sólo con mi vida finará mi tormento,
porque nunca pedí ni nunca he recibido.

Dios hizo de ella un ser de bondad y ternura,
y andará su camino sin oír, dulce y pura,
el murmullo de amor que levanta su huella,

y al austero deber fiel, piadosamente,
al leer estos versos, dirá sencillamente:
«¿quién será esta mujer?», ¡sin comprender que es ella!

(Continuación de la pág. 28)

LA CELEBRE MARIA MALIBRAN

¿Fué el miedo, un miedo innarrable, que se apoderó de mi ánimo, lo que despertó mis fa-

ultades adormecidas? ¿Fué un esfuerzo sobrehumano de voluntad lo que obró en mí el

prodigio de hacerme artista de un modo definitivo? Ello es que aquella noche nació para el arte: las primeras ovaciones estruendosas de mi carrera resonaron casi confundidas con la amenaza paterna. Al terminar la representación, mientras recibía felicitaciones que no soñé obtener nunca, mi padre depositó en mi frente el primer beso de cariño, mientras decía:

—Así te quiero, así has de ser para enorgullecirme...

Después me han aplaudido muchas veces, pero ninguna como aquella hirió mi imaginación. ¡Cuántos me envidiarían por mi triunfo! Ignoraban la causa a que fué debido:

no sabían que mi corazón, cuando parecía vibrar a impulsos del arte, temblaba de miedo.

Calló María. Sus ojos se fijaron en la puerta, cuyos umbrales acababa de trasponer. Ériot, el gran violinista. Una mirada de amorosa inteligencia se cruzó entre ambos. Medieron algunas frases de conversación insubstantial. Temiendo ser importuno, despidióse el crítico famoso. El dilettante le imitó con buen acuerdo.

Los dos artistas quedaron solos en el camerino.

A. M. OLMEDILLA.

Aves de rapiña

Batiendo en las alturas sus remos potenciales
Las águilas otear los pasos del jaguar,
Que escala los peñascos y busca en lo jarales
Al ciervo codiciado, sabroso al paladar.

De pronto en el espacio mil ruidos infernales
Se escuchan tan medrosos cual truenos en la mar,
Son ellas que rasgando los fuertes vendavales
Descienden a la tierra con ansias de matar.

Sus garras, fino acero, las clavan de sorpresa
Saltando a borbotones la sangre de la presa
Quizás como saltara la púdice de Abel.

Después de aquel banquete y alzando rauda vuelo
Las aves imperiales se encumbran hacia el cielo.
Dejando en los peñascos corola de clavel.

LISANDRO GONZALEZ LLANOS

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima



NEOLIDES

M.R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligera y perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
de muchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Acido ortobórico, dispersuf., potas.



CATARROS FUERTES Y LA GRIPPE

Desaparecidos Inmediatamente!

Al primer síntoma de un catarro, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tómese Fenalgina inmediatamente y evitense otros síntomas. Los catarros no son alarmantes en sí mismos, pero rápidamente causan bronquitis o pulmonía. Protéjase usted, a su familia y hasta a los niños de estas enfermedades peligrosas con Fenalgina, recomendada por médicos en todas partes. Insista en: FENALGINA.

PHENALGIN
(FENALGINA)



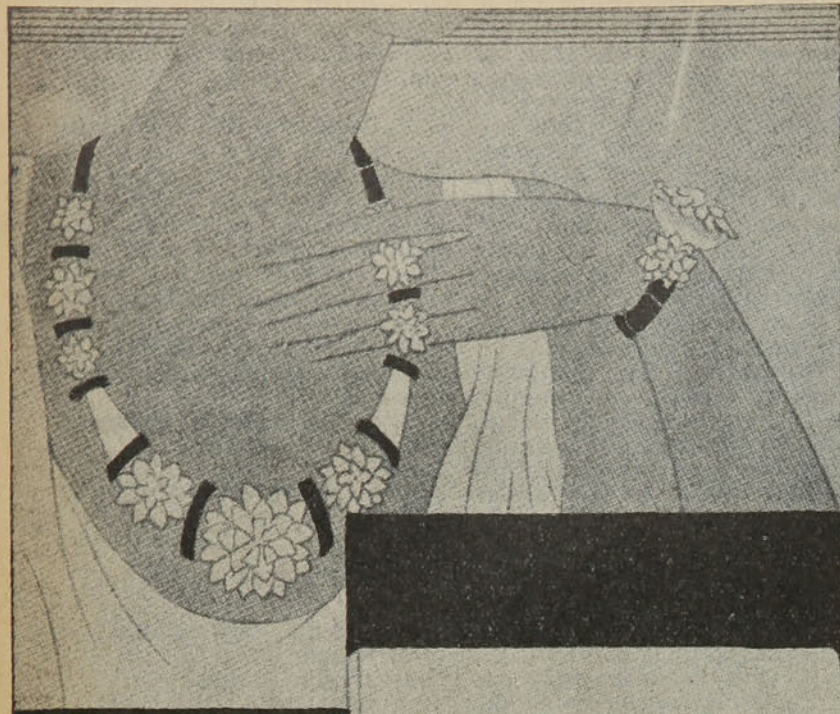
FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniata.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Unico Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

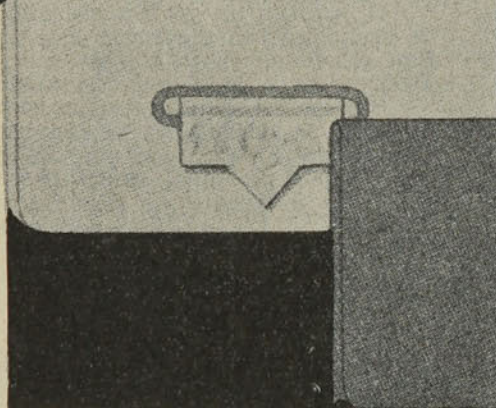
LOS ACCESORIOS EN LAS TOILETTES

(Creaciones de Collares y Carteras,
de Jean Patou)

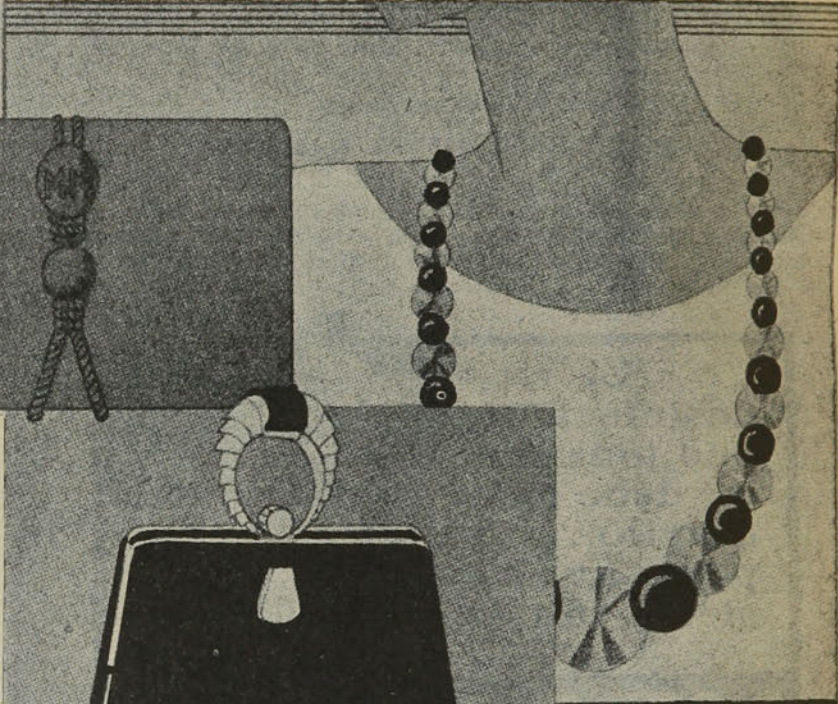


Maravilloso collar y
bracelete en carey
turquesa y rojo, flo-
res realizadas por mo-
tivos negros.

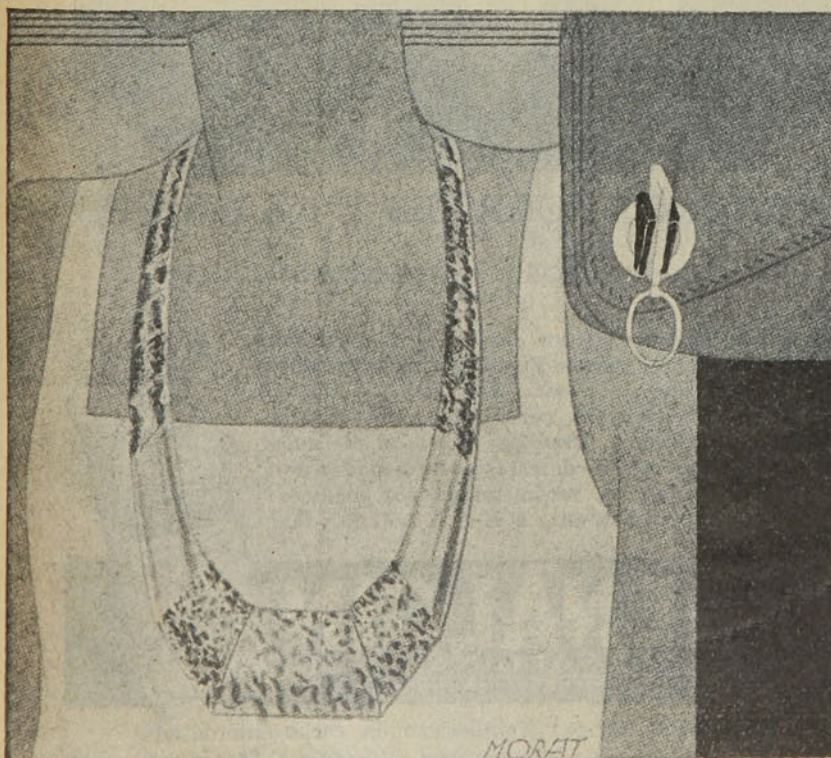
Cartera en antilope
beige, con cierre de
concha.



Cartera en marro-
cain café, cuyos
adornos van unidos
por dos correas.



Juvenil fantasía de
motivos verde jade
y metal, con adorno
de strass.



Novedoso saquito en
antilope negro, con
argolla en plata ma-
ciza, adornada con
piedra verde jade.

Original collar for-
mado por conos de
cristal y argollas de
metal; estas últimas
van forradas en an-
tilope negro.

Sencilla y elegante
cartera en cuero ne-
gro barnizado, adorno
de puntadas en
cordón y broche de
metal.

PLANTAS DE INVIERNO

En las piezas de nuestras casas, donde transcurren las horas sombrías que la mala estación nos trae, gustamos rodearnos de plantas verdes y de hierbas floridas. Como rostros amigos, ponen en torno de nosotros algo de esa alegría íntima, tranquila y sana que nos da reposo y nos deleita.

Muchos vegetales, por su belleza o su resistencia a nuestras especiales condiciones de vida doméstica, han conquistado el derecho de acompañarnos. Los artifices del cultivo forzado nos procuran ante todo una buena colección de especies, cuya floración se ha hecho invernal por la sola voluntad humana, como las azabras de la India y de la China; las camelias, la hidranga, hortensia y sus variedades, los jacintos perfumados, los tulipanes, las lilas, las deuzias, los ciruelos de China y el ciruelo trilobado, cuyas florecillas destacan sobre las blancas telas sus notas rosadas.

En invierno florecen normalmente: la primavera de China; la primavera obcónica de flores más numerosas y menos caducas; la begonia "Gloria de Lorena", de innumerables flores rosadas; la clivia, tan graciosa por sus haces de flores en sargas, como por sus umbeladas de flores minio; y las amurium, cuyas hojas largas y agudas ondulan y flamean, brillantes.

Junto a esas flores, plantas de abigarrado follaje, tienen el mismo encanto e igual viveza de colores: las crotons, suntuosamente revestidas de oro y púrpura; las begonias rex, de hojas al mismo tiempo bronceadas, moradas y carminadas; las drasenas y las marantas, igualmente maculadas o estriadas.

Avanzando un grado en la escala encontraremos los vegetales, cuyo exclusivo adorno son sus hojas verdes y variadas: las palmas majestuosas, los helechos y los asparagus de frondas idealmente ligeras y tenues; las avaluas artísticamente recortadas, y los formios rígidos, como hojas de espada.

Para el decorador profesional, las plantas de follaje son el fondo sobre el cual destacará como una "broderie" la silueta fina y coloreada de las corolas abiertas.

Para conservar la vida de estas plantas y prolongar su frescura, es preciso tributarles algunos cuidados. Ante todo, hay que dotarlas de luz, aire puro y agua.

Todas las plantas necesitan luz; pero no todas en igual grado. A las palmeras y a las plantas en flor hay que darles mucha; a los helechos, a la begonia rex, a las marantas y las aspidritas basta una luz tamizada. En tanto que las primeras están junto a las ventanas, está indicado para las otras un sitio más alejado, siempre que no se releguen a los rincones más oscuros.

Los vegetales respiran. Sus hojas verdes tienen bocas por donde entra el aire que luego sale modificado. Pero estas bocas son infinitamente pequeñas y las partículas de polvo, que siempre flotan en las habitaciones pueden obstruir esas bocas y tallos lo menos una vez semanalmente con una esponja, un poco de algodón o unas hilas empapadas en agua clara.

La ventilación es igualmente necesaria a las plantas. Siempre que la temperatura pase de 10 grados pueden sacarse al balcón las plantas de estufa fría como chamaerops, aspidritas y clivia miniata. A los 15 grados del aire exterior, pueden sacarse las plantas más delicadas; pero hay que evitar las corrientes de aire, tanto como la insolación prolongada, pues puede producir en las hojas, acostumbradas a una luz suave, graves alteraciones. No es menos útil el aire subterráneo; las paredes porosas de las macetas de barro el orificio que hay en el fondo de cada maceta protegida por algún pedazo de loza y algunos fragmentos de macetas aseguran la ventilación necesaria a las raíces.

La resistencia al frío también es variable, y de aquí la dificultad de mantener juntas en una habitación plantas de

(Continuación de la pág. 40)

LILY DAMITA ESTA EN PARIS... PARA DESCANSAR.

mos y de la cual tenemos necesidad en este género de trabajo. Y, además, es preciso confesar que para las compañías de cinema, las producciones resultan muy costosas — las francesas — y que luego las utilidades no corresponden. Y usted sabe que cuando las cosas no resultan económicamente...

Llamados telefónicos, cajas de bombones que llegan, correspondencia urgente, tarjetas de visita, flores en cestas, flores en vasos, ¡qué sé yo! La conversación no resulta fácil. Todo el mundo corre, se apresura, abre puertas.

—Señorita, es el señor X.

—Señorita, es el señor Y.

—Lily, es tu amiga Luisa...

Y Damita, que mira en un espejo sus cabellos recién recortados y rizados, me dice con una voz llena de lamentaciones:

—Yo no quisiera, sin embargo, recibir a nadie...

—¿Tiene usted proyectos parisienses?

—Sí, pero, silencio...

—¿Qué? ¿Teatro? ¿Cinema? ¿Comedia?

—¡Silencio! Voy a contarle a usted algo, pero es muy grave.

—¿Qué? Hable usted sin temor.

Ella pone una cara a la vez sonriente y misteriosa.

—Vamos al Bosque a dar una vuelta por los Lagos. ¿Vienes, mamá?

Detengo esta inmediata tentativa de fuga.

—Pero, ¿y después?

—Biarritz... dormir; Deauville... dormir. Ver las colecciones de los modistos.

—Y partir en septiembre.

RENE BIZET.

tan diferente temperamento, tanto por el grado de calor, como por el de humedad que es consiguiente al de temperatura. Para obviar estos inconvenientes, de bemos en general alejar las plantas de las chimeneas, radiadores y caloríferos. Porque siendo alta la temperatura, el agua de constitución de las hojas y tallos se evapora y la planta se agota y muere. Por esto es necesario regarlas frecuentemente con regaderas y de cuando en cuando con pulverizador.

dormir como un tronco.



Es el voto que formulan noche a noche miles de seres desgraciados que el insomnio desvela.

Nada deprime más la salud, en efecto, que la falta de sueño, cualquiera que sea la causa: preocupaciones, neurastenia, enfermedades, pesares, cansancio, trastornos nerviosos, etc.. No espere el último momento para poner fin a este martirio y tome desde esta noche la

PANVALERASE

Cápsulas o Solución a base de: Valeriana fresca. Brom. albumosa y Extr. completo cannabis Indica.

Que le procurará, sin ningún peligro, un sueño normal, apacible y reparador indispensable al bienestar de todo organismo humano.

En todas las Farmacias
Agente para Chile:
R. COLLIÈRE, Casilla 3247,
Calle Las Rosas, 1352
SANTIAGO.



Escriba a Franc Leo, Casilla 662, o a 21 de Mayo 571, altos, Santiago, y recibirá instrucciones si desea ser feliz, afortunado en sus empresas, lotería, juego, amores, etc.

También conocerá su destino o el de la persona que le interese.

Recorte el cupón y remita estampillas

NOMBRE

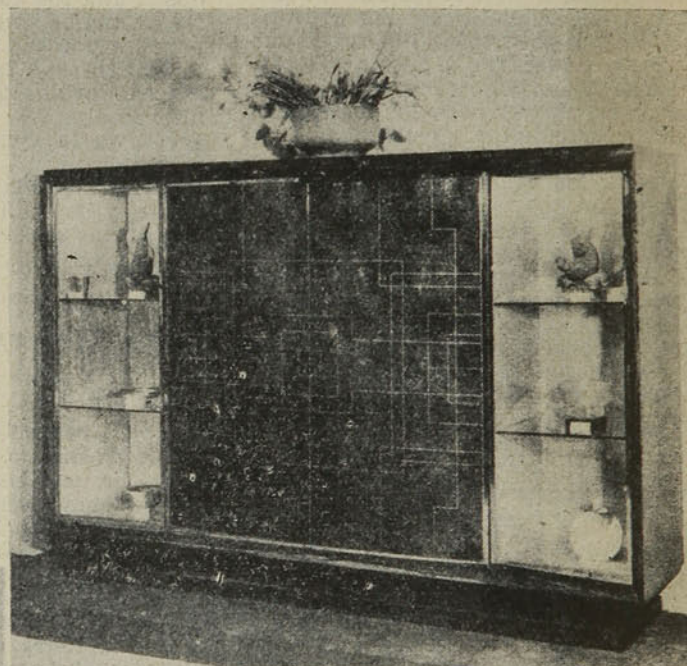
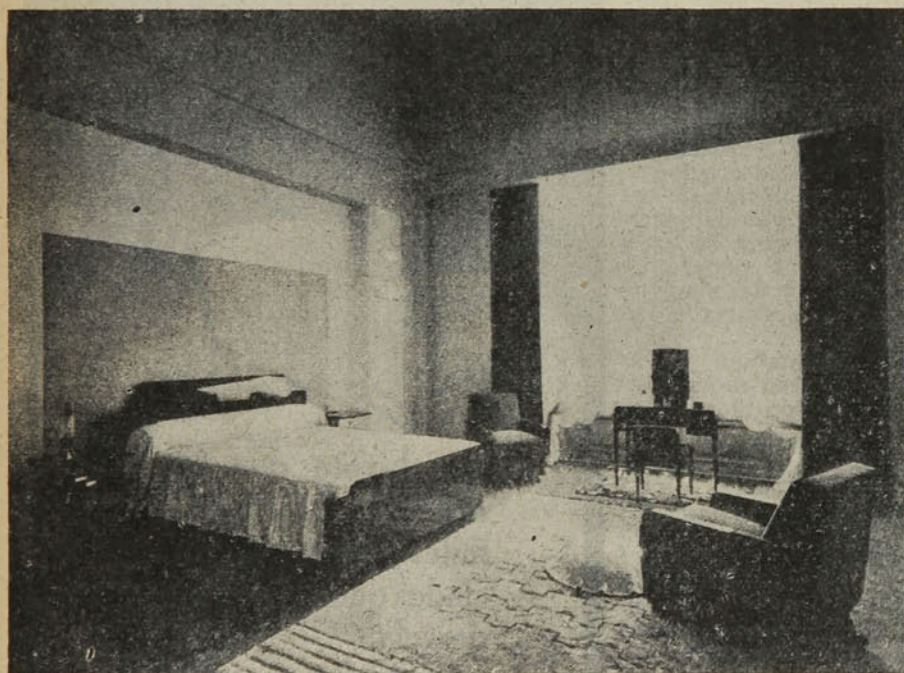
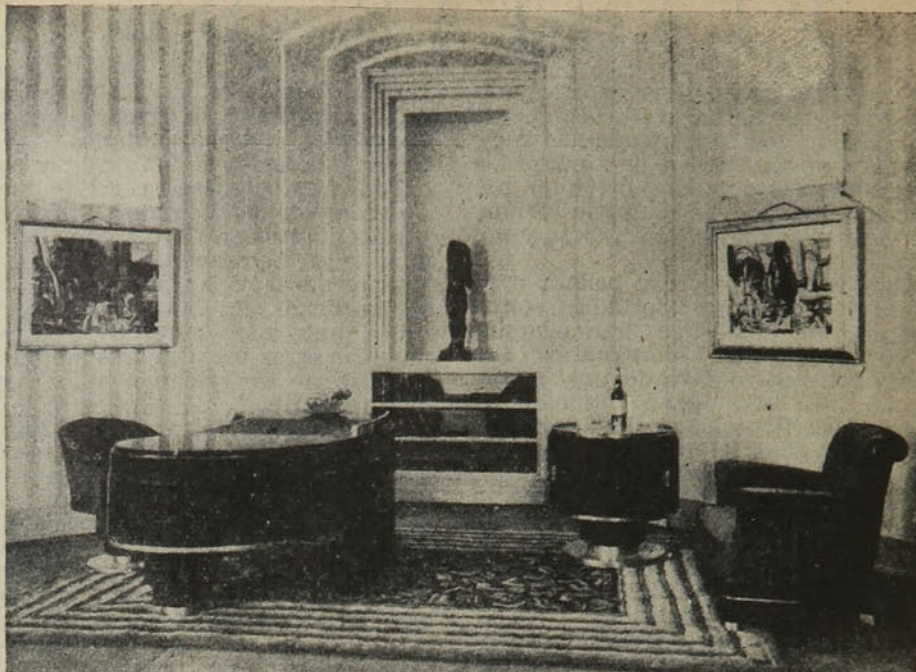
DIRECCION

EL SALON

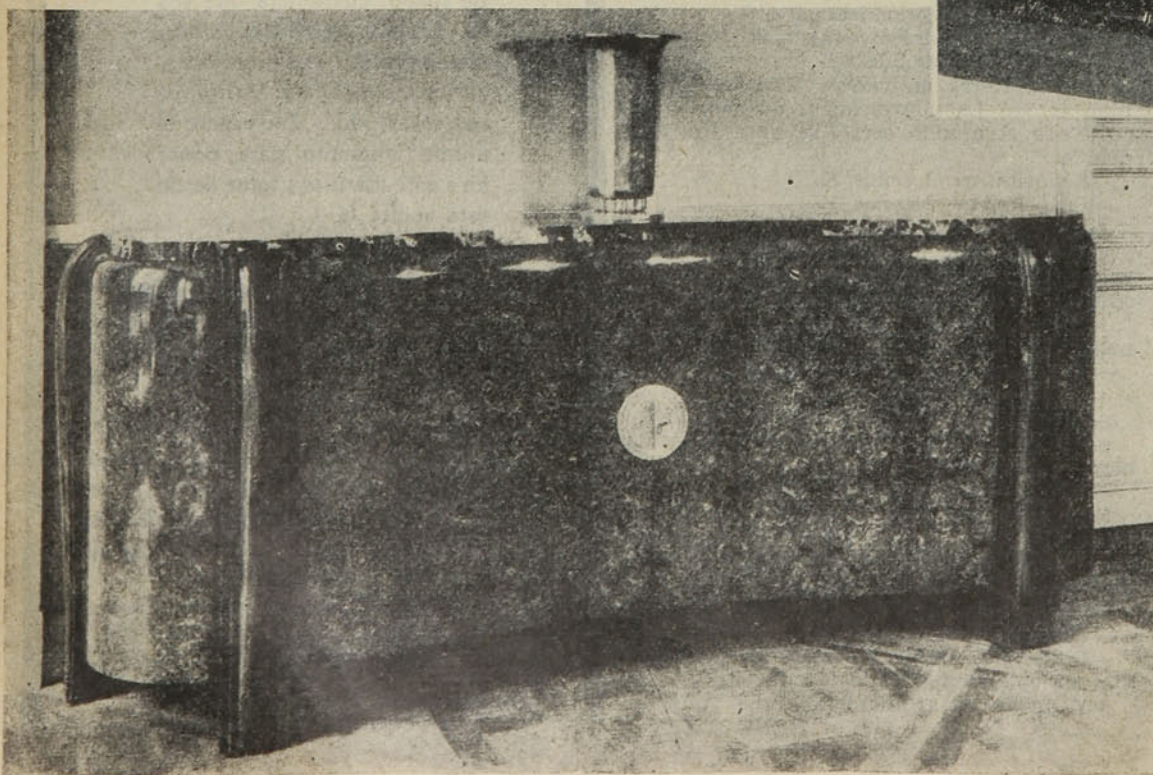
DE LOS

ARTISTAS DECORADORES

André Fréchet. Dormitorio. Muebles de palisandro. Pinturas y cortinas de Brunet Meunier. Tapiz con puntos anudados de Jane Bernard. Alumbrado de Genet y Michon. Cubrecama de Massis.



Mueble de arrino loupe de Thuya con incrustaciones de León Bouchet. Editado por Denner.



Mauricio Dufréne. Mueble editado por la Maîtrise.

Página para los Niños

Cuenta-Nabos

Comenzamos ahora este bellissimo folletín, apropiado para niños de 6 a 12 años, traducción del famoso libro del profesor A. Müller, y una de las más bellas lecturas para niños escrita hasta hoy.



I

¿QUIEN ERA CUENTA NABOS?

Entre Silesia y Bohemia, levantando su nevada cabeza por encima de frondosos bosques y desnudos peñascos, se elevan majestuosamente los Montes de los Gigantes. Allí, en las oscuras entrañas de esos montes, habita el famoso y temido duende Cuenta-Nabos. Soberano de los espíritus subterráneos, en la superficie de la tierra posee tan sólo un pequeño territorio de pocos kilómetros de circunferencia, cercado por una cadena de montañas. Su verdadero dominio comienza muy por debajo del suelo que pisamos y su poderío, hacia el centro de la Tierra, alcanza muchos cientos de millas de profundidad. Con frecuencia, al rey subterráneo, le place cruzar sus vastos territorios, para contemplar los inagotables tesoros, los metales y las piedras preciosas que posee, así como para pasar revista a sus siervos, los duendecillos, y darles

trabajo; unas veces les hace detener los torrentes de fuego por medio de sólidos diques; otras, los obliga a transformar los metales impuros en metales preciosos. De tanto en tanto, dejando atrás todas las preocupaciones de su profundo gobierno, aparece en la superficie de la Tierra y decide burlarse y jugar a su capricho con los seres humanos. Porque debe saberse, que Cuenta-Nabos tiene un carácter muy especial; es caprichoso, vehemente, maligno, indeciso; a veces bondadoso, noble y sentimental; otras tolerante y severo... En fin, como un rayo de sol entre los nubarrones, relámpagos y truenos; hoy el mejor de los amigos, mañana frío y hosco; lleno de contrastes, en fin, según su humor del momento.

II

CUENTA-NABOS SE HACE CRIADO

Desde tiempos remotos, la presencia de Cuenta-Nabos hacía inseguro el paso por los montes. Cuando estaba de humor, se entretenía en hacer luchar los osos contra los toros

salvajes, persiguiendo con ruido infernal a los gamos y otros animalillos inofensivos. Cansado de estas cacerías, volviase a sus regiones subterráneas y permanecía allí siglos enteros, hasta que de nuevo volvía a sentir ganas de tumbarse al sol y disfrutar de las delicias de la creación. ¡Cuál no fué su asombro al ver a la Tierra tan cambiada por el paso del tiempo! Desde la cumbre nevada de la montaña, a donde se le ocurrió asomar la nariz, vió cómo los bosques impenetrables se habían transformado en campos fértiles. Bellas espigas inclinábanse hacia el suelo, doradas por los rayos del sol; los árboles frutales mostraban el adorno de su sabrosa carga; las casas de tejados rojos, casi verticales, contemplaban el grato aspecto de la Tierra, después del trabajo humano. En los prados recubiertos de flores pacían cabras y ovejas, mientras los pastorcillos entonaban dulces melodías.

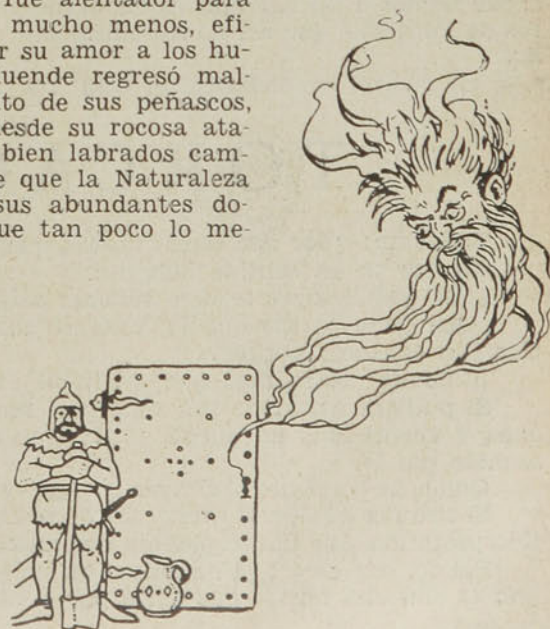
La novedad del caso y la grata misión, regocijaron al duende. En vez de protestar de que los hombres se hubieran apropiado de sus tierras, los dejó caer con la misma bondadosa indiferencia con que los hombres dejan que se cobije la golondrina bajo su techo. Hasta le entraron ganas de conocer más de cerca a los industrioses seres humanos, así como su manera de ser y pensar, y por ello adoptó figura y traje de criado y se fué a ofrecer sus servicios al primer campesino que encontró. Tomó el nombre de Rips y, como todo cuanto hacía lo ejecutaba bien, fué pronto conocido en el pueblo como el mozo más fiel y trabajador.

Pero su amo era descuidado y holgazán. Se gastaba tontamente la ganancia que sacaba del trabajo de su fiel criado y le agradecía muy poco sus esfuerzos. Por lo tanto, Rips se marchó y fué a servir a su vecino. Allí tenía que ocuparse del ganado, lo que hizo muy cuidadosamente, llevando los animales a los sitios donde la hierba era más abundante. Jamás las ovejas habían estado tan gordas, ni habían criado tanto. Ni una sola se despeñaba entre las rocas y el lobo no se atrevía a acercarse... Pero este amo era tan avaro, que escatimó el sueldo a Rips, y, no contento con ello, se robó a sí mismo un par de carneros para echar la culpa al criado y rebajarle del sueldo el importe de los animales.

Entonces Rips se escapó, yéndose a servir de lacayo al Juez. Ya no habría ladrón que pudiese escapar, pues Rips servía a la Justicia con el mayor afán. Pero resultó que el Juez era un hombre injusto, que sentenciaba a su capricho, burlándose de las leyes. No queriendo seguir el mal ejemplo de su amo, Rips se despidió... y entonces el Juez lo encerró en el calabozo. Claro que él salió fácilmente por donde suelen salir y entrar los duendes: por el agujero de la cerradura.

Este primer ensayo de estudio de Humanidades no fué alentador para Cuenta-Nabos, ni, mucho menos, eficaz para aumentar su amor a los humanos. Nuestro duende regresó malhumorado a lo alto de sus peñascos, y contemplando desde su rocosa atalaya los vastos y bien labrados campos, se extrañó de que la Naturaleza pudiera repartir sus abundantes dones entre seres que tan poco lo merecían.

La curiosidad, sin embargo, volvió a atraerle hacia la superficie de la Tierra.



DE LA LITERATURA Y LAS ARTES

La “Odisea”

La *Odisea* es un poema que compuso un griego llamado Melesígenes hace más de tres mil años.

A este poeta se le llama Homero, que en lengua griega significa ciego, porque el pobre lo era tal vez de nacimiento o se quedó después.

El poema es largo y maravilloso, y le leeréis dentro de unos años, cuando seáis mayores. Entonces encontraréis que es un tratado de sabiduría y Dios sabe de cuántas cosas más.

Por ahora, lo más importante es saber que su asunto es tan bonito como un cuento de hadas y dragones.

Veréis.

El Rey de Itaca se llamaba Ulises, y era bueno y sabio. La Reina, su esposa, se llamaba Penélope, y su hijo el príncipe, Telémaco.

El Rey se marchó a la guerra en sus naves, que tenían la proa pintada de negro, con todos sus guerreros, y allí estuvo más de diez años.

Al volver, en lugar de irse derecho a su tierra se fueron de isla en isla viendo lo que tenían dentro.

Y así llegaron a una donde vivía el gigante Polifemo, que era hijo de Neptuno, el dios del mar.

Este gigante sólo tenía un ojo; pero era un bribón, que en cuanto vió a Ulises y su gente cogió a dos hombres por los pies y les rompió la cabeza. Después se los comió para cenar.

Estaban todos dentro de una cueva con los carneros de Polifemo, encerrados con una piedra grandísima, que sólo el gigante podía mover.

Al otro día se comió a otros dos para desayunarse, y se fué con su rebaño, después de dejar a Ulises y sus hombres encerrados. Y al volver por la noche se comió a otros dos... Este gigante era de lo más salvaje que se conoce.

Se los hubiera comido a todos si le dejan; pero Ulises le pinchó el ojo con un palo ardiendo y le dejó ciego para que escarmentara.

¡Ay, pero no escarmentó! Ya que no los veía para comérselos, llamó a su padre a voces y le dijo que los ahogara a todos. Ya sabéis que su padre era Neptuno.

Ulises y sus compañeros pudieron escapar atados a las barrigas de los carneros de Polifemo que así no los sintió salir.

Y en cuanto se embarcaron otra vez



se fueron a otra isla a ver qué pasaba. En aquella los trataron mejor; pero en la siguiente el Rey era un canibal y se comió unos cuantos.

Lo peor de todo era que Neptuno estaba muy enfadado y no los dejaba vivir. De pronto se armaba una tempestad horrible, en seguida un remolino del mar hacía naufragar un barco, luego era un vendaval que los llevaba de un lado a otro sin descanso...

Claro que en cuanto veían una isla desembarcaban; pero en todas vivían fenómenos y gente rarísima.

Sólo en una encontraron una bella joven que los trató muy bien y les dió a comer manjares exquisitos; pero al final los convirtió en cerdos. Menos mal que Ulises se salvó y pudo desencantar a todos.

El hada que los había encantado, que se llamaba Circe, dijo a Ulises cómo podría salvarse de todos los peligros que aún correrían; pero los retuvo en su palacio un año entero y los dejó marchar con mucha pena.

Pasaron por la isla de las Sirenas, que eran unas mujeres medio peces, que can-

taban muy bien y atraían a los navegantes para luego matarlos.

Ulises tapó las orejas de sus compañeros con cera, como le había dicho Circe, y él se hizo atar al mástil.

Y las pícaras sirenas se hartaron de cantar y no acudió nadie.

En otra isla vivía un monstruo que se sorbía los barcos enteros y luego devolvía los pedazos. Pero, siguiendo los consejos de la maga, también se salvaron.

Lo peor era la isla de enfrente. En esa vivía un animalote de seis cabezas y doce patas. Todo él estaba metido en una cueva, y cuando pasaba un barco a su alcance sólo tenía que alargar sus seis cabezas para llevarse a seis personas. Y así lo hizo esta vez.

Al fin el barco se hundió y quedó únicamente Ulises agarrado a una tabla. Aún visitó distintas tierras y pasaron más de diez años antes de volver a su casa.

Con la ayuda de la diosa Minerva volvió a su país, donde encontró a su hijo, que era ya un hombre como él, y a la Reina Penélope, que había estado tejiendo y destejiendo veinte años en espera del Rey.

TORCACITA DEL MONTE

Torcacita: ¿por qué lloras tantas quejas ocultas?

Tu voz es un sentido lamento.

¿Por qué siempre te oigo sollozar así?

¿Qué pena te roe que te hace arrullar tan dulce y sentido, sin consuelo posible?

¡Cuidado! Hace días que un hábil cazador te acecha.

Si pudiera avisarte: ¡no rondes el monte, vete, huye, escapa y vuela! Mas no puedo, y día tras día, te veo llegar y tiemblo por tí.

Quien te persigue, alzó ayer su fusil y te apuntó...

El tiro iba a hacerte caer; mas de pronto, lanzaste un quejido profundo, que llanto parecía empaparlo y lo estremeciste.

Pálido, oíle decir: ¿Una cuita; un dolor oprime su pecho? ¿No es ella una madre que sufre por el mal que atormenta a

alguno en su nido y ha llegado hasta aquí a lanzar su dolor para desahogarse y no morir? ¿Tengo derecho a un capricho y a herirla aún más? Y momentáneo, desvió el arma y tú te salvaste.

Torcacita que rondas el monte: ¿no me quieres contar lo que tanto te apena?

No vengas, no te poses tan cerca del fuego; mira que un día, menos sensible el cazador, puede lanzarte la bala y saciar de una vez su ansia tenaz y su loco capricho.

Si al menos pudieras oírme: ¡Vete, huye; aún puedes salvarte, escapa y vuela!...

Torcacita: no rondes el monte, que en él anda la Muerte y te puede llevar.

EMMA R. MOSTO.

Notas Musicales: MOZART

Se ha escrito mucho sobre Mozart. Y como este inmenso genio que parece encarnar en sí toda la música, no habría, tentado más que ningún otro a los historiadores del arte. A pesar de los estudios innumerables que sobre él se han hecho, queda aún mucho que decir, sobre el autor de Don Juan, y no se dejará tan luego de inclinarse sobre él: atrae como un abismo. El lugar que ocupa en la historia de la música, es inmenso. Y sin embargo, no es de aquellos maestros cuya influencia profunda haya marcado toda una época. No es de aquéllos que ha dejado tras de sí, una larga posteridad. Al contrario, permaneció y aun permanece, como un meteoro, brillante, pero aislado. Y en un libro sobre Mozart que el señor Emmanuel Buenzod acaba de publicar recientemente en la colección Rieder, encuentro esta nota de una gran penetración y de una indiscutible verdad: "Por central que ella aparezca, la posición de Mozart es sin embargo, excepcional. La obra de Mozart es el confluente de todas las búsquedas, de todos los esfuerzos, y es lo que, independientemente de su acento propio, bastaría para asegurarle la más vasta generalidad. Pero precisamente, su generalidad es tan absoluta, que alcanza casi, la impersonalidad".

Y yendo más lejos, el señor Emmanuel Buenzod, agrega: "He oído a veces a los músicos y no a la menor parte de ellos, hacer esta confesión con un no sé qué de sorpresa y de tristeza: "Mozart no es indispensable para mi existencia"... En efecto, Mozart, aunque no ha ejercido influencia verdadera, ha aparecido siempre como un ejemplo. Un muy alto modelo naturalmente inaccesible, un corrector de todos los desbordamientos. Es en este sentido que hay que oír la palabra de Rossini: "Beethoven es el mayor compositor del mundo, pero Mozart es el único". "Es decir aquel que, por sobre los más magníficos testimonios del hombre en lucha contra su destino, ha sabido construir una obra cuya grandeza y eternidad no deben nada a las circunstancias, ya que, por un camino muy natural, ella se ha establecido en las regiones serenas donde todo se transfigura".

Estoy muy de acuerdo con Buenzod: Mozart por su obra, por su grandeza y su serenidad, alcanza esas regiones donde todo se transfigura. Pero he aquí el milagro: elevándose sin esfuerzos tan alto, no cesa de ser humano. Por ello sin duda, nos parece tan amable, al mismo tiempo que tan grande.

Dos ejemplos de esta humanidad, la encontraremos expandida en su obra entera: música de cámara, sinfonía o música dramática. Escuchad el adagio del N.º 458 del catálogo de Kochel. ¿No oís ya en esta magnífica frase el lenguaje del dolor que hablará Beethoven? Pero en Mozart, así expresado, el dolor se convierte en serenidad. Este hombre, este gran artista, según lo hace notar Romain Rolland, gracias a la mezcla armoniosa de sus cualidades, sensibilidad, fineza de inteligencia, ternura, ama a la vida. Se parece a un hombre de fines del siglo dieciocho, más que a un romántico. Sin embargo, hay que guardarse de presentarlo olímpico o insensible que, habiendo siempre planeado por sobre nuestras miserias, las ignore en carne propia. Y a decir verdad, ni las amarguras, ni las decepciones, ni el sentimiento de verse desconocido, nada ha faltado al joven Wolfgang. Pero todo eso—Buenzod lo ha anotado en la corta biografía por la cual debita su volumen—todas esas desgracias y estas penas, no alcanzan el carácter trágico de los sucesos que trabajaron la existencia de Beethoven o de un Wagner: "Siempre en él, la sonrisa está cerca de las lágrimas, y apenas vivida la hora de la infinita laxitud, se le vé alzarse frente a su destino, con su frente joven aureolada de modesta serenidad".

Después, en la época de la madurez, durante los diez últimos años de su corta existencia, de 1781 a 1791, el esfuerzo creador de Mozart es verdaderamente sobrehumano. Enton-

ces son sus obras dramáticas las que van a hacernos confidencias.

Siempre pensó que el teatro debería ser el mejor medio de expresión de su genio. No se engañó. Hizo su camino con una seguridad infalible, y aun debía, por extraordinario privilegio animar de una nueva vida los héroes que sus libretistas le proponían. Bajo la pluma de un día Ponte, don Giovanni no es más que un personaje de ópera bufa. Pero sobre estas palabras que se le proponen, Mozart borda una música tan llena, tan cargada de humanidad, que el héroe se alza hasta la leyenda, sin dejar de ser un hombre. Y otro tanto ocurre con los que le rodean: doña Ana, doña Elvira, don Octavio, Leporello, Zerlina, todos y todas, hasta las menores comparsas, van señaladas con rasgos inmortales.

Lo mismo Figaro, Bartolo, la Condesa Suzana, Cherubín, Papageno, Papagena, todos cantan en nuestras memorias. Recién, yo hacía notar que Mozart había visto la vida como un hombre de su tiempo, como un contemporáneo de Beaumarchais. Y sin embargo, entre los personajes de "Matrimonio de Figaro" y los de "Nozze", qué inmensa diferencia. En Beaumarchais, Almaviva, Figaro, Suzanna y Rossine, tienen un espíritu maravilloso. Poseen los dones más brillantes, tiene frases cuya resonancia se prolonga en ecos filosóficos de una trascendencia social incalculable: se ha mirado el "Matrimonio de Figaro", como un signo precursor de la Revolución próxima. En Mozart, a todo esto, se agrega una ternura maravillosa. No es la sensibilidad o la sensiblería de las bellas discípulas de Rousseau, de las pastoras del Triángulo. Es la sana ingenuidad de Mozart mismo. Bajo su pluma, las situaciones más difíciles, el despertar de los sentidos de Cherubín, el deseo amoroso de Zerlina, conservan un pudor, que acentúan aún nuestra emoción. Releed el aire de Zerlina: "Batti, batti, bel Masetto, o mejor todavía el aire "Vedrai carino". Releed, el extraordinario "Voi che sapete de Cherubín, y ved si es posible expresar más completamente, el ardor, la voluptuosidad y también esa especie de inocencia que es la naturalidad misma. No hay en todo el teatro ejemplo comparable de esta unión de tanta soltura con tanto pulularle "el divino Mozart".

Por ello no es excesivo

Su arte es un milagro de equilibrio, un prodigio de perfección. Ved el dúo de la Condesa y de Suzana. En le Nozze, ved la escena de Papageno, de Monostatos y de los esclavos en la Flauta o todavía, en el primer cuadro, la entrada de las Hijas de la Noche. ¿Es posible imaginar páginas más bellas y más acabadas? No las hay más vivas. Su gracia, su ligereza, su profundidad, tiene algo de prodigio. ¡Qué milagro también el de la orquesta de Mozart!

Y aparte de todo esto, encontraréis pasajes de una irresistible bufonaría, como el aire ¡Ah! madamina de Leporello y páginas de una sorprendente finura, como la serenata "Deh, vieni a la finistra", o como la escena de la cena con las citas de moda en el año de gracia de 1787, aires de Sarti, de Martín y Soler y—coquetería encantadora—el "Non più andrai" de Nozze, el aire de Figaro, que Leporello declara conocer demasiado. No, verdaderamente, este hombre de 35 años que va a morir, cansado de trabajo y de miseria, pero no sin haber llegado su Requiem, obra maestra suprema, ¿no lo ha conocido y adivinado todo? Y no puedo terminar sino es citando la conclusión misma del libro de Buenzod: La música... cuando lentamente se decanta la turbación en que nos ha sumido, algo que es una frase, que es alma, memoria y verdad, se desprende, emerge sin esfuerzo y se impone a la forma más secreta de nuestro espíritu, algo que es una frase de Mozart.

RENE DUMESNIL



EL PAJARO CIEGO

¡Qué bárbara, qué horrible, qué espantosa le pareció aquella costumbre a la dulce y encantadora María Clara! Ni siquiera tenía sospechas de que pudiese haber nadie que se complaciera en el martirio de los pobres animalitos, que demasiada desgracia tenían con vivir en jaulas, que era lo mismo que vivir en cárceles.

De buena gana hubiese dado libertad a todos los pajaritos cautivos que había en el mundo, y de buena gana hubiese dado lo preciso por librar de su esclavitud a los que vivían sometidos a la desgracia y a la miseria. Pero en vano luchaba. Su corazón generoso y noble tenía que estrellarse con la realidad implacable, que le decía que era demasiado débil, demasiado humilde e insignificante para ir en contra de la vida, cuya crueldad no conocía aún.

Tan poco la conocía, que ignoraba que acechando al espíritu está el dolor, que despierta a todas horas, sólo espera para caer sobre el hombre a que éste se halle más confiado y tranquilo.

Ya se convencería de ello cuando el tiempo descubriera a su corazón el enigma, el gran enigma del mundo.

Pero no filosofemos. Digamos que a María Clara le produjo una sensación indescriptible—mezcla de horror y de espanto—la escena que presenció en su misma casa.

Protagonistas de ella fueron sus propios hermanos y un pajarito que tenían entre sus manos.

Intrigada por la curiosidad, quiso enterarse de lo que pretendían hacer con el pajarito, que temblaba lleno de terror en las manos de aquellos muchachos.

Preguntó, y al punto obtuvo la respuesta apetecida.

Aquel pájaro no cantaba. Aquel pobre pajarito no manifestaba ni sus penas ni sus alegrías con trinos sonoros. Y había que hacer que cantase. Había que procurar a todo trance que el medroso pajarito rompiera a cantar y fuera como sus compañeros de encierro.

Y para conseguirlo, no había más remedio que dejarlo ciego.

¡Ciego! ¡Ciego!

La palabra la espantó. En su pensamiento hubo una protesta firme contra aquella ferocidad. Y arrebatando al pajarito de las manos de sus opresores, lo soltó para que volara libremente, después de haberlo apretado contra su pecho, llena de piedad y ternura.

Luego supo que aquello que hacían sus hermanos respondía a una costumbre habitual en el pueblo, costumbre que tenía por objeto privar de una manera violenta de la vista a los pájaros que no cantaban.

Aquella costumbre, seguida desde tiempo inmemorial, transmitiase de generación en generación y se conservaba en



el alma de las gentes que lejos de relegarla al olvido, la practicaban con una asiduidad y una perseverancia digna de mejor empleo.

No tardó María Clara en olvidar lo ocurrido. La vida abría ante ella, que penetraba en el mundo con la seguridad de sus pocos años. Pájaro inquieto, llena de energía y entusiasmos, no sabía más que volar de rama en rama, con la inconsciencia de su corazón feliz. De su corazón feliz, en el que no existían inquietudes ni amenazas. Henchida de esperanza y en la plenitud de su belleza, dueña de sí misma y en posesión de su alma, no sabía lo que el mundo le depararía.

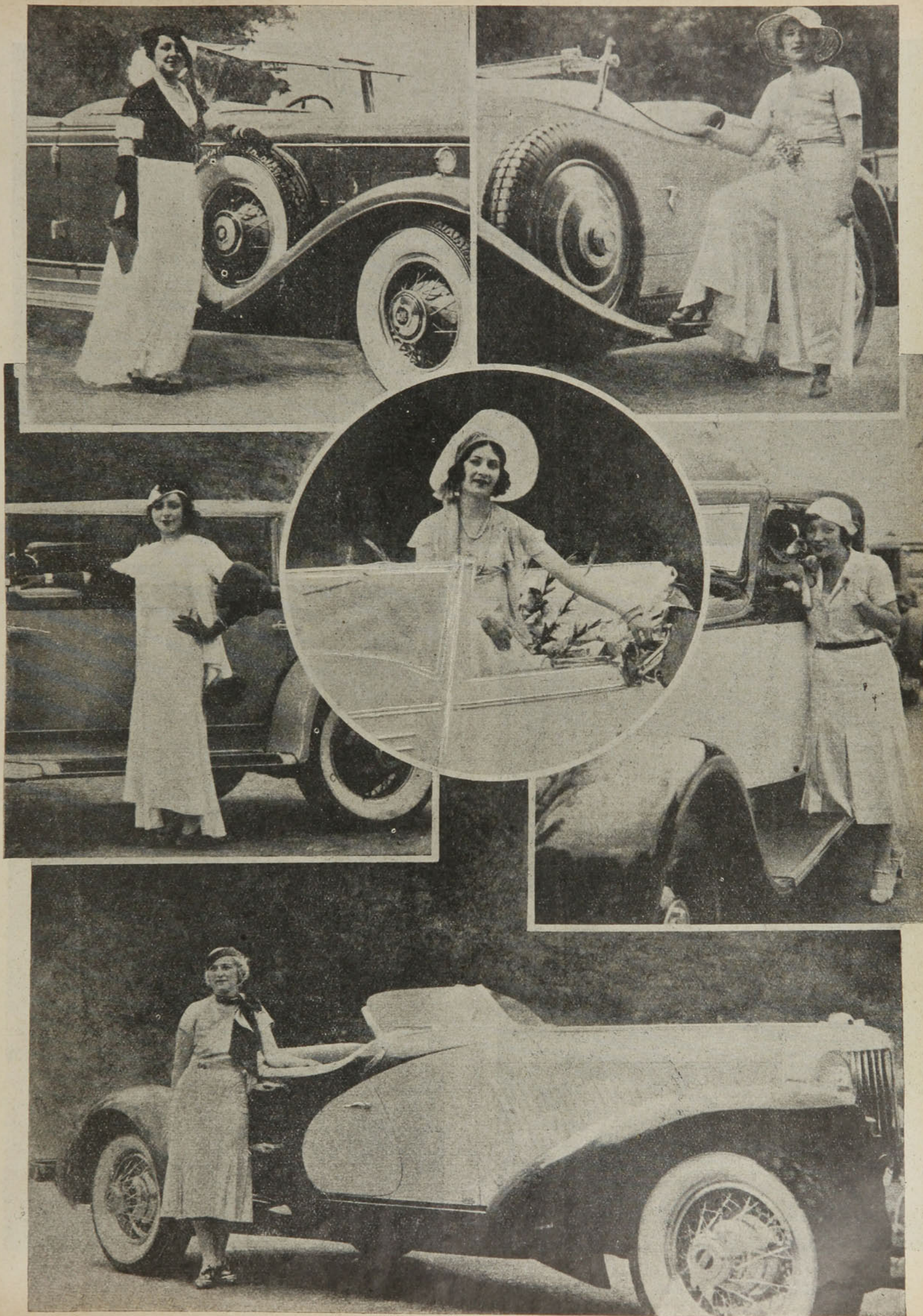
No lo sabía ni le interesaba tampoco. Despreocupada y gozosa, sólo anhelaba vivir haciendo la felicidad de todos los que la rodeaban. Pero llegó un día en que tuvo necesidad de cantar su espíritu; lleno de risas exquisitas, el deseo de entonar en la vida la canción de su propia alma. Y quiso y no pudo. Le faltaba algo para poder expresar lo que encerraba en su espíritu. ¿Qué necesitaba, qué era lo que faltaba a su corazón para prorrumpir en el canto que ella quería que fuese alegre? Lo ignoraba.

Y siguió pasando el tiempo. La vida, tan risueña antes, ya le iba pareciendo una jaula que encerraba su corazón y su libertad. Aquella jaula, dorada y grande en un principio, cada vez se iba haciendo más sombría y más triste. Los cánticos de esperanza morían en el corazón apenas sentidos. Ya no quería cantar, y, sin embargo...

Un cariño, un gran cariño quemó su alma en el fuego de la tristeza. Aquella tristeza la deslumbró de tal modo, que casi la dejó ciega. Faltaba algo más grande y más fuerte, y vino al punto. Un desengaño, un gran desengaño acabó de deslumbrarla y cegarla. El canto que dormía en su corazón estalló al fin. Y fué un canto de amargura y desconsuelo. Un canto de dolor y desesperación, como nunca había sentido. ¡Pero estaba ciega! La vida, como los que cultivaran la horrible costumbre de privar de la vista a los pobres pajaritos, la había arrancado la suya. Y entonces evocó el recuerdo de lo que en su juventud había presenciado, y entonces comprendió el espantoso y amargo símbolo de los hábitos feroces que tanto la habían hecho sufrir en lejanos tiempos. Para que el corazón hable—con trinos, cantos o palabras—hace falta un gran dolor, uno horrible; un espantoso dolor que nos prive de la ley, de alegría y hasta de la felicidad.

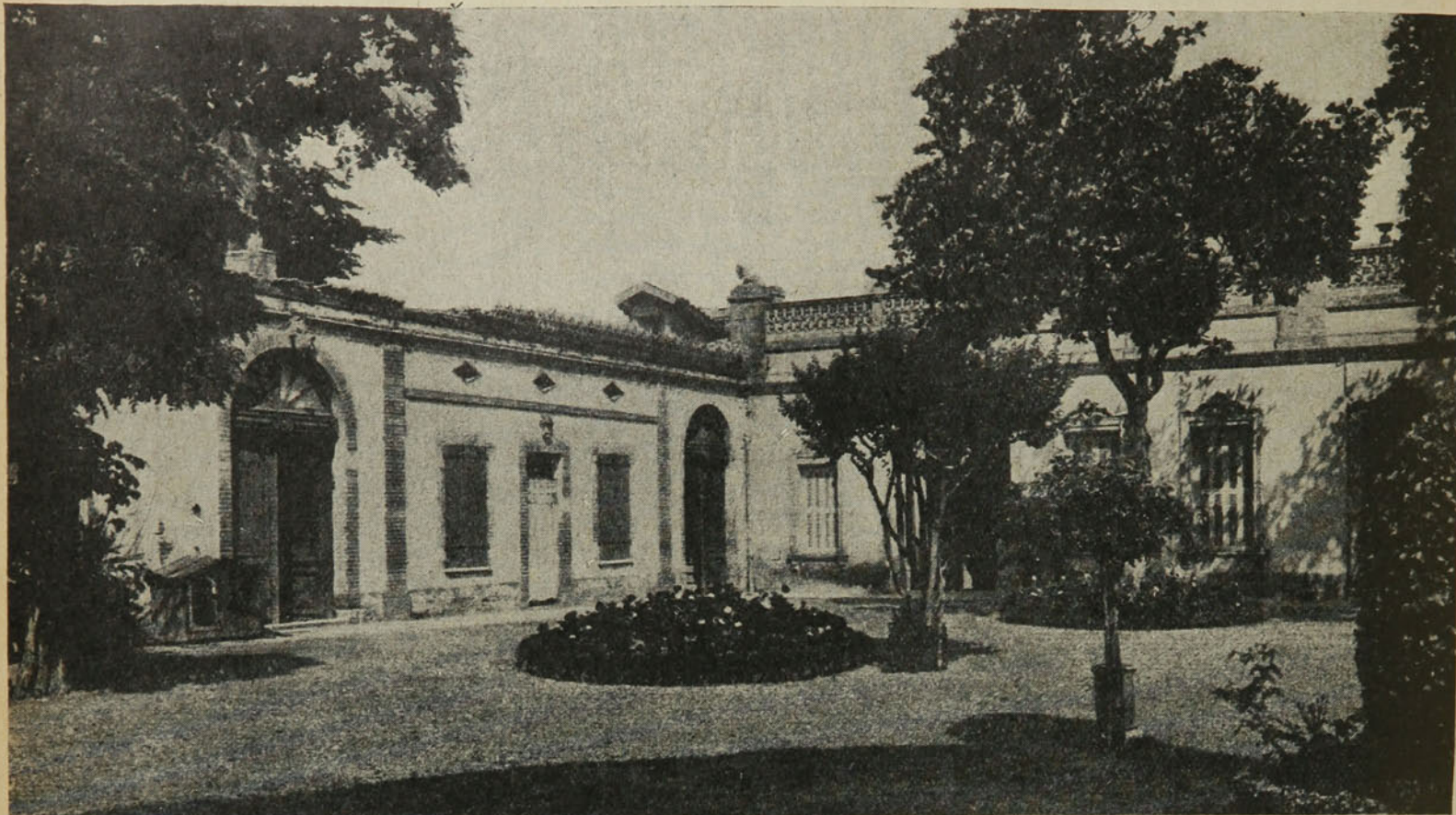
JUAN LOPEZ NÚÑEZ



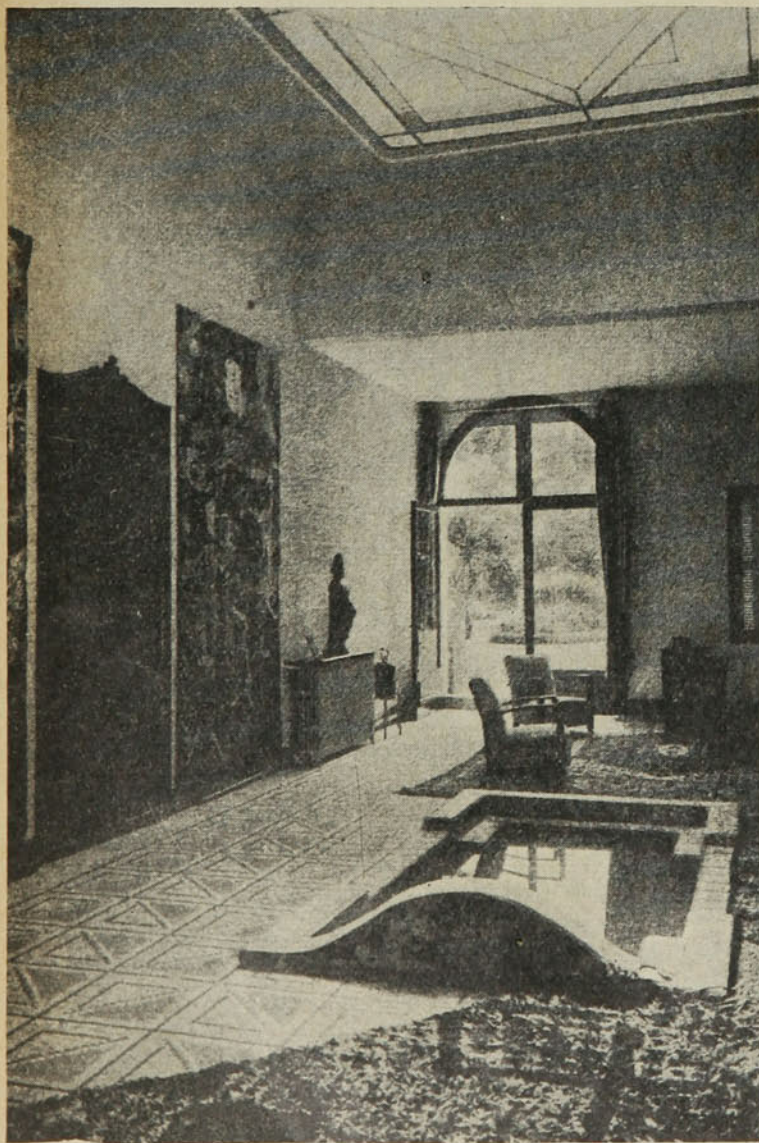


concurso de elegancias automovilística, en el Bosque de Bolonia.

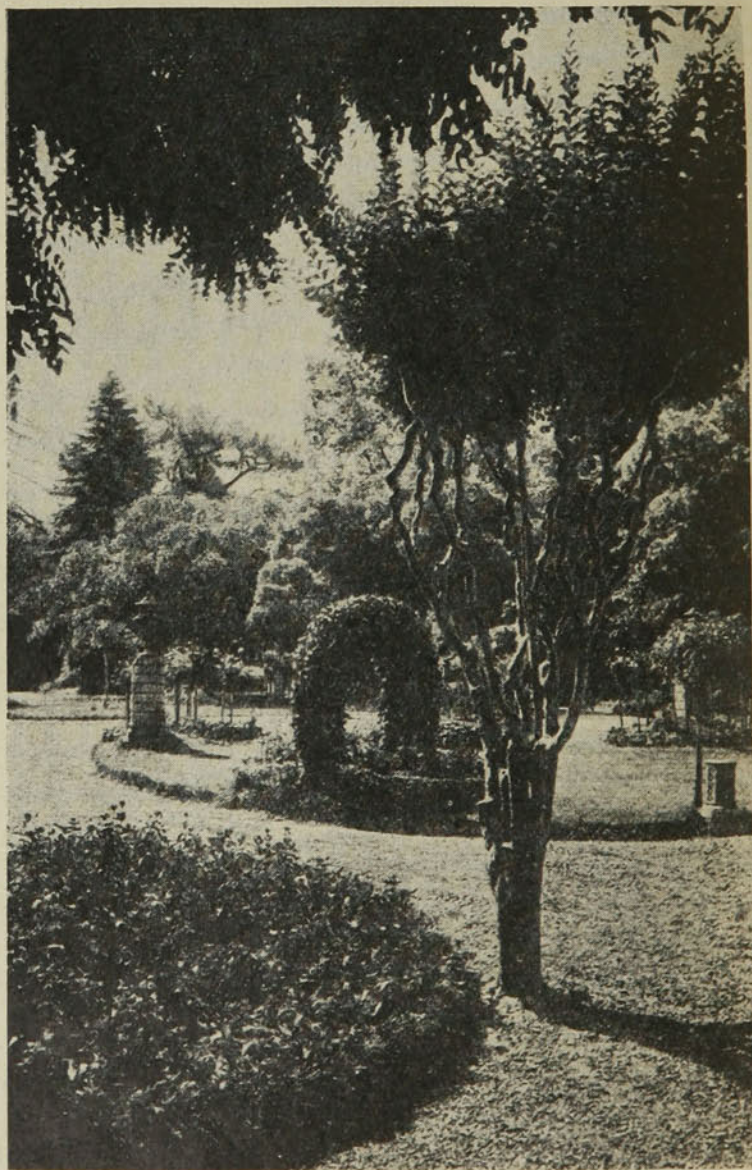
El tranquilo retiro del Presidente Doumergue en Tournefeuille



La fachada de la propiedad sobre el jardín.



Gran salón que da al gabinete de trabajo.



Un rincón del jardín.

EL RETORNO

Habiendo dejado la calzada de la Muette, donde habitaban el señor y la señora Lecourbin, ganaban el centro de París en su auto.

—Entonces conservo el coche, Juan. ¿Tú no lo necesitas?—dijo la señora Lecourbin.

—No, no, querida Magdalena, no tengo ninguna necesidad de él. Como se lo dije a Julio, déjame en la oficina de Vertenay, donde tengo una cita y tú haz tus correrías. Yo me arreglaré tomando taxis, como de costumbre. Prefiero que tengas el auto, porque estoy más tranquilo.

—Y también más libre", pensó la señora Lecourbin, pero sin amargura. Hacía tanto tiempo que su marido se había tomado todas las libertades. Sin embargo, le preguntó:

—¿Entrarás tarde esta noche?

El hizo un gesto vago y respondió:

—¡Oh! estas comidas de negocios...

Ella no insistió. La había él engañado siempre y ella lo había siempre sabido y siempre perdonado, primero porque tenía por él tan brillante, tan bello, tan seductor, un loco amor lleno de admiración y de sumisión, además porque estaba acostumbrada a las traiciones y una ternura indulgente, abnegada y protectora, más fuerte que el amor, la ligaba a él. Sus dos hijas (casadas ya) eran su consuelo, su ocupación, pero en todo caso la ocupaban menos que él el gran niño consentido, que se permitía todo. Y era precisamente por eso—ella lo había comprendido—que la eligiera para casarse, una muchacha insignificante, pero que él sabía dulce, afectuosa, lista a cualquier abnegación, como a perdonar, compañera segura.

—Y tú, mi buena Magdalena, preguntó el señor Lecourbin, ¿comes en casa de nuestra Edmée?

—Sí. Y el miércoles, que estás también invitado por la noche. ¿no es así?, voy a comer en casa de Simona.

—Y ambas con sus maridos, el domingo próximo vendrán a nuestra casa. Me complace mucho ver a nuestras queridas hijas, dijo con convicción Lecourbin que era un excelente padre.

El auto se detuvo en el boulevard Haussmann. El señor Lecourbin se bajó. Desde hacía algunos años no hacía ese gesto con ligereza y en los últimos meses se le notaba una pesadez que disimulaba mal.

—Hasta luego, Magdalena, dijo a su mujer en el tono afectuoso que empleaba particularmente, los días en que sus faltas hacia ella eran más graves.

Lecourbin, después de su matrimonio, había traicionado la fe conyugal con un gran número de mujeres de las más diversas especies. Prodigiosamente voluble al principio corría de aventura en aventura; más tarde, tomó el gusto por lazos más estables, que escogía, en general, entre las figurantes de teatro, de music-

hall o de cinema. La de última fecha, de ojos verdes y cabellos rojizos, y cuerpo flexible, era bailarina y se hacía llamar Hetty Vrain. El señor Lecourbin la había instalado en un precioso apartamento del barrio de las Ternes. Casi todos los días iba a verla hacia la tarde. Dos o tres veces por semana comía con ella y le consagraba su noche. La joven Hetty gustaba vivamente de los dancings y las cenas. Generalmente eran por lo menos las dos de la mañana cuando él la conducía a la casa antes de regresar a la suya. Porque un sentimiento de las conveniencias, lo hacía entrar aunque fuese con la aurora. A las cinco de la tarde, después



de terminar dos conferencias de negocios, el señor Lecourbin llamó a la puerta del apartamento de su joven amiga.

La puerta se abrió y vio a la camarera.

—La señora no está, declaró la muchacha burlonamente.

—Cómo, ¿no está?, dijo él.

—La señora ha partido y me ha encargado prevenir al señor de que lo había visto demasiado y se ha ido con un extranjero que la lleva a Niza y quiere casarse con ella. También me recomendó

le dijese que el sujeto con quien se va, es más rico que el señor más buen mozo y sobre todo, más joven, así, pues, no vale la pena que el señor vuelva. De resto, la señora ha engañado siempre al señor, porque lo encontraba fatigante y ridículo. Buenas noches, señor.

La puerta se cerró en las narices del señor Lecourbin, estupefacto. En un movimiento de rabia, trató de abrir la puerta empujándola con el hombro, pero no lo consiguió y bajó a interrogar a la portera, quien despreciosamente le respondió que era cierto que la mujerzuela del tercer piso, había partido por la mañana, con sus baúles y un señor moreno.

Lecourbin se halló en la calle completamente desorientado, sintiendo una viva amargura por el abandono y la ingratitud de Hetty.

Y mayor amargura aun al pensar que ese acontecimiento era el primer revés verdaderamente desagradable en su carrera de amante. ¿Estaba, pues, viejo? Sí, lo comprendía de repente. Se daba cuenta de que sus últimas queridas habían sido más costosas y exigentes y cada día menos amables... Alzó los hombros y se alejó con pesado paso. ¿Qué iba a hacer? El deseo de nuevas aventuras no lo solicitaba. Se daba cuenta de que se ahogaba física y moralmente... y sentía la necesidad de reposo...



Pero repentinamente una idea le atravesó el espíritu: ¿era él libre de romper con sus hábitos de placer? ¿De cambiar de existencia? ¿Qué pensaría su mujer? Jamás había tenido remordimientos por sus traiciones. Ahora le repugnaba de manera invencible, por vanidad y por respeto humanos, volver a Magdalena, confesarle sencillamente que ya no la engañaría más, que estaba fatigado, desilusionado de su papel de seductor... ¿No perdería con eso, todo su prestigio a sus ojos? Le importaba ella, más de lo que cualquiera otra le hubiese jamás interesado y esto tanto por egoísmo, como por ternura.

Imbuído de esas ideas, el señor Lecourbin no pensó ni por un segundo en ir a reunirse con su mujer en casa de su hija. Pasó una hora en un café, luego comió solo en un restaurant cuya excelente cocina le pareció malísima. En se-

guida deambuló por los bulevares, entró a un cinema y más tarde, en un bar vecino a La Estrella, bebió tres cocktails esperando que fueran las dos de la mañana para poder entrar a su casa.

Desde entonces se sujetó a ese género de diversiones, dos veces por semana y esas noches se convirtieron bien pronto para él en odiosa servidumbre. No quería arriesgarse en aventuras pasajeras y tampoco deseaba lazos durables. Permanecía solo en los cafés, los restaurants, los cines y los bares. Por más que variaba de establecimiento, se fastidiaba mortalmente, siempre mirando las agujas del reloj con vivo deseo de que marcaran las dos... Y a veces entraba más temprano, sin ruido, para que Magdalena no supiese que entraba temprano...

Una noche, era apenas la una, y él se deslizaba así, cuando Magdalena apareció vestida, que lo esperaba.

—No me sentía bien y he regresado temprano, balbuceó:

—No me expliques nada, dijo ella dulcemente. Y no te creas obligado a salir así... Yo sé... Sí. Hace un mes me encontraba en un cine con los Berges. Te vi entrar... me sentí inquieta... Te creí acompañado... Pero estabas solo... Absolutamente solo... Me sorprendió aquello muchísimo. No te dije nada... Pero quise saber... Y lo que no había jamás hecho antes, te lo juro... te hice seguir y supe lo que hacías por las noches cuando salías... Así, no te impongas más eso, mi buen Juan...

Aliviado, dichoso, comprendiendo que con ella podía permitirse todo, si, hasta eso, volver ahora que ya no podía ir donde ninguna otra, respondió convencido:

— Gracias, querida mía. La vida de familia; no hay como eso...

(Continuación de la página 32).

OJOS VERDES

Victor la estrechó contra su pecho apasionadamente y la besó con frenesí. Después insistió:

—De todos modos, es necesario que oigas a mi hermano.

La joven entró en la sala y vio a Pablo de pie al lado de la chimenea jugando nerviosamente con el colgante del reloj; estaba lívido y todo su cuerpo temblaba.

—¿Qué tienes que decirme?— preguntó Juana.

Con voz trémula y angustiada Pablo hizo su confesión.

—Yo pensaba decírtelo cuando mamá muriera— dijo—; Victor hizo el sacrificio por ella. Fui yo el que falsificó el cheque... Tuve mala tentación... Si se hubiera descubierto que había sido yo, el disgusto habría matado a mi madre, para

quien yo lo soy todo en el mundo... Unicamente por ella dejé que se acusara a Victor...

Hubo un silencio. Juana salió de la habitación para regresar en seguida con el sombrero hongo y el paraguas. Entregó ambas cosas a su cuñado y le acompañó hasta la puerta de la escalera, ordenándole:

—Ahora irás a casa de mis padres y repetirás lo que me has contado a mí. Es lo menos que puedes hacer.

Pablo asintió con la cabeza y bajó presuroso la escalera.

Cuando cerró la puerta encontró Juana en presencia de su marido, que ya había terminado su tarea en la cocina.

—¡Victor mío!— exclamó la joven.

Su esposo la estrechó en sus brazos y le dijo entre besos:

—¡Perdóname! Te he hecho sufrir mucho; pero mi pobre madre hubiese muerto del disgusto y nosotros tenemos una vida entera para amarnos.

ARTHUR APPLIN.

"SALAMBO"

NOVELA

de

GUSTAVO FLAUBERT

\$ 1.40 — COMPLETA — \$ 1.40

en el N.º 30 de

"Biblioteca Zig-Zag"



Es y será el único ideal de mi vida el estudiante de dentística, C. Avila, de la Universidad de Concepción. Aunque me han dicho que está de novio, no pierdo la esperanza de tener siquiera correspondencia con él. Si no le soy indiferente envíe foto y conteste a Ileana Ross Spencer, Correo, Concepción.

¿Qué será de Carlitos V. y Teobaldito L. que dicen estar en Arica y Julito B., en Aconcagua? Se hacen esta pregunta cuatro chillanejas admiradoras de estos valentinos chilenos. Casilla 21, Chillán.

Para Mininco. Recibí su atenta. ¿Por qué señorita Anita se oculta? Espero cartita. Saluda. Ingeniero.

Tendría gran satisfacción si encontrara por Consultorio: joven con quien compartir mi vida. Muy hombre, no más de 25. Yo, morena, 18, hacendosa, buena dueña de casa. Anita Page, Correo Colbún, Linares.

Mi único ideal es el simpático jovencito Abasola, de la Mercería Santiago, el que antes estaba en la Sierra. ¿Se acordará de la mocosa con quien bailó el 5 de julio y a quien quiso acompañar hasta su casa? Lila del Valle, Correo, Concepción.

Tito V. del Comunicaciones. No puedo continuar en la duda que me consume. ¿No comprendes que te amo? Deja que hable tu corazón. Lerrfin.

A Moreno Triste. Con ansias te espera tu ideal. Lina del Campo, Correo, Salamanca.

Joven 22 años, sin medios de fortuna desea correspondencia con señorita no mayor de 20, simpática, buen físico y con bienes propios. Enviar por esta revista la dirección postal a Rolando Marsh.

Deseo conocer señorita de 17 a 20, alta, bonita, buen cuerpo, distinguida familia, optimista y moderna, que pueda alegrar con su sonrisa y su simpatía la vida de distinguido joven extranjero. Prefiero recibir fotografía, pero no es condición esencial. H. Rollis-Royce, Casilla, 2393, Santiago.

La deseo libre, ojalá morena, hasta 26 abries, buena presencia. Yo serio, cariñoso, 27 años, rubio. Onofre Olmos, Correo, 21, Santiago.

Deseo amistad sincera con joven simpática, educada, 17 a 21 años, que desee compartir la monotonía de la vida provinciana con joven descendiente de extranjero, alto, educado, buena posición, hijo de industrial. Agradeceré foto. D. C. O. Casilla, 95, Traiguén.

Joven descendiente alemán, aducado, regular estatura, buena situación, busca amiguita sincera y simpática de 18 a 22, que reúna en parte las mismas condiciones. P. S. Y. Casilla, 95, Traiguén.

Muy fresca, muy linda, muy encantadora debe ser Ud. Aldeana de Primavera, su mismo nombre lo deja entrever. Pero perdóneme que me permita decirle que A. G. R., de Magallanes, no es antipático y sus simpáticos ojos azules los tiene muy ocultos. Llanquihay.

Para Desilusionada exigente. Es Ud. mi ideal soñado y reúno cualidades exigidas. Envíe dirección a Raquel Encalada, Correo 7, Santiago.

Dora Briones quisiera encontrar corazoncito que sepa amar. 18 a 25, moreno, alto, buena figura, educado, respetuoso. Yo rubiecita, 17, alta, delgada, ojos claros. Puertovaras, Chiloe.

B. B. B., desea correspondencia con señorita de 16 a 17. Yo, 16, Correo, Tomé.

Mi ideal es un joven de 25 a 30, moreno, serio, trabajador, ojos verdes. Yo, morocha, 22 años, simpática, hija única con fortuna. Exijo seriedad y reserva. Sureña. Contestar por la revista para cambiar foto y dirección.

Quisiera amigo extranjero de 29 a 30, alto, rubio, buena situación, franco, sentimientos delicados. Yo simpática, morena, 22, buena dueña de casa. Por la revista o por Correo, 3, Valparaíso, a Lulay Smith.

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 2518, Santiago.

pondencia con profesionales de Antofagasta, Santiago o Coquimbo, de 20 a 26. Silvia F., Correo, Serena.

Alma desolada, incomprendida, busca amigo que quiere mitigar sus penas. Prefiere mayor de 30. E. R. M., Pitruquén, Correo.

Para mi negrita de Limache, Maruja T. V., que me brinda unas risitas que me tienen loco. Soy el joven que Ud. dijo iba a rezar por Ud. Su chinito de Santiago.

Deseo amistad con joven serio, rubio, alto, educado, ojalá extranjero o hijo de extranjero, con porvenir, 27 a 28 años. Yo triguña, alegre, familia honorable. Por la revista a Alegría.

Mi corazón, débil barquilla que navega en el mar de la esperanza sólo desea alma donde anclar y encontrar cariño anhelado. Prefiero profesional. Amalia T. V. O., Correo, Pitruquén.

Tres amigas nada mal parecidas, siluetas modernas, sureñas espirituales, buena familia, aficionadas al cine, deportes, música, desean encontrar alma cariñosa y sincera. Prefieren profesionales, buena figura, de más de 25 años. Por la revista a Gladis, Mireya y Violeta.

¡Compañeros estudiantes! ¿Anhela alguno compartir su amor con joven de 18, que quiera amar por primera vez? Deseo joven mayor de 23, distinguido, buena presencia, verdaderos y nobles sentimientos. Iris del Campo, Correo Central.

Daisy Joice. Correo, Bulnes, 19 años, desea amistad sincera con lectorcito de "Para Todos".

Joven rubio, extranjero, 21 años, desea correspondencia con señorita que sea capaz de entender corazón leal y amante, que haga olvidar mis penas. Si hay estrellita que quiera alumbrar mi camino conteste a Carnet 0023899, Ancud, Chiloé.

Sólo amargura y dolor me ha dado la vida y aunque me encuentro en el otoño la esperanza me alienta. Encontraré entre los lectores, hombre culto, ilustrado, nobles sentimientos, capaz de estimar mujer virtuosa y buena, amante del hogar. No importa viudo. Valparaíso, Correo, 3. Inés Claro.

Quiero que dónde te encuentres oigas mis quejas. Estando en un pueblecito solo y triste no te olvido. Tus cartas no llegan desde marzo. ¿No has comprendido lo que te quería? Tito, ya viene septiembre lleno de recuerdos. Mi alma te espera. Tina, a la dirección de antes.

Vaquero: estov dispuesta a amar y formar hogar. Tengo 27 años y creo reunir cualidades que desea. E. E., Casilla, 55, Chillán.

Marinero desea correspondencia con señorita de 20 a 25. Indispensable foto. L. A. Leiva, Valparaíso.

Deseo correspondencia con viudita de 20

a 25. Discreción absoluta. Envíe foto. Yo, 28 años. Humberto dos Campos. Correo, Teñiente C., Rancagua.

Rubia, 18, desea correspondencia con joven no mayor de 25, instruido, serio, buena familia, prefiero moreno. Lita M. O., Linares a Coibún.

Mi ideal es aviador o marino, buena figura, familia honorable, aficionado a la música. Yo, 22, alta, buena dueña de casa, feíta, corazón noble y cariñoso. Irma Ercilla, Correo Central, Santiago.

Heda T., rubia; Hilda I. y Ada A., morenas, lanzan sus tristes corazones, ¿habrá quien los detenga? Por separado a Correo 10, Ñuñoa.

La quiero de Santiago, soltera o viuda dispuesta a dar corazón entero a hombre que na sufrido mucho. Carnet 334954, Correo, 3 Santiago.

Constituyen nuestro ideal tres simpáticos jóvenes de los Impuestos Internos, de Osorno. Somo tres simpáticas valdivianas. Si sus corazones están libres contesten por Consultorio a Ida, Ina, Ita.

Prendiendo en mi alma la risa cinematográfica y reclamista de Elías Letelier, el mejor abogado de Chile, hácame pensar en lo imposible. Esther Ressaca, Talca.

Busco para mi vida, compañero, cuyos ojos se adentren en mi corazón triste. Quiero amor noble, fuerte, generoso, profesional, 25 a 29. Yo, buen cuerpo. Por Consultorio a Luz Apagada.

Dos hermanitas desean correspondencia con los simpáticos jóvenes Piwonkita y medio y Piwonkita uno, empleados del Banco Chile, de Osorno. Evangelina y Mónica García X, Correo Central, Santiago.

Lilia Arley desea correspondencia con jovencito de 18 a 20. Valparaíso, Correo, 3.

Natacha, 19 años, peso 58, rubia, esbelta, lindos ojos, físico atrayente, habla inglés perfectamente. Ideal: 25 años, moreno, más bien alto, preferiría profesional y deportista. Harvey V., Casilla, 1045, Valparaíso.

Lucía, 19 años, peso 55, blanca, ojos café, conjunto muy agradable. Ideal 25 a 30, alto, buena posición, aficionado al cine. Harvey V., Casilla, 1045, Valparaíso.

Lisette, 19, peso 52, pelo castaño, lindos ojos, muy simpática. Habla inglés. Ideal: 28 a 35, rentista, con auto. Harvey V., Casilla, 1045, Valparaíso.

Gloria, 17 años, peso 60, alta, pelo crespo, castaño obscuro, lindos ojos negros, boca chica, una simpatía. Habla inglés. Ideal: 20 a 30, rubio o blanco, ojalá extranjero. Harvey V., Casilla, 1045, Valparaíso.

Willie, 17, peso 74, estudiante universitario, alto, pelo castaño. Ideal: 17, alta, buen cuerpo. Harvey V., Casilla, 1045, Valparaíso.

Dos morochitas desean correspondencia con gringuitos no mayores de 25 que residan entre Calera y Valparaíso. Si alguien se interesa por alegrar la vida de dos caleránitas, conteste dando dirección a Morochitas Caleranas.

Imploro al hermano desconocido que quiera ser mi amigo sin hipocresía y con lealtad. Lo deseo alto, delgado y no mayor de 24. Yo, 19. Por revista a Kika.

Mi único ideal es el joven Daniel Riveros, de un regimiento de Concepción. Si su corazón está libre conteste por la revista a Rosita.

Deseo correspondencia con marino. Tengo 18 años, elegante, risueña, iuguetona, aficionada al teatro, dulces. Anita Fuenzalida, Correo, Los Andes.

Cuatro campechanas recién llegás a la ciudad quieren cartearse y platicar la amistad con jutores leños y crecios. Peta, Micaela, Plajedes y Fidela. Dos de 21, una de 23 y la otra de 24. Guenazas pal mate. Correo, Traiguén, Casilla, 58.

Desearía correspondencia con el telegrafis-

Tres señoritas serenenses desean corres-

ta Oscar Morales, de Valparaíso. Por encuesta a Puerto Montina.

Morenita, físico agradable, solicita correspondencia con joven cariñoso y educado. Ojalá foto. Rosa Té, Correo, Nancagua.

Si Nenita rubia es tan bondadosa, le suplico remita datos completos de su interesante personita a A. L., Casilla, 43, Copiapó.

Chita: reúno lo que pide. Tengo 20 años, físico regular. Le ofrezco verdadero amor. Enviar dirección por Consultorio a Birmak.

Moreno Triste: Me interesaría vivamente entablar correspondencia con Ud. Reuno lo que pide. Perla Haline, Correo Central, Santiago.

Joven, 24 años, pobre, regular educación, cansado soledad, desearía encontrar señorita hasta de 22, buena situación, independiente para poder formar hogar, ojalá de provincia del sur y si fuera posible de San Carlos. Reserva y seriedad. Por revista o a J. Q. V., Rancagua, Sewell.

Viuda honorable, 43 años, profesional, agradable, cariñosa, desea conocer caballero distinguido, buena presencia, de 45 a 55. Zaida X., Santiago, Correo 9, Providencia.

A Parabolano. Me ofrezco como amiga para calmar las penas que lo atormentan. Cora Castillo, Santa Cruz.

Profesional joven, serio, buenas cualidades, desea conocer chiquilla buena, no mayor de 24, bien educada. Carnet, 3745, Bulnes.

Moreno Triste, escriba a Gladis Ortúzar, ojalá adjuntando foto, Correo Central.

Jovencita de 18 que aspira a un amor eterno, anhela encontrar joven de más o menos 30 años, impregnado de ternura que la lleve

a la dicha que ambiciona. I. G. G., Correo, 5, Santiago.

Deseo conocer gringuito que me ayude a disipar hastío. Yo, alta, gordita, buen carácter, 19 años. Beatriz Ryan, Correo 2, Valparaíso.

Le hago saber a la señorita de abrigo y sombrero verde que el joven Miguel A. Henríquez es casado.

Para triunfar en la vida es necesario amor. Yo busco el de una simpática de 20 a 25, fina, educada, nobles sentimientos. Yo, 22, agente la Brunswick. Ruego enviar foto. Brunswick, Maullín, Casilla 84.

Titye Ratty, Correo, Bulnes. Rubia, de 20 años, sincera, huérfana en amor, desea correspondencia con joven de 20 a 25, físico agradable, alegre.

Uno y Dos, Santiago. ¿Por qué tan prolongado silencio? ¿Recibieron nuestra última carta?. Por Correo a Hede y Leby.

Tres simpáticas porteñas desean correspondencia con jóvenes de buen físico. Dora, rubia, 18; Lola, morena, 17; Nelly, blanca, 16. No quieren porteños, los prefieren de lejos. Contestar a Misnia agregando el nombre de la que desea. Correo, 4, Playa Ancha.

Marisa Noel, de Maullín, publicó parrafito, deseando conocer viudo. Por haberse ausentado, cartas no llegaron. Ruega a los interesados volver a escribir.

Sufro y quisiera encontrar alma gemela que me comprendiera. Soy pobre, buena familia, alma noble, buena dueña de casa y sería fiel esposa y cariñosa madre. María Estuardo, Correo, Maullín.

Mi ideal es O. P., simpático joven que entra con frecuencia a la oficina de un profe-

sional de la calle Compañía. Deseo me conteste con sinceridad si su corazón está libre y puede corresponder al amor de morena que lo admira. Por consultorio a Desesperada.

Desearía correspondencia con señorita de 19 a 20, de Valparaíso. Ojalá envíe foto. Rodolfo Zergetti, Correo Principal, Valparaíso.

Joven rubio, ojos azules, 24 años, busca amiga cariñosa de 16 a 20, buen físico. Enviar foto. Absoluta seriedad. Edgardo Riche-lieu. Casilla, 26, Correo, Bulnes.

Para Juan Rojas, dentista de Chillán. Fui- te mi único amor y lo seguirás siendo. Te admiro a pesar de tu indiferencia. Negra.

A Prometea: Me interesa conocer su dirección postal. ¿Sería tan amable de enviármela por correo? Ate, Casilla, 615, Valparaíso.

Deseo encontrar amiguita soltera o viuda, simpática, alegre, cariñosa, regular estatura, independiente. Yo, obrero pobre, mediana educación, sin vicios, 26 años, delgado, moreno, simpático, corazón deseoso de amar mujer buena que sepa corresponder. Julio V. Cabezas. Correo, Rancagua.

Para B. Silva P. A mi nombre al Correo, de Peumo.

Hastiado de la vida busco almita joven que cure corazón que ha sufrido. Ha de ser sincera, noble, cariñosa y que no haya amado nunca. No mayor de 20, buena posición y mejor educación. Yo, 25, físico regular. Casa Blanca, Lontué, Rogers Morgan.

M. A. de R., Casilla, 61, Ovalle, desea saber de su amiga Corina Meza Meza.

Somos dos jóvenes de 18 y 20 que desean



Satisfechísimo de la lectura de "ECRAN", el más lindo magazine cinematográfico y teatral.

conocer señoritas cultas y cariñosas. Enviar foto. H. G. y M. G., Correo, Lota.

Mi ideal ha de llenar los siguientes requisitos: no más de 25, simpática sin ambición de dinero, franca, leal, cariñosa, educada, dispuesta a ofrecer amor puro y sincero y a enviar nombre y foto. Yo, 23 años, 1.78, rubio, simpático, pobre pero entusiasta, profesional y estudiante. Correo Central, Talcahuano, Conde Valen Thyño.

Deseo tener correspondencia con joven de 25 a 28, ojalá campesino. Beatriz Pérez P., Correo, Temuco.

Joven de 23, buena familia, buen físico, mucha cultura, madurez de carácter, afectuoso y capaz de comprender y satisfacer los anhelos de una mujer, busca esposa entre las señoritas dedicadas a la enseñanza. Exijo bonita cara, buen cuerpo, no mayor de 23 y pasado intachable. Envíe foto. Carnet 75813, Correo Central, Santiago.

Desearía encontrar entre los lectores, joven de 19 a 21, empleado, no muy alto, cariñoso y fiel. Yo oficinista, 17, algo simpática. Si hay lector que se interese ruego contestar enviando foto al Correo Principal, a Nina Dochi.

No busco un Adonis pues para mí los detalles físicos son secundarios. Quiero encontrar joven de gran honorabilidad, educación, buenos sentimientos, sincero. Pertenezco a familia extranjera, con buena situación económica. He sido educada en ambiente de mucha rectitud. Acepto el modernismo solamente con moderación. V. F. S., Correo, Llo-Lleo.

Joven sin vicios, nobles sentimientos, desea correspondencia fines serios con señorita simpática con algún capital para impulsar industria. José Pradua, Correo, 2, Valparaíso.

Deseo amistad sincera con morenito simpático. Yo, sencilla, buena dueña de casa. No encontraré corazón caritativo que quiera compartir conmigo las vicisitudes de la vida. Indispensable foto. Correo, Pisagua, Poquita Cosa.

Con fines matrimoniales deseo morenita de 17 a 22, católica, familia honorable, buen cuerpo, cariñosa, educada, seria, buena dote. Soy polaco, católico, 27, serio, alto, pelo castaño, educación gimnasial, aficionado al campo y viajes. J. May Tilama.

Joven educado desea correspondencia con chiquilla de 20 a 22. Yo, moreno, estatura regular, aficionado a la música. Indispensable foto. Correo, Pisagua, Oscar Cartagena.

El ideal de tres jóvenes nada mal parecidos serían señoritas serias, por no desear pasatiempo. Contestar por separado a C. L. I. A. S.—B. A. M., Correo, Llay-Llay.

Para Almita Afligida: Creo reunir cualidades exigidas. Conteste enviándome dirección. Potrerillos, Mina, B. M.

Viudo, 40 años, profesional, pobre, pero trabajador, sin vicios, amante del hogar, deseaba encontrar señorita o viuda buena situación, buen físico. Si hay interesada dirijase a P. L. M., Correo, Concepción.

Mi ideal eres tú, Domingo Apablaza. ¿Quieres saber quién soy? Contesta por la revista a Giocasta.

Para Parabolano. También soy mujer que ha sufrido por cruel desengaño amoroso y ansio amar hombre que me comprenda y haga olvidar. Por la revista enviando dirección a Solitaria Triste.

Quiero correspondencia con el amigo espiritual y bueno con que todas las muchachas de 18 sueñan. Culto, sano de cuerpo y alma y con el corazón lleno de ideales. Aglae Wilson, Correo, 2, Valparaíso.

Joven de dinero, elegante, desea conocer y amar locamente a chiquilla simpática, de 14 a 19. Contestar enviando foto. Absoluta reserva. Alfred, Correo, 4, Santiago.

Deseo correspondencia con joven de 30 a 40 que sea todo un hombre y pueda amar verdaderamente. Por la revista a Corazón de Betún.

Para Amarylus: Sírvase contestar carta enviada días atrás. Desconsolado por su contestación. Ud. sabe dirección. Antofagasta, Pedro de Valdivia, Carnet, 98747, M. P.

Para Aldeana de Primavera: El antipático tiene sus ojos puestos en mí. Escaramusa.

¿Encontraré gringuito simpático, de 30 a 38 años? Yo, morena, 24, buen cuerpo, cariñosa, Correo, 2, Santiago, Amalia San Cristóbal.

Simpática y graciosa chiquilla de 19 años, buena familia, cariñosa, comprensiva, desea correspondencia con joven de 25 a 30, culto.

buena familia, ojalá español, franco since-ro. Españolita, Correo, Talca.

N. M. G. Leyda, Ramal de San Antonio: Agradeceremos escribir más claro.

Joven desinteresado, sin más compañía que la soledad de esta apartada región andina, desea relaciones con fines matrimoniales, con señorita profesional de Santiago dispuesta a formar un hogar feliz. Absoluta seriedad y franqueza. Provinciano Sureño, Sewell, Rancagua.

Al farmacéutico F. Lautaro mis felicitaciones por no haber encontrado aún compañera. Tiene muchas admiradoras. Morena Triste.



Lo podrá si se vale de la Crema de miel y almendras Hinds, usándola generosamente al acostarse y cuando se le ocurra durante el día sea al terminar sus quehaceres o después de los deportes, o antes de bordar o empezar a vestirse (para que ninguna aspereza cause deshiladuras en la seda), pero de todos modos siempre que se moje las manos.

La Crema Hinds le sorprenderá dejando sus manos blancas, suaves, flexibles, de una belleza que la hará enorgullecerse.

CREMA HINDS

Desearía correspondencia con joven simpático que sepa amar con pasión y deñiro a rubia. Sancy, Correo Central, Concepción.

Armando Latus Fourniet: A ti dirijo estas líneas. Hace tiempo mucho por olvidarte pero me vence tu recuerdo. No te pido amor sino amistad. Si aún guardas un recuerdo para mí, escíbeme para endulzar las amargas horas que vivo. Rosa Tobar A., Correo, Peumo.

Temuco, Julio y René Mandiola Hardy. ¿Les gustaría seguir la broma del año pasado? Ya saben las direcciones. Lía y Viola.

A Carnet 172357, Correo, Potrerillos. No te canses de luchar, la vida es un combate fatigoso y lento, sólo se triunfa cuando el alma herida sabe reírse del más cruel tormento. Eureka.

Pra la señorita Emma Gallegos B. Nunca he podido verla desde que se fué a Cauquenes. Recuerde lo que escribió en 1927 en la casilla 143. Conteste a Carnet 0016581.

Deseo correspondencia con marino educado, cariñoso no importa físico ni edad. Yo, 17, ojos soñadores. Corazón de Rosa. Sewell.

Si entre los lectores de "Para Todos" hay un hombre franco, sincero, que sepa comprender y perdonar, que necesite esposa sencilla dispuesta a ayudarlo, de 25 a 30, católico, trabajador, que no sepa mentir, escriba a C. V., Ligua.

Yo soy yo, Tú, ¿quién eres?. Leyla Hans, Correo, 6.

Señorita honorable, morena, simpática,



Lo Recomiendan Los Médicos

Cuando el médico le receta aceite de ricino ¿no le repugnan a Ud. sus desagradables efectos? Por eso hay tantos doctores que recomiendan Laxol. Este es aceite de ricino purísimo, pero sin sus repulsivos olor y sabor. Resulta grato al paladar. Para facilitar la eliminación intestinal, que puede producir afecciones de la piel y otros males, tome Ud. Laxol, cuyos efectos son tan rápidos como eficaces.

Lo venden las
mejores farmacias,

LAXOL

en la conocida
botella azul.

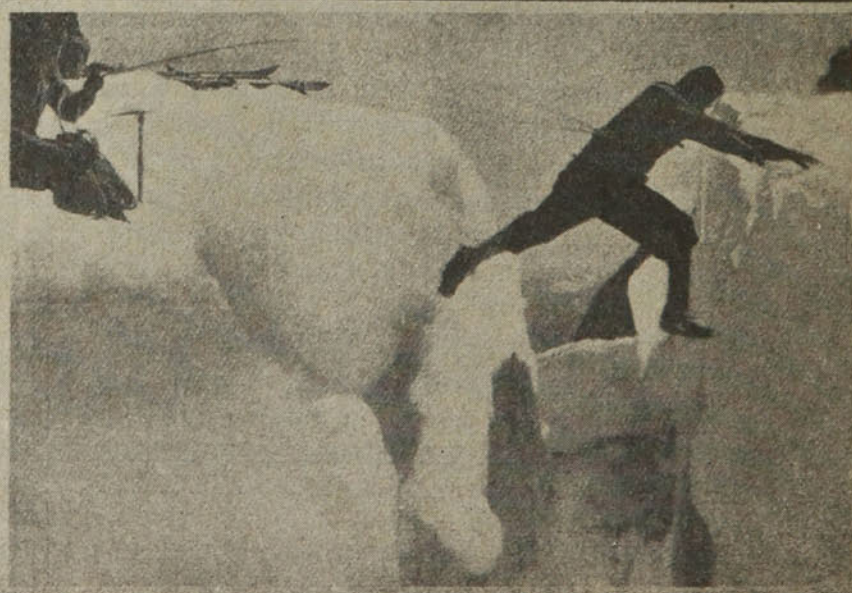
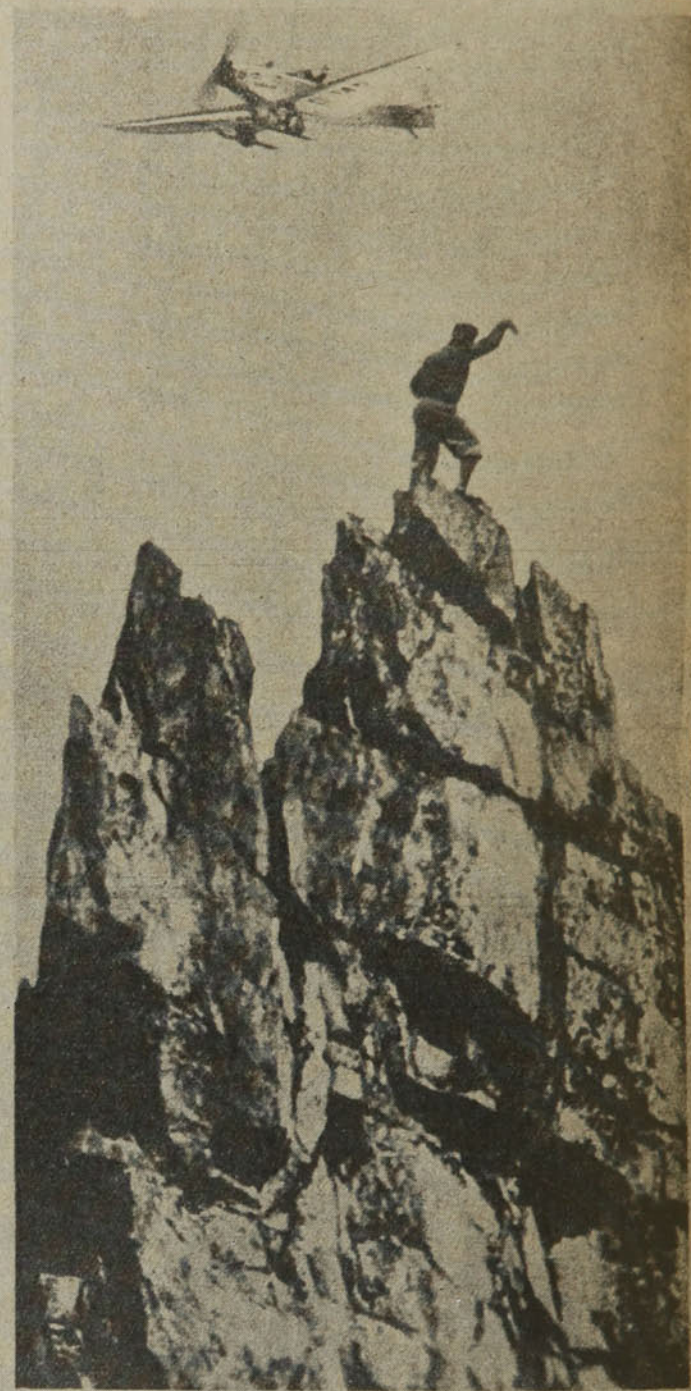
A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Aceite de Ricino Purificado 88.96 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos

Sacarina 0.14 gramos
Total 90.00 gramos

Un Gran Film: TEMPESTAD en el MONTE BLANCO

«Prisioneros de la Montaña», cinta que estrena el Victoria en estos días, es casi más conmovedora y bella que la hermosa película cultural que admiramos hace poco, «Tempestad en el Monte Blanco». Damos aquí algunas fotos de esta dramática cinta, donde se puede admirar la magnitud del esfuerzo realizado por el hombre en pro de la conquista de la montaña. Por un lado vemos los Alpes Franceses en su soledad grandiosa y su áspera majestad; por otra parte, el valor del hombre en lucha contra los obstáculos naturales, los elementos desencadenados, de los cuales triunfa a fuerza de ingeniosidad y perseverancia en el esfuerzo.



buen cuerpo, 25 años, bien educada, seria, sincera, excelente dueña de casa, desea conocer caballero moreno, cualquier físico, 30 a 50, culto, nobles sentimientos, buena situación. Silvia Wilson, Correo, 5, Santiago.

A vosotros simpáticos lectores pido sacrificéis un momento para darme noticias del ingeniero de minas J. Yardi o hagáis llegar hasta él el recuerdo del cariño de su negra, como antes cariñosamente la llamaba. Mariesther, Correo, Chillán.

Para Oscar Salazar P. Me agradó desde el primer día que lo vi. Si su corazón no está comprometido conteste por la revista o al Correo Central a Quely.

Industrial y comerciante de 24 y 27 años respectivamente desean correspondencia con señoritas serias, buenas dueñas de casa, buen físico, regular situación, ojalá campesinitas. Fines matrimoniales. Por la revista a Los Socios.

¡Amigas nó, hermanitas! ¿No es verdad que es sublime amar cómo una hermana? Tú lectora, pobre o rica, buena o mala, escríbeme. C. N. T., Correo, 3, Valparaíso.

Dos chiquillas de buen físico, alegres y educadas desean jóvenes igual situación no mayores de 22. Enviar foto a Greta Garbo y Clara Bow. Correo, Lota.

Un desterrado en estas ingratas tierras busca amiga sincera con quien mantener correspondencia como también puede convertirse en su compañera. Silente. Casilla 1 D, Potrerillos.

Necesito amigo, nobles sentimientos, sincero, que me enseñe el camino del verdadero amor. Yo, regular estatura, buen cuerpo, 17 años. Ojalá envíe foto. Contestar por encuesta para dar dirección. Romántica.

Mi ideal sería un joven de 28 a 30 años, franco, culto y que sepa amar de corazón. Físico no me importa porque comprendo que para ser feliz más valen las virtudes del alma que la hermosura de la cara. Por Correo a A. V., Valdivia.

Señor Vaquero: Estoy dispuesta a amar y creo reunir las cualidades que exige. Hilda Muñoz, Correo, Teno.

Deseo encontrar negrito abogado que sepa abogar mi causa con mi tirano destino. Seriedad. Por la revista dando dirección. Islenita Enlutada, Ancud.

Entre la nieve que todo lo cubre ha surgido mi alma sedienta de amor impulsándome a dirigir este S. O. S. a las jóvenes y bellas mujeres de Chile. John Lewis, 21, Casilla, 53, Magallanes.

En medio de la madrépora humana vibro toda entera al calor de mis 23 años. Con el desprecio más grande dirijo mi mirada hacia lo infinito y me yergo triunfal y toda cerebro ante la podredumbre moral porque atraviesan los que me rodean. Sin ser belleza, soy fatal... arrastro a quien cometa la imprudencia de conocerme, al más tempestuoso de los abismos. Conociendo mi misión, ¿habrá algún mortal que sin temor sepa hacer frente a quien sabe desafiarse? Por la revista a Madame Satán.

Triste mujer, a tu dolor me junto como la luz que vierten dos estrellas en el dorado cielo de un conjunto...

De amor, placer, afán, visión, de huellas que fluyen cual rugientes tempestades en el delirio de las horas bellas.

Triste mujer, recorro a tus bondades por vía de este ufano CONSULTORIO destruyendo mis rudas vanidades.

Desliza tú mi espíritu mortuorio del triste si no que me arrastra airado hacia un mundo de encanto transitorio. ¡Oh pasión! ¡de anhelar! de ver sellado tu corazón y el mío con remaches que forjan los arcanos que he soñado.

LUIS DE MAR.
Correo 4, Santiago.

¿CUAL ES LA VERDADERA JOAN CRAWFORD?

¿Cuál es la verdadera Joan Crawford? Tal es la cuestión que muy a menudo preocupa al despreocupado Hollywood; porque Miss Crawford parece impresionar a cada individuo de una manera diferente. Tanto es así que, mientras la

opinión pública concede unánimemente que Harold Lloyd es tímido, cariñoso con sus chiquillos, y que usa gafas; que Greta Garbo es silenciosa y devota de los baños de sol, y que aborrece presentarse en público; que Buster Keaton sonríe de verdad cuando juega con sus hijos, etcétera, esa misma opinión pública difiere tan notablemente acerca de la hermosa Mrs. Douglas Fairbanks, Jr., que en el transcurso de pocas horas el curioso puede obtener una variada colección de retratos verbales de la antigua bailarina y hoy estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer.

No importa que hayáis conocido a Joan Crawford por cinco o seis años: la conocéis tanto como quien la ve por primera vez. Conoceréis, probablemente, a la muchacha vivaz y bulliciosa; a la joven cualquiera de la media docena de personalidades almacenadas dentro del clásico cuerpo y detrás de los fascinadores ojos de Joan; pero ¿quién

de todas ellas es la verdadera Joan Crawford?

Recuerdo cierta ocasión en que almorcé con ella; Joan Crawford, encantadora como siempre, había asumido, sin embargo, un gesto de tristeza, casi de



MENTHOLATUM

¡Qué Noche!

Para picaduras de insectos, irritaciones e inflamaciones, aplíquese inmediatamente Mentholum. Debido a su excelente acción curativa y antiséptica evita la picazón e infecciones, impartiendo a la piel una agradable sensación de descanso y confort. El Mentholum se vende solamente en tubos, tarros y latas. Rechace las imitaciones.

A Base de: Mentol, Alcanfor, Eucalipto, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba.—M. R.



JAZ

MODELOS DE LUJO

MODELOS CLÁSICOS
Niquelados - Esmaltados
Chromes

Desde \$ 25

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION



—Mira, papá, qué bonito es lo de abajo.

—¿Y para decirme eso, me has hecho subir aquí arriba?

fatalismo: sus ojos aparecían nublados; su sonrisa había desaparecido; y como todos los tópicos de conversación que me esforzaba por traer a colación parecían fatigarla, me vi obligado a dejarla arrastrar por ella a una sombría charla acerca del hambre en China y cosas igualmente alegres; y aun recuerdo que Joan me preguntó si creía que con toda la lucha y trabajos que esperaban a cada uno de nosotros valía la pena de seguir adelante.

Dos días después la encontré nuevamente: se hallaba en el Beach Club de Hollywood, con su esposo. Era una brillante mañana, y Joan parecía tan esplendorosa, tan joven, tan alegre, como la mañana misma. Ida para siempre parecía la trágica criatura que almorzara conmigo apenas dos días antes; Joan Crawford era una vez más la hermosa, fascinante Joan que el público conoce, y que refleja y despide luz como las facetas de un diamante.

Corrió el tiempo y otra vez encontré a Joan en el estudio; estaba sentada en un rincón del escenario, con un libro entre las manos y otro sobre el brazo de la silla. Acercándome, descubrí que se hallaba concentrada en la lectura en francés de Molière, y que el libro que tenía a su lado era el tan discutido «Arte de Pensar» de Abbe Ernest.

Cuando Joan me sintió aproximarme levantó la cabeza; y cuando se dirigió a mí descubrí que se trataba de otra nueva Joan Crawford! Esta es una joven pensativa, genuinamente interesada en la literatura.

«Me dediqué al teatro desde tan joven que ello me impidió llevar adelante mis estudios, de lo que a menudo me arrepiento: sobre todo por lo que se refiere al francés», me dijo, señalando a Molière.

Discutimos de literatura por algún tiempo, y a la mitad de nuestra charla Joan me mostró el libro que se ostentaba en el brazo de la silla, «El Arte de Pensar».

«Douglas lo compró para mí», me dijo; «lo hemos estado leyendo juntos».

Y entonces me di cuenta de que acababa de descubrir todavía otra nueva modalidad de Joan Crawford. Esto me recordó a la primera Joan Crawford que encontré en mi vida, hace cinco años, en la celebrada ALAMEDA DE LOS COS del hotel «Ambassador».

Aquella noche se llevaba a cabo un concurso de baile. Centenares de personas se hallaban sentadas alrededor de las mesas, siguiendo con ojos curiosos las piruetas y evoluciones de las parejas. Uno a uno, los que perdían recibían palmaditas en el hombro que se inter-

pretaban como signo de que debían retirarse del espacio en que danzaba el resto de los bailarines. La música estalló en una apoteosis de melodías, y la pareja triunfadora se vió sola, bailando aún, en medio del círculo de luz. No recuerdo el nombre del triunfador, pero su compañera era Joan Crawford.

¡Cuán hermosa, cuán gloriosa aparecía entonces, en la mitad del salón, curvándose en graciosa reverencia ante los aplausos!

En aquellos días, antes de haber encontrado su Destino bajo la figura del «joven Douglas», la vida no era para ella sino una pompa de jabón que hacía bailar sobre la rosada punta de sus dedos.

Una adorable, intrépida muchacha, a quien el destino llevaba de uno a otro lugar, no atada a ningún muelle, sin seguridad ni definidas convicciones: tal era la primera Joan Crawford.

La segunda es aquella que me dijera que «Douglas y ella leían juntos;» la misma que diseñó y levantó el hogar de su esposo, algo así como «la mujer sabia, firme columna de su hogar» de que habla Salomón; y ésta es quizá, como lo cree la mayor parte de la gente que la conoce la verdadera Joan Crawford de nuestros días.

Sin embargo, aun tenemos a la joven fatalista de aquel almuerzo de que os he hablado; a la mujercita aficionada a la literatura; a la bulliciosa muchacha de la playa. ¿Cuál es, pues, la solución de este enigma?

Si detenéis el péndulo de un reloj en mitad de su rítmico balanceo, y colocáis vuestros dedos sobre su pulida superficie, observaréis que, aunque el péndulo haya cesado de moverse, aun se perciben en él vibraciones que son el resultado natural de su anterior movimiento. Y esto es exactamente lo que ocurre a Joan Crawford: aquella ardiente, impetuosa personalidad de la bailarina de los primeros días—el movimiento del péndulo—ha dejado de existir, pero vibra aún; y aun que Joan haya dejado de vivir impensada, ardentemente, la alegre sombra de esa otra mujer cae sobre ella a menudo, como ocurriera aquella mañana en la playa.

Joan, sin embargo, no vuelve el rostro a su antigua vida; ha dejado de danzar y leer. Esta, con reflejos de la bulliciosa danzarina, es la verdadera Joan Crawford de nuestros días.



—Es un pájaro extraño. Vuela durmiendo.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. ¿No lo oyes roncar?

De todas partes del mundo

llegan constantemente certificados que atestiguan la superioridad de la

Tintura Francois Instantánea

M. R.

La única que devuelve al pelo canoso en algunos minutos el color natural de la Juventud, sea Negro, Castaño obscuro, Castaño y Castaño claro.

Se vende en todas las farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad. Decreto N.º 2505.



ADELGACE DE ESTA MANERA

No importa el que sea Vd. muy grueso o el que le disguste salir y pasear un par de kilómetros—si tomara media cucharadita de las de café de Sales Kruschen (M.R.) en un vaso de agua caliente todas las mañanas durante 30 días.

Se encontrará tan bien, tan energético, y el deseo de actividad será tan grande que disfrutará inmensamente en un paseo diario de varios kilómetros desterrando poco a poco la obesidad.

Es natural que pregunte por qué las Sales Kruschen le harán operar este gran cambio.

Porque Kruschen es una combinación de las seis sales vitalizadoras que la Naturaleza dice que debe tener el cuerpo para que cada órgano, glándula y nervio se conserven en buena salud.

Mientras Vd. adelgaza estará ganando en energía, en vitalidad, en ambición. Su piel será más transparente y sus ojos resplandecerán con la buena salud que Kruschen proporciona. La vieja y cómoda butaca no le será recordada pues Vd. deseará estar de pie y haciendo algo, y disfrutará en el trabajo, activos recreos, y dormirá profundamente. Perderá la obesidad y probablemente vivirá mucho más tiempo.

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio. Representante en Chile: H. V. PRENTICE, Laboratorio Londres, Valparaíso.

NUESTROS TEJIDOS



El pull-over y su paletó

Materiales.— 50 gramos de lana azul, 50 gramos azul más claro, 400 gramos azul muy claro, 3 agujas de 2 mm. y medio de diámetro, 2 patrones, 1 crochet de 3 mm. de diámetro, 1 aguja de tapicería.

Descripción de los modelos

Pull-over.— Se hace con cuatro tonos de lanas diferentes, en degradé, del más obscuro al más claro.

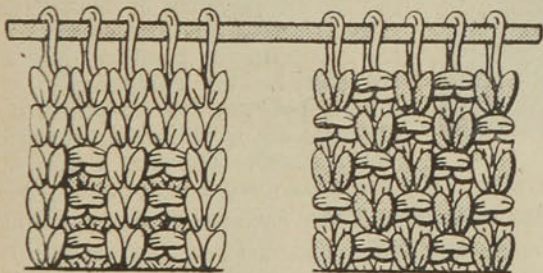
En lo alto del pull-over a la izquierda, dos pastillas tejidas como adorno. El escote es cuadrado. Las bocamangas y el escote se terminan, por medio de dos corridas cerradas al crochet, en lana marinero.

Paletocito.— Se teje en tres tonos de azul o sea, azul marino, azul claro o azul medio. Alrededor de las bocamangas, dos vueltas cerradas al crochet en lana marinero.

El fondo del traje es en lana azul claro. Las bandas de los bordes y las patas de los bolsillos, son en lana marinero. Los dos corazoncitos de los bolsillos van bordados igualmente en lana azul medio y en lana blanca.

Ejecución.— Pull-over. Delantera. Comenzar por abajo. Montar con la lana marinero, una anchura de 42 centímetros de malla, o sea, 120 mallas.

Hacer seis centímetros de punto elástico sencillo. Hacer 14 vueltas en punto de jersey. Ejecutar después los dibujos según nuestro esquema, teniendo en cuenta que el negro corresponde al azul marino, las cruces, al azul más claro, el gris, al azul más claro aún, y el resto del trabajo, al azul



muy claro. Tejer justo hasta el nivel de las bocamangas.

Disminución de las bocamangas.— Cerrar cinco mallas al comienzo de dos vueltas consecutivas. Tejer todavía durante 14 vueltas, haciendo una disminución al comienzo de cada vuelta. Tejer hasta el nivel bajo del escote.

Altura de la delantera.— 1.º lado, partiendo de la derecha del trabajo, tejer 28 mallas. No ir más lejos. Coger otra aguja. Volver al escote. Tejer hasta el nivel bajo la línea del hombro.

Oblicuidad de la línea del hombro.— En las 1.ª, 3.ª y 5.ª vuelta siguiente, cerrar las mallas que actualmente se poseen.

Altura de la delantera.— 2.º lado. Coger el trabajo a la derecha del escote. Cerrar 40 mallas. Terminar la vuelta. Ejecutar lo alto del segundo lado, según las proporciones del primero.

Espalda.— De las mismas dimensiones generales de la delantera, hasta el nivel de las bocamangas. Ejecutar las disminuciones de las bocamangas. Tejer hasta el nivel de las líneas de los hombros. Ejecutar las líneas de los hombros. Cerrar las mallas que quedan para el ancho del escote.

Costura.— Ejecutar las costuras de los hombros y las de debajo de los brazos. Terminar el escote y las bocamangas con dos vueltas de mallas cerradas al crochet, en lana marinero.

Paletocito.— Delantera derecha: Montar una anchura de 22 cm. de malla con la lana marinero. Hacer 3 cm. de punto de arroz. Tejer hasta el nivel de abajo del escote, haciendo una banda de punto de arroz. Tejer hasta lo bajo del escote, haciendo una ban-

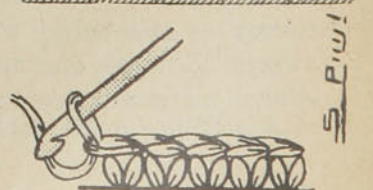
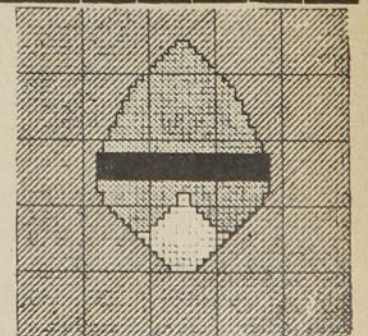
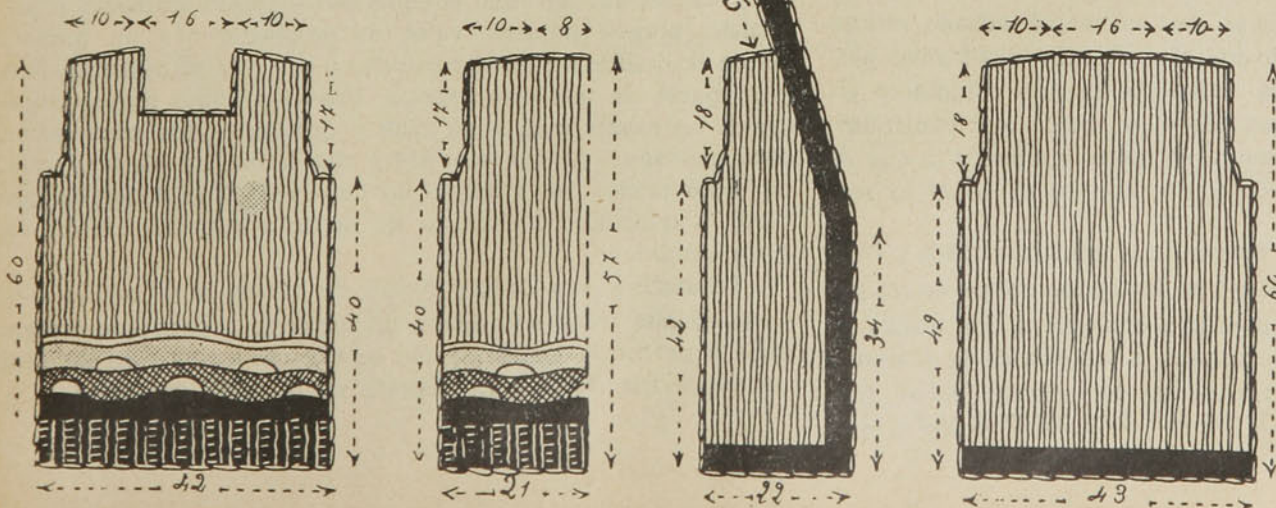
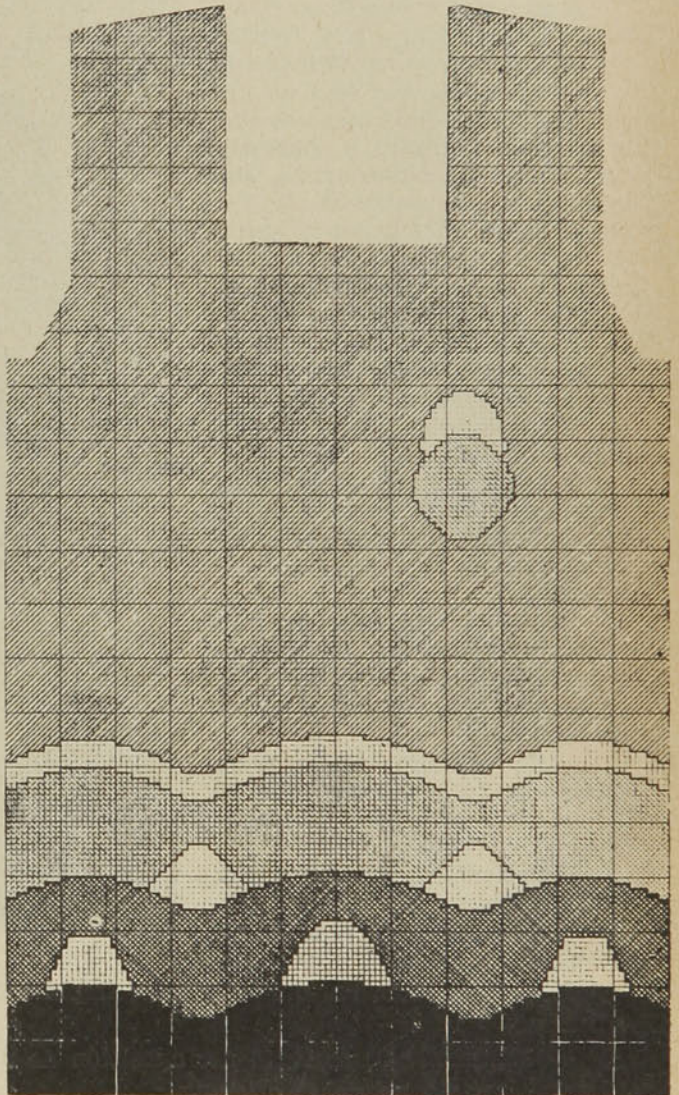
da en punta de arroz, de 3 cm. de ancho. El resto del trabajo se hace en punto de jersey, en lana azul claro.

Disminuciones del escote.— Tendrán lugar cada cuatro vueltas, tejiendo juntas las dos mallas que siguen inmediatamente al punto de arroz. Tejer hasta lo bajo de las bocamangas.

Ejecutar las bocamangas, según las indicaciones dadas para el pull-over. Tejer hasta el nivel de abajo de la línea del hombro.

Ejecutar la línea del hombro, cerrando en las primeras, terceras y quintas vueltas del hombro, las mallas azules que se poseen actualmente.

Trabajar las mallas que quedan durante una altura de 16 cm. Cerrar.



MAX SCHMELING

MI VIDA.- MI CAMPANA

Hollywood.

La residencia de Ernst Lubitsch, el famoso director cinematográfico. Una habitación pequeña y tranquila, de suntuosa elegancia y grata temperatura.

Acepto el confortable sillón que se me ofrece. Estamos en una semi obscuridad, que sólo interrumpe en un punto el fuego del cigarrillo de Lubitsch.

A mi lado tengo a Clara Bow, la inquieta pelirroja y al frente, los esposos Fairbanks-Pickford.

Greta Garbo escucha en un rincón algunas observaciones que le formula Lubitsch al parecer, con ánimo de convencerla, sin importarle, seguramente, la fama de inconvencible que se gasta la estrella nórdica. Todos nosotros hacemos prudentemente el silencio, lo que no viene mal para reposar la abundante comida alemana que momentos antes, nos había brindado Lubitsch.

De repente el anfitrión se dirige a mí:

—Señor Schmeling, estamos reunidos aquí en honor suyo, y, por lo tanto, nos agradaría oír de sus labios algo sobre sus actividades.

Rehuso cortésmente, pues ya había narrado mis impresiones y mi biografía mil veces a los reporteros que por todas partes me seguían.

—He contado tantas veces cuanto a mí concierne, que ya no se me ocurre nada que agregar.

—Refiérase, entonces, a algo que a nosotros nos interesa desde nuestro punto de vista de artistas: a su debut.

Esta insistencia me desarmó y me impidió continuar negándome.

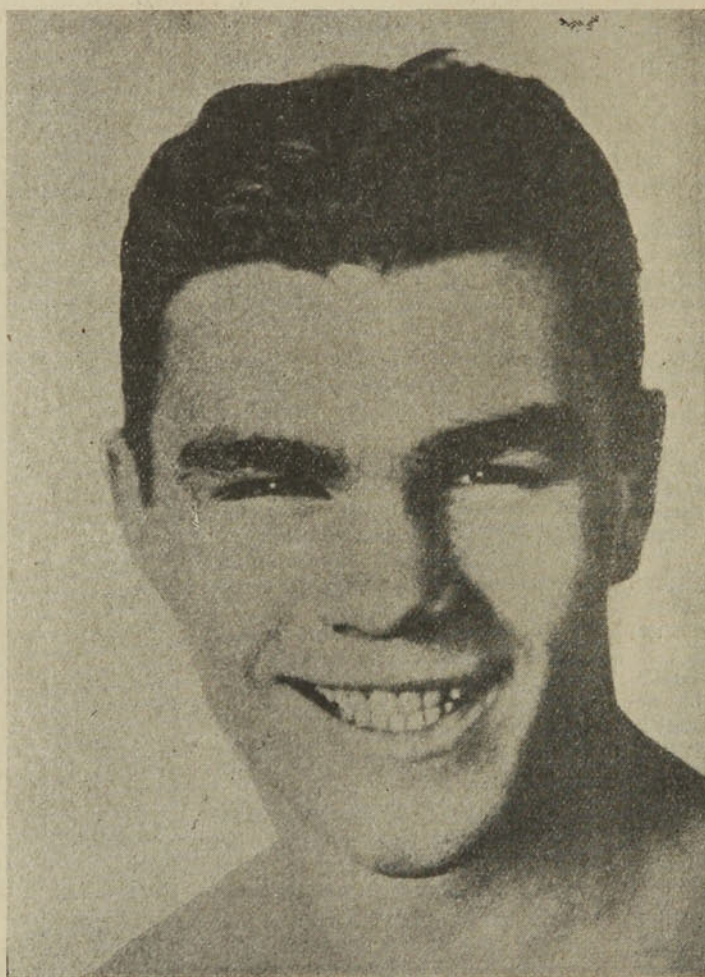
—¿Mi debut? Se malogró por oposición de mi madre. Debí comenzar sin un debut oficial.

Al pronunciar estas palabras me apercibí con sorpresa de que, en un rincón hacia el cual no había mirado estaba un periodista que había sido uno de mis más incansables perseguidores y a quien nunca había yo querido complacer en sus cuestionarios. Con desagrado tuve, pues, que continuar, como que ya no era el momento de interrumpirse y lo que es más grave, había comenzado por referirme al debut, o sea, a mi primer fracaso.

—A los diez y seis años, era yo un muchacho grande y fuerte y me ocupaba como ayudante en la sección avisos de un periódico de Hamburgo. Un domingo cualquiera, mi madre se sorprendió al ver que me levantaba a las seis de la mañana, contra mi costumbre inveterada de hacerlo, en estos días, más o menos a las doce. Y no faltaban motivos para alar-

Con este título acaba de aparecer en Alemania un libro que contiene las memorias del tan famoso como discutido campeón en todos los pesos del boxeo. Por su estilo ameno y sencillo, así como por la actualidad palpitante que tiene todo cuanto se refiere a Schmeling, nuestra revista ha querido presentar una traducción libre que ha hecho de la obra don Arturo Mund y que iremos publicando por capítulos.

CAPITULO I.- PROLOGO



marse, pues, además, mi cama aparecía tan deshecha como si sobre ella hubiera pasado todo un regimiento. Demás conocía la buena señora la tranquilidad absoluta de mi sueño, para que esto no le resultara una revelación de la noche de

insomnios e intranquilidades que yo acababa de pasar. Comenzó, pues, a interrogarme y, pese a mis evasivas, consiguió que “le largara” la verdad: me había hecho socio de un club de deportes y en esa mañana debía verificarse mi primera presentación en público. Esto no la habría sorprendido mayormente, por cuanto estaba habituada a mis genialidades, que eran muchas; pero, lo malo estuvo en que yo, una vez que comencé mi relato hablé demasiadas cosas o, más bien dicho, di demasiados detalles — imprudentemente — sobre este mi primer compromiso: el club de deportes, no era de deportes, sino de lucha, sus dirigentes estaban empeñados en convertirme en un gran luchador y mi adversario de aquel día tenía la friolera de nueve años más que yo.

—Todo esto puso a mi madre fuera de sí, pues, aún cuando el rival era de mi peso, la diferencia de nueve años la encontraba decisiva y creía que si resultaba un bruto, podía hasta matarme. Me negó, pues, rotundamente su aquiescencia, aunque, para tratar de conseguirla le formé un “boche”, manifestándole que yo era ya todo un hombre, que se trataba de un compromiso de honor, del cual yo no podía desistirme sin exponerme a que todos los socios del club y aún, to-

dos mis amigos me miraran y trataran con el desprecio que se guarda para con los cobardes. Todo fué, sin embargo, inútil y sólo conseguí que se encerrara con llave en su cuarto, diciéndome que había dado su última palabra y que no deseaba discutir conmigo.

—La escena me dejó completamente desmoralizado y pesimista, porque no tuve valor de desobedecer a mi madre. Había fracasado mi primer intento y con ello se derrumbaban gran parte de mis expectativas. Creo inoficioso agregar que decidí no asistir más a mi club y que sólo pude consolarme algo pensando en que ese negro día había de pasar y que, de todos modos, ese tropiezo no habría de impedirme de que tarde o temprano habría yo de llegar a convertirme en un gran luchador.

Lubitsch y sus amigos rieron de buena gana con la historia de este fracasado debut, mientras yo notaba que comenzaba a perder la timidez y me sentía con ánimos de detallar con más desenvoltura la historia de mi vida deportiva.

(Continuará).



TRAJES DE TENNIS

La más elegante de las jugadoras internacionales, acaba de lanzar una tenida nueva. Asegura que, dentro de poco, las verdaderas deportistas adoptarán como ella, esta tenida que une la gracia a lo confortable.

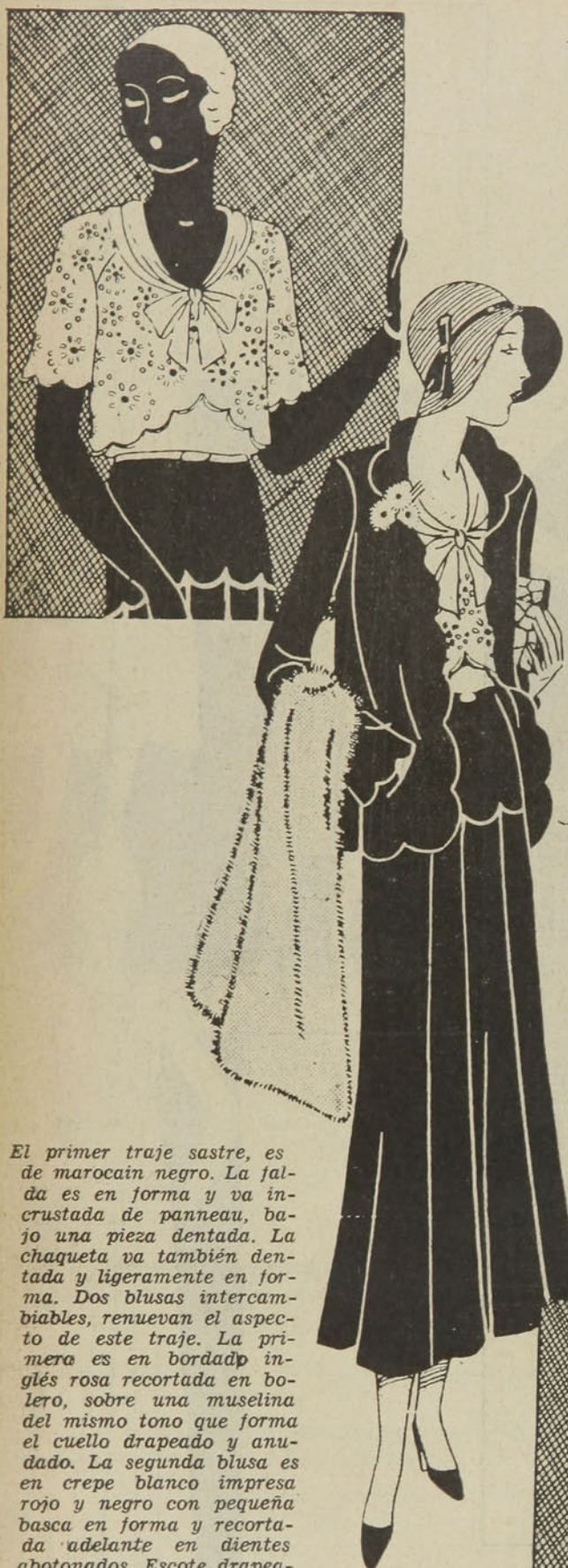
La falda va reemplazada por un ancho pantalón, que conserva la misma línea, pero mucho más práctico que la falda para este deporte. En el centro, nuestro modelo inicial es de shantung blanco, con una pieza redonda en la falda y en la blusa, rayada con un bordado de gruesa seda blanca o color pálido. En el cuadro de la izquierda, un traje y un pantalón clásicos, que sólo podrán adoptar

las mujeres muy delgadas. Al costado, un pantalón con pliegues muy aplanchados, y una blusa en forma de V. Abajo, un recorte que parte del escote y se prolonga sobre el pantalón. Un cinturón de fantasía en crepe blanco con pastillas rojas, se anuda a la cintura. A la derecha, en el segundo cuadro, una blusa camisero se anuda con una corbata pekiné, con cinturón de gamuza blanco que forma una especie de canesú sobre el pantalón.

El segundo modelo lleva corbata y cinturón anudados, y un recorte en forma de bolero sobre la blusa. El último, lleva una blusa plastrón, con escote anudado.

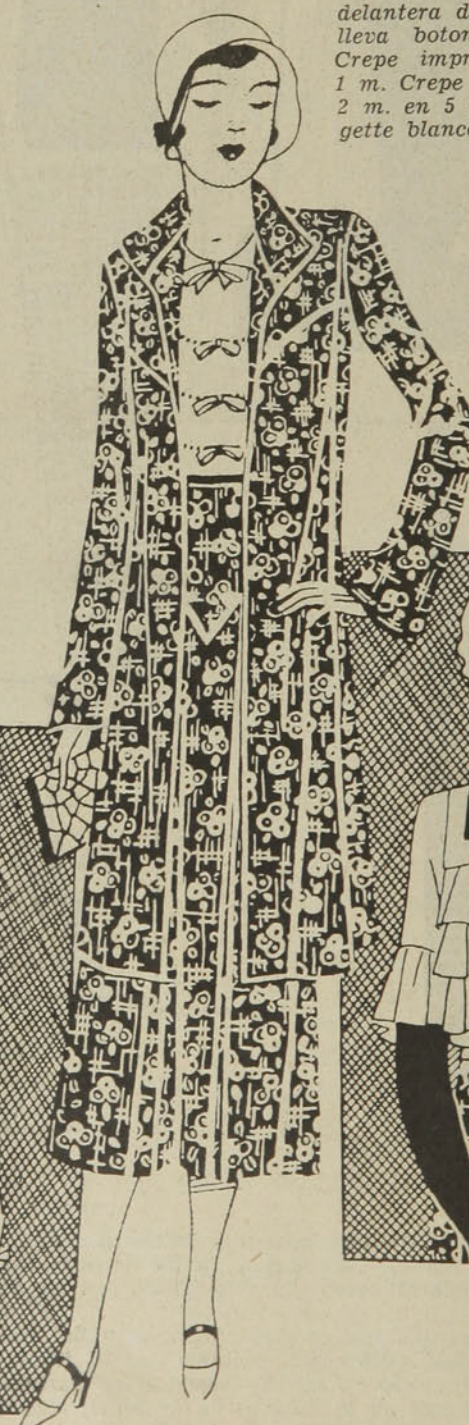
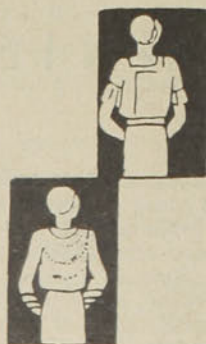
UN TRAJE SASTRE Y DOS BLUSAS

za en punta. La primera blusa que acompaña este traje, es de crepe satin turquesa, con un cuello vuelto y adornos deshilados al cordoncillo, que dibujan un triple plastrón, guarnecido de pequeños nudos de tela. Las mangas también llevan deshilados que las rayan en diagonal. La segunda blusa es de crepe georgette blanco, con mangas cortas en forma de volantes. Tres volantes superpuestos, adornan la delantera de la blusa, que lleva botones de cristal. Crepe impreso, 4 m. 50, 1 m. Crepe satin turquesa, 2 m. en 5 m. Crepe georgette blanco, 1 m. 75 en 1 m.

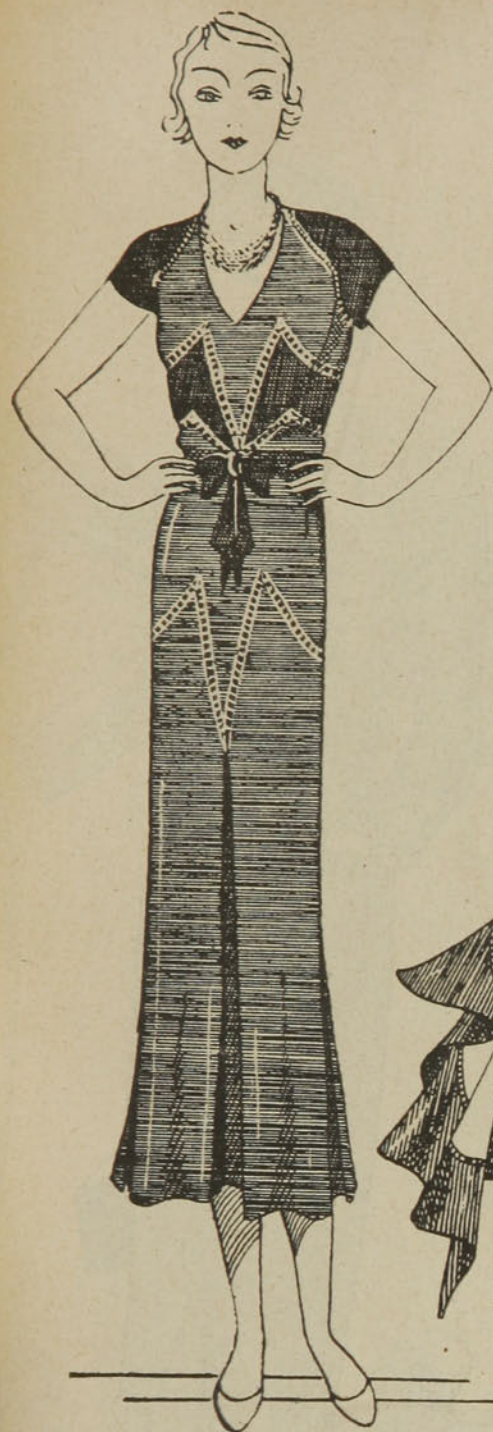


El primer traje sastre, es de marocain negro. La falda es en forma y va incrustada de panneau, bajo una pieza dentada. La chaqueta va también dentada y ligeramente en forma. Dos blusas intercambiables, renuevan el aspecto de este traje. La primera es en bordado inglés rosa recortada en bolero, sobre una muselina del mismo tono que forma el cuello drapeado y anudado. La segunda blusa es en crepe blanco impresa rojo y negro con pequeña basca en forma y recortada adelante en dientes abotonados. Escote drapeado anudado atrás. Marocain negro, 4 m. 50, en 1 m. Bordado inglés, 2 m. en 0 m. 80. Crepe impreso, 2 m. en 1 m.

El segundo traje sastre es de crepe de China negro con impresiones marfil. La falda lleva una pieza en punta, y logra amplitud por medio de pliegues, colocados adelante y atrás. Chaqueta tres cuartos, que lleva igualmente una pie-

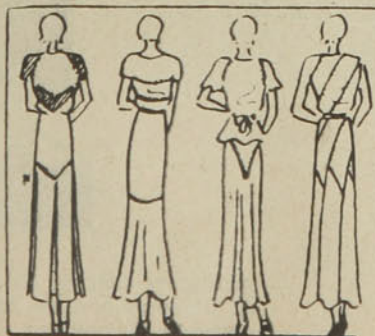


DESHILADOS AL CORDONCILLO



Traje en shantung azul liso. Las mangas cortas y la incrustación de la blusa son de la misma tela, aunque de un tono más sostenido. Todos los recortes van incrustados por medio de un deshilado al cordoncillo, que dibuja la pieza de la falda, ensanchada por medio de pliegues cruzados. 4 m. 25, en 0 m. 80.

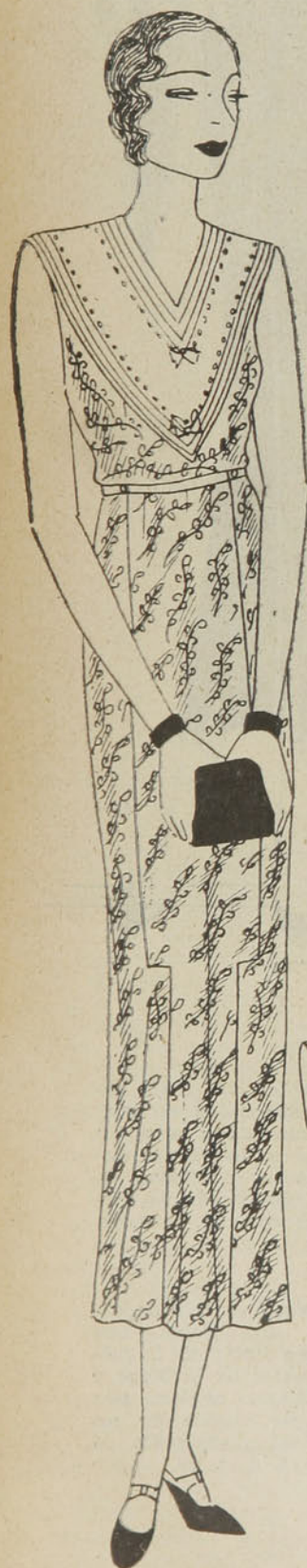
En crepe de China rosa, este traje ensanchado abajo por medio de un volante en forma e incrustado delante, por medio de una banda blanca que forma un nudo en el escote. Los recortes como el volante, van montados por medio de un deshilado al cordoncillo. 3 m. 75, en 1 m.



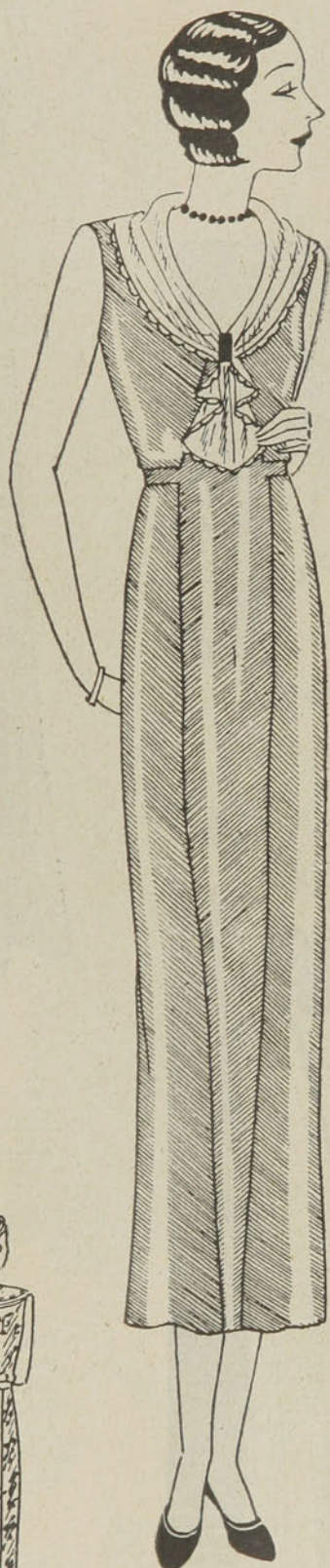
Para la tarde, un traje de marocaine negro con recortes oblicuos, montados por un deshilado al cordoncillo, y detenidos con los panneaux en forma que ensanchan la falda bajo las caderas. 5 m. en 1 m.

Traje de playa en tela de seda blanca, dos piezas. Los panneaux en forma de la falda, los recortes de la blusa y de las mangas raglan, van montados por medio de un deshilado al cordoncillo. 5 m. en 0 m. 80.

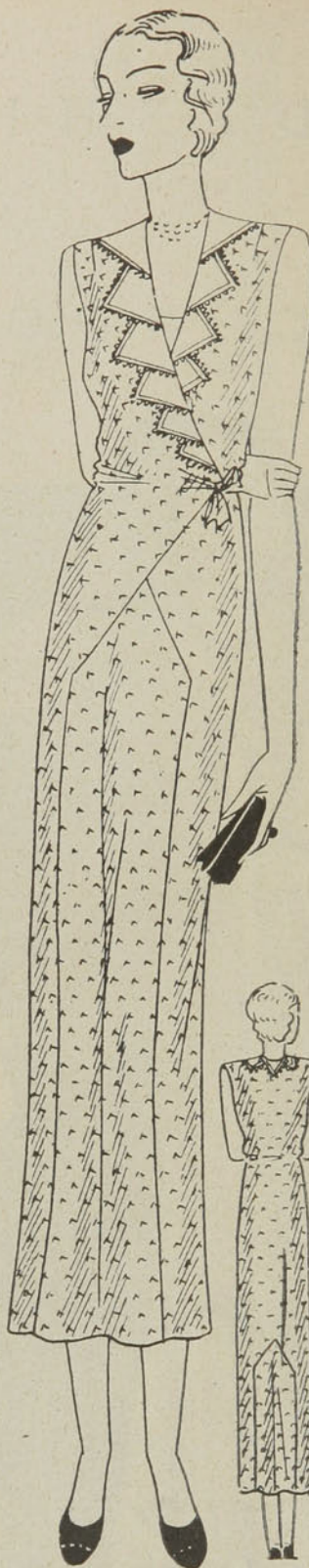
MODELOS PRIMAVERALES



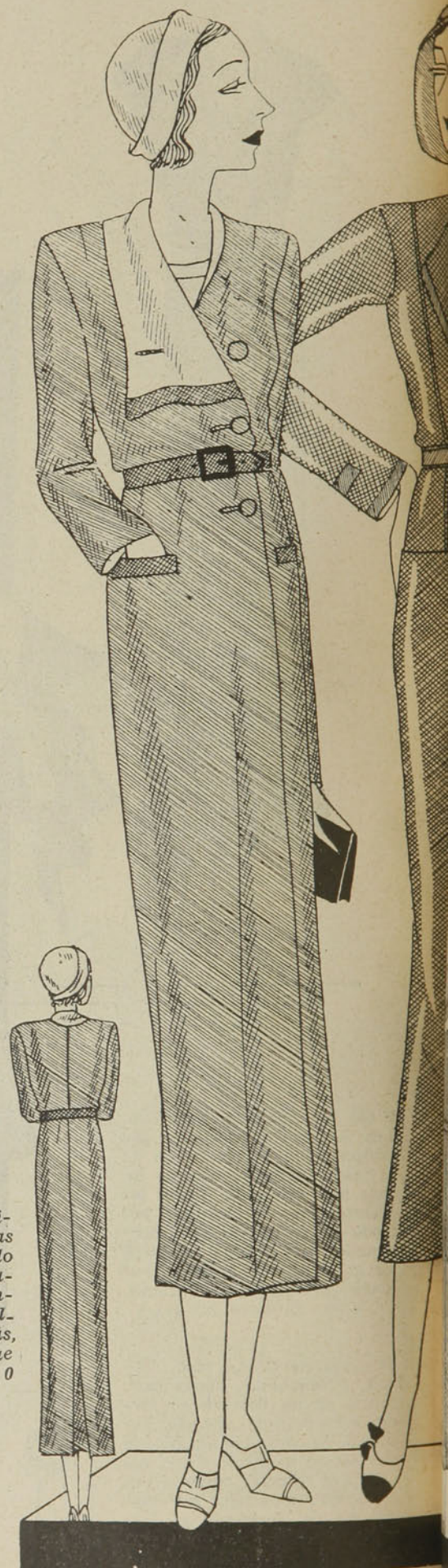
Foulard amarillo con impresiones azules y recortes incrustados. La blusa va montada en un ancho canesú en punta, en linón blanco, subrayado con pequeños pliegues. 3 m. 80.



En diagonal de seda roja, este traje guarnecido de recortes incrustado en sentido opuesto, forma un delantal, adelante y atrás. Se aclara con un delgado cuello de linón drapeado en fichú. 3 m. 75 en 1 m.



Traje de tela de seda amarilla, adornada con pequeñas cruces. La blusa con cuello de fantasía, va cruzada y anudada a un lado con movimiento, drapeado en el talle. La falda se incrusta, adelante y atrás, en un panneau en forma que le da amplitud. 3 m. 75 en 0 m. 80.



Abrigo en delgada lanilla verde abotonado a un lado, con cinturón de gamuza del tono. El cuello irregular, se aclara con crepe marfil. Un pliegue cruzado, cosido en su parte superior da amplitud al pecho.

De lanilla cruzada roja. da de cuello, pero revers bordados por un vivo de en sentido opuesto que guinea las mangas abajo. Cinturón con hebilla de ca.



De tusor natural, rayado de negro y rojo, cuyo delantal, por detrás y por delante se prolonga en pliegues cruzados, dando amplitud a la falda abajo. Cuello de linón blanco, festoneado y drapeado por un lado, sujeto con una hebilla negra. Cinturón de cuero negro. 3 m. 50 en 0 m. 80

De tela impresa rosa y negra, se ensancha abajo con un volante con godets incrustado en punta. Delgado cuello drapeado en crepe blanco. Cinturón de cinta, sencillamente anudado por delante. 3 m. 75 en 1 m.

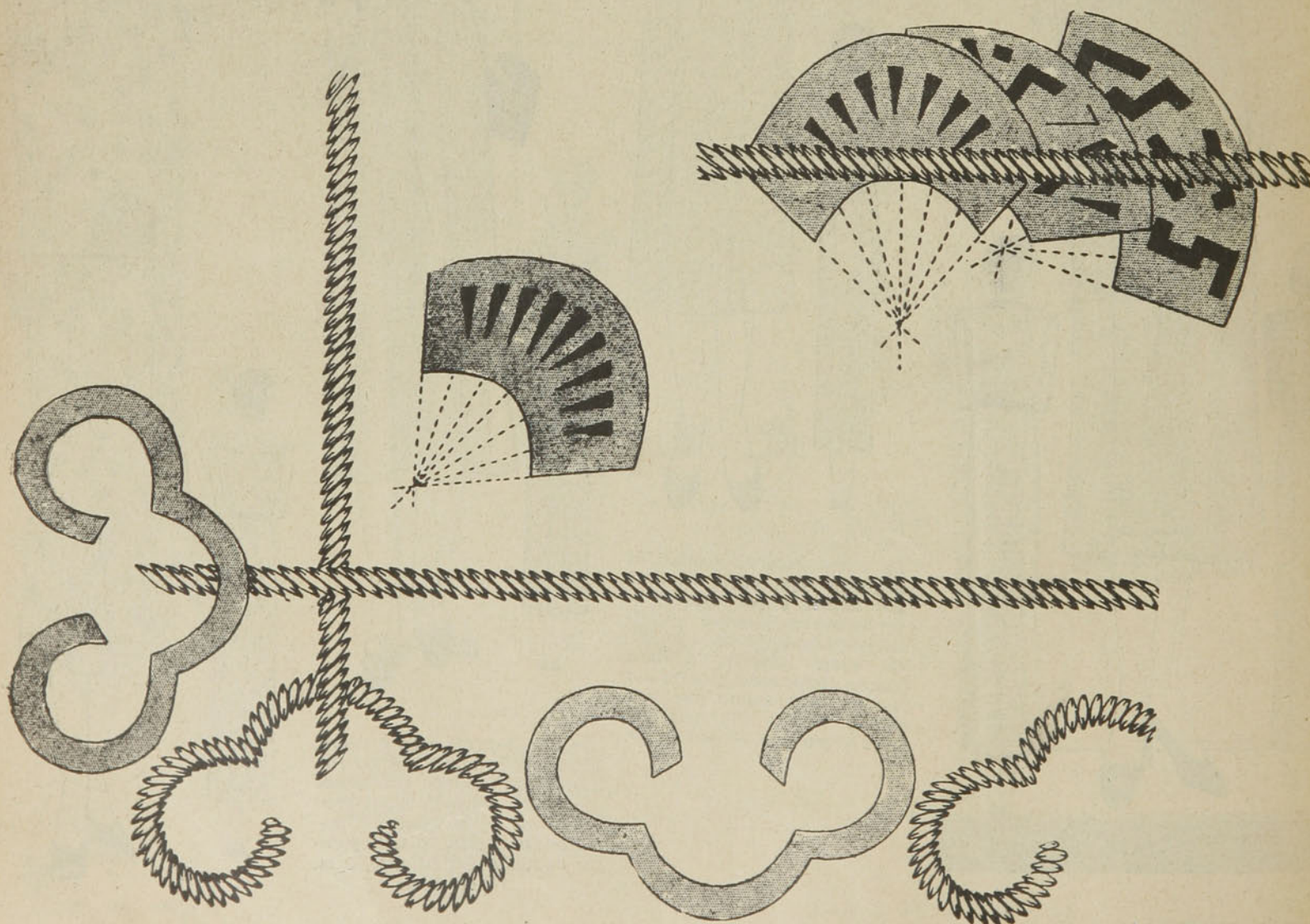
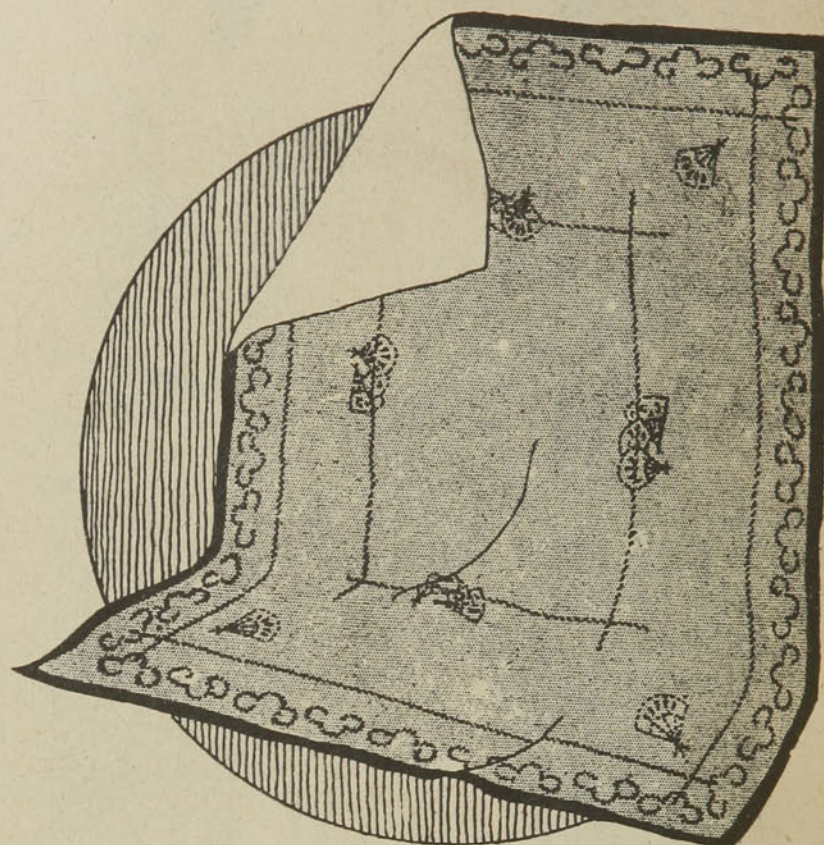
Traje de piqué de seda azul, la banda con recortes que ajustan las caderas. Doble cuello en piqué blanco file-

n sarga de seda azul
n recortes en diagonal
n de gamuza negra.
rpe de crepe negro
de cuello, retenido
do con botones ne-

UN TAPETE BORDADO SOBRE RASO AL ESTILO JAPONES

Se confecciona muy fácilmente un tapetito de paño o raso al estilo japonés, como el modelo insertado en la página presente.

Sobre raso beige se borda a punto de pasado plano, alternando el dibujo con las mismas figuras recortadas en raso color azul fuerte, y sujetas al fondo con un cordoncillo fino. El bordado hecho con seda gruesa retorcida se ejecuta en color marrón.



SOMBREROS DE VERANO



Esta capelina de vestir es de paja negra con ancha cinta negra y flor blanca como adorno.

El panamá blanco, muy a la moda, nos muestra aquí un efecto muy gentil. Adorno de gros-grain negro.

Esta calota se hace en paja fina roja, forrada en georgette rojo.

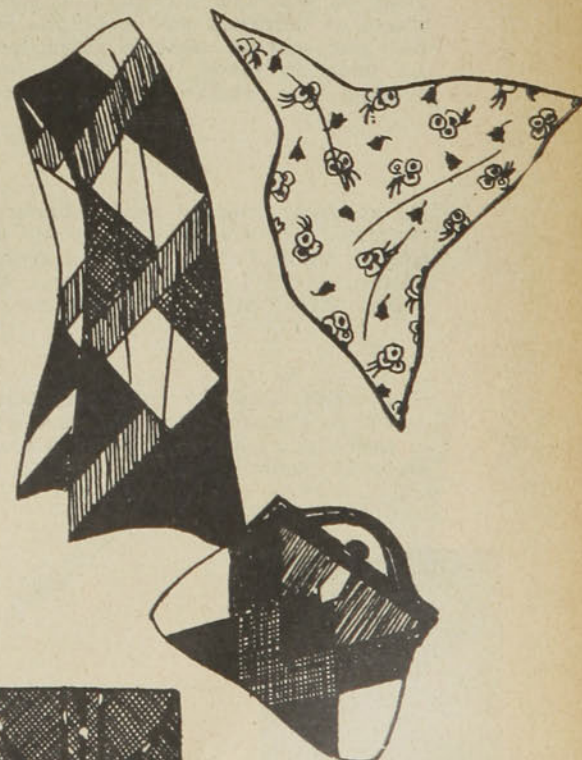
Pañuelo triangular en linón impreso

Echarpe y saco, haciendo juego, en shantung negro, marrón, rojo y blanco.

Saco de lezard negro, bordeado con tela encerada, negra.

Saco de mañana, en cuero marrón, charol.

Saco de tarde en gamuza, recortado en volantes dentados.



El sol puede, durante este verano, brillar, si le gusta, con todo su esplendor, porque nuestros sombreros serán bastante grandes para protegernos contra sus rayos ardientes. Algunos son realmente inmensos, y se inclinan con gracia y mimo sobre el rostro. La paja será sin duda la materia dominante para las capelinas de vestir. Las capelinas de campo se harán en tela, en bordado inglés o en tela de Jouy.

También usaremos sombreros muy pequeños, especie de cannotiers, pero con mil fantasías en la forma, muy inclinado hacia adelante y dejando a veces al descubierto, parte de la cabeza y de la nuca. En seguida descubri-

remos en ellos, un pequeño aire al "tiempo de nuestras madres", muy 1880, y constataremos una vez más en la moda, el retorno hacia el pasado.

¿Serán adoptados por todas? Los muy grandes probablemente no, por su carácter un poco burlesco, y muchas mujeres preferirán, los muy discretos descritos en esta página.

Gracioso y juvenil, es este sombrero de fieltro verde, cuyos bordes van doblados con una lanilla escocesa.

Es Bakou natural, se hace esta cloche con grandes bordes, realizada de gros grain y de dos plumas azul y roja.



SERAPH



MUSELINAS BORDADAS

En muselina color rosa bordada, este trajecito lleva un plegadito de muselina lisa, que subraya el canesú en punta, el ruedo y las bocamangas. Alforzas de a dos en dos, ajustan la parte alta. 1 m. 75, en 80 cm., para 8 años.

Todo blanco, este trajecito de muselina bordada, lleva un cinturón anudado por delante. El escote y las mangas, llevan finos plieguecitos. 1 m. 50, en 0 m. 80, para 6 años.

Traje de muselina bordada azul pervanche. La blusita va bordeada por un pliegue de muselina lisa, que subraya también el pliegue dentado. La falda en forma, va dentada también con pliegues lisos cosidos. 2 m. en 80 cm. para 12 años.

De muselina bordada verde almendra, es este trajecito, cuya blusa, bordeada por un plieguecito de organdi, lleva un ligero drapeado en la cintura, sobre la falda, que lleva grandes tablas lisas. 2 m. 50, en 80 cm. para 10 años.

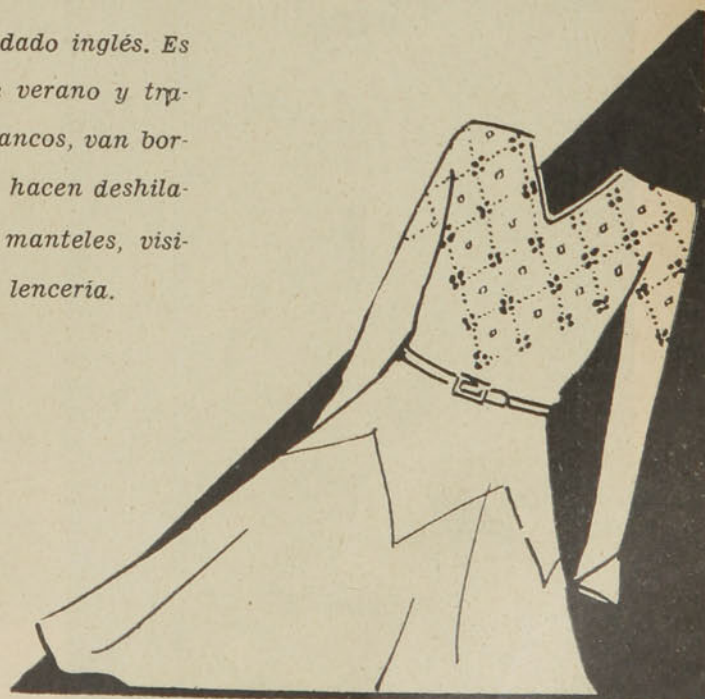
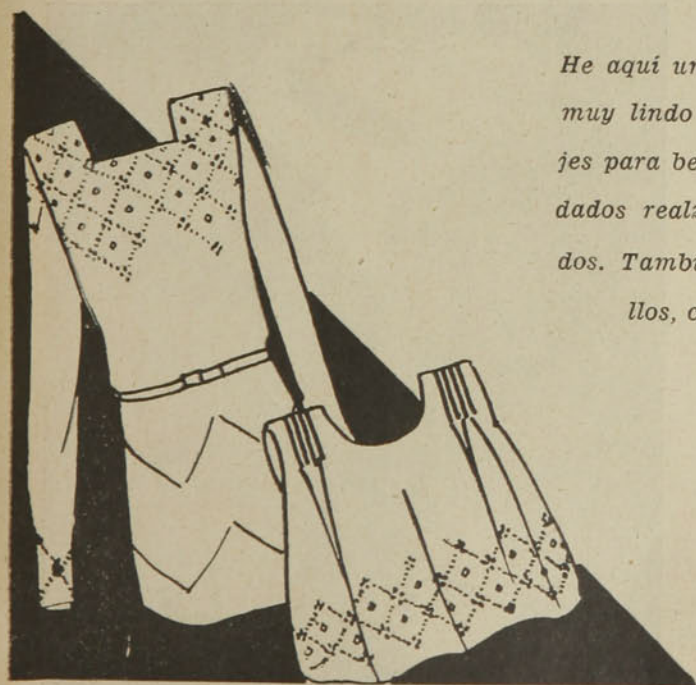
El amarillo limón se ha elegido para este trajecito de muselina bordada, con alforcitas en el canesú y en el ruedo. En el canesú, lleva un pequeño volante fruncido. 1 m. 25, en 80 cm., para 4 años.



BORDADO INGLÉS



He aquí un bonito modelo de bordado inglés. Es muy lindo para blusas, trajes de verano y trajes para bebés. Los rectángulos blancos, van bordados realzados, y los negros, se hacen deshilados. También puede servir para manteles, visillos, cortinas y toda clase de lencería.





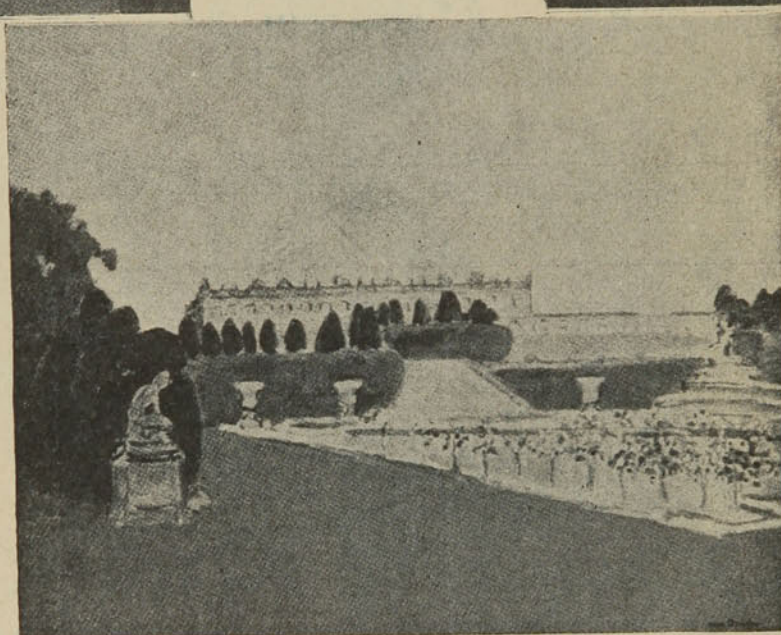
*La
camisa
de
plata.*

Arte

Van Dongen



*La
pechera.*



Versalles. - El jardín.

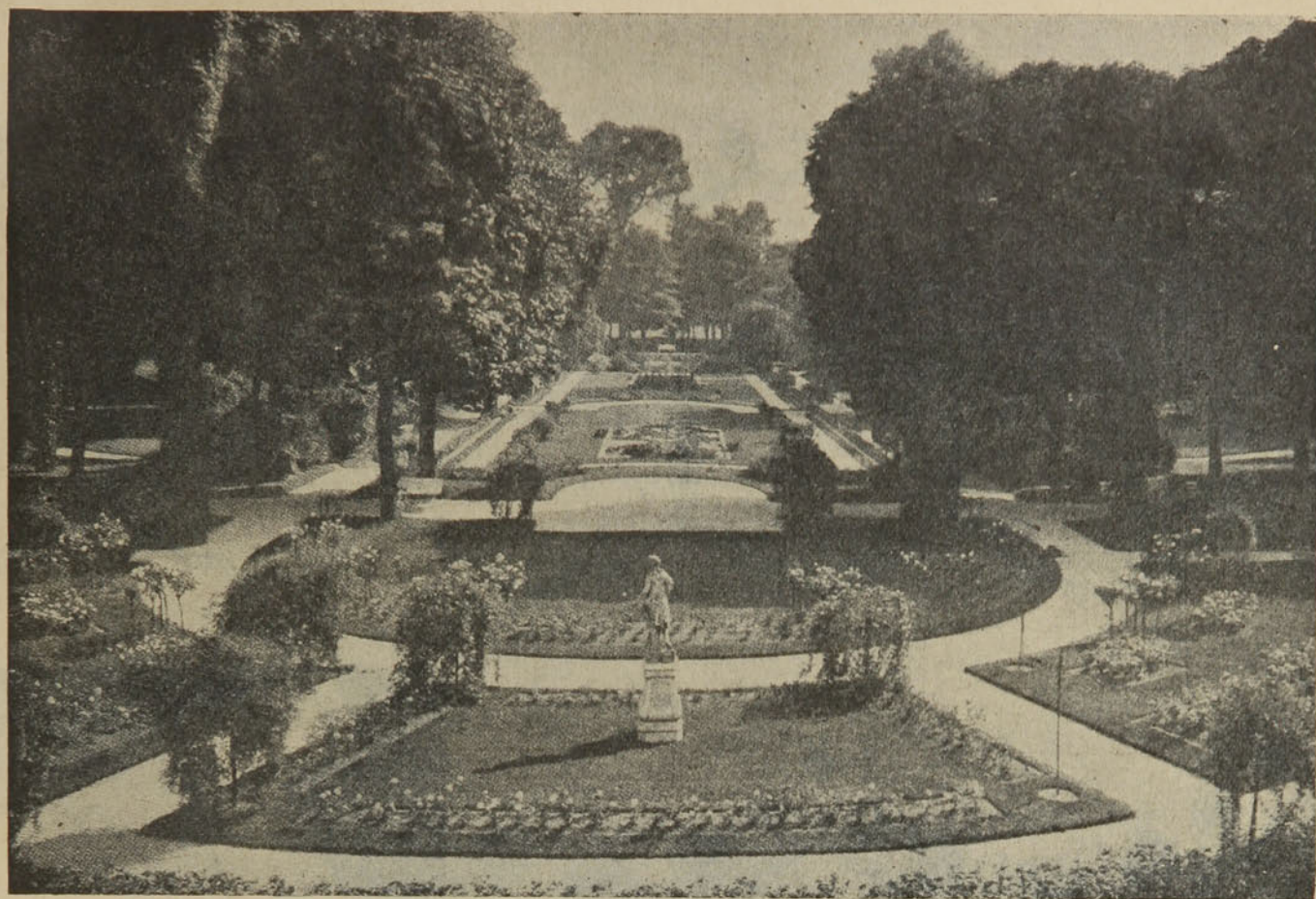


Van Dongen.

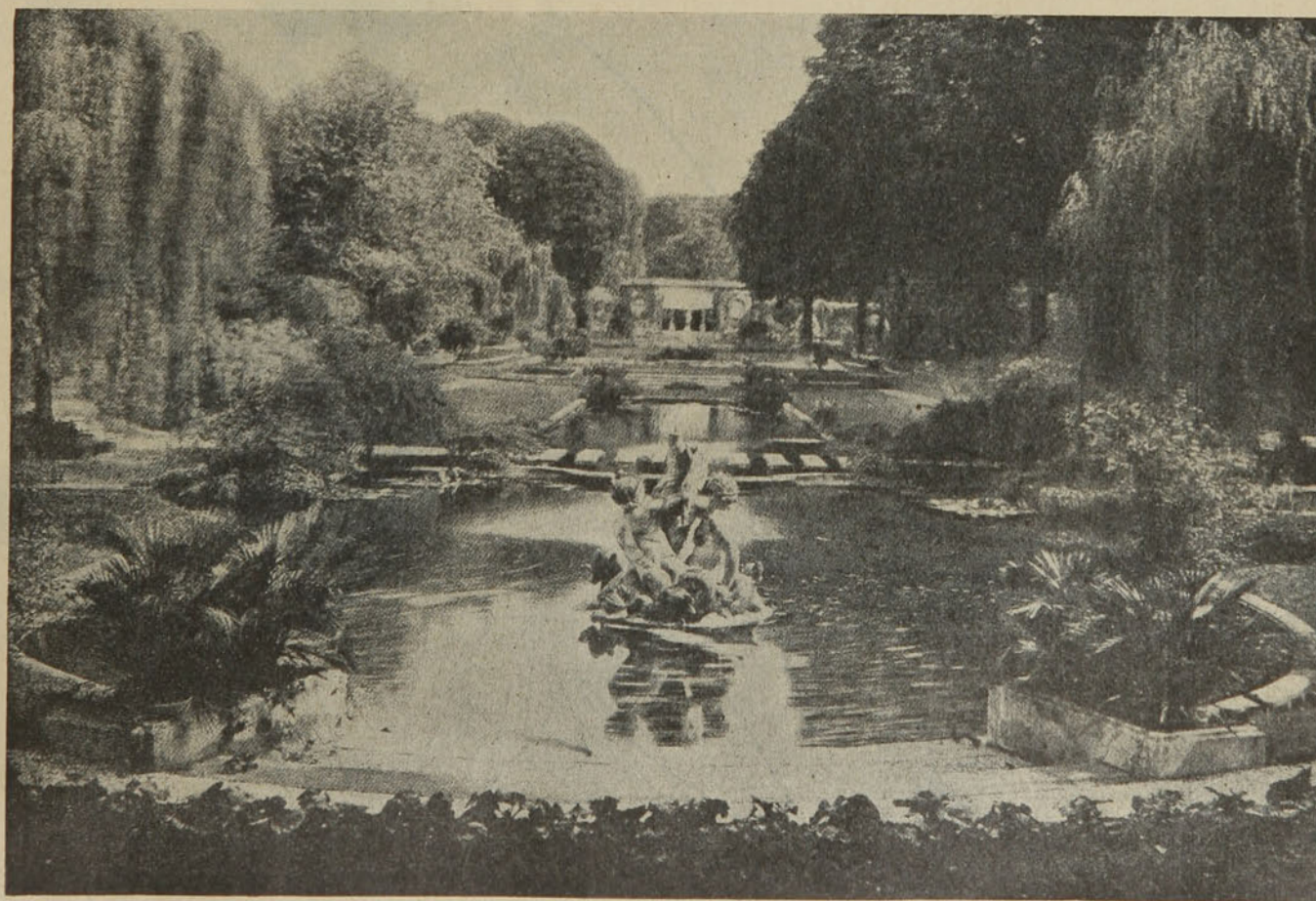
*Paseando
al
perro.
(1900).*

Retrato.



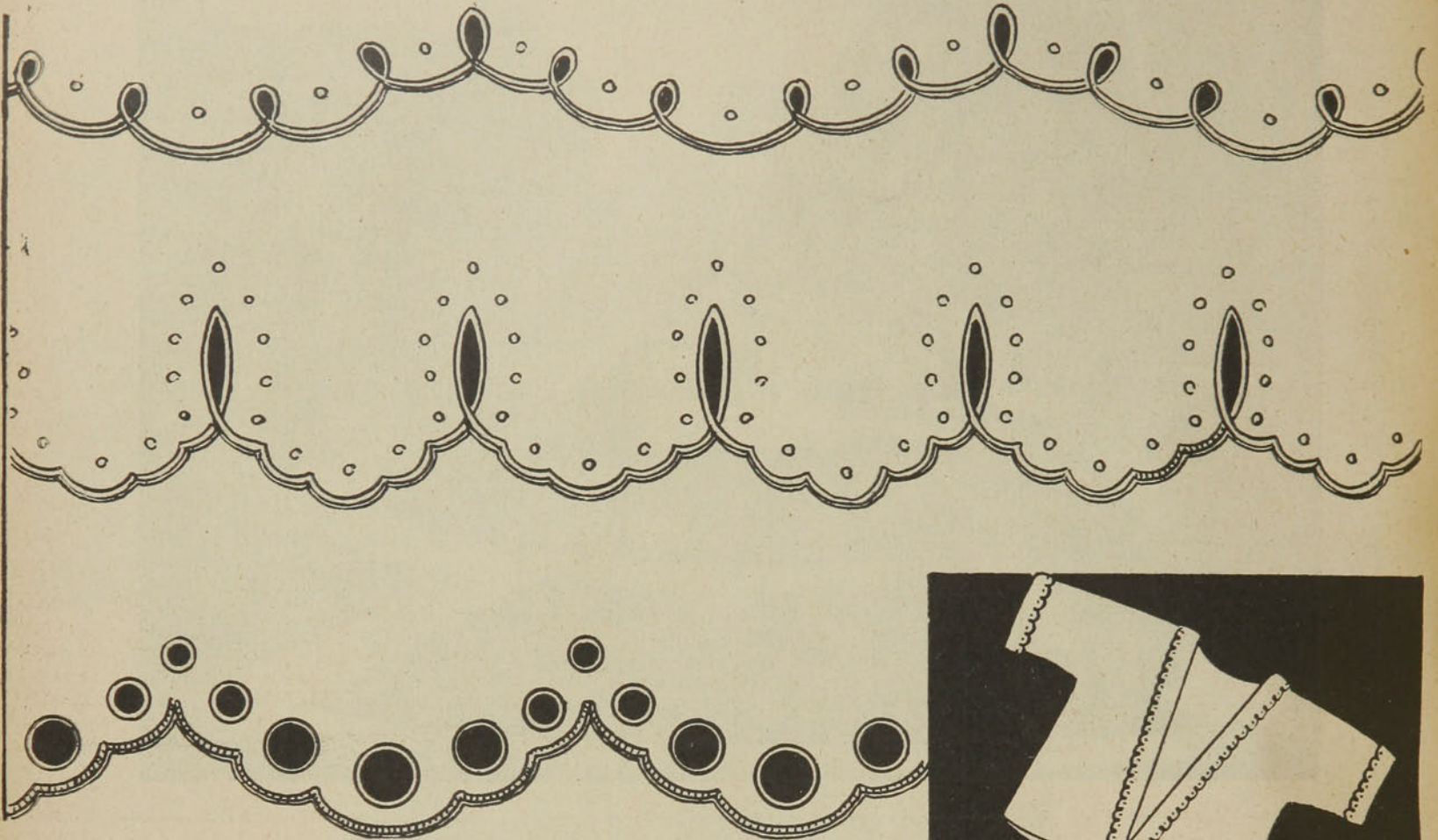


J. Vacherot. – Jardín a la francesa.

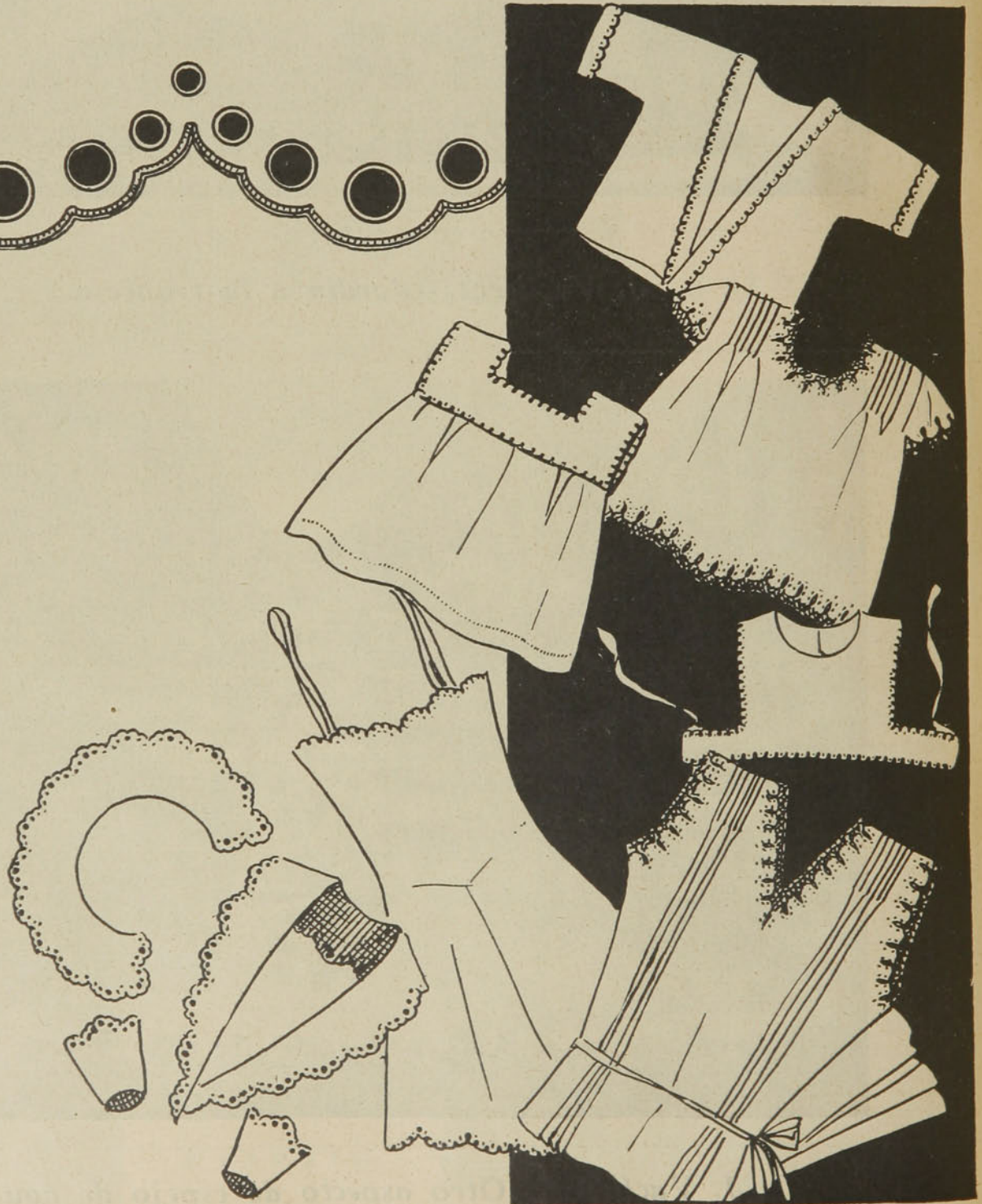


J. Vacherot. – Otro aspecto de espejo de agua.

BORDADOS FESTONEADOS



De nuevo encontramos en la lencería bordado inglés y festones, abandonados después de algunos años. Los adornos de crepe de china y de linón, se festonean a veces, finamente con bordado inglés o punto anudado. Los tres modelos de bordados que damos aquí, adornarían graciosamente algunas piezas de lencería o trajecitos infantiles. Pueden también utilizarse para adornar cuellos y puños de crepe o de linón, destinados a aclarar trajes oscuros.



EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

—El golpe es certero y doloroso, padre, contestó. Pero la amo; es lo único que puedo decir.

—No he pensado en ofenderte. Eres mi hijo mayor y a nadie quiero en el mundo como te quiero a ti.

Su voz revelaba profundo afecto, y Alano no pudo menos que estrechar la mano de su padre.

—Vé a decírselo a tu madre, prosiguió Bouchier. Déjame reflexionar.

Alano obedeció. No le disgustaba el resultado de la confesión, pues a duras penas esperaba que su padre accediese desde luego a sus deseos. Tarea mucho más fácil creía tener con su madre, pero se equivocaba. La buena señora se escandalizó con sólo pensar en una nuera que cantaba en público por dinero, y quiso tratar el asunto como una niñería. Alano se contuvo con gran trabajo y estuvo a punto de tener un disgusto serio con su madre. Sólo se evitó acordando ambos dejar al señor Bouchier la decisión del asunto.

—Y él nunca permitiría semejante cosa, nunca, le dijo su madre.

Y sin embargo, lo hizo. Con gran sorpresa de Alano le anunció que volvería con él a Londres, y una vez allí fué a su hotel y pasó el día tomando informes de muy delicado carácter. Tenía muchos amigos que sabían cuanto ocurría y conocían a todo el mundo. Pronto tuvo en su poder cuantos datos sabía el público acerca de la señorita Francini, y algunos a quienes confesó el objeto de sus averiguaciones le dijeron claramente que su hijo debía ser objeto de envidia, no de censura. El anciano Lord Sever, por ejemplo.

—¡Por vida del! exclamó; le digo a Ud., Bouchier, que su hijo tiene suerte de veras. Esa joven podría casarse con quien ella quisiese en toda Inglaterra. Ojalá le gustase mi título; en diez años su voz redimiría una por una todas las hipotecas que pesan sobre mis fincas de Sever. Pongo a disposición de la pareja una cualquiera de mis residencias para que pasen allí la luna de miel. Vaya Ud. a verla, amigo Bouchier; la sola presencia de tan hermosa mujer le hará a Ud. bien.

Bouchier fué a verla al día siguiente. La visita tuvo efecto a petición suya. Frances le recibió encantada de verle, con naturalidad, sin ningún embarazo. Después regresó a su casa y dijo a su esposa que por su parte no se oponía al matrimonio de Alano. Su voluntad era ley para la señora Bouchier, de modo que allí terminó el asunto.

Las mismas palabras empleó dirigiéndose a Alano, quien le dió las gracias y añadió que sabía que no habría oposición desde el momento en que su padre viese y hablase a Frances.

—A propósito, Alano, dijo aquél al separarse, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Muy parecido al nuestro: Boucher.

Su padre se sobresaltó. Era un nombre ominoso. Pero lo consideró como mera coincidencia, porque el nombre de Bouchier es relativamente común.

—¿Supongo que es inglesa?

—Sí, contestó Alano, que siempre la consideraba como tal. Además sabía que su padre tenía cierta prevención contra los americanos y no quiso disgustarlo.

—¿Qué parientes tiene?

—Ninguno, es huérfana.

—Tanto mejor, se dijo su padre, y terminó la conversación. ¡Cuán lejos estaba Frances de pensar qué sangre manchaba las manos de aquel hombre a quien había recibido con placer y orgullo a la vez, el padre de Alano!

Cosa sorprendente era en verdad que un hombre tan activo como Felipe Bouchier consintiese con tanta facilidad el matrimonio de su hijo con la cantatriz Francini, o ya que no diese a las claras su consentimiento, renunciase por lo menos a toda oposición. Para comprenderlo hay que tener en cuenta los secretos pensamientos que le agobiaban. En primer lugar amaba apasionadamente a sus hijos, y el temor que le roía el corazón, que minaba de día en día su salud, era el de verse un día convicto de asesinato ante su familia, gracias a los datos que Jorge Manders poseía. Aquella amenazadora espada podía caer sobre él de un momento a otro, y las miradas de sus hijos, que aún temiéndole le amaban, podían llegar a apartarse de él algún día, con tanto horror, como pesar, sus vidas enlutadas para siempre por el crimen de su padre. Quería conservar a toda costa el amor de sus hijos, tanto tiempo como le fuera posible. Si había de llegar un instante en que Alano le acusase y maldijese en silencio, no quería que pudiese culparlo también de haber puesto obstáculo a la realiza-

ción de lo que su hijo juzgaba ser la felicidad de toda su vida. Sabía que Alano no retrocedería en su propósito, y él optaba por dejarle hacer su voluntad. Su hijo había elegido, quizás con acierto; pero hiciese bien o mal, padre e hijo continuarían siendo amigos hasta que llegase la hora de la catástrofe.

Alano y Frances se casaron pocas semanas después, con tan poco anuncio y aparato que apenas media docena de extraños se enteraron de la boda. Tan bien guardado fué el secreto que cuando llegó a conocimiento del público era ya un suceso muy atrasado para que los periódicos le dedicasen gran atención. Temían dar noticias viejas; las murmuraciones del día, las nuevas de última hora son el único material aprovechable para el periódico moderno.

La felicidad de los recién casados fué grande, muy grande. Sin embargo, mucho se equivoca el marido de una cantatriz famosa si cree que su vida futura estará exenta por completo de disgustos y enojos.

CAPITULO XIV INSINUACIONES

Daniel Bouchier y su esposa vivían en un barrio apartado de Londres, y en una casa menor aún de lo que hubieran podido procurarse con lo que Daniel llamaba la miserable pitanza que su astucia había logrado arrancar al señor de Casa Roja. El aventurero no se quejaba de la exigüidad de la casa, porque cuanto menos se gastase en ella más dinero le quedaría para despilfarrar por su cuenta y a su gusto. Cada trimestre, según lo prometido, les pagaban cierta cantidad a nombre de Josefina, quien desde luego la acreditaba a su marido en un talón de banco, por orden expresa de éste; o por lo menos todo lo que quedaba de dicha cantidad después de pagar a los proveedores de la casa y demás cuentas pendientes. En este particular ella no cedía un ápice y aunque Daniel hubiera preferido acumular cuentas sin pagarlas hasta que se cansaran los acreedores, para en último caso hacer que las saldase su suegro, Josefina insistió siempre en no dejar pendiente cuenta alguna al cabo del trimestre. De aquí que la casa no tuviese deudas; y aunque en los últimos dos años Felipe Bouchier había tenido que entregar directamente a su yerno sumas numerosas, Josefina poco o nada supo de ello.

Entre once y doce de la mañana, Daniel, desgredado y nada presentable, en zapatillas y con una bata vieja, procuraba despachar su almuerzo. Los excesos de la noche anterior le habían proporcionado un fuerte dolor de cabeza y recordaba con pesar aquellos días en que por mucho que fumase, bebiese o trasnochase su apetito no sufría la menor alteración. Viendo que no podía comer, abrió una pequeña alhacena destinada a guardar los licores y llenó una copa de cognac. La bebió de un trago, volvió a llenarla, y poniéndola sobre la mesa encendió un cigarro y empezó a fumar, sacudiendo las cenizas de cuando en cuando en el plato que contenía los restos de su almuerzo. Josefina entró en aquel momento, y como él no cambió de actitud ni ocupación, es de creer que no había en ellas nada de extraordinario ni anormal, y es que así se conducía generalmente en presencia de su mujer. ¿Dónde estaba el galán noble y caballeresco de otro tiempo, convertido en aquel ser desaseado, envilecido, que fumaba sentado a la mesa del almuerzo y tomaba bebidas alcohólicas a mediodía?

Por muy tirantes que sean las relaciones entre marido y mujer, mientras vivan bajo un mismo techo tienen que verse algunas veces y aun dirigirse algunas palabras indiferentes, a no ser inmediatamente después de una disputa violenta. Josefina nunca se permitía un altercado con su esposo, como tampoco se tomaba el trabajo de evitar su encuentro. Lo único que hizo fué prescindir de él por completo y no cuidarse de dónde estaba ni qué hacía. Era una joven animosa que lo despreciaba demasiado para temerlo. Por las mañanas, cuando Daniel iba a salir, le preguntaba si comería en casa o no. Si contestaba afirmativamente, hacía preparar la comida y se sentaba con él a la mesa. De lo contrario, Josefina no volvía a acordarse de él y hacía lo que mejor le cuadraba. Cuando su marido volvía a casa algo bebido, como había sucedido muchas veces, ella lo dejaba solo y se retiraba a su cuarto hasta la mañana siguiente. Y una vez que Daniel se presentó ebrio y dió en perseguirla con sus caricias, le hizo comprender claramente que la menor familiaridad le sería más odiosa que un golpe y produciría los mismos resultados; es decir,

que la obligaría a dejar la casa. Tan resuelta se mostró que desde aquel día su marido renunció a golpearla y acariciarla, aunque a veces sentía impulsos de inferirle ya uno ya otro ultraje.

El héroe de Josefina había desaparecido y en su lugar sólo quedaba el aventurero procaz, vicioso y cobarde.

Aun mucho después de haber descubierto ella el verdadero carácter de su marido procuró éste continuar engañándola con sus pretendidos derechos sobre la Casa Roja, hasta que Josefina le declaró que nada le complacería tanto como verle presentar abiertamente su reclamación y quedar ésta resuelta de una vez y para siempre. Por fin llegó el día en que ella se convenció de que aún en esto le había mentido, de que no había tales derechos. Entonces desapareció del corazón de la esposa el último vestigio de amor. Desde aquel instante fueron dos conocidos que vivían bajo el mismo techo; nada más.

—¿No ha habido cartas estas mañanas? — preguntó Daniel al entrar Josefina en el comedor.

—Una sola, de mamá, para mí.

—¿Los viejos siempre tan valientes, eh?

Se complacía en hablar de sus padres de la manera más irrespetuosa, figurándose que con ello la disgustaba. Pero la joven no dió la menor señal de pesar ni indignación.

—Continúan como de costumbre. Papá sigue algo mejor.

—¿No hay más noticias?

—Ninguna que pueda interesarle, a no ser la de que Alano se casa.

—Noticia muy interesante para mí. Espero que la novia sea rica. Puede llegar el día en que Alano necesite el dinero de su mujer. Tiene muy escasos títulos a mi consideración.

Josefina no hizo caso de aquellas palabras. La impostura era ya muy añeja.

—También él va a contraer un matrimonio desacertado, — dijo, sin poder evitar aquel "también".

Daniel se rió de la manera más desagradable que pudo.

—Lo mejor que le deseo es que sea tan feliz como yo. ¿Cómo se llama la novia?

—Es la señorita Francini, la nueva tiple.

—¿Quién?, exclamó él.

—La Francini. Habrás oído hablar de ella. Parece que las buenas voces son un gran atractivo para los miembros de mi familia.

Evidentemente su marido no le infundía temor alguno. Este nada dijo y continuó fumando, pero se puso a reflexionar tan profundamente como se lo permitía su dolorida cabeza. Josefina, admirada al ver la sorpresa que había manifestado, sorprendió la perversa sonrisa, entre maliciosa y triunfante, que asomó varias veces a los labios de Daniel. Aquella sonrisa reflejaba sus pensamientos. El proyectado matrimonio iba a favorecer sus designios. Odiaba al hijo mayor de Bouchier, y para un miserable como él era un placer disponer a su antojo de la felicidad de su enemigo, destruirla cuando bien le pareciese, con una sola palabra. La nueva combinación que había ideado lo llenaba de júbilo. Ciertamente el matrimonio de Alano con su prima le confería irrevocablemente la propiedad de Casa Roja; pero cuando hubiese tomado posesión de su herencia, ¿qué no pagaría, qué podría negar a Daniel, a trueque de que éste no divulgase que su padre era el asesino del padre de su esposa? Comprendía que Alano amaría a Frances con pasión; él mismo, se decía, estaba dispuesto a adorarla, no unas semanas, como lo había hecho con su linda mujer, sino por siempre. Aquella noticia era la mejor que había recibido en mucho tiempo. El único peligro era el descubrimiento prematuro de su propia personalidad, y para evitarlo importaba no dejarse ver de Frances cuando fuese esposa de Alano y aun tener a Josefina alejada de ella todo lo posible. Ocultándose de la artista los tenía a todos en su poder.

Su regocijo era tan evidente que Josefina lo notó y se alarmó, pero no quiso rebajarse hasta interrogarlo. ¿Qué significaría aquello?

—Es decir que el famoso Alano se va a casar con la divina Francini, — dijo él. — Pues, les deseo grandes felicidades. Ella es encantadora.

Había en su acento algo que sobresaltó a Josefina.

—¿La conoces?, — preguntó.

—Si no la conozco, sé por lo menos algo y aun algos de ella.

El tono, la intención con que pronunció aquellas palabras eran los mismos que en un club o en un café bastan para poner en duda la reputación de una mujer sin achacarle una ligereza o una mala acción concreta. Josefina sentía viva inquietud. Fácil es suponer que su madre no se manifestaba en

su carta muy satisfecha con el anunciado enlace; es más, Josefina comprendía al leerla que no sólo merecía toda su desaprobación sino que temía sus resultados. Por lo pronto, el hecho de que Daniel conocía a la futura esposa de Alano o sabía algo de ella, era un dato desfavorable. Josefina amaba a su hermano y hubiera hecho cualquier sacrificio por evitarle una suerte parecida a la suya y un arrepentimiento tardío como el que amargaba su propia vida.

—Dime cuanto sepas de ella, — repuso imperiosamente. Daniel la miró con burlona expresión.

—Querida mía, — dijo, — me guardaré de poner obstáculos a los planes de un miembro cualquiera de tu familia y mucho menos a los de Alano, que tiene ya edad suficiente para saber lo que hace.

—¿Tienes que decir de ella algo que la desfavorezca?

—Nada absolutamente. Jamás hablo mal de una mujer hermosa. Cuando sea mujer de Alano supongo que tendrás que visitarla, pero hasta entonces no hay necesidad ninguna de ello.

Se levantó, dejó el comedor y poco después salió de la casa. Sus palabras habían producido efecto, tanto que Josefina, después de pensar mucho en ellas, salió en busca de Alano.

Dos veces estuvo en sus habitaciones sin hallarlo, pero a la tercera tuvo mejor suerte. Su hermano se alegró mucho de verla y supuso que habría sabido la noticia.

—¿Vienes a felicitarme, Finita? — le preguntó, dándole un beso.

La pobre no sabía cómo componérselas para dar un consejo a su hermano mayor. Precisamente éste la había considerado siempre como la loquilla de la familia, y su mal aconsejado matrimonio no había contribuido por cierto a modificar aquella opinión. Sin embargo, Josefina hizo un esfuerzo atrevido para salvarlo del peligro que se imaginaba.

—¡Oh, Alano! — exclamó, — piénsalo bien antes de casarte con esa joven. Me dicen que es muy hermosa, pero no te precipites. Piensa en lo que me ha pasado a mí con mi marido.

Alano no se irritó. La comparación entre Daniel y Frances era tan absurda que sólo podía causarle risa.

—No te rías, Alano, — le rogó ella. — Te hablo seriamente. Comprenderás mi ansiedad cuando te diga que mi marido pretende saber porción de cosas referentes a ella. No te enfades, querido.

No se enfadó con ella, pero se encolerizó. Ya no era cuestión de risa.

—Josefina, repíteme palabra por palabra lo que ha dicho tu marido.

Su aspecto era imponente y dura la mirada que dirigió a la delicada niña, tan diminuta comparada con la alta estatura de su hermano.

—Dijo... dijo, que sabe algo acerca de ella.

Al hablar comprendió que sus palabras no producirían efecto, porque jamás podría ella darles el acento, la mala intención con que las había pronunciado Daniel.

—No fué tanto lo que dijo como lo que dió a entender, — añadió.

—Tu marido es un miserable, Josefina. De lo contrario jamás hubiera engañado a una niña como eras tú entonces, induciéndote a consentir en un matrimonio secreto, ni hubiera tenido la desfachatez de vivir desde entonces a costa tuya, con tu dinero. Me tiene mala voluntad, como yo se la tengo a él, y esa es su venganza.

Su hermana no se atrevió a decirle que Daniel le había prohibido visitar a Frances. Temía que la cólera de Alano estallase terrible.

—Considera lo que yo he hecho con mi propia vida, — dijo. — Reflexiónalo bien, Alano, antes de decidirte.

Estaba tan bonita y parecía tan niña, con lágrimas en los ojos, que no pudo Alano irritarse con ella. Además, su hermana no había visto a Frances.

—Oye, Finita, — le dijo. — Voy ahora mismo a casa de Frances. Ven conmigo. Cuando la hayas visto lo comprenderás mejor todo.

Era curiosa como toda mujer, pero no se atrevió. De ninguna manera podía dar su aprobación, ni indirectamente, al matrimonio de su hermano con una mujer de quien su propio marido hablaba con tales reticencias.

—No ahora, Alano, — dijo. — Cuando estéis casados... quizás; es decir, si llegas a casarte.

—Como gustes, — contestó él muy secamente; — pero, ten en cuenta que ningún hombre puede olvidar semejante desaire, aun cuando proceda de una hermana.

—¡Oh, Alano! — exclamó Josefina sollozando. — ¡También tú! ¡No me abandones, no te declares contra mí!

Su hermano nada dijo. La besó, la acomodó en un coche y la envió a su casa; pero, al dirigirse a la Avenida de la Opera se decía que su mayor placer sería retorcer el pescuezo a Daniel Bouchier.

En su opinión, Daniel era un impostor. Después del matrimonio de Josefina y cuando supo cómo había sido admitido aquél en la casa de su padre, se le ocurrió desde luego que la aparición repentina del nuevo primo había de tener graves consecuencias para él y para su vida futura. Pidió francamente a su padre una explicación y éste se vio obligado a admitir que Daniel lo había alarmado y engañado con una historia y pruebas tan falsas una como otras; que por un momento creyó perder la posesión de todos sus bienes, y que si bien al presente había descubierto la falsedad de todas aquellas pretensiones, ya el impostor había logrado casarse con su hija favorita. Jamás creyó Alano que Daniel fuese el verdadero representante de la rama ilegítima de su familia. Para él no era más que un hábil impostor, que aprovechando los datos que poseía sobre la historia de la familia y haciendo creer al señor Bouchier en su legitimidad, había penetrado a la fuerza en el círculo de la familia con los dolorosos resultados que conocemos. No era muy agradable contar aquella historia, así fué que Alano se limitó a decir a Frances que su hermana se había casado con su primo y que éste había resultado ser un bribón. Y como probablemente Daniel y Frances no llegarían a intimar nunca, no había necesidad de hablar más del asunto.

Josefina visitó a Frances después de su matrimonio. Estaba resuelta a no quererla y lo consiguió en parte. Sus maneras no pasaron de atentas y su cortesía fué forzada. Frances lo notó, y comprendió claramente que desaprobaba su matrimonio. Aunque mujer mucho más altiva y sensible que su visitante, su corazón estaba favorablemente dispuesto hacia una hermana de su esposo, tan desgraciada en su vida doméstica, y no dijo una palabra sobre la repulsión evidente de Josefina. Pero preguntó a su esposo:

—¿Quieres que visite a tu hermana algunas veces?

—Preferiría que no lo hicieses. Quisiera que no entrases nunca en la casa donde habita su marido. Recibe bien a la pobre Josefina siempre que venga a verte, y dile que yo no te permito ir a su casa. Ella comprenderá perfectamente por qué lo hago.

—Muy bien, — dijo Frances.

—¿Supongo que no conoces a su esposo?

—¿Cómo había de conocerlo? ¿Por qué lo dices?

—A Josefina le parecía haberle oído decir que te había visto y tratado en alguna parte.

Frances movió la cabeza negativamente.

—Tú eres la primera persona de apellido Bouchier a quien he conocido.

A pesar de la semejanza aparente de ambos apellidos, Bouchier y Boucher, su diferencia al pronunciarlos es tan marcada que ni aun la coincidencia de ir unido el primero al nombre de Daniel llamó la atención de Frances. Quizás había olvidado o no había oído jamás el nombre de aquél hermanito suyo que murió tan niño y a quien nunca conoció.

Así fué como Frances y Jorge Manders, aunque tan estrechamente relacionados por sus respectivos matrimonios, no llegaron a verse. El no tenía la menor prisa por hallarse en su presencia. Tan luego como muriese el señor Bouchier se proponía tener una entrevista con Alano. Imaginábase que Bouchier no podría vivir mucho tiempo. Conocía su verdadera dolencia y de cuando en cuando la agravaba con nuevas amenazas y peticiones de dinero. Decíase que lo mejor era esperar algún tiempo más; si Bouchier mejorase, a él debería descubrirle el verdadero nombre de la mujer de Alano y con él tendría que concluir el nuevo pacto, a reserva de renovarlo más adelante con Alano. Pero tenía el firme propósito de no cometer otro error como el primero; de lo que se trataba era de obtener una fuerte suma al contado y una vida más independiente y más alegre en América, porque estaba ya cansado de Londres.

Josefina fué varias veces a casa de Alano, casi siempre a petición de éste, pero sin que aumentase su simpatía por su cuñada. Recordaba sin cesar las insinuaciones de Daniel y estaba convencida de que aquella vez no mentía, cosa rara en él. Su sorpresa se había manifestado muy naturalmente para ser fingida. Josefina se veía forzada a admitir que la belleza de Frances absolvía a su hermano del cargo de precipitación que al principio le había dirigido; tampoco podía hallar objeción alguna en las palabras, ideas o acciones de su cuñada; pero a pesar de todo no podía renunciar a la

creencia de que Alano se había casado con una mujer indigna de él. Sin embargo, se reservó aquellos temores para sí y en sus cartas a su madre y a Mabel nada dijo en desdoro de su cuñada.

Tampoco hubiera dado oídos a Daniel si éste hubiese tenido a bien ampliar sus confidencias respecto de Frances. Era demasiado altiva para tolerar insinuaciones ofensivas para la que era ya mujer de su hermano. Así, pues, Josefina no volvió a hablar del asunto y Daniel la imitó porque juzgaba que sus medias palabras habían producido todo el efecto deseado, impidiendo que su mujer y Frances llegasen a ser amigas íntimas y disipando sobre todo el peligro de un descubrimiento prematuro.

Dos meses de casado llevaba Alano y ya empezaba a darse cuenta de algunas de las desventajas que implicaba el ser esposo de mujer tan famosa como la Francini. Siendo contadísimos el número de hombres casados con primeras tipples, bien podemos permitirnos indicar algunas de aquellas desventajas, sin gran disgusto ni escándalo; es decir, que el número de los escandalizados o disgustados tendrá que ser también forzosamente muy reducido. Nadie negará que son muy pocos los hombres de buena posición casados con cantatrices famosas, que no se hayan arrepentido de su matrimonio; nos referimos a aquellos cuyas esposas han seguido ejerciendo su profesión después de casadas. No parece sino que la intervención de una cara mitad exclusivamente musical en los asuntos domésticos, acaba por ser tan perjudicial como lo sería la de una melodiosa cocinera en la preparación de guisos y salsas. Pero, ¿cómo censurar al bueno de Alano por la indiferencia con que miraba el ejemplo y las desgracias de los que le habían precedido en matrimonios análogos? ¿Acaso no era Frances, se decía, diferente de las demás mujeres y muy superior a todas ellas?

Su matrimonio se verificó, según queda dicho, con la menor ostentación y publicidad posibles. El señor Trenfil entregó a la novia al esposo. En la iglesia estaban también las señoras Trenfil y Melvil y Herr Kaulitz, a quien se puso en el secreto y que desaprobó rotundamente el matrimonio, pues, en su opinión Frances no debía pensar sino en su arte, lo menos durante tres o cuatro años todavía. Su amor debería ser la simulada pasión por tal o cual tenor, el que cantase con ella en esta o aquella ópera. Decía también que antes de poner obstáculos a su carrera con la posición de un marido, tenía que cantar y triunfar en todas las grandes capitales del mundo. Después, si le pareciese, podría hacer un matrimonio brillante, con un título, y dejar el teatro en el apogeo de su gloria y de sus triunfos. Pero casarse con un propietario provincial como Alano, recorrer el mundo con un marido detrás, siguiéndola a todas partes, era, en opinión del viejo profesor, "monstruoso". No le disgustaba Alano, a quien veía con buenos ojos. Era bien parecido, inteligente, atento y gran admirador de Frances. Tampoco culpaba al joven, pues, comprendía que cualquiera hubiera deseado obtener semejante cosa. No, para él, la culpable era Frances.

—¡Ay de mí! — decía desconsolado. — Después de todo no es sino mujer. Yo creía que era algo más.

Pura verdad. La gran artista era mujer. Amaba a su marido y porque lo amaba se había casado con él. ¿Por qué no? A nadie tenía que consultar sino a sí misma; y nadie tenía derecho a protestar contra su decisión, a no ser el asutero empresario que la tenía contratada por tres años, y quien se manifestó profundamente contrariado cuando ella le comunicó sus propósitos. Protestó y pronosticó todo género de calamidades, pero inútilmente. El no quería oponerse a su felicidad, pero no le gustaba tener contratas con primeras tipples casadas, porque los maridos de éstas le habían proporcionado amarga experiencia, mostrándose mucho más exigentes que sus esposas. La señorita Francini era suya por tres años, pero él miraba todavía más allá; y aun llegó a discutir la cuestión con Alano, no porque esperase convencerlo, sino para expresar su opinión y desahogar su mal humor.

—Querido mío, — le decía con toda familiaridad, porque era hombre influyente y de buena posición social; para mí es un gran trastorno. Precisamente cuando yo la necesite para algún papel o trabajo de entidad, empezará a tener hijos, con todo lo que eso implica. Daría cinco mil libras esterlinas porque no se verificase tal matrimonio.

La observación no era de lo más cortés, así es que Alano contestó seca y brevemente, indicando al empresario que no se mezclase en asuntos ajenos.

—¿Cómo ajenos! — exclamó aludido. — Míos y muy míos. Ud. se casará por placer y me atrevo a decir que lo mismo le pasa a ella; pero para mí es cuestión de negocio, un triste negocio, por cierto. Ud. debió haberse quedado en Vésire y casándose con la hija de un rico propietario o banquero...

—Esa es cuestión mía y no de la incumbencia de Ud. — dijo Alano.

El empresario no añadió palabra, pero lo dicho bastó para indicar al joven cómo la continuación de Frances en la escena podría perjudicar a su felicidad doméstica. Más aún, cuando perdiese alguno de los gozos que usualmente proporciona al hombre su matrimonio con la mujer amada, se consideraba en todo lo restante mucho más afortunado que los demás mortales. Además, ambos eran jóvenes y probablemente al cabo de algunos años podrían empezar su verdadera y aun más feliz vida de casados.

La modestísima ceremonia no fué de su agrado. Aunque aborrecía todo lo que fuese ostentación y aparato, pareciale algo humillante e indigna de él aquella oculta manera de entregarse a la mujer que amaba. Frances había deseado y pedido que el matrimonio se verificase así, casi en secreto, para evitar los parrafillos murmuradores de los periódicos. Una vez terminada la ceremonia no ocultarian su unión, aunque tampoco se proponían anunciar el acontecimiento a voz en grito. Habían tomado una casa más espaciosa y mejor en la misma Avenida de la Opera, amueblada, por supuesto, pues a Frances le era imposible saber cuál sería el punto de su destino al terminar la temporada teatral en Londres. Quizás acordasen recorrer las ciudades inglesas de provincias, o pasar al extranjero, más probablemente, lo último; y en tales circunstancias hubiera sido tan erróneo por parte de los recién casados amueblar una casa, como lo sería por parte de un jefe del ejército que esperase de un momento a otro la orden de ir a prestar servicio fuera de su país. Sin embargo, una casa amueblada por extraños no es el nido que un recién casado suele elegir para instalarse con su amada.

Su luna de miel, ese intervalo sagrado en que los nuevos esposos prescindían por completo de las penas, trabajos y molestias de la vida diaria y eluden o esperan eludir la curiosidad del mundo entero, fué también muy poco satisfactoria, comparada con lo que usualmente se llama y significa la luna de miel. De la iglesia salieron para Linden por tres días. La Francini estaba anunciada para cantar al cuarto día. Probablemente en toda su carrera teatral no sintió tan vehementes deseos de alegar una indisposición como aquella vez. Pero era demasiado leal para hacerlo así y ambos tomaron el camino de Londres y del teatro, donde Alano desde su butaca oyó cantar a su esposa, quien le dirigió y dedicó todas las frases de amor que en buena ley pertenecían al pobre tenor, a quien el libreto de aquella ópera convertía en uno de los galanes más infortunados del mundo.

Volvieron a marcharse por dos días y regresaron al tercero para cantar ella en un concierto en el llamado Salón de las Flores. Entre idas y venidas su luna de miel fué muy poco satisfactoria, incompleta, fragmentaria, una luna llena de eclipses, sin aquel reposo y retiro absolutos que parecen condiciones indispensables para la felicidad de ese período memorable en la vida de todos los casados.

Sin embargo, eran profundamente dichosos y por fin regresaron a Londres, dispuestos a prolongar lo mejor posible aquella interrumpida luna de miel en su propia casa, cuya puerta permaneció cerrada para todos por espacio de dos semanas, con la única excepción de aquellas personas a quienes la artista tenía que recibir y consultar por razones de su profesión.

La señora Melvil lo tenía todo preparado y lo recibió cordialmente. Estaba acordado que seguiría viviendo con ellos, pues Frances la quería mucho y Alano la estimaba también. Nada le importaba a éste el pobre concepto que ella tenía formado del teatro en general; y en cambio, su presencia y su compañía libraban a Frances de toda censura. Además, necesitaban una persona que se encargase del manejo de la casa. Por muy hacendosa que sea una primera tiple, a duras penas puede disponer las comidas, vigilar a los criados y atender al gasto diario. De todos estos y otros detalles se encargó la señora Mervil, y lo hizo tan bien que la vida doméstica de Alano reunió todas las comodidades apetecibles. Demasiadas, se decía él a veces. La casa en que vivían era espaciosa, estaba bien amueblada y el alquiler era proporcionalmente subido. La Francini ganaba dinero abundante. Las condiciones de su contrata primitiva, ya muy satisfactorias para ella, habían sido modificadas a favor suyo por el generoso empresario, en vista de su indiscutible triunfo. Así, pues, Frances no vio necesidad alguna de moderar sus gastos. Gustaba de tener muchos criados y los había tomado. Era indispensable tener coche. En fin, había puesto la casa sobre un pie lujoso, y aunque Alano tenía una buena renta, del todo independiente de la de su padre, vió desde luego que no bastaría para cubrir todos los gastos. Se lo dijo a Frances y ésta se rió de él.

—¡Ah, tontuelo! — le dijo. — Estoy ganando dinero a montones y ganaré más todavía. Si quieres te lo entregaré

todo y tú te encargarás de pagar las cuentas y atender a los gastos, sin exceptuar una sola partida.

Esto era precisamente lo que él quería, pagar todos los gastos; pero pagarlos con su dinero, no con el de su mujer. Su deseo hubiera sido poner aparte y a nombre de Frances hasta el último centavo de cuanto ella ganase. Así se lo dijo y Frances comprendió las ideas que le asediaban. Era más altivo de lo que ella había creído.

Consiguió persuadirlo, pero con bastante trabajo. Díjole que cuanto uno de ellos poseía pertenecía también al otro; que era indiferente que él o ella aportasen el dinero para tales o cuales pagos. Lo esencial era hacer uso de ese dinero para vivir a su gusto. Podría suceder que algún día tuviese él que sostenerla a ella, además, de subvenir a sus propios gastos. Estas últimas palabras le permitieron entrever un porvenir tan delicioso, que Alano se limitó a cubrirla de besos, diciéndole que era la mujer más encantadora, que la amaba y que todo se haría como ella quisiese. Pero allá para sus adentros deseaba poder arreglar la cuestión económica a su manera.

La señorita Francini no podía tener cerradas siempre las puertas de su casa, que muy pronto quedaron abiertas para cuantos tenían derecho a entrar por ellas. Su matrimonio era ya cosa bastante sabida y Alano se veía objeto de numerosas enhorabuenas siempre que se presentaba en los clubes y casinos. Por entonces era objeto de gran curiosidad para sus amigos. Belfor se vanagloriaba de haber predicho aquel matrimonio desde un principio.

—¿Pero logra usted verse alguna vez a solas con su cara mitad? — preguntaba a su amigo.

—No le quede a usted la menor duda de ello, — le contestaba Alano.

—Me es imposible pensar en la Francini y llamarla señora de Bouchier. Entiendo que todavía canta en público.

—Por algún tiempo, cuando menos.

—Pues hombre, bien; deseo que sea usted muy feliz. Pero esa vida le va a parecer algo dura algunas veces. ¿Supongo que su matrimonio ha dado al traste con todas las tradiciones de familia, eh?

—Desde luego; pero ambos somos felices y es todo lo que deseo.

—Tiene usted razón mil veces. Si me lo permite iré a visitarlos.

—No deje usted de hacerlo. Lo veremos siempre con verdadero placer.

Y los visitó Belfor y lo mismo que él hicieron otros muchos. Todo el mundo deseaba ser presentado a la señorita Francini, como seguían llamándola. Muchos personajes querían a su vez que ella honrase sus casas con su presencia. Llovieron invitaciones, y aunque muchas quedaron descartadas, no fué pequeño el número de las que tuvieron que aceptar. Algunas de ellas hubiera sido de todo punto imposible desairarlas. El resultado fué que entre las horas dedicadas a los deberes de su profesión y las que le consumían sus compromisos sociales, Frances pasaba el día ocupadísima. Alano la acompañaba siempre que podía. Por fortuna para él era conocido en la buena sociedad, pero aún así no dejó de disgustarle la distinción que muy pronto notó y que todos hacían: él no era ya el señor Bouchier, sino el esposo de la señorita Francini. No hay hombre a quien no agravie y humille tal distinción.

Agradábale ver a Frances triunfante, solicitada, objeto de mil honores; todo lo tenía ella muy merecido. Pero ¡ah! con cuánto mayor placer la hubiera él visto invitada como su esposa, y no como artista benemérita, a todas aquellas mansiones del gran mundo. Sin el menor sentimiento egoísta, deseaba que aquel renombre fuese suyo, y no de su esposa. Nada podía hacer por ella. Frances se había creado la posición que ocupaba. No hay hombre a quien no halague el pensar que su esposa mejoró de situación al casarse con él; y esta satisfacción no podía gustarla Alano. El mismo dinero con que vivían, o la mayor parte de él, procedía de Frances. ¿Qué le había dado él? ¿Qué podía ofrecerle? Nada más que su amor, y éste le era correspondido con igual pasión, de suerte que ni aun en aquel delicado terreno le era permitido obtener la menor ventaja.

Varias de las invitaciones que Frances recibió hubo que considerarlas como órdenes, pues emanaban de personas de la familia real. Algunos de los príncipes ingleses son muy entusiastas y conocedores de la música, y la joven tuvo que cantar en su presencia una o dos veces. Distinción lisonjera, pero que no hizo la menor gracia al joven Bouchier, a quien mortificaba aquello de que una persona, por alta que fuere, pudiese hacer comparecer a su esposa a discreción y para su propio esparcimiento. Pero Frances se sintió muy satisfecha con aquella honra y Alano tuvo que aparentar que también lo estaba.

(Continuará)



ecparr
LA MEJOR REVISTA
CINEMATOGRAFICA
Y TEATRAL



CINZANO

VERMOUTH



\$ 1.20

M. R.

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIEDAD EDITORIAL Y LITOGRAFICA
S.A.



El cuidado del cutis es la primera preocupación de toda mujer elegante. Antes de salir aplíquese los

POLVOS del HAREM



Revista Quincenal

AÑO IV. NUM. 103

SANTIAGO DE CHILE

15 de septiembre de 1931.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.

Candidatos presidenciales

Habla don Juan Esteban Montero

Confía en el resurgimiento económico del país

Había que reformarlo todo; para la existencia de Chile Nuevo, cada mañana los diarios debían publicar grandes proyectos, reformas, reorganizaciones y decir que, el día anterior, el Gobierno había salvado la República. Así se probaba la eficiencia del régimen y se podía elogiar la abnegación patriótica y el espíritu de trabajo de los señores Ministros.

Mirábamos nosotros esta obra desde adentro y comparábamos silenciosamente. El señor Ministro llegaba tarde a su despacho, no firmaba ni los asuntos más urgentes y era preciso, con frecuencia, cambiarles la fecha del mes a montañas de decretos acumulados en espera de resolución. El señor Ministro conversaba con sus amigos y, de cuando en cuando, nombraba alguna comisión reorganizadora de algo.

Así nos tocó figurar en una de ellas, con otro funcionario público, un amigo del Ministro y don Juan Esteban Montero, a quien reconocimos, desde luego como nuestro presidente y en cuya casa nos reunimos.

De este modo trabajamos conocimiento con el eminente profesor de Derecho y en el ambiente de su escritorio, impregnado en una especie de austeridad sencilla, protestante, pudimos apreciar la claridad de inteligencia de este hombre sin énfasis, su razonamiento perfectamente ordenado, su precioso equilibrio, su buen sentido y su honradez práctica. Pronto el representante del criterio gubernamental elaboró delante de nosotros una creación administrativa fantástica, difícil, costosísima, con un consejo técnico, algo como una Superintendencia con funcionarios escalonados, y nos hizo brillar, en la cumbre, un puesto suntuoso, rentado, con magnificencia. Naturalmente, él tendría el suyo dentro de aquel enorme aparato. Con el señor Montero y el otro funcionario le dimos nuestro parecer adverso a semejante idea y los tres llevamos hasta el señor Ministro un modesto borrador de reforma inspirado en la observación de los hechos y en las necesidades reales del servicio. El señor Ministro nos oyó muy atento, defendió un poco la construcción babilónica de su amigo y, ante las objeciones del señor Montero, declaró que tenía mucho trabajo y que volvería a citarnos a reunión.

Quedamos liquidados sin una palabra más.

Después supimos su opinión: encontraba que la Comisión Reformadora no había trabajado bastante.

Los tiempos cambian con rapidez.

Ausente del país aquel señor Ministro de las grandes reorganizaciones y de las labores por cuenta ajena, nos encaminamos ahora, de nuevo, a la calle de Santo Domingo, a casa del señor Montero, candidato presidencial de todos los partidos, a pedirle algunos puntos de su programa.



Don Juan Esteban Montero.

Nada ha variado, aparentemente, en la tranquila misión, donde una enorme responsabilidad histórica penetró con la aspiración ansiosa de un pueblo hacia la verdad, la honradez y el sentido común, tradiciones fundamentales perdidas en años de grandeza delirante. El mis-

mo hombre nos recibe, afablemente sereno, y recuerda, no sin una sonrisa, aquel intento de aventura grandiosa deshecho con su nítida y tranquila argumentación. Hay en su rostro y en sus maneras una virtud de confianza que atrae como influencia secreta y se siente, en su presencia, que ha sido una de las grandes intuiciones nacionales la elección de esta personalidad llena de solidez para un cargo, presa, generalmente, de la palabrería osada, y que en esta ocasión, por admirable excepción histórica, ha sido impuesto al callado mérito, a la resistencia modesta y sincera, sustentáculo natural de la verdadera “autoridad”.

¡Teníamos tanta necesidad de creer en alguien y en algo! Con su conducta de una rectitud perfecta, como la lógica abstracta, con sus declaraciones sin ningún cálculo personal, sin sombra de doble intención, don Juan Esteban Montero ha encarnado irresistiblemente delante del país la figura del mandatario que todos queremos y necesitamos y ha convertido su destino en nuestro destino.

No hay nadie más en la casa del candidato y diríase que los trabajos y la agitación inevitable de la candidatura se harán solos, por voluntad colectiva, como debería ser siempre, como no es casi nunca o, acaso, nunca, sin casi...

—Queríamos, señor — empezamos — que nos diera Ud. una síntesis de su programa presidencial.

El señor Montero habla con la paz y la coordinación del maestro en su cátedra.

—Ante todo — dice — yo debo responder al movimiento que me ha llevado a esta lucha electoral, esto es, el restablecimiento del imperio de la Constitución, devolver al país su normalidad y el goce de las libertades legítimas, única garantía del verdadero orden. Como orientación política, con absoluta sinceridad declaro que, a mi juicio, no cabe colocarse en posiciones extremas: es

momento de cooperación común, y si por una parte no pueden desconocerse los derechos que tiene el capital a una justa protección, la solidaridad es un principio de vida de las naciones que obliga a asegurar el mantenimiento de las conquistas hechas en materia de leyes sociales y a procurar su mejoramiento.

—En materia económica...

—Sobre la base del respeto a las leyes sociales, que estimo benéficas, aunque mal conocidas por el propio pueblo, que no aprecia sus buenos efectos, sólo mira sus desventajas parciales, tenderé a la reconstrucción del país y al estímulo de la producción dentro de los recursos propios con que contamos. Hemos suspendido el servicio de la deuda externa y sólo nos queda probar a nuestros acreedores nuestra firme voluntad de pagar cuando las circunstancias lo permitan. Necesitamos, pues, imponer a la conciencia nacional la obligación de realizar abnegadamente muchos sacrificios, en todas las esferas sociales, sin esperar ayuda exterior, sacando de nosotros mismos las riquezas que han de darnos de nuevo el bienestar perdido.

—¿Qué medios piensa Ud. poner en acción para ése objeto?

—Por ahora no puede hablarse sino del fondo del problema, de su aspecto más genérico, que me parece de índole moral. En las cuestiones que parecen más puramente materiales, hay siempre una cuestión psíquica, de espíritu, de buena voluntad. Creo que no hay nada imposible a la voluntad humana decidida. La hora es grave; pero si contamos con la cooperación necesaria y la unión de las fuerzas eficaces, no me parece difícil levantar el nivel de nuestras actividades.

—La situación de las industrias y los negocios...

—Como medida concreta, de inmediata urgencia, creo necesaria la baja del interés, el cual ha subido, sin duda, (Continúa en la pág. 20).



En el País de las Leyendas

Se encuentran todavía en Bretaña, en las aldeas que están situadas lejos del camino grande, gentes viejas que saben cosas aprendidas en otros tiempos, en los tiempos de las brujas. No se ha borrado en ellas aun, el recuerdo de las lavanderas nocturnas, de la Gran Perra Negra de Menez, que rodaba por las noches en las landas, ni de los duendes que tomaban la forma de fuegos fatuos para asustar a los viajeros. Pero estas criaturas fantásticas han desaparecido de la circulación, o al menos, ya no hacen a nadie hablar de ellas. Quizás arrojadas de sus dominios por los faros de los autos, han emigrado hacia algún país más tranquilo, donde los fantasmas no corren el riesgo de toparse por la noche, con las antenas de la telegrafía sin hilos. Únicos vestigios de los tiempos maravillosos, los monumentos célticos, aquí y allá, levantan sus formas indecisas. Los monumentos célticos son, como cualquiera sabe, jóvenes y muchachas cambiadas en piedra, por haber danzado durante la hora de los oficios. Este castigo del cual lo menos que puede decirse, es que era bastante duro se encuentra frecuentemente en las leyendas de antaño. En nuestros días se ha hecho excepcional. Las buenas tradiciones se pierden. Las buenas tradiciones se han ido con los usos.

Así es como desaparece poco a poco, todo lo que hacía pintoresco a un país. Todo esto es desagradable desde que el turismo se perjudica con ello. Los visitantes serían mas numerosos en Bretaña, si supieran que corrian el riesgo nada pequeño de ser petrificados vivos, ellos con su coche y sus fonógrafos portátiles, o supieran que iban a oír, al atravesar una selva, el silbido de la noche, desde el follaje de una encina, silbido lúgubre, presagio de una muerte cierta. ¡Una punta de peligro! ¡He aquí lo que hacía mucho más sabrosas las vacaciones!

Pero el hombre, desde que ha decidido imponer en el mundo lo que él llama pomposamente la civilización, parece obtener un estúpido placer en destruir toda la poesía de la naturaleza. Y en seguida llora, por el bello tesoro inmaterial destruido por sus dedos sacrílegos. Desgraciadamente, ya es tarde.

En el primer siglo de nuestra era, los marineros griegos escucharon elevarse sobre las olas, una voz que decía: Pan, el gran Pan ha muerto. Con el dios silvestre, se enterró una amable y noble teogonía, que artistas músicos y poetas, más tarde, durante siglos, lamentaron amargamente no poder resucitar. Después, nosotros hemos dejado morir a los gigantes, a los ogros y a las hadas. El diablo mismo, un bello día decidió marcharse de un mundo grosero que no le estimaba en todo su valor, y le creaba en cambio todo género de dificultades. A su turno, los fantasmas de nuestras leyendas, han hecho la maleta, y nada hemos hecho nosotros para retenerlos.

Habría sido, sin embargo, sencilla para los hombres, atrasearse a esos personajes de marca, con poco que les hubiera re-

conocido sus méritos, concediéndoseles territorios, donde lejos de la política celeste y de los cambios de régimen que trastornan la carrera de las divinidades, lograr un retiro inocente y honorable. En lugar del Olimpo perdido, estoy seguro que el cerro de Montmartre, habría hecho perfectamente el papel del buen Júpiter y de otros dioses desterrados. Las lo-reley arrojadas del Rin, hubieran encontrado refugio en el Mosella.

En fin, es imposible que se me haga creer que no existía o que no existe en alguna parte, alguna landa inútil, que ceder a los demonios y almas en pena para que llevaran tranquilamente su vida infernal.

Después de todo, nada nos prueba que sea ya demasiado tarde para instituir estas reservas, como se dice en América. Sería bastante, quizás, con que se abriesen oficialmente para que concurriesen en el acto las criaturas de la leyenda, que no han muerto como se ha creído, sino que han sido reducidas a cesar en sus actividades por culpa del progreso.

Habría entonces encantadoras prebendas para los poetas: como conservadores del Bosque Sagrado, guardianes del Jardín de las Hespérides, conserjes del Walhalla, contadores del oro del Rin, inspectores de Ninfas y Driadas, o Cónsules de Francia en el País de las Hadas.

G. A. MASSON





Desde lejos el pinar era un telón de sombra impenetrable. Amenazaba devorar nuestra alegría, engullirse el caudal de risas que prolongaba la excursión. Sus árboles, totalmente unificados, se burlaban de nosotros; el eco de su mofa nos llegaba en un trueno. Nadie se preocupó de interpretar los murmullos. Nuestra juventud desafiaba al más fiero gesto del paisaje. ¿Sería yo el único que temía penetrar en la plenitud del bosque? Ordené mis sentidos hacia un fin más práctico y lo primero que aprehensaron mis sensaciones fué el vestido blanco de Meche, ceñido hábilmente al talle por un cinturoncillo azul, donde mis ojos anclaron después de huronear por su cuerpo cuajado de montañitas nevadas.

Todos pretendían enroscar a mi atención una frase más o menos graciosa. A la anécdota de viaje sucedió el perfume predilecto, la aventura amorosa... Las primeras palabras se perdieron pronto sin dejar señal; las siguientes no llegaron a nacer, se reducían a signos trazados fuera de la recta que me unía a Meche; ajenos, por tanto, a mi itinerario.

Según nos acercábamos al pinar, la aguja de nuestra mirada deshilachaba el tejido. La mole de pinos se abría en manojos primero, en elementos aislados después, hasta cedernos el paso tras una reverencia de sus cabezas despeinadas. Mediaba la tarde, acentuada por un signo ortográfico de sol. A cada palidez del día correspondía un tono más fuerte en nuestros colores, un matiz más puro para cada zona. Yo estudiaba el espectro luminoso de Meche; los demás me eran demasiado conocidos y carecían de interés. Cada vez que iluminaba sus dientes con una frase, yo colgaba de sus ojos un gesto admirativo recogido del resquicio más inexplorado del espíritu.

—¿Falta mucho? — preguntó cualquiera.

—Quince minutos escasos.

El chalet de la duquesa ocultaba sus torrecillas entre pinos cómplices. Cuando, a través de una claridad, anticipaba el edificio un ladrillo de nuestra, mis compañeros lanzaban gritos de alegría como ante una nueva tierra de promisión. Yo buscaba la voz de Meche para acostar en ella mis pensamientos. ¡Es tan delicioso dormir bajo la brisa de unos ojos que pestañean! Una mujer exquisita es superior a todos los paisajes. En Meche adoro esa zona impalpable, sin localizar aún, que embriaga de ensueño. Donde otras fijan carteles de coquetería ella dibuja arabescos de gloria.

—¡Aquí está el chalet!

Un guarda ribeteado de miseria corta el paso con sus galones.

—Vienen ustedes muy tarde; ya no pueden ver nada.

A nuestro ruego el guarda opone su autoridad:

—Imposible. Vuelvan mañana más temprano.

Junto al lamento de todos se alza mi alegría. Regresamos entre la vanguardia de la noche que se apodera del pinar. Las piedras han borrado sus aristas, los árboles su perfil airoso. Mis amigos hablan; yo arranco sombras de la frente de una mujer. El mochuelo toca su arpa de estrellas.

—¡Vuelvan mañana!

Aprovecho un descuido para esconder entre la melena de Meche una pregunta:

—¿Vendrás con el vestido blanco?

II

En el grupo de amigos paso inadvertido. Soy el que menos habla, el que menos ríe, el que menos despide a Meche. Diluido en mi silencio, contemplo la efusividad de sus adioses, el aleteo de sus manos. Las fuerzas vivas de la colonia rinden el último homenaje al veraneo. Inesperadamente, Meche



tiene que huir del campo para refugiarse en la ciudad. Todos labran para ella una frase alegre, un comentario risueño; yo, únicamente apporto mis dimensiones inexpresivas. Nuestra despedida ocurrió anoche junto a la fuente de "Navarrillos", entre dos pinos que custodiaban nuestra emoción; entonces acordamos converger nuestras vidas en la ciudad. Haremos liquidación de pensamientos, resumiremos en una palabra el cociente de dividir el veraneo por el amor.

—¡Ya han dado la salida!

La máquina rubrica con un silbido la exclamación de Eli-ta. Al tiempo de aflojarse los frenos se desengrana de mis ojos la mirada de Meche, diente a diente, pestaña a pestaña. Puedo medir las zonas de alejamiento centímetro a centímetro; la intensidad de nuestra inquietud suspiro a suspiro. A lo largo de la vía nuestra mirada se baña en reflejos metálicos. Un pañuelito vuela en la última plataforma; entre sus vainicas mi adiós borra tres besos con colores de sol.

Cuando vuelvo la cabeza nuestros amigos se han marchado. Vinieron a despedir a Meche para "matar" media hora de este inacabable tiempo; ahora corren felices porque los treinta minutos cayeron en un pasado definitivo. ¡Qué triste su existencia reducida a la simpleza de un almanaque y un reloj! Prefiero medir mi vida con la temperatura de unos labios, con el ritmo de una voz femenina. Para ellos el veraneo es una etapa de aburrimiento disfrazada de presunción. Ahora que estoy lejos de Meche comienzo a analizar las sensaciones que ha despertado en mí. ¡Pero es tan difícil definir, encasillar los complejos del espíritu! Después de consultar a los árboles, a las nubes, a las montañas que tantas veces hemos contemplado juntos, me atrevo a calificar de "amoroso" mi estado. ¿Dónde reside el amor? Cuando flota en nuestra boca esa palabra, ¿qué remolinos espirituales la han arrojado a la superficie? Un juicio, un timbre de voz, un concepto de la vida, una risa derramada a la vez por los treinta y dos dientes, pueden ser origen de este estado efectivo, a cuyo alrededor la pasión va engarzando detalles, aglomerando adornos. Meche y yo nos hemos vuelto a encontrar después de muchos años. Nuestra vida se bifurcó por sendas opuestas, pero sin perder el potencial amoroso que al cruce de dos miradas tensó nuestra sensibilidad. Hoy que reanudo mis paseos por sus facciones me detengo en cada una para apurar su expresión. Con el resultado del proceso acudiré a su lado, me someteré a su decisión, y así construiré una hoja más del único almanaque que merece ser editado a la hora exacta que marquen las esferitas de sus ojos.

III

Hemos pasado la tarde juntos. Cuando huye de mis manos la blancura de su guante pretenden mis dedos perseguir

su huída, atenuar su geometría. ¡Es tarde! No queda de ella más que el repique de su voz, un eco mortecino que flota en mi vida como la señal de un libro entre sus hojas. Y precisamente esta frase última ha de condensar muchas horas de gloria transcurridas bajo la sombra de su melena. He dejado escapar a Meche sin comprender la importancia de su pérdida. Los planos de la ciudad, abiertos antes a nuestra risa, convergen ahora en aquel rincón donde ella ha cobijado el último escorzo, la última pirueta de su belleza.

Meche desaparece.

A los balcones de las casas asoman cien vidas diferentes; acechan mi paso para burlarse de este vacío que camina a mi lado, de esta angustia de ave que no encuentra resistencia para aletear. Me siento reducido a la más inverosímil disminución, a un punto del espacio por donde sólo puede pasar la línea recta de su mirada. Las azoteas tiran a mis pies rayos de sol con las siete aleluyas del espectro, el techo azul de la calle hincó sobre mi cabeza toda su densidad; el vestido blanco de Meche está sustituido por un ángulo de cemento, su risa por un claxon que desgrana notas equivocadas. De todo su equilibrio sólo conservo la suavidad de un guante olvidada entre mis dedos. La calle jubilosa, el caminar de las gentes, la soberbia de estos edificios, pierden agresividad, desmoronan su dinamismo, mueren, al evaporarse la sombra de Meche. ¿Qué valor tienen estos alardes de arquitectura al lado de las cuatro paredes de su alcoba, donde, a diario, multiplica su cuerpo? ¿Qué importancia cabe a éste rincón de la ciudad junto a la almohada que de noche borra sueños de su frente?

—Descubramos antes si todo esto es un capricho nada más... — me ha repetido muchas veces. Con esta frase hemos marcado un año de separación. Meche no quiere equivocarse, y antes de estampar un sello de eternidad apura la distancia, se desliga de nuevas citas y fija resueltamente la última al cabo de trescientos sesenta y cinco días; ¡trescientos sesenta y cinco murallas alzadas ahora ante mi vida! Agotaré mi paciencia en ese tiempo. Consumir un día sin la esperanza de que al siguiente me esperen sus labios, me parece demasiado martirio.

Abrazado a la despedida de Meche huyo entre calles estrechas donde mi propio taconeó rezuma lirismo por las paredes. El número de cada casa me recuerda algo relacionado con ella; el tres, las cartas que he escrito contándole mis sueños; el cinco, la cifra de sus trajes que conozco; el doce, las veces que ha suspirado junto a mí... La calle resuelve operaciones aritméticas con números de distinta especie: suma heterogénea de vendedores, pájaros y esquinas de sol; suma heterogénea de horas, risas y sueños de oro... En una ventana, el canto de un rosal desde su tiesto, cierra seis manos encarcelando el día. A lo lejos la ciudad puntúa su existencia con pregones dislocados. Podría ser la calle talonario de cheques de amor — cada esquina una cita —, guitarra de cemento y gas — cada puerta un sonido —. Prefiero ser ecuación matemática — cada balcón una incógnita —. Me rodean las gentes, me pinchan sus ruidos inútiles; ante el arco iris de unos anuncios luminosos junto el nombre de Meche al de John Gilbert y Greta Garbo, mientras empiezo a sentir el peso de esos trescientos sesenta y cinco días que hoy comienzan su desfile.

I V

En una mañana de diciembre; un viento norte desemboscado cuelga cascabeles en las alcobas de las solteras, desbrocha la aurora, releva al centinela de la noche, descubre secretos a las cortinas. La ciudad, en camión, se restriega los

ojos entre pliegues de aire. Con el tintineo de los carritos madrugadores ha llegado a mis manos una carta que dice exactamente: “Te espero a las once en casa”. Me desconcierta el papel; firma Meche, pero no es su letra. Además, ¿por qué me ha levantado la pena tan pronto? Apenas hace dos meses que se despidió para un año y hoy me llama. Pero mi alegría es superior a todo razonamiento y me visto aprisa, en desorden... Correré a sus pies para agradecer el indulto, esconderé en cada pliegue de sus manos un suspiro de gozo.

Cada vez que alguien se extraña de lo de prisa que voy por la calle, siento ganas de responder a gritos: ¡Me ha llamado Meche; usted haría lo mismo en mi lugar!... Sus dientes estarán afilados para cortar mis palabras, sus venas trazarán caminos ideales a mis besos.

Allí enfrente está el hotel; la verja cerrada custodia la impaciencia de un corazón. Apoyo un dedo en ese timbre que conoce la suavidad de sus llamadas.

—La señorita está en su cuarto.

Nadie más me detiene. Huelo sus perfumes; debe estar muy cerca, porque percibo murmullos de seda como siempre que ante mi cambiaba de postura. No me da tiempo a ensayar un gesto de presentación.

—Pasa, Luis.

Sus ojos no me siguen; parecen rehusar el cruce con los míos.

—¿Por qué no me miras?

—No te veo, Luis. Para mí serás siempre como aquella tarde que nos despedimos.

—¡Meche de mi vida!—Tomo sus manos cuyas uñas se van destiñendo en mi boca lentamente.

—Me he quedado ciega... Mi retina se ha desprendido... No sé el motivo...

Sus palabras se van clavando en mi frente como agudos arpones. Tiene los ojos tan abiertos y tan claros que me niego a aceptar su confesión.

—Créeme. La luz se ha terminado para mí. No percibo el contorno de las cosas. Te he llamado para que sepas que nunca seré tuya.

Cuando cesa de hablar, grupos de palabras acuden tumultuosamente a mi garganta. Aprovecho su mal

para llorar en silencio. Pero una lágrima indiscreta me descubre:

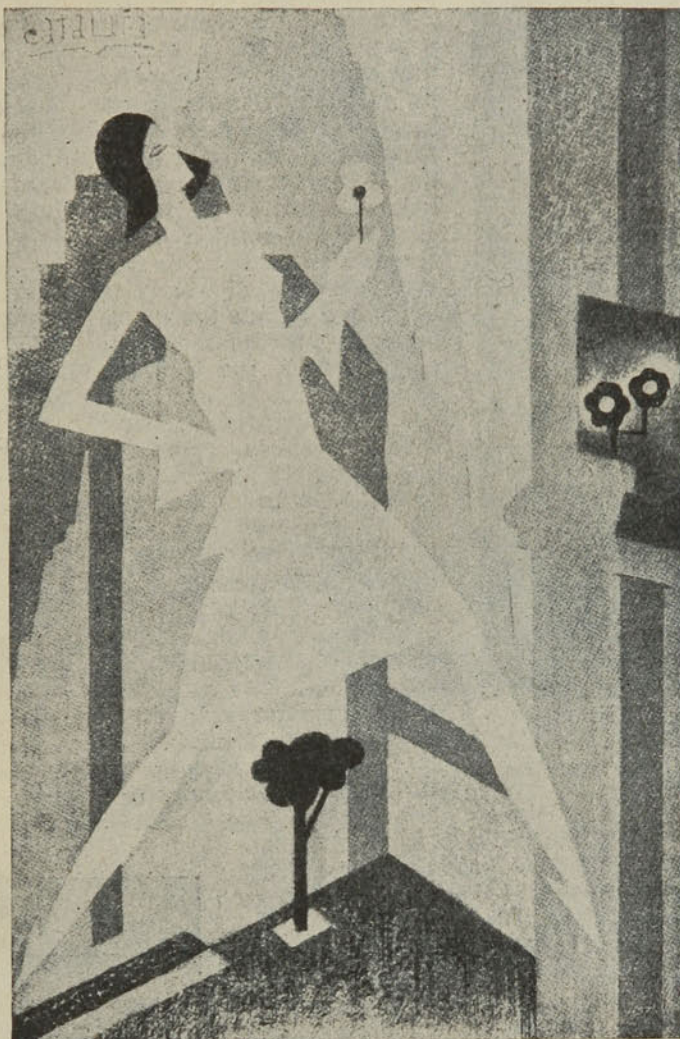
—¿Qué haces?

—Quererte más que nunca. Ahora es cuando te hace falta mi amor para caminar por el mundo.

—¡Imposible! Yo no puedo ser tu felicidad.

Su argumento se deshace entre besos. El jardín alza hasta nosotros sus colorines alegres y cada rama puntúa en el cristal con sus vaivenes una frase de amor cuya intensidad no necesita la mirada de Meche para emocionarnos.

JULIO ANGULO



PARA

TARJETAS VISITA
PARTES MATRIMONIO
INVITACIONES SOCIALES



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

ENCANTOS Y MALEFICIOS.- LAS BRUJAS



«Los Consejos de la Bruja», por Van Mieris.

Cuando se releen las crónicas de los tiempos pasados, entre los sucesos que pueden parecer más incomprensibles, es preciso citar los diferentes procesos que se desarrollaron en todas partes de Europa, con el único fin de confundir y condenar a las brujas. Un viejo proverbio árabe dice que, siempre en lo mejor como en lo peor, se vé a las mujeres ocupar los primeros lugares.

Este adagio parece verdadero a aquellos que, hojeando los anales de la magia y de la brujería, ven en ella por lo menos tantos nombres de mujer como nombres de hombres. Y sin duda, porque los crímenes que se les imputaba parecían más abominables perpetrados por ella, los magistrados se mostraban también más severos con ellas. Muy pocas escapaban el suplicio, mientras que más de un hombre encontró el medio de substraerse a la mano cruel del verdugo.

Una de las primeras brujas conocidas, es una cierta Pasqueta de Villefranche en el Piamonte, condenada a pagar una multa de 40 sueldos porque hacía sortilegios.

A la vuelta de los Cruzados, donde el Oriente les había enseñado una cantidad de mágicos y encantadores, los caballeros y los frailes vieron brujas por todas partes. Las más extravagantes historias circulaban en los castillos. Los compañeros del rey San Luis repetían lo que habían oído. La anécdota más encantadora, es la del rey de Sicilia. Este príncipe, navegando una tarde a las orillas del mar Tirreno, cogió una cabeza por los cabellos, creyendo salvar a uno de sus camaradas que se ahogaba. Cuan-

do llegó a las orillas, conoció que había cogido a una encantadora muchacha. Se casaron y ella le dió un hijo. Vivían felices, aunque ella no hablaba jamás... Advertido por sus amigos que había introducido en su palacio una bruja fantasma, conjuró a su compañera para que tomara la palabra y se defendiera, amenazándola con matar al niño, si continuaba en su silencio. Entonces, la hermosa habló: declaró a su esposo, que él acababa de perder por su violencia a la mejor y a la más fiel de las mujeres, y bruscamente se desvaneció a sus ojos, no dejando ante él, sino una ligera humareda. Poco tiempo después, como su hijo estuviera jugando en la playa, la bruja reapareció. Emergiendo del seno de las olas, cogió al pequeño y le llevó consigo a los abismos.

Hasta allí, nada de repulsivo o condenable. Es una fábula nada más. Pero he aquí, que empieza a murmurarse extrañas cosas. La gente se arriesga a murmurar los nombres de

los echadores de suerte y sus suplicios. El siglo XVI está lleno de crónicas espantosas donde las brujas representan el mayor papel.

En 1322, Juan XXII notificaba, que "muchos hijos de perdición, discípulos de iniquidad, se entregaban a culpables operaciones de sus detestables maleficios fabricando detestables imágenes de plomo o de piedra bajo la figura del rey para ejercer sobre ellas artes mágicas horribles y prohibidas". Las acusadas habiendo declinado la jurisdicción ordinaria, fueron examinadas por tres cardenales a quienes el Papa encargó esta comisión. Los cardenales las remitieron en seguida a los jueces seculares. En el mismo año, se admiraba él de los progresos de las ciencias ocultas, "conmovido por la cantidad de gentes cristianas solamente de nombre y que abandonaban la luz de la verdad. Están de tal manera sumergidos en las tinieblas del error, que hacen alianza con la muerte y pacto con el infierno, sacrificando a los demonios, adorándoles, fabricando imágenes, anillos, espejos y otros objetos para encadenar al diablo a quien interrogan y del cual reciben respuesta".

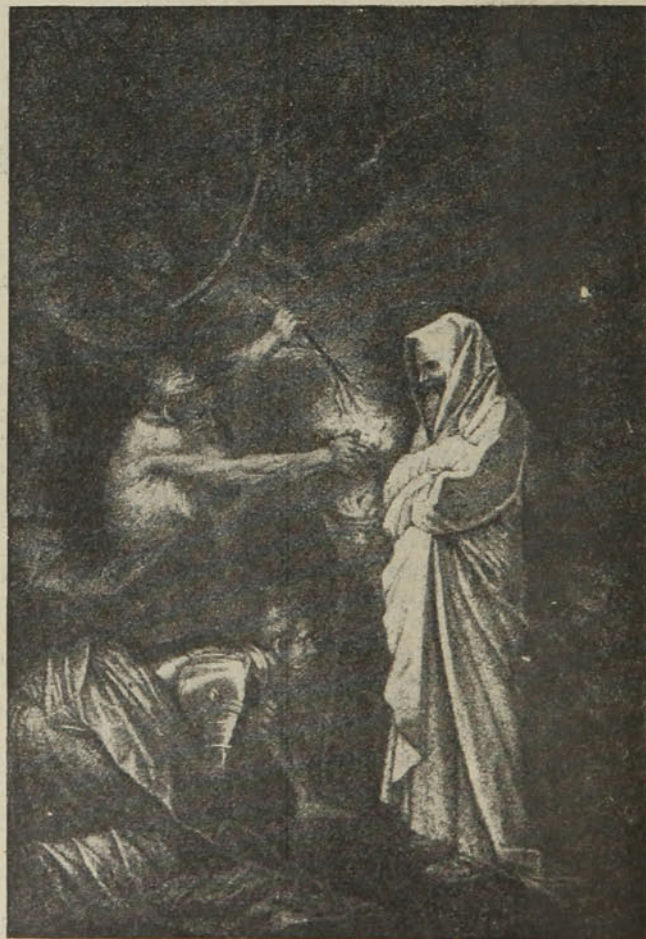
Pronto es una especie de locura colectiva, la que se apodera de los pueblos ignorantes:

ya se trate de Francia, de Italia o de Alemania, las brujas ocupan todos los espíritus.

Si se veía cualquiera mujer de fealdad repugnante con algún signo particular, si respondía por injurias a los insultos que se le dirigían, no hacía falta más para que fuera sospechoso de brujería. Su proceso, se hacía rápidamente... Lo más corriente, era que expirase entre las manos de los verdugos. El Hermano Bernard Bategno, párroco de Como, se indigna contra el que rehusa creer en las brujas. Pretende tener en las manos depósitos muy dignos de fe. Según él, todo el mundo sabía que cincuenta años antes, el podestá Laurent de Concorrezzo y Juan Fossatto, rogaron a una bruja de Mendrisio que los condujese al Sábado. Ella consintió y los transportó a una asamblea que había al otro lado del lago de Como. Pero el diablo, habiéndose apercibido de su presencia, les hizo azotar de tal manera, que no tuvieron ganas de recomenzar.

Hacia fines del siglo XV, según Antonio Galato, se creía que las brujas tenían el poder, alejando los cuerpos de ciertas substancias, de transformarse en bestias, errando o volando hacia lejanos países, danzando en ronda, entrando y saliendo a través de las puertas cerradas, matando animales, etc.

Se extendió en la opinión, la noticia de que las brujas de Italia, se reunían en ciertos sitios bajo la presidencia de Diana y de Herodiades y se transformaban (Continúa en la pág. 61).



El Podestá Laurent de Concorrezzo, en «El Sábado en Casa de la Bruja».



SARA INSUA

Los cubiertos del marqués

Cuando el marquesito de Olmo Nevado se reveló apto para comer sólo, la miss, sentada frente a él en la galería de la *nursery*, y llamándole la atención sobre los cubiertos que rodeaban su platito de porcelana, le dijo:

—Fíjate, Fernando, vas a usar estos cubiertos que te regalaron cuando naciste. Son de oro y plata de ley, bellamente decorados, y tienen al dorso de cada pieza tu monograma y tu corona. Comerás siempre con ellos; así corresponde a un

Olmo Nevado, y espero que aprendas a manejarlos como igualmente te corresponde.

El marquesito asió la cuchara, cuyo tamaño era suficientemente reducido para las manecitas de un niño, pero que hu-

quiera podido utilizar también un hombre, y tomó irreprochablemente la primera cucharada de sopa.

Años después, ya adolescente, el marquesito fué admitido en la mesa de los mayores. En torno a su gran plato de porcelana inglesa había unos hermosos y macizos cubiertos de plata iguales a todos los de los comensales.

El marquesito, acostumbrado a los suyos, ligeros y simpáticos al tacto, los maneja torpemente. Se atrevió a preguntar a su madre, bella dama que empezaba a peinar canas:

—Mamá, ¿sería un trastorno que yo siguiera utilizando aquí mis cubiertos de niño?

—En modo alguno, hijo mío.

Y la marquesa, sonriente y complaciente, dió la orden al mozo de comedor.

Siguieron transcurriendo los años. El marquesito se hizo hombre, terminó su carrera, se casó, tuvo hijos, perdió a sus padres. Acontecimientos todos que seguían su curso natural. Era, pues, el jefe de la familia de Olmo Nevado, y en la gran mesa del amplio comedor ocupaba frente a la marquesa, su esposa, la presidencia. Pero usaba siempre sus infantiles cubiertos de oro y plata. Capricho inocente que nadie pensó siquiera en combatir.

Y tal vez no pensó nadie en combatir este capricho ingenuo del marqués porque los que le rodeaban vivían esclavos de grandes caprichos.

La marquesa, terriblemente frívola, suspiraba continuamente por una nueva joya o una nueva *toilette*, y los hijos, por un caballo de carreras, por una *hetaíra* de moda o por un “negro” que fallaba siempre.

El marqués, sencillo, un poco ingenuo como sus caprichos, un poco infantil como sus lindos cubiertitos de plata y oro, vivía un poco al margen de la realidad, o más bien de las realidades que le rodeaban. Con frecuencia el administrador se le acercaba libros en mano:

—Señor... La señora marquesa me ha pedido veinticinco mil pesetas... diez y seis mil don Fernando, ocho mil don Gustavo y seis mil don Adolfo...

—Bien, déselas usted...

—Es que la cuenta corriente del señor marqués está agotada. Será preciso vender otro título.

—Pues venda usted, hijo mío, venda usted...

Y el marqués firmaba unos papeles que no leía.

Sin embargo, cuando el administrador le anunció con cara de circunstancias que estaba totalmente arruinado se sorprendió bastante; pero, ¿qué había de hacer si no resignarse?

Hubo entonces en la familia de Olmo Nevado, ante la catástrofe, un gran revuelo de desorientación. Al fin la mar-

quesa optó por morirse antes de salir del aristocrático palacete que los acreedores reclamaban. “Su salvación”—valga la paradoja—fué un ataque cardíaco.

En cuanto a “los herederos”, prefirieron emigrar a cubrirse con los harapos de la ruina.

Quedó el marqués sólo, pobre y triste, contemplando su desgracia con ojos atónitos y un poco infantiles.

Era ya casi viejo, se sentía sin fuerzas para emprender “la lucha por la vida”.



¡La vida! Esa cosa indefinible que desde la niñez le había parecido hermosa y amable y que de improviso se le manifestaba horrenda y hostil.

También él hubiera querido morir, no por vergüenza como la orgullosa marquesa, sino por desilusión. Pero no era cardíaco; el equilibrio de su organismo perfecto y la simplicidad de su alma, casi perfecta también, le obligaban a vivir. El golpe recibido no podía matarlo.

Siguió, pues, contemplando con mirada de dolor su propia caída, sin esbozar siquiera un ademán de defensa, dejándose llevar por la desgracia, aceptándola como algo irremediable y fatal, o más bien sintiéndose incapaz para hacerle frente.

Al fin, tras la pobreza, llegó la miseria absoluta, y el momento en que se encontró sin techo ni pan.

No le quedaba nada más que la ropa puesta—ropa bien cortada, todavía elegante—y en el bolsillo tal vez sólo un fino pañuelo con la corona de marqués en una esquina.

Fué a ver a su administrador, que “le había servido” hasta el último instante.

Le recibió respetuoso, siempre en su puesto.

—El señor puede vivir a crédito una temporada todavía. Del pequeño crédito... En los comercios lo tiene todavía... No ha dejado de pagarse una sola cuenta y...

El marqués lo detuvo con un ademán sobrio:

—¡No, amigo mío! Quiero ser correcto hasta el final...

—Entonces puede organizarse una suscripción... Sus antiguos amigos... Entretanto, esta casa es del señor y...

Un nuevo gesto de la mano aristocrática lo detuvo.

—Tampoco. No quiero ser gravoso a nadie. ¡Mis amigos!

Y el marqués sonrió.

—Pudieron ofrecirme su ayuda... No... No quiero ni recordarles que existo... Quiero más bien borrar, anularme, y lo que te pido a ti es que me proporciones una plaza en aquel asilo de ancianos al que entregábamos como donativo cien pesetas mensuales, me parece... ¿Te acuerdas?... Me considero con cierto derecho...

El administrador protestó; pero el marqués estaba decidido.

El día de su ingreso en el asilo, don Fernando Arlaz, marqués de Olmo Nevado, buscó a la hermanita encargada del refectorio, y tendiéndole unos objetos brillantes, pulidos por el uso, le dijo:

—Yo quisiera que en la mesa me pusieran estos cubiertos... He comido siempre con ellos...

La hermana no supo negarse a complacerlo y desde aquel día, durante bastantes años, el marqués comió la humilde pitanza del asilo con sus ricos cubiertos de plata y oro.

Cuando murió, de viejo, las hermanas consultaron al capellán sobre el destino que debía darse a aquellos objetos, y el capellán, que había confesado muchas veces al marqués y del que llegara a ser grande amigo, les contestó:

—Haremos con ellos una patena.

SARA INSUA.

Cantar gitano

Los seviles me yebaron
y, al ver yorar a mi mare,
los seviles me sortaron.

Me sortaron los seviles...
¡me sortaron dos guantanos
en mitá de las narices!

R. LOPEZ MONTENEGRO.

EL SALON DE ARTISTAS FRANCESES

Publicamos, a manera de comentario del último Salón, esta carta recibida de París.

París, 16 de junio de 1931.

Mi muy estimado don Leonardo:

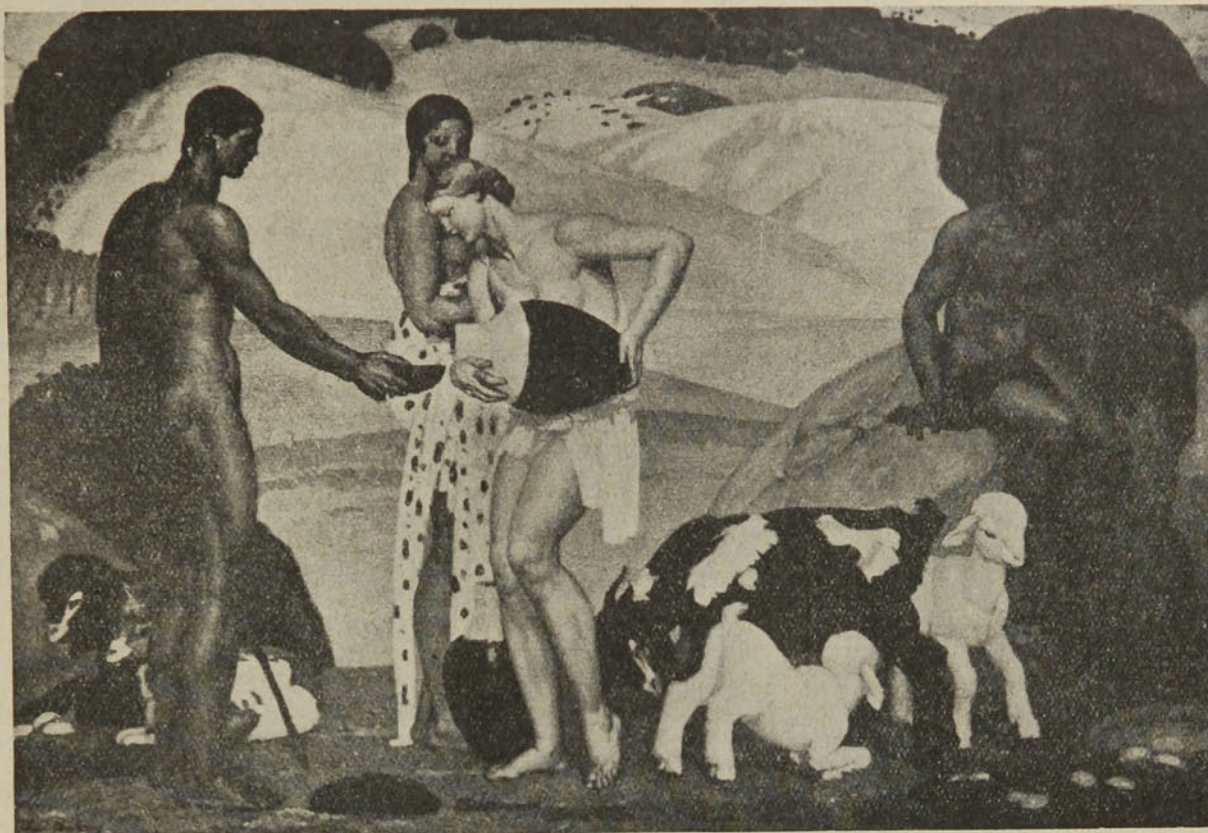
Prometí a Ud. enviarle mis impresiones sobre el Salón de los Artistas Franceses y le había indicado que el número de cuadros expuestos era el de 4500; pero quedé corto. Pues hay dos catálogos, el de los Artistas Franceses y el de la Sociedad Nacional de Be-

síto de honor en un Museo de importancia.

No sabía al principio si atribuir esto, a exigencia mía; pero veo que esta es la impresión general, pues con cuanto artista de mérito he tenido oportunidad de cambiar ideas, ha manifestado la misma opinión.

Domina el cuadro oriental, de aspecto decorativo y la alegoría negra.

Bien puede tomarse esto, como el resultado de la Exposición Colonial, pues

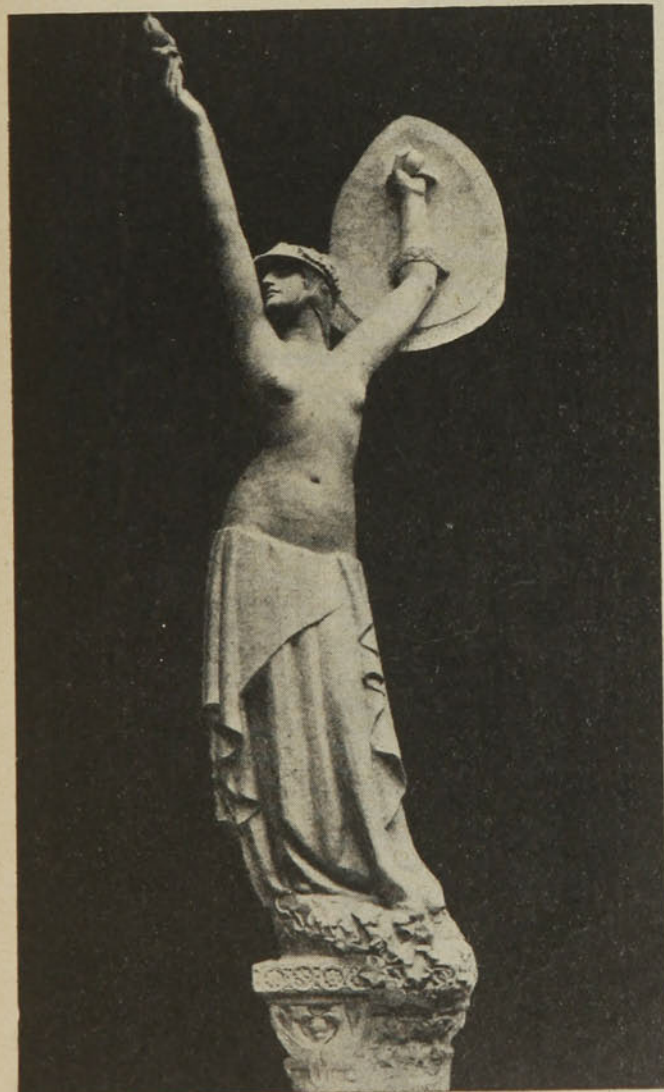


Pastorale de Schaferleben.

llas Artes. En el primero figuran 4500 telas y en el de la Sociedad Nacional de Bellas Artes 2164. Lo que da un total de 6664 cuadros.

Como dato ilustrativo, hay en París 42 mil pintores conocidos, fuera de todos los que pintan por puro sport. Si consideramos que, cada pintor no produzca más de dos cuadros al año, ya tiene París 84 mil telas para invadir su comercio. Estoy cierto que, la producción en realidad, pasa de 200 mil cuadros. Esto, sin añadir croquis ni dibujos.

Me he apartado voluntariamente del salón en estos cálculos, no sin objeto. Ante todo y considerando lo que París produce, la impresión que deja el actual Salón, es de una mediocridad desalentadora. Cerca de 6 mil quinientas telas; de las cuales, honradamente hablando no hay 30 dignas de ocupar un



Alma de Francia.



Van Dongen. — Condesa Anna de Noailles.

abundan en alto grado las serpientes, tigres, elefantes, panteras y camellos tamaño natural y hasta doble del natural; flamencos, ibis, avestruces, orangutanes junto con negros y negras, en todas las actitudes imaginables y muchas imposible de imaginar.

Estoy cierto que esta manía negra llegará también a Chile y no lo olvide; pues ha sido siempre París la ciudad que consagra e imprime rumbos al arte; pero esta vez el rumbo ha sido verdaderamente negro.

Fuera de estos temas, hay algunos cuadros de dimensiones colosales, no menos de 7 x 4 m. como el de Rochegrosse H. C. "Interpretación pictórica de la misa en si menor, de J. S. Bach".

No intentaré describir a Ud. su armonía de composición; ni muchos menos, la del color; pues si la misa en si menor de Bach, resultase de una armonía como la del cuadro, se acabarían todas las misas.

Hay otros cuadros de figuras como el retrato de la Condesa de Noailles, pintado por Van Dongen, que estaría bien quitándole la figura.

Se necesita estar muy disgustado con una persona para hacerle en desquite semejante retrato.

Las medallas de oro distribuidas no son muchas; pero entre los veinte cuadros que yo elegiría, hay algunos premiados que son de primer orden.

Hay otros con la misma medalla y que no pasan de ser una mediocridad. Quiero referirme al de J. Didier-Tourné. "Belle nuit succède au jour" Cuadro de factura o tendencia moderna; pero de colorido falso. No me explico cómo el jurado ha podido otorgar medalla de oro ante semejantes errores en el colorido. Representa el cuadro, una escena veneciana. Al costado izquierdo toca un pierrot en su laúd la eterna serenata y al costado derecho una pareja de enamorados pasea en góndola. Hay en la parte alta y sobre la cabeza de la dama, a modo de guirnalda, tres linternas con vidrios azules. Siendo éstos azules, es natural que la luz arrojada por ellos sea también azul; pero no lo ha querido así el pintor ya que sobre el pierrot, sobre los



Alfred Giess. — Madre e hijo.

dos personajes y hasta sobre las velas de los barcos vecinos, los reflejos son de color rojo subido. Como composición, no impresiona, y como colorido, dado el detalle que indico es completamente falso.

de efecto decorativo, como puede verse por la fotografía que lo reproduce.

Sólo pienso enumerar algunos de los cuadros buenos, pues los malos son tantos. ¡Y a que hablar de ellos si son malos!

Los siniestros marítimos superan en el salón a los terrestres; en número y calidad. ¿Qué cambiado habría estado el mar hace dos meses, ya que en mi travesía siempre pude ver que el mar era líquido? Aquí en el Salón tiene el aspecto de todos los sólidos conocidos y desconocidos, principalmente del cartón piedra.

Vivimos en materia de arte, en una época de violentas exageraciones y el que quiera mantenerse, en los términos de la imparcialidad, se verá excomulgado por los fanáticos.

Hay detalles que uno no puede explicarse, sobre todo en jurados de la competencia que tienen los de París. Quiero referirme al

¡Tiene este cuadro medalla de oro!

La única explicación que cabe y que viene a reforzar mi opinión anterior, es la de que, no había en el Salón quienes merecieran todas las medallas y que el jurado se ha empeñado en distribuir las a toda costa.

Hay cuadros de una pretensión enorme como el de Rigal, "Le sixieme jour" o la creación del hombre. Hay un detalle sugestivo y que revela la fuente de inspiración. Es la actitud del hombre al tomar la vida con el índice de la mano derecha del creador. Esto ya lo conocíamos en los frescos de la Capilla Sixtina.

Nos agradan los dos paisajes de Grosjeau, sobre todo "Les molineaux et Paris", que es muy hermoso, sobrio de color y de dibujo, nos parece todo un acierto.

Charigny con "Famille paysane" (medalla de oro). Recuerda en su composición a Millet, pero su colorido es más fresco y su factura más moderna.

Notable es "La Bergere", de P. Montezin. H. C., es un gran cuadro; no sólo de dimensiones sino de calidad. Su luminosidad es realmente maravillosa; no hay nada fuera de sitio y su dibujo de una rara perfección.

Sobrio y agradable de colorido es la "Pastorale", de Emile Aubry. Gran cuadro



Charley Garry — La Blanca.

(Continúa en la pag. 68)

PERFILES NOCTURNOS

Aquella noche, al salir de casa, todo lo complejo de su personalidad reduciase a una simple tarjeta de presentación: "Ignacio Uribe.—Ingeniero". No recordaba más de sí. Su espíritu flotaba en el vacío de lo subconsciente como un globo hinchado de imágenes huecas. Le costaba trabajo identificarse.

En un principio pensó encaminar sus pasos al teatro. Pronto rechazó la idea. El teatro se ha convertido en la escuela del bostezo, y los actores, pese a los sueltos de contaduría, se le antojaban pésimos, sin excepción. Optó después por el cine sonoro, pero renunció también torciendo el gesto. Su estridencia abrumadora, aparte su estupidez, le hacía crecer la cabeza un palmo. Y ¿por qué no cobijarse en un café de moda? Si no existiesen tertulias importunas..., ni esas mujerzuelas de ojos cansados..., ni camareros..., ni gente...

Así, departiendo consigo mismo, amargo el paladar, Ignacio Uribe paseaba por las calles desiertas. Era un hombre bastante joven, alto y distinguido.

Holgaban patrullas de la Guardia civil por las esquinas, el aire friolero. Se temían revueltas sediciosas y se ejercía estrecha vigilancia en los transeúntes. A nuestro hombre le cachearon, pero esto no le inmutó. Ciudadano tranquilo, sus inquietudes vegetaban al margen de ambiciones políticas.

Niebla espesa descendía recatando la desnudez de la noche. El ambiente saturado de humedad ennegrecía el pavimento.

Absorto en la maraña de sus ideas incoherentes, Ignacio Uribe se encontró en una calle solitaria y oscura. Muy próximo lucía su espléndida iluminación un café moderno, al parecer recién inaugurado. Miró el rótulo, con extrañeza, y decidido penetró en él. Era un saloncito íntimo decorado con sobriedad excesivamente estilizada. Resultaba un poco triste, pero Ignacio Uribe encontró de su agrado aquella atmósfera cálida y acogedora.

La concurrencia, muy escasa, parecía dormitar. Dos extranjeros rubicundos discutían a medio tono. El más joven de ellos tenía la voz atiplada. Arrinconados, el gesto aburrido, media docena de señores formaban tertulia sin conversación. Eran tenorios decadentes, lustroso el exiguo cabello y pulidas las arrugas. Una mujer elegante y sola esperaba en un velador cerca de la puerta. No disimulaba su nerviosidad. Tenía hermosos ojos azules, graciosamente rasgados, y el cutis moreno.

Indiferente a cuanto le rodeaba, Ignacio Uribe se arrellanó en el diván. Y dejó suelto el escape de sus pensamientos. Sus pensamientos libres danzaban, garabateando imposibles en el vacío.

Un camarero, lento y pesado como un oso, se le acercó. Su cabeza era una bola refulgente.

De súbito se abre la puerta con brusquedad. Todo el mundo vuelve la cabeza. Entra un hombre precipitadamente. Es un señor maduro, desgarrado y triste. Se dirige a la mujer de los ojos azules; charla con ella breves instantes y se marchan juntos del café.

Verdaderamente esa mujer desconocida es una dama espléndida. Ojos hermosos, formas rotundas, caderas altas, co-

mo una Venus griega... Pero su acompañante es un tipo. ¿De dónde habrá sacado semejante tipo?

Así pensaba, sin pensar, Ignacio Uribe, regocijado en su sonrisa interior.

* *

La noche siguiente volvió antes de que dieran las diez. Y volvió con esa impaciencia característica de quien ha hecho un hallazgo y teme que se lo descubran. Sólo un hombre minúsculo y miope leía ensimismado sobre un montón de libros. Se repitió el juego de hacer piruetas con ideas vagas. Y el mismo camarero, lento y pesado como un oso, se le acercó.

Ignacio Uribe empezaba a deleitarse con aquella especie de autosugestión. El cigarrillo en la boca, adormecida el alma, visiones extravagantes y seductoras se entrelazaban con las volutas de humo y se desvanecían como ensueños.

Entró la mujer de los ojos azules. Traía un abrigo espléndido. En ella todo era espléndido. Se sentó en el mismo velador. Una blusa de seda verde realzaba su dorada piel. Y pasaron las horas.

Muy tarde debía ser cuando el tipo desgarrado y triste apareció presuroso, como la noche anterior. La mujer de los ojos azules no se contuvo y le reprochó su tardanza. A los pocos minutos se fueron juntos.

Ignacio Uribe, sin darse cuenta, la había mirado repetidas veces. Y se convenció de que se trataba de una mujer hermosa, espléndidamente hermosa. Nunca había visto otra mujer tan bella. Y aumentaba sus encantos el atractivo del misterio...

* *

Los días transcurrieron monótonos, encadenadas sus horas a la pauta cotidiana. Todas las noches, después de cenar, Ignacio Uribe se dirigía a su café, favorito donde arrellanado e indiferente contemplaba el desfilar del tiempo en intimidad recoleta. Todas las noches le servía el mismo camarero torpe y pesado, de cráneo brillante. Y todas las noches, indefectiblemente, acudía la mujer de los ojos azules y se marchaba con aquel tipejo desgarrado que, por cierto, cada vez se hacía esperar más.

* *

Pero una noche lluviosa—el 5 de febrero precisamente—nuestro personaje, entregado a su deliciosa soñolencia, pudo observar que ella, después de consultar su reloj, llamaba al camarero, pagaba el servicio y desaparecía sin aguardar a su acompañante. Denotaba desesperación, el rostro desenchajado.

Fuera se oía el repiqueteo de la lluvia en la marquesina. Como el café fuese a cerrarse, a la respetuosa indicación del camarero Ignacio Uribe se levantó, púsose el abrigo, tomó el paraguas y se dispuso a salir.

Grande fué su sorpresa al encontrarse en la puerta con la mujer de los ojos azules. Por un momento se sintió turbado. Arrebuja en su espléndido abrigo, sus piecitos golpeaban el suelo con impaciencia.

—¡Qué fastidio!—masculló mirando a lo largo de la calle, sin afrontar la lluvia. No se veía ningún taxi. Sólo de tarde en tarde algún trasto ruidoso, salpicado, veloz y sin detenerse.

Las farolas parecían envueltas en un cedal. El agua caía a raudales.

Ignacio Uribe, no sin titubeos, al advertir que ella no tenía paraguas, creyendo adivinar el motivo de su impaciencia, le ofreció el suyo galantemente. Los ojos azules se le clavaron con una fijeza desconcertante. El hombre se azoró como un colegial. Temía haberla ofendido.

Pero la mujer misteriosa sonrió, mostrando una dentadura espléndida. Sobre todo les encias eran de un color maravilloso.

—Perdón, caballero... No sé si debo... Tengo una prisa espantosa... Y no cesa de llover... No me queda otro remedio que mojarme.

Y al decir esto echó a correr calle arriba, pegaba a los muros de las casas.

Ignacio Uribe la siguió con el paraguas abierto.

—Precisamente lleva usted mi dirección... Permitame... si no la importuno...

—Gracias..., gracias... No se moleste usted, caballero. Fué una excusa balbuciente.

Juntos doblaron la esquina, confuso el chapoteo de sus zapatos. La mujer de los ojos azules, aminorando el paso, se dejó alcanzar.

* *

Coincidieron a la entrada del café y, naturalmente, se saludaron. Llovía, aunque no con la intensidad que la noche anterior. El, en un arranque de audacia, la invitó a sentarse en su compañía. Ella aceptó gustosa. Había en aquella mujer cierto desenfado discreto y agradable.

El camarero de la bola reluciente sobre los hombros, se le agrandaron los ojos, a pesar de su experiencia. Aquello era inaudito. Ignacio Uribe, que no ocultaba su vanidad satisfecha, desde el primer día se le había figurado un hombre distinto a los demás, por encima de los demás, un superhombre. Y ahora resultaba... Les sirvió más lento y más pesado que nunca. Su inexpresiva semblante acusaba su decepción.

—Perdone la curiosidad. ¿Es usted casado?

Aquella pregunta disparada cogió de improviso a nuestro hombre.

—Sí, soy casado—respondió con alguna aspereza.

—No es usted feliz.

—No, no soy feliz—añadió ensimismándose.

—¡Qué lástima!—suspiró la mujer, entornando los ojos.

—Crea usted que no tengo motivos para quejarme. Mi esposa es buena, joven, agraciada... Me quiere a su modo, con un cariño un poco vulgar. Su educación le permite no disgustarme; cuida con esmero de la casa; se preocupa de mi salud... y, sin embargo, me ha defraudado.

Un porqué de extrañeza, que no se atreve a pronunciar, asoma en los ojos azules vivamente interesados.

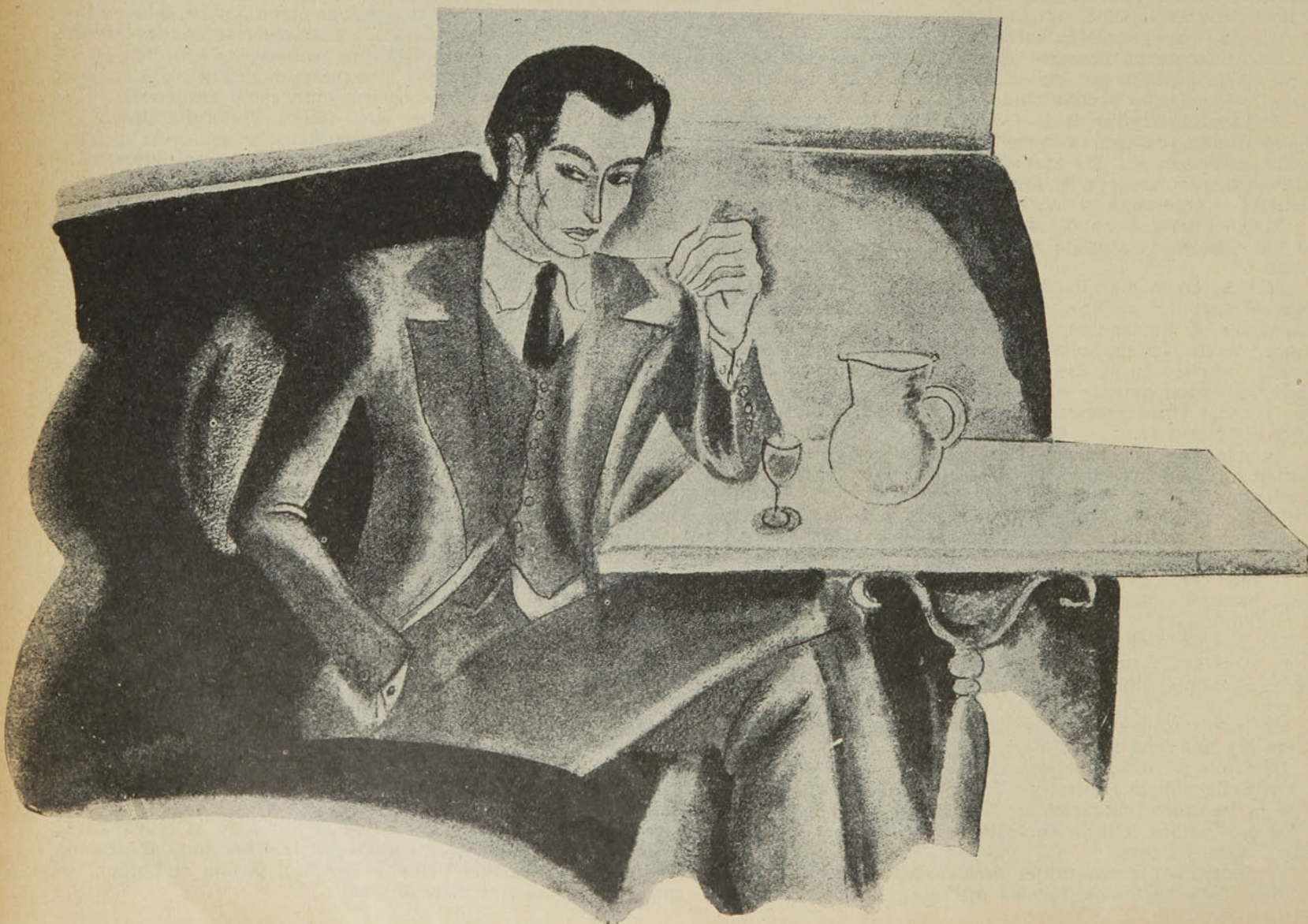
—Yo esperaba otra cosa del matrimonio, otra intimidad, sin regateos. Pensé que las almas podrían unirse como se unen los labios que se quieren. Y comprendo que mi pobre mujer no tiene la culpa. ¿Qué sabe ella de estas inquietudes? Vive su vida fácil, logradas todas sus aspiraciones... Pero ¡que aspiraciones más estúpidas!

Ignacio Uribe hablaba como con sí mismo.

—Nueve años hace que me casé y cada día que pasa me encuentro más alejado de mi hogar. ¿Por qué? Jamás sabría decírmelo. Acaso sea mi temperamento el único responsable. Soy un poco romántico. Y ya sé que es absurdo pretender acomodar la vida a nuestros ideales. Somos nosotros los que tenemos que acomodarnos a la vida, tal como se presenta.

La mujer de los ojos azules escuchaba con crispada atención.

—Mi única esperanza es tener un hijo. Pero el tiempo pasa sin que el hijo llegue. Mi mujer no lo desea... El tedio me



acecha a todas horas. Me distancio de todas mis amistades que no me comprenden. Soy rico y esto agrava mi aburrimiento. Créame. Viviría más distraído si el problema de la existencia me preocupase. ¡Luchar por el mañana!... He intentado interesarme por el prójimo desvalido, pero practicar la caridad no me resarce de mi desengaño. Le hablo a usted sinceramente. Mi yo para mí es el universo entero.

Calló Ignacio Uribe y la mujer de los ojos azules, radiante y misteriosa, se fingió emocionada.

Dieron las doce en un reloj agorero prendido en el corazón de la noche. La lluvia parecía arreciar.

Ella, repentinamente, manifestó deseos de marcharse. Una necesidad imperiosa le reclamaba. El se brindó a acompañarla. Salieron juntos del café.

El camarero, lento y pesado, al verlos salir, dejó caer la cabeza sobre el pecho, como un oso agonizante.

* *

Dos noches la había acompañado hasta su casa. Era un edificio moderno, de aspecto confortable, situado en pleno barrio aristocrático. Se despidieron en la puerta con delicada cortesía. Ignacio Uribe, siempre ceremonioso, le hizo presentes sus respetos y le entregó su tarjeta. Después se percató de que no sabía ni el nombre de aquella mujer. Sin embargo, prometían ser buenos amigos.

Pero hacía más de dos semanas que ella no parecía por el café. Esto acentuó su carácter melancólico y su misantropía, aunque reanimó al camarero.

La clientela, por fortuna, no aumentaba. Digo por fortuna compenetrado con el estado de ánimo de Ignacio Uribe. Todas las noches, poco más o menos, acudían los mismos tipos, excepto el lector minúsculo y miope, que no volvió por allí. ¿Sería un pseudointelectual?

La acrimonia de nuestro hombre rebasaba el límite. El mismo empezó a preocuparse. Se lo notó su mujer, se lo notaron sus suegros. La servidumbre murmuraba. Indudablemente, estaba neurasténico perdido.

Aquella tarde tuvo unas palabras con el chauffeur. Le faltó la paciencia para soportar por más tiempo su enredo económico. Le robaba descaradamente la gasolina y compraba malas cubiertas sólo porque percibía un buen descuento. Los malditos comerciantes estaban pervirtiéndolo todo.

Encaminóse al café. Las estrellas, altísimas, conversaban entre sí con el semáforo de sus guiños. Serenidad nocturna en el ambiente.

Al entrar, una esperanza sin nombre le estremecía. Se sentó. Extraños presentimientos le hicieron mirar a derecha e izquierda con ansiedad. El camarero lento y pesado se aproximaba. Traía una carta en la bandeja. Una carta perfumada, para él. Ignacio Uribe se dispuso a abrirla tembloroso. No reconocía la letra, de trazo coquetón y femenino.

"Sr. D. Ignacio Uribe.—Presente.

Muy señor mío: Perdóneme mi atrevimiento, pero la convicción de que es usted el caballero más caballero que he conocido, me anima a dirigirme a usted.

Estoy desesperada. Mi vida atraviesa una situación difícil. Sólo usted puede salvarme. Desde la última noche que nos vimos estoy luchando por decidirme a dar este paso. Le extrañará a usted, sin duda, que no haya vuelto por el café; pero debe comprender usted que para una mujer honrada no es prudente salir sola.

Esta carta sería interminable si yo pretendiera explicar a usted todas las calamidades que me suceden. ¡Dios quiera que no me vea obligada a hacer una barbaridad! Con qué alegría le confiaría a usted mis penas... Usted es el único hombre que puede comprenderme, porque también usted es desgraciado.

Si no tiene usted inconveniente, esta misma noche le espero a usted en esta su casa.

Mañana sería demasiado tarde.

De usted afma. a. s., q. e. s. m.,

Teresa".

Y al pie, la dirección.

Ignacio Uribe, carácter impulsivo por excelencia, sin detenerse a meditar ni el hecho, ni la posible veracidad de la carta, se lanzó a la calle.

Todavía no eran las diez y media.

Tomó un taxi y en siete minutos se plantó enfrente de la casa de aquella mujer. Extraña mujer que había conseguido intrigarlo. No se atrevía a sospechar que estuviese enamorado, pero se sentía atraído por ella.



Como encontrase la puerta cerrada, se desconcertó. Más el deber era el deber. Y llamó al sereno. Apenas entró en el portal, se encendió la luz de la escalera. Subió al principal B., que era un quinto piso, y en el centro derecha oprimió el timbre. Tardaron bastante en abrir. Una sirvienta vieja y pulcra le hizo pasar, prodigando reverencias. Ni siquiera le pidió el nombre. Se le introdujo en un gabinete cuidadosamente arreglado. Cretonas de colores vivos. Muebles caprichosos. Un diván inmenso abarrotado de cojines. La luz, algo velada, desvanecía toda violencia: el placer suave, el dolor suave. Un biombo japonés recataba parte de la habitación. Hacía una temperatura ideal.

Ignacio Uribe, espectador y protagonista al mismo tiempo, examinaba cuanto veía con mezcla de curiosidad y estupor.

Se abrió la puerta y apareció la mujer de los ojos azules. Ignacio Uribe, un poco aturdido, inclinó la frente y le estrechó la mano. Ella le invitó a sentarse con el ademán, rehuyendo su mirada. No levantaba la vista del suelo. Nunca se la imaginó tan hermosa. Tenía el cabello rubio, de un rubio dorado y espléndido. Vestía una faldita blanca plisada y una chaqueta de punto, blanca también, con franjas azules.

—Acabo de recibir su carta de usted y me he apresurado...

No terminó la frase, cuando ella prorrumpió en copioso llanto. El joven caballero intentó consolarla, pero no sabía cómo. Optó por respetar sus lágrimas y esperó a que se tranquilizase. La mujer sollozaba en silencio, oculto el rostro entre las manos. Por fin pudo hablar a media voz. Sus ojeras cárdenas delataban su sufrimiento.

—No sé qué pensará usted de mí. Estoy avergonzada. He acudido a usted abusando de su amabilidad.

—Nada de eso—se apresuró a objetar Ignacio Uribe.

—No le importunaré contándole mi historia, pero mi vida ha sido siempre muy triste, demasiado triste. A los dos años de casada, enviudé. La educación que me dieron mis padres, tan exquisita como inútil, me dejó indefensa para luchar con la vida. El socio de mi marido me brindó su protección. Tuve que aceptarle. Creo que usted le conoce...

—¿El hombre que se veía con usted en el café?—interrogó Ignacio Uribe, acordándose, con repulsión, de aquel tipo desgarbado y triste.

—El mismo. Pero ahora me ha abandonado, sólo por no descender a sus pretensiones repugnantes. ¡Canalla!—pausa breve—. Mañana mismo me echarán de aquí. No tengo un céntimo. La miseria me acecha. No me queda otra solución que apostarme en las esquinas...

—¿Usted? Por Dios, no piense usted locuras.

—Nada me importaría por mí, absolutamente nada. Pero

mi pequeña empieza a comprender y esto me hace sufrir mucho.

—¿Tiene usted una hija?

—Chits... No alce usted la voz. Podría despertar.

Y al decir esto se puso en pie, se aproximó al biombo y plegó una de sus hojas. Ignacio Uribe contuvo la respiración. Una niña dormía en espléndido lecho, con una muñeca entre los brazos. ¡Qué preciosidad de criatura! No sé cuánto tiempo estuvo contemplándola. Era rubia como su madre. Sus doradas crenchas, en gracioso desorden, descansaban sobre la almohada.

—¿Suya?—preguntó él, obsesionado con el tipejo de la cara triste.

—¡Oh, no!—repuso desdeñosa la mujer, que había comprendido su intención.

Ignacio Uribe, respiró satisfecho.

—¿Qué años tiene?

—Cumplirá siete el día de San José.

La mujer de los ojos azules extendió el biombo y se quedó pensativa.

Mientras tanto el joven caballero, impecable en su ademán, extraía su talonario de cheques del bolsillo interior de la americana y, sin hablar palabra, con mano segura, extendía uno al portador, por pesetas dos mil. Firmado y rubricado.

Cuando se lo entregó, ella intentó rehusarlo.

—¿Qué hace usted, caballero?

Pero cambió de parecer y de nuevo se echó a llorar. Gracias y bendiciones musitaban sus labios trémulos.

A medida que se serenaba su fisonomía, sufrió un cambio radical. Pronto se evaporaron las lágrimas. De nuevo le invitó a sentarse. El, sugestionado, aceptó. Y comenzó a referirle pormenores de sus pasadas desdichas. Hablaba con voz segura, llena de confianza. Parecía ser que aquel auxilio momentáneo que Ignacio Uribe le prestaba le garantizase el porvenir. El no comprendía tan repentina transformación.

—Se va usted a enfriar al salir de aquí. Hace excesivo calor—dijo la mujer de los ojos azules, quitándose la chaqueta y cruzando las piernas.

Ignacio Uribe, por imitarla, se ahuecó el abrigo.

¡Soberbios brazos desnudos! Brazos morenos, tostados por el sol. Para si los quisiera la Venus de Milo. ¡Qué espléndidos brazos! Ignacio Uribe no podía apartar los ojos de ellos. Y descubrió un escote espléndido y pronunciado... Y llegó a convencerse de que aquellas piernas robustas, a pesar de ser un poco gruesas, eran espléndidas de forma...

Y sintió el acicate del deseo.

Pero un escrúpulo reprimió sus impulsos: lo que él significaba para aquella mujer. Y el caballero más caballero por ella conocido se levantó, dispuesto a marcharse.

Una sonrisa de estupefacción asomó en los labios de la dama espléndida. Reiterando su profundo agradecimiento, se despidió de su protector. Casi suplicante le dijo que podía volver a visitarla.

Cuando Ignacio Uribe se encontró en la calle se puso a analizar con toda detención la original aventura. ¿Original?... Estaba descontento de sí mismo. No había duda. La actitud de aquella mujer después de la entrega del cheque había sido francamente provocativa. ¿Perderse una ocasión como aquella?... Pero, por otra parte, se había superado. Lo vulgar hubiera sido lo otro, aprovecharse de las circunstancias. En el fondo, ella lo reconocería. Y luego aquella niña encantadora... Si él tuviese una niña por quien velar...

* *

Se repitió la escena del café. Antes que de costumbre, Ignacio Uribe salió, con gran extrañeza del camarero. Instintivamente, se dirigió a la casa de ella. Detúvose a mirarla de arriba a abajo, como si se tratase de algo exótico. Vaciló en subir. Pero se limitó a pasear la acera igual que un galán enamorado. No faltó la luna en tan romántica ocasión.

La puerta de la casa se entreabrió lentamente. Y salió una mujer, seguida de un joven de aspecto achulado. Ignacio Uribe se ocultó en la sombra. Le palpitaban las sienes. ¡Sí, era ella!... Estrechamente unidos se alejaron riendo.

Pero no. ¡no podía ser ella! Y al querer convencerse de aquella piadosa mentira, su corazón sufrió un gran descenso y su espíritu se desmoronó.

Tornó al café cabizbajo.

En su mente danzaban los recuerdos. Después de todo, había topado con una muíerzuela como tantas otras. Fué imperdonable locura pretender idealizarla. ¿Y era una belleza excepcional como a él le parecía? ¡Oh, no! Tampoco sus ojos podían considerarse de un azul extraordinario...



A pesar de estas apreciaciones nuevas, lo más hondo de su vanidad le acusaba de imbécil. "¡Imbécil!", se apostrofó en voz alta, recogiendo el eco de su enojo.

Y el camarero volvió la cabeza.

* *

Una noche, dos noches... ¡Veinte noches!... Todas iguales, terriblemente iguales. Aquel café solitario llegó a ser para Ignacio Uribe su único elemento indispensable. Y él, para el café, el único parroquiano asiduo. Se complementaban admirablemente.

Pero un sábado, próxima la medianoche, irrumpió en el salón una docena de jóvenes bullangueros. Eran muchachos vascos, henchidos de buen humor. Bebían sin tasa y empezaron a cantar a tres voces con portentosa afinación.

Ignacio Uribe, sin calma para oír sus bellas canciones, salió airadamente del café. Ni siquiera pagó el servicio. Aquellos alborotadores habían profanado su sagrada intimidad.

* *

Y sobrevino la catástrofe.

Una noche sin emoción, a tiempo de marcharse, el camarero lento y pesado le dirigió la palabra. Parecía compungido.

—Señor, mañana no se abrirá el café.

—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

—Es un mal negocio, y el patrón ha decidido liquidarlo. Ya lo ve el señor: no viene público...

Una bofetada no le habría sentado peor. Ignacio Uribe abandonó el local sin despedirse. Estaba consternado.

Efectivamente, el café se cerró y no volvió a abrirse más.

Muchas noches le he visto después vagar por la ciudad, sin rumbo, como un inquilino desahuciado, como un alma sin cuerpo donde guarecerse.

MANUEL IRIBARREN.

M A R A Ñ O N

P o r MANUEL GABARAIN

El estudiante de Anatomía en San Carlos.— El sabio, el profesor, el ideólogo.— Maraño, descubridor de España.

Se ha llamado a Spinoza «el hombre ebrio de Dios»; de nuestro Maraño pu diera decirse «el hombre ebrio de patria». Maraño ha influido tan intensamente en los futuros destinos de España, que virtualmente, es el hombre que manda en ella.

Toda especie animal que viva socialmente es una prueba de la necesidad del mando. Por medios poco conocidos, por un método de sufragio cuyo mecanismo sería singularmente ejemplar para el hombre, la manada designa al individuo que en adelante habrá de conducirla. No puede dudarse de que este mando, lejos de conferirle un azar caprichoso, está facultado certeramente sobre el más apto. Y por las mismas razones biológicas, la duración del mando tiene la limitación fisiológica de la aptitud, y cuando el rebaño llega, por cualquier modo de caducidad a estar desmandado, se produce un estado de agitación, el estado anárquico, en el cual, la misma violencia, el estado de celo de esta situación crítica, es lo que determina las posibilidades óptimas para el establecimiento del nuevo jefe. Haría muy parvo mérito de la perspicacia del lector si insistiera sobre la aplicación de este hecho natural a las sociedades humanas, pues toda la historia se reduce al antagonismo regulador que se deriva de esta aplicación. En una idea tan sencilla se funda el Estado. En una idea tan sencilla fundaron los egipcios la fábula de Osiris y Tifón, aquél, legítimo monarca, y éste, tirano de Egipto, para consagrar la acción recíproca de los principios contrapuestos y enemigos en la naturaleza. El bien y el mal. Pudo un gran político decir: «el mundo va da se» y este axioma, lejos de descontar la influencia que sobre la marcha del mundo ejerce el héroe, cuenta profundamente con ella. Tal es el héroe, tal es la humanidad que le corresponde. Todavía Catón en una fase más fatalista de la historia, se dió muerte sin saber esperar el día en que Bruto y Casio enarbolaron el estandarte de la libertad romana. Pero la historia va acumulando enseñanzas. Dos mil años después, otro César, avergonzado de haber pensado un momento suprimirse en Fontainebleau, dirige a Catón esta pregunta desde Santa Helena: «si hubieras podido leer en el libro del destino, si hubieras visto en él a César, herido con veinticuatro puñaladas al pie de la estatua de Pompeyo, y a Cicerón ocupando todavía la tribuna de las arengas y haciendo resonar en ella sus filípicas contra Antonio, ¿te habrías dado la muerte?» Derrumbados los mitos de Tifón y Osiris y tantos otros mitos, el hombre de hoy, menos individualista quizá, ha aprendido a esperar. La sociedad está abierta para todos, que tarde o temprano el mérito se abre camino, pues entre el mérito protegido por el favor reinante y el mérito rechazado apenas hay uno o dos años de diferencia en la fecha de los sucesos. Los héroes de hoy, en vez de morir por sus ideales en una borrachera de

gloria estéril, trabajan concienzudamente para legar junto a la gloria de sus empresas bien meditadas, el ejemplo y el rumbo señalado con su labor. El sacrificio inútil de la vida es, muchas veces, un acto de locura como precio de la gloria imposible. Y «lo imposible no es sino el espanto de los tímidos y el refugio de los cobardes». La muerte por una idea es mucho menos que toda una vida consagrada a ella. En el momento culminante de las culturas, sus hombres dan un carácter intencional a la finalidad, y el sentido pasivo teológico deja paso a la voluntad activa de obrar sobre la vida para determinar la felicidad como fin. De representación a voluntad. En el momento culminante de las culturas impera la sinceridad, la mayor y mejor comedia. Como un seudopaganismo que triunfa sobre un seudocristianismo. Si, con arreglo a éste, para Nietzsche, ser bueno es ser débil y ser fuerte es ser malo, para Napoleón, para el sincerismo atlántico, «en el valor, en la fuerza consiste la virtud... el hombre fuerte es bueno; sólo el débil es malo». Se entiende, pues, la felicidad, según la fórmula del personaje de Wilde: «máxima fuerza y máxima inteligencia». El «uebermensch», el superhombre. Pero el cami-

no al superhombre, según la ley natural, exige que algunos hombres, los guiones, los héroes se «superhumanicen», lleguen más allá del máximo triunfo individual, a la creación de categorías superiores, para que todas las existentes avancen un puesto; para que el obrero sea más que obrero, el comerciante más que comerciante, el abogado más que abogado, el político más que político. En Francia el gobernante político ha sido substituído por el técnico. En la India, al «thug», al juramentado, al cipayo epiléptico, sucede Motilal, de hechura sociológica. Si Alejandro saliera ahora del templo de Amón, diciéndonos que la divinidad le había reconocido como Hijo, el mundo prorrumpiría en una carcajada. El mundo mira insistentemente hacia adelante como si temiera convertirse en estatua de sal. El principio de la autoridad transmitida, el mito de Osiris, se defiende rabiosamente con los intentos dictatoriales de las clases conservadoras. Pero el momento es de revisiones. De apartar la escoria y de lucir el metal brillante y puro. Si se ha dicho que la propiedad es un robo, esto se refería a la propiedad adquirida robando. A la autoridad retenida, pues el camino del superhombre está abierto cuando es la inteligencia lo

(Continúa en la pag. 62)



«Retrato de niña».—Propiedad del doctor Maraño.

EL BOLSO ROBADO

Por Maurice Dekobra



—Querido— dijo Lucette a M. Cailleman,— ¡tengo un deseo loco de jugar esta noche al bacará!

El banquero escuchó a la manequi. ¿Por qué rehusar ese placer a esa mujercita, compañía temporal que había llevado consigo a pasar quince días a Deauville?

—¿Cuánto quieres para jugar, muñeca?

—No sé... Veinte billetes...

—Sea. Los tendrás. Pero dime. ¿Sabes jugar?

—Sí, sé... Sé que el nueve es el número que gana.

—¿Y sabes lo que es una "buche"?

—¿Cómo una "buche"?

—¿No sabes lo que es eso?

—¿No? Es una figura. Tienes un cuatro, das vuelta un rey. Eso es una "buche".

—Comprendido, gordito mío.

El banquero extrajo su billetera. Y balbuceó:

—Reflexiona un instante, Lucette... ¿Quieres jugar estos veinte mil francos o prefieres que te compre la linda perla que te enloquecía en la joyería Van-ghosi?

Lucette mordió su cigarrera de escamas, meditó diez segundos y replicó:

—Escucha, Totó... Hagamos un arreglo. Si gano en el bac, me pago la perla con la ganancia. Si pierdo, eres tú el que me la ofreces como consuelo.

—¡Oh, pero el trato es oneroso para mí!

—Vamos, no llores mi gordito Totó. Has ganado quince millones en la baja del franco; bien puedes adquirir una perla si no tengo suerte en el juego.

—¡Sabes!, haces de mí lo que quieres, Lucette...

A las cinco en punto, Lucette, se sentó frente a la mesa de cien luises. Observó primeramente a los jugadores, a fin de no cometer grandes errores, y después, cuando hubo comprendido las maniobras, gritó: "¡banco!" sobre un golpe de trescientos luises. Ganó y jugó más. A las seis tenía 43.000 francos ante sus ojos. Como M. Cailleman entrara en la sala, escondió ligeramente su ganancia y se levantó.

¿Y Lucette?

—La "Gigne", mi pobre Totó... apenas me quedan tres billetes...

—¡Oh!

—Me contengo para no llorar...

—¿Qué quieres?... son los caprichos de la fortuna.

—Dime, Totó... tú me prometiste la sortija para consolarme... ¿Vamos a casa del joyero?

—Sea. Vamos a ver a Van Ghost.

Salieron del casino, caminaron por la calle Gontaut-Biron y franquearon la puerta del célebre joyero, quien los acogió con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, M. Cailleman. ¿Qué

lo trae a usted por aquí?

—Esa pequeña perla... Lucette, ¿quieres probarla en tu lindo anular?

Lucette obedeció. El anillo le venía bien. La perla era pequeña, pero de un oriente magnífico.

—¿Le agrada, señorita?— preguntó M. Van Ghost.

—Mucho...

—Entonces— concluyó M. Cailleman,— ya tienes la sortija, mi querida amiga... Déjame a solas con M. Cailleman.

—Sí, Totó... Vuelvo al hotel, para vestirme. Hasta ahora.

Radiosa, Lucette salió. Mientras el joyero arreglaba la factura, M. Cailleman advirtió que Lucette había olvidado su saquito de manos, sobre una silla. Recogiólo. Movido por la curiosidad, lo abrió y constató, con sorpresa, que contenía 43.000 francos.

—¡Eh! ¡Eh!— pensó, esta pequeña mentirosa ha ganado en el bac. Su mentira merece un castigo.

Deslizó el saquito en un bolsillo, abonó al Royal.

Apenas hubo entrado en su habitación, Lucette le gritó:

—¡Totó! ¡Totó! ¿No has visto mi saquito?

—¿Qué saquito?

—Mi saquito de mano. He debido dejarlo en la joyería.

—No crea mi querida, porque no ha-

(Continúa en la pag. 66)

La cocina practica

GUISOS DE LA ESTACION

Sandwichs de carne.

- ½ kilo de carne.
- 115 gramos de mantequilla.
- 1 lechuga.
- 1 pan de molde.
- 1 huevo. Sal y pimienta.
- 1 cucharada de aceite. Limón

Para estos sandwichs, se aprovecha la carne que queda cocida. Se pica finita junto con la lechuga. Se le agrega el huevo duro picado y se aliña. Las torrijas de pan se untan con mantequilla y en seguida con una capa de pino. Se tapa con otra torreja.

Tallarines.

- ½ kilo de tallarines.
- 2 cucharadas de aceite.
- 1 cucharada de salsa de tomate.
- 1 cucharada de cebolla picada.
- 50 gramos de jamón.
- 30 gramos de queso parmesano.

Se eligen tallarines de tubito muy fino, y se cuecen en agua hirviendo con sal y pimienta por espacio de veinte minutos. Una vez bien cocidos, se sacarán, se pasarán por agua fría y se dejarán destilar. Se pondrá en una cacerola dos cucharadas de aceite. Estando caliente, se agregará la cebolla picada hasta freírse bien. Se le agregará el jamón picado. Tocino lo mismo. Una vez todo bien frito, se agregan los tallarines. Se freirán un rato corto, se les pondrá salsa de tomate de la que venden en frascos preparada especial y un poco de queso. Después que todo esto se haya calentado muy bien, se vacía en la fuente y se le espolvorea queso parmesano rayado. Se sirve muy caliente.

Estomaguillo arvejado.

- ½ kilo de estomaguillo.
- 50 gramos de manteca.
- 50 gramos de cebolla picada.
- 20 gramos de harina.
- 200 gramos de arvejas.
- 2 yemas de huevo.

El estomaguillo, después de bien lavado, se parte en trozos regulares, se frie en un poco de manteca con un diente de ajo picado, sal y pimienta. Se le agrega una cucharada de harina, y cuando esté dorada, se le pone dos tazas de agua y se deja cocer durante una hora. Después se le agregan las arvejas crudas y la cebolla picada a la pluma, un ramo de apio y perejil y una hoja de laurel. Se deja cocer a fuego lento. Al momento de servir, se le agregan dos yemas de huevo.

Budín de frutas.

- 1 litro de leche.
- ½ kilo de azúcar.
- 115 gramos de almendras.
- 112 gramos de guindas confitadas.
- 115 gramos de damascos confitados.
- 115 gramos de pasas.
- 2 yemas.
- 8 hojas de colapiz.
- 1 palo de canela.
- 1 kilo de hielo.

Se pone la leche a hervir con las pasas y el palo de canela. Las yemas se batien con el azúcar, mientras hierve la leche unos veinte minutos. Se sacan las pasas de la leche. Se quita el palo de canela y se agregan las yemas batidas con azúcar. Se sigue batiendo siempre y se pone cerca del fuego para que se cuezan las yemas. Cuando la crema esté fría, se agregan las guindas, las pasas, los damascos picados y por último, las hojas de colapiz que se hacen hervir cinco minutos en un poco de leche. Se vacía en un molde y se coloca en hielo con sal por dos horas. Se sirve con alguna salsa para budines.

COMIDA

Sopa Primavera.

- Zanahoria.
- Nabos.
- Papas.
- Apio.
- Cebolla.
- Coliflor.
- 1½ litro de caldo.

Se sacan con la cucharita, bolillas de zanahoria, nabos, papas, apio en tiritas, cebolla en forma de pluma fina, ramas chicas de coliflor. Se pone al fuego en una olla, se le echa encima un buen caldo, se deja cocer y se le agrega repollo cortado muy fino. Se sirve una vez que estén las verduras bien cocidas.

Hígados en brochetas.

- ¼ de kilo de hígado.
- 50 gramos de tocino.
- 1 taza de arroz.
- 4 cucharadas de mantequilla.
- 2 cucharadas de pan rallado.
- Sal y pimienta.

Se corta el hígado en cuadritos. Igual cantidad de tocino, pero más delgados. Se pasan los hígados ligeramente por mantequilla derretida. Se les espolvorea sal y pimienta y se pone en palitos, una tajada de hígado y otra de tocino hasta terminar. Se vuelve a pasar por mantequilla derretida y después por miga de pan. Se

Ninguna
receta
es
buena
si
los

condimentos
son
malos.
Es mejor
que compre
sus
provisiones
en los

ALMACENES ECONOMICOS

Hay uno cerca de su casa.
ATENCION
CALIDAD
PESO EXACTO

*Las dueñas de casa
que se preocupan de
sus hogares saben que
sólo debe comprarse
en los*

ALMACENES ECONOMICOS

*para obtener buenos
productos y poder
hacer economías.*

Solicite lista de precios a
**ALMACENES
ECONOMICOS**
Casilla 14-D.

SIMBOLO
DE
SALUD
Y
ECONOMIA



87 "Carozzi"

Los Tallarines más refinados y exquisitos
que Ud. debe comer diariamente

COMPRELOS EN LOS MEJORES ALMACENES

colocan en la parrilla y se dejan asar diez minutos por lado. Se sirven con arroz graneado.

Ternera del caballo blanco.

- 1/2 kilo de ternera.
- 1 1/2 cucharada de aceite.
- 2 zanahorias.
- 2 nabos.
- 1 1/2 cucharada de harina.
- 1/2 copa de vino blanco.
- 1/2 copa de jerez.
- 1 cucharada de salsa de tomate.

Se escoge un trozo redondo y carnudo de pierna, se deshuesa, se amarra bien y se pone a hervir en la sopa. Después de una hora se saca y se seca con la servilleta. Se pone una cacerola al fuego con aceite. Cuando está bien caliente, se coloca el trozo de ternera, al cual se le habrá frotado con ajo. Estando la ternera dorada, se le pondrá zanahorias partidas, nabos partidos, una rama de apio, un clavo de olor, una hojita de laurel, sal, pi-

mienta, cucharada y media de harina, una taza de caldo en la que se habrá disuelto una cucharadita de extracto de Liebig, media copa de vino blanco, media de jerez, una cucharada de salsa de tomate y medio tarro de champignons. Se deja hervir bien tapado a fuego lento durante hora y media. Se sirve con tomates rellenos con un pino de un huevo duro picado, una cucharada de champignons y un poco de salsa de la ternera. Los tomates deben ser chicos, colorados, lisos y de bonita forma y del mismo tamaño.

Piña con crema.

- 1 piña.
- 1/2 kilo de azúcar.

Se cortan tajadas gruesas de piña. Se hace hervir con medio kilo de azúcar. Cuando estén cocidas se sacan. Se ponen sobre una tostada redonda de bizcochuelo y encima una redondela de helados de crema.

Conocimientos útiles

Los menús. — En la economía doméstica, uno de los extremos que más interés ofrecen es la confección de menús. Nunca debe hacerse uno con carácter definitivo, entre otras razones, porque puede no haber en la plaza lo que se pensó, o estar su precio, precisamente ese día muy elevado. Es uno de tantos casos en que resultan de utilidad los platos suplentes.

Según el género de vida y las obligaciones, puede convenir que una de las comidas del día, sea más intensa que la otra, debiendo ser tal, la que se tenga más seguridad de poderla hacer repentinamente.

También es de utilidad pensar en los restos; por ejemplo, si por la mañana se emplean muchas yemas de huevo, por la noche debe hacerse algo en que se puedan aprovechar las claras que sobran.

Algunas señoras, emplean una hora del vagar dominical en hacer los menús de la semana ¿ahorra trabajo tal previsión? Indudablemente, y además, facilita las transferencias que puede hacer precisas una comida en la que no se pensó.

Cosas aprovechables. — Hay en la vida de las familias, algunas cosas que se tiran por ignorar que tienen determinada utilidad; ¿quién dijera, por ejemplo, que el hollín sirve para algo?

Pues, disolviendo bastante cantidad en alcohol, se obtiene un líquido muy bueno para dar brillo a objetos metálicos, sobre todo a los de plata, hierro y acero, lo mismo si son bruñidos que mates.

El agua en que se cocieron judías verdes, limpia de substancias en flotación, es de gran utilidad para lavar telas y tejidos finos, tales como las medias. Dicha agua hace menor la acción corrosiva que siempre tiene el jabón, sin restarle eficacia.

Con ceniza de carbón vegetal, bien cribada, y aceite común, se hace una pasta excelente para limpiar objetos de estaño, sin desgastarlos.

Cuando las bujías se quedan reducidas a pequeños cabos, no deben tirarse: después de fundirlos, se quita la torcida y disolviendo el líquido que resulta en trementina, al enfriarse la mezcla, origina una especie de cera muy útil para limpiar objetos de hierro.

El sabor rancio. — No es difícil quitárselo al aceite, siendo varios los procedimientos. El más contundente consiste en verter el aceite que sabe, cuarto de litro por ejemplo, sobre cien gramos de carbón vegetal molido; a los tres o cuatro días se filtra a través de una franela y sale sin olor y claro.

También se obtiene gran resultado vertiendo el aceite hirviendo sobre vinagre fuerte. Se quita la espuma que se forma y se decanta el último, quedando el aceite en perfectas condiciones.

Cuando se trata de olor poco pronunciado, basta poner el aceite con una tercera parte de agua, en una vasija que permita agitar la mezcla. Después que se haya hecho esto diez o doce veces en una hora, se deja la mezcla en reposo una noche y quedará el aceite sin olor.

Si la cosa es un poco seria, la mezcla se hará, por ejemplo, cuatro partes de aceite, ocho de agua caliente y una de sal disuelta previamente en aquella. El procedimiento es el mismo.

La Cortesía

consiste en la consideración a los deseos de los demás. Sus huéspedes apreciarán la cortesía de usted al poner ante ellos esta sal de mesa, que es seca y fluye libremente.



SAL DE MESA
Cerebos

Producto de Cerebos Limited, Londres, Inglaterra

Mujeres Maravillosas

Era un hombre regordete, de ojillos vivaces. Tan pronto como lo vi, tuve la intuición de que iba a espetarme un discurso.

—Las mujeres—dijo, apenas hube tomado asiento.—¡Las mujeres son maravillosas!

Sonrei cínicamente.

—No puede usted negarlo—insistió.—¡Las mujeres son maravillosas!

Me permití dudar.

—Algunas, acaso—manifesté.—No todas.

Asintió vigorosamente.

—¡Todas son maravillosas!—aseguró enfáticamente. — Saben hacer las cosas más difíciles.

Y mirándome con ojos penetrantes, interrogó:

—¿Ha conocido usted a alguna mujer que no sea siempre maravillosa?

—La mía — dije. — Es maravillosa, tan sólo, a veces. Pero hay ocasiones en que es perfectamente ridícula. Como las demás de su sexo. Por ejemplo, el otro día, traje un billete falso de cien pesos, artísticamente trabajado, para mostrárselo. Una imitación muy bien hecha, pero no suficientemente buena como para engañar a una persona un poco experta. Pues bien, mi mujer dijo que el billete era legítimo. Le probé que era falso. Todo fué inútil. Ha tratado de pagar con él a todos los proveedores de la vecindad, sin que ninguno haya querido aceptárselo. Sin embargo, insiste. Ningún argumento logrará convencerla. Se le ha metido en la cabeza que el billete es legítimo, y...

Me encogí de hombros.

El hombrecito sonrió.

—Reconozco que, en ocasiones las mujeres suelen ser absurdamente obstinadas — dijo. — Sin embargo, créame usted que, al final se salen con la suya. ¡Son maravillosas!

Y dándome una palmada en la rodilla, me comunicó:

—¡En el término de seis meses, mi mujer ha hecho prosperar mi negocio de una manera increíble!

—¿De qué se ocupa usted? — pregunté.

—Soy fabricante de baúles — dijo. — Ahora, soy único propietario de los "Baúles de Lujo Lubin". Y hace seis meses, apenas si lograba cubrir mis gastos. En aquel entonces, intervino mi mujer. Me obligó a especializarme en la fabricación de un tipo único, y se encargó de todo lo referente a la venta. ¡Una mujer maravillosa! Hace una propaganda notable, y, créame — aquí el hombrecito puso los ojos en blanco, — ¡estamos materialmente inundados de órdenes! Vea una muestra de su estilo.

Y puso ante mis ojos un prospecto, que decía:

"Un baúl de lujo Lubin, señora, es la última palabra de la técnica moderna. Tiene pasadores automáticos, cerradura automática, tapizado interior de paño, un compartimiento para zapatos, cuatro cajas y cinco perchas. De pino pulido con fibra vulcanizada. Muy liviano y fácil de manejar, etc., etc."

—¡Ya lo ve usted! — exclamó mi interlocutor con admiración. — ¡Esta mujer sería capaz de persuadir a un hotentote sordo, de la conveniencia de comprarse una victrola! ¡Es un don natural! Las mujeres son maravillosas.

—Tiene usted suerte — observé. — Su mujer es un caso excepcional.

Sacudió la cabeza.

—Quítese ese prejuicio — declaró. — Todas son maravillosas.

Cuando llegué a casa encontré a Filis, mi cónyuge, en un estado de agitación impresionante.

—¡Tengo algo que mostrarte! — gritó, con misterioso gesto.

Un presentimiento fatídico asaltó mi espíritu.

—¡Un baúl de lujo Lubin! — declaró ella, orgullosamente, exhibiendo el objeto en cuestión. — Especial para viajes por países extranjeros o para usos del hogar. Con...

—Pasadores automáticos, cerradura

automática, tapizado interior de paño... —continué, sin poderme contener, nerviosísimo.

—Sí, pero...

—¡Con compartimiento para zapatos! — rugí impetuosamente. — Cuatro cajas... cinco perchas... De pino pulido...

—¿Cómo es qué...?

—¡Con fibra vulcanizada! — concluí, con saña salvaje. — ¿Cuánto pagaste por él?

(Continúa en la pág. 24).



Una guía para cocinar mejor

Un buen apetito es uno de los tesoros más inapreciables que puede uno poseer. ¿Y qué puede haber mejor para estimular el apetito que nuevos platos deliciosamente preparados o las golosinas favoritas preparadas más apetitosamente?

Usted puede encontrar muchas de estas recetas en el famoso Libro de Cocina Maizena Duryea. Permítanos enviarle un ejemplar — es gratis. Simplemente llene y envíenos el cupón que aparece al pie. Recibirá un ejemplar a vuelta de correo.

MAIZENA DURYEA

Agentes: WESSEL, DUVAL Y CIA.
Casilla 86-D.—Santiago.

Envíenme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre

Calle

Ciudad 313 A

(Continuación de la página 2)

HABLA DON JUAN ESTEBAN MONTERO

por causas naturales; pero que es preciso hacer bajar a toda costa, para favorecer a los que trabajan y producen. También se necesita mayor circulante. Los agricultores se quejan, a mi juicio con razón, de que no pueden movilizar sus productos a causa de la restricción monetaria. Las riquezas existen, están ahí; pero están paralizadas. A mi juicio, este fenómeno proviene, en gran parte, de la desconfianza de los capitalistas, perfectamente justificada en un régimen anormal y consecuencia directa de los derroches fiscales. Por lo mismo creo que, al ver sinceridad es los propósitos de economía y estabilidad en las instituciones fundamentales del Estado, la confianza volverá a los ánimos y los capitales substraídos a la circulación tornarán a robustecer los negocios y entonar las industrias.

Como Uds. ven, el punto de partida al que es preciso volver siempre los ojos es un problema moral, la aparición o desaparición de un cierto estado de ánimo colectivo.

La vida de los negocios, eje de la existencia social descansa sobre el crédito, es decir, sobre la fe. Algunos se sienten tentados a llamar faltos de patriotismo a los negociantes que se abstienen de arriesgar su dinero y con su egoísmo expectante producen la anemia general, de que ellos son las principales víctimas. La verdad es que nadie hace negocios por patriotismo y lo que se requiere es demostrar prácticamente los buenos propósitos enunciados de palabra para que la confianza perdida vuelva y toda la máquina se ponga de nuevo a caminar. Infil-

trar esa creencia, demostrar que no hay motivos para apartarse y recluirse en el egoísmo estéril, poner las condiciones necesarias a fin de que cambie el estado de ánimo público y vuelva la creencia en nosotros mismos, me parece el deber primordial de un gobernante y la tarea previa propuesta en estos momentos.

El día en que el país advierta que a la cabeza de los negocios públicos hay hombres sinceros, honrados y competentes, ese mismo día empezarán a resurgir las actividades y cesará esta tensión de todos los resortes, este encogimiento del cuerpo que nos va llevando hacia la parálisis. Vean lo que sucede en un momento de pánico. Con serenidad, con orden, todos podrían salir y escapar; pero se produce un tumulto, unos atropellan a otros y, al fin, acaban por aplastarse mutuamente. Una voz de orden, una autoridad que en ese minuto se levante y sea obedecida significa la salvación.

No creo que la situación del país sea peor, por ejemplo, que cuando le declaramos la guerra a dos naciones más fuertes y ricas que nosotros; cuando un gran sentimiento moral sacude a los pueblos, los recursos materiales brotan como por milagro y Uds. ven que los conflictos patrióticos consumen riquezas increíbles que bastarían para el bienestar de varias generaciones. ¿De dónde salió todo eso? De un estado de ánimo, de una creencia, de una condensación unánime de voluntades.

A ella necesitamos apelar hoy día.

Yo me resistí a aceptar la responsabilidad formidable de la Presidencia mientras no tuve la impresión de que ese estado de ánimo podía producirse y de que el país estaba dispuesto a no omitir sacrificios para salvarse. Un hombre solo, ni aun con facultades geniales, lograría salir de un conflicto como el que nos aflige y li-

(Continúa en la pág. 22)

**DOLORES DE CABEZA****Desaparecidos Instantáneamente!**

Ahora hay un remedio milagroso—Fenalgina—para aliviar inmediatamente el más fuerte dolor de cabeza que quita toda la alegría del vivir, no le deja trabajar, comer ni dormir. Fenalgina alivia ese mal-estar inmediatamente. Tómese una tableta al primer síntoma de un dolor de cabeza y nunca estará sin ellas. Inofensiva, hasta para los niños. No oprime el corazón.

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Unico Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

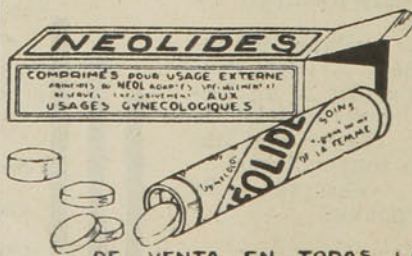
**El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima**

PARA LA HIGIENE ÍNTIMA
DE LA MUJER**NEOLIDES**

M. R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

**Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.**



*Previenen
y alivian
demuchas
tolencias
femeninas*

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Acido ortobórico, dispersulf. potas

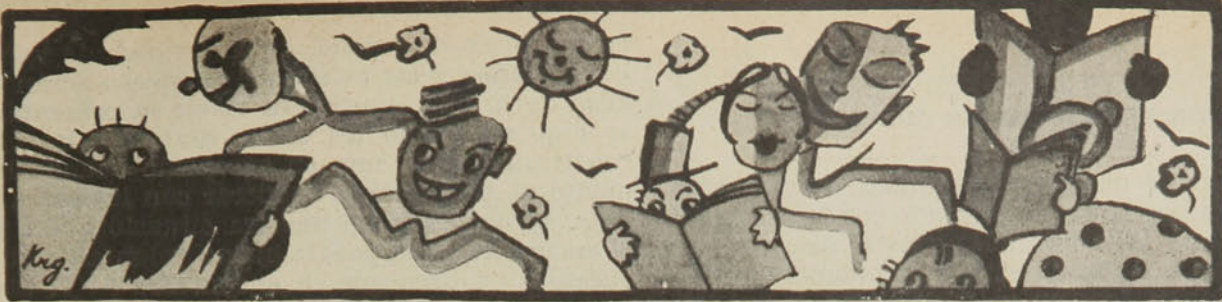
Era una vez un barco muy rechiquitito, que no podía, que no podía navegar... Pasaron... — digo; no pasaron nada. No podía navegar, sencillamente, porque se iba a pique a la carrera. El capitán vió tan mal la cosa, que dijo: "¡Sálvese quien pueda!" Y al instante, las canoas, lanchas, salvavidas, flotadores..., todo, en fin, lo que era susceptible de permanecer flotando en las aguas, fué arrojado al mar y ocupado por los que del barco se iban arrojando. Arriba, en la cubierta, un individuo presenciaba impasible este traginar; los más rezagados cogían, por fin, trozos de madera y se zambullían en el mar a luchar con las olas. Ya todos los navegantes habían evacuado el buque, y cuando el capitán se disponía a tratar de salvarse, se encontró a aquel individuo que, impasiblemente, presenciaba el hundimiento:

—Pero, hombre, ¿aún aquí?... ¿No quiere salvarse? ¿No sabe que el buque ha naufragado y vamos a morir?

—Es que como es la primera vez que me ocurre esto...

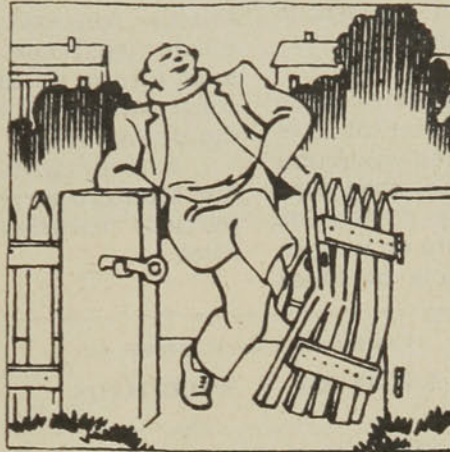
—Ande, corra, y coja cualquier cosa y láncese al mar!...

El gachó aquél, obedeció al capitán y anduvo por la cubierta un momento, buscando algo que le sirviera de flotador y, ante las voces apremiantes del capitán, cogió un ánclora y lanzóse al mar...

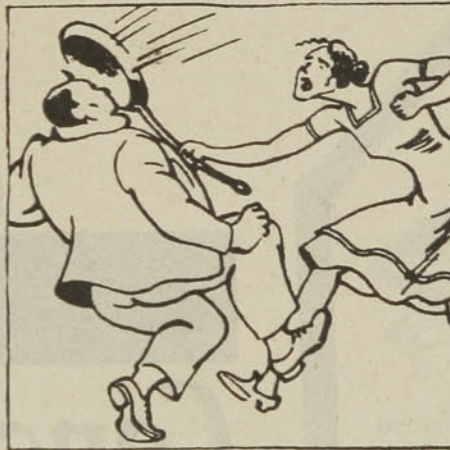


Bromas

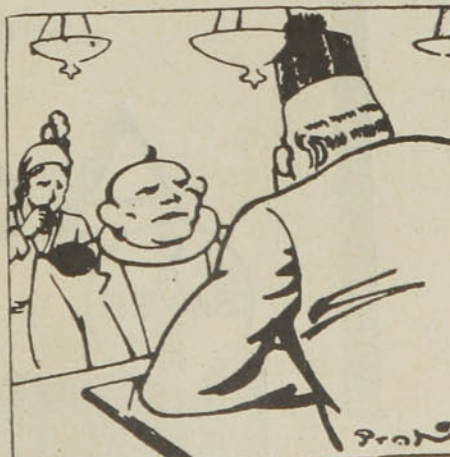
BUEN ENCAJADOR, por Prat



Un campeón de boxeo, hombre de musculatura muy endurecida, llega a su casa un poco bebido.



Su esposa lo recibe a sartenazos. El agredido denuncia a su mujer ante el juzgado.



—No veo nada en su cara.
—No es mi cara lo que ha de ver, sino la sartén. ¡Buena ha quedado!

Pastorfido nunca ha sido escritor de buena fama, y lo malo es que se llama, Pastorfido y Pastorfido.

El literato Pastor Díaz comentó en una tertulia de entonces la redondilla, y añadió:

—Este Pastorfido y Pastorfido es como el seis doble en manos del contrario. Siempre nos dan ganas de ahorcarlo.

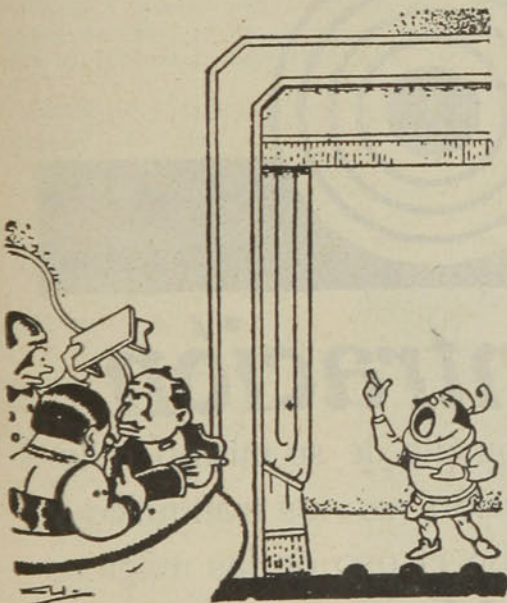


—¡Caramba! Tú tan moreno y tu hermana tan rubia.

—Es que yo nací antes de que mamá se tiñera el cabello.



—¿Quiere una cajita?



—El banquillo que ha pedido el señor, ¿lo pongo a los pies de la señora?

—No, es para tirárselo al que está cantando.



—¿Qué es lo más difícil para un barco?
—Pararse en seco.

A mediados del siglo XIX estrenaba muchas obras teatrales, algunas con gran éxito, un autor llamado Miguel Pastorfido y Pastorfido. Los periódicos le dedicaron esta redondilla, que circuló mucho:

(Continuación de la página 20)

HABLA DON JUAN ESTEBAN MONTERO

brar de la doble crisis nacional y mundial, complicadas y agravadas la una por la otra. Contando con la adhesión de las fuerzas vivas y las voluntades conscientes, teniendo de nuestra parte la fe de nuestros conciudadanos, creo que las más modestas fuerzas se multiplican y pueden formar un haz irresistible, una corriente compacta capaz de dominar todos los obstáculos.

El señor Montero guarda un momento de silencio. Había empezado a hablar recogidamente, con la soledad del profesor en su cátedra; ahora se siente en sus palabras y en su voz el influjo de esta condensación de esperanzas que invisiblemente lo anima y lo ha arrastrado hasta la aceptación de su gran papel histórico.

Termina:

—La misma agudeza de la crisis hace aguardar que sea transitoria. Todo está en no perder le serenidad, el equilibrio, el sentido del justo medio. No creo oportuno discutir cuestiones doctrinarias ni agravar nuestros problemas presentes con asuntos que dividan y agrien los ánimos. A mí no me pueden tachar de extremista en ningún sentido y espero que, restablecida la existencia nacional

ban en lobos o gatos entregándose a todo género de danzas en torno de Satanás.

Bajo el pontificado de Inocencio VIII, Barthelemy Spina afirma que más de 1.000 brujas fueron objeto de persecuciones judiciales y cien fueron quemadas en la plaza pública, todo esto solamente en la diócesis de Como.

(Continuación de la página 6)

ENCANTOS Y MALEFICIOS

Los sabios de la época conocieron algunos secretos de las brujas. Supieron que empleaban para sus unciones y fumigaciones, la hierba mora somnífica, el

en un plano de verdad, de sinceridad, de solidez, volverá la confianza y las tareas del Gobierno serán menos difíciles de lo que, a primera vista, se presentan. Para eso se requiere, como les decía, desterrar los egoísmos, no constituirse cada uno en excepción cuando llega el momento de sacrificarse, cooperar con lealtad a la obra común, convencerse de nuestra situación real y aceptarla. Si encuentro en el país la buena voluntad a que estoy dispuesto — y creo que la encontraré — el resurgimiento político y económico, la paz social y el bienestar futuros me parecen asegurados.

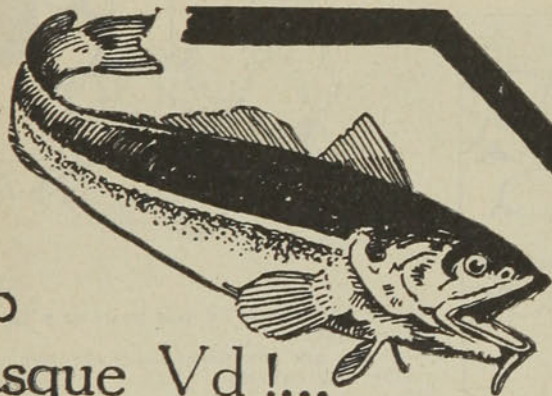
Por primera vez, acaso, en la historia de Chile un candidato presidencial no ha ido en busca de sus electores, no los ha solicitado directa ni indirectamente; han sido ellos los que han ido a buscarlo a él y los que, no sin esfuerzo, han debido vencer su resistencia. Si las circunstancias son excepcionalmente graves y solemnes, no se puede negar que la disposición de los ánimos se muestra a la altura de los acontecimientos y que el instinto de conservación público ha sabido distinguir y escoger el medio de salvarse.

Perteneciente a las filas del Partido Radical, el señor Montero sirve ahora de bandera de unión a todos los partidos históricos, y llama aún a los indiferentes en política.

ARIEL

opio y la mandrágora. Hoy la ciencia nos ha revelado después de tanto tiempo, la propiedad de esas plantas. Todo el mundo sabe que procuran visiones, y que pueden conducir a la locura y a la muerte a los imprudentes que las emplean sin

(Continúa en la pág. 61)



No
busque Vd!...

No encontrará reconstituyente más poderoso
que la

PANGADUINE

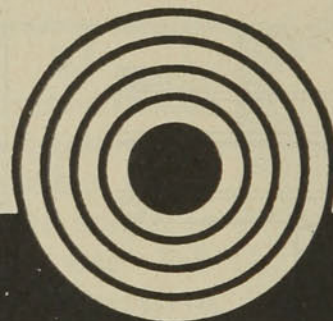
M. R.

Bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao.

Es el medicamento por excelencia de los Niños, de los Jóvenes Fatigados por el Crecimiento, Neurasténicos, de los Convalecientes. Obra maravillosamente en las afecciones pulmonares. El Doct^r Doyen, el gran cirujano de fama mundial ha escrito:

« La PANGADUINE es un excelente reconstituyente. Desde que existe, ni una sola vez he recurrido al aceite de hígado de bacalao bajo cualquiera forma que sea. »

DOS FORMAS : Elixir, Granulado
de venta en todas las farmacias



Concentración

calma, dominio de su mismo, reflexión, decisión, nervios tranquilos y acierto con el uso de las mágicas

Tabletas de
Adalina



M. R.: a base de Bromodietilacetilurea

M. R.

VISITA A SELMA LAGERLOF

El auto está allí, trepidante, delante del Stafhotellet de Karlstad, en el corazón de esta deslumbrante provincia de Vermland, “el país de las aguas que danzan”. Tal es la etimología que me dado mi amigo Linus Brodin, que conoce el Vermland mejor que ningún otro hombre en el mundo.

Con la mirada investigadora y los cabellos al viento, Brodin se aproxima y su rostro se expande en una sonrisa:

—¿Viene usted a Marbacka?

Es un maravilloso día de junio, de ese junio sueco, cuyo sol tiene tanta seducción fresca y luminosa, pero es que hay cierto atractivo en Marbacka, al que es difícil resistir.

—¿Pero, estará ella allá? ¿La podré ver? Porque ya conozco esos lugares...

Pero la verdad es que quiero ir a ellos nuevamente. Se puede recomenzar veinte veces al paseo a Vermland sin fatigarse. Pero el apasionado interés por un país que amo, quiero disimularlo bajo el otro interés, el deseo vivo de encontrar a Selma Lagerlof.

Y henos aquí en viaje. Es preciso procurar describir una vez más ese Vermland, ese país de mil noventa y nueve lagos, de colinas y selvas, de flores salvajes, de casas de madera pintadas de rojo y orladas de blanco, de cielo transparente y pálido, donde se pasean, muy altas, simulacros de nubes, y sobre todo, la felicidad, ambiente que hay en él.

Pienso en Selma Lagerlof, que ha comprendido también a su provincia, y sobre todo, en que los franceses no acaban de imaginarse la aureola, que a manera de leyenda, rodea a esta sueca privilegiada, que hubiera podido ser una institutriz como tantas otra, si no hubiera sido desflorada por el ala del genio. Hace treinta y ocho años, un diario femenino de Estocolmo, “Idun”, publicaba una novela que había obtenido el primer premio en un concurso literario. Era “La Leyenda de Gosta Berling”. Suscitó admiraciones y críticas apasionadas, y de un sólo golpe, el nombre de la joven institutriz de Vermland, se extendió a través de toda la Suecia. En algunos años, iba a dar la vuelta al mundo, y gracias a André Bellessort, no fué Francia la última en reconocerla. “Pero — dijo modestamente al traductor — lo que ninguna traducción, lo que ninguna adaptación dará nunca, es la poesía de esta obra, soplo a veces épico, su encanto tan profundamente nacional”.



Selma Lagerlof y sus amigos.

Sin duda, no es posible sentir bien este soplo y este encanto, sino en los valles de Vermland...

Una gran pradera ondula, inclinándose hacia el lago alargado, el legendario lago Friken, que la novelista ha llamado el lago Leuven. El campo se recoge en su serenidad silenciosa. No hay movimiento, sino en torno de una casa blanca entre los árboles, la casa de Marbacka, donde vive el ídolo de las mujeres suecas. Han venido muchos autos. Todos los días se les ve venir en peregrinaje. Se detienen a algunos pasos de la casa, y los turistas buscan con los ojos a la señorita Lagerlof que, dá de comer a sus aves o cuida sus flores, sobre la terraza sostenida por pesadas columnas.

¿Cómo decir del encanto exquisito de esta casa y de la impresión de frescura que conserva? Los muros están laqueados en blanco, según el gusto sueco. Los

muebles son claros y dorados, y están tapizados con esas telas grises que fabrican a mano las excelentes obreras de Vermland. Todo es tan limpio, tan maravillosamente impecable: los stores bien aplanchados, las cubiertas de las mesas sin un pliegue, las flores cuidadosamente colocadas en sus vasos.

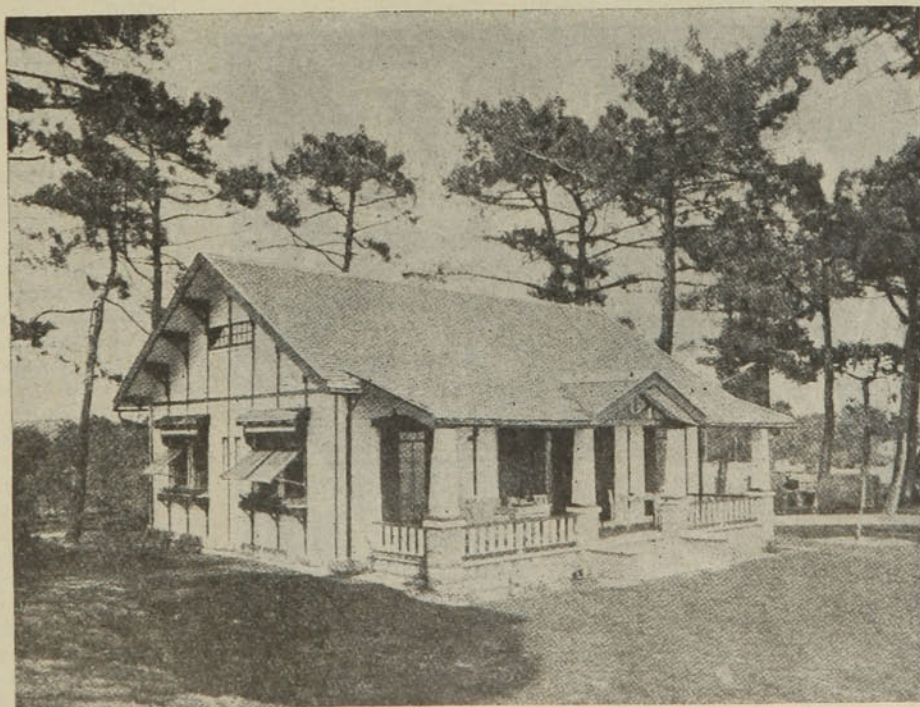
Y en este decorado sencillo, liso y barnizado, Selma Lagerlof parece una imagen ideal de una sueca un poco madura, dulce, pacífica, acogedora y soñadora. Yo no conocí a la pequeña institutriz que escribió la afiebrada leyenda de Gosta Berling: ¿es posible, cuando se mira un rostro tan tranquilamente afeble, tocado con tan lindos cabellos blancos, imaginar que es ella quien inventó esas aventuras tan extraordinarias y cargadas de violencia? ¿Pero ha sido todo creación de su espíritu? Existe el recuerdo de hechos reales, una herencia de leyenda:

“Por mi madre y mi padre — dice la novelista — estoy unida a esos oficiales extraordinarios que vivían en torno de la comandante de Ekebu, y mi novela, es la trasposición de una leyenda, que llegó a mí por tradición oral”...

Pero es muy difícil conseguir que hable de su obra. A pesar de los muchos adulos de que ha sido objeto, a pesar del constante peregrinaje, venido no sólo de los cuatro puntos de Suiza, sino de los cuatro puntos del mundo británico, a pesar del premio Nobel, a pesar de la roseta de oficial de la Legión de Honor, y de las mil distinciones honoríficas que han hecho de ella una mujer de letras mundial, permanece siendo la imagen misma de la sencillez.

He dicho mujer de letras, pero no hay obra femenina que esté más alejada del feminismo. No es ni débil, ni temible, ni compadece a sus hermanas. Aporta a sus estudios, a sus juicios una firmeza masculina, y cuando se inclina sobre los campesinos de “Jerusalén en Dalecarlia”, es con una curiosidad de entomóloga y una clarividencia balzaciana.

Sin embargo, he aquí que me acoge con una modestia encantadora y una dulzura sin pose. Recibe “Mis Rostros de Suecia”, en el que inscribo una dedicatoria de admiración, y en el cual hay muchas páginas consagradas a su obra, como podía hacerlo la más sonriente de las huéspedes. Conversamos en francés y después en inglés, que le es más familiar, pero a ella nada le importan los



La casa de Selma Lagerlof

juicios, que sobre su obra hagan los otros países, ni lo que hacen los otros escritores del mundo. Ella permanece fuera. Sin vanidad y sin debilidad, ha escrito su obra, y la que le ha sobrevenido, es casi un presente que le sobra.

No puedo decir hasta que punto me gusta esta filosofía sencilla y esta tranquilidad sin pose. Sentiría, sin embargo, que ella no hubiera encarnado un poco en sus personajes y que su fogosidad, su bondad o sus inquietudes, no reflejasen sus propios sentimientos. Pero el invierno pasado, una desgracia ocurrió en Vermland. El fuego hizo presa de la casa señorial de Rottneros, (Ekebu en la novela), y el fuego la quemó totalmente. Me bastó sin evocar el siniestro, para que subiese al rostro sereno de la novelista una gran tristeza, que no era únicamente la tristeza de una Vermlandesa ligada a los recuerdos de su provincia. El día en que le trajeron la noticia, un gran duelo debió flotar sobre su alma. Todas las bellas leyendas que escuchó, niña en la casa de Lilljocrona y que han formado los episodios de su leyenda, están centrados en torno de la vieja casa señorial, de sus grandes árboles románticos y de su césped oval. Y sin duda, ese mismo día, las almas de Gosta, de Rosencreutz, de Ebba Dohna y del fatal Simtram, han venido a errar en torno a la mansión de Marbacka y a hablar del alma de Selma Lagerlof...

(Continuación de la página 19)

MUJERES MARAVILLOSAS

—Cien pesos.

—¿Cien pesos?

Me dejó caer en una butaca.

—¡Sí, y te he demostrado que estabas en un error! — gritó Filis, triunfalmente. — ¿Recuerdas aquel billete que decías que era falso? Pues bien... Resultó legítimo... Al menos, la señora lo aceptó sin observaciones de ninguna especie.

Di un salto y la tomé enérgicamente de los hombros.

—¿Pagaste, por el baúl, con ese billete falso? — exclamé.

Ella asintió.

Una carta de mi amiga Amelie

Tu carta *ma chérie*, como tuya, sugestivamente afectuosa, me produce la impresión de que te volviste un poquitin guasona; no he podido deducir si consideras fácil o difícil ser una ama de casa *au complet* y sin querer, he recordado el coro de médicos del *Rey que rabió*.

En cambio, veo claro, a través de un velito muy tenue de ironía, que me quieres y a pesar de la ausencia no se enfrió nada nuestra buena amistad y con ese convencimiento me quedo tan contenta, que rieta tú de las dichas y felicidades que a diario vemos en la pantalla del cine.

Y, sin embargo, a pesar de que el arte mudo, según sus entusiastas, es el que más plasma la realidad ¡qué de sarcasmos encierra! ¿no te produce pena ver, a lo mejor, una muchachita simpatiquísima, cuyo contento nos conmueve, el pensar que todo aquello lo fingió para hacernos pasar el rato, quizá sintiendo ganas de llorar?

Ya sé lo que vas a objetarme ¡lo he oído tantas veces!... que es la vida... pues, no me convence porque podía la vida serlo sin acompañamiento de crueldad.

Cambio de tema, porque ahora que repaso nuevamente tu carta se me ocurre pensar que te has vuelto muy reservada al no decirme nada de aquellos rumores que trajo a mi oído un pajarillo ¡tonta siete veces! ¿crees que la felicidad se puede ocultar? ya me lo dirán, ya; y no sigo sobre el asunto, dejando para entonces el resolver si debo o no ponerme seria por tu falta de confianza.

Como decías en la tuya que con un plato de carne y un postre, habríamos completado un menú, no paré hasta encontrarlos y empleando una frase tuya voy a *servírtelos*, con la advertencia previa, de que las dos cosas las hice y probé.

El de carne consiste en un guiso de pollo o pollos, que la señora que me lo enseñó llama a la vegetariana. Hoy en eso de poner nombres hay gran libertad y en algunos casos una libertad que adormece.

Hacen falta la mar de cosas, fijate: pollo, jamón, tomates, pimientos, berenjenas, espárragos, caldo, pan rallado..., media plaza, ¿verdad?; tratándose de ti huelga decir una palabra sobre cantidades y preparación.

A los *bichejos* que sean, se les quitan cuellos y alones que se frien en manteca, con el jamón; luego, con la carne que se pueda sacar de las partes nombradas y el jamón, se hace un menudísimo picadillo que se traba con manteca y pan rallado, sazonando con sal, pimienta, ajo y perejil muy picados. Ligado que sea, se frie un poco y se conserva donde no se enfrie.

Los tomates y las berenjenas, se vacían, y en el lugar de su pulpa, se pone picadillo, asándolos a continuación en el horno.

Los pimientos, luego de asados, pártelos en tiras y con el mismo picadillo que hiciste, colocado dentro, forma una especie de rollitos y sujetos con un hilo, frielos, también un poquito, en la manteca.

Los espárragos, que deben ser trigueros, si te parece no los rellenaremos; será mejor cocerlos y a continuación, rehogarlos en la misma manteca; no iban a ser menos que los demás vegetales.

Ya es hora, — dirás seguramente, de acordarse de los pollos. — Así es, pero por poco tiempo, pues dándoles una *mano* de manteca y espolvoreándolos con sal y pimienta, se ponen al horno. Con poco más de media hora, quedará hecho ¡ah! si te agrada, les va muy bien rociarlos con una copita de coñac.

El servirlo, es casi lo más complicado; pon los pollos partidos, cada uno en cuatro trozos, en una fuente que debe estar a buena temperatura; alrededor reparte con gracia y gusto artístico, los tomates, pimientos, berenjenas, y espárragos; escurrido y caliente todo, añade la grasita que dejaron los pollos y no te quepa duda, mi querida amiga, que servirás a los tuyos, cuando menos, dos platos en uno.

Voy en seguida al postre, pues noto que escribí ya mucho, advirtiéndote que co-

(Continúa en la página 68).

MADRES

No avejentéis vuestras hijas ostentando canas, que, aunque respetables, son signo de ocaso.

Usad la afamada

TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

M. R.

y en pocos minutos vuestra cabellera recobrará el hermoso color de la juventud.

De precio económico y fácil aplicación.

Se vende en todas las Farmacias.

Autorización Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.



JAZ

MODELOS CLÁSICOS
Niquelados - Esmaltados
Chromes
Desde \$ 25

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISION



LA FUGA DE ELENA

Por HENRI FALK

—¡No, Rogelio, no! Se lo suplico. Considere mi situación, mis sentimientos... No, no puedo olvidar mis deberes en este estudio de artista, por donde han desfilar tantas mujeres... Trátame de novelista, de romántica, pero lo cierto es que necesito otra atmósfera...

—Elija usted la que prefiera. No quiero contrariarla. Pero ¡no me haga usted penar tanto!

—Escuche, Rogelio...

La joven señora explicó su proyecto. Después de la agotadora temporada de invierno en París, pensaba marcharse, dentro de algunos días, a Saint Blaise, encantador rincón de Normandía.

—¿Quién le impedirá a usted—agregó—alquilar una pieza en el mismo hotel donde yo me aloje? ¡Qué agradable será

poder estar siempre juntos, a toda hora! En su compañía, las tranquilas tardes estivales serán allá paradisiacas. ¿No opina usted lo mismo?

—¡Naturalmente! — exclamó Rogelio, entusiasmado—. Pero, desde luego, su marido se quedará en París, ¿eh?

—Sí, se quedará. No desea abandonar París tan pronto.

—¡Espléndido!... Sé me ha ocurrido una idea, querida amiga. ¿No podríamos hacer el viaje juntos?

—¿Por qué no? Pero debe usted ser prudente. Alberto le conoce de vista; son ustedes compañeros de club. Tal vez me acompañe a la estación del ferrocarril. Trate de estar allí antes que yo y de sentarse en otro vagón... Apenas el

tren se ponga en marcha, podrá usted reunirse conmigo.

Las previsiones de Elena se realizaron al pie de la letra. Alberto Savignol, para quien esta separación de su cara mitad no tenía nada de dramático, no quiso parecer demasiado despreocupado ante su esposa, y extremó su galantería acompañándola hasta su compartimiento y tratando de que se instalase allí con toda comodidad. En el momento de abrazarla con fingida emoción y desearla felices vacaciones, el tren se puso en marcha sin que Alberto se diese cuenta de ello.

—¿Qué es eso? — exclamó de súbito.

Corrió al extremo del corredor, confiando poder saltar todavía al andén, pero le costó trabajo abrir la portezuela,

y, cuando lo consiguió, el convoy había tomado ya tanta velocidad, que no tuvo más remedio que volver al lado de su mujer.

—Aquí me tienes otra vez—dijo, sonriente (era de natural alegre, y nunca tomaba las cosas demasiado a pecho).—Confiesa que es cómico. Felizmente, no pierdo mucho: no tengo ninguna cita urgente.

—¿Piensas descender en la primera estación?

—Sí, querida... Pero, ¡ahora que recuerdo!, el tren no para hasta Saint Blaise...

Durante este breve coloquio, un rostro de hombre, al principio satisfecho,

luego asustado, habíase pegado al cristal de la puerta del compartimiento. Elena, a espaldas de Alberto, supuso a Rogelio desesperado. Este fué a situarse un poco más lejos, en receloso acecho.

—¡Calla!—exclamó Alberto de repente.—¡Conozco esa cara! ¿Donde lo he visto?... ¡Ah, ya caigo! ¡En el club!... Espera un momento... Es Rogelio Dampleuse, un muchacho excelente. Voy a pedirle fuego.

Cuando Rogelio vió que Alberto Savignol se le acercaba con paso firme, no se sintió seguro de sí mismo. Por otra parte, a Elena no le fué muy agradable el ver que su marido entablaba conversación—cortés, es cierto—con Rogelio.

Este pareció dudar. Después, a instancias de Alberto, se dirigió al compartimiento de Elena, que oyó decir a su marido:

—¡Pero si, amigo mío, venga! ¡Quiero presentarle a mi esposa!

Bajo el ojo vigilante y satisfecho de Savignol, Elena y Rogelio se vieron obligados a cambiar algunas banalidades mundanas, que interrumpió la entrada del guardatrén.

—¡No tengo boleto!—declaró Alberto. Y explicó su caso.

El guarda le cobró el importe del viaje. Rogelio, a su vez, presentó furtivamente su boleto, que el guarda perforó, diciendo:

—Tendrá usted que bajar en la primera parada del tren.

—¡Oh!—exclamó Savignol.—¡Qué coincidencia! ¿También va usted a Saint Blaise?...

Rogelio creyó sorprender una expresión recelosa en la mirada del marido. Repuso, pues, astutamente:

—¡Oh, no es un viaje de placer...! Voy allá por motivos... profesionales... Tengo que inspeccionar algunos trabajos.

—¡Ah, sí, ahora recuerdo! Usted es arquitecto.

Un mozo invitó en ese momento a los pasajeros a pasar al comedor.

—Almorzaremos juntos—decidió Alberto.

Los tres se dirigieron al vagón restaurante. En pleno descampado, el tren hizo alto a causa de un pequeño desperfecto en la locomotora.

—¡Una detención feliz!—comentó Savignol, siempre optimista.—Así deberé esperar menos tiempo en la estación para tomar el tren de regreso.

La parada se prolongó un cuarto de hora. El convoy púsose después en marcha, y, al cabo de un rato, llegó finalmente a Saint Blaise.

—¿Esperarás aquí el tren que va a París—inquirió Elena, ansiosamente.

—No querida—repuso Alberto;—es un tren ómnibus, que para en todas las estaciones. Mañana, de madrugada, hay un rápido excelente. Pasaré la noche contigo.

El auto del hotel esperaba a los pasajeros. En la gerencia, Alberto, jovial como siempre, tuvo que volver a explicar su caso, pues no traía maletas. Un groom les condujo a sus respectivas habitaciones.

—Fígate, querida—exclamó Savignol.—¡Dampleuse ocupa el cuarto contiguo al nuestro!

Elena y Rogelio (que habían hecho reservar sus habitaciones por teléfono) admiraban con forzada alegría la nueva coincidencia. Poco después, fueron a cenar juntos. Alberto encontró deliciosa la cocina del hotel, y adorable su extraña situación. Al levantarse de la mesa, Rogelio, cuyos nervios habíanse visto sometidos ese día a una severa prueba, declaró que estaba fatigado, y subió a su habitación.

Solo y triste, cuando despertó a la mañana siguiente, el primer pensamiento de Rogelio fué: "¡Uf! ¡Ya debe haber partido!"

Pero su primer encuentro, en el corredor, fué el de Alberto, que le dijo sonriente:

—¡Tengo una buena noticia, querido amigo! Este lugar me gusta mucho...

Bon Ami

» » » » hace que los zapatos blancos permanezcan blancos

BON AMI mantiene siempre nuevos a los zapatos blancos—les quita la suciedad—no se limita a recubrir ésta con pintura. Sirve para toda clase de calzado blanco excepto el de cabritilla.

Aun los zapatos blancos viejos se deben limpiar con Bon Ami antes de ser blanqueados.

Resulta económico—pues sirve para muchas otras aplicaciones caseras.

De venta por todas partes



Limpia

Bañaderas • Azulejos
Espejos • Mármol
Madera pintada
Bronce • Aluminio
Cobre • Esmalte
Linóleo

He telegrafiado a mi mayordomo que me envíe una valija. Pienso permanecer aquí una semana.

La breve conversación que los enamorados mantuvieron un rato después, en voz baja, fué dramática.

—Mi marido me ha dicho que se interesa mucho por la arquitectura—dijole Elena, entre otras cosas.

—¡Ojo!; trate de inventar alguna ocupación.

Rogelio pasó el día buscando alguna cantera que mereciese ser inspeccionada por un arquitecto; pero lo único que en-

contró fué una cabaña de conejos...

—No habrá más remedio que mostrarle esa maravilla arquitectónica... —murmuró, descorazonado.

Durante la cena, Alberto, que estaba más sonriente que nunca, declaró con énfasis:

—¡Qué paraje ideal! He resuelto pasar mis vacaciones, pero como Elena, que se cansa pronto y se pasa casi todo el día en la "chaise-longue". A mí me gusta el "footing", el deporte en general. Entre los dos, querido amigo—agregó, dirigiéndose a Damblease—, podremos jugar interesantes partidos de golf y de tennis.

Al terminar las vacaciones, era el marido quien había logrado acaparar completamente la atención de su mujer. Elena habíase visto constreñida a hacer crochet en compañía de una amiga solterona que encontrara en el hotel. Como Alberto, por su constante alegría, se había tornado el predilecto de las jóvenes veraneantes, ella empezó a sentir celos de su marido. Y al final de cuentas, habiendo partido para engañarle, Elena volvió a París enamorada de su esposo. Lo que demuestra que la moral vence, con más frecuencia de lo que se cree, en los azares de la vida.

PENSAMIENTOS de un PERRO

I. — Los hombres, los animales, las piedras, se agrandan al aproximarse y se hacen enormes cuando están sobre mí. Yo no. Yo siempre soy del mismo tamaño en cualquier parte donde esté.

II. — Cuando el amo me ofrece, por debajo de la mesa, la comida que él va a llevarse a la boca, lo hace para tentarme y castigarme si sucumbo a la tentación. Porque no puedo creer que él se prive de algo por mí.

III. — Mi amo me tiene abrigadito cuando estoy tendido detrás de él en su sillón. Y esto se explica porque él es un dios.

Hay también delante de la estufa una piedra calentita.

Esa piedra es divina.

IV. — Yo hablo cuando quiero. De la boca del amo salen también sonidos que tienen sentido. Pero estos sentidos son mucho menos claros que los que yo expreso con los sonidos de mi voz. En mi boca todo tiene sentido. En la del amo, hay muchos ruidos vanos.

V. — Todo pasa y se sucede. Sólo yo quedo. Yo estoy siempre en medio de todos, y los hombres, los animales y las cosas se alinean, hostiles o favorables, a mi alrededor.

VI. — Una acción por la cual lo han golpeado a uno es mala acción. Una acción por la cual uno ha recibido caricias o alimento es una buena acción.

VII. — A la caída de la noche potencias maléficas rondan la casa. Yo ladro para que el amo, advertido, las espante.

VIII. — Los hombres tienen la facultad divina de abrir todas las puertas. Yo sólo puedo abrir muy pocas.

IX. — La vida de un perro está llena de peligros. Y para evitar el sufrimiento, hay que velar a toda hora, durante la comida y también durante el sueño.

X. — No se sabe nunca si se procede bien o no con respecto a los hombres.

Hay que adorarlos sin tratar de comprenderlos. Su sabiduría es misteriosa.

XI. — Invocación. ¡Oh, miedo augusto y paternal, miedo santo y saludable!

Penetra en mí, lléname, en la ocasión del peligro, a fin de que evite yo lo que pueda hacerme daño y no sea que, al arrojarme sobre el enemigo, tenga que sufrir por mi imprudencia.

ANATOLE FRANCE.

SECCION ESPECIAL PARA
TRABAJOS URGENTES
TIENE

UNIVERSO
SOCIEDAD EDITORIAL Y LITOGRAFIA
EN AHUMADA 32

La Película



Destruye la Dentadura y la hace perder toda su brillantez

LA película es la causa de la dentadura manchada y opaca, así como de graves males de las encías y de los dientes. Pásese la lengua por encima de los dientes y sentirá Ud. esa película. Absorbe las manchas de los alimentos y el humo del tabaco y opaca la dentadura blanca. Se adhiere a los dientes, penetra en los intersticios y allí se fija.

La película, al endurecerse, forma el sarro. En ella se reproducen los microbios a millones. Y los microbios, con el sarro, constituyen la causa principal de la piorrea. El método común de cepillarse no

ha podido nunca eliminar a satisfacción la película. Por esa razón, los dentistas recomiendan el uso del dentífrico especial para remover la película, llamado Pepsodent.

Pepsodent no contiene piedra pómez, ni creta perjudicial ni abrasivos burdos. Es tan inofensivo que los dentistas lo recomiendan para limpiar los dientes blandos de los niños.

Acepte Esta Prueba De Pepsodent
Para comprobar sus resultados, compre Ud. un tubo de Pepsodent, el dentífrico de alta calidad—de venta en todas partes. O bien, pida una muestra gratis para 10 días a:

Droguería del Pacífico S. A., Casilla 28-V., Valparaíso

Pepsodent

El Dentífrico Especial Para Remover La Película

9-15-S

TU QUE ESTAS LA

Tú que estás, la barba en la mano
meditabundo,
has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

Te alimentas de los ayeres
con quejas vanas:
¡aún hay promesas de placeres
en los mañanas!

Aún puedes cazar la olorosa
rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.

El alma ahita cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza,
más mira como
llega el miércoles de ceniza
Memento homo...

Por eso hacia el florido monte
las almas van
y se explican Anacreonte
y Omar Kayan

Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal
por la puerta del paraíso
artificial.



Y no obstante la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano, oculto tras el tronco
de la haya verde.



Y sentimos la vida pura
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.

¿Para qué las envidias viles,
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba la suma:
cielo e infierno
y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!



Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa,
soñemos en una celeste
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;
la melodía
de la mágica alondra que cante
la miel del día!

Amor a sus fiestas convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular
canta una voz:
«¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booth!»

Mas coged la flor del instante
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,
niños lozanos,

BARBA EN LA MANO...

danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;
sabed vencerle, Cintia, Cloe
y Cidalisa.

Trocañ por rosas azahares
que suena el son
de aquel Cantar de los Cantares
de Salomón.

Priapo vela en los jardines
que Cipris huella;
Hécate hace aullar los mastines;
más Diana es bella,

y apenas envuelta en los velos
de la ilusión
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder
como en un cáliz de cristal
en la mujer.

Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de la llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra,
gozad porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela

sobre la Esfinge.

Aun vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Su Anadiómenes en sus lidias
nos da su ayuda,
aun resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.



Vive el bíblico Adán robusto
de sangre humana,
y aun siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.

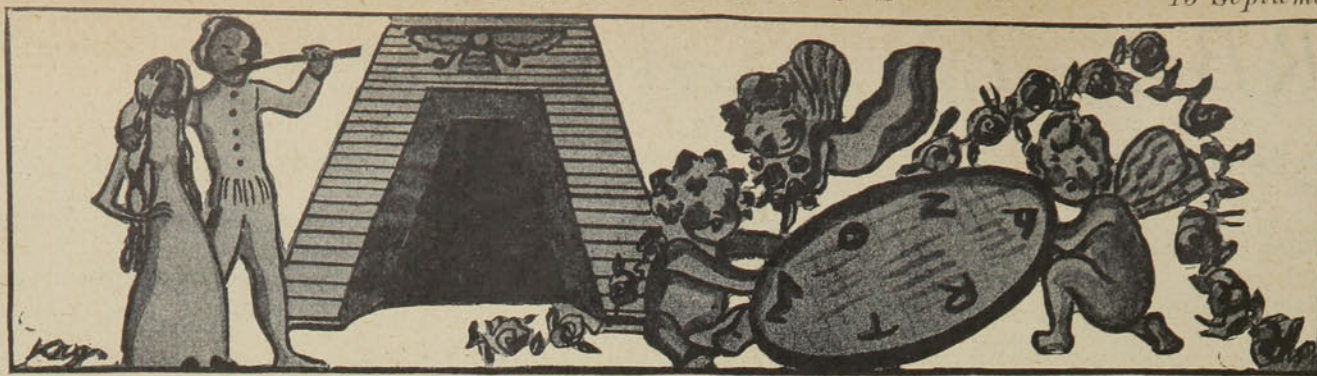
La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros, encinas, lauros
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y sátiras.

En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!



R. DARIO.



notas musicales

EVOCAION PERPETUA DE MOZART

Las Peregrinaciones de Salzburgo

En enero pasado, el día 27, cumplieronse ciento setenta y cinco años del nacimiento de Morzat. No sólo en Austria y Alemania, sino en Francia, que ve a través de los postreros años de la vida del compositor, su ánimo afrancesado se ha conmemorado aquella fecha con representaciones teatrales, veladas nerológicas, ediciones especiales, discursos y poesías. En Barcelona se ha celebrado una deliciosa conmemoración. En el teatro del Orfeón Gracienense una compañía formada por niños, representó una comedia titulada "La infancia de Mozart".

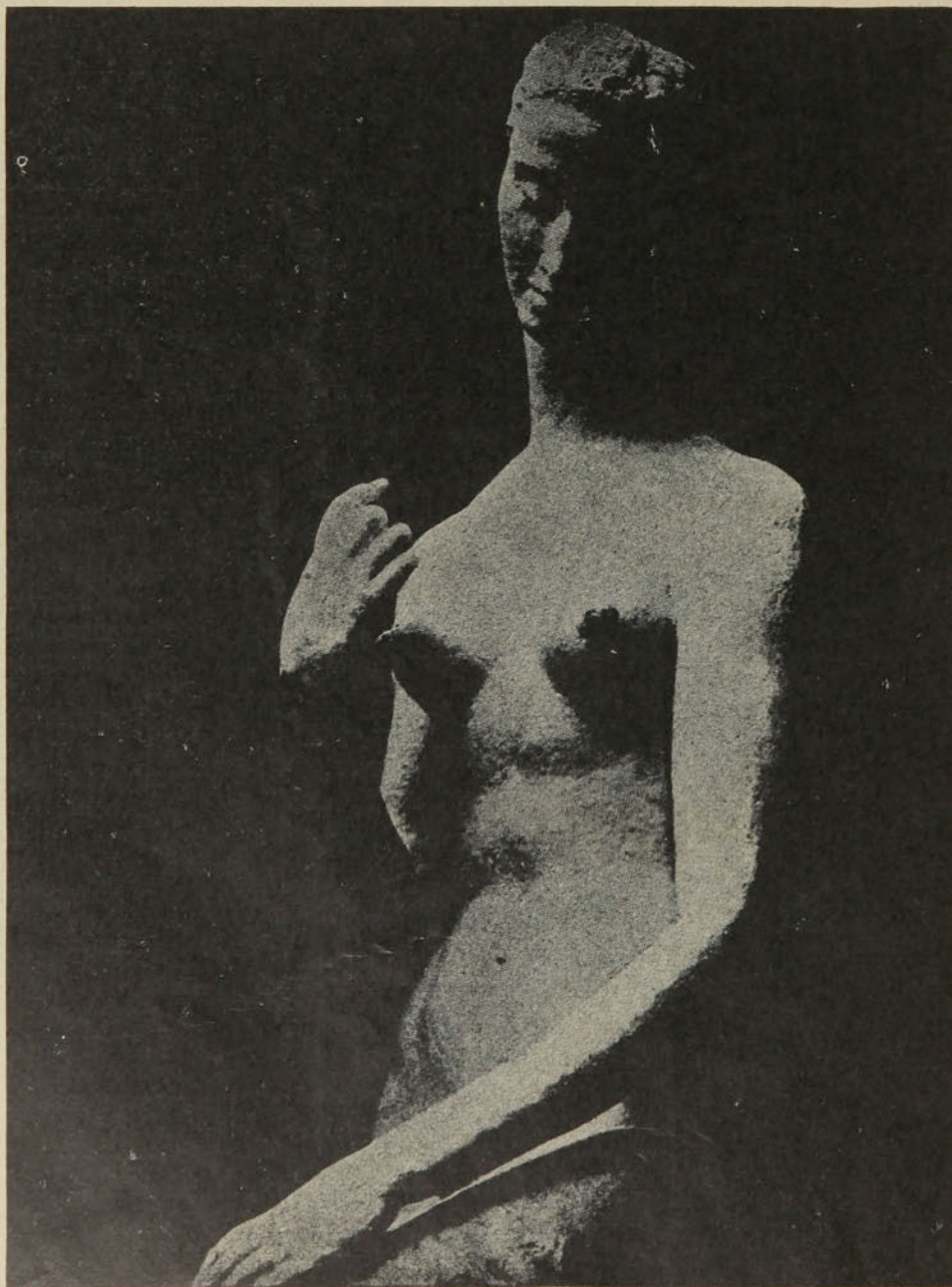
En Salzburgo, cuna del músico prodigioso, la conmemoración del nacimiento, apenas ha sobrepasado los límites de la que cada año se celebra. Cada año y cada día en realidad, porque la bella ciudad austriaca, vive dedicada enteramente al culto y a la exaltación de la memoria de su hijo genial. Es curiosa la tendencia que hay en la mentalidad humana a marcar con cifras hitos, con cifras cumbres los sucesos de la vida y las evocaciones del pasado. Se concibe la predilección por la cifra diez, que es base de nuestro sistema numeral, pero carece de explicación el atribuir una fuerza cabalística a las cifras vinticinco, cincuenta o ciento, y menos aún, como en el caso actual de la conmemoración del nacimiento de Mozart, a la cifra ciento setenta y cinco.

Salzburgo ha considerado que no tiene importancia ninguna, el orden numeral de los años, que suceden. La memoria de Mozart vive perennemente en ella. Ha conservado el ambiente de arte, de suntuosidad, de

sensualidad y misticismo al mismo tiempo, con que desde el siglo XVI, se distinguiera de las demás ciudades austriacas. Sobre una alta colina, domina aún el cacerío, construido según el gusto italiano, la ciudadela de la Edad Media conservada prodigiosamente con infinitos cuidados. Su alrededor, anchas

calles, paseos y jardines, palacios barrocos, caserones soberbios del pasado siglo unidos unos a otros por pasadizos, cubiertos sobre las calles, hoteles modernos y en el fondo el río Salzach, contorneando la ciudad. Si puede compararse este lugar a algún otro en el mundo, sería a nuestro Toledo, un poco menos escarpado y un poco menos arisco.

En cuanto a la animación, a la turbulencia en las calles, a la sucesión de peregrinaciones de turistas, a la melomanía de toda una población entregada al cultivo y a la adoración y al goce de la música, sólo podrá compararse Salzburgo, a lo que era Bayreuth en el tiempo glorioso, en que el propio Wagner dirigía sus óperas. Hace poco el crítico musical Henry Bidon, describía este espectáculo: "Los hoteles no pueden admitir más viajeros; alemanes, austriacos, ingleses, americanos, italianos y franceses vienen a oír, a aspirar, a respirar esta música que estalla por todas partes. Sentándose por la mañana en el jardín del castillo Mirabell, que el arzobispo Wolf Dietrich hizo construir para Salomé Alt, se escuchan los ensayos en el Mozarteum. A las once concierto. A las dos de la tarde, representaciones al aire libre. A las cinco, otro concierto. A las siete, ópera en el Festspielhaus. A las ocho, comedia en el teatro municipal. A las nueve, una serenata de Mozart, en el amplio patio de la Residencia. Entre esas horas concierto en la Catedral, misa cantada en la iglesia de San Pedro, representaciones sucesivas en un teatrillo-



Lembruck: Muchacha arrodillada.

bosque de la *La finta semplice*, *Mitridate*, *Ascania in Alba*, *Lucio Silla*, *Il sogno di Scipione*, *La giardiniera*, *Die entführung aus dem serail*, *Der schanpiel-direktor*, *Die zauber flote* y otras obras de Mozart que el mundo ha olvidado y en las que hay, por lo menos, fragmentos de sublime belleza. Después de todo esto, cuando el turista melómano cree cumplido su deber, se le dice: ¿No váis a escuchar a Bruno Walter, dirigir la "Mozartnammermusik"?...

Hay, sin embargo, entre Bayreuth y Salzburgo una diferencia fundamental. Las obras que aquí se representan, la música que se entona en teatros y templos, en salones y jardines, son humanas y no piden al auditorio una previa iniciación. Ni hay el exclusivismo wagneriano; muchas veces a Mozart lo sustituye Beethoven o Donizetti. Un músico de genio, Max Reinhardt, que ha ganado un fortunón y vive en las cercanías en un grandioso palacio señorial ha creado en 1930, un espectáculo sorprendente, que no amengua en nada la gloria de Mozart.

Se celebra este espectáculo en la basilica de estilo italiano, cedida para este fin por el obispo diocesano. Es un misterio alemán titulada "Jedermann" y escrito por el gran poeta dramático Hugo de Hoffmansthal.

Esta basilica se encuentra al pie de la fortaleza y en frente del Palacio Episcopal, que le sirven de decorado. La mayor parte del misterio se representa en el atrio de la basilica. El público que llena la ancha plaza, asiste conmovido al espectáculo, en que se confunden la sencillez de los mitos primitivos y la grandeza de los personajes simbólicos de la obra, entre los que aparece y había el propio Dios.

Un español que asistió al espectáculo, imaginó que mejor escenario aún que la Domplatz de Salzburgo, sería la grandiosa plaza de Santiago de Galicia, en que alza su hermosa fachada la Catedral, plaza que completa su rectángulo con otras tres fachadas suntuosas.

Tanto más—y brindamos la idea al Arzobispo de Santiago, erudito y artista, y al Ayuntamiento y a la Junta de Turismo de Compostela—, cuanto que el "Jedermann" del poeta Hugo de Hoffmansthal y del escenarista Max Reinhardt, que atrae cada año millares de turistas a Salzburgo, es, sencillamente, la traducción, más o menos fiel, de una obra española.

"La Muerte y la Miseria son sus principales personajes y en sus diálogos con los demás personajes se resume la triste y simbólica historia de la Humanidad". Esto dicen los programas del espectáculo. Lo que callan es que el titulado misterio alemán "Jedermann" es, sencillamente, el auto sacramental de Calderón de la Barca. "El gran teatro del mundo", que Margarita Xirgu representaba hace poco en el escenario del Teatro Español.

Nada de esto empuqueñece en la ciudad austriaca. La memoria de Mozart es perennemente evocada. Donde quiera están sus recuerdos. La casa en que nació, conservada cuidadosamente, muestra cubiertos los cinco balcones de su tercer piso con un enorme letrero, que parece la muestra de un mercader: "Mozart's Geburthann". Otro vetusto edificio formando la esquina de la amplia plaza, tiene colgado en su fachada, entre las hileras de ventanas del primero y segundo piso, otro enorme letrero: "Mozart's Wohnhaus". Transcurrieron allí los primeros años de Mozart y allí se reveló su genial inspiración. En un palacio grandioso está instalado el "Mozarteum", donde se han recogido cuantos objetos le pertenecieron o pueden mantener su recuerdo o completar el conocimiento de su obra y de su vida. Hay hasta mechones de su cabellera recogidos en distintas épocas de su vida.

Y finalmente, la humilde casita que le perteneció, donde escribió su trágica "Misa de Requiem", entonando sus propios funerales y donde padeció su ejemplar agonía, llegando a advertir en la lengua el sabor de la muerte. Su tumba, en fin, y los monumentos alzados en su homenaje. Y cada año todas las efemérides de su vida se conmemoran en una evocación perpetua de su gloria. Y advierten los mercaderes de Salzburgo, que el niño prodigio continúa dando dinero a su ciudad natal, como en los tiempos en que sus deditos infantiles apenas alcanzaban tres teclas en el clavicordio, donde improvisara sus primeras melodías.

DIONISIO PEREZ.



Canas

Cada persona tiene la edad que representa...

Los cabellos blancos dan un aspecto de vejez prematura que Vd. puede evitar sin esfuerzo. El Agua de Colonia "LA CARMELA" devuelve al cabello su color natural sin necesidad de recurrir al uso de tinturas siempre perjudiciales a sus cabellos.

Se usa como loción en el momento de peinarse, no ensucia la piel ni la ropa, extirpa completamente la caspa y evita la caída del cabello.

En venta en todas las Droguerías, Farmacias y Perfumerías del país.

Agentes exclusivos para Chile:

DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.

Suc. de DAUBE & Cia.

Valparaíso-Santiago-Concepción-Antofagasta



Agua de Colonia Higiénica
"LA CARMELA"

PARA SER BELLA

LAS ARRUGAS Y SUS CAUSAS POR EL DOCTOR JOSEF GINSBURG

Mrs. Potts, una de las más bellas mujeres otoñales de Nueva York, lleva un vestido negro de seda de la China. La blusa es de escocés de seda, rosado y negro, que le va muy bien con el camello blanco. El sombrero de paja negra, completa esta toilette. Modelos de Yvonne Ganne.

Para una mujer, la presencia de las arrugas es como el preludio de la vejez, o en otras palabras, éstas denotan la juventud que desaparece. De aquí el gran interés que existe por conocer sus orígenes y los métodos más adecuados para salirles al paso, si esto es posible, o amornar por lo menos sus efectos destructivos en el cutis. Por lo tanto voy a explicar a mis lectoras por qué la cara, la



—¿Usted no ha matado más que a su tío?
—Nada más.
—¡Qué lástima! Si hubiera asesinado a toda la familia, hubiéramos podido alegar una crisis de locura, como circunstancia atenuante.

parte más expuesta del cuerpo a las influencias exteriores, envejece con rapidez mientras que el resto continúa todavía joven.

Los músculos de la faz difieren de los demás en que no están ligados a los huesos en sus partes extremas. Para expresar nuestras emociones y sentimientos usamos diferentes músculos o combinaciones de los mismos. Así, estos pequeños músculos descansan sólo mientras dormimos. Al hablar, los tantas veces repetidos músculos faciales se mueven constantemente, por lo que la piel está expuesta a toda suerte de plegaduras. En consecuencia, le ocurre lo mismo que a un mantel que se pliega repetidas veces, llegando los dobleces a marcarse profundamente en el tejido. Ejemplo similar son las arrugas que se hacen en la parte del zapato más expuesta a los movimientos del pie.

Cuando pensamos, estudiamos, cosemos, reímos o nos entregamos a cualquier otro género de expresiones faciales, las arrugas se van dibujando y acentuando lentamente.

Débase recordar también que el número y profundidad de las arrugas depende en parte de la salud general de la persona y del estado de conservación de la tez.

La vejez prematura es atribuible a veces a defectos de la vista, poco dormir, falta de sosiego, alimentación deficiente y abuso de licores.

Igualmente, producen arrugas los climas tropicales, exponerse demasiado al aire libre y usar malos cosméticos, especialmente aquellos que contienen astringentes fuertes.

No hay duda que hay mucha sabiduría en el consejo anglosajón: "Sonríase siempre"; aunque el constante sonreír es un eficaz productor de arrugas. Da aquí que la mujer norteamericana, eterna sonreidora, pague el precio de esa virtud nacional con las arrugas prematuras que se dibujan alrededor de la boca, ojos y frente.

Sobre todo, evítese el reducir de peso rápidamente. No hay nada más perjudicial para el cutis, el cual, cuidado de acuerdo con las instrucciones dadas en

anteriores artículos, mantendrá indefinidamente la apariencia juvenil y bella que toda mujer desea.

Para resistirse al desarrollo de las arrugas, toda mujer debe inspeccionar su faz una vez por semana, localizando los puntos débiles de aquella con el fin de tomar las necesarias precauciones. Una vez conocidas las partes donde ligeras comisuras anticipan su llegada, se debe dedicarles un cuidado especial durante el aseo y el maquillaje diario.

Por ejemplo, sucede a veces que se observan ciertas irregularidades en la piel que media entre los ojos. Con el tiempo pueden convertirse en arrugas. Es conveniente hacer uso en seguida de los dedos, aplicándolos a la piel en forma de palmaditas; puede hacerse también uso de algún aparato eléctrico que produzca los mismos efectos. Por medio de esta especie de masaje picado, se aviva la circulación de la sangre, se estimulan los tejidos débiles y se prepara la piel para que se oponga al desarrollo de las arrugas.

El mismo tratamiento hace maravillas con las pequeñas comisuras de los labios, que muchas veces es el premio que se obtiene por tener una expresión constantemente placentera.

Para fortalecer estas partes débiles, prematuramente envejecidas, lo mejor es que cada mañana, cuando se tiene la cara completamente cubierta de crema, se haga uso del hielo en las inmediaciones de la boca, con el fin de avivar la circulación de la sangre. Después de algunas semanas de continuar con este tratamiento, se sorprenderá la lectora al observar cómo desaparecen las pequeñas comisuras de la boca.

Y por encima de las demás recomendaciones, no olviden mis lectoras que uno de los mejores estímulos vivificantes que se pueden dar a la piel, es el agua y el jabón por las noches y por las mañanas.

Pasan los años, pero es



JOVEN..

porque es joven su cutis

Para que el cutis no sufra los ataques del tiempo ni de la intemperie, hay que protegerlo y esta protección debe ser a base de una preparación estrictamente de confianza... ¡la Crema Hinds!

Usada a diario, esta Crema ejerce la protección deseada en todas las estaciones, y conserva el cutis deliciosamente claro, terso, juvenil...

...y da a las manos exquisita suavidad y blancura.



CREMA HINDS

MANDE

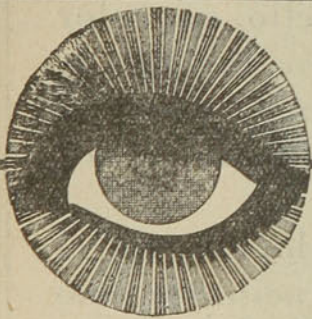
\$ 1.20 en estampillas de correo a Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D., Santiago, y le enviaremos porte pagado un ejemplar de la graciosa sátira política de

Gustavo Campaña G.

Superávit

o pídale en librerías y puestos de revistas.

Precio \$ 1.-



UNIVERSU
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

AHUMADA 32

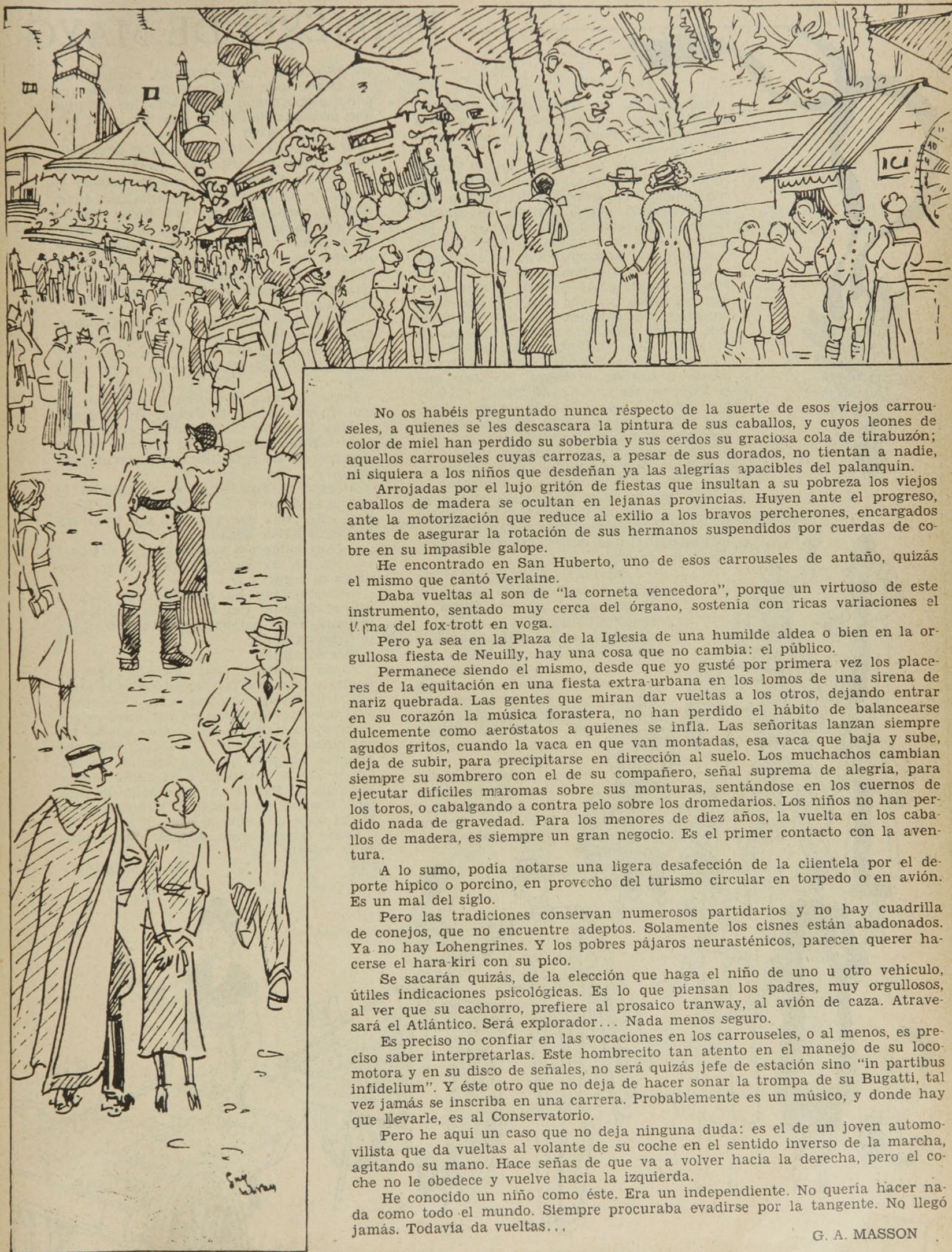
OFRECE

500 hojas cartas
400 sobres inviolables
100 tarjetones recado
total 1000 ejemplares
todos IMPRESOS por

\$ 20

Despachos a provincias únicamente contra pago anticipado de \$ 25.-

CARROUSEL



No os habéis preguntado nunca respecto de la suerte de esos viejos carrouseles, a quienes se les descascara la pintura de sus caballos, y cuyos leones de color de miel han perdido su soberbia y sus cerdos su graciosa cola de tirabuzón; aquellos carrouseles cuyas carrozas, a pesar de sus dorados, no tientan a nadie, ni siquiera a los niños que desdeñan ya las alegrías apacibles del palanquin.

Arrojadas por el lujo gritón de fiestas que insultan a su pobreza los viejos caballos de madera se ocultan en lejanas provincias. Huyen ante el progreso, ante la motorización que reduce al exilio a los bravos percherones, encargados antes de asegurar la rotación de sus hermanos suspendidos por cuerdas de cobre en su impasible galope.

He encontrado en San Huberto, uno de esos carrouseles de antaño, quizás el mismo que cantó Verlaine.

Daba vueltas al son de "la corneta vencedora", porque un virtuoso de este instrumento, sentado muy cerca del órgano, sostenía con ricas variaciones el ritmo del fox-trott en voga.

Pero ya sea en la Plaza de la Iglesia de una humilde aldea o bien en la orgullosa fiesta de Neuilly, hay una cosa que no cambia: el público.

Permanece siendo el mismo, desde que yo gusté por primera vez los placeres de la equitación en una fiesta extra-urbana en los lomos de una sirena de nariz quebrada. Las gentes que miran dar vueltas a los otros, dejando entrar en su corazón la música forastera, no han perdido el hábito de balancearse dulcemente como aerostatos a quienes se infla. Las señoritas lanzan siempre agudos gritos, cuando la vaca en que van montadas, esa vaca que baja y sube, deja de subir, para precipitarse en dirección al suelo. Los muchachos cambian siempre su sombrero con el de su compañero, señal suprema de alegría, para ejecutar difíciles maromas sobre sus monturas, sentándose en los cuernos de los toros, o cabalgando a contra pelo sobre los dromedarios. Los niños no han perdido nada de gravedad. Para los menores de diez años, la vuelta en los caballos de madera, es siempre un gran negocio. Es el primer contacto con la aventura.

A lo sumo, podía notarse una ligera desafección de la clientela por el deporte hípico o porcino, en provecho del turismo circular en torpedo o en avión. Es un mal del siglo.

Pero las tradiciones conservan numerosos partidarios y no hay cuadrilla de conejos, que no encuentre adeptos. Solamente los cisnes están abandonados. Ya no hay Lohengrines. Y los pobres pájaros neurasténicos, parecen querer hacerse el hara-kiri con su pico.

Se sacarán quizás, de la elección que haga el niño de uno u otro vehículo, útiles indicaciones psicológicas. Es lo que piensan los padres, muy orgullosos, al ver que su cachorro, prefiere al prosaico tranvay, al avión de caza. Atravesará el Atlántico. Será explorador... Nada menos seguro.

Es preciso no confiar en las vocaciones en los carrouseles, o al menos, es preciso saber interpretarlas. Este hombrecito tan atento en el manejo de su locomotora y en su disco de señales, no será quizás jefe de estación sino "in partibus infidelium". Y éste otro que no deja de hacer sonar la trompa de su Bugatti, tal vez jamás se inscriba en una carrera. Probablemente es un músico, y donde hay que llevarle, es al Conservatorio.

Pero he aquí un caso que no deja ninguna duda: es el de un joven automovilista que da vueltas al volante de su coche en el sentido inverso de la marcha, agitando su mano. Hace señas de que va a volver hacia la derecha, pero el coche no le obedece y vuelve hacia la izquierda.

He conocido un niño como éste. Era un independiente. No quería hacer nada como todo el mundo. Siempre procuraba evadirse por la tangente. No llegó jamás. Todavía da vueltas...

G. A. MASSON

LA L E Y E N D A D E L

PRIMERO DE MAYO

Esto ocurrió en tiempos tan antiguos, que difícilmente encontraréis vosotros, otros más antiguos. Porque era el año I de la Era Terrestre.

Hacia un año, día por día, que el Primer Hombre y la Primera Mujer, habían sido conducidos a las fronteras del Paraíso. Los dos proscritos, habían caminado mucho tiempo en línea recta ante ellos, con su pequeño saco a la espalda, en busca de un departamento susceptible de ser alquilado, o, como se decía entonces, de una caverna. Pero la mayor parte de esos locales, estaban ocupados, ya por osos, ya por otros animales más salvajes aún. Así, les había sido preciso alejarse considerablemente de su punto de partida. Una vez encontrado el lugar propicio, el Primer Hombre se había puesto a cultivar la tierra, mientras que la Primera Mujer se dedicaba al cuidado del menaje. Y como la vida era muy dura, más dura todavía que hoy, no se podían tomar ningún reposo. Nada de domingo, nada de días de fiestas, nada de sábado inglés. Sin contar que les había nacido un niño. Era una boca más que alimentar...

Pero una mañana, la Primera Mujer tuvo que sacudir al Primer Hombre, tirarle por los pies, sin que él quisiera oír nada:

—Déjame—le decía él.—Quiero descansar el día de hoy.

—Y entonces, ¿quién llevará a paecer las vacas? ¿quién sacará el agua del pozo? ¿quién frotará el parquet del salón?

—No piensas, sin duda, que voy a trabajar el primero de Mayo.

—¿El primero de Mayo? ¿Qué tiene de particular el primero de Mayo?

—Es el aniversario de nuestro destierro.

La Primera Mujer se quedó pensativa. Era verdad. Desde hacía un año, no había tenido tiem-

po de pensar en ese Paraíso, ocupada como estaba todo el día por los cuidados que debía proporcionar al pequeño, las comidas que preparar, la vajilla que lavar, los calcetines que zurcir.

Por otra parte, ella no echaba de menos ese lugar cuyos recuerdos se habían borrado casi de su espíritu. ¿No era su marido el mejor de los hombres? No tenía, sin duda, ningún mérito en que así fuera, puesto que estaba solo. Pero en fin, no se embriagaba jamás, no la engañaba jamás, no le pegaba sino moderadamente, lo suficiente para que un matrimonio sea unido. Servicial, siempre dispuesto al trabajo, nada de-rruchador...

—Está bien—dijo ella.—Iremos a pasear. Llegaremos hasta las rejas del Paraíso. Nunca hemos vuelto allí. Veremos si el jardín está cuidado, desde que tú ya no estás allá.

Cogieron, pues, el camino que habían hecho un año antes. El Primer Hombre empujaba el coche donde dormía el pequeño Caín. (Había recibido ese nombre porque siempre estaba revestido con pieles de animales).

Al cabo de algunas horas de marcha, la pareja se detuvo: "Es curioso—dijo el Hombre.—No creía que estuviera tan lejos. Debíamos haber llegado..."

—¿Nos habremos equivocado de camino?

...¡A no ser que el Paraíso haya cambiado de lugar!

—Ciertamente ha cambiado de lugar—dijo el Hombre con bondadosa sonrisa. Y diciendo estas palabras, miró a los ojos a la Primera Mujer.

Ella enrojeció.

Desde entonces, cada año, los trabajadores, se van por las tardes con sus familias, a los bosques vecinos, a los alrededores o al meeting. Cumplen un rito cuyo origen se remonta hasta la época más lejana. Pero nunca encuentran el Paraíso. Sólo que algunos, aquellos que son sobrios, pacientes, y que no engañan a su mujer, descubren que el Paraíso ha cambiado de sitio, para situarse en su casa. Y al año siguiente les nace un pequeño Abel.

Como estáis viendo, es esta una historia muy moral.

G. A. MASSON



Compre
el martes próximo
"Para Todos"

Le proporcionará
una

Agradable

Surpresa

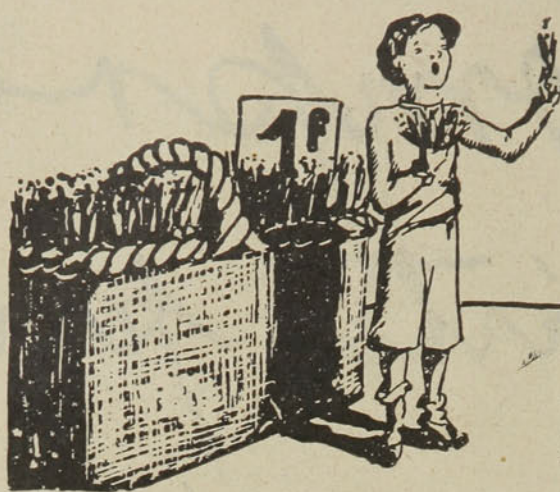
Viejas Costumbres Francesas.- Mayo Florido

Es muy antigua la bella y graciosa costumbre que consiste en ir al alba del primero de Mayo a depositar una rama florida en la ventana de la bien amada. "Coronan, dice Ovidio, la puerta de sus novias para honrarlas, como se coronan las puertas de los templos consagrados a los dioses".

Así evoca él el origen de la fiesta que los romanos consagraban a Maia. Muchachos y muchachas vestidos de blanco recorrían los campos entonando himnos y plantando árboles cargados de flores delante de la imagen de Maia coronada.

Desde el comienzo de nuestra era no es la diosa de la fecundidad terrestre que se honra sino la vuelta del sol, el aire cargado de claridad, el enorme encanto de una caricia primaveral que agita el corazón y los sentidos a la vez.

Se dice que en otra época, en un pueblo de los Alpes, cuando el sol aparecía en el horizonte, cuatro pastores se reunían en la plaza y anunciaban la resurrección de la primavera al son de pifanos y gaitas. Todos los habitantes del pueblo, con un pedazo de torta en la mano se unían a los pastores. Alrededor del más viejo, decorado para la circunstancia con el título de "venerable", se juntaba la farándula que los teñedores con-



El lirio del 1.º de Mayo, portador de suerte.

ducían hasta un puente vecino. Las tortas se depositaban sobre el parapeto del puente y las danzas comenzaban para terminar cuando el sol había inundado la ciudad con sus rayos. Entonces, el cortejo nuevamente formado, conducía el venerable hasta su puerta y cada uno entraba a su casa a comer en familia las tortas cuidadosamente preparadas. Pero, al venir la tarde, los cantos, las

danzas, recomenzaban y se prolongaban hasta bien entrada la noche.

Era ésta una manera original de recibir la vuelta del sol. ¿Pero en qué país desde todos los tiempos no se le ha saludado como a un bienhechor? Pasada la nieve, la lluvia, el viento desencadenado, el mes de Mayo aparece como un resarcimiento de las malas horas pasadas.

"El mes de Mayo sin rosas no es el mes de Mayo". Y sobre las plazas públicas se planta un árbol cualquiera, un álamo a menudo, alrededor del cual se desenvuelve la fiesta de la primavera: fiesta compuesta de cantos, de danzas, de todas clases de juegos, que la noche no interrumpe.

Vienen después los cristianos y colocan, ellos también, el mes naciente bajo el patrocinio de la Virgen Madre. De todas partes, laicas y religiosas, las ceremonias abundan llenas todas de gracia y de espíritu a la vez.

Hacia la mitad del siglo XV la Corporación de plateros de París establecía la costumbre de ofrecer, el primero de Mayo, un regalo a la Catedral. Dos de ellos presentan un árbol verde, al que juntan, con algunas piezas de poesía, una obra de arquitectura en forma de



FLY-TOX

Resguarde al niño de la malaria y otros males

Pulverice FLY-TOX donde duermen sus niños, sin temor. Protéjalos de los mosquitos y otros insectos propagadores de infección. FLY-TOX es absolutamente inofensivo para el ser humano. No daña los tejidos, por finos que sean. Pero es muerte segura para los insectos que invaden el hogar. No es venenoso, es higiénico, fragante y refrescante.

Pida FLY-TOX — en la Lata de Rótulo Azul. Se vende en todas partes



FLY-TOX

Es una gloria verlos...

tan sanos, tan fuertes, tan alegres. Nunca han estado enfermos y las ligeras indisposiciones del estómago que de cuando en cuando sobrevienen a todos los niños, les pasan bien pronto con la excelente

Leche de Magnesia de Phillips

El laxante más apropiado para los estómagos débiles. Inmejorable en casos de agrias, eructos, estreñimiento y biliosidad.



Si no es Phillips no es legítima. Cuidese de las imitaciones.

Leche de Magnesia. (M. R.) A base de hidróxido de Magnesla.

tabernáculo, ornado de pequeños asuntos del Antiguo Testamento, o bien con un solo cuadro votivo llamado "cuadro de Mayo". (La lista de estos cuadros figura en la descripción histórica de Nuestra Señora de París).

En el siglo XVI, los clérigos de la Basoche, levantaban, a su turno, con gran pompa, un árbol adornado y florecido en el patio de Palacio, que con esto tomaba el nombre de patio de Mayo. El rey Francisco I, les dió permiso para cortar en sus bosques el árbol que les fuera necesario. Llegado el día, veinticinco de entre ellos, ricamente vestidos y acompañados de numeroso cortejo, entraban al bosque designado y elegían tres árboles que hacían derribar. Uno se plantaba en el patio de Palacio; los otros dos se vendían y su precio se empleaba en pagar los gastos de la comida de gala. Esta costumbre que duró más de un siglo nos ha dejado el recuerdo de las fiestas brillantes.

En el siglo XVIII, la plantación de Mayo figuraba todavía en el programa de las fiestas galantes.

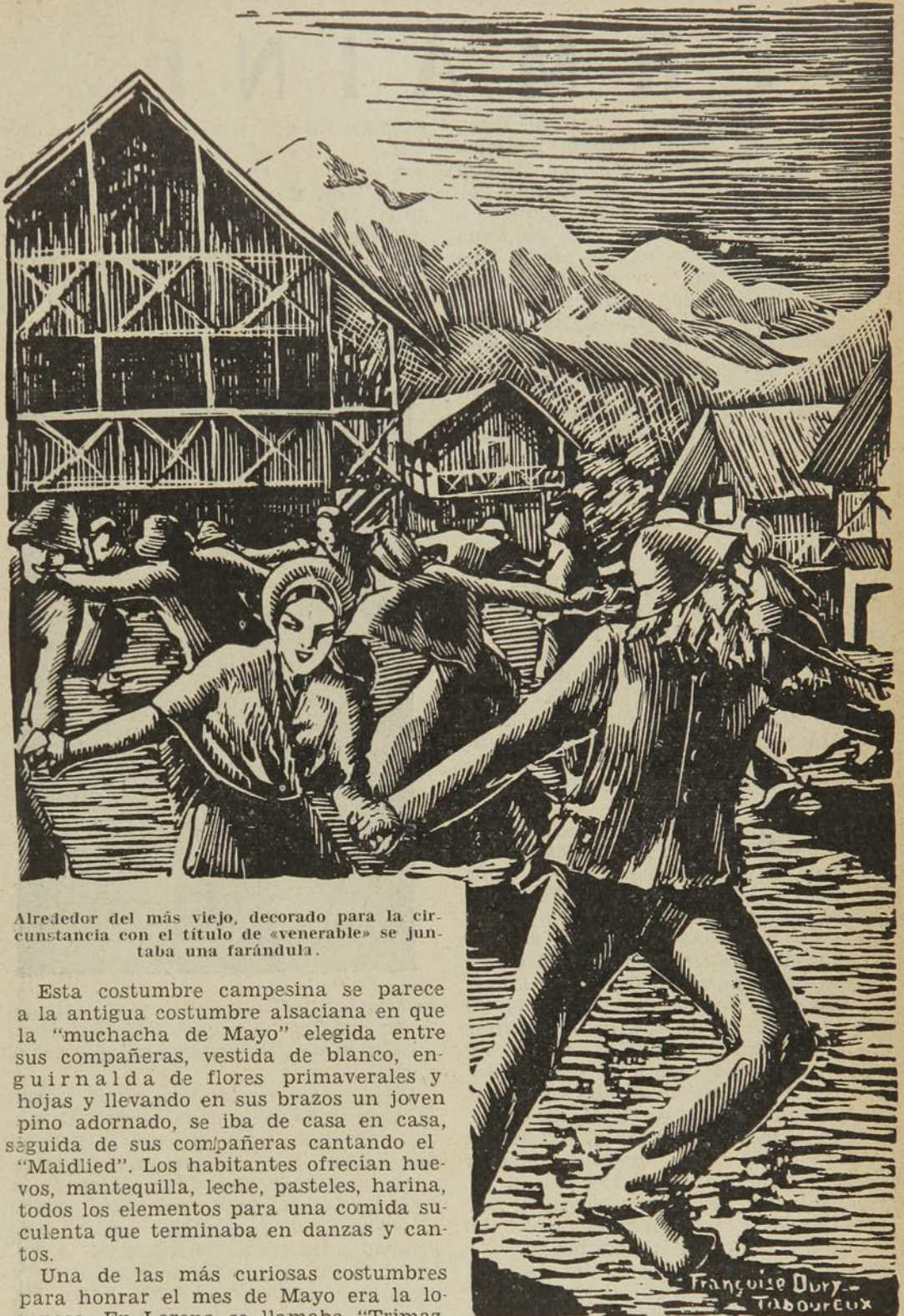
Hoy, el mes de Mayo es aún el mes de las fiestas populares de la primavera; los numerosos ramos de lirios del valle que desde la mañana del primer día adornan la capital y que los paseantes se disputan a precio de oro, prueban que la vieja costumbre no ha sido completamente olvidada.

Pero el carácter más poético de esta fiesta debemos irlo a buscar al Sur. En España y en Italia, donde grupos de jóvenes y niños recorren, en el crepúsculo del último día de abril las calles de ciudades y aldeas dando serenatas a las personas que con ellas quieren honrar; en Provenza, donde el árbol se plantaba al alba del primer día de Mayo, cerca de una entrada engalanada de blanco. Sobre ella se colocaba una muchacha, para la que sus compañeras solicitaban la liberalidad de los paseantes. Esta pequeña era la reina Maïa... Era ella quien al atardecer con sus pequeñas manos, distribuía a los pobres, inclinados ante su efímera realeza, el producto de las colectas, permitiéndoles sentarse al festín de las familias.

En Champagne, se celebraban las fiestas el primer domingo de Mayo. De todos los lugares vecinos, muchachas vestidas de blanco acudían a la casa del jefe del cantón. A la cabeza marchaba la más hermosa, elegida entre las pequeñas, adornada de flores y cintas y teniendo en la mano un ramo de flores de pino.

Quando fui a pasear al campo
hallé maduros los granos,
los bellos pinos floridos
igual que todos los años.
¡Es verdad!
es el mes, el lindo mes
es el lindo mes de Mayo.

Este grupito era, el que, durante todo el día, iba, guiado por sus organizadores y seguido de gracioso cortejo, a visitar cada casa donde le esperaba una generosa ofrenda. El grupo de muchachas de blanco, al llegar, dispuesto en óvalo, entonaba, con melodía viva y lánguida a la vez, la canción del hermoso mes de Mayo. Los otros se paseaban lentamente dentro del círculo haciendo reverencias cada vez que se repetía el nombre de Dios o de la Virgen.



Alrededor del más viejo, decorado para la circunstancia con el título de «venerable» se juntaba una farándula.

Esta costumbre campesina se parece a la antigua costumbre alsaciana en que la "muchacha de Mayo" elegida entre sus compañeras, vestida de blanco, enguirnalda de flores primaverales y hojas y llevando en sus brazos un joven pino adornado, se iba de casa en casa, seguida de sus compañeras cantando el "Maidlied". Los habitantes ofrecían huevos, mantequilla, leche, pasteles, harina, todos los elementos para una comida suculenta que terminaba en danzas y cantos.

Una de las más curiosas costumbres para honrar el mes de Mayo era la lorenesa. En Lorena se llamaba "Trimazos" a tres jóvenes vestidas de blanco, engalanadas de flores y cintas que, en la mañana del primero de Mayo, venían a danzar delante de cada casa para celebrar la vuelta de la primavera; la cinta que adornaba su corpiño se disponía en forma de triángulo. Sus cantos, a menudo muy bellos, se parecen a los antiguos cantos de Noel, tal como el que empieza con este hermoso couplet:

La virgen María
se va por los campos.
En los brazos lleva
su Hijo Bien Amado.
Jesús y la Virgen
pasan por los prados.

Quando han terminado de cantar, las jóvenes recorren la asistencia. Quien quiere las obsequia y con lo que quiere: una moneda de plata o un humilde "sou".

Las "Trimazos" aceptan también regalos en especies, pero los revenden a la mañana siguiente y consagran sus productos a decorar el altar de la Virgen.

Así, en numerosas regiones, la fiesta pagana, al evolucionar, se ha convertido en una fiesta religiosa; en otras, sin embargo, el retorno de la primavera no provoca sino deseos de alegría y de placer ardientes; la partida de Vaucluse, hace tiempo, nos ofreció una manifestación de esta alegría popular.

Aquí, la fiesta de Mayo se llamaba también la fiesta del Cuadrado. Se trataba de una gran carreta adornada de visillos de filosa amarilla y ramas tiernas. En la parte delantera, en grandes sillones, se sentaba el rey de Mayo y su teniente; detrás estaban los músicos. Treinta mulas, pomposamente empena-

(Continúa en la pág. 40).

GERMAINE LUBIN

Esta crónica podría comenzar como un cuento de hadas, pero la maléfica encantadora no aparecería por ningún lado, ya que los dones felices han colmado a la heroína sin que se agregue a ellos, el presente desgraciado del hada mala y bruja. Rara vez, en efecto, una artista reúne tan completamente en ella todo lo que puede seducir. Cada rol que crea o que toma, pone de relieve las cualidades de su inteligencia, tan bien como los recursos de su voz, y ya interprete a las grandes heroínas de Wagner, o tome el papel del "Caballero de la Rosa", Mme. Germaine Lubin, anima cada personaje de manera tan satisfactoria, que uno piensa, después de haberla oído en Brunegilda o Isolda, Elsa o Elisabeth, Telaria u Octavia, bajo otras apariencias.

Es de origen criollo, pero el color ceniciento de sus cabellos y su clara tez, le vienen de Alsacia, donde su madre vio la luz. Educada en París, preparaba su bachillerato en el Colegio Sevigné, y pensaba en seguir la carrera de médico, cuando se apercibieron que la futura doctora poseía una voz muy bella. Se la hizo trabajar. Entró en el Conservatorio, obtuvo una primera medalla de solfeo, y después tres primeros premios, canto, ópera cómica y ópera.

Mme. Germaine Lubin, hizo un brillantísimo debut en la Ópera Cómica con los Cuentos de Hoffmann; se la debía dar, para su entrada a la sala Favart, el rol de Leonora en Fidelio, pero el proyecto fué abandonado. El Pays de Guy Ropartz entró en repeticiones: El rol de Kety convino mucho a Germaine Lubin. Le convino a maravilla y fué todo un triunfo. Nadie como ella podía adornar de una gracia más púdica, de un encanto más penetrante a la melancólica heroína, esa pobre muchacha de Irlanda a quien su esposo Tual, pescador, abandona para responder el irresistible llamado de la tierra bretona. Toda la poesía del rol, fué traducida por la joven cantatriz con una perfección tan rara que la prensa unánimemente, la asoció al triunfo del compositor.

Contratada en la Ópera, por Jacques Rouché, Germaine Lubin dió prueba en seguida, de los eminentes servicios de que era capaz, al crear el rol de Telaira en Castor y Polux. Se puede, en efecto, hablar a este propósito de una creación, puesto que la Ópera de Rameau, había desaparecido de la escena, hacía ya 134 años. La "reprise" tuvo lugar el día 21 de marzo de 1918, porque los bombardeos eran demasiado frecuentes para que se osase hacer correr el riesgo de ellos, al público y a los artistas. Esta resurrección de la vieja obra de arte, fué un triunfo, pero al día siguiente, los primeros obuses de la artillería alemana, caían sobre París y fué preciso esperar el armisticio para dar la primera representación. Después, la obra de Rameau ha quedado en el repertorio. En Génova, el año último, la Ópera dió Castor y Polux, y Germaine Lubin vió confirmado sus éxitos precedentes.

El 20 de enero de 1919, la Ópera Cómica, tomaba otra vez Penélope. En 1914, pocos días antes de la guerra, la obra había sido creada en el escenario de los

Campos Elíseos, por Mme. Lucienne Breval.

Vuelta a la Ópera para crear el "Retorno", de Max Ollene, el 6 de junio de 1919, Mme. Lubin abordó pronto los grandes roles wagnerianos, y fué Sieglinde en la Walkiria. Pero este principio, sin mucho brillo, no dejaba preveer, las interpretaciones tan brillantes, un poco más tarde, de Eva, de Brunehilda, de Elsa, de Kundry, de Isolda, donde, por



su representación ardiente y apasionada, tanto como por el empleo generoso de su voz, se ha demostrado incomparable.

Después de mucho tiempo, se hablaba todavía de la leyenda de San Cristóbal, porque se sabía que, hacia 1908, el señor Indy, se había puesto a trabajar, y quería que su obra fuese digna de la leyenda dorada, de la cual había sacado el tema. Se sabía también que un solo personaje femenino, la Reina de la Voluptuosidad, aparecería en el primero y en último cuadro. Germaine Lubin fué la reina de la Voluptuosidad, que en principio sirvió a Cristóbal y que luego fué bautizada por la sangre del mártir. En este rol, hecho de contrastes, encarnó el amor terrestre, la pasión carnal. Después el amor divino, el puro éxtasis místico. Fué el demonio y la santa, con una nobleza de actitudes, una elegancia y un encanto, que pusieron de relieve el sentido profundo del personaje y contribuyeron grandemente al éxito del misterio, la tarde del 9 de junio de 1920.

En 1922, dos otras creaciones importantes: el 8 de marzo, Boris Godounow, en la traducción francesa de Louis Laloy; el 27 de octubre, "La Hija de Roland". Mme. Lubin, en la obra de Moussorky como en la Ópera de Rabaud, tiene el principal rol femenino. Es, con éxito semejante, Mariana y Berta. Es también un poco más tarde, Alceste de Gluck (en 1925), y encarna la heroína con tal perfección, que Jean Marnold escribió: "Nunca podíamos felicitarse a nues-

tra Ópera bastante, por habernos proporcionado semejante obra maestra. Germaine Lubin, estuvo incomparable. Su representación, su voz soberbia, la armoniosa belleza de su rostro y de sus gestos, eran toda una evocación de la Grecia del Partenón".

El rol de Octavia en "El Caballero de la Rosa", estaba muy indicado para tentar a Germaine Lubin, por su dificultad. Parece una réplica, pero desmesuradamente agrandada, de Querubín. Vocalmente, está erizado de peligros; escénicamente, requiere un tacto y una delicadeza extremas, para no subrayar el équivoco sobre el cual reposa. Agregad a esto que la orquesta de Richard Strauss es lo más brillante que es posible obtener y que interpone, entre el escenario y los espectadores, una verdadera pantalla sonora, y comprenderéis todo el mérito de los intérpretes que, el 9 de febrero de 1927, llevaron la comedia musical de los señores Hofmannsthal y Richard Strauss, al éxito. De su creación de Octavia, Germaine Lubin hizo un modelo de inteligencia e interpretación lírica.

En el curso de rápidas jiras, Germaine Lubin se hizo aplaudir en los principales escenarios de Europa. Ha cantado en Holanda bajo la dirección de Monteux el rol de Ifigenia en Tauride: muchas veces, en los conciertos dominicales, nos ha sido dado apreciar su conmovedora interpretación tan expresiva y tan sobria del ensueño y de la plegaria a Diana. Es una de las cimas del arte a que ella asciende sin fatiga. Llamada por Wiingartner a Bale, ha cantado algunas obras francesas y principalmente Sheherazade. En Viena, ha cantado en alemán Ariana a Naxos con Ricardo Strauss de director, y muy recientemente en París, fuera de las representaciones dadas en la Ópera por el célebre tenor wagneriano Lauritz Melchior; Germaine Lubin le dió la réplica en alemán en Siegfried. Paralelamente cantó la Walkiria con Mme. Lote Lehmann, este mismo año, sin duda, por instancias de Schalk va a ir a Slazbourg, para interpretar "Doña Ana en el Don Juan de Mozart". Los periódicos, han reproducido una interview del jefe de orquesta, vienes tomada a este propósito. "París — dice — posee una cantante que se puede envidiar a los francesas, una mujer cuya envergadura es absolutamente sin par".

Este es un justo homenaje rendido a la que, habiendo recibido en los comienzos de su carrera los preciosos consejos de Lily Lehmann, estudió en seguida con Fedia Litvinne, y hoy todavía por dueña que sea ya de sus medios vocales, no cesa de trabajar, bajo la dirección esclarecida de Mme. Fourestier. Por un raro y encantador ejemplo de modestia, se empeña ella, en declarar que sus éxitos son en su mayoría, obra sola de su maestra.

Esta estación misma en la Ópera, Germaine Lubin va a crear la "Electra de Strauss". No es dudoso que encuentre la ocasión de un triunfo semejante a los que le valieron sus creaciones en "El Caballero de la Rosa" o en "Castor y Polux", sus interpretaciones inolvidables de Isolda y Brunehilda.

RENE DUMESNIL.

SAVOIR VIVRE

SI SE RECIBEN VISITAS

¿Recibe usted? ¿No recibe usted? Eso depende exclusivamente de sus ocupaciones y de sus gustos mundanos.

Por paradójal que esto pueda parecer, recibir en el día y en la hora que le conviene, asegura su libertad.

Es difícil cerrar su puerta a todo el que venga: parientes, amigos, aun inmerentes, encontrarán muchos pretextos para forzarla, cuando les parezca que la tiene bien cerrada. ¿Puede dejarse que llamen sin abrir? ¿Y si fuera un telegrama o una noticia urgente? Error, es una visita. Hele aquí haciendo irrupción en el preciso momento en que va usted a salir o a cumplir con una apremiante obligación. Si tiene usted un día de recepción, no le acontecerán estas cosas tan desagradables, conservará su libertad y no tendrá necesidad de ofender a sus visitas.

No es cuestión de snobismo el recibir las visitas de parientes y amigos, es cuestión de urbanidad y de comodidad.

Ya se ha restringido mucho el día de recepción semanal. Ahora se recibe solamente una o dos veces al mes, lo que se indica en la tarjeta de visita, indicación que debe ir subrayada de rojo.

Dar a su hogar un ambiente simpático, crear una atmósfera agradable, es el primero de los deberes de una dueña de casa.

Corrección absoluta de la persona que abre la puerta e introduce a las visitas: traje obscuro, mangas largas y delantal blanco con bridas.

En la antecámara, el visitante se desembarazará de su abrigo, de su caña y de su sombrero. Las mujeres dejan únicamente su paraguas.

La perfecta dueña de casa, debe dirigir la conversación de tal manera, que todos puedan tomar parte en ella.

Con excepción hecha de algún gran personaje o de algún eclesiástico, la dueña de casa no se pone de pie para ningún visitante masculino. Ninguna dama debe levantarse a la llegada de un visitante cualquiera que sea el sexo a que pertenece.

Le sea conocida o desconocida, un hombre, debe levantarse enseguida que entra al salón una mujer. Dará la misma señal de cortesía, cuando ella se retira.

MEDICINA Y BELLEZA

X.P.V.— El cólera es una enfermedad que casi ha desaparecido. Como ésta, hay muchas enfermedades que desaparecen, pero descuide usted, que se descubren todos los días nuevas...

CURIOSA.— El té es más rico en cafeína que el café. Su uso está justificado por condiciones de clima y de alimentación. Así los chinos que viven de un poco de arroz, de pescado de río y de agua, tienen necesidad de un estimulante y lo encuentran en el té. Los habitantes de los países fríos y brumosos buscan igualmente en el té, un tónico cardíaco que les es útil. Debo confesar que soy parcial en esta materia. El té para mí es una tisana, una pálida tisana al lado del sabroso café...

Dr. Bovary.



La Cold Cream limpia y refresca, y la Vanishing Cream es base excelente para los polvos.

¿Está Ud. segura de dar a su belleza todos los cuidados que merece?

Su cutis exige especial atención... Si usted dedica unos minutos diarios a este sencillito tratamiento, podrá mantener su frescura y su encanto juvenil.

El método de Pond en cualquier clima donde usted resida, dará a su piel el cuidado que precisa, si lo sigue a diario ¡y su aplicación es tan sencilla!

Todos los días aplique la Cold Cream Pond, científicamente preparada, liviana y suave, que limpia prolijamente todos los poros, refresca y descansa el cutis. Luego con un capullo de algodón humedecido en agua fría, quite el sobrante de Cold Cream, al final, un pequeño toque de Vanishing Cream, antes de empolvarse, pro-

tegerá su cutis y le dará ese tono mate tan apreciado por las mujeres elegantes.

Con el tratamiento Pond tendrá la alegría triunfante de aumentar sus dones personales. ¡Haga un ensayo! En cualquiera estación usted encontrará en las cremas Pond una valiosa ayuda para mantener la frescura de su cutis.

¡Pida unas muestras hoy, se las mandaremos gratis por correo! ¡Con ellas podrá seguir el tratamiento durante cinco días!

Precios: Pomo . . . \$ 2.00

Tarro chico . \$ 4.00

Tarro grande \$ 8.00



Las dos cremas Pond se venden en tarritos y en pomos; ese envase es muy práctico, porque mantiene la crema fresca y suave por mucho tiempo y el pomo chico se puede llevar en la cartera... ¡qué comodidad para los viajes y para los paseos al aire libre!



POND'S EXTRACT COMPANY

Distribuidores: Duncan Fox y Cia., Ltda.,

Valparaíso: Casilla Correo 35-V.

Santiago: Casilla Correo 103-D.

RECORTE

Y ENVIE

ESTE CUPON

HOY MISMO.

Sírvanse mandarme las muestras de Cremas Pond. Incluyo en estampillas 30 céntimos para el franqueo o 65 cts. para certificado.

Nombre

Dirección 18-P. T.-15-9-31

(Continuación de la pág. 37)

VIEJAS COSTUMBRES FRANCESAS

chadas y conducidas por postillones arrastraban este carro rústico y real. Delante marchaba un numeroso cortejo de caballeros, uno de los cuales llevaba el emblema de la agricultura. Por tres ve-



Coronan, dice Ovidio, la puerta de sus novias para honrarlas...

ces este cortejo daba vueltas a la aldea, después, de repente, al galope, a una señal dada, los caballeros tomaban parte en una carrera, en la cual el vencedor, después de haberse guardado el premio, era conducido en triunfo bajo los hurras de la multitud. El domingo siguiente toda la fiesta recomenzaba; pero los caballos, ese día, eran reemplazados por asnos...

Henos aquí lejos de los tiernos "Tri-

mazzos" de la poesía campechana, pero bien pocas de esas viejas costumbres, sean ellas laicas o religiosas, han franqueado el umbral del siglo XX.

Los habitantes de Isere, que antaño sobresaltaba la tropa de los muchachos en la clara noche del 30 de abril, pueden dormir hoy día sin el temor de ser despertados por la centinela que anuncia el retorno de la bella estación. Y lo mismo los pobres enamorados que temían otras veces el indiscreto camino amarillo, trazado de una puerta a otra el día del primero de Mayo, miran placidamente ahora florecer las ramas doradas.

Pero aún subsiste una costumbre en nuestros campos: la de colocar una rama florida en la ventana de la novia. Esta rama es todavía de acacia o flor de espino, de cerezo florido, a la cual el galán, antaño, ataba una ofrenda, cantando una especie de ritornello donde desfilaban los doce primeros días del mes:

El primer día de Mayo
¿qué le daré yo a mi amor?
alguna perdiz, quién sabe,
quien sabe si un ruiseñor
que viene y se va volando
que viene y vuelve hacia el sol.
El primer día de Mayo
¿qué le dare yo a mi amor?

En Argona y en las Cevennes, los muchachos reemplazan la rama florida por un arbusto de esencia escogida, que colocan a la puerta o sobre el techo de la casa donde reside una muchacha. Por su parte, la niña, esa noche, invoca al genio del matrimonio, que, a favor del arbusto, le revela, durante su sueño, el rostro del esposo futuro. Y, después de haber colocado su espejo bajo la almohada (porque así lo exige el rito establecido), se duerme diciendo lentamente:

Mayo florido
que yo lo vea,
que sea bello,
que bueno sea,
que no se tarde,
que ya se venga.
El ama, Mayo,
de tí lo espera.

Aunque un dictado popular, respetado en varias regiones, pretende que las uniones contraidas en el mes de Mayo sean desgraciadas o bien estériles, el hermoso y florido mes permanecerá siempre siendo el de los jóvenes amantes. "No se gusta bien, dice Topffer, el encanto de la primavera, sino en la primavera de la vida".

L. V.

PARA LOS NIÑOS
en
mamita
MR 20 cts
LOS MEJORES CUENTOS

Caspa, caída del Pelo

Tratamiento científico, honrado y largamente experimentado. Resultados sorprendentes, rápidos y duraderos.

Doctor RENE FONCEA O.

Casilla 163. — Tocopilla. Chile.

UTILES
• PARA
OFICINAS

AHUMADA 32

UNIVERSO
LOCALIDAD IMPRINTA Y LITOGRAFIA

Consejos y recetas

Para encerar nuestros pisos.— La cera amarilla es indispensable a todo buen encerado. Se le puede agregar esencia de terebinto o esencia mineral. Esta es menos cara, pero aquella está dotada de un olor agradable, y permite obtener un parquet más brillante. Tendréis una cera perfecta para vuestros pisos, si mezcláis 30 gramos de cera amarilla a 100 gramos de esencia de terebinto.

El momento de la mezcla, es particularmente delicado.

Desde luego, se sabe que ha provocado numerosos accidentes. Lo mejor, para evitarlos, es mantener la cera lo más lejos de todo fuego, mientras se hace la mezcla.

He aquí dos maneras de proceder igualmente prácticas:

1.º. Si no tenéis una necesidad inmediata de vuestra cera, cortadla en láminas muy finas, y dejadla caer en la botella de esencia, que expresamente habréis elegido con la boca muy ancha. La cera se fundirá y podréis utilizarla al día siguiente.

2.º. El procedimiento rápido por excelencia, consiste en armarse de un fierro caliente, y pasar sobre ese fierro, un trozo de cera, manteniéndolo sobre un recipiente lleno de esencia. La cera queda dispuesta en el mismo instante. Si hacéis este preparado en la cocina, estad alerta a que procedáis, cuando todos los fuegos estén apagados.

Tres recetas para la belleza de las manos.— Las manos femeninas han inspirado en todo tiempo a los poetas. Una linda mano es un bello adorno para la mujer. Y una mano rojiza y descuidada, puede hacer pensar muy mal de ella...

Si la belleza de vuestras manos es imperfecta, leed estos consejos. Quizás uno de ellos os preste utilidad:

1.º. Para las manos gastadas por el trabajo. Cubridlas con glicerina. Después lavadlas con agua caliente y jabón de Marsella.

En AHUMADA 32
SANTIAGO

puede usted comprar
cualquier tomo de la

"Colección
Universo"

LOS TRAJES DE MANGAS CORTAS



Las mangas cortas ganan terreno: no sólo los trajes estivales aparecen con mangas cortas, cuando no son ausentes, sino que también nuestros abrigos y los vestones de nuestros trajes sastres, alcanzados por el contagio, se presentan también con mangas cortas. Para las que aprecian esta nueva moda, ha sido compuesta esta página.

El figurín principal, a la derecha, muestra un traje de lana azul marino. El paletó sin cuello y mangas cortas, deja entrever la blusa de crepe de China pastel, con cuello delgado en georgette marfil anudado. La falda va ensanchada por medio de pliegues incrustados.

En el cuadro arriba comenzaremos por la izquierda:

Traje en crepe marino con lunares blancos. La falda y el paletó recto de mangas cortas llevan un plisado. La blusa que forma lo alto del traje es de crepe blanco.

Traje sastre en crepe de lana verde mirto. La chaqueta cruzada por un botón, único, lleva una pequeña pelerina formando mangas cortas.

Traje de crepe de China negro con falda con recortes, y chaqueta ajustada a la cintura con una banda anudada por delante. Mangas cortas con volantes.

Abajo, un conjunto en crepe de China rojo-granate. Fanneaux ensanchan la falda. La chaqueta con mangas cortas, lleva un cuello delgado y suelto.

Traje en crepe de lana verde billar. La falda es en forma, y la chaqueta tres cuartos, cruzada a un lado por un nudo en la cintura, lleva una corta pelerina que forma las mangas.

LOS MARINEROS



Estos tres pequeños marineros van bordados en hilos azul marino con líneas bordadas en rosa y una boina marina con un pompón rosa sobre, una serie de cinco galones que van colocados como un adorno tan bonito como original para las toilettes infantiles.

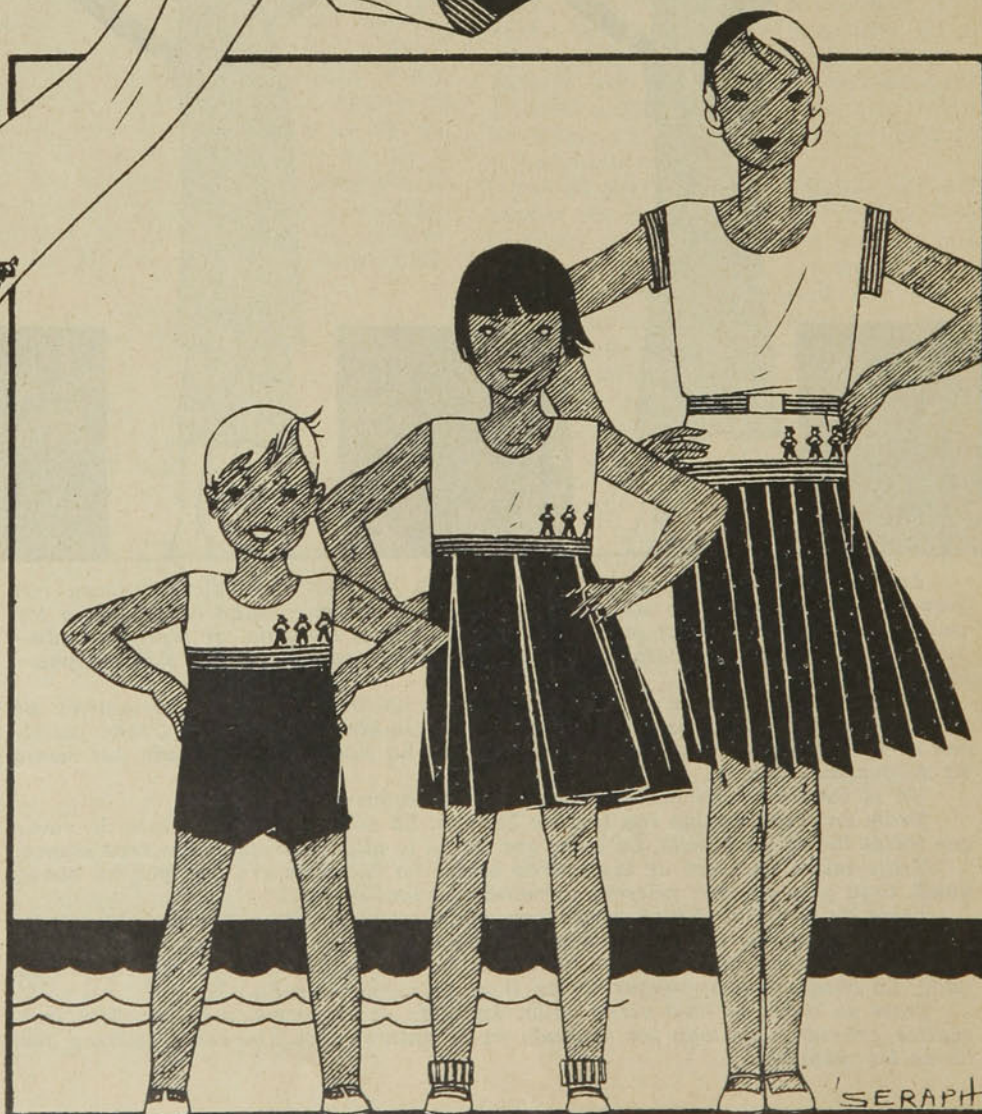
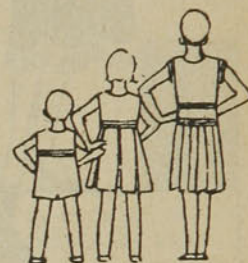
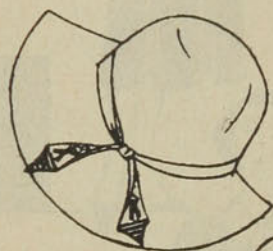
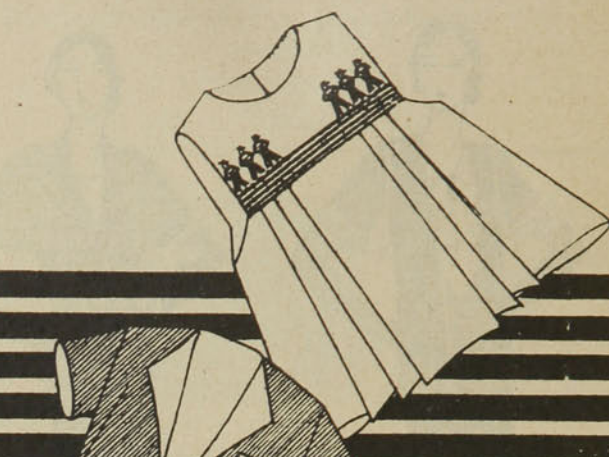
HERMANOS Y HERMANAS VAN
VESTIDOS DE JERSEY MARINO
Y DE JERSEY BLANCO LISO

En el traje de baño del niño, el canesú es blanco bordado con marineros azules, subrayados de galones azul marino, mientras que el pantalón es de jersey marino. Jersey azul, 0 m. 40 en 1 m. 40. Jersey blanco, 0 m. 30 en 1 m. 40. Para 6 años.

En el traje de playa de su hermana, la falda lleva pliegues redondos, y es de jersey marino y la blusita corta es de jersey blanco bordada con marineros azules. Jersey azul, 0 m. 85 en 1 m. 40. Jersey blanco, 0 m. 30 en 1 m. 40. Para 8 años.

La hermana mayor lleva un traje de jersey marino en lo que toca a la falda de pliegues lisos, en la cual la blusa de jersey blanco adornado de azul forma un canesú bordado de marineros bajo el cinturón con hebilla de metal. Jersey azul, 1 m. en 1 m. 40. Jersey blanco, 0 m. 50 en 1 m. 40. Para doce años.

He aquí un sombrero en tela blanca. La cinta va bordada en sus extremos con galones marinos y un marinero. Un echarpe en etamina de lana blanca con puntas azules va subrayada de galones del mismo tono y bordada de marineros. Una blusa blanca con cinco galones que dibujan un canesú bordado de marineros. Un paletocito de franela rojo vivo, con vueltas y bolsillos, con vuelta y bolsillos de franela blanca. En el bolsillo, galones y marineros bordados. Traje de tela rosa, montado con dos grupos de pliegues en el canesú galoneado con marineros en dos grupos iguales.



DOS ENSEMBLES

Aler

Este es un ensemble de dos tonos. El abrigo semi largo es de crepe de lana verde, con vueltas negras guarnecidas de una flor en crepe de China, verde, y mangas orladas de negro.

El traje es de China negro con un delgado cuello guarnecido de China verde y anudado en un hombro, mangas ensanchadas arriba del codo y una falda en forma bajo los recortes que forman canesú que oprime las caderas.



Marcel Rochas

Ensemble de deporte. El traje es de jersey verde y está ensanchado por delante con un grupo de pliegues. Un grupo de pespuntos subraya su escote cuadrado, adorna las mangas abajo y raya el cinturón con hebilla de metal. Va acompañado de un paletó en paño duvetina beige claro, en mangas cortas, también guarnecidas de pespuntos, con bolsillos pespunteados, cinturón con hebilla de metal y completo por un echarpe en crepe de China verde y beige.



EL RETORNO DE LOS GRANDES SOMBREROS

La alegría de los hermosos días, ¿nos viene verdaderamente de los hermosos días? ¿No hay en el fondo de nosotras una emoción de pura coquetería, que no tiene nada que ver con las delicias de la estación? Se puede decir que no hay en el mundo una mujer que viendo el primer jacinto, no piense: sombrero, y que delante de la primera hoja seca, no diga: es preciso ir a comprar pieles".

Naturalmente, éstas no son cosas que se confiesan voluntariamente. Gustamos de darnos una reputación de poesía pura, en la cual no entra sino el débil porcentaje, la debilidad de la naturaleza humana. Pero esta debilidad tiene una excusa, ¿por qué no aprovecharla? Y si esta excusa se llama sombrero, ¿por qué excepcionalmente no dar una prueba de franqueza?



En otros tiempos, cuando sólo los modistos y los sombrereros, bastaban para contentar a la mujeres, escoger un sombrero era ya una tarea difícil. Ahora los costureros mismos hacen sombreros. Una mujer antes, tenía el recurso, cuando necesitaba comprar un traje, de no comprar sino un traje. Ahora corre el riesgo de salir de casa de su costurero, no solamente vestida sino ensombrerada. El costurero responde a esto con razón, que él debe crear un ensemble, que un traje vale tanto por sus complementos como por ella misma; que él no puede tomar las responsabilidades de una toilette, de la cual sólo tiene en las manos un factor, que puede ser destruido por la colaboración extraña. A lo que modistas y sombrereros responden:

"Nosotros arriesgamos también, ver nuestros sombreros comprometidos por vuestros trajes. Nosotros tenemos por cierto, que el peinado requiere un arte de técnica especial, infinitamente más sutil que un acorde de matices. La moda y la costura son inseparables, pero cada una tiene su vida propia y su inspiración. Colaboremos, no nos substituyamos los unos a los otros".

Las dos tesis son valederas, y nada puede separar las opiniones, sino el gusto personal de la mujer o su capricho de un momento. Basta sencillamente, con agregar nombres de costura a los grandes nombres clásicos de la moda, para no citar sino a León, Camile Rogers, Suzanne Talbot, Agnés, etc...

Juan Patou, justifica por otra parte su boga de modisto, con una capelina de paja granité marino, levantada adelante y guarnecida por medio de una guirnalda de flores y de grosgrain del mismo tono. Jane Blancot abre la serie de modistos-modistas, proponiendo una encantadora toca de tricot negro aureolada de piqué verde y creada expresamente para Mlle. Gloria Guzmán.

Suzanne Talbot, ha logrado un estilo particularmente juvenil, con esta encantadora clocha de crin de caballo, semi

transparente, guarnecida de un adorno de paraíso, rosa bajo el ala. En cuanto a Agnés, siempre creadora, ha logrado, para el deporte, un fieltro delgado, de línea graciosa con el drapeado de su sombrero y la manera como el ala se repliega sobre sí misma.

Vemos en seguida a Helene Corbett, distinguirse con una capelina de tul rubio, aplicada de motivos de crin del mismo tono. Es por otra parte uno de los signos característicos de Helene Corbett, el trabajo seductor y fino de sus capelinas. Podría decirse que ella tiene, como Jeanne Lavin, el sentido excepcional que le permite fundir el estilo antiguo en las más rigurosa elegancia moderna.

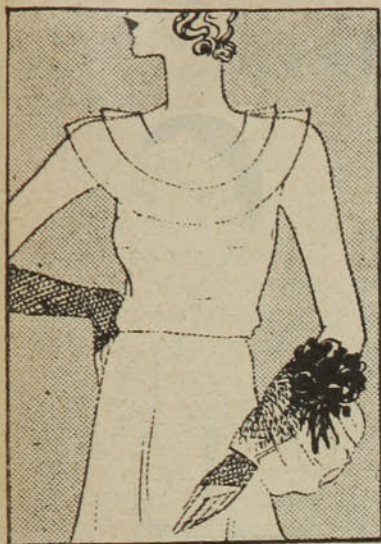
Suzanne Talbot ha creado para la playa una capelina en tela azul rey y blanca, que prueba hasta que punto serán distinguidas las elegancias para la playa. Adiós las clochas en tela picada que se veían indiferentemente sobre la cabeza del muchacho, de su madre y de su venerable abuela.

Germaine Page, ofrece igualmente una capelina de playa en panamá de algodón verde, bordada de grosgrain y lana blanca.

En revancha, es para la ciudad, que Camile Rogers ha dibujado una capelina, cuya ala es negra y cuya copa es de encaje de Irlanda. Un lazo de raso negro, sirve de transición entre esos elementos opuestos.

En cuanto a León, al lado de la maravillosa capelina delgada, de una sencillez que corta el aliento, construye un severo sombrerito de sport, o bien un tricorno de paja con camelias, o bien uno de esos bonetes, que sobreviven a todos los paseos en auto, a todos los viajes en tren y a todas las embesidades del mal tiempo. Es el primero en alegrarse de ver tocadas a las mujeres de las maneras más diversas, porque nadie fué tan enemigo como él de esa moda siniestra que en cierta época, vistió la cabeza de todas las mujeres con la misma idéntica, "pequeña clocha".

LAS FLORES



BLANCHE LEBOU-
VIER.— Con un traje
de organdí blanco, una
jovencita, puede llevar
un pequeño manguito,
adornado con ramo de
flores rojas. Mitones de
tul blanco.



REDFERN.— Tres ro-
sas en crepe satín, adorna-
nan este traje de tar-
de, haciéndolo encanta-
dor y juvenil.



CALLOT.— Dispues-
tas de dos en dos estas
hermosas flores blancas,
adornan este traje de
tarde, en moiré rosa,
con volantes de tul en
el mismo tono.



GERMAINE LECOM-
TE.— Gracioso escote,
para traje de noche, for-
mado por florcitas de
muselina áspera, colo-
cadas sobre una cinta.



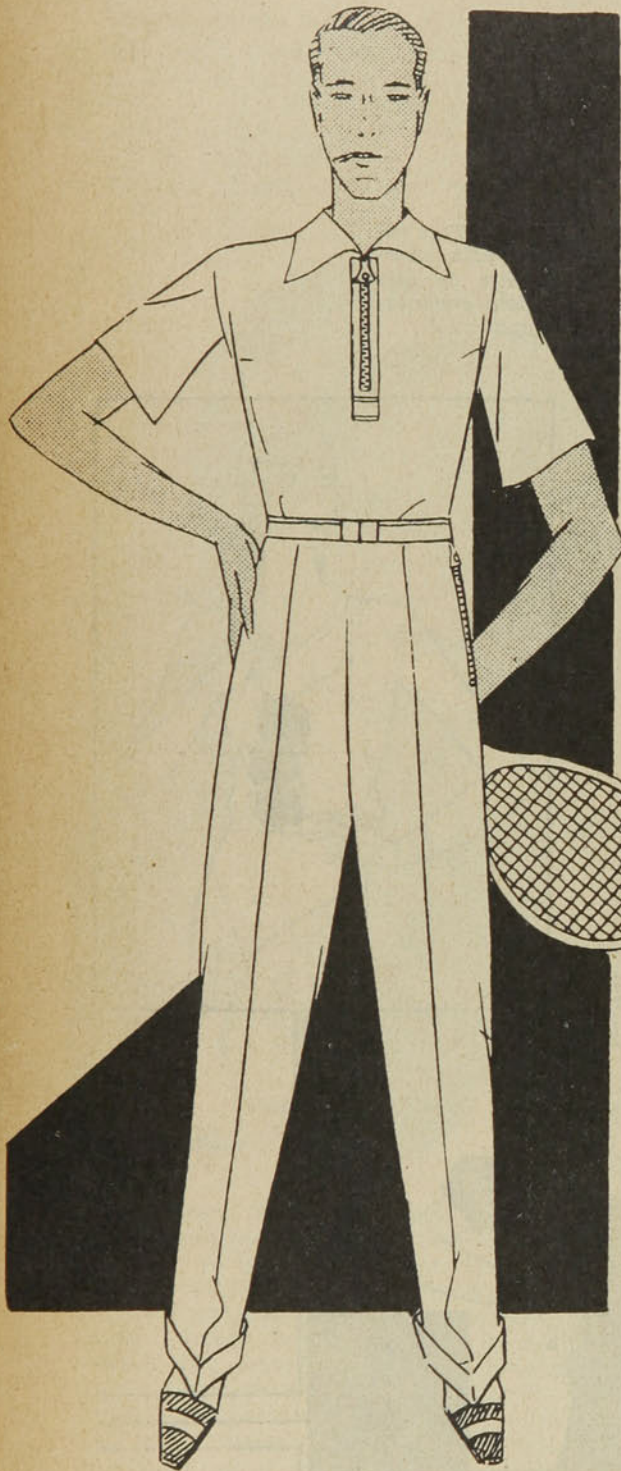
MELNOTTE - SIMO-
NIN.— Elegante traje,
en falla negra. Gran es-
cote aclarado por tres
rosas rojas, colocadas
graciosamente en el na-
cimiento, de pequeñas
manguitas balón, en tul
rosa.



LOUISE BOULAN-
GER.— Las hombreras,
de este delicioso traje,
en satín rosa, están he-
chas de camelias, en
terciopelo del mismo to-
no.

La Moda Vista en el Espejo

Trajes de baño y de playa



Tenemos que observar que ya estamos libres de la interrogación tan frecuente: "¿Trajes de baño?". "¿Para entrar en el agua?". Esta anomalía podía justificarse en principio. La rápida y repentina extensión alcanzada por el traje de playa y el cuidado bastante legítimo de las mujeres de hacerse para esta circunstancia un vestido que deje libres sus movimientos, han hecho de él naturalmente un derivado bastante legítimo del traje de baño.

Las costureras y modistos, se pusieron en seguida a complacer el deseo general y crearon sobre el sencillo modelo de los trajes de baño, fantasías en tela de seda, con el agregado de una falda corta.

El pijama viene en seguida a juntarse a los trajes de playa como un elemento nuevo, pero como todas las ideas repentinas que dan lugar a novedades poco razonables, alcanzó en el acto una fantasía exesiva, para volverse rápidamente excéntrico, en la mayor parte de los casos.

Presentado en forma actual, responde más seguramente a lo que se espera de él: resulta simple y sobre todo práctico.

Estos dos trajes de playa son pues, de una concepción práctica muy cerca de la estricta simplicidad, pero cuya traducción desnaturalizada se manifestaba por realizaciones que están más lejos cada día.

Fué la moda, y un favor particular acogió aún muchas de estas creaciones; guardémonos pues, de hacer una crítica, demasiado fácil cuando se trata de hacer una moda pasada, pero reconozcamos que la moda actual, expresando la misma idea revolucionada y casi llegada a una definitiva realización (tanto como esto es posible en una cosa tocada por la moda) muestra más orden, medida y equilibrio, y por consecuencia, mayor armonía.

Conviene subrayar, que el verdadero traje de baño es poco apto para soportar novedades. Su composición no cambia y es difícil aportar una novedad cualquiera en los diversos elementos que lo constituyen.

La tela es el jersey de lana; ninguna otra puede sustituirla sin que el traje pierda en sentido práctico. El color presente, ha variado, y se ha usado y abusado mucho de las combinaciones más fantásticas a este respecto, pero ello ocurre sobre todo en los trajes baratos. El traje fino y elegante de baño, es siempre de composición y colores muy sobrios.

Un pantaloncito ceñido se deja ver muy poco, bajo la estrecha falda que lo recubre. La blusa unida al total del traje, lleva algunas estrechas bandas espaciadas diversamente, según los casos.

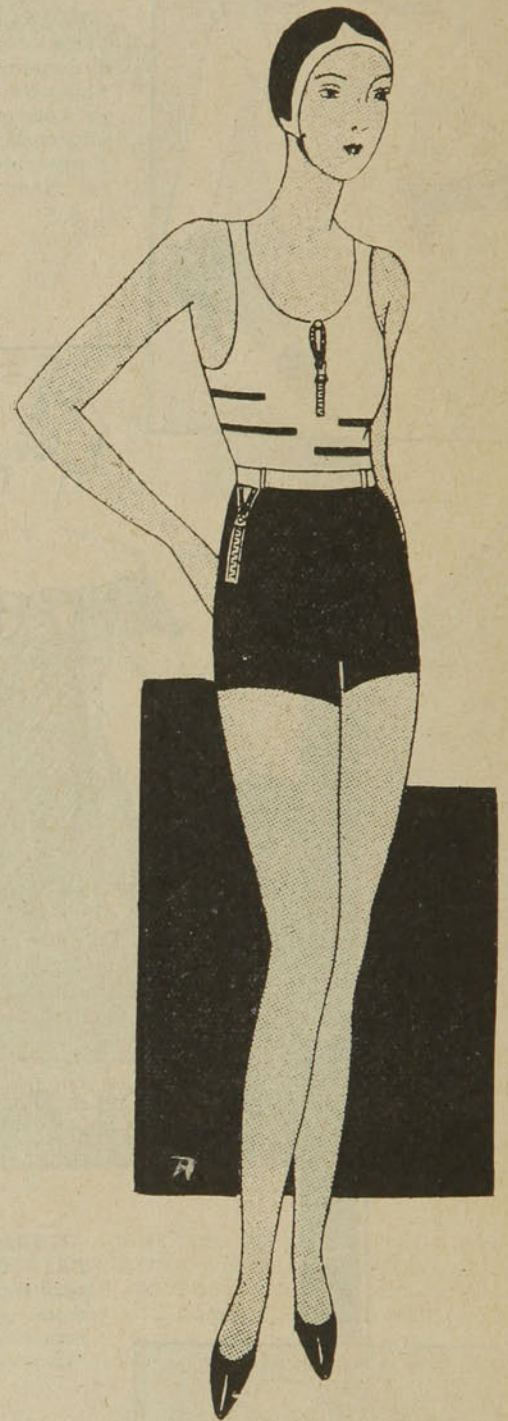
El escote subrayado por un estrecho borde, termina en punta, por medio de una aplicación de fantasía de tela o un discreto motivo bordado en lana.

El escote, sigue, en cuanto a su forma, las líneas generales de la moda. Este año, es bastante más pronunciado en la espalda.

El pijama de playa, menos afectado que los años anteriores, es ahora más neto y reviste en todo momento un carácter práctico.

Es generalmente de un solo tono. En lanilla o seda, pero en este último caso, se evita la transparencia para la cual se usa un crepe opaco. La combinación Patou, puede ser considerada como una fórmula perfecta. El traje de baño se completa por medio de un pantalón de pijama y una chaqueta del mismo tono que el color fundamental del traje.

El pijama de playa práctico, tan agra-



dable a la vista, como sencillo y fácil de llevar, no constituye por lo demás, sino un concurrente de segundo orden al trajecito de playa, sencillo, claro, joven, que es para nosotras, el vestido ideal de ahora y siempre para estar junto al mar. Aunque este sea muy simple, se le hace en diversos estilos. La inspiración y adaptación del traje de tenis, dominan naturalmente, porque la fantasía particular de estos modelos, en los detalles de corte, alforzas y pespuntos permiten mucha variedad y fantasía sin ofender el estilo que debe permanecer sencillo.

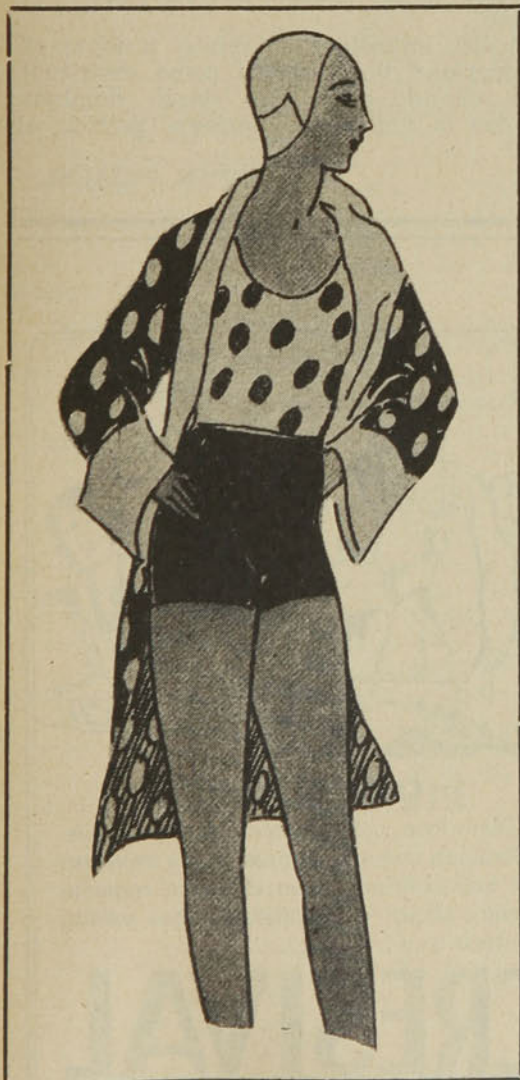
En sarga de seda, marrocaïne, o telas similares, sin mangas, va ordinariamente completado por un paletó recto de jersey o de lana del tono del traje. Si el traje es blanco, puede acompañarse de un paletó blanco o de color vivo, amarillo, rojo o azul.

LA MODA para el Próximo Verano

Hoy día, una mujer que parte para la playa, no dice a sus amigas. "Me he mandado hacer tantos trajecitos", sino: "Llevo para la playa, tantos pijamas y gorros de baño, todo fantástico".

En efecto, la tenida de playa actual, no se compone sino de pijamas, maillot y peinadores sensacionales... Para los primeros, la moda consiste en pantalones anchos como faldas, y en blusas reducidas al tamaño de un pañuelo de bolsillo, porque es preciso ante todo, mostrar los hombros, la espalda, el cuello, los brazos, las piernas, absolutamente bronceados por el sol. Los colores más extravagantes se yuxtaponen, y las telas más diversas se eligen. La Exposición Colonial, debería por cierto, influenciar el carácter de los trajes de baño. Este verano, los pijamas y los maillot de para el sol, aparecen perfumados de exotismo. Se ama para ellos los jersey o las telas amarillo y negro, amarillo y rojo, amarillo y café. Sus chaquetas son largas como abrigo de mandarines chinos y los pequeños sombreros con que hacen juego se parecen a los planos de paja que llevan los anamitas.

* * *



Los trajes de baños, forman con el peinador, ensembles deliciosamente elegantes.



En la playa se llevan inmensas capelinas que hacen el rol de sombrillas.

El nuevo casco redondo Alfa, ciñe la forma del cráneo y protege admirablemente los cabellos.

Para ir del Hotel a la playa, las mujeres calzan zoquetes de madera gruesa y liviana, con anchas correas de cuero. Esos zuecos contribuyen a darles aspecto de musmés. En cuanto al maillot, hecho por lo general, de una sola pieza.

* * *

El lujo en los cinturones de baño, es extremo. De caucho trenzado, decorado, incrustado, decoran el tono liso del maillot. Se señalan también algunas joyas; sin embargo, es preciso declarar que son a menudo adoptadas únicamente por los amantes de los baños de sol; una verdadera nadadora de crawl, no sabría llenarse de tales frivolidades... Porque en las playas existen, como en todas partes, los "amateurs" y los puros. Los primeros se reconocen en sus tenidas fantásticas.

* * *

Para los que se bañan, importa el proteger seriamente los cabellos: nada para esto, tan útil como el casco absolutamente hermético. Hasta ahora, este último tenía la desventaja de no ser bastante ceñido a la cabeza, y frecuentemente hacía numerosos pliegues sobre la parte alta de la cabeza. El nuevo modelo Alfa, evita felizmente estos inconvenientes. Ciñendo estrictamente el cráneo, este casco, estrictamente redondo se adhiere de manera perfecta. Los mismos colores claros, vivos que se encuentran sobre el ensemble del traje, se escogen para él.

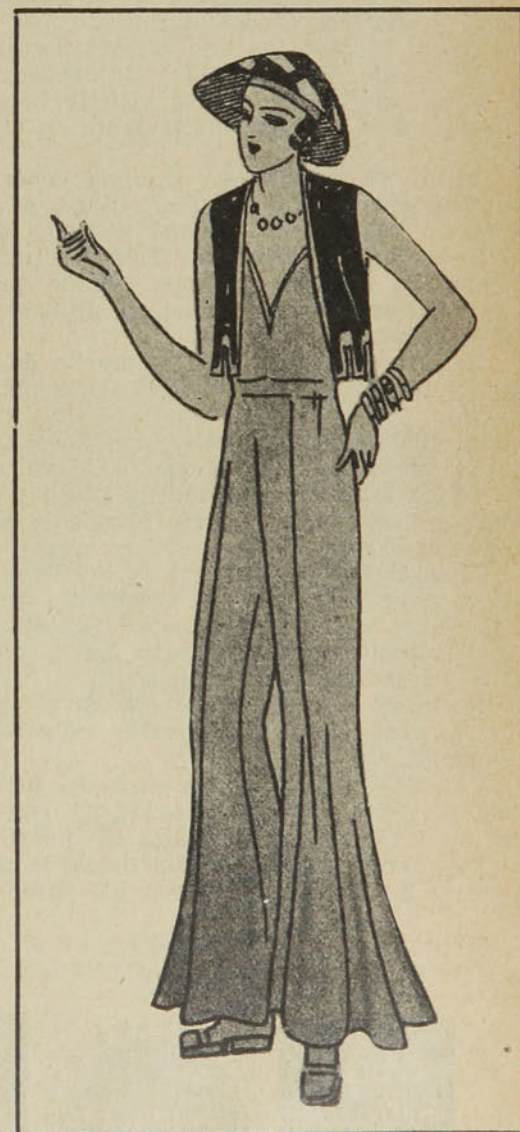
Inmensas capas de cretona impresa, se echan este año sobre los hombros para salir del agua. Junto a ellas, se ven también muy cortos paletos sin mangas, y que no protegen sino el busto...

* * *

Una palabra, en fin, sobre los sombreros de playa; inmensos, llenan en cierto modo, el rol de sombrillas. Estas capelinas monumentales, hechas en papel trenzado o en paja de arroz, no recubren hasta los hombros.

Algunas aparecen combinadas con telas lisas y otras con bordado inglés. Un diminuto cinturón de cuero barnizado en las calotas. Tales tocados, son a la vez prácticos, ceñidos y razonables, y como el hecho es bastante raro en materia de modas, lo señalamos.

JULIETA LANCRET



Los pijamas de playa tienen hoy día, un aspecto asiático.

NOTAS DEL CINE

EL ANGEL AZUL

Imaginad por un instante, que os encontráis a fines de noviembre en una calle estrecha. Cae el día. Una bruma ligera flota en el aire malsano. ¿Véis esas sombras, cerca de las cuales no alumbra el sol? ¿Y esa luz gris, fría y desolada? ¿Y esos negros y pardos en un rincón del cielo anubarrado? ¡Recordad la melancolía pesada de tal claro obscuro y el deseo penetrante que os viene, de que aquel velo se rompa, de que venga el día luminoso o la noche negra, ¡pero que sea insupportable penumbra cese!

La mayor parte de los films alemanes que conozco, “Varieté”, “El camino de la carne”, etc., se han fijado en mí, por el sufrimiento debido a esa penumbra. Ella les impregna de toda esa atmósfera deprimente.

La sensualidad, obsesión de la Alemania de hoy, se vuelve lúgubre. El rubio cálido de la mujeres, su piel de nácar, la bella y musculosa salud de ciertos hombres, la nitidez de los paisajes, las flores mismas, cogen tonos baudelerianos.

Confieso que una luz de este género es la que conviene a las calles tristes que bordean la inmunda taberna del “Angel Azul”. Sus sucios rayos, señalan bien, también, — sobre el punzante rostro de Jannings, — la lamentable y mediocre grandeza del profesor Rath, su corta felicidad, su largo y total decaimiento.

El profesor Rath, es el lamentable tirano de un Liceo de provincia. Metódico, sentimental y miope, fanático de la disciplina y de su propia respetabilidad, sufre por las burlas de sus alumnos, y no encuentra la paz del alma, sino en la noche, entre un tratado sobre “la amistad y la literatura” su canario y una vieja sirvienta gruñona y antipática.

Un suceso insignificante va a trastornar esta vida mediocre y apasible. El descubrimiento, por Rath, en el cuaderno de un alumno, de una tarjeta postal obscena. El objeto es confiscado. Una delación hace saber al virtuoso profesor la identidad del modelo: la vedette Lola-Lola, que los estudiantes van a cortejar diariamente en el cabaret del “Angel Azul”.

Rath, no escuchando sino su deber, decide sorprender en flagrante delito de inmoralidad a sus desvergonzados alumnos. Y le vemos solemne, estirado, desdichado, penetrar en la vivienda de Satanás. Tres muchachos de su clase, se encuentran allá. El profesor blande su paraguas, quiere asirlos del cuello, y se encuentra sin saber como en el camarín de Lola-Lola.

Esta, no se cuida poco ni mucho del viejo señor apoplético, y se desviste delante de él, lo más sencillamente del mundo.

Al día siguiente, vuelve al “Angel Azul”. Sus alumnos le ven en galante charla con Lola-Lola, que con su encanto ha hecho esta nueva conquista. Rath pasa la noche con la joven y llega tarde al liceo, donde le aguarda la batahola más espantosa.

El pizarrón está cubierto de gráficos obscenos que le aluden, y todos los muchachos rumorean injurias. El ruido atrae al director. Este se esfuerza en demostrar a Rath, aturdido por el tumulto, la imprudencia de su conducta. Al profesor no le queda sino que renunciar.

Rath se casa con Lola-Lola. Si él ha perdido su situación, está al menos orgulloso de haberse conducido caballerosamente...

Pasan los años: los recursos del profesor se han terminado desde hace tiempo. Lola-Lola canta canciones obscenas, en los cafetines de todos los puertos alemanes.

De cuando en cuando, un deseo de rebelión ha sacudido al pobre Rath: inútilmente... ¿Y para qué, después de todo?

El profesor Rath se convierte en el Augusto de la troupe, y sirve de compadre a un prestidigitador. Este le quie-

bra sobre la cabeza, los huevos que extrae de su nariz. De su sombrero vuelan las palomas. Es cada vez más desgraciado. En su cuerpo de autómatas, la mirada sólo, la mirada desesperada, tiene aún fuerzas para sufrir.

Un telegrama: “El profesor Rath ha sido contratado en “El Angel Azul”, con la troupe que lo acompaña”.

Entonces toda la ciudad se dá cita en “El Angel Azul” para ver, para despreciar en su decadencia, al antiguo profesor. Está ahí el alcalde, el cuerpo de profesores, la mayor parte de las notabilidades del lugar.

Se le empuja hacia la escena. De la sala, parten gritos que él no entiende. Pero él vé de repente, entre bastidores, a su mujer que se besa con un galán de ocasión.

Los alaridos de Rath, súbitamente loco furioso, siembran el pánico hasta en aquellos que le han puesto la camisa de fuerza. Allí queda, en un rincón, postrado.

Compadecido, uno le suelta. La representación continúa. Lola-Lola canta con su voz dura, esa noche, la canción que un día — ¡que lejos está ya! — cogió al pobre Rath.

Esta vez, él partió irremediabilmente. Afuera nieva. Chocando contra las casas, cayendo a cada paso, el profesor erra a través de las calles de su ciudad.

Hele aquí ante el Liceo. Hele aquí delante su clase, sobre su silla. Ha venido a morir aquí, en los momentos en que el reloj desgrana las notas ahogadas del viejo aire de Mozart que el profesor ama tanto...

Esta mezcla de grueso melodrama y de observación humana, a servido de pretexto a un film concebido para poner de relieve el talento de dos comediantes. En este sentido les ha resultado. Pienso que aquéllos que han criticado en Rath a Janinngs, un personaje de opereta, es a causa de su versión traducida. La superioridad de la versión alemana sobre todas las demás, es enorme.

Y si la pintura nórdica entristece, lo repito, muchas escenas del film, una sonoridad tan discreta como espiritual, sobriamente dramática, cuando es preciso, donde dominan Mozart y Schubert es, con la sonrisa de Marlene Dietrich, el sol de este “Angel Azul”.

STEFAN PRIACEL



¡¡¡Qué fastidio!!!

¡¡¡Cómo tose....!!! Debiera tener más consideración con sus compañeros y cuidarse ese mal resfriado, con el único remedio rápido, eficaz e insuperable que existe: es decir con.....

CRESIVAL

(M.R. — Solución de sullocresolato de calcio al 3%)

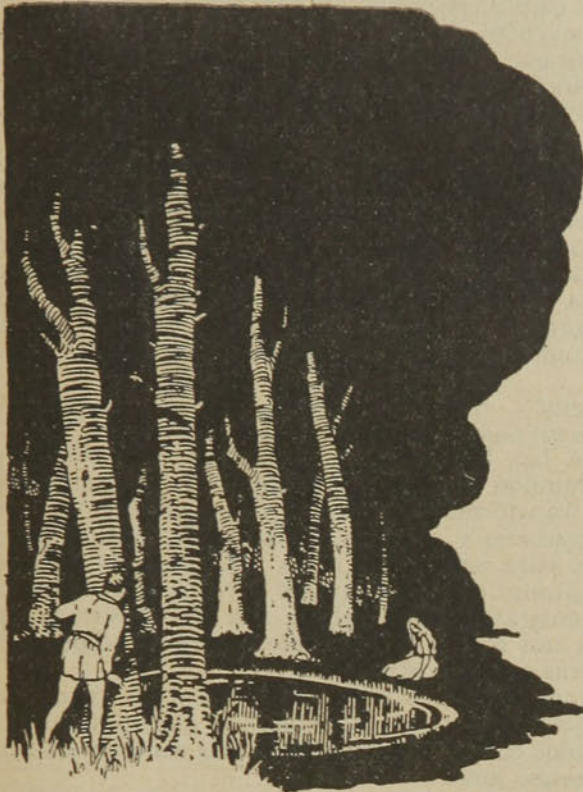
Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

Página para los niños

Cómo Cuenta-Nabos adquirió su nombre...



Echado a la sombra de floridos arbustos, Cuenta-Nabos contemplaba cuanto le rodeaba. De pronto distinguió la silueta de una preciosa joven, y vió que, en torno suyo, tendidas sobre la hierba, al pie de un salto de agua, reposaban sus compañeras. Las niñas reían y bromeaban alegremente. Fué una escena tan encantadora para el duende allí escondido, que no pudo menos

Pero apenas la princesa hubo bajado al borde de la piscina, se hundió en infinita profundidad. Acudieron las doncellas, pero fué en vano; antes de que pudieran asir la larga cabellera dorada de Emma, la bella princesa había desaparecido. Grandes fueron los lamentos de las asustadas muchachas, que con sus ayes y lloros llenaron el aire, y de un lado al otro de la pila corrían, retorciéndose las blancas manos, mientras el surtidor, como si expresamente lo hiciera, caía sobre ellas en fuerte lluvia. De todas las damas, únicamente Margarita tuvo valor para echarse al agua y seguir a su querida señora; pero flotaba en la superficie y, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo sumergirse.

No tuvieron las doncellas más remedio que ir a notificar al rey el triste acontecimiento. Lamentándose amargamente, llegaron a presencia del monarca. Lo encontraron cuando salía de caza, y al saber la triste nueva, el rey rasgó sus preciosos vestidos, se quitó la corona y cubrió su rostro con la capa de púrpura. El dolor le hizo derramar muchas lágrimas, y, en un arrebato de valor, corrió a ver el jardín maravilloso. Pero el encanto había desaparecido: todo estaba como antes; el lugar había recobrado su aspecto salvaje.

Por suerte suya, el buen rey no adivinó la causa verdadera de la desaparición de su bella y amable hija. Creyó lo que le dijeron las doncellas; pensó que algún genio andaría de por medio y se fué a cazar para consolarse olvidando.

En tanto, la angelical Emma se hallaba en el regio palacio de Cuenta-Nabos. Al despertar de un profundo desmayo, se encontró acostada sobre un cómodo sofá, vestida de oro y sedas como si fuese una hada. Un mancebo guapo y joven le hizo una reverencia, hablándole de su amistad y amor. Cuenta-Nabos—pues era él en persona—, le relató su procedencia, le habló de sus dominios y le enseñó riquezas y más riquezas. Un hermoso jardín rodeaba el palacio por tres lados y Emma no pudo menos de expresar su admiración. De los árboles frutales pendían manzanas doradas; un coro de pájaros llenaba el aire tibio con sus melodiosos trinos. Por los sombreados y floridos caminos se paseaba alegremente la pareja. Cuenta-Nabos contemplaba con admiración a su deliciosa compañera y con deleite escuchaba su graciosa voz; jamás se había sentido tan feliz...

La bella Emma, sin embargo, aunque aparentaba alegría, no estaba conforme con su nueva situación; una ligera nos-

de envidiar la suerte de los mortales que así sabían disfrutar. Para gozar más de cerca aquel cuadro primaveral, se transformó en negro cuervo y fué a posarse sobre el pino más próximo. Pero, en verdad, no fué ésta una ocurrencia feliz: lo vió todo con ojos de cuervo y como cuervo sintió también; un nido de ratoncillos campesinos le hubiese inspirado mayor interés que las deliciosas jóvenes.

Al darse cuenta de esa anomalía, Cuenta-Nabos corrigió inmediatamente su error; tras un arbusto se transformó en gallardo mozo. Había acertado: en su pecho nacieron sentimientos de los cuales el mago nunca hubiera tenido ni idea: amor humano, alegría y pena, gozo y dolor penetraron en su alma.

La joven que atraía a Cuenta-Nabos era la bella Emma, hija del rey vecino, que a menudo iba a pasearse por los prados y bosques cercanos al dominio real para coger flores y hierbas o bien llenar un cestito de madroños para su augusto padre. En los días de calor se refrescaba en la fuente, bañándose; éste era uno de sus placeres favoritos.

Desde el día en que Cuenta-Nabos la vió no pudo apartarse ya de aquel sitio; su nascente amor por primera vez sentido lo sujetaba allí con cadenas de esperanza y de temor; por ello, un día y otro no se cansaba de aguardar que ella volviese. Al fin, un día de verano, caluroso y pesado, llegó Emma con su séquito de bonitas doncellas en busca de la sombra del salto de agua. Grande fué su sorpresa, cuando vió la transformación que había sufrido su lugar favorito; las ásperas rocas estaban revestidas de mármol y alabastro; el agua ya no se desbordaba en torrente impetuoso, sino que, encauzada por canal de reluciente pedrería, llenaba un pilón de riquísimo jaspé; un surtidor magnífico realzaba esta obra maestra de arquitectura. Claveles y rosas, violetas y jazmines se mezclaban, convirtiendo el suelo en perfumada alfombra, y se encaramaban por columnas y piedras. Refrescos, frutas y apetitosos manjares, estaban colocados en todas partes. Maravillada, la princesa no supo si huir o quedarse; por fin cedió a la curiosidad, probó frutas y manjares y ofreció a sus compañeras. Saciado el apetito y satisfecha de curiosidad, quiso tomar un baño; cristalina era el agua, el cielo azul se reflejaba en ella, transparentando claramente el blanco fondo del pilón precioso.





talga fué apoderándose de ella y la tristeza se reflejó en su rostro sonrosado. Al darse cuenta el mago, procuró disipar las nubecillas de disgusto de la blanca frente de su amiga con mil pequeñas delicadezas de amor...

"El hombre—decíase—está acostumbrado a vivir en alegre compañía. Mi bella mortal echa de menos a sus amigas. ¿Con quién puede aquí charlar? ¿Para quién adornarse? ¿Con quién arreglar sus vestidos?"

Al instante subió a un campo; arrancó una docena de nabos, los puso en una monísima cestita y la presentó a Emma, a quien halló deshojando, pensativa, una rosa, en una sombreada glorieta.

—Hermosa mortal — le dijo el duende—; abandona la tristeza de tu alma a la alegría; la soledad no te mortificará más, pues en este cesto está todo lo que deseas. Toma esta varita, toca con ella un nabo y se transformará en la persona que tú quieras.

Emma no vaciló un instante:

—Margarita querida, ¡aparece! — exclamó —, y Margarita apareció a sus pies, abrazando sus rodillas, llorando de alegría. La ficción fué tan completa, que Emma dudaba si era sueño o realidad. Riendo y llorando de contento, se paseó con su doncella favorita por el jardín; cogidas de las manos, admiraban cuanto allí había y probaban con deleite las manzanas doradas. En las habitaciones hallaron más cosas que contemplar y, revolviendo el sin fin de preciosos vestidos con que el duende las obsequiaba, se entretuvieron hasta el anochecer. Entre velos, cinturones, telas y joyas, Margarita supo comportarse tan admirablemente, testimoniando su buen gusto en la selección y arreglo de ornamentos femeninos, que si bien de alma y naturaleza era tan sólo un simple nabo, parecía la más entendida de las doncellas de honor.

El duende que las seguía espionando, se esforzaba en disimular su regocijo por haber acertado, y se alegraba por la ampliación de su conocimiento humano que aquello suponía.

Emma pareció todavía más bonita, más amable, más alegre que nunca. Con su varita mágica convirtió a todos sus nabos en las damas de su séquito, y dos que le sobraban los transformó, uno en un magnífico gato de Angora, y el otro, en un perrito lulú.

Jamás una corte fué mejor servida; amables y risueñas, las doncellas sólo sabían obedecer. Emma disfrutó durante algunas semanas del placer de su grata compañía; danzas, cantos al son del arpa y alegres juegos alternaban todo el día. Pero la princesa empezó a darse cuenta de que sus doncellas se iban poniendo de mal color. Fué el espejo de la gran sala de mármol el que le mostró un día que ella era la única sonrosada en un círculo de caras pálidas. Una flor marchita le parecía su querida Margarita; todas, sin embargo, dijeron que se encontra-

ban perfectamente bien; comida nunca les faltaba, porque el generoso duende les ofrecía diariamente innumerable variación de succulentos manjares. Pero de día en día se consumían las doncellas; la vida y la actividad desaparecieron de sus rostros y figuras, y todo el juego juvenil que las animaba, se apagó.

Emma despertóse alegre una hermosa mañana y corrió al salón. Llena de espanto retrocedió ante las viejas arrugadas que le salieron al encuentro. No podía reconocer a sus doncellas en aquellas momias que, apoyándose sobre bastones, tosían que daba lástima, mientras sus sonrisas se tornaban en muecas desesperantes. El perrito yacía muerto en tierra, y el meloso gato no tenía ni fuerzas para levantarse...

Precipitadamente salió Emma huyendo de cuadro tan horrible; subió a una torre cubierta de hiedra y llamó a grandes voces al duende, que pronto apareció en humilde actitud.

—¡Espíritu maligno! — le gritó ella — ¿por qué envidias hasta la única alegría de mi triste vida? ¿No basta que me mortifiques con esta soledad? ¿Es necesario también que la conviertas en lamentable hospital? ¡Devuelve al instante a mis doncellas juventud y fuerza, o te castigaré con mi odio y mi desprecio!

—Dulce mortal — replicó el duende —, no te alarmes. Todo lo que está en mi poder está a su disposición; pero no me pidas lo imposible. Las fuerzas de la Naturaleza me obedecen, pero no puedo cambiar sus leyes. Mientras hubo vida en ellas, mi varita pudo transformar las plantas según tus deseos; pero su jugo se ha resecado y avanzan hacia la destrucción. Pero no te preocupes, cara amiga; un cesto lleno de nabos puede enmendar bien pronto el mal; lo traeré y volverás a llamar a tu lado a quien quieras. Devuelve ahora a la madre Naturaleza sus regalos, que tan gratos te han sido; sobre el césped del jardín encontrarás mejor compañía.

Alejóse el duende y la princesa transfiguró en arrugados nabos a las encorvadas mujeres. Hizo luego lo que acostumbraban hacer los niños con los juguetes rotos: los echó en un rincón y no se preocupó más.

Saltando y corriendo alegremente fué a recibir el cestito prometido, lleno de nabos frescos. Pero tuvo que pasearse largo rato hasta que se presentó el duende; de lejos pudo ya distinguir su azoramiento y su disgusto.

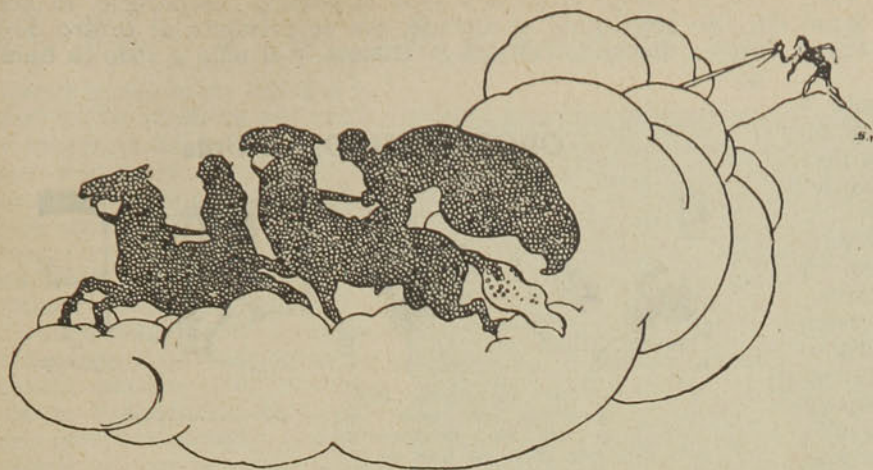
—Me has engañado — dijo ella —. ¿Dónde está el cesto con los nabos? Hace una hora que lo busco.

Sumisa fué la respuesta:

—Perdona mi precipitada promesa — dijo el duende —. Todo el país he recorrido en busca de nabos, pero hace tiempo que rindieron su cosecha. Los campos están abandonados, el invierno ha extendido su blanco manto sobre ellos. Sólo tu presencia ha encadenado la primavera a estas rocas, pues a tu paso salen flores. Ten paciencia únicamente tres meses, y no te faltará ocasión de tener compañía...

No pudo acabar su disculpa. Emma le volvió la espalda y, muy malhumorada, se marchó a sus habitaciones. El duende salió para la más próxima ciudad. Vestido de campesino, compró un asno y lo cargó de pesados sacos de simientes. Labró un vasto campo y llamó a sus duendecillos, que encendieron un gran fuego subterráneo y activaron el rápido crecer de las plantas.





Bien pronto asomaron las cabecitas verdes, prometiendo rica cosecha. Emma visitaba todos los días el campo, que le interesaba más que las manzanas doradas de su jardín. Pero la melancolía velaba sus ojos azules. Acostumbraba sentarse en un oscuro bosquecillo de viejos abetos, a la orilla de un risueño arroyuelo. Arrancaba flores, las echaba al agua y las seguía con la vista mientras descendían al valle.

Cuenta-Nabos veía que todos sus esfuerzos para hacerse agradable a Emma le fallaban. Pero su paciencia no se agotó y siguió satisfaciendo hasta los menores caprichos de Emma. No conocía bien a los humanos. Su corto trato con ellos no le permitía comprender la nostalgia profunda que sentía Emma. El la creía exenta de deseos y esperaba que llegase a ser feliz como dueña de su imperio subterráneo.

Estaba muy equivocado. La bella Emma era, en el mundo, novia de un joven vecino de su padre, el príncipe Ratibor. La feliz pareja había fijado ya el día del matrimonio, cuando de pronto la novia desapareció. Este triste acontecimiento hizo desesperar al príncipe. Abandonó su residencia, vagó melancólicamente de un lado para otro; contó su pena a las rocas y a los bosques. También Emma sentía gran pena en su agradable prisión, pero bajo una aparente tranquilidad escondía sus sentimientos ante el duende. Tiempo hacía ya que reflexionaba cómo podría fugarse. Varias noches de insomnio le dieron, al fin, una idea que valía la pena de ser ensayada.

Volvía la primavera. Cuenta-Nabos hizo apagar el fuego subterráneo que había resguardado del frío invernal a los nabos, que maduraban ya.

Emma iba diariamente a sacar algunos nabos, ensayaba cómo darles distintas formas y aparentaba divertirse únicamente con ello. Un día creó una abeja para mandarla a buscar noticias de su prometido.

—Abejita linda, vuela en dirección del sol y encontrarás al príncipe Ratibor. Susurra cariñosamente a su oído que Emma vive todavía para él, pero es esclava del soberano de los duendes; no te olvides de ninguna de mis palabras y tráeme noticias de su fiel amor.

La abejita emprendió su vuelo; pero no llegó lejos. Apenas se hubo elevado del dedo de Emma, una golondrina hambrienta se precipitó sobre ella y se la tragó.

Emma transfiguró entonces un nabo en una cigarra y le dió el mismo mensaje:

—Salta, cigarra menuda, y canta al oído del príncipe Ratibor que la fiel Emma desea ser libertada por él.

La cigarra saltó y voló tan de prisa como pudo, pero una cigüeña de largo pico le salió al encuentro y la hizo desaparecer en su buche.

Le decidida Emma no se cansó. Convirtió en urraca el tercer nabo:

—Vuela, pájaro charlatán, de árbol en árbol hasta que encuentres a Ratibor, mi prometido. Cuéntale cómo estoy en prisión y dile que me espere con un caballo el tercer día, a contar desde hoy, en la frontera de la montaña del valle de Mayo.



Obedeció la urraca, volando de un sitio a otro, y Emma la acompañó con su vista todo el tiempo que pudo.

El infeliz Ratibor vagaba todavía por los bosques; la naciente primavera aumentaba aún más su pena. ¡Cuánto más hubiera armonizado con su desesperación el aspecto huraño de la naturaleza invernal! Sentado bajo la amplia enramada de un roble, pensaba en la princesa desaparecida y suspiraba: “¡Emma!” El eco devolvió repetidamente el querido nombre y, al mismo tiempo, una voz desconocida pronunció el suyo. Alzó la cabeza y escuchó; no viendo a nadie, creyó haberse equivocado, pero oyó de nuevo su nombre. Advirtió entonces a la urraca sobre una rama.

—Pobre pájaro charlatán — exclamó —. ¿Quién te ha enseñado a pronunciar el nombre de un infeliz, de un desdichado que desearía haber desaparecido ya de este mundo?

Y, enfurecido, cogió una piedra y la quiso tirar al pájaro, cuando éste repitió:

—Emma.

Dejó el príncipe caer su brazo; la alegría le invadía y murmuró: “Emma”, a su vez.

Pero el pájaro hablador, desde el árbol, empezó a recitar lo aprendido, con la charlatanería propia de los de su casta. Apenas comprendió Ratibor la verdad, se le iluminó el alma; la mortal pena que le había hundido en completo abatimiento físico y moral desapareció. Loco de alegría quiso saber más noticias, pero la urraca sólo sabía repetir las palabras enseñadas.

Volvió el príncipe, presuroso, a su corte, ensilló su caballo y se fué al valle de Mayo.

Emma, con femenina intuición y habilidad, lo había preparado todo. Ya no mortificaba al mago con su humillante frialdad; sus miradas eran amables, y su altivez parecía haberse convertido en simpatía.

El duende no tardó en advertir el cambio de la bella muchacha. Satisfecho, observaba sus sonrisas y miradas y albergaba grandes esperanzas. Se ilusionaba creyendo que Emma aceptaría por fin su proposición de ser a su lado la soberana de su dominio.



Al día siguiente, poco después de levantarse el sol, Emma apareció engalanada como una novia llevando todas las joyas que contenía su joyero. Su rubia cabellera estaba adornada por una corona de azahar; su vestido relucía de perlas y piedras preciosas. El duende, que la aguardaba, como siempre, con impaciencia alegróse de verla tan bella.

—Preciosa niña — le decía — no me dejes más en esta incertidumbre. ¡Prométeme no abandonarme! Todos los tesoros de mi reino pongo a tus pies. ¡Disfrútalos y sé feliz!

La altiva joven escondió su cara tras el blanco velo y contestó humildemente:

—¿Cómo puede una mortal resistir a un espíritu tan poderoso como tú? Tu paciencia ha vencido. Recibe esta confesión de mis labios, pero permite que el velo oculte mis lágrimas.

—¿Por qué esas lágrimas, hermosa? — la interrumpió el duende, intranquilo —. Cada lágrima tuya cae sobre mi corazón como una gota hirviente; anhelo si, tu fiel amistad, pero no quiero tu sacrificio.

—¡Ah! — contestó Emma —. ¿Por qué interpretas mal mis lágrimas? Mi corazón recompensa tu fiel cariño; pero un penoso temor me abraza el alma. Mi apariencia juvenil desaparecerá un día. Tú jamás envejeces. La belleza mortal es una flor que pronto se marchita. ¿Cómo quieres que yo esté segura de que serás un marido cariñoso, bondadoso y paciente?

El apresuró a contestar:

—Exige una prueba de mi fidelidad o de mi obediencia; pon a prueba mi paciencia y juzga la magnitud de mi inquebrantable amor.

—¡Bien! ¡Sea como tú desees! — dijo la inteligente mu-

chacha — Dame una prueba de tu paciencia. Vete y cuenta todos los nabos que hay en el campo; mi boda no ha de verificarse sin testigos; quiero saber el número de invitados y damas de honor que podré tener; pero ten cuidado en no engañarme, no te equivoques ni en uno solo.



Muy poco le gustó a Cuenta-Nabos dejar en aquel instante a la preciosa novia; pero obedeció sin vacilar.

Empezó animosamente su tarea, saltando por el campo como los gorriones cuando van picando granos de trigo. Pronto terminó; pero, para estar bien seguro, empezó de nuevo, encontró una falta en su cuenta y vióse obligado a empezar otra vez. Pero también ahora los números resultaban diferentes. No era de extrañar, pues sus pensamientos se encaminaban siempre hacia su deliciosa novia y la cuenta no acababa de salirle ajustada.

Apenas Emma hubo peidido de vista al duende, preparó su huida. Guardaba previamente un hermoso ejemplar de nabo que transformó en fogoso caballo. Subióse ligera y galopó casi volando sobre prados y rocas de la montaña, hacia el valle de Mayo, donde la aguardaba impaciente Ratibor, que la tomó en sus brazos.

El duende, contando y volviendo a contar, se había olvidado de cuanto pasaba a su alrededor.

Después de gran trabajo y paciencia acertó con el número exacto de todos los nabos del campo, incluyendo pequeños y grandes. Muy alegre, fué a encontrar a la dama de su corazón, para convencerla de que tendría un marido servicial y paciente. Satisfecho llegó al jardín, cruzó luego prados y caminos; en ningún sitio halló a la que buscaba. En el palacio examinó todos los rincones y repitió mil veces el querido nombre. Por fin le sobrecogió una sospecha, abandonó su humana y molesta apariencia, se subió por el aire hasta las nubes y distinguió allá, a lo lejos, a Emma en el momento en que el caballo saltaba la frontera de su reino. Furioso el espíritu, asió algunas nuebecillas pacíficas y en forma de fuerte relámpago las lanzó tras de los fugitivos. El rayo destruyó un roble milenario; pero al otro lado de la frontera su venganza resultó sin efecto y la nube se disipó en humo suave.

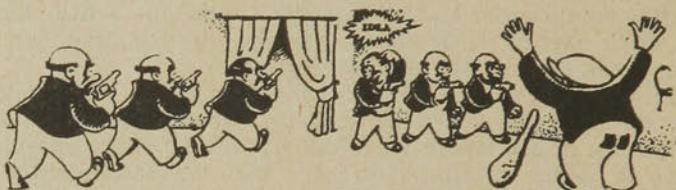
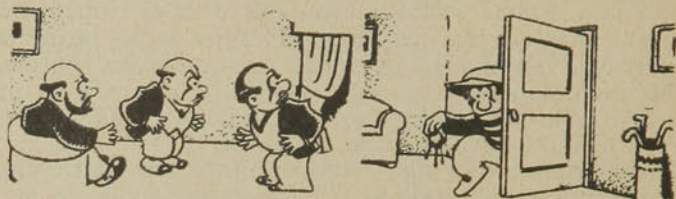
Después de haber cruzado desesperadamente las regiones superiores del aire, pregonando su amor engañado a los cuatro vientos, y apaciguado así un poco el tormento de su alma apasionada, volvióse muy triste a su palacio solitario. Todas las habitaciones le evocaban dulces recuerdos y el eco de las paredes le devolvía sólo sus lamentos y suspiros. Visitó nuevamente el jardín; todo le recordaba el amor perdido. Donde ella acostumbraba pasearse y pararse, le parecía aspirar todavía su perfume. Su alegría truncada era ahora triste melancolía. Pero pronto le dominó el malhumor y se prometió abandonar sus estudios humanos y no volver a tratar con la mala y

traidora casta de los hombres. Dió enérgicamente tres veces con el pie en el suelo y todo el palacio desapareció. El abismo se abrió ante el duende, que se precipitó al centro de la Tierra, llevando consigo la tristeza y el odio a todo lo humano.

OPORTUNIDAD, por Urda



—Me ha dicho Pepe que hoy no viene. ¡El primer día, después de diez años, en que no podremos hacer nuestra partida de tute!



—¿Sabe usted jugar al tute?
—Sí, señor.

—¡Qué visita más oportuna! Sin ella, nos quedamos sin partida.

S E M P E R

Sobre el carro de luz de la victoria,
envuelta en regia púrpura te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro
por el bélico campo de mi historia.

Tú eres mi dios; tu altar es mi memoria;
¡ante él de hinojos sin cesar deliro!
y son mis versos, si en tu amor me inspiro,
áureas campanas repicando a gloria.

Como en tu ser mi inspiración se encierra,
no temas al olvido. Altiva goza
el perenne verdor de tus laureles...

¡Qué eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza,
y mis fogosos versos por corceles!

VILLAESPEA.

A USTED LE CONVIENE HACER SU PROPAGANDA POR LA POTENTE RADIO DIFUSORA "UNIVERSO".

Puede contratar
sus avisos en la

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA LITOGRAFIA

Ahumada 32
Teléfono 80640
Casilla 3396

En el Camino

Por FEDERIC BOUTET

Desde la salida de París, a lo largo de la carretera recorrida en esos días de primavera por un sinnúmero de autos de todas clases, la atención de Eva Plagny se concretó al manejo de su coche, un hermoso roadster azul, en el que ya había hecho muchas veces—sola como hoy—el trayecto que ahora recorría. Pero después de tres horas de marcha cuando dobló a la izquierda, internándose en un camino poco frecuentado, que ella prefería por ser de aspecto pintoresco, Eva pudo reflexionar y preguntarse, una vez más si se decidiría a volver a casarse.

Dudaba. Era viuda desde hacía siete años, en plena juventud, después de breve unión con un marido casi siempre ausente y que hallara la muerte en un accidente de aviación.

Ahora desde hacía algunos meses, el señor Luis Limeuil la perseguía con sus declaraciones, la rodeaba de cuidados y homenajes, le suplicaba que le aceptase por esposo. Próximo a los cincuenta años, pero con aspecto aun bastante juvenil, el señor Limeuil poseía la elegancia refinada en el vestir, en los gustos y en las costumbres que permite una gran fortuna; las maneras corteses de un hombre delicado, y además, las cualidades sólidas de un hombre excelente. No inspiraba pasión alguna a Eva; pero, en puridad de verdad, la joven viuda ya no ambicionaba los arrebatos sentimentales, sintiéndose bastante inclinada a acordar al señor Limeuil una segura y sólida afección.

¿Contestaría afirmativamente esta vez? Como lo decía por lo menos, dos veces al año, ahora se dirigía a pasar quince días en el castillo de su tía y única pariente, la señora Corbière. Allí encontraría diariamente al señor Limeuil, que tenía una posesión cercana, donde pasaba sus vacaciones... Durante la última entrevista que ambos habían sostenido en París, ella casi le había prometido una respuesta definitiva... ¿Respondería afirmativamente?

En aquel atardecer de fines de abril, el roadster azul corría a marcha moderada, pues a Eva le agradaba poco la velocidad... De repente, el motor se paró. Arrancada de sus pensamientos la joven viuda se apartó al borde del camino, a cuya cuneta le permitieron llegar escasamente las últimas fuerzas de impulsión del coche.

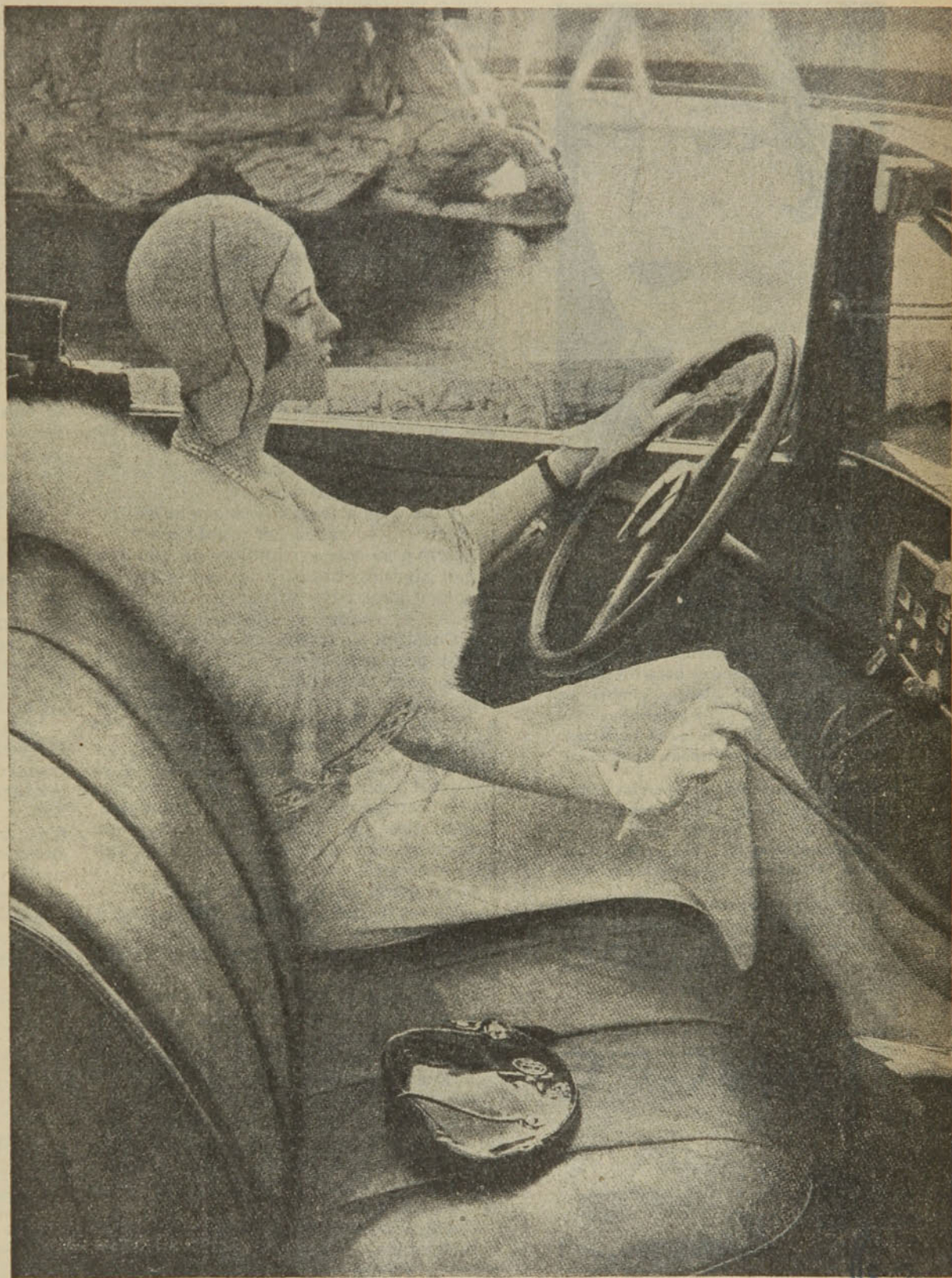
Puso pie a tierra. ¡Una panne! Era la primera vez que le sucedía esto. Su coche siempre había respondido bien... Levantó el capot, trató de darse cuenta de cuál podría ser la causa de la interrupción, todo aquí y allá... y debió conocer su impotencia. Sabía manejar perfecta-

mente, pero los misterios de la mecánica no le eran familiares... Se irguió... Y en vuelta en su moderno abrigo gris con guarniciones de piel que diseñaba su fina silueta, las manos en las caderas, la simpática boina hundida sobre sus cabellos negriscos, dirigió una mirada de reproche al roadster azul, que traicionaba su confianza.

Su contrariedad era grande. Aun la separaba una hora de camino del castillo. El crepúsculo se acercaba. ¿Qué hacer? Era bien improbable un socorro ca-

sual en aquel camino apartado, desdenado por los turistas y en el que rara vez había encontrado un coche.

¿Qué hacer? Eva se lo preguntaba, sin encontrar remedio a la situación. Pensaba en la ansiedad de su vieja pariente, que le esperaría con el corazón acongojado al ver que se hacía de noche y que siempre la reprochara su imprudencia al manejar ella misma y viajar sola... También pensaba un poco en la ansiedad del señor Limeuil, que cenaba aquella noche en el castillo.



Su contrariedad era grande. Aun la separaba una hora de camino del castillo...



¡Una Nueva BELLEZA!

TANGEE es enteramente diferente de todos los demás lápices para los labios. Entre otras propiedades, cambia de color al aplicarse... y armoniza con el tono natural. Por eso es el lápiz perfecto para rubias, morenas y pelirrojas.

No deja manchas de grasa en los labios, y les imparte un color natural y radiante, una vividez del matiz que se conserva todo el día. Tangee es permanente. Y, además, no embadurna.

El Colorete Compacto y la Crema Colorete Tangee hacen juego con el Lápiz Tangee. El Cosmético Tangee no produce escozor, y se usa también para teñir el pelo.



Representantes para Chile:

KLEIN & CIA. LTDA.

Santiago — Casilla 1762

Huérfanos esq. Bandera y Ahumada

Pero un ruido, allá lejos, en el camino, en dirección opuesta a la que ella llevaba, le hizo estremecerse de esperanza. Si, se acercaba un coche. Y Eva lo vió en seguida. Era un magnífico auto sport, que corría a la velocidad de una tromba.

Eva se situó en el centro del camino, levantó un brazo y agitó un pañuelo, pidiendo auxilio.

El coche frenó, se detuvo. El joven que empuñaba el volante al lado de una mujer, saltó a tierra y se aproximó, alto y vigoroso, en su amplio sobretodo de viaje.

Eva, a la vista de aquel hombre, tuvo una convulsión profunda, palideció, sintióse vacilar... Era Francisco, el único hombre a quien había amado desde que enviudara.

Con todo, él no manifestó reconocerla por ninguna palabra ni por ningún gesto. El inquirió cortés:

—¿Qué sucede, señora? ¿Puedo serle útil?

Haciendo un gran esfuerzo para dominar su emoción, ella respondió con un tono aparentemente tranquilo:

—Estoy en panne, señor. No sé lo que es. Me falta experiencia.

—Bien. Voy a tratar de arreglar el desperfecto... — repuso él amablemente.

Volvió a su coche, cambiábase de guantes, tomó algunos útiles y se aproximó al roadster azul cuyo mecanismo auscultó.

—No es nada — declaró por fin.

—Cuestión de cinco minutos.

Y se puso a la tarea.

Eva, para disimular, encendió un cigarrillo. Ya no se atrevía a mirar ni hablar a Francisco. Tampoco osaba mirar a su compañera de viaje. Esta permanecía inmóvil en el auto sport, indiferente al incidente, sin demostrar deseos de entablar conversación con la desconocida. Rubia, fina, la compañera de viaje de Francisco, era extraordinariamente bella y elegante.

El no tardó en volverse hacia Eva.

—Ya está listo, señora. Puede usted continuar.

—Se lo agradezco infinitamente, señor, dijo Eva.

Su emoción no se había calmado. Tenía que seguir haciendo esfuerzos para parecer indiferente. Pero, a fin de que él hablase un momento más, agregó:

—¿Era importante el desperfecto?

Eva lo miraba ahora a la cara. Francisco no apartó la vista, pero ella no vió en sus ojos ningún indicio, aunque fugitivo, de emoción, de recuerdo... nada que pudiese significar que no era para él una extraña.

—¡Oh, casi nada!—repuso.— Una insignificancia... Celebro haber podido servirla señora.

Subió a su coche. Eva subió al suyo. Ambos vehículos partieron en sentido inverso.

Eva empuñaba el volante con mano temblorosa. Contenía las lágrimas que subían a sus ojos, reacción de su emoción. Francisco había sido el grande, el verdadero amor de su vida. No había amado a aquel marido fantástico y siempre ausente, que perdiera siendo aún tan joven. Cuando, un año después de enviudar conoció a Francisco, sintióse inmediatamente subyugada, conquistada. Una pasión desbordante había ligado el uno al otro durante tres años. Ninguno de ellos había pensado en el matrimonio. Les bastaba con amarse... y luego habíase producido la ruptura. ¿Por qué? Eva no

lo sabía con precisión... Pero había sido por culpa de Francisco... Si: Eva estaba segura... El había partido de viaje. Ella no había vuelto a saber nada de él... Sólo comprendía que le había amado y que no podía amar así a ningún otro... Y de esto acababa de darse cumplida cuenta, más que nunca, al volver a verlo.

Pero, ¿y él?... ¿Es que había podido olvidarla? ¿Olvidar sus tres años de pasión, de dicha? Había ella cambiado tanto como para que no la conociera: ¿O él había disimulado a causa de aquella mujer tan hermosa que le acompañaba?... ¡Oh! sea como fuere habría podido significarse con un gesto, con una mirada... o, siquiera, con una frase evocadora de un recuerdo anterior... Pero no, nada, nada... Una extraña para él... ¿Era posible? ¿Es que nunca la había amado de veras?

Agitada, desdichada, ofendida, irritada, celosa, obsesionada por el recuerdo de los crueles minutos del encuentro en el camino pasó en casa de su vieja pariente una quincena detestable y se negó a tomar una decisión respecto al señor Lameuil, a quien no podía darle una respuesta definitiva.

Eva volvió a París, triste, cavilosa, dudando de sí misma, dudando del pasado... Y sólo cuando se halló en su casa, recuperó la paz, la confianza, el gusto de la existencia y la voluntad de colmar, por fin, los votos del enamorado Limeuil, gracias a una carta que allí la esperaba y cuya escritura, conocida en el sobre, la hizo estremecerse.

La abrió y la levó:

“Eva: los recuerdos de un amor como el nuestro no pueden apagarse. Lo he comprendido al volver a verte, más seductora que nunca. Te amo todavía Eva... Y por tu emoción, he comprendido que tú también me amas aún... Querría verte otra vez. ¿Accedes? Te lo suplico... Espero una palabra tuya para correr a tu lado.—Francisco”.

Ya serenada Eva desgarró la carta y se dió el placer vengativo de ni siquiera responder.

COMO UNA MUJER PERDIO 21 Kgs. EN PESO.

SE ENCUENTRA MEJOR Y TIENE UN ASPECTO EXCELENTE.

“He estado tomando las Sales Kruschen durante casi 3 meses. He continuado tomando una cucharadita de las de café en agua caliente todas las mañanas. Entonces pesaba 98½ Kgs. y siempre padecía dolores en la espalda y parte baja del abdomen y costados.

“Ahora digo con satisfacción que me encuentro mucho mejor, más fuerte, más joven y peso 77 Kgs. No solamente me encuentro mejor, sino que tengo un aspecto excelente, lo que dicen todas mis amigas.

“Nunca dejaré de tener a mano las Sales Kruschen (M.R.), nunca cesaré de tomar mi dosis diaria y con gran contento las recomendaré eficazmente por el gran beneficio que me han producido.”

—Mrs. S. A. Solomon.

“P.D.—Pueden creer que exagero al escribirles una carta tan larga, pero verdaderamente me encuentro tan reconocida a Vds. por sus magníficas sales que nunca diré bastante.”

Base: Sales de sodio, potasio y magnesio.

Representante en Chile: H. V. PRENTICE, Laboratorio Londres, Valparaíso.

Contestando a Melenita de Oro de Llanquihue del "Para Todos" N.º 99. Le ruego se dirija a Carnet 222635, al Correo, Potrerillos. Va carta por Correo dirigida a esa localidad.

Deseo encontrar entre las lectorcitas santiaguinas, mujercita rubia, hermosa de alma y cuerpo, de 17 a 20, trabajadora, aficionada al campo, bien educada, honorable, buena posición social. Yo, campesino de 23 años, honorable, familia acomodada, físico agradable, sano, sin vicios. Si hay lectorcita que se interese y crea saber amar, dirijase a este pobre huaso, M. E. B., Casilla 20, Curicó.

Deseo correspondencia con inglés mayor de 23 años, para practicar el idioma. Contestar Casilla, 2038, Valparaíso, O. Z.

Marta S. desea conocer muchacho de 15 a 16, no muy alto. Contestar por "Para Todos".

Mi ideal es el gringuito de La Unión, John Marteville, moreno, que usa ropa azul y sombrero verde. Desearía fuese tan gentil que me sacara de la duda si está de novio. Por la revista a Sonia.

Mi ideal es el empleado de los ferrocarriles que pasa por Rancagua en el tren de las 9.20. La chiquilla a quien pasó el diario "El Sol". Por la revista a Dolina Saney.

Mi ideal es la señorita que vive en Valdivia, calle Saiter 865, iniciales, E. M. Y. Como la amo quisiera saber por ella si es cierto que está comprometida. Correo Principal, Valparaíso, Carnet 7802.

Deseo correspondencia con lector o lectora, fin exclusivo, cambiar poesías. Enigma, Casilla 667, Osorno.

Con toda el alma deseo amigo noble y bueno que con su cariño me haga olvidar pasados desengaños y sepa apreciar cariño y sinceridad. Alto, moreno, simpático y agradable, estudiante universitario o empleado público, mayor de 22. Yo, simpática, regular porte, pelo castaño, 18 años, ansiosa de amar y ser correspondida sinceramente. Tita Valdés Reyes, Correo 3, Santiago.

Desearía correspondencia con joven decente que no tenga otro interés que la amistad y que con sus palabras endulce mi corazón que está hecho pedazos a causa de un gran desengaño. Violeta Williamson Moreno, Correo Central, Valparaíso.

Para Fernando Correa Valdivieso. Hacen algunos años nos conocimos en un viaje al sur, después un primo suyo nos presentó. Ahora lo encuentro siempre, Ud. me mira. Quisiera tener noticias suyas. Mocosita.

Quiero llenar el vacío de mi vida con el afecto y la amistad de la simpática señorita Olga Gutiérrez, que será el único ideal de mi vida. Me dicen que está pololeando con un joven, que desde luego es más que yo. Estudio medicina. No me considero muy poco. Para convencerme de mi suerte le ruego contestarme por la revista a Santiaguino Preguntón.

Dos estudiantes porteños de 18 años desean conocer señoritas de Valparaíso o Viña. Escribir a Alberto y Luis Strauss, Correo 2, Valparaíso.

Dirijo estas líneas al hombre que como yo se sienta solo y sin afectos, pero que no sea tan pesimista. Octavia Molina, Correo 5, Santiago.

¿Mi ideal? ¿Por qué no decirlo? El dueño del auto, patente Viña del Mar, N.º 21702. ¿Estará comprometido? Si su corazón está libre me gustaría conocerlo. Por la revista a Tú, Siempre Tú o a H. Mass, Correo, Quillota.

Morena simpática, 16, regular estatura, desea correspondencia con chiquillo moreno, simpático, 17 a 20, ojalá de Valdivia y que sepa corresponder. Ruego enviar foto. Rebeca H. B., Correo, La Unión.

Deseo amistad con estudiante de 18 a 20, moreno, simpático. Yo, morena, cuerpo regular. Olga Montenegro Wilson, Correo Central, Valparaíso.

Lector: Al que tenga por norma la noble-

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 2518, Santiago.

za, sinceridad y que aborrezca la mentira y el engaño, mayor de 23, simpático, buena presencia, estudiante, profesional o empleado, dispuesto a querermme con cariño noble y sincero y hacerme olvidar amarguras, le ruego contestarme. Soy simpática, buena, 18 años, dispuesta a hacer feliz al más exigente. Teresa Aldunate Lyon, Correo 7, Santiago.

Franco-chilena, 27 años, cultísima, elegante, buen cuerpo, desea conocer caballero de preferencia extranjero de 40 a 50, honorable, buena situación económica. Sólo pido discreción y seriedad. Arlette.

Desearía correspondencia con estudiante sincero de 18 a 21 años. Yo, rubia, 15 años, estudiante. Luisa Rosenthal B., Correo 6, Santiago.

Para E. P. V. Creo ser su ideal. Tengo 15 años, aficionada al cine, libertad para salir. Conteste a Eliana Torera, Correo 2, Santiago, diciéndome su edad, estatura, y a donde puedo escribirle.

Deseo conocer moreno simpático de 18 a 23, regular estatura, delgado, que le guste el cine. Ojalá tenga auto. Yo, trigueña, 15 años. Marlene Dietrich, Correo 2.

¡Muchachos, un dato al oído! En un cercano pueblo de la capital hay dos hermanas bastante simpáticas, sinceras, alegres y optimistas que anhelan correspondencia con santiaguinos simpáticos, altos, educados, buenos sentimientos, aficionados al cine. Los interesados dirigirse a Greta Garbo y Marlene Dietrich, Correo, Puente Alto.

Chiquilla: Escucha la triste voz de un alma que no creyó que el amor era necesario para recorrer feliz el débil sendero del destino y hoy, con el corazón destrozado desea simpática chiquilla capaz de hacerle querer y quererlo. 23 años, 1.70, simpático, tal vez no, pero el cariño no depende de la cara. Arturo Huderzi, Correo Concepción.

Dos amigas románticas desean correspondencia con jóvenes de 20 a 25 años. Ojalá profesionales, Elena Speak y Dora Rimski, Correo Concepción.

A Isolee Job. Deseo su dirección postal. I Vergara, Montenegro 88, Viña del Mar.

Desearía conocer teniente o capitán de ejército, de 25 a 38 años, cariñoso, buen carácter. Yo, alegre, más o menos simpática. Lucía López, Correo Central, Santiago.

A Lucho A. P., Santiago. Nos conocimos hace tiempo. Cuando te estabas adueñando de mi corazón, el cruel destino nos separó para siempre. Nada he olvidado. Si tu corazón está libre y no has mentido, contesta a Picha Grey, Illapel.

L. M. A., Coronel, desea hacer saber a Pedro Allendes del Almirante Latorre, que siempre está sujeta a la simpatía que le inspira. Debido a ciertas circunstancias se encuentra en el lugar indicado más arriba donde le ruego escribir.

Chiquilla de 19 años, alta, trigueña, buena familia, busca su ideal en caballero de 35 a 50, culto, buen mozo, excelente posición. Maruja, Correo 13, Santiago.

Mi ideal es el joven Héctor Sánchez que trabaja en la West India Oil Co. Si su corazón está libre no desoiga a quien lo recuerda y lo ama en silencio. Alice White, Illapel.

Mi ideal es el encantador cadetito del 5.º año de la Escuela Naval, que se encuentra en Coquimbo y que tuvo la dicha de conocer en una fiesta en Valparaíso. Se llama Roberto Bonafós. Si sus lindos ojitos leen estas líneas, conteste al Correo 3, Leila Benson.

Cuando lea estas líneas Héctor Donoso de Potrerillos, quizás yo estaré bajo una fría lona, entonces comprenderás que éste fue mi último grito de angustia para ti, desleal, ingrato. Perdóname por haberte amado tanto, adiós. Sulamita Triste.

Leontina Vigouroux, necesito su dirección. A. R. T., Correo, Plaza Italia.

Para Vaquero: Es Ud. mi ideal porque quiero un hombre serio y no un picaflor. Su amistad me haría feliz. Envíe dirección postal. Tristeza.

Gringuito naturalizado, 26 años, rubio, 1.70, agricultor, distinguida familia, de mucho talento, acreditado, desearía conocer simpática y afortunada señorita, ojalá con fundo o capital. M. A. I. W. R., por la revista o Poste Restante, Angol.

Deseo correspondencia con joven de 28 a 30 años, alto, rubio, ojos verdes, bastante apasionado. Yo, regular estatura, más detalles por carta. Dina Vélez S., Correo, Antofagasta.

M. V. C., Correo 1, Temuco, alta, delgada, pelo ondulado, rubia, ojos azules, 20 años, decente, buena profesión, desea correspondencia con joven de iguales condiciones, de 23 a 25 años. Ojalá envíe foto. Fines serios.

Soy franca, gustos sencillos, querendona, físico más que regular. Anhele amistad con joven parecidas condiciones, educado, mayor de 26. Juanita Alcalde, Correo 3, Valparaíso.

Annie Cooper, chiquilla de 18 años, desilusionada de la vida, desea correspondencia con joven serio, honorable familia que sepa comprender a amistad pura y sincera que le ofrezco. Campamento Nuevo, Chuquicamata.

Viuda honorable con hijo de 30 años, cariñosa, amante del hogar, desea amistad con caballero serio y trabajador. Fines serios. Ojalá envíe foto. A. C. de V., Curicó.

La juventud se marchita en mi alma amargada por la maldad de los hombres que no ven en la mujer sino un objeto de placer y locuras. Mi alma busca otra noble e instruida que quiera formar hogar serio con gatita de 23 años, comprensiva y sincera. Enviad foto. Dolly Scott, Correo 7, Santiago.

Joven de 28 años, trato agradable, honrado, trabajador, desearía correspondencia con señorita de 18 a 20, noble, honrada, ojalá se dedique a la moda. Enríques Z., Chuquicamata, Campamento Nuevo.

Dos lectorcitas de 15 y 16 años. Altas, rubia una, morena la otra, desean encontrar lectores hasta de 20 años que sepan comprender sus corazones. Ojalá envíen foto. Esther Ralston y Janet Gaynor, Correo, Sewell.

Anhele encontrar amigo sincero, educado, que me escriba y haga su confidente. Exijo seriedad y buenas cualidades morales. 22 a 30 años. Yo, morena, 22, más referencias por carta. Rina Videla, Correo, Talca.

Tres almitas solitarias cansadas de la monotonía de este mineral buscan amigos nobles y sinceros que sepan comprenderlas y hacerlas olvidar la amargura de la vida. Por separado a Lila, Lita y Memy Gálvez Campos. Potrerillos, Casilla 59.

Legionario español de 24 años, chauffeur, desea conocer señorita o viuda para fines matrimoniales. José Gómez Romero, l.a. Bande-

ra, I.a. Compañía, Tahuima, Melilla, Marruecos-Español.

Sr. Egon Bastías: Deseo con todas las fuerzas del alma mía volverla a ver y ser para siempre una más entre sus amigas. Si quiere dar un poquito de felicidad a esta chiquilla que siempre lo recuerda y si no tiene un adocuin por corazón, no me niegue su amistad. Penélope Amor B., Correo 3, Santiago.

Mi ideal es el joven que estuvo de paso en Rengo, en el Hotel Comercial. Viajaba en el auto N.º 93083, el 17 de agosto. Me miró mucho. Si me recuerda conteste a Rengo a Rubia de Ojos Azules.

A Corazón Herido: He leído tus frases. Aún existo y con el mismo cariño y aprecio que cuando nos conocimos. Estás mal informada. No hay compromisos y debes deshacer el concepto formado. Mar Tranquilo.

Deseo correspondencia con el joven estudiante de inglés de Concepción que se paseaba frente a mi casa. Es alto, usa bigotito y viste de negro. Se acordará de la rubia que creo no le era indiferente. Marta Espinosa, Correo 7, Santiago.

Joven serio, sin vicios, 27 años, desea correspondencia con señorita o viudita de 25 a 30, dispuesta a amar corazoncito dispuesto a corresponder y a hacerla feliz. Indispensable foto. J. M. M., Rancagua, Sewell.

Una exigente que no ha podido encontrar su ideal lo busca entre los lectores. Educada, con porvenir, hasta 30 años y que no sea interesado. Yo, chiquilla con cualidades y defectos, dispuesta a hacer feliz al más exigente. Dar dirección por la revista a Corazón sin Dueño.

Caballero alemán, 37 años, regular estatura, simpático, desea amistad con señorita, buena presencia, esbelta, buen genio. Carlos S., Valparaíso, Casilla 1376.

El ideal de morenita de 16 años sería: jovencito hasta de 20, alto, simpático, sincero, que le guste el cine. Nelly Montt, Los Angeles.

Cansado de vida retraída recurro Consultorio para solicitar cariño de una chica de las siguientes cualidades: morenita agradable, 18 años, regular estatura, pobre como yo, cariñosa, no muñequita de lujo de las que abundan. Indispensable foto de cuerpo entero que se devolverá. Carnet 73787, Concepción.

Chiquilla simpática, buena familia, seria, alejada modernismo, desea correspondencia con chileno o español que sepa comprender cariño de mujer fiel. Gabriela Wilhsson, Correo, San Javier.

Mercedes M. R., Correo, Victoria, morenita alma soñadora desea encontrar por intermedio de "Para Todos" quien le enseñe a amar. Lo desea simpático y cariñoso. Enviar foto.

Deseo compañero alemán o inglés. No importa situación. Yo, 18 años, sola, físico regular, muy trabajadora. Soledad del Valle, Correo, Buin.

Desearía saber de la señorita Afirta, de Constitución. ¿Por qué no me contestó más mis cartas? No la olvido y espero contestación. Chimbarongo.

Dos hermanas 20 y 21 años, serias, decentes, desean conocer jóvenes de 23 a 35 de su misma situación. Sólo ofrecemos amistad. Si hay interesados, diríjanse a F. A. y C. A., Correo, Serena.

Deseo señorita de 18 años, educada, sincera. Yo, 23, educado. La interesada conteste a Dunie Rodríguez M. Correo 13.

Quela V., Correo, Cauquenes, desea amar y ser amada por moreno de ojos verdes, ocupación decente, no mayor de 25. Ella, morena, delgada, con lulos, 18 años, indispensable foto.

Mi ideal lo constituye la encantadora y adorable Rinita Adoratti. Si desea hacer feliz a un ferviente adorador, diríjase a Carnet 197828, Correo 2, Valparaíso.

Robertito Sherrington: ¿Te has olvidado de mí? ¿Recuerdas a la Maruja de Viña? ¿Por qué no has contestado las cartas que te envié cuando me vine a Concepción? Contesta a mi nombre, Correo, Chiguayante.

Carlitos Spano: Un alma te busca, un corazón te recuerda y te ama de verdad. Olvida a la que actualmente quieres y ámame como antes. Adriana Larraín, Correo, Concepción.

Deseo correspondencia con lectorcita de 15 a 20 años, prefiero sureña. Luis Zalazar, Escuela de Máquinas, Talcahuano.

Tengo 24 años y estoy cansado de la soledad. Busco compañera dispuesta a quererme sinceramente. Eduardo Fernández, Casilla 3354, Santiago.

Si algún día me caso quisiera que mi marido reuniera las siguientes cualidades: buen genio, serio, cariñoso, trabajador, sin vicios, físico regular, edad 30 años, ojalá extranjero. Yo, seria, sencilla, buena familia, muy amante del hogar. Humilde Amor B., Correo 3, Santiago.

A Amor Sublime: No necesito correspondencia con Filipensky, pues ya nos conocemos y somos buenos amigos, me respeta y me considera mucho. No me importan los cariños eternos, Panchito no tiene ninguno. Sus otras amigas son para pasar el tiempo. Esperanza.

Por medio de esta simpática revista desearía encontrar extranjero, de preferencia inglés, de 29 a 35 años, corazón franco y sentimientos nobles. Yo, morena, 25 años, profesional. Chema Bravo, Correo 3, Valparaíso.

Para Vaquero: Me encantaría conocerlo. Creo ser lo que Ud. busca. Nena Zaid, Correo Central.

Viuda honorable sin hijos, no muy joven, amante del hogar, desea conocer con fines serios, caballero de 35 años, profesional, que tenga auto propio, simpático, católico. Yo, iguales condiciones. Enviar foto. Aldeana Triste, Correo 2.

Rubia mestiza de alemán, 19 años, cariñosa, buena, desea compañero leal y amable que quiera compartir con ella las amarguras de la vida. Buena situación. M. S. E., Correo Central.

Me gustaría mantener correspondencia con joven de 20 a 35 años, sincero y bueno. Rita Gómez, Correo de La Serena o al 3 de Valparaíso.

Para Vaquero: Soy la chica simpática y cariñosa que busca. Buen cuerpo, mayor de 25 y dispuesta a amar con toda sinceridad. Marina, Correo, Llanquihue.

Para Moreno Triste del "Para Todos" del N.º 99. Creo encontrar en Ud. mi ideal y reunir las condiciones que pide. Buena dueña de casa, familia honorable. Perla del Río, Correo, Concepción.

Alma noble, gran corazón, culta, agraciada, 31 años, sueño con amigo laborioso de 30 a 40 años. Estela Deluz, Correo 2.

Carmela Sepúlveda, Correo, Quitratué. Mi ideal es un joven alto, delgado, simpático, nobles sentimientos, muy trabajador. Soy pobre, buena familia.

Mi ideal es el chico A. Marín que vive en Cruz, cincuenta y tantos, Concepción. Si quiere conocerme escriba al Correo, a Marta B., para Lala. Estoy segura que nos comprenderemos.

Mi ideal sería tener correspondencia con caballero de 30 a 40 años, buena situación. Físico no me importa. Yo, educada, seria, buena dueña de casa, 28 años. M. R., Correo Central.

Tres amigos de 18, 21 y 25 años respectivamente, desean correspondencia con señoritas decentes, el primero de 15 a 16; el segundo, de 18 a 20; el tercero, de 20 a 21. Contestar por separado a Paul Allan, Hugo Inostroza y Oscar Aleayaga, Correo, Rancagua, Teniente C.

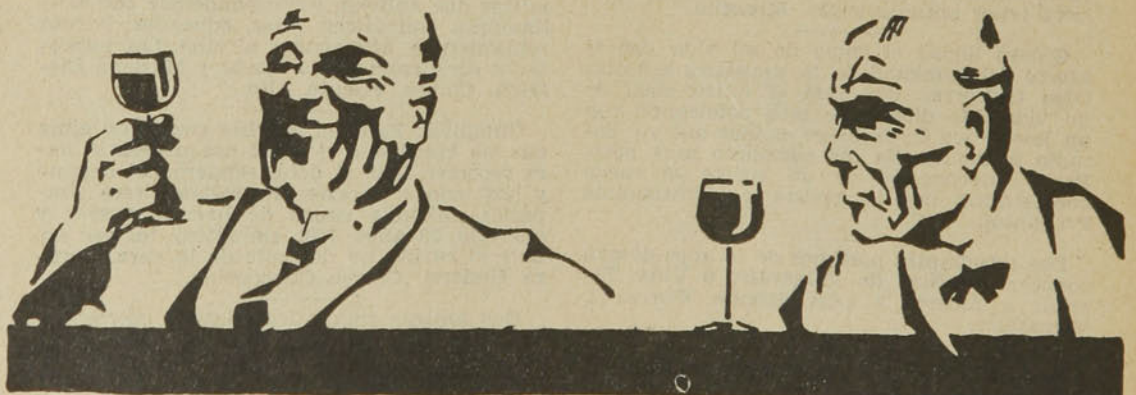
Joven de 25 a 45 años, con porvenir, que ame, proteja y guíe a chica de 20, muy de su casa. Chela G. P., Correo 2, Valparaíso.

Moreno de 19 años desea conocer señorita simpática, educada y capaz de corresponder a Santiago Martínez, Correo Central.

Mi ideal sería encontrar hombre de corazón noble, muy caballero. Tengo 18 años, rubia, ojos verdes, suficiente educación, honorable familia. Alma Triste, Rengo.

Empleado, 30 años, extranjero, pobre, buen carácter, desea amistad seria con señorita o viuda pobre que vista decente y que resida en Valparaíso. Carnet 223526, Correo 2, Valparaíso.

Para Charles de "Para Todos" N.º 101. Creyendo reunir condiciones deseadas le ofrezco amistad sincera. Si le intereso le agradecería escribir a Viola Seyel, Correo 5, Santiago.



Un buen trago

en ocasiones de fiestas constituye un gran placer; por eso, un buen vividor cuida con esmero su bodega.

¿Es que cuidamos de tal manera órganos importantes para la vida?

¡Desgraciadamente no!

Por la salud se hace poco, mejor dicho casi nada. El funcionamiento regular de los órganos sufre una interrupción, los dolores

se presentan. Los que han sufrido de las vías urinarias — riñones, uréter, vejiga — saben cuán dolorosos son estos padecimientos.

De ahí resulta la necesidad imperiosa de la "higiene interna" por medio de curas regulares con Helmitol, cuyo objeto es conservar los órganos urinarios y prevenir todas las molestias.

¡Impóngase la cura como un deber!

Tabletas de M.R. **Helmitol**

(M. R. a base de Anhidrometilencitrato de hexametilentetramina)



(Continuación de la pág. 22)

ENCANTOS Y MALEFICIOS

conocerlas. Entonces la brujería lo explicaba todo.

Sin embargo, los más horribles suplicios aguardaban a las brujas reconocidas culpables. Sólo quizás, entre los hombres de su época llamadas a juzgarlas, San Carlos se mostró humano en aquello que, en su primer concilio provincial, ordenó que los mágicos encantadores y brujas fuesen castigados severamente por el párroco con la exclusión de la sociedad de los fieles, pero no torturados ni ejecutados.

El estatuto de Mantua que duró hasta 1708 condena al verdugo a los encantadores, brujas y cualquiera "que haga encantos" o dé pociones para ganar los corazones de los otros y conducir al amor u a otro fin pernicioso, de modo que un hombre o una mujer maleficiada cayese en la demencia u otro daño grave. Si no resulta ningún daño, se les ha de cortar la lengua y han de ser fustigados y expulsados del territorio.

Los procesos por sortilegio, haciéndose cada vez más numerosos, confirmaban de antemano la creencia popular a la cual no sabían substraerse, ni siquiera los hombres de gran valor. Era el tiempo

en que se destilaba en Italia esta terrible agua Tofana que producía su efecto un año después que se la había bebido y que adquirió por ello un siniestro renombre. También había un anillo de muerte que resultaba fatal para quien lo llevase y la llave que el Principe Sovelli daba a alguien para abrir un mueble. Esta llave tenía una punta imperceptible que picaba apenas la mano, pero gracias al veneno en que había sido sumergida, producía la muerte en veinticuatro horas.

En 1579 se imprimió el "Palacio de los Encantamientos". Se pueden leer allí una multitud de descripciones sobre los demonios, los incubos y los súcubos.

Alemania conoció por esta época gran número de brujas.

En Francia, bajo el reinado de Francisco I, cien mil personas fueron, se dice, condenadas por sortilegios. Bajo Enrique IV, otras seiscientas fueron acusadas.

En Saint Claud, el juez Roget se alaba de haber hecho el solo, quemar setecientas brujas. Ni el nombre ni la riqueza, ponían a nadie al abrigo de las sospechas: cuando una mujer era acusada, corría en seguida los mayores peligros. Se sabe que entre los crímenes más horribles que se le reprochaban a la mariscal de Ancre, figuraba la acusación de brujería. Fué una de las principales causas de su suplicio. Hija de un carpinte-

ro y de una lavandera, había venido a Francia con la joven reina de quien era hermana de leche. A la muerte del rey, Eleonora Galigay, mujer de Concini, mariscal de Ancre no sobrevivió sino algunos días a su marido asesinado por Vitry, bajo la orden de Luis XIII. Detenida en su casa a pesar de sus protestas, fué juzgada y condenada al fuego. Su suplicio tuvo lugar en el mes de julio de 1617 en la Plaza de la Greve. La Abadesa Magdalena de la Croix, fué también acusada de brujería. Poco tiempo después se quemaban en el patíbulo a las cuatro brujas de Ollecourt. Se piensa que la célebre bruja de Franaz Halz que se encuentra en el museo de Lille, no era otra sino la mujer Holf que sufrió cincuenta y seis veces la tortura antes de expiar a manos del verdugo, sus innumerables delitos. Chalotte Cedy, Elisabeth Mermet, Juana Mairret, se cuentan entre las más célebres mágicas de la Edad Media o del Renacimiento.

Mme. de Montespan, no debió sino a altas influencias la suerte de no ser perseguida. Menos bien defendida, habría expiado bajo la mano del verdugo las prácticas de brujerías a las cuales es casi seguro que consintió en entregarse para conservar el favor de Luis XIV.

España no se quedó atrás. Rivera ha cogido en lo vivo aquella de la cual no nos dejó el nombre.

En Inglaterra la bruja de Berkeley ha



para sus
BRONQUIOS y PULMONES
en esta época del año en que
tantos peligros los amenazan
la hallará V en el insuperable

JARABE
Resyl M.R.

Si está usted sano, **JARABE RESYL** será la coraza que resguardará su salud

Si una TOS pertinaz, o un estado rebelde de GRIPE, o una BRONQUITIS aguda o crónica le aqueja, **JARABE RESYL** curará y fortalecerá sus bronquios y sus pulmones, devolverá el bienestar a su organismo y le protegerá contra futuras dolencias, haciéndolas, si no imposibles, inofensivas

Un frasco grande es suficiente para una cura completa
En todas la farmacias

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE
NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO
Resfriados, Dolores de cabeza y muelas
Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R.

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
en todas las
farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas

inspirado a Robert Southey una de sus más terroríficas baladas. Se ha dicho que la bruja en su lecho de muerte, llamó a sus hijos y les pidió que rogaran por ella y sobre todo que pusieran alrededor de su ataúd cadenas de fierro y que lo hicieran guardar por cincuenta clérigos. La vieja fué obedecida. Pero a la tercera noche, los clérigos y los hijos de la muerta, vieron con espanto que se apagaban los cirios y se detenían las campanas. Un ruido ensordecedor llenó la iglesia y Satanás se presentó. Tocando el ataúd de granito, hizo caer las cadenas que lo encerraban y la cubierta se levantó por sí misma. La muerta livida se levantó y siguió a su horrible amo. En la puerta colocó a su víctima sobre un caballo negro y jamás nadie la volvió a ver. Pero por largo tiempo se escucharon a cuatro millas a la redonda los lamentos desesperados de la bruja. Esta balada tuvo gran éxito y hasta el siglo pasado, no había familia que no la conociese.

He dicho que bastaba una simple palabra o algunas líneas dirigidas al juez para hacer encarcelar a las personas más inocentes.

La mujer del Almirante Coligny, a pesar de la dignidad absoluta de su vida, fué víctima de una odiosa trama. Acusada de herejía y sobre todo de brujería respecto al duque de Saboya por el denuncia de una poseída, no debió su salvación sino al Cardenal Ossat, que hizo numerosas gestiones en su favor, declarando que no se debe dar fe al diablo, padre de la mentira, y dando pruebas

que el duque era el mismo sospechoso en este asunto, habiéndose probado que nadie ignoraba que él aspiraba por todos los medios apoderarse de los bienes de esta mujer para aumentar las rentas de los lobeznos “que se nutren al pie de estos montes”. Hacia así alusión a los numerosos bastardos del duque de Saboya.

En el siglo XVIII, tan esclarecido, sin embargo, vió todavía más de un proceso de hechicería. La tortura llamada “question”, no fué completamente abolida entre nosotros, sino por la ley del 9 de octubre de 1789. Pero ya Luis XVI había abolido la prueba de “question” preparatoria, el 14 de agosto de 1780. También fué en estos momentos cuando se cambió la hoguera por la cuerda y el tajo.

En Austria y en Italia, se debió a la Emperatriz María Teresa, la interdicción de la tortura. Pero aun el pueblo se hizo más de una vez justicia por sí mismo, quemando sin otro forma de proceso a las desgraciadas criaturas sospechosas de brujería. Es preciso llegar al siglo XIX, para ver desaparecer estas costumbres bárbaras.

Las brujas y las magas modernas, concluyen ahora en la correccional o lo más a menudo en el manicomio, su verdadero lugar, cuando por azar, son sinceras.

Por esto, debemos bendecir el destino, que nos ha hecho nacer en una época donde suplicios y autos de fe no amenazan a nadie.

JEHAN D'IVRAY

(Continuación de la página 15)

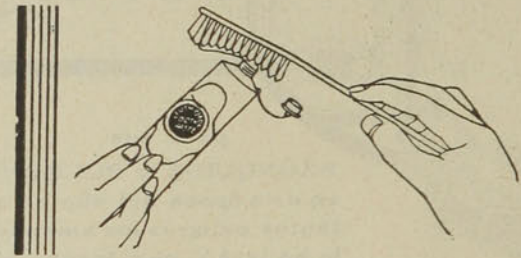
MARAÑÓN

que manda en el mundo. Y si la creación nietzschiana es utópica, ¿por qué ha de serlo el vocablo? El vocablo «superhombre» como expresión de hombre trascendente, sobresaliente y creador, en vez de esa cosa diabólica del genio.

Mas para trascender hay que sobresalir, para sobresalir es menester crear, para crear es preciso descubrir y para descubrir es necesario indagar, estudiar, perseguir. Ya he dicho en otra ocasión que hoy nos podemos adelantar en el juicio del «superhombre» por la presunción de su transcendencia determinada por tres variables heterogéneas; capacidad, acción y ocasión. La acción puede computarse como módulo del factor individual capacidad, y el tercer factor, externo o histórico representa la circunstancia aparentemente fortuita y ajena al fenómeno biológico. La ocasión es lo que confiere al fenómeno su razón histórica; pero la capacidad del superhombre comprende, entre sus facultades, la oportunidad, que es el descubrimiento de la ocasión. La ocasión—no tal ocasión—existe siempre más que como obstáculo preestablecido, como postulado del superhombre, como creación previa de la realización genial, que es la opción de una orientación, la impregnación de la voluntad a la fatalidad final de los

(Continúa en la pág. 65)

Dos Auxiliares de la Belleza



... un cepillo para los dientes y un tubo de Pasta Dentífrica EUTIMOL. Estas son sus dos armas más poderosas contra las caries y la capa gelatinosa que destruye la hermosura de los dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL—dos veces al día—le ayudará a conservar su dentadura sana ... porque mata en 30 segundos los gérmenes de las caries dentales. Deja los dientes inmaculados, blancos y pulidos.

Fórmula: Carbonato de Calcio, Azúcar, Jabón, Raíz de Lirio de Florencia, Glicerina, Salicilato de Calcio, Agua, Aromáticos.

Pasta Dentífrica **EUTIMOL**

M. R.

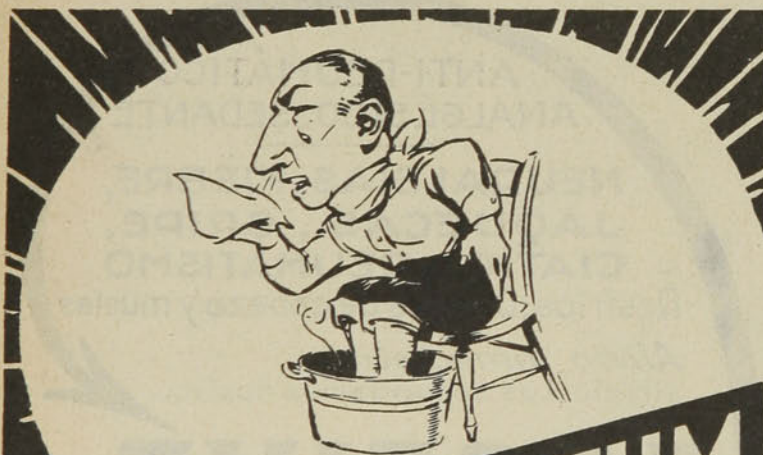
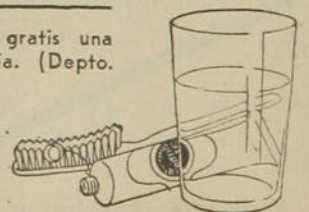
◆ PARKE - DAVIS ◆

Mándenlos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Depto. 103), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....

Dirección.....

Ciudad..... Provincia.....



MENTHOLATUM

¡Qué Calamidad!

Catarros, resfriados, siempre son peligrosos. Evítelos o atájelos a tiempo frotando la nariz, garganta y pecho con Mentholum e inhalando sus vapores. Las personas precavidas siempre mantienen a la mano Mentholum para sanar las afecciones de los conductos nasales antes de que se agraven.

Rehuse los substitutos.

A Base de: Mentol, Alcanfor, Eucaliptus, Acido Bórico, Aceite de Pino, Aceite de Gaultheria, Cera Parafina, Petrolato Alba.—M. R.

TRAJECITOS DE LANA PARA LOS PEQUEÑOS

Traje a palillo.— Comenzar por abajo con punto jarretera, o sea siempre al derecho hasta una altura de dos centímetros. Continuar con punto de jersey ejecutando en la mitad de la delantera los ladrillos en punto de arroz y jarretera, y continuar en punto de jersey hasta el borde de las piezas de los hombros. Aquí se harán los recogidos de ambos lados de la delantera con punto al derecho tomando dos mallas en uno. La parte lisa y central de la delantera, entre los lados recogidos debe tener unos catorce centímetros. Terminar la delantera con punto de jersey, guiándose por los grabados. Las patas de los hombros irán en punto de arroz y deben medir 6 centímetros por 16. Estas patas se rodearán de dos corridas a crochet en lana de diferente color.

Traje a crochet.— Está tejido en lana rosa de 3 hilos. Comenzar por el cuello con 36 centímetros de cadeneta, es decir, con 74 cadenetas más o menos. Esta no debe cerrarse. El trabajo se efectuará yendo y volviendo. Primera corrida: sobre las 74 cadenetas hacer 71 puntos, los tres restantes se perderán en la vuelta. Segunda corrida: aumentar un punto cada tres de la corrida anterior, es decir, se tejerán dos puntos sobre el primero de la corrida anterior, uno sobre el segundo, uno sobre el tercero, dos sobre el cuarto, etc., o sea 97 puntos. Tercera corrida: 121 puntos, teniendo lugar los aumentos cada tres puntos. Cuarta corrida: 121 puntos. Quinta corrida: 121 puntos. Sexta corrida: 142 puntos, es decir un aumento cada 5. Séptima corrida: 160 puntos,



Traje a palillo, adornado con adoquines en punto de arroz y punto jarretera.



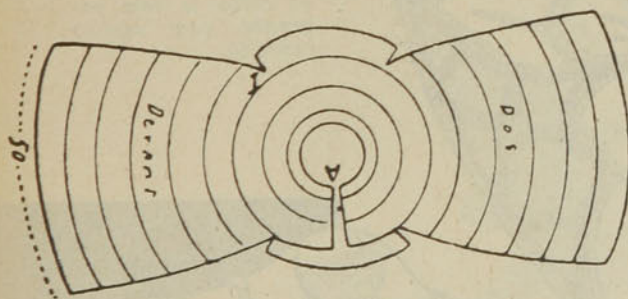
Traje crochet con lana pasada, en tono diferente, a los lados de la falda.

aumentar cada 7. Octava corrida: 160 puntos. Novena corrida: 160 puntos. Décima corrida: 180 puntos. aumentar cada 9. Onceava corrida: 194 puntos, aumentar cada 9. Doceava corrida: 194 puntos. Con esto queda el canesú terminado.

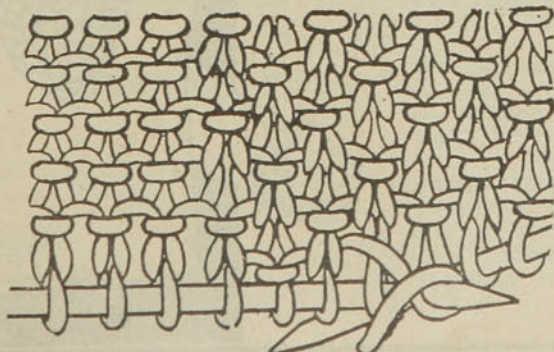
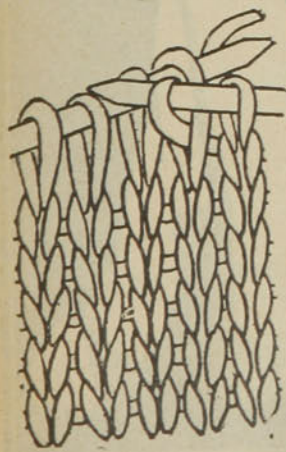
Mangas.— Contar 22 puntos antes y 22 después de la abertura del hombro o sea al principio y al final del tejido y tejer sobre ellos dos corridas de 44 puntos. Rematar la lana. Ejecutar el mismo trabajo en la manga opuesta.

Delantera.— Para tejer la delantera, en la primera corrida aumentaremos en la forma siguiente: 1 punto, 2 puntos, 1 punto, 2 puntos, etc., o sea 81 puntos. Continuar sin aumentar hasta la corrida 16. La corrida 16 y 17 tendrán 84 puntos. La corrida 18, 85 puntos. La corrida 19, 86 puntos. Las corridas 20 y 21, 89. La 22, 90. La 23 hasta la 27, 94. La espalda se tejerá en la misma forma.

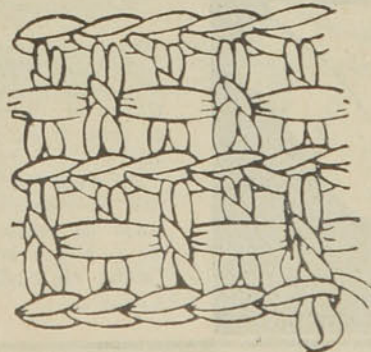
Terminación.— Hacer las costuras de las mangas y bajo el brazo. Tejer dos corridas a crochet en el ruedo, en las mangas y en el escote. Colocar botones y precillas en el hombro. Pasar una hebra de lana a ambos lados de la falda, dibujando un triángulo.



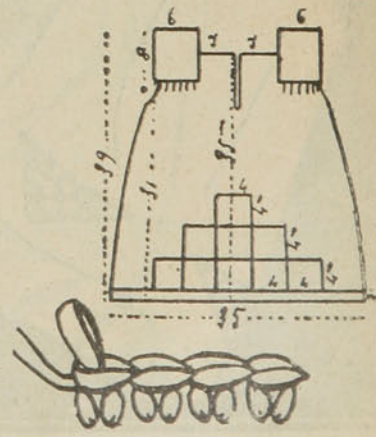
Esquema del traje a crochet.



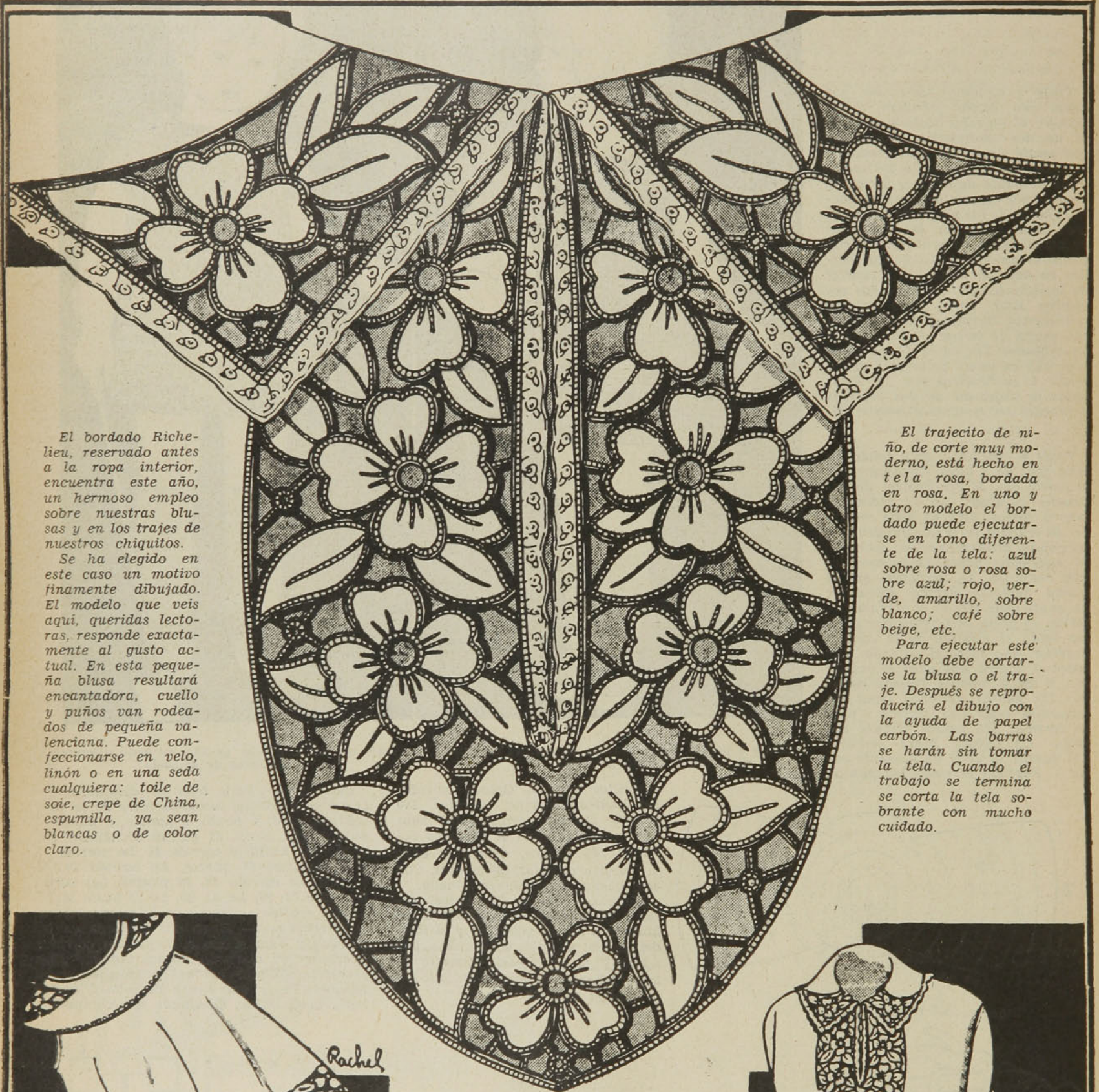
Esquema del traje a palillo. Detalle de puntos.



Puntadas de lana pasada, en distintos colores.



BORDADO RICHELIEU, MUY NUEVO



El bordado Riche-lieu, reservado antes a la ropa interior, encuentra este año, un hermoso empleo sobre nuestras blusas y en los trajes de nuestros chiquitos.

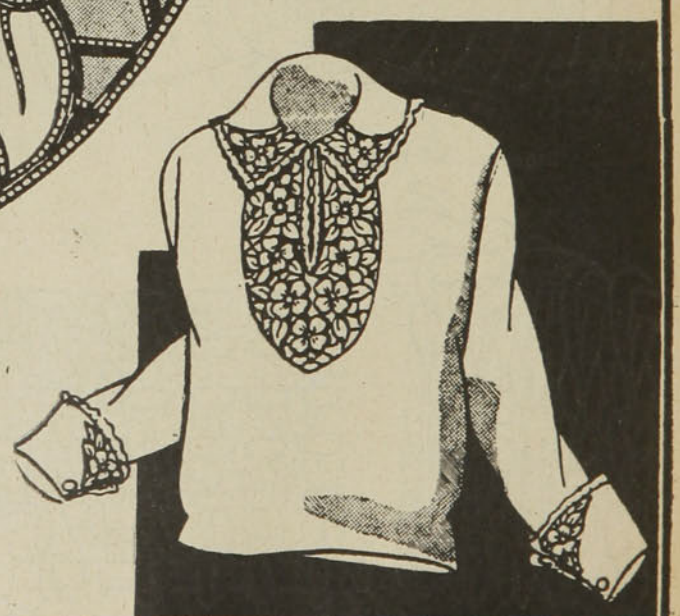
Se ha elegido en este caso un motivo finamente dibujado. El modelo que veis aquí, queridas lectoras, responde exactamente al gusto actual. En esta pequeña blusa resultará encantadora, cuello y puños van rodeados de pequeña valenciana. Puede confeccionarse en velo, linón o en una seda cualquiera: toile de soie, crepe de China, espumilla, ya sean blancas o de color claro.

El trajecito de niño, de corte muy moderno, está hecho en tela rosa, bordada en rosa. En uno y otro modelo el bordado puede ejecutarse en tono diferente de la tela: azul sobre rosa o rosa sobre azul; rojo, verde, amarillo, sobre blanco; café sobre beige, etc.

Para ejecutar este modelo debe cortarse la blusa o el traje. Después se reproducirá el dibujo con la ayuda de papel carbón. Las barras se harán sin tomar la tela. Cuando el trabajo se termina se corta la tela sobrante con mucho cuidado.

A izquierda, traje de niño en hilo o seda, crepe de China o tussor, bordado en el tono o en un tono opuesto.

A derecha, blusa camisa, tela a elección como en el traje de niño. Pechera, cuello y puños bordados. Valencianas en cuello y puños.



(Continuación de la página 62)

MARAÑÓN

acontecimientos. Para juzgar la obra del superhombre hay que retrotraerse a su realización. Para incluir a Euclides entre los genios, habría que estar seguro de que pudo postular cien geometrias diferentes en su fundamento. El genio es el poder creador; pero esta cualidad no basta para definir el superhombre. La minuciosa división del trabajo enfoca a las inteligencias más mediocres hacia soluciones presumibles, por lo que la labor creadora ya no es privativa de los cerebros privilegiados, de los sabios de corte clásico. Por el contrario, el peso de toda la cultura predispone al cultivo de las facultades acumuladas, a la erudición, con lo cual se restan muchas capacidades a la orientación formativa. La cultura se empacha en materias primas objetivas y circunscritas. Las nuevas aportaciones son las piedras con que los obreros de la inteligencia van construyendo la civilización planteada por simples maestros de obra. La labor del superhombre es labor de arquitecto, labor de dirección para las civilizaciones futuras. Hoy el descubridor de tal o cual célula, de este explosivo, o de aquella substancia colorante no pasa de proletario distinguido de la inteligencia. Todo el mundo conoce a Mustafá Kemal, pero pocos saben quién es Bayrd, que no hizo más que inventar la televisión, y hoy,

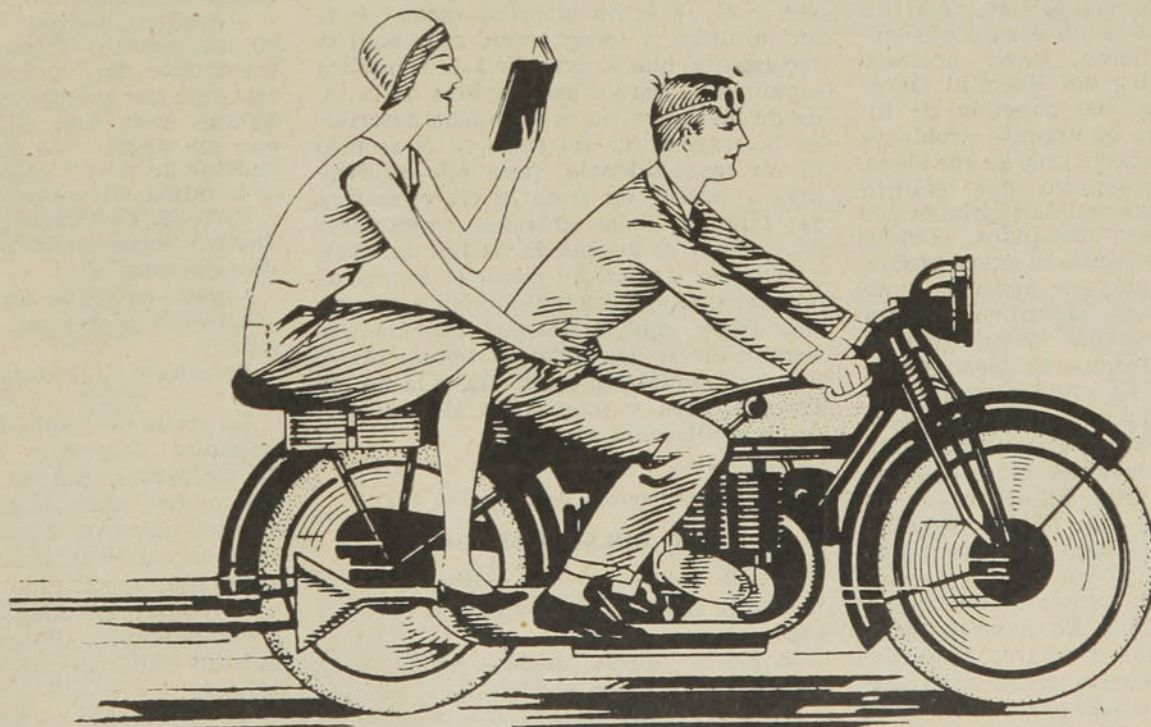
el invento no es un fenómeno esporádico sino la obra de muchos cerebros. Quiere decirse que no todo hombre sobresaliente por la singularidad de su obra, debe ser incluido en la categoría del superhombre, sino que ahora, como en todos los tiempos, el superhombre crea y modifica en el orden del conocimiento, si bien no aporta hechos simples y concretos que vinieran «a llenar algo», sino nuevos cuerpos de doctrina (Einstein), nuevas orientaciones políticas (Elberth), nuevos rumbos a los pueblos (Ghandi) y a su ética (Freud), a la pintura (Cezanne), a la novela (Dostoiewski), etc., todo ello con su sello personal e inconfundible. No es fácil destacarse en esta fiebre de originalidad huera y de excentricismo que vivimos. Cada uno está más atento a su reclamo personal que a la obra ajena. La publicidad nos aturde con el estrépito de las más peregrinas manifestaciones de la novedad. Se crean y derriban ídolos en unas horas como si todos nos apresurásemos a entrar en turno. El público corea, preferentemente, las habilidades que están más a sus alcances. Todos quieren aspirar a todo. Pero, sin embargo, nunca siguió el mundo más diligente a sus conductores intelectuales. Nunca se vió al pueblo tan disconforme con los poderes tradicionales del Estado, ni tan dispuesto a barrer las normas rutinarias. Y en medio de esta alharaca, entre los inevitables descontentos que claman por una «renovación», se puede oír la voz de los mejores, que aconsejan y dirigen una

cosa más concreta y taxativa: el «mejoramiento».

Es por el año 1902. En el aula de anatomía de San Carlos, sesenta alumnos de primer año de medicina, escriben sobre el tema impuesto por Olóriz para su examen. Todos son de la misma edad, todos tienen el aire pícaro de aquellos estudiantes que organizaban huelgas escolares con el solo objeto de adelantar las vacaciones. Son muy jóvenes y el ambiente ha sido igual para todos. Todos han oído las mismas explicaciones sobre una disciplina tan invariable como la anatomía. Todos han leído los mismos textos. Pero si los observamos, advertiremos algunas diferencias muy significativas. Unos fruncen el ceño como queriendo exprimir un jugo que no existe en sus cerebros. Otros se retuercen sobre el brazo encargado de imprimir sus conocimientos. Este se abstrae con esa expresión estática, que lo mismo denota el pensar profundamente que el no pensar. Aquél husmea en las microscópicas «iluminaciones» del programa, la ciencia que nunca se encuentra. Un muchacho moreno, cuya fisonomía parece reflejar los rasgos fáusticos de las culturas orientales, escribe sin esfuerzo, sin contracciones de fuera adentro, llenando con su letra menuda las cuatro carillas del pliego. Y Olóriz anotará al margen de este ejercicio: «espíritu de investigador».

¡Manes de Fernando VII! No es cosa

Si Ud. empieza a leer



la novela MARAVILLA, de Alberto Insúa, que acaba de editar la "Colección Universo", por \$ 1.40, le interesará de tal modo que no la podrá dejar un instante hasta que la termine. En venta en todas las buenas librerías y agencias de Zig-Zag o pídala adjuntando \$ 1.60 en estampillas de correo a

“COLECCION UNIVERSO” - Casilla 84 D. - Santiago

fácil estudiar. Las fronteras medio cerradas al panorama mundial. El régimen asentado en los dos pilares de nuestra histórica intransigencia, confunde y se debate contra los tentáculos del monstruo plebeyo: cultura, paz, trabajo, razón, libertad, universalidad, y la eterna minoría intelectual, como siempre, vejada, escarnecida, humillada y perseguida. Los intelectuales son «la canalla francófila», según posterior expresión famosa. Y el país a la deriva. Siempre el «después de mí, el diluvio». Parece como si para ocupar los puestos del Estado, fuera condición precisa la carencia de técnica. Toda inteligencia viva es tachada de masonería, difamada y olvidada.

Pocos años más tarde volvemos a encontrar al morocho del examen de anatomía en el servicio de patología de nuestro patriarca Mandinabeitia. Es su discípulo predilecto y marca un tren de fondo que acrecienta los opimos frutos de aquella escuela. Es preciso substituir a los figurones pseudocientíficos, a los académicos palacios, a los fósiles de la nefasta influencia letamendiana. Hay que asomarse al mundo, a Francia, a Alemania, pues aunque existe una gran desorientación en la medicina, se traslucen muchas hipótesis de trabajo y muchas posibilidades de interpretación. Pero aún miran las clases elevadas con malos ojos las tentativas de penetrar en el «tabú» del enigma de la vida. Diez años ha que Cajal describió la unidad nerviosa y, solamente al revocar la sensación que este suceso ha producido en el mundo, nos empezamos a enterar de que Cajal ha «debido de hacer algo». El país sigue aletargado después de Rocray todas son desastres y es preciso diagnosticar la causa para poner el tratamiento. España no tiene pulso, dice Silvela. España vuelve de su letargo de tres siglos, dice el estonio Keyserling, gran amigo de nuestro hombre. La medicina ha dado un gran avance en la lucha contra las epidemias. Nuestro héroe, joven profesor de patología médica del Hospital General, se hace cargo del pabellón de infecciosos, denuncia el urgente problema de nuestras epidemias, y una de sus ideas, el Hospital de infecciosos que Madrid necesita, es hoy una realidad dirigida por uno de sus mejores discípulos. «Descubre las Hurdas y presenta el grave problema del bocio endémico de nuestras montañas. En el mundo científico alborea una colosal interrogante: la cuestión de las secreciones internas. El joven maestro se adelanta a su estudio, y el resultado será la creación de un trascendente cuerpo de doctrina, cimentado sobre sus geniales observaciones. Nuestro hombre, a los treinta años, ha alcanzado un puesto de primera fila en la medicina mundial, en el que seguirá acumulando méritos, ya sin cesar. Pero todo esto es un solo aspecto. Es la categoría del superhombre en su oficio. En nuestro siglo, la disciplina médica lo abarca todo. Todas las demás ciencias están a su servicio y esto eleva a sus servidores prominentes a la máxima categoría intelectual. Todos los problemas sociales, simples escolios de la biología, adquieren una diafanidad inesperada. Todo se ve más claro y más humanizado al través del prisma biológico. Y el papel de sus sacerdotes se extiende a todos los órdenes de la salud pública y de la higiene moral. Marañoñ tiene el gallardo gesto de afrontar en un ambiente lleno de pre-

juicios seculares el problema sexual en todos sus aspectos, el de la familia, el de las edades, el de la educación, el social. El hombre superior, para trascender a tiempo, debe divulgar, hacer asequibles sin desvirtuar los fundamentos de su influencia. Y nadie ha influido sobre su pueblo en una forma tan eficaz ni más certera. Mimado por la fortuna, halagado por las clases aristocráticas, educado según los principios más tradicionales, se ha hecho, sin proponérselo, el más prestigioso paladín de los principios democráticos. Marañoñ ha alcanzado el mayor grado de éxito conocido en un pueblo individualista y poco propicio a las consagraciones duraderas, y ha sabido hacerse perdonar el triunfo. Marañoñ ha emulado a toda la juventud española a seguirle alegremente a lo largo de los ásperos caminos de la ciencia. Ha creado una verdadera aristocracia de la inteligencia. Ha ennoblecido con su sobriedad los afanes y las ambiciones juveniles. Ha hecho una juventud rebelde a todas las rémoras tradicionales. Ha interesado en los problemas patrios a todos los no profesionales de la política. Ha aplicado el sentido clínico al estudio minucioso del organismo nacional. Nadie como él conoce España. Y ha visto que España aún tiene pulso. Y luego de explorar sus funciones reguladoras, sus «secreciones internas», ha sabido sacrificar su posición y su fortuna, lanzándose a la calle con los remedios heroicos hasta que ha visto latir con violencia los resortes vitales del país. Hasta que ha visto convertirse a la obscura y perseguida minoría secular de allá cuando las Comunidades de Castilla, en una espléndida y arrolladora mayoría. Es tan intensa la obra social de Marañoñ, que sin haber dejado un solo día de atender a los enfermos que de toda España vienen a él, se le ha ofrecido varias veces ser ministro y todos creen, muy equivocadamente, que él presidiría la república española... Pero a los hombres de la talla de Marañoñ, no se les puede describir en la trayectoria del éxito ni el secreto de su trascendencia, pues ello equivaldría a poseer un poco la clave mágica del triunfo. A los grandes conductores de pueblos se les puede definir la obra, y esto por exclusión, como el rastro de los meteoros, y, afortunadamente en una sola frase, con la gran elocuencia que tienen, en sí, las grandes obras. Marañoñ ha descubierto a España, y la ha entregado, viva y palpante al concierto de la civilización mundial.

(Continuación de la página 16)

EL BOLSO ROBADO

bía nada sobre el mostrador; ni sobre la silla.

—¿No lo habrás olvidado en la Mesa de baracá... o en el toilet?

No sé... ¡Oh, Jesús! ¡Qué desgracia! ¡Seguramente me lo habrán robado!

—¡Bah! por mil francos que había en él... porque tú me has dicho. No es verdad que apenas te quedaban tres billetes.

—¡Hem! ¡Hem! sí tres billetes. A pesar de todo, tres billetes son tres billetes.

—Eres fuerte en matemáticas, Lucette.

—¡Oh! ¡Y te parece bien burlarte! ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

—Escucha. Voy a hacer insertar en el diario de la ciudad un aviso que diga así: «Buena recompensa a quien devuelva a la señorita L. en el Royal, un saquito de mano bordado con perlas rojas y negras, conteniendo tres mil francos».

Dos días después, M. Cailleman, distinguía a un vagabundo que se calentaba al sol en una calle solitaria. Lo llamó y le deslizó en los oídos esta proposición:

—Di, amigo... ¿Quieres ganar veinte francos en cinco minutos?

—¡Ah, señor!, sería el sueño de mi vida.

—Entonces, escúchame. ¿Ves este pequeño paquete? Bien; contiene un saquito de mano perdido por una dama que habita en el Royal. Debes ir al hotel y preguntar por la señorita Lucette Montaine. Le dirás que has encontrado este saquito junto a una de las paredes del casino, y que, habiendo leído el anuncio del diario, has ido a restituírselo... he aquí veinticinco francos. Y en marcha, mi amigo.

Gracias, mi príncipe. ¡Ah!, si se encontraron todos los días filántropos como usted.

Y alegremente, el vagabundo tomó la dirección del palacio seguido a distancia por M. Cailleman.

El banquero se detuvo en el «Hall» a conversar con un amigo, y subió al segundo piso. El eco de una violenta discusión llegó a sus oídos. El mozo, el «maitre d'hotel», la mucama, estaban reunidos frente a la pieza de Lucette, cuya voz aguda resonaba en el pasillo.

—¡Sí... Si...! ¡Mozo! ¡Telefonead a la gendarmería. Este mendigo que pretende restituirme lo que es mío, me ha robado, en realidad, 40.000 francos.

—Pero, señora; ¡pero señora! ¡balbuceaba el vagabundo, aturdido...

—¡Cállese, ladrón! ¡Me trae tres mil en mi saquito! Y yo le probaré con el testimonio del «croupier» de la mesa seis, que me entregó cuatro fajos de diez billetes cada uno. Sí, al mismo tiempo que me decía: «no ha perdido sus tres cuartos de hora». ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Vigilad al bandido mientras voy al teléfono.

Pero M. Cailleman había entrado ya. Detuvo socarronamente, a la maniquí desesperada.

—¿Qué es lo que acabo de oír, Lucette? ¿Cuarenta y tres mil francos en ese saquito?

Entonces... ¿Entonces me habías mentido?

La crisis de llanto fué violenta. El vagabundo despedido discretamente por M. Cailleman con un billete de 50 francos se fué, libre de todo temor. Los sirvientes tornaron a sus tareas, deshaciéndose en conjeturas. En cuanto a Lucette, sollozaba, respirando sales.

—Totó... Perdóname... Yo... yo no mentiré más... ¡Pero este canalla me ha robado lindamente y bien, mis cuarenta billetes!

Te equivocas, bestezuela... ahí tienes tu dinero, fui yo quien maquinó esto para darte una pequeña lección.

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

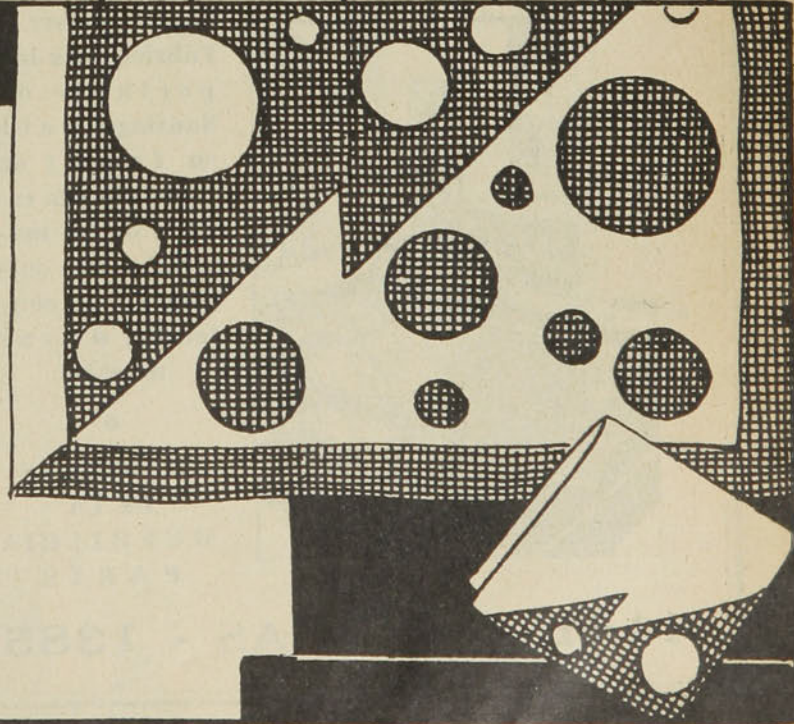
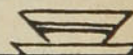
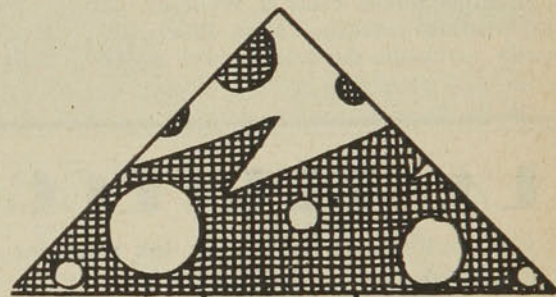
CONTRASTES

Los lunares y las pastillas que están de mucha boga en las telas, se instalan ahora en los decorados modernos. Visillos, cortinas, cojines, pantallas, manteles y servilletas, haciendo juego, tapices, van decorados con pastillas incrustadas o aplicadas de tamaños y colores variados. El conjunto así obtenido, es de un efecto nuevo y encantador. Las oposiciones hechas con cuidado, producen un efecto original y atrayente.

Un portier de tela, está hecho con bandas transversales unidas en dos tonos diferentes, claro y obscuro, la banda clara incrustada de pastillas oscuras y a la inversa.

Dos cojines, el uno rectangular y el otro redondo, van compuestos según este mismo principio, en dos tonos diferentes de color, con aplicaciones opuestas.

Con los mantelitos de tela partidos en dos tonos en diagonal, se obtendrán efectos muy felices en blanco y rosa, rosa y azul, oro y azul, etc. La pantalla de pergamino se compondrá también de colores diferentes.



J. Gaez

(Continuación de la pág 10)

SALON DE ARTISTAS FRANCESES

cuadro de D. Sené H. C., cuyo título figura en el catálogo (pág. 45). “Indiennes et Lamas Cuzco (Perou)”. A este cuadro se le ha otorgado el premio correspondiente a la mejor pintura sobre Marruecos.

Finalmente, y con gran satisfacción nuestra descubrimos el hermoso retrato de Laurens. Es una maravillosa armonía en blanco. Este sí que es un verdadero artista; simplifica al máximo y no como los otros que nos resultan mediocres, ya que, antes de suprimir un detalle tienen ánimo para inventar todavía otros dos. Es para mí este cuadro; junto con los de sus dos discípulos, que han obtenido igualmente medalla de oro, lo mejor del Salón.

Allí no hay nada rebuscado, ni nada desatendido. El artista que ha pintado aquello sabe dibujar, pintar y componer, sin empeño de sorprendernos con milagros de dibujo, de colorido, ni de composición; como la misa de Rochegrosse. Ante su obra se olvida uno de que está mirado un cuadro, es la vida misma. Artistas tan notables y que dejan discípulos tan aprovechados, son los que nos hacen falta en Chile.

Todavía debemos citar a Webster, por su espléndido retrato, “Miss Eleen H.”, delicada armonía en gris y azul pastel.

Tiene medalla de oro.

Las esculturas aparecen en estado de pobreza tan lamentable como la pintura. Recordaré, sin embargo, la bella estatua de Sarrabezolles que ya había visto en el Luxembourg, “Ame de France” y el grupo de Tegner, “Heracles et L’Hydre”, esta última de gran efecto decorativo y que no carece de monumentalidad.

Es aquí, donde encontramos pruebas más numerosas y no menos elocuentes de estos extravíos en materia de arte, tanto entre los que la explotan como entre los que la fomentan y lo pagan.

Las exposiciones se hacen aquí en París a gusto de los artistas y el que no esté de acuerdo más vale se quede en su casa.

Es bien visible en esta inmensa Exposición que de cada 100 pintores, 99 hace lo que ha visto hacer y sin personalidad, ya que ésta no puede adquirirse, pues se nace con ella; el que la tiene no la pierde con el estudio y en cambio el que el que no la tiene, no podrá adquirirla con la ignorancia. Se tiene o no se tiene, por lo tanto es inútil fingirla, y si se tiene, buena o mala, ella saldrá sin que se la empuje.

Toda comparación en materia de arte resulta siempre odiosa y sin embargo, no podemos juzgar nada sino comparando, ya que al pensar estamos obligados a señalar semejanzas y diferencias.

La inmensa mayoría en este Salón como en todos los anteriores no ha hecho más que salir de una rutina para caer

en otra, llámese a ésta modernismo o ultramodernismo.

Para mí el que no quiera, o no sepa admirar lo bueno y reprobar lo malo; a pesar de todas las alabanzas pagadas en la prensa, y sin pasiones de ninguna especie, puede estar cierto de errar en todos sus juicios.

Alguien ha dicho “si a grandes extravíos se expone el que se orienta sin guía, no lo está menos el que se somete a la exclusiva autoridad de los fanáticos o adoradores de la rutina”.

Esta breve descripción, que casi corresponde a una visita dada a grandes saltos y como si dijésemos con las botas de las siete leguas, me ha permitido cumplir en parte, mi compromiso, enviando a Ud. si no un detalle de todo el Salón, al menos la impresión general que de él ha quedado entre los entendidos de París.

GUSTAVO CASALI

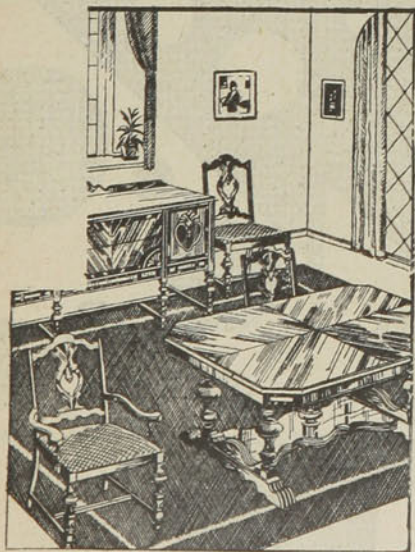
**PARA BUENAS
IMPRESIONES
UNIVERSO**
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

LA PERFECCION

y la belleza de líneas en los muebles es el sello del buen gusto y la elegancia.

Cuando usted necesite instalar una casa o renovar algunas de sus habitaciones, tenga presente que la

Mueblería París

además de ser la **Fábrica más importante de Santiago, debe su fama y su prestigio a la calidad de los materiales que emplea en la confección de sus muebles.**

**ALMACENES
DE LA
MUEBLERIA
PARIS**

1141 - DELICIAS - 1385

(Continuación de la página 24)

UNA CARTA DE MI AMIGA AMELIA

mo el anterior plato, no tiene nada de económico, pues por pocos que seáis, necesitarás una docena de huevos y un kilogramo de azúcar; del llamado *glas* que supongo tendrás siempre en casa.

Lo primero es que hagas un exquisito almíbar; por ejemplo, con tres cuartos de kgrms. de azúcar y medio litro de agua. Cuando haya hervido un poco, después de espumarlo, lo cueles, poniéndolo a enfriar, pero cuando pase un cuarto de hora, *te arrepientes* y lo vuelves a poner a la lumbre, para que cociendo, se ponga más espeso.

En lo que ahora hay que hacer, tiene que ayudarte alguien; verás: en un cacito, pon la yema de un huevo; sumerge aquél en el almíbar y que cueza así, como cinco minutos, al cabo de los cuales, cerciorada de que la yema se endureció, la echas en el almíbar para que cueza en él directamente otros cinco o seis minutos.

Mientras tú haces lo dicho, la persona que te ayude, habrá ido batiendo las claras de una en una, con azúcar y luego de tostarlas en el horno, te las habrá puesto en una fuente dándoles forma de merengue, con un hueco en el centro.

En cada uno de ellos, vas poniendo una yema, luego de cocerla según te lo dije, las espolvoreas con azúcar *glas* y cuando estén todas y se hayan enfriado naturalmente, podrás hacer que las sirvan, debiendo advertirte, que por premuras de tiempo, comimos este postre caliente, mejor dicho tibio, una noche y también estaba exquisito.

No me preguntes nada más, porque se me cae la mano de tanto escribir. ¡Ah! se me olvidaba que, mientras se asaban los pollos cambié de modo de pensar y he resuelto enfadar me por haber dado lugar a que un pajarito sea el primero en contarme lo que debí saber por ti.

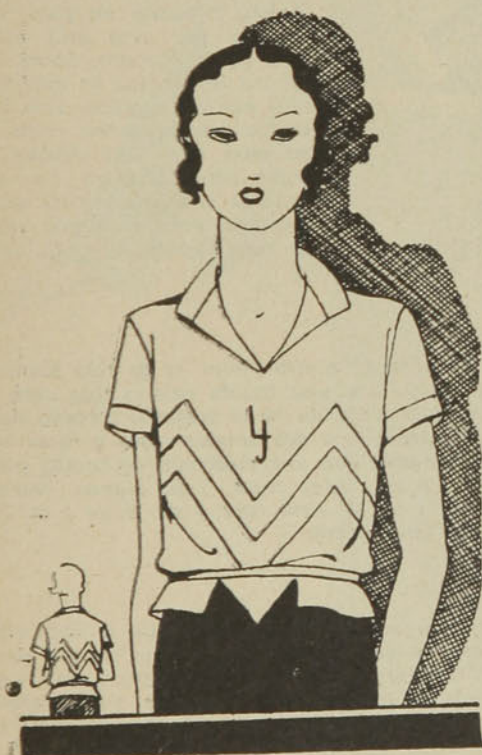
¿Querrás en tu próxima, si no resuelves enfadarte también, decirme algo sobre salsas? No sé una palabra y tanto asado y tanto frío, me va cansando, siendo lo peor del caso que me parece que a mi marido le pasa lo mismo ¡mira que si se fuera a comer a otra parte! ¡no por Dios! no pongas en tan duro trance a tu amiga entrañable.

BLUSAS CLARAS



En crepe de China rosa, esta blusa guarnecida de alforzas simulando recortes. Una pata abotonada de cristal retiene la corbata fruncida. 1 m. 50 en 1 m.

Blusa camisero en crepe de China rosa, cuya delantera está trabajada por pequeñas alforzas de lencería. Cuello vuelto. 2 m. 50 en 1 m.



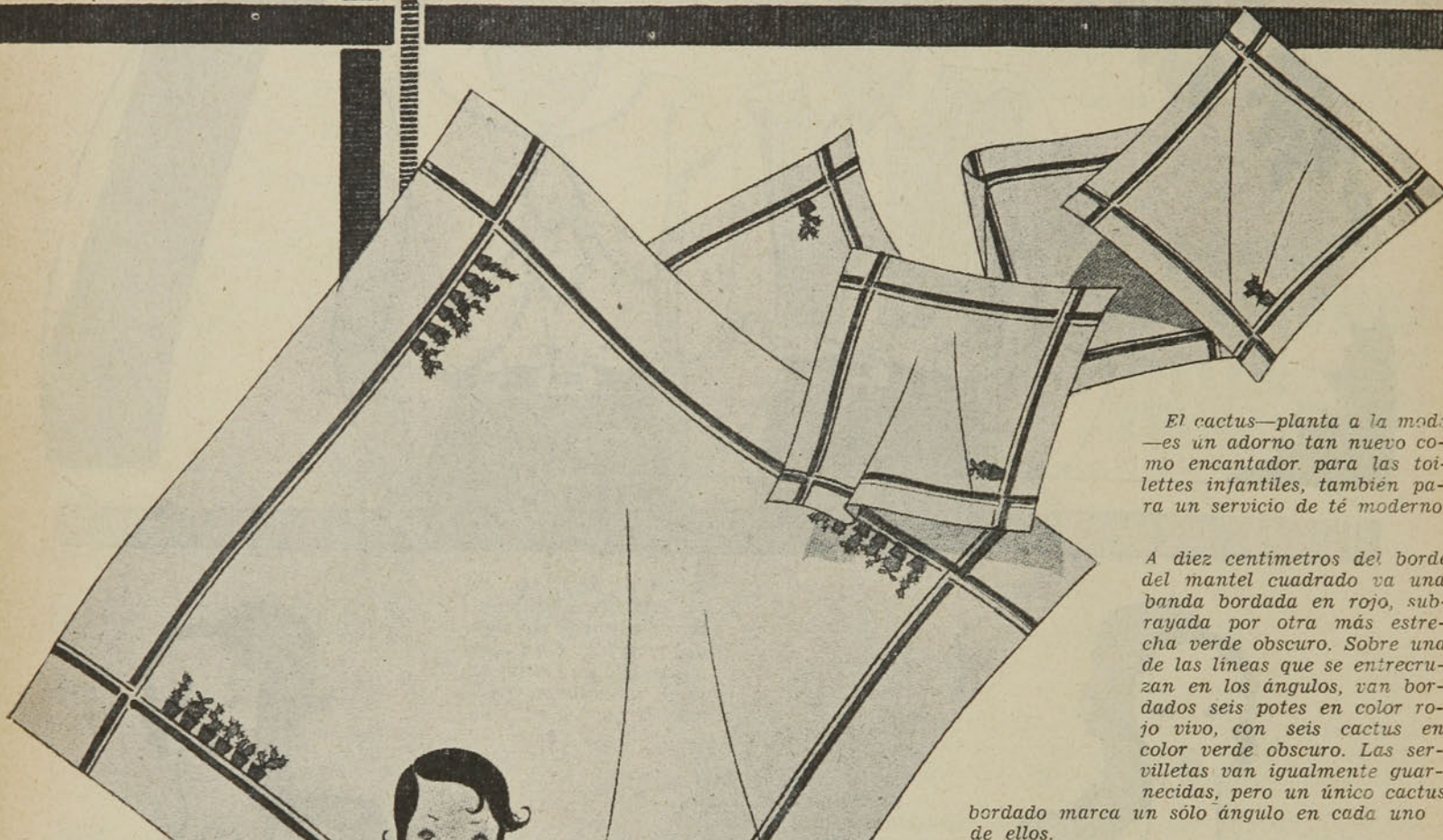
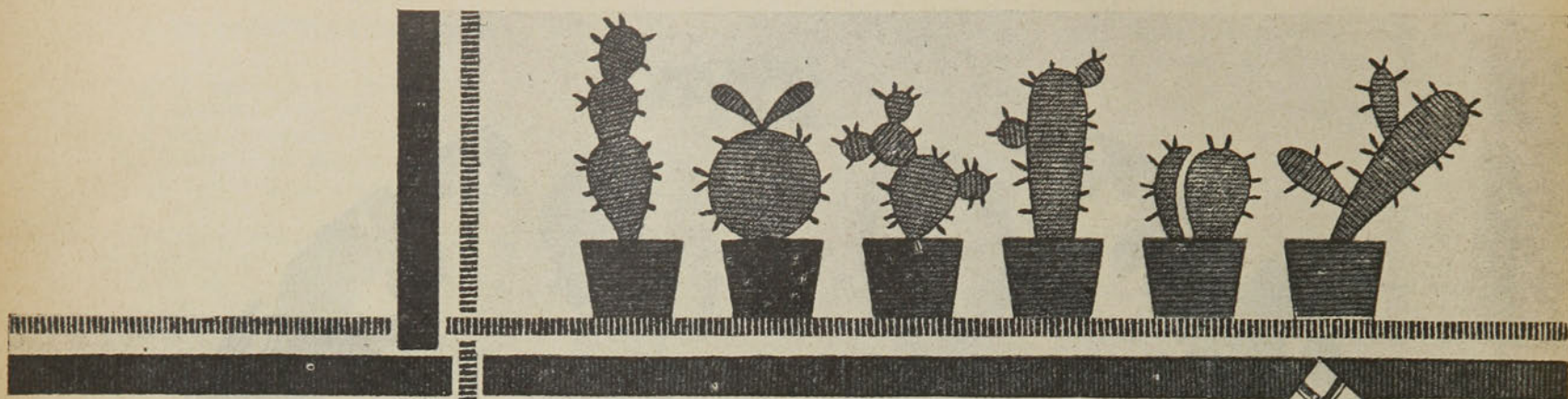
Blusa en georgette blanco. El cuello y su doble corbata y las mangas cortas llevan un bordecito que dibuja un doble bolero. 1 50 en 1 m.



En crepe georgette marfil, esta blusa va guarnecida de incrustaciones, que dibujan un canesú en punta, con iniciales enlazadas bordadas. Un vivo bordea el cuello y las mangas cortas. 1 m. 50 en 1 m.

De fino linón blanco es esta blusa adornada con pequeños volantes que bordean el cuello vuelto anudado con una cinta. 1 m. 75 en 0 m. 80.

LA COLECCION DE CACTUS



El cactus—planta a la moda—es un adorno tan nuevo como encantador para las toillettes infantiles, también para un servicio de té moderno.

A diez centímetros del borde del mantel cuadrado va una banda bordada en rojo, subrayada por otra más estrecha verde oscuro. Sobre una de las líneas que se entrecruzan en los ángulos, van bordados seis pots en color rojo vivo, con seis cactus en color verde oscuro. Las servilletas van igualmente guardadas, pero un único cactus

bordado marca un sólo ángulo en cada uno de ellos.

El traje de niña abajo, es de tela blanca, bordeado con una banda roja o rosa vivo y montada fruncida en el pequeño corpiño liso, encuadrado con dos bandas rojas o rosas vivo, bordado con una colección de cactus verdes en sus pots rojos. Tela blanca, sesenta en 1 m. 20. Tela roja, 0 m. 25 en 1 m. 20. Para cinco años.

El mameluco, es de tela roja o rosa vivo para el pantalón bombacho, y blanco para el corpiño, bordado en la cintura con una serie de cactus rojos y verdes. Tela blanca, 0 m. 30 en 1 m. 20. Tela roja, 0 m. 25 en 1 m. 20. Para tres años.



ENSEMBLES DE TELA PARA EL VERANO

La tela es un tejido deliciosamente agradable de llevar en el verano en el campo y aún en la ciudad, durante los grandes calores. Se corta con sencillez, porque requiere lavados continuos, único inconveniente de esta tela tan fresca y simpática. Los pliegues que se hagan en ella, no deben ser demasiado finos, porque es necesario no olvidar que es preciso aplancharlos continuamente. Los adornos deben ser de algodón blanco o de color, o bien, de deshilados. Con estos últimos, se realizan disposiciones encantadoras.

Pequeño ensemble en tela blanca o azul, guarnecido con finas trenzas blancas aplicadas y botones de nácar. Falda con pliegues. Tela azul, 2 m. 10 en 1 m. 20.

Traje de tela blanca, con recortes redondos. Falda con pannezux sueltos abajo, mangas cortas. Hebilla de nácar en la cintura. Tela blanca, 2 m. 50 en 1 m. 20.

Ensemble de tela verde. Paletot tres cuartos con mangas cortas, guarnecido de bandas verticales aplicadas y terminadas en lo bajo en Capucin. El mismo efecto en la falda. Botones de nácar. 3 m. 60 en 1 m. 20.

Traje de tela amarilla. Recortes en forma de V. Grupo de pliegues cuádruples adelante y atrás. Escote cuadrado. Nada de mangas. 2 m. 40 en 1 m. 20.

Traje de tela rosa, guarnecido de recortes horizontales. Grupo de pliegues lisos hacia el medio de la delantera de la falda. Cinturón y bolero de tela roja con mangas tres cuartos. Tela rosa, 2 m. 90 en 1 m. 20. Tela roja, 1 m. 20 en 1 m. 20.



VACACIONES



Excursión.— Traje en lanilla diagonal mezclada con verde. Dos pliegues anchos ensanchan la falda de cada lado de la delantera. Paletocito clásico abotonado, con cinturón de gamuza beige. 3 m. 25 en 1 40.

Ensemble de sport. El abrigo y la falda son de tweed beige y café. La falda con cinturón picado va ensanchada con pliegues delante y provista de bolsillos abotonados. La camisa es de tela de seda beige con una corbata de cinta escocesa y abotonada a todo lo largo. El abrigo, forrado en tela de seda, va bordeado por medio de un ancho grupo de pes-

puntos. Tweed, 4 m. 25 en 1 m. 40. Tela de seda, 2 m. en, 0 m. 80.

Campo.— Sobre una falda en kashá natural con anchos pliegues lisos, una blusa de crepe de China beige impreso rojo, bordeada por medio de un vivo liso, con mangas cortas raglán en forma, y cinturón de gamuza con hebilla roja. Kashá, 1 m. 75 en 1 m. 40. Crepe impreso, 1 m. 75 en 1 m.

Muy gracioso este traje en piqué rosa, con pannezux bajo el canesú en punta y algo ablusado por medio de una cintura anudada por delante. El ancho vivo que subraya el es-



cote en punta, va bordeado con un adornito del tono, que guarnece igualmente el volante que forma las cortas mangas. 4 m. 25 en 0 m. 80.

Montaña.— Traje en diagonal beige. Chaqueta abotonada con cintura de tela y hebilla de metal. Bolsillos cerrados por medio de un botón. Falda en forma abotonada al costado sobre el pequeño pantalón de sport de la misma tela. 4 m. en 1 m. 40.

Traje en jersey tweed verde mesclado. La falda se ensancha adelante por medio de dos pliegues cruzados. Paletocito sin cuello y echarpe, haciendo juego. Corpiño tejido en lana verde billar. Metrage, 3 m. 25 en 1 m. 40

Mar.— Con una falda de sarga marina ensanchada por delante por medio de un grupo de pliegues, una chaquetita de otomán de seda blanca, abotonada, bordada y acinturada con tono azul marino. Echarpe haciendo juego. Sarga marina, 1 m. 75 en 0 m. 80. Otomán blanco, 1 m. 50 en 1 m. Traje de muselina de lana blanca. Falda con pliegues redondos respunteados de rojo hasta la altura del canesú. Blusa ablusada con rojo en las bocamangas. Escote drapeado con nudo a rayas, en diagonal. 4 m. 50 en 0 m. 80.

BORDADO INGLÉS

En crepe georgette marfil, este traje muy en forma bajo el canesú que cierra las caderas, bordeado por tres corridas de muselina bordadas con pastillas rojas. Un recorte dibuja un bolero. El plastrón con pastillas rojas, va bordeado con una blondita que hace juego con el adorno de las cortas mangas. 5,50 en 1 m.

Traje de muselina blanca con pastillas azules. La basta y la falda en forma van recortadas en anchos dientes redondos. Un doble fichú de muselina blanca festoneado de azul, adorna la blusa sin mangas. 5 m. en 1 m.



Traje en crepe georgette rosa bordado inglés, cuya falda y mangas van en forma. Tres vivos de georgette liso, montados por un deshulado al cordoncillo, dibujan una pieza y montan sobre el costado hasta el hombro derecho. 5,50 en 1 m.

En crepe de China roja, es este traje cuyo escote y cortas mangas van bordadas de pastillas marfil. Recortes pespunteados dibujan una pieza y se incrustan en triángulos que dan amplitud a la falda. 3 m. 75 en 1 m.



BOLEROS Y CHALECOS

El chaleco que se lleva bajo el traje sastre, no es lo mismo que el que se lleva sobre el traje de verano. Es el corte menos "camisero" y sigue el estilo del traje. En muchos casos se parece a una chaqueta, donde se hubieran suprimido, por economía, las mangas. Es el caso del chaleco de lana roja vivo que completa este lindo traje de sinelic blanco, adornado de alforzas en diagonal. Cruzado en zig-zag, por tres botones blancos, y afirmado en la cintura por un cinturón de gamuza blanco, ¿qué le falta para ser un paletocio? Simplemente un metro cincuenta de tela.

Lo mismo ocurre con el chaleco de lana café, que modera el esplendor del traje siguiente, el cual no es nada menos que en crepe de China amarillo canario, con adornos en pequeños pliegues, dispuestos de modo, como que se vuelva loca furiosa cualquiera costurera. Quizás si hago mal, al hablar de pequeños pliegues, porque me acuerdo, con el corazón oprimido, de mis comienzos en la costura. ¿Pero que es una experiencia personal junto a una moda generalizada? ¿Y quién no pagaría voluntariamente con su razón el placer de ir vestida al gusto del día?

¡Y ahora, a los boleros! He aquí cuatro, un poco mosqueteros. Los mosqueteros, parece que también llevaban boleros, por con-



Se puede decir que la boga del bolero ha vuelto. Ha llegado a tal punto su boga, que espero ver llegar el día en que hasta las camisas de noche, tengan bolero; los pijamas los tienen ya. Esperando insinuarse entre las turbadoras intimidades de la ropa interior, los boleros se entrometen en todos los dominios de la vida cotidiana, ciudadana o campesina. Dejemos de lado los casos trágicos: el de la dama de proporciones que sobrepasan la mediana, es una manera delicada de expresar lo peor y que trajeada con un bolero, parece un torero que se hubiese tragado a su toro. Dejemos también el caso de la mujer plana que, con el bolero flotando sobre su pecho descarnado se asemeja a la víbora de capuchón. Si también, estos casos tan altamente dramáticos deben presentarse en el campo, al menos aquí serán atenuados por el hecho muy importante que, los boleros de verano, ejecutados en telas de fantasía, cuestan menos caro que los boleros de la ciudad. Por otra parte, quizás lleguen a encantar a los faunos que no son tan advertidos en materia de elegancias. Para consolar un poco a las mujeres que se niegan a colocar en sus trajes el terrible bolero, la moda ha inventado los chalecos.

El chaleco es una prenda de origen masculino, pero que sólo alcanzó todo su valor, cuando tocó por vez primera un cuerpo femenino. Desde hace largo tiempo, es preciso reconocerlo, el chaleco masculino ha perdido esta variedad en el detalle, que, en los últimos siglos, le ha valido muchas veces una colocación distinguida en el museo de los trajes.

Ya no sé vé a las buenas esposas fatigarse los ojos, bordando flores incrustadas en el surah de la pechera, para que sus esposos puedan pavonearse en el Consejo de Administración. No se vé tampoco a las muchachas de la clase de Ifigenia, bordar motivos en punto de cruz, destinados a adornar el estómago y los pectorales de sus Agamenores de padres.

secuecia, mi comparación no es tan tonta como puede parecer. El bolero de Athos es de gruesa cretona impresa y se coloca sobre lo alto en cretona lisa, de una falda impresa. No sé bajo qué benditos cielos hace bastante calor, para llevar dos días seguidos éstos lindos ensembles. Pero el hecho es éste: Se venden y se compran ensembles de cretona.

El bolero de Porthos, en más pequeño, es un bolero de foulard blanco con lunares azules, con un plisado blanco liso, alrededor. Los mismos plegados, para poner furiosas a las lavanderas, se encuentran en la falda y en la blusa cruzada. El bolero de Aramis, es un falso bolero. Por otra parte, Aramis no era más franco que él. Por atrás, se confunde con el traje—el bolero, por supuesto, y por delante se suelta en un movimiento recortado, que recuerda el movimiento de las caderas. El todo es en shantung na-

tural. En fin, el bolero de Artagnan es en sinelic rosa, con anchas vueltas en sinelic blanco, y como lo alto de la blusa es blanco y el bolero es corto, hace un efecto muy Luis XVII. Entre los cuatro mosqueteros y los dos chalecos, hay donde escoger. La sabiduría estaría en escogerlos todos. Porque, cuando se escoge una cosa, se da uno cuenta en seguida que es la otra cosa la que se deseaba. Entonces, se vuelve uno triste y entristece a los suyos. Por el contrario, cuando se ha cometido una extravagancia, trata uno de hacerla perdonar con toda clase de demostraciones de buen humor, que propagan hasta el infinito nuestra alegría. Todo se le perdona a la alegría y nada a la tristeza. Es bajo estos pensamientos dignos en absoluto de vuestra meditación, que se retira noblemente.

COLINA.

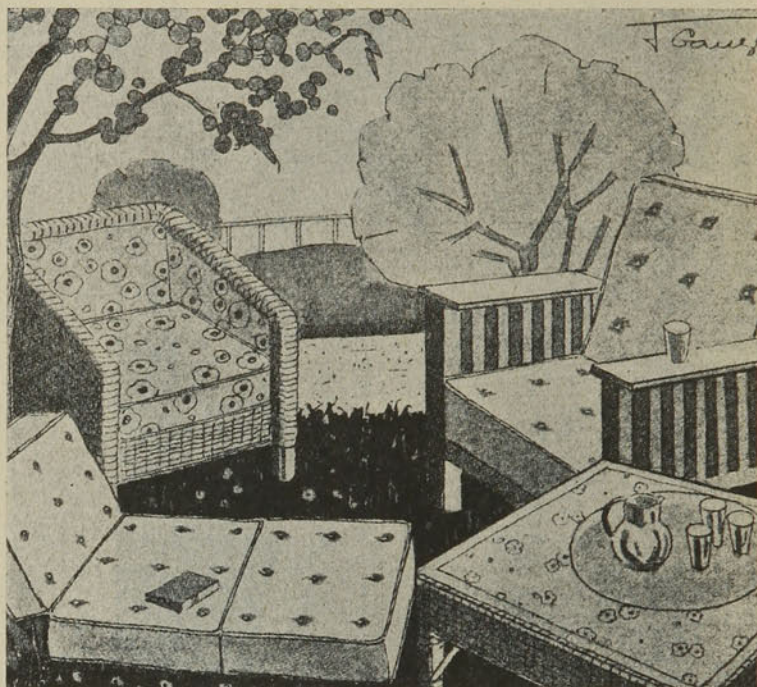
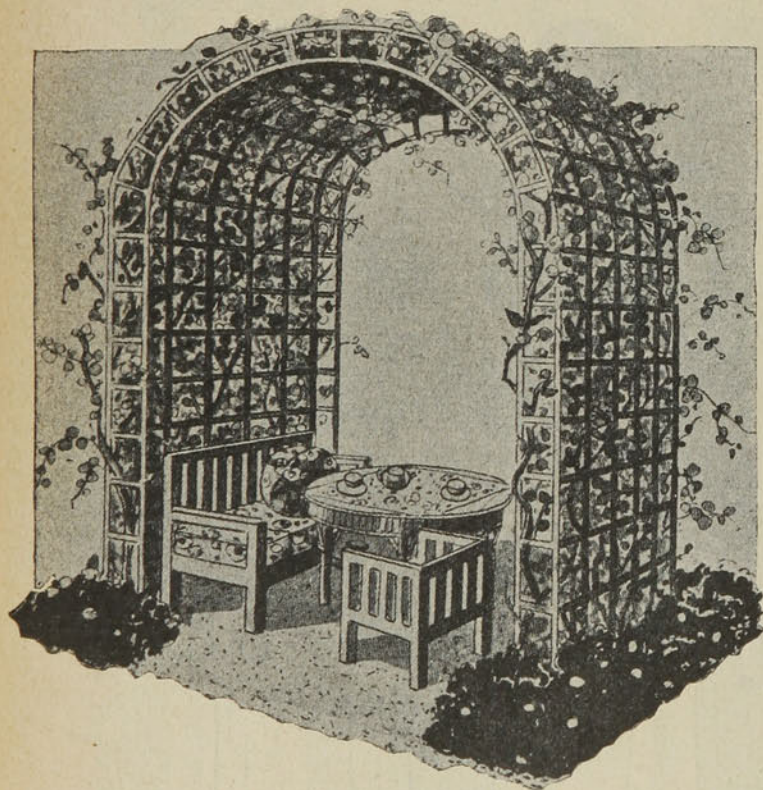
EL CONFORT EN EL JARDIN

En el jardín, durante los bellos días de verano, es agradable crear un rincón acogedor, donde se pueda gozar con confort, del reposo y de la calma ofrecidos por la naturaleza.

Este rincón se elegirá según las preferencias de cada uno, para que ofrezca a la mirada, la alegría de un sitio agradable, o para que la sombra de un gran árbol o una encantadora enredadera, expanda una frescura agradable en las horas cálidas de la jornada.

Los asientos del jardín serán, naturalmente, poco frágiles, de madera o de paja. No serán confortables, sino a condición de agregar cojines muelles, hechos de telas poco delicadas. Las telas de color y las cretonas, nos ofrecen adornos muy seductores y poco costosos.

Desde los primeros días de la instalación, procuremos



contruir para las sillas del jardín, cojines a su dimensión. Tengamos cuidado, a fin de poder manejarlos limpios, de usar para cada uno de ellos, fundas dobles. La primera, que ha de ser movable se cambiará a menudo. También podemos confeccionar para la siesta, una especie de colchón, formado por tres almohadones unidos entre sí, por una banda, y plegables. Unidos, los tres cojines, ofrecen todavía la ventaja de formar un grueso pouf. Este colchón, puede tanto extenderse en el pasto, al pie del grueso árbol como sobre el banco de madera colocado bajo la enredadera o en un rincón cualquiera del jardín, que así quedará transformado en confortable diván.

Agreguemos todavía, para el placer de los ojos, algunos manteles de cretonas floridas, que se extenderán sobre la mesa de madera o de fierro a la hora del té o de los refrescos. Estos serán sencillamente hechos de una tela con flores, bordeada de tela lisa, en armonía con el servicio de té que debe acompañarlos.

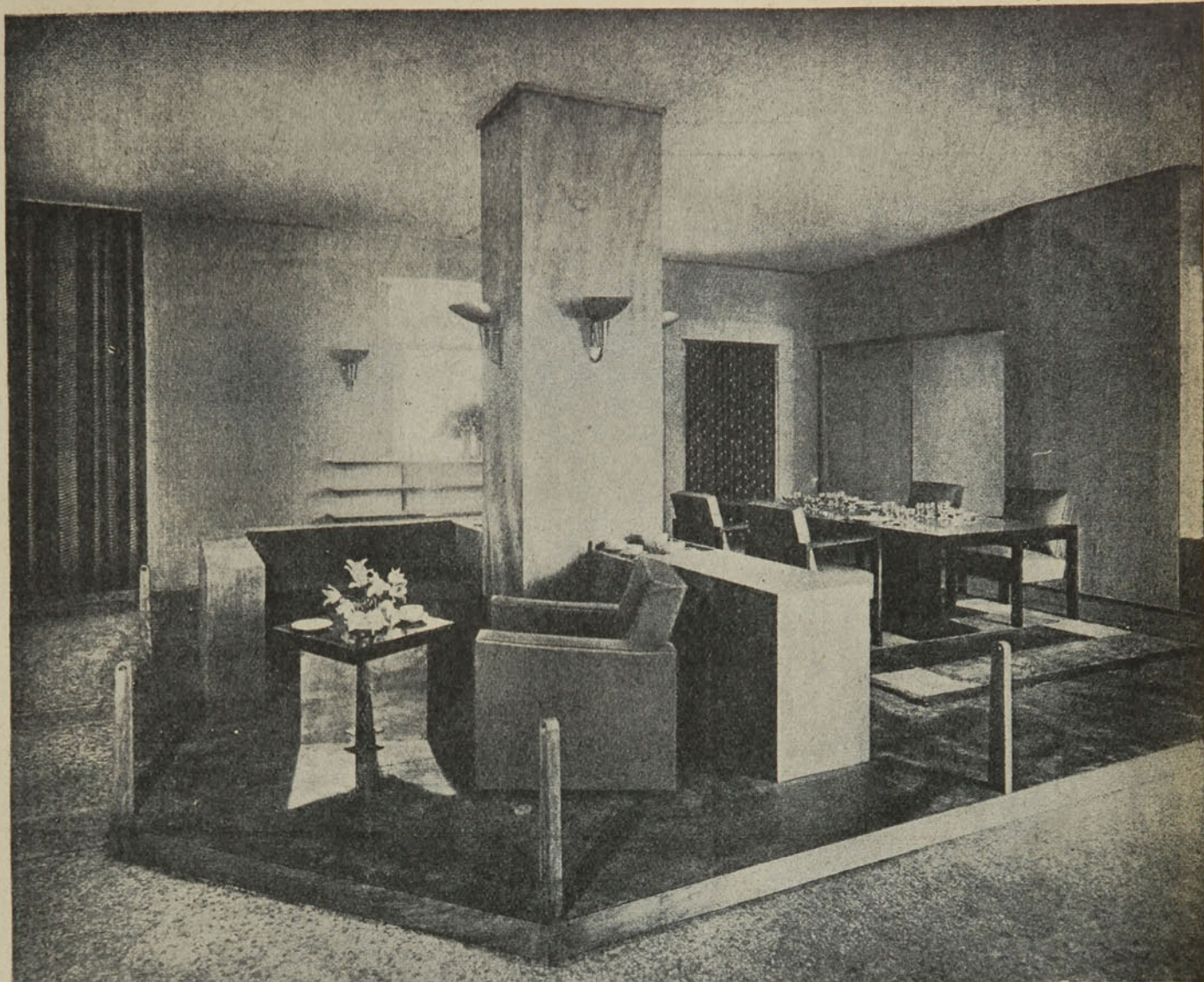
J. GAUCET



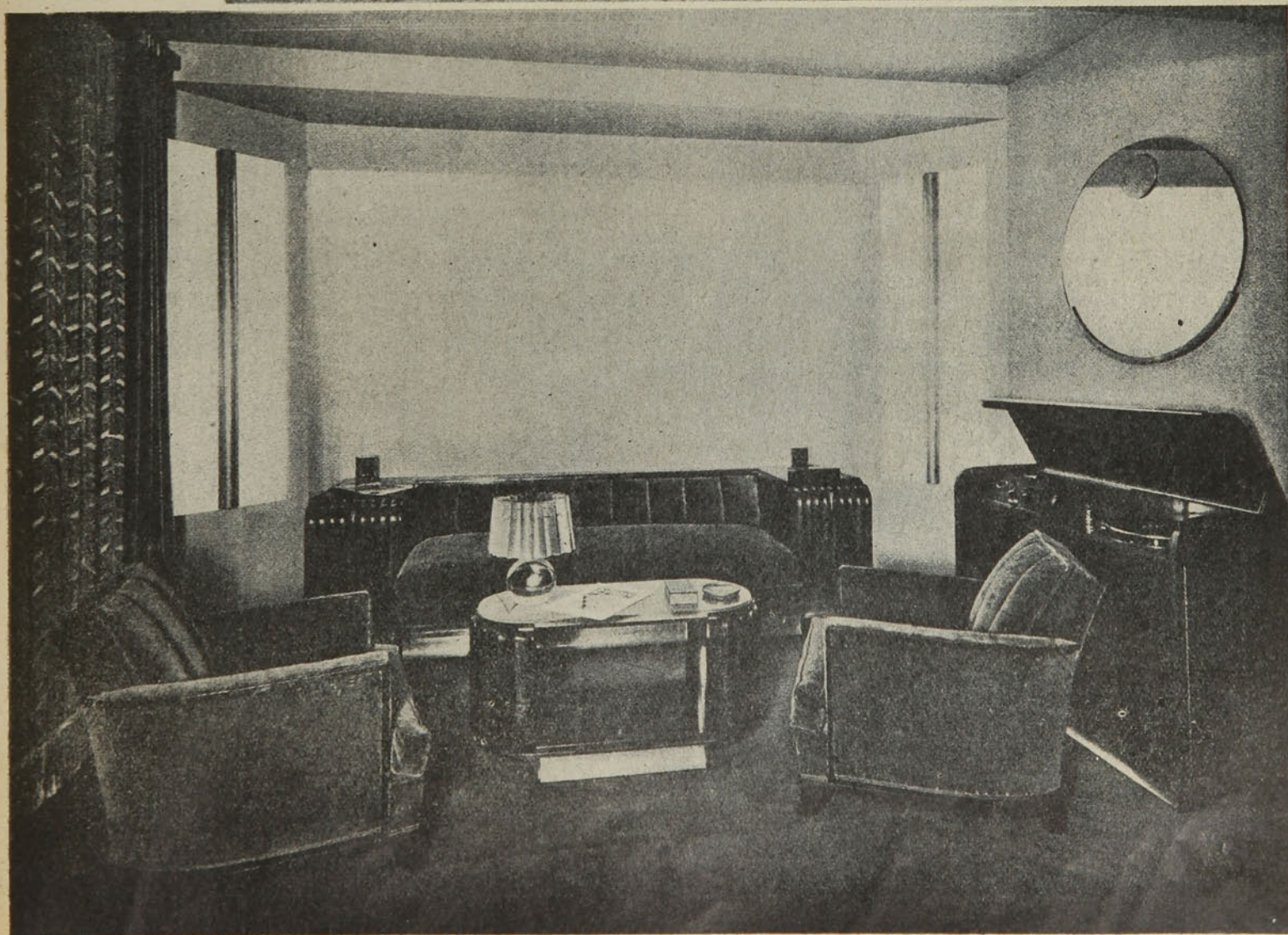
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

OBRAS
FOLLETOS HACEMOS
BIEN Y BARATO
SANTIAGO - VALPARAISO

Comedor. Con-
junto de Djo -
Bourgeois. Telas
impresas de Elisa
Djo - Bourgeois.



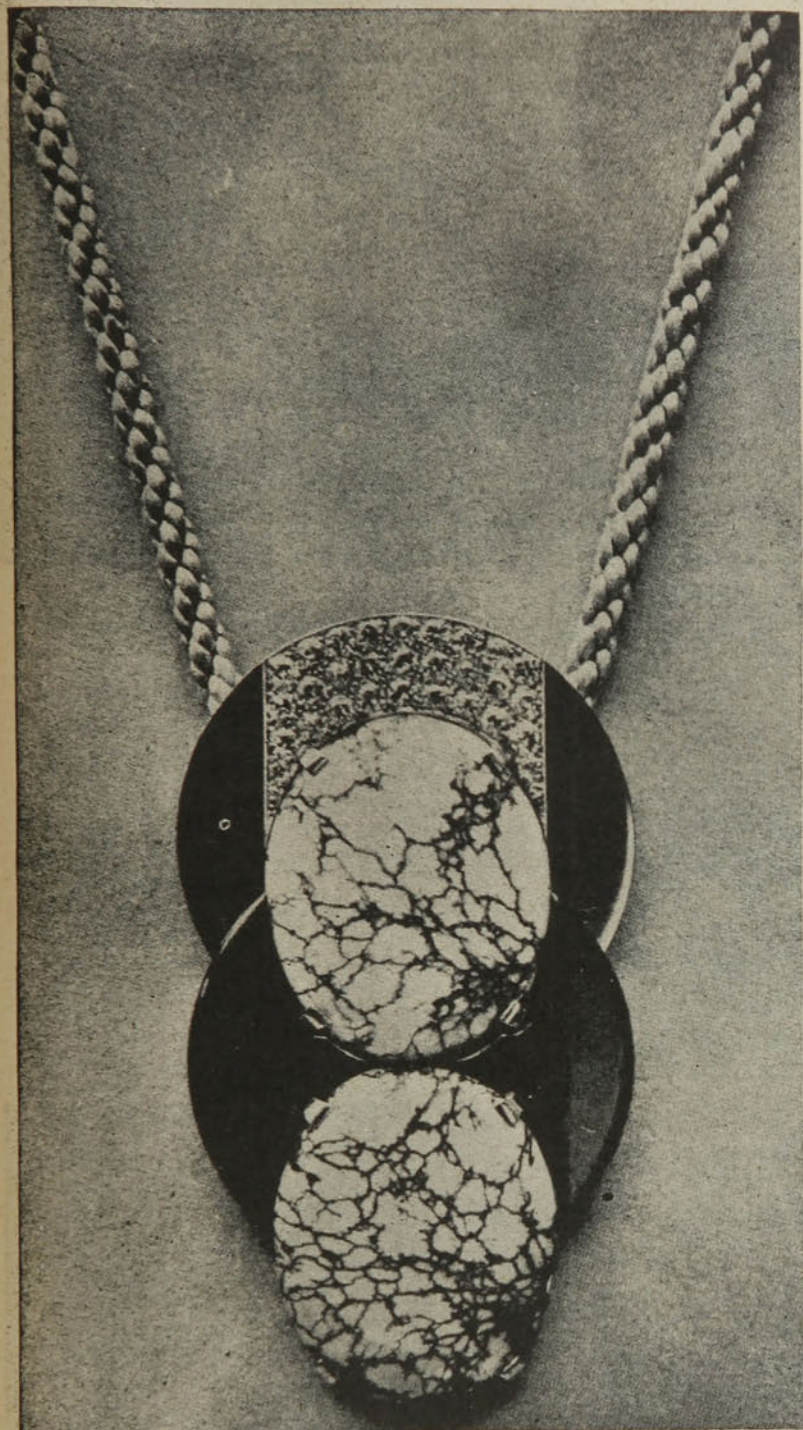
Simón Haentges.
Sala de fumar en
nogal barnizado y
metal.



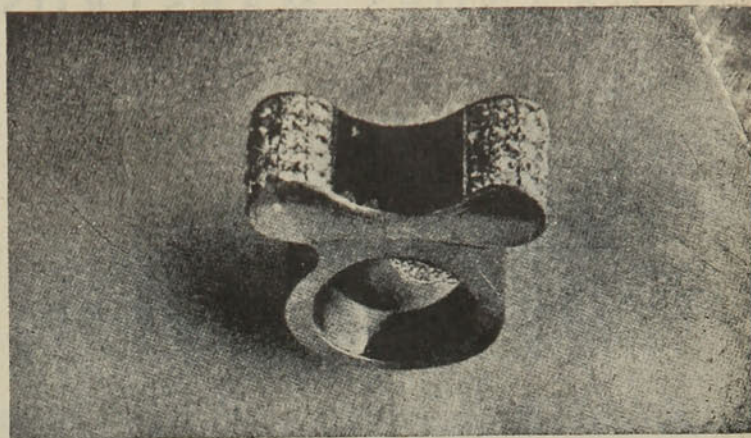


Gary Cooper, el lindo «boy» partenaire de la Dietrich en «Morocco».

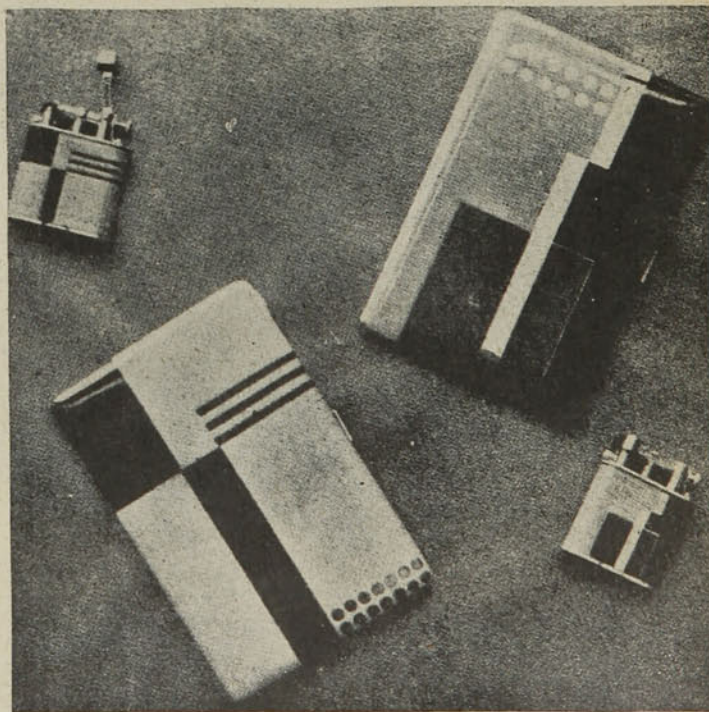
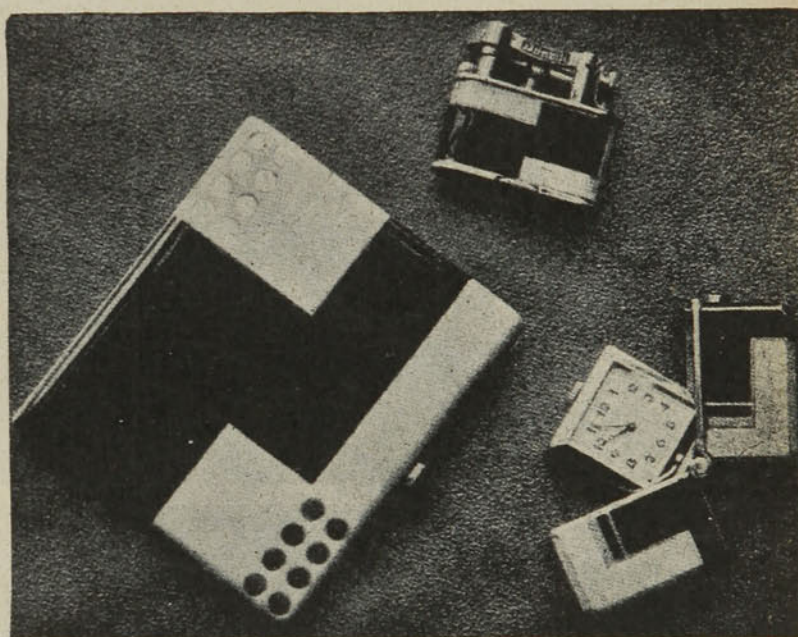
LA JOYERIA FRANCESA



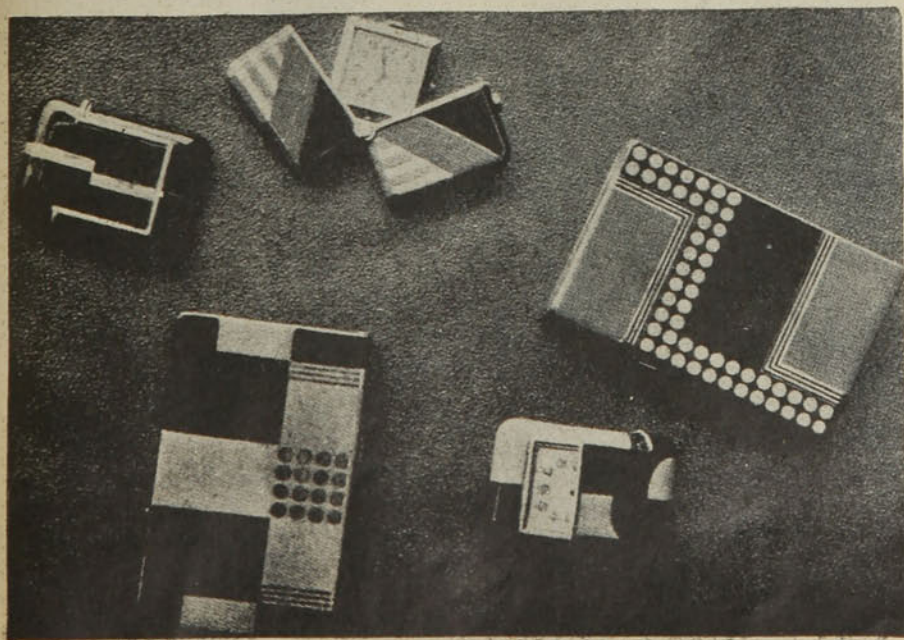
Jean Fouquet.— Pendantif turquesas, brillantes, esmalte negro y platino pulido.



Jean Fouquet.— Anillo platino, topacio y brillantes.



Joyas de Gerard Sandoz.

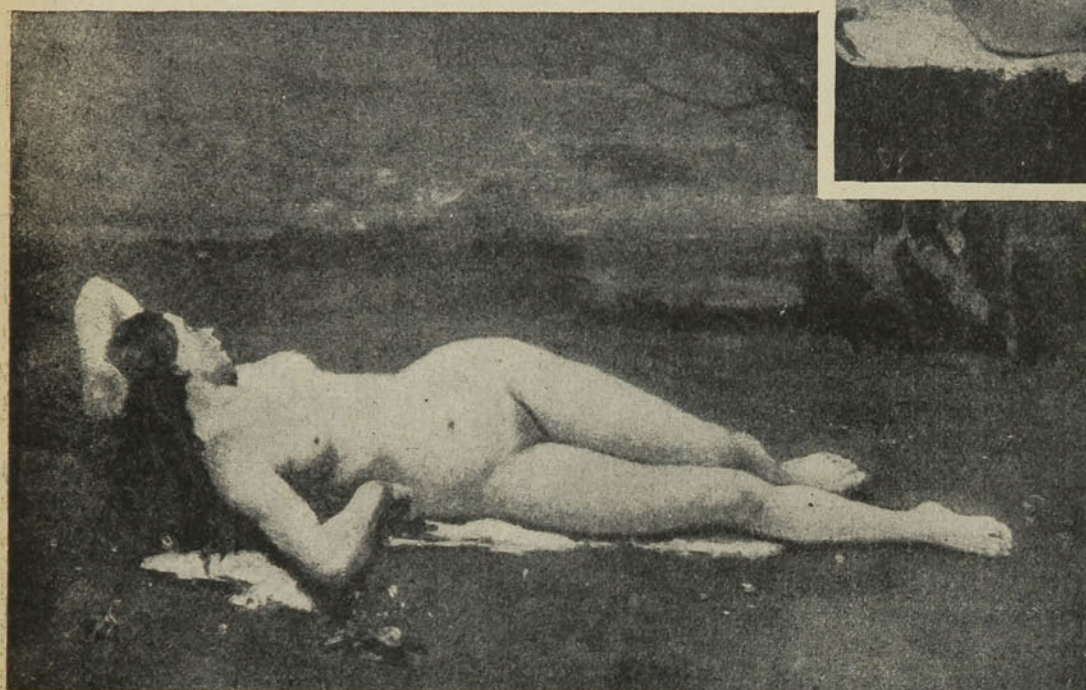


LOS GRANDES MAESTROS
DEL
SIGLO XIX



Galería Paul Rosenberg.

COURBET. — La mujer del
perro.



COROT. — Desnudo.



MANET. — El niño de las cerezas.



COUTURE. — Retrato.

EL SECRETO

POR
HUGO CONWAY

Pasaron semanas y meses y se convenció, como lo había predicho la señora Melvil, de que su papel de esposo de la artista mimada del público no dejaba de tener graves contrariedades. ¿Pero sintió lo que había hecho? Nunca, ni por un momento. Cuando vivían el uno para el otro, en la intimidad del hogar doméstico, hallaba en Frances la mujer buena, sencilla y amante que desde un principio creyó ver en ella; cualidades que correspondían a las del mismo Alano. Pero, ¡cuán cortos y escasos eran aquellos dichosos momentos! Es decir, que sin deplorar su matrimonio, deseaba que la situación fuese muy diferente; felices como eran, comprendía cuánto más lo serían viviendo tranquilamente, sin otro objeto que su amor. Con frecuencia se imaginaba el cuadro encantador de Frances señora de la Casa Roja, querida y admirada de todos y suya todas las horas de su vida; la señora de Alano Bouchier y no la señorita Francini, la de los ensayos, estudios y otras mil ocupaciones, que eran otros tantos obstáculos al libre y tranquilo curso de su amor.

Alano ocultaba a Frances todos estos pensamientos. Jamás aludió ni aun indirectamente a su retiro de la escena. Una promesa suya era solemne e inviolable. La única persona que sospechaba algo, porque simpatizaba con él, era la señora Melvil. Mujer de viva inteligencia, notó en seguida su disgusto y desasosiego cuando su esposa estaba ausente. Vió también que aunque expresaba a Frances su satisfacción por cada nuevo triunfo conseguido, era sólo por complacerla, no porque lo sintiera. Y por último, comprendió que el día en que Frances empezase a perder el favor del público, sería también el comienzo de una época mejor y más feliz para Alano. Y al comprender todo aquello la señora Melvil, a la vez que simpatizaba con Alano, no podía menos de preguntarse con temor que si tal era la situación entonces, qué sería al cabo de algunos años.

—Siempre queda el consuelo, — se decía, — de que si bien el público puede ser su rival, en cambio Alano no tendrá jamás rivales en el afecto de su mujer. Eso, que sería terrible para él, es imposible tratándose de una mujer como Frances.

Todos los otros miembros de la familia de Alano se habían portado con su esposa mucho mejor que la desgraciada Josefina. El señor Bouchier había rogado a su hija que llevase a Frances a la Casa Roja siempre que pudiese; y la señora Bouchier, quien es de presumir que habría tomado también informes por su cuenta, secundó la petición de su esposo. La misma Mabel, que por razones muy atendibles no había ido aquel año a Londres, visitó a Frances, acompañada de su esposo, tan luego le fué posible alejarse por un solo día de la primera y principal de aquellas razones, es decir, su primer hijo. Mabel era la más altiva de todos los Bouchiers y ese mismo orgullo de familia le prohibía desairar a la esposa de su hermano mayor. Así, pues, fué a Londres a cumplir con un deber y éste se convirtió en placer gratisimo. Los caracteres de ambas jóvenes tenían sin duda muchos puntos de contacto, y aún viéndolas juntas era imposible no hallar entre ellas gran semejanza física. El embarazo de los primeros momentos duró poco, y muy pronto fueron amigas. La señora de Meser, que así se llamaba entonces Mabel, se retiró con la promesa de que Alano iría a visitarla con Frances a su casa de Sorlán.

Los recién casados hicieron ambas visitas, a la Casa Roja primero y después a Sorlán. Fueron cortas necesariamente y tanto la madre como la hermana se quejaron de que Alano tenía monopolizada a su esposa de manera que nadie podía verla apenas. No era extraño, porque Alano pasaba aquellos días anticipando el placer que algún día llegaría a ser probablemente Par de Inglaterra. Así Alano como su esposa convinieron en que aquellos días habían sido los más dichosos desde su matrimonio.

Antes de terminar la temporada logró Alano vivir a solas con su esposa, sin ensayos ni representaciones, durante un corto intervalo. Por desgracia aquel descanso se debió a una enfermedad. Frances se vió atacada de una afección de

garganta, el terror de todas las cantantes. El más hábil especialista de Londres se encargó de combatir la enfermedad, y viendo que ésta resistía al tratamiento por más de tres días, apeló a un complicadísimo aparato con cuyo auxilio examinó detenidamente aquella garganta privilegiada, productora de tan divinas notas. Su examen debió de ser satisfactorio, porque al cabo de una semana volvió a cantar la Francini, tan bien como antes. Pero un día que ella había salido se presentó en su casa el especialista para hablar con Alano.

—Ahora que su esposa está curada, — dijo, — quiero hacerle a usted una advertencia. No hay motivo para alarmarse, pero bueno es que usted sepa que la garganta de su esposa es muy delicada, por absurdo que parezca decir tal cosa después de haberla oído cantar anoche.

Había ido a oír, — dijo, — como médico, impulsado por la curiosidad profesional.

—¿Hay alguna probabilidad de que pierda la voz? — preguntó Alano. Parecía tan afectado al hacer la pregunta que el médico sintió haberle hablado del asunto.

—Como usted comprenderá, no puedo asegurarlo, — contestó. — Por ahora no hay peligro, pero puede haberlo algún día.

—¿Y entonces?

—Entonces temo que perderá la voz por completo.

Alano sintió enrojecerse su rostro y lo deploró, temiendo que su interlocutor interpretase mal los sentimientos que le agitaban.

—¿Puede hacerse algo para evitarlo? — preguntó.

—Nada absolutamente. Es cuestión de suerte. Procure usted que no abuse de su voz, que no trate de esforzarse demasiado. Quizás en el extranjero la conserve siempre. Si sufre detrimento en ella se lo causará el tono altísimo en que hay que cantar aquí para complacer al público inglés.

—Gracias; así se lo diré, — contestó Alano.

—Que tenga cuidado, sí. Nada más. ¿Por qué alarmarla con un peligro que quizás no se presente nunca? Sólo el temor de perder la voz puede hacerla cantar mal. He creído deber advertírselo a usted, y no hay más que hablar.

Alano siguió su consejo, y se limitó a rogar a su esposa que cuidase de su voz, que la economizase lo posible, en una palabra; solicitud que ella le agradeció.

—Querido Alano, — dijo, — si yo perdiese la voz un día de estos, ¿lo sentirías de veras?

El le estrechó las manos, sin contestar.

—Pues yo lo sentiría mucho, — continuó Frances, — y tú también, aunque sólo fuese por hacerme compañía.

Puesta la cuestión en ese terreno, no le quedaba más recurso que manifestarse de acuerdo con ella.

—Algún día te tocará tu turno, Alano; toda buena cantatriz llega a lo más alto de la escala y entonces empieza a bajar sus peldaños. Pero yo, cuando llegue a la cúspide, trataré de inscribir allí mi nombre, diré adiós a la escena y me dedicaré a ser tan buena para ti como tú lo eres para mí ahora.

Alano la besó apasionadamente y lo olvidó todo excepto su amor por ella.

Una semana después supo el público que la señorita Francini visitaría los Estados Unidos al terminar la temporada teatral en Londres; pero el sentimiento inglés al perderla se mitigó un tanto con el anuncio de que sería una de las cantatrices favoritas del Teatro de la Opera de Londres en la siguiente temporada.

La casa de la Avenida de la Opera quedó desocupada y Alano acompañó a su esposa a Nueva York.

CAPITULO XV

CON BUENA SUERTE

Varios meses duró la permanencia de Alano y su esposa en América, y en ese período nada digno de mención ocurrió en la vida de los Bouchier que habían quedado en Inglaterra. La de Felipe Bouchier transcurría triste y monótona en la Casa Roja; era un inválido sin dolencia determinada, por quien los médicos nada podían hacer en tanto que el cloral siguiese anulando sus esfuerzos. Cuando renunciase a él, — decían, — tratarían ellos de curarlo; promesa que no les obligaba a mucho, pues demasiado sabían lo di-

fácil que es renunciar a esa pasión, a ese vicio, una vez contraído y sobre todo tan arraigado como estaba ya en el señor de Casa Roja. Además, Bouchier no hacía el menor esfuerzo por librarse de aquel enemigo de su salud y de su vida. Las dos únicas cosas que anhelaba en este mundo eran el sueño y el olvido, y ambas las hallaba en el cloral, aunque sabía muy bien a qué precio. Probablemente deseaba que la muerte lo reclamase antes de la hora fatal en que sus propios hijos lo mirasen con el horror que inspira un asesino. No le quedaba la menor duda de que esa hora llegaría, tarde o temprano, y esta era la verdadera causa de su misteriosa dolencia; éste el enemigo implacable contra el cual no podía luchar. Muchas veces había estado casi resuelto a poner término a su existencia, ya de un pistoletazo, ya tomando tan fuerte dosis del narcótico que lo convirtiese en veneno y le proporcionase el sueño eterno. Sólo se lo impedía la fascinación que ejerce entre otros peligros el más temido, el deseo de ver llegar por sí mismo aquella hora de la fatal revelación.

Aunque se arrepentía continuamente de su crimen, no tenía remordimientos en el sentido que de ordinario se da a esa palabra. El asesinato había sido un error, una locura, pero había estado a punto de proporcionarle un triunfo completo. Sin aquel misterioso testigo cuyo nombre ignoraba todavía, nadie hubiera poseído su secreto y éste habría sido para él carga muy ligera. Aun en las circunstancias presentes, su crimen favorecía a sus hijos en lo que a su felicidad material se refería; si bien asaltábale el temor de que si Alano llegase a saber toda la verdad, se negase a seguir gozando de una fortuna adquirida con sangre. Hacía tiempo que estaba convencido de la vil impostura de Daniel.

Pasaron muchos meses sin nuevas complicaciones ni disgustos para el señor Bouchier. Su yerno parecía haber suspendido por el momento sus demandas de dinero, acompañadas casi siempre de encubiertas amenazas. Pero aquel respiro no le hacía concebir falsas esperanzas, pues sabía que mientras él y Daniel viviesen, éste lo perseguiría sin piedad. Aquella calma le parecía más bien precursora de próxima tempestad.

La verdad de lo ocurrido era que Daniel Bouchier ganaba dinero por su cuenta desde hacía algún tiempo, y se estaba tratando a cuerpo de rey. Jugador desde la adolescencia, habíase visto obligado a arriesgar puestas pequeñas hasta que encontró a Bouchier, con quien jugó la partida mayor que había aventurado en su vida y por cierto que hasta la fecha parecía llevar la mejor parte. Cuando Frances se embarcó para América y mientras Daniel esperaba el momento de dar a Bouchier el último golpe, el hastío de la vida tranquila que llevaba le hizo desear y buscar alguna distracción a su gusto. Tenía amigos o conocidos de baja estofa y uno de ellos lo presentó en un llamado club particular, uno de esos garitos junto a los cuales el juego público de Montecarlo parece la distracción más inocente del mundo. Abundan en Londres los tales antros y en la mayoría de ellos el *bacará* en el juego favorito. Las ocasiones de probar fortuna nunca faltan, porque el número de jugadores es grande y a los que podrían impedir el juego les tiene más cuenta hacer la vista gorda y embolsarse el subido precio de su tolerancia.

Esos clubes permanecen abiertos toda la noche y desde una hora dada se impone a los jugadores una contribución adicional por cada hora que transcurre; hasta los perdidosos pagan sin dificultad, con la esperanza de seguir jugando y recobrar lo perdido y el resultado es que los propietarios de esas casas hacen su agosto. Persona autorizada ha calculado que entre pérdidas, gastos y contribuciones extraordinarias, bastan unos tres años para que todo el capital de un socio de esos mal llamados clubes pase a poder de los que lo dirigen o administran.

Un amigo del autor, que ha perdido una fortuna sobre el tapete verde y por consiguiente debe de saber lo que dice, asegura que el *bacará* es el mejor y más seguro juego para ganar dinero, si el jugador aprende a detenerse o retirarse a tiempo. Y como ese juego es tan deliciosamente fácil, suponemos que toda la ciencia de él estará precisamente en eso mismo, en saber retirarse a tiempo. Ciencia que Daniel parecía poseer intuitivamente, pues noche tras noche ganó cantidades de consideración. No llegaban sus ganancias a grandes sumas de una sentada, sino que se embolsaba cuarenta o cincuenta libras por noche, una o dos veces cien libras y hubo un día de doscientas. Sus pérdidas fueron insignificantes, de suerte que en poco tiempo se vió envidiado de todos y considerado como el favorito de la vendada diosa.

Uno de los más asiduos concurrentes al club era un disipado corredor de bolsa, que jugaba fuerte y que algunos meses

después no pudo cumplir sus compromisos. Una noche, o mejor dicho una madrugada, el tal corredor y Daniel salieron juntos del club y anduvieron buen espacio antes de encontrar un coche.

—¡Qué suerte la suya, Bouchier! — dijo con envidia el compañero de Daniel. — A usted nunca le llega la mala hora.

—Sí, tengo bastante suerte, — dijo Daniel con el tono de quien atribuye sus ganancias más bien a sus propios méritos que a la casualidad, achaque muy común entre jugadores.

—Es extraño que no haya usted intentado hacer algo en la Bolsa mientras le dura tan buena fortuna. Con eso a la vez que me daba ocupación se podría ganar una bonita suma.

Daniel estaba muy dispuesto a ganarla, pero las operaciones sobre acciones y valores le infundían respeto; no sabía gran cosa de ellos y tenía la idea de que cuantos se metían en tales honduras, con pocas excepciones, salían con las manos en la cabeza.

—Permítame usted que venda por su cuenta algunos Orinocos; la baja es segura, lo sé de buena tinta.

—Lo pensaré, — dijo Daniel metiéndose en un coche.

Cumplió su promesa y lo pensó, con tanta mayor razón cuanto que el corredor volvió a darle igual consejo al siguiente día y se mostró más seguro todavía de la próxima baja anunciada. Daniel lo pensó, pues, y acabó por tomar una resolución que demostraba su sagacidad.

Siendo los Orinocos valores americanos, sabía que sus fluctuaciones las dirigirían sus propios compatriotas, gente lista si la hay y muy amiga de embolsarse la mayor cantidad posible de dinero inglés. Si de él hubiese dependido el precio de los Orinocos, — se decía, — hubiera cuidado ante todo de hacer creer a los demás que la fluctuación esperada era la diametralmente opuesta a aquella de la cual contaba aprovecharse. Tuvo el buen sentido de reírse de los datos e informes de su amigo, y tuvo también el valor suficiente para reunir todo el dinero que pudo y ponerlo por vía de introducción ante un corredor cuya solvencia no le infundía el menor recelo, encargándole, no que vendiese sino que comprase cuantos Orinocos pudiese con aquella suma. El respetable corredor le miró con curiosidad y por un momento Daniel sintió que le faltaba el valor.

—Nunca me permito dar consejos a mis clientes, — dijo el corredor, — pero si deseo comprender claramente la orden de usted. ¿Quiere usted que compre?

—Eso es, — contestó Daniel, retirándose antes por temor de cambiar de parecer.

Estaba casi arrepentido, pero se consoló pensando que no podía perder más que la cantidad arriesgada. El corredor cuidaría de no excederse, por la cuenta que le tenía.

Pero, ¿quién hablaba de perder? Se efectuó la compra de las acciones, que fueron muchas y una semana después un gran hacendista, por no darle otro nombre, hizo lo que se llama una restitución, o concesiones. Los Orinocos subieron como por ensalmo, y el especulador, que había adquirido muchísimas acciones, se halló con la conciencia limpia y los bolsillos repletos. Una prueba más de que la honradez es la mejor política.

Poco le faltó a Daniel para perder la cabeza. Se quedó asombrado cuando le pagaron sus ganancias, pero mostró gran reserva ante su corredor, quien al entregarle la cantidad ganada menos el corretaje, lo felicitó por su previsión. Aquello convenció a Daniel de que era un especulador de primer orden. Le bastó un momento para comprender, en su opinión, todas las maniobras y el complicado mecanismo de la especulación. Cuanto al pobre Bouchier, bien podía dejarlo tranquilo. Veíase ya dueño de una fortuna colosal al cabo de seis meses y consideraba el episodio Bouchier como un medio que le había servido en su día para obtener un fin determinado, pero merecido ya de todo su desdén, como cosa indigna de un hombre de genio. Desde entonces pasó días enteros en la Bolsa consultando las cintas de los aparatos que anunciaban las alzas y bajas en el precio de las acciones, fumando los mejores cigarros, consumiendo grandes cantidades de la bebida favorita de los especuladores, el champaña, y por algún tiempo se creyó el más hábil y sagaz de los mortales.

Durante una temporada fué también un gran cliente para el corredor, si bien éste, aún a riesgo de perder su clientela, cuidó de tener siempre en caja una cantidad en efectivo perteneciente a Daniel, que bastase para cubrir con exceso toda posible pérdida. Había conocido a muchos de esos especuladores atrevidos, cuyos efímeros triunfos no los libraban de la inevitable ruina.

Lo mismo sucedió con Daniel Bouchier. Pasado algún

tiempo, cuantas operaciones intentó le salieron mal, y llegó el día en que el atento corredor liquidó por su cuenta y riesgo la última jugada de su cliente y le anunció que después de apropiarse el depósito hecho por Daniel resultaba todavía un pequeño déficit contra él, pero que no se molestara en cubrirlo pues lo cargaría a ganancias y pérdidas. Y a renglón seguido le indicó que si efectuase otro depósito de fondos, él tendría mucho gusto en continuar sus relaciones de negocios con él; de lo contrario no, pues el depósito era una regla invariable de su casa, sin excepción alguna.

Todo esto ocurrió con gran rapidez, pero no impidió que Daniel en sus esfuerzos por recuperar lo perdido últimamente, perdiese también todo lo que le quedaba de sus ganancias y llegase hasta el extremo de obtener que sus banqueros, con quienes había hecho grandes transacciones durante su carrera de jugador de Bolsa, le descontasen un pagaré de mil libras esterlinas, aceptado por Felipe Tremaine Bouchier.

La falsificación de ese pagaré le preocupó muy poco; lo que le dolió fué la pérdida de su dinero. Su propósito había sido redimir aquél tan luego realizase una operación afortunada; y como ésta no se presentó, todo quedaba reducido a que en lugar de ser él quien buscara el dinero tuviese que aprontarlo el señor Bouchier. Ni por un momento dudó que éste dispusiese de dicha cantidad, sobre todo después de tan largo intervalo en sus peticiones de dinero. Daniel era bastante hábil para comprender que distaba mucho de dominar todos los secretos de la Bolsa, como había llegado a pretenderlo. Resolvió, pues, sobrellevar su derrota con buen ánimo, procurarse las mil libras cuanto antes y retirar el pagaré, pues no se le ocultaba que si se llegasen a despertar las sospechas del banco podría pasarlo muy mal; y aunque faltaban algunas semanas para el vencimiento, creyó lo mejor arreglar el asunto desde luego.

La cantidad era mayor que cuantas hasta entonces había pedido y obtenido del señor Bouchier de una sola vez y por lo mismo creyó más acertado comenzar el ataque valiéndose de Josefina. Esperaba que ésta se negaría a complacerle, pero también estaba resuelto a hacerle pagar muy cara su negativa.

—Josefina, — dijo, — tienes que escribir a tu padre por el próximo correo.

—Le escribí ayer.

—Bueno, pues, escríbele otra vez. A él siempre le gusta tener noticias tuyas. Y dile que necesito mil libras; no, mil doscientas libras, para la semana que viene, sin falta.

—Me guardaré muy bien de hacer tal cosa, — contestó la joven, levantándose para salir de la habitación.

El le interceptó el paso.

—Haz lo que te digo, o será peor para ti y para todos.

—No. Déjame pasar.

—Si no le escribes iré yo mismo a pedirle ese dinero. Entiendo que no anda muy bien de salud y puede que mi visita lo trastorne algo. Pero tú tendrás la culpa.

Josefina se detuvo. La horrorizaba pensar que su marido fuese otra vez a la Casa Roja para arrancar dinero a su padre, después de todo lo que había hecho por él. Sabía que la sola presencia de Daniel bastaba para poner a su padre fuera de sí.

—No sé por qué tu padre me odia de tal modo, y desde luego tengo perfecto derecho a todo el dinero que quiero y pido.

—Mejor será que no hablemos de tus derechos, — le dijo ella con acento de amargo desprecio.

Daniel la miró furioso.

—¿Enviarás la carta? gritó.

—Sí, para evitarle que vayas tú a atormentarlo.

—Pues en seguida, ya lo sabes.

Hizo ella un ademán afirmativo y lo dejó. El primer correo para la Casa Roja llevó la siguiente carta:

“Querido Papá: Mi marido dice que necesita £ 1,200 la semana próxima. Te escribo, no porque él me lo pide así, sino para impedir que vaya a molestarte en persona”.

No era aquella precisamente la clase de carta que Daniel hubiera preferido, pero esto poco le importaba a Josefina. Desde hacía tiempo sabía que su marido era objeto del odio de su padre y a veces creía comprender que éste le temía; pero se achacaba toda la culpa, diciéndose que si su padre no abandonaba por completo a Daniel, debido era al matrimonio con su hija.

Los ojos de Bouchier brillaron de cólera al leer la carta de Josefina. Razón tenía al creer que el silencio de su yerno no significaba nada bueno. El final parecía ya muy cercano. ¡Mil doscientas libras la semana próxima! ¿Por qué no diez o doce mil el próximo año? Tan fácil le era pe-

dir una suma como otra, e igualmente difícil y peligroso rehúsarle el pago de cualquiera de ellas. Lo mejor, se dijo, era negarse rotundamente desde luego a afrontar las iras de su yerno. Sabemos que cuando cedió por primera vez a las exigencias de éste y lo presentó a su familia como primo legítimo, se proponía ya abandonarlo tan luego llegase el día en que su historia del asesinato pudiese quedar desacreditada y tratada por todos como una invención maliciosa y absurda. Los sucesos posteriores le hicieron modificar aquel plan. El matrimonio con Josefina, el golpe magno de Daniel, había cambiado la faz de las cosas. Bouchier comprendía que su enemigo podía herirle en su hija, proporcionando a ésta una vida insoportable. A no ser por ese temor, creía llegado el momento de romper abiertamente con Daniel. Alano y Mabel lo detestaban y no darían crédito a sus acusaciones, ni se detendrían a examinar las pruebas que él quisiera presentarles. Roberto, su hijo menor, no había visto nunca a su cuñado. Cuanto más lo pensaba más se inclinaba a un rompimiento. Aquella nueva demanda de dinero parecía proporcionarle ocasión propicia. Y aunque Daniel hiciese todo lo posible por perderlo en el concepto del mundo y de sus hijos, por lo menos no obtendría más dinero de él. Desde el momento en que comunicase a otros el secreto de su fuerza, se desvanecería ésta. Cuanto a los auxilios pecunarios que había proporcionado a aquel bribón en los tres últimos años, podría explicarlos por el cariño que profesaba a su hija. No dudaba que ésta sería la primera víctima de la brutalidad de Daniel desde el momento en que se rompiesen las hostilidades; pero Josefina podría entonces abandonar desde luego a su marido y su padre volvería a recibirla bajo su techo con profunda alegría.

Sí, proponíase lanzar a Daniel un reto definitivo. Que se presentase en la Casa Roja, que estallase en amenazas, pero lo esencial era no darle un céntimo. Se echó en cara el haber permanecido tanto tiempo esclavo de aquel hombre, cuando era evidente que un esfuerzo enérgico lo libraría de sus garras para siempre. Decíase que quizás le fuese posible convertirse en acusador y enviar a Daniel a presidio por su impostura. Una vez preparado para aquella lucha final se sintió con más ánimos y mejor de lo que había estado en mucho tiempo. Cuanto antes se presentase su yerno en la Casa Roja, mejor. Escribió, pues:

“Mi queridísima Josefina: La suma acostumbrada será satisfecha a su nombre el día en que venza el próximo trimestre. Esto es más de lo que tu marido tiene derecho a esperar, y desde luego es todo lo que estoy dispuesto a hacer por él”.

Josefina entregó la carta a su marido, sin un comentario. El la leyó y por un momento su mujer creyó que todo el torrente de su rabia iba a descargar sobre ella; pero Daniel se dominó y al cabo de unos momentos logró calmarse en apariencia, por más que en su interior rugiese la ira.

—¿Es decir que papá se niega a hacer cosa alguna por su cariñoso yerno? — dijo lentamente, marcando mucho las palabras. Papá es un viejo estúpido, Josefina.

Esta volvió la cabeza pero nada dijo.

—Es todavía más estúpido de lo que yo lo había creído. Es un gánapiro tan arrogante como terco, querida mía.

Su esposa recogió su labor y se dirigió a la puerta. Aquel “querida mía” hubiera bastado para que ella lo dejase solo, sin contar con los insultos que estaba dirigiendo a su padre.

—No te vayas, mujercita mía; espera que yo complete mi opinión de tu papá. Es un... .

La puerta se cerró tras ella, pero no tan pronto que no llegasen a sus oídos algunas desvergüenzas que lanzó Daniel, dirigidas probablemente a ella, tanto como a su padre. Encaminóse a su cuarto y según su costumbre se encerró en él. Nunca había visto a su marido tan colérico; no sólo comprendía que bajo sus palabras se escondía la maldad más profunda, sino también que podía valerse de ella para conseguir sus fines. Sentíase muy atormentada y arrojándose sobre su lecho prorrumpió en llanto. Su único consuelo era que la carta de su padre no manifestaba el menor temor a su yerno.

Lloró hasta quedarse adormecida, cuando oyó unos golpes dados con los nudillos en la puerta.

—Adiós, Josefina, querida mía, — decía una voz ronca y burlona. — Voy a Barton. Allí dormiré esta noche y mañana a primera hora saldré para Casa Roja. ¿Tienes algún encargo que darme?

—No, — dijo ella secamente.

—¿Ni siquiera que les diga lo bien que estás y cuán feliz eres?

Josefina no contestó y él sacudió la puerta.

—¿No me dejarás entrar para decirte adiós, bonita mía? Mira que somos marido y mujer.

La joven dirigió una temerosa mirada a la puerta, preguntándose si trataría de abrir por fuerza. Estaba asustadísima porque conocía que Daniel había bebido. En aquel momento comprendió su temeridad en vivir con él como había vivido hacía dos años. Hasta entonces nunca le había tenido miedo; lo despreciaba, lo odiaba quizás, más no lo temía. Pero en aquellos instantes veía que él era un hombre vigoroso y ella débil mujer, y tembló.

Sus temores eran infundados y respiró más tranquilamente al oír que se alejaban los pasos de su esposo. Pero éste volvió atrás y llamó a la puerta para atraer su atención.

—Finita, amor mío, — le oyó decir, — estremeciéndose al escuchar de sus labios aquellas cariñosas expresiones, ¿me oyes? Contesta, o echo abajo la puerta.

—Te oigo, — contestó ella temerosa de las consecuencias si seguía guardando silencio.

—Voy a Casa Roja, Finita, a ponerle las peras a cuarto al viejo idiota de tu padre.

Entonces se marchó, pero ella no se atrevió a salir del cuarto hasta mucho después de haber oído y visto el coche en que se fué. Grande era su temor, pues aunque ignoraba lo que iba a suceder y la verdadera significación de la amenaza de Daniel, sabía que lo guiaba la resolución de causar a su padre todo el daño posible.

Como Daniel no podía llegar a Casa Roja hasta la mañana siguiente, Josefina telegrafió a su padre a fin de que la presencia de su marido no le cogiera de sorpresa. Pero pudo ahorrarse esa precaución, porque fuese que Daniel no quisiese sorprender a su suegro, o fuese fanfarronería, telegrafió también, encargando además que se mandase un coche a esperarlo a Braley. Bouchier, fiel a su nuevo plan de guerra, rasgó en pedazos el telegrama, sin hacer caso alguno de su contenido.

—El viejo memo está furioso de veras, — dijo Daniel con amenazador acento, — al bajar del tren en la estación de Braley y no hallar coche alguno esperándolo.

Se trataba evidentemente de un combate en toda regla, de una lucha desesperada. Bouchier, cortés como era, empezaba por desoír aquella apelación a su cortesía. La ausencia del coche produjo en Daniel honda impresión. Era como si uno de los combatientes sintiese por el otro tan profundo desdén, que no quisiese mostrarle ni siquiera la más insignificante atención. Aquello era la guerra declarada; y Daniel se decía que cuanto mayor fuese la resistencia de su enemigo, más dura y desastrosa resultaría su derrota, y que en la hora del triunfo no olvidaría aquel desaire, que no por parecer insignificante dejaba de ofender vivamente.

Pero lo primero era llegar a Casa Roja. Fué a la posada de Braley y allí le proporcionaron un carruaje vetusto tirado por un rocín de mala muerte. Con ayuda de ambos, llegó por fin a lo que él solía llamar jovialmente la mansión de sus abuelos; pero el aspecto de su cochero, caballo y vehículo era tan risible, que vio o le pareció ver una burlesca expresión en la mujer que guardaba y le abrió la verja de entrada. Más poco importa la manera como el general arribe al campo de batalla, siempre que llegue a tiempo y con sus fuerzas en buen orden.

Era evidente que lo esperaban. Bautista, el antiguo servidor de los Bouchier para quien Daniel había sido siempre objeto de antipatía, lo condujo a presencia de su amo sin decir palabra. El señor Bouchier estaba escribiendo una carta y por algún tiempo ni siquiera levantó la vista del papel; otro indicio de la fiera lucha que se preparaba. Daniel no había hablado con él desde aquella entrevista celebrada poco después de su matrimonio, así fué que le miró con curiosidad procurando darse cuenta del tiempo que le restaba de vida. No quedó muy satisfecho de su examen, pues la excitación de la lucha ya próxima, daba al señor Bouchier una falsa apariencia de salud y robustez. Parecía poder vivir todavía años y años, y Daniel se dijo que él y no Alano sería el pagador.

—Hermoso día, señor Bouchier, — dijo Daniel, — ansioso de comenzar el ataque.

—No estamos aquí para hablar del tiempo. Sírvese usted dejarme acabar esta carta.

La terminó y la puso a un lado, no queriendo manifestar prisa ni interés en presencia de su visitante. Daniel empezó a amenazar.

—Bien pudo usted haber enviado su carruaje a buscarme, en lugar de dejarme venir aquí como pudiese.

—Yo no le dije a usted que viniese. Su presencia me es soberanamente desagradable. ¿Por qué había de enviarle mi carruaje?

—¿Por qué? Demasiado lo sabe usted.

Hablaba groseramente y con tono brusco. Bouchier lo miró fijamente.

—Me parece, — dijo, — que sus maneras han sufrido un cambio tan radical como desfavorable, cosa que hubiera creído imposible. Me dicen que bebe usted de firme.

Daniel se puso blanco de ira. Su enemigo se burlaba de él.

—¡No he venido aquí a oír insultos!

—¿No, eh? Pues entonces ¿a qué ha venido usted?

—Antes le dije a usted, lo que quería. Ya no es eso; ahora son dos mil libras. Y las tendré antes de partir.

—Muchos son los que quieren dinero y no lo consiguen, — contestó Bouchier con gran calma.

—Pues lo que es yo lo conseguiré, y de usted; eso y más todavía.

—No lo creo. Siento que haya usted malgastado su tiempo en venir aquí con semejante pretensión. En mi carta le dije a usted todo lo que me proponía acordar. Y aún eso es sólo por ahora.

Al decir esto Bouchier, clavó los ojos en Daniel, quien le devolvió su mirada. Ambos se comprendieron perfectamente.

—¡Hola! — exclamó Daniel, — hablando con gran lentitud. ¿Con que esas tenemos, eh?

—Ni más ni menos, — contestó Bouchier.

Daniel apartó de él los ojos y pareció meditar unos instantes, mientras silbaba por lo bajo.

—Si tiene usted algo más que decir, dígalos; y si no, largo de aquí, — continuó Bouchier.

—Tengo mucho que decir, no tema usted por ese lado. ¿Es decir que no suelta usted el dinero?

—Ni un céntimo.

—Y naturalmente espera usted que yo le haga todo el daño que pueda. ¿No es eso?

—Ni más ni menos, — repitió Bouchier.

—Pero ¿sabe usted todo lo que yo puedo hacer?

—En cuanto se me alcanza, tratará usted de propalar una historia sin pies ni cabeza, que nadie creerá. El haberse la guardado para usted tanto tiempo, le quita toda su fuerza, y los tres años de sus relaicones con mi familia, no añadirán por cierto gran peso a sus asertos.

—¡Qué listo es usted!

—Para hacerme más daño todavía, se dirigirá usted a mis hijos, procurando hacerles creer que soy un asesino. No creo que la palabra de un impostor como usted, valga gran cosa. Por lo que a usted se refiere, eso es todo lo que puede hacer.

—Oyéndolo a usted cualquiera diría que es así, — comentó Daniel, — con un ademán de aprobación.

—Yo por mi parte, — continuó el señor Bouchier, — pediré desde luego una orden de prisión contra usted, por haber pretendido llamarse Daniel Bouchier y haber obtenido dinero de mí, bajo ese nombre. Lo cual significaría trabajos forzados.

—Pero habría un proceso y saldrían a relucir muchas cosas.

—¿Qué cosa? ¿Cómo podría usted sacarlas a luz? Y aunque así fuese ¿de qué le serviría? Como usted no pruebe que es Daniel Bouchier, lo facturan para el presidio de Portland, sin remisión.

—Lo dicho. ¡Cuidado que es usted listo! Pero ¿cómo no pensó usted antes en todo eso?

—Lo mismo se preguntaba Bouchier en aquel momento, tan fácil y tan natural le parecía aquella solución.

—Si lo que usted dice es lo que la ley dispone, — continuó Daniel, — lo mejor que puedo hacer es poner pies en polvorosa. Pero antes iré a casa y daré una tunda a Josefina; siempre será una satisfacción.

—¡Infame! — exclamó Bouchier, — saltando de su asiento.

—¡Ah! ya me figuraba yo que esa sería siempre la cuerda sensible. Pero vamos a ver; supongamos que abandone el campo bonitamente y los dejo a todos en paz; ¿qué me ofrece usted en cambio?

Al oír aquello, el corazón de Bouchier le saltó en el pecho. Era demasiada felicidad para ser cierta. Su primer impulso fué decirle que nada haría con él, pero en seguida pensó que no convenía impusar al enemigo a la desesperación.

(Continuará)



Aristócratas^{*}

Arraigo, prestigio, pureza, bondad: he ahí las condiciones esenciales y sobresalientes de la

CAFIASPIRINA el producto de confianza

arraigada en la opinión pública; prestigiada por BAYER, pura por la naturaleza de sus componentes y el proceso especial de su elaboración; buena porque tiene la virtud característica de ser absolutamente inofensiva . . . El aristócrata de los analgésicos, ¡para todos los dolores!

Exijase el envase original: tubos de 20 tabletas o sobrecitos de una.



*"Aristocracia:" = clase que sobresale entre las demás por alguna circunstancia"



Cafiaspirina, M. R. A base de Eter compuesto etánico del ácido orto-benzoico con 0.05 gr. Cafeína.

BIBLIOTECA ZIG-ZAG



\$140

EL VIERNES PROXIMO:

Sonata de Primavera

de Ramón del Valle-Inclán



Pídala en las principales librerías y puestos de revistas o a "BIBLIOTECA ZIG-ZAG",
Casilla 84-D., adjuntando \$ 1.60 en estampillas de correo.